



Francisco

Casavella **El día**

**del Watusi**

Lectulandia

«La aventura se presenta y, como siempre, lo hace en forma de miedo y amenaza. La hija del cabecilla hampón del barrio ha sido violada y asesinada. Los dedos acusadores apuntan al Watusi, un individuo famoso en el barrio al que Pepito el Yeyé parece tener como héroe. Fernando Atienza y Pepito parten en busca de ese misterioso personaje para avisarle de que fuerzas despiadadas le buscan para vengarse. Ese día, el 15 de agosto de 1971, la pareja recorrerá la ciudad desierta bajo una interminable tormenta de verano, un lugar que se irá convirtiendo poco a poco en el espacio de los sueños de cada uno de nosotros; el bosque brumoso donde escapamos, donde nos aterrorizamos, donde conocemos el misterio, la magia, el sexo, el placer, la mentira, el desengaño y las convicciones que nos convierten en los seres humanos que, por suerte o por desgracia, acabamos siendo. En esa búsqueda que se convertirá en fuga, el adolescente Fernando Atienza averiguará también quién es el Watusi. Y el Watusi es el rey del ritmo, un bailarín pero también un criminal, un filósofo, un mercenario, el guardián de la alegría y el mensajero de la muerte, un secreto que recorre las calles como el viento, aquello que nuestra imaginación quiere que sea y, a lo mejor, muy poca cosa».

Con estas palabras, esbozaba su autor el arranque de *El día del Watusi*, que incorpora en la presente edición las correcciones que había ido introduciendo al manuscrito. Francisco Casavella murió repentinamente a los 45 años, el 17 de diciembre de 2008, mientras escribía una nueva novela que recuperaba a Fernando Atienza, protagonista y narrador de la presente. Tampoco él había podido abandonar al Watusi.

Posiblemente sea ésta una obra que cifra su modernidad en una cualidad mitificadora, resultado de una sutilidad y plasticidad infinitas. La leemos así como una novela llena de inventiva, en eterno movimiento, que posee el don de representar el desorden contemporáneo, y de vencerlo. La obra de un autor que gana nuevos lectores día a día.

**Lectulandia**

Francisco Casavella

# **El día del Watusi**

ePub r1.0  
sentinel 17.12.13

Título original: *El día del Watusi*

Francisco Casavella, 2002, 2003

Ilustración de la cubierta: Robert Longo *Men in the Cities (Eric)*, 1981

Diseño de portada: Sabrina Rinaldi

Editor digital: sentinel

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A María.  
Porque éste no es  
un trabajo de amor  
perdido*

*A mis padres y a mi hermano*

1995

Llego a la cima del monte Tibidabo y veo a unos cincuenta huérfanos en su uniforme verde aceituna alineados frente al mirador que se abre a la ciudad. Los niños tiritan de frío y ansia bajo los arcos de la oficina del parque de atracciones. Los parques de atracciones... Algún original dice que esos lugares son un negativo burlesco del infierno, brillo de emoción en aristas de azogue; el Leteo discurre por túneles donde chillan las parejas y el tobogán de la montaña rusa es un precipicio de hierro que lanza condenados a las llamas. Todo es posible. Aunque si esos teóricos de la ingeniería alegórica llegasen a leer estas páginas, se turbarían cuando me vieran subido en una de las atracciones al final de la jornada, mientras decido, en medio de un universo de mi antigua propiedad, que merecen un prólogo la circunstancia y el modo en que me ha sido encargado el Informe. Este Informe. Unos papeles que, si nadie lo impide, serán un relato sobre raras variaciones de las que he sido testigo a lo largo de mi vida. Y esas variaciones no han sido rígidas, ideales; no hay cielo, ni infierno, ni sus ilusiones: uno encuentra laberintos sin plan, construcciones espirales sin centro y monstruos, muchos monstruos, nunca iguales, nunca diferentes, rendidos al misterio de una vida secreta que un aprendiz de mago ha vuelto ópera bufa.

Una vez fui la inspiración de un personaje muy secundario en la novela escrita por un imbécil. Allí se leía: «Sus maneras y su habla de chulo barriobajero que pretenden, sin conseguirlo, ser ocultación posmoderna, extraña ironía, de una sólida inteligencia, no pueden justificarse con su oficio ridículo: las historias que dice escribir para cómics japoneses. D. tiene la sensación de que F. es demasiado pedante para los jóvenes y demasiado necio para los adultos a quienes pretende atraer, tanto en sus escritos como en su vida, con la sobreevaluación carismática de un escueto macarra que una vez, de niño, sufrió un fabuloso accidente». Algo de eso hay, sobreevaluado D. En el principio, siempre están los niños. Y ahora, otros niños aplauden en el mirador y ríen y gritan «¡Pistacho! ¡Pistacho!». Frente a ellos, unas monjas vigilan y una azafata con vestido, abrigo y pañuelo de un cromatismo insultante para el hábito religioso advierte con alarma excesiva de las mutilaciones que sufrirá el niño malo que no se arrime a la pared cuando llegue del cielo quien todos esperan y ovacionan. Junto a la caseta del funicular, algunos fotógrafos se concentran en el cálculo de la nublada luz invernal; a su lado, gruñen hombres de negocios: algún puro humeante, alguna mirada nerviosa a un reloj con posibilidades, alguna patada al suelo para deshacer una suspensión del alma o sólo espantar el aire que se arremolina en los tobillos. Los ejecutivos desean que acabe la pesadilla que aún no ha empezado, y se concentran de tal modo en el cielo que ignoran las evoluciones de otras azafatas cuyo parpadeo continuo sólo manifiesta que están ahí para cuidarles. Una de esas chicas me descubre y avisa de mi presencia a otra, mayor en años y con la frecuencia del batir de pestañas moderada por las obligaciones del cargo. Ya la tengo ante mí:

—¿Usted es...?

—Fernando Atienza. Me llamaron para que presenciara el acto.

—¿A qué medio pertenece?

—Al medio ambiente.

Sonríe la azafata jefe hasta la congelación facial, brilla su excesivo maquillaje en la intemperie de enero. Será mejor que a partir de ahora se acostumbre, si quiere conservar la serenidad y el puesto de trabajo, a aguantar impertinencias y desplantes donde abundaba el servilismo y el deseo de aproximarse como fuera al gran hombre Pistacho.

—La semana pasada me llamaron de una empresa... —digo.

—¿De Infotrans? ¿Omega Technics? ¿Comisiones & Investment? —la azafata jefe acaba recurriendo a una lista y sigue emitiendo iniciales, anglicismos y compuestos mixtos de titulación esnob que no me dicen nada.

—¿Top Security? ¿Puede ser ésa? —pregunto.

Y ella busca, encuentra y afirma con la cabeza, sonríe más relajada y me llama «Señor Atienza». Que como sabré, y lo sé, hoy, día de la Adoración de los Reyes de Oriente, don Roberto del Pistacho repartirá obsequios a los huérfanos de los Hogares Clarinet como cada año, y subraya ese «como cada año», y lo entona tal que un «aquí no pasa nada». Que me una al grupo de caballeros con gabán, porque enseguida llegará el señor Del Pistacho (y pronuncia el apellido como las monjas de ahí al lado dicen «Jesusito de mi vida...»), se llevará a cabo la excepcional obra de caridad y tendré el honor de saludar personalmente al prohombre, atención, yo mismo, y entre él y yo sólo aire, durante el pequeño vermú que se celebrará en el restaurante Omnia. Y me señala un toldo amarillo frente a la iglesia coronada por un Santo Cristo.

Todo sería estupendo si ella no ignorara, como yo no ignoro, y no ignora toda España, que el potente Del Pistacho está en la cárcel, donde asume con inédita resignación ser apelado «el Colegui» por sus nuevos amigos. Cuando me invitaron a presenciar esta escena, supuse y esperé, aunque en el lugar donde fui citado se deba abandonar toda esperanza, que el financiero Del Pistacho arreglaría sus desacuerdos legales con la intervención de magníficas influencias para que este día señalado, en un paraje propicio a la alta fantasía, le saludáramos los niños huérfanos y yo (y los del abrigo). De ese modo tan bello se pondría punto final a una serie de incidentes que trastornan desde hace meses la ruta de mi sosiego para extraviarme en una selva umbría cuando dejo atrás lo que hasta ahora calculaba, al parecer alegremente, como la mitad del camino de mi vida.

Me aproximo hasta los del abrigo y observo que ni se hablan entre sí, ni muestran intención de saludarme. Se conocen, pero no tienen nada que decirse o ya está todo dicho. Se obstinan en mirar al cielo, donde empiezo a distinguir un punto azul que aumenta de tamaño hasta volverse helicóptero. En algún lugar dentro del parque



suenan de pronto *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, la inapropiada melodía de «La primavera», cuyo correr tras las mariposas no tarda en ser mancillado por el estruendo del helicóptero aterrizando en la exigua superficie del mirador, hélices que se vuelven espirales, ojos divisando centros, que ahogan el chillido entusiasta de los niños, las renovadas voces de advertencia de monjas y azafatas. Hay revuelo de papeles y faldones.

—¿Y «Flecha Dorada»? —pregunta a gritos uno de los del abrigo, en referencia al lujoso prototipo con que el financiero sobrevolaba a los mortales en mejores y no tan lejanos tiempos.

—Imagínate. En el montepío de los helicópteros... Ése se lo ha alquilado a los bomberos. No sé, por decir algo...

La hélice se vuelve espiral temblorosa y hélice de nuevo, mientras la nave se posa con bandazos de paquidermo volador entre flashes de fotógrafos, y siguen los violines y los vivas de los huérfanos. A una señal del piloto, las azafatas avisan a las monjas, y los niños son enfilados por edades. Cuando el menor de todos se halla en el lugar que una novicia señala con el pie, hay un momento de confusión porque la puerta no se abre.

La azafata jefe se asoma a una ventanilla del helicóptero y recibe instrucciones; enseguida se forma una cadena de mando que va de azafata en azafata hasta uno de los responsables del parque, quien tras un rascar breve del cuero cabelludo se interna a buen paso entre las atracciones. La impaciencia aumenta. Nuevos hallazgos satíricos del clan del abrigo apuntan a los pies de barro del financiero y a este último despilfarro ante el complejo recreativo que fue de su propiedad; boba jerga empresarial sobre el camelo y el *vanitas vanitatis*:

—Pasa una generación y viene otra, pero la tierra permanece siempre... —podría ser el resumen de lo que dice uno.

—Lo único seguro es que el sol siempre sale... —es la generosa síntesis de lo que otro masculla entre tacos.

—Y que está a punto de llover... —digo yo.

Y menos mal que alguien toca mi espalda y me vuelvo, porque los del abrigo me quieren escupir. Quien me llama es otra azafata, una nueva:

—Buenos días, señor Atienza. Tengo que darle un recado de parte del señor Del Pistacho. El señor Del Pistacho... —paladea—... ha manifestado un gran interés en saludarle personalmente en el restaurante Omnia.

—¿Personalmente en persona?

Azafata confundida, que insiste:

—Un gran interés...

Azafata que se aleja, mientras los niños renuevan el aullido común porque empieza a llover. Y ése no es el único motivo del infantil delirio: tras el encargado,

cruzan la puerta del parque de atracciones nada menos que el Conde Drácula, la Momia, el Hombre Lobo y la Criatura de Frankenstein. Tan trabajado el maquillaje de los monstruos como el de las azafatas, no oculta el desconcierto de los actores de la Casa del Terror haciendo una súbita hora extra. Los del abrigo no comparten el júbilo casi histérico de los niños y de los fotógrafos; quizá por eso, mediante una nueva orden surgida del interior del helicóptero, dos guardaespaldas más temibles que los monstruos confiscan las cámaras una a una salvo la de un elegido que es llamado a la compuerta de la nave. Aumenta la intensidad de la lluvia, mientras añoro el cobijo del restaurante Omnia y presumo exquisiteces sublimes. Me desentendiendo de la escena, encamino mis pasos hacia el lugar del convite y dejo tras de mí nuevos «¡Viva Pistacho!», «¡Viva!», porque la compuerta del helicóptero se abre al fin.

La misma azafata que me ha avisado del renovado interés de Roberto del Pistacho en hablar conmigo me recibe en la puerta del restaurante como si yo fuese la solución a todos los problemas empresariales, políticos, penales y financieros de su amo, y entramos en un salón con mesas de manteles impecables y grandes fotografías de antiguas atracciones donde se ha instalado un bufé que en su perfecta soledad aguarda el pincel de un maestro flamenco del bodegón. La azafata ordena a un camarero que atienda al segundo cualquier petición que salga de mi boca, y se aleja unos pasos hasta mantener una discreta distancia entre ella y mis pensamientos. Como estamos solos en el salón, pienso, y lo manifiesto con la mirada, que no es necesario tanto protocolo y sí algo de animado coqueteo del que emane un perfume de sensata información. La sugerencia es desatendida. Me acerco a un ventanal y diviso a través de la lluvia la otra montaña con parque de atracciones en el lado opuesto de la ciudad, y la ciudad sumergida en niebla; ahí abajo, las mansiones escalonan la falda de la montaña entre pinares, encinares, cicatrices de asfalto y barrancos llenos de basura. Busco sin mucha convicción La Alameda, el lugar donde pude saberlo todo de no ser un niño demasiado atento a la disipación de historias. Desde aquel día de agosto, a lo largo de los veinticuatro años que han pasado desde entonces, habré intentado un par de veces, quizá tres, recorrer ese paisaje por si encontraba el edificio, los antiguos jardines, los bancales erosionados, las agrupaciones forestales. Nunca obtuve resultado, y en verdad no lo deseaba.

La vista asciende al mirador copresidido por el helicóptero y el raro movimiento humano. Las monjas han ordenado a los huérfanos en cinco filas frente a las cuales los famosos monstruos y alguien disfrazado de financiero Pistacho, disfrazado a su vez de rey Baltasar, reparten regalos en cajas azules, rojas y amarillas, según la edad de las criaturas. Parece que ha surgido una duda logística, ya que las preferencias de los niños se orientan, yo diría que de modo arrebatado, a lograr el obsequio de manos de cualquiera de los monstruos (la Momia arrasa) antes que del presunto financiero con la cara tiznada. El reparto se lleva a cabo con velocidad creciente. Algo sucede y

el falso rey Baltasar, falso Pistacho, regresa al interior del helicóptero, los monstruos acaban el reparto a toda prisa, y mientras las azafatas y las monjas alejan del peligro de las hélices a los huérfanos cargados de regalos, los fotógrafos y los hombres del abrigo, exhibiendo todos un gran dominio sentimental, han salido de la explanada y montan en sus automóviles. Ahora descienden hacia la ciudad en procesión funeraria, los huérfanos suben a un autobús, los monstruos cuentan su dinero y el helicóptero convierte sus hélices en espiral, la espiral se convierte en nueva hélice (aunque ya otra hélice) y el aparato alcanza el cielo, culea, se equilibra y se aleja hasta formar un punto. No entiendo nada.

—¿No entiende nada? ¿Verdad?

Es uno de los hombres del abrigo. Cara bonachona desmentida por rápidos movimientos de la mirada hacia lugares imprevistos. Un vestuario juvenil, excesivo, chillón, una corbata «divertida», como dicen algunos, estampada con monos en varias posiciones trepando hasta una nuez de Adán que las muchas arrugas hacen parecer una auténtica nuez. Enseguida me paso de listo y hago su retrato: un ejecutivo de publicidad cincuentón que se niega a abandonar su cargo, o al menos pretende salvar una excelencia profesional que su ego ha ido magnificando hasta la invención morrocotuda; por eso se duerme en los aviones mientras le hablan, o explica una verdad de plomo a los desconocidos y la cháchara se vuelve lamentable balbuceo beodo al caer la tarde:

—Tomaré un whisky —le dice al camarero. Y a mí—: Yo, estas mariconadas de frutas de los jóvenes, las aguas minerales de mierda esas, qué quiere que le diga...

Asiento y miro a la azafata, que a su vez mira a través de mí, y sus ojos azules se distraen en la explanada, en el parque de atracciones abriendo sus puertas al público, en los charcos y en lo que dice ser «Templo Expiatorio de España». No es necesario que transmita al lector el humorismo evidente.

—Roberto del Pistacho... —me dice el hombre con la boca llena de canapé—... no era Roberto del Pistacho. Eso ya lo debe de saber, claro. El hombre pensaba que por estas fechas ya estaría en la calle. Pero en esta guerra de nervios, porque no es otra cosa, de nervios y de periódicos, una imagen de Pistacho, el sibarita, comiéndose un bocadillo taleguero en Nochebuena hace que algunos se crean tremendos justicieros. Y digo «se crean», porque a éstos ya no les cree nadie. Ante esa adversidad, Pistacho dio la orden de que el tradicional reparto de Reyes siguiera su curso y yo mismo me encargué de convocar con urgencia a los pocos amigos que le quedan, y, a decir verdad, son amigos y se han apuntado a esta pequeña representación porque no tienen más remedio. También hemos avisado a la prensa, a la radio, a la televisión... Pero no ha venido nadie, ni siquiera a poner de manifiesto la desfachatez del asunto. Nada. Los cuatro fotógrafos eran *free lance* de tercera que nada bueno podían hacer con los carretes. En fin, que si Pistacho quería plantear una

especie de «Conmigo no podréis» ante su antigua propiedad, no ha habido muchos testigos de la gesta. Y lo mismo podría decirse si la intención era amenazar de modo sutil a los que no están moviendo un dedo por ayudarle, un «Sigo en la cárcel», porque nadie se va a dar por enterado. Quizá, no sé, desgrave a Hacienda por obra de caridad: el alquiler de la explanada, del helicóptero, de los juguetes, de las monjas, de los niños... Porque los niños tampoco eran huérfanos. Hoy en día, por fortuna, los huérfanos, los de orfanato quiero decir, escasean... Así que hemos presenciado el espectáculo de un hombre que no es quien dice ser ofreciendo a huérfanos que no son huérfanos regalos no sé si verdaderos. Espléndida paradoja, aunque se base un poco en el ridículo. Pero que no cunda el pánico: al menos, es de agradecer que Del Pistacho aún no vaya por ahí disfrazado de superhéroe como aquel otro al que expropiaron. Y debemos evitarlo, porque todo podría ser... Ya que las multitudes y sus representantes nos han abandonado, por lo menos que no nos dejen el hedor de su garrulería. Ésa es una verdad importante. Lo que conozco. Y yo me dedico al conocimiento, no a la sabiduría. Y una cosa es incompatible con la otra si uno quiere alcanzar cierta perfección espiritual... ¿Hablo mucho?

¡Ay, cómo me suena ese lenguaje! ¡Y, ay, cómo le temo!

—No, lo que dice es muy interesante... —disimulo.

—De tú, Fernando, que vamos a ser amigos...

Tengo mucho miedo.

—Me llamo Javier Trueta. —Tras limpiarse con una servilleta, me extiende la mano en un saludo—. ¿Nos sentamos? Si tienes alguna duda sobre el interés que pudiera albergar una conversación conmigo —iba diciéndome Javier Trueta, mientras se aprovisionaba de canapés y whisky—, te diré que pertenezco a Top Security. Fui yo quien te hizo llamar. Soy yo quien desea conocerte personalmente para rogar que aceptes una pequeña propuesta ampliamente remunerada y, cómo te diría, liberadora... Seguro que me entiendes.

Me lanzo en plancha sobre la mesa que señala Trueta. Acepto sus canapés, acepto su whisky:

—Quizá mucho de lo que diga te va a parecer... fantástico, irreal, pero los tiempos son fantásticos e irreales. ¿Sabes dónde estaba yo hace veinte años? ¿El año en que murió Franco? En teoría, coordinaba un grupo de actividades comunistas en España. Pero nada de comunistas de fábrica, o de octavilla o de «¡Libertad! ¡Libertad!». Nada de eso. Era un peón fingido en una especie de mascarada que se llevaban los de la CIA y el KGB en Madrid. Hacían prácticas de contraespionaje en un terreno, si no neutral, de ínfima importancia. Yo funcionaba como agente doble y, además, como cazador de espías para el SECED, el servicio de inteligencia, por llamarle de alguna manera, anterior al CESID, a la PAK y a la Finca... ¿Me sigues?

Niego con la cabeza. Quizá Javier Trueta espera que esa negación signifique:

«No, no te sigo». Pero significa: «Hay que ver...». Un mes antes, nombres como la Finca me resultaban puro delirio de paranoicos más o menos divertidos.

—Haces bien en no seguirme, porque te estoy mintiendo. En el año setenta y cinco trabajaba como subjefe de ventas en unos grandes almacenes. No me interesaba la política, y de las finanzas, sólo mi nómina y mis posibilidades de ascenso...

Y ahora tampoco le creo. Pienso en un antiguo opositor que aprovecha su memoria y la tutela de un catedrático con tensiones sexuales no resueltas para poner una guinda de ilustración en el pastel de lo obvio. O en un antiguo seminarista ungido primero por el marxismo (y Dios fue el materialismo dialéctico y la revolución el segundo advenimiento) y después por el morbo del conocimiento oscuro (y el materialismo dialéctico se hizo información y la revolución poder fáctico). Concluyo que ambos sectores han dado a la sociedad un modelo casi inverosímil de bocazas:

—¡Aquel Corte Inglés...! Mis jefes me adoraban, mis subordinados dividían opiniones y, contra las normas de la empresa, mantenía un romance adulterino, una guarrada de probador de señoras, con una empleada que entonces me excitaba mucho y ahora, cuando se ha convertido en mi segunda mujer y me ha dado tres hijos, me repele muy santamente. En los últimos veinte años, de hacerse algo, se han armado trayectorias peculiares. Como la mía. O como la de ese de quien hablábamos antes, don José María: uno de los principales empresarios del país, si no el primero, que de la noche a la mañana se pasea por los tribunales en capa y calzón, disfrazado al parecer de superhéroe. O la de uno que conozco, que de presentar un programa infantil en la tele pasó a jefe de prensa en el Ministerio de Defensa. Del Capitán Tan al Capitán General. Pero no hay que preocuparse. Su inmediato superior, uno de los máximos responsables de la seguridad del Estado, blasonaba por todo currículum ser presidente de una asociación de vecinos y de ayudar en la droguería de sus padres. Y, si quiere, hablamos de usted...

Javier Trueta engulle un canapé de caviar con limón incluido. La masticación facilita su discurso mental, los decididos movimientos mandibulares mal sincronizados a ojos que se lanzan de pronto a las corvas de la azafata, a los blancos manteles del salón vacío, a la rama cuajada de lluvia que roza nuestra ventana. Una inteligencia que opera ganando tiempo, automáticos despliegues de astucia; un funcionario que repite una rutina, quizá extraña, pero de protocolo asentado mediante curso restringido en Parador Nacional. La única tarea es seguir paso a paso el impreso, una estructura, un argumento. Ahora llegará al apartado en el que ha de transcurrir la primera peripecia, el punto de giro que concluya la presentación, y que este hombre pesado y temible disfrazará de hallazgo espontáneo, de «te lo aclaro porque me caes bien». Desde ahí, Javier Trueta trazará espirales para enredarme con ellas en un laberinto que luego desandaré en solitario para toparme con fieras y abismos. El ingenio monocorde de la celada que me ha atraído hasta aquí posee el

mismo estilo que los acontecimientos de las últimas semanas; una compleja maraña que desea algo de mí, o a mí todo entero, pero aún no se decide a hablar claro. Y lo hace ahora, con otro canapé en la boca, dando rodeos, empapados de la sombra de danzas macabras en lugar de bailes dionisiacos, de negativos burlescos del infierno que quizá sean el infierno mismo, de trampas, claves y relaciones, hilos de una ficción suprema, o de su contraria, cogidos con los dientes.

Javier Trueta se ha olvidado de mi curiosa biografía y ahora contempla la ciudad bajo la lluvia:

—¡Cuánta propiedad urbana! —Y se ríe—: Eso es lo que dijo un alcalde desde aquí. Enseñaba la ciudad a unos visitantes, me parece. Y ante la emoción del paisaje no se le ocurre decir otra cosa que: «¡Cuánta propiedad urbana!». Hay que ser paleta...

—Es una manera de verlo... —Trueta echa la cabeza hacia atrás y me mira, sorprendido de mi réplica—. A lo mejor lo paleta son las efusiones líricas ante el paisaje. Mi madre, ante un espectáculo parecido, solía decir: «¡Barcelona es una ciudad peligrosísima!».

—Muy buena mujer, su madre. Productos Barnabooth, ¿no? Otra trayectoria curiosa. Bien curiosa, por Dios...

Ni contesto. Espero que Trueta acabe sus reflexiones y vaya por fin al grano.

—¡Mira cómo llueve! La época del año que más me gusta empieza mañana. Siete de enero. Nos convencemos por fin de que es invierno para entregarnos a la circunstancia con la boca llena de elogios a lo inevitable, el tono de la carne roja, el aroma de las verduras, igual que esos viejos capaces de asegurar que en su vida se han encontrado tan bien como a los ochenta cumplidos. Claro, eres una puñetera planta... Pero, Fernando, no hay que despreciar las esencias: ahí están la profundidad de los aromas y los sabores, la claridad de las tibias mañanas soleadas... Realmente un disfrute vegetal. ¡Qué diferencia con el mes pasado! Hace más o menos quince días estaba yo en Madrid y era otra cosa. No sé cómo, me encontré paseando por delante de la Audiencia y de pronto oigo «Allá, allá», y veo a un pelotón de fotógrafos corriendo hacia mí. Pensaba que querían apisonarme, que corría serio peligro. Me aparté asustado y pasaron de largo. Iban a la otra puerta. Por lo visto, les habían dado el aviso de que Mario Conde salía hacia la cárcel por la puerta principal, mostraban su desgracia para que las masas, tan dispuestas a festejar la miseria, celebrasen la caída de los titanes al ver un retrato borroso. ¡Qué barullo! Y no sólo eso. Súmale los mirones, los parados, los jubilados y los chillones de siempre, el tráfico que no hay quien lo aguante y que también era el último día de clase, la calle a rebosar de estudiantes borrachos y maleducados con un gorro de Papá Noel en la cabeza. Y un cielo velazqueño, allá, como raro... Ese caos me tendría que sugerir una conclusión, pero no sé muy bien cuál... ¿La destrucción de un orden, de una

concepción geométrica de la moral, de una categoría histórica? Sé que algo importante se me escapa porque sé el gran valor de un dato inútil. ¿Quieres más canapés? Tenemos todo el ambigú para nosotros...

Trueta se levanta de la mesa, le dice algo a la azafata, y la chica y el camarero desaparecen tras la puerta del salón. En ese momento recuerdo una expresión no sé si feliz, «A los raros nos pasan cosas raras», y me convengo otra vez de que mi vida es una cadena de exageraciones; o quizá sean extremos esos puntos de giro, el accidente que provoca el cambio de costumbres y de edad, y el resto sea sólo lamerse las heridas y maravillarse como un tonto de los sucesos al fin banales que las causaron.

—¿Te gusta el lomo embuchado? —me grita desde el ambigú, como él dice, y me obligo a afirmar con la cabeza y a sonreír, concentrado en que no debo mostrar ni el mínimo asomo de temor. Y es temor físico lo que siento, puro miedo. Acabo el whisky y, mientras Trueta se aproxima, concluyo que así, bebiendo, es como he alejado los temores de mi vida, y mi vida del resto de otras vidas, una reflexión fuente de nuevos miedos, difíciles y purulentos—. Verás... —Trueta se sienta, me mira avisando de que va a decir algo importante y secreto y lo dice con la facilidad del que ha aprendido a aparentar que no mide sus palabras—: Trabajo en Top Security, pero digamos que mis intereses últimos no son los de esa empresa. ¿Me explico? Me gustaría que mi posición fuera otra vuelta de tuerca al tema del traidor y el héroe, pero no hay mucho lugar en esta esquina del mundo para la literatura. Para la buena, al menos. Sólo te diré, Fernando, que mis intereses son los del Estado, mande quien mande. Supongo que eso te tranquiliza. Soy un gozne del Estado en Top Security, donde, bajo la aparente dirección de Pistacho, nos dedicamos a informar a nuestros verdaderos superiores de lo que requieran. Te podría decir que vas a trabajar para Pistacho, que formas parte de un extenso plan de venganza contra los que le han metido en la cárcel. Pero no te digo eso. Te digo la verdad. Y no porque me caigas especialmente bien, que me caes bien, no te digo yo que no. La razón es que debes enfocar el encargo correctamente, saber lo que estás buscando de entre todo lo que tienes que buscar. Que al menos una verdad gobierne tu intuición, Fernando, cuando este año empiecen a salir noticias, hechos y personajes, fábula y aventura y mal olor... Sobre todo, la noticia de personajes que con sus calumnias irresponsables harían tambalear la situación, de algún modo privilegiada, que hemos conseguido entre todos los españoles. Magnífica, si la comparamos con la de Haití. Es un ejemplo. Este invierno no habrá insinuaciones rosadas de almendros en flor. Este invierno será duro. Y la primavera, tormentosa. Y el verano nos hará sudar más de la cuenta. Habrá llanto y crujir de dientes, Fernando...

—¿Y los desdentados?

—Habrá dientes para todos, Fernando. Mi trabajo, el trabajo de muchos, consiste en que la situación no se desmande. Estamos viendo caer, y bien estrepitosamente,

por cierto, la famosa República de los Sabios. Los carismáticos quiebran. ¿Y sabes por qué? Según mi criterio, por falta de auténtica conciencia, de responsabilidad. Han dejado en mal lugar sus ideales, fueran éstos los que fueren al margen de la ambición meridiana, para acabar pensando, pobrecitos, que los demás somos tontos y que el cinismo lo han inventado ellos. Otro resultado de esas trayectorias extrañas... El hijo del chupatintas convertido en ministro, el sobrino del banquero, marxista de ida y vuelta, que solicita la readmisión en sociedad, y aporta una gramática aprendida, un nuevo blindaje ante los tiempos, por decir algo... Pero se trae del brazo al hijo del chupatintas. Y es en ese humus de mindundis al acecho donde brota la mayoría de los estropicios. A partir de ahora necesitamos a gente cabal, a los buenos cenutrios de todas las guerras, a obedientes funcionarios capaces de dominar su concupiscencia egocéntrica. No pienses que soy injusto, Fernando, que estoy en contra de la evolución social. Mejor será que la administración del país la lleven verdaderos y capaces funcionarios conscientes de lo arduo que es llegar a lo más alto del escalafón antes que malabaristas aficionados, porque el pueblo se contagia de ese temperamento frívolo, de ese ruido... Han convencido a los ciudadanos con su auténtica mediocridad después de años de burlarles con abracadabras. Y digo ciudadanos por decir algo... Porque hoy en día, quienes cuentan a efectos electorales, los jefes, son los rústicos de los pueblos de diez mil habitantes. Y los que se aprovechan de la denuncia indiscriminada de la situación, los agoreros de turno que ven con malos ojos la corrupción, pero no que esa misma corrupción, adornada con errores e invenciones, se transforme en ventas de libritos, caché en las tertulias radiofónicas y en favores que más tarde se habrán de pagar. Dicen lo que cualquier consumidor de chatos de vino quiere oír con el resultado de una desmoralización, de la pérdida de confianza en el sistema. Como si estuvieran fusilando a la gente en las tapias de las iglesias. Como si no fuera hasta cierto punto saludable que alguien meta mano en la caja alguna vez en tiempos de prosperidad general. ¡Eso lo sabe hasta el comerciante más ínfimo...! Pero me estoy yendo por las ramas... —Trueta jadea después de su discurso, me señala con el dedo, intenta volver su mirada glacial, fracasa, y la mirada empieza a revolotear por el salón hasta que se posa de nuevo en mis ojos para decir—: Ahora es cuando me tienes que preguntar qué pinta un borracho, cocainómano y cazadotes fallido como tú en una empresa tan alta.

Que no plante una mano instantánea en ese carrillo hinchado de comida se debe a que jamás he pegado a nadie (salvo el día del Watusi), a que hay algo, mucho, de verdad en los elogios que me ha dedicado y también, y sobre todo, a que sigo teniendo miedo. Aunque hay algo más: sé muy bien cuál es mi papel en esta comedia y no lo voy a cumplir, no al menos como espera este individuo. «Finge», me ordeno. Y después de acabar un segundo whisky y mirar el vaso vacío con una reverencia insondable, ensayo el semblante ahogado, la mirada huidiza del actor Peter Lorre.



Javier Trueta, lleno de confianza en su histrionismo, me sirve más alcohol, mientras me doy aliento con la idea de que mi nuevo amigo quizá sea estúpido, una tontería básica elaborada con frases que mejora de conversación en conversación; éxitos demasiado fáciles como los que cimentaron lo que mi contertulio llama tan pomposamente «República de los Sabios». Cierta habilidad para la réplica veloz, memoria, poco más. Trae de mí una idea preconcebida y actúa en consecuencia: soy de los que necesitan conjuras y plutocracias a quienes echar la culpa, de los que sospechan, de los que achacan el resentimiento lacerante de su fracaso a los males del mundo, el típico memo airado al que se dirigen los columnistas prestigiosos. Trueta desconoce las delicias del fondo irracional y el extraño sentido común que proporcionan; y la lógica de la libertad, del azar, la certeza esquiva de un cuerpo flotando en el agua, visibles el lema Watusi 65 y una W, y no hay miedo. Desconoce lo que nos condena y nos salva.

—No te inquietes, Fernando, que estaremos en el mismo lado. —Va a desbordar el vaso de tanto whisky como me está sirviendo.

—¿Y si no quiero estar en ningún lado?

Y levanta la cabeza, sorprendido. Es su gesto. Un segundo y ya tiene la respuesta en los labios:

—Pues un abrazo y a otra cosa... Pero no me dirás que tu vida actual te parece fácil. Más de uno se ha acabado colgando de un árbol por pura inquietud cuando empiezan a pasar cosas raras y no sabe por qué. Infartos, punzadas mortales en el pecho...

—Como Trabal...

—Vamos a dejar a Trabal a un lado de momento. Enseguida convocaremos su recuerdo para que nos haga compañía. ¿Qué sabes de Neyra?

La risa de un monstruo, una boca de aliento envenenado. Estoy en lo más profundo del laberinto y el Minotauro es ciego. Y se ríe.

—¿Quién?

—No seas idiota. José Felipe Neyra.

¿Idiota? Lo que sé de José Felipe Neyra se resume en una palabra: todo. Pero manifestar esa seguridad no sería bueno para el ventajoso trato que pienso hacer, ya que no hay otro remedio, que ese «un abrazo y a otra cosa» es el abrazo del oso. Fuera, la tormenta amaina. Me doy cuenta de que evito mirar a Trueta mientras respondo:

—No sé, lo que sabe todo el mundo. Es un playboy o algo así. ¿Un intermediario? ¿Puede que sea eso? La verdad es que no leo mucho los periódicos...

—Ni falta que te hace. Los periódicos no dicen mucho más de Neyra... Una carrera veloz y fascinante, una perla de las escuelas de altos estudios mercantiles, aunque sus padres fuesen emigrantes que llegaron a Barcelona en los cuarenta. Un

chaval de ambición precoz que ya se relacionaba con los ambientes financieros en los setenta, un vínculo que nunca ha perdido, aunque en los ochenta perdimos su pista y lo reencontremos como hombre de negocios poco claros, un intermediario que ganó y perdió fortunas en Costa Rica, en Paraguay, leves insinuaciones de que anduvo cerca de los intermediarios europeos en el asunto Irangate... Sus contactos con los dictadores y ministros de todos esos países... —Trueta hace una pausa y me mira enfadado. Percibe que el miedo y la atención se van diluyendo en el whisky.

—Sí, sí, te sigo, los dictadores y sus ministros, todos esos que van vestidos como porteros de hotel...

—Esos contactos le llevaron a estar muy bien relacionado con los banqueros suizos y, más adelante, con lo que no son banqueros suizos. Y lo que no son banqueros suizos forman una sociedad muy variada quizá, compartimentada, peculiar, pero compacta.

—Disculpa, Javier, pero no sé cómo piensas llegar desde la banca suiza a mi humilde persona.

—Cayendo en picado, no podía ser de otra manera... Y escúchame cuando te hablo. Y concéntrate en lo que no son banqueros suizos. Algunos son los que ocultan las actividades de Neyra tras los continuos pactos de no agresión tan típicos de esta ciudad. Pactos políticos, pactos informativos, pactos económicos, pactos matrimoniales. Eso, en otras palabras, significa que muchos maricones con cara de conejo...

—Sé lo que quieres decir...

—Me gusta que seas rápido, pero hay más... También tenemos a esos personajes pintorescos que suelen salir a la luz cuando se buscan noticias sensacionales, muchos de ellos, cómo no, biografías aventureras o rutilantes como las que mencionábamos. O quizá fines de saga, decadencias también peculiares que parecen exclusivas de estos tiempos. Hijos perdidos de eminentes intelectuales, princesas emputecidas... La pista de Neyra son círculos alrededor de esta ciudad. Una espiral...

—Ya.

—Vas viendo tu importancia en el asunto, ¿verdad? Y galeristas que aceptan el dinero de cualquiera, antiguos productores de cine porno que van a determinados despachos con cuentos muy extraños y piden como contrapartida inmunidad fiscal, hombres de la cultura que enloquecen... Pero concentrémonos en Neyra y en cinco puntos fundamentales. Punto uno: José Felipe Neyra y sus amigos manejan, entre otras cosas, muchos intereses oscuros en esta ciudad. Punto dos: la figura de José Felipe Neyra, o una proyección interesada de su quehacer, puede ser exhibida ante la opinión pública con el indispensable aliño del escándalo. Punto tres: David Trabal, buscando no sé qué quimeras averiguó algo de Neyra que, sospecho como seguramente tú también sospechas, precipitó, ya sabes, las cosas... Punto cuatro: si

Neyra sale a la luz pública recurrirá al chantaje, y las pruebas de ese chantaje, aunque sean mentiras, resultarán un material explosivo. Punto cinco: las consecuencias de ese chantaje serán otra barrena en la estabilidad nacional. Las formas que adquirirá el terrorismo de Estado ya serán insultantes, por muy falsas que sean. Porque sólo importa la dimensión de la mentira y lo que gente enfadada por los medios está dispuesta a creer...

—¿Y no será todo un azar? Lo de Trabal, digo. Yo creo que fue un asunto sentimental... —miento.

—Me extrañaría en alguien como Trabal. Un hijo de chupatintas, como el mismo Neyra, en ese escalafón de tipos que estamos improvisando entre tú y yo. En su campo, en esta ciudad, Trabal era el amo. En el partido le quisieron mucho durante un tiempo. Tenía relaciones familiares, algo extrañas, pero relaciones, con alguien importante de Ferraz a quien conoces... Trabal, además, era de esos raros catalanes que se pasean por Madrid como Pedro por su casa. Conocía a los franceses, a los alemanes, a los italianos, a los japoneses... Resultado: Trabal estuvo muy bien colocado durante un tiempo para ser ministro de Cultura. O al menos ocupar un cargo muy importante allí... O, quién sabe, a lo mejor algo serio...

—Puedo imaginarlo.

—¿Y sabes por qué no fue nada de todo eso?

—Ni idea —miento.

—Da igual. El caso es que la romántica, si quieres, búsqueda de David Trabal, esas excéntricas intervenciones en los programas televisivos y radiofónicos, propició gran alarma en algún sistema. Después de su repentino e inesperado tránsito, del «Caso Amparito», no hay que dar más vueltas a la verdad, causó cierto estupor que entre sus papeles no se hallara ningún dato de los que tanto alardeaba. Sólo una agenda que daba cuenta de algunos viajes y un reiterado «llamar a Atienza». «¿Quién es Atienza?», nos preguntamos. Y no te diré lo que nos respondimos, porque veo que eres susceptible. Sabemos que ahora mismo no sabes más que nosotros, pero tienes unas guías para averiguar mucho más si circulas por ellas. Alguien me dijo: «Pues se le pone boca abajo y se le saca todo lo que sabe». Y yo dije: «No, nada de eso. Eso sería portarse como aquellos a los que criticamos». Además, aunque tuviéramos ciertas pistas, un método, nunca lo haríamos tan bien como tú. Y, ya te he dicho, me caes bien. Tengo que reconocer que tengo un hijo con ciertos problemas con la mierda esa de la cocaína y, más o menos, sé lo que es eso...

Silencio solemne, mientras se supone que digiero la sarta de mentiras que me acaba de dedicar. Yo lo sé todo y su única misión es averiguar si yo sé ese todo. En eso va a consistir nuestra relación.

—¿Trabaja? —pregunto.

—¿Quién?

—Tu hijo... —Mi careta de ingenuo, esa imitación del drogadicto tocado en lo más hondo de su sensibilidad por los inexistentes problemas del puto hijo, quizá también inexistente, hace que se le salten las lágrimas al único espectador que puede seguir el drama: yo mismo.

—Estudia, alguna chapuza... Es muy listo, pero los amigos, el *after hours* ese... Bueno, prefiero no hablar del asunto.

Claro que no... Esperamos a que retome la finta burocrática señalada en el impreso, mientras nuestros semblantes apenados fingen mucho.

—Si las predicciones de los sucesivos escándalos son ciertas más o menos, hasta septiembre no tenemos que preocuparnos. Te voy a dar tiempo para que investigues. Quiero un informe sobre todo lo que puedas averiguar acerca de José Felipe Neyra. Su origen, ese lapso de tiempo juvenil que no controlamos... Cómo diría: la evolución de su identidad secreta. Y, ya sabes, su estilo de vida cuando está aquí, vínculos, sustancia sobre las personas relacionadas con él y un resumen ejecutivo de sus andanzas. Y, sobre todo, qué actividades tuyas fueron descubiertas por David Trabal para que hicieran a éste acreedor a una tragedia cardiovascular.

—¿Cuántas páginas?

—Esto no es un trabajo para el cole, Fernando. Las que hagan falta. Lo importante es el contenido. Que tengamos muy bien ligado el, llamémosle, aspecto barcelonés de ese cabrón de Neyra. Ten mucho cuidado. Eso, sobre todo. Máxima discreción. Pregunta poco y observa mucho. Visita las hemerotecas. Sólo tú puedes encontrar relaciones preciosas en un suelto, en cuatro líneas triviales. Las noticias más sustanciosas, por regla general, son las que no tienen continuidad. Las que aparecen un día y en nada son olvidadas por los dos memos que han llegado a leerlas. Eso sólo se debe a que no tienen interés, o a que alguien ha decidido que no lo tengan. Ahora se habla mucho de aquel periodismo de finales de los setenta, cuando, según dicen, había riesgo y profundidad. Si supieras la de noticias que se quedaron en un breve de la página izquierda, o que salieron fuera de su contexto natural... Y una noticia no es de verdad noticia hasta que no se machaca con ella, los demás medios cogen la onda, la gente la discute y la digiere. Pero lo que te decía: a veces, por ejemplo, la sección de deportes te puede decir más de un hombre de negocios que la información que sobre el mismo individuo dan las páginas de economía. Y viceversa. Pero a ti, en este momento, la viceversa... Habla con antiguos empleados, con los que tengan un mal recuerdo del buen Neyra. Pero no con los socios, con sus iguales, sino con chóferes, recaderos, ordenanzas, camareros... Un informador minúsculo puede ser una mina de oro.

—Como yo...

—Como tú, sí. Pero a ti te hemos tenido que animar y esos otros, en cambio, están deseando transmitirnos su sabiduría. Por eso te dejo tanto margen de tiempo. Si

Neyra vuelve a aparecer en los periódicos, la antigua servidumbre puede desmandarse. Entonces irá donde esté el dinero. *Interviú*, radios, televisiones... Tú tienes que actuar entre dos períodos. Si preguntas demasiado pronto, la gente no dará importancia a hechos bobos en apariencia, pero fundamentales. Si lo haces demasiado tarde, averiguar la marca de tabaco que fuma Neyra te costará millones. Que no tienes, te anticipo. La cuestión es intervenir cuando el payasete de turno oiga o lea nombres que le suenen y entonces diga: «Coño, si éste iba con mi jefe a esto y lo otro...». Cuando él, de una manera libre y generosa, tenga deseos de expresarse. Hoy se te ha hecho un ingreso en tu cuenta corriente. Para que trabajes tranquilo y no andes aplazando la historia con tus gastos, digamos, suntuarios. No hace falta decir que si averiguamos que no estás haciendo nada, y lo sabríamos, se suspende el pago y nos enfadamos. Es una cantidad importante, pero hay que reconocer que sales más barato que los del Kroll y demás. Aunque bien es verdad que la amenaza de que los asuntos de Neyra salgan a la luz no es tan segura como las de otros.

Estoy viendo la posibilidad de los desesperados.

—Me gustaría saber una cosa. ¿Neyra trabajó para vosotros?

Finge que medita. Aunque no sé si medita sobre la naturaleza de ese «vosotros», o sobre la cortina de humo que tiene que levantar a mi propia cortina de humo.

—Sí —acaba afirmando el muy bobo. Y añade—: Pero sobre eso no te puedo decir nada más. Es importante en otro aspecto, desde luego, pero no en lo que concierne a tu trabajo. ¿Vamos?

Nos levantamos, y sólo abandonar el salón, silenciosos camareros empiezan a desmontar el bufé. Ya no hay rastro de azafatas. La gente entra en el parque de atracciones. Ha dejado de llover, ha vuelto la música amplificada y algunos ingenios mecánicos ya funcionan; el silbido de los rieles, el tañer de las campanas, la fría amplitud del presagio.

—Bueno, Fernando. No creo que nos volvamos a ver. Dentro de un tiempo, inmediatamente antes o después del verano, alguien se pondrá en contacto contigo para que le entregues el informe. Hazlo bien. Déjame en buen lugar ante el Lector, con mayúscula.

—¿El Lector?

—Siempre hay un Lector. Y este Lector es alguien importante que manifestó mucho interés en que fueras el informador cuando tu nombre salió en las reuniones. Buenos días...

Con el paso arrastrado del que no duerme mucho, Javier Trueta camina, lucha contra las mangas de un abrigo que disimula su mal gusto indumentario y se pierde más allá de las puertas del funicular: ahora se confundirá entre los claros de esta selva oscura. Es muy posible que no se llame Javier Trueta ni trabaje al servicio del Estado. Si son ciertas esas informaciones triviales, criados y camareros, cuchicheo de

irrelevantes sociales, los intereses del Estado se han desarrollado en un infinito interno que desorienta y vence cualquier idea preconcebida, se multiplica en nódulos que forman su propia turbulencia y se dispersa en variados intereses. Y tengo que pensar que siempre ha sido así. Y es entonces cuando tropiezo con un método general, el eje que ha gobernado mi vida y ellos desconocen. O quizá no. Quizá un enorme y terrible ojo me ha estado observando mientras yo intuía inmanencia en movimiento a través de los laberintos de aquel 15 de agosto, tormentoso, pero lleno de luz. Y en los sótanos. Y en los grandes hoteles donde se disponían mascaradas políticas, la siniestra conducta de una época y su aparente evolución. Y en los callejones donde hervían la música y los yonquis, monstruos ingobernables. Y sobre las toallas de Victoria, en la locura de los paranoicos, de los avariciosos y de los arribistas, el viejo que me explica su añoranza de los príncipes envenenadores y me señala la presencia de insectos ilusionistas, la foto del pastor de almas, un lado de la verdad en labios de un espíritu flácido. Y los helicópteros sobrevuelan y trazan espirales y las bocas hablan y trazan espirales y los hechos suceden y trazan espirales.

En el momento en que el posible Javier Trueta se perdía más allá de las puertas del funicular, se ha cruzado con una joven achaparrada, nada atractiva, pelo rapado, gafas de concha, vestida como una cebolla en capas de lana, una gradación cromática que se arrastra del morado al violeta. Fuma y espera, y tira las colillas al suelo y las pisa con unas sólidas botas de montaña. Nuestras miradas se han cruzado un par de veces. Una mujer fea también puede ser fatal. Dudo si entrar en el templo o el parque de atracciones. Por fin, me acerco a las taquillas y compro un billete. Para todas las atracciones, por supuesto. Quiero jolgorio. El parque está desierto, y los vigilantes, envueltos en bufandas y pasamontañas como terroristas pirenaicos, se mueren de frío. Bajo escaleras, transito pasillos, compruebo que la mayoría de atracciones llevan un nombre híbrido que se parece al de las empresas de Roberto del Pistacho, un sello personal. Me conmuevo ante mis deformidades en la galería de espejos. Salgo de un laberinto y la chica violeta está comprando palomitas. Subo a una especie de dirigible que cuelga sobre la ciudad y el vértigo me agarrota las piernas, mientras deseo que acabe el suplicio. El encargado se ríe del modo casi cuadrúpedo en que salgo de allí. La chica violeta golpea un *punching-ball* en el salón de juegos. Navego con bandera panameña en un barco teledirigido, y en el otro lado del estanque, la chica violeta, bajo pabellón liberiano, evita un abordaje. Es entonces, en el último nivel del parque, cuando lo encuentro. «El Guardián del Límite».

En los paneles que envuelven la atracción, figuras reconocidas: Elsitá, Watman, Matwan, la Tropa Shingalín... Nombres que ya son famosos entre los adolescentes españoles. El juego consiste en situarse dentro de una cesta móvil con un tablero de mandos y actuar en un híbrido de autos de choque y baile frenético sobre una pista de acero. Las cestas se moverán sin cesar, mientras topamos unos con otros. El baile y la

violencia. Ya estoy al mando de mi nave. Todo se vuelve oscuro, se enciende un panel, aparece la imagen de Watman, El Guardián del Límite, y nos informa: «A través de los agujeros negros de la galaxia, los shingalines controlamos los sucesos de los mundos paralelos. Destruye a los falsos guardianes y recuerda que el bailarín siempre tiene razón». De pronto, suena la música del clásico de Los Bravos «Black is black» y empiezo a girar y a subir y bajar, se encienden y se apagan luces estroboscópicas, intermitentes, rojas, azules y amarillas... Choco con una familia japonesa, con otra de un margen europeo con perfiles de *glasnost*, con un niño que exclama en catalán junto a un padre que blasfema en el mismo idioma y con la chica violeta, que guarda el equilibrio con una mano y se sujeta las gafas con la otra. Todos giramos, nos tambaleamos, chocamos, subimos y bajamos, y aún puedo pensar en mi tarea del día y en mi labor futura. Hoy he visto cómo alguien que no era quien decía ser entregaba a huérfanos que no eran huérfanos regalos quizá vacíos. Entonces, alguien que tampoco era quien decía ser me ha dicho que representaba a no se sabe quién. Ese hombre me ha encargado un trabajo sobre un personaje que no existe para que un llamado Lector calibre lo que un tonto como yo averigua acerca de hechos importantes sobre los que nadie, nunca, debe saber nada. La tarea consiste en demostrar que este mundo puede ser doloroso, hasta infernal, pero no es serio.

# Los juegos feroces

CORO: Muchas son las figuras de lo divino, y muchas cosas inesperadamente colman los dioses, mientras que lo esperado no se cumple y de lo desesperado un dios halla salida. Así ha resultado este caso.

EURÍPIDES, *Las bacantes*

Mientras exista un traperero, el mito subsistirá.

WALTER BENJAMÍN



# 1

El 15 de agosto de 1971 es el día más importante de mi vida. El día del Watusi. El arco que se tiende sobre la madrugada en que Pepito y yo, resguardados de la lluvia por un plástico azul, pescamos sobre un dique derrumbado, y acaba sin gloria el amanecer también lluvioso del día siguiente. Los sucesos nos han devuelto al mismo lugar. Allá abajo, sólo un vaivén entre dos aguas, se mece un cuerpo con cadencia eterna.

Vuelvo a la primera madrugada, a los adolescentes convencidos de practicar la pesca. Pepito, le llaman el Yeyé, se queja del cebo, una triste lombriz olvidada en un bote de conserva donde también se agita una mosca aturdida. Hace una pausa en su continuo mascullar, la mirada perdida en el horizonte inexistente, y con una entonación afanada al descuido en conversaciones lejanas y adherida a su acento gitano, filosofa:

—Te dan un botón y te dicen: si aprietas, se mueren la tira de chinos, pero te damos cien mil duros. ¿Tú qué haces, a ver?

No contesto. No suelo unirme a ciertas meditaciones de Pepito.

—Pero, ojo, que no es tan fácil. A los chinos, los que quedan vivos, les van a decir que has sido tú el que ha apretado el botón.

Sigo sin contestar.

—¿Tú has visto un chino alguna vez? ¿Así, en persona? Pues claro que no. ¡Qué vas a ver...! Ni yo tampoco. Ellos saben quién eres tú, pero tú no sabes quiénes son ellos.

Ése fue el principio.

Y éste, el fin. Ha pasado un día entero. Seguimos intentando pescar. Los dos en cuclillas, muy juntos, escuchamos el tenaz crepitar del agua en el plástico que nos mantiene al resguardo de la lluvia. Pepito mira en todas direcciones, sorbe los mocos con fuerza, me mira y vuelve a filosofar:

—Te mueres. Te entierran. Sale un árbol de donde te han enterrado. Un manzano, te imaginas. Si te comes la manzana, te has comido parte del muerto. ¿Te empiezas a portar como él?

—Si me he muerto, no puedo ir otra vez y coger la manzana.

—No empieces. El que se muere es otro. ¿Te portas como el tío de la manzana o no?

—A lo mejor.

Hace un momento he dicho que nunca intervenía en esas meditaciones, pero aquella madrugada los hechos recientes imponen la conversación nerviosa.

Pepito chasquea la lengua, resignado a la incertidumbre. Vuelve a mirar el agua turbia. Dice:

—Hoy, por lo menos, tenemos un buen cebo.

Y allá abajo, como un animal marino, la cadencia de un cuerpo. Le han rapado, le han sacado los zapatos y los pantalones, han dejado la cazadora con el lema Watusi 65 y una W cosidos a la espalda.

Ese día vi un muerto (y hasta dos) por primera vez. Fue el de la iniciación al asombro sexual más que a la sexualidad misma y, al creer que lo recordaba, el día en que mis cimientos se anegaron del ansia de la emoción. Así me ha ido. Aquella misma noche, casi sin dormir, envuelto por el llanto de mi madre, supe con seguridad que había descubierto la violencia; no tan sólo el mazo en el yunque, sino una sombra más oscura escondida entre amagos y presagios. Ese día, el Lector se habrá dado cuenta, fue rico en acontecimientos, pero hasta hace muy poco no he sabido el verdadero significado que tuvo y tiene para mí. No es la tragedia evidente, ni la reverberación de paisajes desconocidos, ni las revelaciones; supe del día logrado, de la luz, antes de que madurase en mi cabeza nada perenne. Ese día no me resolvió como persona; me planteó como persona de modo convulso, y ni yo ni el mundo que veía supimos solucionar el problema.

Estoy pensando en el Lector de este Informe y lo que se está preguntando. «¿Y a mí qué me importa todo esto?». Aún no he perdido el juicio, Lector. Sé que escribo un Informe Confidencial sobre cierta persona, sus hábitos, sus flaquezas, su verdadera influencia... Lo sé. Pistas, citas, testimonios, gimnasia sexual tras los visillos... Pero dada la importancia que esa persona, o mejor dicho «la evolución de su identidad», ha tenido en mi vida y yo en la suya, y como sé además que nadie me va a dar otra ocasión para contar la historia, ha llegado la hora de que ejercite el rigor. Porque voy a ser riguroso por primera vez. No estoy acostumbrado a exhibir esa virtud y es posible que muchas veces la confunda con imprudencia.

Las raíces del Informe que me ha encomendado penetran hasta el inicio de la época, hoy seriamente maquillada, en que la euforia técnica facilitaba la estafa más espectacular de la historia de la humanidad. Si el Lector es susceptible a la palabra estafa, diré «ilusión», esa coartada moral de los sacerdotes descreídos desde el antiguo Egipto, de los brujos de la tribu, de los claros varones y sabios oficiales; ilusión de aplacar la ira de los dioses, de conocerlos y nombrarlos. Y los sacerdotes nos dijeron que el hombre, la humanidad, volvía a señalar el cielo, porque alguien subía y bajaba de allí, del cielo. Eso sólo podía significar el paso a una nueva juventud. La humanidad parecía cansada de sí misma e inventaba una excusa como quien se esfuerza por hacer un retoque en el mobiliario o una ligera mudanza en su rutina para no caer en la desesperación que sigue al aburrimiento. Ese engaño ocurría en todo el mundo; pero en nuestro país, las circunstancias hicieron que se pugnara por más juventud. Una época de rígida decadencia parecía acabar y eso sólo significaba el paso, a veces doloroso, siempre un sacrificio en el altar del progreso, a una edad de pujanza. Al principio sólo hubo miedo, planes y cuestiones aplazadas. Después abundó la soberbia. Luego fantasmas y espejismos de aquel miedo y esta soberbia lo

inundaron todo. Fantasmas. Quizá nadie hable de entrechocar de huesos y calaveras rientes, pero eso ocurre porque nos hemos vuelto sordos y tan ciegos que sólo vislumbramos fuegos fatuos en la oscuridad del tedio del mejor de los mundos conocidos.

Durante el inicio de la época que nos llevó del miedo esperanzado al tedio se fomentó el olvido como un valor. Nadie se avergonzaba de su amnesia, pero a diferencia de aquellos que sí tenían algo que olvidar, hubo otros que por edad, o porque en ellos el olvido ya era un rasgo hereditario como unas manos anchas con dedos cortos, se les impuso el valor espiritual del olvido y olvidaron Nada. Olvidar Nada se convirtió en una nueva categoría, un ímpetu del cuerpo y del alma que les empujó a inmolarsse en la novedad, la muerte como novedad última, como última sospecha. Eso fue la frivolidad extrema. Se murió por una canción, una noche de juega o un ritmo interno al que nadie podía encontrar palabras. Se murió de risa y de gusto. Durante un tiempo, la adoración de la inconsciencia juvenil no fue disuelta en mezquino sarcasmo; luego, en sus rasgos superficiales, resultó muy rentable, y hasta imitada. Se fue frívolo en el comercio, en la propaganda, en la política, y por caminos abyectos la inconsciencia se resolvió una vez más en estupidez. Así, mientras el gris claro y el gris oscuro se alternaban en el poder aparente y se adjudicaban el mérito de la inercia colonial como un idiota vocea que el flujo de las mareas es cosa suya, la mayoría del pueblo creía en el deporte en estadios, en amoríos famosos y en la economía doméstica como único talento social y baremo indiscutible de la dignidad ciudadana. Los intelectuales se devolvían favores y afrentas mediante complicidad pueril o duelos entre fantoches. La gente solía creerse muy informada. La pornografía fue la más nítida de las simulaciones.

En *El asno de oro*, Lucio, su protagonista, se unta de una sustancia mágica que habrá de convertirle en pájaro, pero le vuelve burro. Es la historia de mi vida. Pero también dice Apuleyo por boca de Lucio: «... quedarás admirado, Lector, con la sucesión de situaciones de unos hombres que cambian de forma y condición para recuperar nuevamente su primitiva imagen según les interesa». Yo he conocido a esos hombres y mujeres, he conocido esas calles y esas casas, y, lo más importante, reconozco aún el espacio entre las casas y el vacío que deja la ausencia y el cambio. Todo es magia y metamorfosis, o todo es engaño y también metamorfosis. Descubrir el truco de los simuladores y una posible maravilla entre el fango requiere muchas líneas en este Informe. El bastón del mago cambia una y otra vez de mano, y a mí, al cabo del tiempo, me hacen preguntas y me pagan por ello. Debo explicar ese cambio si quiero redactar un trabajo aceptable y referir cada una de las veces que he contado lo que voy a contar una vez más. El Lector tendrá su información y yo ganaré mi recompensa.

He contado la historia en muchas barras (soy un asiduo), en un banco cualquiera,

mientras las chicas doraban tardes de junio desfilando arriba y abajo con la misma decisión con que suelen decir «¡Quita...!»». Siguiendo su trayectoria, me convertía a través de mi relato en un antiguo héroe engreído, abandonado luego en esta época átona plagada de dioses ridículos. Mi interlocutor se encogía de hombros, pero aceptaba tabaco y, siempre cauto, escondía con disimulo su hatillo, el vino y la mugre. He contado esta historia en camas ajenas fumando el cigarro teatral que alguna noche memorable iniciaba un entreacto, al tiempo que decidía entre un plan eficaz de huida sin desdoro en cuanto fuera posible y la invención de rápidos y fogosos vínculos para permanecer en aquel ámbito y los contiguos una buena temporada. He imaginado la historia en fragmentos, en capas, en pequeñas explosiones de memoria, mientras sentía el placer de una vibración casi musical... En fin, que me he hartado de contar la historia de mil maneras. Pero fueran cuales fuesen esas versiones, permanecieron siempre fieles, si no a la verdad, sí a su vocación. Y cuando digo esto quiero decir que creía en mi relato, aunque no refiriese todo lo ocurrido, o exagerase de lo lindo. Una advertencia: entregado a ocultar mi origen, tácticas mentiras convertían a uno de los protagonistas del suceso (yo mismo) en un personaje muy vago, inmerso en los acontecimientos de modo accidental. En el asunto de mis orígenes he mentado mucho: corregir mi biografía ha sido la empresa auténtica.

Ahora seré yo el protagonista, ahora intentaré aproximarme a la verdad. Sólo es cuestión de atención y paciencia. Pese a la gravedad de los hechos, la historia no carece de amenidad y es tan divertida como la de cualquier bufón resentido. Alguien habló una vez de los corredores y palacios de la memoria. En la memoria de las cloacas, de donde me han sacado, hay pasillos tenebrosos, pero también palacios de jade. Son esos palacios de la memoria más oscura los que alego en mi defensa para la aprobación del Lector.

La madrugada del 15 de agosto de 1971 llovía, yo tenía trece años y mi único orgullo sobre esta Tierra consistía en la caña de pescar de mi padre (que me recordaba de forma absurda su presencia física), un colgante con una cabeza de jefe indio, simular que engullía los cigarros encendidos y el manual *Piense y prospere*. Una notable habilidad para abrir coches y guiarlos con prudencia entre la multitud hasta hacerme invisible era mi virtud secreta. El resto, la radio de galena, el catalejo, hasta mi madre y el orgullo que me inculcó, parecía secundario por cercano y falto de misterio.

Pepito y yo decidimos dejar de pescar, de no pescar, en cuanto dominó una tímida claridad. Se iban apagando las luces del puerto, del rompeolas, del faro, como si una gran mano recogiera una baza de luz. A lo lejos, majestuosa, zarpaba entre una neblina difusa la masa gris de un buque de guerra americano. Llevábamos todo el mes bajando hasta la Grúa y no habíamos tenido ni la intuición remota de lo que era hacerse con una pieza. Pero lo importante, nuestro acuerdo tácito, era saber que existía algo así como una ventana. No se confunda el Lector y evoque a dos niños-pollo con el pico-nariz pegado al cristal, un mundo floreciendo al otro lado: imagine a dementes echando aliento a ese cristal para que el vaho lo cubra todo. Quizá sólo hablo por mí, pero aquel 15 de agosto había concluido el tiempo de sorprenderse al recoger piedras de colores en la playa sin saber que eran la erosión de botellas rotas. Si fui niño de verdad, sería después y en raras ocasiones. Pescar sin cebo y sin esperanza era un modo de mostrar indignación; no imaginarnos en el otro lado de esa ventana, sino complacernos en la mutua aceptación de un gesto inútil: una forma de ensueño mucho más elevada.

Desde hacía unos años, el verano invitaba a la mentira con la misma fuerza que en otras estaciones me era impuesta la disciplina. Mentirme a mí mismo creyéndome a salvo en una región de polvo y peligro con la seguridad que otorga la ignorancia, y mentir a mi atareada madre. No tengo retenida una sola imagen de esa época en la que ella no sudara, no se remangase, o se palpara los riñones y me gritara: «¡Estudia!», el imperativo didáctico que zanjaba cualquier petición, al tiempo que suspiraba con violencia y, envuelta en sofocos, recorría cientos de veces nuestro escueto hogar sobre chanclas trepidantes. Ella no me permitía ir con nadie del barrio, ni de «las Casitas», ni mucho menos de las chabolas, el patético resto humano de aquella montaña, en su mayoría miradas y juegos feroces que terminaban a los diez años para saltar sobre asuntos más graves que simulaban ser otra casilla de la rayuela y se descubrían como la ilegalidad en cualquiera de sus formas.

Aún puedo pasear por la región de uralita en la edad de cartón y oír el chasquido sincopado de las palmas de niñas frente a frente, los brazos moviéndose cada vez a mayor velocidad, una coordinación inaudita, suprema, que ahora me enorgullece:

«Bonnie and Clyde, qué linda parejita, tan bella y tan bonita, pero qué malvada...». Y veo un revuelo de faldas entre las vueltas de la comba, y más allá el remolque abandonado con algunos chicos encima. Ahí estoy yo. Jugamos a las cuatro esquinas, nos movemos como reptiles de un lado a otro, alerta para ocupar un puesto; las carreras hundan la chapa, el remolque se tambalea. Me toca parar con frecuencia: no soy rápido y me siento inseguro sobre el tenue equilibrio. Una niña sin bragas y sin edad ha querido jugar con nosotros. Ocupa uno de los rincones sin moverse y la llaman tonta. Los melenudos se arrodillan, agachan la cabeza y miran y se miran entre ellos y ríen sin dientes, mientras con una mano se rascan la cabeza y sacuden en el aire la otra. Satisfecho en mi esquina recién conquistada, recupero el aliento y me sorprendo porque el juego se ha interrumpido entre risas. Miro también y ahí está la rajita, inmaculada, un poco más grande que la boca de mi hucha, apenas oculta por la falda sucia que alisan manos sucias. Un hombre con un saco baja de un grupo de chabolas. Un perro va tras él con el hocico pegado a la carga. El hombre llama a la niña con muy mal genio y la niña abandona el remolque y le sigue hasta la ciudad; el perro brinca a su alrededor, mancha aún más la falda con sus pezuñas y olisquea eufórico.

La innegable cercanía de la ciudad, de la industria, del puerto franco, la existencia en la montaña de jardines y monumentos que nada tenían que ver con la vida que allí discurría, y se justificaba con la vaga noticia de un acontecimiento remoto, la Exposición Universal, que había llenado la montaña de palacios para abandonarlos enseguida a la ruina, propiciaba más juegos. Mansiones perdidas en medio del bosque, un estadio olímpico ruinoso que a la luz de la luna, después de saltar verjas y muros, resplandecía en la pista arenosa para oscurecerse en las gradas hundidas como si el lugar fuese dominio de una Antigüedad inasible o el tejido de un utópico porvenir, un resto de sombra soñado por un Platón quinqué. Las estatuas ejercían un poder de seducción inmenso entre los muchachos en edad de abandonar la maravilla y calcular su ganancia, acostumbrados desde siempre a topar con la irrealidad: ascender un repecho y descubrir un poblado de tiendas de campaña con toldos de bares sustraídos en la ciudad cuyos letreros recortados formaban un idioma imposible, o a fumar un pitillo y escupir cáscaras de pipa sobre Minervas y Apolos de hormigón sin por ello desdeñar su estética y su valor. Avisado de la noticia de la existencia de un almacén junto al estadio donde se guardaban las esculturas que el municipio consideraba más valiosas, uno de aquellos muchachos desafió la oscuridad de la noche. Al día siguiente, encontraron su cuerpo ensartado en las lanzas de una cancela. A las estatuas tutelares del recinto, con la cabeza en el saco del ladrón, no les fue dado contemplar la más clásica de las muertes. La noticia del suceso se propagó como un incendio en las chabolas y con idéntica velocidad se extinguió. Los muchachos siguieron saltando al estadio o al remolque de camiones en marcha del

que de pronto fluían en surtidor hacia la cuneta verduras y cajas de refrescos y helados, y siguieron hablando de aquellas ruinas y de su exótico misterio como hablaban del misterio más prosaico de Tierra Negra, último reducto de las putas más tiradas, o de las Cuevas de Alí Babá, una antigua mina, escondite de malhechores.

Sigo paseando y asomo la cabeza a un simulacro de frontón nacido en un baile abandonado. Los abandonos se sucedían unos sobre otros, simultáneos o sucesivos, continuos hasta que todo fue ruina completa y olvido, y yo paseo. Unos cuantos golpean pelotas de tenis peladas que vuelven de un muro, se inventan reglas que remiten a la ley del más fuerte. Al fondo, entre las sombras, sin pausa y más frenéticos que los jugadores, amontonados espalda contra espalda, un grupo agita unánime lo que mi madre me imponía hasta hace poco llamar pito y ahora no se nombra. Abstraídos, dejan que la mirada se pierda en el cielo, más allá de lo que fueron claraboyas y luego cristales rotos y ahora mero cielo. Apoyado en una columna, las manos a la espalda, sigo el juego con la esperanza de superarme la próxima ocasión para no ser eliminado tan deprisa. Uno de los que están sentados me llama y me ordena que mire, que agache la cabeza, y sólo la agacho un poco porque me da miedo el puño corriendo la piel una vez y otra y esa aceituna gris que asoma con un único ojo. Aquello me escupe en la mejilla y escucho un coro de risas de bocas desdentadas y otro coro de gemidos. A lo lejos, alguien nombra a voces a uno de los que están sentados. Se acabó la risa. El melencólico esconde el arma en los pantalones, se sube los calcetines y salta a través del ventanal abrochándose aún, mientras se oye el ronroneo de una moto que se dirige a la ciudad. Al día siguiente se supo que no volvieron. Pero ¿quién iba a preocuparse? En el descampado siguieron los partidillos de fútbol sobre charcos petrificados y voces destempladas iban llamando a los que jugaban para ir a otros asuntos. A mí me llamaron también para gritarme: «¡Estudia!». Jugué poco con aquéllos y eso me facilitó una prórroga de mi estado beatífico; no sacaba conclusiones de los atisbos, aunque tampoco provecho. Me sentía diferente, porque era diferente. Tenía el pelo rubio casi rapado y muy pronto, en realidad mucho antes de lo que suponía, nos iríamos de allí. Entretanto, el verano y las mentiras. Y andaba casi todo el tiempo con Pepito, el Yeyé, que era gitano y de las barracas, pero poseía el dudoso privilegio de ser un auténtico paria.

En un mundo de tullidos y desdentados parecía que nadie hubiera nacido con una pierna más larga que otra, ni conociera los zapatos ortopédicos. Como si aquella extremidad enana y repentina en un cuerpo de gigante, o la carencia total de manos, ese jugar a las cartas ayudándose con la boca mellada, o el sentarse con mirada crítica a la puerta de casa, las palmas apoyadas en el arranque de los pantalones con actitud de ídolo antiguo, ignorando los muñones en las piernas, fueran un premio ganado en vida y con esfuerzo, un logro que hubiera de llevarse con humildad. Por eso censuraban a Pepito que exhibiera su renqueo de nacimiento arriba y abajo, de las



barracas a las Casitas, y viceversa, casi siempre solo, con su melena y sonrisa yeyés. Una camisa mínima con flores enormes y unos pantalones de campana llenos de manchas distinguían desde un kilómetro al garabato, y la diversión se preparaba con malicia. Al pasar Pepito por su lado, un listo lanzaba una agudeza miserable que era correspondida a la velocidad del rayo por una obscenidad, y el listo salía en busca de su presa. Tras brincar desesperado y cojitranco como un animal herido, Pepito era alcanzado y rematado sin piedad, mientras la turba miraba y reía. Yo observaba el desastre a una distancia prudente con mi medalla de jefe indio en la boca para comprobar perplejo cómo Pepito, sin derramar una lágrima, se acercaba hasta mí, sacaba un cigarro suelto del bolsillo de la camisa, exhalaba el humo y una nueva obscenidad entrecortada, se sorbía los mocos, o los lanzaba al espacio con el dorso de la mano, y señalando la bota ortopédica me decía:

—Créetelo, chaval, es «Cuervo y sobrino».

Luego levantaba la bota hasta la altura de mis ojos y yo podía leer en la suela la marca «Cuervo y sobrino» hendida en el cuero, algo desdibujada y rellena de aquel polvo histérico. En la suela, bajo las letras, la arrogancia heráldica de dos botas ortopédicas cruzadas.

—Sí, sí... «Cuervo y sobrino». Eso para que te vayas enterando una miaja.

Así era Pepito. Y mi madre solía hacer la vista gorda si me veía con él, persuadida de que el pequeño gitano pertenecía a una especie inocua de imbécil.

Aquella madrugada del Watusi, me acomodé al paso de Pepito mientras abandonábamos la sombra de la Grúa, un esqueleto de hierro oxidado en los límites de la zona portuaria. Entre vigas, rieles y maromas, empezamos a perder el olor a salitre y a café de cantina y nos cruzamos con estibadores envueltos en bostezos y humo. No nos preguntábamos por qué trabajaban en día festivo: en parajes de tanta evidencia no había lugar para la sospecha. El graznido de las gaviotas volando bajo, revueltas bajo la leve lluvia, se enmascaró con el ruido de coches que bordeaban el cementerio. Cruzamos la carretera del puerto franco, tomamos atajos, encaramos empinadas cuestas, saltamos vallas y cruzamos jardines municipales con la falsa percepción de inminencia bajo la súbita vegetación. De pronto, he recordado una de las razones por las que solíamos ir a pescar aquel verano y ahora vuelve como una náusea al evocar mi figura entre las sendas embarradas. Porque hago memoria y no encuentro el aroma combinado de tilos, arces y plantas exóticas cuajadas de lluvia, sino un potente, soez, olor a basura que asfixia como el abrazo de un oso. Cada noche los camiones llevaban su carga al vertedero abierto en mitad de la montaña, y ahí se pudría, flotando a nuestro alrededor como niebla invisible, el nauseabundo excedente ciudadano para que nos asfixiáramos de una vez los que no teníamos sitio en la ciudad. Ese Alguien tantas veces mencionado y al parecer omnipotente parecía dar prisa a los muchos que se estaban yendo aquel verano, a los que aún dudaban y, sobre todo, a los que habían hallado un refugio seguro en la miseria. Los diligentes habían empezado a irse años antes, pero otros llegaban; ahora parecía que sólo existiese una dirección única, la de la fuga: carromatos atestados de muebles bajaban cada día la montaña flanqueados por niños llorosos y viejas reumáticas avisando calamidades, la furgoneta de un amigo esperando en el pavimento. En las puertas de las casas se hablaba del «Plan parcial», del «piso», del «polígono», se nombraban con dificultad fonética lugares donde previo pago de todos sus ahorros, los más, decían, favorecidos iban a ser depositados en cuanto accedieran a determinar el sitio donde habían venido a morir, se aclarasen de una vez, aprendieran a pronunciar el nombre difícil donde los destinaban, terreno para verdaderos juegos, casas de diez pisos o más como en la tele, no se cagará en el monte. «Matas, algarrobos y para de contar», comentaba sobre la Tierra Prometida alguna avanzadilla que volvía de visita. Cundían el desánimo y la alarma cuando se filtraba entre los agujeros de las chabolas, de las coreas, de los grupos de discutidores, que el año que viene iban a tirarlo todo: el que no hubiese conseguido piso, y los pisos ya escaseaban, se podía ir disponiendo para la absoluta indigencia. Los debates sobre el problema inmobiliario daban vergüenza ajena. El Orondo Poseedor de la Verdad, aleccionado por el Funcionario con quien mantenía provechosa relación de vasallaje, el sobaco exudando diligencia y la faria mascada

añadiendo al ambiente viciado el humo de la sabiduría, desencajaba de la oreja un resto de lápiz y se ponía a hacer números, seguro de impresionar con su cábala a quien de pronto formulaba la pregunta cargada de razón. Entonces se cogían unos a otros de las solapas, se clavaban los lápices, volaban los papeles, se estrangulaba la gente, se volvía a empezar. Lo importante, lo triste, es que nadie iba a domiciliarse en ese decorado que ahora surgía a nuestro lado para que Pepito y yo observáramos como cada día los lejanos avances de un rascacielos a medio construir frente al puerto, el laberinto con intenciones racionales desde el que todos aquellos enviaban al campo, al pueblo, fotografías tomadas en los paseos principales, endomingados, para que rabiaran por no haberse venido los que se quedaron allá contando ovejas de otro, o seguían esperando bajo un sol caníbal un turno de bracero. Los expulsados iban a ir mucho más lejos, a otro pueblo, donde de no empezar a ganar el dinero que ni a tiros ganaban en los años que llevaban de elementos urbanos de difícil adopción darían origen a una de esas paradojas, salir de un pueblo para acabar en otro peor, que siempre termina en una tasca entre jaculatorias beodas. Inalcanzable paisaje ciudadano, la extensión cúbica entre montañas con parque de atracciones, salpicada de monumentos financieros de cristal rematados por estatuas y torres eclesiásticas como zarpas, que aparecía a nuestros pies y se extendía hasta el horizonte para que cada día Pepito levantase los brazos ante ella y pronunciara solemne:

—¡Cuánta puta y yo qué viejo!

Mi madre, ante el mismo panorama, imbuida de lo contemplativo del momento, solía realizar el mismo ademán trágico de cara al cielo infinito para avisar:

—¡Barcelona es una ciudad peligrosísima!

En cualquier caso, el momento tenía la misma solemnidad. Y a las frases históricas seguía un respetuoso examen del anfiteatro. El silencio ritual propició que ese 15 de agosto oyésemos las voces desgarradas procedentes de El Molino.

El Molino era un edificio abandonado a media construcción. Pepito decía que lo llamaban igual que al cabaret de la ciudad porque todo el mundo iba allí a follar. Con Pepito llegaban las informaciones y la nomenclatura que a mí me estaban vedadas, y ese «follar» era un término al que solía dar muchas vueltas. Pepito y yo subimos a gatas por una pendiente de lodo. A media ascensión, nos detuvimos un segundo para mirarnos sorprendidos. Más sorprendido yo, porque Pepito, una nota más en la melodía de su excentricidad, llevaba en la cabeza a modo de sombrero el cubo donde hubiéramos guardado lo que no nos era dado pescar. Cara a cara, percibimos que las voces habían callado, como si nos alejáramos en vez de aproximarnos. Sin embargo, en cuanto finalizó la escalada supimos que el vuelo rasante de las gaviotas no era sólo la confirmación de un chubasco veraniego.

Lo primero que recuerdo o creo recordar es a dos viejas, indistintas como tantas otras que merodeaban y parloteaban por aquellos pagos, vestidas de negro y rezando. A su lado, un niño aguanta un enorme paraguas negro mientras, calado hasta los huesos, no deja de tiritar. Recuerdo el suéter azul, cruzado en el pecho por una raya blanca; y recuerdo a ese niño como si fuera yo, la borrosa identidad de un sueño, ya toda la escena como parte de mí mismo. Figuras desiguales se aproximan y miran en todas direcciones como si descubrieran entre los presentes al culpable del suceso que aún desconocen, o pudiesen olfatear el rastro de su fuga. Un coche, el Dos Caballos de Emiliano, irrumpe en la explanada con un gemido en la suspensión tras sortear un repecho. Enseguida se abre la puerta de atrás y dos hombres corren hacia la obra abandonada. Otro hombre sale por la derecha y se enfrenta con los testigos uno a uno. Les mira y se lleva el dedo índice a la boca. De pronto, un cuarto hombre aparece frente a mí, el dedo cruza los labios a un palmo de mi cara, se aparta un instante y, casi imperceptible, escucho: «Cuidao...». Nuevas figuras, que se aproximaban a presenciar el espectáculo, se congelan a lo lejos y enseguida desaparecen al reconocer la espalda de Emiliano, el cuerpo apoyado en la puerta abierta del automóvil. Conozco la cara de Emiliano de un modo tan perfecto como puro es el temor que me inspira. Ahora está rígida como una máscara. Los ojos entreabiertos, pero inmóviles, seguros, fijos en la entrada de El Molino, parecen mirar mucho más allá. Emiliano se aparta muy despacio de la puerta y, sin cerrarla, empieza a caminar. Entonces su gesto varía y adquiere un aire de preocupación, el paso de la amplia zancada se modera. Sigue caminando hasta la ruina sin mirar el cuerpo que sus empleados transportan hasta el coche. Algún murmullo nos hace entender que ha sido él quien ha encontrado a la víctima. Una de sus obligaciones era velar por aquella vida y ahora no quiere enfrentarse a la evidencia de su fracaso.

La habían colocado en uno de los somieres descompuestos que abundaban en la

construcción sin darse cuenta de que en el traslado la blusa había subido hasta la nuca y la carne desnuda se apretaba contra los muelles, la espalda cruzada de rombos. Blusa y minifalda amarillas, un pie desnudo, el otro calzado con una sandalia blanca, una tira serpenteando alrededor del tobillo. A su paso, las viejas se arrodillaban y hacían la señal de la cruz en silencio. Una anciana no pudo evitar el grito, pero una mirada de Emiliano paralizó su voz. El niño del suéter azul con raya blanca entrega el paraguas y retrocede hasta la sombra de un chopo. Parece resguardarse de la lluvia, pero enseguida se da la vuelta y mira una franja de bosque. Una columna de humo surge de un chorro minúsculo y los hombros del niño se relajan.

—No me jodas. Es la Julia —informó Pepito.

Yo también sabía que la muerta era la Julia. La Julia de Celso. Me pregunté por qué estaba pasando aquello. Ese accidente no se iba a olvidar como los otros. Las consecuencias sólo podían ser amenazas y mala vida. Ahora me pregunto qué hubiera pasado de no haber ido a pescar, o de no llover y permanecer así más rato en el dique, o de no oír las voces. Me pregunto también acerca de mi suerte si ese día hubiera ocurrido eso y nada más, si no me hubiera dejado llevar por quien repetía a mi lado:

—¡Es la Julia, chaval, no veas, la Julia, qué bestia, la Julia, la que se va a armar con la Julia, chaval! —Parecía que Pepito gritara, aunque en realidad susurrara.

Estaban metiendo el cuerpo de Julia dentro del Dos Caballos. La muerta tenía el pelo rubio, trenzado por costras marronzucas, pegado a la cara, y la cara de luna manchada de sangre. La nariz respingona, la boca entreabierta, sin aliento. Julia parecía dormida. Me acordé de sus tetas algo más grandes que naranjas, apretadas contra la camiseta de tirantes, muy juntas. Julia, el paso corto y algo vacilante sobre los zapatos de plataforma, cruzando por mi lado sin mirarme, la cabeza erguida, su respiración y su perfume. Y no te volvías por miedo. Y por miedo ni te hacías pajas pensando en la Julia.

Antes de que pudiera escuchar el «¡Vosotros!, ¡venid acá!» unos dedos como tenazas me tenían cogidas las orejas. Y a Pepito. Como una langosta enorme, Emiliano nos sujetaba y, en silencio, los labios apretados, nos miraba por turnos. Pepito aullaba y yo percibía la consistencia de la sangre fluyendo a la cara. Mi ingenuidad tenía un sentido del peligro algo holgazán y no contestaba a lo inminente.

—¿Qué habéis visto? —preguntó Emiliano.

—Nada... —respondió Pepito.

—¿Cómo que nada? ¿Y tú? —«Tú» era yo.

—Nada, nada...

—Habéis salido de ahí atrás. ¿Cuánto lleváis allí? Lo habéis visto y me lo vais a decir, porque si no os desfiguro.

Entre interjecciones, con la serenidad muy lejos y olvidada, Pepito y yo dábamos vueltas en torno a aquel gigante, unas manos encallecidas, acostumbradas a partir

árboles a bofetadas, allá, en su campo original. Intentábamos explicarnos: la pesca, el puerto... Era inútil. Y seguíamos girando en torno suyo, la mirada humillada, la bota ortopédica de Pepito resbalando en lodo blanco y mis rodillas en el suelo; una mano sucia aferrando la caña de pescar y otra en el aire, cerca de mi oreja, pero incapaz de rozar la mano de mi agresor. En ese momento, escuché la voz salvadora, en un tono contundente, desabrido, casi afónico, una hembra herida que en aquel tiempo de insalubre convivencia solía esquivar y pensar que soportaba, y a quien durante años tardé en agradecer que se portase así conmigo. Hace tiempo que lamento no haberme dado cuenta de que fomentaba cierta exagerada disciplina como un acto de generosidad. Estoy inventando esa intención. Ella me protegía con su instinto, y se desesperaba ante el reflejo de su ansiedad en mi persona, porque le era imposible mostrarse indefensa ante nadie más.

—¡Oye! ¡Suelta a mi hijo!

Me atreví a levantar los ojos llorosos. Flora Picazo, mi madre, una vieja de treinta años, venía lanzada hacia nosotros. Las manos asobarcaban la falda «de trabajar», saltaba en diagonal en su avance por los charcos, iba a la defensa de su vástago entre la lluvia y el barrizal con movimiento de caballo de ajedrez.

—¡Suelta a mi hijo! —repitió.

Miré hacia lo alto y vi el escorzo del gigante volverse como quien no oye y coordinar ese movimiento con un terrible pellizco de despedida que sus uñas dedicaban a nuestras orejas.

—¡Flaco! ¡Tomate! ¡Venga para acá...! —gritaba a dos secuaces, mientras yo seguía con prevención el movimiento de sus piernas alejándose.

Eso fue algo que vi. Después sólo pude intuir el trote irregular de Pepito, ya bastante lejos, y tuve la absoluta convicción de que una mano de tacto familiar había golpeado mi cara.

—¡Me cago en tu madre! —dijo mi madre—: Me vuelvo un momento y ya me estás haciendo una. Pero, Fernando, hijo, ¿qué me estás haciendo?

En el tiempo en que Flora pronunció la exclamación, la sentencia no del todo cierta, mi nombre y la pregunta crucial, pude percibir la disolución del remolino trágico sobre las voces y sombras que se deshacían en la entrada de El Molino. «Id al puerto y a los pabellones, para gustar de las miserias de la servidumbre: dura es la necesidad». Aquí no ha pasado nada. El Dos Caballos desaparece en el camino. El niño del suéter azul corre entre la huella de los neumáticos en el barro con la sandalia perdida de Julia en la mano alzada como si sujetase el hilo de una cometa. Mi madre tira de mí hacia casa sirviéndose de mi oreja más en forma, mientras Pepito se aleja del centro de peligro, se vuelve un instante y enfrenta sus índices como si se saludasen o pulsaran los mandos de una máquina de millón. Ésa es la señal. Cuando mi madre se fuera a trabajar, nos veríamos en La Parra.

En las proximidades de casa, en la puerta de casa, en casa. Por el camino, matorrales y postes retienen papeles, trapos y latas maltrechas. Cruzamos la carretera mojada y sorprendemos una vez más a los automovilistas que suben al castillo y nos ven surgir de la maleza como primates hostiles. Tomamos un sendero entre dos jorobas de tierra calva y llegamos a lo que se llamaba «las Casitas». Alguna vecina, nada más despertarse, se ha enterado del suceso atroz antes de reparar en que la colada sigue tendida y mojándose. Ahora, las mujeres comentan escondidas tras la ropa empapada y, asomando un instante la cabeza sobre el hilo, la vuelven a ocultar entre multicolores restos de serie para preguntarse qué tendrán que ver con nada las palabras de aquella mujer que arrastraba al repipi de su hijo:

—¡Al correccional de cabeza te vas ahora mismo! ¡A que te echen DDT y te metan en un caldero y se te coman las ratas!

No había de qué preocuparse. Mi teórico encierro en el reformatorio era un lugar común desde la más lejana infancia. Además, yo manejaba una información más exacta de los usos de «la prote» que las visiones dantescas con las que mi madre pretendía asustarme. Esa voz implacable había advertido a Juana y Juan, nuestros vecinos, que salieron a su pequeño huerto y se unieron al sentir de Flora mientras sin mucha convicción intercedían por mi oreja. Flora me arrojó en nuestro exiguo hogar y me espetó:

—¡Estudia! ¡Coge el libro y estudia! ¡Mamarracho!

Juana y Juan también entraron en casa.

—Déjalo, hija —suplicaron aquellos dos.

Me senté a la mesa y fingí leer. En mi casa, salvo las sillas, tres, y las fotografías y los platos, dos, casi todo era unitario: una mesa, una sartén, una caña de pescar, un traje de los domingos, un florero, una palangana y, según mi madre, un libro. Siempre decía «el libro» como si se refiriese a la Biblia. Por eso podía coger cualquiera y dedicarme a escuchar:

—Han matado a la Julia de Celso —mi madre.

—Ya. La ha encontrado el Emiliano. Se ha echado a buscarla porque faltaba a dormir. Se ve que ha dicho «Watusi». Y se ha muerto, la niña... —Juana, con voz tétrica.

¿Cómo lo sabía? ¿Cómo había corrido la voz?

—¡Ay, Dios! —otra vez mi madre.

—Pues aquí va a pasar de todo —Juan, farfullando. Hubo un tiempo en el que creí que los andares y el habla de Juan eran un defecto, quizá un modo o un estilo. Tardé en saber que alguien tan próximo, tan familiar, puede andar siempre borracho desde primera hora.

—¿Y no me dicen a mí que el Emiliano tenía cogido a éste, ahí, en medio de Dios y María Santísima? —mi madre.

—Anda, hija, siéntate —Juana.

—Es que es este sofoco. Que llueve y vuelve el sofoco. Y, hala... ¡Y este olor! ¡Y esta criatura! —otra vez mi madre.

—Siéntate —Juana, acercando a mi madre una de las tres sillas.

—Joder, joder, el Watusi... —Juan.

—Anda, y tira para casa —Juana a Juan.

—¿Ha sido el Watusi? —yo.

—¡Estudia! —mi madre, Flora.

El Watusi. Sabía y no sabía. Sólo había oído a Pepito decir alguna vez: «Como venga el Watusi...». Y no había preguntado nada. Aquel verano iba a pescar con Pepito, le acompañaba a ver cómo jugaban al millón en La Parra y ahí concluía nuestra sociedad. No me inspiraban gran respeto los relatos de cómo se colaba en el zoológico, o atracaba a los primos en la puerta de las tiendas de petardos, o se hinchaba de tomates maduros en los patios de los mercados, hipnotizado por la línea de sombra, o sus incursiones en la ciudad para mangar cobre, plomo y otros materiales en las muchas obras particulares y públicas durante aquel verano. No se trataba de que mi instrucción, más bien leve, en un colegio nacional me situase por encima de él, que lo hacía: era mi Día de Mañana. Mi cristalino Día de Mañana. La seguridad absoluta de que iba a lograr todo aquello que me propusiera, auténticos caramelos de anhelo que desenvolvía en una torpe vigilia. Ese Día de Mañana que me ha hecho ver muchas veces la compañía de los demás como un eslabón de la cadena de oro. Y mi Día de Mañana estaba configurado entonces de modo muy estricto y apegado a la convicción más filistea: alguna revista atrasada o una imagen fugaz en la tele de algún bar. Yo conduciría el automóvil de los hombres que dejan huella, yo usaría las colonias que vuelven irresistible y me calzaría con impecables mocasines que me trasladarían de inmediato a alcázares publicitarios. Sería jefe de algo. Esperaría en otra ciudad de aire más seco, ya pasado el crepúsculo, a la rica heredera en mi deportivo, le echaría una leve ojeada a mi Omega Speedmaster, sonreiría ante el retraso de la bella, porque sería un hombre tranquilo, el protagonista de mi vida. Todo logrado alrededor de los diecisiete, dieciocho años, tampoco era cuestión de conseguirlo pasado mañana. Era, a su manera, el ideal de un mundo sereno donde no había sitio para la enervada y absurda inventiva del Yeyé, el aguijón de esa culpable mitad aventurera que yo rechazaba por imposible y por inútil.

Algunos ejemplos del ardor mental de Pepito.

Existen calles en la ciudad, lejanas en el plano, pero comunicadas entre sí mediante pasadizos secretos ubicados en garajes; la señal de tráfico que correspondía a una silueta adulta acompañando a una silueta infantil quería decir en realidad que



muy cerca había casas de putas para los que mandan; las marcas en las puertas de algunas casas eran señas que se hacían los ladrones para saber si se había robado en algún piso, si los dueños estaban en casa o si había algún peligro cerca; lo del alunizaje, todo mentira, que era una película de los americanos; los Beatles eran gallegos, porque uno de la Ciudad Sin Ley aseguraba ser de la misma aldea que John Lennon. Así con todo. No era, pues, vital prestar oídos cuando mascullaba una advertencia cada vez que le pegaban y afirmaba rotundo que como viniera el Watusi, el que se había atrevido a tocarle la cara se iba a enterar:

—¿Sabes quién es el Watusi?

—No. —Yo pensaba en mis cosas: un yate, circular con mi deportivo bajo la luna llena, mujeres sofisticadas...

—Pues yo lo conozco, chaval. Un montón.

Era todo lo que sabía sobre el Watusi. Como viniera algún día, el que se hubiera atrevido a pegar a su gran amigo Pepito lo llevaba claro. Pero no venía. De la muerta, de la Julia de Celso, sabía algo más. Era un fruto prohibido desde que el «Oye, rubio, vuelve a mirar a la niña y te desgracio», escupido por un matón de Celso entre risas de hiena, había cercenado la buena idea de nombrarla musa de mis frecuentes apartes lúbricos. Sin embargo, en una ocasión próxima en el tiempo, Julia se había convertido en la estrella de un episodio que me dispuso a exaltadas conclusiones sobre el día del Watusi al otorgarme un oblicuo estado de ánimo frente a los acontecimientos con paisaje.

Una mañana de invierno me llegó por primera vez la fabulosa, pero habitual, experiencia de percibir un orden revelado en la Naturaleza. El Todo se pone en íntima comunicación con el muchacho sensible para que se una al club de la Armonía y se haga panteísta o monje según su inclinación. No fue la ortodoxa escalada a una montaña y el delicioso temblor ante la esencial miniatura a mis pies (yo estaba harto de subir la misma montaña y contemplar maquetas); ni tampoco la cenefa cósmica que componen la sombra grave del árbol, el canto del ruiseñor y la fragancia del heno. Desde aquella mañana, Naturaleza ha descolgado el auricular otras veces, ha marcado mi número y he sido propenso al arrebató; pero esa primera vez, tan distinta, afectó la limpieza de mis ojos y empecé a mirar el mundo y sus acontecimientos de otra manera.

Un año y pico antes del día del Watusi, al ir a la escuela a través de sucesivos cenagales en pendiente, había visto salir a Julia de su casa vestida de época. Estaba muy alterada y yo conocía el motivo.

Esa misma semana tuvo lugar un incidente entre Julia y Dora, la hija de Tomás, el perista, amigo y empleado de Celso (ninguno de los dos atributos demasiado evidente), un hombre de inmenso bigote negro y ojos pequeños y achinados. Tomás se había ganado mi admiración un año antes cuando, amontonados en el bar del barrio y mareados por el calor y los olores, Juana, Juan, mi madre y yo veíamos por la tele el primer alunizaje. La circunstancia era excepcional, porque esa larga noche las mujeres y los niños decentes trasnochaban, entraban en el bar y respiraban aquel humo prohibido. Cuando Armstrong pisó la superficie lunar y dijo: «Éste es un pequeño paso para el hombre, pero un paso gigantesco para la humanidad» y nadie añadió una palabra, las gargantas ahogadas por la emoción del momento, el perista salió del bar, se sacó el cigarro de la boca y desde la puerta dijo a la multitud silenciosa: «Así que no es de cartón. Qué alivio. Ya me puedo ir a dormir. No hagáis mucho ruido con los tambores». Lo dice otro y le parten la boca. No es que entendieran el significado de sus palabras: el tono anunciaba desafío, y eso, no el

significado, era la brújula con la que se orientaban aquellos ignorantes en una jungla de respeto o de su ausencia. Muy pocos le miraron para que sus ojos no revelaran ninguna emoción. La hija del perista, Dora, había heredado de su padre esa sagacidad arrogante. Desde que era casi una niña, se paseaba por el barrio mecida por la cadencia de una moda muy liviana, y nadie la piropeó jamás. Como en el caso del perista y su desplante lunar, también existía el miedo; pero ella, además, emitía por instinto las señales justas. En esa circunstancia, el depredador avisado se mantiene a distancia, porque intuye que esa carne está ahí para utilizar, no para ser utilizada. No habrá ansiedad ni sumisión, no habrá placer inmediato ni en el más lamentable de los pensamientos. Es la mujer que dice «no me atrevo» la que excita la virilidad del canalla. No era el caso de Dora. La esperanza de muchos es que ciertas facultades se pierdan con los cambios entre edades. Eso ahora no importa, sino enterarse de que la hija del perista era la mejor amiga de la hija de Celso. Julia y Dora siempre juntas a todas partes, complemento una de otra; Julia teñida de rubio, Dora, una morenaza de ojos azules. Las dos haciendo vida fuera del barrio y riendo siempre, conscientes de su insultante superioridad respecto a sus desgreñadas y sucias vecinas.

El motivo de la pelea fue *Lo que el viento se llevó*.

Julia estaba muy ilusionada ante el inminente concurso de radio donde se iba a elegir a la representante provincial de la nueva Escarlata O'Hara. Quizá se rodase una segunda parte de la película y querían descubrir un nuevo rostro. Después se han celebrado concursos similares con el mismo aire de fraude silbando en el ambiente. A Julia, la victoria en sucesivas eliminatorias la podía llevar a la final española, europea o incluso a Estados Unidos. Por el camino, se podía dar la circunstancia de que algún productor de cine se fijase en su talento. Julia solicitó el apoyo de Dora y de su familia, experta toda ella en una amplia gama de mercancías que iba de pieles a útiles escolares y, en ahogada expresión de mi madre, «lo que no sabemos...». Julia, con la ayuda de las telas y la bisutería que Dora había pedido a su padre, logró confeccionar un vestido y unos accesorios muy adecuados al personaje de Escarlata O'Hara. A estas alturas del relato, se hace necesario señalar que Julia no guardaba ni el más remoto parecido con Vivien Leigh. Quizá eso fuera lo de menos. Dora tomaba medidas a su amiga y comentaba con ella frente a un espejo en el que fotos de la actriz inglesa compradas de segunda mano acompañaban ahora a Raphael y Alain Delon; estudiaban el maquillaje de época, se pintaban los labios con barras especiales, se ceñían el corsé, se probaban pelucas, repasaban las bases del concurso, reían las dos vistiendo y desnudando a Julia de perlas, enaguas y miriñaques en el sofoco de habitaciones caldeadas, entre el excitante susurro de telas (o eso imagina ahora este obsceno adulto). Fueron al cine decenas de veces y comentaron la repentina vocación de actriz que se había despertado en Julia. El concurso se iba haciendo famoso y, de un modo mucho menos obvio del que podía suponer, Julia se

sentía alentada por el barrio, era su orgullo.

Por eso la sorpresa fue mayúscula cuando a falta de unos días para la elección de la nueva Escarlata, Julia cruzó la calle con su disfraz de dama sureña para recibir el visto bueno de su amiga, entró en casa de Dora y la sorprendió retocándose un peinado tan faraónico como el suyo, pero sin duda escondite de un cerebro más dotado. El vestido de Escarlata, alquilado en un establecimiento de atrezo cinematográfico, también era mucho mejor. Dora, al ver la palidez extrema de su amiga, hizo ese gesto tan parco y elocuente que sólo generaciones de sinuosas reuniones femeninas han logrado sintetizar; un leve encogimiento de hombros, una ceja que no se termina de alzar, los labios apretados, la mirada sostenida... Sin que sea pronunciada, la frase «No me vayas a decir ahora que no te lo imaginabas» llena el aire. Un costurero saltó por los aires repartiendo bobinas de colores por la habitación donde Julia y Dora se despellejaban.

Arañazos, tortas y mordiscos hasta revolveirse en un ovillo de gatas rabiosas bajo una nube de polvo. Nadie se acercó. Nadie jaleó la contienda, por más que alegrase a la mayoría. Que Julia fuese por unos días el ídolo del barrio excitaba a la gente, pero lo hacía aún más que cayese en el ridículo: el asunto era pasar el rato sin compromiso y algo de espuma en la boca. Por eso, ni uno de los que transitaban por las cercanías del conflicto se atrevió a poner paz: sabían que cualquier acción iba a ser malinterpretada. Los testigos optaron por esfumarse mientras las dos bellezas del barrio se atizaban con todo su vigor adolescente. Un personaje compasivo, sin duda la misma persona que luego difundió la noticia, se limitó a avisar a alguien con la debida competencia para detener la lucha. No sé quién pudo hacerlo, no estaba allí. Por Juana, Juan o mi madre (sus conversaciones a media voz eran mi fuente habitual de información) supe que durante los días anteriores al concurso se organizó una carrera de velocidad para recomponer los dos vestidos y la belleza, algo deteriorada por la contienda, de las muchachas que debían habitarlos. Una se asomaba a la ventana y sorprendía el rostro de la otra espionando la evolución de su contraria. Las cabezas desaparecían al unísono y continuaban gimoteando a sus familiares como si el concurso sólo fuera entre ellas. Según se decía, Celso y el perista se pasaron los dos días convenciéndose el uno al otro de que el incidente no tenía la menor entidad. Mis informadores dudaban, y me sorprendía, porque yo era el único que realmente pensaba en el asunto como algo infantil. Pero ellos, Juan, Juana, mi madre, valoraban con malicia la veneración que esos dos hombres sentían por sus hijas y lo que esa pelea había supuesto para sus capacidades diplomáticas. Era un asunto de Estado.

Así, meses antes de que en otra madrugada corriera por el barrio la noticia de que el Watusi la había golpeado hasta la muerte para forzarla después, pude ver a Julia en el centro mismo del Universo. Llegó la mañana del concurso y la descubrí por casualidad. Salía de su casa acompañada por un Emiliano con gesto de que la

situación no iba con él, mientras se veía obligado a explicar que ninguno de los coches estaba disponible para transportar a la niña a la emisora de radio. En marcha hacia la ciudad, Julia, pasos de geisha, pinzaba con los dedos las puntas del remendado, pero detonante, vestido fucsia. Tenía la cara como un mapa. No menos lamentable era el estado de la otra Escarlata, Dora, la del perista, los hematomas de su rostro a juego con el vestido malva. Dora, independiente como era, o porque su familia no quería competir con la de Celso en lo que todos consideraban ya una chiquillada, bajó el camino sola sin mirar, ni mucho menos hablarse, con su rival, pero sujetando también el vestido y adecuando los pasos a una perfecta simetría de la calle y de la situación. Hasta que las decimonónicas escalinatas de los jardines suavizaron y ralentizaron la irrealidad, cuando una apretaba el paso, la otra no le iba a la zaga, y no cedía, inclinando a veces la cabeza hacia delante de modo poco estético: el caso era ponerse por delante como si la elección la fuese a determinar el orden de llegada a la emisora. Yo no hubiera seguido el convoy más allá del cruce en el que debía desviarme hacia la escuela, si no fuera porque en ese mismo punto, una tercera Escarlata, en verde botella, con lo que parecía una abuela sujetando la cola de la impecable composición, salía de un portal para iniciar también el camino de la fama. Nadie se saludó ni se habló. Ni siquiera cuando antes de llegar al Paralelo, la avenida en la que se corta la pendiente de la montaña y refuerza el gradiente con la civilización, fueran seis escarlatas las que en un estallido vivaz pintasen de colores una ciudad en blanco y negro y la ayudaran a despertarse. En el Paralelo, una invasión de damas de antaño, unos disfraces más conseguidos que otros, se avergonzaba en las paradas de autobús. El ruido de los motores no llegaba a ocultar el comentario de algún gracioso desde su camión o su motocarro. Las burlas podían seguir hasta la misma entrada de la emisora, y aún iba a ser peor cuando, decidido el resultado de la selección, las perdedoras hubieran de volver a casa con la cabeza gacha. Aunque la vergüenza no se repartía por igual; alguna de ellas paseaba por la calle mostrando las blancas medias caladas y una amplia sonrisa como si se deslizara con naturalidad por los salones de Tara. Fue una de esas Escarlatas rebosantes de seguridad la que provocó la explosión. Pasó ante Dora y la miró con lástima. Luego vi cómo se movían sus labios, no sé si por propia iniciativa o para responder a un comentario de la hija del perista. En cualquier caso, lo siguiente fue ver a Dora soltando el vestido y llevando las manos, hasta entonces ocupadas en el raso descompuesto, al cuello de la Escarlata respondona. El que humillaba a los del perista, pagaba. En ese momento, curiosa, mi mirada se fue hasta Julia que, en cuanto se dio cuenta, señaló la pelea solicitando la intervención de Emiliano. Emiliano negaba con la cabeza y hasta se cruzó de brazos. Quizá por eso, o porque una escueta panorámica le permitía ver a una veintena de Escarlatas mucho mejores que ella caminando arriba y abajo por la avenida, Julia se lanzó en defensa de la que hasta

hace un momento consideraba una vil traidora. Entre las dos anularon cualquier posibilidad de que la muchacha prepotente accediese a concursar en nada. Me avergonzaba yo de la ferocidad de las muchachas de mi barrio cuando para mi sorpresa y porque los bocinazos me hicieron mirar en otra dirección, me fue dado deducir que la repentina eliminatoria callejera organizada por Julia y Dora había sido modelo para que otras participantes se encargasen de cuestionar su talento antes de llegar a la radio.

Los empleados de la gasolinera, algunos peatones, empezaron a reír, a llamarse uno a otro entre guiños; pero la franqueza de aquella risa se volvió enseguida nerviosismo, un reflejo de la histeria que transmitía la situación. Yo no estaba nervioso. Yo era feliz. No porque todas aquellas chicas, treinta, cuarenta, se estuviesen rompiendo la cara, no llegué a pensar en eso, sino en el espectáculo general de temor que provocaban. Si era una epifanía excéntrica y no concéntrica como suelen ser estas situaciones de idilio y exaltación, que nadie me eche la culpa. Todas las circunstancias de mi vida habían coincidido para que fuera feliz en aquel remolino de coches parados y peleas en el túnel del tiempo, y a pesar de que el sentido común me dictase otra norma de comportamiento, buscar esos agujeros en una galaxia de rutina ha sido una de las justificaciones de mi conducta a lo largo de los años. Volver a escuchar ese silencio sorprendente, general, como si alguien hubiese apagado el ruido de fondo. Porque en hora punta, cuando la mayoría de los ciudadanos se trasladan al trabajo, en el aire sólo se escuchaban sonidos perfectamente aislados, nítidos, al propio tiempo que la escena era una y completa. El clac clac de los intermitentes y de los semáforos cambiando de orden sin que nadie cruzara la calle, la sirena de un barco lejano, el deslizarse del planeta. Los personajes de los carteles de los cines y teatros se mantenían tan hieráticos como los viandantes y los curiosos asomados a las ventanas, como todo aquel que no participaba en la encendida pelea. «Encendida» es la palabra. Aquello era un fastuoso incendio que pedía en un divino mutismo la lira de Nerón. El crepitar de telas baratas parecía el de antorchas dispersas a lo largo de la perspectiva casi infinita de la avenida. Un incendio con sus rojos y amarillos, pero también otros colores que daban la idea de un escape de gases inflamables. Un desastre auténtico entre rugidos preorgásmicos de lucha. Era maravilloso estar vivo. Un coche bajaba de los negros edificios de la monumental plaza de España sorteando el tráfico en suspenso y tardó un poco en captar el esplendor. En cuanto temerosas miradas le advirtieron, se detuvo suavemente a un lado de la calle. «Es la sumisión ante lo extraordinario», pienso ahora que pensé. Sin embargo, me equivocaba. El coche se había hecho a un lado para dejar paso a la policía. Emiliano, experto, reaccionó en cuanto vio las luces azules. Poco antes de que todos escuchásemos las sirenas como a un niño enfermo llorando en medio de la noche, y volviera la normalidad y todos nos despertásemos

como si efectivamente debiéramos consolar ese llanto y aún no supiéramos por qué, Emiliano levantó en vilo a una Julia colérica, con sangre de su enemiga en el vestido y en la cara, y desanduvo con ella el camino hacia el barrio. En cuanto Dora se dio cuenta, se levantó con rapidez y cogió a Julia de un brazo. Pero Dora no se volvió a ver la agonía del espectáculo. Julia, sí. Llevaba dos pelucas en la mano; la suya y la de la muchacha que ahora yacía en el suelo y, confusa, aceptaba la mano que le tendían. Pero Julia no miraba a la chica. Admiraba su logro y sonreía. Había sido un hermoso incidente, aunque no fuera ésa la opinión de los periódicos. Al día siguiente, Juana, Juan y mi madre, muy juntos ante el recorte de una noticia que había ido pasando de mano en mano por todo el barrio como un panfleto clandestino, no me dejaban sitio para asomar la cabeza entre sus hombros y leer:

BARCELONA YA TIENE  
SU ESCARLATA O'HARA

La bella señorita María Milagros Rodríguez Martínez, gaditana residente en Castelldefels, es toda una escéptica a sus tiernos diecisiete años: «No creo que pase de aquí», declaró tras ser elegida entre un millar de jóvenes barcelonesas para representar a nuestra ciudad en el concurso nacional «La nueva Escarlata» que una prestigiosa productora americana (sí, sí, Hollywood) y una marca de cosméticos están organizando por todo el Mundo (sí, sí, el Orbe). La ganadora mundial protagonizará junto a una famosa estrella (se barajan los nombres de Alain Delon, Steve McQueen y ¡Elvis Presley!) la segunda parte de *Lo que el viento se llevó*. El millar de simpáticas jóvenes, que lucieron trajes de época y vistosos abalorios, subrayaron una vez más el ingenio español, que, con poco, inventa mucho. Si no, que se lo pregunten a don Santiago Ramón y Cajal. El fallecido premio Nobel hubiera disfrutado como miembro del jurado compuesto por Mario Cabré, José Guardiola, Peret, Mr. Cosmo Harris (representante de Metro Goldwyn Mayer) y doña Geraldine Chinarro (de cosméticos Proust). Las eliminatorias se sucedieron en un ambiente de simpatía y nuestras jóvenes actrices desfilaron con impronta americana y mucho salero castizo. Interrogada sobre su prometedor futuro en el campo de la actuación, la ganadora declaró: «Nos vamos a morir todos». Alegre comentario el de la gaditana. La triunfadora se hallaba sin duda afectada por el alboroto producido por alguna de las concursantes en una céntrica avenida de la ciudad horas antes del evento. Esa escueta minoría de señoritas, por llamarlas de alguna manera, infectadas por la moda «pseudohippie», se dedicaron a entablar una penosa algarabía por ver cuál de ellas estaba peor educada. Suponiendo que esas hembras de la especie tengan padres y alguno de ellos descifre los signos del alfabeto, sean advertidos de que nuestro país, pese a estos amables concursos, no es California. Existe una Ley de Vagos y Maleantes que regula acciones similares para todos aquellos que entorpecen el ambiente festivo. Mucha suerte para la señorita Milagros. *Aristófanos*.

En el barrio no se volvió a hablar del concurso ni de su resultado.

Aquella mañana del Watusi, en mi casa seguía el debate:

—Y Celso no está —Juan.

—Tú, calla —Juana.

—Yo los vi bajar ayer —mi madre.

—Como llegue y vea que a su hija le han partido la cabeza... —Juan.

—Si fuera eso... —mi madre.

—Casi no se le notaba el golpe —yo.

—¡Estudia! —adivinen.

—Deja al chico... —Juana.

—Pero ¿cómo voy a dejarle? ¿Y si creen que ha visto algo? ¿Y si lo llama Celso?

Que hoy tenemos que hacer la aseguradora...

Mi madre se refería a que ella, Juana y alguna fregona más tenían que limpiar de punta a cabo una céntrica compañía de seguros. No eran sólo estibadores dudosos y criminales los que dedicaban el día festivo a trabajar.

—Yo no he visto nada... —tranquilicé.

—¡Que estudies!

Mientras me trasladaba a la «terracita», un piadoso modo de seguir nombrando al repecho lleno de macetas que conducía al depósito de agua, me di cuenta, y no sin inquietud, de que no me había pasado por la mente la eventualidad de ser requerido por Celso. ¿Por qué? Su mayor secuaz nos había torturado a placer y sin resultado. Pero nunca se sabía. «Nunca se sabe». «¡Y lo que no sabemos...!». Mi relativa sed de conocimientos era una trampa en cuanto rozaba la concisa práctica del barrio. ¿Qué era «lo que no sabemos»? ¿O «lo que trajinan éstos»? ¿O ese «apaga y cierra» en cuanto se oía un ruido anómalo cerca de casa? A mí Celso no me había hecho nunca nada, ni a mi madre, ni a mis vecinos, y lo que es más importante, era su fama de peligroso lo que evitaba que tuviéramos problemas. «Tú, siempre correcto, y ya puedes estar tranquilo...», me había dicho Juan una vez, enunciando con la solemnidad que toleraba su perpetua nube alcohólica un consejo de padre sustituto. Juan no es que fuera un modelo de corrección, pero eso no importaba; tampoco lo hacía el que yo fuera un repertorio de maneras impecables y casi me cuadrara militarmente en cuanto la figura de Celso asomaba en el horizonte. La «corrección», eso sí lo intuía, era un conjunto de reglas no escritas que se modificaban en cualquier momento según el capricho del más fuerte. Eso generaba miedo.

Como en todos nosotros, en Celso, el físico y las tradiciones rurales empapaban cada uno de sus gestos, y su figura se mezclaba con la ciudadanía a nuestros pies como el agua y el aceite. Tenía el escaso pelo blanco lleno de remolinos, y se pasaba una y otra vez la mano por la cabeza en un intento maniático de sostener cierta



dignidad capilar. Exhibía los andares torpes de alguien que fue delgado un día y aún no ha reparado en que carga con setenta kilos de más; la voz rasposa surgía de una vasta extensión de cara donde no destacaban unos ojos pequeñísimos y sí las bolsas negras que colgaban debajo, como también colgaban sus mofletes, los hombros y la barriga. El perfecto perro pachón. Esos atributos desmerecían su fama de cabecilla, del mismo modo que la mitigaba una adoración sin límites hacia su hija y su hermana; un prestigio que, sin dejar de ser un secreto a voces, no era concluyente; nadie veía nunca nada y la costumbre volvía el flujo delictivo en algo trivial. Quizá el no saber fuera la mayor causa de inquietud. Por eso ahora todos estábamos nerviosos porque sabíamos y no sabíamos. Sabíamos que a su alrededor pululaban secuaces que se desvivían por cumplir cualquier orden que saliera de su boca, gentuza que pasaba de la apatía a la violencia sin comportamientos transitorios como el enfado o la advertencia. Sabíamos que habían matado a la niña de sus ojos. Sabíamos que quizá aún no lo supiera. No sabíamos qué iba a hacer cuando se enterase, cuánto terror nos podría salpicar.

Desde la casa seguía llegando el murmullo, tan temeroso como mis fantasías, de mujeres que, pese a todo, debían ir a trabajar. «¿Qué dices tú que también el día de la Virgen tengamos que salir tirando?». El sol había vuelto, tras el bochorno insoportable y el olor a basura que desde hacía un rato llenaban de nuevo el aire. Dentro de muy poco, los sonidos del parque de atracciones, las sirenas de la noria y de los autos de choque, marcarían el paso del tiempo, extraño relevo de las campanas de una iglesia. Del pequeño nicho de la «terracita» donde guardaba mis posesiones (un catalejo, el libro *Piense y prospere*, recortes de revistas con fotos de chicas Bond y automóviles de lujo y Fórmula 1) cogí mi radio de galena y la conecté.

Entre interferencias de todo tipo, una voz me informó de que el hombre había explorado la Luna en automóvil por primera vez. Los astronautas Scott e Irving, tras plantar la bandera estadounidense y saludarla como se merecía, habían dedicado un rato a dar una vuelta con el vehículo. Declaraban estar muy contentos. «No hay problemas de tráfico aquí arriba», aseguraban. La guerra abierta podría comenzar en Bengala antes de fin de año. Su Excelencia el Jefe del Estado había inaugurado el Primer mercado nacional de ganado en Santiago de Compostela. El tiempo. Pronóstico para hoy. Tiempo inestable con posibles chubascos al atardecer. Vientos del sudoeste y levante. Temperaturas altas. Bochorno. Marejadilla. Una voz se puso a cantar: «Manda rosas a Sandra, que se va de la ciudad, manda rosas a Sandra, yo no sé si volverá». A simple vista, no podía divisar el esperado tumulto en la puerta de Celso. La casa de Celso con dos pequeños anexos, una fila de coreas frente a ella, y más atrás, siguiendo una pendiente cada vez más abrupta, nuestra diminuta casa casi de chocolate, y la gemela de Juana y Juan, formaban el núcleo de lo que la gente de la zona llamaba «las Casitas», que se completaba con unos cuantos almacenes vacíos

para ojos inocentes y la ruina de un antiguo baile. Un grupo humano anómalo desde cualquier punto de vista en una hondonada rodeada de pinos y carteles que proponían ocios y demoliciones. Siguiendo la escarpada cuesta, todo era chapa y adobe en inminente peligro de extinción. Era precisamente aquella fila de coreas entre nuestra casa y la de Celso, el escueto vecindario, la que no me dejaba ver casi nada. Eso y las frondosas ramas de un olmo junto a una fuente que ahora parecía el orgullo de un puñado de viejos, instalados bajo su sombra a perpetuidad para hablar del campo perdido y examinar las corvas tensas y el culo en pompa de aquella que se acercase a por agua. Me tumbé a lo largo del repecho hasta encontrar una visión nítida de mi objetivo. Cogí el catalejo y observé. La óptica del catalejo era muy rudimentaria y solía producirme un dolor de cabeza muy bien localizado entre los ojos. El penoso resultado de una manualidad que, como mi radio de galena, había fabricado siguiendo no muy bien las instrucciones de una doble hoja de *Selecciones del Reader's Digest* hallada entre unos matojos: «Haz tu propia estación de espionaje antisoviética». A mí me gustaba mucho espiar. Ahora, en cambio, Lector, cuando no tengo más remedio, me puede la desgana. A través de los lentes descubrí que la serenidad en la puerta de aquella casa era sólo aparente. El enorme Emiliano, medio agazapado en el umbral, se encargaba de introducir en el vestíbulo a alguno de los que se acercaban hasta allí con gesto plañidero. En cambio, a otros, de apariencia no menos afligida, les ordenaba, con ademán de muy fácil alcance, que se dispersasen. Nadie, ante la mano levantada de Emiliano, discutía los criterios de selección. En lo que pude observar, sólo una vieja que debía de ser medio ciega y medio loca se acercó con un cesto de melocotones. Emiliano le dijo que se fuera. La vieja extendió su cesto en ademán de ofrenda y, tras el movimiento relampagueante de una zarpa, la vieja salió disparada. La fruta quedó esparcida por el suelo.

Entonces vino la sorpresa. Uno de aquellos seres sin nombre que he venido llamando secuaces llevaba en vilo a un Pepito que no cesaba de revolverse y zapatear en el aire como un ciclista. Pepito no se sentía a gusto con la situación, eso estaba claro. Otro secuaz, caminando tras ellos, miraba a un lado y a otro y recogía los melocotones. El grupo entró en la casa y Emiliano, surgido otra vez de las sombras, recorrió la calle con la vista.

—Jesús, María y José. ¿Pero se puede saber qué haces ahí tirado? Entra ahora mismo y ponte a estudiar. ¡Y sácate la mierda de los tenis de una vez! ¡Mira las rodillas! ¡Mira cómo estás todo tú!

Me incorporé y enfrenté el cuerpo de mi madre, ya muy próximo al mío en estatura, que obstaculizaba la entrada en la salita. Conocía demasiado bien qué hacía allí, por qué estaba en silencio, por qué me miraba de ese modo. Hice un amago por la derecha, finté de auténtica fantasía y mi magnífica cintura me impulsó hacia la entrada por el lado izquierdo. Fue inútil: el puño cerrado de mi madre percutió con

graciosa sonoridad en el centro justo de mi coronilla. Me deslicé veloz hacia el rincón quizá neutral que ocupaban las fotografías de mi difunto padre y de mi primera comunión y, a la espera de acontecimientos, aproveché la tregua para masajearme la cabeza y hacer una buena imitación de ambos retratos. No era la primera vez que utilizaba el recurso desde que una tarde lejana descubriera el impacto que causaba en mi madre ese comportamiento tan artero. Ella cogió su bolso y me informó del orden del día:

—Como te muevas, te mato. Si no te comes el potaje, te mato. Si llama alguien y abres, te mato. Si quieren entrar, que tiren la puerta. Juan está ahí, en el jardín... —el Lector tendría que haber visto el «jardín»—... por si necesitas algo. Que no necesitas nada, porque si lo necesitas, te mato. Y ahora mismo te sientas y estudias.

Asentí con la cabeza y cierto misterio, tan seguro como podía sospechar mi madre de que iba a salir por aquella puerta en cuanto Juan se pusiera a dormir la mona. Hasta las ocho de la tarde, por muy día de la Virgen que fuera, ella no iba a volver, y si Celso quería algo, a mi persona entera para freiría en aceite, por ejemplo, no iba a tener ningún problema. De todos modos, estaba seguro de que mi madre, si me dejaba en casa, era porque pensaba que no corría ningún peligro. El brusco interés de Emiliano había sido fugaz y aleatorio. Asunto concluido. Ella necesitaba pensar eso porque no tenía más remedio. Sin embargo, yo acababa de ver a Pepito haciendo la bicicleta y no las tenía todas conmigo. Lo único que me poseía era una fortísima sensación de libertad inmediata, y un no tan insensato deseo de excluir a mi madre de aquel asunto por su bien. Los lazos eran ya recíprocos, pero desiguales, fuertes, pero imposibles, tan irracionales como anhelantes de que alguien, casi siempre a solas y con dolor, buscara explicaciones una y otra vez.

Mi madre y Juana bajaban la pendiente sin abandonar su cháchara; el perfil de la ciudad iba engullendo poco a poco sus figuras. Salí a la «terracita», me subí al tejado y me asomé al «jardín» de Juan: un manzano seco, los cadáveres empalados de tres tomateras, el tendedero y Juan escuchando el movido número musical «Black is Black». Juan dividía su actividad entre tender unas piezas de ropa y dar, a intervalos muy breves, largos sorbos a una botella de anís que había aparecido entre el cementerio vegetal. Juan también apuraba su libertad. Y de modo más sensible.

«Nunca podremos olvidar», dijo el locutor a media canción, «que unos españoles llegaron al número uno en Inglaterra. “¡Black is Black!”. ¡Los Bravos!».

—¡Viva España! —bramó Juan. Dejó sus labores. Subió el volumen de la radio y siguió con espasmo abundante el ritmo de la canción, mientras desafiaba el luto en el barrio coreando a todo volumen el estribillo. Así, y entre sorbos, recorrió el jardín arriba y abajo hasta que en uno de sus trayectos se dio en la cabeza con la rama del manzano. Tras unos giros indecisos en rabiosa búsqueda de su agresor, se encontró sentado en el suelo y con la botella de anís muy cerca. Se acordara de ella o no, se le veía encantado con el hallazgo.

—Mira a Juan... —solía decir Juana cuando hablaba con mi madre de la decisión de regresar al pueblo en cuanto recibieran un misterioso subsidio.

—Vosotros aún, que tenéis casa.

—Sí, hija, y padre y madre y cinco hermanos.

La marcha de Juana y Juan había espoleado aún más a mi madre para abandonar de una vez aquellos pagos. También incitaba su rabia el saber que no podría irse en mucho tiempo, y ese lapso, medido por lo que tardase el ayuntamiento en desalojarnos, lo iba a pasar sin sus vecinos. Yo los recordaba amigos desde que tenía uso de razón. Eran «los amigos», entrecomillados como el «jardín» y la «terracita», únicos como todo lo demás. Fue gracias a un episodio entre mi madre, Juana y Juan como intuí un sentido de los límites de la amistad entre adultos. La hondura del patetismo no se alcanza a entender nunca.

Una mañana, mi madre estaba tendiendo la ropa en nuestro «jardín». Debía de hacer mucho tiempo que había muerto mi padre, porque recuerdo la escena con claridad, y de la muerte de mi padre sólo evoco un llanto desgarrado en algún sitio y muchos ojos, enormes, atentos a mi reacción. Yo me esfuerzo por fingir que no entiendo lo que, en verdad, no entiendo. Mi memoria se impregnaba en ocasiones de vagas resonancias de la presencia de mi padre: ¿abrazar a alguien enorme como quien abraza un árbol?, ¿el tacto de unas manos muy ásperas y sucias?, ¿un olor constante a mezcla de hormigón, y el polvo que me cegaba los ojos cuando se sacudía al llegar a casa? No importa. Si he de ser sincero, nunca me ha importado, ni he sentido su

pérdida más que en la preocupación constante de mi madre durante unos años decisivos. Mi padre soy yo; el de aquella foto en la esquina con un traje gastado y una corbata estrecha era yo mismo, mayor, en el futuro. Voy a dejar eso. Flora, mi madre, está tendiendo la ropa aquella mañana y yo, sentado en el zaguán, pienso en coches. Unos días antes, Juan me ha llevado a ver la carrera de Fórmula 1 que cada año se celebraba en la montaña. Juan me levanta en vilo y pronuncia nombres secretos: Ferrari, Alfa Romeo, Lotus... Olor a tabaco, a frito y a goma de neumático quemada, mientras los coches, de colores detonantes, pasan ante nosotros como relámpagos y rugen como ruge el público tras las balas de paja. Algunos chavales saltan ese obstáculo y con una sábana fingien torear al paso de los bólidos, tiran huevos a los pilotos, provocan el desconcierto general. Llega la policía a traición. Hay palos. Todos señalan a todos, mientras aquellos ingenios veloces me inician en una vocación. Bien, no dejo de pensar en coches mientras mi madre tiende la ropa aquella idílica mañana. Y no sólo pienso, sino que comento con mi madre, como llevo haciendo para su desesperación desde que tuvo lugar el evento automovilístico, otro de los pormenores de esa memorable jornada. En esa ocasión relato lo de los maletillas que fingían torear a los bólidos. Mi madre, que en esa época se ha acostumbrado con resignación a mi verborrea, a mis preguntas, a mi plúmbeo despertar al conocimiento, no me hace ni caso, pero una inmediata asociación de ideas le hace tararear una tonadilla con una pinza en la boca, y a mover las caderas poco a poco, mientras sigue tendiendo la ropa y yo, emocionado, narro mi historia para nadie. En ésas, Juana sale de su casa con un barreño bajo el brazo y el mismo propósito que mi madre de tender la colada. La costumbre de verse a todas horas hace que no se saluden. Juana, después de colgar unas bragas, se detiene y presta oídos a lo que tararea mi madre, cada vez más entusiasmada como yo avergonzado. Juana empieza a sonreír y aprovecha un momento oportuno en la melodía que sale de la boca llena de pinzas de mi madre para empezar a cantar:

«Torero, con tus patillas a lo bandolero, mira que se te ve el plumero...».

Y mi madre se vuelve hacia ella y canta:

«A ti lo que te pasa es que no quieres estudiar».

Y las dos, a coro:

«Pasodoble no puede casar con cha-cha-chá...».

Y se acercan la una a la otra bailando cha-cha-chá (precisamente) como una figura que pretendiera fundirse con su imagen en el espejo, simétrico movimiento de cadera y hombros. Se cogen la punta del mandil, que contrapuntea su vaivén y a dúo entonan:

«¡Torero...!».

Y repiten el único estribillo que saben acompañándose, según mi criterio, de abundante movimiento obsceno aprendido no sé muy bien dónde. Juan, atento

siempre a cualquier posibilidad de diversión, hace rato que asoma el rostro algo enrojecido por la puerta de su casa, mira a las bailarinas y sonrío abiertamente. De pronto, mi madre y Juana se detienen:

—¿Cómo seguía? —pregunta mi madre, y se pone a tararear buscando en el cielo la letra perdida de la canción. Y ya las dos, pensativas, se rascan la cabeza.

—Renato Carosone —dice mi madre, de la que yo ignoraba que supiese palabras tan semejantes a «Ferrari» o «Alfa Romeo».

—Sí, si eso ya. «Torero, torero, olé...». —Y Juana da un saltito sin abandonar su pose de profunda meditación.

—Pero qué burras... —dice Juan, mientras ensaya un gesto enigmático y Juana y mi madre le miran. Y cuando Juan ya ha dilapidado todo su enigma y las mujeres van a dejar de mirarle, confiesa—: Tengo el disco.

—¿Ah, sí, listo? ¿Y dónde lo pones? Mira, mejor que no te diga...

Juan ha desaparecido en el interior de la casa y vuelve con un cilindro naranja con los lados agujereados cuyo nombre anuncia triunfal:

—¡El disco lo pones en el comediscos!

En la otra mano, como si se tratase del final de un truco de magia, aparece la funda de un disco con la foto de un señor muy feo que toca el piano.

Juana ladea la cabeza:

—¡Pero si no va!

—Si le pones pilas, sí.

—Que no va... Además, no tenemos pilas ni de dónde sacarlas.

—Tú espera...

Juan vuelve a entrar en la casa, y a su regreso al cabo de cinco minutos, Juana y mi madre ya se han olvidado de la diversión y siguen tendiendo la ropa, aunque algún tarareo entrecortado delata que siguen buceando en el misterio musical. Juan se arrodilla en el «jardín» y saca del bolsillo unas pilas. Juana, sin dejar sus labores, le mira:

—¿Se puede saber qué haces?

—Las mujeres es que estáis siempre en Dios sabe dónde y no hacéis caso de las cosas —a las manos nerviosas de Juan les cuesta levantar la tapa del depósito de pilas. En cuanto la tiene abierta, la ceniza del cigarro se le cae dentro. Juan empieza a soplar sin darse cuenta de que tiene el cigarro en la boca y las chispas de la brasa se vuelan por los agujeros del comediscos. Juan empieza a manotear y a hurgar en el plástico con una llave. Busca en el barreño de la ropa un pañuelo para limpiar su estropicio y Juana se lo saca de las manos:

—¿Pero qué haces? —insiste Juana.

—Pues qué voy a hacer... Lo estoy limpiando... —Y Juan vuelve a arrebatarse el pañuelo a su mujer. Juana, tras un instante de duda, opta por la resignación, deja

hacer a su marido, mira a mi madre, se encoge de hombros y sigue tendiendo la ropa. Ninguna de las dos tararea ya, mientras Juan, que se asegura, mirando por sus rincones, de que el comediscos está bien limpio, muestra una de las pilas sujetándola por los polos. Entonces se dirige exclusivamente a Juana para informar:

—¿Ves estos agujeros, guapa? —hace girar la pila llena de agujeros entre sus dedos—: Pues las pilas, cuando se acaban, no se tiran, hala... Se les hace unos agujeros y se ponen en agua con sal. Éstas son las de la radio. —Juan añadió un tono de reproche a su discurso—: Las que me encontré en la basura. Ahora vas a ver tú...

Juana vuelve la cabeza con orgullo y escepticismo hacia el hilo de tender. Unas pinzas resuenan en el barreño. Juan, entretanto, coloca las pilas en su lugar y cierra la tapa ansioso. Deja el aparato en el suelo. Saca el disco de la funda, lo pone en el comediscos y espera. En unos segundos, se oye la introducción de un pasodoble, luego el sonido de un piano, la risa y una palmada de Juan y una voz con acento italiano que dice: «¡Torero...!». Después no se oye nada más. El silencio se prolonga hasta que otra pinza cae en el barreño, y luego otra, que suena una octava más alta, como si el sarcasmo de Juana se trasladase a su manera de tirar las pinzas. Juana coge un montón de pinzas de una bolsa de tela, cuelga la ropa, y la pinza que sobra, y siempre sobra una pinza, va a parar al barreño metálico del que arranca sonoridades llenas de significado. Entretanto, Juan ha cogido el comediscos y lo agita y palmea sin mucho método.

—Esto no es de las pilas. Cuando las pilas no van, no se escucha nada.

—Ya está aquí el ingeniero... —dice Juana, y otra pinza cae en el barreño.

El comediscos le da a Juana en una pierna. Los ojos de Juan están brillando cuando ella se vuelve hecha una furia.

—Venga, lista, a ver qué haces tú. ¡Borríca!

—¿Que qué hago? ¿Quieres ver qué hago con tu mierda de trasto que no ha funcionado nunca, ni ha servido nunca para nada...? ¡No des un paso más! Mira que cojo...

No le da tiempo a acabar la frase. Juan le ha dado un bofetón en toda la cara.

—Pasa para adentro —me dice mi madre, señalando nuestra casa. Y enseguida, en tono conciliador—: Juana, Juan...

No le hacen caso. Juana, furiosa, coge el comediscos y lo lanza más allá de la valla de uralita, de las macetas hechas con enormes botes de aceitunas pintados de albayalde. El comediscos cae entre unos matojos, pero eso ya no le importa a nadie, porque Juan coge el barreño y se lo lanza a Juana y falla. Juana empieza a correr en dirección a nuestra casa, pero Juan puede atraparla y la golpea. Miro a mi madre. ¿Qué va a hacer? Pero mi madre me empuja al interior de nuestra casa al mismo tiempo que Juan hace lo mismo con Juana en la suya. Nuestra puerta se cierra muy despacio. La de ellos, de golpe. Oigo las palabras «borracho» y «pelele» y «puta»,

pero no estoy seguro, porque mi madre me ha sentado en una silla, me tapa los oídos, se pone de rodillas frente a mí y me abraza. De su boca también salen palabras que no puedo entender. Siento la vibración de cosas rompiéndose en casa de Juana y Juan (y su patrimonio tampoco era muy abundante). El abrazo de mi madre me asfixia y me sonroja. Quiero desembarazarme del contacto de su cuerpo, del latir de su corazón, del turbador roce de su pecho, del olor a jabón y cebolla. Creo, ella solía fomentar ese sentimiento, que me está echando la culpa de lo que pasa. Yo mismo me culpo de todo, porque le he hablado de los toreros de coches en las carreras y ella entonces no ha tenido más remedio que cantar esa canción y ha empujado a Juana a bailar y el baile ha hecho que Juan empezase a trastear con el comediscos que ha provocado la pelea. Cojo las manos de mi madre, porque ya no puedo soportar el sofoco. Grito «¡Déjame!». Ella se echa hacia atrás, me mira y vuelve a abrazarme, esta vez con suavidad. En el intervalo sigo oyendo la pelea, un llanto desolado y alguien que susurra fuera, porque en el barrio los pasos y los susurros y la gente detenida al acecho se pueden oír tan claros como en ese momento oigo a mi madre decir:

—Piensa en hace un rato, hijo. Piensa en hace un rato.

De lo mucho que llora empieza a hipar, pero sigue hablando y tartamudea, mientras dice: «Piensa en... hace un rato». Soy yo entonces el que la intenta consolar, mientras ella, a la que ya no le salen frases muy largas, sólo dice:

—Vuelve al... minuto. Vuelve, minuto. Vuelve. Minuto. Minuto. Vuelve...

Ésa es casi toda la historia. Si la he contado, no ha sido por exhibicionismo sentimental. Si quieren auténtica obscenidad sensiblera diré que ha surgido de manera espontánea porque luego, quizá, se lloró mucho más, y ésa es una de las pocas veces que mi madre me ha abrazado. Pero, sobre todo, quiero ser profesional, y esta digresión se ha hecho porque la historia acaba como van a acabar casi todos los relatos de este Informe. Es importante que el Lector se vaya acostumbrando a ese mecanismo burlón que ha regido mi vida. A la mañana siguiente, al despertarme, encontré a mi madre asomada a la ventana. Me impidió salir de casa y siguió mirando. Atisé más allá de su espalda. Emiliano hablaba con Juan cerca de la fuente. Juan decía a todo que sí. De pronto, Emiliano y Juan, y también mi madre y yo, todos, nos volvimos de repente, porque se empezó a escuchar: «¡Torero... con tus patillas a lo bandolero!».

Entreabrí la puerta. A unos diez metros de casa, unos gitanos coreaban y daban palmas alrededor del comediscos a todo volumen. La canción seguía y seguía. De la casa de Juan, llegaba el sonido de una olla hirviendo y no había ropa en el tendedero. Estaba seguro de que íbamos a ir a hablar con Juana, pero mi madre cerró la puerta con tal brío que casi me engancha la cabeza.

Ahora sí que ha acabado la historia.

Años después, en la mañana del Watusi, Juan, después del golpe y un par de



tragos, se ponía en pie con dificultad y se encaraba con el manzano que, ajustándose a su razonamiento, le había golpeado y hecho caer. Empezó a tambalearse frente al árbol, mientras le gritaba:

—¿Watusis a mí? ¿Watusis de qué? A ver... Ven aquí si eres hombre. ¡Asesino! Mucha fama y mucha boca, pero nada. ¡Tú no eres nada!

Juan, en su paso vacilante, se acercaba cada vez más al manzano. De pronto, le espetó:

—¡Mira lo que está escrito en el cielo, mamón! ¡Estás muerto!

Juan debió de imaginar entonces que el manzano-Watusi miraba al cielo, despistado por su astuta amenaza táctica, porque le lanzó una patada con todas sus fuerzas. Fue de lamentar que errase el golpe y su propio impulso le hiciera caer hacia atrás. De nuevo en tierra, Juan balbució palabras ininteligibles. Luego se puso a roncar.

Salté a toda prisa al jardín de Juan, apagué la radio y escondí la botella entre los matojos. Era una forma de complicidad: Juan agradecería el detalle al asomar de su tiniebla. A lo lejos, se escucharon silbidos y un percutir de cacerolas. Dialecto de alarma. Juan murmuró «Que pasen...» y enseguida volvió a un ronquido feliz. Salí escopeteado hacia La Parra, preocupado por la suerte del Yeyé.

La utilización de contraseñas era una de las pocas invenciones de la exaltada mente de Pepito que me gustaba de verdad. Hacer amago de pulsar unos mandos de millón, como había hecho un rato antes en El Molino, significaba que nos veríamos en La Parra: un quiosco de bebidas con mesas bajo un emparrado y una flamante máquina de millón; ahí nos acomodábamos las horas más tranquilas de nuestros lentos días ignorando las amenazas de expulsión del camarero a la espera de que algún jugador aburrido (y no abundaban) nos regalase una partida. Otra contraseña. Girar la cabeza de forma alocada era, en referencia a su noria, quedar a las puertas del parque de atracciones, y una vez reunidos, esperar a que un turista despistado se dejara las llaves en el coche y Pepito y yo pudiéramos ir a dar una vuelta. En el zoo, junto al agujero de la alambrada, y sobre una losa, dibujar la silueta del animal en los alrededores de cuya jaula esperaría uno u otro. El de las contraseñas era un entretenimiento con un punto de misterio y un problema: nadie se fijaba en nuestra habilidad y, peor aún, no la necesitábamos. Nunca habíamos concertado una cita en La Parra hasta esa misma mañana, ni habíamos robado un coche en comandita, ni nos habíamos colado juntos en el zoo. El Yeyé solía sentarse de madrugada por los alrededores de mi casa para ir a pescar. Sólo tenía que asomarme a la ventana para verle entretener la espera tirando una piedra al aire; seguía luego su ascensión con un semblante que iba cambiando de la curiosidad al pánico fingido, y luego, cuando la piedra caía, saltaba hacia un lado, los brazos protegiendo el rostro, víctima supuesta de una explosión.

La mañana del día del Watusi había sido la primera vez en que habíamos puesto en práctica nuestras claves gestuales. Averiguar si iban a funcionar o no, y si Pepito se había logrado liberar de sus secuestradores, era toda mi preocupación, mientras descendía por un descampado limpio de chabolas desde el invierno anterior y cruzaba la carretera ante la puerta del parque de atracciones. El Dos Caballos de Emiliano, sin Emiliano, pero con varios secuaces, pasó desbocado ante mí. Irían en busca de algo o de alguien. El parque aún estaba cerrado, pero algunos visitantes ya merodeaban por la taquilla con un pañuelo en la nariz, poco hechos al olor a basura; otros consultaban un cartel («Pedro Vargas, por primera vez en Barcelona»), las cabinas del teleférico iban y venían vacías, los carteristas oteaban posibles víctimas y los altavoces emitían a todo volumen un éxito del momento:

Pueblo mío, que estás en la colina  
tumbado como un viejo que se muere  
la pena, el abandono, es tu triste compañía  
pueblo mío, te dejo sin alegría.

José Feliciano. «Qué será». Todo un número uno. Pepito y yo habíamos discutido alguna vez el extravagante dilema que planteaba la canción. Si el pueblo era tan asqueroso ¿por qué José Feliciano lo dejaba «sin alegría»? Lo normal hubiera sido dejarlo dando saltos por la carretera... Yo no daba saltos, y tampoco estaba muy alegre, pero mi buen paso me había llevado hasta las escaleras de los jardines de la Exposición, un laberinto vegetal que siempre deparaba las peores sorpresas. En plena bajada, me desentendí de la mirada húmeda del individuo de aspecto tímido proveedor de la frase «Nunca hables con extraños», y de las llamadas de un par de gitanos desconocidos que durante un momento habían interrumpido el quejido de una versión rumbera de «¿Qué será?».

Qué será, qué será, qué será  
qué será de mi vida, qué será  
si sé mucho o no sé nada  
ya mañana se verá.  
—Oye, chaval, ¿tienes un duro para los autos de choque?

«Ven aquí, ven aquí», se pusieron a gritar, mientras se llevaban las manos a los bolsillos. Me lancé en una carrera frenética hasta La Parra. Llegué asfixiado a su puerta. Me interné sudoroso en la honda y crujiente sombra, pisando chapas y gravilla. Revisé inquieto las mesas vacías hasta que el familiar tintineo del millón me otorgó una esperanza. Allí, al fondo, la emboscada presencia de Pepito. Cuando recuperé el aliento y ya estaba junto a él, me di cuenta de que mi amigo invertía su incipiente virilidad en un hondo esfuerzo por contener las lágrimas. Tenía la cara amoratada.

—A mandos —le dije.

Se hizo a un lado y nos pusimos a jugar a medias. Preferí guardar silencio. Me sorprende transcribir ahora mis precauciones de entonces. En aquel tiempo era muy discreto y obedecía más a una sana cautela que a la convicción en mi embotada sagacidad. Recto conocimiento en el fin de una de las edades del hombre. El niño sabio es el padre del adolescente estúpido, el espabilado adolescente mentor del joven idiota, y el joven sagaz tutela al maduro botarate. Yo ahora soy eso: un árido imbécil corrupto que se empeña en dejar de ser joven, porque tanta juventud le está matando. Quizá sea ése el motivo menor que me ha empujado a aceptar la redacción de este Informe. Se cierra el mercadillo filosófico.

—Cabrones... —masculló Pepito, mientras proyectaba toda su rabia golpeando la bola de acero y una lágrima corría por su mejilla arrastrando antiguos sedimentos.

—Te he visto desde casa —confesé mientras la bola de acero rebotaba ante mi

vista.

—El cabrón del Emiliano. Que les ha dicho al Flaco y al Tomate que fueran a por mí.

—¿Para qué?

—Pues para qué, no sé. Yo, nada más semarlos, que salgo de naja. Vienen a por mí, y con lo que te dije... —dio un pisotón en el suelo con su bota ortopédica para que fuera patente su limitación física—... pues me ligan, me dan dos ñacas y me dicen que de qué najaba. Que si najo, es que ligo. Y si ligo, que píe.

Seguiré el relato desde este lado del túnel, inseguro al cabo del tiempo en el dominio de las germanías de aquel lugar y aquella época. Siempre habrá tiempo para un recital de habla grosera.

Los secuaces de Emiliano van tras Pepito. Pepito, con la oreja ardiendo aún, echa a correr para no seguir recibiendo. Sabe mucho más que yo sobre el contenido de la irracionalidad.

Cuando alguna de aquellas bestias quería acabar contigo, era imposible orientarse y buscar una salida negociada en el escaso preámbulo que solía conceder. Iba a por ti y dependías del alterado sistema nervioso de un psicópata en día laborable. Era mejor echar a correr.

Le cogieron y, por supuesto, se obstinaron en mantener como única verdad la que les había sido inculcada desde un principio. «El Yeyé liga asunto». Llevaron a Pepito en volandas hasta la puerta de Celso, pasaron ante Emiliano, atravesaron otra puerta. Una escalera descendía a lo desconocido. Los secuaces dieron una voz de aviso y ordenaron a Pepito que bajara.

«No te lo crees ni que te lo jure mil veces por mis muertos». Ése fue el inicio de la exaltada descripción de lo que Pepito acababa de vivir en casa de Celso. «Unos cuervos desdentados» sumergen en sacos de harina y de garbanzos, en potes de café y de azúcar, pistolas, cuchillos y cajas de munición.

—Hasta un chopo de aquí a Lima con tres cañones. Se ve que las viejas tienen miedo de que se líe.

—No hay fusiles de tres cañones.

—Joder con el listo. Pues de dos, o de cuatro. Deja que siga...

Otra vieja reza ante una hornacina con una figura de la Virgen de la Asunción, la misma cuya festividad se conmemoraba aquel día. La vieja se arrodilla, se persigna, exhorta a sus encorvadas compañeras rápidos imperativos. Cuando Pepito medio salta desde el último peldaño, la vieja, muy cerca de él, le mira muy despacio de arriba abajo y... «Ni te cuento la hostia, que me tira en todo el suelo, la mamona...».

—¿Sabes quién soy? —pregunta la vieja, mientras Pepito se incorpora.

—Es la hermana del señor Celso, doña Pilar —afirma Pepito, temeroso al restregarse la mejilla palpitante.

—Eso es.

—Pues parece su sobrina —adula el Yeyé, obediente al afán de supervivencia por vía de la lisonja, tan propio de los de su raza.

Doña Pilar esboza una sonrisa y, muy femenina, se arregla el moño y «para el suelo que me voy otra vez con lo que me suelta en el lado bueno de la jeta».

Pepito, tras incorporarse de nuevo, intenta fijar la vista doble en el rostro lleno de severidad.

—¿Cómo crees que estoy para que me vengas ahora con gilipolleces? —pregunta doña Pilar.

Pepito, resignado a un interrogatorio en toda regla, mira las profundas arrugas y unos ojos en los que aún brilla cierto fuego. «Ésa ha sido más guarra que todas las cosas, lo que yo te diga». Pepito recuerda que ha de contestar a una pregunta sin comprometerse y encoge los hombros.

—Emiliano me ha contado que lo has visto todo. Tú y otro.

Reconozco sin vergüenza que en cuanto Pepito alcanzó ese punto del relato di un respingo casi epiléptico.

—Se lo juro, doña Pilar, por mis muertos de que no.

—Por tus muertos a caballo. Ya empiezo a tenerlo claro. Estabais los tres allí, con la pobre niña...

Aquí el relato se bifurca y expongo dos versiones. Una es la que recuerdo que contó Pepito: altivo gesto del mentón para una negativa indignada y valiente; quizá el pulgar y el índice cruzados viajando hasta la boca, el beso y un reiterado juramento por sus difuntos. La segunda y más veraz es la que imaginé en ese momento y siempre me ha venido a la cabeza: Pepito se postra genuflexo y abarca a puñados la falda de doña Pilar solicitando compasión. Las dos versiones ofrecen las mismas líneas de diálogo:

—Yo no vi nada. Se lo vuelvo a jurar.

—El canalla del Watusi andaba molestando a esa criatura desde hacía tiempo. Y ése, al único que le tiene miedo es a mi hermano. Y aprovechando que no está, se acerca a mi niña. Se ha ido toda la noche de juerga, se le ha tocado el sentido y le ha salido lo que lleva dentro. Es una bestia y tú lo sabes. Lo sabe todo el mundo. Y lo viste.

—Yo no vi nada.

Pepito cae al suelo por tercera vez.

—¿Sabes la que se puede armar si no dices pronto la verdad? Ahora vamos a subir arriba, les dices a todos que viste al Watusi, que fue él, y te puedes ir a casa.

Aunque Pepito insiste en su negativa, doña Pilar le ordena que suba las escaleras. Le sigue, cada vez más impaciente por el lento renquear del gitanillo. Desde lo alto de la escalera, doña Pilar ordena a las viejas:

—¡Todo eso al corral ahora mismo!

Pepito es trasladado al salón a empujones. Esa estancia era la única que podía llamarse con propiedad «salón» en un kilómetro a la redonda. Una vez allí, dejan que Pepito entre a su paso, como si la llegada al improvisado recinto funerario fuera por propia voluntad. La difunta Julia está tumbada sobre una mesa enmarcada por candelabros en uno de los recodos de la estancia, bajo un enorme y muy valioso bajorrelieve en plata de la Última Cena, según el ojo tasador de Pepito. Han vestido a Julia de negro y lleva en la cabeza un tocado azul que disimula la lesión del cráneo. «Pero se sigue notando que falta cosa».

—Joder, luego la gente siempre dice que parece que duermen, los angelitos. ¡Y un huevo! Eso será al principio, porque, macho, la Julia parece un muñeco de trapo y da un asco de frío que se te corta el hambre. Y el hijo de la gran puta de Emiliano, que era allí el único que iba para arriba y para abajo diciéndole al Lunares: «Manda que llamen a alguien, no vaya a empezar a oler esto». Y yo allí en medio, chaval.

Frente a Julia, como en una sala de espera, una fila de sillas apoyadas en la pared están ocupadas por sumisos cuerpos inmóviles. Todos sujetan copas de anís que no se atreven a probar y añoran de reajo un plato con rosquillas. En uno de los rincones, como una presencia principal, aunque discreta, Tomás, el perista. A su lado lloran su mujer, que era muda (el perista solía ser felicitado por esa particularidad) y su hija Dora, la de la pelea y el follón del día del concurso, la mejor amiga de Julia.

—¿Sabes quién es? —le pregunta doña Pilar a Pepito, señalando a Dora.

—La Dora... —contesta Pepito sin más dudas ni comentarios.

—Tú... —llama doña Pilar a Dora—: Pregúntale a este quién ha sido. Pregúntale quién ha matado a la niña como podía haberte matado a ti. Venga, pregúntaselo...

Dora niega y niega con la cabeza.

En el mismo momento en que Pepito estudia la indumentaria de la doliente Dora («Espera, tranquilo, que te cuento»), reconoce un calor y una aspereza familiares: los dedos de Emiliano vuelven a pinzarle la oreja, tiran de ella y le acercan hasta el cadáver de Julia.

—Yo le voy a preguntar a este cojo de mierda quién ha sido. A ti y al otro. —«Al otro» ya le estaban preocupando ciertas menciones—. Os he calado yo enseguida. Y luego saliendo de naja. ¿Adónde ibas, cabrón?

—A mi casa...

—¡Pero si tú no tienes casa!

Emiliano acerca la cabeza de Pepito a la de la muerta. «Oler, no olía, pero qué quieres que te diga...». La garra de Emiliano oprime su cuello con más fuerza, mientras le enseña el inicio del escote... «Tío, ¡vaya bocado! Desgarro, tío, desgarró...».

—Mira, mira bien... Venga, en su cara, ¿quién ha sido? Porque vamos a matarlo.

Y a lo mejor no es el único. A ver si te enteras, hijo de puta.

La evocación del relato en La Parra había hecho que las lágrimas de Pepito asomaran de nuevo. Yo escuchaba en silencio, atento a nuevas referencias sobre mi persona. «Tú espérate que se entere quien yo me sé y vas a ver el julandras del Emiliano ese».

—A un hijo de puta no le importa que maten a nadie. —Emiliano insiste en el asunto de los orígenes—: ¿Quién ha sido? Fue el Watusi y lo sabes tan bien como yo.

—Es que la niña dijo «Watusi» y se murió, la pobre —informa doña Pilar a la concurrencia—. La bestia esa, que le iba detrás y no se atreve cuando está mi hermano. No, señor, con él no se atreve.

—Fue el Watusi y tú viste dónde iba —insiste Emiliano y aprieta el cuello cada vez más.

—Que no.

—¿Quién fue entonces?

—No lo sé.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—El Watusi.

—Que no lo sé.

—¿Qué dijo la niña? Porque a ti también te lo dijo. Te lo dijo tan claro como a mí. Era lo único que decía. ¿Qué te dijo?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes? ¿Qué es lo que no sabes, lisiado? ¿Qué dijo?

—Nada.

—¿Nada? ¿Cómo sabes que no dijo nada? ¿Así que estabas allí?

—Que no...

«Y fue cuando me acercó más la cara y toqué la de la Julia. ¡Joder, la impresión! Y pienso: “No te achantes, Pepe, que el Watusi se hace cargo. Pía, que el cabrón del Emiliano te mata aquí delante de todos”».

—¿A que fue el Watusi?

—Sí.

—¿Lo viste?

—Sí.

—Ya lo habéis oído. —Emiliano suelta a Pepito, se vuelve hacia doña Pilar y luego a la concurrencia—: Ha dicho bien claro lo que ya sabíamos. El Watusi.

La estancia se abre en murmullos. Los asistentes aprovechan el interludio para catar el anís. Las llamas de los candelabros tiemblan nerviosas como si quisieran huir de aquel ambiente. El perista deja a su esposa y a su hija llorosas al pie del cadáver y abandona el salón con el Flaco y el Tomate, nítida la orden no pronunciada. En la

calle se escuchan silbidos que forman claves secretas, responde el repicar de una cacerola, arranca el Dos Caballos. Los mismos sonidos que yo escuché al abandonar mi casa. Pepito me había ido contando el escueto interrogatorio con progresiva intensidad. Ahora lloraba a moco tendido y se agarraba la muñeca derecha con el puño izquierdo, las uñas clavadas en la piel. Los dientes rechinaban, mientras repetía para sí: «¿Quién fue? El Watusi. ¿Qué dijo? Watusi. ¿Dónde está? No lo sé. ¿Quién fue? El Watusi».

—Cabrones. Y luego me echan de allí a patadas. Después de hacerme pasar por chivato. Pero se van a enterar...

Enseguida, cegado por una ira impotente, Pepito me volvió a contar la misma historia. En la nueva versión, Emiliano sacaba una pistola y se la ponía en la boca. «No te lo he contado antes porque ya me daba igual». Decidí interrumpir su relato, antes de que fuera modificado de nuevo con la intervención de artillería pesada.

—Cabrones... —Señalé la máquina del millón—: Echa un duro, si tienes.

—Qué voy a tener... La partida esta me la ha dejado un turista, que se ha acojonado al verme, y enseguida, con la rabia, me he hecho un montón... Esos cabrones se van a enterar, te lo digo yo.

—¿Y si ha sido el Watusi de verdad? Dicen que ha dicho Watusi. En casa lo sabían todos.

—¿Qué va a ser el Watusi, hombre? Ha sido la Dora. ¿Te acuerdas cuando la otra dijo que me preguntase la Dora quién había sido? Pues yo me fijé muy bien. Con este ojo... —Pepito se señaló, no sé muy bien por qué, el ojo izquierdo—: Tenía las sandalias manchadas de cemento. En la puerta de El Molino había charcos como de cemento por todo.

Miré hacia abajo y vi el cemento seco reforzando la tela de mis zapatillas y en las rodilleras del pantalón. Recordé a mi madre bramando: «¡Sácate la mierda de los tenis!».

—Yo también tengo.

—Anda, y yo. —La bota ortopédica de Pepito era una masa compacta—: Pero tú y yo estuvimos allí. Y vimos cómo sacaban a la Julia y cómo se la llevaban. ¿Pero viste tú a la Dora? ¿A que no? Pues ya está.

—¿Qué es lo que está?

—¿Qué quieres? ¿Que te lo pinte? La Dora está encelada de la Julia y la mata.

—¿Por quién?

—Tú es que... ¿Pues por quién va a ser? Por el Watusi. Y a lo mejor al Watusi la que le molaba era la Julia. Y la Dora dice «Me cago en la leche» y hace lo que hace. ¿Tú te enteraste de que una vez ya se calentaron porque se iban a presentar a miss España o algo así? Pues esto es igual. Tú no sabes lo que una mujer es capaz de hacer por amor. Y el Watusi las enamora a todas. Las enamora y luego las deja. Y a lo



mejor dejó a la Dora, se puso con la Julia, que por muy amiga que fuera no pudo resistirse, y la Dora se la llevó a El Molino y ñaca...

Sin muchos argumentos válidos, Pepito se quedó contemplando el tablero de la máquina de millón. Era otro de los abundantes momentos de aquel verano en que nos dedicábamos a la vaga contemplación del aire. Pero hoy, ese aire rebosaba alarma. Me moría de ganas de que cogiesen al Watusi, le hicieran lo que tuviesen que hacerle y todo regresara a la torpe imitación de normalidad que suponía aquella vida. De pronto, Pepito volvió a estallar en llanto y una verborrea destemplada:

—Joder, capullo, si me pillan y me dicen que diga delante de todos que vi a la Julia y que había dicho «Watusi» es que no ha sido el Watusi. Le están cargando el marrón. Le quieren encolomar el marrón por algo. Joder, joder, joder...

Tenía razón. Aunque también existía la posibilidad de que necesitasen otro testigo por cualquier motivo. ¿Y por qué Pepito? ¿Por qué no yo, o cualquiera de los que estábamos en los alrededores de El Molino? Mis reflexiones se interrumpieron al escuchar pasos en la gravilla. El discurso de Pepito: «Y es que a mí me tienen miedo, porque saben que soy el que soy...», también se cortó para indicar rabioso:

—Míralos... —Pepito pronunció ese «míralos» como si le estuvieran creciendo colmillos y diez centímetros de afiladas uñas—: Ahí los tienes, ahí los tienes... —El tono era el mismo, las uñas seguían creciendo.

Dos individuos habían entrado en La Parra. Uno, bastante mayor, limpiaba con un pañuelo doblado el sudor de la calva y se dirigía a su acompañante con cierta superioridad. El otro aceptaba la relación de poder, asentía en silencio durante las pausas y encorbaba sumiso los hombros. Los dos llevaban una anómala americana un día del año en que sólo verlas mareaba. Pepito, emboscado tras la máquina y mi persona, seguía sus movimientos con furia demente en los ojos. Una mano nerviosa escondía pulgar, anular y corazón y buscaba madera con índice y meñique, susurraba «¡Lagarto! ¡Lagarto!», y uno veía un lagarto imaginario buscando aquí y allá el cobijo de una piedra inexistente que desapareció de pronto al grito de: «¡Jefe! ¡Dos cervezas!».

Después de vocear el pedido, el mayor de los hombres nos dedicó una lenta mirada.

«Lagarto, cabroncete, lagarto...», Pepito ya no susurraba. Estaba seguro de que el individuo mayor había oído la letanía de Pepito. Aun así, tomó asiento junto a su compañero, de cara a la puerta y dándonos la espalda, mientras proseguía un discurso en alabanza de sí mismo:

—Tú di lo que quieras, pero aquí no hay más verdad que la mía. Te enseñan el piso piloto y ¡qué estupendo todo! Pero no hay quien pague la entrada, ni que te prives hasta de tabaco. Y entonces, hala, de alquiler en el extrarradio. «Zona residencial», dicen. Zona residencial significa que está donde Cristo perdió la sombra. Éste es un destino difícil. Se necesitan años y oportunidades para asentarse. Tú, aún, que eres joven...

Y bajando la voz, acercó su cabeza a la del compañero, que no dejaba de oscilar arriba y abajo en absoluta conformidad con las doctas afirmaciones del veterano. La enumeración de verdades inmutables proseguía de modo confidencial:

—Le está diciendo que menos mal que aquí no tienen nada que hacer. —La voz de Pepito se expandió con claridad hiriente por la terraza.

Los dos hombres volvieron la cabeza a un tiempo.

—Y ahora el otro dirá —imitó una voz de tarugo—: «Joder, pues no es eso lo que me han dicho». Y entonces el listo se hará aún más el listo y se pondrá a decir —ahora le tocó el turno a una voz engolada que no le salía nada mal—: «Nada de eso. Tú sabes quiénes son. Ellos saben quién eres. Nada. Aquí, ver, oír y callar».

—Oye, niño, como me levante, te enteras... —El individuo de mayor edad había hecho ademán de incorporarse con el fácil enfado reglamentario y la reglamentaria culata asomando de la funda sobaquera.

Di un paso para marcharme de allí a toda prisa, pero Pepito me agarró del brazo, y se acercó cojeando a los que hasta yo reconocía como representantes de la Ley. El

Yeyé, más yeyé que nunca, empezó a agitar brazos y piernas, a señalar a la pareja; unos cascabeles bien distribuidos a lo largo del cuerpo y unos ojos en blanco le hubieran ayudado a dar énfasis a unas palabras que me provocaron un súbito ataque de pánico.

—Hoy han matado a la Julia. A la Julia de Celso —canturreó apoyándose en la tradicional melodía «A que no me pillas».

—¡Cállate! —gritó el policía mayor. Yo estuve a punto de hacer lo mismo. El camarero, que salía del bar con dos cervezas, se volvió a internar en el establecimiento con diligencia y gran sentido de la neutralidad, no sin antes musitar en mi casto oído: «Como volváis a aparecer por aquí, os capo». Me di por enterado y empecé a hacer señas a Pepito, que seguía con su pantomima.

—¡Ha sido el Watusi! ¡Eso dicen todos! ¡Y ahora quieren matarlo! ¡Pero antes se llevará a un montón por delante! ¡Se va a liar una así! —Hizo el gesto de aguantar una pelota de playa—: ¡Así de gorda!

Mi pulso galopante se alteró aún más por la orden absurda que el policía mayor le dio a su compañero:

—¡Tápate los oídos! ¡Rápido!

El policía novato, con el que me sentía hermanado en secreto, dejó de asentir con docilidad, abrió los brazos, extendió las palmas hacia el cielo y se encogió de hombros en sucesión muy armoniosa de gestos de perplejidad.

—¡Ya se oyen los disparos! ¡Y yo sé a quién le van a echar la culpa de que no haya hecho nada! —ése era Pepito.

—¡Que te tapes los oídos! —El hecho de que el policía mayor ya tuviese los suyos obturados, impidió la correcta modulación de su voz, y sus órdenes parecían desgarradas súplicas—: ¡Y tú, calla!

Al fin, el calvo policía zoquete fue obedecido por su compañero, que no por Pepito.

—Ha sido con una piedra en la cabeza. Croc, croc, croc...

—¡Que te calles! —El policía mayor hizo ademán de ir a buscar su pistola; sin embargo, la mano debió de recordar a medio camino que estaba cumpliendo una función muy determinada y volvió a la oreja.

Yo salí corriendo. ¿Qué iba a hacer? En la puerta de La Parra, sin saber muy bien por qué, empecé a dar pequeños saltos y a mirar en todas direcciones. Al poco rato salió Pepito, empujado por una voz furiosa:

—¡No has oído nada! —El policía mayor gritó de tal modo que era fácil suponer que aún tenía los oídos tapados.

Pepito, la respiración agitada, me miró, se echó a reír, compuso una mueca maliciosa y asomó de nuevo la cabeza en la terraza.

—¡Cagones! —gritó y echó a correr.

Cuando ya estábamos a una distancia prudente, aquel oblicuo secreta apareció en medio de la calle con toda su diplomacia perdida. Enarbolaba una pistola temblorosa que apuntaba al cielo. Nos dimos a la fuga. En cuanto el policía enfundó el arma, enjugó el brillo de la calva y se sacudió el traje como si hubiera llevado a cabo un enfrentamiento a muerte, le vimos entrar de nuevo en La Parra. El Yeyé me detuvo y dijo:

—Vamos a acercarnos. A ver qué...

Me ajusté a su paso hasta disponernos en cuclillas tras las cañas en torno al bar; el olor acre de Pepito de nuevo junto a mí, la mirada clavada en los resquicios. En el semblante del policía mayor había desaparecido el antiguo orden, todo campechanía y *laissez-faire*, y miraba la entrada, mientras se llevaba una mano a la funda de su arma, temeroso de que mediante un sistema ignorado por su limitada inteligencia, Pepito le hubiese cogido la pistola con idéntica facilidad a como había hurtado su arrogancia. Ese abandono a sus instintos era acreditado por una cerveza consumida al instante y una llamada, más de pregonero que de cliente, en solicitud de una nueva consumición. El bisoño acompañante, cansado de esa exhibición de estupor, decidió recuperar con tacto al veterano policía que el pelele había sido hasta un momento antes.

—¿Quién es el Watusi? —preguntó.

—Pues si ese gramo de mierda ha dicho la verdad, alguien que va a morir muy pronto. Hoy, sin ir más lejos. Pero a lo mejor se cabrea por el camino y se monta una tangana de las de no te menees.

«Tu padre», susurró Pepito. Me llevé el índice a los labios avisando silencio. En veloz respuesta, Pepito se llevó uno de sus dedos a la sien anunciando con movimiento de barrena alta perturbación mental en el seno de la policía.

—¿Y? —Así preguntaban los novatos.

—¿Y? Y nada. Ahí arriba, para que te vayas enterando, manda un tal Celso. Aunque todo esto te parezca un estercolero y esa gente viva como ratas, el tal Celso hace trapicheos. No sé a qué escala, pero muchos. El tío toca todos los palos. Y se le deja hacer... —El veterano hizo una pausa, suspiró, recogió la cerveza de la mano del camarero, sin dejar de mirar su feliz punto de fuga en el horizonte. Bebió un largo sorbo y siguió hablando—: Ese Celso también hace favores a unos y a otros y se dedica a proteger a tipos como el Watusi. Y ahora el Watusi se ha cargado a su hija. Cría cuervos... ¡Vaya elemento, el Watusi! Es de esos nombres que se te quedan. Vas escuchando: «El Watusi por aquí, el Watusi por allá». ¡Joder! Al principio me creía que era una especie de negro con una lanza que se paseaba por ahí en taparrabos haciendo de las suyas. Como te lo cuento. Pero no, aquí no hace nada, el cabrón. Un día vi un informe de la Interpol y me di cuenta de que seguro que no era ni un negro, ni hacía nada en lo que pudiéramos meterle mano.

—¿Qué pinta tiene?

—No lo sé. El informe venía sin foto y yo no le he visto nunca. ¿No me preguntas qué hace? Es el hombre de los recados.

—¿Recados?

«Panoli...», insultó Pepito, no sé si al novato o a mí, que me había hecho la misma pregunta en silencio.

—Sí —y el veterano reprodujo, mientras se retorció las manos, el sonido del cuello de un gato cuando es quebrado a propósito—: Es un yunque, un liquidador... De los de Marsella, me parece. Pero no me hagas mucho caso, porque estas cosas... Hay que suponer que fuera actúa y cobra, y que aquí no hace nada. Irse de putas... Eso es lo que he oído. Una vez un confidente me dijo que había visto al Watusi en acción, y aquí, pero no te puedes fiar. Me dijo que cogió a un tío que le había hecho algo a un camarero de la Barceloneta. Que si tú me debes dinero, que si tal, que si pascual. Esas cosas... El Watusi, por lo visto, se mueve por allí. El Watusi se entera. El Watusi va al encuentro del tío, que se llama Augusto y tiene su historial, un randa de mucho cuidado. El Watusi, que siempre lo pintan muy frío, dice que el camarero es amigo suyo. Y, nada, que por eso le iba a matar. El Augusto no se corta al principio, pero ve al tío tan sereno y tan malo, malo, tirando de navaja y acercándose a él y con toda la fama que tiene, que se lo empieza a creer: «Para, Watusi, hombre, y hablamos, que aquello no fue nada, que yo contigo siempre he sido correcto», dice el Augusto. «¿Que no fue nada?», dice el Watusi acercándose despacio. «Watusi, hombre, que podría ser tu padre», va diciendo el Augusto, que de tanto caminar hacia atrás ya no le queda sitio y está contra la pared. «¿Mi padre dices que eres? Pues, mira, dos pájaros de un tiro». Y le raja el cuello, que el cuello del Augusto parece las agallas de un jurel.

El novato, con la botella de cerveza volcada sobre la boca del vaso y desbordándolo, puso cara de quien tiene una solución, pero no la pregunta correspondiente. Miró a su compañero con un respeto renovado y, muy despacio, articuló una frase:

—La madre del Tano...

—Espera... A mí me cuenta eso el chivato y no me creo nada. Sé que es inútil preguntar por ahí, porque al Watusi es como si no lo conocieran. Nadie sabe nada. Y al cabo de una semana el chivato está muerto.

—La madre del Tano...

—¿Quieres dejar en paz a la madre del Tano? No es tan fácil. A ese chivato le tenía ojeriza un batallón. Y además era un cabronazo. Como lo son todos. No te puedes fiar de lo que dicen. «¿Quieres trincar al Watusi? ¿Quieres una historia del Watusi? Toma una historia del Watusi».

«Pues hay que ser tonto para tenerlo de chivato», apostilló Pepito. El veterano

seguía hablando:

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué buscas? ¿Qué tienes? Si haces caso de lo que cuentan muchos, el Watusi ha matado a un montón de gente. Pero si eres sensato y vas paso a paso, lo único que sé es que está, más o menos, a las órdenes del tal Celso que lo conoce de pequeño, le tiene confianza y es quien le puede pasar los encargos de Francia. Ahora dicen que se ha cargado a su hija. ¿Ha sido porque sí, por un encoñamiento, porque se lo han mandado los de Marsella y es una especie de aviso? Ni flores. Así que nosotros nos vamos al cine a mantear a unos cuantos chaperos y luego te llevo a un cabaré. Ya verás qué jacas. Cuando se les pasa el susto de vernos, te lo enseñan todo, pero todo. Vamos a dejar que éstos se aclaren y mañana será otro día.

No había acabado el veterano de exponer su propuesta hedonista cuando el Tomate entró en La Parra, pasó ante la pareja sin un saludo, ni una seña, y se puso a jugar al millón como si ese día no tuviera otra cosa que hacer.

«Venga...», dijeron entonces a la vez Pepito y el policía veterano. El novato y yo, igualados en candideces y estupefacciones, nos identificamos esta vez en la inmovilidad primero y después en la inercia, perdidos en el Reino del Mal y muy confusos.

—Yo me vuelvo a casa —afirmé.

—Sí, corre, para que te cuelguen de los pies y se te suba la sangre a la cabeza — fue la contundente respuesta a mi decisión—: El Tomate no ha ido a La Parra para jugar a la máquina. O iba a por nosotros, o a por la poli para que fuera a por nosotros.

—Pero ¿qué hemos hecho?

—¿Y eso qué? Nosotros a lo nuestro. Con sigilo...

¿Qué sigilo? ¿Qué era lo nuestro, sino esperar la caída del hacha?

Ya sonaban a lo lejos las sirenas de las atracciones. La mañana crecía y el sol nos iluminaba a caprichosos e indecisos intervalos, al tiempo que el cielo amenazaba con más lluvia. Pepito se rebelaba furioso contra cualquiera de las versiones sobre el asunto de la jornada, y los chismes acerca del supuesto agresor y también supuesto amigo. Yo, sentado sobre el respaldo de uno de los bancos de los jardines, observaba con toda la inquietud del mundo su dinámica insurrección. Nos ocultábamos de la furia de Celso, de la pareja de policías y del olor a basura. El Yeyé fumaba nervioso un celtas tras otro y, cuando recordaba que su interminable monólogo tenía una audiencia, yo, me pasaba la colilla con la punta mojada. Los escasos paseantes que deambulaban por los senderos arenosos en aquella mañana inestable se detenían un momento al llegar a nuestra altura para contemplar al pequeño energúmeno. El Lector de este informe sabrá ahora por qué:

—La basca dale que te dale con la mui. Bla, bla, bla... y más bla, bla, bla — imitación de arrogante seguridad—: Vale, que hay uno que dice que el Watusi se llevó por delante al Augusto de la Barceloneta. Pues vale. Y también dicen que al Trampas de Torre Baró y al Fantomas de Badalona y al Huelva y al Córdoba, que también eran de Badalona. Y a tres del Campo de la Bota una tarde de esas que le rinden a uno. Vale. Vale, pero mentira... El Watusi no se ha cargado nunca a nadie. No puede ser. El tío está por la alegría. ¿Y sabes por qué? Porque el tío sabe mucho de muertos. Mucho. Más que nadie. El tío ha estado en el Congo y en América. Un lejía, un mercenario, tío, un perro de la guerra. ¿Sabes qué me dijo un día? «Mira, José», porque a mí me tiene corrección y me llama José, como debe ser, aunque si me llama Pepito, o Yeyé, le dejo igual, porque el tío impone un mazo. Pues me dice, serio que te cagas: «Cuando un muerto te mira a los ojos, te miran todos los muertos del mundo». El tío habla que te acojonas escuchándole... —Pepito imitaba una voz ronca—: «Y cuando te han mirado todos los muertos del mundo, cambias, cambias de arriba abajo. Mejor que pienses en la fiesta, José, en la fiesta salvaje que sea igual a lo salvaje de esos muertos. Te tienes que empatar con tanta sangre, porque un ansia te pillas como el imán pilla al hierro. Borracho y caliente de uno y de todo. Salvaje. Y salvaje no es ser un animal. Es como una especie de animal. El animal que ve la

muerte».

Pepito se estaba adentrando en la baja fantasía como era su costumbre a la que le dejaban hablar más de un minuto. Yo había visto una muerta esa mañana (y él también) y mi último impulso (y el suyo) era las ganas de diversión. Suponía que muy pronto Pepito me iba a contar que el Watusi se deslizaba de un punto a otro de la ciudad por garajes que se conectaban entre sí, o volaba por los aires con ayuda de una capa, porque había metido los dedos en un enchufe en Australia, o cualquier otra boba invención, porque con esas tonterías disparadas sin pausa mantenía alejado el miedo. Yo empezaba a no creerme nada, y la mentira pertinaz, el mero vuelo fantasioso, me oscurecía la mente y fatigaba como una mala digestión. Tenía muchas ganas de decirle a Pepito: «A mí no me líes, que en el fondo no te conozco de nada». Él seguía:

—... Pero eso del asesino y el hombre de los recados y el martillo de no sé quién, no es más cuento chino que lo de la Julia. Tío, que la pestaña y los mamones de Celso y Emiliano funcionan igual. La pasma y esos golfos te enredan siempre y mienten más que hablan. El Watusi está por la juerga. La juerga, juerga. La juerga de todas, todas. ¿Tú sabes por qué le llaman Watusi?

Estaba yo para etimologías...

—El Watusi es un baile. Una manera de bailar, digo. Un baile de América que si lo bailas mal pareces un pringado. Y el Watusi de pringado no tiene nada. Y a bailar, macho, a bailar no le ha ganado nunca nadie. El Watusi ya camina como si bailase. Y, cuando respira, o cuando fuma, te lo juro, respira y fuma como si siguiera un ritmo, como si estuviera escuchando una canción de puta madre en algún sitio. Y cuando se pone a bailar es como si se levantara un cristal que lo separa de los demás. El tío baila suave, pero con ritmo. Pisa como un tigre. Y puede hacerlo todo. La vuelta para atrás como Carmen Amaya o un taconeo como el Moira, pero en macho. Porque el tío es muy macho. Te lo puedes imaginar, un perro de la guerra, nada menos... Pero bailar, baila suave, corto, sin ocupar sitio, para que me entiendas. A mí me ha explicado que el ritmo viene de cómo eres. Así eres tú, así es el ritmo. Algo que viene antes que el compás. Porque hay gente que confunde el ritmo con el compás, pero no es lo mismo. A ver... yo conozco un puñado de basca que tiene compás para dar y vender. Pero no es lo mismo... El Watusi tiene ritmo, ritmo. ¿Te he contado que el Watusi es un baile?

—Oye —interrumpí, antes de que Pepito se asfixiase—: ¿Y cómo se llama el Watusi de verdad?

Pepito vaciló un instante. «Está inventando —pensé—. Este cabrón me tiene aquí con el ritmo y el compás porque se caga de miedo y punto. Ahora me dirá cualquier nombre y seguirá con su mentira».

—Pues no lo sé... —respondió el Yeyé para mi sorpresa—: A él le gusta que le



llamen Watusi. Por lo menos, a mí me deja. Lo que no le gusta es que le llamen «perro de la guerra». Eso no. O «perro», a secas. Bueno, eso no le gusta a nadie. Deja que te cuente. El Watusi es un baile de Nueva York, tío. Un baile de cuando el Watusi estuvo allí. En el Harlem español, compañero. El Watusi me ha contado que allí los bailes, los sitios, digo, son enormes y, buah, gente a manta. Y también me ha contado que los músicos hacen que la canción dure toda la noche y todo el día y otra vez toda la noche... Hay una regla: cuando te pones, no puedes parar. Aunque la gente come, folla y bebe sin parar de bailar. Así que al principio no te atreves a empezar a bailar, porque, claro, hay que tener aguante. Pero que de repente, zas, apagas un cigarro, o pum, te pega una sonrisilla una pava, y das un paso y ya no puedes parar. «Vas hasta el límite —como dice él—. El límite, tío». Y bebes y comes y follas y bailas y de todo... Pero cuando pasa el tiempo parece que estés dentro de un globo de gusto y empiezas a gritar de gusto, aunque ya no eres tú. Giras y giras. Ya no tienes sangre, sólo tienes ritmo. Y estás loco...

Y yo, quizá buscado en ese mismo momento por fuerzas muy superiores a mí con propósitos fieros, ya tenía enfrente a un absurdo cojo bailando como si no tuviese nada más que hacer. Batía palmas, y un sonido constante fluía de su lengua en choque rítmico (o acompasado) con su paladar. El Yeyé, empapado de su historia, en medio de una pista del Harlem hispano, levantaba la pierna mala y alzaba los brazos con idéntica, atávica excelencia y sincronía con la que los de su raza vendían, tasaban chatarra o competían, hasta alcanzar estatura de ídolos, con algunas luminarias de la música ligera. Pepito sonreía, giraba sobre sí mismo una y otra vez, magnetizado por una vaga idea de felicidad, pensando en el minuto y sólo en el minuto como me había dicho mi madre el día en que bailando ella y Juana «Torero» la fiesta devino melodrama.

—Es el mejor baile suelto... —acotó Pepito, y de nuevo batía palmas para que todo el barrio se enterase dónde estábamos, nos vinieran a buscar y nos arrancasen la piel—: En cuanto me lo enseñó, le pillé el truco. Tiene una grabadora que se la trajo de Nueva York y se la llevó a un bar de la Barceloneta. Yo estaba por allí paseando... —Pepito acopló con facilidad la imitación de un paseo desenvuelto al ritmo que había creado... y entré. Hasta los más duros de allí seguían la canción. Y no te hablo de cuatro pamplinas. Gente ruda, no te vayas tú a pensar. Sigilo con ellos, nene, que esa peña, además, sabe de música. Mucho oído tiene esa tropa. Cuando están en lo que están, ya no son lo que eran, están —ágil de la metafísica a la mística, Pepito soltó un alarido que levantó el vuelo de los pájaros y por primera vez añadió un canturreo a su exhibición rítmica.

No había oído esa canción en mi vida, y el idioma que Pepito empleaba en su canto, era, desde luego, un idioma imposible. El mismo idioma que los del barrio veían en los campamentos hechos con toldos de bares o placas de latón. El idioma

que me ha acompañado toda la vida. Que se manifestó aquel día, mientras el otro inventaba:

—Les dejé con la boca abierta de lo rápido que aprendí y de lo bien que me enrollaba con mis cosas y con los adornos y las figuras que le ponía al baile. Todos dijeron: «Este chaval promete». Y luego el Watusi me explicó una variante, una mejora, como si dijésemos, me explicó: «Ten cuidado con las manos. Que expliquen que bailas hacia dentro. Porque es mejor estar bailando hacia dentro que hacia fuera. Bailando hacia dentro uno encuentra lo que busca mucho más fácil». Y luego me llevó de putas. Pagando él, que conste.

Pepito se detuvo. Tomó aliento. Se agachó doblando la espalda y apoyó las manos en las rodillas. Luego levantó la cabeza jadeando y me sonrió:

—Ahora ya sabes por qué le llaman Watusi.

Se sentó a mi lado y se mantuvo en silencio. Volvía a llover. Pepito repetía frases ininteligibles de la misteriosa canción que había dado nombre al personaje del día. No había duda de que utilizaba el silencio para perfeccionar sus mentiras. El Yeyé enseñándole bailes de Nueva York a unos macarras, irse de putas con el Watusi... Podía comprender que era un gesto muy parecido a bajar al muelle para intentar pescar; echarle aliento al mundo para que el vaho lo cubra. O intentar olvidar que ese simpático delincuente al servicio de un clan marsellés, buscado por la Interpol, había matado y violado a una chica que los dos conocíamos. O quizá era otra cosa. Una hora antes, una poderosa maquinaria le había tratado como un monigote hasta hacerle decir que había visto lo que no había visto; y ahora, el monigote bailaba, fabulaba y les decía que no podían con él. Una cuarta posibilidad era que, como decía la gente, y mi madre más alto y claro que nadie, no se trataba más que de un tarado.

—Te lo has inventado todo —concluí.

—Te juro por mis muertos...

—Venga jura. Sin cruzar dedos. Enséñame las manos.

—Ni hablar —era supersticioso, el Yeyé.

—Es mentira.

—Vale, en lo último, en lo de las putas, me he pasado un pelo. Pero lo otro es verdad. Eso sí que te lo juro... —levantó las manos para reafirmar la solemnidad del acto—: Te lo juro como que tú y yo vamos a pillar un auto ahora mismo, vamos a buscar al Watusi donde yo me sé y le vamos a decir lo que hay y lo que no hay. Es la manera de salvarnos. Que el tío hable. Habla, tranquiliza a la gente, porque el tío es muy calmado cuando quiere, y les dice, sobre todo, que ni nosotros, ni tu madre, nadie de tu familia, ni nadie de tus vecinos, tiene nada que ver. Además, ¿tu madre no llega de noche? Nos sobra tiempo.

Me levanté con una decisión tomada, empecé a caminar. Con dificultad, Pepito se

puso a mi altura:

—¿Dónde vas?

—A casa...

—Para, para un momento... —Me detuve. Pepito volvía a estar sin aliento—: Tú para y ponte a pensar en una rata de esas que aplastan los camiones en la curva del puerto. Venga, piensa, que yo espero. Una rata, así, como una estera...

No me gustó la imagen. Pepito lanzó su ataque definitivo:

—A ti lo que te pasa es que mucha cadena de jefe indio ahí colgando y mucho de que sabes pillar coches y no eres más que un pringado. Mírate. Bueno, ahora te vas a mirar y vas a pensar en una rata espachurrada... ¿Te acuerdas del camión aquel que estuvo a punto de volcar y cayeron jaulas con pollos y los pollos empezaron a saltar y a correr por la carretera, y algunos coches los chafaban y los parachoques de otro descabezaban a alguno y seguían corriendo de un lado a otro de la carretera con la cabeza colgando, así, caída? ¿Te acuerdas?

Desde que me fue encargado este Informe poco ortodoxo, no ha dejado de rondarme por la mente la posibilidad de que el Lector me haya conocido en un pasado más o menos remoto. Si no, carecería de sentido que fuera precisamente yo, ajeno a ciertos manejos, el encargado de esta peculiar tarea. ¿Me has conocido, Lector? Pues si me has conocido hace mucho tiempo te sorprenderías entonces de mi habilidad para conducir todo tipo de vehículos a edad muy temprana. Si me has conocido después, te admirarías de lo bien que conduzco. Si no me conoces, te lo digo ahora: soy un as del volante. El que tenía serias dudas sobre mi talento aquella mañana del Watusi era Pepito. Hay mentirosos compulsivos de una inocencia conmovedora; pero existen otros que, sabedores de su debilidad, hallan refugio en la desconfianza obsesiva. Yo le había dicho a Pepito que conducía de miedo. Pero le había contado además que no era sólo en el campo de la conducción donde sobresalían mis aptitudes: éstas también se extendían al robo de coches. Lo del robo era visto y no visto. Cosa de artista.

La culpa la tenía el cine. Y no en la forma en que el Lector imagina.

Mi madre me llevaba al cine una vez al año. No recuerdo ahora si el feliz evento coincidía con mi aniversario o con el de ella. En cualquier caso, era un gran día. La tarde anterior era invertida en buscar por todo el barrio un periódico donde se anunciase la programación. Elegía entre los seis cines más cercanos y como un príncipe heredero, dotado de mayestática gestualidad, señalaba con el índice y sin posibilidad de discusión la sala a la que íbamos. Siempre era «el cine», no «la película»... pero ya se ha escrito demasiado y con demasiada nostalgia sobre sesiones dobles, oscuridades mágicas u obscenas y niños que contemplan boquiabiertos los carteles con las películas de la próxima semana. Sequémonos las lágrimas. Al fin y al cabo, yo sabía demasiado bien que para mí no habría semana siguiente, sino año que viene.

Es cierto. La culpa de que yo fuera un ladrón la tenía el cine, pero no toda. Porque fue buscando ese diario donde aparecería el ansiado programa cinematográfico donde, en otra página, un artículo llamó mi atención. El asunto del escrito versaba sobre la alarmante escalada del robo de turismos en el parque móvil de la ciudad y lo efectivas que eran las fuerzas del orden en subsanar la contingencia. Ese detallado reportaje avisaba, a modo de prevención, de cómo los astutos ladrones abrían y puenteaban los coches. Esas instrucciones, de suma claridad, y un manual de conducción (que junto a *Piense y prospere* y un volumen de cómo acertar la quiniela formaban la biblioteca heredada de mi padre) me enseñaron lo que necesitaba saber, y enseguida fui tentado a llevar lo aprendido a la práctica. Durante el invierno anterior se había convertido en una peligrosa manía abrir un coche junto al tumultuoso parque de atracciones y abandonarlo unos metros más allá por puro regodeo. Luego, y

siempre después del atardecer invernal, esos metros se alargaron milagrosamente, y me aventuré entre casas siempre iguales, con calles iguales que daban paso a edificios en construcción muy parecidos, chimeneas siempre negras y farolas de un blanco tan tétrico como un futuro sin Día de Mañana. Cuando volvía en mí, porque aquello no era más que un rapto de locura, abandonaba el coche lo más cerca posible de la montaña y me dejaba llevar por una tristeza vagamente lírica ascendiendo con mi macuto a la espalda por calles sucias donde en portales con olor a gato se besaban las parejas y hervían las coles. Un estado de ánimo idéntico al desconsuelo que seguía a la masturbación: Dora (esa asesina), la niña del remolque, el lánguido crujir de revistas perdidas y manoseadas, hasta Juana. ¿He mencionado que a mí me gustaba mi vecina Juana? Pero no para novia, sino como amante. O ni siquiera me había confesado a mí mismo que me gustaba, sino que en el momento febril me dejaba llevar y...

¿Dónde estoy, Lector?

Yo era un ladrón de coches y un pajillero.

Y a media mañana del día del Watusi un 600 mostaza irrumpía como un felino en el puerto. «Hoy las palmeras parecen de verdad», fue lo primero que pensé, para no pensar en nada más, mientras rasgaba el velo que separaba el último tramo de la montaña del paseo que discurría en paralelo al puerto, bordeando el monumento al Descubridor. Si a mi madre le hubieran dado un billete, cualquier billete, cada vez que fue interrogada sobre por qué Colón señala en la dirección contraria a la de América hubiera sido rica mucho antes. Pero ahora estoy hablando de palmeras, de un verde irreal en una ciudad desierta, y aquel verde, en la mañana lluviosa y sofocante del verano con un hilo del rumor de tráfico, separaba un bloque de edificios oficiales, casi todos militares, de la morosa actividad del puerto. Un lado negro, la comandancia, el gobierno militar, y un lado de plomo, lo que uno podía imaginar como el Mediterráneo y la torre del teleférico más allá de la verja, tinglados, almacenes y el movimiento tentacular de las grúas. En el lado negro, soldados bostezaban en porches y garitas; en el de plomo, lentos portuarios con chubasqueros corregían la posición de las maromas y empujaban carros con extraños embalajes ante el hueco que había dejado el buque de guerra americano, casi perceptible ahora en su invisibilidad. Premonitoria invisibilidad. Pero ¿qué hacía Pepito, mientras yo pensaba en la que se nos venía encima y ni mucho menos paladeaba el paisaje que, Lector, te acabo de evocar? Pues el Yeyé, oculto en el asiento trasero, después de encontrar un duro en la alfombrilla y satirizar los retratos, caras muy feas, en el «Papá, no corras» adherido al salpicadero, seguía transmitiéndome los saberes del Watusi:

—... y me decía: «Separa la luz de lo oscuro, la muerte de la vida, las aguas vivas de las muertas. Radiante. Y ahora grita». Y me hacía gritar, el tío. ¡Coño! ¡Otro duro!

Esta basca es de la que tira el dinero. ¡Hala!

—Agáchate y calla —ordené, mientras seguía apoyando un codo en la ventanilla abierta. Ése era el modo más seguro de ocultar mi rostro a un mirón repentino; eso, y evitar el cambio forzado de carril, moderar la marcha y no perder los nervios por la decisión que acababa de tomar y el constante relato en mi nuca de las filosofías de aquel que habíamos decidido ir a buscar.

—Él nunca habla del Congo ni de nada de eso. Habla del baile. Así, en general. A mí me dice que aunque tenga lo que te dije... —junto a mi oreja asomó la bota ortopédica—... soy ligero. Y puedo bailar. Y que cuando bailas, miras la vida cara a cara. Supongo que eso él lo decía de cuando se encontraba al julandras de turno muerto, así, con los ojos abiertos mirándole fijo. No le debía gustar. Y me decía también que cuando llevas mucho bailando llegas a mirar a la vida y bailas queriéndote follar a la vida. Gira, gira hacia allí, coño... Vale... —Ésas eran indicaciones circulatorias, no sabidurías watusinianas—: Y el Watusi me dice: «Y te balanceas en el aire con bravura bien llevada como si los pies fuesen buscando las huellas que dejaste antes, una y otra vez, tan, tan, retan, tan... —el ritmo (o el compás) llenaba el 600 para advertencia de transeúntes y guardias—... y cazas a la vida bailando como si la atraparas en una red. Y el gusto es aún mayor que todo el sufrimiento del mundo. Y de pronto el sufrimiento es una niñita con ojos verdes y la falda al vuelo que esa noche, o la noche que viene, cuando paremos de bailar, va a ser como si dijéramos toda la vida por una noche. O ella y su amiga». Te juro que el tío nota me dijo: «O ella y su amiga». ¡Con las dos, tío! Y también me dijo: «O ella, su amiga y la vida entera».

—¿Y tú ya te enterabas de algo de lo que te decía, o te lo has aprendido de memoria?

—Mira, jefe indio, si no te crees nada, ahora mismo te lo va a decir el Superman. Así que ya puedes ir aparcando.

—¿Quién es el Superman? —Sabía que antes o después iba a aparecer un personaje de esas características.

—Tú aparca y calla... Y quédate con lo fácil que es ir diciendo «Calla».

—Pues calla.

El sistema de tomar prestado un coche no es redondo si no se abandona luego en una ubicación discreta, a salvo de las miradas de seguros testigos. Consciente en esa época de mi edad y aspecto, el único modo de pasar desapercibido era la invisibilidad absoluta. Y hasta esa hora yo creía saberlo todo acerca de la invisibilidad.

—Baja y espérame aquí —ordené a mi alborotado compañero.

Pepito, en cambio, opinaba que no hay mejor disimulo que la evidencia. Tras bajar del vehículo, se apoyó en una señal de tráfico, encendió un cigarro y se puso a cantar a voz en grito las andanzas del Watusi en esa especie de idioma inventado. Escupía en parábola, zapateaba marcando el ritmo (o el compás) hasta hundir el suelo con la bota ortopédica y lanzaba obscenidades a las chicas que pasaban a su vera resguardadas en paraguas de colores. Puro instinto animal: se sabía en territorio ajeno y era su deber mostrar a un posible enemigo que no conocía el miedo. De ahí que ladrara y aullase y, de milagro, no orinara en un árbol. Seguí adelante.

Abandoné el automóvil junto a la cerca de unas obras, percibí el regreso de la lluvia y recogí a Pepito antes de que lo hiciese la Autoridad. Luego, según órdenes del Yeyé, nos dirigimos a los Baños. ¿Motivo?

—El Superman está en todo. Le conviene. Su historia es de mucho peligro. Es del barrio, pero casi nunca para allí. En eso es como el Watusi. El Superman se enrolla con las guiris y después las rapta con los de Celso. Y luego los de Celso piden un rescate...

—Y un cuerno...

—A ver si nos entendemos... Él va de ligón. Liga y punto. Todos le conocen y piensan que es un chulo piscinas como otro cualquiera. Pero cuando caza a una pringada se va a por ella. Como un lobo, nene... Pero no va a por todas, no. Siempre escoge a una guiri que esté casada y haya venido con su marido. Una tarde se escaquea del marido para irse con el Superman y ya la ha cagado. Van dando un paseo hasta el sitio donde tienen que follar. Entonces aparecen unos de Celso, hacen ver que pegan al Superman y se la llevan. ¿Sabes lo que te quiero decir? Por eso, luego no van a la pasma. Porque la guiri tiene vergüenza de contárselo al marido, no vaya a ser que le meta una somanta de hostias, que es lo natural...

—Pero hoy llueve...

—Estará, te lo digo yo. Si no se ha enterado de lo de la Julia, estará. Y si no está, es que se ha enterado... Porque hoy toca desaparecer. Cuando hay jaleo fuerte, toda la tropa desaparece como un fantasma...

No me acababa de seducir la embajada hacia la que nos encaminábamos. De manera poco formal, además. Si exceptuamos los dos duros hallados por Pepito en el 600, carecíamos de líquido suficiente para entrar por la taquilla de los Baños como

señores. Quizá fuera ése el motivo de que Pepito me obligara a reptar bajo una cerca junto a la playa desierta de material humano, pero listada de toda clase de basura que, en finas cordilleras paralelas, se extendían hasta el mar.

Ya en el lado prohibido, nos encontramos en un laberinto de pasadizos flanqueados por hileras de casetas azules. Ni un alma. El silencio era absoluto, salvo la lluvia y un lejano eco musical. La sucesión de puertas iguales y la bocanada de humedad que aquellas neveras vacías lanzaban a nuestro paso estimulaban la traicionera imaginación. Quizá fuera ése el motivo de que Pepito y yo iniciásemos a un tiempo y sin debate una peculiar versión del paso ligero. Al enfilar otra doble hilera de casetas, ahora con la puerta verde, llegó hasta nuestros oídos un sonido megafónico: «Manda rosas a Sandra, que se va de la ciudad, manda rosas a Sandra, yo no sé si volverá». A esas alturas, ya corríamos.

—Parece que esa de Sandra es la canción del verano —opiné, el aliento entrecortado por la carrera.

—Espérame, espera... ¿Y qué me dices de «Un rayo de sol»? ¿Y de «¿Qué será?»? José Feliciano también pega fuerte. Macho, como sigas corriendo así me da algo...

Miré hacia atrás por primera vez. La pierna mala de Pepito nos seguía como un tercer personaje.

—Empiezo a tener hambre —opiné. Todos mis comentarios tenían como fin ocultar la ansiedad del encuentro en ese laberinto con el Superman, con uno de los guardas o con el mismísimo demonio.

—No me extraña que tengas hambre con esas carreras que te das de repente, compadre. Cuidado, despacio ahora, que igual nos ve alguien...

Volví la cabeza y por fin descubrí un espacio abierto. Un gran anuncio del bronceador Coppertone en un muro lleno de grietas limitaba el horizonte. Del anuncio, desleído por el tiempo, sólo quedaba la cabeza de una niña rubia y la boca de un perro tirando de un bañador; el resto eran colores pastel, rosados y celestes, distribuidos entre manchas de humedad y pilas de sillas plegables ocultando las ruinas del fresco. Estábamos ante una gran piscina con trampolín. Algunos bañistas, desilusionados, recogían bolsas y toallas y abandonaban la instalación maldiciendo entre dientes... Al fondo, en las piscinas infantiles, ranas de hierro echaban agua por la boca en torno a piletas que parecían ollas hirvientes. En el bar, bajo una ondulada cubierta de cemento, salvavidas y porteros discutían sin atender al público. Seguí la mirada de Pepito y vi cómo en la piscina grande tenaces nadadores cubrían su largo una y otra vez como si sólo quisieran desbaratar la multitud de círculos concéntricos que la lluvia formaba en la superficie. Tres nórdicas se pasaban un balón de playa y reían mucho; tanto, que me hubiera gustado quedarme a reír con ellas:

—No está el Superman —anunció Pepito.



—Ya lo veo.

—¡Pero si tú no lo conoces! Espera, ven...

Bordeamos la piscina por un camino de losas y descendimos una escalera. Un túnel verdoso apareció ante nuestra vista. En el lado izquierdo, sucesivos ojos de buey dejaban vislumbrar de forma diáfana, pero tan poco tangible como el final de un sueño, las evoluciones subacuáticas de las nórdicas que jugueteaban en la piscina. Aquellas piernas y espaldas, tan largas, dibujaban estelas de burbujas en el maravilloso empeño de mantener la flotación. El naranja, el lila y el floreado azul de sus biquinis eran de un vivo que cegaba. Aquellos cuerpos se me adhirieron a la memoria de un día gris obstinado en suscitar placenteras rebeldías cromáticas. En ese mismo instante, rodeado de siniestros augurios, me juré que en algún momento perdido de mi Día de Mañana, una chica, la más guapa del mundo, por ejemplo, se bañaría en esa piscina para que yo admirase la pureza líquida de cada gesto suyo hasta que el agua la disolviera.

—Deja el babeo, tío. El Superman está ahí.

En una curva del túnel, paralelo a la escuadra de la piscina, unas guiris gorjeaban sentadas en tumbonas. Frente a ellas, de pie, de espaldas, de perfil, gesticulando y marcando, coronado por un tupé a punto de ser toldo, el probable Superman divulgaba groseramente su frecuentación a los gimnasios. La musculatura, desarrollada hasta lo circense, clamaba seguro peligro, y un dragón tatuado en la espalda imponía de veras. Mientras se ajustaba la goma del escueto bañador atigrado, el Superman recitaba un discurso al parecer tronchante, según la unánime respuesta de las extranjeras, y en general idiota, según mi opinión, y a medida que nos acercábamos al encuentro del chulo:

—Muy cerca. Aquí al lao na más. In the muntain. Biutiful pleis. Latin lovers a manta. Veri tipical y veri cachondeo. Hay flamenco, taca-tá-raca-tá, la noche entera. Mejores que los Beatles. Cada uno en su estilo, hay que understanmi. ¿Ar yu marriet? Lo digo por saberlo... ¿Is yor jasban jiar? Pues mejor... ¡Ay, qué boquita de chupona!

Ajeno al aria del macho, el coro hiperbóreo se reía de otra cosa.

—Las camela, se las lleva al barrio y las rapta —susurraba frenético Pepito, según nos acercábamos—: Las rapta, tío, las rapta...

—Que vale, que vale... —iba diciendo yo para que Pepito se callase de una vez.

—Qué hay, Superman —dijo entonces el Yeyé palmeando la espalda tatuada del coloso.

O la mano de Pepito conducía alto voltaje, o el chulo era asustadizo, tal fue el respingo que dio. Al volverse, y en cuanto tuvo delante la evidencia, la mueca de espanto se convirtió en dureza y enfado extremo.

Se hizo un silencio, en el que colaboré decidido, roto tan sólo por la ininteligible

cháchara de las extranjeras. Yo fingía que el asunto no iba conmigo y me dedicaba a observar el grupo femenino. Una de las chicas atrajo mi atención.

No he creído necesario remontarme en este Informe hasta períodos tan remotos y neutros como la primera infancia, el escalón blanco. Lo hago ahora. Mi lactancia duró, según las quejas de mi madre, más de cinco años. Esa marca hizo que un reportero subiese hasta nuestra casa con el fin de fotografiar a la que suponía orgullosa nutriente para la sección de su periódico «Hechos verídicos». Mi madre, extraña por entonces a la miel de la fama, se negó a hacer declaraciones y Juan tuvo oportunidad de precipitar al informador montaña abajo. Ese inmenso período fue evocado en el túnel bajo la piscina ante los atributos de una de las sonrosadas y semidesnudas extranjeras. Ella me sonrió maternal al comprender el porqué de mi voraz mirada fija. El único gesto de pudor fue subirse un tirante del biquini. Luego, siguió hablando. ¿Por qué cuento esto? Lo cuento para llenar el vacío de ese temible silencio de hierro con un amable recuerdo. Pero el Superman tendrá que hablar antes o después. Y preguntará al Yeyé:

—¿Se puede saber quién coño eres?

—¿No te acuerdas de mí? Soy amigo del Watusi. Fuimos recogidos por el Superman como un par de bolos y depositados en un largo escalón a cierta distancia de las extranjeras. Con una mano apoyada en cada uno de nuestros cuellos, el Superman empujó las cabecitas contra la pared, un mosaico falto de teselas. El mosaico representaba al dios Neptuno, un pulpo y las palabras «San Sebastián». Pero a ver quién lo adivinaba. No eran tan difíciles de averiguar, en cambio, las intenciones del Superman alejándonos de las extranjeras. La mano en el cuello ahogaba:

—No se viene aquí y se habla del Watusi por las buenas. Vamos, ni del Watusi, ni de nadie. Yo aquí estoy muy tenso. Muy tenso...

—Es que le tenemos que dar un recado... —argumentó Pepito con un hilo de voz—: No sabemos dónde está. Y como tú controlas todo...

—Ya... —la cara del Superman adquiría un gesto que paralizaba el flujo sanguíneo—: Ya veo por dónde va la cosa... Que yo sé dónde está el Watusi... Que yo lo controlo todo...

La mano izquierda del Superman abandonó mi cuello, visitó por un momento la frente de Pepito y la nuca del Yeyé rebotó en el mosaico. Tras el golpe de experto, la zurda del Superman volvió a su origen, mi garganta:

—Yo hace años que no veo al Watusi, eso lo sabe... Habéis venido aquí por algo. ¿Y tú? ¿Quién eres tú?

El Superman se dirigía a mí.

—Fernando, el Apache... —me presentó Pepito, un visaje de la mirada hacia la medalla del indio que colgaba de mi cuello y ahora cegaba la mano del Superman.

Entonces no medité sobre ello, pero «Apache» es un agradecido epíteto épico—. Y yo soy el Yeyé. Pero, vamos, si no sabes nada, con irnos...

Conforme a su bien ganado mote, el Superman invertía un tiempo sobrehumano en una reflexión cualquiera; así lo indicaba al menos lo ceñudo del rostro. Por fin, liberó nuestros cuellos, aunque en su expresión no pudiera hallarse indicio alguno de que pudiéramos marcharnos. Elipses blancas modificaban sus contornos sobre nuestro cuerpo y recordaban la existencia del agua. Así que mientras observaba, retenía, memorizaba las piernas de las suecas en la piscina a través del ojo de buey como el que observa el inminente Paraíso, evité la inquietud de la presencia física del Superman, no sus palabras, una sentencia conocida de antemano. El Superman se había sentado entre Pepito y yo, se mesaba, desordenándolo, el cuidado tupé, la mirada perdida en el suelo. A las extranjeras de las tumbonas les urgía su presencia, y él, levantando una mano, ordenaba que esperasen. Por fin, nos dio cuenta de su pensamiento:

—Yo estoy aquí muy tenso. Tenso, tíos, tenso, muy malamente... A estas alturas del verano, pienso que la pestaña llega en cualquier momento, me prende y que toda la guita... Y lo que me va a pasar es peor. Mucho peor, tíos. ¡Venga! Con respeto lo digo... ¿Quién os manda? ¿Qué ha pasado?

—Nada, nada... —contestamos Pepito y yo al unísono.

—Joder, pues... ¿por qué me preguntáis por el Watusi...? Al que te ha mandado le vas a decir así... Y lo más chungo es que me envíen a dos sipiajos... Como de cachondeo. Porque el que os ha enviado sabe mejor que yo que el Watusi es invisible. Y si alguien sabe dónde encontrarlo es el que os ha enviado.

Nos miró. Valoró nuestra perplejidad. Se aclaró:

—El que te ha mandado ya sabe lo que quiero decir. Y cuando digo que el Watusi es invisible, quiero decir que no hay quien le vea. Y para ser invisible hay que tener guita. —El Superman se golpeó la palma con el puño—: Porque el Watusi ve guita. No como yo, que me juego la vida por ellos y me dan las sobras. Se piensan que lo paso muy bien, follando todo el día, sí... Y a estas alturas del verano, yo sólo quiero dormir, coño. Y que no me trinquen, que no me vendan y, por favor, que no me envíen al que te dije... Porque yo no puedo ser invisible. Yo sólo puedo cumplir. Así que le contáis eso al que os ha enviado. Que si me buscan, aquí estoy... Y es que esto es una trampa. Al que os ha enviado, le decís que vale, que lo sé... Pero que yo no he hecho nada. Que ese dinero no fue cosa mía. Pero que no me traten como a un trapo enviándome a dos críos, que no quiero encontrarme la W delante de casa. Que estoy muy tenso y muy jodido... Y no he hecho nada malo, por mi madre.

Aquel hombre, el Superman, no se encontraba bien. Las bañistas, incansables, seguían jugando a través del cristal que me separaba de la felicidad. Las extranjeras de las tumbonas colocaban papelitos en una bolsa de plástico y, riendo, miraban al

Superman. Se lo estaban rifando.

—No digáis que me habéis visto así... Y si el Watusi se deja ver, le decís que se acuerde de que el Superman fue amigo suyo. Que él también estuvo la tarde aquella en la playa, en el Lío Grande. Y que el Superman se calló como nos llamamos todos. Y que luego siguió siendo amigo suyo. Que se acuerda de todas las cosas que le contó que había visto en el Congo. Que se acuerda de ellas, cada día, que hasta sueña con ellas. Y que una vez vio la W, cuando lo del Trampas, que nadie se lo creía hasta que... Le decís eso, que me acuerdo. Que yo he visto cosas en la trena que no se las creería nadie. Y que fui a la trena por ellos, por los que os han enviado. Y que me gané el derecho a contar las cosas que había visto, aunque las cosas que uno ha visto allí es como si no se vieran.

El Superman ladeó un hombro y nos mostró el dragón tatuado en la espalda, prueba irrefutable, al parecer, de su estancia en un penal. Luego, entre sollozos, siguió hablando para nadie:

—Pero las que me contó él... Sueño con ellas cada noche y ni así me hago cargo de que se puedan ver, porque de lo que me acuerdo es de cómo me hablaba de aquellas montañas de cabezas en la selva. Del olor de aquel humo. De los hombres que ya matan por gusto. De cómo gritaban los monos en los árboles y las negras al lado de las montañas de cabezas. Y de cómo los soldados volvían la metralleta sin pensarlo y disparaban a los árboles y luego bajaban el cañón hasta las negras. Y los monos y las negras dejaban de chillar... Y que luego iban y... Le decís que me acuerdo de lo que me contaba. Que cuando uno ha visto eso, si vuelve a su casa, o ya no sale de su casa nunca más, o le entra el vicio de matar. Pero que ya sólo quedaba volverte loco. Y que hay que elegir entre la locura de tu casa o la locura de matar. Y él eligió. Hostia, si eligió...

El Superman estalló en un llanto prolongado. Refugió la cabeza entre las rodillas y ocultó entre los brazos las sacudidas del sollozo intermitente. Pepito me envió un mensaje mudo y nos levantamos muy despacio:

—Pues nada, ya daremos el aviso... —se responsabilizó Pepito.

—No os olvidéis —dijo el Superman.

Fue entonces cuando levantó la cabeza con el tupé deshecho sobre la frente, ocultándole un ojo. Pero aún le quedaba otro ojo para ver cómo Pepito descendía el escalón y daba dos pasos hacia la salida, mientras hacía ademán de sacudirse el polvo. Algo se iluminó en el interior del Superman.

—Me cago en la leche... Si tú eres el cojo. El de la Cupé. A ti no te ha enviado nadie, cabrón...

—No es verdad...

Pepito olvidó mi repentino desamparo, allí solo, junto al Superman, y echó a correr.

—¡Con lo tenso que estoy! Venís a hacerme una putada. Mucha broma, ¿no?

Cerré los ojos esperando lo inevitable. Sin embargo, oí un sonido de carreras; pasos lastrados eran perseguidos por rápidos pies descalzos y se alejaban entre el eco abovedado de una frase repetida: «¡El puto aborto de la Cupé!».

A mí no me estaba pasando nada.

Cuando volví a abrir los ojos, el Superman y Pepito habían desaparecido. Las extranjeras de las tumbonas recogían sus bolsas a toda velocidad. Las piernas brillantes que flotaban en el agua también desaparecieron. Entonces, a través del ojo de buey, vi cómo Pepito aparecía en las profundidades de la piscina entre un ejército de burbujas, la cara tomada por el pánico, hinchados los mofletes, notable la fuerza de la zambullida. Antes de que Pepito volviera a ascender a la superficie, cerré otra vez los ojos, o quizá mis piernas se movieron muy deprisa. En unos segundos me encontraba en la calle y a salvo.

«Me parece que ya no me quedan ganas de buscar al Watusi» fue la idea segura al escapar de los Baños y rehacer el camino de vuelta a casa. Un regreso legal, sin robo de automóviles ni conmociones. Atrás quedaban las calamitosas fantasías de Pepito y los estallidos de violencia. Esa violencia que explota de repente sin que uno entienda nada es como las olas; viene y va, súbita, idéntica en esencia...

La posibilidad de una mañana de playa se desvanecía a la hora de comer en el movimiento de ciudadanos bajo la lluvia, en una media carrera hacia soportales y toldos. Playeros resignados esperaban el autobús cubriéndose con toallas dobladas. Camareros miraban tristes la avenida a la puerta de bares con alfombrado de serrín, cáscaras de gamba y copas vacías abandonadas en el mostrador. El amplio paseo, sin apenas tránsito, se abría a una ciudad yerta, enmascarada en la calígene como un bosque. ¿Por quién nos había tomado el Superman? Había hecho algo malo, estaba completamente loco y nos había confundido con mensajeros de alguien. ¿Qué eran esas W? ¿Qué era el Lío Grande en la playa? ¿Qué eran esas historias de horror en el Congo? ¿Por qué en cuanto había reconocido a Pepito había dicho no sé qué de la Cupé y le había tirado a la piscina? ¿Por qué no me dejaban ver las piernas, las tetas, las espaldas de las extranjeras? Eso era lo que yo quería. Con eso no hacía daño a nadie.

—Cuando te pasa esto, lo mejor es no separarse nunca más.

¿Quién había dicho eso? Era una voz de hombre. Y un anciano con sombrero y traje blancos me miraba desde el interior de un café, mientras daba la vuelta a una hoja de periódico. Un tipo con una camisa negra, arrodillado frente a él, le lustraba los zapatos. Y ya no estaban; porque seguía caminando por el paseo dando vueltas sobre mí mismo, girando, buscando a la persona que me había hablado.

—No hubo nada. La tormenta no dejó...

Ahora era una voz de mujer, y yo sentía algo parecido a la fiebre. Fiebre evocada.

Buscaba en los tinglados, entre figuras semiocultas en la oscuridad de lona y brea. Muchachas se asomaban a los balcones, se abrían el escote y miraban al cielo para refrescarse del sofoco tropical, llamaban a alguien en el interior de la vivienda. Un optimista entraba y salía de restaurantes vacíos tocando el acordeón para nadie. El sonido aletargado se confundía con el de la gramola para desvanecerse en cuanto los dejaba atrás. Entonces supe...

El paseo desnudo, largo, el asfalto brillante, el mar de acero. Los yates se mecían y sus mástiles entrechocaban. La ciudad borrosa, apenas monumental, un misterio. Yo caminaba, me calaba hasta los huesos y supe.

Era la ciudad que se convertía en bosque. Era la fiebre. La historia de mi madre.

Ya he mencionado que nuestra situación económica y su compañera, la angustia,

limitaban las expresiones de cariño de mi madre. Juana, la vecina, me abrazaba mucho más, y me daba besos, y se apretaba y olía... Tengo cierta tendencia a dejarme llevar por «el tema Juana» en esta primera parte del Informe. Y no interesa. Sólo añadiré que un beso no era idéntico a otro, y el afecto físico de mi madre, su falta pese a tan prolongada lactancia, fue evitado al intentar reanudarse; el abrazo femenino ya iba asociado a otros estímulos. He dicho también que si fui niño, sería más tarde, no entonces. Pero eso tampoco importa. Lo que de veras importa es que mi madre, aunque pudiera hablar mucho, apenas contaba nada. Nunca una referencia a su familia o a la familia de mi padre, jamás una evocación nostálgica o de resentimiento... «Los abuelos están muertos». Punto.

Salvo una vez.

Me recuerdo en la cama, enfermo. Mi padre ya estaba muerto. Mi madre me metió en su cama, más amplia, como si el traslado fuese un privilegio de la enfermedad. Quizá me viera asustado por la conciencia de la fiebre, del malestar. O ella misma, en sus temores, estuviera inquieta no fuera a quedarse definitivamente sola en este mundo. El caso es que para tranquilizarme y tranquilizarse me contó de una vez en que ella también tuvo fiebre. Me habló de un pueblo rodeado de una extensa llanura. Trigales. Carreteras sin asfaltar. En el corral de la casa había un pozo que era como nuestro depósito de agua. «Eso era mucho». El sonido de un cubo lleno chocando en las paredes del pozo, y el agua derramándose de vuelta al agua negra, mientras la sogas gime en la garrucha, podía ser, según estuvieras alegre o apenado, el sonido más bonito o más feo del mundo. En junio empezaban las fiestas de los pueblos. Las chicas fingían estrenar un vestido rehecho durante todo el año. Subías al campanario de la iglesia para ver cómo el viento dibujaba matices del pardo en el trigo maduro. Por la carretera, entre una nube de polvo, pasaba la camioneta de los músicos. Se intuía verbena y Flora, mi madre, fiel a su destino, caía enferma. «Sabía que en el pueblo de al lado estaban en fiestas y aunque no me tenía en pie, no había quien me tuviera quieta en cama. Me levantaba y le rezaba al san Pedro que iba de casa en casa, y esa semana estaba en la nuestra. Y de noche, cuando todos dormían, me volvía a levantar medio mareada y me probaba el vestido. No podía verme en el espejo porque todo estaba oscuro. Pero yo me ponía igual allí enfrente, sin ver nada. Imaginárselo era mejor».

Así que eran las fiestas del pueblo de al lado y mi madre estaba enferma y oía cómo en la calle los jóvenes que se daban voces unos a otros se preparaban para el acontecimiento. «Unas amigas vinieron a despedirse y yo, muerta de rabia, les dije que nada, que se lo pasaran bien. Pero tenía una idea. Y cuando todo el mundo estuvo dormido, me puse mi vestido, cogí mi rebeca y salí de casa por el corral. Por la carretera se tardaba mucho en llegar al otro pueblo, pero por el atajo de una cañada, podía estar en un par de horas y, por lo menos, ver el baile, aunque fuera de lejos. Y

yo con toda la fiebre. Y con el agotamiento y el dolor de huesos».

Evitó a la gente que tomaba el fresco en la puerta de las casas. Empezó a caminar y «esas cosas sólo me pasan a mí» (y a su hijo andando el tiempo) cuando llevaba una hora andando y casi se desmayaba empezó a llover. «Para que en esos pueblos de Dios lloviera en junio tenía que pasar un milagro, o es que estoy maldita de nacimiento, pero llovía y yo con la fiebre, hijo, con el agotamiento».

Dentro de la desgracia aún tuvo suerte. Podía encontrar refugio. «Aunque lo único era una cueva de pastores, un refugio, o los Pinos del Duque, el único arbolado en toda la comarca. Cuatro pinos, no te vayas a creer, no es como esto». En los refugios de pastores se podía encontrar, en buena lógica, con un pastor refugiado, así que decidió caminar un poco más y llegar hasta los pinos.

«Cuando llegué a los pinos estaba medio muerta. Pero los pinos estaban muy juntos uno de otro, y la lluvia era tan fina que sólo notaba el ruido en los árboles, algún alfilerazo y el suelo mojado. Y desde allí se oía la orquesta. Yo no podía más. No veía las luces, ni las parejas, pero oíría la música. Así que allí que me estuve todo el tiempo mientras oía la música y seguía lloviendo. Te juro que me acuerdo de todas las canciones, una a una, de todo el repertorio. Y del cantante saludando y haciendo dedicatorias entre canción y canción. Cuando parecía que se iba a acabar la música, me levanté y volví al pueblo. Seguía lloviendo. Llovía y llovía, te lo puedo jurar, Fernandito, como te juro que el mismo que me ha dado tantas desgracias también me ha dado aguante para soportarlas. Porque llegué a casa, escondí el vestido mojado y me metí en la cama. A la mañana siguiente estaba malísima. Estuve unos días... Vino el médico y vinieron mis amigas de visita. A mí me parecía que, como ya estaba enferma, preferían no contarme nada de la fiesta. Eso pensaba yo. Pero cuando al cabo de los días estaba mejor y a solas con mi amiga más amiga, le conté lo que había pasado. Y conforme se lo contaba, ella me iba mirando como si ya estuviera muerta. Así que le pregunté que qué pasaba que me miraba así. Y ella me contesta: “Tú has estado muy mal, Florita, hija. No hubo fiesta ninguna. La suspendieron por la lluvia. No hubo nada. La tormenta no dejó...”. Era tan rara la cara con la que me miraba mi amiga y yo estaba tan asustada que preferí no decir nada más. “No sigas por ahí, tontucia, que te van a tomar por loca”. Así que cuando ya estaba buena acabé por creerme de verdad que lo había soñado todo. Entonces llegaron las fiestas del pueblo. Vino la misma orquesta que iba a todos los pueblos. Y empezó el baile. Te juro, Fernando, que eran las mismas canciones que yo había escuchado en los Pinos del Duque, una detrás de otra, en el mismo orden. En ésas que un chico muy guapo, así de guapo como tú, me saca a bailar. Mientras bailábamos, le iba diciendo la canción que la orquesta tocaría después y siempre acertaba. El chico estaba asustado, de verdad te lo digo. Bueno, asustado... Me dijo que de alguien tan bruja como yo era mejor no separarse. Cuando te pasa esto, lo mejor es no separarse nunca más».



—¿Era papá? —pregunté embozado en la cama. La historia me había conmovido. Y las historias, ya he dicho, no abundaban. Pero la respuesta a mi pregunta fue contundente.

—¡Como alguna vez, holgazán, me hagas tú una de éstas te estrangulo con estas manos! —y me enseña las manos—. Porque la culpa de todo la tiene la noche aquella y la puta lluvia y la puta fiebre. Hala, duerme, que tienes que levantarte pronto y estudiar como una fiera.

Ahora, dígame el Lector: ¿le contaría esta historia a un niño? ¿Es cabal esta pedagogía? Y después del cuento, ¿qué aprendí? Que debía curarme. Que ella sufría por eso. Y que no tenía que dejarme impresionar por su dolor. Así que hice un esfuerzo por olvidar la historia de la fiebre. Pero la historia volvió, como vuelven siempre, para enseñarme rebeldía y argucias fabuladoras allí en el paseo, junto al puerto, aquella mañana del Watusi. Por eso supe.

Supe que había dejado solo a Pepito. Él tenía una misión. La había compartido conmigo. Yo me dejaba llevar bajo la lluvia. Él se adentraba en un mundo destructivo. Yo no quería. Él se atrevía. Yo nunca me he atrevido.

Nunca me he atrevido, Lector.

Siempre me he dejado dominar por una sensación de desapego que a un tiempo me salva y me aleja de los demás. Es lo que siempre ha sucedido. Pese a muescas intempestivas de placer y dolor, que se han ido grabando en alguna parte de mi biografía, la indiferencia verdadera me ha acompañado toda la vida. No he querido. No me he preocupado. No he sido. O he sido todos y ninguno. Conmovido al cabo del tiempo, sí, pero indiferente a los otros cuando era necesario, cuando les hacía falta. Ahora, mientras escribo esto, desfilan todos ante mí, dan vueltas a mi alrededor diciendo: «No nos quisiste lo suficiente». «No nos odiaste con verdadera rabia». «Nos dejaste morir». «Has sido y no has sido». Lector, esto es en verdad un cuento en tercera persona, contado por nadie, por ninguno. He sido ninguno y aquel mediodía buscaba a mi otro ninguno. El que mataba y bailaba. El que arrancaba la vida de jovencitas y les mordía el pecho y las descalabraba. El que vio montañas de cabezas. El que no dejaba de bailar y de follar y de comer hasta que se volvía loco. El que asustaba. El que sacaba a la gente fuera de sí. Todos los que pasaban por mi lado se encargaban de decírmelo. «¿Dónde estará? ¿Qué hará? Te salvará». Me decían que pensara en él, que fuera él, que me atreviera.

Quería tumbarme en el bosque, bajo la lluvia. Y recordar luego las canciones una por una. Y no tener miedo... Dejemos el miedo. Ya habrá tiempo de hablar del miedo.

Al seguir el curso de mi pensamiento, el paisaje se transformó como si hubiera salido el sol, y el brillo del agua en lo metálico, en lo negro, me confundió aún más. Y todos salieron a la calle, me seguían hablando, me impulsaban, me arrebataban. A

mi espalda, la gente aprendía a reír. Me volvieron a hablar:

—¡Cobarde!

Esta vez reconocí la voz. Me volví para enfrentarme con una especie de boya cubierta de algas, las greñas del Yeyé. Estaba empapado y del interior de su bota ortopédica salía a cada paso un chorro de agua. Las risas eran de transeúntes que volvían a poblar la calle y le miraban y encontraban en el gitano cojo un gnomo de lo más divertido. El sol volvía a salir tímidamente.

—Escucha, cobarde. Por fin he podido hablar con el Superman de hombre a hombre. Se ve que le cortaba que estuvieras tú. A mí me conocía y como el tío se ve que está vigilado y muy tenso ha montado todo ese número. Está acostumbrado a montar números, de cuando rapta. ¿Ves cómo raptaba? Y no es el único. El Rasputín de Pueblo Seco también pillaba en eso. Y la banda del Sopla-gaitas, que son de por aquí y muy maricones. Cuando yo te diga algo, tú créetelo... ¿De qué te ríes?

—Es que estás empapado...

—A ver... Si llueve, uno se moja.

Tenía razón. La lluvia que caía sobre él era de mayor intensidad que la mía. No se daba cuenta de que lo había podido ver en el agua a través de la claraboya. Estaba seguro de que si le preguntaba, su contestación sería que en ese momento le apetecía bucear. Tenía ganas de seguir hablando. Le dejó:

—El Superman me ha contado que el Watusi ronda por este barrio. Come en cualquier parte y luego se pasa la tarde en los bares.

—Yo tengo hambre...

—Calla un poco... Nos quedamos por aquí, comemos algo y luego le vamos a buscar. Miramos en los bares cerca de la playa. Sin preguntar. No vaya a ser que me vuelvas a meter en un problema. Yo al Superman lo conocía, pero a otros... Ya ver... Ahora, atento...

El Lector ya conoce ese ganar tiempo entre murmullos del que inventa una mentira. Así Pepito, que miraba al cielo, me comunicaba que había dejado de llover y decía:

—El pasaje de la Galera...

—¿Qué es eso?

Pepito me susurró al oído:

—Donde vive el Watusi...

Estaba harto.

—Déjame un duro que me vuelvo a casa.

—No lo tengo. He invitado al Superman a algo, ya sabes...

—Es que no quiero encontrarme con el Watusi. Es que no quiero que me metas en más líos. Estoy harto. Tengo que estar en mi casa. Tú lo ves todo como un juego... Esta mañana han hablado contigo, te han sollado y ya está...

—¿Que ya está? Van a hacer una injusticia. Una cabronada.

—¿Y a mí qué me importa?

—Tú mucho jefe indio, pero nada...

—¿Y tú qué? A ver, ¿qué son las W?

—Luego te lo cuento.

—Mentira. ¿Quién es la Cupé? ¿Una puta?

Recibí un puñetazo sin más fuerza que sus verdades. Y en mi caso, saber de pronto que existía alguien a quien podía superar, hacía aflorar una taimada crueldad.

—No le pegues al cojito —decía algún viandante.

—Es el que ha empezado. Es un gitano —se oía.

—¿Quién es la Cupé? ¿Por qué estás buscando al Watusi? —preguntaba yo, enloquecido.

Se ovilló en el suelo sin hacer el menor movimiento, sin emitir una queja. Le di por imposible y eché a andar de vuelta al barrio. El paseo se había llenado de gente que me miraba. ¿Qué veían en el rostro de un niño de trece años? La cara de Julia muerta y su cabeza ensangrentada, el rostro como dormido. No había ningún derecho a que yo la hubiera visto y ahora ellos la vieran en mí. Empecé a borrar el escenario, las voces, que el tonto del Yeyé había dibujado, coloreado, llenado de gestos, acciones y mentiras en mi falta de imaginación, que había pasado a ser un trasunto de la suya. Pero también sentí, hasta la náusea, el hedor del vertedero y del tedio en lo más hondo de la nariz. Y oí un apresurado taconeo. Y escuché otra voz:

—Hombre, ¡tú por aquí! —exclamó Pepito.

Era invencible.

—Tengo hambre. Y a las siete me vuelvo a casa —sentencié.

—Qué sabrás tú del hambre, pringaete...

Levanté una mano.

—Me vuelves a llamar «pringaete» y te enteras. Y no te metas con mi medalla.

—Miedo me das, Barrabás. ¿Quieres comer? Pues comeremos. De eso me encargo yo. ¿Te he dicho yo alguna vez una mentira? Ya verás que por aquí...

Pepito señalaba una calle repoblada de viandantes. Al fondo, una plaza. Los vecinos salían a los balcones, extendían la palma de la mano. Un camarero limpiaba sillas metálicas en una gran terraza. Sospeché. Pregunté:

—¿Habrás que robar?

—Pues sí. Pero poco. Mucho más fácil que los coches. O sea, que para ti, tirado.

Instruido en la teoría estratégica, me sentí atemorizado por la práctica. Primero dimos un paseo por el campo de operaciones. Una calle repleta de restaurantes de toda categoría. En la puerta de muchos establecimientos, histriones con camisa y mandil blancos, animaban a los transeúntes a entrar en su local. Pollos asándose, acuarios donde malvivían crustáceos, caras satisfechas y rubicundas de comilones

madrugadores saludando y felicitando al portero-camarero-animador. El aroma de los hervores salía a la calle por las bocas de ventilación junto a las voces rituales de los cocineros. En un lugar, próximo a la esquina que daba al paseo marítimo, un bigotudo bien alimentado ensalzaba las virtudes de la paella; a su lado, sobre una mesita, preferible una imagen a un torrente de elogios, la paella recién cocinada y una botella de vino que haría su consumición más gustosa y digestiva. Pues bueno. Por el flanco izquierdo del animador gastronómico, y a la velocidad del ciclón, aparecí con zancada irresistible, me llevé el vino que acompañaba a la paella y desaparecí en un laberinto de callejuelas. El orondo voceador, superándose a sí mismo en su volumen oral, me siguió durante más trecho y con velocidad mayor de los que nunca hubiese imaginado. Encima tuve que esquivar a varios paseantes ansiosos de mostrar cultura cívica o de interceptar a un pobre chaval con una botella de vino; los cabrones ya se deleitaban en la escena de un bestia acabando conmigo. Cuando se fueron apagando los insultos, los «¡al ladrón!» y otras llamadas de escándalo, me acerqué hasta la prevista escollera. Pepito, con la paella cubierta por una hoja de periódico, cojeaba entre los bloques de piedra y repartía su esfuerzo entre mantener el equilibrio y evitar que el aire no se llevase la hoja con que protegía nuestro almuerzo. Enseguida le di alcance:

—Joder, sí que has tardado... Y lo mío ha sido mucho más difícil, no sé si lo sabes... Tuve que cogerla entre que el tío salió zumbando detrás de ti y que salieran los camarutas de adentro. Que el que iba a por ti era gordo, pero los míos corrían que no veas. Mira si he corrido, que me he secado con la carrera... —Era verdad—. Suerte que yo, tío, cuando quiero puedo hacerme invisible. Soy de los que pueden. Cuando quiero soy invisible y rápido como el viento. No como ese media hostia del Superman que se jiña en cuanto le tocas la espalda.

Junto a nosotros, las olas, una igual a otra.

—Lo de los palos de polo ha sido buena idea. No me digas que no. Vale que estén usados, pero no voy a traerle al niño plata fina, joder. Es que eres...

Comíamos. El arroz ganado con sudor calmaba el ansia de estómagos vacíos, mientras el vino, del que no tenía costumbre, disipaba la sensación de peligro. Pensábamos sin decirlo, y los dos lo sabíamos, en el detonante de esa jornada incierta. Yo veía una y otra vez la imagen de Julia con los muelles del somier marcados en la espalda. Ella era la víctima. A ella no la veríamos más. Y pensaba en los sospechosos. El invisible Watusi y en Dora, la amiga de la víctima, silenciosa en el velatorio, llena de aparente dolor y deladoras manchas de hormigón en las sandalias. ¡Cómo me gustaba esa chica cruel! Y por eso, por lógica y por la diplomacia que imponía el barrio, el sospechoso principal aún era el Watusi. Y aunque hubiera uno o dos sospechosos, varios asesinos, lo que fuera, sólo había una muerta. Julia ya no se contonearía nunca más, y nunca más iba a despedir ese almizcle cuando caminaba arrogante, asfixiada en su apuro, en su falta de costumbre a la abundancia de un nuevo cuerpo.

—¿Te imaginas ser un gusano y enterarte de que entierran a alguien cerca? —me preguntó Pepito, inalterable en su delirio, pero acercándose al asunto que tratábamos de guardar.

—¿Cómo «cerca»...? —pregunté.

—Pues eso... Escuchas la pala, pero por dentro, y, hala, comida para lo menos, yo qué sé, veinte años o lo que vivas si eres gusano. Es como si te toca la lotería.

Rematé la botella y la arrojé al mar. Estudié el proceso de inmersión, el primer devaneo con el agua, la inexorable verticalidad.

—¿Cuándo crees que la enterrarán? —pregunté.

—Cuando llegue Celso. Mañana o así. O pasado. Y depende de los que tengan que enterrar. Que no va a ser Julia la única si se ponen farrucos con el que te dije. Y las explicaciones... No es sencilla la cosa.

La botella había desaparecido en el mar ondulante. Una ola idéntica a otra.

—¿Te imaginas no ver nada nunca más? —pregunté a medio bocado.

—Ya sé qué quieres decir, ya...

—Ni comer nunca más. Así, toma... Mi padre un día estaba trabajando en la obra, tropezó, se cayó y, ¡pamba!, adiós. Ni me acuerdo de él. Saber la cara que tenía, eso sí, pero qué va...

—Ya ves...

—Tenemos una foto en casa. Pero así, en movimiento, no me acuerdo ni por el forro. El día que se fue a trabajar y darle un abrazo así como a un árbol, o a la caña de pescar, que me imagino a veces. Pero a lo mejor no era el día que se iba a trabajar y

se murió, sino otro. O no era mi padre, a lo mejor era de verdad un árbol o la caña de pescar... Y mi madre tampoco habla de él... —Ahora la locuacidad se cebaba en mí. Era ese vino...—: Bueno, una vez se puso a llorar... Llorar, lo que se dice llorar, está llorando siempre, es una llorona. Pero llora, así, en general. Pero una vez lloró por una cosa nada más. Se ve que se encontró no sé dónde un abrelatas de esos de llave. ¿Te lo crees? Me acerca el abrelatas hasta las narices y me empieza a decir: «Fíjate si le gustaban las anchoas que se compró su llavecita y todo...». Y venga, venga, lloro...

—Qué pocas cosas son las cosas. —Pepito revolvía el arroz con parsimonia—: ¡Coño! ¡Una gamba!

En una pendiente de nuestra oscilante conversación, nos empujábamos, hombro con hombro, en la lucha por el crustáceo.

—¡Es mía! —protesté—: ¿Es que no te ha dado pena lo que te he contado?

—Casi me asfixio de lo triste. —Pepito era capaz del sarcasmo—. ¿Dónde se ha metido la puta gamba? Tú, hace un rato, bien callado que estabas y te has jalado cuatro. Y había seis...

—¡Y un huevo español!

—Cuidado, no grites... —Pepito, con el palo en los labios, empezó a susurrar y a mirar en todas direcciones.

—¿Estoy gritando? —pregunté, mientras yo también miraba aquí y allí.

—Del cebollón que te ha dado el vino. —Pepito, con la gamba en la boca, trazaba misteriosas circunferencias con la mirada—: Este sitio...

—¿Qué le pasa a este sitio?

Pepito, resuelto a darle al palo todos los usos posibles, trazó un rectángulo en la arena con la minuciosidad excesiva de un analfabeto.

—De aquí... —señaló el vértice inferior izquierdo— somos nosotros, más o menos...: Casa Valero, Casa Antúnez, Ciudad Sin Ley, las Casitas, qué te voy a decir... Somos gente peligrosa. La basca se caga sólo vernos y sale corriendo a toda hostia...

Me miró como si esa mañana hubiéramos verificado el indiscutible axioma una y otra vez.

—¿Sabes que al Watusi le dijeron de ser jefe de los de Ciudad Sin Ley? Primero de la banda de los pequeños y luego de los grandes. Sigilo con eso, compadre... Pero él no quiso, y no quiere. Él ha ido siempre a su aire.

—¿Y tú por qué no estás en ninguna banda de ésas?

—Porque también voy a mi aire. Soy un solitario. Soy «el forastero».

Temí que Pepito no conociera el significado de la palabra «forastero»; sin embargo, oí el sonido de un arpa de boca a lo lejos y el relincho de un caballo fiel. Y enseguida deduje que el caballo fiel era yo. Un solitario. Un forastero. Sí, no le

faltaba razón: ésa era la conclusión óptima que uno extraía de las relaciones de Pepito con el resto de la sociedad.

—Serás un solitario, pero bien que quieres que te acompañe. ¿Te has creído que soy tu caballo o qué?

—¿Caballo? ¿A cuento de qué sales ahora con un caballo? Pero tú... A ti lo que te pasa es que estás borracho.

—Qué va, qué va... —repuse a los dos Pepitos siameses que se inclinaban a ambos costados para regresar enseguida a la formación algo borrosa de un solo Pepito solitario y forastero.

—¿Me atiendes o no?

El palo de Pepito empezó a trazar aspas por la geografía que imaginaba el rectángulo.

—En la ciudad hay otras bandas. Reina Amalia y Fleming, en el Chino —aspa—, la del Botas y la del Surti, en Pueblo Seco —aspa, aspa—... Por aquí no hay nada, son todos unos pringados... —Y trazó un círculo en el centro del rectángulo—. Luego, los del Carmelo y Torre Baró —aspa en el confín superior derecho—, gente chungu si se la pilla en mal momento. Los del Campo de la Bota son los peores: escupen mucho, atizan por nada y comen paloma. Las fríen y luego se las comen.

—Ahí va...

—Pero aquí... —aspas contiguas, frenéticas, trazadas en el lado inferior del rectángulo volvían a Pepito una mala copia de un espadachín—... sólo está la banda del Soplaitas, que es una especie de maricón.

Un repentino atardecer clausuró las meditaciones de Pepito y nos asombró a los dos. No era una aceleración en el curso de la jornada lo que nos cubría, sino cinco sombras. Unos cuantos bloques de piedra más arriba, los personajes que oscurecían nuestro banquete se metían las manos en los bolsillos muy despacio. Uno de ellos, con una larga melena, una línea negra en las pestañas y camisa y pantalones de colores imposibles en la naturaleza, se presentó ante nosotros en un par de ágiles saltos. Adelantó una pierna hasta el espacio que me separaba de Pepito, volcó en ella el peso de su cuerpo y se echó el pelo hacia atrás, la boca de labio leporino dibujando un rictus truculento que pugnaba por ser sarcástico. Miró a mi compañero de aventuras. En cuanto a mí, los efectos del vino aún hacían que encontrara cierta gracia a la situación.

—¿Sabes quién soy? —preguntó la máscara.

—Ni idea —contestó un valeroso Pepito.

—Jeff. Sólo Jeff —informó el monstruo.

—Pues qué bien... —manifestó Pepito, aunque el semblante ya no podía disimular más que preocupación desbordada.

—Algún hijo de puta va por ahí llamándome otra cosa. Está en la piscina,

haciéndonos la competencia. Quitándome el pan de la boca. Pero un pajarito me ha contado que hoy se ha tenido que ir, porque han venido dos mierdecillas a contarle algo. Y otro pajarito me ha dicho que los dos mierdecillas seguían por aquí, molestando. Y otro pajarito más me ha dicho que han mangado una paella en mi barrio, nada menos. Y otro pajarito me dice aquí en la oreja —se señaló la parte de la melena bajo la que se ocultaba un pabellón auditivo tan sucio como todo lo demás— ... que están en «los cubos» como quien está en su casa, llamándome lo que no hay que llamarme sin respeto ninguno. Los pajaritos son muy amigos de Jeff...

Escuché unas risitas a mi espalda. Volví la cabeza hacia ellas y también me reí. ¿Por qué no? ¡Era verano! Como respuesta a la imaginaria mano que les tendía, aquellas bocas se cerraron unánimes y los ojos empezaron a lanzar un haz continuo de gran odio. Vaya personal... Pero ni yo, ni el vino que llevaba en el cuerpo, íbamos a dar nuestro brazo a torcer.

—¿Y qué es lo que te llaman? —pregunté.

Fue ver a Pepito volver la cabeza en mi dirección con expresión de pánico y enseguida el fogonazo. A lo largo del tiempo he echado la culpa de ciertas molestias cervicales a ese tremendo bofetón, que me descompuso la columna cuando aún era tierna y se ensanchaba. El azul del cielo y la confusión. Tumbado como me había dejado el tal Jeff, la mejilla palpitante, no pude agradecer en ese momento que Pepito se levantara como un rayo, adelantase un dedo índice y protestara:

—Cuidado, que somos de Ciudad Sin Ley.

Enseguida Pepito me acompañó en el suelo arenoso, nueva víctima de la potente volea de Jeff, las dos piernas suspendidas por un momento en el aire. Cayeron por fin las piernas y estalló la carcajada general. La muchachada empezó a hacer planes. Al parecer, habíamos rescatado a aquellos salvajes del tedio. Mientras nos arrastraban por el rompeolas, deduje que ésa no podía ser otra que la banda del Soplagaitas, y el tal Jeff, Soplagaitas en persona. Nuestros guardas, jubilosos, coreaban:

—Vamos a meterles —aquí una pausa— un hierro por el culo.

Y las olas seguían una igual a otra, mientras empezaba a llover de nuevo.



Fuimos conducidos a patadas, pellizcos y capones hasta un tinglado del puerto viejo, distancia infinita para el que aguanta un suplicio de tal magnitud. Pepito y yo obviábamos la mutua comunicación, atentos como estábamos a esquivar los azotes que nos infligía esa tribu fiera, la del Soplagaítas.

Abrieron la persiana del tinglado y se hizo la oscuridad. Después del empujón, la vida se cerró a nuestra espalda con gemido metálico, y una bombilla desnuda, al encenderse, volvió espectral el ámbito marineramente. Barcas en reparación, enseres de pesca, botes de pintura, redes y un turista doliente, atado y amordazado a un mástil, se percibían en el carrusel de sombras, de alientos ansiosos y olores mareantes. Hice una rápida suposición: los dueños del tinglado estaban de vacaciones y, durante el interludio, la banda del Soplagaítas utilizaba el ámbito para sus maldades. Me sentí perdido y muy asustado, mientras me ataban con un cable a Pepito, estómago contra estómago. El extranjero nos solicitaba con la mirada el auxilio que no podíamos darle. Pepito, su aroma corporal de cañería pegado a mí, me susurró un «¿Lo ves?». El Soplagaítas raptaba gente. Era verdad. Pero de poco me servía conceder razones mientras nos cacheaba el renombrado «Jeff». De mis bolsillos extrajo diez céntimos, un anzuelo, una bola-loca y un cromó de Alfonseda, jugador del Fútbol Club Barcelona.

—Los de Ciudad Sin Ley... —masculló.

De un tirón se hizo con mi cadena de jefe indio.

—¡Eh, es un jefe indio! —dijo, animado, el ladrón del objeto que yo más amaba en esta vida—. Un jefe para Jeff.

Todos éramos niños entonces.

Soplagaítas me miró y mostró los dientes por el lado abierto de su boca deformada:

—Mañana vienes aquí y te lo devuelvo.

Todos rieron. Éramos niños, pero alguno mal nacido.

—¿A que soy gracioso? —me preguntó Soplagaítas.

—Mucho —contesté, y la chusma del Soplagaítas encontró divertida mi evaluación.

—Trae la barra —dijo Jeff, mientras sus manos rondaban los pantalones de Pepito.

—¿La caliente en el hornillo? —preguntó una voz guasona que no podía identificar, ya que los nerviosos movimientos de Pepito y su dificultad para mantener el equilibrio, nos obligaba, uno frente al otro como estábamos, a girar sin pausa sobre nuestro eje. A mí me había tocado la contemplación de la húmeda pared comida de salitre, estantes llenos de botes de pintura y las sombras, siempre las sombras, bailando. Y en la vuelta siguiente los lados iluminados de las figuras eran ojos

maniácos y manos nerviosas palmeándose el muslo. Una botella sin etiqueta con un líquido transparente iba de la luz a la oscuridad, aparecía y desaparecía de la mano a la boca y a otra mano. Rugían al tragar el líquido y... a mí me tocaba ver otra vez los estantes y las sombras alargadas.

Ante lo extremo de la situación, Pepito no tardó en mencionar lo que temía que mencionara:

—Tío, Jeff, en serio te lo digo... Mejor que pares que conozco al Watusi.

—¿A quién?

—Al Watusi.

La mano golpeadora de Soplaitas era insaciable; aunque esta vez fue Pepito quien monopolizó las atenciones del cabecilla portuario.

Escuché, y Pepito también, porque le notaba temblar, el sonido de una barra de hierro deslizándose chirriante por un suelo de superficie desigual, y el «joder, joder, joder...» de mi compañero como una letanía. En uno de mis giros, vi por un momento la mirada asustada del turista preso y quise entender que me compadecía. Alguien empezó a desabrocharme los pantalones. A nuestro alrededor seguía el ulular de la mórbida risa.

Pepito, siempre dispuesto a convencer de que no había dolor ni ofensa que alcanzase la cumbre que dominaban él y su fantasía, empezó a entonar el sonido del bajo de la canción del Watusi para amortiguar los quebrantos del inminente suplicio. La música le permitiría la fuga de la situación hasta parajes indescifrables. Las emisiones de su boca salpicaban mi mejilla.

—Tío, Jeff, espera, espérate... —alertó de pronto una voz.

—¿Qué pasa?

—Es la canción del Watusi. Mi hermano la conoce.

El hermano de la voz, convertida al giro siguiente en un escuálido y granujiento fumador, parecía que arrastraba también su leyenda, porque un gordo de varios metros preguntó:

—¿Tu hermano?

—Cuando el mierda ese ha empezado con que lo conocía, no he dicho nada, porque es mucho conocer. Es como si yo te digo ahora que conozco a uno que sale en las películas. Pero si se sabe la canción... Eso es otra cosa. Esa canción es como un secreto. Sólo se la pueden saber los que alguna vez han conocido al Watusi. Eso, fijo. Y mi hermano la canta, bueno, la cantaba, siempre. Porque ahora ya ni canta, ni habla, ni nada. El Watusi estuvo con él en los asuntos hasta el Lío Grande de la Playa. El Watusi fue el que lo paró todo en el Lío. Mi hermano no supo más del Watusi. Bueno, que enseguida del Lío se largó. Y volvió a venir y se volvió a largar, a América o así, y ahora parece que ha vuelto.

Pepito volvió a susurrarme: «¿Lo ves?».

—Nunca le ha pillado nadie. Ni la pasma, ni nadie. Mi hermano entra que te sale que te entra de la talega, que ya le meten hasta por la Gandula y cada vez le meten más, que es un muerto en vida, pobre, con lo que ha sido. Pero al Watusi ni lo huelen. Baila como una peonza y te mata porque sí. Es un queli.

—No, si ya... —mentía Soplaitas, la mano sujetando la barra como un sable, mientras parecía sentirse ridículo que existiera alguien en algún lugar que suscitase mayor atención que su capricho sádico. Nos miraba a todos de reojo. A mí incluido. Pepito se mordía los labios para aguantar el dolor y repetía: «¿Lo ves?».

El súbito narrador, después de beber un trago, emitió el rugido habitual y se dispuso a seguir con su historia:

—Después del Lío ya no se volvieron a ver. Allí, en la playa, por esas cosas que pasan, a cada uno le tocó en un lado distinto. Pero antes habían tenido cosas juntos. Negocios con marinos. Pero, aunque el Watusi hizo lo que hizo el día del Lío Grande, mi hermano le seguía teniendo ley. Siempre me decía que lo que había hecho en el Lío no era cosa propia de hacerla el Watusi. Cuando andaban juntos, me decía, era otra persona. El tío no se achantaba, ni se acobardaba si había jaleo, pero no era cosa que saliera de él. Entre las hostias y un buen polvo se quedaba con el polvo. Antes que la maraña, se iba a bailar. El tío se moría de gusto bailando. Siempre estaba hablando de cosas raras y mi hermano me decía que no entendía de la misa la media, pero que al tío se le veía contento siempre. Hablaba del agua, mucho, y de las cosas que iban de una cabeza a otra haciendo a la gente igual, pero diferente. De rollos así, de grifota... Eso sí, mi hermano me lo decía bien claro, cuando había que hacer las cosas, el Watusi las hacía. No se rajaba. Cuando lo conoció mi hermano, al Watusi ya le llamaban Watusi y le cantaba la canción. Y mi hermano me la cantaba a mí. Por eso la he conocido. Al Watusi se la enseñó un marino americano, pero que hablaba español. ¿Queréis saber qué hacían?

El silencio era una respuesta afirmativa. El Soplaitas, resignado a no ser el centro de atención, dejó caer la barra en el suelo a modo de queja (un escalofrío de Pepito) y encendió un cigarro. Su rostro daba a entender que luego iba a ensañarse en privado con el cronista. De momento, sabía que no era diplomático entorpecer la senda de curiosidad por donde transitaban sus secuaces.

—Los tíos esperaban a los marinos de los barcos americanos. Se ve que antes los marinos venían ya puestos, o no se sabían el mosqueo, porque caían a cuatro patas. No es como ahora, como los de ayer, que vienen con sus peemes y con la pestañí nuestra vigilando todo el rato. En aquel tiempo, mi hermano, el Watusi y alguno más, el Cate, me parece que iba también, les entraban y les decían que si querían tías buenas y baratas. Entonces a lo mejor se tomaban unos vinos con ellos, o les conseguían grifa, y después cuando ya los tenían bien puestos, los llevaban a un descampado y les daban el palo. Y nunca les pasaba nada porque había un pasma que

lo tapaba todo. Le dejaban un billete o dos al inspector y ya se podían volver los americanos por donde habían venido. Pero, claro, no te puedes fiar de la pasma nunca, porque igual está contigo como que te trinca y no te conoce de nada para no arriesgarse. Y si pías de alguna historia con alguno, vas listo. Ahí tienes a mi hermano, que se encaró con uno diciéndole que eran iguales el uno que el otro porque hacían lo mismo. ¡Y lo que dijo! Cuando está fuera, el pobre, nada más verlo, se lo llevan por delante aunque sólo sea para repararle un poco las costillas... Después del Lío Grande las historias guapas se acabaron.

—¿Y qué hizo el Papusi ese de nuevo? Yo ayer mismo anduve con varios marinos. —El velo del pasado oscurecía el prestigio de Soplaitas. Se le notaba la envidia.

—Pero lo tuyo es distinto. Tú... —El granujiento miró a Jeff, el Soplaitas, y desvió con prudencia el hilo de su discurso—: Ellos no hacían nada con los marinos. Les sirlaban y a otra cosa. Aunque, y ahí viene la historia del Watusi, si los tíos hablaban español y les caían bien, seguían de marcha con ellos y hasta se iban de putas con ellos también. No a donde iba todo el mogollón, sino a sitios mejores. Y a cambio, los otros les regalaban discos, mecheros, tabaco, vaqueros... Buah, de todo... Y también les enseñaban las modas de allí, los bailes... Por eso en esta ciudad se baila así, que vienen algunos negros y dicen: «¡Ahí va, la hostia, si bailan como nosotros!». Y antes de que mi hermano entrara en la historia, mucho antes, se ve que hubo uno de esos marinos que le enseñó al Watusi la canción del Watusi y ya todos le llamaron Watusi. Por eso mi hermano le tenía ley al Watusi, porque aprovechaba cualquier cosa que hubiera para aprender, para ligar historias y metérselas adentro como si ya fueran suyas. Tenía coco, el tío, y alegría. Se aprendía todas las canciones. Parecía una máquina de discos. Hasta el Lío Grande. Nadie sabe qué pasó con él en el Lío Grande. Pero ahí cambió todo. A la mayoría los trincaron. Otros se fueron. Como el Watusi, mismamente. Luego volvió. Y se fue otra vez. Ahora dicen que está por aquí. Mierda...

El hermano del que conoció al Watusi en la Edad de Oro había terminado su relato y la botella. Blasfemó por persona interpuesta: todos entendimos que su hermano no se encontraba ni con la moral elevada, ni en una posición social óptima. Después, el granujiento orador echó el brazo hacia atrás y lanzó el envase al extranjero. La botella se hizo añicos contra el mástil. El extranjero empezó a gimotear.

—¡Cállate, tú! —ordenó el Soplaitas a la víctima—: ¿Y qué? ¿Para qué leches me cuentas la tontería esa?

—Porque si el Watusi está por aquí y esos dicen que le conocen, y yo creo que le conocen... Tú verás...

—¿Pero tú te crees las tonterías que te cuenta tu hermano? ¡Si tu hermano sólo ha

pillado gallinas y algún monedero! ¡Si entra que te entra en la talega por la Gandula, que no sabe más que picar la sema! ¿Pero cómo va a estar en el Lío de la Playa, en el Grande, además, si es un tapón?

En ese momento, se abrió la persiana. Deslumbrados por la repentina luz, todos los que estábamos allí dentro nos estremecimos. La banda del Soplagaitas adoptó una posición defensiva, una mano en la frente haciendo visera, y la otra buscando navajas y objetos de contundencia desigual, hasta que les fue permitido, no sólo perfilar, sino discernir, a un enano con barba.

—¿Por qué dices lo de tapón? Yo no soy muy alto y también estuve en el Lío Grande.

Pepito y yo, muy coordinados ya en nuestra condición de siameses, dimos una serie de giros para averiguar la identidad del enano. Con tanta vuelta se nos acabaron de caer los pantalones, y ya no he dejado de soñar desde entonces que camino así por la calle. Pepito, el enterado, no tardó en informar:

—Joder, el Topoyiyo. —Y valorar la situación—: ¡Estamos salvados!

El sujeto fumaba y recorría de un lado al otro, muy despacio, el umbral del tinglado. Se dirigió al muchacho granujiento que nos acababa de contar por qué llamaban Watusi al Watusi:

—Por el parecido, tu hermano debe de ser el Galleta.

—El Galleta Grande. Yo soy el Galleta Pequeño.

—Pues porque me acuerdo de tu hermano te puedes ir de najita volando ya mismo.

Las palabras del llamado Topoyiyo causaron estupor entre las huestes del Soplagaitas, que miraron a su jefe en espera de una orden de ataque. Entretanto, el Topoyiyo se acercó al que había contado la historia y atendía por Galleta Pequeño:

—¡Que te largues! —le gritó a un palmo de la cara.

El hasta hace nada talentoso narrador no se lo pensó dos veces antes de emprender una veloz carrera. Se hizo un silencio perturbado sólo por un gemido continuo del extranjero, mientras aquéllos se estudiaban. También se podía oír con nitidez cómo, en el mundo exterior, el Galleta Pequeño extraía el máximo partido de sus piernas. Y ya estaría lejos.

—Pero vamos a ver... —Soplagaitas asumió el liderazgo que suplicaba la mirada indecisa de sus seguidores—: ¿Es que nos vamos a dejar abucharar por este enano?

Y el Soplagaitas no dijo nada más. Golpes, quejidos, borbotones de espuma, pupilas extraviadas, súplicas y repentinas carreras comentadas por un Pepito henchido de orgullo:

—Se nota que es de donde es. El Topoyiyo, lo que yo te diga... —Y seguía—: ¿Por qué habrá cogido ese gancho? —Y se escuchaba el aullido—: ¡Ah! Ya veo. Bien pensado... ¡Vaya hostia! ¡Qué daño debe de hacer eso! —Y continuaba—: ¡Venga!

¡Muérdele un ojo!

—Oye... —condenado a contemplar la pared, un diente, una navaja, un remo y mi cadena de jefe indio arrojados del epicentro de la pelea por la fuerza centrífuga, me dio por la reflexión—: ¿Y qué hace aquí ése?

—Nos debe de haber seguido. Cristalino...

—Pues si nos ha estado siguiendo, ya ves tú...

Pepito se volvió para darme una respuesta y dejó el panorama ante mi vista. La banda del Soplaitas había sido expulsada del tinglado y sólo unas cuantas salpicaduras de sangre en cascos de embarcación y una camisa desgarrada daban fe de su existencia.

El Topoyiyo, jadeante, empezó a desatarnos, el guiri a emitir esperanzadas súplicas y Pepito a compadrear:

—La verdad es que casi no hacía falta que vinieras, Topoyiyo...

—Como me vuelvas a llamar Topoyiyo te arranco la cabeza.

—Lo que tú digas... Pero ya ves, la situación estaba dominada. Es que nos han pillado por sorpresa.

—Calla y súbete el pantalón, Cassius Clay. Joder, una botella... —El Topoyiyo había descubierto una botella sin etiqueta. Haciendo caso omiso de Pepito, que le informaba de que había muchas más, se fue hasta la persiana, la cerró y se sentó en una banqueta. Con un largo suspiro puso de manifiesto su cansancio—: ¡Vaya día! Y vosotros, de momento, ya podéis darme las gracias, que ese Soplaitas dicen que es muy malo. Menos mal que un pajarito me ha dicho que otro pajarito le había contado que andaban detrás de los críos que habían estado hablando con el Superman. Y otro pájaro me ha contado a lo que se dedican los del Soplaitas y lo que se aburren. Ay, qué gorriones estáis hechos...

A esas alturas, podía escribir un tratado de ornitología.

—No sé por qué os he desatado. Os tendría que haber llevado a ver a doña Pilar así mismo como estabais.

Pepito y yo nos miramos. Pepito tuvo que hablar:

—Nos has estado siguiendo, ¿a que sí?

Me sorprendía que aún no hubiera interpretado las palabras del pequeño matón, o que se limitase a ignorarlas. Me asustaba mucho ese jugar al despiste, y más viniendo de la inestabilidad mental de Pepito. Tomé asiento en el mismo suelo, mientras buscaba con la vista mi cadena de jefe indio. La encontré. Yo a mi indio le llamaba Sierracharriba por una de las películas que había visto. ¿Importa eso? No. Me colgué del cuello a Sierracharriba entre temblores de las manos.

—Dile a tu amigo que cierre de una puta vez la boca, que el castañeteo de los dientes me pone malo —le ordenó el Topoyiyo a Pepito. Cerré la boca. El Topoyiyo cambió de asunto—: ¿Cómo cojones os voy a estar siguiendo? Sois vosotros, que la vais cagando todo el rato.

El Topoyiyo bebió un largo trago, y mientras escupía y opinaba que el líquido tenía gusto a gasolina, nos miró:

—¿Qué leches estáis haciendo?

—Tío, qué salero tienes... —elogió al tuntún Pepito en una descarada evasiva. Yo, que ya veía venir el golpe, me protegí la cara con los brazos en espera, otra vez, de lo peor. Sólo llegaron las risas. Reía y bebía el Topoyiyo. Se revolcaba por el suelo un Pepito lleno de júbilo.

—Tu amigo sí que tiene salero —dijo el Topoyiyo, mientras me estudiaba achicando los ojos. El bosque de la barba se abría aquí y allá en claros, líneas y círculos, antiguas cicatrices—: A ti, cojo, te conozco, pero tú... ¿de dónde sales?

—Es el Apache —presentó el Yeyé—. Más listo de lo que parece, el tío. Pero que mucho más. Sólo se hace pajas con las guapas. Y mira qué acento tiene. Parece un primo. Anda, dile algo a este señor...

—Muy buenas —saludé.

¡Vivan los espasmos de alegría! La vida son los muchachos en verano, cobijados entre barcas, mientras fuera, en el muelle plateado, unas veces cae la lluvia y otras no.

—¡Qué salero, cojo!

—Pues anda que tú. Y como me llames cojo, ¡te arranco la cabeza...!

Y Pepito reía para que no cupiese duda sobre lo humorístico de su amenaza, y reía el otro, y yo también:

—¿Y cómo te llamo?

—¡El Yeyé!

Y reían, reían, mientras el Topoyiyo me señalaba:

—¿Este listo? —Al Topoyiyo, la cara enrojecida de tanto reír, le caía de la boca alcohol metílico o baba—. De listo, nada. Ni tú, cojo. ¿De qué conocéis vosotros al Superman? ¿No veis que al tío ese no se le puede molestar? Pilla a las guiris y se reparte el dinero con el que te dije, que le esconde a las guiris y le esconde a él cuando hay problemas. Joder, es un negocio delicado, porque siempre trabaja por los mismos sitios...

Miré a Pepito, que escuchaba al Topoyiyo con atención de discípulo aventajado. Sólo se volvió un momento, para ladear la cabeza en un gesto condescendiente: «¿Lo ves?».

—El Superman ha subido a la casa... —El Topoyiyo sólo dijo «la casa», pero nosotros sabíamos a qué casa se refería—: Ha dicho que un par de mocosos han ido a las piscinas preguntando por el Watusi. El cojo de la Cupé y otro. Al llamar, le han contado lo que ha pasado: lo del Watusi, la Julia y todo eso... Y han atado cabos ligero, ligero... Parece que doña Pilar ha dicho que sólo faltaría que una rata muerta como tú encontrara al Watusi antes que nosotros, porque del Watusi aún ni rastro, y por eso el Emiliano me ha dicho que bajara a ver si os veía...

—¿Ha dicho así? ¿«Rata muerta»? —interrogó el Yeyé, obsesionado por su prestigio.

—Eso te lo digo yo ahora. Pero la Pilar no te ha tratado de excelentísimo, si vamos a eso. Aquello está muy mal hoy. Y lo estará. Anda todo el mundo de un lado para otro, que a ver dónde está escondido el Watusi, que a ver dónde está Celso, que a ver cuándo vuelve. Que si el Watusi desaparece, vamos a pillar los que le hemos dejado que se fuera, que el Watusi cruza los países como quien cruza una calle, que no se ha ido porque le han visto por aquí y le han visto por allá. Pero luego preguntan y de fijo nadie lo ha visto. A mí me han hecho el encargo de que os buscara. Aquí estáis. Así que ahora nos lo tomamos con suavidad y luego subimos. Cuanto más tardéis en subir, más vais a tardar en pillar. Y yo descanso. Que anoche fue sábado y anduvimos hasta las tantas vacilando por ahí.

—¿Y por dónde? —preguntó el Yeyé con lo que parecía curiosidad sincera. Por eso siempre estaba tan bien informado.

—Te importará a ti mucho dónde estuvimos...

El Topoyiyo dio un nuevo trago. El brebaje de la botella se trasladaba con velocidad a su estómago, y hería con efecto detonante su ruda, pero mínima, constitución. Una gangosidad beoda empezó a deformar su fonética y a multiplicar sus palabras:

—No sé qué van a hacer con vosotros. No... ¿Pero estáis locos? Lo tuyo... —señaló a Pepito— aún lo puedo entender. Que tampoco lo entiendo a menos que seas todo lo tarado que dicen que eres. Pero tú... ¿Tú qué pintas en todo esto? Tú no sabes lo que te juegas. Tú eres un inconsciente. Y eso no es correcto.



Temblé más.

—Dame un cigarrito, por lo menos, compadre, antes de que te nos lleves... — Pepito suplicaba en una cantinela. Y mintió—: Es que éstos me han quitado el mío...

—¿Ésos? ¿Habéis visto? ¡Vaya mierda el Soplaitas! —El Topoyiyo siguió bebiendo, amagó el tambaleo, bizqueó un tanto...

—No le llares Soplaitas, hombre. A él le gusta.

Y rió el Topoyiyo al añadir: «¡Qué pedazo maricón!». Y me uní a las risas, mientras pensaba qué estaría tramando Pepito.

El Topoyiyo se acabó la botella y ordenó a Pepito que le buscara otra. Enseguida rectificó: «No, deja...». La botella vacía fue a parar al turista gemidor. Esta vez dio en el blanco, y el extranjero, la frente como un *ecce homo*, entró en la inconsciencia. El Topoyiyo se levantó y se hizo con una botella enterrada en un amasijo de cebos y corchos, no sin dar unos cuantos pasos vacilantes. Pepito me guiñó un ojo. El Topoyiyo se sentó de nuevo con pesadez y a punto estuvo de perder el equilibrio. Mientras el Topoyiyo nos miraba con cautela, Pepito y yo fingíamos estudiar la sutil labor de las arañas en la oscuridad del techo.

—Antes de entrar me he quedado con lo que contaba el hermano del Galleta. El Galleta... Otro mamonazo.

—¿Y eso del Lío Grande? ¿Tú también estuviste? ¿Qué es lo que pasó? —Pepito seguía en su papel de receptor ideal de epopeyas.

—No sé ni cómo empezó. Estas cosas acaban como acaban. Pero cómo empiezan, vete tú a saber. Pues a uno que le pegarían en el Pinar, o le nombrarían a la madre o le tocarían a la hermana...

—El Pinar era un baile. Un baile de sitio de bailar... —me anotó Pepito en un rápido movimiento de cabeza.

—... y uno le pega al de los otros, y los otros pescan a uno de los nuestros, y otra banda nos pide ayuda y nos juntamos todos a ver quién es más chulo y quién tiene más cojones. Bah... De ésas, hace años, había así... Y aún las hay, pero no son más que críos que no pasan de saltarse un ojo, o poco más. En aquella época se iba hasta el tuétano. La pestaña hacía mucho la vista gorda. Debían pensar: «Si se matan entre ellos, pues mejor». Y en la playa, aquella tarde, nos juntamos un mazo. Nos teníamos que haber visto según nos íbamos juntando. Macho... recogíamos basca en la puerta de su casa que le daba la lengua a la niña como si se fuese a la guerra. Y en una plaza se nos juntaban tres o cuatro que sólo vernos tiraban el pitillo al suelo, lo retorcían con la puntera de la bota y se miraban así como diciendo «vamos para allá». En el autobús y en el tranvía, porque nos separábamos para disimular, se los poníamos aquí a la peña. Y en otra plaza ya nos juntábamos una banda con otra y, hala, a saludarnos y a darnos palmadas y «cuidadito, sin vacilar, que te has pasado cuatro calles de cariñoso con la palmada» y «dame un cigarro, hombre, y tranquilo». Tranquilos

todos, sí, pero ya íbamos calientes. Y entonces llegamos a la playa.

El Topoyiyo miró la bombilla desnuda como si el hilo incandescente le devolviese el pasado. Bajó la vista y luego la dirigió a un sitio indeterminado entre Pepito y yo como si ese punto estuviese a cien metros.

—Fue justo después de comer. Un sábado. Era invierno y no había nadie pipeando. Al final éramos los de la montaña, toda la montaña, Pueblo Seco incluido, contra los de aquí y los del Campo de la Bota. Llegamos nosotros antes, éramos más de cincuenta, lo juro. Nos decíamos que cuando llegasen los otros se iban a cagar. Y andábamos todos bebiendo y esperando y dándole patadas a la arena. Pero llegaron, joder, si llegaron. Y tapaban la playa. Los veías ahí enfrente, oías la respiración del que tenías al lado y se te iban las ganas. Y la furia que pondrías corriendo para ir a tu casa la vas a tener que poner ahí. Vas a tener que dejarte los huevos, si no quieres parecer un mierda. No hay más. Y ninguno de esos que hay enfrente se ha follado a tu hermana, ni ha matado a tu padre, ni nada... Las cosas han ido como han ido. Y notas los temblores de todos. Y los insultos contra los otros. Y otra vez todos callados. Y la gente empieza a tirar botellas al mar, o las tiraba contra los de enfrente para provocar un poco. Y nos acercábamos los unos a los otros. Mientras caminaba y me cagaba en mis muertos aún tuve tiempo de ver cómo de las casas y de las chabolas de al lado de la playa empezaba a salir gente. Enseguida volvían a entrar cuando ligaban el marrón que se había montado allí. Unas viejas gritaban y levantaban los brazos. Y cuando las viejas se callaron, ésa parecía que fuese la señal. Porque sonó un tiro. Venía de su lado. Y el pobre Casiguapo que estaba, no a mi lado, pero casi, casi, se cae a plomo. Se oye un gemir, así, largo, y no quieres darte cuenta de que muy pronto se va a oír un silencio, de que el silencio se va a quedar allí tirado. Nada, tío. Mutis. Y sonó otro tiro y ya no sé quién fue el que se cayó. Pero entonces, en nuestro lado, todos empezamos a correr como locos a por ellos. Y en nada nos juntamos. Empezaron los palos, los cadenazos, las dentelladas, los sirlazos y las hostias limpias que allí no había Dios que se aclarase. Allí no había más aclaración que dar, recibir, tragar sangre, comer arena y mirar para que no te dieran de lleno. ¿Que te venía uno? Pues a por él. ¿Que te venía otro? ¡Cabezazo! Y, joder, alguien, en algún lado, seguía pegando tiros. Y el cabrón era de su bando. Un menda con pistola, que vete a saber de dónde la había sacado. Yo me aguanté en pie hasta casi el final. Un cabrón me dio con algo en toda la bola y me dejó grogui. Pero veía. Y pude ver a un puñado que se najaba por ahí, a tres o cuatro que se iban por allá y hasta un par que salía nadando para escaparse, como si ahí enfrente hubiera una isla, no sé... Y a las viejas vestidas de negro, que se habían pasado el rato al borde de la playa, y más viejas que venían y todas gritando como si estuvieran locas. Y veo que el único que sigue de pie es el Watusi, con su chupa con el nombre escrito, que ya lo llevaba entonces, y todo el punto que se gasta. Y yo, que ni siquiera sabía que el Watusi se hubiese apuntado,

pensaba: «Joder, ¿qué hace aquí ése?». Porque el Watusi hacía de las suyas, pero era más de las pibas y del baile. Y entonces lo ves ahí, tío, te lo juro, sin una herida ni una mancha. El tío era ganso, vale, pero allí habíamos recibido todos y además el tío no tenía costumbre. Pues el tío se paseaba entre la gente tumbada con una calma, no sé, muy rara, tío, muy rara... Una tranquilidad de otro mundo. Y buscaba entre la gente que estaba tirada, y los ayes, y los me muero, que allí había algunos cosidos a navajazos, pero que muy seriamente, y es que unos se habían cebado con otros que habían ido al Lío sólo porque habían quedado y a ver qué hacemos, no por pelearse, ni por nada. Así que el Watusi seguía buscando y al final encontró lo que buscaba. Al cabronazo de la pistola. Estaba de mí como estamos tú y yo ahora. Al de la pistola le habían rajado un lado de la jeta de un sirlazo y miraba al cielo. Con una mano se tapaba un charco rojo en la barriga. Y con la otra mano, semando que te cagas, la pipa. El Watusi con esa cosa que tenía en los movimientos, se agacha despacio, se la coge, le apunta y, pam, uno, y, espera, pam, dos. En los dos ojos. Y luego coge la pistola y la tira al mar. Y pensé que ese tío no estaba bien. Que hay gente que parece una cosa y es otra. Hay gente que es capaz de todo. De todo, tío. Y si el Watusi era capaz de todo entonces, puedes imaginarte ahora, pasando lo que dicen que ha pasado y dedicándose a lo que dicen que se dedica. Y ahora pienso lo mismo con lo de la Julia. Un loco que se le va la cabeza y la lía, sea quien sea. Y es que me acuerdo de lo último del Lío Grande, cuando ya todos empezamos a ver cómo podíamos largarnos de allí. Porque las viejas que se acercaban berreando con los brazos abiertos, como si fueran a abrazarnos a un tiempo a todos los que estábamos tirados, al oír los tiros, van y se paran. Se congelan, macho. Te diré. Y el Watusi, chhalao perdido, tío, que alarga el brazo y hace así y así unas rayas en el aire como si tuviera una pared delante y estuviera pintando... Y luego se vuelve para el barrio caminando tan pancho por la orilla. Con el caminar ese de medio baile.

—¡Era la W! —se enardeció Pepito—: ¡La primera W! ¡La hizo en el aire!

—Sería la primera, y luego yo he visto más... —replicó el Topoyiyo—: Pero esta mañana se le ha olvidado pintar la última. Porque hoy no ha habido ni doble uve, ni triple uve, ni nada. Y a ti, cojo, que se te vaya notando menos con qué equipo vas, porque esos de allá arriba no están hoy para reírte las gracias... Como el día del Lío Grande, que se acabó todo, y tuvimos que hacerle una visita a Celso. Y Emiliano y los otros mayores de entonces nos dijeron lo que había. Más de uno se tuvo que entregar... Y de los que no, Celso ya nos tenía pillados para lo que quisiera. Y el Watusi a la legión de los franceses, o al Congo, o a la mierda donde le enviaran. Y cuando luego volvió, ya hablaba directamente con Celso o con Emiliano y ni le veías, que yo en ese tiempo y en éste, si le he visto, ha sido de lejos y por la espalda y le he conocido por la letra esa payasa que lleva cosida. Y si le llamas, ni se gira, el tío mamón. Viajando como un marqués y de cama en cama todo el día y va y la caga.

Porque de ésta no se va a escapar...

Después de un silencio, el Topoyiyo, borracho ya, empezó a reír como quien, tras mucha meditación, concluye que la vida no es más que un chiste malo. Nos miró por turnos y volvió a reír:

—La legión de los franceses... Ahí os van a largar a vosotros. Están las cosas muy malas por allá arriba, te lo digo yo. Con los derribos, con el calor y con la basura, que lo hacen aposta para que nos chinemos las venas y nos volvamos más locos de lo que estamos y pase algo y entren a saco a por nosotros... Y ni Celso ni la madre que lo parió va a poder hacer nada... Y es que uno entiende hasta aquí. —El Topoyiyo trazó una línea a la altura de los ojos—: Pero cuando empiezas a ver que van de un lado a otro con la niña de cuerpo presente, que se llora y se discute delante de ella y parece que dé lo mismo, que dicen que va a venir un médico para contar que la niña ha muerto por enfermedad y la niña tiene un hueco en la cabeza que te cabe el puño, cuando ves tanta chapuza...

Aunque con otro talante, el Topoyiyo, como el Superman, parecía haber llegado al fondo de un estado de ánimo.

—Escucha, escucha... —Pepito se levantó—: Yo te busco otra botella ahora mismo, y a ver si esta vez repartes y te estiras de tabaco, que al final no me has dado, y lo que te digo, estamos tan ricamente a ver si se aclara algo, y pillan al Watusi y tú quedas como un señor y se olvidan de nosotros de lo ocupados que van a estar cuando lleguemos.

—¿Y qué hacemos con ése? —El Topoyiyo señaló al turista—: Esos hijos de puta del Soplagaitas y compañía igual se chotan y cargamos con el muerto.

—¿Le damos vidilla?

—Bueno... —condescendió el Topoyiyo—: Tampoco es cosa nuestra. Eso sí, machos, tabaco no os doy, que me quedan dos.

Pepito liberó al turista, que no sabía cómo dar las gracias. Sus maneras y las del Soplagaitas delataban que el extranjero había sido atrapado en una situación embarazosa y no iba a decir nada. Pepito abrió la persiana y luego la bajó sin cerrarla del todo. Fuera, la tarde había aclarado y resultaba espléndida para quien pudiese verla con ojos inocentes. El Topoyiyo seguía cada uno de sus movimientos y afirmaba en silencio. Pepito empezó a husmear por todos lados:

—Joder, con la pelea se han roto lo menos dos botellas de éstas. A ver si por aquí...

Estaba tramando algo. Intenté cruzar una mirada con él, pero fue inútil. No creía ni por un momento que hubiera desistido en la búsqueda del Watusi. Sólo había que ver la cara que ponía cuando hablaban de él y de sus hazañas. El modo en que negaba con la cabeza cuando algo no le gustaba como diciendo «Es imposible. No puede ser», o le brillaban los ojos si relataban un detalle o un hecho que se aviniese a la

imagen de su héroe. Entonces parecía que pensase «ése es mi Watusi». Su Watusi. El Watusi de su imaginación. El Topoyiyo intentaba encender un cigarro. Bizqueaba cada vez más y su tronco compacto oscilaba.

—¿Viene esa botella o no? —preguntó sin mucho compadreo el Topoyiyo. Luego me miró—: ¿Eres del barrio?

—De las Casitas. Vivo cerca de Celso. —Una respuesta elegida en defensa propia.

—¿Enfrente?

—No, más atrás. En «las Casitas solas». —Así llamaban los vecinos a las coreas que ocupábamos.

—¿Donde Juan, el Vasolleno?

—¿El Vasolleno?

—Cuando va ciego, que va siempre, pega golpes en las barras de los bares y grita: «El vaso lleno, el vaso lleno». Menos mal que Emiliano le hace alguna vez algún favor a su mujer, porque si no, a ése, con lo bocazas que es, ya le hubieran dado para el pelo.

De lo que se entera uno viajando.

—¿Tú debes de ser el hijo de la viuda, no?

Iba a decir que sí, y que no deseaba oír ningún comentario más acerca de ese asunto, cuando una botella estalló en la cara del Topoyiyo. El Topoyiyo no hizo sino tambalearse. Se iba a levantar cuando Pepito me gritó:

—¡La barra! ¡A tu lado!

Y cogí la barra, y con ella golpeé al Topoyiyo en la cabeza. Una cabeza que ocultaba secretos inconfesables. Quizá no era pura cortesía vecinal el que a mi madre y a Juana no se les molestase. Esa idea turbadora hizo que repitiera el golpe.

—Coño, para, para, vamos... —me avisó Pepito y se deslizó por el hueco que previamente había dejado entre la persiana y el suelo.

Cuando seguí el movimiento del Yeyé y volví a la tarde de verano, no había ni rastro de mi compañero. Intentaba divisar su figura a lo largo del muelle, de la cubierta de algún barco, cuando el sonido de un cuerpo estampándose en la puerta del tinglado me advirtió de que un Topoyiyo ciego de furia estaba de nuevo en pie. La persiana se abrió cuando con todas mis piernas arrancaba sin orden hacia lo lejano. Me crucé con un camión. Desde el remolque, Pepito, hijo de su barrio, agitaba el brazo imitando una y otra vez a un elefante. Era la contraseña. Nos veríamos en el zoo. Pero antes, yo debía zafarme de la persecución de un brutal Topoyiyo. Cuando pasé al lado del turista liberado, sangrante y aturdido, que caminaba como un sonámbulo en busca de ayuda, no tuve ocasión de saludarle. Sólo podía correr.

Me interné por las callejuelas del barrio marítimo en mi travesía hacia el zoo. Pisoteaba charcos y hendía el aire reunido en plazas donde acechaban miradas perspicaces; me estremecían fugaces líneas de sombra en el pavimento, gaviotas superaban mi carrera como flechas mal disparadas; huía, no ya del Topoyiyo, sino del eco lejano de palmas y guitarra. Asustado y dudoso, paré en un cruce:

—Ese enano barbudo es un mierda y no lo tenía nada claro con él... Todo el rato he pensado que era de la pasma. Entre que conocía al hermano del Galleta, que es un soplón, y que ahora se disfrazan mucho...

Cuando descubrí que el emisor de tanta excusa era nada menos que Jeff, el Soplagaitas, desinformando a su banda, apoyada indolente en una de las esquinas de aquel mismo cruce, era demasiado tarde y me había convertido en liebre de aquellos galgos.

Entre calles adoquinadas y a todo gas, puedo oír cómo una de las unidades del grupo perseguidor se desvía por un lateral a fin de tenderme una emboscada. Se abren en abanico, resoplan, jadean. No soy un cuerpo, soy velocidad que corta las alternancias de sol y sombra. Amago a la izquierda, quiebro la cintura, tuerzo a la derecha, acelero. Veo un cartel ante un pasadizo cubierto, «Pasaje de la Galera», y me asusto, me asusto, porque allí es donde Pepito, que siempre parecía integrar una verdad en sus mentiras, me ha dicho que vive el Watusi. Y oigo, acompasado a la carrera, el ritmo de la rumba que antes era eco y ahora se convierte en mera información:

No sé, no sé, no sé  
 qué tiene el Watusi  
 que acojona un poco  
 que abuchara un poco  
 porque saca el filo  
 te lo mete todo  
 y se va al Morocco  
 y baila como loco.

Y me asusto. Me asusto. Andrónico de Rodas clasificó trece tipos de temor. A mí, sin pensarlo mucho, me salen más: temor a la libertad, temor a estar siendo otro, temor a estar siendo demasiado uno mismo (y estar vacío), temor a la locura de los demás, temor a la propia locura, temor a la carne, temor a la paranoia, temor al temor, temor a la falta de temor (el mal presagio), temor al temor de los demás, temor al dolor ajeno que pudiera volverse propio, temor de que la vida no se parezca a nada (porque es todo, y lo idéntico que es todo a ese todo), miedo a ser, miedo a dejar de ser, temor al pasado agotado y, aún mayor, temor al pasado inagotable, a los secretos de familia, a los propios secretos, a lo que puede dar de sí un día. Son dieciséis. Y en

esa carrera, el suceso perdido y olvidado las veces que la historia del día del Watusi salió completa de mi boca, reúno esos miedos, esa carrera, no vuelvo la vista atrás, sanas piernas de adolescente, magnífica respiración, no hay otro rumbo que seguir en esas calles. Aquí estará: «Entonces los ojos de los demás sólo dirán una cosa: que te voy a matar». Ahí estaba. La minúscula parte del todo corriendo ante viejas de gran tonelaje que se olean al fresco marino; colosales traseros olvidados torturan sillas de mimbre. Vocaciones dramáticas cuchichean misteriosos «Watusi, Watusi...», mientras manos arrugadas sacuden el luto del regazo y el ojo astigmático reprocha la violenta carrera de los jóvenes: «¡Qué pena de muchachos...!» No hay compasión: sólo hastío. «Eh, eh, tú... ¿dónde vas con tanta prisa?», gritan borrachos de domingo desde bares sucios. Se detiene el metálico tintineo de un futbolín.

Fernando Atienza a la carrera, en medio de la calle.

Ni cuando tiempo después perdí el anhelado, ya habitual, descapotable en un incidente bochornoso y entraba en la ciudad y divisaba los suburbios con sus W deslizándose al otro lado de la ventanilla del tren, y me preguntaba qué iba a ser de mí y, sobre todo, qué había sido de mí, ni cuando evité a Elsa, tumbada en un portal, y aceleré el paso en callejas mal iluminadas, ni cuando, siempre a la carrera, huía de sus parientes entre mármoles encargados por las mejores familias de la ciudad y calculaba, por mero reflejo, por absoluto patetismo, el precio del cansancio final, ni en la montaña rusa de ocultaciones que ha sido mi vida, ni en la esquina donde fui egoísta, ni en los bares donde fui ridículo, ni en las avenidas que me llenaron de asco y donde cada uno de los dieciséis temores míos encontraba su nombre, ni en las azoteas donde sin serlo me creí sublime, ni ahora, cuando vuelvo a recordar: «La cosa irá así. Tú o yo. Y serás tú. Y te despedazaré y te comeré crudo» puedo encontrar mejor frase que «otra dimensión, la del miedo» para dar una idea de lo que sucedía, de lo que me ha estado sucediendo. Miedo. Una simple carrera, una chiquillada. Aun así, aquella carrera, todas las carreras, me hicieron invulnerable a los demás, pero roto. Una tosca manera de iniciación. Una llaga que nunca se cierra hace su trabajo, atraviesa los años contigo hacia ninguna parte como en esa carrera yo cruzo el barrio marítimo para encontrarme con Pepito y su absurdo. La carrera vuelve para acabar contigo y tu seguridad, vuelve para matarte. Tu asentamiento en la vida no es más que la rosa que has de comer; pero en la tumba egipcia, inmaculada durante un milenio, se pulveriza al mínimo contacto y se vuelve el negativo corrupto de un horror que sólo el exceso de sentimiento o su falta desean razonable y lúcido. Y no son ni una cosa ni otra. Ese engaño invoca un proyecto familiar mimético, pero salvador, diagnóstica, Lector, madre, Elsa, Victoria, Elena y, por qué no, Gracia, Francis, Marta, otra vez tú, madre, que el orgullo más valioso no es más que orgullo inflamado: tenía y tiene cáncer. Cuando rebrota, Fernando Atienza, el guía local de la geografía del espanto, reinicia su fuga, su carrera loca del miedo al miedo.

Los perseguidores fueron renunciando uno a uno entre insultos y juramentos de muerte hasta que llegó un momento en que perdido en el laberinto sólo oía mis propios pasos. Giré en redondo para situarme y ahí estaba, como en esos sueños en los que nos levantamos de la cama, hacemos algo incoherente, y de pronto despertamos bajo las sábanas: «Pasaje de la Galera». Una cancela de hierro anunciaba que se cerraba por la noche, o que alguien hubiera tenido que hacerlo: las barras estaban tan oxidadas como la cadena que agonizaba en un travesaño. Decidí que había llegado la hora de tomar una iniciativa. Acababa de golpear al Topoyiyo con una barra. Si unas horas antes aún tenía una posibilidad frente a la avalancha de sucesos, ahora era parte implicada. Pero también el Topoyiyo me había contado lo de Juana, y, no hacía más que sospecharlo, no había llegado a contar lo de mi madre por la azarosa intervención del Yeyé. Podía encontrar yo mismo al Watusi y explicarle mi caso. O podía encontrar a los que le buscaban e intentar salvarme inventando una excusa, traicionando. Me interné en la sombra del pasadizo cubierto y llegué a un solar. Un cuadrado perfecto informaba de que allí hubo viviendas alguna vez, las malas hierbas no habían tardado en hacer su trabajo y crecían; ni el viento, que traería la arena que se posaba en los matorrales; ni el vecindario, que arrojaba desperdicios y zurullos espirales. La casa derruida parecía un damero, papel pintado en una casilla, un colgador abandonado en otra, un solo significado: la ruina. Otra pared, quemada por hogueras sucesivas, decía bien claro:

#### BATUSI TETAN BUCANDO

Y a su lado, con goterones de pintura reciente, dos W enormes. Una negra y otra roja. La famosa W. En el centro del solar, un vagabundo en pantuflas y vestido con un raído gabán a cuadros en pleno agosto asaba sardinas en un bidón de gasoil. Sacaba el pescado de un cubo y lo dejaba con cuidado entre unos alambres que servían de parrilla. Me descubrió e hizo una señal con la mano indicando que me acercase. No tenía intención de obedecerle. Entonces me mostró su boca sin dientes, señaló las W y afirmó una y otra vez con la cabeza, mientras trazaba misteriosas W en el aire y su mano se alzaba para indicar que alguien muy alto las había pintado y se había ido. Eché a correr hacia el zoo.

Alerta, caminé hacia el parque mayor donde se encerraba el zoológico. Paseantes de asentada dignidad se sorprendían ante mi desaliño. Merodeé por taquillas y puertas giratorias; vigilaba a los vigilantes al tiempo que recordaba las instrucciones de Pepito sobre el modo de colarse. Cuando creí llegado el momento, me llevé la cadena de jefe indio a la boca, señal de acción, y bordeé los arbustos en cuclillas primero, luego a cuatro patas, y reptaba ya cuando me di cuenta de que el fango había hecho de mí una mancha ambulante. Una rama me rascó la mejilla y consiguió lo que no habían hecho las fuerzas del mal en toda la jornada: la sangre manó de una media



luna. Me tapé ese lado del rostro hasta localizar el trozo agujereado de alambrada. Ya he contado que uno de nuestros juegos consistía en la posibilidad de quedar en el zoo mediante la seña de agitar una trompa imaginaria, y también que jamás habíamos llevado a cabo esas estratagemas. En verdad, ese día era la prueba para la que nos habíamos dispuesto a lo largo del verano. Envuelto de arbustos punzantes, busqué la losa en la que, según mi dinámico instructor, estaría dibujado el animal en cuya jaula, fosa, acuario o terrario tendría lugar la cita. Por fin, la encontré.

La idea del dibujo no era original. El Yeyé practicaría esa consigna con otros, o más probable, habría oído de su existencia en su continuo fisgoneo. En la losa, siluetas de leones, rinocerontes, jirafas (de muy fácil diseño, dado lo esquemático del animal) llenaban la piedra de garabatos. Después de un momento de confusión ante aquella diversidad rupestre, dilucidé que, una vez recibida la consigna, su receptor debía tacharla para evitar futuras confusiones. Concluí al fin que el único garabato libre de tachadura debía de haber sido cincelado por el pulso agitado del Yeyé: era un amasijo de redondas; unas mayores que otras, eso sí. O bien formaban al reunirse una vaga representación del concepto «animal», o bien eran mera abstracción. Es cierto que en el cruce de abstracción y representación nace la magia, pero yo no estaba maravillado, sino confundido. «Esto es un oso polar», fue mi patética decisión, antes de buscar una piedra y tachar el intento de dibujo, ansioso como estaba de colarme de una vez en el agujero o fundirme. Rodeé cauto, casi abrazado a ella, una caseta de venta de refrescos que ocultaba la entrada clandestina al recinto. Salvo mi propia persona, no había nadie sospechoso por los alrededores.

El camino hasta el trasunto de ambiente natural donde, a falta de mayores cuidados, unos osos polares atendían a otros seguras lipotimias, y no ver a nadie, me había hecho contemplar la turbia algazara de las especies subtropicales que recuperaban con el clima infernal de aquel día la nostalgia de una selva perdida, y también lamentar que, saltando uno contra otro en desesperada embestida, se intentasen suicidar los pingüinos. Maldije a Pepito, mientras me esforzaba en averiguar qué había querido transmitir en su jeroglífico. Un relámpago de agudeza me hizo descartar las serpientes, ajena su constitución a cualquier trazo circular (el Ouroboros sólo cuenta en la redacción de este Informe). Pensé que un personaje como el Yeyé, avezado en escondites, no habría buscado un lugar a la vista de todos, sino en uno de esos rincones que le permitieran renovar fuerzas, llenar el depósito de su fantasía y alentar la espera tramando nuevos peligros. Me reconquistó la certeza de que no podía volver al barrio indefenso y enfrentarme a la ira del subalterno Topoyiyo, y menos aún, a la de sus directivos. Mejoré con divinos detalles la mentira que habría de contarle a mi madre cuando nos reuniéramos tras encajar la hostia de la que ya no me escapaba. Sinteticé la falacia en un rápido y nervioso: «Nos raptó, nos asaltó, nos atracó y además es un vago y un borracho. ¡Topoyiyo! ¡Topoyiyo! ¡Ése!

¡Ése de ahí!». Volví a pensar en lo que me había dicho el Topoyiyo (aunque no me lo hubiera dicho) y borré de mi mente cualquier pensamiento sobre mi madre, sobre el Día de Mañana, sobre lo terrenal. Mientras discurría y olvidaba, pasé ante una puerta metálica y la vi entreabierta. Un letrero advertía: «Aves nocturnas». Abrí. Nadie. Cuando me iba, oí cómo alguien me chistaba desde el interior. Entré, le dije adiós al mundo solar y cerré la puerta. Chisté a mi vez. Nadie respondió. La galería, con jaulas de vidrio a ambos lados, se iba sumergiendo de una penumbra violácea al negro rotundo. Búhos, lechuzas y otras aves de mal vivir parecían inmutables en las oquedades artificiales, ululaban en ramas sintéticas, entre penosa hojarasca de nailon. Sus contornos se perdían en cada uno de mis pasos hacia la oscuridad completa y un frío cada vez más intenso e irreal. De pronto, las jaulas transparentes, los supuestos animales, ya eran sólo dos tizones penetrantes. No me quedaba miedo, pero aun así, iba a dar media vuelta. Entonces escuché:

—Estoy aquí, tonto.

La voz venía del suelo, circunstancia que no tranquilizaba. Me aproximé al fondo de la galería:

—Agáchate.

Obedecí. Me acomodé junto a Pepito y contra la pared.

—Me he hecho sangre con una puta rama. Y aquí hace mucho frío —informé mientras acababa de sentarme.

—Miedo me das y de lo que te preocupas. Le rompes la cabeza al Topoyiyo, nada menos, y te pones a pensar en la ramita que te ha dado en la carita y en el frío.

—He estado en el pasaje de la Galera. He entrado... Y he hablado con el Watusi —mentí.

La respiración de Pepito se interrumpió.

—Me ha dicho que no nos preocupemos por nada, que ahora sube al barrio y lo arregla todo. Te manda recuerdos.

—Luego dices que yo soy el mentiroso. En el pasaje de la Galera no hay nada. Tú no has visto al Watusi.

—¿Y por qué me dijiste que vivía ahí?

—Porque si te digo dónde está, que ahora creo que lo sé, no me acompañas. Pensaba que lo íbamos a encontrar en algún bar. Pero no contaba con lo del Soplagaitas. Ni con lo del Topoyiyo...

—Es verdad que he estado en el pasaje de la Galera. Y es verdad que he visto pintadas unas W. Una negra y otra roja. Y es verdad que un vagabundo me ha explicado por señas que un tipo muy alto las ha pintado.

—Era el aviso. Les está avisando de que no lo busquen.

—¿Eso significan las W?

—No, no significan eso. La W negra significa que estás avisado —y como si

estuviera poseído por una voz ajena, el Yeyé citó de memoria—: «Entonces los ojos de los demás sólo dirán una cosa, que te voy a matar». La W roja significa que ha llegado el día: «La cosa irá así. Tú o yo. Y serás tú. Y te despedazaré y te comeré crudo».

A la Julia no la habían despedazado, pero el mordisco en el pecho no podía significar más que el Watusi se la había intentado comer cruda. Ahora fue mi respiración la que se alteró.

—¿No querías saber qué significaban las W? Pues ya lo sabes... El Watusi las ha pintado. Y se ha escondido hasta cuando convenga. Pero nosotros tenemos que encontrarlo para explicarle que nos salve. Porque después de lo del Topoyiyo, no hay quien nos salve. Ni a mí, ni a ti, ni a nuestras familias...

Entonces, por hacer una de esas digresiones imaginativas que se me ocurrían cuando era presa del pánico, pregunté:

—Nunca me has hablado de tu familia.

—Ni tú me has preguntado.

Era verdad.

—Lo que me tendrías que preguntar es dónde está el Watusi. —El Yeyé se volvía temible otra vez.

—¿Y dónde está?

—En una casa de putas. Adonde vamos a ir ahora. No queda otro remedio. Casi siempre está en la casa de putas donde me llevó el día que me enseñó el baile.

—Un momento, un momento... Antes me has dicho que era mentira. Que tú nunca te habías ido de putas con él.

—Te he dicho siempre la verdad. Pero tú no te creías nada. Así que si te decía que algo era mentira, a lo mejor me acompañabas. También te dije que el Watusi no ha matado a nadie. Claro que sí. Trabaja de eso. Pero si te lo digo allá arriba sales cagando leches y ya estás lo menos en la vendimia en Francia... Por eso te dije que lo de las putas era mentira, porque parecía lo más exagerado. Pero es verdad. ¿Sabes qué me dijo mientras íbamos? Esa noche se le notaba que estaba contento. Y se había tomado sus cosas. Y estaba yo. Y estaba conmigo tan a gusto. Y me decía: «Yeyé, te voy a decir algo que no le digo nunca a nadie, porque no tengo por qué. Si sales de aquí y te vas a algún sitio, que te acabarás yendo, porque esto es mierda y nada más. Si te vas a algún sitio, Yeyé, no te lleves ni fotos, ni recuerdos, ni hostias. Llévate el olor de una tía. Te llevas el olor de una tía y buscas a tías que tengan el mismo olor en todos los sitios donde vayas. Ya te digo: ni fotos, ni leches. Ni la cara de una tía, ni su nombre. No es eso. El olor de una tía. ¡El olor! Y si lo llevas lo vas a encontrar. Y vas a disfrutar mientras lo encuentras. Por eso siempre estarás en casa». —Pepito suspiró —: Y lo dijo así, tan tranquilo. Y caminando a la vez, que no es tan fácil. Entonces entramos en el sitio y no veas, Nando, Apache, la que se estaba formando allí. Todo

lleno de humo y de música y de tías buenas y de marinos americanos que se abrían, ojito, se abrían con mucho, pero que mucho respeto y sigilo cuando pasábamos. Y se reían de nosotros, pero con buenas intenciones, como queriendo saludar, porque si no, ni te cuento el jaleo que se arma allí mismo, que se hunde la madera de la pista a base de hostias. ¿Has visto al Topoyiyo? Pues el Watusi, cuando se pone, cien veces más. Por eso el día del Lío Grande, ni le tocaron. Las que tocan al Watusi son las tías. El día de las putas, yo veía cómo se acercaban al Watusi, que se veía muy bien que le conocían, y le daban besos en todo el morro. Y los marinos americanos le veían la chupa que ponía «Watusi 65» y le preguntaban si era el Watusi, en persona, el de la canción. Y él no hacía ni caso. Como mucho les decía con buena cara, pero clarito: «Venga, naja, y que corra el aire», pero en idioma americano. Y luego se fija en unas tías y me dice: «Ésta para mí y ésta para ti». Y al asunto.

—¿Y el olor?

—¿Qué olor?

—Si te quedaste con algún olor.

—Así asá. Lo que te voy a decir y no te lo vas a creer, burro, pero a mí me lo está pareciendo, es que el Watusi ya se ha enterado de que le estoy buscando. Y por eso se ha metido allí y por eso vamos a ir a buscarlo ahora mismo.

—Sí que soy burro, sí. Y hoy ya he tenido bastante. Voy a ir a buscar a mi madre al trabajo y se lo voy a contar todo.

—Sí, vale, tío. ¿Y qué le dices? Primero te pega cuatro hostias, que de ésas no te salva nadie... —me constaba—. Y cuando veas que el Topoyiyo te está esperando en la puerta de tu casa, eh, ¿qué dices? Y que le va a hacer mucho caso a tu madre, el Topoyiyo. Y que ya le habrá retorcido dos o tres veces el pescuezo a tu vecino el borracho. Y que ya te habrá quemado la casa si le ha dado por ahí. Y que... Bueno, ya sabes que siempre digo la verdad. Que no fallo.

—¿Lo ves? Es lo mismo que hacemos nosotros en la piedra del zoo, pero a lo grande.

Lo veía. Marcas junto a un portal exhibían un jeroglífico que Pepito se empeñaba en resolver. La misión siempre estaba ahí, pero siempre había tiempo para un alto didáctico.

—Mira, esto significa que hay pisos vacíos... —Pepito señalaba un dos, junto a otro dos. Un cuatro, junto a un nuevo dos, tachado. Y un tres con un tres—. Eso quiere decir que los dueños están, no sé, de vacaciones. Y el tachado que algún mangui ya hizo lo que tenía que hacer. —Me impresionó la cortesía profesional. La mano de Pepito se movía por la rugosa fachada gris hasta una aproximación de lo que un niño imagina cuando alguien dice «perro»—: ¿Ves el perro? Pues eso quiere decir que en ese piso hay un perro. Ya pueden estar los dueños donde quieran, que entras ahí y el cabronazo del perro se te echa a la garganta. Y esta gorra... —¿Era aquello una gorra?—... que en esa casa vive un policía, un guardia o un bombero, no sé, alguien que te puede meter en un marrón si entras... Y mira aquí, hay más. Y este barrio, porque es este barrio, ni fu, ni fa... Pero tendrías que ver los barrios de los ricos, tienen la puerta de casa que parece un tebeo. Y ahora entramos por aquí, mira, mira...

Y nos deslizamos por la pendiente de un garaje. Así empieza uno, pienso que pensé, cuando no eres delincuente de nacimiento y ni siquiera has podido habituarte a la rabia. Descubres que las verdades son mentira, con todo su desengaño y absoluta convicción, y algunas mentiras, con seguir siendo mentiras, arrastran pequeñas verdades. Es lo excitante de la revelación lo que convierte ese sedimento en oro. Y te traiciona.

¿Qué había visto aquella mañana?

A unos policías histéricos que no deseaban saber nada. La ley y el orden. Quizá cuando los dejamos recibieron instrucciones del Tomate sobre lo que tenían que hacer respecto al crimen, al supuesto asesino, o con nosotros. Esa mañana había visto también a un chulopiscinas raptor, aquejado de una fuerte depresión, que primero nos había tomado por mensajeros de la muerte y luego por imbéciles. Había estado a punto de ser víctima de una banda liderada por un chapero muy apto para el análisis clínico, y después nos había liberado un matón enano que se comportaba como un funcionario hastiado de sus funciones y de la mala gestión y las turbias decisiones del órgano directivo, y como luego tanta gente que habría de conocer y tenía la misma capacidad de hiriente adaptación a su mediano presente, no hacía más que revolcarse en el fango de un supuesto pasado épico, o en la suposición de una mezquina idea de superioridad moral en busca de un torpe ensueño metafísico. Y ese matón, cuyo límite criminal podía dar pie a vertiginosos cuadros de violencia, me había inoculado

el veneno del rumor, de una posible supervivencia que yo no quería que fuese de ese modo si seguía por el mismo camino. Él no había dicho nada, pero yo sospechaba de mi madre. Y si mi madre, como Juana, hacía eso en su defensa, ¿por qué no iba a hacer yo lo que me diera la gana? Ese matón, el Topoyiyo, de modo tímido pero contundente, había desatado mi ira, esa rabia precisa que todos padecían. Y ahora nos buscaban. Ahora me buscaban.

FENANDO TETAN BUCANDO

¿Hace falta que describa un garaje y el temor que inspira? Pasos, ronroneo de motores, líneas rojas sobre muros en pendiente comidos por la humedad; hedor de alcantarillado en día lluvioso y alguna rata impaciente entre dos neumáticos. Nos deslizamos bajo la garita del guarda y entre los coches en batería. Degusté la excitante inquietud del ladrón. Porque era un ladrón. Por algún sitio había que empezar. Formaba parte de esas verdades en la mentira. Y era necesario que a partir de ese día adoptase un modelo de Día de Mañana que se amoldase a mi nueva vida. Quizá no habría nunca colonias para hombres que dejan huella, ni esperaría en el asiento de cuero de mi descapotable a mujeres frías por fuera y calientes por dentro sin importarme el tiempo que ellas tardaran en bajar con un erotismo (para mi placer) no exento de elegancia (para mi vanidad). No sería espía, ni financiero, ni capitán de barco, ni arquitecto, ni nada de lo que había soñado. Sólo un habitante más de la tierra del crimen. No podía convertirme por causas obvias ni en policía corrupto, o chulopiscinas estresado, o matón quejumbroso. Podría elegir una vida emocionante aunque eso significase en verdad, como luego iba a significar, que se me había ido de las manos. Podría ser como el Watusi. Al parecer, él no se había rendido. Yo tampoco lo haría. Era de una manera, tenía unos objetivos y un buen día mi vida cambió. No tuve más remedio que apuntarme a la legión y volver como un auténtico asesino. Porque yo era más listo que ellos. Con los años podría ser tan listo, tan invisible, como el Watusi.

Fernando, el Apache, es un queli bueno,  
la pestañí nunca le ve el plumero  
unos entran y salen del talego  
el Apache abre tierra de por medio

Fernando, el Apache, es un señor  
Fernando, el Apache, es el doctor  
Fernando, el Apache, es seductor  
Fernando, el Apache, es bailador

Estribillo:  
Apache atracador  
Apache matador  
Apache rompedor

El modelo de mi futuro Día de Mañana no era muy original. El bailarín, el ligero, el que está dispuesto a volar, al que todos los pájaros advierten para que no le pillen y siga volando. No, el impaciente, no, el secuaz tampoco, el que da saltos, sino el que baila, el que enloquece y ríe. El que amenaza de muerte. ¿Cuál sería mi W? ¿Una F? ¿Llevaría mucho rato pintar la cabeza de un jefe indio en un muro, su copete de plumas y un perfil lleno de dignidad con la imponente nariz aguileña? ¿Y un autorretrato?

¿Qué había de verdad en las descripciones del Watusi?

Subimos la rampa y aparecimos en la calle.

—Mira, una casa de putas está cerca. Aunque ésta no es a la que vamos... — Pepito me hizo mirar una señal donde la silueta de un hombre llevaba la de un niño de la mano, y más allá una luz roja y un rótulo donde se leía « Habitaciones »—. Y nos hemos ahorrado, por lo menos, cinco barrios. Los garajes atajan, tío, lo que yo te diga... Y ahora nos metemos en ése y acabamos de cruzar la ciudad.

Tardaría mucho en descubrirlo, y en reírme. Por supuesto, sólo habíamos cruzado una calle, pero entonces le creí. La única intención de Pepito era que no nos vieses nuestros perseguidores. Demasiado preocupado en forjar mi nueva personalidad futura, no hacía más que darle la razón, maravillarme porque sus relatos del verano se convertían en evidencias. Y como nuestro objetivo era encontrar al Watusi, ahora sólo necesitaba calcular, mientras esquivábamos la garita de un nuevo vigilante, la calidad de esas evidencias. Qué haría el personaje que buscábamos si al final teníamos éxito.

Las palabras del Yeyé ganaban crédito y no había más remedio que reconocer que dominaba mejor que nadie los flecos de la vida del Watusi. El resto de la chusma con la que habíamos topado durante la jornada no hacía más que recordar vagamente y con miedo o nostalgia. Para ellos, el Watusi sólo era una medida exagerada de sus acciones. Pepito, en cambio, era una autoridad en la materia. A lo mejor su fanatismo escondía un secreto lacerante y eso impulsaba su mítica, pero también su verdad.

—Mira, otra señal... Y ésta es la buena. —Otro adulto negro acompañaba a otro niño. La excitación estaba servida—: A ver si te aclaras ahora del sitio donde vamos. Abajo es un baile, así de gente que revienta. Y en el piso de arriba está la casa de putas. Ligas abajo y te subes arriba, que ya me dices tú dónde subes, sino arriba. Ya verás, es aquí, a la vuelta. La calle está abarrotada también.

Doblamos la esquina, nos asomamos a la calle. Estaba completamente desierta. Pero no había ningún problema para el Yeyé:

—No sé dónde se ha metido hoy la gente. Te juro que no lo sé...

—¿Y dónde está el sitio?

—Un momento. Así no podemos entrar. Con esta pinta, digo... —sugirió Pepito. En verdad, parecía que nos acabaran de sacar del vertedero.

—Es que vamos hechos una mierda. Y tú, no es por nada, hueles peor que el

barrio.

—No, no, si no es eso, burro. Lo que te estoy diciendo es que necesitamos una preparación. Un toque, un pellizquín de nada. Un momento, que pido un par de cigarros.

Pepito se afanó en la gestión. Entraba y salía de bares rojos donde a veces se asomaban a la calle mujeres rojas, pero también verdes y azules sobre altísimos tacones. Miradas incitadoras y enseguida despectivas en cuanto descubrían que el único paseante era yo... Me deleitaba el sonido de los tacones, cuando las mujeres patrullaban aburridas de un establecimiento a otro, con paso lento y vanidoso, casi marcial. Cuando fuera un apuesto asesino me iría de putas. Eso podía prometerlo. Y no me harían ascos como ahora. Las comprendía, pero eso tenía que cambiar. Pepito salió de uno de los bares a los que había entrado y me ofreció un cigarro. Llevaba unos dedos marcados en la cara. Obvió el relato del posible incidente y me dijo:

—Métete el cigarro en la boca ahora mismo.

Obedecí.

—Más a un lado. Póntelo en el canto.

Me lo puse.

—Súbete el cuello del polo.

Fue subido.

—Pareces el hijo tonto de Drácula. A ver, pon cara de duro...

Simulé.

—Fatal. Parece que tengas cagalera. Más duro.

Me endurecí.

—Y ahora parece que tengas sueño. No sé... A ver, di: «Qué pasa...». Así, con chulería.

Lo dije.

—Bueno... ¿Para qué quejarnos si es lo que hay? —sano estoicismo el del Yeyé, mientras encendía los cigarros. Se subió también el cuello de la camisa. Las dimensiones de la pieza, prodigio de modernidad, hacían que sus hombros semejaran el soporte de una valla publicitaria. El Yeyé entrecerró los ojos, miró a todos lados como si el mundo le ofendiera, hizo como si se estirase los brazos, se desabrochó un botón de la camisa... Manifestaba los síntomas que se vinculan con el umbral del infarto, aunque en ese momento sólo desearan comunicar lo duro de su talante. La Muerte era su compañera.

Alguien, al pasar, le dio un papirotazo en la nariz. Yeyé, el demoledor, hizo como si nada hubiese ocurrido.

—Vamos a entrar. Tú me sigues. Me sigues y no dices nada, pero nada. O sea, nada. No miras, no tocas, no hablas. Nada.

Caminamos con fingido paso mundano hasta llegar a un gran vestíbulo bajo el



rótulo «Boston's». Un largo pasillo, simbólico ya en el relato de aquella jornada, se inundaba de nuevo de simbólica luz roja, y pequeñas lámparas iluminaban las fotos en blanco y negro de la crema del negocio enmascarada de artistas; así, Ethel Cristal mostraba la axila, una larga melena y un muslo rotundo, la boca entreabierta, hilos de lentejuelas se derramaban en cascada por su figura en zigzag ocultando las zonas oportunas. Como en Raquel Miller. Y en Sandra Loren. Y en Lorena Sanders, que más que un anagrama de su compañera parecía su hermana menor. A lo lejos, apoyado en un atril, el nuevo obstáculo: un historiado sujeto con el vello corporal reunido en un gran bigote hojeaba un periódico deportivo. La mirada aburrida tardó en detectarnos, y su mente se demoró aún más en creer la información que transmitía la mirada. Una ceja superó de un salto la frente hasta detenerse a media calva, y la vista, perpleja, siguió nuestro decidido trayecto hasta que pasamos por su lado. Pepito, sin mirarle, alzó una mano con familiar indiferencia y masculló:

—Qué hay...

Y yo, en imitación de Pepito:

—Qué pasa...

El portero nos cogió sobre la marcha por los cuellos alzados, nos levantó del suelo y nos situó junto al atril, una imaginaria línea divisoria entre la calle y el placer.

—¿Se puede saber dónde vais?

—Pues adentro... Con las chichis... —el tono daba a entender que resultaba innecesaria una aclaración.

—¿Qué significa «chichis»? —preguntó a su vez el portero, no sin interés.

Yo miraba a Pepito del modo al que antes me resignaba, pero ahora, convertido en audaz delincuente, me obstinaba en dominar. Pepito, a su vez, le estaba indicando al portero que acercase la cabeza con el ademán de quien desea contar un secreto al oído. Aquel hombre inclinó su enorme y brillante cabeza, mientras era capaz de expresar con la mirada una ausencia absoluta de amigos en la vida y lo poco que le importaba. La contundencia de aquel bigotudo gesto fue mudando en sorpresa. ¿Por qué otra vez temía lo peor?

El portero clavó la vista en Pepito.

—¿Estás seguro?

—Como que el Generalísimo Franco manda en España.

—Y que dure. Pasad, pero rapidito.

—¿Qué le has dicho? —pregunté.

—Lo que había que decir. Ahora no corres, ¿eh...? —Me había ajustado al paso de Pepito. Pero ya no había miedo. Era simple desconocimiento de la ruta.

Apartamos un pesado cortinaje. En la misma pista donde el Yeyé había situado música atronadora, a un Watusi riente, a un escuadrón de marinos y a sus parejas, las Raqueles, Iris, Etheles y Lorenas, faldicortas y despampanantes, reinaba el vacío.

Nuestros pasos resonaban en la madera crujiente y su eco se perdía en el entarimado sin orquesta y en rincones oscuros y desolados. El calor, la inexistente ventilación, condensaba la ruina de la noche anterior en exudación de alcoholes y humos agotados, vicio espectral adhiriéndose al olfato.

—¿Y los marinos? —pregunté.

—Pues en la guerra estarán... ¿No has visto cómo se iba el barco esta mañana? Esto está lleno de marinos americanos cuando los marinos están aquí. No te creas tú que viven en la esquina.

Al fondo de un larguísimo mostrador con huellas de una limpieza insuficiente, una obesa repintada secaba vasos entre sombras. Nos saludó:

—¡A callarse, que hay resaca!

Al oír la aspereza de la gorda, miré a Pepito, que exploraba el entorno como si intentase recordar un camino. Al final, con seguridad, me señaló uno. Cruzamos la pista, dimos la vuelta al entarimado y un nuevo cortinaje nos llevó a otra puerta rodeada por una cenefa de bombillas del color que el impaciente estudioso de este Informe habrá adivinado. Esa decisión del Yeyé no podía ser fruto del azar. Había estado allí antes. Pero una verdad ya no era suficiente a esas alturas. Cuando Pepito se disponía a empujar la puerta y acometer una nueva incertidumbre, le sujeté del brazo:

—A ver, a ver, un momento... —advertí, y volvió a chistar la camarera—: Yo ahí no entro si no me dices qué le has dicho al portero. Estoy harto de poner cara de gilipollas.

—Pues lo tienes claro, porque es la que vas a tener toda la vida... —me dijo entonces. Y añadió—: Si te quieres largar, lárgate... A mí me da igual.

Puse cara de gilipollas. Ésta me la iba a pagar. Cuando Pepito vio que le seguía por el enésimo pasillo tenebroso, adquirió una manera ajena a la típica adulación o voluntad de perspicacia y me confirmó muy seguro de sí mismo al ritmo (o compás) de su decidida cojera:

—¿Qué querías que le preguntara al portero? Pues que venimos a ver al Watusi. Y ya lo has visto. Casi nos pone alfombra.

—Casi... —Mi presencia estorbaba. Pepito había encontrado el objeto de su búsqueda y yo no era necesario. Pero tenía que preguntar—: ¿Está aquí?

—¿A ti qué te parece? —Se detuvo—: Mira... O te quedas, o te largas...

El Yeyé era otra persona y yo, futuro delincuente durante unos minutos, volvía a ser el mismo primo estafado.

—Me quedo —dije, al tiempo que Pepito abría más puertas y yo intentaba maquinara una venganza terrible si allí no había Watusi ninguno, sino un elemento más del catálogo de fenómenos humanos que estábamos repasando aquel día.

Cuando se acabaron las puertas y cortinajes salimos a un patio cubierto. Olía a ceniza fría y alcohol derramado. Una señora en bata azul, colega de mi madre, estaba pasando un trapo por todo aquello que tuviera presencia sólida: máquinas de hielo, neveras y una anómala mesa de oficina, donde supuse que en momentos más bulliciosos se sentaba un vigilante. Pasamos junto a la mujer sin decir nada y nada nos fue comunicado, salvo la mala conciencia que me producía esa mujer de la limpieza tan similar a mi madre, el recuerdo de dónde debía estar y dónde estaba. Subimos unas escaleras: más bombillas, esta vez apagadas, formaban una flecha que nos guiaba al Watusi, quién sabe si hogareño, ya que estaba en una de sus casas universales y cubierto de sus aromas preferidos.

El Watusi. A lo mejor está tendido en la cama, muy por encima de los sucesos del día, o escucha un disco y baila esperando que uno de aquellos matones, los amigos de siempre hasta el Lío Grande, venga a enfrentarse a él, o abraza a una rubia felina que le adora, o prepara una salvaje ofensiva para cuando anochezca. En la audiencia que nos concede, escucha muy tranquilo, «con esa tranquilidad rara», como ha enunciado el Topoyiyo. Lo sabe todo, pero quiere enterarse de lo que nosotros pensamos, la conclusión tras los sucesivos encuentros. Se desentiende de los mimos de la gacela, el rostro que aún desconozco empieza a asentir, muy despacio. El Yeyé aporta las pruebas de que el autor del crimen ha sido la Dora y el Watusi se prepara para actuar. Yo le doy un codazo a Pepito para que no se olvide de pedir a su héroe que interceda por nosotros, por mi familia y por la suya, si la tiene. El Watusi besa a la gata con sinuosas formas, se pone su cazadora y todos podemos volver a lo nuestro. Yo le digo a Pepito que se olvide de mí. Me convierto en un ángel ante mi madre. Todo sigue como de costumbre. Mal.

Abrimos una nueva puerta y hubo otro cambio de escenario. En las paredes, figuras de mujeres desnudas, perros, querubines y un hombre con cabeza de ciervo danzaban en un mural.

Tiempo después adquirí cierta cultura artística; no mucha y casi toda de prestado, un cierto bagaje consorte, por llamarlo así. Mi novia era dueña de una galería y en su despacho se apilaban libros ilustrados y publicaciones que, a la espera de nada, yo hojeara durante horas con una curiosa impaciencia en las tardes muertas de aquel tedio sublime que llaman felicidad, sentado en su butaca de cuero Vitra, frente a la mesa Protis y rodeado de los diseños de Hollein, Starck, Baleri, Mendini, Saalburg, Wettstein y Dalisi. En el mobiliario, en las fotografías de las publicaciones, en los cuadros, se reproducía aquel otro mundo, un país desconocido al que algunos aspiramos con rabia unos años antes y ahora otros conseguían en su vertiente pulcra. ¿Y qué importaba? Al elegir al azar de entre un montón de revistas el número 1 de *The Magazine of Franco Maria Ricci*, me sobresalté. No era la primera vez que me sucedía, pero estaba tan embotado que ni siquiera me entretenía en especulaciones fantásticas. En la portada de la revista, dos rubias con bucles rizados y escaso pecho se abrazaban. *El baño de Diana* del Parmigianino. Según pude entender del texto inglés, un tal Acteón, en la pausa de una cacería se va a refrescar al riachuelo de un valle, se interna en una gruta y ve a Diana desnuda. Se está bañando y las ninfas a su servicio le echan agua y la limpian. A la casta Diana, que a mí se me antoja otra cosa, no le hace ninguna gracia que un mortal, hombre y cazador como ella, la vea desnuda. Así que lo convierte en ciervo. El pobre Acteón, tras descubrir su nuevo aspecto en las aguas de un río, dice algo que me entenece: «¡Pobre de mí!». Pobre de él. Sus perros, una jauría con nombre, apellidos y prolijos distintivos, se lo comen. «Éstos le rodean por todas partes, y hundiendo el hocico en sus carnes, destrozan bajo

la falsa figura de un ciervo a su propio amo». Entretanto, los compañeros de Acteón le llaman para que no se pierda el deleite cinegético, ajenos a que el ciervo y el llamado son la misma persona. Así que «dicen que la cólera de Diana no quedó satisfecha hasta que las numerosas heridas acabaron con la vida de Acteón». El Parmigianino, que compartía conmigo la sospecha sobre las inclinaciones lésbicas de Diana, se dedicó a pintar, en los techos y frisos de Fontanellato, una versión muy subida de tono de la anécdota. En la mesa de aquel despacho, dejando caer la ceniza de mi cigarro en la camisa Paul Smith y los pantalones del traje Hugo Boss (y hasta en los zapatos Fratelli Rosetti) deduje que algún burgués libertino, antiguo propietario del inmueble que años más tarde ocuparon el Boston's y el burdel, había admirado los frescos del Parmigianino en un viaje a Italia y encargado una copia para sus estancias más secretas, equivocándose de un modo filisteo al interpretar el contenido de la obra como algo erótico, cuando tenía un significado muy distinto. La perspicacia del que compra no cambia nunca. ¿O sí, Lector? Sería aquella casa del burgués baboso muy parecida a la que, no muy lejos de allí, había dominado con temple esclavista el bisabuelo de mi mujer a principios de siglo. Ahora me llegaba la risa de la bisnieta al despacho solitario entre el creciente murmullo del *vernissage*. Alegría hueca de fiestas y presentaciones con la seriedad modulada por un vibráfono sobre el que de pronto se desmaya su intérprete en un chasquido de horror. Impulsado secretamente por las musas y por el extraño hallazgo me alcanzó una flecha de Diana. En el papel en blanco de un cuaderno Bergamo podía haber escrito con un lápiz de plata Faber-Castell:

«¿Cuál es el sello de la libertad realizada?».

Pero no tenía ganas.

Ella abrió la puerta en su vestido de Sybilla, me sonrió. No me engañaba, me quería, estaba a punto de necesitar un hijo:

—Quieren conocerte.

En su íntima timidez ocultaba una perfección que yo, de algún modo, detestaba.

Tras la fugaz contemplación plástica que ha propiciado este dudoso salto en el tiempo, Pepito y yo seguimos caminando como quien mide el alcance de sus pasos. A la derecha, un arco de cristal enseñaba una media tarde de azoteas, gaviotas trazando misteriosas rutas aéreas y el dorso de anuncios luminosos, el esqueleto de la ilusión. Frente al paisaje, una señora en una butaca y una señorita en el extremo del largo sofá perpendicular, se aireaban bajo un ventilador de aspas tan grandes como la hélice de la nave que traía y se llevaba a los salaces americanos. La más joven detuvo la manicura en la que mataba el tiempo, se sirvió limonada de una jarra y la depositó de nuevo en una mesa. Al levantar la vista para beber nos vio y soltó una risa, que fue sonrisa al relamerse los labios en un silencio insinuante; recompensaba al mundo por haberla dotado de ese rentable gesto en una especie de círculo muy vicioso. Los

picaros ojos seguían nuestra aproximación devolviendo una idea contraria a la de su frágil estructura, cubierta por poco más que unos tirantes blancos, o eso me parecía. La mayor mostraba sin recato unas largas piernas cruzadas que ahora asocio, por dar una pincelada elegante, a las bailarinas retiradas. Ya entonces sospechaba que la descarada exhibición, el sutil balanceo, se proponía desviar la atención del cliente de zonas menos apetitosas. En el caso que nos ocupa, un rostro picado por la huella de una enfermedad infantil. La antigua bailarina de cutis volcánico nos vio, se llevó una mano a la boca en señal de recatada sorpresa y exclamó:

—¡Vaya lote!

Y rió como una posea la más joven. Para humillarnos.

Nos situamos frente a ellas. El gesto de aquellas mujeres manifestaba sin disimulo que cualquiera de nuestros actos iba a provocar su indiferencia o la risa. Y nada más. No hacía falta tanto lenguaje corporal, yo al menos era consciente de que éramos dos niños y parecíamos rescatados de una sentina.

—Deja... —me ordenó Pepito sin saludar a las putas—: Siéntate ahí y no te muevas...

Pepito señalaba el sofá donde la puta joven seguía mis perplejidades con toda la guasa de que era capaz.

—Con permiso... —solicité a la puta mayor, cuyas espléndidas piernas obstaculizaban mi paso. Ella, pura deformación profesional, las levantó con sabia demora, me enseñó lo que guardaba entre ellas, y nadie pudo oír mi secreto «Ave María Purísima...».

—Caray... ¡Qué educación! —se asombró la que iba a ser mi compañera de sofá, mientras mi seguro hedor la empujaba al confín del mueble. Yo me incrusté en la otra punta para no ofenderla y que mi buena educación quedase consolidada. Mi vergüenza reñía a mi aspecto y buscaba excusas inútiles para no admirarla, jalearla, vitorearla. Era casi una niña. Como yo. Pero también me gustaban así.

La mayor sentenció:

—Si por fuera vais como vais, imaginarse el pirulí... Y yo con guarros...

Como toda respuesta al comentario de nuestra higiene, Pepito agachó la cabeza y le dijo algo al oído, mientras ella se afianzaba en sus convicciones con una mueca de repulsión. Su gesto, era habitual, se trocó en sorpresa y preguntó:

—¿De verdad?

—Sí, pero ya sabes... —advirtió Pepito, mientras alzaba la barbilla en mi dirección.

—De usted, mocosos, de usted... Un respeto... —le contestó la puta al Yeyé. Pero me miraba a mí. Desvié la vista reuniendo todo mi valor para estudiar a mi joven compañera de sofá, a mi nuevo amor, entrevista en el fragor y la fatiga de aquella batalla de la que nada entendía. La puta joven me miraba a su vez, los labios

apretados, los ojos lanzaban destellos previos a un ataque de risa. Como su compañera, también sabía balancear la pierna. Y más deprisa.

La puta fea, pero de bellos pilares, se levantó y dijo:

—Espera. Se lo voy a decir. No fuera que...

—Ya, ya... —afirmó un experto Pepito.

—Qué va... —aseguró la joven, que había oído tanto como yo y sin embargo estaba en posesión de un amplio conocimiento sobre la situación—. Está en la cuatro sin hacer nada.

Pepito me mostró una palma sucia en orden de permanecer sentado. Se iba a enterar cuando saliéramos de ésta. Desapareció acompañado de la puta mayor, un inequívoco sonido de tacones y bota ortopédica combinados se perdió por el pasillo.

—¿Vienes mucho por aquí? —La putilla ya tiraba con descaro. Volví a sus piernas, muy delgadas pero bonitas, y unos muslos largos y duros, aún lejos, según mi parecer, del completo desarrollo, apenas velados por una falda muy corta, que en ese momento se levantó dos centímetros sin revelar más que carne y prohibición.

Me ocupé en rascarme la mejilla. Tanta turbación hacía aflorar el escozor de la herida. En algún lugar se escucharon gritos femeninos y hasta un bofetón. Simulando considerar propios de aquel lugar esos tumultos, ladeé la cabeza hacia mi compañera en señal de mucho mundo.

—¿No te estás enterando de nada, verdad?

—¿De nada de qué?

—De lo que está pasando.

—¿Y qué está pasando?

—Me parece que el gitano te está pirulando de lujo. Como si lo viera.

Lo estaba viendo, pero la cuestión era no dejarse avasallar.

—Venimos a buscar al Watusi.

¡Qué sorpresa!

—¿Al Watusi? ¿Aquí?

¡Qué risa!

Y, enseguida, el raro desvelo por mi apariencia:

—Te estás destrozando la cara...

Acarició levemente la herida en mi mejilla, y al incorporarse alisó muy despacio su no-falda. La asocié con aquella niña del remolque de la que todos se cachondeaban porque se le veía el coño. Me enternecen las chicas que se alisan la falda. Y las chicas muy guapas que se suenan la nariz. También las que forran libros. Son ternuras distintas. La puta joven se acercaba al que, entretanto, dejaba de mirar como un bobo la sangre en las yemas de los dedos para mirar como un bobo otra cosa. ¿Había vida más allá del escote? La había...

—Ven, acompáñame, que te curo.

Entramos en una habitación con cama, un cuadro de amantes bajo el claro de luna, un bidé (entonces un asombroso artefacto para mi ignorancia) y un pequeño lavabo. Mientras me iniciaba en los misterios de la vida estudiando el ámbito con atención desmesurada y un temblor, ella abrió el cajón de una mesita de noche, sacó un frasco con alcohol y algodones. Sus brazos se levantaron para formar una V, impúberes y blancas las axilas.

—¡Tengo de todo! —Tenía de todo. Señaló la cama—: Anda, siéntate.

Me senté en el borde de la cama. Ella empapó el algodón, se reclinó, advirtió una mirada nada furtiva. Ya no era la mucha lactancia el motivo de aquellos ojos chispeantes. Como habrá supuesto el Lector, y mucho más si el Lector es Lectora y piensa que me demoro mucho en esta escena, la chica no tardó en advertir lo poco que le había costado convertirme en el perrito jadeante que era.

—Te has puesto rojo... —afirmó.

Le mostré el encogerse de hombros de los grandes momentos.

—No te muevas y, sobre todo, no vuelvas la cara.

Petrifiqué la cara.

—Es bonita esa cadena que llevas. ¡Es un indio! —Su intención era distraerme.

—Un jefe —admití sin mirarla para dejar que hurgase en mi herida. Di un respingo al sentir el escozor.

—Tírate un poco para atrás. ¿Te echo mercromina?

—¡No!

—Entonces el indio ibas a ser tú...

Se reía de su ocurrencia y avanzaba hacia mí, los dientes blancos entre labios convulsos, ondulante, como si la escena tuviera lugar dentro del agua, ella fuese el tiburón y yo la presa.

—¿Cómo te llamas? —disimulé. Con el pretexto de una cura óptima, la chica había colocado una rodilla entre mis piernas abiertas, un acto que parecía involuntario y lo era. Sentí el alcohol de 96° como un perfume fatal.

—Me llamo Samanta, ¿y tú?

—Jeff. —Puestos a decir mentiras...

—¿Jeff?

—Es que nací en el extranjero.

—Ah... Aquí vienen muchos extranjeros. Americanos, sobre todo...

—¿Y no viene el Watusi?

Samanta retiró la mano y la rodilla, todo su cuerpo y su doble intención. Se negaba a contestar.

—Vuelve... A ver, la herida...

Obedecí.

—Te has empalmado.



Asentí.

—¿Tienes dinero?

Negué.

—Pues ya ves...

Me resigné.

Volvió a pasear la lengua por los labios. Meditaba.

—A lo mejor la medalla... El indio...

Miré mi preciada posesión. Asentí.

—Cuéntame de paso por qué buscas al Watusi —dijo mientras se arrodillaba ante mí y me bajaba los pantalones—: Si no aprietas las piernas y me tapas los oídos, yo te oigo lo mismo.

Así, Lector, lo averigüé. Algunas chicas obedecen, y hasta inician entusiastas la dulce dádiva, cuando se pronuncia el imperativo que hasta esa hora entendía como expresión coloquial rotunda, pero ficticia; idéntico sentido figurado al de la blasfemia, una vaga resonancia abstracta. Pues nada de eso. Aquí, aquí, ¡AQUÍ! en esta compulsiva unión de lo abstracto y lo representativo nace la magia, no en losas de parques zoológicos ni en ningún otro lugar. Entre gemidos procurados por acometidas orales familiares e inéditas a un tiempo, su aliento en el prepucio, las sugerencias de la lengua mojada, el cabal conocimiento de ese campo minado y la pericia en hacerlo estallar poco a poco, inicié un relato apócrifo y fragmentario del día. Fragmentario, porque tartamudeaba y desconocía cómo iban a acabar los acontecimientos; y apócrifo, porque, henchido de virilidad, engarfiadas las manos en las sábanas y la melena y la carne de Samanta, manos que ella sacudía como si al tocarla incumpliera un acuerdo, me había elevado en inspirador y héroe de la búsqueda del Watusi. El asesinato, por no detener esos labios adorables, se había convertido en delito menor. Samanta no tenía edad para oír según qué. El resto de la historia discurría igual salvo en un detalle: mías eran las deducciones y la iniciativa en las entrevistas por piscinas y bares, los golpes contundentes y las resoluciones en puertas secretas y en lo más hondo de los callejones. Mía fue la gloria.

Me derrumbé en la cama tras un lamento similar aunque más tímido a los que emitía a menudo en lugares remotos de la montaña.

—¿Me vas a soltar el pelo de una vez, o te lo regalo? —me dijo Samanta en cuclillas mientras liberaba su enredada melena del rigor mortis de mi garra, se ponía en pie, iba a la mesita de noche, cogía un frasco, se encaminaba al lavabo y procedía a un meticuloso enjuague. Me incorporé, aturdido en la contemplación de mi declinante imperio—. Nene, la cadena... —Las esmaltadas uñas de Samanta se agitaban frente a mí.

Muy digno, como si firmara una rendición, le entregué mi jefe indio. Enseguida pendió de su largo cuello mi blasón y ya se pintaba los labios en el espejo, se volvía y

daba un taconazo de advertencia.

—A otra cosa, mariposa... —anunció diligente—: ¿Qué me miras? ¿Te ha gustado?

Asentí mientras me abrochaba.

—Pues cuando quieras, ahorras tu dinerito y ya sabes dónde me tienes. Sobre todo, si vienes en días como hoy. Después de una de americanos no hay ningún movimiento. Yo estoy sólo por la tarde. Acuérdate.

Y me dijo una cantidad.

No me interesó la cifra. Me desolaba la repentina laxitud física y la pérdida de mi jefe indio, consciente del alto precio de un placer fugaz por muy iniciático que sea. Tras asomarse al pasillo, Samanta, con un gesto de extrañeza en la boca, volvió a su bien equipada mesita, dejó la barra de labios, extrajo un paquete de tabaco y me ofreció un cigarrillo.

—Nos podemos quedar aquí hasta que oigamos ruido fuera. No tengo ganas de aguantar a la Viruelas. A la que te descuidas, te coge, te cuenta sus penas y te da el día. Ella se alivia, chico, pero a ti te deja hecha un trapo. Y ya tengo bastante con algunos, que parece que sólo vengan a confesarse...

Encendimos los cigarrillos y nos tumbamos en la cama. Samanta contemplaba el techo y yo a Samanta.

—¡Qué raro eso que me has contado! ¡Vaya barrio! Yo vivo muy bien, con mis hermanas y un cuñado. Sin problemas...

—¿Y habías oído hablar del Watusi?

—Claro... —dijo y se puso a fumar y a mirar el techo como quien no desea añadir una palabra a ese conocimiento. Sin embargo, después de mirarme, ver cómo la miraba y desviar la orientación de una de mis manos, que ni siquiera había llegado a su objetivo, fingiendo piedad, niña vanidosa, quiso rematar el poder que ejercía sobre mí. Yo entonces creí que le caía bien—: Tú no tienes ni idea de las cosas que se ven y se oyen aquí. De gente de todas clases. El otro día un concejal o una cosa parecida habló con la Penacho. La Penacho me llamó y el tío después de mirarme y darme la vuelta como si fuera un cromo, dijo que era demasiado mayor. Y se fue...

No me interesaba nada la anécdota.

—Eso es para que te hagas una idea. Las ves y las oyes de todos los colores... Y si te toca estar con la Viruelas, que no para de contar, pues aún te enteras de más cosas. Si la ves cuando salgamos, fíjate en el hombro. Casi no se le ve porque siempre lo lleva tapado. Pero si te fijas bien se nota como el arranque de la cicatriz. ¿Sabes la piel quemada? Pues tiene un boquete en el hombro como mi mano —me enseñó su mano, no era un boquete muy grande—: Pues no fue quemadura, sino el Watusi de un mordisco. O el Watusi, o alguien que estaba con el Watusi. Pero esas cosas siempre pasan cuando está el cerdo ese por en medio. Por aquí no viene. Y si

viene, debe venir de noche, cuando yo no estoy. Pero no, no creo. Ése es de los de La Alameda...

—¿La Alameda? —Hice un esfuerzo para que mi voz no temblase. Ahora recibía la información que necesitaba. El tonto del Yeyé me había conducido otra vez al lugar equivocado. Antes de que volviera definitivamente a casa, se iba a tragar la jactancia con la que antes me había ofendido. Y le explicaría qué era La Alameda y dónde podía metérsela.

—Eso dice la Penacho. Ésa y otras que van por allí a veces. La Penacho va como de guía, porque sólo suben las mejores. La Alameda está en la montaña. No en la tuya, sino en la otra. —Se refería a la montaña de los ricos, donde me extrañó, dada las referencias que tenía, que existiesen lugares donde acogieran al Watusi o a alguien similar—: Lo de subir la Viruelas debió de ser un día como hoy, que falta gente. Le debieron ver la cara y por eso le pegaron un bocado. Un bocado y una patada en el culo. Y si yo no voy, no es por fea, claro, sino porque dejé muy clarito que sólo vengo por las tardes... Se ve que el Watusi ese se pasa temporadas allí encerrado. Las cosas, supongo... Se esconderá. Pero también va gente legal. Como el concejal aquel. Y hippies, me han dicho. Ricos, que los hay. Vamos, que La Alameda es el acabose y yo no quiero líos... Por eso le dije a la Penacho que si quiere que se le meen encima y eso, que ponga ella la boca.

—¿Quién es la Penacho?

Samanta se rió en mi cara. Se le levantó la falda rebelde y yo volví a lanzar una mano hacia zonas prohibidas. Lo hacía por disfrutar y sufrir con el limpio y experto movimiento que me rechazaba, no para que me apagasen una colilla en el dorso de la mano.

—Ya es la segunda. A la segunda va la vencida —fue la explicación que recibí mi alarido.

—Es la tercera... «A la tercera va la vencida». —Se me saltaban las lágrimas.

—Aquí es a la segunda. Si no pagas, no hay nada. Si quieres hablamos, y si no llamo al de la puerta para que te pegue un par de hostias. A ti, perdona, hay que decirte las cosas así, porque no te enteras de nada nunca.

Yo sacudía la mano:

—Pues dime quién es la Penacho...

—Tu compañero, el cojo, ha venido a ver a la Penacho. Ha venido otras veces y la Penacho, depende del humor que esté, le da algo de dinero, o le echa a la calle con cajas destempladas. Y por lo que me has explicado, más o menos, y de lo que yo te he creído, también más o menos, para mí que el cojo se ha asustado del follón que se ha formado y ha venido a verla.

Seguía sin entender nada:

—¿Por qué?

—Porque es una tía suya o algo así... Pariente... ¿De verdad has sido tú el que ha dicho de venir aquí, mentirosillo?

Me miró. Pudo comprobar mi estupefacción. Su risa cada vez me resultaba más cargante, no el movimiento de su cuerpo.

—Ya me lo dicen mis hermanas... De los hombres, ni así. Y mira que tú tienes cara de primo... Cara de primo larga... Y eres un primo. Este negocio es del Celso ese que dices que el Watusi le ha robado una colección de sellos que era de un pariente y el Celso le tenía tanto cariño. Lo que me parece a mí es que tu amigo va a decirle a la Penacho, a su tía, que haga algo, que le libere del follón que le has montado, llevándolo de acá para allá a buscar al Watusi. Si es que no es mentira eso también. Porque si es mentira, chavalín, y ha sido él el que ha hecho que os persiga todo tu barrio por una tontería así, eres el campeón del mundo de los pringados.

—No, no, es que al Watusi lo conozco muy bien...

—Pues vale. Pues tu amigo ha ido a ver a su tía y lo primero que ha hecho la Penacho ha sido clavarle una hostia a bote pronto. ¿O es que no lo has oído?

Lo había oído, pero deduje que eran miserias del amor carnal.

—Qué carita... —dijo Samanta después de darme un beso gratis—: No me has dicho ni una verdad.

—¿Y dónde está La Alameda?

—Anda, vete a casa. ¿No ves que te está engañando? Y te estará engañando por algo. Además, a mí me quedan dos días de estar aquí, y no quiero que un macarra de mierda le haga nada a este cuerpazo.

—Tienes razón. Tú vales mucho más... Dame una pista de La Alameda, anda...

¿Por qué no aprendí entonces que una adulación, por muy torpe y precipitada que sea, siempre resulta efectiva? Samanta se desperezaba con un deleite por sí misma que rozaba lo epiceno.

—Ay, chico, no sé. Un sitio bien. No sé. Ya te he dicho, subes la montaña y debe de haber álamos por ahí...

—¿Y cómo son los álamos? ¿Pone La Alameda? ¿Hay un cartel?

—¿No lo va a haber? Escucha...

Fuera se oían pasos y voces. Salimos. Pepito, la mano en la manilla de la puerta de salida, el rostro amoratado, pero, sorpresa, perfectamente peinado y casi limpio, y una nueva camisa que le venía tan grande como pequeña la habitual, hacía señas para que me diera prisa. A su lado, una señora mayor con una melena negra larguísima, estaba mirando muy mal a Samanta. Aquella supuesta pariente del Yeyé parecía disfrazada con una especie de bañador semitransparente. Extraño espectáculo.

—Le estaba curando —se excusó Samanta. Y enseguida trotó hasta otra habitación—: Bueno, me visto, que me voy...

La pariente de Pepito me miró y dijo:

—¡Vuela!

Pepito ya no estaba.

Cuando empecé a bajar las escaleras, noté que el paso de Pepito se detenía al oírme. Me asomé por el hueco:

—Oye, ¿qué es La Alameda? —pregunté con cierto retintín en el tono de voz.

De pronto, desapareció. Se oyeron dos puertas cerrándose a la vez. Una arriba y otra abajo. Abajo sólo veía oscuridad. Arriba, la voz de la Penacho gritaba: «¡Samanta...!».

«¡Lárgate!», fue el imperativo del portero del Boston's al preguntar por el destino físico del Yeyé, y «¡Tú, fuera!» la orden de un mozo, cuando en la terraza de un populoso café, habitado por viejecitos muy finos, el chagal hostelero confundió mi paso demorado entre las mesas, un inmejorable punto de observación de las populosas Ramblas, con un ensayo de mendicidad o algo peor. Crucé la calle. En medio del bulevar, víctima de empujones y miradas de pena y asco, me sentía más perdido que nunca.

Las Ramblas, paseo municipal por excelencia, conocían en la tregua del chubasco veraniego una frecuentación masiva de repertorio humano, que caminaba a diversa velocidad en todas direcciones. El multicolor turismo reaparecía, el carterista tropezaba con elementos de aspecto candoroso y se disculpaba efusivamente; la cartera o el tomavistas ya en el fondo de cualquier trapería. Apoyadas en muros y entradas laterales, en puertas de cines, frontones y cabarés, las putas se exhibían y, en la brillante acera central, el quiosquero vendía su prensa, se mercadeaba con periquitos, monos, canarios, loros, tortugas y reptiles, y las floristas, esperanzadas, hacían ramos goteantes con habilidad profesional para todos aquellos, muchos y preocupados, que tenían la obligación de obsequiar con un detalle a una mujer que se llamase María, pues era su festividad y las marías ni escasean, ni perdonan un descuido onomástico.

Las Ramblas cuentan con una larga tradición en la venta de flores y plantas. En aquel tiempo, el número de puestos superaba la treintena. Aunque la rosa roja sea la indiscutible campeona vegetal, las floristas le concedan un valioso espacio en sus aromáticos pabellones y renueven existencias a diario, también hay mucha salida para otros colores de rosas, los claveles en toda su gama, los gladiolos, los lilioms, tulipanes y hasta florecillas del campo, además de plantas como la dracaena, el tronco de Brasil, la maranta, el ficus y el potó.

¿Por qué sé todo esto?

Porque unos años después viví muy cerca de allí y me aburría mucho.

¿Importa?

Sí, porque entre uno de los puestos florales y una tienda de mascotas, Pepito, como si fuera un mono de Gibraltar en fuga, surgió como una exhalación y mucho vuelco y escándalo, entre un estallido de flora y fauna que salpicó de color y revuelo la poblada avenida. El Yeyé me rebasó sin un saludo y a punto estuvo de ser atropellado por varios automóviles al cruzar un segundo tramo de calzada sin previa consulta óptica. Ajeno a bocinazos y exclamaciones se introdujo en el laberinto de callejuelas del mercado próximo; ese día, una cueva silenciosa. En un rápido movimiento de la vista descubrí en pos del cojo nada menos que al Superman y al

Topoyiyo con signos evidentes de haber visitado la misma casa de agresión primero y socorro después: mucha venda y muy mal humor. Por fortuna, no fue un hallazgo recíproco. A mi lado, en otra persecución vinculada a la anterior, pero ajena una de la otra, Samanta con los zapatos de tacón en la mano, sin cambiarse como había prometido y recibiendo una ovación del elemento viril de la ciudadanía, pasó por medio de la rambla a toda velocidad sin detenerse a saludar, porque tras ella, armada asimismo de zapato de tacón y alentada por el piropo «Gallina vieja hace buen caldo» que le dedicó un desdentado, la Penacho, pariente del Yeyé, le seguía con mucha blasfemia en la boca y una velocidad en las piernas sorprendente en alguien de su edad y trayectoria. El espectáculo, ya digo, era aplaudido por los incautos y un aviso para los demás. El centro del bulevar se despobló de modo sensible, mientras los mendigos se aprestaban a recoger las flores y plantas que alfombraban el paseo y a quedarse con los liberados monos, papagayos, periquitos, reptiles y tortugas que, tras escapar de sus jaulas, iban a encontrar fácil acomodo en el mercado negro si no en el perol. Yo, tocado por Fortuna, recogí la cadena de jefe indio que Samanta había perdido en la carrera y, mientras me la colgaba otra vez, emprendía el camino hacia la compañía aseguradora donde mi madre estaría a punto de concluir su penosa jornada laboral. El edificio, ubicado en una céntrica plaza, se encontraba a pocos metros de ese arrebató multicolor, de esa concentración de sucesos inoportunos.

No había nadie. Ni una luz, ni un asomo de vida. El hexaedro inerte me comunicaba que mi madre ya estaría en casa con el rostro desgarrado por ella misma o cualquier otro. Imaginé también que en ese momento Pepito colgaría de una farola tras confesar nuestra culpa. Sólo me quedaba una oportunidad y la iba a aprovechar. Un simpático regordete, después de ocupar el asiento de atrás de su automóvil con ramos de flores y otros objetos que no pude dilucidar (su hogar sería un vivero de marías quejasas) decidió, y lo noté en su gesto, comprar uno de esos bocadillos de salchicha con nombre alemán que tan de moda se estaban poniendo. No quiero imaginarme la perplejidad de su bondadoso rostro cuando volviera a por el coche y sólo encontrase el vacío.

Calcule el Lector la dificultad de mi tarea en ese tramo de la jornada. Por un lado, mantenía las normas del experto ladrón de coches en perfecta armonía con el tráfico: conducción moderada sin ser lenta, no competir con el ímpetu de otros coches, sino utilizarlo en provecho propio sin cerrar el paso a nadie, ni apurar un cambio de luz, o salir a toda marcha cuando la ansiedad es mucha y aparece el verde en el semáforo. Por otro, descubrí que no iba solo: de entre el aroma de rosas, aparecieron unas voces en el asiento de atrás que detuvieron por un instante mi corazón; una de ellas repetía: «¡Manda rosas a Sandra!», y la otra, de parecido timbre: «¡Que se va de la ciudad!». Eran dos loros entrenados como reclamo publicitario en un puesto de flores, en uno de animales, o en un tercero mixto. Al regordete dueño del automóvil le habrían

hecho mucha gracia; quizá pensó, el tipo flemático suele dar en esas ocurrencias, que ese dúo implacable entonando la canción de moda alegraría mucho su vivienda y a sus maris. Una tercera parte de mi dispersión era la herida en el dorso de la mano que me había provocado la quemadura del cigarro de Samanta y ahora empezaba a doler de verdad, una ampolla como una judía.

Queda la cuarta parte de mis reflexiones. Y sus parcelas.

¿Dónde estaba La Alameda? ¿Estaría el Watusi allí?

De momento, recordé las palabras de la felatriz Samanta y me dirigí a lo que mi estricta geografía denominaba montaña de los ricos. Una montaña, por qué no decirlo, bastante grande y llena de casas, chalets, mansiones, palacetes y palacios en todas sus laderas; algunos edificios junto a la carretera principal, otros al final de senderos entre el bosque, o tras vallas inexpugnables. «¿Hay un cartel?», le había preguntado a Samanta. «¿No lo va a haber...?», me había contestado. Pero esa frase había sido dicha con prudente languidez para dejar bien claro que no eran asuntos de su interés la ubicación de La Alameda ni las manifestaciones orgiásticas que en ella tenían lugar.

Las orgías. Pensé en cuerpos. Pero he de reconocer que no sabía cómo juntar esos cuerpos. Pensé en gente riendo. Pero no sabía de qué reían. Pensé en mordiscos, pero no sabía por qué se mordían. Así que volví a mi propia salvación.

El Superman y el Topoyiyo buscaban a Pepito («¡y a ti...!»). Habían llegado a la conclusión de que merodeábamos por ese punto. Seguramente se dirigían al Boston's cuando lo descubrieron. ¿Y Pepito adónde iba? A La Alameda. Al preguntarle yo por su ubicación había descubierto que ése era finalmente el lugar donde se ocultaba el Watusi. O no iba a La Alameda. Nada más oír mi voz, había recordado que ya iba siendo hora de escabullirse de mi presencia y había echado a renquear.

Los domingos de agosto había poco tráfico en el que camuflarse, pero también menos vigilancia. Remontaba una calle interminable como quien asciende la tarde de verano. En el encierro del coche, el olor de las flores era tan intenso como la fiebre. Un loro decía a mi espalda: «¡Manda rosas a Sandra!». Y el otro: «¡Que se va de la ciudad!». El cielo se volvía a encapotar. Las dudas celestiales me confundían tanto como las mías. O como el azar.

Teoría uno: Pepito es atrapado. Pepito no sabe nada.

Desarrollo de la teoría uno: Pepito me había dicho que iba a buscar al Watusi a un lugar del que Celso resultó ser el dueño; por tanto, ese sitio era el menos indicado para que el Watusi se refugiara. Pepito había desistido en realidad de la búsqueda del Watusi. Después del jaleo que habíamos formado, me había contado uno de sus cuentos y había pedido ayuda a la Penacho, su pariente. La Penacho le había pegado un bofetón fuerte, pero se había apiadado de él y le había adecentado en lo posible. ¿Le habría convencido para que se entregase? No. Porque Pepito huía de las posibles



personas a las que se debía entregar. O sólo querría entregarse a quien tuviera poder suficiente y no le torturase por el camino. Cuando le pregunté a Pepito en las escaleras del Boston's por la ubicación de La Alameda, no sólo había salido corriendo, sino que La Penacho había gritado «¡Samanta!» e iniciado una jocosa persecución por las Ramblas. Con lo cual podía establecer la teoría dos.

Teoría dos. Pepito era atrapado. Pepito ha deducido que es en La Alameda donde se esconde el Watusi.

Como mis perseguidores conocían la ubicación de La Alameda, ya me estarían esperando cuando llegase o haciendo trizas al Watusi. Pero existía la posibilidad de que no la conocieran. De que La Alameda fuese un negocio al que Celso y sus secuaces eran ajenos. En ese caso, no encontraría a nadie más que al Watusi, porque Pepito estaría colgando de una farola y diciendo que no sabía dónde estaba La Alameda. Mintiendo o diciendo la verdad. Y los otros sabrían de qué hablaba o no.

La teoría tres era como el agua clara.

Si volvía al barrio era hombre muerto. Si llegaba a La Alameda, también. Pero en lo desconocido había un resquicio para la incertidumbre. Y todas las teorías pueden derrumbarse porque en ese momento se celebre una orgía de cuerpos (¿cómo se juntan?) o de violencia (ahí sí sabía el modo de unión). O por el azar.

Un azar de este tipo. Nada más llegar a las estribaciones de la montaña de los ricos, un 850 Sport (¿de qué color? ¡Rojo!) pasa zumbando a mi lado y distingo a un ladrón de coches que no guarda ninguna de las normas del perfecto profesional. Que ese ladrón sea Pepito con cara de velocidad, que uno desconozca que el Yeyé sepa conducir automóviles, que un loro diga «Manda rosas a Sandra» y otro conteste «Que se va de la ciudad», que me ponga a la cola del coche que conduce mi ex amigo con la pericia que me supongo, y que de un modo ridículo, el experto ladrón de coches, yo, sea burlado en el primer callejón por el supuesto novato, el Yeyé, eso, para un tonto, es azar.

Nadie más le seguía. Lo que daba pie a un remate del cuerpo teórico con una cuarta cláusula.

No habían atrapado a Pepito. Nadie sabía nada de La Alameda. Pepito se dirigía con toda la decisión del mundo hacia allí, convencido, como ahora lo estábamos todos, de que ése era el último refugio del Watusi y nuestra única posibilidad de salvación.

Pero yo estaba perdido y di doscientas vueltas por toda la montaña, mientras intentaba vislumbrar un cartel indicador, el coche de Pepito, el modo en que se juntaban los cuerpos en una orgía. Imaginaba a zorras de toda índole revolcándose desnudas por el bosque. Tras ellas, un hombre invisible andaba, corría, mordía, mataba como en un baile de noches y días y más noches, la cazadora con el emblema Watusi 65 aleteando en el frenesí. Por eso miraba entre la vegetación, y descubría un

punto rojo cerca de un sendero y lo tomaba.

El cartel de madera, inclinado, moribundo, rezaba: «Fuente del Chopo». En medio del camino fangoso, entre un grupo de árboles que presumí chopos, estaba abandonado el 850 Sport. Detuve mi vehículo, lo vacié de flora y fauna con el extravagante pensamiento de que uno es siempre bien recibido cuando se presenta con un obsequio: «Traigo un regalo para el Watusi». No se me ocurría nada más.

Cerca del lugar donde había abandonado el coche, un peludo vestido con ropas de procedencia bovina, canturreaba una melodía de la que borboteaban versos singulares y de tanto en tanto gemía: «¡Soy un grillo!». Se hacía mucha gracia y entre sonrisas comía un fango rojizo y reptaba entre las matas. En el camino, un cartel viejo rezaba «Clínica Francesa»; otro, más viejo aún, grabado en un monolito, «La Alameda».

La Alameda era un palacete semirruinoso que esa tarde simbolizaba muchos estados de ánimo. Lo rodeaban altas verjas cegadas por, quién sabe, álamos y una fila de cipreses. No se veía a nadie. Esperé mirando un estanque lleno de aguas verdosas y hojas muertas de un otoño asesino sobre otro; y más lejos, al final de un sendero flanqueado por más cipreses y vasos rotos, el cemento de una antigua cancha de tenis. En la casa, el gruñido de las puertas repintadas de un verde chillón que lastimaba la armonía agonizante de la destrucción arquitectónica anticipó la presencia de una pareja de hippies. Salían de la casa con los ojos entrecerrados y un gemir nervioso. Quise decirles que un compañero suyo estaba cantando «Soy la gitana, la reina del ácido, ¡paga antes de empezar! La gitana, garantizada, llevará lejos tu alma...» y añadía que era un grillo en plena comunión con Natura, pero para qué. Además, en nuestra perversión social tendemos a pensar que lo ajeno es igual entre sí, y a lo mejor aquéllos no se conocían de nada. Que se preguntaran el uno al otro por el destino de un tal Maurici, no me apeó de mi hallazgo sociológico. Que gritasen a los árboles tampoco. La verja que yo suponía cerrada, no lo estaba. La chica se quedó mirando los loros y, por lo que deduje, el plumaje de uno de ellos, su colorido azulado, le provocaba un placer sin cuento. Era el que decía: «¡Que se va de la ciudad!». Se lo regalé. Entré en la casa. En el sendero enfangado se distinguían, entre otras, las huellas de una suela con dos botas ortopédicas cruzadas. De la distancia entre los rastros se podía deducir que Pepito había entrado en esa casa a brincos.

Llamé a la puerta y me recibió una señora con un mandil. Le entregué un ramo de rosas y otro a un matón que las recibió con agrado y me preguntó:

—¿Buscas a la Francesa?

Afirmé y un enorme vestíbulo con una escalinata me estaba esperando. Unas diez fregonas eliminaban cualquier señal de orgía; de pie, arrodilladas sobre el suelo de líneas quebradas, junto a un cubo, pulían el mármol y la escalera, lustraban el pasamanos. La mujer que me había abierto alzó el mentón. Subí la escalinata y llegué a un rellano donde se apilaban espirales de alfombras. Pregunté por la Francesa a una

chica con minifalda que daba bandazos en dirección a ningún sitio y la obsequié con otro ramo de rosas. Vomitó encima de ellas, y una mezcolanza de pétalos y bilis se esparció por el suelo. Sin hacer comentario alguno, una de las fregonas subió hasta la ciénaga y se arrodilló ante la yacente, ignorando, no como yo, sus largas piernas y ese culo sin bragas, ondulante y bronceado, que distingue una vida de gimnasia y privilegio. Una vez eliminado cualquier rastro de la vestal caída salvo su deteriorada presencia misma, la fregona desapareció y llegué a un pasillo. Tras una puerta de doble batiente encontré una sala con cristaleras modernistas que, como en el Boston's, representaban rosadas escenas eróticas que la tenue luz de la tarde difuminaba por el suelo. Imaginé un día de viento y los álamos agitados en el exterior y su sombra relacionando a las obscenas figuras. Posiciones diversas, distinto alimento, imaginativa danza: eso era la orgía. En la misma sala, pero al lado de la entrada del pasillo 14523 de ese día, luces rojas encendidas o apagadas sobre una perspectiva de puertas, anacrónicos detalles de un pragmatismo perverso, una sesentona rodeada de cajas metálicas contaba dinero en una mesa con teléfono y cafetera. Iba vestida con traje de chaqueta rojo sobre el que caía una larga melena azabache. Me vio. Sonrió. Me hizo una señal para que me acercase y cuando estuve frente a ella, dijo con fuerte acento francés:

—¿Todo esto es para mí?

Afirmé entusiasta y ella recibió los obsequios como si fuera la ganadora de un concurso de belleza. Después le hizo una carantoña al loro que se reafirmó en el imperativo de que era preciso enviar rosas a Sandra, aunque ya nadie pudiera replicarle que Sandra se iba de la ciudad.

La casi anciana, de rasgos vagamente tropicales pese a su acento francés, me dijo que me sentase en la silla que estaba libre frente a la mesa cubierta de billetes de todos los países y valores y, al ver mi mano, exclamó con falso espanto:

—¡Mi Dios! ¡Qué horror! Quieres que te la cure, ¿no es verdad?

Escondí la mano debajo de la mesa, mientras negaba. Sabía muy bien en qué consistían esas curas, estaba exhausto y la vieja lo era mucho.

La posible Francesa se rió y dijo, mientras seguía contando dinero:

—A lo mejor tú creías que te la iba a *sucer* como la pequeña zorrita del Boston's... ¿Pero no le habías dado la cadena del indio? ¿Te lo hizo gratis? No. Bien. ¿Me la vas a dar a mí si te cuento algo?

Se volvió a reír al notar mi estupefacción. Eso sí, el dinero seguía siendo contabilizado, apilado, rodeado con gomas, anotadas una cifra y otra en un cuaderno.

—¿A quién buscas? —me preguntó de pronto. La pantomima había llegado a su fin—: ¿A un familiar? ¿Al cojito? ¿O al Watusi?

—No sabes a quién buscas. Has llegado aquí para buscar, pero ya te has olvidado. ¿No es verdad? Bien. Yo te diré lo que buscas. Tú buscas que todo siga como antes. Que el día de hoy no haya pasado, que no te pase nada. ¿No es verdad? Pero eso no puede ser. ¡Los días pasan...! En unos no pasa nada y en otros pasan muchas cosas. Pero pasan, pasan... Ahora tú quieres volver atrás. ¿No es verdad? Bien. Escucha. Esta silla, aquí, donde estoy sentada, es la más sabia. Yo estoy aquí horas y horas y me entero de todo. ¿No es verdad? Yo no sé cuándo ha empezado para ti este día, pero para mí... Ya no sé ni contar las horas...

Una uña esmaltada de blanco hizo repicar el acero de una cafetera vulgar. El mismo dedo se dirigió luego a una taza de porcelana china. La Francesa miró en su interior y frunció el ceño; seguramente no vio nada: ni café ni porvenir. «... *Cinq, six, sept, huit, neuf, dix*», seguía contando dinero. De pronto, mientras ligaba un fajo, volvió a reparar en mi harapienta persona, y como si no me hubiese visto nunca, me preguntó en el mismo tono del que se ve obligado a rellenar un incómodo impreso:

—¿Cómo te llamas?

Vacilé. No sabía si pronunciar mi verdadero nombre. Al reír, la Francesa mostró unos dientes muy blancos y un mohín sugerente. Habría sido una mujer muy guapa y supo explotarlo desde el principio. En el pasillo, se oyeron un grito y varias carcajadas detrás de una o varias de las puertas. La Francesa hizo caso omiso y me esforcé por imitarla.

—Bueno, Fernando, parece que no te acuerdas de cómo te llamas. Ni tampoco sabrás que vives en la otra montaña, ni que tu madre se quedó viuda hace diez años. Y seguro que no sabes muchas cosas más... ¿No es verdad?

Me sobresalté de mala manera. Durante un momento dejó de hacerme caso y siguió contando dinero. Sobre la mesa se amontonaban pilas de billetes de varias nacionalidades, pero sobre todo pesetas, francos y dólares. Para cada divisa, la Francesa seguía un cálculo diferente, y a veces, trazaba una operación muy rápida en los márgenes de la libreta, antes de hacer una anotación, doblar el fajo, rodearlo con una goma y guardarlo en una caja metálica. Al fin, me dijo:

—Mira, como supongo que tenemos tiempo, vamos a jugar. Aquí me entero de todo, pero me aburro mucho. Ahora yo te explicaré cosas de las que me he enterado y tú me entretienes poniendo esas caras que pones cuando te las cuento. Cuando tu amigo salga de la habitación con quien tenga que salir, se acaba el juego. ¿Quieres que juguemos?

No contesté. Era evidente para ella que yo no quería saber según qué cosas.

—Si no quieres jugar aún tienes tiempo de salir por esa puerta. Y yo de coger ese teléfono y decir que vas para tu barrio. ¿Sabes que no he estado nunca en tu barrio?

Me parece que es asqueroso. Eso sí, lo conozco como la palma de mi mano. ¿Jugamos?

Afirmé.

—La primera historia que no sabes trata de una pobre mujer que se queda viuda y se acuesta con otro hombre para sobrevivir. Te interesa, ¿no es verdad?

Negué mucho.

—Te interesa. Deja que te cuente. Hace muchos años, en una guerra contra los moros de Marruecos, aquí, en España, ¿cómo se dice...? ¿Reclutaron? Reclutaron a la gente. Soldaditos. Muchos vivían en las montañas y no habían visto nada de nada. Cabras y montañas. Vacas, arados, pedruscos. Comían manzanas de tierra. Bien. Pues uno de éstos llegó al África y tuvo que luchar contra los moros. Él venía de un sitio que no se parecía en nada a donde estaban luchando y hasta hablaba un idioma distinto al español y al moro y al francés y a todos los demás... Y no sabía que existían. Se creía que en todo el mundo se hablaba su idioma. Eso para empezar. Para que te hagas una idea. Bien. Pues cuando llegó al *Maroc*, porque era allí donde estaba, le pusieron a vigilar de noche. Lo que hacen los soldaditos. Yo no sé si estaba tan asustado como tú ahora, que vienes de la montaña también y no has visto nada en toda tu vida, o se pensaba que soñaba, o no pensaba nada. Eso yo no lo puedo saber. ¿No es verdad? Bien. Pues llevaba varias horas allí de pie, cuando de repente en el cielo aparecieron unos extraños pájaros. Muy grandes. Los pájaros más grandes que él había visto nunca. El chico no sabe qué hacer. Piensa que es imposible lo que está viendo. Los pájaros se acercan y cada vez son más grandes. ¿Tiene que avisar a alguien? ¿Esos pájaros se lo comerán? Tiene mucho miedo. Ese miedo que no se puede dominar. Tira el fusil. Tira las balas. Tira todo lo que no le sirve para correr y echa a correr. Para salvarse de los pájaros. ¿Lo has entendido?

Afirmé. No sabía muy bien de qué estaba hablando la vieja, pero desde luego no estaba hablando ni de mí ni de mis sospechas. Así que, mientras esperaba lo que desconocía estar esperando, ya podía seguir con sus historias.

—Muy bien. Ya has entendido que no hablo de ti. Bien. El soldadito no para hasta que coge un barco para Francia. ¿Cómo se le llama a eso?

—Embarcarse.

—No, tonto, lo de antes. Dejar de ser soldadito porque uno quiere y le persiguen y lo matan si lo cogen.

—Desertar.

—Bien. Muy bien. Desertar. Cuando en el barco explicó la historia sin decir que era soldado, pero que había visto pájaros enormes, los que escuchaban no pararon de reír. Le explicaron que existían aviones. Que los aviones volaban como los pájaros. El soldadito está muy triste, porque sabe que si vuelve al campamento, pam, pam, y si vuelve a su casa, lo buscarán allí y también, pam, pam... No es una vida fácil la que

tiene delante por no saber que los aviones existen. Hay que saber que los aviones existen. ¿No es verdad? Bien. El soldadito llega a París. Una gran ciudad. Yo no he estado nunca, pero la conozco como la palma de mi mano. En París, el soldadito tiene problemas, claro. No sabe hablar el idioma y además lo único que sabe hacer es decirle a una vaca que siga caminando. Por desgracia, una habilidad no muy complicada, ¿no es verdad? Y sin mucha demanda en París, ¿no es verdad? Pero el soldadito aprende. Aprende las cosas de la ciudad. Y trabaja de criado en un almacén. Y de criado en un bar. Y de criado en un café popular. Mucho de criado. Criado siempre. Hasta que hace de criado en un cabaré. Y allí ve gente bailando. Y se da cuenta de que sabe bailar. Que lo hace muy bien. En esa época están de moda muchos bailes y muchos locales donde se baila. El Café de París, el Casino, Le Boeuf sur le Toit, el tango, el Castle Walk, el Grizzly Bear, el Maxixe, el Lame Duck, el Half-in-Half y, bien seguro, el claqué. El soldadito, el criado, se da cuenta de que puede bailar y de que baila mejor que nadie. ¿No es verdad? Pues empieza a bailar claqué...

La Francesa dio unos taconazos en el suelo con mucho ritmo o compás y empezó a tararear una canción sin dejar de contar dinero. De las puertas, seguían llegando, alternados, gemidos, susurros, placer, llanto y desazón. Un aroma acre y empalagoso iba y venía. Creía escuchar hasta ladridos y quejidos de perros.

—Te lo creas o no, en muy poco tiempo, el niño de las montañas era conocido por «Le Roi du Claqué». El rey del claqué. Y era famoso en todo París. Ganaba dinero y se acostaba con todas las muchachas en flor. En Francia no es como aquí. No digo como aquí, en La Alameda. Aquí jode todo el mundo que viene. Sino aquí, en este país. ¿No es verdad? Bien. Muy bien. ¿Dónde teníamos al soldadito? En París. Famoso. Hasta un poeta muy famoso le hizo un poema, «Le Roi du Claqué», que yo te digo en español para que tú lo comprendas: «El baile del claqué, *hélas*, si mi alma fuera como ese corazón que late al compás de sus tacones, telegrama del que vive a los que mueren». Bonito, ¿no es verdad? Pero le Roi du Claqué quería volver a España. Aunque antes de la guerra, de ver los pájaros que eran aviones y de todo lo demás, no hubiera salido de su aldea, hablara otro idioma y España no hubiera hecho más que enviarle a la guerra, él se sentía muy español. Así que se va a Madrid. Se hace llamar «el Rey del Claqué», bien seguro, y se ha cambiado su nombre de verdad por otro inventado para que nadie sepa nunca que el Rey del Claqué es el soldadito. Allí monta una revista: «Agarraté, esto es claqué». Bien. Pues tiene que volver a cambiarse el nombre, no el que se ha inventado para sí mismo, sino el profesional, porque ha venido la República y todo el mundo está muy republicano y no quiere reyes de ninguna clase. En Francia, daba igual. Allí también había república y tú podías llamarte Rey, pero en España, en esos tiempos, lo mejor era cambiarse el nombre. Así que el soldadito pasó a llamarse durante un tiempo «El Presidente del Claqué». No tenía tanto éxito como en Francia, pero vivía bien. Conoció a la

aristocracia y a los artistas... Pero como sabía quién era, un soldadito, y como muchos de nosotros también sabía que, de verdad de verdad, nunca había salido de su aldea, eligió como mujer a una criadita. Muy guapa, eso sí. Y entonces vino la guerra, otra más, y se tuvo que llamar «Camarada Claqué». Camarada Claqué iba de batalla en batalla bailando para los soldados. No sirvió de mucho, porque los camaradas de Camarada Claqué perdieron la guerra y se tuvo que volver a Francia. Para entonces su mujer estaba embarazada. Camarada Claqué estaba bastante tranquilo, porque conocía Francia y además un director de cine, un hombre muy importante, había hecho una película con él en la guerra de aquí, de la España, y pensaba que ese hombre podía ayudarle a encontrar trabajo. Pero no era fácil llegar a París si venías de la España y además su mujer estaba a punto de parir. Camarada Claqué se tuvo que quedar en el sur de Francia unos meses y llegó otra guerra. Una guerra, dos guerras, tres guerras. No está mal, ¿no es verdad? Bien. Los meses se convirtieron en años y Camarada Claqué seguía en el sur de Francia. Pues una mañana, cuando estaba en el pequeño hotel donde vivía con su mujer y su hijo recién nacido, escuchó unas sirenas y un ruido. Era el ruido de los pájaros. Lo conocía muy bien. Entonces, eso lo sé yo, no lo estoy inventando, Camarada Claqué pensó: «Si los pájaros del *Maroc* salvaron mi vida y me hicieron vivir otra completamente distinta, estos pájaros harán que la suerte cambie otra vez y mi hijo, mi mujer y yo volvamos a vivir momentos de felicidad». Así que salió con su hijo envuelto en una pequeña manta de niño y salió a ver los pájaros. No me preguntes qué hacía su mujer. No lo sé. Ni sé tampoco cómo le dejaron salir a la calle, pues era bien seguro que las sirenas eran un aviso de bombardeo y había mucho peligro. Así que Camarada Claqué salió a la calle, mirando al cielo y diciéndole a su hijo, que el pequeño bebé no se enteraría de nada, que mirara al cielo él también y viera los grandes pájaros. En las calles no había nadie. Todo el mundo se había ido a esconder. Solo, corriendo en dirección a los aviones, Camarada Claqué y su hijo. Bien. Desde una torre de vigilancia, o desde otro lugar, porque los alemanes también se escondían, o ya sabían que esos aviones no eran enemigos, sino que eran los aviones propios, uno de los soldados alemanes vio a un hombre corriendo por las calles con algo en los brazos. Y lo confundió con un miembro del Maquis, de la Resistencia, con un arma o una bomba escondida. El idiota confundió al niño con una bomba. Bien. Disparó. Bien. Allí se quedaron Camarada Claqué y su pequeño niño, en medio de la calle. Muertos. Ése es el principio de la historia.

No sabía qué hacía allí. No sabía muy bien de qué me estaba hablando aquella vieja, mientras entre los silencios de su relato repetía «*cinc, six, sept, huit, neuf* —un suspiro—, *dix* —otro suspiro—». Al principio, creí que la historia tenía algo que ver conmigo. Después pensé en lo del Watusi, por el baile. Ahora no pensaba nada.

—... *huit, neuf, ay, dix, ay...* Bien. Ése es el principio de la historia aunque

parezca el final. Nos queda la madre. La madre es española. La madre es española y no sabe hablar francés y no sabe qué hacer en una tierra extraña y le acaban de matar al hijo y al marido. Tiene algo de dinero. Con ese dinero puede esperar. Pero son tiempos de guerra y ella es una mujer que no ha visto nada. Era una criadita muy guapa que se casó con un bailarín. No sé si tenía familia o tenía amigos. Pero no sé si sirven para nada en esos tiempos tan difíciles. Si se quedaba podía ir a la cárcel. Si volvía a España podía ir a la cárcel. Una mujer sola. ¿Me comprendes, no es así? Decidió gastar su dinero en volver a la España. Llegó a esta ciudad. Un día iba por una calle y se encontró con un hombre. Una noche estaba durmiendo y se encontró con un hombre. Quién sabe. Se embarazó otra vez. Una mujer viuda embarazada, sola, republicana en esos tiempos malos. Se escondió en la montaña. Tuvo un niño. El niño se crió con la madre y a lo mejor con unos parientes que habían llegado a la ciudad a buscar trabajo. Ella mintió. Ella le dijo a todo el mundo que su hijo era de su marido muerto. Que el niño se había salvado. Le dijo al niño que era el hijo del Rey del Claqué y lo educó como a un príncipe. Bien. Bien, no. Nadie le puede decir a un niño que es un príncipe en medio de esa vida, porque el niño crece loco. Crece muy loco y piensa que es algo que no es. Y un día puede enterarse por casualidad de que no es quien se ha creído que es. Eso es lo que le pasó al Watusi. Cuando ya era un chico, un buen chico como se puede ser allí, alguien que estaba en el mismo pueblo de Francia cuando le pasó a su padre la muerte, le oyó contar la historia y que él se salvó de un milagro. Y el hombre le dijo que era un mentiroso, porque él había visto al niño y el niño no vivía y el hombre no dijo nada más durante mucho tiempo. El Watusi se fue a por él y lo tiró contra el suelo y empezó a darle con una botella hasta que le cogieron por detrás y se lo llevaron. En esa época, aún podían llevárselo. Bien. Cambió. El Watusi cambió mucho. Se empezó a pelear con todo el mundo. En su barrio y fuera de su barrio hasta que Celso le llamó. Yo conozco a Celso desde que era joven. Y soy la única que puede decir en voz alta que es un hijo de puta. Bien. Yo lo puedo decir. Y lo pueden decir cuatro o cinco hombres muy importantes en esta ciudad y en otra ciudad. Pero nadie más. ¿No es verdad? ¿Tú le conoces?

Afirmé.

—¿Conocías a su hija?

—De vista.

—Bien. Aún nos faltan unas cuantas cosas para llegar a su hija. Algunas cosas. Bien. Nosotros contábamos que el Watusi había cambiado. Bien. Celso le llamó y le dijo que no iba por buen camino. Es lo primero que dicen. Los curas también lo dicen. Cuando alguien te diga que no vas por buen camino y luego te dice que te va a ayudar, ten cuidado. Si sólo te dice que no vas por buen camino y se va, tranquilo. Pero Celso le dijo que no iba por buen camino y que le iba a ayudar. Y le dijo que sabía que iba a haber una pelea entre bandas. Cosas de chicos. Pero que uno de los de



la banda contraria tenía la orden de matar a uno de la montaña que trabajaba para él. Aprovecharía la pelea a tortas y navajazos para pegarle un tiro. Celso no le dijo quién era el de la montaña al que querían matar. Tampoco le dijo qué había detrás de todo eso. Negocios, yo supongo. Ajuste de cuentas. Grizzby... Yo no sé. Bien. Sólo le dijo que matara al que disparase. Tenía que matarlo y volver al barrio. Él después se iba a encargar de que no le pasara nada. Estando al lado de Celso no le iba a pasar nunca nada si obedecía.

—Esa historia la he oído hoy. La de la pelea. El Lío Grande de la Playa.

—Nadie sabe nada de la verdadera cosa. Cuatro o cinco personas en esta ciudad. Cuatro o cinco personas en otra ciudad. Nadie más.

—¿Y por qué me lo cuenta?

—Porque tú tienes que hacer que el día de hoy no pase para ti. ¿No es verdad? Y porque tengo ganas de contarte la historia. Bien. Si hoy has oído la historia, sabes que el Watusi se fue y luego volvió y luego se volvió a ir y ahora está aquí. Y esta mañana ha matado a la hija de Celso.

—¿Pero ha sido él?

—Sólo cuatro o cinco personas pueden decir que no ha sido él. Yo no soy ninguna de ellas. Yo puedo llamar hijo de puta a Celso, pero nada más. Yo puedo echarle la culpa a Celso de que hiciera de ese chico un monstruo. Empezó su madre, ¿no es verdad? Pero su madre aún tenía un motivo, no era mala. Celso es malo. Celso hizo del Watusi un asesino. Y los demás han hecho de él una cosa rara. Seguro que has oído muchas historias sobre el Watusi, ¿no es verdad? La gente habla sin saber. A la gente le gusta contar y decir lo que ha oído y se inventa las cosas, porque así se siente importante. El Watusi es guapo. El Watusi es malo. El Watusi baila muy bien. El Watusi mata y mata y mata. Yo sólo sé una historia del Watusi. Aparte, bien seguro, de lo que te he contado y que nadie lo ve. Sólo cuatro o cinco personas pueden decir que han visto al Watusi y yo no soy ninguna de ellas. Yo sólo puedo llamar hijo de puta a Celso. También puedo llamar hijo de puta al Watusi. Pero verlo, no lo veo. No lo veo. No me preguntes si lo he visto, porque no lo he visto...

Estaba perplejo. Miré al pasillo. Se suponía que ahí estaba Pepito. Y que seguramente le estaba contando sus problemas al Watusi. Y que saldrían de una de esas puertas antes o después. Me interrumpió el pensamiento en voz alta de la Francesa:

—Un monstruo hace a otro monstruo. Y el segundo, un tercero. ¿No te acuerdas de que te debo una historia? Una chica conoce a un chico en una isla. La chica vuelve con el chico y el chico desaparece. Nadie ha visto al chico. Al chico no lo ve nadie, porque sólo cinco o seis personas pueden ver al chico. Bien. La chica se toma productos malos. Buenos cuando es poco. Malos cuando es mucho. ¿No es verdad? La chica se mete a puta, porque el producto es caro. Todos la joden. Y ella se mete

productos malos para olvidar que la joden todos. Vive en su mundo. Escucha. Aquí tenemos tres marcas de cielo, si es poco, y de infierno, si es mucho. Lo que se come, lo que se fuma y lo que se pincha. Aquí tenemos una habitación para los que se meten una cosa en la vena del brazo. Esa habitación. Una habitación que era blanca hasta que un sucio, al sacarse la aguja de la vena lanzó con la jeringa un resto de sangre en la pared. Y luego otro hizo lo mismo. Y otro más. Yo les dije a las chicas: «No limpiéis esas manchas, que sepan lo horrible que es. Que no descansen en la habitación». Para asustarlos. Pero ellos no se asustan. Ya no se asustan. ¿Puedes creerlo? Bien. Y al poco tiempo toda la habitación, las paredes, el techo, todo, estaba lleno de manchas de sangre. Pues ella, la chica de la isla que buscaba al chico, pero se la jodían todos, aún salía de la habitación y me decía qué eran las manchas de sangre. Y ella, drogada, mucho, piensa que una mancha es un delfín, el humo de un disparo, su papá, un Susie Q, y piensa que otra mancha es el otoño, una isla y su palmera, un cisne, bien seguro, y el muro de un misterio. Ella mira las manchas como el que mira las nubes. Ella piensa que aún es buena. Y donde trabaja, un día trae un gato tuerto. Y otro día un cachorro de perro al que han dado una paliza. Y un día trae un niño... Y lo cuida. Pero a la pobre ya no le queda mucho de tanto producto malo y ahora es el niño el que la cuida a ella. A ella le han echado de donde se jode. Ella sólo habla del hombre malo al que nadie ve. Y quiere verlo. Necesita tanto ver al hombre malo como al producto malo. Y el niño la cuida. Y hoy el hombre malo ha jodido a otra chica más y la ha matado. Ella no se entera de nada, ¿no es verdad? Pero esta mañana se ha enterado de esto. Se ha enterado. Y han empezado a pasar cosas muy raras. En fin... Supongo que no hace falta que te diga que si cuentas algo, las manchas de sangre serán las tuyas, ¿no es verdad?

Siguió contando las pilas de dinero. Parecía que no se iban a acabar nunca. ¿Me estaba dando tiempo para que entendiera algo? Lo único que deseaba comprender en ese momento era qué tenían que ver esas historias que se deshacían en mentiras con lo que me estaba pasando. La Francesa finalizó el enésimo recuento de una decena de billetes. El enésimo suspiro. Me miró. Con las dos manos empujó un gran montón de billetes en mi dirección, mientras me observaba.

—Supongo que has tenido tiempo de ver cómo lo hago, ¿no es verdad? Bien. Ahora contarás los billetes en voz alta...

—¿En francés?

Se echó a reír. Yo le caía simpático a aquella mujer.

—No, pequeño imbécil, en el idioma que quieras. Pero en voz alta. Y no pares nunca de contar. Cuando acabe de hacer lo que voy a hacer, tú me dirás los billetes que has contado y luego los contaré yo. Si has acertado, si lo has hecho bien, te diré una cosa. Si sabes utilizar bien lo que yo te diga, no te pasará nada. Ni a ti, ni a tu madre. A lo mejor os pasa algo bueno. Nunca se sabe. ¿Cómo es el chiste? Cuando

pasan cosas raras, siempre ganan los pescadores. ¿Y tú pescas, no es verdad?

Me encogí de hombros. Con el tiempo lo sabría: ni Maurice Chevalier estaba capacitado para encogerse de hombros con la misma oportunidad y encanto que yo. Mi gesto debió de traerle a la Francesa el aire de otro tiempo, porque esbozó una sonrisa; sin embargo, enseguida la prioridad recuperó su puesto y ella me ordenó:

—Empieza a contar.

Y empecé a contar en voz alta, mientras la Francesa cogía el auricular del teléfono y marcaba un número. El asunto consistía en que no escuchase lo que hablaba, que la concentración en el cálculo volviera inconexas sus palabras. Así que no pude oír el principio de la conversación, porque mi propia voz ocultaba la de la Francesa. Ella hablaba muy bajo además, aunque en español. Pero pronto pude acostumbrarme a los sonidos simultáneos de mi recuento y su diálogo. «Nadie. Aquí no hay nadie», dijo. Y dijo: «Eso ya no tiene solución. Lo mejor será hacer las cosas calladas, ¿no es verdad? Puedes estar tranquila. Tú me conoces. Ya sabes que eso se soluciona... sin solución. Lo mismo que has hecho tú. Tú has hecho bien, pero ¿quién iba a saberlo? ¿No es verdad? Además, tu gente es idiota. Esa bestia no tiene perdón, pero eso no es asunto mío. Eso es cosa vuestra...».

Colgó.

Y la Francesa me dijo algo muy rápido en francés mientras yo seguía contando billetes y billetes en voz alta. Abrí los ojos cuanto pude para darle a entender que no entendía. Y que si ella, la Francesa, se había tomado un «producto malo» ahora estaba surtiendo efecto. La Francesa dulcificó el rostro, hizo el mohín coqueto que la había llevado a ese palacete y a esa mesa llena de dinero y volvió a hablarme en francés. Más despacio esta vez. Luego cogió el teléfono y marcó otro número. Fue entonces cuando comprendí: se estaba cerciorando de que yo no conocía su idioma. Esa mujer cuidaba hasta el último detalle. Empezó su conversación en francés y supe que al no pedir conferencia estaba hablando con alguien de la ciudad, y también supe por su tono que hablaba con alguien importante, una de esas cinco o seis personas que podían llamar hijo de puta a quien fuera. Eso fue lo único que supe.

Volvió a colgar.

—Bien. ¿Cuánto hay?

—Lo quiere en pesetas o en número de billetes.

Volvió a reír.

—En billetes, bien seguro.

—Ochenta y cuatro.

—No son muchos. ¿Me tienes miedo, Fernando?

—Ya no me queda...

—De eso siempre queda, pequeño mío. Te lo dice la Francesa.

Contó los billetes. Había ochenta y cuatro. La Francesa volvió a reír.

—Aún puedes hacerme una pregunta, antes de que eche a éstos —dijo mientras marcaba una sola cifra en su teléfono y sonaba otro teléfono en una de las habitaciones.

—¿De dónde es usted de verdad?

¡Cuánta gracia le hacía yo a la mujer aquella!

—Pequeño niño idiota, si no fuera porque tengo que volver a Francia, me estaría aquí contigo todas las tardes. Soy de Guadalupe. Una isla. Y no me preguntes a qué me dedico, porque te voy a contestar que fui puta. Jodía con todo el mundo. Mira, se abre la puerta. A lo mejor ahora conoces al Watusi. A lo mejor te come vivo.

Se escuchó el irregular taconeo de la ortopedia del Yeyé. Luego aparecieron su sombra, él y el atisbo de otra sombra. Pepito me miró y pareció sorprenderse, no tanto de mi familiaridad con la Francesa, ni siquiera de mi mera presencia en el recinto, sino de que no reaccionara ante la figura que suponía a su lado. Fue entonces cuando volvió la vista, descubrió que no había nadie junto a él, se olvidó de nosotros, del mundo, y acompañó un rápido gesto de la mano con un «Vamos...» casi inaudible. Ningún sonido anticipó aquella figura, como si también fuera invisible, como si su existencia fuera puro vapor o ese aroma empalagoso que surgía de alguna de las habitaciones.

Era menuda, de rasgos demacrados y mejillas hundidas hasta un límite inmortal. Que una piel tan blanca nos pueda parecer aún más pálida... Llevaba puesta la camisa que Pepito vestía al salir del Boston's, y el Yeyé sus lamparones de siempre. Deduje que había salido del Boston's con una camisa encima de otra. La figura que le acompañaba tenía el pelo largo, rubio, o quizá muy rubio, pero estaba tan sucio que se había vuelto de un color indeciso como agua turbia, con unas greñas que se enredaban y retorcían. Los ojos no miraban, y los sentidos parecían a punto de fugarse en un último suspiro por una especie de sonrisa de labios cuarteados que se abrían entre la huella amoratada de antiguas y recientes contusiones, una sobre otra, de manera penosa, como las hojas de los álamos en el estanque. La figura iba descalza, unos pies también pequeños, proporcionados a su silueta. Era del mismo tamaño que el Yeyé. Me vinieron a la cabeza todos los pies y los pasos y las carreras de la jornada, resumidos ahora, creía, en esos diminutos pies sucios. Me equivocaba.

La Francesa estudiaba mis reacciones y miraba cómo la pareja seguía caminando sin detenerse sobre la última difusión de las figuras de las vidrieras, ahora sólo geometría y lluvia. Ya no nos importábamos los unos a los otros.

—Dile a las de abajo que te den unas zapatillas y un paraguas. Está lloviendo otra vez, ¿no es verdad? Y que dentro de una hora suelten a los perros —le ordenó la Francesa a Pepito.

Se explicaban los ladridos, pero no los gemidos, ni los susurros, ni casi nada.

Pepito afirmó con la cabeza, abrió la puerta y cogió de la mano a la sonámbula.

—El pequeño cojo cuida mucho de ella —me informó la Francesa señalando unas puertas que ya se cerraban—: Ella llegó con una melena larga y brillante y un Volkswagen coupé. No sé conducir, pero conozco los coches como la palma de mi mano. Ahora la Cupé sólo busca dos cosas. Y ninguna es buena, ¿no es verdad? Ella le está buscando todo el día. Le conoció en una isla. ¿Te lo he dicho? Él, muy alto. Ella, bajita. Bailaban. Movían los dos los brazos como si llevaran un cepillo en cada mano y frotasen uno contra otro. Ahora repite mucho eso. Y más cosas. Pero sólo repite.

Yo sólo pensaba en que Pepito me había engañado. Quise creer que tenía una buena razón. Su frialdad de ahora no era perversa, ni su mirada crítica. Sólo era que yo le daba igual. Que le daba igual lo que pasase conmigo. Volví a intentar creer que ese espectro sonriente y dubitativo que le acompañaba era una buena razón para arriesgar mi vida y la de mi madre en juegos peligrosos.

—Me voy a ir con ellos —dije.

—Me parece que les da igual. Acércate.

La Francesa hacía ademán de querer decirme algo al oído.

—Si os llama Pilar, la hermana de Celso, dile que ha dicho la Francesa que tú y tu madre sois agua del río. ¿Me has entendido bien, pequeño? Agua del río. —Quise irme, pero me cogió de un brazo—: Pero lo tienes que decir cuando ya no te quede más remedio. Cuanto más oigas y veas, más sabrán ellos que sabes, más te respetarán y más provecho sacarás de la situación. Tienes que volver buena una situación mala, ¿no es verdad?

—Es verdad.

—Ah, y dame la medalla del indio. No quiero que se la tengamos que enseñar algún día a tu madre si hablas más de la cuenta.

Le di la medalla con mano temblorosa.

—Anda, vete. Toma, para un taxi. —Me dio un billete.

Cuando estaba en la puerta de doble batiente a la que había llegado en dos saltos sobre el mármol que ya no reflejaba nada, aún oí a la Francesa tarareando la melodía que me había cantado cuando Camarada Claqué era le Roi du Claqué y vivía en París, y al loro olvidándose de mandar rosas a Sandra e imitándola en perfecto francés. «*Les oiseaux de Paris*». En esa ciudad que ella nunca conoció, supongo, y en la que yo tampoco he estado jamás, aunque los dos hayamos creído en lentas y soleadas terrazas hedonistas y en palomas revoloteando sobre monumentos gris perla y en mujeres de labios rojos mirándose en escaparates de anchas avenidas donde brillan automóviles de modelos que conocemos como la palma de nuestra mano. Las banderas tricolores. Les Deux Magots, Le Boeuf sur le Toit. Los dos monos. ¿O los dos mamarrachos...? El buey en el tejado. Los nombres. Nunca he estado allí, ya digo. Y, sin embargo, ese sentimiento vacío, estas líneas sin sentido tienen mucho que

ver con la historia. Y contigo, Lector. Un delfín, Susie Q, el humo de un disparo y su papá. El otoño, una isla y la palmera, un cisne y el muro de un misterio. Calles, barrios, ciudades, monumentos, cómo y por qué conocidos y desconocidos como la palma de nuestra mano.

Siempre me ha asustado la audacia del que sabe generar el caos a sabiendas del riesgo que provoca la segura difusión del azar. Entonces también me sorprendía mucho, ya lo ha visto el Lector, y rebosaba la misma inocencia que ahora. Sólo tenía ante mí el nudo de casualidades deshechas y un método deductivo que no servía de nada. Lo que nos ocurre siempre al analizar situaciones mayores y menores. No sabemos si nuestra información es poca o mucha, y es necesario obligarse a la cautela ante quien pueda seducirnos con la idea de que lo sabemos todo, y juegue con ello. O ni siquiera juega, sino que ha decidido «que se juegue». Desde luego, el demiurgo asume un riesgo, pero menor. Los demás sólo se sorprenden ante las paradojas y se solazan con la sorpresa y la vanidad que otorga descubrir un engaño. Ese engaño descubierto es un mecanismo que explotará en el rostro antes o después.

Sí, hay buenos estrategas, como hay buenos gobernantes y buenos políticos. Pero existe la fundamental «especie política», los traficantes de misterios, y éstos sólo entienden un atributo, el caos, pero lo entienden y bucean en él de modo magnífico. «Eso se soluciona... sin solución», había dicho la Francesa por teléfono, mientras yo contaba billetes en voz alta como el tonto del pueblo. Esa solución sin solución es a lo que me refiero. Alguien operaba, no para resolver, sino para confundir. Yo estaba a punto de cruzar un puente del conocimiento. Ahora he de explicar por qué no lo hice. Ese paso me hubiera costado la vida. Aunque eso no lo supe hasta mucho más tarde.

Cuando hablo de la persona generadora del caos, no me refiero a Pepito, claro.

Bajé la escalinata de La Alameda y me despedí sin palabras de la bestia que guardaba el recinto. «Llueve», me dijo con una sonrisa en la boca que reafirmaba por segunda vez la teoría del extrañamiento. Como si fuera poco esa rareza entre conducta y fachada, las flores que le había regalado estaban muy bien dispuestas en un vaso de cerámica junto a la puerta. Llovía, sí, y la lluvia me mojaba en la puerta de la casa y repicaba en la vegetación y la ruina de los alrededores goteantes y desiertos. Se escuchó un trueno. Un gorrión apoyado en el antepecho de una ventana se sacudía gotas de las alas. Caminé hacia los coches robados, entre sucesivas cortinas de agua, mientras apretaba en el puño el billete de mil que me había dado la Francesa «para un taxi». Quería entregárselo a mi madre como desagravio a la tensa jornada en que fui víctima de una sucesión de engaños por un virtuoso de la mentira, nada prudente y hábil en astucias.

Y esta vez sí me refiero a Pepito. Supongo que sobre eso no hay duda.

Al estudiar la conducta de un cabronazo del engaño, de un mentiroso, no compulsivo, como yo había creído hasta entonces que era el Yeyé, sino metódico, al seguir la línea de puntos de un artista de la fuga y del último recurso, la actitud adecuada consiste en no profesar ni desprecio, ni ese morboso masoquismo que

ciertas películas nos han inculcado sobre la clase criminal, la *crook-story*, el cuento chino... El ojo avisado debe mantenerse en una especie de simpatía hipotética hasta que sea posible descubrir el porqué de cada maniobra y estudia lo que deba creerse de sus teorías y giros, de sus trampas y salidas. Sólo entonces un renacimiento de la actitud crítica nos permitirá vapulear al hacedor de tejemanejes hasta que su cara parezca una masa sanguinolenta que no pueda ser reconocida ni por la madre del timador, ni por una falsa madre. Porque ese hijo de la gran puta tenía hasta una madre falsa. Bueno, tranquilo Fernando, tranquilo Lector, tranquilos... Cuando un chalado manifiesta una opinión o crea una situación que parecen absurdas, y aun así nosotros nos la hemos comido con patatas, no deberíamos comprobar si está en lo cierto, si todo posee una lógica, tal como había hecho yo durante todo el día, sino cómo llegó a tener la apariencia de una verdad.

Los coches robados no estaban. Iba a cortar la picha del cojo. El loro de deslumbrante plumaje azul y naranja (en realidad, un guacamayo) que había regalado a la hippy y solía decir «Que se va de la ciudad» en referencia a Sandra, ahora daba saltos y revoloteaba sobre un barrizal con un psicodélico dibujo, ochos, ochentas, ochenta y ochos, de huellas de neumáticos que el trajín había marcado en el fango. El loro decía «Watusi, Watusi, Watusi...». Y, luego, de vacile, entonaba «Singing in the rain». No deliro, hasta las melodías del loro tienen explicación.

Por la mañana, después de descubrir el cadáver de Julia, habían cogido a Pepito por una razón muy concreta: todo el mundo, menos yo, sabía que tenía vínculos con el Watusi. Era una especie de ahijado-tutor de una puta acabada, carne (más huesos que carne) de Tierra Negra, el exilio de los coños terminales. Una drogadicta (una pionera) que había conocido al Watusi en una isla (¿Ibiza?), se había enamorado perdidamente de él, le había seguido, había enloquecido y, al parecer, mantenía una relación desesperada con el asesino bailarín. Porque había sido ella la que había salido en busca del Watusi. El Yeyé, después de ver el cadáver de Julia en El Molino, había salido de estampida a ver qué hacía su falsa madre. No la había encontrado, y como ya todo el barrio iba diciendo «Watusi, Watusi, Watusi...» había salido a por ella. Por un azar (¿era un azar?, desde luego, era un azar para él) había sido reclamado por la hermana de Celso para que les dijera a todos que había visto lo que no había visto. Entonces, consciente del riesgo que corría su madre adoptiva y sin tener ni idea de dónde encontrarla porque sólo vivía de oídas y del producto de su aberrante imaginación, había salido en su busca. Pero tenía miedo. El miedo que los que le habían interrogado en casa de Celso habían supuesto. De todos modos, la desesperación le ganó al miedo cuando encontró al acompañante ideal, a mí, a Fernando Atienza.

Pepito había explotado mi curiosidad sin que yo la tuviera en exceso. ¿Cómo me veía entonces el Yeyé? Como un imbécil ansioso por que le contaran historias del



otro lado, como un niño insaciable y molesto ante un adulto arrepentido de haber iniciado una historia de suspense. Había dejado volar su desfachatez para que no le dejara solo. Había creado una geografía que fuera de mi agrado. Teníamos en común el miedo y eso era todo lo que él necesitaba para que le acompañase a salvar a la desdichada Cupé. Para ello, era evidente, no había ningún problema en arriesgar la seguridad de mi propia madre.

Con un compañero en el saco y el miedo anestesiado, Pepito había salido en busca del Superman. Habría oído de algún vínculo entre el Superman y el Watusi. Y el Superman conocía la historia, porque lo había dicho todo al descubrir que era, según sus palabras, «el puto aborto de la Cupé». Ya con el Superman en el barrio, los Emilianos y las Pilares se habían dado cuenta de que el cojo no les tenía suficiente miedo: el chico iba en busca de su protegida y la protegida en busca del Watusi. Entra el Topoyiyo, nos descubre, le damos en la cabeza, sigue buscándonos, pero Pepito ya no tiene otra opción que recurrir a la Penacho. A veces, esa mujer le da ropa o comida o dinero; hoy le puede dar refugio o una información. A esas alturas, yo ya no le servía para nada, pero si fracasaba, siempre podía tenerme como recurso. Bien. Había fracasado. Y de nuevo el azar había hecho que yo dijese el nombre de La Alameda y que él también hubiera oído historias. Samanta y la Penacho a la carrera por las Ramblas por las indiscreciones de la primera. El Superman y el Topoyiyo tras Pepito para sonsacarle lo que había podido averiguar. El Superman necesitaba eliminarle (la tercera persona del singular es balsámica) porque se le había escapado que sisaba dinero del producto de sus fechorías; el Topoyiyo ansiaba venganza por el botellazo y se complacía en cumplir órdenes pese a su desengaño vital. En La Alameda, Pepito se encuentra a la Cupé, que había llegado hasta el posible último refugio del Watusi, y al no encontrarlo, se había dedicado a la droga; ahora puedo saberlo, entonces, su estado vacilante, semejaba una especie de locura. Desconocía la dependencia, la necesidad del periódico ritual. Por aquel tiempo, yo no sabía de la droga más que la daban «en caramelos». Y esos caramelos eran los que uno no debía recoger si los encontraba tirados por la calle. No sabía qué efecto tenía cada cual, ni sabía de pinchazos, suministro o posología. En La Alameda había de todo y nadie me creería después cuando contara que en aquellos años grises ya había templos destinados a maldiciones modernas y estaban en medio del bosque, entre una cancha de tenis vacía y una carretera poco transitada, bajo la lluvia. Y una mulata con acento francés hacía de bruja de cuento y te hablaba de fuerzas sobrenaturales y hostiles, y de luchas desiguales perdidas de antemano y de la capacidad de encontrar soluciones y apoyos más allá de cualquier alcance. Ahora sé demasiadas cosas que no tenía que haber sabido. O sí. La importancia y la fatalidad son muy relativas, como bien sabe el Lector.

Aún quedaba el Watusi.

Porque, fantasías de Pepito aparte, en el pasaje de la Galera un vagabundo me había hecho señas de que alguien muy alto había pintado las W. Y había escuchado las canciones: «Saca el filo, y te lo mete todo, y se va al Morocco y baila como loco». Si ya le hubieran cogido, o hubiera pasado algo, la Francesa me lo habría dicho. Si la Francesa me da una contraseña, «Soy agua del río», es para que me salve. ¿Y si lo que pretende es pasar información? ¿Y si la contraseña no es para salvarme, sino para que lo haga otra persona? ¿Y si...?

Lo único cierto es que estoy en medio del bosque bajo un chaparrón que no deja ver casi nada.

Los pantalones están a punto de caerse de toda el agua que han absorbido. Voy dando traspiés hacia la carretera, mientras busco con la mirada algo con que cubrirme y no lo encuentro. Llego al asfalto y, en busca de mi verdadera geografía, empiezo a descender. Primero hay que bajar mucho y luego subir mucho. Habré recorrido cien metros y dos o tres coches habrán pasado por mi lado regalándome sus luces de niebla, su desprecio y una salpicadura cuando casi tropiezo con Pepito y la Cupé. La Cupé baila y canta «Watusi, Watusi, Watusi...» y combina la melodía en feliz popurrí con «Singing in the rain» y me explico lo del loro, mientras ella juega con el paraguas que ahora les cubre y después no, que se escabulle de su mano como una pastilla de jabón, da vueltas de peonza en el asfalto, se desliza carretera abajo y se pierde tras un tímido vuelo por un precipicio ante la mirada resignada del Yeyé. La mujer sigue bailando tan feliz. Llego a su altura. De un puñetazo, Pepito se va al suelo.

—Huy, como venga el Watusi. Te vas a enterar... Y no me hagas decir lo que no he dicho —me avisa la Cupé, de modo incomprensible. Tiene un leve acento extranjero. No sé determinar su origen, pero su entonación al usar el idioma, y la trayectoria de sus frases, que se balanceaban, como su cabeza, del grito eufórico al murmullo con rápida capitulación fonética, borran cualquier huella de su origen y lo sustituyen por la evidencia de su final.

Pepito se pone de pie sin mirarme, sin un reproche, ni una amenaza. Señala a su acompañante con el dedo y avisa:

—Respeto con ella, que es hija de diplomático... —Luego se dirige a la honorable dama y avisa—: No me vayas a hacer con las zapatillas lo que con el paraguas. ¿Te has enterado? —El enfado es fingido o demasiado débil. Después, bajo la lluvia y sobre toda la desvergüenza del mundo me ordena—: Venga, listo, vamos a un sitio que haya coches, te pillas uno y nos volvemos al barrio.

—¿Y los que estaban allá arriba?

—Los han cogido los hippies. Ya ves... Además yo no tengo ni idea de...

—Antes te he visto, cabrón.

—Pero no iba a dejar que la pestaña me viera conduciendo. En ti se fijan menos. Además, el que conduce es el que se come el marrón. Y yo tenía cosas que hacer...

Se fue otra vez a la cuneta de un golpe. Se volvió a levantar.

—Huy, como venga el Watusi... Y no me hagas decir lo que no he dicho. —Con la Cupé, nadie iba a echar de menos a los loros.

Seguimos la carretera, una maraña de torrentes, hasta llegar a un cruce, y más adelante, a tres casas gemelas, vacías y con los postigos cerrados.

—Podríamos quedarnos a vivir aquí —sugirió con muy buen tino la Cupé—: Las casas son iguales porque las hizo un padre para sus tres hijas. Me lo dijo él.

Pensé que ese «él» se refería al Yeyé y por tanto la información caía de inmediato en el desprestigio. Además, ¿a quién le importaba? El Yeyé tiraba de la Cupé, le hacía saltar una cerca de madera y refugiarse bajo el porche de la primera de las casas trillizas. Buscaba, como yo hacía un rato, algo que pudiéramos utilizar para secarnos o cubrirnos.

—Vas a pillar una enfermedad —le decía a la Cupé. Y seguía mirando en todas direcciones—: Joder, qué agarrada es la gente por aquí. No tiran nada, los cabrones. En el barrio ya habríamos encontrado algo...

Se hacía de noche sobre la panorámica pendiente. Más allá de una loma, el remate de los edificios mayores perdía sus perfiles. La inanidad del crepúsculo hacía que la ciudad se comprimiera bajo un desagüe. Tras dar una vuelta al chalet, Pepito encontró un trapo y una nueva expresión de alarma contenida en el rostro. La súbita concentración de sus rasgos y su porte le habían hecho envejecer como por arte de magia desde su reaparición con la Cupé, y parecía aplastado por el tiempo, las circunstancias y sus efectos (hematomas y un labio hinchado y partido). A la madurez por la maceración. Todo influía para que el habla se templase:

—Date la vuelta —me ordenó.

—¿Para qué?

—Que no la mires... Voy a secarla. Después, si quieres, te secas tú.

Me di la vuelta.

—Y escóndete un poco, coño. Como nos vean aquí, en la puerta, seguro que no se acercan a que les invitemos a una copita.

Me escondí tras una de las columnas del porche, de cara a la pared. Dudaba si la advertencia de Pepito se refería a unos vecinos ricos, o a que era posible que aún estuvieran buscándonos.

—A la *première*, a la *seconde*, a la *troisième*, a la *quatrième*... —iba diciendo la Cupé. Miré de reojo. Unos pequeños pechos iniciaban el declive, aunque entonces yo no supiera cómo valorar esa particularidad. Pepito frotaba la espalda desnuda de la Cupé con decisión, y ella, la mirada perdida en la lluvia, entorpeciendo las labores de su protector, combinaba movimientos de ballet, estiraba y arqueaba los brazos y las piernas, mientras la cabeza, con movimiento independiente, oscilaba como si su propietaria durmiese y soñara—: A la *première*, a la *seconde*...

—¡Te quieres estar quieta con la «premier» de los cojones! —Esta vez el enfado era sincero.

—Le voy a decir que volveré a bailar. Pero bailaré a mi estilo. El que me enseñaron. Le voy a decir que soy tan radiante como él. Que cuando aparezco por una calle es también mi calle. Que sé separar las aguas claras de las aguas verdes. Que bailo hacia dentro mejor que él. No me va a decir nunca más que mi estilo es blando. No lo es, no. No se va a burlar, no, con que parece que bailo encima de cagadas de vaca. Lo que quiere decir es que folio mal. ¡Será porque folio poco...!

—Shhh... —chistó Pepito, mirándome de reojo. Volví la cabeza antes de que se pudiera dar cuenta de que estaba mirando.

—No me hagas decir lo que no he dicho...

—Joder, pues si no has dicho lo que has dicho... Anda, vuelve, que te pongo la camisa. Y no te subas las mangas...

—¿Le has visto, Yeyé?

—No...

—¿Seguro? Yo he buscado todo el día. Hasta que me he llegado donde la Francesa y...

—No vayas a decir lo que vas a decir...

—Nadie lo puede ver... Hace demasiado tiempo que no quiere que le vean. *Première, seconde, troisième...* Le busco y...

Sólo veía las sombras del movimiento del baile, ángulos que se hacían, se invertían, se deshacían. Sombras diluidas, voces que se alejan... ¿Se alejan? Oí pasos en la grava y supe que estaban de nuevo en la carretera. Y yo, de cara a la pared. Con el trapo, Pepito había recogido la melena de la Cupé en un tocado de libre inspiración en el que, según me había dicho, llevaba la difunta Julia para disimular la cabeza rota.

—Este chico me está cogiendo. Díselo. Dile que hoy ya no trabajo. Que no se entera...

—Suéltala.

—Ni hablar... —negué mientras situándome de nuevo a su altura en la carretera sujetaba el brazo de palo de la vulnerable Cupé, una rara ondulación de ronchas que se extendía hasta la muñeca, bajo la tela mojada de su camisa. Durante todo el día, Pepito había utilizado mil añagazas para no quedarse solo. Ahora, quizá menos sutil, pero muy enfadado, el que iba a exigir compañía era yo—. Cuando veamos un coche, tú vas y lo coges... Yo me espero con ella. Tú vienes a buscarnos y volvemos al barrio.

—¿Quién es este imbécil? Me hace daño... Como venga él, te matará... Escribiré la W en tu cara... —Pese a su vaga delicadeza de niña, aquel brazo raquítrico y perforado que llevaba bien sujeto, la Cupé tenía su mal carácter.

—No aprietes mucho... —concedió Pepito, mientras aceleraba el caminar

cojitranco que detuvo al llegar a una casa. Nos dio el alto con una seña de la mano. Nos miró e insistió en el gesto, mientras subía una pendiente. Sin hacerle caso, estiré de la protestona hija del cuerpo diplomático para seguir las evoluciones del Yeyé y de ese modo evitar cualquier sorpresa desagradable.

—Tú no eres más que un idiota. ¡Y un niño! ¡Tú no vas a ser nada! ¿Dónde tienes los cojones? A ver, a ver...

Con giros de cadera, evitaba la búsqueda genital de la Cupé, mientras observaba la aproximación de Pepito a una vivienda unifamiliar, como las llaman hoy en día. Dentro, una luz pastosa, como arrepentida de su fulgor al ocupar habitaciones y topar con la competencia de llameantes cirios, hacía pensar en que las sombras que se movían por los techos y las cabezas que se asomaban a la ventana para observar la lluvia y no el Gordini aparcado junto a la puerta, respondían a la ofensiva de un apagón, o contemplaban con aburrimiento y melancolía la tormenta de verano. Muy pronto les iba a procurar distracción las furias simultáneas del agua que descendía con ímpetu desde la montaña y del cojo al que no veían, porque se había agachado, y en cuclillas, con la pierna mala trazando extraños semicírculos a cada impulso, avanzaba hasta la puerta del conductor del coche plateado.

—Es Cuervo y Sobrino... —informó la Cupé al señalar la bota ortopédica que entraba y salía en gancho del cuerpo furtivo. Y enseguida con una extraña mezcla de orgullo y coquetería, añadió señalándose—: Un regalo...

Por fin junto a la puerta, Pepito con una habilidad y rapidez aún mayores que las mías, es necesario reconocer ese punto, se desató el cinturón y desprendió la hebilla para abrir la cerradura. Las cabezas asomadas en la ventana, muchas, curiosas y prósperas, no pudieron ver el fugaz visto y no visto del Yeyé metiéndose en el automóvil, concentradas como estaban en señalar y admirar a la extravagante Cupé, su voz ondulante entrando y saliendo de la melodía de «Singing in the rain», mientras taconeaba y recitaba un simultáneo «tic, tac, racatac, tac, tac». Como buen conocedor sabía que Pepito se había tumbado en la parte delantera y había sacado el freno de mano para que el coche arrancara en cuanto el puente conectase el motor; pero Pepito tenía problemas, y la pendiente y la fuerza del agua, habían logrado que el vehículo navegase a la deriva dando lentos bandazos. Fue eso lo que logró que todas las miradas dentro de la casa abandonasen la atónita contemplación de una Cupé a la que sólo le faltaba una farola, no para ejercer su oficio, sino para remedar a Gene Kelly a la perfección a la voz de «Dignidad, dignidad, siempre dignidad». Ahora, no menos sorprendidos, los habitantes de la casa seguían las evoluciones del coche guiado por un fantasma. Dos personas salieron del interior y flanquearon en rápida carrera el nunca mejor llamado automóvil. La indumentaria doméstica, los batines, aún resaltaban más su prosperidad. Cuando uno de ellos forcejeaba con una puerta, el coche rugió, apareció al volante la cabeza del Yeyé y uno de los habitantes de la casa

en penumbra se dirigió al público en el ventanal con la mano dando vueltas alrededor de la oreja como si moviese una manivela. Que llamasen por teléfono. Arrastré a una quejumbrosa Cupé hasta la carretera. Pepito había encarado el coche de nuevo en dirección a la montaña. Uno de los hombres perseguía el coche. Abrí una puerta y me arrojé al interior.

—¡Las señoras primero! —fue la expresión que escuché del piloto, mientras casi levantaba en vilo a una Cupé que, muy alejada de la situación, debía pensar que la estaban raptando porque no dejaba de gritar a pleno pulmón.

—Y una mierda, que te vas... —repliqué.

Mientras el coche ascendía en dirección contraria a su destino, Pepito miró por el retrovisor y yo por la ventanilla trasera. El hombre que había salido a la carretera corría ahora hacia la casa. Fue entonces cuando el Yeyé dijo «Agarrarsus...» y, sin darnos mucho tiempo a obedecer, volvió a accionar el freno de mano. El coche viró en redondo como estipulaban los cánones del perfecto ladrón de coches suicida. Sin embargo, debido a la lluvia, lo hizo tres veces y a punto estuvimos de volcar. Esa ruleta nos favoreció de todos modos y el coche estaba yendo cuesta abajo. Pepito tomó la primera curva de forma impecable. A través del espejo por el que nos íbamos a comunicar nuestras respectivas ferocidades, vi una mueca de emoción en su castigado rostro.

—No pita mal —comentó.

—Pero hay que dejarlo —avisé—: Están llamando a la poli.

—No me hagas decir lo que no he dicho, pero a él no le gusta nada «la poli», como dice el bobo este... —el gentil comentario procedió de la Cupé.

—Con esta lluvia, la pestaña no sale ni que caiga oro del cielo. Lo que te diga el chache. Antes de llegar al barrio, lo dejamos. Y cada uno se va por su lado. Tu madre estará preocupada.

—No le pegues, que te arañe... —me advirtió la Cupé después de que golpease furioso el cogote de Pepito por su cínica mención a mi madre.

El parabrisas no daba abasto para dispersar la lluvia. Cuando, años después, entré en un túnel de lavado tuve una catarsis, pero no liberadora. Volvía a estar en ese día y a esa hora, y volvía la ansiedad y la infamia, ese «otro yo mismo», y lo irrepetible buscado muchas veces y sólo hallado en situaciones triviales. Pero que nadie se ría de mis lugares sagrados.

—No me hagas decir lo que no he dicho...

—Cállate.

—Me has metido en un lío. Él no se asusta, pero has hecho que le busquen.

—Que te calles.

—No quiero.

—¿Cómo no lo van a buscar si dicen que se ha cargado a la Julia...? Y no digas nada más, que éste lo oye todo y lo piensa todo como si lo masticara y luego dice cosas extrañas.

«Éste» era yo. Quienes hablaban, Pepito y la Cupé. Lo que caía más allá del borroso límite del coche, el cielo entero.

—¿No eres amigo? —me preguntó la Cupé. Y tras una pausa—: Cara de gilipollas sí que tienes...

—Soy amigo. Y también he estado buscando al Watusi todo el día. Con él. Para ser amigo suyo también.

—Más te vale. Contigo el Watusi no tiene ni para empezar...

—A callarse los dos...

Ignoré a Pepito. La necesidad de que la Cupé no hablase insinuaba mucha mentira oculta.

—Me llamo Fernando...

—¿Y por qué me das la mano? Joder, ya tengo el frío otra vez. Dame una pastilla, Yeyé... La Francesa te ha dado dos Palfiums delante mío. Os he visto.

El Yeyé hizo chasquear la lengua, sacó una mano del cambio de marcha y la metió en el bolsillo. Tras el bandazo del coche y los juramentos oportunos, las pastillas llegaron por fin a las temblorosas manos en cuenco de su protegida.

—Y no hables... —advirtió Pepito.

—Hablo si quiero... —La Cupé tragó las pastillas—: Eso sí, luego no me hagas decir lo que no he dicho. —Me miró—: ¿Tú no serás de la pestaña? Eres muy joven para ser de la pestaña. No tendrías que ser tan malo. Antes me has hecho daño en el brazo. Y duele.

—Ha sido sin querer... ¿Cómo se llama el Watusi de verdad?

—¡Eso a ti te importa una mierda...! —Pepito dividía su atención entre mi hábil tortura psicológica y una carretera en dos direcciones entre colegios y residencias que muy pronto iba a convertirse en avenida.

—Él no lo sabe... —informé a la Cupé—: Es muy raro...

—¿Raro? Yo le conozco y tampoco lo sé...

Música, maestro. Mi ojos furiosos se enfrentaron con los del Yeyé en el retrovisor. No se podía ser más farsante. Pepito ni siquiera conocía al Watusi. Pero un

momento... ¿por qué no cerciorarse y aplicar un suplicio gota, plis, a gota, plas, sobre su cabeza?

—Háblame del Watusi, Cupé. Lo hemos buscado durante todo el día y no me ha dicho nada sobre él. Sólo sé que se pelea muy bien...

Hasta que me soltó el «Bájate», el Yeyé no dijo nada más.

—Él se pelea, sí, pero no le gusta. A él le gusta bailar. Y follar. Y desaparecer... Desaparecer es lo que más le gusta. No se acuerda de mí y eso me ha hecho mala. Pero no, no, no te creas nada de lo que te digan. Él no ha hecho nada de lo que dicen que ha hecho. No es tonto. Y si lo ha hecho, la Julia le ha dado motivos... Él baila muy bien. ¿Sabes una cosa, Francisco?

—Fernando...

—Fernando, ¿sabes una cosa? Cuando lo vi bailando en Ibiza estaba haciendo lo mismo que yo. Claro, luego me di cuenta de que hacía lo mismo que yo, porque me había visto hacerlo y me imitaba. Pero entonces pensé que era una casualidad. Y que los dos hacíamos el *hitch-hike*... —Se dio cuenta de que no sabía de qué hablaba o estaba acostumbrada a una aclaración cuando llegaba a ese punto—: Es un baile, el *hitch-hike*. Y al bailar lo igual, y sólo nosotros, pues nos creíamos más listos y más estupendos que los demás. Cuanto mejor lo haces, más fácil y menos importante les parece a los que no saben. Pero lo fácil es difícil. Y yo veía como él hacía fácil lo difícil sin que se notara y sin esfuerzo. Yo lo hacía con truco... —Me cogió de los brazos—: Tienes que imaginarte que frota dos cepillos, uno contra otro... Bueno, déjalo... —Me soltó y no se preocupó mucho de si me humillaba o no—: Hay gente que sirve y gente que no sirve. Hay gente que sirve y tiene compás. Y hay gente que sirve y tiene ritmo. No es lo mismo tener ritmo que compás. Eso me lo dijo él, pero yo ya lo sabía. Él tiene ritmo. Y el Yeyé también. Yo sólo tengo compás. Y ya no soy buena...

Mi mirada se volvió a cruzar con la de Pepito en el retrovisor. Aún lo haría varias veces hasta que dijo «Bájate». La Cupé seguía hablando:

—Él siempre me lo intenta explicar. Pero no se da cuenta de que no todos tenemos lo que tiene él. Lo tiene todo, todo, todo. Todo, menos la verdad. ¿Y qué importa la verdad, vamos a ver? ¿A quién le importa?

Se calló un momento. Se oyeron unas sirenas a lo lejos. Miró al exterior, la calle alterada, los edificios:

—Son de bomberos. Y ambulancias. No nos llaman a nosotros... Mira para qué sirve la verdad... ¿Sabes una cosa, Federico? —La información era tan valiosa que no me preocupé en corregirla—: Lo de hoy me recuerda a una historia que me contó el Watusi. A él se la contó un negro. A ese cabrón parece que todo se lo enseñaron los negros. La historia esta también. Y el nombre se lo dio también un negro. Y todo pasa. Y todo vuelve a pasar. Y yo mañana voy a tener que subir otra vez a La



Alameda, después de chupársela a... La Penacho ya no me deja trabajar... El cabrón de Celso se lo habrá dicho. El cabrón de Celso se lo habrá dicho, porque soy la mujer del Watusi, porque soy su mujer de verdad, aunque no lo vea desde que se ha vuelto invisible. Desde que le ha dado por desaparecer. Eso es como la historia del negro.

—¿Me la cuentas?

—¿Para qué? No la vas a entender... —la Cupé estiró el cuello y cerró los ojos. Se sacó el trapo de la cabeza y se miró las greñas con asco. Tendría poco más de veinte años. Después del examen del pelo, me miró. Me debió encontrar un poco menos asqueroso que su melena, porque suavizó un poco el gesto de repugnancia—: ¿Quieres que te cuente una historia?

—¿Una historia? —pregunté fingiendo sorpresa—: Vale...

Feroz mirada de Pepito en el espejo.

—Es una historia que le contaron a él. Se la contó un negro. Hay otra historia. Una chica acompaña a un bailarín a su casa y ve unas cosas blancas esparcidas por el suelo. Luego descubre que son huesos de hombres y mujeres... Pero ésa no la contaré, bastante asustados estamos. La que te cuento es ésta. La fundación del Templo del Perro. El Templo del Perro está en una playa, en una isla, por ahí, por el otro lado del mundo. Hace muchos años, una barca de pescadores naufragó en una tormenta. Todos los pescadores que iban en la barca cayeron al mar y al día siguiente la gente de la isla se encontró con la orilla de la playa llena de muertos en todas las posturas. No me gusta imaginármelo... La gente de la isla decidió enterrar a todos los pescadores juntos. Hicieron un gran agujero y los metieron allí. Pero el perro de uno de ellos saltó al agujero y no quiso salir. Así que también le enterraron. Vivo. Desde entonces el perro se convirtió en el dios de la lealtad de esa isla y está en un templo que le construyeron en la playa. El caso es que los manguis de la isla creen que la lealtad es algo bueno que tienen ellos y por eso van a rezar al Templo del Perro y le llevan flores y regalos y hasta oro y lo dejan por allí. El negro que le contó al Watusi esa historia conoció el Templo del Perro y cuando se acercó, y se acercó porque no se creía nada, vio a putas y asesinos y a gente de altura con unos coches grandes, grandes... El negro pidió en el Templo del Perro seguridad para él, para su mujer y para sus hijos. Lo mataron en cuanto volvió a Marsella, justo después de contarle la historia al Watusi. La verdad es que se la contó para que el Watusi no lo matase, pero no sirvió de nada. El Watusi se quedó con la historia y una vez me dijo que si desaparecía, que le buscara en la isla donde está el Templo del Perro, que iría allí a rezar por los que se ha cargado y por el padre que no tuvo. A lo mejor se ha ido para allí. Pero yo no sé dónde está la isla. Cuando me muera harán un Templo del Perro para mí sola. Porque soy el perro de ese cabrón. Soy la puta y el perro...

«Y el Yeyé es el perro del perro del Watusi», me dije. La Cupé no tuvo tiempo de explicarme nada más, porque después de un par de arcadas, vomitó en sus propios

pantalones y enseguida se puso a buscar una pastilla entre los restos.

Un fétido silencio entre sonidos de sirenas, truenos y lluvia duró el tiempo que tardó la Cupé en recuperar un resto de pastilla y Pepito en decir:

—Bájate.

Agradecí el aire fresco. Me refugié en un portal a sopesar mi destino, lejos del Templo Ambulante del Perro. Los coches de bomberos rompían la avenida y, antes de llegar al puerto, subían la montaña en un estruendo rojo. Hasta ese lugar me perseguía el color maldito. Y acechaba para atacarme al menor descuido en los carteles de los espectáculos de variedades, en la ropa de la gente que corría o serpenteaba pegada a los edificios. En ese mismo lugar había presenciado el duelo de las escarlatas y admirado la sonrisa maligna de Julia, la mueca depredadora, los dientes blancos algo separados, los labios erectos. Y a su amiga Dora, que a lo mejor esa mañana la había matado por celos, o por una furia desconocida. Era mejor estar solo. Pensar solo y caminar solo cuesta arriba.

La tormenta forzaba la noche. Oscuridad de misterio, anticlímax eléctrico, apagón y farolas muertas. Ascendí sin protegerme de las accidentales miradas en los bares de luz amarillenta, de las siluetas fugaces, de las cabezas que parloteaban en exiguos balcones cubiertos, de los gritos de esfuerzo de la gente que achicaba el agua de portales y aparcamientos. Al subir escaleras desoladas y abandonar la civilización, me puse a imaginar hasta dónde habría llegado la leyenda de aquel día en el vecindario, el furor de la hipérbole en la traca de rumores.

—Violaron a la Julia y, aunque luego les interrogaron, le echaron la culpa al Watusi. Son dos chicos muy peligrosos.

—Casi matan al Topoyiyo...

—Y uno se ha follado a Samanta.

—A mí me han dicho que ella se abalanzó a chupársela sólo verlo.

—Es que es agua del río...

—¿«Agua del río»? A quien se lo digas... Si parece un primo.

—Sí, parece...

—A mí me gusta. Siempre me ha gustado.

—El Superman se acojonó sólo verlo. El Superman. Y le explicó todo...

—¿Y el Watusi?

—¿Qué Watusi?

—Ya nadie se acuerda del Watusi. El Watusi es hombre muerto.

—Hombre muerto.

—Está muerto.

—Ya puestos, vamos a morir todos...

A media ascensión volvió la luz, mi ensueño se deshizo y me temblaron las piernas. Me decidí a entrar en el bar junto al parque de atracciones. Dentro, gente de

toda condición, bajo una nube de humo y diálogos inconexos, comentaba, no la captura del Watusi como yo esperaba, olvidado ya el secretismo y la paranoia de toda aquella situación, sino la suspensión del pase vespertino y la posibilidad de que también cancelaran la actuación nocturna de Pedro Vargas, cantante mexicano, al que según un borracho abandonado de todos en la primera mesita junto a la entrada, una piedra en el camino había enseñado que su destino era rodar y rodar...

—¡Rodar y rodar! —Él mismo se hacía el coro y se reía.

Por fin encontré un hueco en el tumulto. Saqué el billete de mil pesetas y agitándolo como una banderola atraje la atención del camarero.

—Un coñac... —ordené.

—Cuando hagas la primera comunión... —replicó.

No sabía quién era yo, ni se molestó mucho en averiguarlo, ni yo valoré el desprecio, porque, en ese momento, alguien con una habilidad nada infrecuente en el barrio, pinzó el billete en mi mano para doblarlo en la suya. Miré hacia arriba y descubrí a un magullado Topoyiyo. Malo.

—Eh, pollo, que el coñac es para mí... —le dijo al camarero mientras me sujetaba con fuerza del brazo.

El camarero se deshizo en excusas y aún le preguntó sobre nuestros posibles lazos sanguíneos.

—Es el sobrino de una cuñada —dijo el Topoyiyo—: Poco que ver... Ponme otra para el Parche.

Intenté descifrar el código gestual del Topoyiyo más allá de mi presencia. Por mi espalda se acercó un individuo con pinta de buitre, vestido con una enorme camiseta que rezaba «Harvard University», y la peculiaridad de ostentar una deformación en la frente, que se abombaba y retraía al respirar, un agujero en el hueso cubierto con la piel, blanquecina y casi transparente. Por decirlo de manera sencilla, espantaba. Aún más que el resto de los socios del Colegio de Criminales. La primera vez que lo veías, y la segunda, siempre.

—¿Qué pasa?

—Es uno de los chavales...

—Joder... —exclamó el Parche y me empujó contra la barra. Ya no tenía escapatoria, aunque me había resignado a que algo así pasara antes o después. Ahora sólo importaba resistir. Tenía que ser agua del río.

—Mira lo que tiene... —El Topoyiyo le enseñó al Parche el billete de mil antes de entregárselo al camarero—: ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo encontré.

—Tú mismo... —Se bebió el coñac de un trago. Antes de que el camarero recogiera el billete, pidió otro y le dijo al Parche—: Vaya destrozo...

—Se ve que tela...

—Por el barranco de la fosa... —hablaba de las chabolas que se asomaban alegremente a la fosa común del cementerio. «El hogar», para ellos, «Ciudad Sin Ley», para todos los demás—... Iban llegando cosas como el año de la nieve, pero sin nieve. Mierda nada más.

—Y pollos y gallinas y un cerdo y mil ratas, que eso me han dicho. Y mierda.

—Mucha mierda.

—Y latas de leche condensada y cajas de naranjas y bidones de alquitrán y uralitas y tejas y muñecas calvas... Y mierda.

—Mucha mierda, sí...

Bebieron, meditaron en silencio, me miraron de reojo para olvidarme enseguida:

—Y éstos ya no vuelven a levantar nada. A éstos se los llevan... Yo qué sé...

—Hacen bien en llevárselos.

—A mí... —El Topoyiyo se encogió de hombros y contempló con su vaga lejanía habitual la copa sin licor—: ¿Nos pedimos otra?

—Si vamos a medias con las mil... —negoció el Parche.

—Ya me gustaría, pero prefiero dárselo a mi prima. Está en las chabolas que han caído, la pobre Antonia...

—¿Pero no decías que a ti el desastre te daba igual?

—¿Me va a dar igual si me he criado allí, de niño, cuando vinimos del pueblo, yo corriendo abajo y arriba como un galgo, me va a dar igual? Y ahora la pobre Antonia se ha quedado sin casa... —El Topoyiyo casi se echa a llorar.

—¿Os habéis enterado? —preguntó una tercera voz—: La puta tormenta ha hundido toda la Ciudad Sin Ley... Se ve que han ido a hacerle compañía a los muertos...

—¿Toda?

—Ahora gritan los que se han quedado sin casa y gritan los que la casa del otro les ha caído encima. Y con una de mierda arrastrando que para qué... Perros, gatos, hasta una cabra... ¿Y éste? —El recién llegado, el rostro áspero, pero no muy peligroso, me señalaba.

—El sobrino de una prima...

El informador de siniestros esbozó una sonrisa y se fue. Con ciertos personajes convenía siempre un saludo y un poco de charla diplomática, la justa, si no el delincuente empezaba a pensar que se le investigaba, que alguien quería saber demasiado. Abundaban las súbitas palizas por ebria desconfianza. El individuo hacía bien yéndose. Le comprendía. Saber retirarse a tiempo, qué enseñanza desoída.

—Conque un sobrino de tu prima... —El Parche seguía mosqueado ante un indiferente Topoyiyo. Los dos seguían obviándome. Yo, ni sudaba—: Me estoy mosqueando muy mucho con tu parentela. Anda, vamos...

—¿No nos íbamos a tomar otra?

El Parche hizo un ademán de urgencia al que contestaron los argumentos del Topoyiyo:

—No me jodas, hombre. Nos han tenido todo el día buscándolos y ahora, si les llevamos a éste igual nos hacen esperar y preguntas y la hostia. Vete a saber cuándo podré tomarme algo tranquilo. Y te juro que si no le echo gasolina al motor me hundo. Entre que no he dormido y la caída... —El Topoyiyo señaló sus vendas, mientras pellizcaba mi brazo para que no le desmintiera—... Estoy que me muero. Es que no han avisado...

—¿Y de qué te iban a avisar? —El Parche esbozó una imitación—: «Oye, mañana atentos, que el Watusi se va a cargar a la Julia y hay que ir a buscarlo...».

El Topoyiyo vaciló.

—Es verdad... ¡Cuánta razón...! Mira, esperamos a que escampe. ¿Qué tardará? ¿Media hora? Y tú no te muevas...

—¿Os habéis enterado? —preguntó una nueva voz. Quise girarme, sin embargo alguien me encaró a la fuerza contra el mostrador. El camarero me miró sin curiosidad y volvió a lo suyo—: Han encontrado muerto al pobre Jesús. Ahogado... Se ve que la estaba durmiendo por donde ha bajado el barrizal...

—Le gustaba hablar con los muertos. Pobre tío... —el Parche.

—Ya ves, pobre tío, un día u otro le iba a pasar —el Topoyiyo.

—Se lo estaban comiendo las ratas... —el informador de primera mano.

—Pero si a las ratas les espanta el agua. Desaparecen... —el Parche.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde se meten cuando llueve? —el Topoyiyo.

—En un agujero... —el Parche.

—Sí, hombre, se ponen a volar... Se van de visita a casa de su madre. Se meten en un bar a hacer un cigarro... —el Topoyiyo.

—¿Y qué edad tenía el Jesús? —el Parche.

—Parecer, parecía viejo... —el informante—: ¿Y éste?

Éste era yo.

—Un sobrino de mi suegro...

—¿Tú estas casado, Topoyiyo?

—Preguntas tú mucho... Y me vuelves a llamar Topoyiyo y te arranco la cabeza.

—¡Abren taquillas! —anunció el camarero—: ¡Abren taquillas! —repetía—: Hay actuación, señores... Habrá música...

Durante la ascensión a las Casitas, algunas personas suspendieron las labores de achique para bisbisear mandados al Topoyiyo y el Parche. Con nueva información, nos desviamos hacia El Molino entre el fango, su chapoteo, el silencio de niños en cuclillas torturando ranas y un vago indagar de ojos fatigados, más preocupados sus amos en prender velas y candiles al otro lado de paredes de lona que en nuestra embajada. Caminaba entre los matones y el olor a basura disperso en la limpieza del aire. Como he podido confirmar varias veces a lo largo de mi vida, reina una paz insólita en la profundidad de la angustia, el cementerio marino donde el agua habita cascos volteados de fragatas y asoman calaveras por ojos de buey. En esa región sin corrientes cuesta pensar. Por ello, mientras ascendía y miraba de reojo a los impávidos matones, mi capacidad reflexiva se había concentrado en que al menos se me dejara pronunciar la frase «Soy agua del río», intercalarla en el discurso de modo oportuno.

Vislumbré entre el resplandor de fogatas repartidas por lo que parecía inmenso vacío. Unas voces se callaron en cuanto aparecimos y, sobre ellas, creció el tableteo de unas chanclas y llegaron en tromba a la media luz mi madre y el bofetón mayor, los bofetones menores y la patada concluyente como un silogismo de lenguaje corporal. En el suelo, oí el casi cómico «Joder, joder...» de un Topoyiyo impresionado por la contundencia de Flora. Ahora ella me quería levantar del suelo y lloraba y me abrazaba.

—¡Soy agua del río! ¡Soy agua del río! —grité a figuras y sombras temblorosas que entreveía más allá del abrazo de mi madre.

—¡Cállate! —me ordenó el Topoyiyo.

—Cállate tú, que me lo has vuelto loco —mi madre.

—Con esas hostias que le das no me extraña que esté imbécil. —El Topoyiyo, con una carga de alcohol encima capaz de pervertir a un pueblo entero, no tenía ganas de callarse. En otro momento, esa falta de respeto me hubiera hecho pensar mucho. En otro momento.

—¡Topoyiyo y el monstruo ese que no me acuerdo cómo le dicen! ¡Ya os estáis largando! —exclamó una imperativa voz de mujer. Mi madre aprovechó esa intervención para separarme un tanto de la pareja de gorilas que me había llevado a esa ruina. Mientras me alejaba pude atisbar el rostro confuso y asustado del Topoyiyo.

—No he dicho nada, doña Pilar... y la compañía... —El Topoyiyo parecía olfatear el aire para reconocer a los presentes—: Es que ha sido un día muy malo, muy malo... ¡Ay, qué día más malo!

—¡Que te largues! —esta vez reconocí la voz de Emiliano—: Y vete a ver al

Tomate, que te tiene que dar un recado...

—¡Soy agua del río! ¡Soy agua del río! —grité. El Lector habrá deducido que el consejo de emplear la frase en el momento oportuno no había sido utilizado con mucha astucia.

—¡A callar tú! —Emiliano, a punto de perder la paciencia.

Me iba acostumbrando a los susurros, a la oscuridad, a las presencias, al humo ascendiendo en remolinos de entre las llamas de unos bidones seccionados que aventaban un par de viejas que iban y venían de un bidón a otro y a otro como si la situación no fuera con ellas. Parecía que el juicio iba a empezar sin muchos de los protagonistas. De momento, pude distinguir a doña Pilar, a Emiliano, a los dos policías que había visto esa mañana y... y a nadie más. Todo estaba muy oscuro y el aleteo de las llamas confundía. Las manos de Flora me apretaban los hombros hasta el dolor y su voz me decía «Virgen, qué mal hueles...» y que no volviese a hablar si no me preguntaban. Un murmullo de protesta del Topoyiyo se fue alejando conforme avanzaba con el Parche hacia el barrio.

—Tráelo para acá, Flora... —ordenó doña Pilar. Su voz era la misma que había hecho callar al Topoyiyo, seca, imperativa.

—No le haga nada, por el amor de Dios, que es un niño —mi madre en un desgarramiento preventivo.

—Pero ¿qué se ha pensado, señora? Que somos policías... —dijo el policía mayor, mientras, lo supe enseguida, me reconocía y decidía que no entraba en sus planes inmediatos comentar el encuentro de esa mañana, ni preguntarme por el significado del lema «Soy agua del río». Empecé a temer que ni el agua ni el río sirvieran para maldita cosa.

Mi madre y yo, ridículamente cogidos de la mano, nos detuvimos en un claro tembloroso. Doña Pilar se movía entre las sombras buscando un punto donde su voz no retumbase. Fue ese deslizarse la causa de que me fijara en el movimiento de todos, en sus piernas y sus pies, en el sudor... Buscaba algún elemento más en la reunión, ya que se oía algún ruido aislado en la oscuridad, y en el examen visual encontré una evidencia: ahora todos tenían el calzado manchado de cemento. Los mocasines de los policías, los pies de mi madre entre la goma de las chanclas, las alpargatas de luto de doña Pilar, las botas de Emiliano, dispuestas para derribar monumentos a patadas, todo era cemento. La prueba del Yeyé para acusar a uno de ellos del crimen de Julia, si había servido para algo alguna vez, ya era el mismo humo que salía de los bidones. Aunque tampoco había Pepito, ni Watusi, ni Cupé, ni la furiosa Dora, sino mi madre y yo delante de aquella gente. Doña Pilar dijo entonces:

—Bueno, señores policías... Ustedes saben que esto es nuestro, de mi hermano, que está de viaje. Esta mañana, bien temprano, al oír la lluvia y los truenos y darme miedo las tormentas estas de agosto, me vino a la cabeza la obsesión de que como

esto sigue a medio construir, porque el ayuntamiento no le dio el permiso a mi hermano y aún no nos explicamos por qué...

—Bueno, bueno... Continúe... —ordenó el policía mayor.

—Pues esta mañana me ha dado por pensar que con la lluvia igual se había hundido algo. Miren, miren el techo...

—No veo nada. —El policía mayor era el portavoz absoluto de la pareja.

—Pues está que cualquier día... Aquí tenemos nosotros guardada una maquinaria, porque ya sabrá usted que nosotros compramos y vendemos estas cosas y aquí mismo está... —Se oyó el chasquido de una goma al soltarse de una carpeta—... Aquí están todos los papeles...

—No hace falta, no hace falta...

Supongo que mi madre notó mi cuerpo en tensión porque volvió a apretarme el hombro con fuerza. No estaban hablando de lo que tenían que hablar. Allí dentro todos sabíamos qué había pasado y sin embargo se hablaba, sin odio ni furia, de otra cosa...

—Pues teníamos... —intentaba hacer balance doña Pilar—: ¿Qué teníamos, Emiliano?

—Pues máquinas de coser, unas hélices, cajas de repuestos, efectos navales varios, una bomba hidráulica y básculas nuevas, de esas grandes, para el ganado. Todo en regla.

—Todo en regla... —insistió doña Pilar.

—La bomba salió ayer... —una voz tras un bidón y medio rostro asomó a la luz. Era Tomás, el perista. Junto a él, la figura de Dora, con la cabeza apoyada en el hombro de su padre. Era la única allí cuya expresión emanaba auténtica rabia—. Se la vendí yo a unos de Sabadell y vinieron a buscar eso y plomo. Tengo el dinero en casa.

—A ver que me aclare. Todo eso está muy bien. Pero ¿adónde quieren ir a parar...?

—¿No se lo imagina? —preguntó doña Pilar.

—Pues claro que me lo imagino, pero resulta que me lo tienen que decir ustedes. Esto es una declaración, no una adivinanza. Y si quiere más formalidades, vamos todos a comisaría.

—Está bien. ¿Qué quiere? ¿Que acusemos? Pues acusamos. Esta mañana he enviado a Emiliano, aquí, este señor, a que viniera a ver cómo estaba todo...

—¡Doña Pilar! ¡Doña Pilar! —en todo el recinto vibró una voz conocida.

Doña Pilar se volvió muy molesta hacia la voz que había interrumpido su detallada declaración y preguntó: «¿Quién es ese imbécil?».

—El Superman... —murmuró Emiliano y, enseguida, dio un grito—: ¡Pasa!

La inmensa silueta del Superman avanzó hasta el corro que se iba formando en la unión de resplandores. La camisa abierta aleteó para que enseguida apareciera su



rostro anguloso, magullado y confuso anunciando una insistencia en la desolación. Reconoció a los presentes y, sin comentario alguno, abandonó la mirada en el suelo y clavó la barbilla en el pecho.

—He mirado, he preguntado... Aquí y allá... Nada.

—Es que le hemos enviado a buscar al otro chico. El cojito... —doña Pilar atendía el protocolo con la ley y atraía la atención, pero mis ojos se desviaron al cruce de miradas de Emiliano y el perista, que volvió a salir de la oscuridad. Dora se mordía las uñas. Tomás, el perista, dio una chupada a su cigarro y la cara se movió de arriba abajo de modo imperceptible.

Entretanto, el policía mayor se regodeaba en dar instrucciones:

—No hay que preocuparse. Con este rubio ya tenemos de sobra. A ver, tú... —ése era el policía joven— saca la linterna y alumbrá.

—Tú te puedes ir y ya hablaremos... Vete a ver al Tomate, que tiene un recado... —le dijo Emiliano al Superman, y yo creo que fue entonces cuando esbozó una de las dos sonrisas que la vida le había destinado. La otra debió gastarla cuando atropelló a un perro con su Dos Caballos.

El Superman dio media vuelta como un autómatá y desapareció dejándome con una duda. O sus comisiones secretas en el rapto de extranjeras habían sido descubiertas o, muy sensible, le dolía lo que iba a sucedernos.

Una linterna en la mano del policía joven iluminaba la libreta del policía mayor. El policía mayor anotó algo, levantó la cabeza y justificó su actitud con una media sonrisa:

—Ya sé que apuntar cosas es una mariconada, pero así queda constancia en el momento...

—Usted apunte lo que quiera... ¿Puedo seguir? —Doña Pilar carraspeó para seguir con su declaración—: Aquí el Emiliano se ha acercado esta mañana y no ha visto nada... Quiero decir que se lo habían llevado todo. Todo robado por unos malnacidos. Bueno, por uno.

—¿Me está intentando decir que toda esa maquinaria se la ha llevado una sola persona?

—Eso es lo que han visto los niños. Emiliano los ha visto y ellos se lo han contado todo. Este rubio y el cojo... El caso es que nosotros teníamos vigilando esto a uno que le dicen el Watusi. Por hacerle un favor al pobre...

—Ya lo conozco... Vaya si lo conozco... —los dos policías ladearon la cabeza como si hubieran compartido todo un bachillerato con el apodado Watusi y después me miraron a mí.

—No sabes lo que has hecho sufrir a tu madre... A tu pobre madre viuda, sinvergüenza... —me dijo el policía mayor—: ¿Dónde has estado metido?

—En el río. Mirando el agua del río.

Mi madre entonces me clavó las uñas en el hombro y me dijo:

—Fernando, hijo... Diles a estos señores qué ha pasado. Lo del robo...

—Soy agua del río.

—Tú y el agua, niño, joder... —Emiliano le dio una patada al suelo, doña Pilar miró a mi madre, el perista se acercaba poco a poco al grupo. A lo mejor Dora me estaba mirando y lloraba, pero no puedo asegurarlo. Su rostro brillaba de sudor. Deslicé una mirada curiosa por sus pantorrillas y ahí estaba el cemento seco, pero también estaba en los pies y el calzado de cada uno de los presentes.

Mi madre insistía:

—¿No me has contado tú que esta mañana llovía y habéis dejado de pescar tú y el subnormalito y habéis visto al Watusi robando toda la maquinaria?

—¿Cuando venía de pescar? —No creí necesario demostrar inteligencia más allá del absurdo del momento.

—Está prohibida la pesca deportiva en el puerto, no sé si lo sabes... —me dijo entonces el policía.

—No hacen ningún daño, señor policía... —dijo doña Pilar, más que impaciente—. Y lo que pescan éstos ni es deporte siquiera... Nada...

Entonces volvió el silencio y la crepitación de las ramas en los bidones. Todos clavaban la vista en mi persona, menos doña Pilar que miraba fijamente a mi madre. Comprendí que ya estaba todo hablado, que tenía que protegerla...

Doña Pilar, como para darme un último aviso, dijo muy despacio:

—Se ve que subían los dos por la cuesta que hay detrás y vieron al Watusi cargar todo el camión...

Un nuevo silencio. Llegaba a escuchar el sonido de la boca del perista aspirando el humo. Me decidí:

—Y salió pitando el tío... Lo vi como agua del río.

—Acabáramos —dijo el policía, anotó un garabato y cerró la libreta.

Primero oí a mi madre suspirar. Después me sorprendí tanto como los presentes cuando las paredes de El Molino empezaron a retumbar como si un gigante se fuera acercando:

—¿Qué es eso? —dijo doña Pilar algo asustada.

—La música del parque, que hay actuación —aclaró el perista—: Pero se oye un coche también... Y eso es una puerta al cerrarse...

—Imaginaciones tuyas, Tomás —desechó doña Pilar—. Es un cantante...

—Pedro Vargas, el ídolo de México, el Rey... —comentó el policía—: Bueno, yo creo que es suficiente... Buscaremos al Watusi y...

—¿Dónde está? —preguntó entonces una voz rasgada en la puerta de El Molino.

La pequeña linterna del policía joven intentó iluminar la entrada. Antes de que su compañero bajase el foco de luz al reconocer a la persona que farfullaba en voz alta,

distinguí algunos escorzos de la figura bamboleante, desquiciada. El fardo atisbo en la oscuridad y la luz nerviosa hasta descubrir su rostro y la mirada confusa, inyectada en sangre. Celso resbaló y el estruendo de sus muchos kilos remató la apoteosis de un número orquestal. Se escucharon aplausos a lo lejos. Emiliano y el perista fueron corriendo a ayudarlo. Dora, al verse sola, se acercó al grupo, cabizbaja, temerosa. Las manos de mi madre, que se habían relajado con el discurrir del interrogatorio, volvieron a desahogar su inquietud en mis hombros. Doña Pilar abrió la boca y por un momento la duda y la sorpresa no le dejaron mencionar palabra. Imaginé que se estaba cerciorando de que Celso viniese en compañía. Yo no había visto nunca a Celso sin ninguno de sus hombres. En ninguna ocasión. Sólo allí. Sólo entonces.

—¡No ha sido nada, Celso! ¡Nada!

Eso fue lo que dijo doña Pilar, mientras Emiliano y el perista intentaban calmar a nuestro jefe, al padre de la muerta, antes de levantarlo del suelo. O quizá lo que intentaban era ponerle al día. Yo podía haber pensado en ese momento que Celso se acababa de enterar de la muerte de Julia. O que formaba parte de esa farsa no del todo comprendida, pues allí todos sabíamos lo sucedido, aunque cada uno tuviera su propia idea sobre quién había hecho que todo pasara. Podría haber pensado todo eso, pero no pensé en nada: miraba entre las sombras y a veces escuchaba más mentiras.

—Ay, el pobre... —se lamentaba doña Pilar—: Empieza a estar viejo. No hay nada peor que ver a un hombre que ha sido mucho volverse nada... ¿Verdad, señor policía?

—Verdad... —contestó el policía con una sombra de duda en la voz. Nunca he sabido el contenido de las conversaciones previas a esa situación manipulada, pero estoy seguro de que esa súbita aparición les había desconcertado.

—¿Sabe por qué llora? Me lo imagino... Éste es un sitio de mierda y cada uno va a la suya... —se contradijo la solidaria doña Pilar—. Esta tarde, con las lluvias, vaya usted a saber por qué, ha corrido la voz de una avalancha en la Ciudad Sin Ley...

—En este país la ley llega a todas partes... —apostilló la autoridad.

—Sí, eso es verdad. Lo que no es verdad es que haya habido una avalancha y se hayan caído chabolas a la fosa común.

—En este país no hay chabolas...

Doña Pilar miró al policía mayor con una punta de sarcasmo y dijo:

—Esta tarde a mí me han dicho que a un pobre dormido en el cauce de un torrente lo había ahogado el agua y la basura que bajaban y que luego se lo habían comido las ratas. Que si tenía toda la cara... ¿Tú lo has oído, Flora? ¿Y tú, Dorita?

Tras el sobresalto por la mención de su nombre, mi madre dio a entender que suscribía todo lo que dijera doña Pilar, ni más ni menos. Dora sólo miraba los movimientos de su padre junto a Celso.

—¿Lo ve? Pues cuando estábamos a punto de ponernos a rezar un rosario por ese

pobrecito, me asomo a la ventana y lo veo sentado al lado de la fuente más vivo que usted ahora mismo dándole a la botella de una manera... ¡Celso! ¿Cómo estás?

Emiliano y el perista estaban incorporando a Celso. Ya en dudoso pie, lo fueron acercando poco a poco hasta nosotros.

—Bebe... —confesó doña Pilar al tiempo que fingía una inmensa tristeza que a lo mejor, quién podía saberlo a estas alturas, no era tan fingida—: Bebe porque no aguanta hacerse viejo, que él ha sido mucho, y no quiere consumirse, y bebe y se consume más. No sabe resignarse como un hombre.

—¿Qué dices tú, zorra? ¿Qué dices? —al habitual timbre rasgado de voz se añadía una tremenda gangosidad de beodo crónico. Pero como de algún modo tenía que demostrar que inspiraba miedo y respeto, se sacudió con rudos aspavientos de los hombres que le cogían extrayendo fuerzas de un antiguo pozo de ambición y cólera hasta parecer, si no sobrio, al menos peligroso. Luego se puso a dar vueltas a nuestro alrededor, pateaba los bidones, insultaba a las viejas. Doña Pilar miró a mi madre y me miró. Antes de que Celso empezara a soltar el discurso que se intuía en un prólogo de obscenidades y voces confusas, doña Pilar se inclinó hasta que su aliento empezó a rozarme la oreja:

—¿Quién te ha dicho lo del «agua del río»? Que yo me entere por ti.

—La Francesa... —hasta dudé de un nombre y un momento tan presentes.

Al tiempo que se retiraba hasta su posición anterior y voceaba «Celso, estate quieto, hombre...», doña Pilar miró algo a nuestra espalda. Volví la cabeza y Emiliano y el perista dejaron de dedicarme un examen quizá decisivo.

El Lector habrá comprobado que mi relato de ese día del Watusi ha sido minucioso. Supongo que habrá puesto en duda más de una vez que cada palabra, cada movimiento y cada gesto fueran los mismos que se emitieron al aire húmedo de ese segmento limitado por la indolencia del Hombre, a esas horas, en esa fecha. Reconozco que a veces he mantenido una mirada, cómo decirlo, bifocal, sobre algunas deducciones y no he adelantado acontecimientos que no me convenía mostrar. Pero no sólo no he mentado, sino que he sido de una fidelidad absoluta a mi buena memoria perfeccionada hasta lo natural, porque durante años he buscado la verdad a partir de los hechos y los hechos se empañan. Debo frotar una y otra vez sobre esa suposición de realidad para describirla. Todo, Lector, ha sido contado tal como sucedió. Lo que siga en este Informe ensayará ser una fiel representación. Todo menos las palabras que entonces pronunció Celso. El miedo y la duda me habían atenazado de tal modo que ni comprendía los nexos entre las palabras, el significado de las frases, su relación con un antes y un después. Ahora me pregunto «¿Qué pudo decir Celso?».

Sé que dijo muchas veces «maquinaria». Deduzco que alguien le avisó de que recordara la mentira común y dijo y repitió «maquinaria» entre bidones llameantes,

mientras los demás le seguíamos con la vista. Celso repitió la palabra «Watusi» cien veces y la relacionó con «maquinaria». Dijo «despedazar» y «devorar crudo». Ordenó y ordenó. Lo suyo era mandar hasta la muerte y les gritó a los suyos que volvieran a recorrer la ciudad y siguieran la pista de quien había traído la locura. Que cuando lo cogieran lo llevaran a su casa. Que él le había dado todo y que había aceptado su figura melenuda, su soberbia. Que le había escondido y que ahora se llevaba su... maquinaria. Y al fin Celso desapareció en la oscuridad y era necesario por nuestro bien suponer que lloraba la pérdida de su maquinaria, mientras escuchábamos los sollozos invisibles y el sonido de su cuerpo restregándose entre señales resonantes de música y tierra corrupta.

Los policías se despidieron tras jurar exhaustivas indagaciones y mi madre y yo nos quedamos sin esa mínima posibilidad de protección. Fue entonces cuando doña Pilar ordenó a Emiliano y al perista «Quedaos con él y traedlo pronto» y a las viejas que fueran apagando los bidones y dejasen las brasas para que el olor a basura no entrara allí. Luego cogió del brazo a Dora y le dijo a mi madre «Tenemos que hablar tú y yo». Las tres mujeres se fueron caminando hacia la salida y las seguí a una distancia prudente. El aire de la noche volvió y mi cabeza funcionó de nuevo. Un pensamiento coincidió con el canto de un grillo y el resplandor débil y vaporoso de la ciudad, mientras seguía aquellos susurros, vigilante a cualquier reacción de mi madre. ¿Por qué habían montado la farsa si todos los presentes sabíamos la verdad? ¿Cuál era la intención última? En aquel momento sólo se me ocurrió, y esa decisión mental iba a durarme, Lector, casi toda la vida, que ésa era su manera de hacer las cosas, escenificar y subrayar hasta que el más tonto y el más valiente se dieran cuenta. A partir de entonces, fuera cual fuese la verdad, aquello era lo que se iba a contar y todos, por nuestro bien, estaríamos de acuerdo.

—Gracias por acompañarnos, chica. Por fin hemos podido hablar. ¡Vaya día! Pero aún tenemos que hablar más tú y yo, ya lo sabes. Mañana vienes y rezamos juntas el rosario. ¡Y a ti, mocoso, no quiero verte más...!

Y no me vería.

Mientras mi madre y doña Pilar se habían detenido a hablar en la puerta de la casa de Celso, algunas contraventanas se cerraban con sigilo y Dora avanzaba lenta hacia su casa entre sollozos sin que a nadie le importase. Doña Pilar entró en una casa a oscuras, sin muerte ni velatorio, sin ausencia ni dolor. No había pasado nada. El sonido de sus pasos se perdió enseguida bajo el murmullo de la orquesta que invadía la oscuridad sin alegrarla y se multiplicaba en muros y recodos. No pasaba nada.

—Venga, vámonos... —me dijo mi madre—: Esto está negro...

Caminamos. No me decía nada. Al parecer, no quería saber nada.

—Tenía mil pesetas... —le dije—: Pero me las han quitado...

Mi madre se detuvo. Mil pesetas eran entonces, no sé si lo he dicho, un dineral. Me protegí la cara con los brazos. Noté que se agachaba, sólo que se agachaba...

—Cállate... —la voz temblaba como una lámina metálica—: No me cuentes nada. Tú no me contarás nada. Ni yo a ti... Nada. Nos van a dar una portería. Ahí abajo —ese «abajo» era la ciudad—. No quieren saber... No quieren que sepamos. Ni quieren que sigas por aquí. Cuando he llegado de trabajar te querían... Pero ya ha pasado. Lo sé, lo sé... No nos harán nada. Y nos vamos ahí abajo —empezó a llorar—: Ellos tienen muchos amigos...

—¿Tú has entendido algo? ¿Algo de eso? —señalé hacia El Molino, pero sólo oía el silbido de mi brazo. Al dejarlo caer, mi mano tocó sin querer sus pies, las costras de cemento, las uñas rotas, podridas—. ¿Sabes qué ha pasado?

—¿Te has comido el potaje? Ahora tienes que comer algo. Estarás cansado de zancajear por ahí. Tienes una herida en la cara. No es nada, nada... —Cambiaba de asunto, cambiaba de vida.

Empezó a caminar y yo a seguirla. No saber. A partir de ese momento no iba a pensar en lo que pudiera haber pasado entre mi madre y Emiliano. No sabía siquiera que lo sospechaba. No sabía lo que afectaba a nuestra supuesta dignidad. Ella no sabía nada de lo que me había pasado aquel día: robos, piscinas, carreras, torturas, sexo, delirio. No lo hubiera sabido de todas formas. No hubiera querido saberlo. Ella caminaba a través de una incertidumbre que se podía tocar, las uñas rotas hendiendo por última vez aquel fango miserable. Ésa era la misma chica que, traicionada por la fiebre, otro día lluvioso había escuchado una orquesta fantasma, como ahora. Y ella no era ella. Y tampoco ahora, con esa otra orquesta. No quería hacerle sitio al misterio. Nada importaba. Sólo la portería...

—¿Te acuerdas cuando me contaste lo de la orquesta? ¿Que tú estabas sola en el monte?

—¿Qué orquesta? ¿Qué dices? Anda, camina más rápido.

De hecho, ella intuyó la sombra antes que yo.

Miré en todas direcciones dentro de la oscuridad. Aún es difícil explicarlo. El Lector se tendrá que conformar con esto.

Una sombra próxima entre sombras que a duras penas se distinguían en la tiniebla, sombras proyectadas por focos luminosos muy lejanos que se agotaban en aristas de chabolas o en la rama de un árbol o en la orilla del camino. La orquesta entraba y salía de las espirales de alambre que un cantante de voz robusta dibujaba en el sofoco. Mi madre aceleró el paso aún más, yo la seguí y la sombra nos siguió cuando los aplausos cayeron sobre nosotros como el agua sucia de un barreño. Y empezó otro número en el parque de atracciones.

El taconeo, más cercano, no llegaría a los quince segundos.

Se cruzaba con cada sonido de la noche como si debatiera con todo en contrapunto. Esas orillas de luz espesa le contestaban. Por eso, el doble golpe del taconeo, su réplica, la contrarréplica, el cierre y el contracierre, ahora estaban detrás y enseguida a nuestra izquierda, y otra vez detrás, y a la derecha. Se nos hizo imposible volver a un lado y otro y otro la cabeza, buscar el origen de los sonidos, y, al mismo tiempo, caminar con cierta velocidad. Nuestra casa se adivinaba al final de aquella recta y ella empezó a correr y a gritar: «¡Juana! ¡Juan!». Algunas velas distantes variaron su posición o desaparecieron.

—¡Juana! ¡Juan!

Nuevos puntos de luz salieron de la casa de Juana y Juan, mi madre se detuvo un momento y caminó de lado como una fiera asustada hasta cerciorarse de que efectivamente las manos que sujetaban las velas y aquellas voces pertenecían a nuestros vecinos.

—¿El niño está contigo? ¿Está bien? ¿Te pasa algo? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estabas?

No recuerdo qué pregunta correspondía a cada miembro de la pareja. Sólo sabía que ahí estaban Juan, el Vasolleno, con un aspecto devastado, y su esposa, la encargada de suavizar en ocasiones el mal genio de Emiliano. Juana y Juan cruzaron la valla que separaba los «jardines» e iluminaron nuestra puerta.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pasemos? ¿Te traigo un caldo que he hecho? ¿Necesitas algo? ¿Dormimos con vosotros? ¿Echamos una manta en el suelo? ¿Dónde has estado, campeón?

—No hace falta, de verdad, nada...

En el umbral de casa, mi madre dejó sitio para que pasase y se entretuvo en dar un escueto informe:

—¿Y lo de la Julia? —La voz bajó de volumen mientras el tono se tensaba—: ¿Han cogido al Watusi? ¿Se sabe algo?

—Nada, nada... Este barrio, que es... Una mentira todo. La Julia se ha ido, por lo visto. Que estará harta... Yo qué sé... Lo que pasa es que el Watusi les ha cogido unas máquinas. Robadas, robadas... Maquinaria... Lo han dicho bien claro. La policía estaba allí. Lo demás son cuentos de la gente y de los niños. Anda, Fernando, díles la verdad.

—Sí... —fue toda mi opinión sobre el asunto.

—¿Lo veis?

La mirada de Juana y Juan y su no creerse nada se esforzaban para dar algo de crédito a lo que oían. El saber queriendo no saber. Me acerqué a la ventana, mientras ellos seguían hablando de nada a volumen cada vez más bajo. Fue entonces, entre las flexibles oscuridades del paisaje conocido en todos sus detalles y las variantes que yo podía adivinar, cuando vi la espalda cruzar un claro y luego, por un instante aún más corto, la sombra, casi familiar. Puede que fuera el ansia de visión, puede que en ese momento considerase los sucesos del día como tiempo perdido y necesitase justificarlos como fuera. Por eso, ahí, en mi retina, estuvo un momento el destello de la W, en una cazadora, en un cuerpo ágil. Aquella noche.

Como no quería cenar, mi madre me mandó a la cama. Se hizo con una de las dos sillas y la enfrentó a la misma ventana en la que yo había entrevisto la inicial y la sombra. Ahí se quedó, vigilante, toda la noche. Aquella noche.



El grito de un hombre. El alarido aquella noche. Interminable. Abro los ojos y veo en el cielo el resplandor de la ciudad como humo blanquecino. Vuelve a llover y vuelve a dejar de llover. La luz también viene y se va. Huele a basura. Hace calor. En la noche hay gritos y solicitudes. Mi madre llora en un rincón de la casa. Con la misma incertidumbre por todo lo que ha pasado me rebelo ante su fácil disposición nerviosa. Si doña Pilar ha dicho la verdad, si nos vamos, mis ojos no sorprenderán nunca más en la noche una mirada indecisa buscando el domicilio de un paisano para recorrer con él geografías y vecindades antes de solicitar refugio, orientación, auxilio, ni espiarán los juegos de los niños, ni deducirán la explicación menos mala de movimientos extraños, nunca más súbitos embarazos y palizas y el crujir de almas de borrachos, nunca más el largo repicar en orinales, ni rumores. Nunca más, pensaba entonces, niños sin padre buscando hombres sin padre. Niños sin padre, pienso ahora, arrancando Eurídice del Templo del Perro, niños sin padre urdiendo ditirambos a Dioniso, niños sin padre volcando arena engañosa sobre ménades desgarradas, niños sin padre dudando en la ciudad desierta en un tiempo hostil sin protesta, informados todos del poder pacificador del veraneo. Un tiempo enterrado en los cursos del tiempo, en la violencia, un tiempo en el abismo de los tiempos posibles, sin Historia.

La noche tiene ahora puntos de luz y farolas blancas y silencio. Pero no sirve esa luz. Sirve el alarido, el fantasma. El fantasma está allí para apaciguar y ocultar al fantasma de la noche. Los que creen en fantasmas son los que no quieren ver la noche, los que la llenan con el espanto de pequeñas imágenes, la ocupan y distraen fijándola, detienen el oscilar del eterno retorno. No se conoce el móvil del asesinato. No se conoce al asesino. Yo he visto la inicial y la sombra. Yo he oído el alarido.

La noche deja de ser oscura, de tener nombre. La fotografía de mi padre, mi primera comunión, la cacerola con el potaje de ayer intacto en la encimera, la mesa, un libro abierto, otra silla. Mi madre, sentada en esa silla, duerme de cara a la ventana. La noche es día. Me visto y miro con cautela al exterior por encima del hombro de mi madre. Sentado en una piedra, el Yeyé, un cubo azul a su lado, ha tirado algo al aire, lo observa y cuando cae el objeto invisible se cubre la cabeza con los brazos. Imagina una explosión. Busco la caña, los aparejos de pesca.

El Yeyé dice que no ha oído el grito. El Yeyé no responde cuando le pregunto dónde ha pasado la noche, ni cuando le pregunto si no tiene miedo, ni cuando le pregunto para qué son ese cubo, esa brocha, ese fondo de pintura. El Yeyé no habla mientras bajamos por El Molino vacío, ni cuando le digo que a lo mejor mi madre y yo nos vamos de allí cualquier día. El Yeyé se queja del olor a basura entre las plantas exóticas cuajadas de lluvia, en los senderos que ayer eran inminencia. El Yeyé se detiene ante el muro de contención. Toma la brocha, la moja en pintura. Me pide que le aúpe a la mona. Oigo el sonido de la brocha rasgando el muro. Le escucho cantando la canción del Watusi, la bota ortopédica que sigue el ritmo dándome en el hombro, ridículo y puro, sagaz y olvidado. Me tambaleo porque el Yeyé mira en todas direcciones y se mueve. Caen gotas de pintura negra en el suelo, otra, otra... Caen la brocha y el cubo... El Yeyé deja de cantar, me ordena que le baje y obedezco. Comprendo.

El Yeyé recupera la brocha, remata la faena: una enorme W para que la vean los marinos cuando observan los jardines, el cementerio, los restos de vida alrededor del vertedero, en la montaña, cuando fuman y meditan antes de que el barco llegue a la ciudad. Comprendo.

Cruzamos por última vez la carretera. Al día siguiente, me asomaría a la ventana y Pepito, el Yeyé, no estaría sentado en la piedra jugando a bombas. El día siguiente sería el Día de Mañana. No habría una vida peligrosa para mí, sólo una peligrosa convicción. A lo mejor se había dejado matar para salvarnos de esa vida. A lo mejor había muerto por nosotros. A lo mejor su invisibilidad nos había guiado ayer y lo seguiría haciendo toda la vida. Estaba en el pie renco y bailarín de Pepito, en el hueco del buque americano en el puerto, en el aliento frío de las casetas y en el curso desarticulado del tiempo cuando me perdí en el bosque con mi madre, en las olas del malecón, en la boca amarga del Topoyiyo contando historias, en la cicatriz de mi mejilla, en los ojos de las lechuzas en la oscuridad, en la boca cerrada de todas las putas, en la quemadura del dorso de mi mano, en una habitación de La Alameda, en mi jefe indio cuando lo ocultaba para siempre el puño de la Francesa, entre la lluvia, en las llamas de los bidones en El Molino, en la mentira, salta frente a mi casa. Comprendo.

En el muelle se ha restablecido el movimiento de un día laborable. Caminamos bajo nubes de tormenta entre estibadores y capataces, sus toses, sus gemidos esforzados, sus blasfemias. Llegamos a una zona solitaria, al dique derrumbado, a la Grúa. Preparamos la caña, nos acercamos al agua, asomamos la cabeza, nos miramos. Miramos.

Parece un animal blanco y azul, sin destellos, pálido. La cazadora de béisbol con

la W, con la inscripción Watusi 65. Se mece. Empieza a llover de nuevo.

Los dos en cuclillas, muy juntos. Seguimos intentando pescar. Escuchamos el tenaz crepitar del agua en el saco que nos mantiene al resguardo de la lluvia. El Yeyé vuelve la cabeza en todas direcciones, levanta el saco para cerciorarse de que su W sigue pintada en la montaña, sorbe los mocos con fuerza, me mira, filosofa:

—Te mueres. Te entierran. Sale un árbol de donde te han enterrado. Un manzano, te imaginas. Si te comes la manzana, te has comido parte del muerto, claro. ¿Te empiezas a portar como él?

—Si me he muerto, no puedo ir otra vez y coger la manzana.

—No empieces. El que se muere es otro. ¿Te portas como el tío de la manzana, o no?

—A lo mejor.

El Yeyé chasquea la lengua, se resigna a la incertidumbre. Vuelve a mirar el agua turbia. Dice:

—Hoy, por lo menos, tenemos un buen cebo.

Y la cadencia del cuerpo. Le han rapado, le han sacado los zapatos y los pantalones, han dejado la cazadora con la inicial y el lema Watusi 65 cosido a la espalda.

1995

«Hay cosas en la vida que no tienen solución —me ha dicho ella después de un suspiro, y yo, aún firme, explico—: Lo único sin arreglo en esta vida es la distinta manera en que nos obliga a amarla».

—¿Quién?

—La vida.

—Tú eres un poco raro...

—Sí.

Aquí estoy, sí, hablando de la vida, en medio de esta fiesta tan solemne y rara como yo, entre descartes humanos de varia condición, en uno de esos esnifaderos abiertos día y noche. De ser el Lector un entusiasta al que se le ha alzado de repente una ceja curiosa, es mi obligación advertirle que en estos lugares la ralea afianzada en lo criminal supone mayoría absoluta. Ahí están. Aquí estoy. Bajo música infame busco lo que sin duda hubiese encontrado si este día fuera otro: una desilusión profunda y tajante, familiar. En la barra, en el laberinto de reservados con cabezas inclinadas alrededor de una mesita, abunda el monólogo frenético, mientras se bebe sin aplomo y se abona la copa en calderilla para que ninguna mirada calcule tu dinero. Una cháchara inagotable llena el ámbito hasta que de pronto el silencio cae como un hacha y la ciudad, ahí fuera, se inunda de una luz venenosa a la que nombran «el día». Ese mutismo da paso a extrañas agitaciones del alma, a originales exámenes de conciencia y de su calamidad, que el interesado disimula tras esbozar con atropello una biografía verdadera o falsa ni se sabe a quién ni por qué. Ella no sabe quién soy yo ni le importa. Yo no sé quién es ella y casi ni quién soy yo. Pero dejar de ser yo era mi pretensión, la que debo abandonar porque ha amanecido hace rato. Me parece. Ella está sentada allí. Yo aquí. Ella empieza a hablar otra vez.

—La verdad es que no me llamo Sandra. —La mirada de la Falsa Sandra vaga hacia la puerta del baño, donde hacen cola esnifadores novatos, ignorantes de que en este antro uno puede satisfacer su compulsión en cualquier parte. Ella, como si contemplara una puesta de sol en un valle florecido, bate las pestañas y muestra la boca destrozada—: Me llamo Vanessa...

Estoy a punto de afirmar que esa revelación transforma el sentido de la Historia Universal; pero desde niño, ya lo ha visto el Lector, sé de tonos, y aunque de la mano de mi gran estupidez he tenido ocasión de percibir en muchas ocasiones que la experiencia no sirve de nada, eludo el sarcasmo para evitar un timbre burlón. Más difícil es frenar el parloteo clerical. Así que me dirijo con énfasis a esa mujer perdida. Y ella no es ella, Sandra o Vanessa, sino el imaginario interlocutor tembloroso que desde hace tiempo inventan, aliadas y asimiladas, majadería y soledad.

Le he dicho a Vanessa que el nombre no debería ser la mayor de sus preocupaciones, si es cierto, tal como acaba de relatar mientras daba cuenta de mi cocaína, que su hijo de pocos años está «raptado» por su familia en Mieres, necesita

tres asistentes sociales para cada una de sus tres zozobras y no tiene dinero para costearse los incisivos rotos de un cabezazo en una cárcel de mujeres de la que acaba de salir llorando, porque alguien, quizá su odiada hermana mayor, quizá otro enemigo que desee retenerla y privarla de su libertad verdadera, que debe ser esto, este aquí y este ahora sórdidos e infelices, ha pagado una fianza, o ha llegado un parte médico con sus antecedentes de locuela, o no sabe muy bien qué. Ella, convencida de pasar entre rejas una buena temporada, había llegado a la convicción de que la cárcel era algo racional, tangible, sin tantas caras, ni reglas arbitrarias. «Conocemos demasiada gente en la vida».

—Sí, Vanessa. ¿Te puedo llamar Vanessa? ¿Sabes, Vanessa, la del incisivo quebrado, el culto origen de tu nombre? Jonathan Swift, un escritor irlandés del siglo XVIII, un poco pastor anglicano, para qué te voy a engañar, tenía dos protegidas. A una de ellas la llamaba Stella. La verdadera gracia de la otra era Esther Vanhomrigh. Swift inventó un anagrama con la primera sílaba del apellido de la chica «Van», la primera sílaba de su nombre «Es» y añadió el sufijo de muchos nombres femeninos ingleses «ssa». Como Melissa, la de *La casa de la pradera*. Y la llamó Vanessa. Supongo que no era en ese cariñoso juego en lo que pensaban al bautizarte tus odiados papás, los que ahora retienen a su nieta y la libran de tu censurable trayectoria, y a quienes no creo admiradores de los escritores satíricos de antaño. Aunque todo pudiera ser. Yo mismo soy un ejemplo de que cierta cultura, o al menos cierta pedantería chiflada, no está reñida con un origen humilde. ¡Ay, Vanessa! Tus padres no hicieron más que seguir la moda implantada por el cantante Manolo Escobar, del que sin duda habrás oído hablar, y hasta tarareado su éxito «¡Que viva España!». Manolo Escobar, después de casarse con una súbdita extranjera y suscitar una reacción en todo el país que iba del pasmo al olé, nombró de ese modo a la primera Vanessa nacional. Una Vanessa, la de Swift. Otra Vanessa, la de Manolo Escobar. ¿Cuántas Vanessas hay en España hoy día? ¿Medio millón? Y ahora que lo pienso en voz alta, ¿cuántos Jonathans como Swift? ¿Y cuántas Stellas como Stella? Eso es muy raro, y yo creo, los hechos de mi vida lo demuestran, muy importante. Como también es importante que entre el medio millón de Vanessas estés tú, la que escucha atónita barrenándose la sien con el dedo, y prefiere hacerse llamar Sandra como en la canción «Manda rosas a Sandra», hoy olvidada, y que tan de moda estuvo durante el verano en que mataron al Watusi para siempre y cambió la dirección (y el orden) de mi vida. Me has contado tu desdicha, Vanessa, y quizá me des conversación mientras haya cocaína en la mesa, o a lo peor esperes que te haga la proposición que no voy a hacerte. Por eso, Vanessa, te diré que, como nosotros, los nombres, las miradas sobre las cosas, un temor y las palabras, crecen y mueren; pero su existencia puede ser larga o corta, y antes de morir, quizá enmascarados, se santifican, o se galvanizan un instante en un estertor de placer, o se trivializan hasta el asco como la

gente a la que un día conocimos, Vanessa. Porque cada uno de nosotros está comprometido con un culto íntimo y es el fundador de un gesto, de un chiste y de una moda. Y de ese gesto, de ese chiste y de esa moda, nuestros pensamientos, nuestras caras, nuestros cuerpos, nuestras virtudes y sobre todo nuestros vicios son expresiones fragmentarias que buscan su complemento en lo que se transformó, en lo que transformaron y un día salió de nuestra boca, pasó ante nuestra vista, tocaron nuestras manos. Y lo hemos perdido, Vane. Y no hay memoria que lo consiga recuperar, ni ese capricho, la experiencia, porque está aquí, a nuestro alrededor, como una jauría de perros salvajes que nos acorralara. Esa idea absurda es mi cárcel, Vanessa. Ahora sólo puedo ver eso que no veo. Ya ni puedo arrepentirme de haber querido, de haber poseído, de haber perdido, de no haber soportado una vida demasiado desgraciada hasta que ayer por la tarde recibí un aviso telefónico. Pensaba, hijo de puta, que era azarosa, mientras a mi alrededor corría la sangre y el barro y el llanto. Y ahora quiero que salga el dolor y no sé cómo se hace.

—Tú eres muy raro...

—Sí, Vanessa. Como tú has dicho muy bien, hay demasiada gente en la vida. Y conociendo sólo a unos pocos, he conocido a demasiados. Y ahora dan vueltas en este aire viciado, mientras yo, sabiendo que me equivocaba, sólo he querido de una manera.

—¿A quién?

—A la vida, Vanessa. Oye, tú que has visto tanto mundo ¿no conocerás a un tal Neyra?

Sólo formular la pregunta, Vanessa-Sandra me mira con aprensión, y ya sea porque se han acabado mis reservas de estimulante, o bien porque me ha confundido con un defensor de la ley, se levanta, y después de penetrar en la sala de billar con un bamboleo de caderas anchas y cintura vencida, comenta algo en un corro de torvos musitadores. El fogonazo unánime de tanta perfidia visual casi me tira al suelo. He elegido la cara de orate para rebatir el examen de la chusma, mientras me concentro en lo que de verdad importa. Ya sé que es un comentario ruin, pero pensar en lo que de verdad importa resulta el mejor modo de alejar las provocaciones de una canalla que no desluciría el ambiente si este bar mudara su nombre absurdo por «En Busca y Captura». Oigo a lo lejos la palabra «Neyra». Y la repiten en algún lugar. La cola en los lavabos es tan larga que ni puedo intentar asearme. Me entero de la hora. Me estremezco. Salgo del establecimiento no sin antes capturar en el reflejo de la puerta la mirada de un tatuado que pide la cuenta con prisas. Quizá la única pretensión del seguro perseguidor sea atracarme. Camino por la acera. Me persigue el sol, y me persigue el tatuado, y la evocada imagen de un patán mascullando «Neyra» con voz rota, y la mirada de los transeúntes en la mañana de verano.

Al llegar a la esquina, doy la clásica y repentina media vuelta. El tatuado se

detiene y fuma, me mira sin desafío. Sólo me sigue. No quiere atracarme. Bien. Reempiendo mi camino hasta la parada del autobús.

Estoy en el autobús. Empapado. El paciente Lector de este Informe se estará preguntando por enésima vez: «¿Y a mí qué?».

Tu obligación es atender, Lector. Tu obligación. Desde que me encargaste el Informe me has hecho seguir, suaves tareas de control, por una progre cuya vigilancia naufragó en un bar como éste cuando se sintió deseada por primera vez en su vida. A la progre la siguió un antiguo guerrillero de Cristo Rey al que conocía de vista de antiguos atardeceres en las Ramblas. El fascista, que ya no era un muchacho, se encontraba sin cesar con antiguos camaradas, lo que a todas luces era una ventaja que le aseguraba el camuflaje, aunque él no lo viera así y desistiese. El tipo con pinta de alférez que fue su sustituto duró lo que dura una canción de *spaghetti-disco*, lo que esta chusma tardó en calarle. Ahora le toca al tatuado. Sabuesos, gatas y ratones, todo un sistema de vigilancia que algo bueno ha debido decir en mi favor porque cada mes me siguen ingresando un dinero que viene muy bien, mientras en el mundo oficial, tal como pronosticaba el que dijo llamarse Trueta, la clase política y sus sumideros se vienen abajo con estrépito. La gente se escandaliza porque no sabía que en estos años existió un argumento sumergido, paralelo a la casi idílica nación de la que todos nos sentíamos orgullosos. Y ahora ese argumento secundario emerge como un susto. Y alguien teme que no se quede en razón de Estado, vomitiva quizá, pero razón: las palizas, el asesinato, el chantaje, métodos pelicularos que hasta ahora sólo podían aceptarse de algún financiero prepotente y barrigudo. ¿Saldrán los negocios paralelos? ¿Llegarán a creerse una subtrama aún más profunda? Sí, pueden llegar a creérsela como se han creído a los personajes. El impostor de cada uno de sus actos que estuvo a punto de llegar a ministro, extorsionó y saqueó, y luego se entregó nada menos que en Laos, adonde había huido aconsejado por otro antiguo playboy que hizo fortunas en lugares exóticos, otro personaje de dibujos animados como Neyra. Más tipos curiosos. El antiguo jefe del departamento de investigaciones especiales del fingido servicio de inteligencia español que puso un puesto en El Rastro para vender secretos. El confidente traficante encarcelado en Tailandia que dijo ser del GAL y saberlo todo sobre todo para que lo sacaran de las legendarias prisiones orientales. Brotan espías de todas partes y por todas partes chantajistas señalan chantajistas. Los únicos funcionarios que trabajan estos días veraniegos son los del Ministerio de Justicia. Los españoles se lo creerán todo, todas las conspiraciones, y se volverán cínicos. Sería el mal menor. Lo importante es saber el contenido de ese todo. Por eso tu obligación última, Lector, es atender.

Estoy en el autobús con la camisa empapada, muerto de vergüenza, y pienso que no sólo el tatuado me mira, sino toda la gente. La paranoia de la cocaína y el cansancio. Como el país: quizá. Como es posible que mientras el autobús asciende



por los barrios altos haya vislumbrado una W entre las ruinas de un antiguo chalet. Es posible. ¿Y la gaviota en un resto de cartel que asoma, enterrado bajo otros cien, en una valla publicitaria? A lo mejor. Mientras esperaba el autobús, y a punto estaba de darle conversación al memo del tatuado, un adolescente silbaba «La canción difícil». ¿O eso fue ayer esperando otro autobús? ¿Por qué sigo cogiendo autobuses cuando el dinero que llevo en el bolsillo bastaría para comprar un coche, pongamos medio coche? ¿Por qué sigo llevando encima todo el dinero que tengo? Cojo un autobús porque no soporto la visión en el retrovisor del ceño del taxista especulando sobre mi naturaleza, porque no puedo hablar en cuanto salgo a la luz del día, ni quiero escuchar ningún anuncio de Lavaman, ni gritar. Voy en autobús para no gritar y asciendo por calles con edificios de acceso intrincado y jardines y parvularios y clínicas; una comodidad profunda y el recuerdo de unos versos improvisados resuenan en la cabeza como una mala canción o una enfermedad infantil. Ya nada es hermoso. El mundo es demasiado real y soy demasiado real. Todo mi cuerpo huele a amoníaco en una luz temblorosa como las miradas de la gente y el sobresalto continuo del autobús. Y esas dos realidades, la mía y la otra, son cada vez más encendidas y dispares. Quisiera que un dolor natural, no real, no de esa realidad, fluyera por algún poro de mi conciencia. No es la primera vez que el mundo escuece de tan rojo, de tan ridículo. Eso no me puede pasar con ella. Tengo que ser verdadero en mi dolor. Ojalá lloviese. Tengo que lavarme. Tengo miedo.

Me rodea el suave esfuerzo de la burguesía. Estampas de plenitud y neurosis ocultas tras edificios con vocación de laberinto que un temple común ideó para despistar a la Hacienda Pública. Las terrazas escupen vegetación, y en los áticos, como palomares, brillan al sol los sistemas antirrobo. La calma que el dinero necesita para brindar al mundo un modelo satisfactorio de hombres y mujeres; languidez en piscinas y bares y coños con aroma de tabaco rubio. De mito hortera a decorado y, de ahí, a espejo cóncavo de una vaga furia social que en realidad no siento, porque no deseo que se convierta en otro de mis muchos vicios. El resentimiento y la conciencia de clase mal digerida, como las drogas, acaban tiñendo cada uno de tus actos y el blando pensamiento que los valora. Subo por calles sobre muertos que no dejaron nada y sobre muertos que dejaron el oro, sobre carreras brillantes, hipotecas vencidas, patrimonios divididos, estafas sobreseídas, terreno recalificado, especulación remota, y silencio de vivos y muertos. Y rodamos sobre muertos que sólo dejaron azufre o perfume. Fernando Atienza dejará amoníaco. Tengo que lavarme.

El Lector ya habrá supuesto que no estoy escribiendo en un autobús, sino en mi casa o en otro lugar cualquiera. Pero todo eso sucedió más o menos ayer y la evocación es contagiosa. Me gustaría que el estilo fuera menos convulso, pero llevo unos días «algo mareado», como dicen las buenas gentes, y no puedo acabar la tarea. Por lo menos, quiero dejar constancia de lo que sucedió. Luego caeré en la

inconsciencia, y si la flecha no me alcanza, si no llega el golpe, seguiré con el Informe detallado, preciso, siguiendo la línea de puntos hasta llegar donde tenemos que llegar, hasta el punto mayor de Neyra.

Vuelvo al día de ayer. Huelo a amoníaco. Me siguen. Me miran. Veo, veo, veo. Tengo miedo. Sé que no todo es verdad en ese mundo de un amarillo abrasador.

He bajado del autobús con el tatuado detrás. No le debe molestar mucho que me entere de su descarado seguimiento. El caso es que debo despistarlo. Y debo lavarme. Debo representar ser otro. Ser algo más otro. Entro en un bar y todos me miran. Pido una bebida fuerte y voy al baño a refrescarme. Evito esa cara en el espejo porque veo a un niño y me asquea ese exceso de autocompasión ni siquiera deliberada. Tengo treinta y siete años y sigo con la misma cara de primo. Algunos drogadictos y muchos tontos no envejecen. Y reúno ambas condiciones. Por temporadas. De ahí ese rostro de niño al que le han salido canas. Una peculiaridad conveniente en ciertos momentos y a veces un temible engorro. He bebido el whisky con preocupación excesiva. Deseo largarme ante las miradas hirientes del resto de la clientela. «Son imaginaciones tuyas», me digo y me repito, y en una televisión a la que nadie hace caso veo un anuncio con la W. Alguien silba «La canción difícil». Este verano el tema se ha vuelto a poner de moda porque unos oportunistas, ajenos al poder negativo de algunas metamorfosis, han hecho un arreglo en merengue o en no sé. La espiral gira hacia la izquierda. Pago mi consumición sin poder hablar. Sigo sin poder hablar. En cuanto vuelvo a zambullirme en la humedad callejera reaparece el tatuado. Aprieto el paso. Corro en la esquina. Busco un reloj en alguna parte. Las diez y cuarto. Llegaré tarde. Pero necesito llegar algo presentable y sin la compañía del tatuado. Una posible buena idea me asalta. «Pon cara de niño, Fernando, tu mejor cara de niño».

He tenido que llamar a un timbre y sonreír para que me abrieran la puerta de cristal. La dependienta duda si abrir. No puedo evitar mirarle el escote, mientras el sudor me baña el cuerpo y la refrigeración y el volumen de la radio me devuelven el ansia de gritar. No entiende lo que le digo y creo, definitivamente en serio, que la muchacha está asustada. Aclaro la voz y repito que deseo un polo Lacoste de talla XXL del color que ella prefiera. Algún polvoriento despacho de mi inteligencia abre la ventanilla para prohibirme que diga «Del color de sus ojos, señorita». ¿Me lo quiero probar? No sólo me lo quiero probar, sino que, además, me lo llevaré puesto.

La camisa mojada se va a la primera papelería en una bolsa de Scott Style. Back to the 70's. ¿Qué voy a decir a estas alturas sobre el error? Porque yo conocí al «verdadero» Scott antes de que oyera hablar de Neyra. Se lo adelanto, Lector. A lo lejos, veo al tatuado cambiar de acera. En realidad, lo que tenía un servicio determinado (hacerme presentable, aunque fuera en verde loro) ha conseguido otro objetivo (despistar al tatuado). Ascendo, pues, entre viviendas orgullosas de ser

como son y reconozco los vasos Watusi en el velador de una terraza. Quienes los sujetan, ríen. Escucho el chapuzón de una piscina y mi nuevo polo se empapa de sudor. Huelo a amoníaco, pero menos. Se me olvidaba mencionar que he comprado una colonia de marca en la tienda de ropa y luego se la he regalado a la dependienta «para su novio» en cuanto me he rociado de perfume todo el cuerpo. También se me olvidaba mencionar el respingo de la pobre chica, mientras miraba en todas direcciones, en cuanto ha visto uno de los fajos de billetes con que he pagado. Ni he mencionado que la chica ha corrido al teléfono nada más verme en la calle. Tampoco voceo ahora a la gente de la terraza a través de la muralla de cipreses que no sólo existe una gama de vajillas de diseño cuyo nombre es Watusi, la sorprendente difusión del destino, que hay mucho más. Y sólo lo sé yo. Ése es mi gesto, mi chiste y mi moda. Pero mi manera de percibir esa totalidad puede ser idéntica a la convicción de que todo el mundo me mira. Una criada tararea en una habitación «La canción difícil» en su nueva y exitosa variante. Y yo creo sumergirme en vapor de plancha. Paranoia. Creo oler el aroma a hierba recién cortada de los jardines de la clínica cuando me es dado aspirar una versión corrupta de la colonia Scott.

En los jardines, ninfas desnudas como melocotones bailan al son de una flauta sin dejar rastros en la hierba. *El baño de Diana, Paisaje de Hampstead Heath, La hija de la Trini, Dora, la Cordobesita*. El insecto ilusionista se posa en mi cordura, Lector, y es un mosquito. En habitaciones pálidas, doctores eluden preguntas y los muros crujen de ese lujoso dolor. «Se le notaba mal, estaba muy pálida, pero ya sabes cómo es ella. Nunca se queja. Tenía que dejar listo un lanzamiento antes de que nos fuéramos de vacaciones y fue demasiado. Se desmayó y... Nos esperábamos algo malo, Fernando, pero esto ha sido...». Morirse en verano, morirse en invierno, morirse. Abre la puerta y calla.

En la recepción, me he encontrado a un Carmelo cabizbajo. Sólo me ha dicho «Qué hay, hombre...» como si nos hubiéramos visto ayer. Ni siquiera me ha dicho «He salido un momento a tomar el aire». Ni siquiera me ha dicho «Es culpa tuya». Por un extraño, injustificable y, por otro lado, nunca esgrimido derecho de «Yo la vi primero» me he negado a consolarlo, a preguntarle por el estado de ella, por las esperanzas, decirle algo... Él ya sabe que soy un inútil, empieza a hacerse viejo y, por lo menos conmigo, nunca ha abusado de la charla. Aunque el buen Carmelo, que se levanta en silencio de un sofá para guiarme y no exhiba de ese modo mi torpe estado ante el personal de la clínica, sigue teniendo la misma apariencia desde aquella primera vez que oí su «Qué hay, hombre...». Nos hemos deslizado por un pasillo brillante y con la ventilación justa, lo que no ha sido óbice para que yo siguiera chorreando. Desde el interior de habitaciones y salas con rótulos insultantes, eufemismos que remiten una y otra vez al dolor en ese ambiente de antifaces sanitarios, me acometen nuevas miradas, la única mancha en un entorno de una

asepsia tan calculada como el trato que nos dispensamos Carmelo y yo. En esa familia paralela, modélica, la única que suele hablarme es mi hermana Gracia, y no, por cierto, en un tono de amable admiración por mi mayor edad y bagaje. Me parece que aunque no sea de una manera muy sensata yo la quiero más que ella a mí. Realmente, pienso como un auténtico y devastado bala perdida en las últimas. Tanto esfuerzo para no ser más que un golfo acabado como cualquier hijo de vecino. «En vano se fatigaron los desdichados». La morada nariz bulbosa aparecerá muy pronto. Ella, Gracia, fue la autora de esa llamada. De la LLAMADA. Me lo dijo en su tono gangoso, aprendido en amistades seleccionadas. Y me ordenaba, porque alguien le ha enseñado que a Fernando no se le habla, se le ordena, que acudiera al lugar de la tragedia inminente. Y que no lo olvidara. Diabetes. «Por favor, Fernando, que le hemos dicho que tiene diabetes». Como toda la estúpida juventud, Gracia no sabe que antes de su nacimiento había luz y mañanas y noches, y yo caminaba de la mano de su madre en la oscuridad, los dos oímos el taconeo y asumimos un misterio necesario.

Hablo como un despojo de tasca barata y no tengo derecho.

Voy a dejar de escribir así. Ya veo un remolino de gente desconocida en la puerta de la habitación. Medias melenas de paje rubio ceniza, rubio platino, cuarentonas acincuentadas siguen en su movimiento un extraño rito de duelo y vela y compañía. Quizá han interrumpido las vacaciones en la costa, o temen que el suceso no sea tan inminente, altere sus planes, y han venido a ver si pueden echar una mano, asfixiar a mi madre con una almohada, por ejemplo. Revistas de moda bajo el brazo, agitación de pulseras, blusas sin mangas, vivos colores, me miran, paranoia. Tengo que explicar el encuentro con serenidad y respeto, no el que me enseñaron en algo que ni se llamaba calle, sino el verdadero respeto. Y disimular el dolor, mientras lo busco. Ya que tengo que entrar en esa habitación empapado de sudor, haciendo eses y oyendo murmullos, por lo menos voy a describir la escena siguiente con una cierta dignidad a la que no querría ver así por nada del mundo.

Conozco esa irritante alarma en cada gesto de mi hermana Gracia. Parece que salte a mi encuentro, los brazos por delante, tan limpia, bastante guapa, pero con una delgadez extrema que sólo emana tensión, disfrazada a sus tiernos años de señora de buen ver como las otras. Ahorro el pensamiento grosero sobre lo que necesita el figurín de mi hermana, cuando su fugaz pero rotundo examen se convierte en reproche. Con un visaje da a entender que no toma en cuenta ni mi aspecto ni mi estado. Me hace un favor, por lo visto. Donde yo ahorro un pensamiento, ella ahorra un comentario. Niñata.

—Acuérdate, Fernando, por favor. Diabetes. Tú no te preocupes. Está sedada, sedada...

Me coge del brazo y me acerca a la puerta. Ni presenta, ni me presenta. Aunque en el fondo lo agradezco, caigo en la cuenta de que si mi reputación no fuera lo

bastante tenebrosa y la infamia que me deben suponer tan cutre, ella acaba de suscribirla obviando cualquier relación de los humanos con la Criatura. Gracia vuelve su blanquísima dentadura al resto de las visitas, que susurran, tan bronceadas ellas. Tengo ganas de susurrar yo también y decirle a mi hermana que esas brujas de alto *standing* acaban de salir todas del mismo horno microondas. Pero me temo que a Gracia le falta sentido del humor y le sobra sentido de la situación.

Cruzo por fin la puerta blanca y, una vez dentro, las miradas ajenas reclaman la mía. No tengo más remedio que enfrentarlas una a una. La del doctor, sobre las gafas caídas, ha vuelto enseguida a sus asuntos. Mi hermano Francis, sentado en el sofá, con sus bermudas veraniegas, su pelo largo y una ausencia adolescente, lleva unos auriculares puestos, juega con un artefacto electrónico y creo que ni me ha reconocido. Un señor con bigote, que ya se iba. Mi hermana Marta, negra de nacimiento, siempre me mira demasiado, como si la asustase y la verdadera rareza familiar fuese yo. Esa mirada es tan cándida y sincera que me empeño en llevar la contraria a su sentido del miedo. Marta coge con su mano la mano de ella. Y por fin la veo. Entre lo que creo un tumulto, finjo que no la he visto y me oculto tras el doctor, que me vuelve a mirar, esta vez con interés profesional. Del mundo, de ahí fuera, llega una luz tan perfecta como inadecuada, y aunque silencioso, el tránsito de visitas convierte la habitación en una especie de fiesta. De una fiesta a otra. Miro aquí y allá y sólo veo hermosas flores y miradas de lástima. Por mí. El doctor se marcha, mosqueado de que me refugie tras su espalda.

—No te he traído flores, Flora —he dicho y enseguida me he tapado la boca con las manos. Desde su espantosa palidez, de su nube, mi madre agita las manos. No sé con qué la sedarán, pero la han colocado de modo rotundo. Gracia, por lo visto, comprende la señal de Flora y arrastra a Francis al pasillo. El doctor ya no está. Mi hermana Marta, mientras deja la mano pálida sobre la sábana con toda delicadeza y enfila el camino de la puerta, me sigue observando como si yo no fuera de este mundo. Otro día le contaré que cuando La Criatura de Otro Mundo, yo, su hermano Fernando, era pequeño, a los negros que no eran marinos les señalábamos por la calle. De lo raros. Y a los chinos. «¿Tú has visto un chino alguna vez? ¿Así, en persona? Pues claro que no. ¡Qué vas a ver! Ni yo tampoco. Así son las cosas. Ellos saben quién eres tú, pero tú no sabes quiénes son ellos». Eso era de lo que hablábamos. «Te dan un botón y te dicen: si aprietas, se mueren la tira de chinos, pero te damos cien mil duros. ¿Tú que haces, a ver?». Si ahora mismo me dieran un botón y, de apretarlo, se hundiese toda la China, pero ella dejara de tener ese aspecto, lo apretaría cien veces.

—Vaya cara... —Es ella. Y se refiere a mí. Lo dice con un hilo de voz. Nos hemos quedado solos en la habitación y alguien acaba de cerrar la puerta—: Siéntate...

Me siento en un lado de la cama, entre sondas y extraños artefactos. Una de las muchas mentiras piadosas que le he contado a Flora a lo largo del tiempo insistía en que trabajaba en Sudamérica coordinando la red informática de unos hospitales. También le dije una vez que representaba a una casa de discos española en Nueva York. Y que era asesor para asuntos culturales de la embajada española en Lisboa. O guionista de un programa sobre fauna ibérica para un canal francés de televisión. O galerista (eso fue media mentira). Que era más o menos feliz, aunque no me interesase gran cosa perseverar en una sola carrera, en una sola idea de felicidad.

—Por lo menos tienes para comprarte ropa... —No hace falta decir que ella nunca se creyó nada.

Me limito a sonreír como si Flora se hubiese burlado un poco de mi honorable y reconocida posición en la cima del éxito. Busco su mano. Ella me rechaza. Me pide con un gesto que le alcance las gafas. Me sobresalta la repentina visión de las gafas abandonadas en la mesita entre un neceser y un frasco de perfume. Empiezo a sentir el dolor de verdad y casi me alegro. Se las quiero colocar, me las arranca de las manos en un gesto inesperado. Me estudia.

—Te acabas de comprar ese polo para venir aquí. Te has bañado en colonia mala después de salir de cualquier antro, te has comprado un polo y te has dicho «Voy a ver cómo le va a mi madre...».

—Flora, por favor...

—Llevas la etiqueta colgando, idiota.

Sí, Lector, una etiqueta de buen tamaño con un cocodrilo verde se balancea en el aire. Intento sacármela. Siento su mirada todo el rato y no sé dónde posar la mía. Cuando oigo el ruido de las gafas cayendo en la mesita y la miro, ella tiene los ojos cerrados.

—¿Te pasa algo? ¿Quieres que llame a alguien?

Niega y, sin abrir los ojos, dice:

—Es eso que me dan. Se me va la cabeza... Pero es mejor que cuando vienen los dugus. Muerden, hijo. No te puedes hacer idea.

¿Los dugus? Agotamos el silencio. Ahora es ella la que busca mi mano.

—Me han dicho que tengo diabetes. Que me están tratando y que bueno... Pero yo no me lo creo. Dímelo tú.

—A mí me han dicho lo mismo. No sé... Supongo que a mí me dirían la verdad. Si fuera otra, vamos...

Me mira. Sonríe.

—Será de no verte, pero a mí me sigues pareciendo un niño... Me lo parecéis todos. Bueno, Gracia no. No le digo nada a su padre porque la adora. ¿A que parece demasiado, no sé...?

—Es muy responsable.

—Responsable de no tener novio. Ni uno ni muchos ni pocos. Ahora, que podría estar en la edad de disfrutar... Que son mejores tiempos. Y tú... Con cuarenta y tan bobo como el primer día. Sin oficio ni beneficio. No sé, chico... Parece que una se tenga que equivocar siempre...

—Es normal pensar eso.

—Yo sé lo que es normal y lo que no —hace una pausa, respira con dificultad—: Tú, por ejemplo, muy normal no eres...

Se fatiga. Me agacho, aprieto su mano, me llevo el índice a los labios.

—Cállate tú —replica en un susurro—: Y aparta un poco, que hueles... ¿A qué hueles? ¡Adoro...!

—Es que...

—No, no, no me vengas con otra de las tuyas. Me da igual. Diabetes o lo que sea, no estoy para adivinanzas. —De repente, se le alegran los ojos—: O sí, mira, vamos a jugar...

Vuelvo a interesarme por la sustancia que le están administrando. La beso. Intento seguirle la corriente. No puedo.

—Lo de jugar —me dice— lo decía para que dejaras la llantina.

Se me ha olvidado decir que llevaba un rato llorando. Mi madre saca un pañuelo doblado del puño del camisón y me susurra «Quédatelo».

—Antes esas zorras me estaban criticando que me pusiera aquí el pañuelo. ¡Qué detallismo! Se ve que tendría que llevarlo en el coño, el dichoso pañuelito.

—Calma, Flora... ¿A qué quieres que juguemos?

—Unas furcias ingratas es lo que son todas juntas. Inútiles...

—Mamá...

—Mira, ahora me llama «mamá»...

Decidí anunciar un silencio hasta que amainara el mal humor.

—Tú me cuentas una verdad y yo te cuento otra.

—Me llamo Fernando.

—Ya... No, algo que no sepa... Se va... Se me ha ido la alegría...

¿Qué alegría?

—¿Quieres que llame a una enfermera?

—Ponme bien la almohada, anda, Fernando, hijo.

Me levanto, ajusto la almohada a su cabeza, la tapo. Flora cierra los ojos. Creo que se está durmiendo y pienso que me levantaré en un minuto. No puedo evitar que esta escena recuerde a otras escenas anteriores, y no puedo engañarme: las escenas anteriores no han sucedido nunca. Debo verla todos los días. Y, en cuanto pueda, mañana, pasaré la noche en ese sillón, junto a esta cama. Tengo que hablar con Carmelo y con Gracia. Yo cuidaré de ella. Pero mañana. No debo seguir profanándola con esta disposición. Me levanto.

—¿Adónde vas? —Me vuelvo a sentar—. Tengo que decirle al médico que me dé algo que me haga dormir. Esto alivia los dolores, pero no... No puedo dejar de imaginarme cosas. Es como si soñara, pero sin soñar. Es como la fiebre. ¿Quieres que te cuente algo? ¿Una historia que me pasó antes de venirme aquí? Aunque no te la creas, es verdad. Yo te contaré esa verdad y luego tú me cuentas otra.

Y entre balbuceos, silencios y espasmos de dolor mal disimulado se ha puesto a contar que ella fue muy joven hace demasiado tiempo. El frío tan cerca como el hambre entre figuras que nunca ha nombrado, ni nombrará. Sólo quedan huellas en el polvo de carros tirados por mulas, y el polvo llega a los labios cortados, y el polvo acompaña los pasos de unas zapatillas sin color hasta las paredes de un pozo, el eco del cubo en las paredes, mientras las campanas tocan a difuntos y un latigazo de fatiga hiere de hombro a hombro. Está mal visto no rezar el rosario todos los días, y en las afueras, junto a una charca, a veces acampan los gitanos. A principios de julio, segaba. En septiembre, vendimiaba. En febrero... El dolor de los riñones fue el tercer dolor. El primer dolor fueron las bofetadas de su madre. El segundo, las miradas despectivas de alguno y abominables de otros. El tercero doblar la espalda bajo un sol de justicia, desplomarse entre los surcos. «Florita, ¿qué te pasa...?». Su única alegría eran las fiestas de verano y ella iba a perderselas por culpa de un catarro mal curado. Pero aunque estaba en la cama con fiebre, no estaba dispuesta a perderse el reestreno de un vestido donado gracias a la humillación de su madre. «Le daban cosas las de Madrazo, las del Duque, hasta las del guarda del Duque, que estudiaban en Madrid. Parecían de otro mundo». De noche, cuando nadie la oía, se secaba el cuerpo sudado, a tientas cogía el vestido casi nuevo y se lo probaba en el único espejo de la casa. «No veía nada. Sólo notaba el silbido de la tela. A mí ya me estaba bien». Cuando llegó el día de las fiestas del pueblo de al lado y todos estaban otra vez en la cama, ella se levantó, se puso el vestido y una rebeca azul y salió de casa por el corral. Tomó un atajo por la cañada y empezó a andar. Cuando creía que estaba a punto de oír la música, que ya tenía que estar oyendo la música, porque a lo lejos reverberaban las luces del pueblo de al lado, se puso a llover. Primero una gota, otra, plas, plas, plas-plas, plas-plas-plas... Entonces creyó que era el sonido de la lluvia lo que no le dejaba oír la música. Y no podía más. Y se estaba empapando. Decidió guarecerse en los Pinos del Duque. «Cuatro árboles, no te vayas a creer, no era una reserva forestal». Se tumbó en la tierra alfombrada, estiró los brazos y, enfebrecida, fue atravesada al mismo tiempo por los alfilerazos de las hojas de pino secas y por las gotas que iban cayendo muy despacio. «Entonces empecé a oír la música, lejos, y yo creo que me dormí, pero seguía oyendo la música. Era como si continuara despierta. Entonces dos muchachos bajaron del cielo y de la boca les salía la música que oía a lo lejos como si fuera humo de colores».

Perplejo, sí, pero la historia continúa. Los dos ángeles levantaron a mi madre del



suelo, la sostuvieron en el aire, la elevaron sobre los pinos y sobre las nubes que descargaban la lluvia y así pudo ver otra vez las estrellas. Se pusieron a viajar entre las nubes y las estrellas hasta que volvió la luz. Mi madre vio entonces una ciudad, y en esa ciudad se vio dándole el pecho a un bebé, y se volvió a ver dándole el pecho a un bebé, tardó en dejar de verse dándole el pecho al bebé. Y se vio paseando con un hombre muy guapo y un niño más guapo aún. Y en poco tiempo veía a su marido con un hijo ya mayor haciéndose fotos en una isla al atardecer, rodeados de turistas sonrientes. Y luego vio a una niña pequeña caminar hacia ella. Y a otro niño. Y tomó en brazos a una niña negra, que la miraba con unos ojos enormes. Vio a una mujer tras la mesa de un despacho hablando de cobros y de pagos y diciéndole «un abrazo» al teléfono. Y vio un césped muy verde y el sol de julio entrando por una ventana, mientras le contaba la historia a alguien. Luego miraba directamente al sol que entraba por la ventana y se ponía a bailar sola, porque estaba muy cerca del sol.

Al día siguiente de ver su futuro entre la música, se encontró en la cama, asediada por caras de preocupación. Estuvo muy mal. Tardó casi un año en recuperarse del todo. En las fiestas del año siguiente, le contó lo que le había pasado al primer chico que la sacó a bailar. El chico salió corriendo. Al poco, se lo contó al segundo chico que la sacó a bailar. El segundo chico opinó que a lo mejor había visto su futuro, pero que él no podía saber quién era la señora que estaba en el despacho, ni dónde estaba ese jardín, o la procedencia de esa luz tan cruda que entra por la ventana. Ésa fue su única conversación en los primeros paseos alrededor de la plaza, mientras los niños seguían a la pareja y entonaban canciones alusivas. En las tardes de verano, iban de la mano hasta los Pinos del Duque. Por la noche, él volvía a su pueblo en bicicleta con la chapa de la matrícula gastada y medio caída, brillante bajo la luz de una farola.

Un largo silencio.

—¿Puedes correr la cortina?

Obedezco y me vuelvo a sentar entre una irrealidad de sombras. Estoy dispuesto a volver los días necesarios. A servir y a rogar. A quedarme junto a esa ventana desde la que se contemplan parterres con flores y un césped muy verde. Redactaré como pueda el largo resto de este Informe. Sí, Lector, que el tiempo apremia y contigo no hay excusas que valgan. Lo haré. Una segunda parte y una tercera parte. Seré sincero. Como si no ocurriera nada, como si mi vida, nuestra vida, fuera la de otros.

—Ahora te toca a ti —me dice—. Cuenta la verdad.

Silencio.

—No se me ocurre nada, Flora.

—A mí, sí... ¿Me estáis engañando?

—No...

## Viento y joyas

Si algo niego, lo hago porque lo que afirmo previamente me lleva a las negaciones circunstanciales que configuran y definen la afirmación que mantengo.

TORCUATO FERNÁNDEZ MIRANDA

La financiación de los partidos es un misterio, pero un misterio de aquellos que no son un misterio, porque están muy claros, pero siguen siendo un misterio.

JORDI PUJOL

Sin transición alguna, lo posible se convertía en probable y terminaba por ser inevitable.

NATHANAEL WEST

El día del Watusi fue el 15 de agosto de 1971. Aún no era septiembre y ya habíamos ocupado la portería en la que iba a trabajar mi madre, un sótano próximo al gran templo que bautiza el barrio donde impone su sombra. Toda la ciudad, y no sólo las familias de comerciantes y empleados a los que ella iba a servir, comulgaba en un exagerado afecto por la quimera arquitectónica. Eran incesantes las cuestaciones populares para que ese delirio creciera aún más. «¡Ya tenemos cinco torres! ¡Ya tenemos seis!», exclamaba la población con entusiasmo. Los domingos, gente preparada se cogía de la mano y, en cenefa circular, daba saltos frente al pórtico, mientras sonaban agudos instrumentos de viento y las palomas echaban a volar, disgustadas con el alboroto. El proyecto inacabado, un ejemplo de megalomanía transferido a un colectivo lleno de complejos, ganaba cada tanto en horror, y parecía alimentarse como un vampiro de la esencia de los edificios que lo rodeaban: fábricas con tejado a dos aguas medio hundido, portales modernistas que se me antojaban un misterio y apenas guardaban descampados, viviendas de inicios de siglo con fachadas teñidas del mismo gris mediocre. En uno de aquellos bloques permanecimos unos años. Sólo había que pasar bajo el rótulo «Portería» y descender en la penumbra por una escalera de caracol hasta una estancia dividida por cortinas de un azul desleído, y tras ellas, una encimera, unas camas y un lavabo mínimo. En el primer descenso a ese vacío descubrimos en la pared, no sin estupor, dos objetos abandonados por los antiguos moradores, la herencia macabra que se transmitían unos ocupantes a otros: una bandeja de plástico con el lema «Quien no ha visto Graná, no ha visto na» y un retrato del Sagrado Corazón que infundía pavor inmediato. La blasfemia del tiempo había abarquillado el rostro de Nuestro Señor para dotarle, al acercar los ojos y negar la boca, de un aspecto muy inquietante. Ante la mala conciencia de mi madre, tuve que ser yo el encargado de abandonar aquella lámina en el hueco de un árbol. Volví a casa mirando en todas direcciones.

La cara de Cristo no era el único estrago en aquel sótano. La profundidad del subterráneo nos impedía ver la televisión u oír la radio; manchas de humedad en la pared representaban un mapamundi completo, y ni mil capas de pintura lograron ocultar el empeño cartográfico de la atmósfera. Durante la época en la que permanecí en el barrio, su templo-dragón, las casas, nuestro sótano, me parecieron un inmenso chiste de cartón piedra, y sin llegar a reconocerlo, porque tenía cosas más importantes en qué pensar y aún no había caído en la esclavitud de la superstición, vivir allí me daba mal fario, el presagio de eternizarme en un árido purgatorio. Mis pensamientos eran ocupados por el quince de agosto, lo que pudo haber ocurrido, lo que ocurrió; aún se mantenían la ansiedad, la lúcida confusión, si eso es posible, de quien penetra en un misterio y, de vuelta a la normalidad, no sabe definir lo que ha visto, falto de

palabras, pero también de oportunidades para discutir su revelación. Durante aquellos años no volví por el antiguo barrio, a la montaña, ni tuve noticia alguna de Pepito o de cualquier otro de sus habitantes. Por lo menos, de un modo común. Sólo Juana y Juan vinieron a despedirse al poco de instalarnos con nuestro mobiliario singular —la mesa, el cuadro, la lámpara— y con ellos transitamos un enrevesado camino a través de la efusión y la esperanza una fresca tarde de septiembre en la que, por lo menos ante mí, no se habló del suceso, del día del Watusi, sino del azar. El precio del silencio, el engaño y la amenaza convertidos en azar, cauta voluntad de ser ciegos. «Qué suerte tenéis», nos decían Juana y Juan. Ahora, cuando se había abierto una fábrica cerca de su pueblo, a ellos también les iba a sonreír el destino.

—Ay, a ver si es verdad.

—Ay, qué suerte.

—Más suerte que nunca vamos a tener.

—Ay, hija, es que sin suerte...

—¡La salud y la suerte!

—¡Vamos a brindar por la suerte! —éste era Juan.

—Espera a que te ofrezcan algo, alampao —y ésta, Juana.

—Ay, es verdad, qué tonta, que no he caído. Tengo moscatel y unas galletas de surtido bonísimas —y ésta mi madre pronunciando con audaz silabeo el superlativo «bonísimas».

Tras convocar a Fortuna un mareante número de veces, se comentaron las virtudes de todas y cada una de las galletas con refinamiento impostado, roto por las continuas miradas de Juan a la menguante botella y las de Juana a un vestido beige y unos zapatos a juego que mi madre había adquirido en un ataque derrochador con una nueva expresión en la cara.

—¡Ay, bombón-almendra! ¡Qué ricura! —Ésta era Juana, tras un bocado minúsculo y cruzando las piernas en el más puro estilo marquesa de telenovela.

—No te vas a creer lo que cuestan —mi madre—: Chica, no sé lo que digo. Qué te importará a ti lo que cuesten...

—Ay, no me lo digas, hija, por tu madre... ¿Y qué cuestan? No, no me lo digas. Aunque lo que me digas, me lo creo. —Juana otra vez.

—¡Y qué bien pensada la presentación! —Éste era Juan—: Mira cómo brilla el papel. Parece una esmeralda.

—Sí, y mira cómo te brillan a ti los ojos. —Juana, abriendo un paréntesis en su finura, para cerrarlo enseguida—: ¿Tú no coges, Fernandito?

—Ya he cogido. —Éste era yo, mirando a Juana cabizbajo, el mentón en el pecho, los ojos apuntando a sus bragas.

—Lo malo —mi madre— es que están tan bien envueltas que no puedes sacar la galleta.

Convencido de que la galleta, muerta de vergüenza, se resistía a dejarse desenvolver, abandoné la reunión y, como muchas tardes a partir de entonces, subí al terrado. Desde allí, no podía distinguir de mi montaña más que la silueta del castillo. Con mi catalejo aún se veía menos; sin embargo, el alcance natural de la vista me permitió descubrir que para la gente de la ciudad el sol se ponía justamente allá. Una hermosa combinación de matices anaranjados de no saber uno que el juego de tonos crepusculares dotaba de un cariz infernal a la mixtura coloreada del vertedero y sobrecogían los fuegos fatuos y los bultos encorvados a la busca. El inútil catalejo quedó abandonado bajo mi cama y desapareció en una nueva mudanza como otros objetos que habían otorgado a mi niñez un aparente sentido de futuro, cuando no eran más que briznas de una infancia sintética. Sólo se salvó por un tiempo mi radio de galena. El melancólico Fernando, sin apenas saludar a las vecinas que subían a tender la ropa, pasó tardes enteras en el terrado escuchando ruidos ininteligibles y mirando la montaña con la sensación de que un vínculo secreto le unía a ella, de que el tiempo no iba a pasar y el resto de los días a partir del 15 de agosto de 1971 eran apéndices mal enhebrados a éste. Seguía viviendo cada episodio de esa jornada con la misma emoción; creía, y no sin motivo, que nunca iba a repetirse un momento como aquél. Me sentía obligado a averiguar por qué el Watusi había muerto en aquel cenagal corrupto de simulaciones, si había muerto, como mi ilusión se iba esforzando en creer, para ofrecernos algo, para que le reconociéramos, para salvarnos, aunque en el momento del hallazgo crucial, como pasa siempre, no hubiésemos sabido reaccionar y comprender. Intento vano; no había modo de verificar las sucesivas hipótesis que me llevaban a esa certeza, y en mi fuero interno sabía que el mero buscar «porqués» era peligroso. Además, no me apetecía habitar la vida real, y como a la misma edad otros chicos juegan a ser hombres, yo jugué a inventar el amigo del héroe en que hubiera podido convertirme: vi el movimiento y la sombra, una sombra como una imposición de manos, y vi el cuerpo en el agua y escuché a Pepito tararear la canción y pintar la W. Eso bastaba.

Las reflexiones fueron concienzudas y algún impulso loco. Giraba el tosco dial de la radio buscando una imposible canción del Watusi y sólo escuchaba voces superpuestas y música mora. Necesitaba un motivo para bailar, una canción, y pensar en ella, aunque esos pensamientos siempre concluyeran en lo rotundo de mi estupidez. Porque las iluminaciones fueron disipándose en crepúsculos de humo, en pasiones tristes que no sabía nombrar y en la certidumbre de la voz que me exigía ser un muchacho como los demás. Entretanto, la tarde en que iba a despedirme de la pareja que fue vecina durante años, sofocado por el tedio del sótano, una familiar punzada en el vientre y la incurable tarde de otoño que ensanchaba dolorosamente la respiración, divagué una vez más sobre lo que habría de ser mi ritornelo espiritual, mi amparo y mi cárcel antes de caer rendido por la duda, sentarme contra un muro del

terrado y pensar sin vergüenza, hasta la gozosa explosión y la inminente desventura, en Juana, tan cursi esa tarde, cruzando aquellas piernas poderosas.

¿Es esto un Informe, Lector?

*Década de los veinte:* Durante una guardia nocturna, al contemplar en el cielo señales mágicas que resultan ser aviones, un soldado de origen aldeano deserta del ejército español que lucha en Marruecos.

*Década de los treinta:* El desertor huye a París, donde descubre el baile moderno. Queda más hechizado aún con «el vuelo sincopado sobre cielos de madera» (V. Huidobro) que con los aeroplanos. El encantamiento lo lleva a la vocación, y ésta, a la dedicación exclusiva. Se pasa el día bailando. Primero por nada, luego por unos pocos francos, más adelante por unos francos considerables y el amor de las bellas. Al cabo de unos años, con nombre supuesto y el título de El Rey del Claqué se instala en Madrid, ciudad que le recibe con los brazos abiertos y afectuosas palmadas en la espalda. Al proclamarse la república se convertirá en El Presidente del Claqué. Durante la guerra civil será Camarada Claqué. Su fama, de la mano de la moda impía y conforme a las circunstancias, va menguando. Existen pruebas de que un conocido literato y cineasta francés entabla amistad con el antiguo desertor y éste protagoniza un documental de su nuevo amigo. Al terminar la guerra, Camarada Claqué se exilia con su joven esposa, encinta de siete meses, para localizar al cineasta y promocionarse en los círculos artísticos gracias al documental. La pareja deberá permanecer en un campo de refugiados donde nace el hijo Sin nombre. Estalla la Segunda Guerra Mundial.

*Segunda Guerra Mundial:* Camarada Claqué, refugiado en un pequeño pueblo de la Francia ocupada, confunde unos aviones de nacionalidad indefinida con señales en el cielo. Fiel a lo que considera una llamada del destino, un cerrarse el círculo que se abriera en la atónita guardia marroquí, sale a la calle desafiando la alarma antiaérea con su hijo en brazos, para mostrar al pequeño los «metálicos pájaros del horizonte» (V. Huidobro) que cambiaron el curso de su vida. Quizá ahora, cuando los tiempos se habían oscurecido tanto, mejorasen la del bebé. Un centinela alemán, confundiendo a Camarada Claqué con un miembro de la Resistencia, y al pequeño envuelto en una toquilla con un arma larga o una bomba, dispara sobre ambos y mueren en el acto. La viuda Claqué espera desolada el fin de la guerra. Cuando ésta termina, la mujer consigue pasar a España. Un año antes, en 1944, el poeta Vicente Huidobro, corresponsal de la emisora La Voz de América en el París liberado, conoce la trágica muerte de Camarada Claqué y, en su crónica diaria, recita emocionado este poema, nunca recogido en antología:

CAMARADA CLAQUÉ ESTÁ  
MIRANDO EL CIELO

André lo supo esta mañana

entre la confusión del café.  
No son niños las bombas  
y sí guadañas los hombres  
y las calles vacías cuando suena la sirena  
de la muerte.  
La muerte que no recuerda  
el vuelo sincopado sobre cielos de madera  
tango, Cake walk, Black-bottom.  
Hablo de Montparnasse hace un milenio.  
Yo amé esos bailes  
yo amé los metálicos pájaros del horizonte  
yo amé la vida una vez, americanos.  
Y ahora sólo admiro a Camarada Claqué  
con su bebé en brazos.  
Está mirando el cielo entre la sangre.  
el cielo y la sangre:  
lo que pudo hacerme humano.

*Década de los cuarenta:* Antes del final de la guerra, la futura madre del Watusi pasa a España, se instala en Barcelona y vuelve a quedar encinta en circunstancias no aclaradas, pero sin duda comunes. En una fecha desconocida, nace el Watusi. La mala fortuna lleva a que madre e hijo vivan en un grupo de chabolas de la montaña de Montjuïc. Quizá convivan con familiares o gente peor. El hecho de ser padre y madre a un tiempo, perder a su primer hijo y a su marido, tragedias capitales en una sucesión de ellas, hace que esa madre forme al Watusi en medio de la mugre como si se tratara de un príncipe destronado, método didáctico muy discutible. De hecho, al niño se le dice que es hijo de El Rey del Claqué. Cuando el muchacho averigua la verdad, su alma solitaria se anega en confusión y rabia. Dejando aparte esa decisión educativa, poco o nada se sabe de la infancia y primera adolescencia del que con el tiempo iba a ser llamado Watusi. Tampoco se conocen su nombre y apellidos.

*Inicio de los sesenta:* El adolescente Watusi lleva la vida normal de cualquier delincuente juvenil de su edad. En palabras de un testigo (Topoyiyo) «era más del baile y de las tías y eso», de lo cual se deduce que su vocación obedecía más a una curiosa llamada de la sangre que a la afición criminal del entorno. Un marino de la VI Flota, de probable origen hispano, le enseña la canción conocida como «El Watusi». La euforia que le provoca ese hallazgo consigue que sus compañeros, aficionados a utilizar sobrenombres, le llamen así a partir de entonces. El Watusi adopta el nombre con simpatía y sigue bailando. Esa intuición del vivir ligero se trunca en el incidente conocido como el Lío Grande de la Playa, una pelea entre bandas rivales en la Barceloneta (barrio marítimo). Parece ser que disparó varias veces, y de modo ritual, sobre un elemento de la banda contraria por orden de Celso, un jefe del hampa. El Watusi se ve obligado a huir del país. Se alista en la legión francesa y, tras una breve estancia en ese cuerpo, enlaza con un grupo de soldados de fortuna.

*Década de los sesenta:* (Se distribuye en varios apartados en correspondencia a



las estancias en distintos países).

África: actuación mercenaria en una o varias guerras coloniales. Es muy posible que una de ellas sea la del Congo; aunque lo pintoresco y musical de la palabra hace que los testigos suelen designar con ese nombre el conjunto del África negra.

Nueva York: oficio desconocido. Gran afición por el baile y el sexo opuesto.

Francia: asesino a sueldo de la mafia marsellesa.

Barcelona: tras sus estancias en África y Nueva York y entre los numerosos viajes a Francia, el Watusi pasa temporadas de diversa duración en su ciudad natal. Según unas fuentes, lleva una vida criminal nunca demostrada; según otras, predica la bondad del baile y del sexo como medio de conocimiento. «Radiante. El que cuando camina parece que ya baile y cuando entra por una calle ésa es la calle del Watusi».

*15 de agosto de 1971:* Acusan injustamente al Watusi de la violación y asesinato de Julia (se desconocen los apellidos), hija del «capo» suburbial llamado Celso. El Watusi se niega a huir y, posiblemente, a luchar, como si fuese consciente de antemano del día de su muerte. No se arrepiente de un solo instante de su vida. Lo que le impide entablar batalla es la repugnancia frente a la acusación y otro factor que está muy por encima del entendimiento de los testigos. La madrugada del 16, el Watusi es asesinado. Su cadáver aparece flotando en las aguas del puerto franco de Barcelona. Una W trazada con pintura en un muro de contención de la montaña de Montjuïc es el único acto que conmemora su deceso.

Repito lo que quise creer, Lector de este Informe bien pagado, para imaginar el gesto en su cara de rasgos desdibujados. No para inventarla, sino para revelarla. Quizá llegue el momento, llegará, en que el mismo Lector ocupe un papel principal en este Informe. «¿Qué es esto?», dices. Tranquilo, te estoy descubriendo, mientras te digo que, desde luego, no fue esta cronología la que esboqué en aquel tiempo; aunque el contenido, algunos añadidos aportados por la casualidad, y, sobre todo, el concepto, respondan a esos años de adolescencia. La única frase que he mantenido de aquel primer original es «Quizá convivan con familiares o gente peor». Durante muchos meses supe de memoria mi pequeña anotación biográfica y un día me di cuenta de un bobo error que quizá no lo fuese tanto. En un esfuerzo por ordenar los datos conocidos sobre el Watusi, por darles un sentido, empezó mi anómala formación autodidacta. Mi escolarización, si no había cimentado una base sólida donde poder relacionar y vertebrar aquellos datos, ayudó a saber que existen lugares llamados bibliotecas.

Porque antes de empezar el curso en el nuevo colegio del nuevo barrio, salí disparado a una biblioteca pública para enterarme de la historia reciente y dilucidar alguna coherencia entre tantas guerras de Marruecos, guerras civiles, guerras mundiales y guerras de bandas. Ante mi diligencia, los ojos como tizones y la libreta

en la mano, dispuesto a pasar horas enteras bajo focos abrasadores, empujado hasta el límite del ahogo por la densa exudación corporal de los sabios que me rodeaban durante horas, mi madre, no sin mosqueo, decidió abandonar el imperativo «¡Estudia!» con el que había bajado el telón a tantas escenas familiares. Los primeros días, cuando me veía partir rumbo a la Cultura sin que nadie encañonase mi espalda, el silencio era completo. Una ceja se alzaba perpleja, mientras las manos suspendían la operación de escurrir la bayeta como señal inequívoca de lo que podía sucederle a mi pescuezo si la engañaba. Y de algún modo averiguó que no lo hacía. «Mamá: no sólo de masturbación vive el mozo», podría haberle dicho. Más adelante, durante épocas en las que mi actitud ante las cosas del mundo se volvió más laxa, ella iba a sentir, y a manifestar con vehemencia, una nostalgia de esas escapadas estudiosas. La mujer había creído que su hijo también estaba dispuesto a hacer vida nueva en el nuevo barrio. De camino a la biblioteca, intenté buscar un disco llamado «El Watusi» entre la menguada oferta fonográfica de aquella zona del mismo modo frenético con que buscaba datos en los libros y la canción en emisoras inaudibles. Desistí enseguida. «Nadie ha grabado eso», me dije. Sin embargo, un día, en un libro encontré:

La horda roja, superior en número y material de combate, pero entregada sin freno a la inmoralidad de los bailes negroides tras el saqueo y el crimen, la corrupción y la infamia, el delirio bolchevique y la ametralladora atea, ofrece con su disipación babilónica la única facilidad para que *Tizona* restablezca en la Patria, como designio del Altísimo y de su apóstol Santiago, los valores ultrajados por la desvergüenza de la conjura internacional.

Ilustración: «Rojo bailando» (del filme *Camarade Claqué*, André Malraux, 1938).

Esas frases, en las que ni siquiera distinguía propósito, eran el pie de foto de una nebulosa y diminuta ilustración: una figura con bombín y mono de trabajo, menuda y alegre, suspendida en el aire sobre una tarima rodeada de milicianos eufóricos. El acto de leerlas nos hacía pertenecer a mí, al Watusi, a Pepito el Yeyé, a la Cupé, a la Francesa, a todas mis obsesiones, al mundo real, a lo que había sido escrito, clasificado, como si no fuéramos nada hasta que fuéramos palabras huecas y una imagen borrosa. Lo malo fue que, bastantes años después, cuando mi mujer preparaba su tesis doctoral sobre el poeta Vicente Huidobro y, cosa rara en ella, me dio a leer parte de un hallazgo, la transcripción de las locuciones que Huidobro emitía de viva voz desde una emisora de radio en París, al leer el título del poema «Camarada Claqué está mirando el cielo» fue aún más poderosa la fuerza con que estaba siendo devuelto a un mundo en el que ya no creía, pero poseía mayor solidez que el montón de mentiras sobre las que estaba viviendo.

Pero mejor no hablar de eso ahora. Localizar en un libro olvidado, quizá una enciclopedia de los años cincuenta sobre la guerra civil, aquella foto insignificante que reproducía un momento congelado, anterior en veinte años a mi nacimiento, y treinta y tres al día del Watusi, otorgó un lugar en la Historia a todos aquellos

relacionados con la jornada. Una Historia que ya empezaba a descifrar en toda su complejidad. Mis conclusiones:

«En España se ha luchado mucho. Los guerreros españoles ganaban todas las batallas (y luego la guerra de esas batallas) hasta que empezaron a perder unas y a ganar otras. Pero con el tiempo perdían más que ganaban, hasta que las perdían casi todas. Eso no era un buen negocio y la gente se daba cuenta. Los de la ciudad, que los del campo no sabían nada. No sabían ni que había aviones. Los de la ciudad ponían bombas para quejarse y mataban a los curas. Con los curas podían. Al rey lo querían echar. El rey era Alfonso XIII. A Alfonso XIII se le ocurrió que lo mejor era luchar con alguien al que se le pudiera. Se pensó en los moros de Marruecos, que siempre perdían. Ahí está la Edad Media para demostrarlo. Pero algo falló. Los de la ciudad no querían ir a luchar contra los moros ni ganando. Fueron los del campo. Los del campo se escapaban (a París, uno, a bailar) porque eran ignorantes. Ahora van a la ciudad y dejan de ser ignorantes. Pero entonces, a principios de siglo, se escapaban y la guerra de Marruecos duró un tiempo espectacular. Cuando se ganó a los moros se probó con los rojos, que eran los que hacían que los de la ciudad pusiesen bombas y mataran a los curas. También iban a los pueblos y al campo y se aprovechaban de la ignorancia. Y habían echado al rey y proclamado la república. A los rojos se les ganó en menos tiempo que a los moros. Les gustaba la juerga. Cuando acabó la guerra de Liberación o guerra civil, llegó la paz a España. Muy larga. Justo entonces, todo el mundo, imitando a España, se puso a luchar. Ganaron los americanos y los ingleses. En las películas americanas de la guerra no salen españoles. Y eso que hubo casos. En esa guerra y en otras más recientes. Los españoles que salen en las películas americanas son tontos o muy presumidos. Da rabia. Después de todas esas guerras en España siguió habiendo paz hasta el día de hoy. Franco es el Generalísimo y mandan él (sobre todo) y otros con uniforme blanco o traje (muy buenos estudiantes). Sólo luchan las bandas y algún cabrón, pero es por cosas prácticas».

¿He hablado ya de mi instrucción? No recuerdo que en aquel tiempo, y pese al estudio bibliotecario (a fin de cuentas, éste consistía más en un pasar páginas y mirar ilustraciones que en la propia lectura), mi noción sobre la historia reciente fuese más clara, o más coherente mi forma de expresarla. Ese «Les gustaba la juerga», que quizá no sintetice las causas de la derrota republicana, demuestra cómo me habían inculcado lo formal de la palabra escrita, lo solemne: el adolescente hipócrita al que sólo unos meses antes se la chupaba una puta quinceañera en un burdel de las Ramblas convertido, sólo empuñar el bolígrafo, en el más estricto de los puritanos. Ahora debo hablar del fondo. En los trece años que viví junto a las chabolas, jamás oí hablar de política, ni de Historia reciente. Teniendo en cuenta que pese a mi candidez era un radar ambulante, eso quiere decir que nadie decía nada. Tardé poco en darme cuenta de que el olvido que comporta la miseria es absoluto, como lo es el que

implica la destrucción. Sólo los que de algún modo, pese al dolor, salen airoso del desastre tienen fuerzas para quejarse, para opinar, para recordar, y les asiste menos derecho que a los que callan. La necesidad de silencio iguala a víctimas y verdugos. Yo ni siquiera me daba cuenta que el obstinado mutismo de los que venían del abstracto «campo», o del «pueblo» indefinido, ocultara más tragedia, ni más secreto, que espabilar, un vago «vivir mejor», «dejar de ser ignorantes». Del pasado de mi familia, de mi propio «campo», de mi propio «pueblo», no sabía nada salvo la historia del pinar y de la orquesta sonando a lo lejos que me había contado mi madre. Una llanura seca, el viento dibujando matices del pardo sobre el trigo maduro. Una carretera sin curvas. Un cubo lleno de agua golpeando las paredes del pozo. Nada más. No tenía abuelos. Los abuelos estaban muertos. Campesinos. Nada más. Un acuerdo conmigo mismo me había obligado a no preguntar según qué cosas: temía el llanto de mi madre. Si ella no contaba nada, así estaba bien. No había historia. Mi familia éramos mi madre y yo, y habíamos empezado a pertenecer a la Historia con mayúscula el 15 de agosto de 1971.

Mientras me entretenía en confundir de dónde veníamos, Flora, mi madre, se esforzaba en inventar el futuro. Aquel fastuoso Día de Mañana que ella me había prometido excelso, era entonces, en los tiempos de la portería, el hoy, y ese hoy era cada día, la semana entera. Se apoderó de ella una hiperactividad mucho menos dramática que la antigua, pero llena de afán. La obsesión por un dinero con el que ya no sólo se podía comprar, sino lucir, aunque la austeridad continuara siendo brutal, no se ocultaba como antes con la vergüenza de la miseria; se trataba de construir un trampolín para saltar sobre él y zambullirse en días luminosos. Todo se calculaba en voz alta y lo mezquino dejó de ser amargo para convertirse en atisbo de felicidad. De su felicidad. Ella lo hacía todo por mí (y si eso no me quedaba bien claro, ya se encargaba ella de repetírmelo unas cincuenta veces diarias), pero yo sólo veía a un ser transformado por azar, decidido a tomarse la revancha de años muy duros que para mí no lo habían sido tanto. Y el desvelo que mostraba por su hijo, por su aspecto, por su formación, por la conveniencia de hacer amistades dignas y que a ella le gustasen, yo no lo veía como una prioridad, y juro que no me importaba, en la larga lista de sus nuevas necesidades, sino ocupando un puesto más bien discreto en mitad de la relación. Para ella, no para mí, fueron años de cambios. Durante el tiempo en el que compartí la portería llena de manchas de humedad con aquella mujer que por una inercia y un vértigo indomeñables no sabía estarse quieta ni en sus momentos de dulzura, desde que entramos con nuestros cuatro bártulos, ella recorrió el sótano, que por lo visto era una vivienda, suspiró hondo, me miró con unos ojos brillantes que yo no le había visto jamás y corrió escaleras arriba a presentarse a los vecinos, hasta que al cabo de unos años salimos de allí para olvidar otra vez lo que habíamos sido (esta vez, una portera viuda y su hijo raro), las prioridades, los elementos de la mejora, se fueron tachando de la lista, supongo y como ocurre siempre, de un modo insatisfactorio, vagamente desencantado, pero tachados al fin.

Primero fueron las uñas.

Aquellas uñas destrozadas de mi madre, cuarteadas, limpias, pero amarillentas, corroídas por la lejía y el abandono, pese a la continua agresión que implicaba su actividad fregona escalera arriba, escalera abajo, fueron restauradas con método riguroso, con aplicación clínica, estudiada diariamente cada grieta, cada mácula. En cuanto se pudo (porque no se podía casi nada) se visitó al podólogo. Tras ser interceptada astutamente en su travesía alerta, veloz y atemorizada por el portal (no tenía salvación: mi madre podía distinguir su taconeo de entre mil), fue consultada docenas de veces la manicura que vivía en el tercero segunda hasta que, resignada, la señora se ofreció por fin a impartir un curso gratuito de mantenimiento dactilar. Tras la cena, y hasta el instante anterior al cabeceo, rendida por el cansancio, mi madre, las

manos abiertas, tensas, a dos palmos de la cara, los dedos muy abiertos, estudiaba aquellas conchas absurdas durante un lapso de tiempo considerable, después las alejaba tanto como daban de sí los brazos, cerraba las manos cuidadosamente, las uñas volvían a aproximarse a la cara en un delicado movimiento y el estudio se individualizaba. Los ojos pasaban revista dedo por dedo, la lima intervenía a veces con saña, otras con delicadeza. Finalizado el repaso a la punta de las extremidades superiores, mi madre se sacaba las zapatillas, se acercaba un taburete, y depositaba allí los pies. Como si hablase con ellos, y ellos parecían responder moviendo los dedos, las uñas como diez pequeños rostros locuaces, mi madre musitaba en voz muy queda frases sobre lo que habían sido y ya no eran aquellos pies, esas rodillas, esos muslos. Con precaución, como si temiera haberse quedado coja, se levantaba la falda y, basculando muy despacio las piernas a un lado y a otro, observaba los tobillos, los gemelos, las corvas, ladeaba en silencio la cabeza medio convenciéndose a sí misma de que quien tuvo, retuvo. Con esa idea en mente, miraba la pared, me miraba a mí (que empezaba a disimular) y afirmaba con la cabeza, convertida en fiel admiradora de su destino hasta el día siguiente. Ésa fue otra constante durante la época: mi madre se repetía una cosa tres veces y ya creía en ella a pie juntillas; a menudo bastaba con dos. Enseguida, sin más dilación, cogía el esmalte (que en unos años ascendió decidido de los llanos del «malva ilusión» a los picos del «rojo burdeos», del «rojo noche» y del «¡Rojo absoluto!») y empezaba el artístico proceso de pavimentación. Muy pronto el sótano olería a acetona hasta el mareo.

La ropa tarada de ocasión, el paso del noroeste hacia la elegancia, fue otra de sus obsesiones.

Lo peor era que, muchas veces, debía acompañarla durante aquellos sábados por la tarde en que las obligaciones de la portería se relajaban y la inquieta Flora obtenía luz verde para el callejeo. Y ese recorrer ciudad en lo que a mí se me antojaba atmósfera semiyerta, no era feliz deriva ante escaparates céntricos, sino un apurado cruzar el plano urbano buscando lugares de venta clandestina donde se amontonaba ropa bajo una luz cruda.

—Mira, Fernandito, ni se nota. ¡Y atento a la marca! ¡Es un Gilíes Deleuze auténtico! Anda, pruébate... Pareces un marqués. Y es que se ve la casta... —se exaltaba mi madre, señalando el respunte abierto bajo la axila de un polo de color chillón, y yo maldecía la casta maldita que me obligaba a parecer un jugador de golf tronado.

Y como tal fui vestido tiempo infinito. Chalecos inverosímiles, camisas de macarra búlgaro, pantalones a cuadros que jamás estarían de moda, polos que lo estuvieron diez años antes y a lo mejor lo volverían a estar dentro de otros diez, pero entonces parecían, no aberración, sino simple humorada. En el colegio, mis condiscípulos me tomaban por extranjero. Nunca, ni en los peores momentos de la

inseguridad ciudadana que iba a llegar, nadie se atrevió a atacarme. Yo solía lucir la indumentaria con resignación, porque entonces, y duró poco tiempo, daba mayor importancia al espíritu que al cuerpo, salvo cuando alguna vecina señalaba con malicia evidente mi gabardina violeta y preguntaba entonces a Flora dónde había comprado esa monada.

—Huy, pero si es una Lancaster y York auténtica...

Afirmado lo cual, me pasaba la mano por la cabeza, henchida de orgullo, mientras la interrogadora salía a la calle huroneando. Una vez allí, estallarían en carcajadas y todos los transeúntes iban a corear su risa. Entretanto, mi madre, ajena a la mofa, iniciaba el canturreo que iba a alegrar unos años la vida gris de aquella gente, y tras colgar el letrero «Estoy fregando la escalera», primoreado por el pulso firme de su talentado vástago, el de la gabardina, se encaminaba a sus asuntos con unas rodilleras de futbolista protegiéndola de la bursitis, pensando en el regalo del día de mi santo, de mi cumpleaños, en el regalo que ella me daba para que yo se lo regalara por su santo o por su cumpleaños, en las mil festividades que se celebraban con toda la pompa del mundo, en la tarta que se volvió hábito los domingos, en la necesidad de poder palpar los días, las estaciones, los años, en el halo de normalidad que nos tenía que rodear a partir de entonces y para siempre.

Reunión de cosmética hubo sólo una, pero fue tremenda.

Flora, a fuerza de leer revistas atrasadas, se volvió en poco tiempo doctora en la materia y creyó posible ganar un sobresueldo invirtiendo tiempo, simpatía y dotes de persuasión en la venta casera de los productos Proust. Esas cremas y líquidos milagrosos no se veían ni adquirían más que en reuniones mantenidas por locuaces amas de casa. Mi madre, tras dos o tres escapadas a un punto quizá mencionado a mi persona, pero nunca retenido por la misma, me mostró una noche un carnet que la acreditaba como «Vendedora Especial de Belleza Plan Proust» y una caja cuya tapa rezaba Proust donde los multicolores envases Proust se me brindaron a la vista unos segundos antes de que mi madre la cerrase con brusquedad y amenazara de muerte a quien se atreviese a tocar uno solo de aquellos objetos.

Tras acorrallar e interrogar a las vecinas, mostrar, en un sugestivo anticipo, lo que podían perderse si no acudían a la próxima reunión (quizá la juventud contenida en la hidratante *Matinée de Guermentes*), después de sucesivas batidas de limpieza en el sótano, ensayos parciales (lectura, relectura y memorización del catálogo Proust) y un ensayo general con todo (los productos Proust alineados en la mesa como en un escaparate de máximo postín y mi madre hablando sola), revisado y sopesado hasta la saciedad el cuaderno de hojas de pedido, y repetido una y mil veces un mantra de buen augurio, se celebró la reunión una fría e inquieta tarde de invierno. De vuelta del instituto, bajé a buscar la merienda para salir enseguida disparado donde fuese, según órdenes previas de mi madre, y vi a tres mujeres en torno a la gama Proust, sendas

tazas de café y una bandeja con una sola pasta y muchas migas, parloteando de algo que no eran los productos Proust. Mi madre, a la que no he contado en el trío, sentada en presidencia, abriendo y cerrando la tapa del cilíndrico Reafirmante Charlus, sostenía una expresión en el rostro, que una hora antes pudo haber sido risueña, pero ya no era más que una huella muy tenue de forzada cordialidad. Las otras tres, porteras del 100, del 102 y del 104, como he dicho, no dialogaban sobre aquellos productos de belleza, ni siquiera sobre la belleza en general, cuya asunción, si difícil para mi madre, era quimérica para aquellas tres matronas con rebecas verde (100), negra (102) y roja (104), orondas y tópicas como tres ojos. Murmuraban, discutían sobre los hechos ocurridos aquella mañana, se santiguaban y levantaban la vista al cielo, tan distante de aquel sótano. Carrero Blanco, un almirante que si no mandaba más que Franco, por ahí se iba, y de cuya persona yo lo desconocía todo hasta haber oído un chiste sobre él esa misma tarde, acababa de volar por los aires hecho pedazos con automóvil incluido, saltado una tapia elevadísima, los restos carbonizados, el acero derretido, la carne fundida. Y se había muerto, en consecuencia. Quizá por eso, una pareja de vecinos bajo la jurisdicción de la portera del 100, no había salido de casa en todo el día, y ese dato era importante, ya que él trabajaba, era un decir, claro, en el ayuntamiento. Y debido también a ese incidente, otra pareja había solicitado al marido de la 104 que fuera adquiriendo durante la mañana cincuenta litros de aceite y otros tantos kilos de azúcar con el fin, colegía la portera, de no salir de casa hasta que la sangre dejase de correr por las calles.

—¡Igual que en la guerra! —decía la 104.

—Peor va a ser cuando se muera Franco. ¡La que se va a armar! —decía la 102.

—¡Y mi hijo en Francia...! —decía la 100.

—Pero ¿no iba sólo para la vendimia? —la 104.

—Sí, pero se ha quedado haciendo unos apaños —la 100.

—Ah... —la 102 y la 104 al unísono.

—Huy, es tardísimo... —la 100, que se fue casi sin despedirse.

—Ésa se piensa que somos tontas —dijo la 102 cuando el aliento del adiós de la 100 aún flotaba en el aire—: El vecino ese que dice que trabaja en el ayuntamiento, ni trabaja allí, ni trabaja. Es comunista, lo sabe todo el mundo. Hasta la policía, que lo viene a buscar cada dos por tres, que soy yo y lo denuncio y digo que no paran de entrar y subir rojas y cabareteras hasta que lo echen del piso. Y el hijo está en la cárcel en Francia...

—¿También por política? —ésta era mi madre, desde su mundo.

—¡Por ladrón...! —la 102, imparable ya.

—De siempre, chica. A mí hace años me robó una tabla de planchar. Y no levantaba un palmo del suelo —la 104.

—Aunque igual también es comunista, o socialista, o de la ETA, que todos son los



mismos y no quieren más que amargarnos la vida... —la 102, que interrumpió su crescendo para exclamar—: ¡Huy, qué hora se ha hecho...!

Y se fueron, no sin loar unos segundos a una anfitriona hierática. Se oyeron los pasos arrastrados en la escalera de aquellos dos cetáceos, un bocinazo perdido en la calle y ruido de fondo mientras se abría y cerraba el portal. Hasta los abismos que habitábamos llegaba, como cada noche, el olor a verdura cocida, el sonido muy lejano de un piano haciendo escalas y un griterío infantil como de gato al que han pisado la cola. Cerré nuestra puerta y se hizo el silencio. En el aire quedó un ambiente cargado de reunión extinguida. Yo entretuve mis pensamientos en dilucidar para qué le serviría a un ratero una tabla de planchar. Mi madre seguía sentada abriendo y cerrando la caja de reafirmante. Sobre la mesa, el lote cosmético y el cuaderno de pedidos, intacto. Ella se levantó y empezó a recoger. Yo, sin querer mirarla, me había olvidado de la tabla de planchar y pensaba ahora en lo parecidas que eran las palabras, pero lo distinto que era ese miedo del antiguo, el miedo del día del Watusi. La diferencia entre el temor de los ojos que miran siempre a otro lado, la amenaza efectiva, y la simple sorpresa que causa una noticia que nadie espera y afecta a demasiada gente para que uno deba preocuparse. Todo seguía igual y eso era lo importante. Por ese lado, mi madre y yo no teníamos que inquietarnos. Así que dejé de pensar en la incertidumbre social y me asaltó lo que se brindaba ante mis ojos: las vecinas no habían querido venir a una reunión de porteras, nadie había comprado nada. Lo peor no era el fracaso, tampoco le veía yo mucho rendimiento a todo aquello, sino la desilusión. Y ésta era patente y daba mucha vergüenza. Mi madre volvió de la cocina y me preguntó cómo me había ido en el instituto. Me encogí de hombros. Luego, contraviniendo una regla de oro, no meterme donde no me llamaban, creí oportuno decirle a mi madre, tras uno de sus prolongados suspiros:

—No te preocupes.

No esperaba su reacción. Se levantó de la silla y me encaró:

—¿De qué me preocupo yo, eh, de qué? Venga, dímelo, coño, dímelo.

Señalé los productos Proust.

—De eso...

—¿De eso, tontucio? ¿Me preocupo yo de eso? —Me cogió del pelo y empezó a moverme la cabeza a un lado y a otro—: ¿Tú te crees que a mí me importa mucho toda esa mierda?

De sus ojos salían chispas. El gesto furioso de su cara era inédito. Parecía otra persona. O quizá, esa otra persona fuera yo. La otra persona necesaria para desahogarse.

—¿Sabes de qué me preocupo yo, imbécil? ¿Lo sabes? —Estaba a punto de arrancarme el pelo de cuajo—: Me preocupo de que pase algo y podamos perder todo esto. ¿No ves lo que está pasando por los mundos? ¿Te vas a dar cuenta de algo

alguna vez, pasmado?

Cogiéndome del pelo, me levantó de la silla, y me zarandó con el fin de que contemplara todo aquello que íbamos a perder. «Un sótano asqueroso», pensé. Y también pensé: «Nosotros no tenemos miedo de eso, y tú lo sabes. Tú has hecho el ridículo y te jode y lo pagas conmigo. Te jode y lo pagas conmigo».

Y esa reflexión fue suficiente para hartarme del vaivén histérico. Me solté bruscamente y levanté la mano con un gesto significativo.

—Tú has hecho el ridículo y te jode —le dije.

—Tócame si te atreves. —Ella también tenía levantada la mano. Nos mirábamos. Parecía que posásemos para un cuadro de tema clásico.

—A ti no te importa nada de todo eso. Tú quieres que yo pague el ridículo que has hecho. A ti lo que te importa es el ridículo que has hecho.

—Tócame si te atreves.

—Tócame tú a mí si te atreves.

Y así nos quedamos los dos, con la mano levantada, hasta que nos entró el sueño. De hecho, a mi madre sólo le preocupaba una lacerante soledad. Pero eso nadie iba a mencionarlo.

1971, 1972, 1973, 1974, 1975, vuelta a 1971, regreso obsesivo al 15 de agosto de 1971, mientras los años se superponen uno a otro en la pantalla como en las viejas películas de gánsteres. En el mundo, y en la vida de los otros, pasa el tiempo de modo fulminante y suceden hechos, momentos memorables, accidentes de consecuencia diversa o noticias decisivas. A mí no me pasa nada. En mi película imaginaria, las cifras surgen en primer plano desde el punto de fuga como un puño que golpea, pero en esta secuencia de montaje que describo no son arrancadas hojas con cifras de un dietario de pared (diecisiete, dieciocho, octubre, treinta, enero, uno, cinco), ni se alternan y se funden rótulos luminosos de lugares exóticos donde suena música de lujo, ni salta por los aires el corcho de una botella de champán y todo se llena de burbujas, espuma borboteando y bocas rientes. Insisto: no pasa nada. Bueno, en 1975 hubo burbujas y bocas rientes (casi todas en un estado deplorable): mi madre se volvió a casar. Lo hizo con un buen hombre llamado Carmelo Portonovo Oirán. Y se quedó embarazada al minuto. Y dio a luz una niña fabulosa, gorda, arrugada, preciosa e idéntica al resto de los bebés (Gracia Patricia). Y repitió experiencia alumbratoria al año siguiente (Francisco José). Para entonces ya hacía tiempo que nos habíamos cambiado de piso, un segundo a estrenar de cuatro habitaciones, dos lavabos y una terraza kilométrica desde la que no se veía la montaña, y sí el río de coches que desemboca en la ciudad con todo el estruendo de que son capaces. Ese imprevisto obligó al mañoso Carmelo a instalar cristal doble en las ventanas para que mi neurosis no se acentuase, ni lo hiciera tampoco la histeria de una embarazada tardía. Pero vayamos por partes.

La solución de emergencia para la soledad de mi madre se denominó Berta; para mí, tal como fui enseñado, y así la llamé en sus visitas, señora Berta. Una cuarentona a la que anunciaba un escote acogedor donde se fundían dos esferas gemelas, grandes como mi cabeza y duras como el granito; unas piernas largas, no tan largas como las de Juana, pero con un cruzarse mucho más sabio, rematadas con hiriente tacón de aguja; en lo alto del monumento, campeaba un rostro algo hinchado de gata veterana, parecido, aunque en tono menor, al de Simone Signoret, el pelo teñido de rubio, tirado sañudamente hacia atrás y recogido en un moño alto, ojos verdes y unos labios carnosos que no dejaban de pronunciar la enigmática frase «La hora exacta en que yo aprendí...», inicio de sus instructivos monólogos: «Sí, hija, desde la hora exacta en que yo aprendí me he dado cuenta de que tienes que coger la sartén por el mango. Con los hombres, en el trabajo, con todo. ¿No te engañan ellos? ¿No sufres tú? ¿Qué le debes a la gente si no has hecho más que matarte a trabajar, todo el día para arriba y para abajo? De verdad, hija, eso lo aprendí bien aprendido y muy tarde. Cuando una está acobardada piensa que el mundo es todopoderoso. Y el mundo es por lo menos

tan mierda como tú. Ya sé que está el crío, ya, pero el crío es mayorcito y sabe lo que significa mierda. Este crío tuyo sabe más de lo que a ti te parece». Esa misma señora Berta que al minuto de oír por vez primera «¿Qué, Fernando, no vas a saludar a la señora Berta?», el resignado encogerse de hombros de mi madre, y la sonrisa de la visita recién presentada, mostrando unos dientes que si te cogen la mano te la arrancan, fue homenajeadada en el terrado al que ascendí zumbando y en celo.

La señora Berta también era viuda y trabajaba de recepcionista de unas oficinas en los bajos del 115. El empleo le daba derecho a una vivienda en el mismo inmueble, junto a la entrada de la empresa. Si algún recaudador, visitante o proveedor requería tal o cual información, la señora Berta exhalaba el humo de su eterno mentolado sobre la cara del intruso y emitía la señal justa para que el varón sintiese cómo se le desquiciaban varias glándulas. Era entonces cuando la señora Berta guiñaba el ojo y hacía pasar al manso a su cubil, como a mí en mis fabulaciones, sin decir nada, porque sabía que iban a seguirla, con paso lento, fatal, meneando las nalgas, iguales en diámetro a una pelota de playa y alabadas entonces por el visitante, inmerso en el juego cortés. La señora Berta vuelve despacio la cabeza hasta mostrar el perfil de sus labios fruncidos, desliza la mano por la cintura, se da una suave palmada y dice: «Está igual que hace veinte años». En ese momento, la maquinaria del motor del ascensor se pone en marcha y contengo un gemido heroico en el terrado. Algunas palomas me miran indiferentes. Otras echan a volar. Tengo las manos sucias.

Ensoñaciones aparte, era un misterio el modo en que Berta, la viuda alegre, conservaba su trabajo y su descaro, y lo cierto es que brindó a mi madre un punto de vista contestatario de la vida y borró sin mucho esfuerzo los últimos conatos defensivos de resignación. Esa individuo corrompió a mi madre y a mi salud y luego desapareció para siempre. Esa aventurera fue la que llevó a mi madre al baile.

Inquietos domingos por la tarde en los que Flora lava los platos a toda prisa e insiste en lo mal que me ha criado, porque ella no tiene necesidad ninguna de hacer eso que está haciendo cuando podría hacerlo yo. Y, Virgen María Santísima, no puedo acabarme el brazo de gitano, que voy a reventar, por qué no te lo acabas tú, porque no quiero, no comes nada y para mí que no comes por el esfuerzo de tragar, gandul, mientras la cortina corrida, el estampado de floripondios multicolores sustituyendo el azul agonizante de los primeros tiempos, deja escapar toda clase de perfumes, selecto extracto de azahar, limón y maderas orientales de medio pelo, y mi única madre, con una cara que no es la suya (líneas y pecas que no estaban allí, afeites y pigmentos) aparece colgándose un pendiente y suspirando, y yo la miro perplejo, y ella me mira recelosa y pregunta «¿Qué miras tanto, criatura?», bendita sea, con una voz insinuante que se va a llevar en la laringe a ese baile donde hay hombres acechando como los que yo, que sí he corrido mundo, he visto por ahí con las manos en los

bolsillos y una sola idea en mente. Estoy a punto de contestar que miro a uno de los valientes emboscados que va a acabar con las huestes del general Custer. Sí, mamá, pareces un indio. Estoy mirando a un apache en pie de guerra. Desde el primer peldaño de la escalera que conduce a la perdición me llega el aviso de que si algún inquilino necesita algo que lo apunte, y mejor que no salga, pero que si salgo vuelva antes de las diez. Que no haga una de las mías, que me conoce.

El silencio y el tedio aguardan. ¿Cómo voy a salir, si no tengo dinero? ¿Con quién voy a ir, si no tengo amigos? Subo, pues, al terrado, y una vez allí me deslizo entre muros de sábanas blancas que exhalan olor a lejía, rígidas en el frío del invierno. Llego a la baranda y miro la montaña, lejos, inmóvil como la ropa tendida, como el domingo. La montaña ya no es recuerdo palpable, es concepto. Era desde esa misma montaña, en el lado púrpura de mi vida, donde miraba las torres del templo que ahora casi puedo tocar. Entonces se me antojaban zarpas; ahora están demasiado cerca para asustar y sólo son repugnantes, demasiado reales para no compararlas más que con una delirante mona de Pascua. De pronto, como si se enfadasen por mis meditaciones, y fieles a la perversa idea de transmitir un humo azufrado de tiempos remotos, cuerno y brujería, yermas florestas solitarias, las torres empiezan a rugir. El sonido es primero un murmullo ascendente, después un coro unánime de voces que muy pronto se dispersa en aullidos y bocinazos. Sé muy bien de qué se trata. Las primeras veces que oí el jaleo, nada más llegar a esa zona, pensaba que era una costumbre aceptada, tan cotidiana y festiva como las sardanas y las orquestas. En toda mi vida había oído nada igual. Y digo oído, porque desde el sótano era lo único que podía hacer. El ruido llegaba, crecía, se transformaba, se dividía en otros más nítidos, se alejaba como un tren y desaparecía. Mi madre suspiraba con fastidio: «Vaya por Dios, ya están ahí ésos», dejaba la costura a un lado y subía a cerrar el portal. Después, cara de preocupación y algún sobresalto respondiendo a ese golpe o a ese grito. Por fin, en cuanto tuve ocasión de contemplar uno de esos raros acontecimientos, los disparos y las carreras me llevaron a la deducción de que esos actos no eran del gusto de todos. Así que ese domingo por la tarde me dirigí a un vértice del terrado y, hasta lograr parecer una gárgola más, me asomé cuanto pude a fin de tener una vista preferente de una de aquellas lides entre la policía y ese gremio tan particular, los Estudiantes, con mayúscula. Los Estudiantes no eran estudiantes como podía serlo yo, sino peligrosos, ilegales, enemigos de la paz, de las porteras y de los asiduos al bar de enfrente. De mi fugaz observación de un peludo grupúsculo del instituto que se dedicaba a repartir octavillas con el rostro de un sujeto al que no podía reconocer ni su padre, llenaba los muros de carteles con siglas cuando nadie parecía verles y entonaba canciones prohibidas como quien reza mucho, sólo pude deducir lo siguiente: los Estudiantes poseían un trato arrogante en exceso y, la verdad, no había por qué. La conclusión entre lo visto y lo oído que uno acababa extrayendo

de aquellos desórdenes era que los Estudiantes pertenecían a un estamento que no sabe muy bien cómo ocupar su mucho ocio y se llena la boca de consignas que no responden más que a un impulso, quizá sentimental, quizá del bajo vientre: la natural admiración juvenil por la delincuencia.

Los Estudiantes aparecieron ante mi vista de halcón. Unos, como en rebaño, llevaban pancartas y recitaban un lema que desde esa altura no podía entender. Otros, como avispa que entran y salen de un enjambre, con el paso ágil, alerta, y un periódico en la mano, increpaban a los ciudadanos, se adelantaban al grupo y oteaban en las esquinas sin ver lo que a mí en ese momento ya me era dado divisar: varias furgonetas de la policía se detenían en un cruce a mi izquierda y empezaban a ascender en formación hasta la calle por donde muy pronto iban a transitar los Estudiantes, pobres, que seguían gritando, ahora podía oírles, «¡Franco asesino!», a sabiendas de que eso estaba muy mal visto. Las voces eran desgarradas y por encima de ellas sobrevolaba una emocionante tristeza, era una manifestación de tarde de domingo; no como otras que había visto en las que los Estudiantes, imitando un sifón, empezaban a decir nada más ver a la policía y en reflejo verbal de sus movimientos: «¡Que vienen! ¡Que vienen! (aquí el sifón). ¡Ya llegan! ¡Ya llegan! Sh-sh. ¡Ya bajan del carro! Sh-sh. ¡Ya sacan las porras! Sh-sh». Y enseguida, como un estruendo: «¡No nos peguéis: seremos buenos chicos!». Antes se habían agolpado en la boca del metro hasta ocultarla; de modo que, cuando la policía, montada a caballo, acometía ferozmente, ellos se dispersaban en todas direcciones, arrojando canicas por el suelo. Los caballos y su jinete resbalaban y se precipitaban escaleras del metro abajo desconcertando por un momento al personal de taquillas. Había que reconocer ciertas agallas y no poco afán de diversión en esas acciones. Pero esa tarde de domingo caía plomiza sobre aquel tumulto y la pasma venía, venía, llegaba, llegaba, bajaba del carro y sacaba las porras sin que la masa emitiera otra voz que la de «¡Franco asesino!».

La carga fue brutal.

Las carreras y los gritos hicieron que la gente que había salido a los balcones a entretener el domingo con la algarada se encerrase de nuevo en su casa a la primera detonación. Había demasiadas historias sobre balas de goma perdidas. Recordé mis obligaciones cuando el encierro fue unánime y vi perderse en la calle a Estudiantes temerosos, entrar en los bares y salir a golpes, doblar esquinas y esconderse en portales. Bajé al sótano a toda prisa, cogí la llave del portal y cerré. En el otro lado quedaron carreras aisladas. Fue al ir a devolver la llave cuando oí una respiración agitada en la oscuridad. Quise encerrarme en el sótano cuando de pronto entendí que yo era el encargado de salvaguardar el orden de la finca. Encendí la luz del vestíbulo. Un individuo, melencólico a lo sota de bastos, bajito, gordo y sudoroso, me sonrió. «Es una risa falsa», deduje. Sonrisa de conspirador. Sombras endemoniadas que se

mueven en lo hondo de los callejones, derrocan gobiernos, se comen a niños en orgías al claro de luna, se refugian en Tánger, Trípoli o Moscú, actúan en sus matanzas como sonámbulos, y al ser acorralados tragan una píldora de cianuro, cuando no el mismo artefacto que iban a hacer estallar, o preguntan con el rostro empapado por la culpa:

—¿Cómo va el Barça?

Por un momento pensé que era una contraseña. Sin embargo, aquel tipo regordete alzaba el mentón con verdadero interés.

—Hace un rato empataba —respondí con el tono de estar contestando efectivamente a un santo y seña. La respuesta no pareció satisfacerle del todo. Ante su jadeo y su silencio, añadí:

—Aquí no se puede quedar.

El Estudiante unió las palmas muy despacio en señal de oración y me volvió a sonreír. Así nos mantuvimos un buen rato. Si alguien entraba o salía, iba a comprobar que por lo menos mantenía en situación de acoso al allanador.

—¿Me puedes dar un vaso de agua?

Eso era excesivo y ni siquiera contesté. Entonces un golpe sonó en el portal como si varios cuerpos hubieran chocado a la vez emitiendo gemidos, voces, súplicas y negativas en un barullo demasiado cercano. Se encendió una luz y varias cabezas asomaron por el hueco de la escalera.

—Está cerrado. Todo va bien. Control total... —manifesté a la vecindad con la mayor convicción, levantando y moviendo los brazos.

El Estudiante bajó primero. No quería tenerlo a mi espalda. Una vez en el sótano, le mostré una silla. Llené un vaso de agua sin dejar de mirarle. Me planté ante aquella presencia poco gimnástica, aún jadeante, y le tendí el vaso, mientras él clavaba la vista en la escalera, bebía, parpadeaba al escuchar nuevos golpes en la calle e, incapaz de aguantar mi sostenido examen, apartaba sus ojos de los míos. Me dio pena. Decidí hablar de algo para romper el hielo. De ese modo, el Estudiante dejaría de pensar que se encontraba ante un niño algo raro.

—¿Qué opinión le merece la crisis del petróleo? —pregunté muy serio.

Casi se atraganta. Tras la sorpresa, se encogió de hombros. Le hubiera podido decir que yo era un experto en encogerme de hombros, pero me abstuve y dejé que acabase su agua. Me devolvió el vaso y lo dejé sobre la mesa sin abandonar ni un instante la contemplación de aquella expresión dubitativa. Me senté frente a él, que volvió al estudio de la escalera que llevaba a las carreras y al dolor. Me fijé en su camisa. Cuando se habla de los años setenta siempre se menciona el exceso indumentario; nadie recuerda aquellas camisas azul claro o a cuadros, absolutamente anodinas que solían conjuntarse con un pantalón de pana marrón. El modelo ayudaba de forma notable a conformar la viva estampa del don Nadie; así el Estudiante,

inquieto ahora por mi riguroso examen. Cruzó los brazos y con el pie siguió el ritmo de una música inexistente. Hice lo mismo. Miró en otra dirección. Ahí dirigí yo la vista. Se encogió de hombros. «Yo también puedo hacer eso, y mucho mejor», quise decirle al levantar las clavículas con mayor donaire.

—¿Por qué me imitas? —me preguntó.

—¿No le da vergüenza hacer lo que hace? —interrogué a mi vez.

No contestó. Paseó la vista por el sótano.

—¿Quién es ese señor? ¿Un familiar? —volvió a preguntar, señalando la foto de mi padre, temeroso quizá de que alguien llegase en cualquier momento y lo devolviera a la calle a patadas.

—Es mi padre. Está muerto. Se cayó de un andamio y se espachurró. No, no se ponga blanco. Hace mucho de eso. Yo ni me acuerdo. Bueno, me acuerdo de cuando mi madre hizo así «¡Ah! ¡Ah!». —Abrí mucho la boca e hice ademán de arañarme la cara—. O a lo mejor no me acuerdo, sino que me lo estoy inventando ahora. Porque uno a veces parece que se acuerde de las cosas, pero se las está inventando. A mí, por ejemplo, me pasaron muchas cosas el quince de agosto del setenta y uno. Se lo juro que me pasaron de verdad. Usted podrá entenderlo, seguro. Es un agitador. Ese día vi dos muertos. Ninguno tiene que ver con el de la foto, con mi padre. Eran una tía buena, la misma mañana del quince, y un asesino a sueldo, la mañana siguiente. Ésos son los muertos. Y ese día me encontré también con gente que si la ve, no, ojo, si la ve la pasma esa que le anda siguiendo, se caga. Con éstos se cagaba hasta la policía. No querían saber nada, los tíos. Además ese día me lo hice con una puta. Una puta pequeña, todo hay que decirlo. Me la chupó. También robé coches, me metí en sitios raros... Pues todo eso que puedo jurarle sobre la tumba de mi padre... —señalé la foto— de ese de ahí, que me pasó, ahora mismo que lo estoy contando, hasta yo pienso que no me pasó y que me lo invento. Y eso hace que sea como más que acordarse de algo, porque no me pasa por la cabeza como una película, sino que forma parte de mí, como esta mano, o este brazo. Y a veces me siento como envuelto en una capa de luz que sólo me pertenece a mí. Que sé algo que los demás no saben. No es que me chulee, es que me pasa. Y no puedo dejar de bailar. Es como si un imán jugara conmigo. Un imán que yo pienso que lo debe aguantar una mano invisible. Y ese baile que bailo me hace sentir como si estuviera solo en el mundo. Parece que yo y uno de los dos muertos que vi, el asesino a sueldo, concretamente, seamos la misma persona. ¿A usted le pasan esas cosas?

Se fue.

Se fue cuando en las calles aún había carreras y el peligro era evidente. Le abrí el portal y me asomé dispuesto a despedirme de él. Pero el Estudiante no miró atrás. Corría otra vez como un ganso enloquecido, y siguió corriendo hasta que un policía salió a su encuentro en una esquina, lo cogió por la camisa, lo estrelló contra una



persiana metálica. De vuelta al sótano, borré las huellas del paso del Estudiante, me tendí en la cama y ahogué mi confusión en la lectura de *Piense y prospere*, mi libro de cabecera: «Los sueños se convierten en realidad cuando el deseo los transforma en acción concreta. Pida a la vida grandes dones y anime a la vida a que se los entregue a usted». Entrecerré el libro, miré al techo y, soñador, le pedí a la vida grandes dones. La tristeza del domingo los convirtió en sombras, jirones de recuerdo corrupto bailoteando entre las grietas. El pecho de Julia cadáver, meciéndose como si respirara, la carne de Julia, la espalda desnuda, apretándose contra los muelles del somier que la transporta. La boca de Julia. La tabla de los muslos. Los muslos. El olor de Julia cuando pasa por tu lado contoneándose impune. Las tetas de Julia. Los labios.

Los dones ya son una mancha insignificante en el pañuelo del día. Aprendo a sentir lástima de mí mismo. Oigo caer la noche.

Y esa noche de domingo, distinto de los otros, no suenan risas gallináceas en el portal como las primeras veces, Florita y Bertita, todo sofoco y nervios, comentando la jugada antes de cenar. Ni escucho el descenso retumbante de mi madre (Bertita debe de haber ligado), veo su figura vencida, las llaves y el bolso caen sobre la mesa, se pone unas zapatillas que se dan de tiros con el vestido nuevo. «Deja que me eche un minuto». La señora Berta, una vez cumplida su misión demoníaca, dejó de venir por casa para aconsejar a mi madre que no hiciese caso a los vecinos, que ésas (las mujeres con una familia común) eran todas unas quiero y no puedo, que en la vida una o es la mula o lleva las riendas, y que es tan fácil una cosa como otra. Ese domingo final tampoco escucho el murmullo de las últimas veces y un «Ahora bajo, Fernando...», que es la voz de mi madre, aunque pretenda ser la de Sissí emperatriz. El último domingo del baile (título que cedo al que lo necesite) mi madre, con su voz «Desenfado en la corte» en el registro más agudo, baja las escaleras conversando sobre el suceso del día, pero como si no hablase de nada. Quiere que sepa que viene con alguien.

—Ay, gracias por acompañarme, majo. Pero ¿a santo de qué todo este follón?

—Ayer, que le dieron garrote a uno que era atracador y mató a un policía. Se ve que lo han enterrado esta mañana y están todo el día que si te pilló, que si... ¡bah!

—No, si con cualquier excusa... Y no me digas que no te quedas a cenar, que me enfado. ¡Fernando...!

Ya están a la vista. A mi madre le acompaña la sonrisa forzada de un anodino cuarentón, gafas y pelo blanco, expresión tímida que se esfuerza por ser amable y piensa en salir por patas, najaíto perdido, como se decía en mi viejo y buen barrio, en vista del entorno y de la Criatura Esquiva de Sótano y Terrado.

—Éste es mi Fernando. Éste es el señor Carmelo.

—Qué hay, hombre... —y el señor Carmelo me da la mano, muerto de miedo.

Han pasado muchos años y estoy en condición de jurar que esa alma bendita, Carmelo Portonovo, sólo se ha comunicado conmigo desde entonces con la expresión «Qué hay, hombre...», útil en toda circunstancia y lugar.

Me sumerjo otra vez en el sótano y en el tiempo. Mi madre mira en todas direcciones, mientras Carmelo toma asiento y estudia geografía en las humedades de la pared, la toca con su dedo índice, calcula. Yo miro a mi madre, que finalmente me mira. Está buscando la foto de mi padre que yo acabo de esconder. No sabe cómo interpretarlo. Que sufra durante toda la cena que vamos a compartir con el noble Carmelo, y en la que soy informado como dueño y señor de esa casa que Carmelo es soltero, trabaja en un banco y, evidentemente, deduzco antes de dar el visto bueno a la relación, no es el cazadotes en que aspiro a convertirme. Me voy a acostar, después de dar mi silenciosa bendición y muy poco impresionado. Ya en la cama, escucho tras la cortina:

—Este hijo mío... —mi madre, mareando el café. Con el meñique enhiesto, imagino.

—¿Has probado con pintura plástica?

—¿Cómo? —se sobresalta mi madre. Y yo también.

—Cuando la pared está tan castigada, la pintura normal no vale. La pared la chupa toda y, claro, siempre te van a salir manchas...

Mi madre no está ahora para una discusión sobre materiales pictóricos; no pierde el tiempo en esa época y enseguida lleva la discusión por derroteros más audaces, aunque con ingeniosos meandros. Mi madre no acaba de ver qué misterio busca Berta en esa sucesión de hombres, en el tabaco y en el cubalibre; ella, Flora, es de otra forma, no es de esa clase de personas; ella, Flora, ha luchado lo que no está escrito, en un ambiente que sólo recordarlo le dan temblores; pero ella, Flora, mientras su hijo crecía, siempre se ha mantenido recta y con una idea fija, salir de allí, salir adelante. Se ha dejado media vida en el empeño, pero ahora puede decir con la cabeza bien alta que no vino a la ciudad sólo para hundirse. Y su hijo le ha salido muy bueno, y parece formal, sí, parece... «¡Y es enorme!», exclama Carmelo, como si se hablara del templo que teníamos a la puerta de casa. Es enorme, sí, como su marido que en paz descansa, pero está en una edad muy peligrosa. Si Carmelo supiera lo que le hizo una vez... Se hace un silencio. Emito un ronquido bastante verosímil. Se relajan. Ella, Flora, ha aprendido lo que es sufrir y ahora no lo va a tirar todo por la borda como la pobre Berta. Tiene que reconocer que ella buscó a Berta, porque le convenía salir, abrirse, y por lo simpática, que para las cosas pequeñas te anima. Pero lo que hace Berta es no tenerse una en lo que vale. Lo de Berta es el polo opuesto a lo que ella, Flora, es. Con Berta te ríes. Ella, Flora, se ha reído mucho con Berta. Si pudiera oír a Berta, sentada justo ahí, donde ahora estás tú, contando unas cosas que no sé cómo las cuenta, que soy yo y me muero de vergüenza, que de casada era de lo

más formal, vestida como una monja, siempre en la cocina, siempre por su marido, hasta que un día la llaman y le dicen que su marido se ha muerto, y con toda la tristeza va para un lado y para otro preguntando de qué se ha muerto su marido y se va enterando de que al hombre aquel, a quien tenía por la seriedad personificada, que coleccionaba sellos y monedas, que se pasaba la vida con una lupa en el ojo, que era serio hasta en la cama, que parecía que estuviera rellenando un impreso, y había que aguantar, qué se le iba a hacer, se le ha atragantado un tapón de whisky en una casa de ésas, y lo que hace Berta en la hora exacta en la que ella aprendió, que estaba en el tanatorio y le explicaban con muy buenas palabras, pero que se entendía todo, por qué su marido estaba desnudo y ella tenía la vista fija en el reloj que marcaba las seis en punto, es empezar a reírse, y ríe cuando lo cuenta, y desde entonces no ha parado, y lo que va a hacer Berta es reír hasta, no sé, no quiero ni pensarlo, pobre... La vida de Berta no es una vida como Dios manda. Ella no se da cuenta de lo lejos que ha llevado las cosas y si ahora no me habla a mí me da igual. La vida es algo más que risa; sobre todo, cuando uno ha venido de fuera a ganarse un, no sé, un bienestar... Sobre todo, en estos tiempos tan raros en que la gente se separa y se junta y cualquier día pasa algo, y se ha tenido que criar un hijo empapada de auténtica soledad como ha sido el caso de ella, Flora.

—¡Es enorme! —repite Carmelo—: Bueno, para lo joven que tú eres, quiero decir.

—Joven era cuando lo tuve.

Y un silencio. ¿No se estarán dando el pico? ¿O mi madre le está haciendo señas a Carmelo de que puedo estar oyéndolo todo?

—¿Y qué haces concretamente? —mi madre, de una finura que corta el aire.

—¿Cuándo?

—Pues todos los días. En el banco...

—Me encargo de los consejos de administración.

Nuevo sobresalto en la cama. Me veo a bordo de un yate. Me veo heredero. Me veo envenenando al pobre Carmelo.

—Cuando hay reuniones de consejos de administración en cualquier banco, pues me toca ir allí. Les llevo los puros y los reparto. Los puros se guardan en unas cajas especiales del Banco de España, que es donde trabajo. Y yo los cuido, los humidifico, esas cosas, y cuando toca, pues los reparto...

Me veo envenenando a Carmelo sin más.

—Debes conocer a gente muy importante —por su tono, mi madre parece compartir mi desilusión.

—Fachada. Hay mucha fachada...

Mi madre suspiró.

—Bueno, pues me voy... —dijo entonces Carmelo, dirigiéndose más a mí que a

la voluntariosa y sensata Flora.

—Pues ya sabes dónde está tu casa.

—Pues eso.

Pues eso. Mi madre, descalificando a Berta, la vampiresa, con la que ya no se habló nunca más, había seguido una filosofía del dominio de la situación, pero con evidente revisionismo pragmático. A ese hombre, que muy pronto se iba a descubrir como un dechado de virtudes, le habían sido expuestas de un modo sutil las condiciones que iba a tener la futura relación. Se llevaba a una joven, no tan joven, pero virtuosa, hacendosa y emprendedora que iba a llevar las riendas. Y la dama tenía un hijo. Así que se llevaba el lote completo. O aceptaba eso, o no volvía. Carmelo volvió el sábado siguiente con dos enormes botes de pintura plástica, la sonrisa tímida y su «¡Qué hay, hombre!».

En menos de un año mi madre y Carmelo se estaban casando en una discreta ermita a las afueras de un pueblo del interior. Un domingo de paellas y barbacoas, de partido de fútbol entre solteros y casados y anuncios en los cruces: «Adquiera ahora su residencia a todo lujo», «Disfrute un paraíso de montaña». Los lugareños miran escépticos la jauría ciudadana y pulsán la tecla que abre la caja registradora. Los mosquitos afilan su trompa y zumban de puro gozo. Los niños se patean bajo un pino y los ancianos se rompen la cadera. En ese «paraíso de montaña», con los ahorros de una vida de mesura, Carmelo había adquirido lo que con mucho enigma denominaba «el terreno», hasta que nos llevó un día en su Ochocientos cincuenta Sport y descubrí que ese hombre llamaba «terreno» ni más ni menos que a un terreno: un cuadrilátero yermo con estacas en los vértices y, según amarga confesión, «cuando me decidí, ya no pillé ninguno con derecho a árbol». No importa: mi madre y Carmelo, mientras disponían sobre un mantel a cuadros un frugal picnic hablaban del terreno y se desenvolvían por el terreno como si en éste ya se hubiese construido a principios de siglo un espléndido palacete mediterráneo, hubiésemos dado fiesta al servicio, jugáramos a ser pobres, pero felices, y Manet nos estuviese pintando. No como la familia numerosa del terreno de la derecha, que se comunica mediante el grito y mediante el grito nos pide un sacacorchos; no como los de la izquierda al que lo barroco de su acampada les hace parecer tuaregs, y como vuelvan a tirarnos la pelota se la pincho. Tras el almuerzo, fuimos a tomar café a un restaurante con piscina, y mi madre y Carmelo mantuvieron una misteriosa charla con el encargado. Ya de vuelta en nuestro hogar, y en las mejillas el arrebol de un soleado día de campo, Flora se dirigió a mí con toda seriedad:

—Fernando, siéntate. Carmelo no ha podido quedarse y...

—Me parece muy bien.

—¿Qué es lo que te parece tan bien? ¿Que Carmelo se haya marchado?

—No, que os caséis.

—¿Y quién te ha dicho a ti que nos vamos a casar? —mi madre, asustada, se había llevado una mano al pecho, repicó la bisutería—: Hijo mío, a ver cómo puedo... Ya sé que te acuerdas mucho de tu padre, pero reflexiona un momento...

—Yo no me acuerdo de mi padre.

—Fernando, no lo pongas difícil. Yo sé que no va a ser sencillo vivir con alguien más y en otro sitio.

—Joder, será estupendo.

—¡No digas palabrotas! Yo nunca he dicho palabrotas en esta casa.

—Joder, que no.

Si Flora hubiese fumado, ése era el momento de encender un cigarrillo, cargarse

de paciencia y elegir las palabras adecuadas entre el humo y un léxico que, como habrá visto el paciente Lector de este Informe, mejoraba día a día.

—Piensa que tenemos que seguir adelante y que Carmelo es muy buena persona y nos quiere.

—No, si ya...

—Vale, es lógico que tengas celos. Pero pasarán. Además, ya eres un hombre.

—Pero si no tengo celos...

—Pues me da igual. Digas lo que digas, me voy a casar y asunto concluido.

Mi madre no tuvo la deferencia de invitar a su boda a nadie que hubiese conocido en los dieciséis años y varios meses de estancia en la ciudad, excepto a su hijo y, no había más remedio, al cándido Carmelo. Al novio lo acompañaron una treintena de ruidosos paisanos y varios compañeros de trabajo. Durante la ceremonia y el banquete me persiguió la idea de que todos me miraban cuchicheando, mientras yo no podía apartar la vista de mi madre. Ella resplandecía. Poco a poco había vuelto a tomar conciencia de su cuerpo. Pero ya no se trataba de adelgazar o protegerse del tiempo, sino de florecer de una vez bajo el cuidado de las esperanzas cumplidas. Gestos delicados matizando movimientos llenos de naturalidad bajo su vestido crema y un brillo de los ojos que delataba victoria, satisfacción definitiva. Por eso los invitados la felicitan y besan, y besan y felicitan a Carmelo, y bailan multiplicándose en los espejos del salón de banquetes, solicitan canciones gallegas a los músicos, imaginan tocar la gaita, aparentan triscar por el monte, mutilan la corbata del novio, se hacen, no sin resistencia, con la liga de la novia, el vocalista de la orquesta reconoce a uno de los invitados como El Grosero de Redondela, le asegura ser El Ronco Enmascarado, y en medio de la pista rememoran ante el júbilo general el combate de catch que antaño les enfrentara. Todos hacen corro en torno suyo, menos el pío Carmelo, que sale a la terraza y al jardín, al fresco silencio de la noche, con el sofoco, la lividez y la boca colgante desafinando el estribillo de la conga, y se ciega con el último destello de un vaso en la hierba, mientras orina tambaleante junto a la piscina. Luego vuelve a sumergirse en el tumulto en mi busca para presentarme gordas niñas con bigote. Pero yo no estoy en el salón de bodas, porque soy el dueño del vaso en la hierba. Bajo un árbol, al otro lado del terraplén que conduce a la planicie dominguera, miro los estertores del día contra el fondo del humo de una fábrica lejana, padres avisando a niños que corren entre sillas de lona volcadas, y pienso si alguna vez ese paisaje a esa hora, ese algarrobo y ese sol poniente hundiéndose en el llano agujereado por topos, será para esos niños un paraíso perdido. Me detengo a considerar mi estado, la pus de las heridas abiertas, los años escolares, el bachiller. Docentes compitiendo en bostezos con el bostezo general. A ver quién abre más la boca diciendo Tananarive, Calatañazor, Kandinski. La incompetencia educativa oculta de modo involuntario una verdadera instrucción para

la irrealidad futura, pero yo lo ignoro. Me pregunto cuándo acaba todo esto. No puedo entablar amistad con esa turba variada de adolescentes que ríen y lloran por menudencias, que desconocen la emoción del momento verdadero, la verdad de la vergüenza decisiva, la decisión ante el ultraje infinito, la infinitud de un día de agosto, de su resolución, de su desolación. Todos ven en ti a un solitario sin interés, que es la peor clase de solitarios, y te tratan en consecuencia, o sea, no te tratan. Tú respondes a eso con más soledad que aún genera menos trato, y sólo piensas en salir de allí, que eso acabe de una vez, olvidar, obviar a esa chusma inalcanzable; ser en cualquier punto del planeta menos ése el tipo frío que las conquista, el último recurso. Muy pronto, lo dice mamá, me ensancharé; y muy pronto, lo digo yo, ganaré dinero. Necesito trabajar. El trabajo dignifica. Quiero trabajar, madre. ¡Mira qué bien hablo! ¡Mira cómo escribo a máquina! ¡Mira qué progreso desde el tiempo innombrable! No seré el duquesito que anhelas, eso no, porque no estoy tan loco como tú, o lo estoy mucho más. Debo y debo y debo y debo dejar de mirar, dejar de pensar en espiral. Es necesario que palpe la carne inocente y la carne experta; besar el tobillo grueso, la nalga dura, la boca ávida, lamer los dientes, comerme esa lengua, entrar dentro como dicen que se entra dentro, pero no se entra, porque ya se sale, y se entra, medio sale, medio entra. Debo dejar de cascármela, pero no hoy, no ahora, mientras ya es de noche y apenas llega la música, y apenas llegan las voces y el resplandor y las sombras que siguen dando vueltas y más vueltas, y sigo, y le doy, y pego, y entro y salgo como dicen que entran y salen. Busco y rebusco en la memoria, y ya sé, señora, que no ha conocido nada igual, y eso que parecía tímido, ni los amigos de su marido, los oficiales jóvenes, los ministros. Yo chupo, y ella chupa, lamo, lame. Es morena y rubia, alta y baja, serena, loca, es. Y ya no es.

«Cesó todo y *dejéme* entre las azucenas olvidado».

Y al día siguiente, nos fuimos los tres de luna de miel. En el mismo barco que había de llevarnos a Mallorca para que mi madre y Carmelo se solazaran de lo lindo, volví a ver la W.

El viaje, pese al ridículo papel de carabina que me habían asignado, me ilusionaba más que abandonar de una vez el sótano, ocupar el piso que Carmelo había adquirido con su previsión insaciable, o cualquier otra novedad de aquellos días. Era la primera vez que salía de la ciudad y se me hacía evidente que uno podía marcharse de allí sólo con proponérselo: era cuestión de ligereza, de no dramatizar las carencias. Me quedé pasmado, era un ingenuo, cuando me fue asignada una cantidad desorbitada para mis gastos de bolsillo. Rico y viajero, no faltaron divagaciones blancas sobre un capitán de dieciséis años: la melena al viento, canto alegre en la proa, y ya en tierra, silbo al volante de un descapotable y palmeo cariñoso la cabezota de un dogo con la lengua fuera y los ojos alegres que se ha colado en la ensoñación sin que nadie lo llamara. Por ese afán de variedad me mostré tan solícito, paciente con el nerviosismo

nada contenido de mi madre, porteador de maletas, señalador de muelles y buques, de tablones con horarios y taquillas, guía de la feliz pareja entre el tumulto y las despedidas ajenas hasta enfilar la rampa de embarque bajo la luz de focos portuarios. Abordando el barco, me fijé en la gorra azul de un marinero con una fregona de palo telescópico en la mano y mucha parsimonia en la actitud. Ese arquetipo naval se disponía a borrar una W que alguien había pintado en el casco con evidente audacia. Ya no dije nada en toda la travesía, pese a las especulaciones que mi mutismo despertaba en una Flora mareada, pálida como el papel y con un pañuelo húmedo en la frente, mal reclinada sobre una tumbona, aún reacia a creer que mi felicidad era la suya y algo enfadada, él no se daba cuenta, yo sí, porque Carmelo nos hubiera hecho viajar en cubierta hacia la isla en temporada baja, cruzando la noche negra y húmeda, el hiriente ruido del motor aniquilando la poesía de nubes rasgadas por la uña del cuarto creciente.

Una vez en el hotel, por más que provocaba la situación ideal para dejarles solos, y mataba el tiempo junto a la piscina vacía, entre sombrillas de colores tiradas por el viento, mis papás me llevaron a rincones con mucha historia y mucha anécdota, a rincones sin historia ni anécdota, pero de belleza singular, a páramos sin belleza ninguna, historia nula, ni un alma en varios kilómetros a la redonda, y una anécdota: habíamos pinchado el coche de alquiler. Mi madre, frotándose los brazos cruzados en medio de lo inhóspito, observaba al paciente Carmelo arrodillado. Yo no dejaba de pensar como todos aquellos días en la W. Vi la sombra, vi al Watusi flotando en el mar, vi a Pepito trazando su primera inicial simbólica en el rojo muro de contención. Me sentía una especie de traidor y me preguntaba qué habría sido del Yeyé en todos estos años, una eternidad tan árida como el páramo donde habíamos pinchado. Tuve la certeza de que aquello no era un azar, sino que alguien me observaba desde un lugar desconocido y me enviaba señales. Me decía: «Sé dónde estás». Quizá Pepito no había pintado aquella W, porque no era el Watusi a quien vi flotando aquella madrugada. O sí lo era, y la sombra de ultratumba me seguía, me tenía por un elegido, no había muerto por mí en balde. Inquietantes pensamientos que se trasladaron a mi habitación de hotel y se resolvían en un tránsito de eternidad cuando abría la ventana, me asomaba a la calle solitaria y alguien, un nuevo espíritu, se perdía en la esquina.

Una tarde, Flora y Carmelo decidieron acudir a la feria de la ensaimada, y algo en las sonrisas y en los guiños que se dirigían me hicieron pensar que no querían que les acompañase. Les dije que si no les importaba prefería ir a dar una vuelta por ahí, solo. Flora me advirtió que no hiciese una de las mías, que me conocía. Y me conocía, porque pensaba utilizar la tarde en provocar un acontecimiento, el que fuese.

Les despedí en la puerta del hotel con ademán tranquilo y aferrado a la mágica asignación de la que no había empleado ni un céntimo. Consumí un whisky en el



salón Valdemosa, mientras el pianista rociaba el ambiente con el tema de amor de *El Padrino* y dos antiguas doncellas de la reina Victoria Eugenia se volcaban en el peto temblorosas tazas de té. Al salir, el sol de media tarde me estalló en los ojos, y contemplando los dorados y los rosas en lo más alto de los edificios, encaminé el paso levitante hasta el puerto. Sabía que ése era mi deber. Al llegar al muelle donde atracaban los barcos que venían de Barcelona comprobé que las cosas tenían algo que decirme. Me senté en un amarradero. Una sobredosis de brea afectó mi pituitaria y compuse frases sin sentido: «Saluda una vez nada más a los que ya no están aquí», «La piedra de la marea habla a las gaviotas», «Haz como el pino enano y no te muevas». Me enfrenté con el Fernando Atienza que estaba al otro lado del mar hace años, pescando nada, ignorante de estar destinado a una misión. Y llegó el *Ciudad de Badajoz*, lento, majestuoso, con una W en su casco y todo se corroboró. Y llegó el *S. S. Amsterdam* tras breve escala en Barcelona, tiempo suficiente para que alguien trazase no una, sino varias W y la evidencia se demostrase una vez más. Me levanté a pasear por el muelle y ahí estaban marineros de todas las nacionalidades baldeando la cubierta, el agua jabonosa venciéndola por la borda, lamiendo más W en el casco del *Mersey Flower* (Liverpool) y del *Stanganah* (Panamá City) y del *Oggigornia* (Monrovia). El viejo espíritu había ganado: en las cosas hay vida, y donde más vida hay es en la audacia de adivinar vida en las cosas. Si alguien no me cree, se lo puede preguntar a la señora Berta que en ese momento, apoyada en un catalejo turístico, me mira y sonrío, detiene mi paseo, me pasma. En cuanto pude me refugié tras un quiosco que olía a azúcar quemado para hacerme con una cerveza y un punto de observación. La señora Berta trazaba con su cadereco un exiguo recorrido entre el muelle y un paseo con palmeras. Volví sobre mis pasos con la vista fija en su presencia pechugona. No era la señora Berta, pero tenía que serlo, hasta ese momento era lo que la señora Berta representaba para mí. En ese estado de excitación no me daba cuenta de que imitaba con poco disimulo los trayectos de la señora Berta arriba y abajo, y todo el paseo, maliciosos en el fondo de las terrazas y taxistas en batería, había empezado a cruzar apuestas. Por fin, mi musa se detuvo y creí morir. La señora Berta se acercó a la estatua con pleno dominio de la situación y me increpó un «¿Buscas novia o estás de mosqueo?». Me llevé la mano al bolsillo y mostré el dinero. Ella alabó mi honestidad.

Con el tiempo he leído diez mil historias de iniciación semejantes y todas tienen un tono sórdido; desamparo y lluvia tras los cristales, rumor de sábanas sucias silbando en el aire clandestino, narcotizado. Una persiana bosteza en tono rasposo y la verdad del crepúsculo aniquila una experiencia ridícula. Qué va, hombre. ¡Viva el pelo! Al entrar en la señora Berta tuve la plena seguridad de que antes ya había estado allí. Ése era mi lugar, mi casa, de donde medio entro, medio salgo, y menos mal que me he tomado el whisky y la cerveza, porque si no me hubiera ido al

segundo como un animalito. Y pasé cierta angustia cuando la señora Berta empezó a fingir que se moría de placer y a decirme con deje arrastrado y entre suspiros que yo era su canallita y su marinero en tierra. Y casi salgo de estampida cuando empezó a aullar. Y yo: ¿qué pasa? Y ella: Nada, guapo, dale. Luego me dijo que volviera cuando quisiese y me despidió, en un gesto no exento de sarcasmo, con una cariñosa palmada en el culo.

Entré en el salón Valdemosa y en un rincón del fondo, bajo una esfera verde que proyectaba una luz excesiva para las carantoñas que se prodigaban, Flora y Carmelo contuvieron al verme su ímpetu y la risa como dos chiquillos. Ni siquiera pensé en los posibles efectos afrodisíacos o hilarantes de la ensaimada, pasta que habrían ingerido a carretadas en la feria a la que habían dicho encaminarse, porque ellos ya no eran ellos y al contemplar mi aproximación en hábil pero cauto eslalon por entre las sillas y las mesas de mimbre parecían investidos de una penetración ocular que leía en mi mente: «¡Vengo de follar, mamá!». Sí, sus ojos, los sicomoros y ficus del jardín saludando al viento tras los cristales, las ancianas, ex doncellas de la reina, el pianista, su pajarita aberrante, los camareros displicentes, cada nota de «Ata una cinta en el viejo roble» parecían saberlo todo. Me senté y me encogí de hombros. Rieron alborozados. Dudas.

—¡Qué hay, hombre! —saludó Carmelo.

—¿De dónde vienes? —preguntó Flora.

«¿Adónde va lo que viene? ¡Todo a las putas y los bares!», no tardaría en enseñarme alguien. Eso es lo que podría haber contestado, áspera premonición, pero dije:

—De por ahí.

—Te hemos visto, pero no hemos querido decirte nada. Te has puesto rojo. ¿Te da vergüenza? Si te hubieras visto... —Aquí una pausa de mi madre al tiempo que yo, fundido, me deslizaba silla abajo, y ella le daba un sorbo a un San Francisco decorado con sombrilla y cintas de colores—. ¿Qué le decías?

Tardé unos cuantos fonemas, una Q repetida entre dientes, en articular «¿Quién?».

—Pues tú. Al mar. Levantabas los brazos y parecía que le hablastes. Que saludaras a los barcos. Parecías un poeta. Mira...

La imagen de vástago de portera, solitario y ausente, que he ido dibujando al Lector, me ha impedido mencionar algo. Un tanto embriagado por el vértigo de nuestra centelleante ascensión social, de vez en cuando me permitía alguna solicitud que me era negada en favor del bien familiar y con la excusa de que ya me podría permitir los lujos que quisiera una vez me hubiera convertido en un tenaz trepador egoísta, adulador, delator, conspirador, miserable e interesado, un hombre de provecho en definitiva, y que la vida era mucho más extensa de lo que presagiaba.

Una de esas reiteradas demandas, surgida de la noción de que un fotógrafo podía tener una vida excitante, rodeado a todas horas de bellas, famosos y temibles fieras (si se iba de safari), era la cámara que en ese momento, en el histórico, porque me acogió, salón Valdemosa, desenvolvía confuso, fingiendo gratitud inmensa, porque la vocación fotográfica había sido arrinconada y ese día mi capacidad emocional no daba más de sí. A partir de ese momento, no tendría más remedio que dedicar mi existencia en la Tierra a hacer fotos de carnet, de pasaporte, recordatorios de todas las focas del barrio, bodas y bautizos, como el triste bigotudo que regentaba el estudio fotográfico de la esquina y, en el plató, corregía la posición de las niñas impúberes más de la cuenta y con excesivo fervor. (Para más información: portera del 104).

Retraté a los recién casados, mejilla contra mejilla, y la óptica los hizo diferentes, ya alejados para siempre de mí, de ese que ahora, con un rápido movimiento conecta el disparador automático y se sitúa entre los dos con cara de recién desvirgado, sacando la lengua a una cámara que, fuera para siempre de mi torpe alcance, copiaría el gesto inane, durmiente, de la pequeña Gracia recién nacida, y a Gracia, mirando atónita el objetivo, babeando semisólidos en las rodillas de una madre embarazada que amenaza con meterle otra vez la cuchara en la boca, y los cimientos de la casa, y la primera semana de construcción, y la casa acabada, en un terreno al que yo nunca volvería, y los lloros de Francisco José, al que todos se empeñaron en llamar Francis, decepcionado de su primera impresión del mundo, y mi partida el primer día de trabajo, tomada desde el balcón de casa (yo, desde la calle, levanto un brazo con la arrogancia que da la timidez y digo: «Déjame en paz...»), los viajes, y los coches, y las transacciones festivas con los hitos de la vida, y yo no estaba allí, sino en otra parte que nunca era la que luego diría, construyendo la Gran Mentira, olvidando una y otra vez lo que esa noche en la habitación, fumando en la ventana, creí llegar a comprender. Me empeñé por pura vanidad ignorante en decidir que por fin tenía acceso a la palabra «Radiante». Creí saber, iluso, que la vida no es dramática y no tenemos, por tanto, que vivirla de una forma dramática. Creí haber conseguido algo que me faltaba cuando en realidad me había liberado de algo que me sobraba. Creí ser otro por un polvo de mil pesetas (de aquel entonces).

Ahora debo referirme a las causas que, como en los peores sueños, propiciaron la salida de un sótano para ingresar en otro mayor: el ruido constante de los fluorescentes acechando en el aire, astutas sombras de escaqueadores, de locos y de amantes, crepitación de carpetas al roer de pequeños mamíferos; y debo contar la extraña paradoja que me libró de esa mazmorra para alejarme del adolescente que había sido, del mundo de anhelo pequeño-burgués presidido por Flora, y me acercó cada vez más y con mayor intensidad al día del Watusi. Bebí agua con sabores distintos de la misma fuente, mientras me convertía en lacayo de los justos y los poderosos, adulteraba mi esencia sin voluntad y hasta el fondo, y promovía un aplazado aturdimiento convencido de estar realizando mis ilusiones, que mi vida desquiciada empezaba a moverse al paso desquiciado de los tiempos.

Mi ingreso en la población activa tuvo lugar sólo iniciarse el otoño de 1975. Después de los fastos nupciales y los atrevimientos viajeros, de los obsequios, de los cambios de vivienda, pareció llegar el desmayo y la inquietud, ocultos tras un proyecto quizá demasiado ambicioso o alocado, del exceso de ciega felicidad, del súbito embarazo y sus consecuencias emocionales, la inseguridad económica general y algunos aspectos financieros, préstamos, plazos, letras, que infligían en mi madre, persona hecha en la práctica de los rudimentos más instintivos del trueque, cierto pavor al futuro. Más que un miedo real, ese temor era un arma utilizada por Flora, no para que Carmelo la consolara y explicase hasta la saciedad los mecanismos de la usura, sino para que declarase una y otra vez como idea propia lo que de él se esperaba: ser pilar familiar y bastón conyugal. El caso era que ante esa situación, y dado que el impaciente sujeto, yo, no hacía más que proclamar su voluntad laboral y las ventajas sociales y personales que la situación conlleva, Carmelo indagó entre sus amistades y se enteró de que el Banco Comercial Ciudadano, una pequeña, pero sólida institución, famosa por su largueza para con los empleados, necesitaba tres botones, muchachos listos, decididos y formales. La cúpula familiar decidió, no sin vanidad, que cumplía el perfil, se movieron los hilos con eficacia, se humilló Carmelo un tiempo en las salas de espera, y una mañana de octubre me personé en los lujosos servicios centrales del banco que prometía al público «Modernidad en las operaciones, tradición en el trato, un sello europeo», no sin pasar por la prueba de ser inmortalizado por mi madre desde el balcón con la nueva cámara y gran vergüenza por mi parte, que ya venía de antes, porque en el vestíbulo, con el primer bocadillo bajo el brazo, no había tenido más remedio que jurarle a una Flora genuflexa que una vez asegurada la categoría de auxiliar administrativo, reiniciaría mis estudios.

En el vestíbulo, mármol, maderas nobles y un sosiego funerario, coincidí con los otros dos botones. Mi primera impresión fue que ellos sí correspondían a la demanda

de un muchacho con ganas, iniciativa y desparpajo: eran guapos, no iban vestidos de humorista australiano y parecían haber sido educados para moverse en ese ambiente; por fin había llegado la hora que tanto esperaban. Saludaban a todos los empleados, estrechaban con dos manos la mano que les tendían. Yo me quedé sentado en el centro del vestíbulo, junto a un anciano dormido sobre su periódico abierto. Por fin, un empleado se vio en la necesidad de levantar la voz y romper el litúrgico sosiego del dinero con la frase: «¿Dónde puñeta está el tercer botones?».

Subimos a la sección de personal, entramos, y el repique de las máquinas de escribir se detuvo para dar paso a una velada ironía en las miradas y el comentario: «Mira, ahora van a hacer de esto una guardería». En un despacho, el jefe y el subjefe de la sección nos recibieron con un entusiasmo que hacía pensar que la buena marcha del banco dependía en exclusiva de nosotros. Mis dos compañeros, que seguían sin dirigirme la palabra, transmitieron saludos de diversas autoridades y obtuvieron del jefe una réplica muy cordial. El jefe y su inferior inmediato, asintiendo en cada punto del discurso como un autómatas, nos explicaron que debíamos sentirnos orgullosos de pertenecer a esa institución, el Banco Comercial Ciudadano, un empleo tan seguro que una vez que se entraba, ya no se salía de la gran familia feliz, bancaria, comercial y ciudadana. ¡Qué satisfacción espontánea, manifestaban los otros dos botones, cuánto júbilo! ¡Cómo les imitaba yo!, aunque quizá con un poco de retraso. Finalizada la pequeña ceremonia, el subjefe de personal dio a los otros la orden de presentarse ante un apellido, y a mí me dijeron que esperase fuera, donde fui acribillado por las miradas compasivas de todos los empleados de la sección. Cuando vi que uno de ellos, calva brillante, traje y corbata, me aconsejaba abrir la cuenta de ingreso de nómina en otra entidad porque el barco se iba a pique, y aprovechaba la pausa de mi estupefacción para lanzar una goma elástica a un vejete con gafas de concha y abundante pelo blanco, di por finalizada mi primera adolescencia e iniciado el caos, por mucho que el empleado calvo añadiera enseguida que todo era broma.

La broma se transfiguró en el archivo general, una larga bóveda donde hileras de estanterías de madera aniquilada por la carcoma formaban calles solitarias, alguna sin salida, de indudable peligro. Junto a la entrada, una serie de máquinas empaquetadoras y una guillotina eléctrica daban una solitaria idea de la asunción de la técnica. Por los rincones, tapando puertas y muros ciegos, se amontonaban expedientes en cartapacios pulverizados, columnas de boletines y memorandos. En la esquina más remota, una aristocrática mesa venida a menos, con una de las patas sustituida por un ladrillo, iba a ser mi puesto de operaciones: un auténtico potro de tortura en el silencio continuo, en la desolación de la dura luz artificial, de las horas inacabables, una de esas mesas que ha matado más hombres que las bombas. En algún punto se oían gemidos de tristeza. Salían de la boca del empleado al que iba a sustituir.

El muchacho no se creía la noticia. Me aseguró tener veinte años, pero aparentaba cincuenta: poco pelo, la espalda vencida, el pecho hundido, las manos blandas a punto de caer de las muñecas, la voz inaudible, sin color; ante cualquier movimiento ajeno, se cubría el rostro, y negaba de un modo nervioso sólo intuir que alguien había empezado a formular una pregunta. Era un espectro y lo sabía. Con mucha dificultad, me explicó las tareas básicas, que no resultaron ser muy complicadas, y cuando le aseguré por enésima vez que la sustitución no era una broma, me cogió la cabeza, depositó unos viscosos labios en mi frente y abandonó el recinto con los brazos levantados entonando la melodía de la canción del verano que estaba de moda cuando le abandonaron allí.

En cuanto se hubo apagado su cántico, reconocí que mi debut no había sido muy brillante. No era ése el puesto ideal para conocer gente y ser lanzado en sociedad; pero como los grandes viajeros solitarios, me impuse un ideal por encima, no sólo del deber y de la disciplina, sino de lo que se pudiera esperar de mi grado de rendimiento, que según el compañero saliente podía ser nulo sin temor a represalia. No me iba a dejar vencer por la molicie: con el trabajo continuado de los días, convertiría aquel ámbito en un ejemplo de archivos bancarios.

Al día siguiente, hundido en la rutina monocorde y avisado por un empleado que había bajado a buscar un documento de que si me atrevía a cambiar un solo expediente de sitio, me iba a estrangular y nadie se daría cuenta, desistí de mis impulsos renovadores y durante las horas laborables me dediqué al cultivo de la parsimonia, a hacer listas sobre mi ascenso en el escalafón (en dos años, auxiliar, en ocho, oficial segunda, en catorce, oficial primera) y al conocimiento del género humano, cuya conducta modelaban los empleados que por diversos motivos visitaban el archivo.

Durante el año que estuve como gobernador de mi ínsula, conocí matices de eso que alguno denomina irrelevantes sociales. La libertad fingida a que el archivo invitaba y mi actitud impasible fueron el motor de dos situaciones: el visitante, rotas las cadenas, hacía en aquel sótano lo que le hubiera gustado hacer en cualquier otro lugar; el visitante parecía muy dispuesto a contarme su biografía, su concepción del mundo y el vínculo degenerativo entre ambos, los cotilleos de la empresa y su punto de vista sobre la jerarquía y las relaciones entre sus elementos destacados. La muerte del general Franco y el hecho de que la conciencia política del país conociera pronto su faceta más extrovertida, sin caer en la cuenta de su total ignorancia en la materia, añadieron un tono más desquiciado a la sucesión de extraños comportamientos.

Por ejemplo, dos empleados que bajaban cada mañana a jugar una partidita de ajedrez, a la que se entregaban durante no poco tiempo con la máxima concentración, discutieron agriamente en cuanto se dedicaron a comentar la tarea del generalísimo recién fallecido en lugar del movimiento de caballo en la defensa Philidor, y se dieron

cuenta de que su perspectiva histórica no sólo era enfrentada, sino hostil. Nunca más volvieron al archivo, y al poco tiempo me enteré de que uno de ellos se murió de pena y el otro pidió la jubilación anticipada; aun así, este último seguía viniendo de visita con mucha frecuencia, bajaba al archivo y fingía jugar una partida para luego despedirse de mí educadamente. La política hizo mucho daño desde el primer momento. Otro empleado, de enorme bigote, mejillas tintas de salud, y un polo que no llegaba a teparle el ombligo de su abultado y feliz estómago, y el embrollo indumentario que aquellos años consentían, empezó durante los primeros meses del año setenta y seis a decorar esa prenda con insignias de las diversas agrupaciones políticas que iban surgiendo. Supongo que ese toque decorativo obedecía más a un impulso estético que ideológico, pero uno deducía que la decisión había causado cierta controversia en la superficie por el empeño de aquel hombre en defender las ideas del partido que lucía en la solapa por diferentes que fueran uno y otro. Esa contingencia hizo que el compañero prolongase sus acaloradas disputas en el archivo, ya sin la presencia física de un contendiente, y esos monólogos voceados, y los actos que acentuaban los giros de la controversia y las tomas de posición, cajas lanzadas contra el suelo y la pared, estanterías pateadas, recambios de fluorescentes estallando en el tenso silencio, desembocaron, no en apacible o malhumorado desencanto, sino en el nihilismo más feroz, inmoral y detonante. Varias fueron las víctimas de esa transformación. Una de ellas, el Primer Sindicalista No Vertical Del Banco Ciudadano, como solía anunciarse, que después de presentarse ante don Tomás del Yelmo, director general, con mucha osadía y la propuesta de que a partir de ese momento, y dado el cariz que estaban tomando los acontecimientos en el Estado, iban a tener que negociar mucho los dos, ya que era privilegio del sector bancario destacar en el combate sindical dentro del ámbito pequeño-burgués, y en ese banco durante mucho tiempo no había combatido nadie, fue expulsado a patadas de la dirección por don Tomás sin que se hubiera iniciado el mínimo conato de conversación. «¡Y deje de vestirse como un jardinero, yipi!», dicen que añadió don Tomás. Como si no le bastara haber besado la moqueta de uno de los recintos más altos de la empresa, ese gran luchador insistió en una reivindicación, aún sin contenido, pero llena de significado, y fue recibiendo un trato parecido de otros mandos superiores e intermedios al de su encuentro iniciático con la patronal, hasta que decidió formar un comité de empresa fuerte. El éxito no le acompañó. Todos los empleados parecían estar encantados con sus horarios, su nómina, los descuentos y el trato general; y si no lo estaban, preferían fingirlo, dada la precariedad de la situación económica. Ya nadie en el banco le hablaba y el Primer Sindicalista No Vertical hubo de exiliarse en el archivo, donde recibía las intermitentes persecuciones del hombre de la insignia cambiante, que le tildaba de pelele, y de un reconocido fascista que bajaba de tanto en tanto al archivo a disfrazarse de guardia civil, o en busca de un buen hombre,

cabizbajo y de paso silencioso y acelerado, para gritarle: «¡El Fuster, morirá, en la cámara de gas!», atento al posible antecedente judaico del hombrecillo. Cuando esos dos fenómenos humanos unían sus fuerzas y acorralaban al Primer Sindicalista No Vertical, nadie le salvaba de un vapuleo y de cantar diferentes himnos con lágrimas en los ojos y entre hipidos.

Había más: encendidas disputas futbolísticas; un pelirrojo que al poner en marcha los mecanismos de embalaje fingía con absoluta seriedad controlar los mandos de una nave espacial y me tranquilizaba respecto al futuro de la galaxia si éste seguía en sus manos; un chico y una chica venían cada día a última hora con un casete en la mano para ensayar entre estanterías su número de baile para un concurso discotequero en el que se iban a presentar en la modalidad «rock por parejas», el ritmo en torno al reloj se repetía y el silbido de las suelas, el restallar de una falda acampanada, daba paso a aislados jadeos eróticos que poco a poco se iban sincronizando al rock, rock, rock; un sesentón lento y de presencia esquiva, que no hacía más que lamentarse en voz alta como Segismundo en su torre, exhalaba sus ayes, mísero de él, infelice de él, a la hora más arbitraria y con gran susto por mi parte. Ese hombre, del que sólo veía una sombra gigantesca, se merecía mucho más que yo el título de Fantasma del Archivo.

Pues así todos los días. En un orden de locura descendente, algunos empleados venían a desayunar y, sin interrumpir la frenética masticación cuyo sonido la bóveda agigantaba y esparcía, comentaban el precio de los alimentos, de la gasolina, del palmo cuadrado de suelo, para luego preguntarme si me parecía bien el modo en que el vértigo mundial nos estaba llevando al vórtice del inexorable fin, y sentenciar, sin que yo hubiera abierto la boca, que no iba a entender nada hasta que no tuviera hijos. Esas visitas me hablaban de los superiores del banco como si yo o ellos les conociéramos de algo, y daban rienda suelta a una excentricidad reprimida que me hizo pensar en que también debería exhibir mi rareza. Por eso agitaba mucho las pestañas y fingía que me temblaba el pulso cuando se excedían en sus monólogos. Esos desayunadores fueron los que me transmitieron un interés por la jerarquía de mi lugar de trabajo, de la historia reciente de aquel banco y de su irrefutable solidez.



Desde el final de la guerra civil, la presidencia del banco la ocupaba don Pompeyo Llansá de Tramontana y Ampurias, marqués de Tramontana. Falangista de primera hora, don Pompeyo lucía el escapulario más vistoso entre los ocupantes arracimados en uno de los vehículos que tomó la ciudad para la causa nacional el 26 de enero de 1939. Aunque invocase un temple propio de lo más sentimental y el viento hiriera su mirada al paso heroico entre banderas rojigualdas y una multitud hastiada y famélica, dispuesta a vitorear a quien fuese, en ese gran momento ni una sola lágrima salió de sus ojos. En realidad, a Pompeyo no le habían dejado mucho tiempo para que en su alma se afianzase la nostalgia; tras permanecer oculto durante toda la guerra al otro lado de un falso tabique levantado con urgencia en lo que poco antes había sido la habitación de los juegos, había abandonado a escondidas la ciudad un mes antes. No lo estaba pasando mal Pompeyo reconstruyendo su Mecano y volviendo a montar el caballito de cartón; pero a sus cuarenta años, y ante el devenir de los acontecimientos bélicos, se hacía necesario que cruzara las líneas enemigas huyendo de los otros enemigos para pasar al bando enemigo y así volver como amigo. A Pompeyo, Lector, también hubieron de repetirle varias veces lo que se esperaba de él. Un antiguo cocinero, con extraña influencia en ese tiempo extraño, le pasaría a Francia; de ahí, volvería a España, pero esta vez, atento, Pompeyo, al bando nacional, al otro bando, vamos. Con rapidez y unas cuantas joyas bien administradas, el único valor seguro, solicitaría destino en primera línea de fuego, el cual, mediante nuevas alhajas abandonadas como por descuido en el bolsillo yugoflechado de algún gerifalte, ni sería tan primera línea, ni habría tanto fuego. También le explicaron el espíritu de su misión: buscar recomendaciones y prebendas para que las empresas familiares expropiadas por los golfos que se habían hecho cargo de aquella Sodoma durante la guerra, volvieran muy pronto a su dueño legítimo. Tanto interés puso Pompeyo en sus gestiones a partir del momento en que volvió a pisar la ciudad, que ni siquiera tuvo un minuto para visitar su casa, la entrañable habitación donde había estado escondido dos años largos, y en la que en ese momento, su madre (que ya estaba loca antes de la guerra), subida con mucha temeridad sobre la cabeza de la musa Clío de la baranda modernista del balcón, saludaba a las tropas de Franco al grito de «*Visca la bestia feixista!*», resbalaba, caía, y abollaba el techo de un Hispano Suiza con el lema «¡No pasarán!», abandonado en mitad de la calzada por algún miliciano al que se le había gripado el motor. Hubo quien sospechó de Toñi, la muchacha más veterana del servicio. Cuando los transeúntes levantaron la vista para averiguar de qué nube había caído la vieja, Toñi apareció asomada en el balcón fatal con las manos tapándole la cara para evitar la contemplación de tanto horror, u ocultar un gozo insuperable. Toñi repetía en tono ambiguo «Por ahí no, señora», «Por ahí no».

Ya fuera por este hecho trágico, por su buena voluntad para atestiguar en la depuración más implacable de sospechosos de tener, haber tenido, imaginar o haber imaginado ideas contrarias a las del nuevo régimen, o por sus aparentes relaciones entre la burguesía industrial de la ciudad (sólo les unía el paisanaje: la burguesía industrial dudaba mucho de Pompeyo) le fue adjudicada la dirección general del Banco Comercial Ciudadano (antigua Banca Quipaga-Mana), filial de otro mayor con sede en Madrid. Esa pequeña, pero coqueta entidad, tenía por presidente a un fósil decimonónico puramente ornamental que no interesa en esta historia y al que nadie integró en una conversación o en un escrito hasta que su esquila apareció en los periódicos. Quede exento pues ese señor olvidado de toda responsabilidad en los éxitos financieros de don Pompeyo.

Ni la burguesía industrial, ni los nuevos ricos del estraperlo, ni ninguna otra varilla del abanico de posibles capitales inversores, tuvo el menor interés en hacer negocios con el llamado don Pompeyo Llansá (Pompi Tramontana en los ambientes exquisitos). La venganza de Pompi fue colosal. Por secretos mecanismos en los que el chantaje tuvo algo que ver, convenció al Consejo de Administración de que hasta el último botones empleado en el Banco Comercial Ciudadano debería ganar más dinero que un ministro. La idea oculta en el laberinto mental de Pompi tras ese gesto era aumentar su propia nómina hasta lo cósmico, porque estaba presumiendo que la quiebra de otros negocios familiares de cuyo manejo tenía una idea más bien confusa, no iba a salirle barata. Pompi no sabía que hubiera sido más fácil subirse el sueldo sin más comentario, a ese extraño rodeo de apariencia benéfica en unos años en los que los beneficios bancarios, contra la penuria general, eran exorbitantes, «Afinadamente imbécil», según el comentario del ejecutivo de un consorcio. La sorpresa llegó a los círculos financieros cuando entre el pueblo llano y no tan llano corrió la voz de ese generoso gesto, y lo interpretó como un símbolo de bienestar, de solidez; dos beneficios que la oligarquía de esos tiempos disfrutaba muy cumplidamente, pero se afanaba en ocultar para que no cundiera la insana emulación del ejemplo, con ella la inevitable envidia, y hubiera que seguir fusilando. El pueblo llano y no tan llano depositó su dinero y su confianza en el Banco Comercial, y las garantías de la institución llamaron a inversores más importantes. Fue entonces cuando el banco matriz del Comercial Ciudadano, cuyo Consejo ni recordaba su propiedad, decidió que no era cuestión de que Pompi se creyese un mago de las finanzas y el entusiasmo lo llevara al desastre. Decidieron nombrarle presidente, puesto vacante desde que el fósil murió, devolverle el caballito de cartón y montarle un despacho digno de un decorado de Hollywood. De ese modo, agradeciéndole los servicios prestados, el Consejo maniataba a ese aristócrata de la estulticia, a cuya incompetencia se unía, al inicio de los años sesenta, un definitivo trasnoche.

En la dirección general le sustituyó don Carlos del Escudo y de la Lanza. Del

Escudo y de la Lanza procedía de un territorio que los nativos de la ciudad donde se encontraba el banco que iba a dirigir llaman, sacudiendo la mano hacia fuera, «Castilla...». Abogado del Estado, casado con la hija de un ex ministro del ejército, famosa por su belleza y elegancia, se comentaba que su rama familiar, a diferencia de la de sus primos Coque y Quique Lanza, era más bien indigente. Del Escudo y de la Lanza se había instalado en la ciudad próspera, pero no poderosa, para huir de las malas lenguas de los parásitos de la capital, y durante la segunda mitad de los años cincuenta alternó su actividad de abogado del Estado con la de letrado del BCC. Tras años de pacientes relaciones sociales, don Carlos logró constituirse, no centro, pero sí referencia obligada, de un núcleo que se sentía algo rechazado por los diversos grupos nacionalista religioso, religioso sin nacionalismo, muy religioso con nacionalismo o sin él y no nacionalista y algo laico, pero más antiguo en la plaza (y con demasiados compromisos establecidos a través de bodas innumerables, o demasiado enquistado en su jardín perdido, o directamente lobotomizado) que conformaban el resto de la alta burguesía de la ciudad; todos ellos, aunque jamás rechazasen un buen negocio, ni un compañero en un consejo de administración cualquiera, si olía bien y tenía el bolsillo rebosante de oro, entre los cortinajes de las pausas de las reuniones, en las puestas de largo, en el bar del teatro de la ópera y en el vestuario de los clubes deportivos hallaban un regocijo insultante en tirar la piedra y esconder la mano. Además, el cambio en la estructura del poder político, aunque leve, había otorgado parcelas de arrogancia a sectores que hasta la fecha se habían considerado felices si les dejaba en paz viéndolas venir.

Del Escudo y de la Lanza sonreía como si la sonrisa la hubiera inventado él. Era un seductor de mujeres, de hombres, de niños, de animales. Bien plantado, anglófilo, simpático y discreto cuando la situación lo requería, poseía el tacto suficiente para alardear sólo ante quien pudiese entrar gustoso en su juego, consciente de que vivía en una sociedad en la que estaba mejor visto ocultar las riquezas que exhibirlas, aún a costa de parecer un espantapájaros dentro de un utilitario. Del Escudo y de la Lanza sabía lo justo sobre lo necesario, y no olvidaba que adornar una memez propia o ajena con cierta elegancia se valoraba más que pronunciar verdades desnudas y urgentes. Con todas estas innegables virtudes sociales, Del Escudo y de la Lanza podría haber sido el mejor guía turístico del planeta, pero lo hicieron, con ayuda de un padrino en el banco matriz, alto ejecutivo en una institución que día a día iba ganando importancia.

Menos impulsivo que su antecesor, Del Escudo y de la Lanza dejó que hablara la providencia. No hizo nada y fingió que hacía mucho a través de publicaciones de atrevido diseño gráfico que tuvo el gusto de hojear durante horas enteras, darse cierto empaque público con entrevistas continuas sobre su nula actividad, otorgadas a diversos medios de información que en aquellos tiempos tenían muy poco de que

hablar. También se dice que llegó a pagar una fuerte cantidad a un periodista contestatario que preparaba desde el exilio un libro sobre las cien familias que componían la plutocracia de la ciudad, no con el fin de que le obviara de la relación, sino para que lo incluyera. Una vez que el libro se publicó en Francia, don Carlos del Escudo envió un ejemplar a Coque y Quique Lanza, sus multimillonarios primos de Madrid, con un tarjetón y una nota: «Chinchándose, que es gerundio». Los del Escudo, una de las cien familias, estimularon las bellas artes, salieron en el *¡Hola!* y practicaron la hípica.

Como a su antecesor, a Del Escudo y de la Lanza también le gustaba montar caballos; pero no de cartón, sino de carne y hueso. Ésa fue su desgracia. No resultó fácil creer la historia que viene a continuación; sin embargo era una de las más repetidas por los visitantes del archivo. Alguno la contaba con una seriedad absoluta.

Todo empezó en uno de los picaderos del Club de Polo, donde, según confesó en una entrevista, Del Escudo pasaba «Horas deliciosas, pero también productivas. Las decisiones que más han influido en mi vida han sido tomadas, cabría decir “me han tomado”, al trote, suspendido sobre un obstáculo o nada más superarlo». La siguiente anécdota no le quita razón.

Del Escudo llevaba un buen rato evaluando la forma de su *pursang*, el sereno pero competente *Nelson* (por el almirante, no por Nelson Rockefeller, otro banquero, ni por Nelson Ned, un cantante enano muy de moda en la época), y el resultado parecía satisfactorio, porque los mozos recuerdan la sonrisa del jinete, idéntica ese día a otro cualquiera.

El Club de Polo era para Del Escudo un oasis en la ciudad. Aunque ubicado en una zona que estaba conociendo un veloz desarrollo inmobiliario y un crecimiento histérico del tráfico, con un poco de imaginación uno podía sentirse, al oír el trote y el relinchar de los caballos, al olfatear el aroma de la hierba recién cortada, de los setos, de un modesto pinar cercano y la sugestiva mezclanza de los olores procedentes de las cuadras, en un lugar de la campiña inglesa, la niebla disipándose, lejos del mundanal ruido y cerca del *cottage*. El estrépito de un autobús al detenerse hizo estallar la burbuja que contenía la ensoñación del director general. Volvió la cabeza algo molesto, pero lo que vio entre los cipreses le gustó. En su costado visible, el autobús lucía el anuncio, muy famoso en aquel tiempo, de un conocido coñac. La imagen, una rubia cubierta tan sólo por una camisa blanca paseando a caballo por la playa, y el referente, el mencionado coñac, no guardaban mucha relación entre sí; pero ese detalle no importaba nada al componente masculino de la población, ni tampoco a Del Escudo. Éste, más informado que el populacho conforme a su elevada posición, sabía que la amazona vivía en la ciudad, humana y accesible, y no descartaba pulsar la tecla necesaria para que le fuese presentada en una ocasión propicia. Espoleó a *Nelson* y se anduvo hasta la cerca para contemplar a la rubia unos

segundos y retener esa exquisita belleza en su mente. Frente al anuncio, Del Escudo se estremeció con la longitud de aquellas piernas bien dibujadas, con la combinación fatal de elegancia y carnalidad. Del Escudo se mordió el labio inferior y pensó: «No hay duda: esta chica es bocado de procer». El autobús arrancó, la futura conquista de Del Escudo empezó a alejarse y el banquero inició un suspiro. No llegó a concluir, sin embargo, esa expansión respiratoria, porque *Nelson*, que tampoco era de piedra, al propio tiempo que su amo se dedicaba al deleite visual, se había enamorado locamente de la yegua que con sus patas, también largas, elegantes y finamente dibujadas chapoteaba en la orilla con un garbo muy picante. El siempre pacífico *Nelson*, con su dueño al lomo, saltó con más limpieza que nunca el obstáculo que le separaba de su amada y arrancó a galope tendido en pos del transporte público. Del Escudo, como afirmaron luego sus aduladores, era jinete experimentado, pero el susto, y una proverbial laxitud, le hicieron perder unos segundos preciosos; se le soltaron los estribos, perdió las riendas y no tuvo más salida que cogerse al cuello del equino y repetir el británico nombre sin ninguna flema, a volumen cada vez más alto, en un tono progresivamente desesperado y rogando que no le viera nadie conocido. Ese anhelo fue inútil. En loca cabalgada hacia el centro de la ciudad, pasando por residencias de lujo y edificios monumentales que no se habían levantado con dinero prestado por él, chispeando el herraje de *Nelson* sobre obras públicas especulando con las cuales jamás obtuvo el amo provecho alguno, entre humos de fábricas en las que su banco no tenía ni un duro invertido, despertando el interés de funcionarios ociosos que a través de la ventana de los organismos oficiales reconocían al banquero en quien nunca depositaron su confianza para hacer una gestión cualquiera, nadie auxiliaba a Del Escudo. Los transeúntes aplaudían, eso sí. El conductor del autobús que llevaba en los flancos el doble objeto de deseo, reparó en que iba tras él un caballo soltando espuma por la boca con un lechuguino encima, pero no dedujo que le siguieran, y para evitar cualquier accidente, y dada la circunstancia de que llevaba el vehículo vacío a las cocheras, aceleró.

*Nelson*, por ver si atajaba, saltó sobre hileras de coches aparcados y zanjas con atónitos peones a los que se le caía el pitillo de la boca abierta ante la fugaz visión del vientre del animal. El esfuerzo de *Nelson* fue inútil: el autobús se perdía al fondo de la avenida más céntrica de la ciudad, el paseo burgués por excelencia, ubicación para mayor calamidad de la sede central de nuestro banco. Después de la carrera, *Nelson* tenía mucha sed. Ése fue el motivo de que frenara en seco ante un surtidor monumental y se dispusiese a beber plácidamente; tampoco fue otra la causa de que Del Escudo fuera catapultado al espacio. Su cuerpo trazó una parábola impecable que extrajo un prolongado «¡Oh!» de los peatones. El vuelo pudo finalizar en la marquesina de un famoso restaurante; sin embargo, la precariedad del techo de madera y la fuerza del impacto hizo que Del Escudo perforara el material y acabase

descoyuntado a los pies de un alto ejecutivo de la competencia que en ese momento almorzaba con una amiga de su hija para la que tenía grandes planes.

Don Carlos del Escudo y de la Lanza se quedó paralítico, lo que le valió un merecido ascenso a la presidencia del banco. Como el cargo ya estaba ocupado por don Pompeyo Llansá de Tramontana y de Ampurias, que por esos días compensaba la ausencia total de obligaciones en la entidad redactando informes en los que profetizaba que el futuro de la economía mundial se basaba en la gestión razonada del ahorro infantil, el Consejo optó por la copresidencia. Enseguida surgieron fricciones derivadas de una opuesta percepción de las cuestiones protocolarias: ¿qué nombre debía figurar primero en las tarjetas, en los directorios, en las memorias?, ¿quién iba a ponerle la banda a Miss Guapa con Gafas, privilegio exclusivo del presidente del Banco Comercial Ciudadano? El Consejo optó porque los dos presidentes acudieran juntos a todos los actos: don Pompeyo, siguiendo una idea propia, también iría, como don Carlos, en silla de ruedas. Chóferes de igual peso y medida empujarían al unísono.

Don Carlos del Escudo dedujo por fin el alcance del esperpento y optó por una retirada digna de la presidencia y del mundo financiero, no sin dejar a un hombre de su confianza en la dirección con el beneplácito del banco matriz. Luego, instaló un bufete de abogados, se dedicó al cultivo de la influencia y esperó a que le devolvieran cada uno de los favores que había prestado.

El nuevo director general iba a ser don Tomás del Yelmo y de la Torre de Homenaje.

Don Tomás del Yelmo era abogado del Estado como don Carlos y también estaba casado; pero a diferencia de don Carlos, que sólo tenía un varón, don Tomás había ayudado a concebir ocho hijas «a cual más buena, que yo las he visto», de acuerdo con el testimonio de un cajero engullidor de bocadillos de salchichón, uno de mis confidentes más entusiastas. Del Yelmo había llegado a la ciudad tras la guerra como capitán de la legión («¡Aquel regimiento Flechas Verdes!», según le oían exclamar) y como muchos de esos valientes guerreros de los que nadie en la ciudad sabía origen u oficio, decidió dar lustre a su apellido y contraer nupcias con la hija de una familia local de cierta solera. Esas bodas fueron muy comunes durante aquellos años; por lo visto, esas familias de abolengo, adineradas, pero con cierto tufo republicano o nacionalista que convenía eliminar, subastaban a sus hijas entre aquellos viriles patanes y hasta simulaban creerse sus mentiras genealógicas con tal de que ejerciesen cierta protección y limpiaran su nombre ante los nuevos poderes. El sí de las niñas era instantáneo, de acuerdo con el magnetismo que sobre las bellas han ejercido siempre los vencedores. Don Tomás del Yelmo, tras buscar y no encontrar una fulgurante ascensión en diversas entidades de la administración pública, depositó sus congojas en manos de un influyente sacerdote que le animó a combinar, una vez

excavados los cimientos sociales, la actividad pública con la privada. Con esa guía espiritual, Del Yelmo aprobó las oposiciones de abogado del Estado, y ya sin él, pero con sus consejos en la memoria, conoció a don Carlos del Escudo (menor en años, pero con más mundo y relaciones), entró como letrado del banco con don Carlos y se convirtió en su pálida imitación: era cliente de los mismos sastres y restaurantes, socio de los mismos clubes, gesticulaba de forma idéntica y como don Carlos utilizaba un léxico plagado de giros *in the English manner* con su misma falta de oportunidad. A ese personaje de calco había que añadir la influencia religiosa, aquel impulso que era necesario pagar de alguna manera. Don Tomás, a diferencia de don Carlos, frecuentaba la iglesia a diario, era estricto hasta límites ascéticos y muy duro juzgando ciertas modas. Una de las historias más repetidas: en una ocasión, obligó a su hija Panene (*sic*) a contemplar durante una jornada entera cómo las mujeres de la limpieza del banco desarrollaban sus tareas. Motivo: Panene (*sic*) había desafiado la ley de Dios y de su padre poniéndose una minifalda.

La vena devota acabó venciendo en don Tomás a la influencia de don Carlos, y en su puesto de alto ejecutivo, Del Yelmo se fue convirtiendo en un hombre oscuro, poco expansivo y a veces iracundo. Eran proverbiales su indumentaria negra, su semblante adusto y un estricto corte de pelo cuya bondad, al igual que las duchas frías, promocionaba entre sus obedientes súbditos. Aunque, según se comentaba, protegía a los subordinados que le caían en gracia y gustaba tender con ellos puentes de mutua gratitud.

La suerte de don Tomás fue, desde luego, el accidente de don Carlos. Por sugerencia de éste y porque el Consejo intuyó que tras el boom económico de los años sesenta quizá pudieran venir tiempos peores y el aspecto y el habla (ya sin barbarismos, ni puñetas) del aspirante, tétrico para algunos, de fina sobriedad para la mayoría, daba idea de las intenciones del banco, el nombramiento sólo fue discutido por los que creían que don Tomás del Yelmo era tan incompetente e ignorante como sus predecesores.

El discurso de toma de posesión se inició con un «Siempre he intentado emular, Carlos, tu frenesí cívico...», al que siguieron dos escuetos párrafos, previos a que don Tomás escapara como una bala a imprimir los saludas. Ese «frenesí cívico» arrancó la fama del nuevo director general por las frases enigmáticas y de múltiple interpretación. Su primera medida fue hacer subir un enorme busto de Franco, al que cubría el polvo de los años en el archivo y colocarlo de nuevo en lugar visible de su despacho. Explicación de don Tomás: «Los momentos de más bajas en una guerra son el principio y el final». Esa sentencia, digna de un Clausewitz de la supervivencia, fue muy comentada en el ámbito mercantil, y tenida en cuenta. La reputación de don Tomás aumentó y el foco contestatario que disentía de su nombramiento tuvo que callar primero, y más tarde avergonzarse de su antigua

opinión, cuando llegó a sus oídos la noticia de que al final de su primera semana en el cargo don Tomás se había dedicado a pasear por los departamentos alzando la voz tronante de un ex legionario: «Los banqueros deben hacer banca, ¿quién ha estado haciendo banca en esta casa?». Don Tomás estaba diciendo bien claro que las decisiones tomadas por la cúpula hasta el momento, o bien eran temerarias (don Pompeyo), o habían sido nulas (don Carlos). O estaba diciendo eso, o estaba diciendo lo contrario, o no estaba diciendo nada. Uno de los biógrafos subterráneos de Del Yelmo, el más crítico, que solía desayunarse una tartera en la que se amontonaban dos butifarras y un cuarto de kilo de judías, y afirmaba con gesto desengañado que él había tenido ambiciones, pero ya no, me deslizó el dato de que en los tiempos en que se había fijado un futuro esplendoroso y, necesitado de estímulo, había leído en un manual de dirección de empresas la frase: «Los banqueros deben hacer banca, ¿quién está haciendo banca en esta casa?», atribuida a J. P. Morgan, en un contexto muy similar. El desengañado continuaba sus críticas, mientras zampaba como un hurón y explicaba que, tras aquellos histrionismos iniciales, Del Yelmo se había limitado a llevar una política continuista respecto a su antecesor. En otras palabras, no hizo gran cosa. Sin embargo, a diferencia de don Carlos del Escudo, que no hizo nada en tiempos de prosperidad en la que era más que necesaria la atracción de capitales para aumentar el pasivo, lo que hubiese dado al Banco Comercial Ciudadano una oportunidad de crecimiento similar al de otros bancos, en esos tiempos difíciles, no hacer nada era lo mejor que se podía hacer. Tomás del Yelmo se había limitado a recortar gastos (cierto lujo que había envuelto el reinado de don Carlos), fueron expulsados algunos ejecutivos de corte antediluviano y se había rodeado de jóvenes que iban enfundados en el mismo aspecto de enterrador que su cabecilla, exhibían idéntica doblez jesuítica y ganaban mucho menos que sus predecesores. Los resultados de la gestión de Del Yelmo no eran ni buenos ni malos, lo decía todo el mundo, y hasta parecía poseer cierto sentido común que generaba confianza.

Yo, para qué negarlo, no atendía demasiado a los aspectos más críticos de la gestión bancaria de los directores y presidentes del banco, y mucho a fugaces paisajes fantásticos del tipo «Vencedor en una guerra», «Jinete en el Club de Polo», «Posibilidad de ligarse a la rubia de un anuncio», «Pronunciar sin timidez frases enigmáticas que hagan pensar y comentar a todo el mundo». Ante la mediocridad de los chismosos, su ordinariez alimenticia, el resentimiento que emanaban, se abría el campo, aún muy lejano, de eso sí me daba cuenta, del liderazgo y del prestigio. Una circular enviada por don Tomás del Yelmo a subdirectores y jefes de departamento, y localizada entre unos legajos, me hizo admirarlo aún más, me sirvió de norte y modelo.

#### LA NOCIÓN DE CONTINUIDAD

Cumplidos dos años de mi toma de posesión como director general de nuestra entidad, capeados los primeros



temporales, cerrados los balances de modo óptimo, quiero agradecer vuestra colaboración fidelísima, vuestra entrega total y vuestro entusiasmo que ha superado con creces las expectativas marcadas y abren la puerta, aun en estos tiempos de incógnitas, a un futuro magnífico.

Cuando hace ahora dos años, los presidentes del Banco Comercial Ciudadano me propusieron el cargo, tuve mucha reticencia a aceptarlo. «Yo soy hombre de leyes y de pleitos», les dije, creyendo aún entonces en «el misterio de la banca», aunque había desarrollado una ingente labor, siempre compensada por las muestras de afecto y felicitación de mis superiores, en el departamento jurídico de esta nuestra casa de la que llegué a ser responsable. «Don Pompeyo y don Carlos, o viceversa», como así les gustaba que me dirigiera a ellos, me alentaron, se comprometieron, me confesaron con toda su experiencia que no había motivo de preocupación: lo importante era rodearse de expertos en la operativa, en la gestión, nobles, generosos y eficientes. Así ha sido. Ahora sé que el «misterio» de la banca es comprar dinero barato y venderlo más caro, un comercio de cuya materia prima, diré, haciendo una pequeña broma, no tenemos que preocuparnos mucho porque pase de moda.

Tan sencillo y tan complicado como eso.

Sin embargo, en los últimos tiempos, que no están siendo fáciles para la economía del país, y en los que cunde el desánimo en todos los sectores, no sé si observo en los mandos superiores y en sus equipos cierta relajación, como si existiera un contagio de falta de entusiasmo. No es difícil comprenderlo, aunque sería pecado apoyarlo. He aquí algunas reflexiones que he estado haciendo sobre la situación y espero encuentren cabida en los momentos de meditación de cada uno de vosotros.

Primera reflexión: Un logro de nuestra época es la dirección por competencia; de modo que ha quedado fuera de lugar el cargo fácil de los que siendo capaces de mandar tienen la sola formación de la sangre o del dinero. Téngase muy en cuenta esto.

Segunda reflexión: El ejecutivo del Banco Comercial Ciudadano debe ser una personalidad fuerte y entera, que por la fe en sí mismo pueda llegar al conocimiento de la realidad transmitida por las instancias superiores.

Tercera reflexión: El ejecutivo del Banco Comercial Ciudadano debe alcanzar a dirigir la plenitud de su ser, de tal modo que sólo han de permanecer en dicho puesto directivo quienes en su ejercicio vayan a ser felices, cumplan su vocación y alcancen todo su desarrollo.

Cuarta reflexión: El ejecutivo del Banco Comercial Ciudadano ha de ser un hombre con voluntad de servicio: orientado hacia los demás en lugar de hacia sí mismo. Con un sello europeo, en definitiva.

Y quinta reflexión: El ejecutivo del Banco Comercial Ciudadano ha de ser una persona comedida, que impida que su ambición o el afán de placer llegara a hacerle obrar desordenada y antinaturalmente, porque sólo así su actuación será racional.

«Un hombre sólo adelanta cuando no sabe adónde va».

EL DIRECTOR GENERAL

*Tomás del Yelmo y de la Torre de Homenaje*

Del contenido de la misiva, sólo alcancé a comprender las amenazas veladas, que me parecieron el colmo de la elegancia, y el perfume de la última paradoja. «Un hombre jamás adelanta, sino cuando no sabe adónde va». En esas palabras se encerraba la historia de mi vida que sólo había adelantado, se había enriquecido, había dejado ver luz entre los velos, cuando no sabía adónde se encaminaba. En la profundidad del archivo, en la soledad de las horas de goteo de un tiempo sin sentido que se escapaba para siempre, interrumpidas tan sólo por las escenas delirantes que he descrito más arriba, y por aquellas confesiones reiteradas, contradictorias, ridículas, dictadas por la impotencia y sin otro ánimo que la calumnia, don Tomás del Yelmo y de la Torre de Homenaje tenía un ferviente admirador.

Muy pronto pude conocerle.

Corría el mes de enero del setenta y seis cuando un individuo que no parecía

empleado del banco, con un aspecto que yo creí muy refinado por lo raro que era en la época, pelo castaño muy corto, un traje gris perla con cierto aire retro, un bigote de gaviota sobre unos labios carnosos y algo femeninos en medio de un rostro en el que destacaban la intensidad de unos ojos marrones, y una nariz ganchuda, apareció en el archivo con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco. Tras explorarlo, sorprendido de sus dimensiones, preguntó por fin: «¿Hay alguien aquí?». Di señales de vida y el hombre me ordenó:

—Coge una carretilla y acompáñame.

En el montacargas, aquel individuo, al que uno se imaginaba contemplando un partido femenino de tenis a la sombra de un roble centenario, en unos eternos años veinte y en un país de tardes de verano sin fin, me miró con cara de lástima:

—Ahora iremos a dirección general. Entrás, coges el busto de Franco que encontrarás en el despacho y lo bajas al archivo. El señor Del Yelmo estará en el despacho, o a lo mejor no. Esta situación le produce mucho dolor, o quizá no. Por eso no te diré nada, ni tú le dirás nada. O quizá te dirá algo para demostrar su paternalismo y tú le contestarás en la forma adecuada para que vea que respiras ilusión y te impresiona estar frente a un gran hombre. Luego, sobre todo, esconderás el busto en un sitio perdido, pero no tan perdido como para que luego no podamos encontrarlo si hace falta. No comentarás esto con nadie, o lo puedes hacer con todo el mundo. Pero si lo haces, tus días en esta casa están contados. De todo lo que te he dicho, eso es de lo único de lo que puedes estar seguro. De eso, y de que algún día todos nos iremos a la mierda.

Aquel enigmático sujeto, escapado de un mundo galante, debió de captar mi carrusel de gestos en respuesta a sus palabras: sorpresa, emoción, pánico, devota humillación; pero no añadió nada más, y en cuanto llegamos a nuestro destino, una amplia sala inundada de nobles aromas en el último piso, desapareció tras una mampara.

Una secretaria muy vieja, muy pintada y muy llena de perlas me abrió la puerta del despacho de don Tomás, y luego la cerró a mi espalda con mucho sigilo, mientras yo estiraba de una carretilla que se negaba a circular sobre la tupida alfombra. Durante mi zigzagueante trayecto hasta el busto de Franco, que me miraba sobre el hombro de don Tomás, contemplé maravillado el panorama de la ciudad tras los amplios ventanales, la mesa de reuniones, los sofás, el mueble bar, y dos puertas tras las que seguramente estarían la pequeña cocina y la ducha de la que me habían hablado mis confidentes. De todos los lugares en que había estado, ése era el que hubiera elegido para vivir. Don Tomás del Yelmo, tras su mesa kilométrica, ajeno a mis decisiones electivas, estudiaba unos papeles a través de sus gafas de montura dorada y luego los firmaba con estremecedor rasguño de su pluma plateada. Que nadie se fíe de las malas lenguas, me avisé, mientras le miraba y creía oírle silbar

complaciente una alegre tonadilla. Tenía el pelo cano y con abundantes bucles peinado hacia atrás, azulándose a medida que llegaba con mucho atrevimiento y modernidad al cuello de la americana; el traje era negro, pero no parecía severo, sino que atendía más bien a un lujo que yo quizá asociase por aquel entonces al cuerpo diplomático; la corbata era de colores vivos, y ya no pude mirar más porque estaba delante del busto y el recién fallecido dictador Francisco Franco me miraba apretando los labios como si me echase la culpa de su deceso. Don Tomás ni me miraba, ni me echaba la culpa de nada, ni parecía haberse dado cuenta de mi presencia allí.

Intenté levantar el bronce, pero aquello pesaba una tonelada. Con mucho esfuerzo y lividez pude coger al fin la cabeza de Franco entre los brazos, pero la gravedad del Caudillo hizo que con pequeños pasos defensores de mi equilibrio me echase hacia atrás, y cuando pude llevar la espalda a la vertical, no tuve más remedio que caminar hacia delante, y luego repetí la involuntaria operación, pequeña carrera hacia atrás, pequeña carrera hacia delante, cada vez más enrojecido, en lo que parecía hallazgo casual del *perpetuum mobile*.

Fue entonces cuando don Tomás me miró y poco a poco su cara se fue iluminando de una divertida perplejidad. Mantuvo el silencio, se sacó las gafas con lentitud y, no sin admiración, fijó la vista, unos ojos clarísimos, en mi original movimiento adelante y atrás, esperando quizá que en cualquier instante, una mota de polvo cualquiera se depositase sobre mí o sobre el busto, rompiendo la sutil armonía del equilibrio, y yo cayera hacia atrás, hundiéndome el esternón, o hacia delante, aniquilando mi dentadura. Se levantó muy despacio, expectante, como si estuviera atento al vuelo de un insecto que quisiera cazar, esperó a que mi vaivén alcanzara el viaje de vuelta, extendió los brazos y detuvo la farsa cogiendo el busto y esparciendo delicadamente el aroma de una colonia que yo jamás había olido en mi vida y estaba convencido de que tardaría mucho en volver a oler.

—Pero, chico, ha estado usted a punto de hacerse daño.

El director general iba a depositar aquel muerto en la carretilla, cuando de pronto el halo de una idea brilló en sus ojos y empezó a ejercitar los brazos subiendo y bajando el busto como si estuviese practicando halterofilia.

—Hay que mantenerse en forma, señor mío. Míreme. Sesenta y un años y vea lo que hago.

Por fin, dejó el busto en la carretilla. Me volvió a mirar, mientras se sacaba el pañuelo del bolsillo y se lo llevaba a la frente. Luego me preguntó, mientras devolvía el pañuelo a su lugar:

—¿Sabe usted en qué se parecen un plátano, un toro y la familia?

La pregunta, a qué negarlo, me aturdió un poco. Sonreí, me encogí de hombros:

—¿No lo sabe? El plátano y el toro en nada.

Se hizo el silencio en el despacho. ¿Debo preguntar? Él sonreía, a la espera.

Pregunté:

—¿Y la familia?

—Muy bien, ¿y la suya? —me dijo estrechándome la mano. Esperó a que me riera, pero estaba tan asustado, que no me reí. Se volvió a poner las gafas, mientras iba hacia su mesa—. ¿Está usted contento con su trabajo?

Temí que fuera otro chiste. Por eso, contesté con una amplia sonrisa:

—Sí, señor.

El rostro de don Tomás era de absoluta seriedad.

—Pues venga, siga.

No era un chiste. Era una orden. Al salir de allí estaba convencido de que don Tomás del Yelmo era la única persona notable, carismática, que había conocido en mi corta vida laboral.

Sin embargo, ese juicio positivo, revestido de cierto optimismo, no duró en toda su pureza. Los relatos emponzoñados de envidia, los rumores, las calumnias, las bocas torcidas que no dejaban de escupir hiel, la ordinariez de todos esos empleados que estaban mucho mejor situados que cualquier persona que yo hubiese conocido nunca, pero no dejaban de mostrarse infelices, insatisfechos, cuando no raptados por la locura, me habían dado una intuición de la sorpresa general ante el éxito de la estupidez humana. O de la habilidad convertida en estupidez por los más estúpidos. Todos aquellos relatos, los protagonistas, las relaciones entre ellos y, sobre todo, los narradores, me habían hecho variar por completo mi extravagante concepto sobre la Historia. ¿La Historia la escriben los ganadores? Bueno, ¿pero qué Historia escribirían los perdedores? Una sarta de rumores sobre los compromisos turbios y demencias de los poderosos. ¿Y qué era un perdedor? ¿El que se sentía así, el que los demás veían así, el que no participaba? ¿Era yo alguien fuera de la Historia y dentro del rumor? ¿Era yo alguien? ¿Qué tenía que ver esa vida que habían pintado para mí con mi vida? ¿Estaba predestinado?

No, sólo estaba preguntón, hastiado y confundido. Y no quería reconocerlo.

El hecho de que cada día, cuando finalizaba mi jornada laboral viera el plácido paisaje del vestíbulo del banco, un ritmo lento de personas normales, educadas, que durante la mañana fingían ser magníficos empleados, multiplicaba mi impotencia por no poder sobrepasarles, o a tener que esperar durante años para convertirme también en un monigote resentido. Todo se conjuraba para que muchos de mis confusos proyectos se desviaran del sentido común y mi conducta navegase a la deriva.

Como diría don Tomás del Yelmo: «Un hombre sólo adelanta cuando no sabe adónde va».

La imagen repetida de mis vueltas al hogar es ver cómo mi madre embarazada solloza frente al televisor. Carmelo, que siempre llega antes que yo, repara sillas, forra mis antiguos libros de texto, estudia la mecánica de aparatos fallecidos y acompaña su «Qué hay, hombre...» con una muda seña de resignación. Flora no deja de llorar mientras la beso y sigue llorando en esa imagen imposible durante todo un año, porque en la televisión una multitud desfila ante el ataúd de Franco, y mi madre llora de pena o de alegría, o llora porque cuando iba a volver a ser joven, superadas las desventuras que trajo la muerte de mi padre, un suceso emblemático la ha devuelto a la convicción de que ha dejado de ser joven. Pero entonces, enfadado con el mundo, sin querer aceptar que la normalidad es media vida en un archivo visitado por locos, y la otra media el llanto frente al televisor, presiento en cada gesto y en cada palabra un miedo que se me antoja vicioso, adictivo, aprovecho que mis clases teóricas para sacarse el carnet de conducir requieren una incuestionable práctica y me dedico a robar coches. Ésa es mi resolución, mi adelantar sin saber adónde ir. En Mallorca, durante la luna de miel, cogí y perdí un rastro que iba a devolver un sentido a mi momento de autenticidad, a la experiencia originaria; y eso es lo que ahora, de la forma más enfermiza que uno pueda concebir, intento recuperar.

Mi vieja habilidad y una desesperación absurda, porque mi vida, ya lo has visto, era fenomenal, me empujaban hasta la parada de metro, a una estación cualquiera, y ya en la calle desconocida, al mejor coche que estuviera a mi alcance. Evitaba los que tuvieran pegatinas detonantes en los cristales, perros mecánicos saludadores o cualquier distintivo de fácil reconocimiento. Miraba hacia todos lados como si buscara una dirección, abría el automóvil al viejo estilo, lo puenteaba sin descaro pero sin mucho sigilo y arrancaba con toda parsimonia, uniéndome alegremente al tráfico. Supongo que era mi aspecto bobo, pero ya de jovencito, el que impedía levantar sospechas cuando recaía en mi afición de niño. Además, por aquel entonces, no me importaba nada más que saber huir, sin saber huir, sin saber de qué huía, pero sí hacia dónde.

Buscaba el día del Watusi, pero el día del Watusi no estaba allí.

Daba vueltas por la calle y no encontraba una ciudad demasiado cambiada desde mis tumbos infantiles; pero sabía que erraba por culpa de una armonía excesiva con el ambiente, y a la vez un rotundo rechazo hacia cada una de las personas y situaciones. Todos respirábamos un combinado de miedo y liberación: yo era, quizá, un adolescente hipersensible; los demás, lo parecían. La gente y las situaciones formaban garabatos en un pentagrama, pero yo no sabía solfeo y no podía interpretarlos. A lo mejor los lugares donde podía encerrarse la emoción eran esos bares de rótulos de colores que formaban palabras en inglés, o en los grupos de

jóvenes riendo, tensos, pavoneándose, sesgando la pelea o persiguiendo al gordo en la plaza de una zona elegante o de barrio medio; o las motos rugiendo y haciendo cabriolas en un descampado entre bloques ya vencidos, ignorantes del poniente de colores rabiosos que humilla sus perfiles. También percibía la emoción detenido en un semáforo; captaba el cruce de miradas de un hombre y una mujer que se gustan, que se hablan y reconocen en su desesperación o su hedonismo aventurero y cambian de planes, amortiguando la cansada acritud de ese atardecer de ceniza fría con un polvo rápido y una ducha en hotel barato. La emoción estaba en un grupo perseguido por la policía, en la misma policía recogiendo con parsimonia casquillos y pancartas abandonados en una calle desierta; en las octavillas que revolotean como mariposas entre los automóviles hasta que de un chasquido mueren aplastadas contra el parabrisas; en las colas frente a un quiosco para ver la primera teta libre, oficial, satinada, en una revista; en el giro unánime, repentino y asustado de los transeúntes, el estremecimiento colectivo, al reventar una rueda, y los niños se abrazan a las piernas de las madres, porque ésa es la bomba que todos temen y se palpa el fin de lo cotidiano.

Un coche que nada tiene que ver con aquello se detiene a mi lado, lleno de humo, de ritmo y de quinquis mirando con urgencia en todas direcciones, aunque no por la supuesta bomba, sino porque es su forma de mirar. Enseguida, los del pelo negro, largo y aceitoso, chafado contra la cara, dirigen su desafío hacia mí sin darse cuenta de que me dedico a su mismo oficio, aunque yo, hortera y temerario, prefiera las marcas poco habituales a su Seat 1430. En mis paseos motorizados siento la fealdad de todo, las fachadas grises, tiendas anodinas al lado de bodegas rancias con toneles; y tengo nostalgia de un tiempo no vivido y pienso que sólo a mí me ocurre eso, mientras a través del cristal, doblando la esquina, miro a seres desencajados, sin rumbo, figuras veladas por la luz de los escaparates, y averiguo que esas personas proliferan en todos los barrios, sin distinción de clase, y, tonto que era, hice mías sin saber su significado, tan sólo por el modo desgarrado en que eran vertidas las expresiones pintadas en las paredes, que se multiplican día a día: libertad, libertad Huertas, a follar que el mundo se acaba, libertad, huelga metal, asesinos, asesinos, Seat readmisión, pce-i, viva la república, fóllame, viva el divorcio, viva el aborto, huelga, huelga, abstención, psan-p, fraga cabrón, pte, poum, sé dónde vives, cnt-fai, libertad presos comunes, readmisiones ya, asesinos, libertad sexual, libertad total, libertad, amnistía, estatut d'autonomia, yo también soy madre soltera, huelga, muera el rey, abajo los fachas, viva cristo rey, menchu te quiero, 20-n madrid, fuerza nueva.

Todo se inundaba de motivos y de símbolos que no lograban aclarar las discusiones y monólogos que oía en el archivo del banco o las extrañas frases de mi madre ante el televisor: «Nos han tenido engañados», «Dan ganas de que vuelvan los comunistas y les ajusten las cuentas», «Mira, ya se han cargado a otro», «Los mismos

perros con distintos collares». Uno quería entender un cambio esperado o temido durante mucho tiempo; pero ese cambio era tan simultáneo a mi propio cambio, y esa alteración mía, su forma, me gustaba tan poco, que me empeñaba en no entender nada. Lo único que quería era ver entre todo aquel espontáneo marasmo pictórico una W en cualquier pared como la que vi en los barcos. Por eso tomé la decisión de volver a mi antiguo barrio. Escogí para la ceremonia un Seat 1500: poco estridente y con cierto señorío. Tampoco era cuestión de regresar a la montaña como un pingajo. En el «Papá, no corras», tres niñas muy guapas me obsequiaban con una sonrisa nada lúbrica.

Anduve todo el trayecto con un nudo en la garganta, y, desde luego, no era el miedo a que me pillasen con un coche que no era mío. No quería saludar a nadie, ni siquiera a Pepito. ¿Qué podíamos decirnos? Sólo quería mirar, no recordar los años pasados allí, o las costumbres y personas de los días sucesivos consumidos en aquella ladera. Sólo quería aprehender un día y su noche, el fragor. Por eso esperé a que oscureciera, para mirar a través de lo negro como en un cine. Mirar.

Pero por mucho que miré, no vi nada. Porque no había nada.

Casi nada. Porque nada más asomarme a la recta del parque de atracciones, reconocí a Tomás, el perista, el padre de Dora. Salía del parque con un mono de trabajo grasiento, una caja de herramientas en la mano y un cigarrillo bajo el bigote. Saludó a otros obreros que le animaban a tomar algo en el bar junto a la entrada, rechazó la propuesta con un mínimo de amabilidad, pasó ante mi coche sin mirar, con aire abatido, la cabeza gacha, el frondoso bigote ya blanco, las gafas caídas en mitad de la nariz. Aquel hombre no sólo había sido el padre de Dora, la amiga de Julia, la otra belleza del barrio que se había peleado con su amiga y luego competidora vestida de Escarlata O'Hara, la que aún estaba más guapa con los ojos llorosos y la mirada cargada de odio el día del Watusi. Aquel hombre había sido el perista, nada menos. Alguien. Un personaje. El que nos llamaba idiotas por quedarnos embobados en el televisor del bar la noche del primer alunizaje, porque aquello no hacía más que distraernos. El hombre del que se decía que contaba todo el dinero que pasaba por allí. «Y lo que no sabemos...». Aún puedo oír a mi madre diciendo eso en un susurro. Y lo que nunca llegaríamos a saber... Ahora el que parecía pisar la Luna era él. No era un anciano, no podía serlo, pero bajaba las escaleras hacia la oscuridad con una lentitud desfallecida del que no quiere ir a donde va, ni quiere volver de donde viene.

El nudo seguía en la garganta.

Las luces del parque de atracciones apagándose, cumplido su horario de invierno, y el aroma intenso y frío que venía de los jardines apretaron aún más aquel nudo. Recordé por un momento los efluvios de basura que acompañaron mis últimas semanas en ese barrio, y estaba a punto de llorar cuando enfilé un nuevo camino de tierra que conducía hasta la hondonada donde estaba mi casa, puesto allí, pensaba yo,

en honor a la ocasión. Aunque supe bien pronto que ese camino había sido abierto para la excavadora.

Nada quedaba de mi casa, ni de la casa de Juana y Juan, ni de las Casitas, ni del baile abandonado, ni, más extraño aún, de la casa de Celso. Sólo un gran descampado que a esa primera hora de la noche estaba lleno de coches. Pasé entre ellos, temiendo hasta el crujido de los neumáticos en la gravilla, para intuir el resplandor de las hogueras que en invierno, desde la barraca, solían iluminar puntos de la montaña. Nada. Miré en dirección al antiguo bar, la bombilla desnuda rodeada de polillas que dejaba ver un círculo de pared encalada. Ni rastro. Busqué la silueta espectral del Molino, la construcción abandonada donde encontraron el cuerpo de Julia; si estaba allí, yo sólo veía negra vegetación perfilada por el fulgor de la ciudad. Y lo peor de todo era que seguían entrando coches, y entre los coches que ya estaban aparcados se podía ver alguna puta, que se cubría el rostro con una mano, mostrando la palma abierta, cuando la iluminaba algún faro en una maniobra, la luz deslizándose en el acero de la carrocería, y poco a poco se exhibía en los claros una figura femenina alejada de cualquier proporción o simetría. En la penumbra de los automóviles, sombras chupaban sombras con negro movimiento de pistón. Aquel parque móvil, ese embotellamiento de crápulas, estaba en la puerta de mi antigua casa, y hasta sonaban bocinazos de advertencia dirigidos ¡a mí!, exigían que me desplazase ¡yo!, porque estaba entorpeciendo el tráfico. Entonces, para colmo, vi la luz azul de la sirena de la policía y empezaron las carreras, mientras una voz megafónica advertía a los presentes que se estuvieran quietos; pero yo ya no estaba allí, sino jadeando entre los arbustos, y en esa carrera a través de la oscuridad volvieron las sendas reconocidas por mi pie en un alarde de memoria táctil, y gocé en una bola de oscuridad, cada variación del camino en el lugar preciso de la memoria, tomando, recogiendo mis pasos, transportándome a ciegas, mientras el rumor de la redada huía de mí, y no al revés. Volví a atravesar a oscuras jardines de inspiración clásica, tropecé con parterres y descendí sin aliento majestuosas escaleras flanqueadas por estatuas mutiladas; esquivé de nuevo la inquietud de grupos que daban palmas y entonaban aires flamencos en el absurdo de un jardín francés y un surtidor mudo.

Enseguida llegué a la ciudad. Libertad para las adúlteras, yo MPAIAC, conchi qué puta eres, amnistía, amnistía, y reparé en que el dueño del Mil quinientos que había tomado prestado iba a tener que dar muchas explicaciones cuando su mujer y sus tres amorosas hijas se enterasen dónde había sido encontrado el coche. Las mismas explicaciones confusas que yo me daba preguntándome dónde habría ido a parar toda aquella gente, dónde estaba Pepito, por qué y cuándo habían pintado las W en los barcos. Esa lógica trivial siguió rodando y engordando como una esfera que baja la montaña donde había vivido y había visto cosas que nadie había visto antes, y de las que ahora no guardaba más que una ardorosa convicción para creer en ellas.



El dependiente del Servicio-Estación me miró muy mal cuando compré el aerosol de pintura negra, y lo iba a seguir haciendo los meses siguientes cuando volvía a reponer el suministro.

Se trataba de pintar W por toda la ciudad. Ése era el estúpido grito de socorro. Aunque mi conducta no iba a ser al principio tan desesperada. Ayudándome de un coche robado y atreviéndome a pintar las paredes, lo prudente sería evitar las que estuvieran inmaculadas y añadir mi aportación a alguno de los muros llenos de inscripciones hasta que alguien llegara a fijarse. ¿Quién? ¿Para qué? No lo sabía, la ansiedad me impedía ir más allá en un primer objetivo.

Empecé por las afueras de la ciudad. En los pilares de los puentes de la autopista, en los muros de las fábricas, donde mi W iba a pasar desapercibida entre una nube de llamadas a la huelga; en calles solitarias, con las luces largas y el motor a ralentí, atemoriqué a propagandistas furtivos entregados hasta ese momento a encolar y pegar pasquines con la eficiencia que da la frecuentación del trabajo en cadena. Cuando aquellos tipos eran tan sólo puntos a lo lejos, perdido el miedo a lo clandestino, estampaba mi W sobre aquellos dibujos de capitalista con cara de cerdo como quien tacha o suscribe. Ellos decidirían. Esas veredas de farolas siniestras en un polígono industrial y la vía del tren, que nacían en cultivos abandonados y solían morir en cenagales o en un caos de chatarra, habitadas tan sólo por el aullido de los perros guardianes, fueron algunas noches mi dominio hasta que se me ocurrió una nueva idea. Aparcaba mi coche de cualquier modo a la puerta de una estación de cuarto orden. Cruzaba la sala de espera con luz de urinario, silbando y atento, como si fuese a buscar a alguien. Recorría el andén fingiendo inquietud, y poco a poco me iba situando en la penumbra del fondo hasta que el tren arribaba y yo desplegaba mi trazo caligráfico en el último vagón para que el convoy paseara aquella magnífica W por el mundo. A veces el jefe de estación me descubría y no me quedaba más remedio que correr, pero poco, porque me había dejado el coche en marcha y orientado para la fuga. Otras veces tenía que correr mucho más, porque aprovechando mi estancia en el andén, alguien se había atrevido a robar mi coche robado.

Enseguida cedió el hilo de sensatez del que me sujetaba. Calles y avenidas, establecimientos públicos, la fachada de mi propio banco, conocieron la W legendaria. Hasta estudié una maniobra en el aeropuerto para firmar un avión con mi W, y así superar a Pepito el Yeyé, dondequiera que estuviese, a sus W en los barcos que iban a Mallorca. Sin embargo, infiltrarse en el aeropuerto no era tarea fácil y además, uno de aquellos atardeceres, sorprendí dirigiéndose muy decidido hacia mí a un pasma de aspecto familiar. No tuve más remedio que abandonar el coche, reptar entre el resto de automóviles aparcados y acabar tomando, lleno de congoja, un taxi que me costó un pico. En una ocasión, y durante toda una semana, estuve entregado a mosquear al tipo de aire retro que había venido al archivo a decirme que bajara el

busto de Franco (Guillermo Ballesta era su nombre) tras sorprenderle en mi deambular entrando en un pub de la zona alta, Les Feuilles Mortes. En una pared junto a la puerta se quedó la W. La tarde siguiente, esa W había sido borrada; pero al hacer su entrada el individuo Ballesta, estaba de nuevo allí y mi extraño superior, porque nadie sabía muy bien cuál era su tarea en el banco, se mantuvo un instante mirando en todas direcciones con una perplejidad feroz. Enseguida un camarero se aprestó a devolver su blancura a la pared. El tercer día, la W en su sitio, aún fresca la pintura, Ballesta ya entró en el local caminando hacia atrás, y al poco salieron todos los empleados y dos dieras muy guapas a inspeccionar la calle. El cuarto día no fui, y al quinto le vi entrar despreocupado, pero en compañía de dos tipos de una catadura policial detonante para un experto. Al rato, la pareja salió y se apostó en el bar de enfrente. Nada más sentarse en su taburete, miraron su objetivo y no dieron crédito a sus ojos: la W. Cuando salieron del bar a toda prisa, yo, que también estaba ahí dentro, les acompañé y hasta miré en ambas direcciones como ellos para cambiar enseguida de vehículo y lanzarme a un frenesí cívico que dejase en todas las paredes de la ciudad lo que ya creía mi inicial.

Durante otra semana, el mosqueado fui yo, porque, una mañana, al salir de casa camino del trabajo, hallé frente a mi casa una W enorme y ondulante en la persiana de la tienda de ultramarinos. Y no era mía, claro. Mi estupidez tenía un límite. Aquella jornada en el archivo la pasé temblando. «El Watusi no ha muerto», pensé, y Pepito, cabrón, le ha dicho dónde vivo. Pero no, yo lo vi flotando. Ya está, es Pepito el Yeyé, que me ha descubierto, y está de broma. Sólo podía ser él. O cualquier otro, un bromista. Quise dar esa conclusión por buena, mientras seguía temblando al salir del trabajo y seguía temblando al volver a casa, al tomar la sopa, temblando aquella tarde en la que no dejé de mirar ni un segundo la tienda de ultramarinos y mi madre me preguntaba si no salía (le tenía dicho a la pobre que iba a la biblioteca «para no perder comba») y yo le contestaba que no me apetecía, mientras observaba cómo el hijo del dueño, bajo la mirada de un padre molesto y algo atemorizado, se dedicaba a eliminar la W que mi futuro asesino había trazado. Seguí en mi puesto de observación cuando todos se acostaron y mientras mi hermana recién nacida lloriqueaba por un instante, y durante un instante más largo la cabecera de la cama de Flora y Carmelo tableteó con energía. Recuperaban el tiempo perdido durante el lloroso embarazo y pude escuchar a mi madre susurrando: «Ya lo sé, cariño, pero es que al otro le estuve dando de mamar cinco años» y se puso a hablar de un reafirmante de senos milagroso hasta que se escucharon los ronquidos de Carmelo. Por fin, hacia las dos de la madrugada, pude ver al hijo del dueño de la tienda, el mismo que había borrado la W unas horas antes, andarse con sigilo hasta la persiana y trazar de nuevo la letra. Sólo tuve que salir a la calle al poco y firmar con la W auténtica (es un decir) para que el muchacho supiera con qué fuego estaba jugando y dejase de atemorizar a su padre.

Cumplida mi advertencia, tiré el aerosol a una papelera. Aquella actividad propiciaba el desasosiego. Mis correrías llegaron a su fin.

Pero no era el fin. A partir de ese momento, por toda la ciudad empezaron a proliferar W trazadas con una mano distinta a la mía. Ni una pared en toda la ciudad, el Lector puede recordarlo, se mantuvo libre de la inicial maldita. La moda se extendió y fue utilizada como secreta exigencia popular. Por ejemplo:

¡LIBERTAD! ¡AMNISTÍA! ¡W!

Y la W se convirtió en una fugaz y extraña reivindicación, una más de aquel año del setenta y seis, en el que seguí volviendo a casa cada noche, seguí viendo a Carmelo pintando marcos, atornillando lámparas, encajando enchufes, hurgando con moroso deleite en un bote lleno de cables. Y aquel año seguí besando a mi madre llorosa ante el televisor, mientras ella valoraba pesimista la sucesión de acontecimientos públicos, y le hice carantoñas a Gracia, mi hermana, de la que me separaban demasiados años y todo un acto de la vida de mi madre, embarazada otra vez, que en ese momento, un momento cualquiera de esas repeticiones insignificantes que se convierten en el sustento más cálido de la memoria, hace una pausa de su ansia televisiva, se seca las lágrimas de su propio frenesí cívico y me pregunta:

—¿Por qué estás tanto tiempo fuera de casa? ¿No ves cómo está todo?

Me encojo de hombros.

—¿No estarás celoso de la niña?

—¿Qué? Yo no tengo celos de nadie.

—Ya me lo parecía. Celoso como un pequinés. Si es que te he tenido muy mimado. Es que es eso.

Y me pongo a cenar y el tiempo irá borrando las W de aquel año setenta y seis o transformándolas en barrocas firmas multicolores que muchachos tan furtivos como yo irán desplegando con vocación artística, su gorra de visera, sus pantalones anchos y sus zapatillas aerodinámicas. Las pocas veces que salga de la ciudad en la que fingiré no estar, aún podré ver en las paredes de una caseta de peón caminero, en el muro caído de una taina, junto a la vacía propaganda de Ulloa Óptico, o Lea Tria, o Zaleski Modas, unas W que no sabré si he trazado yo, trazaron los demás, o una mano invisible ya las había trazado en un punto desconocido dentro de la madeja del tiempo. Ni ahora ni antes, con odio o esperanza.

Vista desde su lado patético, el único eje de esta historia es mi plomiza capacidad de reiteración. Por tanto, desde este disfraz de payaso, te repetiré, Lector, que por el sótano de mis tristezas laborales pululaba un hombre que poseía mayor mérito para ser llamado el fantasma del archivo. Aquel señor enorme y lento, vestido a la moda de hacía veinte años, con los mofletes caídos llenos de púas blancas y nariz de bebedor, reparó en mi persona cuando la convivencia diaria rondaba el año y pico. A lo largo del tiempo en que estuvo pasándome por alto, no cesó de gemir, de acusar a su familia por empacharle de Rohipnol, arrastrando los pies por el pasillo como si estuvieran sujetos a bolas de acero, tristeza arriba, aniquilación abajo, con sus ayes y sus porqués de voz eunuca disolviéndose en el tedio. A partir del hallazgo, cada día me miraba desde lejos como si acabara de descubrirme y enseguida se acercaba muy despacio para facilitarme dos informaciones muy precisas: «Está muy mal reírse de un viejo» y «*Corruptio optimi pessima est*». Que alguien me diga qué hacía yo con eso. En cuanto algún empleado bajaba a por algún papel o a desayunar, volvía a desaparecer entre las estanterías, no sin advertirme: «No lo olvide, joven: “*Corruptio optimi pessima est*”».

«*Corruptio optimi pessima est*». La corrupción de lo mejor es lo peor. Muy didáctico, dirá el Lector, útil sin duda para lo que ha de venir a continuación, una moraleja anticipada. Pues no: ni pensaba en la moral del Lector (se la supongo por lo bien que paga) ni en la expiación de mis pecados (imperdonables). Sólo evocaba una mera escena. Aquel latinajo que entonces no entendía adornaba mis temores como campanadas fúnebres durante mañanas que de áridas pasaron a ser terribles. Si he mencionado a ese pobre hombre antes que mi pánico ha sido por impericia narrativa. Aquel viejo a quien ahora no vería tan viejo pensaba en sí mismo en voz alta con lo que le quedaba de cerebro y aliento, mientras a mí no dejaba de inquietarme un rumor que voces nada inocentes habían hecho llegar a mis oídos: «Se sabe que un botones ha cometido una falta muy grave». Y en mi mente sólo había un sospechoso, un candidato al despido: yo mismo. Las W que en mis safaris callejeros habían hecho desesperar al tal Guillermo Ballesta movilizaban un sutil entramado policial y una mañana cualquiera vendrían a esposarme, mi madre lloraría y una vida estéril quedaría rota por una chiquillada. La espera, siguiendo con mi paranoia, tenía como función ponerme muy nervioso y hacer que confesara de inmediato cuando Guillermo Ballesta y un regimiento de policías viniesen en mi busca.

Sólo vino Guillermo Ballesta. Y cantando. La banal melodía «Habla, pueblo, habla» le precedió como el ensayo de una ejecución.

Por aquellos días se había celebrado en toda España un referéndum para votar por primera vez en libertad, según se nos contaba. Siempre en armonía con ese tiempo

loco, pero en contradicción rotunda con mis semejantes, si hubiera tenido edad de votar, me habría abstenido como más adelante he hecho siempre. La culpa era de «Habla, pueblo, habla»: una extraña cancioncilla promocional que durante aquellas mañanas de diciembre solían interpretar en soledad los visitantes del archivo, y durante el resto del día silbaban y tarareaban los conductores de autobuses, el lechero, el cartero y el guardia, mamá frente a la tele, la misma tele cada cinco minutos y Carmelo y sus chapuzas en coro desafinado en cuanto la tele se lo ordenaba. A mí esa música no me sonaba a libertad de voto, sino a delación: alguien me había visto pintando la W en la fachada del banco, en el pub que frecuentaba Ballesta, en cualquiera de los mil sitios en que la estampé y se había chivado. «Habla, pueblo, habla». Todos me habían visto. Todos iban a hablar. Todos disimulaban, tarareaban, se burlaban. De ahí mi aversión a las urnas por aquel entonces. Más adelante, mis motivos fueron otros.

Ballesta apareció en la puerta del archivo con el mismo traje Gatsby de la primera vez. Mi súbito temblor pasó por alto ese descuido. Desde la distancia del kilométrico pasillo, dejó de cantar, extendió un brazo, hizo asomar su dedo índice y se señaló en un reiterado movimiento semicircular que sin duda escondía el insano propósito de que me acercara hasta él. Pensé que podía fingir no verle, tantos eran los metros que nos separaban. Decidí que no todo el mundo tenía por qué entender ese imperativo signo de aproximación.

—¿Eres burro? —me preguntó cuando lo tenía delante. Las evasivas meditaciones y las lágrimas que empañaban mis ojos, habían impedido percibir que se acercaba.

—No —contesté.

—Eso dicen todos los burros. Pregunta por ahí y verás. ¿Sabes conducir?

—Sí... —«Han visto a alguien con un coche. Saben que el de las W lleva coche».

—A ver, levántate. ¿Tienes una ropa menos... arlequinada?

—No sé.

¿Qué tendría que ver la ropa? Aquellas chillonas oportunidades me habían acompañado en todas mis aventuras. Y, en cualquier caso, era su mejor prueba: nadie en la toda la ciudad vestía como yo hasta que en verano llegaba de los países del Norte lo mejor de cada casa.

—Está bien. Vuelvo al principio. ¿Eres burro?

—Quiero decir que a mí esta ropa no me parece mal. —«Demasiado atrevido para un sospechoso», pensé, y añadí—: Ni bien.

—Ni bien ni mal, ni sí ni no. Lo que yo decida, ¿verdad? Y además sabes conducir.

¿Qué ocurría? ¿Tenía que conducir yo mismo el coche que me llevara al calabozo? ¿Y la ropa? ¿Tenía que confesar de esmoquin? Aquel hombre, más

elegante que yo sin duda, pero cruel, me seguía mirando de arriba abajo.

—Conduces y tienes aptitudes para la servidumbre. Y lo de la ropa da lo mismo, porque nadie te va a ver. Y si te ven, cuando vean lo otro, igual piensan que es una broma, pero a mí me parece que no. ¿Llevas el permiso encima? ¿Sí? Anda, ven.

Fue entonces, mientras perseguía el buen paso de Ballesta sin entender nada, cuando el fantasma del archivo empezó a gritar «¡*Corruptio optimi pessima est!*», según íbamos alejándonos de aquel recinto que no vería nunca más: «¡*Corruptio optimi pessima est! ¡Corruptio optimi pessima est!*». Volví la cabeza y los huesos de aquellos brazos levantados ya fosforecían.

—Tiene razón el viejo marica. *Corruptio optimi pessima est*. La corrupción de lo mejor es lo peor. Bueno, es marica, pero él no quiere saberlo. Con lo cual se demuestra una vez más la sentencia latina —subiendo las escaleras como un atleta, Ballesta me guiñó un ojo—: El viejo había sido seminarista y ya entonces le pillaron con niños, traviesote. Eso fue antes de estar a punto de ser vicepresidente con Del Escudo y de la Lanza, y de no ser nada cuando el tonto de Del Escudo hizo el ridículo con el ca-bailo. Digamos que se cayó del caballo con su jefe. Y a algunos les entran escrúpulos de conciencia precisamente cuando dejan de ser alguien. ¿No te parece demasiada casualidad? ¿Te ha tocado? Esas aficiones y otras parecidas no se pierden nunca. Que se lo cuenten a quien yo me sé. ¿Ves la desgracia de no aceptarte como eres? Si eres un hijo puta, eres un hijo puta. Si eres tonto, pues lo eres y te apañas para ser constante. Y si eres maricón, eres maricón. No sé por qué se empeñan en casarse, ser normales y desesperar. Tendrías que haberle llamado maricón. Cada vez que se lo llamas, le cuesta diez mil de psiquiatra. Parece que te vaya a dar un infarto. Tendríamos que haber subido por el montacargas.

Cruzamos el silencioso vestíbulo y, mientras avanzábamos entre las dignas columnas, por primera vez pude comprobar el modo extraño en que todo el mundo miraba a Ballesta. Mis informadores del archivo ni siquiera habían especulado o inventado una anécdota para ese personaje, lo que hacía más misterioso nuestro trayecto y más incierto mi futuro. Se sabía que don Tomás del Yelmo tenía un grupo de ejecutivos de confianza, El baile de los malditos, pero Ballesta no era uno de ellos. Se sabía también que la señora Conchi, La Pajarraco, su secretaria durante veinte años, daría todas sus perlas por don Tomás, y nunca se debía pronunciar una sola palabra ni en contra ni a favor del líder estando ella presente: iba a ser mal interpretada sin fisuras. Pero de El Varón Dandy no se sabía nada. Sólo que llevaba un par de años en el banco y un presagio funesto lo acompañaba como una sombra. Quizá yo sabía más que nadie: frecuentaba Les Feuilles Mortes, un pub de policías y tías buenas. Pero ese dato podía costarme muy caro.

—Ven, vamos al aparcamiento —me dijo la misteriosa figura una vez en la calle, y tuve más miedo aún—. La verdad es que nadie se acordaba de ti. Fue uno de

personal el que dijo «Pero ¿no habían entrado tres?». Se refería a los botones. Te has enterado, ¿no? A lo mejor no te has enterado, porque no se ha enterado nadie. Pero como el archivo es peor que el KGB, ¿verdad?, pues igual te ha llegado alguna mentira. Nunca te creas nada de lo que digan esos chupatintas. A los botones los van a echar. El despido se hará efectivo el uno de enero: la bondad de don Tomás del Yelmo, nuestro director general, y su caridad para con esos chicos, tan espabilados que parecían. *Corruptio optimi pessima est* —Ballesta se detuvo en la entrada del aparcamiento para reírse a gusto de su propio chiste—: Y el caso es que con la de idiotas que hay aquí eso les podría haber durado toda la vida. Casos peores se han visto. ¿Sabes quién les descubrió? Yo mismo, sí, señor.

Ballesta me miró con la clara intención de darme a entender que jamás en la vida se me pasara por la cabeza intentar engañarle. Luego miró al anciano guardacoches, que salió apresuradamente de su garita acristalada y se cuadró llevándose la mano a la sien:

—¡Sin gorra no se saluda, bulto! —Ése era el respeto que Ballesta profesaba a la tercera edad—: ¿Dónde lo has puesto? ¿Y no podía estar más lejos? —Enseguida iniciamos el descenso hasta el último sótano—. Había un descuadre en moneda extranjera durante todo el año. Daban vueltas al asunto y no encontraban nada. Y los de moneda extranjera tampoco decían nada, claro. Como aquí va todo como va, el balance de esa sección hubiera pasado por jefes y subdirectores varios sin que nadie se diera cuenta de nada. Pero don Tomás, siempre tan meticuloso, vio algo raro. Me pasa el balance de moneda extranjera y me pregunta: «¿Ves lo que estoy viendo?». Y yo, que no tengo ni idea de contabilidad, pero no soy idiota, le contesto: «No hay nada en la columna de billetes falsos. Vamos, muy poco. Para quedar bien». Los billetes falsos tienen que contabilizarse, y si ni un Buenos Aires de cabrones argentinos ha intentado pasar dólares falsos en todo un año en un banco de medio pelo como éste, yo soy gilipollas. Total, que alguien se queda con los billetes falsos. Ésa es la deducción. Bajo a preguntar. Que dirección general se dé cuenta de eso les trae locos. Su jefe, el muy necio, no había notado que nadie pasase billetes falsos. «Pues claro que pasan», dice uno. O sea, que pasan, se detectan, pero no se contabilizan. ¿Y quién lleva los billetes falsos del cajero al contable? ¿Lo sabes?

—Yo he estado en el archivo sin salir de allí y sin enterarme de nada.

—No sé si te excusas o te esfuerzas por convencerme de una vez que eres tonto. Pues los billetes falsos los lleva el botones. ¿Qué botones? Pues uno de los dos botones, cualquiera de los dos, porque tú no cuentas, ya que nadie se acordaba de ti. Así que llamo a uno de los dos botones y le digo: «Mira, tenemos pruebas suficientes y no te va a servir de nada negarlo. Lo mejor será que me digas lo que sabes». El chaval se pone a llorar, pero no dice nada. Le aprieto, chillo un poco. «Sabes por qué estás aquí, ¿verdad?». ¿Y qué crees tú que me contesta?

—Si digo algo va a seguir pensando que soy tonto.

—Pues me contesta, así, sollozando: «Estoy aquí por lo de las recetas». ¡Por lo de las recetas! Y le pregunto, sin tener ni idea: «¿Para qué las querías?». Y me contesta: «Para nada. Sólo las quería para comprarme cosas, pastillas y eso». Pastillas y eso, muy bien. Así que le vuelvo a preguntar: «¿El otro está implicado?». Y como el buen soldado ante un mando enemigo, levanta la cabeza todo chulería y dice: «Sí». El tío no se lo pensó dos veces. Hay muy pocos que se lo piensen dos veces, y que se lo piensen tres ninguno. Así que incomunico al botones, hago llamar al otro. Podría haber hecho un careo en plan «Tu compañero nos lo ha contado todo y te acusa a ti, etc.», pero yo tengo estilo. Además soy un poco sádico y si digo eso me pierdo la parte del derrumbe, que es la mejor. Total, que le vuelvo a preguntar que si sabe por qué está ahí. Y me contesta que supone que está ahí por lo de los cheques de gasolina. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Pero lo entiendes todo? ¡Habían montado un imperio! ¡Eran pequeños alcapones! Traficaban con drogas, con dólares falsos y con cheques de gasolina. Durante todo un año. Y nadie se había dado cuenta: ni el servicio médico, ni división internacional, ni efectos, ni nadie. Total, que se acerca Navidad, estamos desesperados y los que tienen chófer no quieren soltarlo. Dicen que esto nuestro no es oficial. ¡Qué cinismo! Que no es oficial. Como descubrir a los dos botones, que tampoco debe serlo. La medalla que se habrá puesto alguno de inspección, en vez de irse al paro. Bueno, que estamos desesperados hasta que a uno se le ocurre decir: «Pero ¿no entraron tres botones?». Les preguntamos a los otros dos botones si tú también estabas implicado y, o tampoco se acordaban de ti, o no dijeron nada, porque se pensaban que era una trampa y debe de haber alguno más que no sea botones haciéndose de oro por ahí. En fin, chico, hasta hace nada eras un desconocido. Te hubieras podido quedar en tu casa y venir sólo a cobrar.

Ballesta se detuvo ante la octava maravilla del mundo.

—¿Qué te parece?

—Un Mercedes 450 SEL Seis punto nueve. Coge los doscientos como nada —dije, e iba a añadir: «Pero no he conducido ninguno de éstos, porque yo, que también soy un pequeño alcapone, me agencio uno así y no duro con él dos manzanas». Pero no dije nada, porque tenía la boca abierta.

—Vaya, un experto. Como se te ocurra pasar de cincuenta, te vas a la puta calle. —Abrió el maletero, cogió dos carteras, cerró y me lanzó las llaves—: ¿Conoces la ciudad? Pues pon el casete, la calefacción, y a marcha señorial. Que tenemos trabajo, pero ninguna prisa.

No sólo era la primera vez que conducía un Mercedes, sino que además estrenaba coche. Había alguien en el mundo que estrenaba los Mercedes. El aire olía a nuevo y



caro, como el despacho de don Tomás del Yelmo, como su colonia de jara y azahar, como las siluetas que alguna vez había atisbado en ventanales más allá de setos inexpugnables durante mis incursiones en barrios de lujo, como aquellas vestales que salían con bolsas sin peso de una boutique y se detenían en la puerta lo preciso, un segundo, menos de un segundo, una décima fabulosa, para que toda una calle se detuviera a admirarlas y ellas fingir, tomando un taxi, que no se daban cuenta de nada. Aquel coche olía, para qué negarlo, a futuro. A Día de Mañana.

Ascendí las rampas revestido de unos modos impecables que, puedo jurarlo, me transmitía el volante. Durante la ascensión, me había detenido a considerar algunos porqués. ¿En verdad tenía tanta suerte? ¿Mis culpas permanecían impunes y me estaba aprovechando de las culpas de los otros? Todo indicaba que sí, pero en mi fuero interno, el duende canalla de mi inseguridad me incitaba a creer que nunca lo sabría.

En la calle, cedí el paso, me asomé a la avenida, miré a una rubia que me entregó la curiosidad de sus ojos azules hasta que descubrió a Ballesta en el asiento de atrás, y, excitada, batió unas larguísimas pestañas para nadie. No me importó mucho.

—Ve tirando para arriba. Aún no he hecho el itinerario. ¿Cómo te llamas?

—Fernando Atienza Picazo.

—Para servir a Dios y a usted —se burló Ballesta—: Te he dicho que pongas música.

Empujé la cinta, sonaron los violines, Ballesta me dio una dirección y empezó nuestro enigmático recorrido. Por el retrovisor acechaba los manejos de Ballesta en el asiento de atrás: ordenaba pequeños paquetes de los que asomaba la punta de una tarjeta y hacía cruces en una lista. A veces, tras una mueca de repugnancia, tachaba algo y movía la cabeza en un gesto que despeñaba a alguien por los barrancos de la incompetencia, y fruncía los labios en un rictus que le asentaba en su facultad de indispensable; entonces el bigote se adelantaba y atrasaba y la gaviota parecía echar a volar. Que entonara de vez en cuando «Navidad, Navidad, dulce Navidad», me hacía deducir que estábamos repartiendo regalos. Que en la cinta que había puesto sonara una y otra vez la misma canción lenta, cavernosa y en francés, me demostraba que El Varón Dandy estaba loco de remate.

—¡Es la misma canción! —dije, con tono de sorprendido entusiasmo, por si acaso.

—¿No me digas? Es la misma canción, son los mismos regalos para la misma gente y los repartimos los mismos cretinos. ¿Algún comentario más?

No hubo comentarios. Nos íbamos deteniendo en bloques de lujo, en mansiones, en modernos edificios y en redacciones de periódico normalitas. Ballesta repetía siempre la misma operación: tachaba un nombre de la lista, se la guardaba en el bolsillo y salía. Entretanto, yo dudaba entre apagar la música con la canción repetida,

o exponerme a una reprimenda del voluble Ballesta, que cuando volvía de entregar el misterioso obsequio siempre tenía en los labios un elogio para el recién visitado:

—Mamonazo. —Ése era frecuente.

—Si tu padre te viera ahora, niñoato... —Abundaba también en esa expresión.

—No sé cómo hay gente que aguanta la cara. Si eres un hijo de puta, eres un hijo de puta. Si eres tonto, te apañas. Y si te has vendido, pones el cazo y chitón, que como vuelvas a hacerte el digno no voy a parar hasta que te envíen a cavar viñas. A que reconsideres las virtudes campesinas, como te gustaba decir cuando eras maoísta. —Esa reflexión cerró alguna de nuestras visitas a redacciones de periódicos y publicaciones semanales.

Al día siguiente parecía de mejor humor. Yo no lo estaba: el mantener todos mis sentidos alerta ante la ferocidad de aquel hombre y del tráfico, que se intensificaba con la llegada de la Navidad, me comía los nervios.

—Estás de morros, Fernando. Te lo noto. Te voy a alegrar la vida, venga. Fíjate. Esta lista tiene algo de chiste —Ballesta agitaba un papel en mi nuca—: No, de chiste, no. ¿Por qué de chiste? La lista tiene gracia, pero es una gracia lírica. Ligereza. Esto es un poema.

Me recitó unos nombres, unos apellidos, unos cargos. Correspondían a miembros de consejos de administración, a abogados, a industriales, a grandes cuentas del banco, a cónsules, a periodistas, a miembros de la Cámara de Comercio, de la Bolsa y de consorcios varios. Eran los nombres que leía entre suspiros durante mis horas muertas del archivo, y coincidía en que guardaban un halo poético. Sin embargo, la salvaje desmitificación a la que me tenían sometido los monologadores del archivo iba marchitando la rosa. No era el caso de Ballesta, que sonreía.

—Son ricos —opiné, sin temor a equivocarme.

—Sí, son ricos. —Por una vez, no hubo sarcasmos, seguía mirando extasiado su papel—: Pero ése es el fondo del poema. No su forma. Se te han escapado, la relación entre las palabras, el ritmo, la rima. Todo eso hace la forma. Y la forma nos dice más del fondo que el fondo. Mira. Estoy improvisando:

Hay unos Guinjoan  
contestatarios  
con dos hijos marxistas:  
el uno, profesor represaliado  
y el pequeño funcionario.  
El padre es cirujano,  
y la madre  
le llora a su hermana  
Inés Bofarull  
casada con el campeón  
de los consejos de administración:  
agua, gas, construcción,  
y siete hijos vinculados  
a los Guarch, del papel,

los Pi, del textil, los Arista, muy fascistas,  
que de recoger en Utiel coles  
llegaron a ser socios  
de los yernos de Porcioles  
(el corruptible alcalde  
que nunca trabajó en balde).  
Más bofarulles.  
La casada con un Trias de Massanes  
que firmó manifiestos contra Franco  
y tiene un hermano arquitecto  
que se lo lleva muerto.  
Edificó la costa entera  
y se asoció con los Fabra,  
los Díaz-Formentera  
y los Cabeza de Cabra  
duros patriotas que follaban  
con murcianas  
que eran fieras en la cama.  
Pero eso son excepciones  
los sensatos pernoctaban  
con las Manlleu (motores)  
y las Sinfreu (otros sectores)  
y con marqueses nativos  
como los Giralt de Abreu  
los Solans de Malavella  
y los Güell de Solivella.  
De putas se iban los viernes  
con sus primos Guinjoan  
(los del principio)  
que no eran tan clandestinos  
hace unos años.  
El profesor y el funcionario  
iban a puestas de largo  
meditaban en el Valor de Cambio  
la Mala Conciencia  
y lo que rentan  
las herencias  
de Guinjoanes, Bofarulles  
Aristas, Díaz-Formentera  
y Trias de Massanes.

—Pues cuando tienen boda, hay que cerrar el garito —opiné, muy en mi papel de chófer castizo.

Escuché la risa de Ballesta a mi espalda.

—Tienes un humor característico, pero eficaz. A lo mejor no vas a ser tan tonto. Ve parando por ahí.

En el lugar que me indicaba no había edificación alguna. A lo mejor mi «humor característico» no era tan gracioso, y en cuanto detuviera el coche Ballesta iba a lazarme el cuello con un cable hasta la asfixia.

—¿Que pare ahí?

—Sí. Y espera.

Comprendí el motivo de la parada cuando, en la acera de enfrente, dos o tres bloques más allá, un grupo que no pertenecía a aquel hábitat acomodado, enarbolando pancartas y vociferando lemas, se agolpaba frente a un conserje colérico. El energúmeno uniformado dividía atención y esfuerzo entre detener el empuje obrero y que le devolvieran su gorra.

—Apéate y mira qué pone en las pancartas —me ordenó Ballesta.

Bajé la calle, sostuve con un encogimiento de hombros la mirada de uno de aquellos fornidos voceadores («Manlleu, macarra, danos la paga») que estaban a punto de saltar la cerca de madera, colarse entre los cipreses, romper los farolillos sobre pedestales de mármol, avances simultáneos que el traidor de su clase, aquel lacayo impotente al que se le agitaban la nuez y los flecos dorados de los galones, ya no podía evitar.

—Que han llamado a la policía —argumentaba, lloroso, el conserje—: Que van a venir. No, las paredes no. No las pintéis.

—«Manlleu, afora, o a tu hija se la desflora» —gritaban. «Motos Bultesa en lucha», escribían en las paredes con la impunidad que otorga el tumulto. Antes de que llegase de nuevo al Mercedes, la horda ya había tomado el vestíbulo.

—Motos Bultesa —informé—: Manlleu.

—Ah, bueno, nada que ver. Toma... —Ballesta me dio uno de los paquetes—: Ve al sobreático, pregunta por el señor Jordi y le das esto. Pero a él en persona. Así vas aprendiendo.

«Vaya cobarde», iba pensando mientras me alejaba.

—Oye... —Ballesta asomó la cabeza rasurada al uno por la ventanilla—: Acuérdate de decirle que es un Rolex. No se vaya a pensar que es una muestra de algo y lo tire. Y que es de parte del Banco Ciudadano por su confianza de años en nuestra línea de grandes cuentas.

El conserje no me vio coger el ascensor ocupado como estaba en evitar sin éxito que un par de proletarios saquearan unas cestas de Navidad tras el mostrador. «¡Por favor, por favor! ¡Que a mí también me echan!», exclamaba, mientras yo ascendía al sobreático.

En cuanto abrí la puerta del ascensor, quise cerrarla enseguida, pero uno de los obreros me sacó de allí, me levantó por el cuello de la camisa sin esfuerzo y me preguntó: «¿Tú de quién eres?».

—Nadie, nadie... —y era verdad—: El botones del Banco Ciudadano, el botones, el botones.

Rezaba porque el bestia aquel conociera el significado de mi humilde condición.

—¡Hey, uno del banco! —Llevándome del pescuezo como a un gato, el gigante se abrió paso entre sus compañeros y me llevó hasta la puerta en la que un señor con batín, ojeroso y bastante enfadado, con otro señor de traje y corbata parapetado tras

su cuerpo, discutía con un veterano fumador de tabaco negro de aire zorruno.

—Nada, nada, nada... —estaba diciendo el del batín—. Ahora está todo en manos de la administración. —Y se dirigía al de traje—: Venga, dígaselo, ¿qué hace ahí detrás?, ¿no es usted mi abogado? Defiéndame.

—Soy su abogado... no su guardaespaldas. —El de traje estaba muy asustado.

—Pues hasta que esto no se arregle, aquí no cobra nadie. Y usted —el de batín volvió a dirigirse al veterano portavoz de los trabajadores—, ¿no les han explicado lo de la suspensión de pagos? El nombre ya lo dice todo. No se paga. Yo estoy arruinado. Cero. Peor que ustedes. ¡Y también es Navidad en mi familia, qué caray! ¡Y no me tire el humo a la cara!

—Ya. ¿Y quién se ha llevado las máquinas esta noche? Le habrán dado un pico por ellas. —El portavoz, soltando una bocanada hacia la cara del patrón, ante un coro que decía «Eso, eso...».

—¿Y ustedes cómo lo saben? ¿No habrán entrado en una propiedad privada? Eso es un delito. Y muy grave. ¿Y usted, jovencito?

«El del banco, el del banco», entonó el coro.

—¿El señor Jordi? —pregunté, exhibiendo el paquete.

El señor Jordi Manlleu miró a su abogado, que se apresuró a coger el paquete y a darme las gracias. Sin embargo, el titán que me sujetaba se le adelantó.

—¿Qué es eso? —dijo un obrero.

—La paga —dijo otro.

—Qué va a ser... —añadió un pesimista.

—Como alguien abra el paquete, delito. Como alguien se lo quede, delito —amenazó el abogado, aunque en voz muy baja—: Como no me lo den ahora mismo, delito.

Yo me sentía muy cansado y quise precipitar el final. Reuní toda mi candidez y entoné como una letanía:

—Es un Rolex en agradecimiento a su confianza de años en nuestra línea de grandes cuentas.

Todo estalló en pedazos. Antes de sobrevolar la masa obrera, pude observar cómo la mano del señor Manlleu salía como una culebra del bolsillo del batín, arrebatava el paquete al gorila que me mantenía en vilo, empujaba al abogado hacia el interior de la vivienda y cerraba de un portazo estruendoso. Todos pateaban, ascendían los grises, todos aullaban. Fue entonces cuando volé, cerré los ojos, grité:

—¡Soy el botones! ¡Soy el botones!

Me zarandearon, me pisaron, me golpearon, me interrogaron en medio del tumulto:

—¡Soy el botones! ¡Soy el botones!

Cuando el sofoco empezó a aliviarse, dejé de tantear escalones, abrí los ojos y dos

criadas comunicándose en silencio de puerta de servicio a puerta de servicio sacudían una mano y bizqueaban a propósito. Aceleré.

—¡Soy el botones! ¡Soy el botones! —advertí sin detenerme a los policías que aguardaban ante las furgonetas en la puerta de la finca, en cuanto mi suerte me devolvió a la helada mañana.

Las carcajadas de Ballesta me sentaron muy mal.

—Anda, arréglate un poco que parece que te hayan sacado de una lavadora —dijo, y luego reflexionó—: Mira a Manlleu. Mira para qué sirve tener tantos cuñados, tíos y primos. A la hora de la verdad, te dejan solo ante los lobos. Aunque dentro de nada, Manlleu se asociará con uno de sus acreedores y montará otra fábrica con cuatro pelanas mal pagados, mientras esos infelices se tiran al coñac de garrafa y le pegan a la mujer.

—Me pareció que no le hacía falta mucha ayuda al Manlleu ese —dije, y ensayé el sarcasmo—: Tendría que haberlo visto con sus propios ojos.

Ballesta volvió a reír.

—En peores fregados me he metido, tenlo por seguro. Y he salido sin quejarme.

—¿Eso dónde? —A mí me iba a contar ese pijo de fregados.

—Donde no te importa —se acabaron las risas—: Mira, será mejor que no te quejes mucho, porque para los repartos de mañana te tenía reservado un premio y a lo mejor ahora te quedas sin él.

El premio que me tenía reservado Ballesta era digno del jovencito que comparte las deshonestas aficiones del chimpancé digiriendo la banana a la tibia sombra del baobab. No sólo estaba bien, sino que empujaba a la meditación; otra actividad que se oculta tras la languidez del muchacho. Y yo meditaba mucho al cruzar un patio de butacas vacío, una de aquellas mañanas frías y pasmosas, en dirección al escenario desnudo, pero iluminado, entre músicos ancianos que afinaban instrumentos, en busca de voces femeninas que parecían surgir del cielo. Meditaba en el rumor, en el chisme, esa máquina que mueve el mundo y transmite una y otra vez el mismo mensaje: «Siempre ganan los malos». La herramienta aniquiladora de los fuertes que utilizan el comentario casual entre hoyo y hoyo del campo de golf para acercarse el tocón de mentiras sobre el que apoyar la cabeza de sus competidores (o de todo un pueblo) antes de la caída del hacha; o la inmunda tabla de salvación de los débiles, que necesitan inventarse un poder que nunca tendrán, una falsa situación de privilegio, otra historia con la que jugar y les mantenga vivos y alerta en su partida inventada contra el mundo. Pasillos y bilis, patio de vecinas y paranoia. Rumores como anguilas asfixiándose en un vivero superpoblado hasta que revienta la pared de contención en las malas épocas. A mí me había llegado toda clase de rumores sobre don Tomás del Yelmo desde las bocas masticadoras de aquellos pelanas del archivo que no querían o podían pagarse el desayuno en cualquier bar, y sólo encontraban consuelo a la altura social alcanzada por los demás difundiendo cualquier barbaridad y alegando en los otros un nacimiento privilegiado, un historial de traiciones, un vicio repelente, una adulación compulsiva, crueldad, amaño, trampa, ha hecho trampa, señorita. Pero todos aquellos comedores de mortadela no tenían suficiente imaginación para armar una historia como la que yo empezaba a deducir y cuya premisa básica había sido el ir y venir de los días anteriores; y la segunda, la lectura de las tarjetas en el pequeño paquete azul tendido por Ballesta. La primera tarjeta (personal) era la de don Tomás del Yelmo, la otra rezaba «Henri Beyle-Bijoux» y citaba una dirección de «Genève-Suisse».

Y aquella meditación me llevaba a otra que multiplicaba el premio, o lo convertía en una condena: si me daban confianza para hacer lo que estaba a punto de hacer, y lo que seguiría haciendo, porque había más paquetes en el coche, eso quería decir que, o bien estaba dentro de un extraño círculo, o bien estaba fuera del todo. Aunque quizá les daba igual lo que dijese la gente. No todo el mundo lleva con tanta inquietud el peso de una torre vigía sobre los hombros como el hijo de una portera.

Llegué a un pasillo oculto tras una cortina roja y pregunté por Iris Carroll a una señora rechoncha con el pelo blanco y una bata azul. En ese momento, todo brillo, con un copete de plumas doradas, pasaron ante mí, dando saltitos sobre sus tacones,

tan desnudas como el escenario hacia el que trotaban como gacelas, una zarabanda de coristas que se quejaban del frío, y aun así reían y se excitaban.

—Éste pregunta por Iris —dijo la anciana de la bata azul señalándome, para atraer la atención de las coristas rezagadas—: ¿Quién eres? ¿Su nieto?

Unas risitas se fueron alejando. Empezaron a sonar los saxofones. Se escucharon las palmadas y la voz de un director de escena.

—No, no... —Y como veía que la señora seguía riendo sin contestar a mi pregunta, me atreví a aclarar una duda. Era ese nombre: Iris Carroll.

—Oiga, ¿sabe si habla español?

—Huy, muy bien. Anda, ve, que se está cambiando, y le gusta mucho que entren cuando se cambia. Es la segunda puerta.

Llamé a la segunda puerta y nadie contestó. Fuera, alguien cantaba «Agradecidas, emocionadas, solamente podemos decir, gracias por venir», con la afinación de internas borrachas en la fiesta de fin de curso. Volví a llamar y una voz capaz de pronunciar muchas palabras en muy poco tiempo indagó en mis orígenes, para profanar la memoria de mis difuntos en una ocasión, y en otra para denunciar la ocupación de mi madre en el más antiguo de los oficios. Y hablando de mi madre, en verdad Iris Carroll dominaba muy bien el idioma; su aproximación al acento extremeño al enunciar el nombre de un molusco bivalvo y la precariedad de su higiene, me hizo evocar el que mi madre exhibía en la intimidad durante los tiempos más arduos del chabolismo. Y como el acento de mi madre, el de Iris cambió en cuanto su imponente presencia apareció en la puerta, vestida para la apoteosis, sólo un poco más baja que su figura de tres metros troquelada en el exterior señalando el título: «¡Viva el Paralelo!». Le extendí el paquete, leyó las tarjetas moviendo los labios de un rojo encendido y, emocionada, agradeció entusiasta, agradeció educada, agradeció nada más. Ante el incómodo, rotundo, hieratismo del mensajero, regaló una foto con dedicatoria, besó en una mejilla y cerró la puerta. Tardé en moverme.

De vuelta al Mercedes, Ballesta, concentrado en la lectura de un libro en francés (*Malgré le blasphème*, si el Lector es curioso), me ordenó con severidad y sin mirarme que me secase la baba, me limpiase la mejilla de carmín. Cuando me dio una nueva dirección, caí en la cuenta de lo humillante que hubiera sido la entrega para él. Lo mío no era un premio, era un recurso.

Durante aquella mañana y la siguiente, que ya era Nochebuena, conocí una magnífica antología de seres vivos que saben extender la mano. Entre ellos, una señora de bastante posición y vistosa apariencia a la que se le iluminó el rostro cuando oyó el nombre «Tomás» y el suyo «Ana» para apagarse cuando el apellido «Canals» no coincidió con el de ella, sino con el de su hija. La señora desapareció de mi vista. Pude percibir el silencio tensándose en algún punto de aquel ático como si alguien estuviese tirando de la goma de los celos; finalmente, una chica de mi edad y



aire pizpireto, apareció ante mí, cogió el paquete sin mirarme a los ojos y cerró de un portazo. «Es el año de las transfusiones masivas de juventud», había sido uno de los pocos comentarios de Ballesta en uno de mis regresos al Mercedes, junto con «Es un viejo imbécil que no tiene derecho a comportarse como un niño imbécil». A Ballesta no parecía importarle que yo pudiera oír según qué cosas; la verdad, ni siquiera prestaba atención al sórdido reparto a veinteañeras que parecían sofocarse cuando mi mano les alcanzaba el paquete, y se excusaban, algunas, de lo que parecía un pago enmascarado a sus favores. Ni siquiera una cayó en la cuenta de que sería aceptada una propina, mientras cerraban lentamente la puerta con un pie y abrían el paquete con todas sus manos, pensando en cualquier pretexto que les alejara de la verdad, o tasando su precio en el mercado de fulanas. Rubias, morenas, altas y casi enanas, piel blanquísima llena de pecas, o lisa, o mulata. Don Tomás no tenía más tipo de mujer que el de la joven. Los tres últimos regalos fueron especiales; la segunda tarjeta fue sustituida y la joyería de Ginebra cedió el paso a Automóviles Mirana, comercio de lujo con sede en nuestra ciudad. El primero correspondía a la empleada de una revista de modas, que al oír el nombre de don Tomás, y al darse cuenta de que su mención había atraído las miradas de sus compañeros, ojos alzados de fotografías y catálogos, alegó la posibilidad de un error. Le dije que abriera el paquete. Eso era lo que Ballesta me había recomendado decir si alguna mostraba un asomo de rechazo. La redactora desenvolvió una cajita y de ella rescató al caballo rampante de Ferrari y una llave. Podía sentir en mi espalda los puñales correspondientes a la chica. «Ya lo aclararé con él», entonó la periodista con sus mejores modales y una sonrisa turbada. El piso de la segunda entrega fue abierto por un hombre aún joven, pero con la barba de varios días llena de canas, un whisky en la mano y una sonrisa cáustica respondiendo al parecer a mi atuendo y a unas maneras que yo hasta ese momento creía versallescas. No sabía qué hacer y, antes de pronunciar nombre alguno, empecé a batirme en retirada con todas mis disculpas. Fue entonces cuando el hombre, los faldones de la camisa por fuera, pareció rescatar una intuición del fondo de su cerebro algodonoso, la sonrisa desapareció de su cara y una mueca violenta de su boca me dijo: «¿Es algo del cabrón del banco?». Dije que no, que todo parecía indicar que me había equivocado, no sólo de piso, o de portal, sino de calle, de momento, de oficio. «Dile que es un cabrón, ¿me oyes?».

Le oí y transmití el mensaje a Ballesta. Ballesta me ordenó que volviera a subir y le diera el regalo al hombre. Dudé, y Ballesta, sin apartar los ojos del nuevo libro que estaba leyendo (*Le bleu du ciel*), me liquidó con la vista antes de decir: «Si las cosas se ponen magras, le dices, mirándole a los ojos, que no fue tan escrupuloso cuando su mujer se vistió de puta para discutir la ejecución de una hipoteca. ¿Qué haces ahí parado? Te conviene subir y arriesgarte». Subí. Llamé. El hombre abrió hecho una furia. Cogió el paquete, mientras decía «¿Sabes lo que voy a hacer con esto?». Pensé

en decir lo de su mujer y la hipoteca, pero temí por mi integridad física, al tiempo que empezaba a comprender: en una misión como aquélla lo mejor era permanecer impasible, persuadir al otro de que se encontraba ante un ínfimo mensajero y convencerse uno mismo de lo sólido de la miseria humana. Todo eso sin dejar el puesto de combate. Cuando apareció la llave, la lividez del hombre se convirtió en palidez.

—¿Sabes dónde está Automóviles Mirana?

—Lo pone en la tarjeta —informé antes de ir sintiendo en mi interior la fuerza de la victoria.

Al llegar al coche, arranqué sin decir nada.

—¿Le has tenido que decir lo de la hipoteca?

—No.

—Menos mal, porque no era verdad del todo. —Sin cargo de conciencia alguno que pudiera reflejarse en su expresión, Ballesta seguía revolviendo papeles—. Ese bobo jefe nuestro ha comprado un coche de más. Hay que ser... Sobra un paquete. ¿Tú puedes entenderlo? Yo tampoco. Anda, vamos a la última dirección. Vas a conocer a la favorita del año que viene. Las demás entregas, me parece a mí, eran largos besos de despedida. Quiere hacerse el fino y lo único que hace es liarla. En fin. Luego te invito a algo, mientras llamo al jefe y aclaro lo del coche de más. Una copa navideña. Para que veas que yo también soy un señor.

Mientras cruzábamos de extremo a extremo la zona noble de la ciudad, Ballesta se dedicó a observarme, a valorarme más bien, a través del espejo retrovisor:

—Conduces correctamente. Ni muy lento, ni muy rápido. Ni un frenazo, ni un sobresalto. Y no puedes conducir desde hace mucho.

—Se me debe dar bien —opiné con cautela.

—No eres demasiado tonto, dices a todo que sí, por lo menos por ahora, y conduces bien. ¿Qué te ha parecido ese hombre, el del último regalo?

—Nada.

—¿Nada?

—Prefiero no pensar nada.

—Fernando, vas a tener mucha suerte en la vida.

Atravesamos la densidad de tráfico de un antiguo pueblo que la expansión ciudadana había engullido. Recién alabada por Ballesta mi excelencia conductora, se hacía necesario no desencantarle con alguna brusquedad que interrumpiera la marcha lógica de una decisión. Sabía que en el asiento de atrás se estaba gestando mi futuro. El taumaturgo de mis días venideros dijo entonces:

—Van dos y se muere el de en medio.

¿Cómo?

—Un castillo es uno que no va con fulanillas.

A lo mejor eran esos libros en francés.

—El colmo de la mala puntería es tirar al blanco y matar un negro.

Miré por el espejo retrovisor y no vi nada. Cuando el tráfico me lo permitió volví un momento la cabeza. Quizá Ballesta aliviara las tensiones de aquel reparto con ataques pasajeros de locura y estuviera besando el suelo del coche con un embudo en la cabeza, ajeno a las complicaciones del mundo financiero, el lugar donde estaba y el día que era. No había nada de eso: desde una esquina del asiento, me miraba fijamente y decía:

—Esa vista, al frente, pollo. —Y cuando volví la cabeza—: Una oreja son sesenta minutejos. Y una orilla, sesenta minutillos.

Silencio.

—Pero, Fernando, me decepcionas. ¿No te hace gracia lo que digo?

—Claro que sí.

—«Claro que sí». Cuando uno tiene gracia, el otro debe reírse. Ése es el espíritu de esta transacción social. Y si uno tiene mucha gracia, y quizá sea el individuo más gracioso de la galaxia, el otro debe reírse como corresponde, con la justa reciprocidad, debe reírse como si fuera a morir allí mismo. ¿Lo coges?

—Más o menos.

—Pues suéltalo, que da calambre.

Más silencio.

—A ver, Fernando, reflejos. Todo esto te lo explico por tu bien. Y no para que me rías las gracias a mí. Yo ya sé que tengo gracia y no hace falta que nadie me rebuzne encima. Te lo digo por don Tomás del Yelmo, nuestro jefe, nuestro norte y guía, el hombre que pretende regalar tres coches de lujo y compra cuatro. Ése es su tipo de humor y hay que reírle las gracias. Todas. No se te puede escapar una. Aunque no estés muy seguro de que sea una gracia. Él hace un gesto característico. Se lleva la mano al pecho, se coge la corbata, y tú ya sabes que acaba de contar un chiste. Si la cosa se da por teléfono, ya es más difícil, pero tú nunca vas a hablar por teléfono con él, así que nada. Vamos a hacer una prueba. Uno entra en un restaurante y pide pies de ministro. Ante la sorpresa del camarero, el señor rectifica: «Quiero decir pies de cerdo».

Recordé la escena en el despacho de don Tomás, su chiste malo, su gesto y que yo no me había reído. Me estremecí de culpa. Tenía que mejorar. Esperé a que Ballesta se llevara la mano al pecho para inaugurar mi colección de risas falsas con una carcajada seca, estentórea, trocaica, que se quedó congelada en el tercer «ja».

—Así parece que te cachondees de él. Y eso lo nota. Tiene que ser una risa acorde con tu condición. Servil, roedora, que parezca que te da mucha vergüenza reírte, pero como don Tomás es tan gracioso, no lo puedes evitar. ¡Qué más da que te echen, si ya te vas a estar riendo toda la vida! Eso respecto a la risa. Cuando él te mire y diga

«¿Lo has pillado, verdad?», tú te ríes un poco más hasta que veas que ya no te hace caso. Pero, sobre todo, recuerda que no puedes cambiar de expresión, así, de golpe, porque a lo mejor se da cuenta de que te gustaría matarlo allí mismo y arruinas todo el trabajo. Lo recomendable es que la risa se vaya extinguendo poco a poco con algún pequeño rebrote, como si tú estuvieras repitiendo el chiste mentalmente, hasta que le pongas punto final con un suspiro que comunique algo así como «Dios, Dios... ¿voy a ser alguna vez tan feliz como en este momento sagrado?». Veamos — Ballesta regresó a la seriedad absoluta como si me sometiera a un crucial rito de iniciación, y con ese aire ceremonioso, recitó—: «Papá, papá, ¿me dejas tirarme a la bartola? Sí, hijo, sí. ¡Bartola! ¡Vamos, que nos deja!».

No cesé de reírme hasta un bloque que se anunciaba como «Apartamentos Plutón».

—Frena, que es aquí. Y deja de reír, que me estás haciendo creer que el chiste tiene gracia de verdad —me dijo Ballesta, no sin fastidio.

—No es el chiste. Es la manera de contarlo.

—¡Pero qué bien te van a ir las cosas!

En uno de los apartamentos Plutón me recibió como si yo fuera el hombre que hubiera esperado toda su vida la que Ballesta había calificado como «la favorita del año que viene». La cara infantil casi escondida en una jungla de pelo rizado, platino, espectacular, y una túnica blanca con cenefas orientales. Miró el regalo y me dijo que pasara y cerrase la puerta. Avancé, tras sus elegantes pies descalzos y sus lozanos contoneos, por un pasillo blanco como la túnica de mi predecesora lleno de fotos con su imagen (Tina Alarcón era su rotundo nombre) en todas las poses imaginables y similar estilo fotográfico. Esas mismas poses, incluidas en anuncios publicitarios de relojes, medias, champán y yogures, se repetían de modo obsesivo en un salón de varios niveles más blanco aún, con sofás de cuero blanco, una mesa blanca, lámparas blancas y aparador blanco. Tina Alarcón hablaba con un teléfono blanco, mientras desenvolvía un paquete y yo miraba con éxtasis disimulado sus idealizaciones publicitarias, sensual a veces, angelical casi siempre. Tina Alarcón, al igual que la vedette Iris o mi madre, manejaba un dominio pleno de las inflexiones del castellano rural:

—Ay, madre, no me lo vuelva a decir. Qué más quisiera una que estar allí esta noche con el pollo y los turrónes. ¿Qué? ¿Besugo? ¿Y eso...? No, no, no... Ni se le ocurra darme las gracias, que no es nada. Yo estoy estupendamente. —Tina acabó de desenvolver el paquete. En este caso, no había caballo rampante, sino un felino atacando. Tina Alarcón me guiñó un ojo y me hizo el gesto de que me sentara en una silla blanca, acompañando la súplica con una sonrisa blanca—. ¿Yo? Ideal. Le da recuerdos a padre, a los guachos y al tío Abraham. ¿Y lo del ojo, las cataratas? ¿Nada de nada? Qué le vamos a hacer... Ya le he dicho que si puedo me acerco en fiestas. A

lo mejor traigo coche, pero no diga nada.

Tina Alarcón colgó. Me acercó una pitillera blanca con cigarrillos ingleses blancos y me preguntó en un español común si quería tomar café. Decirle que no me costó un esfuerzo sobrehumano, y ella lo supo. Al acompañarme a la puerta me dijo algo que me llegó al corazón.

—¿Qué? Es del tipo colegiala perversa, ¿no? —me preguntó Ballesta.

Yo me eché a reír del modo más falso que pude hasta que Ballesta me dio la dirección de Les Feuilles Mortes, el pub donde yo había inscrito las W gloriosas. Fingí no saber la dirección, mientras Ballesta me amenazaba con el despido instantáneo si no cesaba de reír.

—Has bajado como si la chica te hubiera hecho tilín. Ten cuidado.

—Me ha dicho que ni todos los regalos del mundo alivian cenar sola en Nochebuena.

—¡Vaya golfa está hecha! Ésta es de las que llevan peligro auténtico. Estaría ensayando contigo lo que va a decirle a Del Yelmo o alguno de los otros papanatas que se tira. Alguno acabará picando. Y seguro que el próximo día laborable estará en la puerta de Automóviles Mirana antes de que abran. Eso sí, llorando porque ha cenado sola en Nochebuena. ¿Te imaginas que se encuentran las tres? Mirana, el de los coches, va a tener que hacer malabarismos cuando las vea agitando el llavero. Menos mal que hay una —Ballesta me enseñó la caja sin nombre— que lo recibirá más tarde.

Aparcamos frente a Les Feuilles Mortes. Junto a la puerta, una nueva W, trazada por otra mano, agredía la fachada, grotescos manierismos alejados de mi sello clásico y pulso firme. Ballesta bufó al verla.

Les Feuilles Mortes era un salón rodeado de sillones verdes del que partían intrincados pasadizos que se perdían en oscuros reservados. En las paredes, pequeñas lámparas iluminaban carteles de Toulouse-Lautrec y fotos de cantantes con gesto dramático. Dos camareros uniformados se lamentaban del poco público en aquella tarde navideña.

—¿Y las W? —preguntó Ballesta.

—Cada día lo mismo. Menos mal que nos lo tomamos con humor.

—Os habéis dado por vencidos. Anda, acércame el teléfono y abre una botella de Mümm, que tenemos que celebrarlo. ¿Y tú, pasmarote? Siéntate y toma una copa, mientras llamo al jefe.

Ballesta se agazapó en un rincón de la lustrosa barra, mientras yo me dedicaba a mirar a los camareros que descorchaban la botella y servían copas. Dentro de muy poco, también sería Nochebuena en mi casa: mi madre embarazada, Carmelo, la diminuta Gracia y un compañero de Carmelo que se había quedado viudo. Pensé que no los echaría de menos si un año no podía celebrar con ellos una festividad

cualquiera. Ensayé un ataque de mala conciencia, pero no me dio tiempo a completarlo, ballesta había colgado y se acercaba con expresión anonadada, al tiempo que se metía el paquete sin nombre en el bolsillo. Sin decir nada, alzó la copa. Brindamos.

—¿Está solucionado? —pregunté, señalando el bolsillo de Ballesta. Mi única intención era romper el silencio al que Ballesta nos tenía sometidos.

—Sí —contestó Ballesta—. Por cierto, a partir de ahora vas a trabajar conmigo. Lo primero que harás el próximo día es comprarte un traje como Dios manda. Pero no de vasallo, sino de señor. Vas a Lovest, preguntas por Silvia, le dices que quieres salir de allí hecho un figurín etoniano y que lo cargue todo a la cuenta de don Tomás.

De pronto, me vi contándole a mi madre la noticia y explicándole que de alguna manera ése era mi regalo de Navidad. Descubro con un punto de arrogancia mi nuevo trabajo, mi nuevo porte, liberado al fin de sus ataduras indumentarias, explico que yo tampoco sé qué significa «figurín etoniano» y que por eso ando con mil ojos. Pero sirvo para algo, mamá, algo que tú no sospechabas.

Comprendo que no se lo puedo contar a nadie más.

Y también comprendí que el coche sin nombre era para Ballesta. Que yo y el Mercedes éramos el regalo de Navidad que don Tomás del Yelmo tenía reservado para él.

—¿Tú tienes tu canción, Fernando?

—¿No será otro chiste malo?

—Algo de eso hay.

—¿Me río entonces?

—No, me contestas: ¿Tienes tu canción?

—Sí, tengo mi canción.

—¿Cuál es?

—Me da vergüenza decirlo.

—Eso es que no la tienes. Yo sí la tengo. Es esa que suena.

—Me lo imaginaba. Si seguimos así también va a ser la mía.

—Fernando, Fernando, Fernando... ¿Entiendes el francés, Fernando? No, ya sé que no. Tienes que aprender idiomas, Fernando. Y tienes que enamorarte. La vida es un mes. Con mucha suerte un año. O dos horas. Si sigo hablando tanto de cómo es la vida voy a volverme imbécil del todo. ¿Adónde íbamos?

—A la Bolsa.

—Sube el volumen.

Y subí el volumen. La misma canción de siempre amenizaba nuestros trayectos. Me había acostumbrado a esa extravagancia como a las otras rutinas que componían lo ordinario de mi nuevo oficio: esperar en el coche a que Ballesta cumpliera sus gestiones en los más altos palacios y en las más bajas oficinas, y aguantar las invectivas contra todo tipo de raza, clase social, profesión, manera mercantil, actitud pública o privada que lanzaba sin pausa agazapado tras la seguridad de la ventanilla. Asimismo, era mi deber soportar sin un reproche los sarcasmos, amenazas, conjeturas, adivinanzas y lecciones de vida que tenían mi dignidad como blanco. Y las grandes frases. ¿Un ejemplo? «Vender una perla que tienes a alguien que la desea, no es hacer negocio; pero vender una perla que no tienes a alguien que no la quiere, eso sí que se llama hacer negocio». Nunca un comentario sobre sus transacciones, jamás una información concreta. Sólo divagaciones y filosofías. Ignoraba dónde vivía o la existencia de una familia. Cada mañana, él y su Mercedes me esperaban a la puerta del banco, relucientes, poderosos, y visitábamos, esta vez sin regalos, la delegación del Instituto de la Moneda, la Bolsa, el Registro de la Propiedad, empresas inmobiliarias, el consulado de Francia, el consulado de Suiza, la Cámara de Comercio, le dábamos un recado confidencial a don Tomás del Yelmo allá donde estuviera. Al concluir la jornada, nos tomábamos una copita en un Les Feuilles Mortes vacío, y durante media hora acompañaba su silencio, acodado en la madera noble. Cuando la segunda copa era encargada, el reloj consultado y «la hora de los tiburones», según su terminología y un significativo alzar de cejas, inminente,

siguiendo un acuerdo tácito y con la prudencia del más prometedor de los jabatos, le devolvía las llaves del Mercedes y me encaminaba hacia el hogar. Estaríamos a mediados de enero cuando Ballesta, en una de sus divagaciones sin objeto que a la vez que mataban el rato y su tedio profundo demolían cualquier rastro sobre sus ocupaciones, su pasado o sus anhelos, me preguntó por mi canción, y no quise contestar «El Watusi». Alegué vergüenza, pero temía que la W inicial y mi propia estupidez por tener como canción favorita, fundamental, la que sólo había escuchado en boca de un gitanillo confundidor, me pusieran una vez más en evidencia y el sarcasmo o algo peor sobreviniera desde el asiento de atrás. En cualquier caso, dudaba de la existencia de mi canción favorita de un modo mucho más evidente, pero no tan verdadero, en que se me había hecho imaginario un día real. Mis travesuras y la tragedia disipadas en la niebla del olvido, el hambre de esa claridad perdida. Y con gusto, porque la vida que tanto le gustaba definir a Ballesta para luego odiarse, fluía conmigo y por fin era otra y tangible y veloz, como yo había deseado. Por eso dije «Me da vergüenza», por eso seguí olvidando y contemplando la ciudad, mi nueva ciudad, mientras subía el volumen; por eso no me importó, aunque no tuviera más remedio, decir «Sí», cuando Ballesta, que se había levantado melancólico, me preguntó:

—¿Quieres que te diga lo que cuenta la canción?

—Sí.

Ballesta encendió un cigarro, esperó a que la canción finalizase y volviera a empezar. Enfático, anunció:

—«Con el tiempo». Canta: Léo Ferré.

Exhaló el humo. El tal Ferré repitió una vez más lo que yo hasta entonces había tomado como lamento funerario. Lo que luego resultó ser: tampoco hacía falta aprender tanto idioma. Sobre la voz francesa, Ballesta recitaba:

—«Con el tiempo todo se va. Se olvida el rostro y se olvida la voz. Cuando el corazón ya no late, no vale la pena ir a buscar más lejos. Hay que dejar las cosas como son y están muy bien. Con el tiempo, con el tiempo todo se va. El otro, al que se adoraba, al que se buscaba bajo la lluvia... El otro, al que se adivinaba a la vuelta de una mirada, entre palabras, entre líneas y entre los polvos de una promesa maquillada, que se va hacia la noche... Con el tiempo todo se aleja. Con el tiempo. Con el tiempo se va, todo se va, aún los más bellos recuerdos tienen pinta de cosa de trapería en los estantes de la muerte el sábado por la noche, cuando la ternura se va completamente sola. Con el tiempo. Con el tiempo se va, todo se va. El otro, a quien se le daban viento y joyas, por quien se hubiera vendido el alma por unos céntimos. Ante el que uno se arrastraba como se arrastran los perros. Con el tiempo se va. Todo va bien. Con el tiempo todo se va. Se olvidan las pasiones y se olvidan las voces que decían bajito con palabras de la gente pobre: “No vuelvas tarde. Sobre todo, no cojas



frío”. Con el tiempo todo se va, y uno se siente encanecido como un caballo agotado. Y uno se siente catalogado en el azar. Y uno se siente muy solo quizá, pero tranquilo. Y uno se siente ridículo por los días perdidos. Entonces, de verdad, con el tiempo, ya no se ama».

Se hizo el silencio. El silencio continuaba entre un tráfigo de vehículos que se antojaba distante. El silencio seguía cuando la canción volvió a empezar.

—Apaga —me dijo Ballesta.

Obedecí. Miré por el espejo retrovisor. Ballesta parecía a punto de llorar. «¡Este hombre está muy mal!», deduje. En aquel tiempo no sabía, porque estaba aprendiendo, lo voluble, el taimado equilibrio de los caracteres sentimentales: a tanta crueldad, tanto lloro; a tanta impotencia, tanto regocijo. En aquel tiempo, porque aprendía a ser un hombre más, no era sino un crío hecho de solipsismo y sueños de saldo, con tara, como la ropa que nunca más me pondría. Por eso odiaba a Ballesta cuando se cachondeaba de mí; por eso le admiraba cuando me abría un cauce de conocimiento con su divergente erudición; por eso le temía casi siempre y me asombraba verle tan expuesto a no sé qué nostalgia o pena camino de la Bolsa. Llegamos a nuestro destino. Salió del coche con su maletín, idéntico a los maletines de los otros ejecutivos que entraban y salían por la puerta del edificio neoclásico. Desapareció con su porte y su indumentaria que tanto le distinguía de los otros. Miré a mi alrededor. Me entretuve en comprobar que cada vez se veían más mendigos, cada vez eran más violentos. Alguno de aquellos rostros me era familiar, un rostro de una vida antigua. Un mendigo se acercaba y yo podía asegurar que lo había visto en un punto de declinación de su vida menos acusado, filosofando con voz rasposa, la garganta llena de piedras, en el rincón oscuro de un bar o junto al disco de Coca-Cola de la fachada, una planta del pie apoyada en el muro, cigarrillo en mano, mirando a las mujeres, buscando líos. Ante la proximidad de la cara bulbosa, cerraba del todo la ventanilla y miraba a otro lado para encontrarme con el cadáver de una paloma chafada, sanguinolenta, apretada contra un bordillo. También me era familiar ese pájaro, me había acompañado en cien tardes solitarias en el terrado que nunca más pisaría. Aquella visión me obligaba a volver de nuevo la vista. Ballesta regresó en cinco minutos. La figura de una morena, brutalmente deseable, entrevista en su paso de una calleja soleada a otra en sombra, había fijado por fin el rumbo de mi dispersión ocular y, por supuesto, olvidar las efusiones de mi jefe.

—¡A la mierda! —dijo al entrar en el coche—. No, no arranques. —Suspiró con furia—. Busca tu canción, Fernando. Cuando la tengas, cuando creas que es tuya y estás a salvo, sólo te faltará componer el lema más enardecedor, la insinuación más sarcástica, el más suave y sofisticado insulto, comprender la desenvoltura en las complejidades de la lógica, ser más rápido que el ojo, volverte invisible al pulsar las teclas precisas en el gran piano del silencio y, por supuesto, susurrar con gracia la

calumnia más insidiosa, sólo te faltará...

¿Quién se acuerda de las palabras exactas después de tanto tiempo? Nadie. Tú me estás pagando bien, Lector. Voy a vivir sereno durante los próximos años (si callo, si no altero mi ritmo de vida). Exiges precisión, Lector. No dudes. Casi la tienes. Poseo una memoria muy eficaz que no me ha servido para lo importante (como, por ejemplo, ahora, precisar de una vez tus rasgos, tu identidad). Añado que mientras Ballesta me daba esos consejos no exentos de la peor de las sabidurías, un lagrimón empezó a deslizarse por una mejilla hasta detenerse de manera patética en una punta del bigote. Luego adelantó la cabeza hasta que su boca casi rozó mi oreja:

—Mira, Fernando, como alguien se entere, no hoy o mañana, como alguien se entere en mil años de lo que acabas de ver, voy a buscarte donde estés y te mato. ¿Estamos?

—Estamos.

—Muy bien. Hoy voy a dedicarme a comprar tu silencio.

Me invitó a comer en un restaurante de lujo donde a veces me había hecho conducirle porque tenía que consultar una información con don Tomás, que estaba almorzando allí. Saludó con desidia a los camareros. Me recomendó comer poco y beber mucho. Me habló del vino que nos habían servido y me dijo que era la última vez que le oía hablar del vino, porque del vino sólo hablan los mamones. Miró colérico las espaldas de prohombres a los que reconocía y mascullaba palabras sin sentido. ¿Cohecho? ¿Bombona de butano por donde tú y yo sabemos? Me habló, coincidiendo con la llegada de un lomo de ciervo, que no había caza como la caza del hombre. Suspiró. «Pero con el tiempo todo se va». Insistió en que me enamorara:

—Enamórate —me dijo—. Y acaba con tu virginidad. No se puede ir por el mundo siendo virgen.

—Oiga, que yo no soy virgen. Precisamente...

—Ya... Hoy me puedes tutear. Hoy no soy tu jefe. Ni tú tienes jefe, ni yo tengo jefe. Hoy sólo eres mi lazarillo y estás conmigo por compasión y porque te voy a enseñar algo que no vas a olvidar mientras vivas. Hoy la armo. Y tú me vas a ayudar. Después de hoy, saldrás corriendo a enamorarte. Y a desenamorarte. Desenamorándote corres el peligro de convertirte en uno de esos idiotas aniquilados por la autocompasión; pero si lo superas, serás más fuerte. Serás más fuerte de lo que yo pueda serlo nunca.

—¿Por qué?

—Porque nunca me he enamorado. Porque nunca he hecho nada de lo que debería hacer, haciéndolo todo. ¿Tú te explicas eso? No, desde luego.

—Pensé que la canción le recordaba a algo de amor.

—La canción habla del tiempo. A mí no me gusta especialmente. Pero es mi canción. No por lo que dice, sino por lo que representa.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—No hay nada que entender. Vámonos de putas. ¡A ese burdel donde tenemos nuestra casa!

Todos en el restaurante volvieron la cabeza.

Entramos como un ciclón y como en nuestra casa en un inmenso local de la parte alta lleno de recovecos y música brasileña. Ballesta me presentó a una rubia de nariz respingona, frente ancha y boca lasciva, llamada Claudia, y él mismo le pagó. Salí a la calle tras el taconeo juguetón de Claudia y en evidente inferioridad, mientras en un diálogo rápido nos inventábamos nuestras vidas respectivas. Me preguntó con intención si era la primera vez y yo negué, pese a que me asaltaban las dudas. «Ya», me dijo y añadió que también era estudiante. Medité sobre el pluriempleo, mientras Claudia pagaba la habitación del hotel que estaba frente al bar. Claudia desplegó una magia que lo fingió todo y todo lo consiguió, menos eliminar un brillo socarrón en sus ojos. Volví a follar con una hembra imaginaria que era la súbita síntesis de una colección de retratos y gestos pasajeros. Mientras Claudia gemía lo justo, calada la mano en masa de nalga, afilando, frotando, muriendo, eludiendo después con vaguedades las preguntas aún más inconsistentes de la chica, pensé si siempre iba a ser así, si nunca iba a estar con quien estaba, si conseguir estar ahí era dejar de ser virgen. Sin embargo, la mecánica del cuerpo dominó donde el fracaso de un deseo más preciso, sustantivo, era evidente. Claudia me devolvió a mi jefe con una sonrisa en los labios. Ballesta conversaba con Selenia y Barbarella, doradas y reidoras, brincaba por los sofás, la corbata y la risa flojas, remojaba con champán, se hacía el cosaco. Al verme de nuevo, agradeció, se subió la bragueta, repartió billetes, saludó a un futbolista, a un concejal y a un vetusto cómico que no quiso devolverle el saludo. Discutió una pizca con los discutidores, se entusiasmó con los entusiastas, se deprimió con los melancólicos y traficó información y suficiencia con los enterados. A la democracia le quedaban dos días, al presidente del gobierno día y medio, el capital estaba en peligro y los vascos eran unos cabrones todos, no nos engañemos. Y espera, espera, que hay comunistas por todas partes. ¡Bombas! ¡Bombas! Explosión de luz blanca. La calle seguía en su sitio. Me dio la dirección de un bar de la montaña opuesta a mi montaña. El bar no era sino un antiguo merendero al que una pátina de sofisticación permitía disparar los precios, no muy lejos de aquella Alameda de la Francesa que cuando yo era otro me había situado en el más allá. En el trayecto, en las vueltas de la carretera, no vi el cruce, ni un solo rastro de que La Alameda hubiera existido alguna vez. Cada vez más borracho, Ballesta hablaba y hablaba:

—Tienes que conseguir que alguna vez te la chupen dos tías a un tiempo. Sexo rápido, sobre el terreno. No me gustaría ser camarero y traerle champán a un tío a la que se la están chupando dos tías. ¿Y quién cojones va a ser camarero alguna vez? Olvida lo que te he dicho antes. Enamorarse no sirve de nada. Un juego de maricones

medievales. El laúd no es lascivo, sino memo. Noveluchas baratas. Ellas leen esa mierda, piensan que es verdad y le llenan al primo de turno la cabeza con una sarta de memeces. El tío, cuando se quiere dar cuenta, tiene un equipo de rugby con hijos nacidos del amor y a ver a quién se queja, quién huye, quién protesta. La familia es la destrucción de la libertad. Primero ella, luego él, luego los hijos con el implante del mal, luego esa mierda de películas, de canciones, de novelas. ¡La poesía! Esa mierda de juventud tirada a la puta basura. Como dijo un sabio: «Muchos no se enamorarían, si no oyeran hablar nunca del amor». Hace años en Francia, cuando yo fui joven de verdad, cerrábamos las casas de putas más lujosas de Tolouse, que no es decir mucho, pero es algo. Yo y otros. Fernando, yo he sido un bandido. Yo he sido Frangois Villon en otra vida. ¿Sabes quién era Frangois Villon? —Y se puso a recitar para mi vergüenza ajena—: *Vous nous voyez, ci attachés, cinq, six: Quant à la chair, que trop avons nourrie, Elle est pièce dévorée et pourrie, Et nous, les os, devenons cendre et poudre. De notre mal personne ne s'en rie; Mais priez Dieu que tous nous veuille absoudre!*

—Muy bonito.

—¡Qué gilipollas! Aquí donde me ves, yo fui un bandido, fui un poeta, soy violento, soy altivo y me conformo con practicar la mamporrería. Mejor ahorcado. Con suerte, luego los demás se inventan tu dignidad.

Ballesta lanzó unos billetes a la mesa, mientras se levantaba.

—¿Qué significan los versos?

Estaba tan borracho que no me escuchó. O estaba tan sobrio como siempre y no se molestó en escucharme:

—Vamos ahí enfrente. Menos mal que don Tomás está hoy en Sagunto —(¿en Sagunto?)—, porque si no a lo peor nos lo encontrábamos y ni mamporreros podríamos ser. Ese sitio es la Florencia de su Renacimiento.

Una discoteca azul y plata. Los camareros recibieron a Ballesta como a un nuevo Mesías: las bocas saludaban, cuando no vitoreaban, las manos agitaban palmas, las mentes pensaban qué tal quedaría crucificado. Ballesta saludó a los parroquianos. Me presentó a gente y me dejó con ella sin saber qué decir. Bordeando la pista con paso dubitativo, quizá sólo yo le oyese gritar que era un bandido. En los claroscuros, pasos torpes y piruetas, levantaba la falda a las chicas (señoras entonces para mí), jugaba con los tirantes de sus vestidos y ellas sonreían, reñían sin mucha severidad. Un tipo de unos cuarenta años, con un jersey de pico con un reptil por blasón, al que había sido presentado en el confuso protocolo y en el que intuí un resabio de peligro, sonreía al mirar a Ballesta. Me dirigió la palabra:

—¿Eres familia de Guillermo?

—¿De quién?

—De Ballesta... Ballesta es, ¿no?

—Soy su chófer.

El individuo soltó una carcajada. No era una risa falsa.

—Hace cosa de un año, salí a dar una vuelta con él. Unos manifestantes repartían unos folletos sobre no sé qué cosa política. Guillermo coge una octavilla y la lee. Se da cuenta de que en el papel pone que la policía les ha detenido. O sea, que los manifestantes provocan que la policía les detenga y ya han escrito que les va a detener. Pura agitación y ganas de tocar los cojones. Eso a Guillermo no le gusta, y empieza a repartir hostias diciendo que les va a matar antes de que llegue la policía. Que son unos maricones y que si juegan sucio por lo menos se van a ir a casa calientes. Y les pega que ni te lo cuento. Tú no has visto pegar a Guillermo. En eso, que unos guerrilleros de Cristo Rey que estaban pululando por allí esperando su momento, ven que alguien se les ha adelantado y ayudan a Guillermo a dejar a esos peludos como una estera. Guillermo ve a los fachas y ¿qué crees tú que hace? Les empieza a pegar también. Se lió a leches con todos. Cuando le da el siroco, es igual quién esté delante.

—¿Y cómo acabó la cosa?

—Que te lo cuente él.

No había nada que contar. Mi fantasía se deslizó hasta una plaza imaginaria, forrada de carteles políticos, donde se celebraba una estupenda, por absurda, pelea a puñetazos.

Ballesta volvió enseguida, tambaleante, los ojos agresivos. Me babeó en el oído que ya tardaba en iniciar una carrera meteórica hacia el Mercedes con el fin de plantarlo en la entrada para que él pudiera salir como un duque. No sé si los duques son tan generosos en las propinas como lo fue Ballesta esparciendo billetes como confeti, generando a su paso un armónico ballet de reverencias ante la descompuesta figura del generoso cliente.

—Siento que algo palpita. Palpita ahí abajo y quiere destrozar la canción. Tienes que tener una canción, Fernando, hacerla tuya, que la melodía te guíe, que nadie te aparte... Cuidado con esa curva, que mata a los infelices. —Los faros iluminaban escorzos de bosque y lujo, soportales anestesiados, esplendor antiguo, el rostro descompuesto por el frío de un motorista, el fulgor de la ciudad—. Cuando el cabrón de nuestro jefe vuelva de Sagunto me voy a follar a esas fulanas que tiene a sueldo delante de sus ojos. El tío impotente. El tío que no piensa. El tío que compra. Se lo va a tragar la tierra y yo no voy a acompañarle, no. Yo estoy harto. Yo me voy. Los voy a dejar con la rata. ¡La rata! En un cuartel me metieron una vez en la cocina. En el canal de desagüe donde tirábamos el aceite había una rata enorme. Se la veía a través de la reja, tranquila, pacífica, palpitando. Una rata oleaginoso, con los pelos de punta. Cada pelo de un palmo. Esa rata ni se movía. La gran rata. Se tragaba todo el aceite de sobras y engordaba y engordaba. Era como un balón peludo. ¡Para! ¡Para!

Habíamos entrado en la ciudad y enfilábamos una de las calles principales. Sabía que antes o después, Ballesta me ordenaría parar y me abandonaría en medio de un lugar inesperado para dirigirse a su desconocido domicilio. Lo que no suponía, y me fastidiaba, es que lo hiciese tan lejos de mi casa.

—Baja del coche.

Hice lo que ordenaba y él me imitó. El Mercedes quedó en medio de la calle con las luces y las puertas abiertas.

—Cruza la calle. Ponte ahí, en el morro del primer coche aparcado.

Obedecí. Ballesta, en un movimiento simétrico, hizo lo mismo en el morro del primer coche de la acera de enfrente. La calle descendía ante nosotros hacia una confusa semioscuridad. Ballesta empezó a gritar:

—¿Sabes lo que es una carrera selecta?

Negué con la cabeza. Ante aquellos gritos perturbadores, se empezaban a encender algunas luces en los edificios.

—En Francia, yo era el rey de las carreras selectas. ¿Ves aquella esquina?

Afirmé con un gesto. Algunos vecinos ya se asomaban al balcón.

—Se trata de ir corriendo hasta la esquina. ¡Un momento! ¡Vuelve a tu sitio, gilipollas!

Yo había empezado a correr calle abajo para que la payasada acabase cuanto antes, pero al oír la voz desgarrada, me detuve.

—¡Ése no es el camino! ¡El camino es éste!

Ballesta me estaba señalando el ondulante camino de acero que formaba la fila de coches.

—¡Ya!

Vi cómo saltaba del morro de la primera carrocería al techo, tropezaba, se incorporaba, abordaba de un brinco el segundo coche. Hice lo mismo con mi fila. Le adelanté, mientras escuchaba las quejas de los vecinos y deducía que mi única salvación era llegar lo antes posible a la esquina. Ballesta tropezaba, se caía al asfalto, trepaba de nuevo a los coches, corría, saltaba de techo a techo. El sonido de metal abollado orquestaba una tabarra enloquecida. Ballesta aullaba: «¡Viento y joyas! ¡Viento y joyas!». Oré mucho mientras ralentizaba el paso, recibía el impacto de un cubo de agua lanzado desde un edificio y me las ingeniaba en el cálculo de movimientos que permitiese ganar a mi contrincante sin que se notara. Llegó por fin. Llegué. Ballesta estaba tendido en el suelo con los brazos abiertos. Crucé la calle para auxiliarle. Desde los límites de un sueño se escuchaba una sirena de la policía.

—¡Déjame en paz! ¡Vete! ¡Huye! ¡Corre! —Se incorporó, quiso golpearme, fracasó en la embestida y volvió a caer al suelo. Me aproximé de nuevo, y de nuevo se incorporó de un salto, arrancó un espejo retrovisor, me lo lanzó—: ¡Estás jodiendo la canción! ¡Huye de nosotros! ¡Escápate de la rata! ¡Vete de nuestro lado! ¡Corre,

pequeño hijo de puta! ¡Corre!

Empecé a correr sin dirección, mientras el coche de policía llegaba a la altura de Ballesta, y éste les recibía con el lanzamiento de un nuevo espejo. Seguí corriendo, ya sin mirar atrás, pensando qué sería de mí a partir del día siguiente y por qué se cumplía la profecía de que a los extraños les pasan cosas extrañas.

Llegó la mañana. Acompañé un dolor de cabeza insoportable a la sede del Banco Ciudadano. En la puerta, impecables, me esperaban Ballesta y el Mercedes. Ni una sonrisa de complicidad, ni un reproche, ni un comentario. Pude haber sabido entonces que hay modos de vivir que basan su aceleración en no pedir, ni dar, ni buscar explicaciones. La existencia de una nueva mañana y una agenda que cumplir, el sol y un enemigo, son suficientes. En el desagüe, cada vez más llena de aceite, palpita la rata.

Año y medio después de mi entrada en el Banco Ciudadano, me hallaba de nuevo frente al untuoso empleado que el día de mi bautizo laboral me había sugerido abrir la cuenta para el ingreso de nómina en otra entidad. Luego, deslizando las gafas por el puente anómalo de su nariz, había añadido, a través del vericuetos de una sonrisa ladina, que era broma; otras sonrisas y murmullos se añadieron al juego y revolotearon sobre mi candidez como una bandada de cuervos. Ese día de finales de enero del setenta y siete, con una carta del director general temblando en la mano izquierda del empleado, no habría guasa. En ese año y medio, Fernando Atienza Picazo había ascendido de botones a oficial primera adjunto a dirección. Mi traje, mi corte de pelo, la manicura, mi saber hacer entre aquellos monigotes, daban una idea de la distancia que se abría entre ellos y yo. Las reverencias, el tuteo, el gesto servil del jefe de personal guiándome del brazo hacia el chupatintas a cargo del papeleo, los imaginarios pétalos de rosa que espolvoreó sobre mi trayectoria intachable, inundaron el aire de una callada ovación. El hecho de que todos supieran que sólo era el chófer del Varón Dandy ya me habría hecho merecedor de mi propio mote, que desconocía, y sujeto de alguna obscena anécdota, cuya magnitud ignoraba. Daba igual. Aquellas caras de impotencia lo decían todo: las vísceras chirriando para que emergiera por la boca de aquellos adefesios bancarios una palabra de felicitación, o un hilillo de bilis, o quizá el definitivo estertor. Yo representaba otra injusticia absurda, otra paletada en su fosa, otro vendido a un precio más alto del que se habían vendido ellos. Ellos, los demás, muy ocupados ese día, por cierto, en la paulatina sustitución de máquinas de calcular manuales por nuevas invenciones eléctricas. Las cajas de cartón, destripadas tan sólo en papeleras privilegiadas, y algún semblante mohíno, significaban que el cambio no había llegado a todos: miradas fulminantes presagiaban disputas. ¿Hay ocupación más mezquina? En el papel que me era tendido vi mi nuevo sueldo, mi derecho a dietas y hasta una pequeña cuenta de gastos de representación. No entendía por qué, pero estaba muy bien, y hasta me despedí con un saludo cariñoso y desenvuelto, como si aquellos oficinistas me conociesen de toda la vida, me hubieran salvado de las aguas siendo cachorro. Abandoné la planta de personal entre vítores para volver a la irrealidad de habituales pasos en el vacío.

Otra de las prerrogativas de mi inexistente antigüedad o competencia era asistir, aunque desde una prudente distancia, a «la hora de los tiburones» en Les Feuilles Mortes, una vez finalizado el habitual recorrido por foros públicos y privados que Ballesta, en otro hallazgo poético, denominaba «la ruta del opio». Ya no era necesario que me fuera a casa cuando Ballesta pedía una segunda copa, sino obligatoria la permanencia en mi puesto, sin hacer nada, sin decir nada, meditando sobre qué podía esperar esa gente de mí. Nada más solicitada la nueva consumición, Ballesta



garabateaba en una receta y me ordenaba ir a la farmacia. Debía ir cada día a una farmacia distinta, aparcar el Mercedes sobre la acera en un lugar visible para el farmacéutico y decir, si me preguntaban, que los medicamentos no eran para mí, sino para el jefe. Todo me hacía pensar que las recetas habían sido requisadas a los botones despedidos con idéntico objeto estimulante al que ellos buscaban. No era mi problema. Cuando volvía a Les Feuilles Mortes, la presencia en la puerta de los chóferes de don Tomás y don Carlos intentando resolver el misterio de las W con el útil auxilio de un denodado rascar en el cuero cabelludo, me advertía que «la hora de los tiburones» había empezado. Aquellos chóferes impedían la entrada a cualquier persona ajena a lo que allí se cocía. En el interior, Ballesta hablaba con dos o tres chicas atrapadas en el pecado, pero con un aliciente social que todos aquellos, y sus descendientes en el tiempo, siempre han llamado saber estar. Y saber estar es tan sólo callar, sonreír y, si no hay más remedio, utilizar con dominio aceptable el habla nasal, algo gangosa, que las clases inferiores imaginan a la alta, y una voz para emitirla que, sin ser cristalina por obligación, no llegue a revelar un denso idilio con el orujo. A eso hay que añadir la práctica de unas pocas reglas de urbanidad: limpieza de cuerpo, no comer con las manos, no blasfemar cuando el alcohol ingerido y los altos tacones obligan a avanzar apoyándose en el mobiliario y medir con astucia el límite de insinuación que evite a cualquier peatón audaz abordar a esas muchachas en medio de la calle y pedir precio. Melenas ondulantes que podían ocultar o descubrir a voluntad un escote de vértigo; polos de cuello alto ajustados hasta la demencia (mi propia demencia), y elásticas y frescas y firmes abundancias anatómicas ocultas hasta llegar al local por un abrigo de piel, obsequio de cualquier don Tomás capturado en una pecera como aquélla; blusas con encaje, faldas de pastorcilla con anómalos cortes hasta el muslo; afilados tacones, vestidos blancos, floreados, labios rojos, sonrisas instantáneas para el poderoso, miradas prometedoras, y ese lascivo caminar hacia el fuego eterno, incandescencia de la carne. Seguiría varias cuartillas más. A mí, que nunca había cambiado más de dos palabras con una chica de mi edad, me gustaban aquellas mujeres malas, y en el diario ambiente de Les Feuilles Mortes aspiraba a un trato natural con ellas al modo en que lo hacía Ballesta. De momento, asumía y hasta agradecía mi condición de individuo transparente: no dominar la situación me llevaba a concentrarme únicamente en su estudio. Y todo lo que tenía que aprender se hallaba al fondo del local, en torno a una mesa baja. Don Tomás del Yelmo, en un cómodo sofá, y don Carlos del Escudo, en su bruñida silla de ruedas, vestidos de idéntico modo, gesticulando igual, susurraban a la vez, reían hermanados, guardaban silencio al unísono, mientras todos en la barra intentábamos cazar sus palabras.

Algún día, cuando «la hora de los tiburones» estaba pronta a concluir, llegaban más chicas. Eran aquellas a las que había correspondido el regalo de un deportivo por Navidad. Se sentaban entre besos con los magnates. Nada más llegar esa segunda

tanda, las chicas del mostrador, como si la cosa no fuera con ellas, siguiendo el libreto de una comedia bien ensayada, se despedían con venérea cordialidad de los allegados, mientras se enfundaban los visones, y se iban sin más ceremonia ni reproche. Si las amigas íntimas no habían llegado cuando don Tomás y don Carlos daban fin a su plática, don Tomás empujaba la silla de ruedas de su amigo hasta la barra, el barman corría a avisar a los chóferes, otro camarero se precipitaba al teléfono para reservar mesa en un restaurante postinero, y el director general, fiel a la caricatura que Ballesta me había dibujado, se llevaba la mano al pecho, contaba un chiste malo, y todos reíamos como si fuéramos presa de algún alucinógeno.

—Se encuentran dos amigos. Espera, espera... —Y don Tomás empezaba a reír —: Se encuentran y uno va con cara de mustio. El otro le pregunta: «¿Qué te pasa, chico?». «Nada, una cosa muy rara, que me tiene muy preocupado». Eso lo dice el otro, el mustio. Espera, espera... —Y se volvía a reír y entre nosotros unos reían, y otros abrían la boca y afirmaban con la cabeza, expectantes, como un hebreo preguntando «¿Qué te ha dicho?» cada vez que Moisés venía de una conversación con Jehová—. «Pues estoy muy mustio porque últimamente me gustan todas las mujeres menos la mía». «¡Anda! ¿Es eso? ¡No te preocupes!», le dice el otro. «A mí me pasa lo mismo: me gustan todas las mujeres menos la tuya».

Y mientras don Tomás repetía «¡menos la tuya!, ¿eh?, ¿vale?, la tuya, ¿eh?», y se llevaba la mano al pecho, y el resto de nosotros también, a la espera del seguro ataque cardíaco, me daba tiempo de observar de reojo a Ballesta y darme cuenta de que no seguía sus propios consejos en lo referente a la actitud ideal a cada expansión de don Tomás: se encogía de hombros con ademán impasible, sacudía la ceniza de los pantalones, daba vuelta al taburete y fingía contemplar el brillo del licor en los estantes. Don Tomás no se disgustaba por ello, sino que le apretaba afectuosamente un hombro antes de despedirse. Los gerifaltes se iban con las chicas, y ellas, hinchadas de caridad y juguetonas a un tiempo, casi se arañaban por empujar la silla de don Carlos, mientras yo me preguntaba qué podía hacer ese inválido con ellas y de nuevo me respondía que no era asunto mío.

Ballesta me obligaba siempre a tomar una tercera copa durante la cual se planificaban los pasos del día siguiente. Jornada a jornada, yo iba notando cómo a Ballesta se le iba desinflando el globo de una esperanza que se hinchaba de nuevo cuando nuestras diligencias concluían y don Tomás peroraba al fondo de Les Feuilles Mortes para agotarse del todo después de su marcha. A Ballesta se le estaba acabando la paciencia, y quizá el ataque de furia desatada, orgiástica, al que había asistido un tiempo antes obedecía a un progresivo desencanto. El humor de Ballesta no mejoraba cuando, durante el transcurso de esa última copa, recibíamos estrambóticas visitas. La misma pareja de policías a quienes yo había burlado un año antes pintando la pared con mi W ante sus narices para decirnos que no había novedades respecto al

desconocido autor de la maldad reiterada en las paredes. O la tarde en que un viejo y diminuto sacerdote, con la sotana manchada, asomó la cabeza un instante para cerciorarse de que el local estaba vacío, entró, y le preguntó a Ballesta cómo iba todo. Ante la indiferencia de Ballesta, el cura se zampó de un trago un vasito de Chivas y se despidió con la siguiente perorata: «Guillermito, recuerda lo que leyó san Agustín al oír la voz que le decía: “Toma y lee”. “No viviendo en comilonas y borracheras, no en amancebamiento y libertinaje, no en querellas y envidias, antes vestios del Señor Jesucristo, y no deis a la carne para satisfacer sus concupiscencias”».

—«¡Hazme puro, pero aún no!» —bramó Ballesta, y, luego se dirigió al sacerdote para espetarle—: ¡Eso también lo dijo san Agustín, pollaloca!

Y Ballesta salió a la calle por donde correteaba el curita como un pingüino hacia el primer chaflán para reiterar con voz histriónica: «¡Pollaloca!».

Una visita más asidua, pero no menos extraña y susceptible de provocar la ira de Ballesta, era la de Mirana, el dueño del establecimiento de automóviles de lujo. Al parecer, él y Ballesta tenían concertado un pequeño negocio. Según Mirana, los automóviles que don Tomás había adquirido para sus regalos navideños eran cuatro. De ellos, Mirana sólo había podido recomprar dos. Ballesta, siempre según Mirana, había prometido que las chicas revenderían todos los automóviles y por ese vaticinio recibió una suculenta comisión. Mirana, según Ballesta, era un buitre que ya podía considerarse feliz por las ganancias obtenidas al hacerse con dos coches de lujo a estrenar por un precio ridículo. Ballesta añadía que, de los coches no recomprados, uno era suyo, y el otro de la tal Tina Alarcón; y si la pobre fulana se consideraba con la suficiente clase para ir en un Jaguar por la vida, él, Ballesta, poco podía hacer ante el absurdo fantaseo. Ahí, seguía la deducción de Ballesta, todos habían ganado. Ése y no otro era el espíritu de las sociedades y el comercio; y si Mirana persistía en su actitud codiciosa lo único que iba a lograr era el asesinato de la gallina de los huevos de oro.

—Eres un imbécil, Mirana —remataba Ballesta y Mirana se iba.

Yo seguía ahí, aficionándome al Chivas, al tiempo que me convencía de que todo aquello formaba parte de la normalidad del mundo de los negocios. En mi fuero interno, tenía por seguro que el día de la borrachera sentimental, lujuriosa, violenta, Ballesta me había enseñado su corazón. Pilotando su coche aquellos días, víctima de nuevo de su agrio sentido del humor, que no hacía sino reportarme beneficios como a él se lo otorgaban los caprichos de don Tomás del Yelmo, me calmaba la idea de que supiera que yo sabía, y de algún modo deseaba transmitirle que podía contar conmigo para lo que fuese. Porque lo que Ballesta representaba era lo mejor que había conocido nunca. Mi deber era el silencio a la espera del momento en que las distancias se acortaran como, según mi parecer, lo habían hecho el día de la juerga. Entretanto, quería que me hablase, porque anhelaba cualquier enseñanza suya, y para

ello necesitaba su disposición más desquiciada. Sobre todo, deseaba que me aleccionase en lo principal: no tener miedo, o sustituir el miedo por ira, o notar un miedo diferente, más atractivo por abstracto. Esa sensación de disponibilidad al vértigo no era el cúmulo de miedos serviles, triviales, pero hirientes como lanzas, que me habían dominado hasta el momento, antes y después del día de agosto de 1971 en que no supe aprender, sino inventar. Era algo nuevo. Se hacía necesario hinchar los pulmones, decir «Aquí estoy», vender la perla que no tenía a quien no la deseaba. Y para ello había que ganarse la confianza de Ballesta.

En una de nuestras visitas a Les Feuilles Mortes creí llegada la ocasión:

—¿Qué, saltimbanqui, aparcas, o estás esperando una señal del cielo?

—No, son esos dos.

Frente a Les Feuilles Mortes, dos elementos lanzaban miradas furtivas a puntos distintos de la calle. Uno, esquelético, disfrazado de lo que supondría normalidad y hasta distinción, obviando lo evidente de un careto que delataba una herencia de generaciones salteadoras de corrales al claro de luna, se aproximó con una mano en el bolsillo hasta un coche aparcado y ensayó su apertura con aire indiferente. El segundo, gordo y sudoroso, medio calvo y con frondoso bigote, cruzó su mirada conmigo un instante, avisó chistando a su compañero y desapareció en el interior del bar.

—Están esperando a ver qué hacemos —le dije a Ballesta.

—A mí me vas a dar tú lecciones, niño —fue la dulce respuesta.

La convicción de aquella pareja en que vestirse con un traje de segunda mano y una corbata de saldo colgada del cuello era suficiente para pasar desapercibido, me indujo una vaga ternura. La fe en su talento mimético resultaba heroica, cuando, pobres, hasta se habían dejado puestos los anillos y las cadenas. No los conocía, pero podían ser cualquiera de los que habían amenizado mi infancia con su brutalidad; casi eran sangre de mi sangre en la memoria de un día agitado. Medio esqueleto del primero asomó por la puerta del bar y volvió, en un veloz otear la calle, a dirigir la vista hacia ningún sitio, hacia la calzada y su tráfico, y por fin al Mercedes.

—Ni se te ocurra mirar —dijo Ballesta, y fue entonces cuando vi sus ojos con un destello felino en el retrovisor. Era la mirada de alguien nacido para situaciones como aquella—. Espera aquí. Y no me hagas caso hasta que vuelva.

Ballesta salió del coche. Me hizo señas de que aparcase, que me esperaba dentro. No le hice caso.

Ésa fue la primera vez aquella tarde en que mi vida se concentró en unos minutos. «Todo pasa muy despacio hasta que empieza a pasar muy deprisa: ése es el nombre de la acción», me diría Ballesta semanas después. Las tres veces en que esa tarde mereció convertirse en un asunto memorable, yo le podía haber contestado a Ballesta: «Todo pasa muy despacio hasta que empieza a pasar aún más despacio: ése es el

adjetivo de la acción». El delincuente primero volvió a salir a la calle. Lanzó un cigarro a la alcantarilla y el humo al crepúsculo de plomo. Entró en el establecimiento sólo para que enseguida apareciese Número Dos, quizá Uno en su íntimo escalafón, plantado ante el umbral, sorbiendo una jarra de cerveza, los ojos posados de nuevo en los míos. Avisó a su compañero, mientras se palpaba el bolsillo del pantalón. Venían a por mí, aunque para su desgracia ya se aproximaba calle abajo la pareja de policía que solía informar a Ballesta de la falta de novedades en el caso de la W misteriosa. El delincuente gordo, cuando ya enfilaba su trayecto hacia mi persona, detectó a la autoridad con un sexto sentido, y se volvió a meter en el bar con la misma capacidad de disimulo que de aliño indumentario. Un coche de policía, circulando en contradirección, se detuvo frente al bar. Cuando Ballesta, desde la puerta de Les Feuilles Mortes, sorbiendo también su copa, me hacía señas para que aparcase, pero esta vez de verdad, los golfos ya entraban esposados en el auto policial, y protestaban, y hasta miraban el Mercedes con nostalgia y pena.

—Tienes buen ojo —me dijo Ballesta cuando entré. Y al camarero—: Se ha dado cuenta el niño. Los muy cabrones se atreven con cualquiera.

Los policías llegaron cuando, enrojecido, soportaba los elogios de la parroquia. La autoridad solicitó bebida fuerte y la despachó en un santiamén. Con verborrea del que sabe más de lo que dice, escupida a ráfagas de medias frases y entre chasquidos, el estado de la nación fue analizado desde el punto de vista del que no desea parecer impotente, sino sereno, juicioso y activo, ante la sucesión de asesinatos, atentados, huelgas salvajes, atracos y algaradas que estaban teniendo lugar esos días en todo el país. Ese punto de vista había sido aleccionado en el sentido común y la moderación con un aprovechamiento que denotaba grietas y lagunas. Los que habían tiroteado a los abogados laboristas en Madrid eran los mismos provocadores que los asesinatos de guardias civiles; y si eran otros, ése era un precio que había que pagar, porque nada era gratis, ni lo uno, ni lo otro.

—Y aquí, los de primera línea, achantándose. Hay que joderse.

—Ah, y menos mal que pillamos al francés.

—¿Qué francés? —preguntó Ballesta.

—El de las W. ¿No te lo habíamos dicho?

—Pues corría cierta prisa. A ver, ¿qué francés? —Ballesta parecía ansioso.

—Jean Pierre Moreau. Un terrorista internacional. Un segundo Carlos. Lo tienes que conocer.

—Yo no conozco a nadie —dijo Ballesta muy serio—. Y, además, no creo que un terrorista internacional se dedique a pintar paredes. Y las W siguen ahí.

—A lo mejor no era tan terrorista, sino que quería serlo.

—Eso mismo he querido decir yo.

—Pero ¿las W? —insistió Ballesta.

—La cosa viene del francés, que lo pillamos ayer. Ha formado un grupo autónomo con anarquistas de aquí. Tranquilo...

—Yo estoy muy tranquilo —por el tono de voz, Ballesta no parecía tranquilo, sino tétrico. Yo estaba pasmado.

—¿Cómo se llaman? —preguntó un policía a otro.

—El Pato Libre, o algo así.

—Es un poema, parece. En francés. Que esos pelanas se creen qué sé yo.

—¿«Le Bateau Ivre»? —preguntó Ballesta con fino acento.

—¡Eso! De ahí la W. Mira, si lo tengo apuntado. De puño y letra del francés.

El policía extendió una hoja a Ballesta. Ballesta leyó:

—Aquí pone «Watteau Ivre». Watteau borracho. Watteau es un pintor. Bateau va con B de burro. Y significa barco. Y esta W está escrita por otra mano encima de la B.

—El francés al final ya no sabía lo que decía. A lo mejor la W es la forma del barco. Si te fijas, cuando haces un barco de papel... Y lo de la W lo tenía que explicar de alguna forma.

—El caso es que ya hemos pillado a los cuatro hijos de puta del comando autónomo ese. Se juntan cuatro pelanas y se dicen «Vamos a liarla».

—¡Qué casualidad...! —ironizó Ballesta.

—Es que el francés cantó. No se le entendía la mitad de lo que decía, pero la esencia, sí. Y firmar, el tío, firmó.

—Confesó y delató. Luego, en una bullanga de esas que montan en el Chino, pillamos a los otros seis. Porque son seis, los hijos de puta, y no cuatro. Decir cuatro es una forma de hablar. Y todos del Pato Libre a la media hora de preguntarles. El pato mareao.

—Ya me imagino... —dijo Ballesta.

Hasta yo, en el océano de mi pasmo, me lo podía imaginar.

—La putada es que uno de los seis es el hijo de Vendrell.

—¿El catedrático? —preguntó Ballesta.

—Sí, el catedrático en hacer pasta. Tiene fábricas.

—Es su hermano.

—Sí, y el terrorista, hijo del hermano. La familia ya está dando la lata. Ése, en cuatro días, a la calle. Cuando digo cuatro días, no quiero decir cuatro días justos, quiero decir...

—Ya sé, ya sé... —la paciencia de Ballesta se estaba acabando.

—Pero los otros se van para dentro. Además, los han pillado en pleno disturbio.

—Y lo de la W les ha caído del cielo —remató Ballesta, dándose unos golpecitos en la esfera del reloj con el dedo.

Los policías apuraron una segunda copa, mientras yo me afianzaba en la lógica de

la sociedad adulta. Si había entendido bien, mis W habían hecho que cogieran a un pobre francés; el muchacho, con la inspiración de un estimulante interrogatorio, se había inventado una especie de grupo terrorista. Enseguida, de un bullicio callejero habían aparecido nuevos miembros del grupo recién inventado. Y ahí estábamos nosotros, comentando todo el asunto como quien habla de fútbol, minutos después de que otros dos delincuentes visitaran por nuestra culpa la mazmorra, donde a buen seguro les identificarían como jefes de la mafia. Y nuestro negocio era la banca. Ballesta mentó «la hora de los tiburones». Los policías comprendieron y nos volvimos a quedar solos. Era mi gran momento. Yo también poseía el atributo de la imaginación:

—Guillermo...

Desde la noche famosa, me era permitido tutear a un Ballesta que en ese momento reflexionaba con gesto severo sobre lo que terminaban de comunicarle:

—¿Qué pasa?

No sabía cómo empezar.

—Tengo mucho tiempo libre...

—Felicidades. Haz deporte. Pareces un alambre.

Ballesta regresó a sus asuntos.

—Quiero decir que en vista de la preocupación que veía con el problema de las pintadas, y que yo, vamos, tengo algún contacto...

Ballesta explotó en una carcajada como si don Tomás del Yelmo le acabase de relatar uno de sus altos humorismos.

—Sigue, sigue...

—La W. Sé lo que significa.

La cara de Ballesta se transformó:

—Que oiga violines, chaval. A ese par de payasos no puedo decirles nada, pero tú sabes muy bien, Fernando... ¡Vosotros! ¡A vuestras cosas...!

Los camareros se fueron al otro extremo de la barra con un vaso y un trapo en la mano.

—Lo sé perfectamente. Me he criado en un barrio...

—Sé en qué barrio te has criado. Dónde viviste luego y dónde vives ahora. Quién es tu padrastro y tu madre. Felicita, por cierto, a tu madre por su reciente alumbramiento y su nuevo embarazo, que ya andará en los ocho o nueve meses. Se me había olvidado decírtelo.

El silencio me confundía, el tiempo se dilataba por segunda vez esa tarde. Pedí permiso para ir al lavabo. A mi regreso, Ballesta aún estaba riendo.

—Oye, que no te asustes. Todo eso está en tu ficha de personal. En el banco. Las gestiones que hizo tu padrastro y eso. Ha sido el modo en que lo he dicho. Perdona. Estamos muy contentos contigo, pero hay que hacer averiguaciones sobre la gente de

confianza. Es algo lógico. A ver, eres de barrio... Cuéntame.

Carraspeé. Los ojos de Ballesta me miraban con intensidad, pese al rictus burlón de su boca.

—En mi barrio se pintaba mucho esa letra. Era como un juego. Al principio, hacía referencia a una especie de personaje que corría por allí...

—¿Cómo se llamaba?

—Ni me acuerdo. Yo era un crío. Pero cuando alguien se aburría era una especie de moda el pintar la letra en las paredes. Y la moda ha vuelto, pero a lo grande. Es como el yoyó, que se pone de moda un año, desaparece y luego vuelve. Enfrente de mi casa también pusieron una W. Bueno, y en la esquina. Y se ven trenes con W. Vamos, toda la ciudad está llena. Y he visto chavales que no parecen anarquistas, ni terroristas, ni nada, pintándola. Mi conclusión es que la moda ha vuelto y, ahora, coincidiendo con lo de la política, se ha puesto más de moda. Es una moda más grande. Y que lo de esta pared es cosa de un gracioso. Nada más.

—No me había fijado... —Ballesta se sorprendió de que se le hubiera escapado un detalle—. ¿Vosotros os habíais fijado en que todo está lleno de W?

Los camareros, entretenidos en limpiar vasos al otro extremo de la barra, negaron con la cabeza. Quizá lo habían sabido todo el rato, pero les gustaba el juego. Ballesta dejó caer una mano sobre mi hombro.

—No es que haya servido para mucho, porque el bromista va a seguir con sus bromas hasta que lo pillemos. Pero cuando hable con ese par de imbéciles, tendremos una charla sobre competencia y lealtad. No saben cómo hacérselo para que piense que les debo un favor. Como si en el sobre que les paso hubiera hojas de los árboles.

Ballesta siguió pensando. De vez en cuando me miraba y yo bajaba la vista. No sabía si me estaba calibrando, o si lamentaba haberme dicho más de lo necesario al mencionarme lo del sobre. Quizá estuviera impresionado. Quizá pensaba que había fallado. Muchas veces me ha sorprendido el modo en que los perspicaces desdeñan un campo de observación cuando han decidido que no van a sacar en el futuro ningún beneficio de éste. Mi jefe se pasaba el día mirando la calle a través de una ventanilla, mientras yo le conducía de un lugar a otro. Miraba y sacaba sus conclusiones. Pero no miraba las paredes. ¿Qué podían decirle? No había visto ni una sola de aquellas omnipresentes W, ni había dado con lo evidente.

Al cabo de media hora, la irrupción de las chicas de la barra, la de don Tomás y don Carlos, la de Tina Alarcón, la fuga entre besuqueos de las otras chicas y los cambios de temperatura emocional de Ballesta, propiciaron la tercera ocasión de que en esa tarde el tiempo se dilatara y yo fuera feliz y aún más inocente.

Cuando don Tomás, don Carlos y Tina levantaron la reunión y se acercaron hasta nosotros, don Tomás le dijo a Tina:

—Dale las llaves a este muchacho.



Enseguida se dirigió a la audiencia y como un tenor napolitano soltó una risa a modo de prólogo, que ocasionó la exaltación de las víctimas de la inminente humorada. Y don Tomás dijo:

—Resulta que la hija de un comunista de esos que estaban fuera y están volviendo, un exiliado, la hija de un exiliado, sale a dar una vuelta. Cuando llega a casa, todos la ven con una sonrisa de oreja a oreja y le preguntan. «¿Qué?, ¿cómo te ha ido?, ¿cómo lo has visto todo?». «Huy, de maravilla», contesta la chica. «Iba por la calle y me han disparado una bala de goma, me he agachado y me han violado». — Y don Tomás del Yelmo se llevó la mano al pecho, se pinzó la corbata, sus carcajadas desataron la tormenta, y los aduladores adulamos, y convulsionamos al límite la caja torácica, y nos retorcimos bajo las costillas hasta sacar de nuestro cuerpo la última gota de adulación. Como siempre, miré de reojo a Ballesta para calcular su nivel de resentimiento. Pero su rostro estaba iluminado. Cruzaba en ese momento una mirada con don Tomás, y don Tomás, el rostro encendido por la risa, haciendo el papel de idiota, asentía con la cabeza. Yo miraba ahora en todas direcciones con el disimulo que todos mis años me habían otorgado, y vi a los dos chóferes levantando la silla de ruedas de un don Carlos bamboleante y magnífico como una virgen sevillana, a dos camareros riendo, mientras otro, fuera del campo de observación de los poderosos, reservaba mesa para tres con repugnancia; y también Tina Alarcón reía, pero mirándome, ¡mirándome a mí!, y extendiendo sus largos dedos con uñas rojas, y en ellos la misma llave que yo le regalara un tiempo antes, y su boca roja diciendo: «¿Me puedes acercar el coche? Está en el aparcamiento de la esquina». Su mirada haciéndome entender que entendía que yo había entendido, aunque yo no estuviese muy seguro de entender nada. Pero me daba lo mismo, porque iba a conducir lo que iba a conducir.

Al emerger del estacionamiento, gracias al bendito munícipe que gestionó el sentido de circulación de las calles, pude dar un rodeo hasta aparecer como un sencillo playboy a la puerta de Les Feuilles Mortes. En la calle me decidí a saludar a todo el mundo desde mi máquina. A ellas, sobre todo. Oí cómo sus ligas estallaban, y las medias caían oportunamente a mi paso; vi cómo padres de familia, cargados de problemas venerables, con los ojos fijos en la punta de los zapatos, salían de su marasmo peripatético y me devolvían el saludo, porque a lo mejor yo no me equivocaba, y era alguien conocido, y sin duda, muy importante. Me reverenciaban, me honoraban, los maniqués de las boutiques de lujo, y las dependientas de esas boutiques al ver el comportamiento de sus maniqués, deteniendo la excitante postura al bajar la persiana metálica, sonreían al caballero del deportivo, y levantaban unos centímetros la falda. ¡Cuánta verdad en aquel Jaguar amarillo! En un recorrido exiguo, entre la envidia, la adoración, la explosión de burbujas de pecados capitales en el fúnebre invierno del setenta y siete, vi a pequeños salvajes tostados saltando a

remolques retumbantes, a otros dos niños cruzando un paseo con un Seiscientos robado bajo la lluvia de agosto, citas clandestinas en mugrientas estaciones de cercanías, mientras un adolescente corre a hacerse con su Gordini agenciado en un polígono industrial, y ya no hay Gordini. El aguafuerte de lo miserable se volvía acuarela. La no vida, vida. La sombra, luz. Cerré la ventanilla y me deslicé con toda la suavidad del mundo hasta la puerta de Les Feuilles Mortes. Don Carlos había desaparecido, y su chófer, y el chófer de don Tomás. Deduje que esa noche Ballesta cenaría con don Tomás y su querida. Obviando la presencia de los jerarcas, entregué las llaves del bólido a mi dama. Don Tomás del Yelmo se las arrebató, me miró, y muy serio me dijo:

—¿Qué te parece, chico? —se refería al Jaguar.

—Un Jaguar tipo E de la Serie III. Quizá no pueda competir con un Ferrari o un Aston Martin de su categoría, pero es mil veces más hermoso. Ha sido un acierto cambiar el volante a la izquierda. Viento y joyas, vamos... —opiné, por estar a la altura. No miré a Ballesta, pero escuché un chasquido de su lengua como un latigazo que me diera ahí mismo, delante de todos.

—¿Lo hacemos, entonces? —ahora don Tomás miraba a Tina Alarcón, que me sonreía y asentía.

—Guillermo... —dijo don Tomás—: No te importa, ¿verdad? Y no será todos los días.

Ballesta afirmaba resignado.

—Claro que no —dijo.

—Pues no se hable más. Fernando, tienes que enseñar a conducir esta maravilla de coche a esta maravilla de chica. Quedáis mañana donde ella te diga —dijo don Tomás, y me sorprendió que se acordase de mi nombre.

—Espera, que te apunto la dirección —me dijo Tina.

Iba a decir que conocía perfectamente esa dirección, pero caí en la cuenta de que si mi trabajo consistía en algo, era en no saber nada, y seguir como un espectador sin opinión cada cuadro de la farsa ligera que se traían entre ellos. Así me lo corroboraron las miradas de Ballesta y don Tomás.

—¿Has crecido, verdad, Fernando? Igual de delgado, pero más fuerte —me dijo don Tomás de pronto, y se puso a imitar a un levantador de pesas, recordándome su poderosa demostración con el busto de Franco, y de paso, que él no olvidaba nada. Y por si esto último no sabía deducirlo yo solo, se llevó el dedo índice a la sien.

Tina Alarcón me extendió una tarjeta.

—Te espero mañana a las once.

—Muy bien —dijo don Tomás—. Y ahora, corriendo para casa.

Eso me lo decía a mí, que en ese momento me acercaba a Ballesta por si ordenaba algo para el día siguiente y comunicarle a un tiempo con la mirada el tremendo

esfuerzo que me suponía no tratarle durante unos días. No me dio tiempo a decir nada.

—¿No te han dicho que corras? —preguntó el cabrón de Ballesta, mientras daba dos palmadas.

Y salí corriendo, mientras ellos reían, a la misma velocidad con que volaban mis conjeturas. Y seguía corriendo cuando sus risas, a bordo del Jaguar, me adelantaron. Y no sé si lo que he contado que ocurrió aquella tarde, ocurrió en realidad en dos o tres o cinco días. Pero la memoria concentra los sucesos con una saña esquemática, siguiendo las líneas de una primera plantilla que ordena todos mis recuerdos en una sola jornada llena de acontecimientos. Todo ocurría muy despacio hasta que empezaba a ocurrir muy deprisa y muy despacio a la vez. Y éstos eran el nombre y el adjetivo de la acción: radiante acción.

Llegué hecho un «figurín etoniano» a los apartamentos Plutón la menos idílica de las mañanas memorables: amenaza de lluvia, desconcierto de pájaros en los árboles, miradas más grises que el aire donde, a lo lejos y a cierta altura, flotaba el helicóptero chivato que vigilaba una manifestación de la que apenas se oía un vago rumor de bocinas y lemas coreados. Llamé con ademán de petimetre, seguro de que la doncella, dispuesta, vigila su enagua, ensaliva sus medias, espera ansiosa el timbrazo. Tina, la cara lavada toda pecas, bajó al cabo de media hora vestida de atracadora de bancos de los años veinte: una boina de la que asomaba por todas partes su selva de rizos, suéter, traje de chaqueta con falda de tubo muy ajustada y zapatos de medio tacón con una tira en el tobillo. El uniforme ideal para la conducción si efectivamente uno acaba de atracar un banco y sólo existe en la imaginación del celuloide. Unos libros de marketing, publicidad, inglés y relaciones públicas que llevaba bajo el brazo añadían a su porte un aire de estudiante juguetona. Nada era muy natural, pero nada importaba. Con una sonrisa invencible quiso excusar su retraso, cuando ya estaba excusado. Añadió con fastidio «es que hasta que no se me seca el pelo...», mientras me daba las llaves del coche que debía buscar en el aparcamiento. Cuando detuve el vehículo ante la puerta quise que el mundo me admirara, porque ella subió y por sus muslos ascendió la ajustada falda de tubo, y toda Tina se contorsionó al dejar los libros y el bolso en el asiento de atrás, no con la pereza invitadora con que evolucionaba en *Les Feuilles Mortes*, sino con la naturalidad de una niña malcriada que acaba aceptando su retraso, y no sabe que tiene cuerpo, y grupa en ese cuerpo, y hay poses que exaltan. Le sugerí que fuéramos a hacer las prácticas a la montaña de mi infancia. Le podría enseñar los rudimentos de la conducción sin poner en peligro la seguridad pública. Además, muy cerca de allí, se encontraban los obstáculos de prueba donde sería examinada de prácticas. Tina me confesó que ella no iba a hacer ningún examen de prácticas: un amigo ya le había conseguido un permiso de conducir en Gibraltar; pero, de todos modos, aprender tenía que aprender, y no le pareció mala idea ir hasta allí. Tina se puso unas gafas de leer, me rogó que vigilase que ningún bestia rayara el coche y se concentró en el estudio. Llegamos a la montaña esquivando atascos, manifestaciones de huelguistas y de asociaciones vecinales, comunistas y penenes, que de reparar en vehículo tan reaccionario, lo hubieran deshecho a martillazos. Tina repasaba uno de sus libros y de tanto en tanto me hablaba de su odio a madrugar (¡a mediodía!) y fruncía el ceño reflexionando antes de comentar las citas de los grandes hombres que venían en su libro de marketing:

—«Actúa sólo cuando sea beneficioso. En caso contrario, desiste». ¿Qué te parece? Esto lo dice un chino que se llama Sun Tzu y seguro que sigue tan pancho.

Como si los chinos se estuvieran dando de capones todo el día hasta que viene Sun Tzu a decirles —cambió su tono de voz por otro fantasmal—: «¡Actúa sólo en tu propio beneficio!». «¡Actúa sólo en tu propio beneficio!». Aunque si te pones a darle vueltas a estas chorradas que no significan nada, pues le vas encontrando sentido. Porque a veces uno actúa sólo para fastidiarla, porque es así de cafre y no lo puede remediar. Como tú ahora, que me estás mirando las piernas, no te fijas, y nos vamos a escoñar contra ese camión.

Desde luego, Tina no veía necesario utilizar conmigo un mesurado «saber estar».

—«Actúa sólo en tu propio beneficio» —me repitió con voz lúgubre y me dio un beso en la mejilla—: Te has puesto rojo. No había para tanto. Pero mira hacia delante, porque ya ves cómo está todo.

Llegamos a la montaña. Nos ubicamos en una explanada entre campos de fútbol vallados donde otros futuros conductores eran instruidos en miserables utilitarios con un cartel en el techo. Aprendí de una indiferente Tina a no dar pábulo a los envidiosos. Tina se ajustó en el asiento del piloto con una cómica concentración e incesante movimiento de cadera y omoplato previos a una aventura inolvidable. Pulsó un botón, descapotó el Jaguar y pensé que los ciudadanos que nos rodeaban y contemplaban con ira mal disimulada iniciarían una lapidación en cualquier momento.

—Esto de subir y bajar la capota lo traía aprendido de casa. ¿Mucho mejor, no? Ahora, si quieres, me puedes mirar las piernas, pero me vas diciendo.

Saqué del bolsillo una hoja donde la noche anterior había detallado los pasos a seguir en mi singladura didáctica.

—Lo trae apuntado. Qué tierno... —escuché a mi lado.

Le advertí que esa máquina era un Jaguar, un ingenio muy potente y muy delicado a un tiempo. Tenía que tratarlo como a un cachorro, pero sabiendo que era un león con garras muy afiladas. Cualquier descuido podía ser muy grave.

—¿Quieres decir que no es coche para mí? Mirana, el de la tienda, me llama cada dos por tres para decirme lo mismo, y a ver si se lo vendo. Me dice que es mucho coche. Lo mismo que me estás diciendo tú.

—Yo me refería a que si aprietas el acelerador más de la cuenta, no lo cuentas.

—¡Qué bobo! Parece un chiste de Tomás. Pero ya sé qué quieres decir. Vamos allá.

Ese primer día le enseñé los fundamentos de la conducción, las peculiaridades de su automóvil respecto a esos fundamentos y hasta le hice dar una vuelta alrededor de la explanada. Un momento que para ella, a tenor de su expresión, fue el más emocionante de su vida.

—Arranque, gas, embrague, marcha, suelto el embrague despacio y acelerador, no mucho, porque si le doy más de la cuenta no lo cuento. —No me miraba, claro, se

mordía la lengua y acercaba la cabeza al parabrisas como si el arranque del coche dependiera del impulso de su cuerpo, o como si la graduación de sus gafas no fuera suficiente para abarcar todo el mundo que pensaba recorrer con su bólido y estaba ahí delante, virgen y amplio, y aún más adelante. No quise advertirla sobre su postura, la dama era susceptible y ya habría tiempo; además, era ella la que ahora me enternecía a mí. Sonrió cuando el coche empezó a moverse y musitó un placentero «¡Ah...!» para regresar de modo fulminante al silencio y a la seriedad en cuanto hubo recorrido el primer metro.

Tras la vuelta, mi alumna dio por finalizada la lección y me ordenó, sugiriéndolo, un paseo descapotado por aquella montaña. Después, la dejaría en la postinera academia donde cursaba sus estudios y, ya sin su presencia, llevaría el coche hasta el aparcamiento. Encendió la radio, sonaba una canción de melodía no apta para diabéticos:

—Anda, como tú. La canción habla de un tío que se llama Fernando.

—¿Y cómo lo sabes?

Un silencio tenso se hizo a mi lado. Miré a mi alumna. Se mordía los labios.

—«Hay algo en el aire esta noche. Las estrellas brillan, Fernando». —Y recibí un golpe con un libro, que resultó ser su manual de inglés—: No sirve de nada que te hagas el chulo —me dijo al poco, ante mi evidente exhibición de dominio y familiaridad por aquellos parajes reconocidos, mientras sustituía sus gafas graduadas por otras de sol, enormes e inútiles aquella mañana, y se enlazaba un pañuelo de flores al cuello. En la radio, una voz anunciaba que la canción que oíamos se llamaba «Fernando» y la cantaba el grupo Abba. Decidí dejar de hacerme el chulo, y Tina me dijo:

—Conoces muy bien todo esto.

—Me crié aquí.

—¿Aquí? ¡No me digas! ¿Dónde? —El tono de su voz era todo compasión.

—En un barrio que ya no existe.

Pareció comprender. Tras un silencio, entre vegetación, palacios y museos desiertos y miradas torvas de gitanos feroces, atletas, pedófilos, ciclistas y ancianos perdidos, Tina se quitó las gafas y acercó sus expresivos ojos miopes a un centímetro del reloj:

—Tengo tiempo. Si quieres, podemos tomar algo por aquí. Nos tenemos que conocer. Somos profesor y alumna. Pero no me llesves ni al castillo, ni a una terraza de horteras, ni nada de eso. No quiero encontrarme con nadie. Vamos a un sitio donde te conozcan y puedas hacerte el chulo de verdad. ¡Pero tampoco me llesves a un garito de quinquis!

Con aquellas explicaciones no había hecho más que confundirme; así que la acabé llevando a La Parra, el lugar donde años antes Pepito y yo pasábamos las horas

muertas mirando cómo jugaban al millón, la terraza con un emparrado donde el día del Watusi una pareja de policía se negó a saber nada de lo que estaba pasando. Recordé que el camarero de La Parra me había advertido, cuando Pepito se enfrentaba a la pasma, de que no volviéramos nunca por allí. A ver si me decía algo ahora.

Entré el coche hasta la misma terraza. El lugar, desierto como esperaba, seguía igual, quizá algo más insignificante y desolado de lo que mi fantasía me había hecho recordar. La ausencia de chapas en la gravilla delataba que no venía casi nadie. Al oír el ruido del coche, el dueño, avejentado, salió hecho una furia, pero su corazón se ablandó en cuanto el pasmo dio paso a la evidencia: lo que ese hombre veía no era fruto de los caprichos imaginativos del mucho coñac. La manera exclusiva en que su mirada sumisa se posaba en Tina hizo que el dueño no reparara en mí. Ni cuando nos sentamos, ni cuando veloz como el rayo, trajo las consumiciones y preguntó:

—¿Están haciendo una película por aquí?

Y Tina rió. Sin afirmar, ni negar, sólo reír: era una invitación a hacer creer lo que uno quiere creer, la primera lección de la mucha ciencia de aquella chica. Yo reí también, pero no le importó a nadie. El dueño de La Parra volvió a las sombras de su reducto caminando hacia atrás.

—¿Sabes que me gustaría ser actriz? Pero está muy difícil. Además, ya ves lo que hay en los cines: destape y marranadas. Que el único camino para que te den un papel y ser conocida lo tengas entre las piernas, ya se sabe. Pero que encima tengas que enseñárselo a todo el mundo, eso no.

La misma Teresa de Ávila me transmite esa opinión y no me convence tan rápido.

—Ya viste mi casa. Hago de modelo publicitaria y me va muy bien. Además, con el tiempo quiero dedicarme a oso. Pero no de chica mona, sino de publicista de verdad. Ahora he dejado un tiempo el trabajo para estudiar. Estoy estudiando mucho. Dentro de nada, vas a ver, la publicidad y los seguros serán lo mejor. Me lo han dicho.

Luchaba contra la elocuencia de mis silencios. No quería imaginar quién, cómo y dónde podría haberle soplado ese dato primordial. Tras un carraspeo, dije:

—¿Te gusta esto? Ya ves que es un sitio...

—Me encanta, de verdad. Además... —me cogió del brazo y acercó su cabeza a la mía en actitud confidencial— el hombre ese de ahí dentro te ha reconocido.

—¿Seguro?

—Clarísimo. Se lo estará contando a todo el mundo.

—Me parece que ahí dentro no hay nadie más.

—Pues se lo va a contar a todo el mundo, ya verás... —sentenció, mientras me palmeaba un muslo.

Captaba la adulación y quería seguir siendo adulado. Por otra parte, que el dueño

de La Parra me reconociera y lo contase me daba igual. Casi lo temía.

—¿Dónde estaba tu barrio?

—Por ahí. —Señalé con indolencia lo alto de la montaña—. Detrás del parque de atracciones.

—Me alegro de que te hayan ido bien las cosas... Ahora estás con lo mejor. Tomás, Carlos, Guillermo... Son gente extraña. Pero es que a mí, después de lo que he visto por esos mundos, casi todo el mundo me parece extraño. Y puestos a elegir...

—Pues no te creas... A veces echo de menos el barrio. No vivir ahí, eso no. Ni que ya no exista. Eso también me importa un pito. Me echo de menos a mí mismo imaginando que me voy antes de que me fuera.

Si sabía de qué estaba hablando, no lo dio a entender. Guardamos silencio. Bebimos despacio. Ella suspiró, mientras estiraba las piernas, abría los brazos, bostezaba, me miraba y sonreía con sus dientes algo salidos, se mordía un labio sin carmín, miraba el cielo. El cielo seguía nublado, los pájaros permanecían impasibles y mudos en alguna rama discreta. La vista desde aquel lugar ameno era pura maleza: la ruina de una casa en un declive, un somier yacente, un bidón de gasoil entre las piedras, el escorzo de un balcón con un triste geranio oscilando al viento. Yo tenía un ligero constipado que sólo me dejaba verificar que en aquel sitio había dejado de oler a basura, aunque cuando vivía en aquella montaña sólo olía a basura en verano y era su tenaz recuerdo el que te agobiaba durante meses. Sin embargo, en el silencio, en la suavidad con que se empezó a resolver cada minuto y cada gesto, supe que vivía un momento memorable. No tan potente como una nueva disposición o un suceso definitivo, un cambio que no quería serlo, un momento cómodo. Sí, ésa hubiera sido la frase: «El momento más cómodo de mi vida».

—¿No tienes curiosidad por saber una cosa? —me preguntó Tina a medio bostezo.

—¿Qué?

—De qué hablaron anoche Tomás y Guillermo.

El momento empezaba a dejar de ser cómodo.

—No sé si me importa mucho.

—Pues te tendría que importar. Mira, vamos a hacer un pacto. Si tú no cuentas nada de lo que hablamos, yo tampoco cuento nada. ¿Vale?

—No, no vale. Yo no quiero saber nada y tampoco te voy a decir nada.

—Fernando, cariño, no le busques tres pies al gato. Sólo quiero devolverte un favor, de verdad. Tú me enseñas a conducir... Mira, si quieres, hacemos otro pacto: yo soy la que cuenta. Tú no tienes que decirme nada.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque me caes bien y ellos son extraños. Tú y yo no los entendemos.



Somos más débiles. Si me entero de algo y te aviso, por lo menos, tú tomas tus medidas.

Ese zorrón me estaba asustando. Además, yo no era débil.

—No, no pongas esa cara. Si es bueno... Lo que te tengo que contar. Es bueno para ti. Ya te digo que esa gente es muy extraña. Pero a lo mejor no es tan extraña y están haciendo lo que tienen que hacer. Son directivos de un banco. Son gente preparada que qué más quisiera yo. Ricos. Y uno no se hace rico porque haga lo que no tiene que hacer. Como dice el chino ese, sólo actúan para sacar beneficio.

—¿Te importaría decirme lo que pasa? —La situación, bombardeada por los meandros discursivos de mi alumna, ya no era nada cómoda. Y yo me convertía en el chico inquieto que siempre he sido.

—Hoy Guillermo está en Madrid. Sondeando. Se van a meter en política. Carlos, Tomás y Guillermo.

—Pero ¿para qué? Son banqueros.

—Sí, y ricos y guapos. Me iba a meter yo en política con su dinero. Todo el día en la piscina me iba a pasar. Pero hoy todo el mundo se mete en política. A lo mejor es por no quedarse atrás... Pisar antes de que te pise otro... Mandar más aún, ganar más dinero aún, ser más guapos.

—Bueno, ¿y a mí eso?

—A ti eso, mucho. Carlos hace tiempo que es, pero no es, como lo hace todo él, de una de esas asociaciones políticas. Ahora dará la cara, hará un partido, no sé. Ya te digo, Carlos será el que dé la cara, Tomás manejará el cotarro del dinero y Guillermo pone la teoría y se mueve por los pasillos y eso. «No más de tres cuartillas». —Tina imitó la voz de Tomás del Yelmo con tierna ineficacia—: Eso es lo que dijo anoche Tomás. Cuando dice eso de tres folios es que habla en serio. Entonces, y ahí entras tú, le dijo a Guillermo si necesitaba un ayudante, que lo tendría que buscar ahora y tantear a ver qué tal, porque el tiempo apremia. Y Guillermo le contestó que ya tenía uno. «Para lo que me va a hacer falta, ya tengo al niño». —La imitación de Ballesta no fue mucho mejor (¡vaya actriz perdía la farándula!)—. Y espera, que no he acabado. Tomás entendió, o hizo ver que entendía, porque es mucho más zorro de lo que parece y ya lo viste, que me di cuenta, de la contraseña de los chistes que se lleva con Guillermo para que no se entere Carlos, pues Tomás hizo ver que entendía que Guillermo dijo eso porque estaba molesto de que Tomás te hubiera puesto a enseñarme a conducir. Eso delante de mí, pero qué le vamos a hacer... Guillermo dijo que no, que tú valías mucho y que te tenía toda la confianza. Para lo que se iban a embarcar, lo importante era disponer de alguien de confianza, joven, fresco, con actitud positiva, tiempo disponible y poca malicia. Que a él no le importaba que me enseñaras a conducir, si también tenías tiempo para él. Que lo que importaba era tu valía, tus ganas de aprender. Le contó cómo habías averiguado tú solo lo de la W al

ver que les preocupaba. «Espero de él lo máximo». —No puedo decir si imitaba a Ballesta o a Del Yelmo. En cualquier caso, esperaban de mí lo máximo—: Así que ya sabes. Llévame a la academia, deja el coche y prepárate, porque no vas a dormir, lo menos, hasta las elecciones, si es que hay elecciones y no nos vamos todos donde tú ya te imaginas.

No nos dijimos nada al cruzar la ciudad camino de la academia. Me sentía tan pletórico como poco dueño de la seguridad en mi eficacia durante los días venideros. Tina, que sabía estar de verdad, se figuraría mi confusión y respetaba mi silencio.

—Ya me adaptaré a tu horario. Bueno, y tú al mío. No te preocupes que todo irá muy bien. Guillermo no quiere otro ayudante y yo tampoco quiero otro profesor. Ah, dile al del aparcamiento que cuidadito con el coche. Es un tío borde.

Y se fue entre el tumulto que a esa hora entraba y salía del edificio de cristal. Era distinta a las otras chicas de la academia en la misma proporción que atraía la atención de los chicos que la miraban de reojo al pasar y fingían seguir su interesante charla: con discreción, pero de forma rotunda. Antes de que su figura me fuese negada por el oscuro pasillo tras el vestíbulo iluminado, viendo cómo miraba un aviso en el tablón de anuncios y anotaba algo, con el miedo de que se volviese y me descubriera, me pregunté cuántos años tendría. Era mayor que yo, pero cuánto, y por qué me hacía sentir esa lástima de mí mismo y de la tarde. Dejé el coche en el aparcamiento de su casa, aleccioné al guarda sobre los cuidados del vehículo, y el guarda, mientras asentía, me miraba como diciendo: «Otro imbécil...». Sí, otro imbécil, pero de la clase de imbécil a que aspiraba convertirme. Y a lo mejor alcanzaba muy pronto esa categoría de imbecilidad falsamente imbécil, o sólo imbécil para los guardas garbanceros, porque mi ascensión profesional seguía sin que hubiera hecho nada por merecerlo. La inercia de las compañías convenientes me llevaba sobre una nube y ahora iba a ser una especie de ayudante político, respaldado por la banca, un ejecutivo, a lo mejor. Algo así tendría que ser, ya era. O nunca sería. Aún estaba viendo a Ballesta acercarse a mí en el archivo y aún no había pasado el tiempo suficiente para que me despertara sudando, porque había soñado con eso.

Caminaba enardecido por los barrios altos sin asustarme de la vanidad adquirida, de una tenue malevolencia. Siempre habían estado ahí dentro, qué demonios. Al descubrirme en el centro de la ciudad, me di cuenta de que seguía sin tener ninguna obligación en lo que restaba de tarde, y la fugaz visión de una mirada que cogía la mía en el aire y se introducía en un establecimiento de bebidas me hizo imitarla. El estruendo de bocinas y de gritos y de cabezas vueltas hacia el final de las calles, mientras se apretaba el paso, eran el aviso de una nueva manifestación. Dentro del bar, no tardé ni dos copas en entablar conversación con la dama, joven, separada, que me había mirado bien. Ella, al fin y al cabo, había dejado extenuados a los camareros con un monólogo sobre los derechos de la mujer. Los pacientes servidores casi

entonaron gorgoritos tiroleses cuando la joven dama, separada, se volvió para hablar conmigo. Mi contertulia no era nada del otro mundo salvo por la insistencia en mostrar los secretos de su escote cada vez que se agachaba a coger su copa de la barra, un movimiento frecuente, y la eficacia con que manifestaba sus ganas de compartir lecho conmigo, o tan sólo ceñir un cuerpo: bajita, de cara graciosa si no estuviera trastornada, insistencia en enseñar un hombro huesudo. Yo, por mi parte, quería demostrarle a alguien que yo podía ser más puto que ella puta. Pasó la manifestación por la calle, cerraron las persianas y seguimos bebiendo y esperando. Durante las libaciones, el guiñapo amargo y yo compartimos vaguedades sobre «el cabrón de Mario», personaje al que desconocía, pero que, según palabras de la joven dama, separada, se parecía mucho a mí: un caprichoso hijo de papá, un ejemplo de esa clase social que si muestra su sensibilidad es en el culo. No tuve más remedio que darle la razón a mi compañera. La mala crianza, el juego del tenis, la práctica de la vela, nos hacía volubles a los hijos de bonísima familia. Tanto deporte nos acostumbraba a la igualdad de los cuerpos, a admirar cierta belleza viril. Pero que, en fin, había de todo. Cuando la rutina volvió a la calle, regresó el libre albedrío: una mera coartada para caer una y otra vez en la necesidad. Las últimas copas sólo fueron empujones para subir al apartamento de Elisenda, la dama joven, separada. Eso fue finalmente lo que hicimos ante su promesa de que me iba a desvirgar y mi estoicismo. Y en ese apartamento entramos, dando traspies y pateando juguetes, hasta que Elisenda se perdió por la casa y la busqué para hallarla en el suelo de una habitación infantil, llorosa y abrazada a un oso de peluche. Me animaba a dejarla sola llamándome a gritos hijoputa y violador.

Me tambaleé hacia mi hogar entre el bullicio del tránsito con una frustración de sexo insatisfecho idéntica a la del sexo satisfecho, pero impropio, y deseando topar en un callejón con el chino que había sentenciado: «Actúa sólo cuando sea beneficioso; en caso contrario, desiste».

Al entrar en casa escuché el quejido de un elefante de goma recién pisado. La visión del juguete en la penumbra del vestíbulo me atemorizó con la sensación de que entraba en el mismo lugar que había abandonado un momento antes.

—Qué hay, hombre... —me saludó Carmelo en el pasillo, tan ocupado en trasladar lo que él llamaba su taller, que no pudo o no quiso hacer deducciones sobre mi caminar. Lo que él llamaba su taller, iba a ser muy pronto la habitación de los niños. Carmelo y mi madre seguían con su vals idílico por los salones de la vida. De pronto, mi padrastro volvió a asomar la cabeza al pasillo y me hizo una inequívoca señal con el pulgar dirigido al salón: Flora, mi madre, quería hablar conmigo.

Entré en el salón esperando hallar a mi madre sola, embarazadísima y llena de enojo frente a las inquietantes rutinas telediarías, que ella veía entre imágenes como otros leen entre líneas, convencida de que el incidente ocultaba la catástrofe, el

atentado, un exterminio, y ese Papa que saludaba era el último de un mundo donde ella se atrevía a parir un nuevo hijo. Lo que me recibió en el salón fue un fogonazo de luz y las esferas sonrientes y permanentadas de unas matronas (una, la que estaba junto a mi madre, no tan matrona) sentadas en sillones en un círculo presidido por mi madre. Si esas señoras de muy mediana alcurnia se dieron cuenta de mi embriaguez, no lo manifestaron. Mi madre, tomándose a sí misma de conejillo de Indias, se embadurnaba el rostro al propio tiempo que en su discurso camuflaba con no poca habilidad las propiedades de la gama cosmética Flaubert, aleccionaba a sus iguales (iguales todas menos una, la de su lado, a la que yo estaba guiñando un ojo) en que la sonrisa de hoy puede ser la arruga de mañana y el surco atroz de pasado. De ahí a la Parca no había más que un paso, y eso si el marido no se había ido antes con otra.

—Y se van, se van... —afirmé, capitalizando mi experiencia reciente. Y todas rieron, menos la que seguía al lado de mi madre, que por fin me reconoció y se acercó a mí con su taca-taca. Era mi hermana Gracia, cruzando a la estela de mi madre y de Carmelo, el primer año de su vida.

—Espérame en la cocina, cariño —dijo mi madre, convencida de mi borrachera, y siguió aleccionando sobre el concepto hidratación durante el día y por la noche nutrición: ése era el lema en el escudo de armas de toda mujer moderna.

—Oye, tú has bebido —me dijo mi madre en la cocina, con la cara llena de crema, el vientre a punto de estallar y los puños cerrados.

—Para celebrar... —fue todo lo que pude decir.

—Ya me estropeaste una vez una reunión y ahora no me vas a estropear otra.

Y se fue.

Me encerré en mi habitación, que sentía tan de mi propiedad como el edificio de enfrente. En las paredes colgaban unos banderines multicolores de diversos clubes deportivos que mi madre había colgado allí por si venían visitas: el horrible papel pintado desnudo (y decidido por ella) no era suficiente para lo que una hipotética visita podía esperar de la alegría juvenil de un muchacho vigoroso y de carrera bancaria meteórica (aunque yo no había informado con mucha exactitud ni de mi sueldo, ni de mis quehaceres laborales). Me tumbé en la cama. El rumor de la cháchara cosmética seguía a lo lejos. Mi madre me acababa de decir que ya le había estropeado una de esas reuniones, cuando yo sólo recordaba que fui víctima de su impotencia, de sus pretensiones ridículas y de su soledad. Los productos Proust, qué lejos y qué cerca. Mi madre, cuya única conversación era el dinero, seguía en las mismas, pero en los últimos tiempos, según mi punto de vista, la necesidad se había vuelto viciosa codicia; como a mí, se le habían abierto nuevos horizontes sociales, y su urgencia era mi urgencia, pero yo sólo buscaba fascinarme, y ella sólo quería seguir desesperándose. Porque la desesperación era su medio, no la felicidad, ni la compañía, ni el sosiego. Ya no podía dar marcha atrás, hundida en la esencia

miserable de nuestra anterior vida miserable. Igual que yo, pero de otro modo: si quería tener tres hijos, era porque eso elevaba su estatus, si estaba ahorrando para el chalet, y para un nuevo piso, era porque no podía vivir sin ese horizonte, si comentaba las noticias de la televisión era porque ansiaba que los demás comprobásemos que sus opiniones eran tan buenas como las de cualquiera. Por eso no le había dicho el verdadero grado de mi ascenso, ni cuánto ganaba, porque sabía que ella le podía encontrar una mejor utilidad, porque yo era suyo, su propiedad, su lastre. Si yo fallaba era su evidencia. Y ella había hecho míos sus propios fallos, lo acababa de comprobar. Era yo el chabolista, ella nunca había sido nada, sólo era lo que sería algún día, el Día de Mañana que siempre era mañana. La cháchara cosmética se acercó, se despidió de mi madre, articulada su entonación en el tono más cursi. Se cerró la puerta de la casa. Se abrió la puerta de mi habitación. Carmelo cogía a mi madre por los hombros y la exhortaba a tranquilizarse. Gracia correteaba con su taca-taca, olfateaba el desconsuelo y lloraba.

—¿Sabes que han llamado, miserable? ¿Sabes que han dicho que mañana tienes que estar en el banco a primera hora? ¿Que dónde estabas? Y tú emborrachándote por ahí. Tú jodiéndola cuando mejor podíamos estar. Como el imbécil de tu padre. — Carmelo cogió a la niña y se la llevó al salón—. Justo en el preciso momento en que puedes hacer algo, te echas a beber. Antes, por lo menos, ibas a la biblioteca... y ahora con esas revistas de coches de lujo y bebiendo por ahí. Pero ¿qué te has creído, simple?

Me tiró una tarjeta: Guillermo Ballesta Ballesta. Banco Ciudadano.

Se arrodilló y abrazó como pudo mi cuerpo yacente.

—Yo no te quiero bajo mis faldas, Fernando. Sal por ahí y conoce a una buena chica. Eso es lo que tú necesitas. Que la primera vez sea algo bonito. Pero no te engolfes. No me hagas esto, por favor.

Sólo tenía, ahora lo veo, treinta y seis años, y ni más amor o más odio verdaderos que yo. Y su amor y su odio y sus obsesiones no me estaban dejando amar u odiar, ni simpatizar, ni proseguir en una rutina desafortunada más que con la permanencia de un muerto que flotaba y seguía flotando. Cualquier atisbo de una nueva vida, de toda esa vida que brillaba y yo intuía, me la cerraban el Watusi muerto y ella. Los dos seguíamos en ese día y amábamos y odiábamos al otro por seguir en ese día. Yo, transformando la memoria en vida inventada. Ella, amasando el olvido con vida inventada. Me acababa de confesar un secreto de familia. Mi padre se había caído de un andamio por ir borracho, pero eso ya no nos importaba a ninguno de los dos, porque vivíamos la vida inventada. Esa mañana había empezado a desear a una puta con una curiosidad más profunda que el mismo deseo, y quería, pero no podía ni mencionármelo, que el mundo se hundiera para que ella no fuese tan puta, que mi mente se confundiera para considerarla sólo la receptora involuntaria de los favores

de un amigo, ser sarcástico contra los otros y no contra mí. Y estaba luchando y seguiría luchando para no reconocerlo. Porque esa otra que me abrazaba esa noche me había enseñado con ferocidad a temer; a no sentir nada que no pudiera pensar, y a no pensar lo que me estaba vedado sentir. Esa otra, la del mundo antiguo que olía a basura, el mundo incómodo, la de los actos hechos para el propio beneficio que no hacían sino causar heridas para abrazarnos y creernos una familia.

Ella seguía llorando y me rodeaba con sus brazos. Olía al perfume de sus muestras cosméticas que con el tiempo, en su tercera o cuarta vida, en su Día de Mañana que seguía apareciendo como un Hoy, para volver a ser espejismo y otra vez Día de Mañana, le darían dinero y respeto y clase y aplomo. Seguía de rodillas en el suelo y acomodaba su postura a las imposiciones de la inmensidad de su embarazo. Carmelo daba leves golpes en la puerta y ella balbuceaba un teatral, sigiloso, «Ahora voy...». Cuando me dormí, ya hacía rato que fingía dormir. Había cerrado los ojos para no mirar los banderines en la pared con un odio y un amor verdaderos, tan inmensos y extraños como el vientre de mi madre.

¿Qué hay que hacer para meterse en política?

Ingresar en un partido político o formar uno.

¿Cómo se forma un partido político, cómo persuade a la sociedad, cómo destaca y vence?

Hacerse con los mejores amigos no es el requisito menos importante, pero hay otro esencial: el partido se ha de formar con elementos dispuestos a desarrollar una gran capacidad de trabajo, entusiastas que persigan sin descanso su propia sombra camino del poder y se instruyan de modo continuo en la más alta de las disciplinas: no dejar de hacer política, no dejar de hacer.

Cuando un poco antes o un poco después de que empezáramos a hacer política, Ballesta, al tiempo que me instruía sobre la situación nacional, me dijo que las cosas pasaban muy despacio hasta que empezaban a pasar muy deprisa, y que ése era el nombre de la acción, me puso un ejemplo.

En su campaña italiana, Napoleón, tras entrar en Lombardía y amenazar al Directorio, decide tomarse un descanso en el palacio Serbelloni. Se tumba en el lecho y repara en que es demasiado grande para él. Todas las cosas suelen ser demasiado grandes para el enano Napoleón; pero Bonaparte, que es un líder, no atribuye esa desproporción a su ínfima estatura. ¿Dónde estará Josefina? Napoleón, insomne, recela. Al día siguiente de su programado descanso escribe una ardiente carta a su amada instándole a que se reúna con él, y otra a Carnot para que investigue cautamente las razones (en especial, si esa razón es algún joven teniente) que pueda tener Josefina para no acudir al encuentro con el fogoso general.

—Eso es lo que hace el día después de conquistar Lombardía, un día de descanso en el que apenas si ha dormido la noche anterior, porque tiene mal de amores —me contaba Ballesta—: Redacta esas dos cartas y, ojeroso, asténico, revisa un poco la rutina. ¿Quieres que te siga contando lo que hizo Napoleón ese día de descanso? ¿Qué era para él supervisar la rutina?

Y me lo siguió contando. Ese mismo día de un descanso torturado por las pasiones, Napoleón dicta una orden a Bethier para que ocupe Alejandría, un informe al Directorio sobre los refuerzos que necesita con urgencia, un ultimátum al Senado de Génova a propósito de ciertos asesinatos de soldados, una carta de presentación a Murat al mismo Senado, la orden de vender los cañones que se hallan aún en la Riviera, orden a Massera de proveerse de municiones en el arsenal de Venecia, orden a Lannes de detener su avance, orden de enviar los prisioneros sospechosos a Tortona, orden de enviar una división a Tolón, conminando a Kellerman que el dinero y las tropas ya están en camino...

—Y en la biografía que leí decía: «entre otros documentos». ¿Entiendes lo que

quiero decir, Fernando? Para Napoleón, la rutina es la escalada al poder para decidir el futuro de Europa. ¡Y en el tiempo en que otros aún están afilando los lápices de la oportunidad y la conciencia!

No lo entendía, claro. Tiempo y falta de tiempo y ácida espera en el tiempo cooperaron a hacerme intuir que la acción no se entiende, ni se critica, que no se duda en la acción, la acción se hace. Durante febrero del setenta y siete se legalizaron en el país los partidos políticos y ayudé a que el Partido Liberal Ciudadano (PLC para los historiadores) se inscribiera en el Ministerio de Gobernación y sus estatutos fueran elocuentes y concisos. Me fui a vivir solo, porque ya no distinguía entre mañana y noche, y alba y crepúsculo se confundían. Supe lo que era un sobrecogedor y un candidato idóneo y un aliado y un pacto, y cómo los pactos y los huevos existen para que alguien los rompa antes o después. Supe también del ridículo tras acariciar la gloria y salvar un obstáculo tras el desaliento, y cuánto protege la falta de sentido del ridículo. Esperé con el sonambulismo de un centinela a que terminasen los saludos en vestíbulos de grandes hoteles, se concretaran citas, se medio reclamase el medio asunto, mientras en recepción el conserje y los periodistas bostezaban y, más allá de la marquesina, la lluvia acharolaba el bullicio de una ciudad cualquiera volviendo opaca la fanfarria social y extravagantes los pasos rápidos y los paraguas goteantes. Conseguí hacerme con un dominio de todas las risas falsas que pueda catalogar el ser humano. Me doctoré en reverencias. Traté de enseñar a conducir a una mantenida y ella me enseñó algo que yo no sabía, porque me atreví a responder a la pregunta «¿Qué puedo hacer por ti?». Me aficioné al alcohol y a las anfetaminas que hicieron que el día y la noche se confundieran aún más. En las cenas multitudinarias, antes y después de los brindis, supe que el plato exquisito ante mí no era más que un pez muerto y embadurnado, y a veces quería gritar. Conté dos veces la historia del día del Watusi, una primera vez y una segunda vez, que como en el resto de ocasiones, fueron primera vez en mi boca y mi cabeza. Como en un canódromo donde los galgos galopan con la lengua fuera, perseguía inútilmente un concepto, y la capacidad de trabajo no me hacía reflexionar, sino desarrollar los reflejos mentales, algo muy distinto. Y fascinaba más el intersticio entre actividades que la actividad misma, y la espera y su cristalización y la explosión de esa espera en bacanales, confesiones y máscaras que descubrían nuevas máscaras.

Todo esto sucedía y no sucedía en febrero del setenta y siete. Mientras era febrero, fue también marzo y no sé qué hubo antes o después, ni qué fue de abril, y las tensiones subían y llegaba el desaliento o la violencia y se arrancaba una careta y asomaba otra, y el movimiento continuo evitaba el desaliento y la violencia, mientras las fortificaba en su larva. Eran febrero, marzo y abril, mientras la neblinosa jornada de las primeras elecciones podía estar más cerca, pero cada vez estaba más lejos, porque lo oculto se leía en los ojos y nuestra mano derecha sabía y no sabía lo que



preparaba la mano izquierda. Se mentía tanto, que otro movimiento y otro día nos llevaban más allá de la agresividad y el desaliento. Los mutismos hablaban con elocuencia, mientras una hora de palabras nada significaba. Las pezuñas de los galgos hendían mi cabeza, la lengua bamboleándose en el aire. Los galgos perseguían a la rata grasienta de la que Ballesta me había hablado una vez.

El mismo día, pero un día muy distinto, que quizá era de noche, en que Ballesta me explicaba cuál era el nombre de la acción, me puso otro ejemplo. Éste era de los hermanos Marx:

—Groucho le dice a Chico: «Venga, más rápido». Se supone que van en coche. Y Chico le dice a Groucho: «¿Y para qué tanta prisa, jefe? No vamos a ninguna parte». ¿Sabes lo que le contesta Groucho? Groucho contesta: «Pues corramos y acabemos de una vez con esto».

Pero ¿cómo se hace un partido político?

Todos hablaban de un lugar en la Meseta, peinado por los vientos, oreado por el perfume serrano, fondo saludable de cacerías y livianos estupros y tópicos adulterios, tan cerca del cielo el selecto grupo allí reunido. Además de encajar y contabilizar en el libro mayor de la calamidad los golpes que infligían sin reposo vencedores y vencidos, justos y poderosos, amigos y enemigos de España, esa gente, en ese lugar, pensaba mucho y discutía para organizar el nuevo estado, un buen remedo o una excusa convincente, que devolviera el país al engranaje idóneo, al concierto de las naciones occidentales... Se aceptaría ser el último violín, se claudicaría percutiendo el bombo o el triángulo, se atendería la mínima sugerencia de la batuta, pero era más necesario que nunca hacer amigos. Que se rieran de nosotros, pero poco. «¡Dadles todas las canicas!», como había sentenciado un analista político desde su celda. Esa reunión importante era conocida por sus miembros como el sanedrín. La dirigía un hombre de naturaleza persuasiva y además honesto, el mejor yerno del mundo, a quien los mismos habitantes del Estado para el que deseaba lo mejor, mentaban con desprecio en un momento u otro del día. En torno a su figura, que había crecido entre las mamas peludas del antiguo régimen como un cadete humilde, listo y dispuesto a hacer lo que fuera (exactamente la idea que mi madre tenía de lo que era un hombre, y por eso todas las madres del país le adoraban en un momento u otro del día) se reunían otros como él y tan convencidos como su jefe de que romper un juramento de fidelidad a quienes habían roto un juramento de fidelidad, no era sino continuar una larga tradición política que sólo podía afeardar la conducta del desconfiado primate que había inventado los juramentos. De los allí reunidos, alguno era de la misma naturaleza que el Guía, feroces trepadores de primera generación con el pelo de la dehesa asomando por la nariz. Hace nada entonaban «Disciplina, nuestro orgullo es». Que buscasen ahora los protectores, sujetos pacientes de esa orgullosa, servil, disciplina, a los antiguos protegidos, los jefes de antaño convertidos en histéricos

carcamales. El resto de los congregados eran los de siempre. Fuera del selecto círculo habían quedado también los prohombres y aspirantes que, por cuna o trastorno mental, formaban parte de esa élite a la que se había educado dentro y fuera del país en la idea de que eran superiores al resto de la humanidad y, hasta unos meses antes, ningún episodio de su vida les había inducido a poner en duda esa premisa. Hasta unos meses antes; unos meses que habían llevado a ese momento. Porque en ese lapso que tal vez hubiera sucedido o tal vez era inminente, y quizá sea una sucesión de inciertas secuencias temporales, la agilidad artística en los malabarismos decisorios del presidente del gobierno, que no era otra la persona que dirigía el sanedrín, el que después de tantas reverencias por pasillos interminables y alfombras tupidas, en el aroma acerbo de los tapices de los despachos antiguos, en la luminosidad tecnocrática de los nuevos gabinetes, ya no tenía que inclinarse ante casi nadie, se congratulaba en exponer lo que se esperaba de ellos con la única habilidad que poseía, la única que le bastaba: nadie le iba a pillar nunca en un renuncio.

Así era el jefe, heroico paladín del mal menor, súbdito primero del monarca intachable por la gracia que emana del ansia de humana permanencia. Y el jefe, como el niño poseedor de un nuevo juego de mesa que esparce ante sus amiguitos las fichas y comprueba el brillo en los ojos de sus compañeros, la gloria que se le supone a ese nuevo escalón de poder y a ese momento histórico y, como siempre será, encuentra en la farsa su dominio, se dispone a leer esas reglas que nadie entiende a la primera y duermen, imposibles de obviar, en el fondo de la caja.

Las reglas eran éstas:

- Lograr la independencia y la unidad de la función judicial.
- Inmediata revisión del código penal.
- Salvaguardar el justo orden público.
- Consagración definitiva de la amnistía.
- Garantizar los derechos civiles.
- Desaparición de la censura de prensa y cinematográfica y control democrático de televisión y radio.
- Devolución de los derechos autonómicos a las regiones que los habían perdido.
- Regular las relaciones Iglesia-Estado.
- Sindicalismo libre.
- Coordinación de las actividades públicas y privadas en materia de sanidad nacional.
- Crear un clima de honestidad a todos los niveles.
- Incorporación de España en las Comunidades Europeas.
- Redacción de máxima urgencia de la ley electoral, y
- Legalización de todos los partidos políticos.

Entonces allí, en la casita que habitaba el sanedrín, los preclaros hombres se pusieron a jugar y a interpretar las reglas como los magos interpretan los augurios: según la necesidad. Con la conciencia, eso lo sabía el jefe, porque ése era su don, de que la correcta y atractiva manipulación de esas reglas hacía más divertido el juego. De la ley a la ley pasando por la ley. De oca a oca y tiro porque me toca. Todo sería más ameno si se manipulaba con habilidad, con la excusa más brillante, en el momento más arriesgado. Burócratas hasta la médula de una mediocridad enquistada en los pasillos oficiales como una caja de extintor, todos coincidían en que sólo se trataba de dismantelar la vieja burocracia para crear una nueva ajustada a los tiempos. Había que formar algo semejante a un parlamento y, para ello, convocar unas elecciones. Y ganarlas. ¿Y luego? «Ya veremos, ya veremos...». Ésa era su frase preferida.

Como pasa siempre, en otras casitas no muy lejanas, había otros que también querían ganar. Recién descubiertas las reglas del nuevo juego, y obviadas por las circunstancias otras reglas que no deberían ser tan importantes desde el momento en que eran ellos mismos quienes las obviaban, ex delegados universitarios de flequillo rebelde, abogados a pulso, catedráticos a pulso, algo macarras a pulso, en esos jebatos dominaba un perfil ambicioso que estaba pasando, no de la iluminación a la superstición, ni de la generosidad a la codicia y el cinismo, como la mayoría del género humano al cruzar el puente entre edades, sino de radiantes espejismos de servicio a la idea de que el poder y su práctica eran algo más que azulado humo de tabaco negro en habitaciones cerradas. Luego pasarían de la ética de la convicción a la ética de la responsabilidad, porque hay palabras para todo. A este modelo generalizado, se unía otro más sibilino de camaradas de célula con reunión en torno a la piscina de la mansión familiar y un padre socarrón que interrumpe el contubernio para interesarse, con palabras optimistas ante la difícil situación económica, por la marcha de los negocios familiares que mantenían el soleado debate clandestino de esos parias de la tierra con barquito en selecto club náutico. Esos padres dieron a sus hijos más protección e influencia de lo que a ellos les gustaría imaginar en el futuro. ¡Y qué necesarios iban a ser los donceles barbados cuando se requiriesen elementos capaces de apuñalar con guante de seda y una sonrisa en los labios, alguien que supiera idiomas, quedar bien en un banquete, revestir con ideas modernas vastos proyectos históricos que reportasen suculento beneficio y mantuvieran antiguas ventajas! En el furgón de cola estaban, aunque ellos lo ignorasen, épicos y populares, los perdedores de todas las guerras con una nube en el pasado y otra en el blanco de los ojos, y una conciencia que les empujaba a pedir a gritos una nueva oportunidad. Si las condiciones que imponían esos burócratas segundones en el poder eran reducir la pegada de los nuevos tiempos, el apoyo de la calle, la gente que corría y pedía y cantaba, les auguraba el mejor de los futuros siempre que no ocurriera lo peor y se

levantaran los sables. Ya se hablaría entonces de las verdaderas condiciones, ya dejarían los avejentados camaradas, los serenos exiliados, de aconsejar en la disciplina de partido la meliflua cautela que imponía esa hortera chusma transitoria. Era disimulo: no podían más. Luego les pasó por encima la ética de la responsabilidad y la sintética vanidad y la proteica avaricia.

En fin, las reglas del juego ya iban siendo conocidas por los elementos que integraban los partidos políticos, y los que iban a sobrevivir eran también conscientes de la flexibilidad de su aplicación. Por eso intentaban imponer su criterio en sus respectivos sanedrines. Ballesta, que me había explicado eso como me lo había explicado todo, intentaba hacer lo mismo a su regreso de Madrid en el reservado de un lujoso restaurante, con mi persona de testigo mudo y estupefacto ante la convocatoria. Para tristeza de nuestras glándulas, la hora de los tiburones en Les Feuilles Mortes había sido suspendida en aras del decoro:

—¿Qué quiere decir todo esto? —Don Tomás se refería a las reglas del juego pormenorizadas por Ballesta. Airearlas convencido en las reuniones, había dicho, daba una imagen de político moderno.

—Esto es lo que hay, más o menos. Y sería conveniente no explayarse en opiniones sinceras. Eso, tal como están los tiempos, es ser reaccionario. Y ser reaccionario, así, a palo seco, está muy mal visto. También está mal visto ser un revolucionario, pero no creo que haya problema en ese aspecto.

—Pero es que son las mismas chorradas...

Tomás del Yelmo se calló al entrar el servicio, guiado por el guardaespaldas que Carlos del Escudo había contratado para hacerse el importante, el amenazado, para dar, según sus palabras, un sello europeo a su experiencia política. Los camareros, conscientes de que nadie iba a hablar en su presencia, apresuraron la labor, dieron a catar el vino y abandonaron el reservado. Del Yelmo siguió pidiendo explicaciones:

—A ver si lo entiendo, Guillermo. Esto que has dicho son los mismos garabatos que yo veo escritos en las paredes. Todo eso de la amnistía, de la autonomía y de la W.

—Por cierto, ¿qué significa la W? —preguntó a medio masticar Del Escudo. Del Yelmo y Ballesta se miraron.

—Watteau —Ballesta me guiñó un ojo al decirlo.

—¿Y eso? —Del Yelmo, que se había dado cuenta del guiño, y sabía mi verdad, parecía entender que el comentario de Ballesta era para halagarme y además, de eso me había dado cuenta, no perdía ni una ínfima oportunidad de poner en ridículo a Del Escudo.

—Watteau es un francés —explicó Ballesta.

—¿Un reaccionario? ¿Un revolucionario? —quiso saber Del Escudo.

—Nada, que yo sepa.

—Pero ¿tenía un partido político? —la insistencia de Carlos del Escudo estaba empezando a impacientar a los otros comensales.

—No sé muy bien... —podría asegurar que Ballesta estaba a punto de echarse a reír.

—Habría que averiguarlo, Guillermo, habría que averiguarlo. —Tomás del Yelmo se secó la boca con la servilleta y se propuso dar fin a la broma—. Pero, por lo menos, Guillermo, sabrás decirnos, si yo y mi familia y, sobre todo, Carlos, que es aquí nuestro líder, no vamos a pasar por fantoches si vamos repitiendo por ahí lo que está escrito en las paredes.

—No, no, todos os seguirán considerando igual.

—¿Y cómo nos consideran ahora? —preguntó Del Escudo.

—Yo creo que muy bien —opinó Ballesta.

—¿Hasta los catalanes rojillos? ¿Todos esos que han salido de debajo de las piedras? —Del Escudo empezó a golpear los brazos de su silla de ruedas y su cara se tiñó del color que detestaba hablando del asunto que más le imponía. En nuestra ciudad, durante los últimos años de la dictadura, mientras se criticaba y capeaba la dura crisis económica y se guardaba en calcetines blindados el mucho beneficio de los tiempos de sigilosa prosperidad, cierta plutocracia y la oposición política (y sus intersecciones, que no eran pocas) habían ido desvinculándose de antiguos gestos y relaciones inconvenientes. Ahora iban revelando el negativo de alguno de sus pactos ocultos pretendiendo adorar a una virgen negra, a lemas garabateados en un macuto verde o añorando niebla, fuego y lluvia en barricadas que nunca se levantaron, un viaje a París con parada en un cine, emociones en el aire, medio polvo en el trayecto con la compañera huesuda y baja de culo. Otros, los que en principio no adoraban a esa virgen negra, o habían hecho demasiado patente aquellos ademanes que ahora todos pretendían aborrecer, parecían condenados a exiliarse intramuros de sus segundas residencias y murmurar conjeturas y el refrán «Pagando, san Pedro canta» masticando la hiel de los adioses. Del Escudo proseguía su encendida perorata enarbolando diversas piezas de la cubertería:

—Estamos perdiendo peso específico, amigos. Y eso afecta a la dignidad personal. Desde que he insinuado mi vocación política, ya me han mirado mal un par de payeses, hilanderas que hasta hace nada lavaban el algodón en Tánger y no dejaban de pedir favores. —Ballesta me explicaría más adelante que lavar el algodón en Tánger era convertir el dinero negro de las licencias de exportación del textil en dinero limpio, y que todo eso había pasado muchos años antes—: Y es que en esta ciudad, donde he vivido toda la vida, donde he dejado mi capacidad locomotriz, donde buenos amigos están a punto de ser desplazados de puestos importantes, están atentando contra la dignidad, contra lo sagrado, con la excusa democrática. Y a mí, en Madrid, se me tiene un respeto. A mí, en las reuniones del grupo Lúpulo... —Ballesta

también me explicaría que esa asociación era un germen democrático en tiempos de la dictadura: viejos compañeros de universidad se reunían para beber cerveza y hablar de todo un poco. Lo importante, como en todas las comidas, cenas y cócteles distintos, no era tanto de lo que se hablaba como quiénes seguían acudiendo y quiénes dejaban de acudir por haber caído en desgracia, o porque les había sonreído un designio superior. Según Ballesta había averiguado, en ese grupo tampoco tenían a nuestro líder en la más alta de las consideraciones, y verle una vez había bastado—: ... se me escuchaba. Yo...

—¡Eres un político, Carlos! —cortó Del Yelmo, mientras alzaba su copa.

—Sí, sí, ése es el tono —Guillermo me volvió a guiñar un ojo.

Noté la mirada de Carlos del Escudo y me sorprendí a mí mismo diciendo que muy bien.

—Si las cosas se hacen del modo correcto —afirmó Ballesta—, las aguas volverán a su cauce y todo seguirá igual.

—«Es necesario hacer lo mismo para que todo siga igual» —citó muy convencido don Carlos del Escudo.

—Por eso hay que hacer lo mismo que ellos, pero sin hacer lo mismo —retomó Ballesta con habilidad—: Hablo de lo que está escrito en las paredes. Es lo mismo y no es lo mismo.

—Lo que quiere decirnos Guillermo —Carlos del Escudo se vio en la necesidad de explicar algo que dudaba haber entendido para que los demás acabaran de convencerle—: Es que se trata de una manera de hablar para seguir hablando.

—Muy bien, muy bien, todo eso está muy claro. —El tono de Tomás del Yelmo parecía serio—. Pero ¿cómo vais a responder si se hace un partido, decís todas esas cosas de la amnistía y la autonomía, y luego vuelven los otros?

Como buen banquero, don Tomás del Yelmo no se comprometía.

—Si pasa eso, que yo no creo que vaya a pasar, les demostraremos que en ningún momento hemos dejado de ser buenos españoles —afirmó muy convencido Ballesta.

—¡Yo nunca he dejado de ser un buen español! —Carlos del Escudo se echó hacia atrás como si se encontrara ante una aparición de los Reyes Católicos.

—¿Lo ve? La paz de nuestra conciencia será la mejor demostración de patriotismo —dijo Ballesta con toda tranquilidad y bebió un sorbo de vino—. Pero ahora eso es reaccionario. Con no expresar temor alguno, se puede quedar como un señor. Hablar con los de la Asamblea de Cataluña, por ejemplo, tampoco compromete a nada. Alguno es amigo, colega... ¿Qué hay de malo en que un ex banquero se reúna con un igual, o un abogado con otro?

—Bueno, muy bien, Guillermo. —Tomás seguía con la apariencia de seriedad—: Pero ¿cómo se hace un partido político? Uno para vosotros solos.

Del Yelmo seguía desmarcándose del núcleo fundacional del partido sin fundar.

Fue entonces cuando Ballesta me miró. También me miraron Del Yelmo y Del Escudo.

—De eso nos encargamos nosotros. El caso es que ustedes aprueben un mínimo programa que les planteemos —manifestó mi superior inmediato.

Tomás del Yelmo y Carlos del Escudo me miraron. No supe por cuál de ellos expresar una mayor deferencia, a quién dirigir mi humildad. Opté por depositarla en el solomillo.

—Fernando... —Era Del Escudo. Tenía que mirarle a él—: Me gustaría saber tu opinión sobre un asunto... Tu opinión sincera, ¿de acuerdo?

Afirmé con la cabeza.

—¿Qué te parece que un minusválido como yo tenga pretensiones políticas?

Miré a Ballesta. Ballesta afirmó levemente con la cabeza. Fingí reflexionar:

—Dentro de un tiempo, señor Del Escudo, cuando pase revista a las tropas, será como un viejo combatiente. —Pausa. Sonrisa. Seguí fingiendo meditar—: Franklin Delano Roosevelt también sufrió. Y ahí lo tiene.

La boca de Del Escudo se abrió en una sonrisa satisfecha. Miró a Ballesta y a Del Yelmo. Ballesta había adivinado lo que Del Escudo me iba a preguntar; quizá porque esa temporada el futuro político estaba haciendo la misma pregunta a todos sus allegados. Ballesta me había informado también de que el caballo del hijo de don Carlos se llamaba *Franklin* en honor al político norteamericano.

—¿Sabes, Fernando, que mi hijo, que debe de ser de tu edad, tiene un caballo que se llama *Franklin*? *Franklin* se morirá de pena cualquier día, ahí, solo, en las caballerizas, porque el tonto de mi hijo...

Carlos del Escudo forzó un silencio que le hiciera olvidar un probable desengaño filial. Yo fui a lo mío:

—No sabía, no... —contesté.

—Admiro horrores a ese Roosevelt, horrores. Y a Julio César, que era maricón y ahí lo tienes. Y a Churchill, que era un borrachín y ahí lo tienes.

Escuchadas las preferencias emulatorias de nuestro líder, Ballesta se levantó, me hizo una señal con los ojos para que me levantara yo también y dejamos a los patricios atendiendo en voz baja otro asunto. Había dejado mi plato a medio comer en mi primera media comida política.

En la calle, Ballesta me dijo:

—Bueno, mamoncete, no sé si te has enterado, pero ya estás dentro.

Brotaban las primeras hojas de los árboles. Miré al cielo gris como si acabase de conquistarlo. Estaba metido en política y aún no sabía cómo hacer el partido en el que militaba.

Al día siguiente, Ballesta y yo alquilamos un local en la parte alta de la ciudad y compramos suntuoso mobiliario para la sala de espera y uno de los despachos de nuestra sede. Contundentes reproducciones de «El juramento del juego de la pelota», «Carlos I pidiendo la entrega de cinco miembros del Parlamento» y «La Libertad invita a los Artistas a participar en el XXII Salón de los Independientes», adornaron la mencionada sala y llevaron a Ballesta a exclamar: «¡Cuánta Historia!», «¡Qué contraste!», «¿Dónde encuentras mayor dimensión moral?». Mientras yo esperaba en la calle el camión de las mudanzas, a la persona que había de instalar el teléfono y a los electricistas, Ballesta, con la sien apoyada en la cristalera de una cafetería cercana y el semblante pensativo, diseñaba el logotipo del partido y su esotérica simbología. Éste fue el resultado:

W  
PLC

La W, como una gaviota en vuelo, como el bigote de Ballesta, era aprovechada por su audaz eclecticismo: «La gente ya estará familiarizada con la W de verla en las paredes. Es un tanto a nuestro favor. Un ave que vuela en pos de la libertad que todo el país anhela y cruza el limpio aire hacia el futuro. Cuanto más se eleva, más pequeña parece a los que no saben volar. ¿Has leído a Nietzsche, pollo? Pues te has quedado sin leerlo, porque mucho tiempo no vas a tener estos días». La caligrafía de las iniciales del partido era idéntica a las del banco. La mente veloz de Ballesta también inventó un lema: «¡Somos vuestra gente!».

A primera hora de la tarde, los teléfonos ya estaban instalados sobre la mesa del despacho, la línea funcionaba y Ballesta impartía órdenes a una imprenta, a una empresa de rotulación, a una tienda de máquinas de escribir, hablaba con un catedrático de derecho político de la Universidad de Deusto, con el mayordomo de don Carlos del Escudo, con la policía, con un periodista (que le colgó), con otro periodista (al que relató un chiste patentado por don Tomás del Yelmo para que el otro se riera un buen rato) y con el secretario del gobernador civil de la provincia. Yo llamé a mi madre para decirle que llegaría tarde, y ella me contestó que, si me volvía a emborrachar por esas tabernas del demonio, me estrangulaba. Ballesta intuyó mi inquietud y me dijo que los problemas con mi madre tenían fácil solución, que no me preocupara: él los resolvería muy pronto. Y me preocupé imaginando a Ballesta estrangulando a mi madre. Al propio tiempo, marcaba el número de Tina Alarcón para informarle de que ese día no iba a atender mis obligaciones didácticas. No contestaba nadie. Ballesta consultó su reloj y dijo: «Cuelga, que estará ocupada. Ya se enterará». Con la caída de la tarde, llegaron los resultados de las llamadas: en la puerta fue instalado un discreto rótulo (Partido Liberal Ciudadano), el mayordomo de



don Carlos llegó con un retrato al óleo de su amo con el bulldog *Winston* en brazos, un aprendiz vino a buscar el logotipo y volvió al cabo de tres horas con tarjetas de visita para don Carlos (secretario general), para un tío de don Carlos que fue campeón de tenis en 1912 (presidente), para Guillermo Ballesta (secretario de coordinación) y para mí (coordinación). Rellené los primeros carnets del partido en la flamante máquina de escribir, mientras Ballesta, en nombre de don Carlos, dialogaba con un periodista que dividía sus quehaceres entre las publicaciones *Fiel Infantería*, *Hospitales de España*, *Boletín del Banco Comercial Ciudadano* y *El Sibarita*.

Para *Fiel Infantería*, el supuesto don Carlos, alférez, ex banquero, ex deportista, respondió como abogado en ejercicio incisivas preguntas para la doble página «Perfiles Civiles», y no hizo sino reiterar la sacrosanta admiración que sentía por el invicto ejército español y, en tono amable, confesó una antigua afición, siempre que sus muchas tareas se lo permitían, a presenciar juras de bandera.

—Escribe ahí... «Si se me permite el humorismo, puedo decir que he jurado bandera a go-gó».

El ausente don Carlos sólo puso una pega al heroico estamento de las armas; se hacía perentoria una modernización en todos los órdenes: técnico, humano, nominal (de nóminas), evitando atentar contra el viril espíritu, el recio linaje, la gallardía, del personal en activo. Esos asuntos que, sin desear infiltrarse en los viscosos terrenos de la política, don Carlos resolvería de tener la oportunidad. «La evolución del ejército es la evolución del país». Ése era su lema.

*Hospitales de España* iba a acoger las opiniones de don Carlos en «Enfermos Ilustres». «Todo se está volviendo una infamia y no digo desde cuándo», era su conclusión. El *Boletín del Banco Comercial Ciudadano* iba a recuperar una entrevista con don Carlos publicada en 1974.

—Ya sabes... —iba dictando Ballesta—: «Fomento de las inversiones», «Confianza en la Bolsa», «Estímulo a la iniciativa empresarial», «Una luz al final del túnel de la crisis», «No dramatizar», «Las claves están ahí, sólo se necesitan las personas adecuadas para utilizarlas», etcétera, etcétera, etcétera...

Para *El Sibarita*, el fingido don Carlos se explayó en su pasada afición hípica y en lo mucho que lamentaba no poder practicarla nunca más por culpa de la terca necesidad de hacer llegar el transporte público a lugares inverosímiles. Por otra parte, si estuviera en su mano, y quizá lo iba a estar muy pronto, construiría un hipódromo por cada cien mil habitantes a fin de reactivar el sector.

—Pon ahí... «Necesitamos más cuabras, más campeones, un sello europeo...». ¿Qué mejor publicidad para nuestro país que un caballo español venza en Ascot? ¿Por qué en un país con tanta gente bajita no hay jockeys competitivos? Esta situación debe acabar. Va a acabar.

El periodista se fue con un sobre. Un empleado del Gobierno Civil llegó con otro.

El secretario del gobernador civil aplaudía la creación de opiniones sensatas y moderadas, esperaba ansioso la lectura de los estatutos del nuevo grupo y prepararía una recepción para que, en su momento, el gobernador civil saludase a los mandatarios de la nueva formación política. El empleado del Gobierno Civil se fue con un nuevo sobre. Un policía llegó con otro cuyo contenido me fue vedado. El policía se fue con un sobre más pequeño. Llamó el catedrático de Deusto. Ballesta tomó unas notas y luego me dictó una carta para diversos empresarios que, por lo visto, se estaban destacando por cierto dinamismo político dentro de la izquierda. Añadió, y yo creía que seguía dictando, que todos esos tenían de rojos lo que él de futbolista. Ballesta me dijo que me fuera a casa, me dio una copia de las llaves y me ordenó que estuviera como un clavo a las ocho de la mañana siguiente en el mismo lugar donde ahora practicaba una inclinación humillante en dirección a su persona. Cuando le dejé, Ballesta seguía al teléfono.

El día siguiente, al llegar a la sede del partido, me encontré con un empleado de la imprenta que me tendió un rollo de carteles de nuestro partido y el lema «¡Somos vuestra gente!», me ofreció también una caja de pegatinas y otras de bolígrafos, ceniceros y mecheros con el logotipo impreso. Varios empleados de una casa de muebles subieron una enorme mesa redonda, sillas, una cama, una mesita de noche y una mesa de escritorio que fui distribuyendo. A partir de las ocho y cuarto empezaron a llegar individuos de singular aire patibulario:

—Que si está el señor Ballesta por lo de las firmas de la libertad provisional.

Los tuve esperando en la puerta hasta que llegó Ballesta con un paquete de folios pautados bajo el brazo e instruyó a los delincuentes convictos: cada uno tenía doce horas para recoger cien firmas, con sus respectivos nombres, apellidos y números de carnet de identidad si querían un buen informe para el juez de quien dependía su amada libertad.

—Paráis a la gente por la calle y les preguntáis si quieren firmar contra la inseguridad ciudadana. Contra la inseguridad. No os confundáis. Si un guardia os pregunta, les decís que llamen al comisario Porreras, que él ya sabe de qué va todo esto. A las ocho y media de la tarde, todos aquí. Venga, aire, y que no vea yo ni un nombre repetido, porque aquí, mi secretario —y me señalaba, el muy malvado— tiene una mala leche que ni te la cuento.

Ballesta me informó sobre la correcta ubicación de los muebles y se encerró en el despacho. Salió al cabo de un rato.

—Vete a casa y habla con tu madre. Descansa un rato. Pasas los nombres y los carnets de identidad durante toda la noche en estos papeles oficiales. Cuando acabes te echas a dormir y luego te vas con la zorra esa. Por la tarde tenemos trabajo.

Cuando llegué a casa y vi el recibidor lleno de flores, a mi madre llorando con los brazos abiertos y a su enorme barriga aproximándose, tuve una visión y una intuición.

La intuición, que resultó ser falsa, era que alguien había muerto. La visión, que fue idiota, consistía en que el feto me abrazaba también y sentía las palabras mencionadas anteanoche como sólo una madre y un feto pueden sentir: con desgarró cósmico. Ella, hace nada una portera, acababa de hablar con el insigne abogado, el fastuoso ex banquero, el otrora audaz jinete. El hombre que muy pronto iba a ser portada de periódicos y revistas había preguntado si era ella la madre de su brazo derecho.

—Don Carlos, hijo, don Carlos del Escudo. Tengo una foto de su mujer en el *¡Hola!* Una señora elegante, elegante... ¡Qué elegante! Lo primero que me ha contado es que tiene un hijo de tu edad y que con gusto me lo cambiaba por ti. Que estás haciendo una misión importantísima que —llegada a este punto, mi madre citó—: «Te robará unas semanas». Te lo tengo dicho, Fernando, hijo, que no hay nada como la educación.

—Son diferentes que nosotros —fue lo único que pude articular ante aquel torbellino de entusiasmo. Estaba siendo raptado y mi madre parecía encantada. En el olor a flores que envolvía su euforia y mi confusión intuí la facilidad del soborno.

—Luego llaman a la puerta, ¿y qué veo? —Giró sobre sí misma para que compartiera el arrebató floral—. Y una caja de bombones suizos de una «delicatessen» —«¡Flora! ¡Estás pronunciando la palabra “delicatessen”!», pensé—: Y una carta amabilísima diciéndome que a las siete van a enviar un coche para buscar tus cosas. Yo ya lo tengo todo ahí, lavado y planchado. ¿Vas a querer los banderines?

A las ocho, con el enigma adherido al rostro, la mirada torva, el chófer de don Carlos del Escudo me ayudaba a enganchar los banderines en lo que sería mi habitación, y un cerrajero, avisado por Ballesta, preservaba la intimidad de mi nuevo habitáculo. Por muchas conjeturas que hubiera hecho sobre mi independencia, jamás caí en la cuenta de que mi primera residencia como soltero sería la sede de un partido. Reflexionaba sobre ese punto, cuando llamaron a la puerta. Los liberados provisionales me dieron las firmas y recuerdos para el señor comisario Porreras, para el señor juez y para el señor Ballesta. Al ir a prepararme para mi tarea, descubrí un nuevo objeto. Sobre mi mesa, una tarjeta con la frase «Para que no te aburras mucho» se apoyaba sobre un moderno transistor japonés. A lo mejor, hasta me divertía. Ingerí una benzedrina y me dispuse a pasar una larga noche rellenando las hojas oficiales.

Conecté la radio y, como en los viejos tiempos de soledad y azotea, sintonicé una emisora que no diluyese la concentración y facilitara mis evasiones. Ligeras melodías orquestales de los años cuarenta, comentadas por una voz de idioma desconocido, me cogieron del brazo hasta el centro del salón de baile. Entretanto, en el mundo real, favorecido por los efectos de la pastilla estimulante, tecleaba con frenesí nombres y más nombres: un ejército de involuntarios afiliados al partido desfilaban hasta las hojas que íbamos a presentar ante notario. Obviamente, estaba participando en un

proyecto cuyo único objetivo era agasajar a un tonto: don Carlos del Escudo y de la Lanza. El mismo que, gracias a un inquietante efecto óptico, me miraba fijamente desde su retrato con sonrisa de circunstancias, mientras el joven mecanógrafo añadía miembros a su proyecto político; pero también me seguía mirando si, en busca de un receso, me dedicaba a registrar los cajones de la mesa principal del despacho, la mayoría cerrados con llave, y no dejaba de seguirme hasta que me incorporaba de nuevo a mis labores. Era mi mirada la que hacía inquietante la suya, no aquella vaciedad habitual que sólo conseguía ciertos rasgos personales, de clan, cuando de aquellos ojos surgía una exigua aproximación a la lástima en el momento en que alguien decía o hacía algo impropio (no estúpido: impropio); o acompañaba esos ensayos fallidos que entre nulidades de toda categoría social suele pasar por ironía cuando no son más que espasmos de fofo desdén; o participaba de una cortesía en desuso; o se aliaba con esos ataques de airada dignidad trasnochados hasta lo ingenuo o lo radicalmente cínico. Me acordaba de aquel compañero que en el archivo me había expuesto con cierta brillantez que Carlos del Escudo podría haber sido con sus dotes el mejor guía turístico del mundo, pero no el director general del Banco Ciudadano. El empleado no conocía en persona al individuo, y había sobrevalorado las virtudes del antiguo banquero con la ayuda de la palanca con que los inferiores no amargados del todo, ni con la imaginación mutilada, aúpan y consolidan el prestigio de sus jefes para no parecer tan insignificantes ellos mismos. Porque o don Carlos se hacía el tonto delante de mí como don Tomás y Ballesta se lo hacían delante de él, o era, efectivamente, muy tonto. En ese caso, lo que el mecanógrafo anfetamínico no podía entender era que personas como Guillermo Ballesta o don Tomás, quien al fin y al cabo estaba dirigiendo un banco entre visitas frecuentes a jóvenes cortesanas que sabían estar y yacer, viajes a ese raro Sagunto, y, suponía yo, la presencia habitual en un hogar de familia numerosa, parecían entusiasmados en seguir a tan dudoso líder, o, al menos, no manifestaban una angustia excesiva al manipular material humano de tan explosiva ineptitud.

Desde luego, ocurría algo que yo ignoraba.

No, mucho peor. Ante mis propios ojos, estaban ocurriendo muchas cosas que me había empeñado en ignorar. Unos ojos que, a condición de ascender, componían una mirada tan bovina como la que me seguía observando en óleo sobre tela, con un bulldog de expresión mucho más espabilada en los brazos, desde un retrato cuyo fondo, cuando adquirí una insignificante cultura artística, averigüé copiado de *Paisaje de Hampstead Heath*, una impresión de la campiña inglesa de John Constable. Después de mirarlo tanto durante aquellos días del setenta y siete, no hace falta explicar el respingo que di al ver una reproducción del paisaje en un catálogo, pero sin don Carlos del Escudo y su bulldog. A veces pensamos que si no ha pasado lo que creemos que pasó, ni conocimos a quien creímos conocer, es muy posible que

también estemos siendo soñados por otros hasta que el sueño acabe, el otro despierte, y en el cuadro sólo quede el paisaje.

Hasta en esos detalles de ostentación pictórica se vivía del fraude. Mi lógica juvenil, que a todo encontraba explicaciones, pero a nada consistencia, no podía llegar a otra deducción: los poderosos, en su poder relativo, viven del fraude. Y el fraude consiste en hacer pensar a los demás que pueden ser mucho más peligrosos, fuertes, astutos e inteligentes de lo que son. Mi primera experiencia con un jefe, Celso, tan temido en el mundo brutal de mi infancia, me había enfrentado con un viejo lunático, dominado por su hermana. En este otro mundo, mi nueva experiencia me hacía obedecer a un narrador de chistes malos con una idea algo equivocada sobre la duración de los ardores juveniles (don Tomás), a un loco instruido (Ballesta) y a un bobo (don Carlos). De este último, sólo se podía creer que su minusvalía y dudosas consideraciones sobre la dignidad de ciertos círculos, le movían a una venganza anticipada sobre otros clanes que reclamaban un derecho al poder perdido, o sólo a su representación pública.

¿Alguien podía creer eso?

Si alguien lo creía, o disimulaba creerlo, o al menos se liaba de su utilidad es que el mundo era muy complicado. Yo, lo he dicho, estaba en una edad (muy parecida a la que ahora vivo) en la que todo parece comprenderse, todas las piezas encajan, pero uno mismo es inseguro, y me dolía no comprender o comprender demasiado. Durante el último mes, fulanas aparte, habían desfilado ante mí personajes que desconocían los favores de la normalidad y simulaban farfullar un idioma secreto, pérfidas referencias a enigmas provechosos, guiños, contraseñas: el vendedor de coches de lujo, el cura borracho que citaba a san Agustín, los policías. Eran siniestros e ineficaces, aunque seguramente la mención de su compañía encantara a muchos padres de familia. El asunto de la W, tan bien llevado por mi persona, había sido un ejemplo de que podía ser tan siniestro como ellos. Porque mientras la anfetamina me hacía llenar folios y folios y en la radio sonaba «Chattanooga-Choo-Choo» vi a mi madre persuadida y feliz, y a mí mismo convertido en algo que había deseado alcanzar, pero no en lo que había querido ser. La W, que para mi intimidad anunciaba algo innombrable, el auténtico misterio, era ahora una gaviota ridícula en un partido de sainete. Nada de eso me importaba. Estaba ahí en medio, nada más, y lo seguiría estando, porque ése era mi Día de Mañana. Tomé mi segunda pastilla, amenicé su ingestión con el trago de una botella de Armagnac que había encontrado en un cajón de la mesa principal y finalicé la relación de estafados. En la calle, amanecía. Poseído por una intuición desesperada, sintonicé la radio con brutal ansiedad. Intentaba percibir entre el ruido la canción del Watusi, mi canción, la canción que sólo había oído en boca de un gitano cojo, el único que me había hecho ver una verdad por defender una mentira, que me había dicho «separa la luz de lo negro, los muertos que

viven de los que viven sin estar muertos, el agua verde del agua clara, lo radiante». Y yo estaba en lo negro, empapado de agua verde. Sigo a vueltas con mi edad de entonces: en el mejor de los casos iba a estar así toda la vida para llegar a convertirme, con suerte, en un imbécil refinado. Fue ése el motivo, y no la explosiva combinación de anfetaminas y de alcohol, lo que me hizo bailar todas las canciones queriéndome persuadir de que todas eran la canción del Watusi. Porque yo no necesitaba conocer letras de gran tristeza y lamentarme de una manera lógica, como Ballesta añorando su viento y sus joyas. Una melodía y un ritmo originales me habían encontrado en una vigilia desolada como si lo hubieran hecho en un sueño, y lo que sonaba por la radio no hiciese más que resbalar sobre mi inconsciencia, que dio vueltas y vueltas hasta que el malva y las sombras de aquel despacho enmoquetado se volvieron figuras y luz amarilla y ya no tuve más remedio que recoger el olvido esencial y salir de allí con la rabia que da una resaca de benzedrina.

Un problema añadido es que enseguida se lo conté todo a mi pupila automovilística.

No le conté a Tina la parte amparada por el secreto profesional o la amenaza de degüello, sino lo que justificaba mi fría agitación, cierta añoranza del pasado furtivo y el aliento de coñac, y podía ser tomado como una acción de las fuerzas tectónicas de mi conciencia. Del modo más vago que pude y por la mera razón de hallarme en los últimos aledaños, los más tristes, de un proceso de intoxicación, confesé a mi alumna que necesitaba encontrar un tema, «El Watusi», para que fuera mi canción de una vez. Ella comentó que estaba loco; pero supongo que suponía que el abrir una puerta a la confianza, aunque fuera absurda, era un buen principio para informaciones de mayor sustancia que habrían de llegar. Ese segundo día mostré a Tina Alarcón el significado de las señales de tráfico. Y ella, menos simbólica, me enseñó que el pasado se inventa; y los dos dedujimos que inventar el pasado era un bálsamo para aliviar el dolor producido por reinventar de continuo el presente. Aún no habían acabado nuestras clases y ella no estaba dispuesta a preguntarme «¿Qué puedo hacer por ti?». Quedamos para otro día y ese otro día renovamos el *rendez-vous* pedagógico. El recuerdo de aquellos días anfetamínicos también me está afectando a mí ahora, mientras escribo, y me doy cuenta de lo completo e inútil que está resultando el Informe, Lector. Abandono el relato de mis clases con Tina y su resolución para más adelante: vuelvo a dejar el Jaguar en el aparcamiento y soporto de nuevo el sarcástico guiño del guarda y el comentario sobre lo espeluznante de mi cara que un Ballesta impaciente me transmite en la puerta de nuestra sede, apoyado en el morro del Mercedes.

—Mejor será que esa cara se arregle ya, porque si no te la arreglo a hostias.

Silencioso, me reinstalé en el papel de chófer. Esos días, Ballesta, movido más por lo práctico que por lo cómplice, se sentaba a mi lado, y la canción perpetua había dejado de sonar, ya que los últimos acontecimientos habían arrojado la melancolía de Ballesta por una ventanilla cualquiera. Esa tarde, nos dirigimos a un prestigioso hotel donde en el vestíbulo nos esperaba un humano barbado de la subespecie periodística. Una vez en la cafetería, él y mi jefe entablaron íntima conversación. En los círculos progresistas, en su sentido más amplio y menos exigente (puedo estar hablando de un maestro de pueblo que supiera entonar cuatro temas de cantautor y el kumbayá para luego seguir dando de palos a ignorantes y pelones hijos de la tierra) se había recuperado la costumbre que ya en tiempos de Bizancio distinguía a unos hombres de otros por el vello de su cara y hacía sospechoso de inmediato a quien no lo luciera de modo abundante. Los periodistas, adalides de la novedad en un tiempo fertilísimo en ellas, se distinguían por estar todos barbados. Al menos, los que yo tuve la oportunidad de conocer. Hasta del rostro de las mujeres periodistas colgaba una barba imaginaria que sí tenía que ver, y mucho, con la presunción de virilidad (o «de

ovarios como balones» como le oí a una atractiva corresponsal) tan extendida en el Imperio Romano de Oriente, en el fundamentalismo islámico, en la Inquisición española, en la bohemia romántica. Los periodistas se distinguían también por aparentar siempre un exceso de fatiga corporal y espiritual, nunca moral, fruto de un horario imposible, del exceso de bebida y de la autopsia practicada a hechos del pasado, que anesthesiaban la sensibilidad más despierta. También les separaba del resto de los humanos la posesión de certezas profundas, alguna de ellas escandalosa, y la seguridad de publicarlas en cuanto pudieran, o de no hacerlo por oscuros imperativos. O por el bien del pueblo. O porque no les daba la gana. De los que se aseguraron decir toda la verdad, alguno lo hizo sin demasiada especulación y ahora la sombra del resentimiento cae sobre ellos en algún lugar muy triste. Otros se limitaron al alarde, y ahí siguen.

—Yo estoy en la sección de economía, Guillermo. Y tú no estás hablando de lo bien que va un Consejo de Administración, o de lo emprendedor que es tu jefe. Me estás hablando de un partido político.

—¿Y qué diferencia hay?

—La diferencia no es sólo de sección. La información política se coge con pinzas. ¡Joder! —Y tras soltar el taco, el periodista X señaló la calle como si en ésta se demostrara a cada momento lo delicado de la situación política.

—Vamos, vamos... Escucha, X —el periodista X es ahora un importante cargo en una cadena televisiva y personaje muy secundario en este Informe para tener la descortesía de pronunciar su nombre; por eso seguirá siendo X—: Aquí está la nota. Léela, ya verás. A mí me parece que no compromete a nada. —Ballesta le tendía un sobre a X—: Y el redactado de la noticia es impecable.

El periodista Xapuró su whisky. Pidió otro. Yo me uní a su demanda y Ballesta me advirtió, girando sobre su taburete, y dando la espalda a su interlocutor, más arrinconado y solitario que nunca, de que siguiendo las normas de la más estricta urbanidad, estaba muy mal visto aprovecharse del pedido de otra persona. No tuve que pensar mucho para deducir que esa repentina chorrada no era más que un pretexto para fomentar la intimidad del periodista X en el momento de llevarse a un bolsillo de su chaqueta de pana una sustanciosa cantidad de billetes. Dejé, cómo iba a impedirlo, que Ballesta siguiera regañándome:

—Cuando alguien dice «Un whisky, por favor», tú no puedes ir y decir «Pues yo otro». Y más si tú no conoces de nada a esa persona.

—Pero si me lo acabas de presentar.

Ballesta bajó la voz, mientras el periodista X procedía a la lectura del folio que también contenía aquel sobre mágico:

—No, no te lo he presentado. Tú sólo vas a conocerlo cuando yo quiera que lo conozcas. Y hasta que ese buen hombre no acabe de leer, tú no lo conoces. Luego lo



conocerás un poquito cuando se despida. Después dejarás de conocerlo para siempre si yo no ordeno lo contrario.

El periodista X acabó de leer la futura noticia y destruyó el sobre; luego, hizo desaparecer el folio en otro bolsillo de aquella chaqueta de pana que muy pronto iba a ser de cheviot, así se había incrementado de pronto su nómina de redactor.

—Veré lo que puedo hacer —dijo el periodista X—: Habrá que darle un par de retoques, de todos modos...

—Estoy ansioso por leerlos. ¿Lo podrías sacar el martes que viene? Justo ese día.

—Es demasiado precisar. No me dejes asegurarte nada.

—Te debería un favor.

El periodista X le dio la mano a Ballesta y alzó la otra en mi dirección con recelo. Ballesta miraba la puerta giratoria del hotel, mientras parecía meditar:

—Hay algunos que les da por invertir en periódicos. ¿Para qué? Aunque sea bajo mano se va a acabar entelando todo el mundo. Esto es más fácil. Y a mí se me da mejor.

De nuevo en el Mercedes y cruzando la ciudad, Ballesta me explicó que ese subgrupo dentro de la subespecie periodística era conocido como «sobrecogedores», un neologismo que echaba por tierra el terco lugar común de que nuestro amado idioma no era apto para crear una nueva palabra uniendo dos ya existentes:

—Deja el automóvil en la bocacalle. Ese correveidile pidepán ya debe de estar cariacontecido —me ordenó, ejemplar, el filólogo Ballesta—: Ahora, vamos a bautizar a un sobrecogedor. Antes, Fernando, una cuestión: ¿Te has preguntado por qué me acompañas en estas gestiones? Quiero una respuesta.

—Para aprender y para que éstos se pongan en evidencia delante de un testigo.

—No está mal. Este hombre que vamos a ver, a lo mejor nos provoca con unas insensateces. El secreto de esas insensateces morirá contigo, Fernando. Y espero que dentro de muchísimos años. Si el secreto muere antes, también morirá contigo y será una pena. ¿Has entendido esto también?

—También.

Olor de tabaco enfriado en el altillo con sofás desvendados para parejas clandestinas que aún no han aparecido a esa hora de la tarde. En la penumbra, en el rincón más alejado de la escalera, nos esperaba el periodista Y. El periodista Y nos observaba como si quisiera alejarnos telepáticamente y contemplar desde lejos el estallido de nuestros cuerpos. Por cierto... ¡qué gracioso! En el día en que redacto estas páginas, el periodista Y es superior del periodista X en la misma empresa de comunicación. En febrero de 1977, el periodista Y no se parecía en nada al experto en economía que acabábamos de abandonar con los bolsillos llenos. Una barba exuberante apuntaba un mayor compromiso con la realidad que la recortada de X. Era aquélla una barba paulina, enrevesada, de iluminado, característica que no desmentía

la mirada: si bien presentaba las ojeras de lo que podríamos denominar fatiga de redacción, se lanzaba hacia su objetivo como un misil. Las canas y aquella mala leche en una persona todavía joven llevaban a deducir que el trato con la terrible actualidad y las personas como nosotros estaban haciendo envejecer al periodista Y a idéntica velocidad que los misiles que simbolizaban su crítica mirada sobre la hora sobrevolaban el aire y, más adelante, impulsaron su carrera hacia la cumbre profesional. Nos sentamos frente al periodista Y.

—Me he enterado de lo de la querrela —anunció Ballesta—. No sabes cuánto lo siento.

—Estoy convencido de que te estás muriendo del disgusto. —El periodista Y parecía compartir el dialecto de mi jefe—. Hemos presentado pruebas, pero el juez no está mucho por la labor.

—O la fuente periodística se ha secado... —Ballesta se puso a cantar «Por el camino verde»... y las azucenas ya están marchitas.

—Te esperaba cabrón, Boris. Pero tienes el don de superar cualquier pronóstico. ¿Boris? Aquel barbudo había llamado Boris a mi jefe.

—No me llames así, haz el favor —aclaró Ballesta como si en realidad no le importara mucho que le llamasen «Boris»—. Entre cabrones, podemos llamarnos por nuestros nombres.

—¿Quién es éste? —preguntó el periodista Y, lanzando despectivamente la punta de la barba en mi dirección.

Fernando Atienza, mi ayudante.

El gesto facial del periodista Y pareció moderarse. Instalado en un simpático escepticismo respecto a su objetivo visual, Y, redactor de una revista consagrada a desvelar escándalos recientes y otros sucedidos en la oscuridad informativa de la época histórica recién abandonada, movía una y otra vez la cabeza como diciendo «No me lo puedo creer», mientras de un agujero rodeado de espesura capilar asomaban unos incisivos amarillos que a lo mejor sonreían.

—Bueno, vamos a dejarnos de protocolos, Y. He venido a decirte que sigo tu trayectoria y la admiro. El éxito de esa revista, que habrá sorprendido a la propia empresa, a mí me ha dejado estupefacto. Es una lástima que tanto logro no se haya reflejado aún en dividendos, y más pena me da que haya huérfanos de antiguos fascistas que no tengan Virgilio para que les escriban sus eneidas y, en cambio, te tengan a ti para recordarles los fusilamientos promovidos por su difunto papá. Lo malo del caso es que también tienen una herencia que dilapidar en juicios por difamación y amigos tan poderosos como para truncar tu carrera.

—Estoy oliendo a azufre que apesta —dijo el periodista Y—. Además, no sé quién habla de promover ejecuciones.

—Historias tontas que corren por ahí, y tú lo sabes. No eres tú gente que se bebe

en los rumores. El olor a azufre es pura paranoia de reportero. El que huele a azufre es Nadal-Altafulla. ¿Por qué te metes con gente que lleva guiones en el apellido? Ese guión indica a los más prudentes que su poseedor maneja otro guión, el que dirige cada uno de nuestros actos.

—Nadal-Altafulla se compró el guión de estraperlo. Y, ahora, los hijos, que ya tienen su guioncito, se han dedicado a comprar a quien me facilitó la información.

—La compra venta, siempre la compra venta. ¿Es ésta la sociedad con la que habíamos soñado, Y?

—Lástima que tenga cierta curiosidad, porque si no me levantaba ahora mismo y me iba.

—La curiosidad es el motor de tu talento, Y. Por cierto, me han dicho que estabas escribiendo una novela. Muy interesante. ¿La has acabado?

—Me faltarán unas quinientas páginas. Pero ya llevo mil doscientas. Aún tienen que acabar de pasar algunas cosas en el país para que yo pueda tener un final.

—Los lectores estamos ansiosos por devorar tu verdad. A lo mejor me han tomado el pelo, no sé, pero también me dijeron que yo salía en esa novela. ¿Cómo es posible?

—Eres el protagonista en una de las partes: «Los años sin excusado».

—Ya hablaremos más adelante de mis protagonismos. —Ballesta deslizó un sobre a través de la mesa—. Ahora, víctimas como somos de la hora, tratemos un asunto candente.

El periodista Y miró el sobre con asco; luego, a Ballesta con furia. Se levantó sin decir nada, cargó con la media trapería mejicana que le rodeaba, bolsas, carpetas, libros y macutos, y se fue. El sobre seguía encima de la mesa. Cuando el periodista Y estaba a punto de alcanzar la escalera, Ballesta le siguió y de cuatro zancadas se plantó ante él.

—Mira, Y. Ayer me colgaste el teléfono. Hoy te levantas y te vas. ¡Pero si no sabes de qué te quiero hablar! ¿Dónde está tu curiosidad? Tú no eres un mamporrero. Tienes talento y un gran futuro. Y eso lo sé yo y lo saben todos. Jamás te ofendería como crees que te estoy ofendiendo. Anda, siéntate.

El periodista Y volvió a la mesa, descargó sus alforjas por todos lados y se sentó, mientras me miraba sin su famosa curiosidad. Ballesta, contraviniendo toda regla de educación, pedía a gritos nuevas consumiciones desde lo alto de la escalera.

—¿Hace mucho que conoces a este tipo? —me preguntó el periodista Y.

No era la primera vez que me era formulada esa pregunta. El día de la gran juerga, en el salón de baile en lo alto de la otra montaña, el individuo que me relató la anécdota de los repartidores de octavillas y los fascistas vapuleados por Ballesta, me hizo la misma pregunta. Esta vez no respondí, claro. Mi silencio no pareció importarle mucho al periodista Y, que con su mirada violenta observaba ahora cómo

Ballesta recogía el sobre de la mesa, al mismo tiempo que supervisaba el servicio de la bebida por un lento camarero octogenario. Luego, sin articular palabra, sacó del bolsillo lo que enseguida reconocí como tarjetas de visita. Eran dos. Se las extendió al periodista Y. El periodista Y las leyó. Al periodista Y se le atragantó la bebida. Una vez prevenida la asfixia, soltó una carcajada y preguntó:

—¿Liberal?

—Liberal Ciudadano —matizó Ballesta con toda seriedad.

La frecuencia de las afirmaciones de cabeza del periodista Y aumentaron. Los incisivos amarillentos asomaron un minuto, mientras su dueño realizaba el reiterado movimiento craneal. El periodista Y, contra todo pronóstico, suspiró:

—Cuando era chico —empezó a explayarse el periodista Y—, leí *Luces de Bohemia*. ¿La has leído?

Ballesta afirmó con la cabeza. También sonreía.

—Pues en *Luces de Bohemia* hay una escena en la que Max Estrella, el protagonista, el pobre y borracho Max Estrella, visita en su vía crucis nocturno a un ministro. Y resulta que Max Estrella y el ministro son amigos de juventud. El transcurrir de la vida, según la obra, había hecho de uno un bohemio en las últimas y al otro ministro. ¿Sabes qué pensé cuando leí eso?

Mientras su mano izquierda, lejos de la mirada evocadora de Y, viajaba a un bolsillo de su americana donde un momento antes había guardado el sobre, la cabeza de Ballesta negaba muy despacio. Su boca sonreía. El gesto general era de curiosidad.

—Al leer eso pensé: «Imposible. Nadie que viva como vive ése puede conocer a un ministro». ¿Te das cuenta? Nosotros, con Franco, hemos crecido en unas condiciones en que todo era inmutable. El que era ministro, ya desde pequeño iba para ministro. No teníamos nada más que esa organización fosilizada, cada uno en su casilla. Bueno, vale, luego te enterabas de que por ahí fuera las cosas funcionaban de otra manera. Pero que aquí, aquí —y el periodista Y señaló las arrugas de la moqueta roja, quemada por cien colillas—, un ministro hubiera tenido un pasado bohemio parecía imposible. Es una cosa que se lleva dentro, forma parte de tu esencia, por mucho que te hagas el enterado después. Y ahora, que veo muchas cosas, veo también —el periodista Y pronunció con énfasis—: «Guillermo Ballesta. Partido Liberal Ciudadano. Secretario de Coordinación». Y veo a quien coordinas, y veo liberal, y veo a los aviones fascistas aterrizando enmascarados en alguno de los portaaviones de los partidos democráticos y veo a la guardia mora escoltando la cabalgata electoral y veo a los Nadales-Altafulla de este mundo siendo demócratas de toda la vida, sin llevar al paredón a nadie, sin hacerse ricos con el hambre de los demás y jodiendo al que intente explicarlo, y ya lo veo todo.

—¡Eres un visionario, Y! ¡Cuánto brillo! Estoy leyendo tu próximo artículo. No se puede ser más lúcido.

—Estos quince días que nos van a dejar son como aquéllos, y volverán a ser como los otros si empieza el baile de máscaras.

—El baile ya ha empezado hace tiempo, Y. No vengas tú ahora a descubrir la pólvora.

Se hizo un silencio. El periodista Y miraba a Ballesta, que encendía un cigarro con toda tranquilidad. El periodista Y se estaba preguntando lo mismo que yo: ¿qué pretendía Ballesta? Con el humo entre los dos, Ballesta y el periodista Y se miraron, sonrieron, estallaron en una carcajada. Yo también reí un poco. Volvió el silencio y yo seguía teniendo la impresión de quien entra en la sala oscura de un cine con la película ya empezada y no entiende nada de lo que está pasando ante sus ojos.

—¿No me vas a preguntar por qué estamos aquí?

El periodista Y se retrepó en el asiento mientras un gruñido prolongado salía de aquella caverna peluda que tenía por boca. Luego habló:

—Si piensas que hay una posibilidad remota de que escriba algo sobre las presuntas bondades de ese paralítico... —volvió a leer la tarjeta con gesto de repugnancia—. Del Escudo, el abogado pollo pera, el banquero más inepto de los años sesenta, por no hablar de tus muchas faltas, Boris, es que estás tan loco que ni te das cuenta de que, mientras se pueda, no sólo se va a decir la verdad, sino que nadie se va a someter al chantaje y al soborno por quedar bien con cuatro mequetrefes. En eso estás muy equivocado.

—¿No vas a escribir nada? —preguntó entonces Ballesta.

—Nada.

Ballesta sacó el sobre del bolsillo y logró que con un movimiento decidido, pero no violento, llegara, a través de la mesa, a muy pocos centímetros del pecho del periodista Y. Antes de que el periodista Y pudiese reaccionar, Ballesta se levantó y me hizo un gesto veloz con la mano para que también me pusiera en movimiento. Como no llevaba tanto equipaje como el periodista Y, sólo tuvo que sonreír, colocarse a su lado y hablar con suavidad:

—Eso es exactamente lo que me gustaría, Y. Que no escribieras nada. Que nadie en tu revista publique nada. Que en los mentideros no se sepa nada. Nada de nada. Como puedes ver, Y, te tengo valorado en un concepto alto, muy alto. Sé que cuando abres la boca todo el mundo deja lo que está haciendo y se pone a escuchar y lo que dices va a misa. Me ha encantado el discurso de los aviones y la guardia mora. Ahora sólo falta que te puedas pagar un buen abogado y no te jodan la vida. De ese Nadal-Altafulla sí tendrías que escribir mucho más. Cuando volvamos a coincidir, puedo contarte alguna que otra cosa.

Dejamos al periodista Y en el reservado, rodeado de su instrumental periodístico, contemplando el sobre.

—¡Vaya empleo! —exclamó Ballesta, cerrando el Mercedes de un portazo.

Como no sabía a qué empleo se refería, si al suyo, o al de periodista, esperé en silencio a que me ordenara la siguiente dirección.

—La cosa es de lo más extraño. Éstos se lo están creyendo y van a hacer más daño del que parece. —Ballesta volvió la cabeza en mi dirección—: ¿Tú qué piensas?

—¿Yo? Nada.

—No, en serio. ¿Se merecen nuestros jefes que demos la cara por ellos? Ese tío de ahí arriba igual es un mamón presuntuoso, pero se lo cree. Se cree lo que está haciendo. Si no tuviera lo del juicio, nos hubiera mandado a paseo. Y uno no se puede estar gastando una millonada tapando bocas. La vida ha dejado de ser cómoda y hay que pensar más que antes. Y nuestros jefes viven de la inercia desde hace demasiado tiempo. En fin, arranca...

—¿Dónde vamos?

—Quieren ser escritores, quieren ser periodistas, quieren ser moralistas y quieren controlar el cotarro. ¡A la mierda con ellos! —El ralenti del coche justificaba la espera ante el monólogo de mi jefe. Había cambiado de tema, por si el Lector no se ha dado cuenta—: Somos una generación ambiciosa. No hemos follado bastante. Bueno, ellos... Y hemos rezado mal, porque hemos rezado mucho. Estampas del Che, estampas de la Virgen. ¿Qué diferencia hay? Y hemos leído peor. ¿Has visto qué cara ponía cuando nos contaba lo de *Luces de Bohemia*? ¿Y a mí qué me importa? ¡Cuando un cabrón te quiere sobornar tú no te pones a contarle *Luces de Bohemia*, tío primo! ¡Te vas y punto! «Hay muchas cosas que no quiero saber. La sabiduría pone límites al conocimiento». ¿Por qué digo eso? ¿Dónde vamos?

—Donde me digas...

—Mira, llévame al aeropuerto. Si estoy esta noche en Madrid, mañana a primera hora puede tomarme medidas un sastre al que dicen que va el rey. He notado que la elegancia no es un bien muy cotizado en la capital. Hay que ir disfrazado de elegante, que no es lo mismo. ¿Que todos van vestidos igual? Pues a vestirse igual. ¿Por qué? No quieras saber, Fernando, no quieras saber.

Pues yo quería saber.

Boris.

¿Boris Ballesta? ¿El camarada Boris?

El periodista Y, al que felicito desde estas páginas que nunca leerá por su magnífica posición en el mundo televisivo, nunca acabó la colosal novela en la que, imagino, iban a estar compendiados toda la sabiduría y sentimiento humanos. Una lástima. Ese volumen inacabado, si no ha sido destruido por el fuego en el que arden las ingenuidades y ambiciones juveniles, nos habría contado más sobre Ballesta. ¿Alguien pagó también al periodista Y para que no siguiera escribiendo páginas inmortales con visiones que abrieran los ojos a este ciego mundo? No lo creo. Un viento de soberbia también hinchó las velas de la nave periodística; y el tuteo con sus

contemporáneos, cuando no antiguos compañeros y camaradas, que habrían de erigirse como cocheros de esa cabalgata a la que no escoltó ninguna guardia mora, sino el constante oro, estimuló a la crema periodística a osar poder, en vista de que se podía. El antiguo compadreo con los que luego serían gobernantes alcanzó a estratos de más solera en el ejercicio del mando. Alguno de aquellos valientes periodistas dejó de beber; alguno de los que proyectaron una inmortalidad basada en el brillo de sus palabras, en el interés de sus historias y en la trascendencia de sus fabulaciones, se conformó con las inmediatas y múltiples posibilidades de gozo y venganza que otorga el reino de este mundo. El alejamiento de los políticos, el miedo y la chulería recíprocos, hizo que todos ellos aprendieran a manejar secretos. Y en secreto quedó, pues, la vida inmortal de Boris, a quien yo conocía como Guillermo Ballesta. Aún tengo que enterarme de muchas cosas esos días del setenta y siete, pero es de lamentar que «La versión de Y» no pueda ser contrastada con la que exponen estas páginas. Con esa falta de pruebas, y aunque no sea éste el caso, parece que esté pecando de ingenuo desde el punto de vista periodístico. También de tedioso y desaliñado desde la óptica narrativa: de nuevo estás viendo, Lector, cómo los acontecimientos se adelantan y suspendo en suspense. Pero ¿a quién puede importarle una descripción tan minuciosa de lo sucedido más que a mí mismo? Insisto: no es éste, aunque lo parezca, el relato de mi vida. Pero mi vida y los comentarios sobre sus estupefacciones son importantes. El asunto general es muy complicado. Ahora confieso pecar de orgullo patético y vuelvo a aquella tarde y a ese periodista Y con una cuenta pendiente con la justicia de la que nunca más se supo. Por lo menos, yo nunca supe nada más de todo ello y, por lo tanto, discúlpeme, Lector, no es importante en esta historia. Acompaño a Ballesta al aeropuerto. Ballesta me informa de que a su regreso almorzaremos con los tiburones. Me previene de que la comida puede ser de aúpa, digna de funambulistas y discretos. Me sugiere que no vuelva a presentarme con el aire de cansancio desquiciado que he lucido durante la jornada. Que deje el Mercedes en el aparcamiento junto a nuestra sede y no me vaya de juerga con él aprovechando su ausencia (en ese momento fija su vista en el cuentakilómetros). Que me tome un valium. Que descanse. Ballesta estará unos días en Madrid, y no sólo renovando el vestuario. Volverá cuando hayan salido las primeras noticias de los periodistas X e Y, y se entere de una vez por dónde van los tiros. Luego presentaremos a nuestra formación en sociedad y nos aliaremos con gente seria que no tome la acción política por una representación de fin de curso. Me sugiere que termine mis clases de circulación con la putilla. Es una pena, me dice, que no se la haya tirado, porque así podría dibujarme un mapa. Enseguida añade que habla en broma, como ya debo haber supuesto. Ballesta no aclara si la broma se refiere al dibujo del mapa, o al hecho de que no se la haya tirado. Ballesta se apea del coche y saluda a unos policías que en la época en que fui afectado por la fiebre de las

W formaban parte de la jauría que iba en pos de mi persona. Ballesta, con las manos en los bolsillos, silbando, se dirige a la terminal como quien entra en un burdel, con la conciencia tranquila o sin echarla de menos.



En aquel reservado, nadie tocaba la bullabesa.

EL PARTIDO LIBERAL CIUDADANO INICIA  
SU SINGLADURA PIDIENDO CONFIANZA  
AL HOMBRE DE LA CALLE

Bajo el lema: «Somos tu gente», una llamada sin estridencias ni alharacas, el Partido liberal Ciudadano (PLC) añade estos días su nombre al *soufflé* de iniciales, a la sopa de letras, en que vive sumergida, sin ahogarse del todo, la sociedad española. Muy pronto presenciaremos la puesta de largo de la nueva agrupación, liderada por Carlos del Escudo. Es don Carlos ex presidente del Banco Ciudadano, distinguido abogado con bufete en nuestra ciudad y vocal de la Junta Directiva del Real Club de Polo, además de ser un activo enlace entre las fuerzas democráticas durante el período histórico que acabamos de abandonar. Ahora, deja de lado alguna de sus facetas para entregarse de lleno a la política. La respuesta no se ha hecho esperar: anónimos entusiastas del bienestar y la moderación han apoyado ese proyecto desde su arranque. No nos parece a nosotros que la iniciativa sea una excentricidad del momento. Este partido se dirige al hombre de la calle, al ciudadano de a pie emprendedor que sufre la crisis económica y no se siente vinculado ni con el pasado en cualquiera de sus tendencias, ni espera un futuro de confrontación y omnipresencia de la vida política. Esta agrupación no parece, por tanto, una nueva bailarina en este interminable mareo de siglas, tendencias y arrebatos sollozantes destinados a durar unos minutos. Carlos del Escudo, miembro activo del grupo Lúpulo, ha consolidado desde hace años el retrato de hombre de buen talante, entregado al diálogo y promotor de iniciativas sociales de interés. Un hombre práctico, en definitiva, lejos de esos *striptease* coyunturales de los que insisten en la existencia de dos bandos. Ese puente que, según su opinión, quiere seguir tendiendo entre los cabos moderados de las dos Españas, entre los hombres de bien capaces de hacer avanzar la sociedad e implantar de una vez en ella un sello europeo, puede no tener en apariencia ese fácil gancho publicitario que tanto excita a los débiles de pensamiento, pero puede ser muy bien recibida por todos aquellos que siguen sordos a las trompetas patrióticas de los años triunfales, a las pancartas y aleluyas de nacionalismos radicales y otros extremismos, o a la débil oferta ideológica de algunos demócratacristianos, grupúsculos más miméticos que otra cosa. El que ha demostrado ser un magnífico profesional en otros campos puede, por qué no, fundar un buen partido. Y un buen partido, realizar un buen trabajo. Sólo una nota gris a este melódico bautizo: ¿no necesitará la nueva agrupación otro personaje con carisma para equilibrar el indudable *swing* de su actual líder y así consolidar el juego de fuerzas interno? Pese a que hemos utilizado términos navales en el titular, un partido no es un buque, y necesita más de un capitán. Una personalidad cívica de reconocida solvencia ayudaría a que una buena idea se convirtiese en una idea inmejorable. PERIODISTA X.

En aquel reservado, nadie tocaba la comida. El rostro de Guillermo Ballesta era expectante. El gesto de Carlos del Escudo, con las gafas en la punta de la nariz, inexpresivo. Tardaba siglos en leer dos recortes de prensa. La cara arrugada y patética de Tomás del Yelmo parecía divagar en otras cuestiones. Salaces, a buen seguro. Viejo verde. Carlos del Escudo seguía leyendo:

ZAPATERO A TUS ZAPATOS

Empezar con el sobado refrán castizo nos representa sanchopancescos y bonachones. Y ése no es el tono de la hora. Decirle al viento: «Los perros ladran, la caravana pasa» nos vuelve astutos. Y artera astucia es la que sobra en el remolino nacional. Añadir mirando el horizonte que el viejo tuareg ya sabe que el desierto está lleno de arena nos hace sabios. El desierto político sigue más desierto de lo que parece y sin duda repleto de arena: polvo azul de camisetas viejas, polvo blanco sobre mármol de monumentos a los caídos y al dictador, mártires de un solo bando y exterminador sistemático del otro. Hay más polvo de arena: polvo dorado de aquellos que se enriquecieron en los años sin excusado y polvo de pólvora esperando. Sí, podríamos ser bonachones, astutos o sabios, pero queremos ser quijotescos, patéticos en nuestras visiones para que todos nos digan que confundimos los molinos de viento con gigantes, cuando en realidad son gigantes como molinos de viento y maricones con cara de conejo. Nosotros, yo y mi sombra, nos conformamos con ser visionarios. Y vemos a los stukas que bombardearon Guernica aterrizando en el portaaviones democrático. Y vemos a la guardia mora escoltando la futura cabalgata electoral. ¿Están los tiempos para quijotadas,

me pregunta mi sombra? Ojalá, le respondo yo, en esa hermosa palabra de herencia árabe, ese pueblo digno que pobló esta tierra de judíos, moros y cristianos. Tenemos ante nosotros una democracia en pañales, me dice mi sombra. Y la democracia requiere un juego democrático. Un juego democrático es aprender a estar en desacuerdo sin sacar el cartucho de dinamita del zurrón de las causas perdidas, o fusilar en el foso de las partidas ganadas de antemano. En este país, ¡por fin!, se están dejando oír voces nuevas y frescas en libertad. Pero también nos tendremos que acostumbrar (¡como si no lo estuviéramos!, me dice mi sombra) a escuchar voces no tan nuevas, la ajada voz de los de siempre. Se ha fundado un nuevo partido político. El Partido Liberal Ciudadano, nada menos. Lo lidera don Carlos del Escudo y de la Lanza (me gusta esa enumeración de matamoros, de matasabios). ¿Representan al capital, al poder de tantos años? ¿Alzan la mano limpia y bien manicurada en son de paz para decir «Jau», a lo indio, o según la costumbre romana de tantos años? ¿Tan acostumbrados a lobos con piel de lobo, deberíamos agradecer su cortesía a lobos con piel de cordero? Tiempo para educarse en los mejores colegios y aprender buenos modales no les ha faltado. En fin... Les tendemos una mano para que ellos nos tiendan la que solían levantar hacia Franco, o asomaban por el lado de la palma para que les diéramos lo que sudábamos. Bienvenidos. Vamos a dejar que el pueblo hable. Y a respetar de una vez su voluntad. PERIODISTA Y.

Nadie se atrevía a tocar la bullabesa, mientras los ojos de don Carlos se alzaban muy despacio. Al salir de aquella comida, me atreví a preguntarle a Ballesta si el sobre destinado al periodista Y no tenía como fin sellar su boca.

—¡Pero si no ha dicho nada! —me contestó Ballesta con alegría—: Ha sacado un diez en el examen. El periodista Y, de opositar, hubiera sido el número uno de la promoción. Iba para ministro. Además, han salido las dos noticias juntas y con el tiempo suficiente para que me pudiese mover. Los chicos de la prensa se han comportado. El dócil y el de *Luces de Bohemia*.

Y Ballesta se echó a reír con su broma. Sin embargo, en aquel momento, en el reservado en el que nadie se atrevía a tocar la bullabesa, aunque se miraba con atención, Ballesta mantenía una silenciosa serenidad a la espera de que ocurriese lo que estaba a punto de ocurrir:

—¡Infamia! —bramó Carlos del Escudo, dando de paso una sonora palmada en la mesa que atrajo al reservado a varios camareros, al guardaespaldas y al primer *maître*. Al ver que la ira desbocada de don Carlos no cedía ante testigos, Tomás del Yelmo, el baboso, hizo un gesto con la mano y todos los subalternos retrocedieron hasta sus posiciones habituales—: ¿Cómo se atreve ese peludo, ese Landrú, a decir esas cosas de mí? ¡Yo tengo familia! ¡Y me ha llamado maricón! ¡Y me ha llamado asesino! ¡Yo no he sido nunca de la guardia mora! ¡Dios me libre! —En medio de su ataque Carlos del Escudo tomó el recorte del periodista X—. ¿Y este otro? ¿A quién necesitamos nosotros? —Carlos del Escudo lanzó los recortes sobre la mesa con gesto teatral—. ¿Es esto lo que has podido conseguir, Guillermo?

—Vamos a ver... —Ballesta empezó a hablar bajo la feroz mirada de don Carlos—: Usted, don Carlos, ha fundado un partido político llamado a los mayores logros. Ese partido, antes de alcanzar el éxito, necesita ubicarse. Un sitio desde el que empezar a trabajar. A mi modesto modo de entender, creo que estas dos noticias son inmejorables. Estamos en el juego de la política. Y a veces, en la política los elogios parecen ofensas, y al revés. Tenemos que empezar a mirar las cosas de otra manera, y ese mirar de otra manera pasa por ver el lado bueno de las cosas y no el malo. —

Ballesta, ante un confundido don Carlos, cogió los recortes de prensa y fingió revisarlos con atención—: No hace falta leer entre líneas para darse cuenta de que somos bien recibidos tanto por los moderados como por los radicales. Los dos reconocen a su modo que somos una fuerza política necesaria, que somos alguien en este mundillo. Y eso nos ubica. En este momento, en las sedes de otros partidos políticos, se están preguntando: «Don Carlos y los suyos atacan. Y les hacen caso. ¿Qué quieren?». Eso es lo que necesitamos hacerles entender: ¿Qué queremos? ¿Cuál es nuestra pretensión? ¿Nos van a sentar a su mesa y van a hablar con nosotros? Hemos conseguido, como se dice ahora, una buena imagen. Los moderados nos adoran. Los radicales nos detestan. Por fin tenemos nuestra ubicación, don Carlos. Sería distinto que estas noticias salieran dentro de un mes o dos. Pero tengo calculado que los elogios, sobre todo los personales, deben ir en progresión. Si vamos de menos a más, aún daremos la impresión de ser más fuertes. Ahora sólo hace falta seguir luchando.

—Y comer... —añadió Tomás del Yelmo—. Esta tarde hay Consejo.

—Pero, Guillermo... —Don Carlos recapacitó—: De acuerdo, está bien. Tengo que acostumbrarme a recibir palos. Pero que ese monosabio, el que parece estar de nuestro lado, se permita la desfachatez de sugerir que necesitamos un «personaje público»...

—Aquí dice... —Ballesta golpeó con el dedo índice el recorte del periódico—: «Otro personaje con carisma». A usted, don Carlos, el carisma, como el valor, se le supone. Mentira. Lo ha demostrado. —Ballesta hizo una veloz inclinación de ojos hacia la silla de ruedas—. A mí me parece que un fichaje que no comprometiera mucho no vendría mal.

—¿Que no vendría mal?

—He pensado en un Jaime de Vilabrafim, por ejemplo.

—¿Vilabrafim? ¡Pero si es un majadero y un borracho! ¡Y un putero, además!

—Bueno, bueno... —Ballesta dejó que los puntos suspensivos propiciaran un acto de contrición entre los allí reunidos. Los gerifaltes agacharon la testa maculada por el pecado de lujuria como si ese «Bueno, bueno...» lo hubiese enunciado un cardenal con los ojos entrecerrados y haciendo círculos con los pulgares. Yo pensaba en el cuerpo arrugado y fofo de Tomás del Yelmo gruñendo sobre Tina. Ballesta continuó—: Se trata de mantener una estrategia. Vilabrafim tiene buena reputación en todos los medios. Algo peculiar, pero una reputación. Lo reciben en todas partes. Además, sale mucho por la tele. Y la televisión va a ser muy importante a partir de ahora. Luego, cuando lleguen las alianzas que habrán de llegar, porque a nosotros solos, aquí, en la ciudad, nos comen, ya se verá qué hacemos. Eso si él no se va antes, después de haberse dejado ver un rato. Vilabrafim es un diletante, no lo olvidemos.

—¿También? —preguntó don Carlos escandalizado.

Ballesta lo ignoró y siguió hablando:

—No es por echarme flores, pero creo que mis gestiones en la capital no han sido vanas. Ahora sólo tenemos que hacer un poco de ruido allí, para que los provincianos de aquí se sientan heridos y nos acusen de españoles. Nos lloverán las acusaciones y habrá que encajarlas, pero nuestros futuros aliados agradecerán que les hagamos un poco de *punching-ball*, que nos situemos entre ellos y algo que no pueden entender. Ésa será, de hecho, nuestra mejor arma. Creo que tenemos que hacer una presentación del partido en Madrid cuanto antes. Un acto oficial, otro algo más festivo y usted, don Carlos, y Vilabrafim, si se nos une, una conferencia en el Club Bajo Cero que barnice intelectualmente nuestras posiciones. Ortega, Unamuno, Marañón, bueno, ya sabe... Ustedes decidirán cuándo, pero tiene que ser muy pronto.

—Cuando tú quieras, Guillermo —dijo Tomás del Yelmo, el sátiro—. Tú llevas la organización.

—Es el secretario de coordinación —enfaticó don Carlos del Escudo, y nadie supo si lo hizo para mermar o acrecentar la figura de Ballesta.

Por fin sorbíamos la exquisita bullabesa con todas las evocaciones del mar, según palabras del *maître*. La degustación era general con una sola excepción; un agitado don Carlos del Escudo que buscaba un papel entre sus ropas. Para nuestra desdicha, lo encontró:

—Estos días, le he estado dando vueltas a un par de cosas... Respecto al partido, quiero decir. Querido Guillermo, no creas que intento meterme en tu terreno, pero ya te digo, al fin y al cabo, soy el que da la cara y, bueno, es como cuando estás en un juicio. Ante un tribunal, lo importante es estar asesorado sobre el caso por tus colaboradores; pero más importante aún es sentirse cómodo para articular tu defensa con una gracia especial y de forma rotunda.

Todos sabíamos que don Carlos del Escudo no había pisado un tribunal desde la década de los cincuenta; quizá por eso el abogado buscaba unos ojos dispuestos a ejercer la función fática respecto a su discurso. Fue inútil: allí todos mirábamos el plato y lo vaciábamos con entusiasmo. Cuando don Carlos sintió expirar en su boca los motivos que le habían llevado a una reflexión, Ballesta miró a Tomás del Yelmo para que todos supieran en realidad a qué señor servía tan valiente vasallo. Una brizna de atención asomó del marasmo de senilidad al que había sido arrojado don Tomás del Yelmo por su tardía lujuria. Tomás del Yelmo reaccionó y dijo:

—Tú mismo, Carlos, dinos...

—Pues bien. —Carlos del Escudo desdobló ceremoniosamente el papel donde había inmortalizado sus pensamientos. Lo repasó. Habló—: En primer lugar, el eslogan «Somos vuestra gente» no me gusta. No me veo diciendo «Soy vuestra gente». Creo que esa gente que tú, Guillermo, dices que es nuestra, a sí misma no se considera tal. Ni quiere considerarse.

—Es una forma sencilla de decir —aclaró Ballesta—, que cuando alcancemos algún puesto de gobierno, vamos a pensar en ellos.

—¿Me estás asegurando que vamos a seguir el dicho de «Todos los del pueblo, en el pueblo»?

—Está en desuso —dijo Ballesta sin más comentario.

—¿Y qué tenemos que decir ahora?

—Somos vuestra gente.

—Me niego.

—¿Qué alternativa tienes, Carlos? —dijo Tomás del Yelmo como quien habla con un niño.

—Se me han ocurrido varias. A ver qué os parece... «Si crees en mí, vótame».

Un silencio. Ballesta, en un discreto ángulo de su persona oculto a la atención de don Carlos, dobló una cuchara de plata con ira reprimida. Ese involuntario alarde de fuerza resultó ser una buena señal, porque a punto estuve de pensar que don Carlos se había pasado también al bando del humorismo facilón, nos estaba contando un chiste y yo debía interpretar una pieza de mi repertorio de risas falsas. Me limité a afirmar con la cabeza.

—Al muchacho le gusta —dijo don Carlos, señalándome con la desesperación contenida de todo artista novato que no encuentra en su público el aplauso a una obra largo tiempo meditada.

—Aquí el muchacho no tiene ni voz ni voto —afirmó Ballesta, antes de hacer un esfuerzo para calmarse con el sano ejercicio de enderezar la cuchara bajo la mesa—. Don Carlos, efectivamente, el eslogan, como usted dice, es de fácil comprensión, pero, cómo explicarlo... Es demasiado directo, demasiado comprometido. Yo lo guardaría para utilizarlo, y esto no quiere ser el cuento de la lechera, más adelante, cuando nuestra posición en el panorama político se haya consolidado.

—Está bien, está bien... ¿Y este otro? —Don Carlos del Escudo abrió los brazos con el ademán de un director de orquesta en un *pianísimo*, esbozó una sonrisa beatífica y pronunció—: «Que corra el aire».

—¿Te encuentras mal? —preguntó entonces Tomás del Yelmo, asomando de sus pornográficos pensamientos como el cuco que sale de un reloj.

—No, no, ése es el eslogan —y don Carlos del Escudo y de la Lanza volvió a abrir los brazos muy despacio como un profesor de yoga para insistir—: «Que corra el aire».

Yo, como no tenía ni voz ni voto, ni la necesidad de enfrentar un argumento lógico a tamaña tontería, seguí afirmando alegremente con la cabeza.

En el otro lado de la mesa, don Tomás y Ballesta se encontraban en un aprieto:

—Se puede estudiar —dijo al fin don Tomás.

—No, no, se va a estudiar en profundidad —añadió Guillermo desde la tolerancia

de una úlcera incipiente.

—Bueno... —dijo un satisfecho don Carlos—: Una cosa más y acabo. ¿Te acuerdas, Guillermo, de aquellos puntos, indispensables según tú, para el funcionamiento de la democracia? Vamos, esas cosas que nos dijiste el otro día...

—Nos tendríamos que acordar todos. Son importantes. No las dije por decir. Nadie se tendría que olvidar de ellas ni por un instante.

—No me he olvidado ni mucho menos —don Carlos parecía molesto—, pero creo que un redactado más suave, con un sello europeo, menos, como te diría... «bolchevique», no le vendría mal a nuestro programa. Yo los he resumido así. Te voy diciendo.

—Diga, diga.

—Punto primero: «Libertad, pero no libertinaje» —enunció don Carlos.

—Sublime —fue el comentario de Ballesta.

—«Igualdad, pero sin revancha». Ése es el punto segundo.

—Llevo la cuenta.

—Punto tercero: «Fraternidad, pero que corra el aire». De ahí vino la idea del eslogan.

—Lo percibo.

—Punto cuarto: «Todo dentro de un orden».

—Inmejorable.

—Punto quinto: «Agentes provocadores, no».

—Sutil.

—Punto sexto: «Política económica ecuánime».

—Muy bien resumido.

—Punto séptimo: «Justicia para todos».

—Excelente.

—Punto octavo: «Fomento de la industria y de las bellas artes».

—Dos focos de riqueza importantísimos. Siga, por favor...

—Punto noveno: «*Aggiornamento*, pero sin traumas».

Se hizo un silencio. Don Carlos, satisfecho, volvía a doblar el papel. Se lo entregó a Ballesta. Ballesta, mientras se lo introducía en un bolsillo de la americana como si se tratase de un documento de valor incalculable, preguntó:

—¿No hay punto décimo?

—¿Hubiera quedado mejor?

—Más redondo.

Don Carlos recapacitó un instante y su rostro se iluminó:

—¿Qué te parece «Un sello europeo»?

—La guinda del pastel. Ahora sí que podemos calificar esta reunión de satisfactoria. Según mi opinión, claro está.

—Y según la mía —don Tomás del Yelmo se levantó—: Os voy a tener que dejar. A ver, Guillermo. Esta tarde tengo reunión del Consejo. Mañana salgo para Sagunto. Luego llega el fin de semana, que igual sigo en Sagunto, porque tengo que estar otra vez el lunes allí. Cuando vuelva, Guillermo, nos vamos a Madrid y quiero que todo esté organizado. ¿Estás de acuerdo, Carlos?

—Y preparado para lo que sea.

Guillermo se levantó también:

—Tendremos los actos organizados, las tarjetas enviadas, los discursos a punto y el protocolo afinado. ¿Llamo a Vilabrafim? ¿Lo intento convencer?

—Si no hay más remedio... —dijo un don Carlos, que se veía mejor desembarcando solo.

—Pues déjenlo todo en mis manos.

—Nos vamos a hacer oír. Lo estoy sintiendo. —Don Carlos cerró los puños, sacudía los hombros.

Estuve a punto de levantar los brazos para no dejar a don Carlos tan solo en su entusiasmo.

Una vez en la sede de nuestro partido y desde la puerta del despacho principal, Ballesta lanzó a la papelera con suprema habilidad los pensamientos de don Carlos del Escudo hechos una bola. Las leyes de la balística se unieron a la intención del tirador y el programa de nuestro líder entró con limpieza en la diana. Sin darme un respiro, ni dárselo él, Ballesta me mostró un listado con nombres y direcciones de la capital. Me dio las instrucciones para que redactase y mandara imprimir las invitaciones, me sugirió que estuviera siempre que fuese posible en la sede por si había alguna novedad. Si por un azar llamaba alguien para unirse al partido, que esperase al mes que viene.

—Trátalos a todos con la mayor de las cortesías. Toma los nombres y el número de teléfono. Luego cotéjalo con este otro listado, que es el de publicaciones. No vaya a resultar que algún periodista nos quiera tender alguna trampa. Si llaman oficialmente de un periódico o una revista, les dices que estamos en... Washington.

Me dijo también que no hacía falta que le acompañase al aeropuerto, porque antes tenía que reunirse con Vilabrafim. Me confesó que durante su estancia en Madrid había coincidido con él y estaba dispuesto a acompañarnos en nuestra aventura a cambio de mucho amor. Después, había tenido que llamar al periodista X para que retocara el artículo por el que se le pagaba.

—Una genialidad. Esa «nota gris» le daba una verosimilitud tremenda y a la vez hacía que Vilabrafim, que es un payaso profesional en este tipo de circos, acompañe e instruya en sus primeros pasos al payaso aficionado. Me voy. No intentes ponerte en contacto conmigo. Voy a estar en mil sitios a la vez y no me gusta que nadie me vaya siguiendo el rastro. Yo te iré llamando.

Disimulando mi euforia dije a todo «¡Oh!» y que muy bien. El hecho que don Tomás del Yelmo, el dilapidador cornudo, desapareciera unos días al misterioso Sagunto, y Ballesta a la no menos misteriosa capital, significaba música para mis oídos juveniles. Ahora el Lector verá por qué, si no lo ha imaginado.



En cuanto Ballesta desapareció en el horizonte a bordo de un taxi me lancé en busca de Tina. Por el camino ingeniaba torpes excusas. El corazón me decía que ella no iba a estar para susurrarme en el latido de vuelta que sí estaba, que no estaba, que estaba. Y no estaba. Mucho mejor. No hubiera sido muy cómodo ni para Tina ni para mí que el Otro nos encontrase juntos. O cualquier Otro entre aquellos Otros clandestinos. La cortesana se había habituado a bailar en la cuerda floja con la picardía de que una sonrisa y su elasticidad erótica lo disculpaban todo. El encuentro con Tina a solas resultaba simplemente ridículo: un plan seguro habitaría en aquella agenda de cuero desbordada de citas. Ese impulso significaba exponerme ante aquella manipuladora con la camisa abierta y un corazón encendido, yo sin aliento, ella sin pasión, cuando me había hecho a mí mismo la promesa de no seguir aquel juego de gata maula y responder con indiferencia a sus manipulaciones. Pero no estaba, y el gusano que vigilaba el coche con los ojos entrecerrados me advirtió en su habitual tono maligno que la señorita se había ido por unos días. Le puse un billete en la mano y cuando me iba a decir en justa recompensa con quién se había marchado, me adelanté para avisarle de que mi soborno y su dato abyecto no guardaban relación. Lo que comprobaba era silencio sobre mi presencia ahí esa tarde. El mucamo agachó las orejas.

Volví a mi hogar-sede y me encontré con don Carlos del Escudo bajo su propio retrato con bulldog y campiña plagiada. Estaba enfrascado en la lectura de *El príncipe* (a su lado, un volumen de *El principito*; un error de autodidacta) cuando se suponía que estaba en Washington; es decir, en ninguna parte. Tardó en advertir mi presencia. Las ideas de Nicolás de Maquiavelo volaban del libro a un cuaderno de notas sobre el que garabateaba frenético; luego, levantaba la vista hacia el techo al modo contemplativo. Fue en uno de esos vuelos cuando me descubrió. En un tono mundano, me sugirió que desapareciese. Estuve a punto de avisarle de que no cogiera el teléfono, no fuese a hacer el ridículo, pero me di cuenta de que lo había descolgado. Quizá su único deseo fuese que nadie interrumpiera su conversación con Maquiavelo a través de los siglos; quizá era más listo de lo que yo pensaba, y el hecho de que el teléfono comunicase dotaba a nuestra organización de una pátina de inmenso trabajo. Opté por el primer supuesto. El recuerdo de que don Carlos era el secretario general del partido y de que allí mandaba él, me empujó a mi habitación, a varios frascos con pastillas sedantes y excitantes: acababa de descubrir la perversa voluptuosidad de sus combinaciones. Tras cruzarme en el portal con el malhadado chófer de don Carlos, cargado de revistas políticas y un odio crónico hacia mi persona, regresé con agilidad a la vía pública con el fin único de darme mucha lástima a mí mismo y enfrentar lo ocurrido con Tina sobre Tina bajo Tina y a través de Tina en esos días que me había permitido completar mis clases de automoción con

una exacta respuesta a la pregunta: «¿Qué puedo hacer por ti?».

Un par de copas en la barra de un amplio café con billares remendados, sofás de falso cuero y ventiladores detenidos sobre el humo de tertulias poéticas y políticas, susurros y meriendas, flexible geometría de lugares públicos, me llevó a las últimas lecciones y a los lentos paseos por mi antigua montaña. Seguíamos con la costumbre de largos aperitivos a deshora en insólitas terrazas con panorámica, y yo, para soportar tanto presente y tan a la vez, escuchaba cómo ella reconstruía su pasado. Mis ojos se atrevían a explorar bajo su escote en el invernol y soleado mediodía con la placidez que da el beber. En la abigarrada ladera de escalonados edificios sin rastro de vanidad arquitectónica, el pueblo almuerza. A través de ventanas abiertas parpadea la luz de los telediarios, silba un canario, se asoma al exiguo balcón un viejo en pijama, y en el cielo reptan nubes sobre una ciudad con quietud de monumento funerario. El deportivo amarillo, como un guarda silencioso, está muy cerca. No hay nadie más. Tina me descubre algunos episodios de su azarosa vida, mientras yo la escucho siendo presente, presente, presente. Me cuenta que nadie que la conozca puede decir de ella que sea una puta. Que los hombres babeen, porque es como es y no como esperaban que fuese, aunque a un tiempo hace, y muy bien, lo que se espera de ella. «Convencer cada día a un público distinto es una de las cosas más importantes en publicidad, por eso sé que valgo para eso», añadía. Vino a la ciudad desde muy lejos para hacer lo que hace ahora. Contra todo pronóstico, querido Lector, estudiar algo con mucho futuro que pudiese gustarle. Entretanto, ha tenido la suerte de los que poseen dos de las virtudes fundamentales para recoger los regalos de almas agradecidas: fingir un aura de entrega, y saber «no decirlo todo». Y no dijo todo a sus familiares al hablarles de su fortuna en la ciudad, al informar de que no era ni mucha ni poca, cuando era mucha, aunque no instantánea, porque el éxito sonrío a quienes mantienen una alegre constancia.

Nueve años en la ciudad. «Vine que era una niña. Y solita». Un par de empleos en restaurantes de medio pelo con dueño baboso. Una premonición y el haber estudiado la guía de la ciudad y haberla recorrido de punta a punta para mirar, ella también, las ventanas altas de enclaves sofisticados, le llevó a contestar un anuncio en el que se requería ocuparse de un ciego con chalet y piscina. El ciego, un cuarentón lunático, según deduje, aunque Tina me lo presentó como un caballero de pies a cabeza, valoró la alegría de su voz, la risa contagiosa. En principio, la había contratado para leerle, comprar discos con música que aliviase el escozor de ortiga de sus nervios maltrechos y, en confianza, lo que despertó enseguida una divertida complicidad, espiar los turbios manejos de la criada-cocinera. Tina se disfrazó de lo buena chica que era, y muy pronto inspiró la ternura del que se había quedado ciego en accidente de tráfico. Una cena en la Costa Brava de la que los anfitriones no obviaron recordar, una vez hubo pasado todo, la recomendación hecha al huésped de quedarse a dormir,

en atención a su estado, el punto culminante de un alcoholismo eufórico por una separación mil veces deseada. En aquella curva tan conocida de los juveniles veraneos, había muerto la familia ocupante del automóvil contra el que chocó. El sujeto, en las horas amargas, echaba la culpa de su ceguera a la oculta presencia del resto de las víctimas en la oscuridad. La fragancia a pino y gasolina quemada revestía los últimos lamentos de los que se llamaban unos a otros hasta que no lo hicieron más. La súbita visión de sus restos mutilados, entre los haces de luz, mientras aún rodaba y rodaba un tapacubos y llegaba la Guardia Civil, fue la causa de que ya no deseara ver nunca. No fue aquella estampa el motivo de su ceguera, claro, sino una lesión cerebral. El ciego, en sus días con Tina, buscaba la brisa del minuto anterior a la curva y el choque, como mi madre, hacía años, me decía al abrazarme que pensase en unas horas antes, con insistencia, volver a lo que fue un ahora ligero, mientras al otro lado del tabique Juana y Juan se molían a palos por un comediscos que no funcionaba. El ciego le decía a Tina que con su risa tenía suficiente para volver a ese minuto. Palparla y follarla ya debió de ser un excedente de felicidad con el que no había contado. Ni su familia tampoco.

Las lecturas se convirtieron en revolcones y paseos por la ciudad. Tina contaba lo que veía en los escaparates y el ciego le instruía en el arte de la descripción indumentaria en las situaciones divertidas, aquellas que se salvaban del aparato social: nunca había que utilizar según qué palabras en según qué tono (*négligé*, por ejemplo) y, en cambio, uno podía servirse de otras con afectada naturalidad, de un modo brusco (bragas).

—No, tonto, no sólo me llevaba a corseterías —me advertía Tina—. Bueno, al principio sí. Era una manía que él tenía. Le ponía cachondo. Pero tenía que nombrar la ropa como a él le gustaba.

Más adelante, en otros escaparates, el ciego adivinaba las marcas, según la descripción (era de familia de joyeros). Al recordar el reflejo en el cristal de las tiendas, él le pedía a Tina que rectificase su figura si cogía algún vicio en la pose. Ahora necesitaba fingir apostura con la pasión de los que no se resignan, como un caballero. El caballero vistió a Tina en las mejores boutiques, y aunque al dirigirse a los restaurantes de moda seguía temblando en los taxis, al sentir y no poder ver el movimiento del vehículo y el sonido del motor, el ciego no daba crédito a su capacidad de olvido. Ni tampoco su familia.

Una famosa discoteca de la época organizaba viajes con figurones del momento, y el ciego entusiasta y su nueva acompañante sólo inspiraban loas de los allegados en la fabulosa campana social de arquitectos, publicistas y ociosos de las más rancias familias. En ese círculo era bien recibida cualquier persona divertida. El hijo del fenicio vendedor, la modelo eslava de origen dudoso, o el noble enloquecido criado en Marrakech en un jardín con leones enjaulados. Tina cayó en la cuenta de que todos

los divertidos, además de procurar diversión, poseían una piel perfecta, siempre sabían dónde sucedían las cosas y eran bien recibidos por alguien a quien parecían conocer de toda la vida, de una isla a otra, en su cama elástica de seguridad infinita. Sabían sacudirse con elegante disimulo el légamo de la orilla de una playa, o subir a un yate después de una zambullida en alta mar sin que el casco «les chupara las piernas» (en palabras de Tina), y la costra de residuos marinos adherida les hiciera los cortes que a ella le procuró mientras esperaba subir al barco, tan orgullosa de aquel biquini de Yves Saint Laurent. Todos se deshicieron en mohines de inquietud en torno a su cuerpo tumbado en el casco, mientras el guía la curaba, el ciego se inquietaba en un rincón y ella se moría de vergüenza sin saber cómo disculparse. Pero todo era simpatía hacia aquella joven tan mona, enfundada en los mejores trapos, demasiado envarada en la práctica del saber estar, tan de manual, la pobre, pero que cogía del brazo al ciego cuando temblaba en un avión o en el asiento de atrás de coches alquilados, o le ayudaba con la comida en un mutuo idioma secreto de pequeños contactos en el brazo que guiaba sus movimientos. Italia, Ibiza, Londres, Nueva York. Tina no dejaba de escribir postales a su familia que acababa enviándose a sí misma. Si su familia veía aquello, iba a pensar que Tina andaba haciendo lo que justamente estaba haciendo. Y era casi imposible entrar en matices con según quién.

Tina aún conservaba algún conocimiento de aquella loca gente, aunque uno tenía que saber, porque si no se lo hacían aprender enseguida, que cuando se acaba un amigo se acaban los demás. Porque las redes, invisibles para ella, sólo eran evidencias a ojos del ciego, y el interesado escándalo había llegado a su familia. Poco se tardó en saber que la lectora vivía con el accidentado, viajaba con el accidentado y, lo más grave, era una sangría constante en su cuenta corriente. Y hasta ahí podíamos llegar, porque el accidentado vivía de la generosidad de sus hermanos y de una inmensa benevolencia financiera, propiciada por lo trágico del suceso, de los que aún eran su mujer y su hijo. La familia veía en aquella conducta una mofa y la separada («un espantajo rubio de bote con más joyas que Liz Taylor») se estaba sintiendo víctima del más neurótico de los ridículos sociales. El ciego no cedió a la doble presión familiar, pero dejó de temblar en los medios de transporte para hacerlo continuamente.

—Ya ni se empalmaba —me aclaró Tina, no sé muy bien por qué.

Volvió la depresión y, una mañana en que Tina había salido de compras, el ciego se encaramó hasta el tejado subiendo por una claraboya y se tiró al suelo de cabeza. Pero allí abajo no había suelo, sino piscina. Lo que hubiese sido un golpe mortal, se convirtió en golpe a secas: una fuerte lesión en la espalda que dejó al ciego en estado de momentánea invalidez, colapsada a la familia, y a Tina fuera de juego. La familia obligó a Tina a abandonar la casa para devolverla al arroyo de donde había salido. Sin embargo, el dinero le seguía llegando en espera de la ansiada rehabilitación. Y en esa

sala de rehabilitación fue donde hasta un tiempo antes, año y pico, había estado visitando al trágico personaje. Un enésimo postoperatorio de don Carlos del Escudo, destinado a devolverle la imposible motricidad, y la silenciosa espera de Tina, mientras los viejos conocidos, el antiguo joyero y el antiguo banquero, discutían sobre esperanzas quirúrgicas, hicieron que aquella monada vestida de Chanel llegara a tutearse con don Carlos y con aquel otro pez gordo, don Tomás del Yelmo, que de vez en cuando venía a visitar a su amigo y a despachar con él un negocio común. La mirada de reojo de don Tomás coincidía a veces con la franca sonrisa de ella.

«Y el ciego delante», pensaba yo.

Tina nunca supo cómo don Tomás averiguó su domicilio. Una especie de dandi con cara de pocos amigos y fino bigote, le entregó un reloj con la tarjeta «Henri Beyle-Genève-Suisse» y el escueto nombre del director general del Banco Comercial Ciudadano. Al día siguiente llegaron unas flores. Al cabo de dos días, la llamada telefónica. Un tiempo después, la rubia de bote, «chupada como una culebra», separada del ciego, pero atenta a sus evoluciones, coincidió con Tina en la sala de rehabilitación y no montó un escándalo porque era una señora. La amenazó con denunciarla. El ciego permaneció en silencio y de pronto una nube oculta su memoria.

Por las palabras de Tina no tardé en deducir que don Tomás del Yelmo, el Otro, no era el único. Por lo menos, al principio. Durante la larga convalecencia del ciego, mientras ella vivía en el nuevo piso, antiguos compañeros de viaje a Londres, a Roma y a Nueva York, del crucero por el Mediterráneo, abandonaron alguna tarde a las damas de piel perfecta para consolar a esa chica tan mona, tan simpática, tan paleta, la pobre. Alguno le ofreció cenas, otro flores y otro compañía con unos socios árabes que solían recalar en uno de los hoteles de papá. Otro le insinuó la posibilidad de trabajar como modelo publicitaria. La experiencia había enseñado a Tina que una vocación no debe dispersarse en varias ambiciones; en cambio, el talento en estado puro exige ser polifacético.

Abandoné la cafetería, y con el espíritu en disposición demente, anduve bajo la tarde de basalto hasta llevar mi juvenil impaciencia bajo una marquesina entoldada, donde brujas con textura de papiro, estola de visón y una pieza de oro en cada centímetro de su escuálido cuerpo, atendían los maliciosos comentarios de sus *chevaliers servants*. Todo lo malo se pega, y yo a esos alfeñiques con pluma y pajarita ya les llamaba *chevaliers servants*. Fui víctima de sus comentarios mientras me sentaba en las sillas almohadilladas, alzaba un brazo y un inexpresivo camarero blanco salía del establecimiento donde otras busconas bendecidas por la luz indirecta rondaban otra hora de los tiburones. Un aroma a café tostado y especias, procedente de un colmado vecino, llegó hasta mi mente desquiciada, dialéctica a veces, elocuente otras, y se confundió con el perfume de las brujas que en oleadas me inundaba de un

olor a sentina de alcurnia. También confundió mis pensamientos y mis actos. Iba como una bala. Por eso saludé a un cantante melódico, muy de moda en aquellos años poco discretos por sus enormes y nada discretas corbatas. Un ejemplar de tan ovacionado complemento indumentario pendía de su cuello como una plomada, mientras se agachaba con exagerada cortesía para retirar la silla de una anciana señora. Al verme, el cantante me devolvió el saludo y meció en mi honor sus ojos soñadores. Ladré. El baladista se volvió, asustado y molesto. Seguí pensando.

¿Por qué Tina quiso contarme la existencia de otros Del Yelmos con la sonrisa ancha, el belfo y los pantalones caídos frente a su cama, frente a, Dios, sus piernas abiertas? Porque estaba segura de que antes o después compraría mi silencio con carne y yo era así de simplón. Porque todo el mundo lo sabía menos Tomás del Yelmo. Porque Tomás del Yelmo también lo sabía. Tina me hizo jurar que nunca contase nada, porque si no estaba perdida. Quise detectar una soledad en la que me creía experto, o quise percibir una conciencia de hielo. O lo más probable: ella también sospechaba que algo se escondía al amparo de tanto movimiento político, una ansiedad muy común. Le dije que don Tomás del Yelmo también tenía otras, porque contándolo despertaba su curiosidad y, patético, extendía un momento como quien tira de una goma que se va a partir antes o después.

—¿Otras? Bueno, ya se aburrirá. Siempre se aburren. —Tina parecía clasificarse en un grupo distinto.

Mientras Ballesta estuvo en la capital, y a la espera de que salieran las noticias de los sobornados periodista X y periodista Y, mantuve un desmedido interés en la prensa. El artículo de la revista de Y saldría la semana siguiente a la entrega del dinero con el resultado de su pagada circunspección o un enigmático remedo. Ballesta quería que la noticia del periodista X saliera el mismo día, pero X no aseguró nada. Por eso, cada mañana compraba el periódico entre fuertes palpitaciones con el fin de asegurarme de que la noticia seguía inédita y, en consecuencia, Ballesta alargaba su estancia en la capital. Sólo faltaba entonces que Tina estuviese libre. Y Tina siempre estaba libre hasta las ocho de la tarde. Pasé con Tina ocho horas de cada día de esa semana. Me contó su vida. Me preguntó mil veces por esa canción misteriosa que una mañana débil y agitada había mencionado como mi canción sin haber llegado a escucharla. Durante aquellos siete días ella siguió insistiendo, mientras yo, muerto de vergüenza y pensando en hallazgos más tangibles, me negaba a dar más datos. Ella dejó de insistir. Íbamos a comer pescado a la costa para hacer más amena la enseñanza de algo que ella sabía muy bien: cómo adelantar. Yo conducía medio camino y Tina el otro medio bajo mi atenta vigilancia. Frente al mar y la hilera de las cañas de pescadores aburridos, de las barcas azules y verdes, los colores más intensos por el vino blanco, Tina me explicó que el ciego le había enseñado que jamás se debe comer marisco en público: es de paleta y nuevo rico.

Sólo había que ver el ademán troglodita que asumía el comedor de marisco al partirlo, al hurgar en la costra, al chupar y morder. Miré a mi alrededor y todo era trogloditas de venas moradas devorando entre gruñidos. Tina y yo reímos y encargamos otra botella. Al día siguiente, visitamos de nuevo el litoral para espiar el yate de don Tomás del Yelmo, *Green Arrow*, «Flecha Verde», el mismo nombre, pero en inglés, de aquel regimiento legionario con el que Del Yelmo había llegado a la ciudad.

—¿*Green* significa verde, no? —Estábamos en el pequeño muelle del club náutico. Tina hacía visera con la mano, extasiada—: Pues podía haberle puesto *Blue*. El barco es azul. Tiene el mismo color de los ojos de Tomás. Me sorprendió el comentario y me vi diciendo:

—Pero ¿a ti te gusta Del Yelmo?

Tina, que paseaba la vista por la eslora del barco, al oír mi pregunta se volvió sorprendida. Me miró un momento como quien mira a un marciano, se cogió el pañuelo multicolor agitado por la brisa y contestó:

—Claro...

Me sentí ridículo, pero el oficio de Tina era sonreír y dulcificar esas situaciones. Lo hacía muy bien:

—Siempre me han gustado los hombres mayores.

Seguimos mirando el barco. Ella volvió a poner la mano en visera. Al cabo de un instante, como si comentara un atributo del yate, dijo:

—No sólo los mayores, ésa es la verdad.

Pero lo dijo como podría haber dicho otra cosa.

Muy cerca de ese puerto deportivo estaba la segunda o tercera residencia de don Tomás. Una de sus ocho hijas salía por la puerta de aquella casa del brazo de un peludo de gesto tan exhausto como el de ella, mientras Tina y yo, agazapados entre los setos, nos reíamos mucho.

La pareja subió a un Ochocientos cincuenta blanco desvencijado y Tina guiñó un ojo en su dirección, mientras caminaba hacia el Jaguar.

—A ver si te atreves a seguirles.

La idea no me gustaba. Para empezar, un Jaguar amarillo no es un medio de camuflaje óptimo; además, en aquel tiempo de secuestros y percances, si la hija de un banquero se daba cuenta de que la seguían era posible que se abriera una investigación, y ese entramado policial tan próximo al entorno de Del Yelmo hubiera empezado a cavilar: «Un Jaguar amarillo, un Jaguar amarillo... Señor Del Yelmo, ¿conoce a alguien que posea un Jaguar amarillo? ¿Y a una pareja que se divierte lejos de su garra maligna y posesiva?». No podía ser. Fingí prudencia extrema en los cruces, al tiempo que, con dolor, veía un gesto de decepción en el rostro de mi dama. Cuando el utilitario empezaba a perderse por la carretera en dirección a Francia y yo,

aprovechando la miopía de Tina, fingía no verlo, ella se caló las gafas, encendió un cigarro y en tono de profundo reproche me dijo:

—No has nacido tú para el espionaje...

Sí, Lector, ésa fue la palabra que pronunció: «espionaje». Ese sustantivo encierra ecos esotéricos que sólo yo percibo, pues cada vez que se pronuncia me lanzo en picado. Bien. En silencio, con cara de auténtico aventurero, inicié un eslalon entre los automóviles y eludí una vez más los insultos, las caras envidiosas, la idea de ser interceptado por una pareja de la Guardia Civil o de precipitarme de la manera más tonta al vacío en una de las curvas. Tina, que cavilaba mucho, no decía nada, y yo le descubría esa curiosidad insaciable a la que nos incita un ser muy cercano cuando cierra con siete llaves uno de los aspectos de su vida, y la malicia que nos domina cuando intuimos que podemos conocer un secreto de ese coto vedado. Ahora recuerdo la imagen, la potencia del viento, la carretera siguiendo la línea del ferrocarril, el litoral, hamacas abandonadas, perros galopando en la orilla, villas y campings cerrados, bocanadas de taller mecánico, de salitre, áreas cada vez más desiertas conforme nos distanciábamos de la ciudad, el letargo de la temporada baja, y veo a Tina babear como un lobo hambriento mientras su pañuelo aletea con furia.

Sin hacer evidente la persecución, me dejaba adelantar hasta que el Ochocientos cincuenta con la hija de Del Escudo y su presunto amante estaba bastante lejos. Luego, cuando llegábamos a algún pueblo de la costa, a sus cruces y desvíos, con la facilidad que me proporcionaba mi máquina, me acercaba hasta dejar sólo un coche entre ellos y nosotros. La broma duró cerca de una hora. A un kilómetro de Bagur, el Ochocientos cincuenta puso el intermitente y se internó en un sendero asfaltado que se adentraba en un pinar. Miré a Tina. Tina seguía con la curiosidad puesta.

A medida que progresábamos por aquel bosque umbrío, la calidad de los chalets pasó de magnífica a colosal. En mi vida había visto cosa parecida. No eran construcciones históricas que delatasen una ancestral comunión con el dinero y la naturaleza, sino elevaciones racionalistas cuya calidad parecía medirse por su juventud, su proximidad al mar y su tamaño. Las hojas habían caído sobre senderos enlosados, piscinas vacías, canchas de tenis y algún ornamento del jardín. Tímidas luces brillaban en las casas de los guardas. Los perros encadenados, auténticos protagonistas del invierno litoral, ladraban y se asfixiaban por su loco impulso. El camino se cortaba en una barrera de hierro. A su lado, una garita vacía. Más allá, y Tina lo vio para mi desdicha, el centelleo blanco del Ochocientos cincuenta.

—Desde luego, las cabras tiran al monte... —me dijo Tina con una sonrisa, que en una misión de espionaje como estábamos, no puedo dejar de calificar como enigmática—. Anda, pon la radio. Así disimulamos.

Quizá no lo crea el Lector, pero al conectar el aparato se oyó: «Hay algo en el aire esta noche, las estrellas brillan, Fernando». Tina estuvo riendo hasta que la sobresaltó



el ruido de otro coche. Tina y yo volvimos la cabeza al unísono. Un Gordini plateado, lleno de melenudos, hervía con música moderna. La bocina de los intrusos empezó a sonar como si el conductor fuera un poseso y, muy pronto, todos los ocupantes del coche empezaron a vocear los nombres de Carlangas (*sic*) y Panene (*sic*). El muchacho que acompañaba a la hija de Del Yelmo, melenudo, delgado, con un bigote que se unía a las patillas y con una sonrisa que confesaba algún tipo de familiaridad, si no con la estupidez, sí con sustancias que la procuran, apareció al otro lado de la barrera enarbolando una botella de ginebra, rebuscó bajo una piedra junto a la garita y abrió el candado, mientras respondía con gritos rituales las onomatopeyas de sus amigos. Sólo entonces reparó en nuestra presencia y, hay que decirlo francamente, le importó un pito. El Gordini avanzó a trompicones dejando a su paso gases de extrema toxicidad y un murmullo de juerga, terroríficos brazos salieron por la ventanilla del automóvil, arrebataron la botella al supuesto anfitrión. El muchacho hippy, reacio a compartir las actitudes del resto de seres humanos, se dobló de risa un buen rato, volvió a cerrar la barrera y, muy simpático y educado, se despidió de nosotros con la señal de la victoria.

Así fue transcurriendo la semana, entre bosques, fuentes, playas desiertas, carreteras junto al mar, situaciones y lugares pintorescos que Tina ya había visitado y ahora me mostraba con el mismo ademán mundano de quien se los había enseñado a ella. La séptima podía ser para mí la jornada fatal. Tina iba a conducir sola por primera vez. La llevé hasta una plaza céntrica. Le señalé un recorrido y le dije que esperaba en esa misma esquina. En cuanto la vi arrancar con cara de aventura y el motor medio calado, el Jaguar dando saltos como una pulga, y sortear de milagro una furgoneta cuya tripulación llenó la plaza de silbidos y obscenidades, tuve la certeza de que no iba a verla nunca más. La noche anterior había calculado (y anotado: lo que me valió una ofrenda de los labios de la bella) que, siguiendo el trayecto a una velocidad prudente, el Jaguar iba a tardar veinte minutos en hacer el recorrido. A la media hora, Tina no había llegado y yo encendía un cigarro con la colilla del anterior. Al cabo de una hora, con las manos en los bolsillos, en actitud de leve indolencia y sano fatalismo, empecé a bajar la calle en dirección al puerto. Una vez en el muelle, me arrojaría a las aguas. Al cabo de una hora y cinco minutos, un Jaguar, perseguido por un estrépito de bocinazos, frenó con brusquedad a mi lado. Una Tina envanecida agitaba con orgullo tres multas en su mano como si fueran una banderola. Con un rápido movimiento de sus simetrías, tan gráciles y expertas, Tina se trasladó de asiento y me invitó a tomar el volante. Antes de que fuéramos linchados por la multitud, puse el coche a salvo en una esquina. Tina no cesaba de reír.

—Me he vuelto como loca. Pero creo que ya está.

—¿Seguro?

—Claro, ahora sólo es cuestión de coger la práctica.

—¿Y las multas?

—Ah, las multas... Por las multas no te preocupes. —Los temibles boletos fueron a parar a una guantera que parecía un muestrario de perfumería—: Se las doy a un amigo que se las cuele a no sé quién.

Agaché la cabeza. Una mano caliente me levantó la barbilla y me obligó a mirar en dirección a unas enormes gafas de sol.

—Dime una cosa, bobo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. Dime qué puedo hacer por ti. —Y se sacó las enormes gafas para que el lascivo candor de sus ojos disipase cualquier duda.

Nada más evocar aquella descarada proposición, abandoné sin pena a las damas arrugadas y a sus zánganos. Empecé a vagar sin rumbo por calles donde la proximidad de la noche evaporaba los vehículos. El alcohol duplicaba la luz de los faros y de rótulos de comercios que se iban apagando con estertor intermitente; la confusión difuminaba aquel parpadeo final, la histeria anfetamínica se sobrecogía con cada cierre de puertas metálicas. Al ritmo de mis pasos, me repetía «Hay que ser puta. Se tiene que ser puta. Más puta, la buscas, y no la hay». La desaparición de ruido de fondo hacía que oyese la arritmia generalizada de mi callejeo. Abrí una puerta pública y bajé escaleras de vértigo para encontrarme en un establecimiento algo *camp* lleno de música moderna y de peludos de buena familia. La favorable posición social de sus papás, la fuerza de la costumbre, no fue óbice para que miradas burlonas censurasen mi atuendo: traje y corbata de corte clásico, muy alejada de los cánones de la moda y seguidora fiel de la estética de Ballesta, que odiaba los pantalones de campana y las solapas anchas tanto como odiaba a la gente. Que la corbata no estuviese en su lugar, mi camisa y mi chaqueta llenas de manchas, mis ojos fueran tizones y me hubiese dirigido a la barra con la decisión y urgencia de quien va a matar al camarero, tampoco despertó entre los asiduos gran simpatía hacia mi persona. En cambio, ellos a mí me resultaban indiferentes, y si esperaban que alguien tan acostumbrado a que se rieran de él y de su atuendo se mostrase algo molesto perdían el tiempo. Reclamada la consumición, ingerida sin disimulo una benzedrina y solicitado un nuevo whisky, porque sabe Dios qué pasó con el primero, logré ahuyentar de mi mente ideas fijas que sólo conseguían tercas variaciones sobre la misma melodía: «Más puta y no lo cuenta. Superputa. Más puta que estos mamones y que yo jodido. Requeteputa». Sonreí recordando la victoria provisional que supuso responder a la pregunta: «¿Qué puedo hacer por ti?».

La mucha experiencia de Tina en recónditos lugares de la zona alta facilitó las cosas, y ahora yo estaba en ese extraño lugar, envuelto en reverberaciones subacuáticas, manchas blancas ondulándose en el mosaico, semidesnudo, cerrando el albornoz más por frío que por pudor, contemplándola. Entre ella y yo, una enorme

mampara de cristal. Tina, en el agua, ascendía en vertical y asomaba de tanto en tanto la cabeza a la superficie, respiraba y bajaba buceando a intuir lo que debería ser mi borrosa figura a través de su miopía y el cristal. Saludaba, se alejaba en el azul, movía las piernas con escueta precisión y el reflejo de la luz de los focos hacía brillar su bañador blanco y su piel como una aparición. Era otra, ideal, esbelta y perfecta bajo el agua.

Sabía muy bien a lo que ella se refería cuando me preguntó: «¿Qué puedo hacer por ti?»; pero sabía aún mejor que yo no podía comportarme como los demás y responder a mis impulsos en competencia y sociedad mancomunada con una pandilla de bisontes gruñidores que entraban y salían de Tina como de sus lujosos despachos. Quizá le iba a parecer muy tonto, pero no temía perder más de lo que ya había perdido. Desde el día del Watusi, cuando Pepito y yo nos colamos en los baños junto a la playa para que el Superman se cebara con nosotros, jamás pude olvidar la vida que estaba viendo, mientras me hablaban de muerte. Y la vida eran esos cuerpos femeninos a través del cristal de la piscina, los movimientos sinuosos rodeados de constelaciones de burbujas, lo que yo asocié con el sexo más allá del sexo, y me había acompañado siempre por encima de la obligación de obedecer impulsos de lujuria con la excentricidad de los inocentes, bombeando semen en escondites patéticos y obedeciendo por inercia a simples retos de la virilidad. Quería ver a Tina bañándose a través de un cristal, y eso era lo que ella podía hacer por mí.

—Pero esos baños están llenos de macarras y travestís. Además, Fernando, en esta época del año están cerrados seguro.

Me sorprendía de que no se sorprendiera. Era evidente que estaba más que acostumbrada a que le pidieran cosas raras, acatarlas con docilidad. Cuando ponía su cuerpo a disposición del memo de turno no se echaba atrás ni por un momento.

—Quiero verte así. —Yo también supe ponerme en mi papel.

Pasamos por su casa, consultó su agenda, hizo una llamada y me prestó el bañador de algún despistado prohombre amigo de las detonancias tropicales. Ahora la tenía allí delante, bajo el agua, haciendo señas a nadie: me indicaba que subiese hasta el borde de la piscina. Llegué al recinto vacío con un velado eco de los últimos chapoteos apagándose en las esquinas y un socorrista adormilado en una silla de lona, muy lejos de la escalerilla niquelada, donde una Tina sujeta con ambas manos me buscaba achicando los ojos. Cuando me tuvo cerca me miró sin decir una palabra, quizá con misterio, quizá con desafiante sarcasmo. El agua había alisado el marasmo de sus rizos y añinado su rostro aún más, lo que he dado en llamar sus simetrías eran más evidentes bajo el atrevido bañador blanco y palpitaban con lentitud rehaciéndose del esfuerzo.

—¿Ya está? —el sarcasmo iba a romper enseguida en abierta guasa.

—Ya.

—Tú mismo —y acabó de subir la escalerilla con un leve contoneo hasta situarse frente a mí.

Caminamos en silencio hasta los vestuarios. Los focos se apagaron a nuestra espalda y el clac de una batería al detenerse hizo más ostensible el silencio. Lo que había confundido con acuática serenidad no era más que un ronroneo. Ahora sólo quedaba la torpe marcha de nuestras chancletas. Al pasar por el vestuario de señoras, abrí la boca para decirle a Tina dónde quedar y, de paso, preguntarle cómo devolver el material de baño que me habían alquilado. Para mí, cada hábito social era nuevo, complicado y embarazoso, pero la seguridad del reciente y confesado embarazo de Tina en esas lides me impulsaba a preguntar sin vergüenza, y hasta encontrar divertida la constante sensación de ridículo. Sin embargo, mi vergüenza y mi ridículo no estaban preparados para lo que vendría a continuación. No había emitido el sonido inicial de una frase, ni arrancado un gesto indicativo, cuando la mano caliente de Tina cogió la mía y tiró de ella hasta hacerme entrar en su vestuario.

Extrema soledad en el laberinto de taquillas. No se escuchaba ni el chorro de una ducha, ni un perfume reciente, sólo blancura y extrema higiene de la especie de quirófano en que el recinto se iba a convertir. Estupefacción. Ligero temblor de rodillas. Sabía lo que iba a pasar, lo sabía. Me disgustaba con el encogimiento carnal de lo premeditado; me enardecía con el fuego de lo inevitable. Radiante al fin en el resplandor de las baldosas blancas, y tan tímido.

Me llevó a una esquina de sombra. Allí me sentó. Desapareció tras una columna de taquillas y volvió sin bañador, de puntillas, sólo el rojo del esmalte de sus veinte uñas. Tenía leve la cadera, las tetas pequeñas y redondas, el cuerpo aún de niña; una peca en la ingle y otra sobre el ombligo, una cicatriz en la rodilla, el pelo del pubis drásticamente depilado en forma de triángulo. Tenía un sigiloso movimiento felino. Tenía... ¿Sigo? No. Quizá pudiera fantasear sobre cada movimiento de sus miembros, pero debo ser fiel a la verdad: había bajado la vista en cuanto Tina apareció desnuda ante mí. Por eso la escena es sólo el sonido de unos pasos, el tonto divagar sobre lo pequeños que pueden ser algunos pies, el crujir de traviesas de madera, la misma madera oscureciéndose ante el acoso de su sombra el momento previo a que una de sus manos se posase en mi cabeza, y la otra mano, uñas afiladas, buscara dentro del bañador la evidencia de mi timidez que su calor y tacto envenenados elevaron a la categoría de arma sin conciencia.

Se sentó, brusca, pero nada torpe, sobre mi polla. La primera vez que entré en un coño supe que ya había estado allí antes; luego no. Voy a ser sentencioso: la primera se ha estado allí antes; el resto de primeras veces no se ha estado nunca. Coños distintos como caras, sorprendentes como alguna de esas caras. Aguanté sus culadas con la cabeza aún gacha y, al levantar la vista, me sorprendí de su espalda pecosa subiendo y bajando, los rizos corrigiendo en perpendicular el vaivén, sus manos

engarfiadas y confiadas a la resistencia de mis muslos, arañándolos sin remedio.

—Cógeme, que me caigo.

Y la cogí, la abracé consciente de que mi estupor no contribuía a la perfección coreográfica. Ni siquiera valoré en lo que debía el tacto, el sopeso, sujetar el movimiento de aquellos pechos tan oteados y ahora tan temidos. Era imposible que me dejase llevar, pero oí un suspiro de Tina recibiendo en su interior el escupitajo rebelde de mi eyaculación. Sin añadir nada, desmontó como un guante que se sacara a sí mismo, noté el roce de la parte rasurada de su pubis. Tina desapareció tras las taquillas, mientras yo me frotaba los muslos escocidos y veía un hilo simplón estirarse sobre la cabeza de lo que en mis tiempos infantiles había confundido con una especie de aceituna.

—Ahora ya no puedes decir que no lo has hecho nunca. —Iba a aclarar el equívoco cuando ella añadió—: Espérame en la calle... —y mientras se abrían y cerraban temblorosas puertas de lata—: Sólo tienes que devolver el albornoz y las chanclas al recepcionista. Ya le pagaré yo. Me hace descuento.

En la calle, caminando arriba y abajo en la puerta del gimnasio, pensaba en que era buen momento para esfumarse. Ella lo quería así, y yo era ridículo. Técnicamente habíamos follado y ahora mi boca estaba sellada. Tan simple y ridículo como eso. Pero aún creía poseer orgullo y sabía que mi mejor motivo eran las excusas menos torpes que pudiesen acudir a mi mente. En esa tensa espera (que no fue poca) ni siquiera me fijé en el hotel que había enfrente y al cual fui arrastrado en cuanto Tina salió del recinto de intensa atmósfera clorada con taconeo rápido, los labios apretados y la decisión grabada en las inútiles gafas de sol.

No hubo tarde. Sólo un «perdóname» de ella que hirió mi vanidad. Sin embargo, cuatro movimientos suyos bastaron para sanarme, y por fin logré con vaga destreza lo que se esperaba de mí. Tina, por su parte, hizo lo que todos esperaban de ella, lo que yo mismo esperaba de ella las muchas veces que había pensado en el asunto. Y por eso la follé sin pureza y con algo de odio; y fue entonces, en esa llama azul de un ímpetu que rodea la violencia erótica, cuando escuché sus aullidos, gemidos que fingían no poder quietarse. Por eso pensé, aunque cada vez pensaba menos, que esa maravilla de un cuerpo abandonado a sus espasmos primitivos era por mi causa, por mi convulsión reiterada de macho cabrío, por mis embestidas feroces. Desgraciadamente para mí, y sé bien lo que digo, todas mis fantasías de años se reunieron en ese hotel para desaparecer al instante y estar ahí, en esa cama, sobre Tina y en ningún otro lugar, sin ningún pensamiento. Cuando por fin salí de Tina y ella se volvió para darme la espalda y que no viese sus ojos, para que no viese, ahora lo sé, la falta de brillo de sus ojos, lo hice comprendiendo y no importándome que Tina había sido lo que yo quería que fuese. Ahora iba a hablar de lo que me dijera, a ladrar, a babear. Como todos los demás. A lo mejor (seguro) todos aquellos

necesitaban también otros desahogos y requerían de un oyente durante el cigarrillo final para que atendiera la historia que tenían que contar. Estaría poniendo excesiva cara de hombre de mundo, porque a mi lado dijeron:

—Ahora no te pongas a pensar en cosas raras, ¿eh? Tú, Fernando, tranquilo, que no hace falta complicar las cosas y a mí me parece que eso no te va nada.

Muy bien. Hice un silencio. Sin haber visitado mucho las salas de cine, sin tener un trato excesivo con mis contemporáneos, sabía hacer silencios.

Tardó, pero volvió a hablar.

—La verdad es que me ha encantado lo de la piscina.

Sigo sin decir nada. A veces, a un hombre le gusta parecer un hombre.

—¿Me lo explicas?

—¿Que te explique qué?

—Por qué la piscina.

A veces, un hombre consigue ser idiota de tanto querer ser un hombre.

«Es doloroso enumerar mis padecimientos uno a uno», hubiera tenido que decir, pero le expliqué todo. Era la primera vez que lo hacía. Todo. Cada instante. Desde que Pepito el Yeyé, y el ahora follador arrogante estaban pescando aquella mañana del quince de agosto, hasta la madrugada siguiente en que volvimos a pescar al mismo sitio y allí abajo se mecía el cuerpo de todo lo que yo no quería ser, de todo lo que podía ser, de lo que era y de lo que no era.

Entre las sábanas, hice de hierro las aventuras que marcaron el fin de mi infancia. Sucesos que abundaban en el ridículo se volvieron lo que también debían ser: una chica violada y asesinada y un mercenario bailarín ejecutado un día de lluvia y sofoco en la montaña. El oprobio, el adiós a la miseria evidente y el hola de nuevo a la miseria moral. Un cambio de vida por lo que pudo ser tragedia, el silencio que como una gran sábana blanca se tendió a partir de ese día sobre ese día entre mi madre y yo. Momentos de hierro de los que siempre había huido y, pugnando por repetirse, siempre volvían como si los requiriese. Lo intangible y lo chocante, las señales en el cielo, las W en las paredes, un gitano intentando salvar a una especie de madre, fingiendo sin cesar y sin remedio, inventando, inventándose, o enunciando verdades que estaban más allá de mi comprensión. Un gitano cojo bailando. Suecas en el agua, mientras un chulo me habla de asesinatos en la selva. Una puta quinceañera chupándomela por un colgante de jefe indio. Todos con una historia que contar (por lo menos) sobre la gran incógnita, sobre el que acabó flotando, sobre al que atribuyeron, o tomó el nombre de una canción que yo no sabía que era mi canción, hasta que Guillermo Ballesta, en su locura, me había dicho que todo el mundo tenía su canción. Una canción que jamás había escuchado. En mi relato, en el ir y venir en busca de cerillas, entre el olor a jabón de nuestras duchas y el humo de la habitación que íbamos a abandonar muy pronto, obvié ciertos detalles laterales, quizá los más

importantes. Me ceñí en exceso a la anécdota en mi afán por impresionar. Esa puerta que abrí para contar mi historia, lo que necesitaba contar aquella tarde para explicarle a Tina por qué le había pedido que buceara para mí ante una mampara de cristal. Olvidé contar lo que me dijeron que el Watusi había dicho, por qué el misterio del Watusi persistía en mí más allá de la anécdota.

Tina ya consultaba su reloj con disimulo, mientras yo seguía evocando salitre, batallas en la arena, el recuerdo sobrevenido de viejos mutilados burlándose de Pepito, la trampa del Watusi y que yo, lo juro, había visto la sombra. Cuando me fui guiando hasta el silencio al tiempo que pensaba que más hombre imposible, Tina dijo lo que hubiese dicho cualquiera con un poco de tacto, lo que nunca debiera haber dicho, aunque nada de lo que pudiera decir era adecuado:

—Viéndote y conociéndote nadie diría que has pasado por todo eso.

—¿Tú qué opinas? ¿Por qué buscaban al Watusi? ¿Por qué luego se comportaron como si no hubiese pasado nada? ¿Por qué nos perdonaron?

—Fernando, cariño, si las cosas salen bien, no hay que darle más vueltas al asunto. Ni que salgan mal, casi. Es una forma de vivir imposible.

—Radiante —fui lo último que me atreví a pronunciar para que intentase entender lo que me era imposible explicar.

—¿Qué?

—Radiante. Era la palabra preferida del Watusi. Ahora entiendo lo que quería decir.

Tina, que sabía disimular su prisa, me besó en los labios, y yo comprendí que más allá de los hechos, entendía la persistencia de aquella historia como un rezago infantil, como la elegía de un recuerdo, la superación de una época. Una circunstancia edificante. Y no era eso. También entendí que debía facilitarle las cosas, apearme de mi pedestal solemne y acabar con esa tarde. Antes o después, sellaríamos el pacto.

—Mañana tenemos comida —dije, mientras me levantaba, me empezaba a vestir y pagaba aquel momento con informaciones precisas.

—Ya lo sé. —Y ella también se levantó y fue a vestirse al baño—: Espérame en la calle. Tengo que hacer una llamada. Y no pagues. Aquí me conocen.

Volvía a estar frente al gimnasio, frente al hotel. Después de contar lo que había contado, sólo me era dado suponer que lo sucedido entre Tina y yo era el colofón de nada. Eso fue lo que pensé cuando nos despedimos con un largo beso y ella tuvo que decir lo que dijo:

—Fernando, por tu madre. De todo esto, ni palabra.

Y el Jaguar salió al cabo de un rato del aparcamiento con ella al volante y se alejó para que yo iniciase el pequeño desastre habitual siempre que me abandonaba. El mismo desbarajuste de los sentidos que debía reprimir cuando llegaba al caos ingravido de lo que algún botarate llamaría mi vida profesional. Esa noche vagué sin

rumbo, y al día siguiente estuve dispuesto a oír las idioteces de mis superiores comentando los artículos de periodistas comprados frente a una bullabesa, preparado para contemplar el rostro de ausencia del que se follaba a Tina por dinero, por el verdadero interés de Tina. Y tras la comida, tras saber de futuras vicisitudes en la capital que nada me importarían, volví a recordar momentos de hierro hasta acabar en el garito de aire *camp* lleno de melenudos de buena familia. Un camarero, tan melenudo como sus clientes, tan avieso en la mirada y falso en el ademán, me invitó por fin a marcharme de allí, ajeno al inocente origen de mis soliloquios en voz alta dirigidos a la típica mujer que damos en llamar puta una y otra vez, de la violencia nacida en los que no encuentran otra lógica en el mundo que la propia, la descarnada locura momentánea. Le arrojé un puñado de billetes. Fui agarrado de las solapas, mientras alguien, quizá yo, gritaba que ninguno de esos cabrones había visto un muerto como yo lo había visto, que nadie había follado como yo lo había hecho.

Expulsado a la noche cerrada y áspera, aún creía en la oscura voluptuosidad de las dimensiones rotas, de las camisas sucias y el pelo revuelto. Aún el conflicto era asombro, y útil vomitar en el hondo jardín de un edificio que olía a césped recién cortado. Me esforzaba para soñar un poco en vida, y el sueño se desgajaba sobre mis zapatos en restos de alimento mal digerido.



Ahí está mi rival amoroso con una bolsa de viaje entre las piernas, fanteche único en la cafetería del aeropuerto. Para que le veamos, levanta un brazo del que cuelga una trinchera. Su gesto no es necesario: el medio litro de Eau Sauvage que ha volcado sobre un pelo con nuevos reflejos cobrizos apesta desde un kilómetro. Un bronceado que se aclara en los ojos le da aire de murciélago.

—El tonto de Carlos ha decidido irse en coche esta madrugada con su troupe. Dice que le pone nervioso que la silla de ruedas le pite en los controles. Aunque ése es capaz de llevar armados a los gorilas. Porque ahora no lleva un guardaespaldas, sino dos. No sé por qué coño se empeña en parecer un gángster... Que si el GRAPO, que si no sé qué. Nos espera en Lhardy. Le he recomendado que, si nos retrasamos, pida un Suárez. ¿Sabéis lo que es un Suárez?

Ése fue el saludo de un Tomás del Yelmo vuelto playboy internacional con la misma detonación y falsedad que demócrata. En el viaje a la mítica «Sagunto», o en su escala parisina, la por todos conocida *cocotte* habría disfrazado a don Tomás con un traje azul eléctrico en el que no figuraban por descuido el símbolo del hombre herido por el rayo y el rótulo «Alta tensión. Peligro de muerte». La llamativa indumentaria era completada por una camisa salmón con el remate de un *foulard* a modo de sogas y unos zapatos blancos. Todo un payaso interrogando otra vez, por si no le habíamos entendido a la primera o, si por descuido, olvidábamos nuestra condición de babosos subordinados...

—Venga. ¿No sabéis lo que es un Suárez?

Al no cruzar su pecho corbata alguna, la mano no iba hacia el complemento que señalaba de modo reflejo sus ganas de broma, sino al pañuelo de truhán. Y yo veía a Tina saltar de alegría ante un escaparate del Fabourg Saint Germain, señalar con su uña índice esmaltada. El viejo, asediado por la impotencia, sonreiría pensando que por la magia de aquellas prendas iba a tener la edad con la que yo, Fernando Atienza, contaba, y no la que él, posible abuelo, cargaba en su próstata enferma. La cuerda de presos esperaba con disimulada resignación a que don Tomás perpetrara de una vez su ridícula catástrofe verbal. Los rehenes de aquel humorismo fétido éramos Ballesta, un servidor y Vilabrafim, a quien media hora antes habíamos recogido en el vetusto palacete Vilabrafim de la calle Vilabrafim. Ahora, mientras aparentaba escuchar el chiste de Del Yelmo, Jaime de Vilabrafim miraba en todas direcciones por si alguien le reconocía por sus continuas apariciones en televisión, o por el papel que había representado en una película: «Como uno de tantos juegos que conforman la vida, otro juego la vida misma, hecha del material que están hechos los sueños, como el cine». Hacía de maduro sinvergüenza; o sea, de sí mismo. La película, una sátira boba, fue un fracaso; pero no hay fracasos para «quien salta de *hobby* en *hobby* como

una cigarra que, ansiosa de experiencias, canta en el verano, mientras zumba y salta. No lo niego: soy hombre del renacimiento y algo holgazán. *Noblesse oblige*. Aunque Boecio, como buen milanés, inventase el dicho en italiano. O en latín. Ahora mismo no sé...».

Lo que todos sabíamos, desde luego, es que la respuesta a la pregunta humorística de nuestro jefe (¿Qué es un Suárez?) no era «el presidente del gobierno». La respuesta era:

—Un Suárez es un chuletón de Ávila poco hecho.

El chiste, a su manera, quería definir con una metáfora gastronómica el perfil humano y político de la figura a cuyo círculo interior pretendíamos acercarnos en nuestro viaje a Madrid. Era de una propiedad magnífica. Sin embargo, al oírlo, reímos todos, y de qué manera. Yo, con mi experiencia acumulada, me esforzaba por enrojecer mucho: quizá el estallido de un capilar en mis sienes aumentara la diversión de mis superiores, y todos tuviésemos un viaje feliz, sin desencuentros, ni desánimo. Ballesta, cuando se ponía en falso reidor, era difícil de superar, pero no resultó competencia para el barbicano duende Vilabrafim, el cual, en plena demostración de sus utilidades, era capaz de reír como si el tiempo no existiera, palmear la espalda azul eléctrica de Del Yelmo, firmar un autógrafo a una cuarentona de buen ver a cambio de su número telefónico y adquirir una vaga indolencia al solicitar, sin tener en cuenta lo temprano de la hora, un whisky a uno de esos camareros que ya no se sorprenden de nada. Además añadió:

—El sándalo perfuma el hacha que le hiere, Tomás.

Las risas se extinguieron al momento, tan en suspenso nos había dejado el proverbio de Vilabrafim. Las miradas de Ballesta y Del Yelmo se cruzaron. ¿Sería amigo de Suárez como tan amigo decía ser del padre del rey, de los miembros más destacados de la Asamblea de Cataluña, del canciller Willy Brandt, del agente secreto Miles Copeland y del futbolista Cruyff? ¿No habrían reclamado su colaboración con oro suficiente? ¿Estaba borracho sin más? Abordamos la cóncava nave, mientras, en la escalerilla, en disputa a tres bandas, Del Yelmo, Vilabrafim y Ballesta narraban el modo en sortear obstáculos que les había permitido encontrarse allí a la hora en punto de ese día señalado, y que ellos, por eso eran quienes eran, resolvieron en hazañas. Ballesta, con un traje del sastre de Su Majestad y pelo engomado, apagó el tono de la disputa dialéctica, que llevaba visos de alcanzar tintes épicos, para avisar:

—Tú, Fernando, te sientas en turista.

El avión llegó a la capital con emocionante impuntualidad. Una vez en tierra, seguí volando para alquilar el mejor coche que pudiera, mientras ellos recogían bolsas y maletines. Quería sentirme útil desde el primer momento. Una vez en el automóvil, no tuve más remedio que ceder el volante a Ballesta, dada mi ineptitud en la intrincada circulación capitalina. Vilabrafim, en el asiento de atrás, acompañaba a

un Del Yelmo que parecía haber vuelto de pronto a la ausencia de las últimas semanas. Quizá disimulaba, porque Vilabrafim, el colíder, era muy pesado. Ahora prolongaba un hermético discurso que habría comenzado en el avión, o la noche anterior frente a otro auditorio, o frente a nadie:

—KingKong es la solución. Esto no es un eslogan, qué va, aunque lo parezca, y aunque en puridad sostengo que podría serlo, ya que me ha salido con esa espontaneidad de las grandes conquistas del hombre. La bañera de Arquímedes, la manzana de Newton, la sirena de la ambulancia en «El hombre de la trompeta de oro». Incluir en nuestro mensaje iconos de la cultura pop para atraer a la juventud es un tema que dejo para el primer congreso del partido. ¿O se ha celebrado ya?

—Ya te expliqué... —dijo Ballesta, mirando el espejo retrovisor—, que en este partido no vamos a hacer muchos congresos, de momento.

—Ah, qué lástima. Un sarao en Formentor podría ser algo delicioso. Si no se va a debatir en ningún congreso, sostengo que «KingKong es la solución» tendría que figurar más bien como un grito de guerra, el «sus y a ellos» de nuestra pequeña campaña en esta ciudad de funcionarios y sombrereras. Mi padre, por cierto, tenía aquí una querida que era sombrerera y sabía estar con mucho salero. Esto no tiene nada que ver con KingKong, que es adonde quiero ir a parar.

—¿De quién hablas todo el rato, Vilabrafim? —Tomás del Yelmo apenas abrió los ojos al preguntar.

—Del mono de la película. El KingKong de toda la vida. KingKong, hombre. —Y Vilabrafim se golpeó con los dos puños su escueto pectoral, tosió un poco y siguió hablando—: La última vez que lloré en mi vida fue viendo *KingKong*, os lo creáis o no. «Es el conocimiento, no el dolor, el que camina por calles oscuras y salvajes». Lloré de conocimiento, no de dolor.

—Yo estoy llorando ahora —insinuó Ballesta demasiado sutilmente.

—Esto es la polución de estos cochinos —solucionó Vilabrafim para seguir hablando. El nuevo socio político arrastraba una de esas resacas en las que aún no ha muerto la borrachera del día anterior, y que, como una nonagenaria de quien todo el mundo espera heredar, pretende seguir viva, pestífera y plúmbea, mientras se la siga alimentando—. La última vez que lloré fue viendo *KingKong*. Desde entonces, no he olvidado que el mundo para ir bien y ser mundo, necesita de los monstruos. Y nosotros ahora somos una especie de monstruos que los progres de antaño y hogaño destruirán, pero que a la vez desean para seguir subsistiendo. Porque les aterriza KingKong. Pero la civilización no puede vivir sin el monstruo aparente que crea riqueza. La bestia, que salvaguarda el mundo de bestias mayores y que de vez en cuando se enamora de las rubias. KingKong me emociona tremendamente, tremendamente. Me excita, incluso. ¿Un traguito, Tomás?

—Es pronto.

La faringe de Vilabrafim dispuso del contenido entero de la petaca, y mientras la escondía en un bolsillo interior de su chaqueta azul marino con botones plateados, el buen hombre prosiguió:

—Nos preguntarán por qué nos metemos en política. Y les contestaremos: «porque amamos a KingKong». Huy, ha patinado el coche...

No era un patinazo, eran los dientes de Ballesta rechinando, mientras las amplias avenidas nos recibían con una sucesión de glorietas y plazas con estatua; un aire que ensanchaba los pulmones y un raro carisma de ciudad ocupada. Furgonetas y hombres de gris en las esquinas. En principio, no sabía si resaltaban tanto al estar uno en una nueva ciudad, porque en la mía seguían apostados por todo el centro y la fuerza de la costumbre me hacía no verlos ya; o es que había más y, por tanto, mayor peligro. El caso es que ahí estaban, armados, trazando diagonales invisibles con centro en las estatuas. La absurda idea de que uno de esos policías pudiese oír las sandeces de Vilabrafim y disparase una ráfaga contra el coche de lujo, me acompañaba en la soleada mañana de tráfico denso.

—Amamos a KingKong. Eso es lo que hemos de explicarles a todos esos chupatintas, a esos bedeles, a esos capataces con cerilla en la boca. Les diremos que amamos a KingKong, porque alguien tiene que defender el derecho cabal de la justicia, pero con un sentido lúcido de la Historia... ¿Por qué me meto yo en política, Tomás?

—Porque te he hecho una buena oferta. —El talante optimista que el relajado sexual le había deparado a don Tomás del Yelmo, gracias a las artes delicadas de la hetaira famosa, estaba empezando a mermar, y por su boca volvía a hablar el banquero de las peores ocasiones.

—Aparte, aparte... Tengo una buena posición económica, no me preocupa tenerla superior, no me asombran ni admiro ni envidio a los que tienen más que yo. Soy una persona inteligente, simpática... Creo que tengo todas las ventajas, como KingKong en su mundo, tras aquellas enormes puertas que rompe en la película. Me emociona KingKong, no sé si lo he dicho. Me levanto todas las mañanas y digo aquello de «Qué suerte tienes, Federico, que eres guapo y eres rico». Igualito que KingKong.

—¿Seguro que hemos visto la misma película? —preguntó Del Yelmo. Ahora que lo empezaba a conocer, no sabía si don Tomás se refería en verdad a la película *KingKong*, o al magnífico estado económico del que Vilabrafim blasonaba. Un patrimonio heredado cuya merma galopante era más que notoria, según las malas lenguas:

—Ay, ay, ay... A vosotros, los banqueros, se os escapa el sentido último de la metáfora. La única relación metafórica que conocéis es la inversa de los clásicos. «Tu pelo es oro». Pues no. «Oro por tu pelo». «Tus dientes son perlas». Nanay. «Si quieres perlas dame los dientes». ¿O me equivoco?

—¿Falta mucho, Guillermo? —preguntó don Tomás en un suspiro de impaciencia.

—No, es el tráfico, que no hay manera.

—Hay que inculcarle al pobre Carlos esta idea. Los privilegiados, si de algo sabemos, es de privilegios. Nunca estafaremos al pueblo y podemos transmitirle nuestros secretos, aunque a costa de él nos tengan que sacrificar. El pueblo es la bella. Nosotros, KingKong.

—¡Ya hemos llegado! —anunció Ballesta con alegría inusual.

Un aparcacoches, aspirante seguro a campeón mundial del servilismo, se hizo cargo de nuestro automóvil por una propina con la que viviría varios meses a lo loco y justificaba su falta de dignidad. Pese a los insultos y sarcasmos de unos melendados que pasaban tan guapamente el rato en la vía pública concentrados en una sola actividad, el cachondeo, nuestro grupo penetró con gran ceremonia en una especie de confitería del siglo pasado con surtidores de los que manaba caldo. El establecimiento estaba equipado de otros artefactos niquelados de uso más corriente y de ancianos distinguidos, altos funcionarios y otros ociosos, medio apoyados en los mármoles, que se mecían sonrientes entre el brillo fugaz de una frase manida y una serie de fórmulas corteses sin conjeturas. El diálogo como desfile militar.

El pulular de los guardaespaldas de don Carlos en torno al establecimiento nos había advertido de su llegada. Se encontraba ahora al fondo del local, rodeado de una cohorte de lo que parecían admiradores boquiabiertos, y a quienes, o me engañaban los ojos, o estaba educando políticamente:

—Es natural, amigos, nosotros, que comprendemos bien la vida, nos burlamos de los números y las fechas. A mí me hubiera gustado mucho más entrar en la Historia como si fuera un cuento de hadas. Me hubiera gustado decir: Érase una vez un principito que vivía en un planeta apenas más grande que él y que tenía necesidad de un amigo... Para quienes comprenden la vida, esto les hubiera parecido mucho más real.

—Nos pasmas, Carlos —decía un admirador.

—Se nota la doble, no, la triple intención —decía otro.

—El de la Moncloa no está para esos misterios. No es hombre de muchos estudios. Tendrás que hablarle más claro. Si es que has venido a eso, ¿o no?

—¿Sabéis lo que anotó Napoleón en el libro donde leí eso? «Juiciosas reflexiones, dignas de meditar».

—Joder, confunde *El príncipe* con *El principito* —me susurró Ballesta, mientras le hacía una seña a don Tomás para que interviniera—: ¿No le habrás dado tú esos libros?

—Ni he oído hablar de ellos —mentí.

—Que te digan cuál es el salón, llamas a los gorilas y que lo suban a pulso. A ver

cuándo viene López y López.

Don Tomás del Yelmo se hizo un sitio en el grupo donde don Carlos se había tornado centro principesco y contó, para expansión de los presentes, el chiste de Suárez como chuletón de Ávila. Todos se rieron con una risa falsa tan igual a sus trajes, a los pasadores de sus corbatas, a sus gemelos, a sus camisas a rayas. Sin embargo, era una risa falsa muy bien trabajada, casi espontánea, de la que había mucho que aprender.

—Tomás, eres un pirata —dijo uno. Y a continuación—: ¿Qué te trae por aquí?

—Estaba de paso y me he encontrado con estos amigos —respondió don Tomás y enseguida le dio la espalda al curioso.

Ballesta localizó a López y López, nuestro invitado, confundido en el tumulto de la confitería y objeto inmediato de las murmuraciones de los diversos grupos. López y López exhibía una rotunda planta de medio pelo. Cuando se hicieron las presentaciones y se acrecentó el cotilleo y la profecía en torno a las manos saludándose, Del Escudo, Del Yelmo y Vilabrafim cruzaron miradas de furiosa desconfianza. Se iban a ver obligados a compartir mesa y mantel con un empleadocho.

—¿Subimos ya? —preguntó un Del Yelmo cariacontecido como si de lo que se tratara de ascender fuera un cadalso.

Ballesta susurró algo al oído de Del Yelmo. Del Yelmo aceptó con la cabeza y cogiendo del brazo a López y López enfatizó:

—Me han hablado muy bien de usted, López. Un hombre hecho a sí mismo, de los que a mí me gustan.

—Hombre, mi padre tiene unos olivos en Jaén que me han permitido estudiar en Harvard —se excusó el tímido López y López sin necesidad.

—¡Vaya! ¡Harvard! ¡Pues echaría de menos el cocido! —dijo Del Yelmo, como si no hubiera pasado nada—: El de aquí es el mejor de todo Madrid. Ya verá. Bueno, verá eso y lo bien que hablamos y lo bien que nos entendemos. ¿Subes, Jaime?

Vilabrafim discutía pormenores de una obra sevillana de Velázquez con un anciano catedrático. El catedrático defendía que la obra, ni era sevillana, ni era de Velázquez, ni conocía a Vilabrafim de nada. Que le dejase en paz y que no le echara el aliento a la cara. El catedrático no veía la tele, por lo visto.

Una vez en el salón Alfonso XII, terciopelo rojo y molduras doradas, hablar se habló mucho y con generosidad. Entender, al menos yo, presentado por primera vez como «el alma de la coordinación», entendí poco.

Siempre me ha perseguido la duda sobre si el juego de las civilizaciones, las grandes apuestas por el avance, el progreso del ser humano, son obra de un conocimiento perfecto del conjunto, de una sabiduría racional y guiada por la prudencia, o, por el contrario, de otra vía que surge de llenar el tiempo de palabras

vanas y confiar a la tradición el hecho de que la victoria sonrío siempre a los que están seguros de ella. Lo que tenga que ser será, porque así ha de ser. Y punto. Si a aquellos hombres reunidos en el salón Alfonso XII los coordinaba la primera de las sabidurías, la inteligente, para convencer al tal López y López de lo que fuera, a mí me quedaba mucho que aprender y mucho vértigo que sentir:

#### ENTRANTES:

Vilabrafim (levantando una mano): ¡Me pido pedir el vino!

Del Yelmo (a López y López): ¿Y en qué se especializó usted en Harvard?

López y López: En economía política y estructura de organizaciones.

Ballesta (a López y López): ¿Ha conocido a Garth?

López y López: ¿El organizador de campañas electorales?

Ballesta: Sí, el estratega.

Del Yelmo: Ballesta y él son uña y carne.

Ballesta: No exageremos, don Tomás, no exageremos.

Del Yelmo asiente. Ballesta mira ahora con terror a Del Escudo, que busca en el interior de su chaqueta.

Vilabrafim (al *sommelier*, en un susurro): Vaya subiendo de la bodega un Mouton Rothschild del cincuenta y ocho.

Yo (a Vilabrafim, en imitación de Del Yelmo): ¡Anda! ¡Como yo!

Vilabrafim (a mí): ¿Como tú qué?

Yo: Que el vino tiene mi edad.

Vilabrafim: Pues diríjase usted a mi persona cuando tenga la misma edad que un Château Margaux del cuarenta y siete.

Del Escudo no saca de su traje unos papeles como todos pensábamos, sino un *walkie talkie*. Habla por él. En nada, los guardaespaldas suben la escalera, entran en el salón y aúpan a Del Escudo. Nuestro líder repica la cubertería en demanda de atención. Todos le miramos con fundada inquietud, menos López y López, que incurre en una cariñosa fascinación por los modales de ese hombre.

Del Escudo: Antes de empezar con las viandas, me gustaría decir unas palabras como carta de presentación y en honor de nuestro invitado... Señor López y López, como sabrá, los aquí reunidos somos una parte significativa del comité ejecutivo del Partido Liberal Ciudadano. Nuestro presidente, don Carlos Waterloo-Chinarro y Del Escudo no ha podido asistir por causa de fuerza mayor. Falleció la semana pasada. Llorarle con dolor inmenso no ha sido óbice para que yo, su indigno sucesor en las tareas decisorias, haya coordinado una intensa actividad, tanto de los aquí reunidos, como del resto de la ejecutiva, como de nuestras bases. La omnipresencia de la cosa política en la sociedad actual, necesaria, pero algo atosigante, ha sacudido como un terremoto a todas las clases. Puedo afirmar, si usted no lo sabe ya, que lo sabe de sobra, que, en nuestra ciudad, mi ciudad de adopción, porque yo soy más del foro que

Pepe Blanco, desde el humilde manufacturero al aristócrata pugnan por formar parte de las filas de nuestra recién nacida asociación en lo que ya parece moda. No está del todo bien que así sea. Sin querer pecar de exclusivistas, tampoco caeremos en el populismo, fuente inexorable de la demagogia chabacana. No queremos ser una moda, digo, porque las modas son pasajeras. *Verba volant, scriptum manent*, que dijo el clásico. Al Partido Liberal Ciudadano sólo le importa el pacífico desarrollo democrático de nuestra sociedad y a eso hemos venido aquí. A eso, y a dialogar con nuestros posibles iguales. ¿Y quiénes son nuestros iguales?

El ángel de la retórica sobrevuela un pasajero silencio. Sólo el regurgitar del vino en la boca de Vilabrafim hiende la tensión.

Del Escudo: Repito. ¿Quiénes van a ser nuestros iguales, eh? Eso habrá que verlo, digo yo. Porque tampoco somos los típicos viajeros catalanes de los que todo el mundo hace mofa, ni hemos venido aquí como buhoneros a vender nuestro inmejorable potencial político por media promesa de corte. (Y a los guardaespaldas): Ya podéis bajarme.

Se intenta aplaudir, pero no se puede. Más que aplausos parecen llamadas flamencas a los camareros que, efectivamente, aparecen en masa.

Vilabrafim: Nadie ha dicho nada de este jabugo...

#### LA SOPA:

Ni la más rígida educación puede evitar que se oiga el sorber de la sopa, tal es el silencio. Don Carlos del Escudo y de la Lanza ha tirado por tierra el trabajo de las últimas semanas en idéntica medida de tiempo con la que Vilabrafim ha acabado, él solito, una botella de Mouton Rothschild del 58. El aire de satisfacción de don Carlos por decir de corrido sus insensateces como antiguo opositor que fue, me avisa de algo que a los demás, quizá por conocerle mejor y estar más aburridos de sus visajes, se les escapa. Don Carlos se está creyendo su papel día a día. Ahora mira a un lado y a otro. Piensa que su oratoria ha enmudecido la de sus compañeros de mesa, cuando hasta yo puedo darme cuenta de que el efecto de sus palabras ha logrado que la reunión termine antes de empezar. De pronto llego a la certeza de que lo único que ese grupo puede ofrecer a López y López y lo que éste representa, es lo mismo que ofrecen a todo el mundo desde que les conozco: dinero. Por eso hemos venido a la capital: a regalar dinero. Pero ¿para qué?, ¿para colmar qué capricho?, ¿para salvarnos de quién? Miro a Del Yelmo. La ausencia expresiva de su rostro me es tan familiar que ya no transmite nada, me puede: es imposible averiguar si está pensando en la situación, en el modo de resolverla, o no piensa más que en tetas de jovencitas brincando. El bigote móvil de Ballesta, la gaviota en vuelo, busca una salida honrosa a toda velocidad: no se va a dar por vencido. López y López no dice nada y seguramente no tiene nada que decir. Vilabrafim, hombre constante, sigue en habla tenue, aunque gangosa, su idilio con el *sommelier*.



*Sommelier* (vertiendo el primer sorbo de una botella recién descorchada): ¿Es de su gusto?

Vilabrafim: Perfectísimo. Un *bouquet* apasionante. Pero, oiga, Matías, dígales algo a esos muchachos que sirven. Una de tres: o hacen más viajes, o me traen una copa más grande, o me dejan la botella cerca de una puñetera vez. Tengo preferencia por la tercera opción.

Ballesta, entretanto, mira a Del Yelmo. Se cruzan sus miradas sin gesto añadido. Ballesta observa entonces cómo López y López ingiere su sopa y, cuando no detiene la vista en el plato con líquido menguante, se entretiene en la contemplación de un cuadro del Maestro Palmero que ha descubierto en la pared de enfrente. Ballesta se aclara la garganta:

Ballesta (a López y López): ¿Conoce la fábula de Aquiles y la tortuga?

López y López: Sí, claro.

Ballesta: Es una teoría de la que Garth habla mucho. Incluso tiene algo escrito en el *Washington Post*. Aunque él, claro está, la concentra en el bipartidismo. Pero, aquí entre nosotros, «El efecto Aquiles», como Garth le llama, es mío y sólo mío. Me estoy refiriendo a la fábula de Aquiles y la tortuga, aplicada, dentro del sistema capitalista y sus esquemas, a una política constante de centro.

López y López: Tengo curiosidad...

Ballesta: Partamos de un axioma. Entre nosotros, no hay ningún izquierdista revolucionario.

Vilabrafim: No te he hablado yo, Guillermo, de mis tenebrosas mocedades.

Ballesta: Otro día, Vilabrafim. Sigo. La izquierda, en la calle, parece muy fuerte. Y más estos días, con tanto pretexto para el alboroto. Eso es obvio. Y es posible que en número también lo sea. Y la democracia es número, estadística y puro recuento, no lo olvidemos. Contra la idea de una mayoría natural de derechas, amante de una *pax hispana*, por decirlo así, que yo creo que no existe como tal, porque de cuando en cuando me paseo por la calle y oigo y veo, y me parece que esa mayoría vota o votará a la izquierda en cuanto desaparezca el factor miedo. La izquierda, por tanto, es más fuerte y no dejará de repetir la idea marxista de que la historia, si se repite, siempre lo hace como farsa. Que la modernización de España pasa por dar el relevo a gente que, digamos, se dirige al pueblo en otro idioma. Eso es lo importante, el idioma, el tiempo que los chicos tarden en gastar ese idioma y no tengan más remedio que asumir la práctica política, jugar en serio. Aquiles es la izquierda, potente, con esa atracción juvenil de la novedad y esa lengua que pronuncia «divinas palabras».

López y López: ¿Y la tortuga?

Ballesta: Los poderes fácticos. Lo que a partir de ahora con la entrada de los sindicatos, de los grupos terroristas, de los ánimos enervados de unos y otros, pasarán a denominarse grupos de influencia. Estamos hablando entre adultos, creo yo.

Hablamos de política real.

López y López: Muy bien. ¿Y?

Ballesta: Como cuenta la fábula, la tortuga posee una diferencia de salida que cada vez es menor, pero paradójicamente, aunque siempre sea menor, siempre es distancia cuantificable. Aquiles nunca cogerá a la tortuga. Ese espacio, por muy menor que sea, es el poder a la vista, que tampoco es manco. En el más grotesco de los casos, un nuevo grupo de influencia, legítimo, si es que usted quiere perfumar la cosa, ¿no? La paradoja es que ese espacio progresivamente reducido que vamos inventando, pero que siempre existe, es el centro. El centro es maleable como el barro. Según la época, puede ser tan progresista o conservador como quiera, pero nunca dejará de ser centro.

López y López: ¿Y cómo se explica eso por la tele? No es que esté bajando el listón. Sigo hablando de política real. Me imagino que Garth le haría la misma pregunta.

Ballesta: Eso fue lo que hizo, sí. Una coalición de partidos que representan el centro y la moderación es lo que la gente quiere, y no metralletas en la calle, y tampoco a fantoches que solucionen los problemas en dos días. Hablo de la derechona, Fraga, los taxistas y (Ballesta baja la voz) la fanfarria militar. A la larga, y a la no tan larga, así será, como yo digo. A partir de entonces, cuando se necesite un tono progresista, uno saca una tendencia progresista de la chistera, que corresponde al partido coaligado que incurra, por decirlo así, en esa tendencia. Cuando haya necesidad de reacción, pues se saca al que toca. Eso establecido con cierto dinamismo y posibilidades evidentes de democracia real. No vayamos a caer ahora en un ping-pong Cánovas-Sagasta. Eso todo el mundo sabe adónde lleva. A la farsa, por lo menos.

López y López: ¿Y ustedes?

Ballesta: ¿Nosotros? ¡Mira! ¡Ahí llega el cocido!

#### COCIDO:

La llegada del nuevo plato coincide con un guiño de Del Yelmo hacia Ballesta. Ha tocado la fibra sensible del hombre que han enviado para tantearnos. A cada personaje se le entrega dinero de una manera distinta y en eso Ballesta es un coloso. Ha hecho un juego de manos sin respuesta, porque la única respuesta es «pagamos, nos subimos al tren y callamos».

«Y de paso te promocionas», pienso yo, que cada día estoy más despejado de mente. Eso son las pastillas, estimulantes de todo, menos del apetito. Pienso, mientras veo a los otros comer, cuál será la manera adecuada de expresar ese «pagamos, nos subimos al tren y callamos». A mi alrededor, entre bocado y bocado, todos fingen escuchar el relato de un más que locuaz Vilabrafim. Su primer encuentro con el padre del rey, quien sigue siendo el monarca legítimo a sus ojos, mientras no se pronuncie

en sentido contrario. Cómo las palabras de ese gran hombre le salvaron de una locura juvenil, de una pasión revolucionaria que a punto estuvo de dar con su huesa en la cárcel. Aunque, la verdad, afirma Vilabrafim, a toro pasado, haber cumplido condena es acta de diputado casi segura si uno espabila un poco. Me levanto con la excusa de ir al baño y marco el número de teléfono de Tina. No contesta nadie. Vacante de su señor, aprovechará esos días para atender cariños subsidiarios. Vuelvo al salón Alfonso XII y enseguida me doy cuenta de que nadie es aficionado a los postres. Todos están ya en...

#### CAFÉ, COPA Y PURO:

La conversación es guiada por el peligroso volante de Carlos los del Escudo y de la Lanza.

Del Escudo: Fijaos bien, qué penetración, dice: «Un príncipe tiene dos cosas que temer: primero, en el interior de su Estado, alguna rebelión por parte de sus súbditos; segundo, por fuera, el ataque de alguna potencia vecina».

Ballesta: Con eso y una peseta te dan un chicle en cualquier parte.

Del Yelmo (palmeando a Del Escudo y suavizando, de paso, el sarcasmo de Ballesta): Siempre fuiste un memorión.

Vilabrafim: Cuidadito con hablar de príncipes y reyes en mi presencia. ¡Y en el salón Alfonso XII, encima! Ya sabes, Carlos, que desde mi epifanía en presencia de don Juan, de mi rey del alma, soy monárquico hasta la última gota de mi sangre. Y ciertos comentarios me pueden.

López y López, que posee una risa conejil, exhibida a los presentes gracias al humor ácido de Ballesta, ya sabe a estas alturas quién tiene algo que decir allí y quién no.

López y López (a la concurrencia): Aún no me han contestado ustedes a una pregunta. De esa chistera que es una coalición de partidos más o menos afines. ¿Ustedes quiénes son?

Del Yelmo: ¿Alguien tendrá que hacer la chistera, no?

López y López: ¿Perdón?

Del Yelmo: La chistera, hombre (aquí un gesto significativo, pero no del todo comprometido, como si el pulgar y el índice frotasen un pedazo de seda que hubiese entre ellos). De donde sacamos los conejitos. Y no me interprete mal. Esos conejitos son siempre para el beneficio público. Yo no soy político, ni lo seré. No entiendo de política. Soy un hombre comprometido con mi tiempo y mi deber es ayudar, ver crecer fuerte y sana a esa criatura que hemos parido entre todos.

Ballesta: Sin mencionar, por supuesto, la compleja trama política de nuestra ciudad, respaldados muchos de los contendientes, hasta los más inopinados, por sólidas instituciones financieras e industriales algo histéricas, y el servicio que allí pueden prestar, que ya están prestando desde hace tiempo a la sociedad civil, don

Carlos del Escudo y don Jaime de Vilabrafim.

López y López: Disculpen. Debo hacer una llamada.

Del Escudo sigue hablando cuando se ausenta López y López, pero nadie le escucha. Del Yelmo y Ballesta se miran, preocupados y en silencio. Vuelve López y López.

López y López: Caballeros, no sé si tienen algún compromiso, pero al señor Pérez y Pérez le encantaría tomar una copa con ustedes en el Palace. Tendrá que ser ya mismo. Hoy se presenta un libro de Hipérbolo, uno de sus autores de cabecera, y don Quintiliano no se pierde una presentación de Hipérbolo por nada del mundo.

La evacuación del salón Alfonso XII fue instantánea. Antes de salir, vi cómo Tomás del Yelmo llamaba por teléfono. Al colgar, en la decepción de su rostro se reflejó la amargura de la tarde antes de salir al frío, al tráfico, al cachondeo de los jóvenes melenudos, a la cara de mala hostia de la omnipresente policía.

—¡Carlitos...!

—¡Tanín...!

¡Sorpresa!

Don Carlos conocía a Pérez y Pérez y no se lo había dicho a nadie. Yo sospechaba que en su noche oscura del alma, don Carlos sabía de sus incapacidades, y la costumbre en los altos cargos le había dotado de intuición para mantenerse a flote en situaciones comprometidas por ininteligibles. Ése era su talento, el que le había catapultado como hombre de paja consciente de su naturaleza a cimas que ríase el Lector del dadaísmo. Si esa sospecha se cumplía, habría de cumplirse también la de que don Carlos se creía político. «¿Y por qué no?», me preguntaba. «¿Y por qué no?», me respondía.

Mientras me entregaba a estas reflexiones, no sabía dónde mantener las manos temblorosas en el lujoso bar del hotel Palace. Pese a estar cegado por los reflejos del mármol de las columnas, por el neoclasicismo aligerado, pude observar cómo los inevitables guardaespaldas levantaban a don Carlos de su silla para permitir la amistosa acometida de Pérez y Pérez. Don Quintiliano Pérez y Pérez, como rúbrica a su abrazo, palmeaba el dorso de don Carlos como quien toca el tambor y le gusta y se entusiasma. El redoble confundía mucho a los encargados de velar por la seguridad de esa espalda; la pareja de matones valoró finalmente como más juiciosa la no intervención y fue a perderse por el vestíbulo. El desconcierto, en cambio, parecía mínimo en don Tomás y en Ballesta, que se limitaron a encogerse de hombros ante el emotivo saludo.

Se separaron don Carlos y don Quintiliano. Se miraron a los ojos. Se cruzaron fugaces caricias por los surcos de la cara. Nada más volver en sí, Tanín Pérez y Pérez, mientras nos invitaba a tomar asiento en su mesa, extendía las dos manos a don Tomás del Yelmo para estrechar tan sólo una de las suyas, sonreía a Ballesta y a mí no me hacía ni caso, tal era su talento para los escalafones. Pese al desaire que Tanín acababa de infligirme, yo me senté igual, mientras el resto de la concurrencia buscaba con la mirada por los sofás del amplio salón al escurridizo Vilabrafim.

Como un matador que da la vuelta al ruedo, poseído tal vez por los celos de la desconocida amistad entre Carlos y Tanín, o por su naturaleza de hombre de mundo sin más, Vilabrafim andaba abrazando y manoseando al resto de personas y personajes que a esa hora intempestiva abrevaban en el suntuoso recinto. Todos parecían conocer a Vilabrafim y correspondían a su ronda de arrumacos con una contraofensiva de carantoñas y recuerdos a tu mujer, y a tus hijos y a los hijos de tus hijos. Sólo un grupo fue obviado por el entusiasta saludador: trajes llamativos, acento sudamericano, sangre india y ancho bigote. El grupo me sugería una simpática

reunión dispuesta a acabar con algún gobierno bananero. Los de mi mesa, a la que concluyeron que Vilabrafim tenía para rato, y que el grupo a quien no había saludado era una delegación comercial de la Standard Oil en Venezuela, iniciaron la importante reunión:

—Ay, alferecillo... —bromeó Pérez y Pérez palmeando una pierna de su compañero de milicia.

—Alferecillo tú, Fabada.

—Hacía tiempo que nadie me llamaba Fabada. Claro que me lo llama alguien que no seas tú y le doy en el morro —se confesó Pérez y Pérez para enseguida dirigirse a los demás—: Nos tenéis que perdonar, pero Carlos y yo no nos veíamos desde... Bueno, a tu mujer la vi en una revista. Sigue de bandera, chico. Pero tú y yo ¿desde cuándo...?

—Desde el entierro de Álvaro.

—¿Álvaro?

—Álvaro Fontecilla.

—¿El mayor de los Cabeza de Punte?

—No, hombre, el Carranza mediano.

—Es verdad, es verdad... Ay, Carlos, tú no tenías que haberte ido nunca de Madrid.

—¿Tan mal me ha ido?

—No, por Dios, no quería decir eso. Si como irte, te ha ido divinamente, pero... ¿qué te han dado en esa ciudad?

—Disgustos, Quintiliano, y nada más que disgustos... —Y don Carlos, que no parecía tan tonto cuando hablaba de nada en concreto, palmeó la mano izquierda de Pérez y Pérez, ocupada aún en la pierna inválida, para luego reiterar el gesto con énfasis en el flanco metálico de la silla de ruedas.

—¿Queréis tomar algo? Anda, Diego... —Pérez y Pérez se dirigía a López y López haciendo ostentación de su jerarquía, al tiempo que con habilidad cortesana mudaba de asunto—: Dieguito, busca un camarero. Anfitrionéame y que estos caballeros ingieran átomos en tropel de lo que gusten.

—Pero que se incineren los cilindres ellos solitos —bromeó Del Escudo.

—Nicotinosos... —replicó Pérez y Pérez, con el dedo índice apuntando al cielo.

¡Cómo reían! ¡Cómo reíamos!

—¿Te acuerdas de Riscal? ¿Y del Abra? ¿Y de Chicote? ¿Sigue abierto Chicote?

—No va a seguir... Hasta Pasapoga sigue. Pero claro, ya no es lo mismo. Bueno, no es lo mismo ni Pasapoga, ni nosotros, macho, que ni podemos ya, ni debemos.

Pérez y Pérez señaló como pretexto para el fin de los buenos tiempos una insignia de oro que pendía de la solapa de su chaqueta. Simultáneamente a ese gesto, nuestro contertulio trazó una panorámica sobre los presentes para comprobar que todos

estallábamos en carcajadas al modo feroz. «No irán al grano, no», pensaba yo, mientras me retorció de risa y a punto estaba de volcar mi whisky sobre el recién sentado a mi vera López y López. El sujeto López y López, contra todo pronóstico y las injurias que a lo largo de mi biografía cualquier tipo de personas me había infligido en trance semejante, me sonrió y hasta me palmeó un hombro. ¡A mí también me palmean! ¡Qué felices somos!

—De las que hacíamos en Pasapoga no he vuelto a hablar con nadie... Ni contigo, Tomás.

Tomás del Yelmo, en su mutismo habitual, parpadeó y sus ojos azules de asesino dieron paso a unos ojos azules de farsante. Ensayó una sonrisa con éxito discreto. Enseguida se levantó y dijo:

—¿Me disculpáis...? —Y se marchó del salón abovedado.

Ajenos a la ausencia del financiero, los otros mandamases siguieron con sus nostalgias.

—La puerta de atrás de Pasapoga...

—Cuéntalo, Carlos, que tú lo cuentas muy bien. Escucha, Diego —ordenó Pérez y Pérez a López y López. Y enseguida a Ballesta y a mí—: Escuchad.

—Si es una tontería... —Don Carlos agitaba una mano como queriendo borrar una pizarra invisible—. Resulta que las chicas que se dedicaban al descorche...

—Éstos ya ni saben lo que es el descorche.

—Buenos son... Hay que creer en la juventud, Quintiliano. Guardan más agallas de las que aparentan... Venga, cuento. Resulta que las chicas que se dedicaban al descorche tenían una táctica. Se enredaban toda la noche con un paleta con dinero...

—¿Paletos? ¡Hasta procuradores había!

—Procuradores paletos. De provincias, Quintiliano, de provincias. Las chicas le sacaban al paleta todo el dinero en copas que podían sacarle. Y luego, cuando cerraban Pasapoga, dejaban al tío convencido de que las tenía en el bote. Ellas entonces le decían: «Espérame aquí, cariñito, que me cambio y ahora vuelvo». Lo que hacía la fulana era salir por la puerta de atrás, y el primo, que se había dejado lo que llevaba en la billetera, se empezaba a extrañar y a extrañar de la tardanza, y encima, cuando más impaciente estaba, venía un camarero y le echaba. Por mucha escandalera que montase, acababa en la calle y sin la chica.

—Porque la chica había salido por la puerta de atrás —apostilló un don Tomás del Yelmo de regreso, al tiempo que tomaba asiento. O conocía la historia, o había sido una presa, o la historia de «la puerta de atrás» no era asunto exclusivo de la alegre pareja de alféreces caducos que tenía enfrente. A mí ya me dolía la mandíbula de tanto fingir que aquello me hacía muchísima gracia. Pérez y Pérez miró a Del Yelmo con cierta admiración; el banquero se había ganado la simpatía del presunto alto burócrata en quien había reconocido un espíritu afín. Sin embargo, el tinte

siniestro que fue adquiriendo el rostro de don Tomás no parecía corresponder a la recién nacida amistad; algo había pasado en su excursión a lo que yo suponía el teléfono. Tina, nuestra chica de alterne, había salido por la puerta de atrás dejándonos a los dos con un palmo de narices. Pero el caso de Del Yelmo era peor. Él pagaba. Él era viejo. Él era tonto, porque le quedaban todas las demás en las que también se había gastado una fortuna y parecía empeñarse en una sola, en la mía. «Demasiada pastilla, Fernando, aterriza», era el comentario de mi conciencia.

—Las chicas se habían ido —resumía en ese momento don Carlos por si alguno de los presentes no había entendido. E insistió—: Desplumaban al tipo y luego salían por la puerta de atrás. Ahora bien, ¿qué hacíamos Tanín y yo?

—Dos alféreces como dos soles. En aquellos tiempos, todo el mundo era más canijo y nosotros parecíamos altísimos y muy bien plantados. O ésa es la impresión que a mí me daba.

—Pregúntamelo a mí ahora, que miro a todo el mundo desde abajo.

Se hizo un silencio. Carlos del Escudo apuró su whisky de un trago. Yo me veía cantando «Asturias, patria querida» dentro de nada.

—Venga, menos lamentos, que quiero acabar de contar la historia —se animó en balde Carlos del Escudo, porque nadie se había lamentado—: Lo vivido, vivido está, y que nos quiten lo bailado. Lo que hacíamos aquí, Tanín y yo, al entrar en Pasapoga, era lo siguiente. Teníamos vista de gavilán para distinguir a las chicas que estaban haciendo comedia de las que no. Quiero decir que, bueno, todas hacían comedia, pero había algunas que acabarían con el cliente, y otras que saldrían por la puerta de atrás. Tomábamos nota. Le dábamos propina a un camarero conocido para que nos dijera cuál era el nombre de las chicas que saldrían por la puerta de atrás. Y, luego, cuando cerraban, estábamos en el sitio idóneo con un deportivo que le dejaban a éste...

—Qué dices, Carlitos, si era de un tío tuyo. De los De la Lanza ricos... —comentó con sorna Pérez y Pérez.

—Sí, tú escarba... y luego pregúntame por qué me fui de Madrid. En fin, que la chica salía. Nosotros la llamábamos por su nombre. Y lo que la chica veía era a dos guapos mozos con aquella vitalidad y aquel cochazo. Las candidas pensaban que teníamos dinero. Y no. Pero el caso es que lo pasaban bien, y aunque se corriera entre ellas la voz de que éramos unos pobretones, a las más juguetonas y juerguistas les compensaba. Mejor nosotros que un gordo de Palencia...

—¿Contra quién confabuláis? ¿Quién es de Palencia? ¿Quién es gordo? —preguntó Vilabrafim con un ápice de paranoia, asomando de repente su breve estatura saltarina de entre la columnata. Le acompañaban un barbudo con gafas y un fotógrafo.

—Mira, Carlos. Te presento a Eutimio Pumares de la revista *Aquí mismo*. Le he explicado más o menos, y quiere hacernos una entrevista y unas fotos.



—Que vuelva otro día... —dijo un don Carlos del Escudo, convencido en su nostalgia de pasar el resto de la eternidad en el callejón de la puerta de atrás de Pasapoga, el cielo de los cretinos.

—No te preocupes, Carlos, yo puedo hacerme cargo... —Vilabrafim anotaba puntos en su lucha por el liderazgo.

Ballesta tosió. Del Yelmo parecía ausente. Ballesta reiteró su tos. Al final, no tuvo más remedio que decir:

—Sería conveniente que la foto se la hicieran a los dos —y, sin más comentarios, se incorporó casi de un salto, empuñó el manillar de la silla de ruedas de don Carlos y le impulsó al centro de la sala, junto a un parterre radial custodiado por sillones. Vilabrafim, el fotógrafo y el reportero les siguieron.

—Huy, qué tarde se me está haciendo. Con tu permiso, Quintiliano... Don Tomás, un placer. Fernando, encantado.

Estreché la mano de López y López, mientras me sentía algo importante. Breve sensación:

—Fernando, sería mejor que, como coordinador, supervisases la marcha de la entrevista —me dijo Del Yelmo en el más frío de sus tonos.

Me levanté como un rayo, antes de que me dieran un capón y con la conciencia revuelta por no intuir las situaciones. Estuve figurando un poco cerca del torbellino que se había formado en el centro del salón. López y López se despedía de don Carlos y de Ballesta. Pretendía hacerlo también de Vilabrafim; pero Vilabrafim, a su vez, saludaba ora a un famoso tenor, ora a una estrella de cine italiano, ora a unos japoneses que habían intuido en él un personaje principal y deseaban retratarle como recuerdo. Lo consiguieron:

—*I'm a very important politician of the new Spanish democracy. Monarchist, handsome, rich, but progressist. I love KingKong. I love women. Cheese...*

¡Flash!

Mientras los periodistas desesperaban por la exclusiva que Vilabrafim había concedido a los turistas japoneses, yo, de reojo, observaba cómo Ballesta, de reojo también, comprobaba que don Tomás del Yelmo y don Quintiliano Pérez y Pérez hacían efectiva la reunión que nos había traído hasta allí. Mi lógica, tan común, estaba consiguiendo desentrañar los retorcidos silogismos de la práctica política o financiera, y como resultado de ese logro había alcanzado la paranoia de los demás. ¿Se habría montado toda esa puesta en escena para dejar solos a los dos gerifaltes? Ahora, en una actitud nada relajada, Tomás y Tanín enfrentaban la testa agachada y parecía que iban a embestirse de un momento a otro, anotaban signos en un posavasos y susurraban mucho. Entretanto, Vilabrafim había seguido los consejos de composición del fotógrafo y se había colocado tras la silla de ruedas de don Carlos, no sin antes protestar con la delicada observación «Voy a parecer una enfermera».

Una vez en su marca, y para simular mayor estatura, Vilabrafim se aupó a las barras traseras de la silla de don Carlos que por efecto del contrapeso se empinó como una moto que hace el caballito.

¡Flash!

De esta guisa fueron retratados don Carlos y don Jaime: rampantes, con cara de pánico, la boca abierta. Ballesta exigió de inmediato el carrete al fotógrafo, que abogó por la libertad de expresión. Ballesta replicó con el derecho a la propia imagen. Se discutió mucho. Pérez y Pérez se acercó a despedirse de su antiguo compañero de lona miliciana y pendoneo noctámbulo. No tuvo más remedio que escuchar el desahogo íntimo de su antiguo camarada:

—Este Vilabrafim es un burro. Con este zopenco no vamos a ninguna parte...

—Paciencia, Carlitos, paciencia... Me tengo que ir. Supongo que nos volveremos a ver muy pronto.

—Pero ¿no vas a venir a la cena de esta noche?

—Ya veremos, ya veremos...

—Pero si viene el conde. Ha confirmado... Va a presentarnos.

Pérez y Pérez esbozó una sonrisa con la que parecía catalogar la verdadera importancia del aristócrata y presentador en el termómetro político de la hora. Luego dijo:

—Haré lo que pueda, Carlos. Pero, vamos, si no puedo ir, te llamo igual. Pronto, muy pronto...

Don Carlos echó de menos una capacidad de reacción que nunca había tenido, mientras Pérez y Pérez abandonaba el salón levantando la mano de vez en cuando en un lejano saludo. Ballesta se acercó a mi oído y, en un susurro, me dijo:

—Sigue a Pérez y Pérez. Luego le cuentas a don Tomás qué ha pasado. Él te va a esperar aquí.

Me habían nombrado espía por las buenas. ¡Cuántos saberes han de concentrar los oficios confusos! Seguí a Pérez y Pérez por el vestíbulo. La ultramarina legación de la Standard Oil se despedía con el placer de un trato beneficioso para todos, reflejado en los rostros tallados a cincel. Viendo de nuevo a aquellos negociadores, y dada la estrechez de mi cosmopolitismo, fuente de incontables complejos, seguí con la fantasía de que eran unos golpistas y yo su espía, en lugar del casoso perseguidor, secuaz de causas cutres por españolas. En recepción estaba don Tomás, marcando, esta vez no había duda, el número de Tina. Era ella la que me había dicho que yo no servía para el espionaje. Pues aquí estoy, putón. Pérez y Pérez y Del Yelmo fingieron no verse. Don Tomás, mientras esperaba una comunicación que no llegaba, me hizo una seña con las cejas. Comprendí. Avancé.

Mi aventura persecutoria no fue tan prolongada como difícil.

Pérez y Pérez abandonó el hotel, conmigo tras su estela, y descendió una avenida

principal como quien sigue el curso de la impaciente arritmia de la tarde. Entre Pérez y Pérez y los rugientes leones de las Cortes, casi ocultos por un batallón de guardias armados, iba fluyendo una lenta manada de automóviles; sonaban bocinas, cláxones y escapes de moto, la gente se gritaba de coche a coche. Aquel alboroto no menguaba el paso firme de Pérez y Pérez, que finalizado el trayecto por la avenida principal, desembocó en la esquina de una avenida aún más principal. Una fuente en el centro de la glorieta con el dios del mar, tan lejos de sus posesiones como yo de las mías. Pérez y Pérez se detuvo, por fin, frente a Neptuno, un alto que ni la extraña escena vivida un momento antes había conseguido. Cuento el suceso. Don Quintiliano, sin transparentar miedo o confusión, había hecho caso omiso de esa juvenil red clandestina de melenudos que pretendía hacer escarnio de cualquier persona de apariencia decente. Una pareja borracha, él y ella, tras vociferar un «¡Me cago en Dios!» al paso de una anciana monja que casi se les muere allí mismo, increpó la severidad, oculta a mi perspectiva de perseguidor, que cerraría el rostro del pez gordo Quintiliano a cualquier trato social con aquellos bohemios. En ese momento, al unísono, y con la confusa velocidad de un relámpago nocturno en el horizonte, un policía de gris y una pareja de civiles con el pelo engomado, cazadora y guantes de cuero negro, fueron a por los melenudos. Al descubrir que la pareja de cuero y él tenían el mismo propósito, el policía desapareció, y no quiso ver cómo la pareja de mejor aliño indumentario arrastraba a los desarrapados y los introducía en el primer portal. La acción detuvo por un momento el deambular de algún viandante; sobre todo, cuando empezaron a oírse los primeros ayes. No fue ése el caso de Pérez y Pérez, que como una bala siguió impertérrito hacia su objetivo. Fin del suceso.

En la esquina había una parada de taxis, pero don Quintiliano encendió un cigarro puro e hizo caso omiso del reclamo de las luces verdes. Consultó su reloj y miró en todas direcciones. Me iba a incluir Pérez y Pérez en su minucioso estudio del entorno, cuando tuve el reflejo de introducirme en una tienda de artículos deportivos. Desde allí y fingiendo valorar diversos accesorios aptos para la práctica del montañismo, podía seguir observando a don Quintiliano. Sin embargo, un sonriente empleado de aquel establecimiento no tardó en aproximarse. Tras desearme las buenas tardes, pasó a valorar la calidad de las botas claveteadas que sostenía en mi mano. Ante mi pasmo, acabó preguntándome:

—¿Eres alpinista?

—Pues no, simple escalador —repliqué, y aún me admiro del brillo de mi cinismo.

—¿No es igual una cosa que otra? —un asomo de impaciencia en el comerciante, descubriendo un cliente loco.

—Mire —le confesé—: Es que estoy pasando el rato, ¿sabe?

Al otro lado del cristal y de la confusión urbana, don Quintiliano, con su puro en

la boca, seguía mirando en todas direcciones. Se impacientaba así el dependiente:

—Mire, joven, para pasar el rato, ahí tiene el Retiro. A cuatro pasos.

Con velocidad, y mientras dejaba la bota en su sitio, estudié la esquina por si ésta me brindaba otro refugio. Una boutique de lencería femenina era un escondite pésimo. En dos lujosos portales, sin melenudos a quien golpear, tenía poco futuro. No había más. El de la tienda me seguía observando implacable, mientras Pérez y Pérez gesticulaba y hablaba solo. Y don Tomás del Yelmo, cuyo buen humor de la mañana se había evaporado por las traiciones de la guarra que compartíamos, me estaba esperando. «Para tomar decisiones en momentos como éste te pagan, Fernando», me dije como si Ballesta me estuviese hablando. «Para saber qué hacer ahora, ya, aquí, te dejamos compartir nuestras comidas y alguno de nuestros secretos». Yo podía engañar, engañarme; era un espía al servicio de una potencia mundial, mi astucia haría caer ese gobierno decadente. «Vas sobrado, Atienza: señorío y engaño». Fue entonces cuando tomé una decisión que me obligó a responder una pregunta. La única pregunta cabal que escuché aquel día:

—¿Se puede saber qué coño haces entrando aquí con unos esquís, gilipollas?

Esa pregunta airada de Del Yelmo, dirigida como una bofetada a quien con tanto afán le había servido, casi me hizo llorar.

—Es que estaba en una esquina y no se movía...

Las manos de Del Yelmo parecían espantar moscas cuando me decía:

—Venga, venga... Corre a dejar eso en recepción. ¿No ves que nos miran? ¿No ves el ridículo que estamos haciendo?

Después de una fantástica y prolija explicación a un recepcionista, que en su absoluta seriedad demostraba una sorna inaguantable, volví al bar. Don Tomás no ocultaba ningún tipo de humor tras su severidad.

—A veces pareces tonto.

—Sí.

—Pero ¿te quieres sentar, coño? Te quedas ahí de pie como un pasmarote... Es que, vamos...

—He comprado los esquís, porque él se ha parado en la plaza y no he tenido más remedio que entrar en una tienda...

—Sí, ahora cuéntame tu vida. Venga, ¿qué ha hecho?, ¿dónde ha ido?, ¿con quién ha hablado?

Me dispuse a relatar el informe.

—No lo sé.

Ahí se acababa el informe.

—¿Que no lo sabes? Pero tú eres idiota o ¿qué te pasa?

—Escuche, escuche, don Tomás. No he podido seguirlo, porque era imposible.

Se retorció en su butacón, relinchó, me atravesó con la mirada.

—Será mejor que te aclares. Piensa lo que dices, porque a lo mejor te empaqueto de vuelta a casa ahora mismo.

Mal asunto.

—Pérez y Pérez ha llegado hasta la esquina. Allí abajo... —Con una señal de mi brazo orienté inútilmente a esos ojos de acero que me penetraban.

—Sigue...

—Y se ha puesto a esperar. Había taxis y todo eso, pero no ha cogido ninguno. Por eso he deducido que estaba esperando. Y por eso he entrado en una tienda. Para que no me viese. Y en la tienda, que era de deportes...

—Joder, sigue...

—Pues, resumiendo, que al cabo de un rato ha llegado un coche negro que a mí me ha parecido oficial. Llevaba banderita. Y la matrícula esa de PMM que nunca he sabido que...

—¿Quién estaba dentro?

—Pues el chófer delante y un señor detrás.

—¿No me digas? ¿Me estás tomando el pelo? —El viejo piafó un poco. Luego habló como para sí—: Es que estas cosas las tiene que hacer Ballesta, no tú. Pero como él ya se considera un señor...

Intenté salvar la situación. A lo mejor esas obligaciones volvían a recaer en Ballesta y yo regresaba a la calle.

—Era un coche de ministro. Supongo que un ministro de algo. Pero yo no sé... Y, claro, con la policía ahí mismo, y con lo rara que se está volviendo la gente hoy en día, y con la de terroristas que hay, no voy a coger un taxi y a decirle que siga al coche de un ministro o así... ¡Y con unos esquís! Yo no sé si he hecho mal...

Cuando levanté la cabeza, porque mientras me explicaba, la mantenía agachada como poniéndola a disposición del verdugo, vi cómo Del Yelmo sonreía:

—Qué va. Has hecho muy bien. La cosa marcha. Ballesta tenía razón. Primero, López y López. Después, Pérez y Pérez. Ballesta es un lince. El Partido Liberal Ciudadano tiene un gran equipo. ¡Lástima que yo no esté afiliado!

No sabe el Lector cuánta gracia me hizo aquello.

—Te vas a descoyuntar de tanta risa, Fernandito. —Del Yelmo miró su reloj. Luego, de pronto se puso serio, como si dudara. Me miró—: ¿Quieres tomar algo? Así me acompañas...

Faltaría más. Un volumen de sirenas procedente de la calle iba en aumento hasta hacer casi inaudibles las conversaciones del bar. El camarero que nos servía los whiskies se vio en la obligación de comentar:

—Parece que hay follón. Se ve que ahí mismo se han pegado unos de Cristo Rey con...

Empezaba yo a ladear la cabeza para matizar esa versión, cuando mi nuevo

amigote, don Tomás del Yelmo, se me adelantó y le dijo al camarero:

—¿Le he preguntado yo algo?

—Nada. Perdón, señor.

La sorpresa me debía de haber transfigurado la cara. Tomás del Yelmo detectó ese cambio y soltó una carcajada. Tomás del Yelmo estaba fingiendo:

—¡Qué me importará a mí lo que haga nadie! ¡Con lo pacífico que soy...! —Del Yelmo dio un primer sorbo a su whisky, lo dejó sobre la mesita y empezó a mandar, que era lo suyo—: Ahora, cuando nos vayamos, te acercas al Ritz. Ballesta estará organizándolo todo. Le dices que a las nueve tengo la reunión que él ya sabe. Que no ha podido ser antes. Que no voy a la cena. Le dices también lo del coche del ministro. Y que luego nos vemos en D'Alessandro. Pero díselo a él solo y en un aparte. Ya sabes... —Del Yelmo me guiñó un ojo, dio otro sorbo a su vaso ancho. La deducción era que el banquero se desmarcaba una vez más, que era secreto el respaldo a aquello que en realidad dirigía—: Vente tú también a D'Alessandro. Si Ballesta te dice algo, le dices que lo he dicho yo. Así conoces eso. Vale la pena. —Del Yelmo se besó las puntas de los dedos de la mano izquierda. Dio otro sorbo a su whisky. Tenía prisa en acabarlo—. Y si podéis, os deshacéis de Vilabrafim. Ése tiene mucha fama de playboy y de qué sé yo, pero con lo que se mete en el cuerpo, a esas horas sólo está para abrazar farolas y dar la murga.

«Pues anda que tú», pensé, mientras Del Yelmo apuraba su whisky. Apuraba yo también el mío para acompañarle a la salida, cuando se echó a reír:

—¿Sabes el chiste del gatito follador?

Me empecé a reír como si ya me lo hubiera contado, mientras negaba con la cabeza. Me esperaba otra dura prueba.

—Unos gatos callejeros, de esos ya curtidos, pasan delante de un gatito y le preguntan: «¿Te vienes a follar?». El gatito les contesta: «¿Y qué es follar?». Entonces ellos se miran, se ríen y le dicen: «Vente a la plaza de ahí en frente y ya verás qué bien te lo pasas». El gatito les sigue. Llegan a la plaza y los gatos empiezan a maullar. El gatito también maulla. Y en ésas, de golpe sale de no se sabe dónde un perrazo así... Una bestia. Todos los gatos echan a correr con el perro detrás. El gatito, también, claro. Y venga a dar vueltas a la plaza con la bestia a un metro. Y venga a dar vueltas... Total, que el gatito acelera, se acerca a uno de los gatos mayores y le dice: «A mí me parece que folio un par de vueltas más y me vuelvo a casa».

Enmudeció la selecta clientela del local ante mi carcajada de campeón. ¡Qué tontería más grande! Pero yo estaba aprendiendo. Cuando se fueron apagando los suspiros, esa alegre agonía de la diversión, don Tomás quiso dar otro sorbo a su whisky y descubrió que se había agotado. Contrajo el gesto y con una seriedad tremenda señaló al camarero, su copa y la mía. El camarero hizo una reverencia y en un instante estaba allí con dos nuevos whiskies y sin ningún comentario. Ese instante

se me hizo muy largo, porque un sonriente don Tomás no dejaba de observarme. Cuando por fin pudo degustar el néctar de la vida, me dijo:

—Hemos hablado poco tú y yo, Fernando... Con tanto trajín, ¿no? Pero me da en la nariz que esto te gusta...

—Me encanta.

—Y a mí. ¿Te acuerdas del día en que nos conocimos? ¿Entraste a mi despacho a buscar una caja o así?

Detecté cierta astucia en la pregunta. Lo que yo fui a buscar era el busto de Franco, pero no pensaba decírselo, ahora que nos habíamos convertido en adalides de la democracia. Ni tampoco aceptar, por lo menos de palabra, que iba en busca de cualquier otra cosa. Me limité a asentir con la cabeza.

—Era el busto del Generalísimo. —Ahora, Del Yelmo me miraba fijamente. Aquello no me gustaba nada. Volví a afirmar con la cabeza, mientras el jefe preguntaba—: ¿Y qué tal las clases con la señorita Alarcón?

—¿Con quién?

—Con Tina.

El más caluroso de los veranos había llegado de repente. Se avivaban los colores. De un momento a otro, todo iba a empezar a dar vueltas. Ese cabrón me estaba acorralando. Y no, ese mareo y esas deducciones no me los transmitían las pastillas. «Supérate, Fernando, ha llegado el momento de la improvisación», me decía. Pero también me decía: «Pero ¿de qué tengo miedo? Yo he sido el profesor de Tina». Y también me decía: «¿Por qué me lo pregunta? Ella ha tenido que decírselo».

—Ya hemos acabado. Ahora sólo depende de la práctica —fue mi respuesta.

—¿Y qué? ¿Es cariñosa?

No había ninguna sonrisa entre esas dos últimas cuestiones y mi perplejidad. Ahí empezó mi vida adulta. En saber salir indemne de un interrogatorio de ese tipo. He tenido la sensación de que mi vida adulta empezaba muchas veces, quizá porque tiene muchas ramificaciones y cada uno de esos momentos memorables equivale al doloroso brote de una rama. Y uno de esos brotes, el más importante quizá, es la plena convicción de tu necesidad de supervivencia contra todo y pese a todo, procurar por tus cuidados por encima del bien y del mal, defender la entrada de tu cueva con la garrota en la mano. Mi garrota imaginaria aquella tarde y ante aquella ofensiva fue adelantar la cabeza con gesto sorprendido y preguntar:

—¿Cómo?

Otra de las ramificaciones de la edad adulta es tomar conciencia de tu posición y actuar en consecuencia. ¿Cuál era mi posición? Yo era una puñetera mierda, porque podía volver a serlo en cualquier momento. Ése era mi puesto. Existe un lenguaje secreto de poder y veneración. Yo quería transmitir a Del Yelmo, el poderoso, que le veneraba.

Del Yelmo agotó su whisky. Volvió a localizar al camarero con la mirada y a señalar su vaso. Esta vez únicamente señaló el suyo. Esta vez lo hizo con el pulgar, un gesto lleno de significado desde la Antigua Roma. El camarero rebasó la barrera del sonido. La explosión del mach uno en aquel bar sólo la pude oír yo. Necesitaba escucharla para romper un estrépito aún mayor que el silencio. Necesitaba que ese silencio desapareciese, que los ojos claros de Del Yelmo dejaran de mirarme:

—Yo no soy más que... A mí, ni por asomo, se me ocurriría... Bueno, y ella es una señora. Muy simpática, eso sí... Es que no entiendo...

Del Yelmo aproximó su cabeza y me hizo una indicación de que acercase la mía:

—En el tiempo en que le diste clases... Viste a alguien. Algún hombre. Tú ya me entiendes...

—Me gustaría darle una respuesta. Quiero decir... La respuesta es no. No vi a nadie raro.

—Si no hace falta que fuese raro. Conque fuese un tío...

—Yo la iba a buscar, hacíamos nuestra clase y luego la dejaba en la academia y llevaba el Jaguar a su casa. Eso era todo... —mentí como un bellaco.

—No digas marcas. No me seas hortera. Y eso que me estás contando, ¿era cada día?

Tenía delante a un cabrón en el sentido más amplio de la palabra.

—A veces, me decía que la dejase en algún sitio, porque tenía que comprar algo. Pero casi siempre cerca de la academia... Luego, eso sí, llevaba el coche a su casa.

—Ya entiendo.

Del Yelmo me seguía mirando. Luego atacó el whisky por enésima vez. Volvió a consultar su reloj y continuó pensando. Ahora miraba al suelo. Yo estaba temblando. Pero a los diecinueve años, un ataque de pánico aún no es una confesión de culpabilidad.

—A lo mejor, cuando volvamos, la ves otra vez. Yo le diré que no me acaba de convencer como conduce. Y es verdad, coño, porque conduce fatal... ¡No sé qué mierda andabais haciendo...!

Por el tono comprendí que el peligro ya había pasado.

—Es que hay que practicar. Y las mujeres...

—Bueno, escucha. Yo le digo que tenéis que dar más clases. Y después de las clases, la sigues como has seguido a Pérez y Pérez. Y ésa no se va a meter en ningún coche oficial.

«¿Que no?», pensé con mi nuevo cinismo ya cimentado. «En cuanto ella tope con alguien mejor que tú, eres pasado, don Tomás. Como el ciego. El ciego y el viejo. No sé qué te hará esa chica. No sé hasta qué límites puede llegar. “A cada cliente, su estilo”, ése parece su lema. No te has dado cuenta, porque ya estás atrofiado de tanto poder, de fijarte sólo en lo que crees que va a interesarte, de comprarlo todo, en que



esa chica es como el aire. Está ahí para todos. Viento y joyas. Puedes mucho, Tomás, pero no puedes con eso. Mírate. Mira cómo has cambiado. Has cambiado cuando ya nadie cambia. Tan acostumbrado a ir a favor de la corriente, no te has dado cuenta de que ahora nadas hacia ningún sitio. Mírate el traje, mírate el pelo. No te resignas y en lugar de un chaval eufórico eres un viejo aún más sombrío y tembloroso que se muere por disfrutar otra vez de lo que hace esa chica. Una vez más. Y tú no has aprendido a decir basta. Nunca has dicho basta. Me enterneces», iba a decirle, cargado hasta la extrema lucidez, o pienso que digo ahora, con todo el peso del tiempo. Pero lo que dije fue:

—La sigo. Entendido.

—Y de esto, ni una palabra. Ni a Ballesta ni a nadie. Me parece que me he portado contigo muy bien. Ahora te toca corresponder. Por otro lado, tanto Ballesta como yo estamos muy contentos de tu trabajo. —Se levantó, con esfuerzo. Me levanté—: Ahora me voy a la dichosa reunión esa. Se lo dices a Ballesta. Y que luego en D'Alessandro.

Estábamos los dos de pie. Me palmeó la cara.

—Buen chico. Siéntate. Acábate la copa tranquilo.

«Quiere salir solo», deduje. Me senté. De vez en cuando, me asomaba al vestíbulo. Del Yelmo en recepción haciendo una llamada. Del Yelmo detenido ante la puerta, mientras un sujeto calvo y con barba lo mira. Del Yelmo inicia el ademán de volver a recepción, pero se detiene, da media vuelta y sale por la puerta.

El que se lanzó a llamar a Tina en cuanto Del Yelmo salió del hotel fui yo. Tragué una píldora estimulante, acabé mi whisky y recé. Bajo la marquesina del hotel dirigí la mirada en todas direcciones como un desesperado, y crucé un par de calles hasta comprobar que nadie me seguía. Si a mí me ponían a seguir a la gente, ¿no podía ser eso una trampa y que a mí me estuvieran siguiendo también? Busqué varias cabinas. Todas tenían el auricular roto. Alguna ni siquiera tenía auricular. Pensé por un momento en una conjura. El cable desmochado parecía mirarme, avisarme. No querían que llamara. Entonces volví al hotel. Le pregunté al recepcionista dónde podía llamar:

—¿Es conferencia?

Afirmé.

—Sólo pueden usar el teléfono para conferencia los clientes del hotel.

—¿Y yo no soy cliente del hotel? —El alboroto de la jornada me había impedido preguntar dónde iba a dormir. Me acerqué al recepcionista y le susurré—: Me llamo Fernando Atienza.

Mientras el recepcionista consultaba un libro, el individuo calvo y con barba que un momento antes observaba los movimientos y dudas de don Tomás, ahora daba vueltas a mi alrededor. Llevaba capazo.

—No, señor, no está usted registrado, aunque eso ya debería usted saberlo de no padecer amnesia. Tampoco hay ninguna reserva a su nombre. Y si padece amnesia, le recuerdo que nos ha dejado un par de esquiús.

—Son de don Tomás del Yelmo. ¿Está registrado don Tomás del Yelmo?

—El señor Del Yelmo es un gran cliente, pero no en esta ocasión.

Cuando me iba a cumplir mis obligaciones junto a Ballesta, a intentar llamar a Tina y, de paso, saber dónde iba a pasar la noche, el barbudo con capazo, que había escuchado sin ningún pudor mi conversación con el recepcionista, me dijo:

—Soy Santos Toledo. De *La Nación*.

—Hace usted muy bien. Mire, señor Toledo de la Nación, tengo prisa.

—Santos Toledo es mi nombre. *La Nación*, mi periódico. ¿Puede identificarse y hablarme de las relaciones entre el Banco de Grandes Negocios y su filial, el Banco Comercial Ciudadano, con la coalición de centro que se presiente ante las próximas elecciones generales, sobre la financiación de los partidos políticos, el apoyo a cara descubierta de ciertas instituciones y de los favores que luego se habrán de pagar?

—Es una pregunta muy larga, señor De la Nación —fintaba para esquivar definitivamente a ese individuo en mi camino hacia la puerta. Opté por el delirio—. Además, se está usted quedando calvo, gasta barba, lleva capazo y se ha confundido de hombre. Yo soy espía, muy espía, y pertenezco a los servicios secretos de una nación centroamericana donde muy pronto, hoy o mañana, habrá una intervención militar que librerá al pueblo de la opresión del yugo comunista.

El periodista bramó: «¡Yupi!». En la inmensidad de la frente sudorosa se reflejaban las luces del vestíbulo.

—¿Me lo confirma así, sin más?

—Sin más —dije, y eché a correr.

¡Flash!

¿Alguien me retrataba? No, no era a mí, sino a una célebre soprano que tumbó de un golpe al fotógrafo. Lo mismo debía hacer yo con el periodista calvo que me perseguía en mi camino del Palace al Ritz. Después de tomar las precauciones necesarias para que nadie me siguiera, por fin había logrado que me siguieran. Perfecto.

¡Flash!

¿Alguien me retrataba? No, no era a mí, sino a la componente femenina de la pareja de melenudos apaleados por los fascistas. Al chico se lo llevaba una ambulancia, y la chica, tapándose con la mano una herida en la sien, denunciaba el hecho a unos periodistas, mientras, de paso, lanzaba algunos lemas libertarios y se quejaba de que los agresores se habían quedado con su documentación. Sabían dónde vivía, estaba a su merced. Los periodistas, compadecidos, se excusaban ante la chica por no poder publicar alguno de sus comentarios acerca del incidente. El periodista

calvo saludó a sus colegas con la discreción de quien posee una exclusiva que habrá de encumbrarle y siguió mis pasos sin ningún recato. Decidí despistarlo, pues el hotel Ritz estaba nada más cruzar la plaza.

¡Flash!

¿Alguien me retrataba? No, no era a mí, sino a una *starlette*, que abriéndose la camisa como remate de una pose enseñaba teta a un fotógrafo. El nuevo Brassai, pretextando la fuente de luz que emanaba de un café acristalado, argumentaba que el resultado de aquel escándalo público iba a ser muy artístico. Un guardia corría hasta allí a poner orden. El periodista calvo debió de pensar que visión como la del pecho de aquella moza no se le ofrecía a diario. Se detuvo un instante a mirar y ésa fue su perdición. Yo ya me había agachado entre la fila de coches aparcados, había tomado un taxi y le decía al chófer dónde iba:

—Si el Ritz está ahí delante.

—Mejor para usted.

¡Flash!

Ante la puerta giratoria del hotel donde se iba a celebrar la cena de presentación del Partido Liberal Ciudadano, no me fotografiaban a mí, sino a mis jefes. Otro *paparazzi* immortalizaba a Del Escudo y a Vilabrafim, mientras unos reporteros a la espera de su turno de preguntas murmuraban indiferentes sobre las figuras que componían el coliderazgo del partido que coordinaba.

—Habéis venido muy pocos, coño... *Cheese...*

¡Flash!

Vilabrafim se había quejado a la prensa antes de pronunciar la palabra que garantizaba una correcta sonrisa. Los periodistas se limitaban a encogerse de hombros, a poner cara de sueño y a comentar entre murmullos la nueva paliza de los guerrilleros de Cristo Rey. Del Partido Liberal Ciudadano lo ignoraban todo.

Encontré a Ballesta en el teléfono de recepción. Esperé ante él y se volvió sin hacerme ni caso. Cuando por fin colgó, sin darme tiempo a explicar nada, se encaró con los empleados del hotel, tan suntuoso o más como el que acababa de abandonar, pero con la misma confusión en el vestíbulo. Yo, por mi parte, le pregunté al recepcionista dónde podía hacer una llamada. Con el gesto del que se dirige a un elemento del pueblo llano, el recepcionista me mostró una estancia con el mentón, no sin advertirme que si era conferencia y no estaba registrado en el hotel, la misión era imposible. ¿Estaba registrado en el hotel? No. ¿Y el señor Del Escudo, y el señor Vilabrafim, y el señor Del Yelmo? Sí. La preocupación por no saber dónde iba a dormir nubló mis buenas intenciones para con Tina. Ya la avisaría más adelante.

—¿Qué haces ahí parado? Corre al jardín y dile al encargado que haga un cóctel y no sirva más copas sueltas. Se lo dices así: «Mande hacer un ponche».

Era la primera vez que oía a Ballesta regatear gastos. Crucé el vestíbulo y alguno

de los salones; allí, me topé con rostros semitendidos, semiyertos, en los sofás de terciopelo castaño. De sus bocas fluía como una pompa indolencia teñida de emasculada mordacidad. Figuras hieráticas vestidas de cóctel, pero sin cóctel al que asistir, observaban el trajín y comentaban, con ingenio supuesto, que ya nada era lo que fue, que hasta ahí podíamos llegar. Encargué el ponche a un *maître* que también me miró con un destello *O tempora, o mores* en la pupila. El *maître*, a pie de escalinata, señalaba el jardín salpicado de sombrillas y rodeado de cipreses donde vislumbré todo tipo social menos el estricto proletariado. ¿Que no? El *maître* me rogaba en ese momento con desesperación contenida que orientase a los artesanos carpinteros hasta el salón donde se iba a celebrar el banquete. A buen seguro, opinaba el *maître*, habían entendido mal las instrucciones del señor Ballesta. Los artesanos carpinteros, para aumentar mi tendencia a la alucinación, cargaban a la espalda una W tridimensional en madera de color azul y dos metros y medio de alto como poco. Se paseaban por el jardín entre los grupos de contertulios diciendo «Cuidadito, que mancho...». Preguntaban por el lugar donde debían depositar el trabajo a quien tenía más pinta de dirigir el cotarro. El interrogado echaba la cabeza hacia atrás con manifiesta hostilidad. Alcé una mano. La W vino ondulando hasta mí.

Rumor incesante de monólogos cruzados, yuxtapuestos, airados, muertos. Carcajadas, carcajadas, carcajadas... El dial auditivo rota, analiza, y sólo detecta onomatopeyas de asombro, compasión, escepticismo, gozo: «Ay, ay, ay, Ginés, para, no sigas, que me va a dar algo. ¿De verdad? ¿Estaban haciendo eso dentro de un armario?». Y ahora susurran: «Quiebra, quiebra, como te lo cuento... Pobre Pablo. Y todo puesto en la empresa». Y ahora enfatizan: «Yo soy anarquista de salón». Viento y joyas. Oro y laca. Perlas y manicura. Un aspirante a subsecretario, y dos, y tres, ensayan una reverencia, y dos, y tres. Gimnástica tabla burocrática contra fulares de bohemia dorada en fin de semana y puente largo. Dandis a medias.

—Si Hipérbolo fuera yanqui, sería Hemingway.

—Si Hipérbolo fuera yanqui, sería Hiperbolation.

Carcajadas, carcajadas, carcajadas. Molesto deslizar de sillas. Rumor de cubiertos. Rostros de mediana edad abotargados, solemnes, reidores, masticadores. Rostros tan famosos y pagados de sí que fingen no sorprenderse al ser contemplados, mientras delante de ellos dos cabezas observan, auscultan y cotillean, y otras dos en la esquina, y aquél no puede aguantar la envidia y el de más allá... A esas criaturas tocadas por Fortuna sólo les asombra no iniciar una majestuosa levitación de un momento a otro. Añoranza de espejos donde besarse. Rostros bellos de las bellas, rostros bronceados de ociosos y ociosas, rostro hedonista, escarlata, el del gourmet. Rostros enérgicos que pronuncian largas frases que llenan de polisílabos con su aliento vigoroso: jerga de economista, de jurista, de psicoanalista, de arribista. Rostros con gafas, rostros indiferentes. Rostros en plena vejez, belfos caídos, miradas picaras, venerables; rostros de edad indefinida que con el brusco giro de cabeza de algunas aves zancudas miran al frente, hacia un lado, hacia otro, a presidencia, al reloj, a esa tía buena, al frente, ocultando una escalofriante deducción sobre el estado de las cosas, síntesis que harán olvidar el sueño o el alcohol. Miradas seductoras, aduladoras, sediciosas, malignas, inquietas. Máscaras plácidas del placer que da el uso social, el gorreo cumplido.

En el salón del lujoso hotel se percibe humedad mal ventilada, y el exceso de luz de las grandes ocasiones delata envanecida decadencia. El techo está agrietado, las molduras despintadas, la alfombra roja se ondula, la plata ennegrece, las arañas de cristal ocultan verdaderos arácnidos y su primorosa labor. Un piano de cola, cubierto por una tela sucia, muestra una metáfora muy poco exquisita de la general falta de armonía. La disposición en forma de U, todos contra todos, otorga al banquete su entero significado. Si hay un centro del mundo, si existe un motor que mueva los nuevos tiempos, está ahí, en esa herradura fundamental. El escéptico vuelca por tercera vez su copa de vino; la beoda evidencia alegre a unos, conmueve a otros,

ahonda la misantropía de un tipo en un rincón. Es el *maître*.

Deambular de criados con bandeja, súbita aparición de uniformados camareros a mi espalda. Se fue intacto el consomé, se desperdiciaron las gambas por no dominar el arte de la disección con tenedor y cuchillo. La despedazada lubina, muestra a mis ojos enloquecidos su esencia de naturaleza muerta. Respiro hondo. El plan sigue su curso entre la confusión, los malos augurios y los pasos precipitados. Quizá todo vaya bien. Estoy escuchando una conversación perversa, no tanto por estúpida o inteligente, sino por común. Mi lucidez alcanzaba la perversión de lo común, las ganas de hablar. Tararí y Tarará parecían tan listos...

—Estoy viendo que va a pasar lo mismo que en Chile. Si no al tiempo... Primero les estrangulan políticamente, luego económicamente y luego sin más... —opinó Tarará.

—¿Eso pasó en Chile? Claro, en fases, en fases calculadas... —alabó Tararí.

—Y en todos lados. Primero siembras el caos. Luego te presentas como el salvador de ese caos —generalizó Tarará.

—Yo es que soy apolítico, aunque me esté mal el decirlo. He venido sólo porque me lo ha dicho Hipérbolo. Y encima, no va a hablar. Porque Hipérbolo habla y les dice cuatro frescas a esos tibios. —Tararí señaló la presidencia y adelantando la cabeza a través de mi espalda, bajó la voz—: Por lo que se ve, tiene amistad con ese Vilabrafim. —Tararí volvió a una posición natural ante su plato—: Pero ya te digo. Apolítico. ¿Te gusta el pescado?

—Sí, esto debe de ser merluza —especuló Tarará.

Era lubina, pero qué más daba. Tampoco Tararí era el profesor de sociología que decía ser, sino un agente de la inteligencia militar. Uno de verdad. Eso me había dicho Ballesta. Eso era lo que ignoraba la enérgica Tarará, que seguía hablando:

—No, si yo también he venido por Hipérbolo. De qué si no, con todos estos... —chuleó Tarará, mientras señalaba con su tenedor a los invitados al banquete. Y añadió—: A mí tampoco me seduce la política, la política activa, quiero decir, pero hay que estar enterada de las cosas. Fuera sí se enteran. La gente no se tira de cabeza al río, pero está informada y exige. Aquí les dicen que van a ser demócratas y, hala, todos tan contentos. Y hace nada estaban dándole vivas al Gran Cabrón en la plaza de Oriente.

—Como se los darán mañana al que dé el golpe —presagió Tararí, sin ocultar una llama de esperanza.

—Calla, calla, el caso de esa pobre gente aún es más triste que el nuestro. Se ve que los tanques han salido a la calle y el presidente ya ha dimitido —se compadeció para luego informar Tarará.

—Los yanquis, siempre los yanquis... —suspiró fatalista el cínico Tararí.

Tarará estaba a mi derecha y Tararí a mi izquierda, hablándose y obviándose. Les

había dicho al presentarme que era de la coordinación del partido que organizaba la cena, y eso a ellos les pareció sinónimo de invisibilidad. Sólo una vaga cortesía, o la certeza de que ojos maliciosos estaban mirando, les había impedido sugerirme un cambio de sitio para poder tocarse bajo la mesa, además de hablar del rumor de golpe de estado en un lugar no muy claro de Centroamérica que me había inventado y como una plaga maligna se había extendido por toda la capital. De todos modos, mi actitud impasible y las insinuaciones que cerraban la entonación de su diálogo apenas podían disimular el fuego que se estaba encendiendo entre ellos. Tarará ejercía como corresponsal de la televisión en un país europeo y, tras la ingestión de dos vermús, había apostillado su presentación profesional, no a mí, sino a Tararí, con este sentencioso autorretrato:

—Se pasan la vida jodiéndome, porque soy inteligente, porque estoy buena y porque soy la mujer de... —aquí unos discretos puntos suspensivos, aunque de... nunca más se supo (Tarará, en cambio, fue muy conocida en los años ochenta)—: Menos mal que me trago la mala leche y pienso «Hija, sigue, que tienes unos ovarios como balones».

—Es que hay mucho cerdo suelto —opinó, por si le pegaban, Tararí—: Tendrías que volverte, mujer. Ahora están pasando cosas muy importantes en España. Y aún no es el mismo tipo de vida, pero...

—Sí, por aquí... —el cuchillo remataba un significativo gesto de Tarará. Por lo menos, esperó a concluir la masticación para informar—: Mañana mismo me voy. Después del golpe de estado en Costa Rica...

—No, no, ha sido en Guatemala...

—Pues yo he visto entrar hace un momento en la terraza al embajador de Costa Rica... Así, que tú mismo... Bueno, da igual donde sea. Al fin y al cabo, todos esos países se confunden. La guerrilla y la contra y qué sé yo. Lo que quiero decir es que el golpe de estado allí es un ejemplo y una justificación para un golpe de estado acá. Nosotros también somos bananeros, pero nos empeñamos en creernos Dios sabe qué. Lo que yo te diga. Si hoy es en Costa Rica, mañana será aquí. Pero a mí ya me pillan en el avión, te lo aseguro. —Tarará tenía las ideas claras.

—Cuánta razón tienes... —suspiró Tararí—: Esto de Guatemala les va a dar a los militares un pretexto bonísimo.

—Yo no creo que haya habido ningún golpe de estado en Centroamérica. Me parece que es un falso rumor que se ha extendido —opiné, aprovechando que Tararí y Tarará se miraban con arrobo.

Me temo que rompí el hechizo del instante. Tarará aún tuvo la decencia de sonreír. Era una sonrisa que no ocultaba su desprecio, pero bueno... Tararí se vio en la obligación de decirme:

—¿Ves esto? —Cogió mi servilleta intacta—: Pues vas y corres con ella a casa de

tu abuelita a que te suene los mocos.

Tará evitó reírse abiertamente en mi cara, al tiempo que echándose hacia atrás, miraba a Tararí y le lanzaba a través de mi espalda una mirada de agudeza como diciendo: «Pero qué malo eres...». Él puso cara de ser brillante en todos los terrenos, y yo, viendo sus actos reflejados en mi copa, me la bebía de un sorbo contra otra copa, en ese momento sonó el repique de un tenedor.

—¿Ya empiezan los sermones? —Tararí estaba lanzado—: Sueltan el rollo antes de las copas para que nadie se marche. No se fían ni de sus correligionarios.

—Hay miedo, se les nota en la cara. Escucha el silencio... Van a tener que volver a cambiarse de chaqueta dentro de nada. —De esta guisa profetizaba Tarará.

Yo, desde luego, no escuchaba ningún silencio; sólo a Tararí y Tarará conteniendo la risa y el anhelo del uno por el otro. Antes de que llegue el sermón, según ironía de Tararí, deje el Lector que le cuente la patraña del golpe de estado, cómo y por qué se extendió. Seré breve, como decía en ese momento el conde progresista y conservador, todo a un tiempo, padrino del acto y centro de su presidencia, con Vilabrafim a su izquierda y Del Escudo a su derecha, que al ponerse en pie ocultó parte de la gigantesca W. Esa W era para mí la verdadera presidenta del acto, el símbolo de aquel cúmulo de absurdos. Voy a por la historia golpista.

Como ya sabe el Lector de este Informe, el reportero calvo y con capazo al que había dicho por puro delirio lo del golpe militar en Centroamérica intentó seguirme sin éxito desde mi salida del Palace. Mi despiste callejero no hizo más que aumentar las sospechas de que yo era un ente peligroso. Llamó a la sección de internacional de su periódico. Allí le dijeron que *La Nación* no publicaba rumores y que no había ningún tipo de noticia, ni de agencia, ni de corresponsal, que respaldase la atrevida información. Confundido por la indiferencia ante su *scoop* y, presumo, la desaparición de la *starlette*, el fotógrafo y el guardia, el periodista calvo vio flashes a la puerta del Ritz y, como un tonto de pueblo más, caminó alelado en esa dirección. Mientras Vilabrafim y Del Escudo exhibían su ingenio respondiendo a cuestiones protocolarias de la prensa, el periodista calvo dedujo que en el interior del hotel había merienda, cruzó el vestíbulo sin que nadie le interceptara, y en la terraza-jardín topó con la presencia del afamado columnista que esa misma tarde había presentado libro. A esa presentación, sin que nadie lo ordenara, había acudido Vilabrafim, gran amigo del famoso, y de ahí se había traído, además de al autor, a una serie de personajes imprescindibles en cualquier acto de envergadura. Gente como Tararí y Tarará, para que el Lector se haga una idea. Esos destacados ciudadanos llegaron en número de treinta y dos con el pretexto de que el Ritz abría por vez primera sus puertas a un evento democrático que no fuera de gala. Era de locos perderse tan histórico suceso. Por eso, pululaban en corros por la terraza-jardín del hotel a la espera de que les avisasen para cenar. Los gorriones trasegaban Chivas por toneles y ocasionaban serios



desbarajustes en la afinada organización que un ajetreado Ballesta hacía lo posible por enmendar. Eso ahora ya no importa. El caso es que en cuanto vi y escuché al periodista calvo intentando hablar con quien deseara prestarle atención, me escabullí por entre un seto y fui a organizar cualquier cosa tras una cristalera que me ocultase y al propio tiempo me dejara seguir la marcha de los acontecimientos. El periodista calvo trabajaba en el mismo medio que el columnista famoso; por eso, en cuanto descubrió en un corro al príncipe de la opinión, imaginó que ésa era la oportunidad de vomitar su embriaguez informativa. Le obligó a hacer un aparte y le relató el fabuloso acontecimiento que acababa de sucederle:

—Caray... —opinó el columnista famoso.

Como se tardaba en cenar, porque se hacía necesario un traslado de salón, hubo tiempo de sobra para que el columnista famoso hiciese un aparte consigo mismo y en un velador, a pie de obra, la miopía a un centímetro de las palabras inmortales, empezara su columna del día siguiente con las frases: «América, miserable América, que hasta el nombre te han robado esos gringos hijos de puta como aquellos guardadores de cochinos te robaron el oro. Hoy quiero ser mestizo, mulato, indio guaraní, chouí, chouí...». También sobraron minutos para que el rumor se difundiese a la carrera. Un rumor, para difundirse no necesita de conferencia telefónica, basta con la llamada local. Por eso, mientras en un salón del piso primero se extendían los manteles y se adecuaba la cubertería, abajo, en el vestíbulo y en la terraza-jardín donde pululaban futuros comensales de toda especie, se telefoneó mucho. No tardaron en personarse enviados de las embajadas de Honduras, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. Luego llegaron agregados de Argentina y Chile que, como siempre, se hicieron pasar por futbolistas. Y enseguida hubo representantes de Colombia, Ecuador, Uruguay, Bolivia... hasta que todas las manos, todas, aguantaron una copa de ponche y se quejaron de su pésima calidad, hasta que todas las voces, todas, transmitieron noticia del inminente suceso, una versión siempre distinta a las demás. Luego, campechano, llegó Bob, el agregado cultural de la embajada de Estados Unidos. «El de la séptima», decían los enterados, conocedores de que ésa era la planta del edificio diplomático donde se alojaba el servicio secreto. Todo el mundo confesaba odiar al espía yanqui; pero el simpático agregado regalaba unos puros habanos de primera calidad, y muchos se acercaban a saludarle con el pretexto de que siempre iba ciego de marihuana y solía dejar caer primicias de inesperada magnitud. Le tantearon sobre lo que podía ocurrir y el agente de la CIA dijo que de qué iban. Negativa rotunda. Los emocionantes tiempos de promover asonadas en la sombra se habían ido.

—Lo mismo dijo cuando lo de Argentina.

—Es un fantasma.

—Y se ha dejado los puros en casa.

La incertidumbre aumentaba cuando Ballesta y yo mismo oficiamos de perros pastores y guiamos a la manada a un salón con una serie de largas mesas componiendo una herradura y una pared central donde la originaria W dejaba de parecer el pájaro en vuelo, emblema de nuestro partido, para seguir pareciendo una W. Para mi consternación, la W originaria, convertida en colosal letrero, se había trasladado de un muro de contención en una montaña infestada de ruina y barracas a un salón del Ritz. Los carpinteros habían alegado que era muy difícil hacer el trabajo de las alas, esa artesanía llevaba mucho más tiempo del que Ballesta les había concedido:

—Además, las paredes andan llenas de W como ésa. Nos creímos que...

—Da igual, da igual... —dijo Ballesta, que en el fondo no estaba tan desesperado como parecía. El motivo de su íntima satisfacción era que Quintiliano Pérez y Pérez había venido a la cena, abrazado a Del Escudo con amistoso redoble y hasta admirado el tirón de Vilabrafim entre la clase intelectual. El asunto marchaba.

—Las cosas marchan, Fernando —me había dicho Ballesta—: Lástima de la tontería esa del golpe de estado en Venezuela. Pero ¿no hemos visto a los de la Standard Oil? Parecían tan contentos. Los directores de los periódicos se han tenido que quedar en la redacción a la espera de noticias. Es un buen pretexto para escaquearse. Eso del golpe bananero será idea de algún imbécil, que habrá hecho correr la voz para jodernos.

Callé cuanto sabía y me limité a transmitir las órdenes de don Tomás del Yelmo. Su reunión y la cita en D'Alessandro a la que yo también iría por deseo expreso del jefe. Tras un asentimiento de cabeza, el calificativo de la marcha de los acontecimientos era ya «insuperable». Había llegado el momento de preguntar:

—¿Dónde voy a dormir?

—Sí, con el trajín que llevo, te voy yo ahora a decir...

Y desapareció.

Y un poco antes de las intervenciones, estaba susurrando algo al oído de Del Escudo, mientras el conde progresista que apadrinaba la cena se disponía a decir unas palabras. El susurro del consejero Ballesta, al ser protestado por nuestro líder Del Escudo, se convirtió en una acalorada discusión gestual. Cuando Ballesta dejó a Del Escudo por imposible y abandonó el salón a grandes zancadas, el conde, testigo perplejo de la callada contienda, se dispuso a hablar:

—Seré breve —entonó.

—Es un farsante —opinó Tararí.

—Pero qué elegancia... —suspiró Tarará.

Tararí se miró. Tararí supo que a ellas, pese a tener ovarios como balones, les rendía la elegancia. Ésa era una verdad inapelable. ¡Ay, si la impetuosa Tarará pudiese contemplar a Tararí con el uniforme puesto!

—Amigos, buenas noches. Antes de entrar en la materia que nos ha traído hasta aquí, cena aparte... —Sonrisas—... me gustaría expresar una opinión. Estoy convencido de que todos la compartimos. El pueblo español es lo suficientemente maduro para que sus sectores más sectarios, si se me permite el juego de palabras, más agresivos, de un signo u otro, se olviden como se han olvidado siempre, de la política internacional, unos, y de la Internacional a secas, otros... —amortiguados «oh» de admiración por el malabarismo oratorio—: A España sólo le importa la democracia. Y que en todo el mundo se luche pacíficamente por ella como se está luchando aquí.

Primero aplaudieron los que habían entendido y los que siempre aplaudían en las pausas. Luego ya aplaudieron todos los demás, mientras el conde bebía un sorbo de agua:

—Dicho esto —el conde sacó una nota del bolsillo—, quiero presentarles con mucho gusto a mis rivales políticos... Rivales y sin embargo buenos amigos, demócratas de mucha solera, que con toda la generosidad del mundo me han pedido que diga unas palabras que enmarquen su manera de pensar. Las digo, pues... He estudiado las ideas básicas del Partido Liberal Ciudadano. La agrupación se nos presenta con intenciones claras de reconciliación y pacto en su ciudad de nacimiento, donde goza de un prestigio muy alto. Cada vez está más claro que es necesario favorecer en toda España una síntesis popular que enlace con similares proyectos europeos. Esta síntesis ideológica recibe íntegramente del liberalismo político la doctrina de las libertades públicas y del Estado de derecho, pero se aparta de él en el plano económico y social para el que recoge fórmulas socialdemócratas. Esta síntesis debería permitir en las próximas elecciones una unidad de los partidos democristianos con buena parte de los liberales y socialdemócratas hoy existentes. Ante la inquietud de lo que Ortega llamó en su *Mirabeau o el político* la subitaneidad del tránsito, necesitamos, todos juntos, ejercer un sentimiento moderno de continuidad y marchar despacio. Invito pues desde mi posición a que el flamante Partido Liberal Ciudadano asuma el reto y estudie la posibilidad de unir nuestras fuerzas para un futuro electoral que se nos antoja muy próximo.

Aplausos. Comentarios. Susurros. Unos rostros miran a otros. Unas cabezas se inclinan sobre otras.

—Más claro, agua —dice Tararí.

—Eso si llegan las elecciones, por muy pronto que las convoquen. —Tarará se ajustaba el corpiño—. Viven como en una nube. ¿Es que no los ves?

Quizá Tararí, acostumbrado a los imposibles de su profesión, no percibía esa nube; yo, que no acababa de acostumbrarme a ciertas turbulencias, veía la nube delante de mí como las veía a veces en el cielo. Era un nimbo formado por los vapores alcohólicos de Vilabrafim, la petulante irresponsabilidad en torno a Del

Escudo y el sospechoso borrado de huellas al que desde hacía tiempo se dedicaba con éxito el conde conservador, pero progresista. El conde se había sentado y, satisfecho de sus palabras, estaba recogiendo el papel que las contenía. Lo guardaba ya en el interior de la chaqueta, cuando Vilabrafim, con habilidad de carterista, se hizo con la hoja del conde y se levantó tentando la mesa. Vilabrafim repicó en su copa con un tenedor. Nadie le hizo caso. Vilabrafim no se dio por vencido y apuntó con garbo un sincopado ritmo de be-bop hasta que todos admiraron su habilidad y en el salón se hizo el silencio:

—Adoro el jazz —confesó Vilabrafim—. Cómo me gustaría estarles hablando durante horas de mi vocación de batería, de las *jam-sessions* en el Jamboree, de los discos de Charlie Parker, el Pájaro. ¿Hablo aunque sea un minuto? —preguntó al resto de la presidencia, mirando a derecha e izquierda hasta que, gracias al estudio de aquellos rostros estupefactos, llegó a una sospecha—: Me parece que no hay tiempo. Ni para hablar de eso, ni de muchas otras cosas de las que tanto sé. Si me han visto por la tele, que vamos, seguro, sabrán que soy hombre del Renacimiento. Todas las materias guardan en su cajoncito un polvo de conocimiento para mí. «Es el conocimiento, y no el dolor, el que camina por mil calles solitarias y salvajes». No sé por qué digo esto, pero adoro citar. Lo adoro, insisto. Y como lo adoro, me gustaría citar aquí las palabras del conde, en representación máxima del Partido Liberal Ciudadano...

Con toda su desvergüenza, Vilabrafim repitió lo que el conde terminaba de leer. Cuando, azorado, esperaba desde mi puesto que los presentes lanzaran todo upo de objetos hacia Vilabrafim y su impunidad de vividor, la concurrencia estalló en aplausos. Hubo comentarios. Se susurró. Unas caras se enfrentaron a otras. Unas cabezas se inclinaron sobre otras. Pero nadie parecía criticar la fantochada. Era una reacción idéntica a la del discurso anterior en justa correspondencia con su contenido.

—Ha estado mejor... —opinó Tararí.

—Los catalanes son más discretos en todos los sentidos, pero tienen una elegancia innata. Son casi franceses. No hay más que verlos. —Tarará, henchida de admiración, olvidaba por un momento el holocausto nacional que intuía.

Miré a Del Escudo. Estaba rojo de ira. Cuando, con disimulo, Vilabrafim estaba devolviendo el papel con el discurso al conde, Del Escudo chasqueó los dedos y uno de los guardaespaldas, preparado ya para auparle, obedeció ciegamente y sin ninguna consideración de clase arrebató el manoseado folio al aristócrata para entregárselo a su amo. Enseguida, el matón y su compañero levantaron a Del Escudo, mientras el ex banquero, preso de la histeria, repicaba en el cristal hasta romperlo. La concurrencia se asomó:

—Damas y caballeros... Cuatro cosillas. Hace ya demasiados años, cuando podía caminar, era más alto que uno que yo me sé. Ahora me consuelo con mandar más que

mi empleado —fue entonces cuando Del Escudo señaló a su socio político Vilabrafim —: Ayer mismo, reunidos en mi despacho, como estaba de buen humor, le dije: «Escucha, Jaimito...».

Y Del Escudo leyó el mismo discurso que el conde, el mismo discurso que Vilabrafim. Sonaban ya los aplausos cuando Del Escudo levantó una mano para reclamar silencio:

—Jaime de Vilabrafim, este de aquí —volvió a señalarlo—: Porque no creo que se lo conozca tanto como él supone, no ha mencionado, porque no puede, al carecer de mando decisorio, el envite con que el conde, nuestro anfitrión en la capital, nos ha... —a Del Escudo le costaba encontrar un participio—:... invitado. Yo, que puedo, lo hago. Y digo, sí, conde, cuenta con nosotros. Para conmemorar esta unión que preveo histórica tengo preparada una pequeña sorpresa que sellará nuestra unión. Ya pueden aplaudir.

Y aplaudieron, mientras Del Escudo hacía que el conde se levantase y, con muchos reparos, alzase con él las manos unidas y se abrazase a su tronco. Los asistentes siguieron aplaudiendo, comentaron, susurraron, se miraron y acercaron sus cabezas. Casi nada que objetar, al parecer.

—Ese Del Escudo tiene coraje —opinó Tararí.

—Es primo de Quique y Coque Lanza —informó Tarará.

—¿Los del Banco de Negocios? —preguntó, sorprendido, Tararí.

—Los del Banco de Negocios, los dueños de media Guadalajara y de qué sé yo qué más... —detallaba Tarará—. Él me parece que antes también trabajaba en un banco, pero dejó su puesto para pasar a la clandestinidad. Clandestinidad de niño pera, pero clandestinidad, macho. Dicen que lo de la parálisis no fue un accidente, ni mucho menos. Es la oveja negra de la familia.

Era tan excelente la síntesis biográfica que Tarará había trazado de don Carlos del Escudo, tan magnífico el perfecto desconocimiento de sus obligaciones por parte del agente de la inteligencia militar Tararí, tan grotesco todo, tan bonito, que ignoré la mano que en ese momento alguien depositaba sobre mi hombro.

—Tú, bobo.

Al oír la voz de Ballesta, me volví riendo para contarle la imaginativa información que acababa de recoger. Con rumores como ése, Ballesta elevaba catedrales de ocultación. Sin embargo, el gesto de absoluto enfado que Ballesta exponía a medio palmo de mi cara me persuadió para aplazar el relato. Me estaba dando unas hojas:

—Repártelas. Una a cada uno.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, levántate y repártelas.

Dejé a Tararí y Tarará con la sorna puesta en la mirada y la sonrisa y me dispuse a

obedecer. Mientras evitaba el choque con otros criados como yo que servían café, copa y puro, iba entregando a cada invitado uno de los papeles que me había dado Ballesta. Parecían versos. Ballesta, por cierto, había desaparecido, y por la misma puerta que había utilizado para abandonar la sala como un rayo furioso, entraban ahora unos músicos con su instrumental y unos niños uniformados con túnicas azul turquesa y pelucas rizadas teñidas de púrpura. Un camarero estaba descubriendo el piano de la ajada tela que lo cubría y otros preguntaban al pianista la adecuada disposición de atriles y partituras. El pianista ordenaba la distribución, mientras estiraba los dedos y los hacía crujir, levantaba la tapa del piano, supervisaba. Todos estaban en sus puestos.

En el banquete, las reacciones ante el papel que iba repartiendo no eran muy originales. Susurros, inclinaciones, miradas... Cuando desaparecieron los camareros y quise volver a mi sitio, Tararí, whisky en mano, ya estaba junto a Tarará. Mejor. Si seguía haciendo de red humana para su tenis amoroso, su devaneo y desvarío, la lengua se me iba a soltar antes o después.

—No te importa... —se atrevió a decirme casi con desprecio Tararí sin apenas volver la cabeza, concentrado como estaba en acariciar la rodilla de Tarará.

—Me va a importar... —contesté, mientras con toda impunidad arrebatava de su mano el vaso de whisky, y con la mágica habilidad que otorga la experiencia ingería un estimulante del tipo fuerte y un sedante que no lo era tanto. Los guardaespaldas volvían a levantar a Del Escudo. Fue el conde, más comedido en sus gestos, quien reclamó esta vez la atención del público. Sin embargo, sospechando lo que se le venía encima, se guardó de no pronunciar palabra.

—Damas, caballeros... —Las palabras de Del Escudo, que su entusiasmo juguetón apoyaba, poseían cierto resabio circense—:... me gustaría que como colofón a este acto que tendrá continuidad mañana a las siete de la tarde en el Club Bajo Cero, se deleitasen con el himno de nuestro partido que yo mismo he compuesto, porque también soy hombre del Renacimiento, aunque menos fanfa que otros. Será interpretado por las voces del coro del Orfanato de la Infanta Berroqueña acompañado por músicos de mucha calidad. Cuando quiera, maestro.

Don Carlos del Escudo y de la Lanza lo había conseguido: los asistentes entraron en un silencio pétreo, mientras como en un ensueño contemplaban lo imposible. Ante mí estaba la hoja que yo mismo había repartido. En presidencia, a la derecha del conde, como el ladrón bueno, todo alegría y entusiasmo, don Carlos y el temor que auguraba, enjuagándose la boca, carraspeando. Empezó la música, empezaron los niños cantores:

Liberal, liberal, liberal...

Todo podía haberse detenido en esas melifluas voces de afinación perfecta y timbre inaguantable. Pero no. Don Carlos cantaba también:

Liberal, liberal, liberal...

Aparentando sosiego en el alma, vocalizando cuanto daban de sí las comisuras de sus labios, don Carlos me miraba, miraba a Vilabrafim, al conde, a sus guardaespaldas. Don Carlos exigía que cantásemos. Los presentes se admiraron de nuestra falta de sentido del ridículo. Aquellos cortesanos, hechos a todo, incommovibles, estaban sorprendidos de verdad:

Liberal, liberal, liberal  
Que corra el aire puro y la amistad  
Que el ave haga su nido  
Que el niño toque el pito  
Que el anciano muera alegre en libertad.

De los más de cien invitados, sólo Carlos del Escudo, un a la postre muy profesional Vilabrafim, que con toda seriedad sujetaba sus lentes a modo de lupa y recitaba la letra con ronca entonación, los guardaespaldas, ocultos tras sus gafas oscuras, y el palanganero principal, yo mismo, nos entregábamos al himnístico frenesí:

Ciudadano, ciudadano, ciudadano  
Dale a tu vecino una mano  
Y trabaja por la nueva España  
Que vive como nunca en libertad.

Se escucharon aplausos. Erraban los aplaudidores. Les había confundido la pausa anterior al apoteosis. Los músicos y aquellos niños, abandonados en un hospicio por unos padres naturales muy sensatos e intuitivos, alcanzaron el éxtasis. Del Escudo, dirigiendo el inexistente arrebato colectivo, aspaba los brazos como un demente.

Ahora, ahora, ahora, ahora, ahora  
Arribó por fin la exacta hora  
Que no cunda la congoja  
La democracia cual locomotora  
Se abre paso por Europa en libertad.

Chinpún. Aplausos, susurros, miradas, cabezas inclinadas, rostros, rostros, rostros. Ni una carcajada.

—No lo he podido evitar. Ya nos has oído discutir. Pero él quería su himno, su sorpresa y su capricho. Del Escudo es un peligro público. Eso ya lo sabemos. Pero hay que dejarle hacer su número. El conde se ha percatado. Pérez y Pérez también. Pero no pasa nada, se conocen. ¿Tú crees que Pérez y Pérez no sabe desde hace mucho que su amigo es tonto? Pero bien que ha hablado con Del Yelmo y han llegado a un acuerdo. Eso es lo importante. Tenemos que dejar de lado el orgullo de vez en cuando, Vilabrafim...

—No me hables como a un hijo, que puedo ser tu padre.

—Atendiendo a tu fama...

Ballesta había conseguido que el fatigado rostro de Vilabrafim sonriera. No era mucho. Pese al cansancio, y que ahora su boca se abriera en un amago de alegría, de los ojos del popular personaje asomaba un chispazo maniaco. No nos habíamos podido librar de él. Obviando sus muchas relaciones, se había empeñado en acompañarnos para exponer a don Tomás del Yelmo su lista de quejas en el local de alterne D'Alessandro. De tanto en tanto, Vilabrafim, mientras protestaba y se rebelaba, volvía la cabeza, se mesaba la perilla, gruñía, se inquietaba; luego, seguía bebiendo y de nuevo buscaba fugaz deleite visual en la exposición anatómica de algunas putas que, conscientes de ser la crema del oficio, esperaban sin inquietud el fin de esa discusión y de otras. Un grupo internacional de negociantes en tránsito y balas perdidas derrochando patrimonio se distribuían por el establecimiento. Las señoritas recorrían la gama felina que va de la gatita a la insaciable pantera y ensayaban laxas posturas sobre la chocante combinación de fondo escocés y suave música tropical. Categoría. Nada más entrar en el famoso local D'Alessandro, un coro no muy virginal se había dirigido a Ballesta entonando al unísono: «Buenas noches, don Guillermo». Eso había acabado de lacerar la vanidad de Vilabrafim.

—Tú me prometiste otra cosa, Guillermo. Me hablaste de Del Escudo como de alguien normal.

—Yo no te prometí nada. Además, ya conocías a Del Escudo.

—Abandono, Guillermo.

—No puedes.

—Es verdad. —Vilabrafim, que estaba mirando el suelo, alzó la vista—. ¿Eso también tiene que ver con mi orgullo?

Ahora fue Vilabrafim el que consiguió que Ballesta riera.

—Acabo de hacer el ridículo, Guillermo. Y no me gusta.

—«Es el ridículo, no el dolor, el que corre por mil calles oscuras y salvajes». —Ballesta parodiaba a Vilabrafim, pero el pequeño lechuguino iracundo no se daba cuenta. La crueldad de Ballesta podía más que el ánimo de enmendar el desastre de



sus superiores. Por eso preguntó—: ¿Habéis cantado los dos?

Vilabrafim no contestó. Yo afirmé con la cabeza.

—Niño —me dijo Vilabrafim—, eres un repelente. ¿Y por qué me estás mirando todo el tiempo?

—El señor Del Yelmo me ha dicho que espere con ustedes.

—¿Ves como eres un repelente? —A falta de alguien mejor, Vilabrafim la iba a tomar conmigo—. ¿Y Del Yelmo? ¿Dónde está el dichoso señor Del Yelmo?

Ballesta suspiró:

—Igual no ha podido venir. Y por la hora que es, ya no viene. Se habrá alargado la reunión, o habrá decidido irse con los de negocios. O a dormir. Guarda las apariencias, como Del Escudo. Eso, a nosotros, Jaime, no nos concierne.

Ballesta se refería al Banco de los Grandes Negocios, nuestro banco matriz, y a sus cabezas ejecutivas. De la reunión que Del Yelmo tenía con ellos, dependía, supuse, el éxito final de la empresa. El periodista calvo y con capazo que había encontrado mayor consuelo a su pasión informativa en el golpe de estado centroamericano, había insinuado que el Banco de los Grandes Negocios, por vía del Banco Ciudadano, podía ayudar a la financiación de nuestros socios políticos. Lo entendía mucho. Por eso, no quise darle la razón a Vilabrafim cuando dijo:

—Ya está bien, Ballesta. No me confundas con el chófer —y lanzaba su perilla en mi dirección.

—Disculpa. Venga, vamos a divertirnos...

—Estoy yo para divertirme. Tú, Guillermo, presumes de estrategia y eres el más cándido de todos. A lo mejor, porque eres el único que piensa... ¿No te has dado cuenta? El conde ya no pinta nada. En el congreso de su partido, le han obligado a ser vicepresidente y le han puesto al gallego encima. Ahora mismo no sé qué gallego es... ¡Hay tantos! Se valen del prestigio del conde para pactar, de que no se le ve el plumero de gañán mezquino como a los otros, pero el gallego va a acabar de hacer el trabajo sucio y Suárez se pondrá al frente cuando le dé la gana de un trabajo que han hecho otros. La popularidad es lo que cuenta y la van a utilizar. De paso, utilizan a los demás. También a nosotros. Para que luego baje la escalinata como una vedette, el tío funcionario. Ése sí que es un bedel. Y el conde es amigo mío y yo sigo teniendo las mismas ideas que antes. Porque yo tengo convicciones, Guillermo. Aún las tengo. Soy un señor, coño, aunque a veces tenga que hacer otro papel. No como esa patulea de garrulos. Ni como vosotros, que no os queréis enterar de nada.

—Esa maniobra de Suárez es cosa sabida, Vilabrafim... —Ballesta insistía en hablar con un desesperado Vilabrafim como se le habla a un niño—: Pero hay que mantener las formas... Hemos hablado con Pérez y Pérez y ya sabes con quién despacha día sí y día no.

—No, no lo sé. Ni quiero saberlo. Yo lo único que sé es que me estoy

equivocando...

—A buena hora...

—No me busques las cosquillas. Mira... Mira el resultado de tus desvelos. Mira lo que pasa cuando se alía uno con un impresentable. La política hace extraños compañeros de cama, vale... Pero, joder, esto es como acostarse con enanas siamesas...

Vilabrafim, que no era el mismo cuando hablaba con Ballesta que cuando desgranaba su número de culto vividor por los salones, dejó un folio sobre la barra con el mismo ímpetu de quien remata una baza ganadora con un as.

—Lee esto, Guillermito. Es la columna de Hipérbolo. Sale mañana. Me ha pasado una copia. La ha escrito en el lavabo después del himno y se la han pasado a máquina en el hotel.

Ballesta leía. Yo estaba convencido de que la columna de Hipérbolo iba a versar sobre el inexistente golpe de estado bananero. Pero, por lo visto, el costumbrismo político local tenía más interés y daba para un mayor lucimiento que las asonadas ultramarinas no del todo confirmadas. Ballesta acabó de leer y, dándome una importancia que me halagó, me puso el texto en la mano para que le echase un vistazo. Entretanto decía:

—Venga, no hay que hacer caso de toda esa palabrería, a menos que uno se considere eso, una vedette. Mira, Vilabrafim, vamos a relajarnos y a llamar a unas chicas.

Mientras escuchaba el lento y plural taconeo, que supuse inmediata respuesta a una llamada muda de Ballesta, leí el título de la columna: «Cantata», y enseguida la sublime prosa mecanografiada: «Será mejor que sigan cantando los tordos, que Luis Pastor, el trovador de Vallecas, vuelva por donde solía, hasta que cante Raphael, con ph. Pero basta de himnos por ahora, alto a los cantos a toque de corneta, que vamos para demócratas y el pueblo empieza a enterarse. No desafinemos como desafinaron ayer algunos liberales que yo he visto presumiendo por ahí...». Dejé de leer, porque una mano llena de afiladas uñas rosadas se depositaba fugazmente en la mía. Antes de levantar la cabeza para descubrir a la dueña de esa garra seductora, me sobró tiempo para deducir el punto de vista de Ballesta. Ese artículo era su mejor arma para que Del Escudo dejase de tener iniciativas.

Las señoras putas se estaban presentando. Dos rubias muy rubias y una mulata. Las señoras putas se distribuyeron un poco al tuntún a nuestro alrededor para que fuéramos nosotros quienes las escogiéramos a ellas y no al revés. Entretanto, Ballesta pedía champán y alababa los encantos de las tres señoritas con una cortesía que no solía dispensar a las damas honestas. Vilabrafim, codicioso, ciñó a la mulata y la aproximó hasta su taburete para acoger a la muchacha entre las piernas. La mulata hacía dos Vilabrafim y eso resultó ser una suerte, porque la rotunda figura ocultaba al

insoponible socio político. Sólo unas rodillitas y unas manos veloces que no daban para sobar tanta mujer testimoniaban la existencia del hombre del Renacimiento tras la carnal columna de ébano. Mientras Ballesta, aprovechando la ausencia espiritual de Vilabrafim, se guardaba el escrito de Hipérbolo en un bolsillo y me guiñaba un ojo, yo le daba fuego a Carol, gracia que, según propia confesión, le había sido concedida por sus papás al coincidir su nacimiento con el éxito del cantante Paul Anka. Hasta yo me daba cuenta de que la existencia de Carol en este mundo era anterior al menos en dos decenios a esa presunta coincidencia de fechas, pero me daba igual. Desde cualquier punto de vista, Carol era un sueño de mujer, aunque un raro bloqueo me estaba haciendo pensar que cuando tenía la gloria tan cerca era cuando más cundía el desánimo en mi motivación. Hice cuanto pude por integrarme en ese ambiente, una atmósfera que resultaba muy agradable a poco que uno tuviese el canal sórdido de la imaginación perfectamente anestesiado, olvidara de que allí se imponía el comercio y la ley de la oferta y la demanda, y aquellas walkirias multicolores nos harían beber hasta la ruina. Tuvo que ser Vilabrafim el que asomando su cabecita por entre el cuerpazo mulato dijera:

—Oye, Ballesta, yo, de todo esto, ni un duro... A mí Tomás me ha dicho...

Ballesta agitó una mano para fomentar la amnesia de Vilabrafim. «No molestar» era el mensaje. Entretanto musitaba lindezas al oído de Amanda, la otra rubia. Amanda reía mucho. Yo, para no ser menos, acerqué mi boca al oído de Carol y a su fragancia y dije:

—Finge que te he contado algo muy gracioso...

Carol estalló en carcajadas y no supe si eran sinceras o fingidas. Carol me pasó una mano maternal por el pelo, mientras pegaba su costado al mío, dejando huella contundente en mi carne de sus atributos glandulares y térmicos, y me decía:

—Qué salao...

Pero la cabeza de Vilabrafim tuvo que asomarse otra vez:

—Oye, Guillermo, esta chica está llorando.

La mulata no podía evitar los sollozos y el rímel, negro sobre chocolate, se deslizaba por las manos que pugnaban por contener las lágrimas.

—Es que se ve que hoy han dado un golpe de estado en su país. Eso nos ha dicho un cliente muy enterado. Y la pobre está asustada por su familia —me confesó Carol al oído. Antes de que yo pudiese decir que todo era un bulo, el exquisito caballero monárquico Vilabrafim consoló a la inquieta mulata aconsejándole:

—Anda, vete y que se acerque una así como tú, pero de otra parte.

Me quedé boquiabierto mirando a Vilabrafim que, tras distraerse con su whisky, percibió mi mirada:

—¿Tú qué miras? Oye, Guillermo, ¿qué habéis visto en este muchacho? Porque muy despierto no parece. Ni que tenga mucha experiencia en nada. Es como lelo.

Aunque si se trata de hacer parecer listo a Carlos... —Vilabrafim, en su delirio alcohólico, sólo tenía ganas de hablar, de una audiencia, de repartir como en aspersión una vanidad cada vez más enloquecida. Nadie le hacía ni caso.

—Oye, Guillermo...

—¿Qué? —Ballesta, concentrado en su cortejo, se impacientaba.

—¿Te ha contado Del Yelmo el chiste del gatito follador? —le dijo a Ballesta apuntándome otra vez con su perilla.

—Nos lo contó en el avión. Una vez al despegar y otra al aterrizar. Esta misma mañana. Me acuerdo —fue la telegráfica respuesta de mi jefe.

—Del Yelmo es tosco, pero a veces tiene gracia; te sorprende con comentarios que no parecen suyos... —Como Ballesta no le hacía caso y yo seguía mirando a ese ejemplo de mezquindad con una mirada que ansiaba parecer odio sin conseguirlo, no tuve más remedio que hacerme receptor de sus mensajes:

—Tú has equivocado el camino, chaval. Lo tuyo es el Zen... —Vilabrafim abrió la boca en una ridícula imitación de mi persona y, de paso, demostrando a Carol, a quien ya tanteaba visualmente, que era muy superior a mí. Carol, experta profesional en esos fangos, separó su costado del mío, cogió su copa de champán y se quedó a la expectativa—. ¿Sabes qué es el Zen?

—Algo budista.

—Sí, algo budista. Muy budista, más bien... —El tono de Vilabrafim era el del ácido fluorhídrico.

—Vilabrafim... —dijo Ballesta para apaciguar los ánimos.

—Totalmente budista. Como la palmada de una sola mano. Todo el mundo puede escuchar la palmada de dos manos, pero sólo algunos pueden escuchar la palmada de una sola mano, la cúspide del Zen. ¿Sabes de qué te hablo?

—No...

—Pues ahora vas a escuchar la palmada de una sola mano.

Y, efectivamente, la escuché.

Vilabrafim me dio una palmada en el cogote que me tiró del taburete. Fue en el mismo suelo, al levantar los ojos hasta Ballesta para pedir perdón cuando vi otra mano lanzada hacia Vilabrafim. O creí verla, porque para cualquiera de los presentes Vilabrafim parecía haberse derrumbado, víctima del colapso fulminante de un órgano vital. Las chicas habían desaparecido. Alguna gente salía por la puerta. Alguna gente entraba por otra. Se acercaban unos hombres como armarios.

—Ponte detrás de mí —me ordenó Ballesta, y en sus ojos vi el mismo fulgor que la tarde en que hizo detener a los dos ladrones frente a Les Feuilles Mortes. Era un brillo violento, complacido en asomar de nuevo; ese brillo codificado que una persona sensata puede descifrar y evitar, pero sólo unos cuantos expertos pueden comprender en todos sus matices, en la correcta significación de lo que esos ojos son

capaces de hacer. Y los matones leyeron esos ojos en cuanto los tuvieron delante. Interrumpieron su paso precipitado y se mantuvieron alerta, pero a distancia prudencial de ese fulgor—. No pasa nada —dijo Ballesta sin dejar de dar a entender a esos macarras que le haría muy feliz que pasara algo.

Vilabrafim se estaba levantando. Las gafas para leer se habían deslizado del bolsillo de su chaqueta y uno de los cristales parecía roto. Vilabrafim, confundido, observaba el desperfecto óptico, volvía a colocarse las gafas en el bolsillo, intentaba recomponer lo que había estallado en pedazos en su intelecto, en su espíritu, en su aguante. «Si soy yo, si todo el mundo me quiere...», decían sus ojos miopes.

—Te habrás dado cuenta de que el chiste de la palmada no ha gustado —aclaró Ballesta.

Los macarras bloqueaban con su presencia el campo visual de la clientela. Contra cualquier pronóstico, Vilabrafim, el rostro desencajado, se encaró con Ballesta. No estaba acostumbrado a que le ocurrieran cosas así, y un último residuo de un orgullo feudal de Vilabrafimes pequeños, pero matones, amparados por todos los poderes terrenales y celestes, se defendía del oprobio. El único defecto de tan aristocrática reacción era lo errabundo de la lógica discursiva:

—Yo ya lo sé todo de ti, Boris —y pronunció el enigmático Boris como si escupiera—. Ya sé de dónde vienes y la clase de asesino que eres. Fuera caretas. Se acabó. Hay demasiada dinamita en la bodega. Demasiada bodega en ese barco. Yo hasta ahora me he callado por señor. Y yo...

—Y tú, que sabes que soy un asesino, mañana estarás donde te digamos. — Ballesta sacó un fajo de billetes—. Acaba de divertirme. Que mañana vamos a ser todos muy buenos y muy felices. Si no, voy a matarte de verdad. Vámonos, Fernando.

—Boris. Asesino. Y venga a reír. Boris. Se recrean en sus memeces de rumorólogos, de vómito de hombres. Boris. Asesino. No saben que hablan de un niño. De un niño que no supo que no tenía padre hasta los doce años, y luego supo estar siempre sin padre. Un niño que pensaba que su abuelo era su padre y su madre su hermana. Los padres son tus abuelos y las hermanas son tus madres. El humo sentimental es humo sentimental. Las madrugadas de borrachos son madrugadas de borrachos. Los asesinos, asesinos. Anda, guapa, traslada esas preciosas domingas a la esquina, haz el favor. Ese gordo está muy solo. —La camarera, con sorpresa evidente, obedeció. El rictus de su boca dudaba entre la sumisión y el desdén al mirarnos de nuevo en la esquina de la barra, frente a su gordo solitario—. Fernando, hay que tratar a las putas como señoras y a las señoras como putas. Las señoras son putas, las putas señoras. Pero a veces se tienen que hacer excepciones.

Otro local, muy parecido a D'Alessandro. ¿Lo describo? Escotes. Piernas. Balanceo de caderas. Grupa lenta, venenosa. Media luz. Por fin iba a saber por qué le llamaban Boris, por qué asesino. Aunque Ballesta hablara de Boris como de otra persona y yo no entendiese la mitad de lo que estaba contando, sentía un poderoso anhelo de identificarme con él, de emularle.

—¿Me escuchas o no? Tienes que saberlo antes de que algún cabrón se me adelante. Como un cabrón se adelantó a decirle a Boris que no tenía padre, que su padre no era más que su abuelo. Porque una cosa, Fernando, es muchas cosas, y aún puede ser muchas cosas más. Hasta que se acaba todo. Hasta que sólo quedan madrugadas de borrachos. Por eso los inútiles escupen en la cara cuando no saben qué decir, cuando se saben inferiores, como en los patios de colegio los niños se ceban en un defecto físico, en una tara familiar, mezquinos, pequeños hijos de puta uniformados. Porque es lo único que saben hacer, además de patear charcos, y es lo único que sabrán decir en una vida cargada de razón y de mierda. Boris. Asesino. El que comió nieve para no toser es un asesino. El que hubiera mascado espinas por su silencio es un puto asesino. Boris se crió en un internado lleno de curas en una ciudad llena de boinas. En vacaciones, iba a ver a su padre y a su hermana. Hablan en francés, viven en una montaña, y le llevan a ciudades limpias. Boris se da cuenta de que puede leer tebeos y revistas en ese idioma que con tanto cariño le ha dado su hermana como seguramente le dio de mamar para luego mentirle. Que en ese idioma se podía decir «*Tous les garçons et les filies*», «*Je vais mettre en chanson la tristesse du vent*», «*Je veux dormir au fond des bois, pour que le vent fasse parfois frémir le feuillage mouvant*», «*Au fond de l'Inconnu pour trouver du nouveau*», «*Souvenir, souvenir, que me veux-tu?*».

¿Ha probado el Lector alguna vez a mirar de cerca a alguien que canta y toca la

guitarra? ¿Corresponder a la emotividad de su guiño con una leve afirmación? Bien, ésa era la vergüenza que sentía. El instante declamatorio acabó por fin. Ballesta se adentró en el caos:

—Boris, el sentimental. Boris, el idiota. El muchacho que se preguntaba por qué de todos los locos que se creyeron napoleones antes y después de Napoleón, sólo hubo uno, aislado por una talla exigua y sin otro proyecto en la cabeza que serlo todo, la demencia absoluta, vamos, de todos esos hombres con la mano escondida en el pecho, sólo uno fue Napoleón. Y preguntaba la razón y se reían de él. Y por qué cuando leía que al morir el odiado Nerón corrió el rumor de que no había muerto y empezaron a aparecer nerones por todos lados que decían ser Nerón resucitado, como luego fueron napoleones resucitados, y preguntaba por qué le imitaban, por qué fingían su inmortalidad, si era tan malo, todos se reían de él. Y lo más importante, por qué de todos los locos que anunciaron el juicio final sólo se venera a uno, y nuestro tiempo, cada año de nuestro tiempo, se rige por él, que enseñaba a los mejores a estar fuera del tiempo. Y por qué creemos que ese que anunció el fin del mundo murió y resucitó y Nerón no. ¿Por qué está loco el que dice que Dios le habla y no lo está el que dice que habla con Dios? ¿Por qué Napoleón es tan malo en este lado de la montaña y tan bueno en el otro lado? Hasta cuando Boris preguntaba una trivialidad, algo que le ha pasado a todo el mundo y a él le pasó en el lado francés de la montaña mirando cómo el viento mecía los abetos, y un zorro corría en un prado mirando en todas direcciones, y las nubes corrían más que el zorro, cuando sólo preguntó por qué estábamos en todas las cosas y que ahí estaban también los muertos y que esos muertos eran Dios que hablaba y nos decía: «Me entretengo con vosotros», se reían de él.

—Algo parecido me pasó a mí en Mallorca. Y antes, antes también me había pasado...

—Mirando culos, ¿a que sí? ¿Te interesa algo de lo que te cuento? ¿O eres de su bando? ¿Vas a llamarle asesino a Boris tú también?

Negué con la cabeza.

—Me interesa mucho. Pero, sin ánimo de faltar... ¿Boris eres tú?

—Boris está muerto. Yo soy Guillermo Ballesta. ¿Es que no lo sabes?

Afirmé con insistencia.

—Boris decide que al otro lado de la montaña está la vida verdadera. Pero ya sabe que su hermana es su madre, que su abuelo no es su padre. Boris desaparece. Boris empieza a cruzar la línea, y no sólo la frontera, sino la verdadera línea, de la manera más imbécil, recitando versos. La línea. A partir de esa línea rigen las leyes del otro lado del espejo. Te señalan a la izquierda cuando es la derecha, y tú entiendes la izquierda y te equivocas elijas el sentido que elijas. La tarea ya no consiste en no equivocarse, sino en ocultarte. Pero nadie llega a la línea de la misma manera. Muy

pocos llegan recitando versos...

—Para ver cosas que nadie ha visto nunca. Para estar delante de visiones que si otro las llegara a conocer no saldría nunca de su casa... —Estaba estremecido; quería darle a entender que creía de lo que me estaba hablando, que hablábamos de la misma persona. Yo tenía mi Watusi. Otro que no tenía padre, otro engañado sobre su origen. Ballesta tenía su Boris. Yo no era el Watusi. Pero Ballesta sí era Boris.

—¿Qué dices? —Ballesta me miró sorprendido.

—Historias que se repiten.

—¿Quieres decirme que tienes una historia mejor?

—No, yo tengo mi historia. Pero me interesa mucho saber la tuya.

—Tú llegarás, Fernando. Si me haces caso, serás el general más joven de Europa. Vas muy bien encaminado. Sólo tienes que aprender a no dejarte llevar por el fuego, si te atreves a cruzar la línea, o por la estupidez, si no la cruzas. Pero hazme caso. No la cruces. No la cruces nunca. Ni creyendo en las madrugadas de borrachos. Ni recitando versos. Ni, por supuesto, odiando a ese idiota de Vilabrafim. No se merece ser tu enemigo. Lo utilizaremos. Mañana le regalaremos unas gafas y nos arrepentiremos de nuestro delito. Como hipócritas. Como los borrachos de madrugada al día siguiente. *La pluie nous a ébueés et lavés et le soleil desséchés et noircis. Pies, courbeaux nous ont les yeux caves et arraché la barbe et les sourcils.*

¿Ha estado el Lector alguna vez junto a alguien que recita a voz en grito en una barra americana de cierta categoría? Todo es posible, ¿verdad? En caso de que sea así, evocará sin esfuerzo el caudal de vergüenza ajena que la situación produce. Miradas perplejas nos estudiaban. Ballesta seguía en lo suyo, los brazos y las manos abiertos, la mirada elevada hacia un aparato de ventilación Carrier sobre los estantes de botellas:

—*Jamais nul temps nous ne sommes assis; Puis çà, puis là, comme le vent varie, A son plaisir sans cesser nous charrie, Plus becquetés d'oiseaux que des à coudre. Ne soyez donc de notre confrérie, Mais priez Dieu que tous nous veuille absoudre!*

Se escucharon algunos aplausos por el local. Ballesta no los agradeció.

—¿Te he hablado alguna vez de Villon? Sí, sí... —Ballesta me señalaba con el índice, que tableteaba como una metralleta y daba miedo—. ¿Te acuerdas? ¿Sí? ¡Qué lástima!

—Pero si no me dices lo que significa...

—... no te aclaras. ¿Quieres decir eso? Bueno... El poema habla de ahorcados, son los mismos ahorcados quienes se lamentan. —Para mi desgracia, volvió a alzar los brazos—. «La lluvia nos ha limpiado y lavado; el sol, desecado y quemado. Urracas y cuervos nos sacaron los ojos y nos arrancaron la barba y las cejas. Nunca estamos quietos, sino de acá para allá, según sople el viento, que a su antojo nos mueve, más picoteados que un dedal por los pájaros. No seáis de nuestra hermandad,



pero rogad a Dios que nos perdone a todos».

—¡Ahí, ahí...! —exclamó una voz femenina.

—¿Te has aclarado, Fernando? No, ¿verdad? Ésos eran los versos preferidos de Boris. Esos versos le empujaban a ser Boris. Boris vivía en Toulouse. Boris trabajaba en una imprenta. A Boris le hubiera gustado tener una biografía más honorable desde el punto de vista criminal. Desde cualquier punto de vista, vamos. Pero hacía tiempo que se habían acabado muchas de las guerras y aún falta un poco para las guerras que han de venir. Boris es idiota, un sentimental, un doble Boris que hace el memo entre las miserias de monigotes con horario. Pero a Boris le gusta el olor de la tinta francesa porque sabe que es el olor de París. Boris sabe que existe París, pero no sabe ir hasta allí. No tiene dinero. No hay suplicio mayor que ser un muchacho de provincias y atascarse cuando desea saberse todo. Todo. Boris quiere ponerle letras a todos los sonidos y ritmos que escucha ahí dentro, sin esquivar al demonio, sin temer a Dios. Boris escribía cartas a la gente que admiraba. Boris escribe cartas estando demasiado borracho en los burdeles donde tenemos nuestra casa. Por eso nadie le contesta. Por eso le contesta quien no debe. Un corresponsal de París le escribe y dice en su carta que le va a poner en contacto con *un anarchiste catalan* que se refugia en Toulouse, un personaje muy parecido a él, que se encontrarán en una dirección. Al español le llamaremos Juan. Juan quiere que Boris imprima unos panfletos. Boris los imprime. Ya se verán, en eso quedan, pero meten a Juan en la cárcel de Toulouse. Alguien en España sabe de la existencia de Boris. Conoce a más gente. Les llamaremos Pedro, Tomás, Santiago... Boris concibe un plan para sacar a Juan de la cárcel y el plan tiene éxito. Juan decide que Boris es uno de los suyos. Juan cuenta su vida, y Boris se admira y reconoce el poco camino que ha recorrido hasta ese momento, porque a veces los inteligentes se admiran ante los inconscientes. Boris está mejor informado teóricamente que esa pandilla de lo que imagina vándalos modélicos, los únicos vándalos que conoce, pero no sabe qué ocurre en esa España, en esa Cataluña, en esa Barcelona, en la que luego va a ser su ciudad. Ellos se lo explican y explican lo que pretenden. Boris se encuentra como en casa con esa gente de la peor reputación. ¿Quieres saber cuál era el historial de Juan? ¿Quieres saber qué representaba Juan? ¿Sabes por qué llaman asesino a Boris? Porque Boris miente, porque Boris no dice toda la verdad a sus nuevos amigos. Y mentir no es no decir, porque allí nadie tiene que decir nada. Todo el mundo finge no conocerse, aunque se conozcan. Pero Boris cree ridículo insinuar que finge el acento. Boris no dice que ha estudiado en el otro lado de la frontera. No lo dice porque le da vergüenza, porque ha decidido ser Boris Montcorbier para siempre. Montcorbier era el apellido verdadero de su Villon. Lo demás era sólo vergüenza y complejos, pobre desgraciado. A Boris le tendría que decir Vilabrafim que la política hace extraños compañeros de cama. Se lo tendría que repetir ese niño viejo de papá, ese lechuguino podrido de orgullo y de

Chivas. Tendría que resucitar Juan, tendría que resucitar Pedro, tendrían que resucitar los demás, que no están muertos, pero están tan muertos como Boris. Si yo fuera un cínico, que no lo soy, diría lo que les pasa a esos muertos que no están muertos. Diría que les solía parecer terrible que los hombres se hicieran hombres y ahora les parece aún más terrible que no puedan serlo.

—¿Qué pasa con Juan?

—¿Quién es Juan?

—Has nombrado a alguien que se llamaba Juan.

—Ah, me lo he inventado. No se llamaba Juan. No te diré cómo se llamaba. Para qué. En aquel momento yo tampoco lo sabía y tú igual creces y te haces un hombre. Cuando Boris conoció a Juan ya lo habían detenido varias veces. Era de los que siempre detenían en los tumultos. Hay gente que tiene ese raro privilegio. Era tan cafetera, Juan, que se había ido escindiendo de todos los grupos comunistas, maoístas, anarquistas, y sus combinaciones hasta que casi hubo que hacer algo para él solo. Era tan bendito, Juan, que tuvo que huir a Francia porque a raíz de una huelga de una fábrica de helados se le ocurrió la brillante idea de subirse a su Vespino, llenar de cócteles molotov la canastilla que va sobre la rueda delantera, y arrojarlos contra todas las casetas de helados que iba encontrando por ahí. Hasta que le vieron, tiró la moto y cogió el primer tren. La policía encontró la Vespino con alguno de los cócteles molotov. La moto iba a nombre de Juan. Fue una obra maestra del disparate.

Ballesta sonreía. Era nostalgia en estado puro. Era su forma de odio congelado. Una madrugada de borrachera.

—Un artista puede hacer una obra maestra a lo largo de su vida. Hasta un buen conocedor del oficio que persevera puede llegar a hacer algo aproximado a una obra maestra. Pero lo que distingue a los genios es la iluminación que les hace parir una obra maestra detrás de otra como si la cosa no fuera con ellos. Un genio no puede evitar ser un genio. Todos los factores de su vida, todos los azares, han coincidido en hacer de él aquello que es, y no se da cuenta de que realiza una misión mucho más alta... Alta... En Toulouse metieron a Juan en la cárcel por llevar un arma y panfletos de propaganda ilegal en el coche. Lo tenía mal aparcado a la entrada de una *boîte*. Los gendarmes vieron algo sospechoso en el coche y lo abrieron. Él estaba dentro de la *boîte*, ligando con furcias y cantándoles «La cançó del rossinyol». Le cayó un año de talego. El problema era que tenía un arsenal guardado en la ciudad sin nadie que lo protegiera. Cuatro bombas de cuando la guerra y un par de fusiles del maquis que le han dado viejos anarquistas como quien da en el Domund, pero un arsenal, a fin de cuentas. Allí se queda Juan, en su talego, cantando «El rossinyol» y con el arsenal que nos traerá la vida nueva esperando en algún sitio. Cuando falta una semana para que lo dejen libre, sus amigos se enteran de que ha habido una explosión en un edificio de la ciudad. Es el arsenal, claro. Prepara un plan de fuga y los gendarmes lo

vuelven a coger. «Llegó la pestañí y me volvió a ligar», que dice la canción. Lo que había explotado era una tienda de pirotecnia, no el arsenal. Al iluminado de Juan le cae otro año. Esta vez le ayuda a escapar Boris. Le hace cruzar la frontera. Boris conoce desde su infancia varios pasos, cada roca, cada señal, los secretos de la montaña. Juan cruza la frontera con Boris y Boris cruza la línea. Cruzan la montaña con el viento meciendo los abetos, el frío, el rugido de la oscuridad, los ladridos. Haces de linternas a lo lejos segando las tinieblas, haciendo brillar la nieve, la verdadera luz de la noche. Los ladridos de los perros. Cruzaban la frontera como el zorro que Boris había visto, mirando a todos lados, más lento que las nubes. Para que luego se rieran de Boris cuando dijo que Dios se entretiene con nosotros. ¡Y vaya que se entretenía! Juan presenta el grupo a Boris. El grupo pretende devolver al obrero aquello que el sistema capitalista le roba de su trabajo para enriquecerse, la plusvalía. ¿Te suena?

—No.

—¿Por qué te iba a sonar? Tú eres de centro. Atracarán y devolverán la plusvalía al obrero. Robin Hood, vamos. Nadie, ni el propio Boris, que ve en aquello una superación de la poesía, cae en la cuenta de que atracar es fácil hasta cierto punto, pero que devolver la plusvalía a ese obrero simbólico con un martillo pilón abandonado virilmente en el hombro, ser equitativo, crear un método, es algo más bien complicado. Pero la acción es hija de la aventura y una de las reglas estrictas es que no se duda en la acción, la acción se hace. Todo pasa muy despacio hasta que empieza a pasar muy deprisa: ése es el nombre de la acción. Lo que hay de locura en este mundo, Dios lo ha escogido para confundir a los sabios. Lo que hay de vil y despreciable, lo que no hay, Dios lo ha escogido para reducir a nada aquello que es. El comando, la banda, o como gustes llamarle, quiere entrar en acción. Busca datos. Unos cuantos atracan una habitación de clases pasivas que regenta la tía de un antiguo camarada de uno de los muchos grupúsculos comunistoides, chinoides, anarcoides de los que se han ido separando. Una putada lo mires por donde lo mires. Una mierda delicada, pero bella. La belleza estriba en que la vieja y su compañera no menos vieja casi acaban a bastonazos con los atracadores. No han conseguido ni una peseta. Un nuevo plan. Vigilan los trayectos de un empleado de oficina bancaria que transporta un extraño maletín arriba y abajo. Le asaltan. En el maletín sólo hay un bocadillo. Atracan con éxito una sucursal de banco de un pueblo. Sólo hay una dificultad. Es el pueblo de Juan. Le reconocen. Debe huir. Otra vez en Toulouse, roban las linotipias de la imprenta donde trabaja Boris. Los cogen en dos días. Boris escapa de milagro. Juan y, pongamos, Andrés, van a la cárcel. Boris vuelve a la ciudad, a nuestra ciudad. Cuando llega, le informan de que los atracos han tenido el resultado esperado. ¿Alguien ha exclamado «¡Vaya reata de botarates!»? No. Ha corrido la voz, se ha llegado a imprimir en los periódicos de Franco que una

peligrosísima organización opera en el país. Puede que sea la hoz comunista, puede que sea la todopoderosa Mafia. De los burros pequeños sale el mayor de los asnos. Y ahí lo tenías, rebuznando. ¿O no? ¿Rebuznaba el gran asno?

—Creo que me he perdido un poco.

—No te preocupes. Ya atarás cabos. Entretanto, la superación del arte. Pero el genio se revuelve bajo el influjo saturnal, bajo las estrellas fijas y nunca se supera lo bastante. Boris aprende con los demás a captar la señal de radio de la policía. Boris, con los demás, se hace con armas que no estallan en la mano. Boris, con los demás, perpetra atracos de éxito majestuoso. Boris, con los demás, envía una nota: «Esta expropiación, como las anteriores, tiene como objeto aliarse con la lucha del proletariado contra la burguesía y el estado capitalista. Por eso los revolucionarios se apropian para su lucha del dinero robado por los capitalistas a la clase obrera. La lucha diaria del proletariado contra la explotación obliga a los grupos revolucionarios de combate a realizar las acciones necesarias para que la lucha consiga sus objetivos revolucionarios. Mientras la represión de los capitalistas caiga sobre la clase obrera, el proletariado y los revolucionarios seguirán atacando al capital y a sus lacayos allá donde se encuentren». El bosque de Sherwood era nuestro.

—¿Todo esto es verdad?

—«Ése es otro error en el que han caído muchos, que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo». ¿Has leído *El Quijote*? ¿Por lo menos *El Quijote*?

—Me gustaría contarte una historia que me ocurrió a mí y tampoco nadie se cree.

—Cuando seas un hombre. Lo que Boris, el asesino, no pudo ser.

—¿Ya se ha acabado el cuento?

—Tiene razón Vilabrafim. Eres un poco repelente. Un listillo. Tú antes no te hacías el listillo. ¿Ha habido algún asesinato? Sin asesinato no puede haber asesino. Y Boris es un asesino. ¿O no lo has oído?

Abrí los ojos con la ingenuidad del que espera que su abuelito continúe con la historia. El abuelito carraspeó, pidió otro whisky, sonrió a la camarera que antes había desairado.

—¿Hay caballeros en el mundo?

—A estas horas, pocos.

La puta miró a Ballesta con la sabiduría de quien intuye que no puede nada contra ese personaje, pero no da su orgullo por doblegado. Ballesta pagó. Dejó una considerable propina. Miró su reloj. Recapacitó.

—Es pronto. O ya es demasiado tarde. Desde luego, para lo que hemos venido a hacer a esta ciudad monumental ya es demasiado tarde...

—Y yo aún no sé dónde voy a dormir.

—Todo a su tiempo. Aún tienes que escuchar la historia de Boris. Pide lo que quieras y paga de tu bolsillo, que con el cuento del pobre huérfano te estiras menos

que un ladrillo. D'Alessandro cierra antes que esto. Esto cierra muy tarde. —Ballesta bajó la voz—. Es de un comandante de la Guardia Civil... Algunas chicas vienen por aquí y a última hora son más baratas. Es como el pescado. A lo mejor alguna te deja dormir en su casa...

—Entretanto, escucharé la historia de Boris.

—Ése es el Fernando dócil que se va a comer el mundo ocultando las fauces de tigre hasta que llegue su hora. No como Juan, no como Boris, no como los otros. Boris atracó un banco la víspera de los Reyes Magos. Entraron tres en un banco disfrazados de Reyes Magos. ¡Lo que costó convencer al personal de que eran atracadores de verdad! Ni tirando las octavillas, ni reivindicando la acción. Era una idea de Juan, claro. Pero Juan no pudo realizarla. Boris lo hizo con Pedro, con Andrés, con Santiago, con Tomás. ¿Qué importan los nombres? Aquellos tampoco se fiaban mucho de Boris, porque todo sea dicho de paso, tampoco es que se fiaran mucho de Juan. A Juan sólo le reconocían ese carisma que los zafios reconocen en los genios. ¿La rareza? No sé... Boris tampoco les conocía. Boris no conocía ni mucho menos aquel entramado en su totalidad. Cuando las cosas son un fracaso todos echan a volar. Cuando son un éxito, todos empiezan a desconfiar de todos. Eso pasa en las mejores familias. En las mejores empresas. La sociedad capitalista, Fernando. La propiedad es un robo, pero la vanidad es la vanidad y el miedo es sólo miedo. Enseguida, otro atraco. ¿Quién ha alertado a la policía? Entran a cara descubierta. Bueno, con barba. Pero esta vez no era barba de rey mago. Esta vez se había acabado la fantasía. Boris entra con la metralleta en la mano y ve los rostros asustados. Boris habla al cajero con el mayor aplomo posible. Le han elegido para que hable por su acento francés, ese acento francés que él no tiene, pero finge tener todo el tiempo para que le tomen por francés, porque siempre ha querido ser francés. El cajero tiene que darse cuenta de que el hombre con acento francés cumplirá su amenaza. Si el cajero se pone nervioso, Boris lo va a tener que matar. Si se pone valiente, lo va a tener que matar. Los compañeros de Boris saltan y se mueven a su alrededor. Boris encañona a la gente suponiendo que las siluetas fugaces aquí y allá son sus compañeros, una dudosa geometría siempre cambiante. No mira a los ojos. Finge que mira a los ojos. No puede detener la mirada en otra, concentrarse en otra mirada, porque el individuo se puede poner muy nervioso, incendiar la histeria colectiva y Boris va a tener que disparar. No puede sorprenderse ante las piernas con varices azuladas de esa gorda con la falda levantada, las medias negras enrolladas en las corvas y la enagua sucia. No puede bajar los ojos, no puede mover la cabeza demasiado rápido. Tiene que convencerles. Es como hablar en público, piensa Boris, y casi se ríe. Es como examinarse en ese colegio español de curas con boina en esa ciudad de boinas con persona debajo. Pero ¿quién ha llamado a la policía? Porque en la calle está sonando una bocina. La bocina suena una y otra vez. La de imágenes que

pasan por la cabeza de Boris, mientras oye los bocinazos y las sombras bailan en torno suyo. No, no es un aviso, no es el aviso del coche que espera y vigila. Es un viejo sordo y loco que se ha parado en medio de la calzada y detiene el tráfico. No, no es un aviso, es alguien que espera a una foca repintada desde hace demasiado tiempo. No, no es un aviso, es un coche aparcado en doble fila, y el coche encajonado quiere salir, y el conductor del coche en doble fila está en cualquier bar con su enésimo coñac, y en todos los bares lo han visto, porque se toma sólo un coñac en cada bar para que no se extienda su fama de borracho y le quiten la representación de, yo qué sé, de melones... Esa chica de la barra me vuelve a inspirar. Pero parece que el gordo se la camela, ¿eh? Boris piensa que no es un aviso, que no puede tener esa mala suerte. La novia de uno de ellos fue a vigilar el día anterior y vio movimientos sospechosos. La tomaron por paranoica. ¿Quién iba a saber nada? ¿Quién puede haber dado el aviso? ¿Hay alguno entre nosotros que nos traicionará? No puede ser Boris. Boris está con la metralleta Stein en la mano y recuerda que la frecuencia de radio de la policía no ha dicho nada. ¿Qué puede significar eso? No, no puede ser un aviso. Sólo se da cuenta de que sí era un aviso cuando escucha los gritos de «¡Alto! ¡Policía!» con el saco de dinero ya en la mano. El saco se le cae de las manos en la puerta de atrás. Escucha disparos. Y corre hasta el coche donde está Pedro, que sí, que ha estado tocando la bocina, aunque ya no la toca, porque al oírse los disparos se ha hecho ese silencio de hierro. Ese afilado silencio de hierro. Mira, ahí llega tu amiga...

Sobre la puerta se había encendido un foco, mientras Ballesta deliraba y yo no sabía qué clase de loco era mi jefe, lo lejos que estaba de él, y a la vez lo cerca que lo tenía, porque yo también guardaba una historia tan buena como ésa y por fin alguien iba a entenderme. Desde la calle llamaban al establecimiento cerrado, se iluminaba una luz en el interior y un portero fatigado se acercaba a la mirilla. Entraba, con su feroz atractivo animal guiándola, Carol, una de las putas que conocimos en D'Alessandro, con otra compañera que en esa noche de liebre me recordaba poderosamente a Tina, con su melena rizada teñida de rubio y sus andares de gacela. Esa chica iba a ser Tina en cuanto Ballesta y yo dejáramos a un lado la vida de aquellos que en verdad habían existido. Aunque Ballesta fuese Boris y yo no fuese el Watusi. Él había seguido hablando, mientras yo divagaba con las Tinas y las casualidades de este mundo.

—... nadie se fía de nadie. ¿Me escuchas o no? En el siguiente atraco ya hubo problemas serios. Tuvieron que pasar la frontera en pleno invierno con la nieve hasta las rodillas. Boris tenía bronquitis y en aquel otro silencio, un silencio de plata, claro como el silencio que sigue a una melodía perfecta, no le quedaba más remedio que hundir la cabeza en la nieve para poder toser, y cuando hundía la cabeza escuchaba a través de la nieve las botas de los gendarmes o de la Guardia Civil, penetrando en la

nieve, demoliéndola, mientras todo su cuerpo se sacudía para que el ruido se amortiguase, para que los perros no oyeran, aunque uno podía oír ese torpe aliento de perro desde kilómetros, desde los años. Fueron reuniéndose en Toulouse. Hay miedo. Hay autocrítica. Los teóricos, al miedo le llaman autocrítica. Y en el fondo no pueden soportar que se les relacione con gente embrutecida. Porque atracar bancos embrutece, Fernando. ¡Ay, los teóricos! Los teóricos... A los que se les daba dinero para que hiciesen las revistas en las que explicaban el dinero que iban a dar a los obreros. Como Reyes Magos de verdad. Había algún teórico que visitaba al psicólogo para explicarle las tensiones de la clandestinidad. O se confesaba. Y los borrachos de la madrugada. ¡Dios santo! ¡La revolución! Entretanto, algunos, entre los que debemos reconocer a Boris Montcorbier, devuelven la plusvalía al proletariado por un cauce original, los burdeles, con el dinero que no necesitan para perpetrar nuevos atracos, y entran de ese modo en un divertido círculo vicioso. Seguro que esas chicas tienen parientes pobres con las manos rotas de trabajar y gracias a nuestra entusiasta, ardorosa, juvenil frecuentación aseguran a su familia el pan, el beajolais y el camembert con el fruto de nuestras expropiaciones al capitalismo. Otros de aquellos jóvenes anarquistas de antaño hacen tebeos para entretenerse. Caca, culo, pedo, pis con importantes policías como protagonistas. Envían el fruto de sus hazañas plásticas a los objetos de su escarnio, a nuestros grasientos perseguidores. Para que rabien, sí. Y al cabo del tiempo Boris se da cuenta de que fue así, en esos tebeos que se burlaban de la ley, en esas bofetadas a las bestias, donde iba la clave de nuestros movimientos. ¿Quiénes eran? ¿Quién se había transmutado en Judas? Tomás, Santiago, Andrés... No era Juan. Estaba en la cárcel. No era Pedro. Pedro sólo tocaba la bocina, Pedro era un ángel y muy pronto iba a convertirse en Jesucristo. Un líder en una banda anarquista. ¿Tú has visto algo parecido?

—Qué voy a ver...

—Ni Boris. Ni nadie. Pero, un momento, ¿quién fue Judas? Porque tuvo que haber Judas. Ésas fueron las palabras de Jesús ante la cruz: «¿Te han debido de pagar bien, eh? Te han debido de pagar bien». Vuelven a cruzar la frontera y aunque ya son expertos atracadores, la policía siempre sabe de sus movimientos. Se autodisuelven después de autocriticarse mucho. Se autoagazapan. Juan, que va a lo suyo, sale de la cárcel y atraca un banco. Un aparte para Juan. Juan sale de la cárcel, atraca un banco y ¿quién es el cajero? Un antiguo compañero de clase que no duda en reconocerle. Juan quedará para la posteridad, si ese otro silencio, el silencio negro, no lo olvida, nuestro Juan quedará como el Mozart del infortunio, el Picasso del disparate, muy por encima de los pequeños desastres de los demás, de los que se esfuerzan como Boris, del pelotón, de los que se dan cuenta de que no han sido tocados con el don supremo y se conforman con el brillo fugaz de una acomodaticia carrera terrorista. Juan irá de cárcel en cárcel hasta el año pasado. Hubo una fuga colectiva. A unos los cogieron, a

otros no. Al detener a uno de los grupos, a un guardia civil se le disparó una ráfaga. Alcanzaron a uno. ¿Sabes a quién?

—¿A Juan?

—Justo. En el pecho. El año pasado. Cuando de todo lo demás parece que haya pasado un siglo. ¿O fue ayer? No debió de ser hace mucho. Pero ya es tiempo mítico. El tiempo mítico no es anteayer. Eso es lo único que podemos decir: «No es anteayer». «*In illo tempore*». Cuando detuvieron a Juan, los periódicos magnificaron la noticia. Boris aún es joven. Boris no sabe que los patrones de Judas están calentando el horno. Lo están calentando pero que mucho. Hablan de bandas internacionales. Hablan de auténtico peligro para la seguridad del estado, cuando saben que se están enfrentando con cuatro críos, cuando ya lo saben todo. Lo que Boris entiende es que los van a coger muy pronto y los van a empaquetar y los van a meter en ese horno bien caliente. Les van a calentar por lo que han hecho y por lo que no han hecho. Para Boris ha llegado el momento del miedo. Dice que se va. Pero no dice que les ha estado engañando todo el tiempo por un asunto ridículo. Él sólo quería ser francés. Él puede hablar perfectamente español. Él quería ser de alguna manera como ellos. Tampoco les ha dicho que es mayor de lo que parece. Pero es que Boris nunca se ha atrevido a decirle a nadie que no nació hasta que no supo que su hermana era su madre. Qué más da... Boris desaparece. Los demás ya sólo sobreviven y muy pronto los detienen. En una de las detenciones, dicen que Pedro, que muy pronto va a dejar de ser Pedro, ha matado a un policía. El asunto es muy serio. Lo procesan. Le dan garrote. Es tan fácil decirlo. Lo procesan. Le dan garrote. La rata firma el enterado. La rata no quiere dar el indulto. Un loco hace mártir a otro loco. Títeres de cachiporra de un lado al otro del infierno. Por cierto, Fernando, evita que Del Yelmo te cuente alguna vez el chiste del catedrático de Lepe.

—Lo intentaré. Pero será difícil. ¿Sabes que me acuerdo de la manifestación que hubo cuando enterraron a ese que se convirtió en Jesucristo? Resulta que escondí a uno de los que se manifestaban, le conté la misma historia que me gustaría contarte y el tío...

Ballesta no me escucha. Un Ballesta pensativo. Un Ballesta que saluda levemente con la mano a Carol y a su amiga, las magnas piernas saliendo cruzadas de las profundidades de un sofá verde, una plácida espera. Ballesta les está diciendo que a lo mejor sí, pero que ahora no. Entiendo que Carol le está contando a su amiga lo ocurrido en D'Alessandro con Vilabrafim. Yo en su lugar estaría muerto de miedo. Yo estoy temblando, pero es de la bajada de las pastillas, de esa historia mareante. Me tomo un valium y Ballesta, ausente, ni siquiera se da cuenta. Le pido otra copa. Hecho ya un señor, envío una botella de champán a Carol y a su amiga. Tengo que comportarme del modo correcto para poder contar mi historia, porque ya sé cómo contar mi historia. Entretanto Ballesta musita: «Tócame las llagas, no, no, tócame las



cervicales trituradas».

—¿Cómo se hace un mártir? ¿Con discípulos? ¡Nooo! Con intereses. No hay mártir sin una religión enfrentada a otra religión. Sin un querer poder enfrentado a un poder. Y mientras el futuro mártir aguarda, toda la patulea de comunistas, socialistas, maoístas, cagarrutistas, protestan, y los de la otra acera, los mismos que han estado esta noche en el banquete, que han aplaudido los discursos sin saber qué aplaudían, ignoran, callan, o pretextan. Esta noche en la cena ha habido de todo. De todo. Los que protestaban entonces y los que no, los que veían esa ejecución la mar de bien, o no decían nada. Y los que antes protestaban, ahora se echarían las manos a la cabeza si Jesucristo volviera a ser Pedro y los bancos se atracasen de nuevo. Como se están atracando. Pero los mártires ya van a ser otros. Las protestas ya serán otras. Y entonces protestaban por aquel tremendo disparate, por aquella superación del arte del tebeo que acabó en tragedia. ¡Pero qué oportuno es saber sacar partido de todo en el momento indicado! ¡Qué bella es la política! ¡Qué bonito es protestar, y además de esa manera tan cursi como protestan algunos, mientras un tío tiene dos penas de muerte encima! ¡De qué manera más triste entre unos y otros convirtieron a Pedro en Jesucristo! Borracheras de madrugada. Pero hicieron algo más. De camino a la silla, alguien oyó como Pedro, convertido ya en Jesucristo, le decía a uno de los reunidos en la antesala del patio, a uno más entre el grupo silencioso de policías, funcionarios de prisiones y juzgados, lo que Pedro convertido en Jesucristo escupió en ese otro silencio camino del martirio, ese silencio áspero que desenreda los sueños y los engaños, el silencio magnífico que ya es mero silencio cuando la luz sale por oriente y hay que proceder. «¿Te han debido de pagar bien, eh? —dijo—. Te han debido de pagar bien». Desde luego, se lo dijo a Judas. Pero ¿quién era Judas? Hasta el tonto mejor diseñado se daría cuenta de que el mismo Judas le echaría la culpa al otro para seguir siendo un revolucionario. ¿Fuiste tú, Andrés? ¿Fuiste tú, Santiago? ¿Fuiste tú, Boris? Boris es uno de los que no ha sido implicado. Boris es uno de los que siempre se ha escapado. A lo mejor, Boris nos ha estado engañando. A lo mejor, no. A lo mejor, a lo mejor... Porque le criaron los curas. A lo mejor, porque no le dijeron que su hermana era su madre. A lo mejor, porque era un pobre y precavido acompletejadito, porque era más listo que todos ellos juntos, porque Boris sabía ser Boris y cuándo retirar las fichas de la mesa y abandonar los fraternales juegos peligrosos. Porque estaba hecho de otra madera, Boris, porque era demasiado inocente como para no saber guiar su cándida mentira, su mentira de niño pobre, porque fue el primero en ingresar en la masa de muertos vivientes. Por todo eso, Boris fue más astuto. Y para ellos, sobre todo para el verdadero Judas, eso era ser Judas. El verdadero Judas consiguió que Boris fuera Judas. Sí, Boris había engañado, pero su engaño era tan ingenuo como echar cócteles molotov en las casetas de helados, camaradas, tan idiota como atracar bancos vestido de rey mago, camaradas, tan sublime como creer

que iban a devolver la plusvalía a cualquiera que no fuese la madame de un burdel o el bodeguero de la esquina para seguir con borrachucerías de madrugada y carreras selectas encima de los coches hasta que llegara con el día el más negro de los silencios, con el garrote vil la más negra de las penas, de las protestas, de las trivialidades, la hora de la verdad, de esa verdad, por lo menos. Para explicarles que ya nunca beberíamos tan jóvenes. Hacerles pensar. El verdadero Judas tenía que ser alguien de fuera. Un contacto que tuviera el nuevo Mesías, el nuevo pretexto, si en realidad Judas y el Mesías no se fundían en uno solo, porque él, al fin y al cabo, era todos los hombres, si tan mártir era. Y Boris se quedó muerto en esa ciudad para demostrar que no era Judas. Y respetaron su vida entre otras cosas, porque ya estaba muerto, porque ellos estaban muertos y porque los juegos de niños se habían acabado. En el tebeo ya no ponía «Continuará». Sí, Fernando, cuando le pagamos a ese periodista barbudo que luego llamó facha a nuestro estúpido jefe en un artículo lleno de izquierdista y honorable basura, no lo hacíamos para que escribiera maravillas sobre esta mierda de barco en el que estamos metidos. Le estaba pagando para que Boris no resucitara. Para que Boris siguiera en su tumba. Porque si Boris vuelve a la vida acaba con la mía. Por eso te lo cuento. Para que no te cuenten su verdad. Para que no te digan que Boris era Judas, un asesino. Para que no te digan que yo soy Boris. Porque todos esos lujos de puta que no han movido un dedo de verdad en toda su vida están construyendo la Historia. Y a mí ya me tienen en las cloacas. Cada árbol tiene su sombra, van a decir, como ese Ballesta, alias Boris. Ballesta está en las cloacas. Perros ciegos en las cloacas. Ratas pequeñas y grandes en las cloacas. Las mascotas que arrojamos por la alcantarilla cuando crecen demasiado o ya no divierten. Animales que no saben dónde están. Animales que en ese otro silencio glauco escuchan el tétrico balido de los chivos expiatorios. Fernando, nadie sabe nunca la verdad. Estamos aquí para enterrar cadáveres. Porque nuestros jefes también están muertos. No eran Boris, pero dentro de ellos llevan otros Boris que tienen que enterrar. Montamos esta martingala, para que todo quede bien enterrado. Como están haciendo los demás. Para que no sobresalgan del suelo los huesos de una mano. Hoy, a esta hora, Tomás del Yelmo está buscando financiación para poder pagar su entierro sin velatorio. Y ese dinero, al circular, según la óptima realización capitalista, comprará el entierro de otros. Y no se verá un hueso. Enterrar para burlarnos otra vez de las nuevas leyes que se impongan en esta colonia lejana de tierra reseca y zarzas, caminos desnudos con parejas de la Guardia Civil echando un cigarro. ¡Viva la Guardia Civil!

—¡Viva! —contestaron todos en el establecimiento, alzando las copas.

—Sí, Fernando, sobre ese camposanto se clavará un cartel que diga «Ciudad Nueva» y nadie le llamará nunca más «Campo de Sangre». A lo mejor oímos a lo lejos el balido de los chivos expiatorios que vienen de las cloacas. A lo mejor

tenemos que seguir echándole aceite a la gran rata de la que te hablé. La rata peluda que era como un perro ciego que era como un cerdo con púas. Ése es el precio que habrá que ir pagando. Ése es el precio que estamos pagando. El precio del enterrador y del aceite para la rata. Nadie debe saber nunca la verdad, Fernando.

—Pero puede saberse una. Puede saberse que es mejor estar bailando hacia dentro que bailando hacia fuera. Bailando hacia dentro, uno se vuelve loco con las manos abiertas.

—¿Qué me estás diciendo?

Ésa fue la segunda vez que expliqué entero el día del Watusi. De nuevo cada momento, cada sucesión de momentos, cada peligro sorteado, cada satisfacción cegando como un relámpago, cada experiencia inscrita en la piel, cada engaño.

Y Ballesta escuchaba con atención creciente.

Las putas esperaron. A Guillermo Ballesta se le pasó la borrachera y la euforia inoculada dio paso a un entusiasmo natural. Luego me dio dinero y me dejó con la puta que se parecía a Tina. Ballesta le pidió el teléfono a la falsa Tina por si tenía que localizarme. Me confesó que no me había buscado alojamiento en la ciudad, porque él y Tomás del Yelmo querían darme una sorpresa y pagarme una noche en el Palace con una puta a la que llamaban La Bomba H, una experiencia total. Las cosas se habían torcido y no pudo ser. Di las gracias de todos modos. Esa noche tuve un hermano. Un hermano de verdad. Una carcajada auténtica entre el millón de risas falsas. Dios se entretiene con nosotros.

—Damas y caballeros, después de las palabras de mi insigne compañero, Carlos del Escudo, y del tierno cuentecillo del piloto con el avión averiado que se encuentra en el desierto con un principito que habita un planeta muy pequeño y le cuenta su visita a otros donde nadie es feliz, déjenme que eche yo también mano de la alegoría para ubicar de una manera decidida en estos tiempos de tanta vaguedad y confusión el ideario del Partido Liberal Ciudadano. Espero que esta cabeza... —Jaime Vilabrafim señaló su propia cabeza, que hacía nada acabábamos de peinar entre muchos— tentada de igual modo por el ideario español, no encuentre el mismo destino que aquella otra que acabó sus días lanzándose a las heladas aguas del Volga. ¿O fue el Vístula? ¿O fue el Oder? ¿El Neva, quizá? —La mirada perdida de Vilabrafim creyó navegar un caudaloso río formado por las cabezas que llenaban el auditorio como si ellos, nuestros invitados, fuesen también los remeros de su memoria. Pronto volvió en sí—. Me refiero, en cualquier caso, a Ángel Ganivet, ese gran hombre, quien dijo en su *Idearium Español*...

Vilabrafim miró a Ballesta. Ballesta señaló con disimulo el papel que temblaba en las manos de Vilabrafim. Los sucesos se habían precipitado y cada uno, a su manera, deambulaba por las zonas más negras del engaño. Sin embargo, si algo parecía meridiano entre la confusión, era que Vilabrafim le había tomado miedo, y hasta un respeto que no tenía origen en ese miedo, al que se había convertido en su perro guardián. Después de mirar a Ballesta, a su gesto imperativo, Vilabrafim volvió la cabeza hacia la gran W a su espalda, presidenta otra vez del acto, como si el Boris de anoche no le amenazase a él, sino al símbolo del partido. Media hora antes, según iba apareciendo en el acto una fragante y brillante delegación de todo Madrid, caras pastosas y carmín radiactivo, y se lanzaban besos al aire cerca de una mejilla, y de otra, se abrazaban, manoseaban o chismorreaban al oído, el público había alabado la audacia de nuestro logotipo y la renovación en el ámbito del diseño gráfico, como se vitoreaba la llegada de todo lo nuevo que no fuese excesivo, ni turbara las siestas y las fiestas. Vilabrafim proseguía:

—... lo que dijera Ganivet me lo reservo para otro día, qué caray. Ya saben que adoro citar, pero a veces soy demasiado generoso con mis citas, que luego corren de boca en boca dando lustre a los que no tienen más cultura que la memoria de café. Café con leche en vaso, por cierto. ¡Qué horteras! —Vilabrafim desplegó su papel—: Señoras, señores, imaginen, como John Lennon, el cantante pop, a la civilización occidental, a los países desarrollados, como una gran ciudad. O una ciudad que se cree grande. Es un tiempo aciago. En la zona más pútrida de esa ciudad, en sus arrabales dominados por el hambre, la injusticia, lo insalubre, la violencia... — Vilabrafim echó una mirada de reojo a Ballesta por si objetaba sus adornos oratorios:

Ballesta no los objetaba—:... el miedo, en esas barracas de cochambre, domina un caudillo. Ese caudillo ejerce su dominio más allá de su poder real; sin embargo, el miedo lo puede todo, y los habitantes de esas barracas viven tan miserabilizados que hasta veneran a ese hombre. Ese caudillo muere y los que desean que el aura de su figura se perpetúe buscan un culpable antes de enterrarlo. Los que quieren deshacer la ciudad con el pretexto de acabar con las chabolas también buscan un culpable, porque les interesa eternizar la memoria del caudillo para tener un enemigo imaginario en el que poder apoyarse. O para tomar el poder señalando siempre la estatua que corona su sepulcro y diciendo a los incautos: «¡Mirad! ¡Cuidado! ¡Puede volver!». El culpable de esa muerte, de ese querer enterrar en el olvido de una vez para siempre, es el mismo en los dos casos. Todos quieren eliminar al amnésico, al traidor, según se mire. Sólo dos niños —yo también, como verán, he elegido una alegoría infantil—, sólo dos pequeños creen en la inocencia de ese presunto culpable. Porque lo han conocido, porque lo han visto con ojos limpios, porque ellos son el futuro y se han dado cuenta de que en sus mensajes hay alegría y hay verdad... Según su inocente conciencia, en el que todos señalan está el futuro que ellos esperan, no el que ellos temen. Porque esos niños, señoras y señores, también temen con ojos limpios, y con ojos limpios no se teme el futuro, sino el pasado.

Vilabrafim volvió su papel, mientras calculaba el impacto de su oratoria en el público. Se llevó una mano al nudo de la corbata, remate perfecto del impecable traje que le habíamos comprado una hora antes. Examinó sus gafas de montura dorada y se sintió satisfecho del nuevo adminículo. Al filósofo, al mago, le había compensado bajar a la arena pública. Eso decía el modo de mantener la pausa, de acariciarse la calva, de atusarse la perilla. El ambiente en la sala era de rendida admiración, una tensión benéfica se abría paso entre el silencio. Yo miré a Ballesta. Ya no podría perdonarle nunca, pero la información que poseía y después de esa noche de confesiones le hubiera facilitado sin rechistar, ahora iba a ser un secreto. Sólo me dedicaría a salvar mi pellejo y a contemplar lo inaudito otra vez. En nuestra visita a la capital, no había aprendido que no existiese la verdad, o que hubiese que enterrarla, sino el valor de un secreto. Ya puede seguir Vilabrafim:

—Bien, un día determinado, quizá un día de elecciones, si en ese barrio de barracas y en ese tiempo hubiera elecciones, ya comprenderán que me refiero en mi pequeña historia al día del entierro con pompa y boato del caudillo hampón, ese día, digo, se decide acabar con la vida del hombre al que todos señalan como culpable de la muerte del caudillo. O de su olvido. Ya sé que me repito y estoy siendo muy duro en mi simbología, pero desearía que las ideas quedasen claras. Sigo con los niños. Los dos niños, temiendo lo peor para él, para el último hombre, o quizá fuera el primero, como en cualquier caso dejó escrito Camus a quien no cito por citar, salen en su busca por toda la ciudad, por esa selva oscura, para avisarle de que quieren

acabar con su vida. El único problema es que no saben dónde encontrarlo. Son niños, son inocentes, el día es lluvioso. «Es el conocimiento, no el dolor, el que camina por mil calles oscuras y salvajes». Esos niños caminarán hacia el conocimiento por mil calles oscuras y salvajes y nadie, nadie, podrá decirles nada de ese HOMBRE, lo imaginaremos con grandes mayúsculas, algo de ese hombre que ellos no hayan intuido, aunque las informaciones, siempre contradictorias, les hacen reforzarse en la opinión de que es un gran hombre. Todo apunta hacia él, no como a un santo, pero sí como a un hombre recto, alguien del que nadie esperaba que hiciera lo que había hecho. Y lo que había hecho era sólo procurar el bien contra las malas lenguas, contra la insidia de los que quieren el poder, de los rencorosos, de los taimados, de los vengativos, de los necios, de los inconscientes. Esos niños arriesgan su vida y crecen, conocen. El día siguiente de la muerte del caudillo, de las elecciones, de la pompa funeraria, ¿qué hay en un nombre?, ¿qué hay en un día?, se lo encontrarán flotando en las aguas del puerto. En esas aguas sucias. Entre unos y otros han hecho lo que sólo un imbécil llamaría prodigio. Todos creen que se ha hecho justicia. El barrio no tarda mucho en desaparecer. La ciudad se deshace.

Vilabrafim hizo un silencio significativo. Ya se escuchaba algún «Oh» de rendida admiración. Vilabrafim bebió su vodka enmascarada como agua. Le cogió gusto y bebió un trago más, y otro. El carraspeo de Ballesta rasgó el silencio de una calurosa sala que se había quedado en suspenso.

—Ese hombre no había cometido ningún crimen, pero las malas lenguas hablaban. No mató al malhechor, decían unos. Lo mató dos veces, porque había trabajado para él, era un traidor, decían otros. Estaban envenenados y no podían ver la verdad con los ojos limpios de esos dos niños. Ese hombre elegido por el destino para traer la felicidad, que no buscaba ser un líder, pero tenía madera para salir de situaciones difíciles, acabó muerto por todos.

Vilabrafim dio tal palmetazo en el atril que no pudo disimular un súbito dolor en la muñeca.

—No se preocupen... «Es el conocimiento, no el dolor, el que camina por mil calles oscuras y salvajes». Les estoy diciendo a ustedes, le estoy diciendo a él, me estoy diciendo a mí mismo y muy pronto vamos a decirnos todos, que ya es hora de que al que no quiere ser un líder, cuando por fin en las futuras elecciones se entierre de una vez al bandido que nos ha llenado de miedo, ya es hora, digo, de que le gritemos con todas nuestras fuerzas, con nuestra moderada imprudencia o con nuestra inmoderada prudencia: «¡Decídetes! ¡Toma el mando!». Porque yo no quiero que los niños, los que han tarareado las canciones de la libertad sin sonrojo ni temor, le vean flotando en las aguas del olvido, porque él es el hombre que los centrados necesitamos, porque nosotros somos los que estamos demostrando estar por encima de la situación, sin radicalismos, sin ortopedias soviéticas, sin brazos ni puños en

alto... Los muertos ya están enterrados. Convoca elecciones, presidente. Sigue en el mando. Te seguiremos. Muchas gracias.

El aplauso fue unánime. Algún invitado se puso en pie. Una señora gritó: «¡Guapo!». Vilabrafim había dicho por medio de Ballesta y arrastrando por el fango la historia de mi vida que Adolfo Suárez, el presidente del gobierno, se hiciera cargo de la coalición a la que estábamos llamando a la puerta. Algo que todos los presentes en ese auditorio conocían, pero nadie que no fuera muy rastrero o estuviera muy necesitado iba a pronunciar de momento en voz alta, como no fuera por medio de una cháchara beoda que diese pábulo dialéctico a la prensa y a corros de empleados. López y López y Pérez y Pérez se acercaron a saludar a Vilabrafim y Carlos del Escudo. Evitaron retratarse con ellos cuando un alud de periodistas se abalanzó sobre los tribunos. Nos invitaron a cenar a un lugar de gran pompa donde se lamentaron algunas ausencias, pero donde se brindó mucho y alguien al que no conocía pero al que su tremenda inanidad indumentaria hacía parecer alto funcionario pidió un brindis y dijo: «Lo de hoy ha hecho temblar Moncloa. Me parece que habéis acabado de decidirle. ¡Alabado sea Dios!».

—Sea por siempre alabado... —el resto de los comensales decidieron satisfacer el extraño brindis, mirándose entre ellos, y sonriendo al presunto alto funcionario que reía en latín.

A la mañana siguiente, en el avión de regreso, fue cuando Ballesta me pidió que me sentara a su lado:

—¿No me lo tienes en cuenta, verdad? La historia ayudó a que todo saliera bien.

Negué en silencio. Puede que sonriera.

—Sé que eso es muy importante para ti. No sé por qué, pero el caso es que lo es. No le demos más vueltas. Vas a ser el general más joven de Europa. Te lo puedo asegurar. Son buenos tiempos para ascender rápido, muy buenos. Pero hay que hacer concesiones, Fernando. Otro, ni respetaría ese sentimiento tuyo por esas rarezas, por ese día. Te voy a decir un par de cosas. Bueno, no, tres. Cuatro, en verdad. Cinco. No le digas a nadie nunca más que vienes de donde vienes. La mayoría de la gente es imbécil, y no sabe lo fino que es el velo que separa una vida de otra. Y más fino que va a ser. Ahora, no parece ni de lejos que te hayas criado entre chabolas. En el futuro, puedes utilizar tu pasado humilde, pero sólo cuando te convenga mucho. Yo no diré nada más. Como tú no le contarás a nadie, nunca, por tu bien —ahí bajó la voz—, la historia de Boris. Ésa era la segunda cosa que tenía que decirte. La tercera es la solución a lo que ocurrió en eso que tú llamas el día del Watusi. Mi idea es que los que mandaban tomaron el crimen como un pretexto y luego lo ocultaron para que nadie supiera sus intenciones. Otras intenciones, quiero decir. Obraban según la marcha de los acontecimientos. Se entregaban a sus reflejos. El caso es que mataron dos pájaros de un tiro, no sé cómo, ni qué pájaro. ¿Qué querían de verdad? Ni idea.

¿Quién fue el verdadero asesino? No lo sé. Eran muy astutos allá en tu barrio. No hacía falta que nadie les hablara de los chivos expiatorios. Lo cuarto es que tengo la sospecha de que el que pintaba las W en la pared de Les Feuilles... eras tú. La amenaza del Watusi. Anteanoche, ni te diste cuenta de que me lo estabas contando. No sé qué te empujó a hacer una cosa así. Lo que sí sé es que utilizaste esa historia para ganar mi confianza. Te respeto por la jugada. Pero sabes perfectamente que los tiempos no están para bromas. Del Yelmo y Del Escudo estaban muy preocupados por un atentado o un secuestro. Esa historia les puso frenéticos. Si algún día les comento quién fue, aunque les diga que era broma, no te lo perdonarán. Y con eso llegamos al punto cinco. Trata de nuestros jefes. A veces presiento cierto escepticismo en tu mirada. Piensa en una cosa, Fernando. Son como son, pero siempre han conseguido lo que querían. ¿Está claro?

Afirmé con la cabeza. Ballesta me dio una palmada en el hombro.

—Ánimo, Fernando, nos queda mucho por hacer y lo bueno está por llegar. Cuando se alcance el objetivo, ya veremos cómo pagas el favor que me debes.

Ballesta bostezó, se ladeó en su asiento, deslizó la contraventana. Ya no hubo más destellos de sol reflejados en el acero del ala. En su mundo, en el último de sus muchos y turbulentos mundos, le debía ese y otros favores. Pero no pensaba pagarle con la información que más importaba, el relato de lo ocurrido desde que él me había abandonado en ese bar de alterne hasta la hora del discurso de Vilabrafim en el Club Bajo Cero.

Ya he contado que no me estremeció tanto la turbia historia de Boris, como el hecho de sentirme identificado con el fantasma que se desprendía de esa historia. Yo había intuido que estábamos enterrando cadáveres, podía imaginar que todo era un montaje. Sin embargo, no distinguía esa farsa de todas las que habían conformado mi vida hasta ese momento. Quizá calibre una mayor magnitud, es posible, nada más. Tampoco tenía perspectiva histórica, ni conocimiento. Era un muchacho. Estaba medio drogado, medio alcoholizado y poseído por la acción, orgulloso de que a Ballesta le hubiese gustado la historia del día del Watusi. Más. De que se hubiera sobresaltado al oírla después de haberme contado él, casi mi modelo, algo estremecedor. Porque a diferencia de la versión que le conté a Tina en la cama de aquel hotel, a Ballesta le hice saber lo que creía era el verdadero fondo del día del Watusi, lo que me dijeron que dijo y lo que sus palabras y acciones representaban para mí. Qué significaba bailar en círculos, ser radiante, ése era un escape a mi verdad única, a mi alegría única. Después del relato, que Ballesta no puntuó y escuchaba con más atención conforme desaparecía el sopor de sus ojos, esa brizna de delirio que siempre le acompañaba en las noches negras, mi jefe, alterado y con prisas, me dio dinero y me dejó con la falsa Tina, la chica de peinado afro plateado que yo me empeñaba en considerar la doble de mi confusión mayor. La falsa Tina me



llevó hasta su domicilio, muy próximo al antro que acabábamos de abandonar, respetando por el camino mi ausencia, el aturdimiento. En honor a esa muchacha, debo hacer constar desde un principio que en toda la noche no faltó ni un ápice a la competencia que exigía su astronómica tarifa. La entrega fue absoluta, como si de ésta dependiera un imposible ascenso en su común pero insólita artesanía.

Llegamos al pisito. La falsa Tina vivía como una marquesa, pero en espacio reducido. Tomé el trago que me brindaba y acepté su cariñosa advertencia de que ya había bebido mucho, y a saber qué más, y se me notaba. A los hombres, puestos a discutir, se les va la fuerza por la boca. Y yo me había pasado la noche discutiendo con mi amigo. Lo que había tardado en sacarla de allí, por lo menos a ella, que Carol se había quedado compuesta y sin novio. Me dijo su nombre falso. Le pregunté si no le importaba que la llamase Tina. Se encogió de hombros o se contoneó. Le pregunté si no escuchaba un ronquido en algún lado, muy cerca. Me dijo que eran los vecinos, que los pisos de hoy ya se sabe, y que por muy caros que fueran seguía sabiéndose, y en esa zona cualquier cuchitril te salía por un ojo de la cara. La falsa Tina me sugirió pasar a la alcoba, presidida por un gran cartel del grupo The Rolling Stones, obsequio de un sargento americano. Le pregunté a la falsa Tina si no le importaba que llamase por teléfono. Marqué el número de la verdadera Tina.

—¡Diga! ¿Quién es? ¿Quién es? Di algo si eres hombre. ¡Dime quién eres y te aniquilo!

Eso fue lo que oí antes de colgar. El propietario de la enojada voz era don Tomás del Yelmo y de la Torre de Homenaje, en otra ciudad, en otra cama, cuando se suponía que estaba en una reunión en esta ciudad, o en una cama como ésta. Podía haber cogido el último avión después de reunirse con aquellos de los que dependía nuestro futuro, o pasado alguna de esos cientos de cosas que sorprenden a los necios, los inexpertos no calculan y los perdedores temen. Sin embargo, las llamadas a lo largo del día a casa de su amante, su enojo al no encontrarla, el hecho de que ingiriese un whisky tras otro en el bar del Palace, encomendándome una misión, cuando se suponía que al momento siguiente iba a reunirse con las más altas y decisivas instancias, el vago patetismo que yo entonces me empeñaba en ver como desamparo, me hacían concluir que Del Yelmo no había ido a reunión alguna. Estaba vendiendo humo. La farsa en la que yo estaba tan bien empleado y remunerado pendía de un hilo. Aunque yo no podía saberlo todo. Yo era...

—Tú dirás...

Le dije a la falsa Tina que por favor me sirviese una nueva y muy necesaria copa. Le supliqué a la falsa Tina que me dijese que me quería. Me lo dijo. No sirvió de nada. Quizá fuese el ronquido que no cesaba de oírse. Que me dejase de ronquidos. Le aconsejé que se ornara de sus galas más atrevidas y caminase a cuatro patas por el suelo de madera. Al propio tiempo se hacía necesario que profiriera contra su persona

los insultos más soeces. La falsa y profesional Tina, que reinvertía su seguro beneficio en unos encajes y un calzado de vértigo, desveló un amplio repertorio de impropiedades contra su personaje. Le sugerí que apagase la luz para que fuese más Tina y enronqueciera un poco el timbre si gozaba de ese talento dramático. Luego estaría bien que repitiese el ejercicio. El cuerpo a gatas, lento, oscilado por la flexible cintura el marmóreo glúteo, se blanqueaba a franjas por la última luz de las farolas, mientras la falsa Tina decía con voz de cazalla unas palabrotas que para qué. Entretanto, yo bebía, meditaba y miraba un escorzo gris en el cartel del grupo The Rolling Stones. Cuando la falsa Tina empezó a maullar, un dispositivo se accionó en mi interior y decidí arrodillarme junto a ese cuerpo ya detenido para penetrar por obligación divina a la más dulce de todas las fieras. Una flaccidez extrema, miento, una contracción anómala, inexacto, una reducción ridícula, medio cacahuete sin pelar, ondeó, por decir algo, sobre el siempre, lo juro, excitante cuerpo de la falsa Tina. Cuando me volví a sentar en la cama, bebí, miré mi franja abstracta del cartel del grupo The Rolling Stones. La falsa Tina, constante, rescató un remedio para la impotencia, que ya conocí el día del Watusi, y también por ello ha sido tan importante en mi vida. El método se basaba en la succión acompasada. Y si lo cuento, no es para provocar el escándalo, la fiebre, o el rencor del Lector de este Informe, sino para detallar de forma clara el paisaje en el que me encontraba cuando ocurrió lo que enseguida procedo a narrar.

Sonó el teléfono.

La falsa Tina me dijo:

—Será para ti —y me ofreció el auricular guiñándome un ojo. Al ver que contemplaba su cuerpo irguiéndose, contestando y ofreciéndose en el transcurso de las acciones anteriores, solicitó sin palabras permiso para continuar con la operación que estaba llevando a cabo. Accedí.

Contesté:

—Fernando, hijo, ¿dónde estás?

En el silencio posterior a que la autora de mis días pronunciase mi nombre, nuestra relación familiar y la pregunta sobre mi ubicación, intenté disculparme sin palabras con la falsa Tina por el rodillazo que le había propinado en la cara, resultado de su comprometida postura y del espasmo que me había ocasionado escuchar la voz de mi madre.

—En casa de una compañera de partido, mamá.

La falsa Tina se lamentaba ocultándose un ojo con la mano, pero por su gesto comprendí que comprendía. Por mi ademán, que aseguraba una justa recompensa económica, ella supo que el hilo de muda comprensión era fluido.

—¿Compañera de partido? ¿La conozco?

—Pero si tú no conoces a nadie. Quiero decir...

—A lo mejor por casualidad. Oye, te llamo desde la clínica. Te hemos intentado localizar todo el día, pero hasta esta mañana —¿qué mañana?!— un señor muy simpático, que a ése sí que le conozco, el señor Ballesta, me ha dado este número de teléfono. Se ha alegrado con la noticia como si fuese de la familia. Te aprecian mucho, Fernando.

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunté, mientras imaginaba a Ballesta riendo y observaba cómo una desnuda y falsa Tina me miraba como esa gente que cree que ya lo ha visto todo en la vida, y la vida les vuelve a sorprender con una mueca.

—Que has tenido un hermanito.

—Estabas embarazada...

—¿No lo estarás preguntando?

—No, si es que el trabajo...

—Ya te daré yo a ti trabajo, que desde que te has independizado no has sido ni para venir a vernos un día sabiendo que yo estaba como estaba. Y míralo, con la compañera de partido...

—Si es que...

—No me expliques, no. ¡Anda que no habré lavado sábanas y pañuelos tuyos!

—Mamá, no creo que sea esta hora, ni situación, ni el acontecimiento propicio, para extenderse en esos asuntos.

—¡Qué bien hablas, cariño! ¡Cómo se nota la compañía!

—¿Y cómo estáis todos? —pregunté, mientras una tercera persona se asomó a la alcoba desde el salón. Era un sargento norteamericano, negro como la noche que dejábamos atrás. Reparé en que su aparición coincidía con el cese de los ronquidos. Temí lo peor. La falsa Tina salió de la habitación para hablar con él. El sargento preguntaba por el ojo magullado de la falsa Tina, mientras me miraba furioso. Quería acercarse a mí, lo estaba haciendo. La chica negaba la aproximación entre el imponente militar y mis brazos extendidos suplicando una tregua.

—Estamos muy bien. Ha pesado cuatro kilos... Estoy... Bueno, pero estar, estoy bien. Una bestia, la criatura, como tú. La niña salió más chuchurría. Pero yo cada vez soy mayor y aguanto menos. Perdona, hijo, que te haya llamado a estas horas, pero era la impaciencia. Y que tú también... Cada día somos más —mi madre sollozaba—. Estoy muy contenta, hijo. Quién nos ha visto y quién nos ve.

Me despedí de mi madre. La falsa Tina le decía al sargento norteamericano que yo era un compañero del colegio y que eso se lo había hecho un cabrón durante la noche. Que yo la había salvado. Que claro que pagaba. Ahí pagaban todos, que eso ya lo sabía su Honoratius de su corazón. El sargento se dio por satisfecho al verme llorar sobre la cama. La falsa Tina se acercó a mí. Me abrazó. Me dijo que la primera vez provoca más dolor que placer, que era consciente de que en esas circunstancias no había forma y que todo se andaría. Gimoteando, le di las gracias. Le dije que cogiese

tranquilizantes de mi chaqueta y todo el dinero que viese menos lo que pudiera necesitar para un taxi. Al darme el valium me preguntó si mi nuevo hermano era niño o niña. Le contesté que ya no me acordaba. Quizá me dormí.

El teléfono volvió a sonar. Creí escuchar una conversación y un artefacto de plástico rozándome la oreja. Era la voz de Ballesta.

—¡Arriba, campeón! ¡Alarma general! ¿No te habrás enfadado por lo de tu madre? —Carcajada al otro lado de la línea—. No he dormido en toda la noche. Con la historia que me contaste me has iluminado. Eres un muso. Imprescindible. Pero esos cabrones se han empeñado en hacernos la vida imposible. Del Yelmo no contesta, Del Escudo se ha ido a desayunar y Vilabrafim está en una dirección que te voy a dar ahora mismo, que me ha costado horrores encontrar. Lo traes al hotel. Seguramente estaré en la habitación de Del Escudo haciendo milagros. ¿Tú crees en los milagros?

La dirección donde se hallaba Vilabrafim estaba muy cerca de la que dejaba atrás. Cuando llegué al rellano, Vilabrafim, en un estado no registrado por la ciencia médica, exhalando un vaho de alcohol, vejez y extrañas lociones por todos los poros de su cuerpo, se despedía de la mulata que se había puesto a llorar la noche anterior en D'Alessandro. La puerta entornada dejaba ver el cuero negro del corpiño, las botas de caña altísima y grotesca plataforma y un gesto de «aquí no pasa nada» entre el pelo lacio, indio. Vilabrafim, por detallar alguno de los síntomas, parecía encantado, revitalizado, optimista, dichoso, eufórico, destilado, se tambaleaba.

—Es el conocimiento, no el dolor, Fernando, el que camina por mil calles oscuras y salvajes. —Vilabrafim intentaba guiñarme un ojo. O eso supuse—: Felicidades por lo de tu hermano. Me lo ha dicho Guillermo. Con Guillermo nada. Oye, nada. ¡Ay! Los hermanos son un vínculo que va más allá del afecto. Yo no me hablo con ninguno de los míos, pero sé lo que digo. Y una vez cometí incesto con la pequeña. Los juegos, las caricias *quelle maladie!* No se lo digas a nadie. ¿Sabes cómo convencí a la negrita de que no había golpe de estado en su país? Salí a la calle, encontré un quiosco abierto y volví a D'Alessandro con un periódico y un ramo de flores. Le mostré que en el periódico no había noticia alguna de golpe de estado. Y las flores rindieron a mi perla negra. A mi perra negra. No se lo digas a nadie. La tarifa ha sido de escándalo. Si al final hay golpe de estado, esa leona, esa golfa deliciosa podrá comprar un tanque a la guerrilla con lo que me ha saqueado. ¿Dónde me llevas? ¿No habréis decidido liquidarme? Es broma.

Una vez en el hotel, subimos raudos a la habitación de don Carlos pasando ante mil ojos estoicos. Antes de que llamase, Vilabrafim, con gesto pícaro, detuvo mi mano, pegó la oreja a la puerta y con una seña me aconsejó hacer lo mismo.

Hablaba Del Escudo:

—No quiero oír más sandeces. Lo mío es más bonito.

Ballesta replicaba:

—¡Pero si es *El principito* de cabo a rabo! ¡Todo el mundo conoce *El principito*! ¡*El principito* no tiene nada que ver con la situación política! ¡No tiene nada que ver con nada!

—Hay que dar un mensaje de paz, Guillermo, de honestidad, de buena conciencia. De la política marrullera y de meter cizaña ya se encargan otros. Bueno, te encargas tú concretamente.

—Estoy harto. Estoy harto de hacer de palanganero —exclamó Ballesta.

—Es por lo que se te paga, Guillermo. A estos chicos que tienes a tu lado se les paga por hacer de guardaespaldas y a ti para hacer eso que tú dices que haces.

Vilabrafim, a mi lado, se deleitaba en una muda risa conejil.

—Pero aunque haga el trabajo sucio, tengo que hacerlo bien. Tengo que decir las cosas. Tengo que plantear los problemas. Es como el himno de ayer. Te empeñaste y sobraba.

—No me tutees.

—El himno sobraba, señor Del Escudo.

—El himno era bonito. Estaba bien traído.

—¿Es bonito algo como «Que el anciano muera alegre en libertad»?

—No lo has entendido, Guillermo. No has entendido nada. Eres muy joven. La gente que ha vivido la guerra, los que hemos sufrido, vemos una nueva España y pensamos: «¡Ya me puedo morir tranquilo!». Bueno, yo aún no. A mí aún me queda mucho, si Dios quiere.

—Entenderlo, lo había entendido. Entenderlo no es difícil. Lo difícil es tener este trabajo y no pegarse un tiro. Volvamos al himno. A sus consecuencias. ¿Ha leído *La Nación*? ¿Ha leído la columna de Hipérbolo?

—Claro. Guillermo, yo hago mis deberes y hasta los deberes de los demás. Yo no me voy de putas. —Se oyeron las hojas de un periódico. La voz de Del Escudo adquirió un tono pomposo—: «Lola Platero y yo». «Lola es pequeña, nada peluda y suave, tan dura en su anatomía que se diría estatua de Donatello que bla, bla, bla».

—¿Qué es esto? Estaba seguro... Vilabrafim me dijo...

Era la primera vez que oía a Ballesta sorprendido.

—«Vilabrafim me dijo, Vilabrafim me dijo...». No te asustes, Guillermo. Al fin y al cabo todos vamos en el mismo barco. La tal Lola era la actriz que Hipérbolo tenía ayer a su lado. Es una loa a sus encantos, que, a decir verdad, no le faltan. ¿Quieres su teléfono? Lo tengo. Si quieres leerlo, algo que al fin y al cabo es tu obligación, verás cuatro notas positivas sobre los discursos en general. Pone al saltimbanqui de Vilabrafim por encima de mí... —Vilabrafim se atusó la perilla, se incorporó, puso cara de digno— porque es amigo suyo. Pero nuestro proyecto político recibe el beneplácito de Hipérbolo. Y hasta el periódico más hostil incluye una breve nota. Y

me ha llamado la revista *Casa y Moda* para hacerle una enésima entrevista a mi señora en nuestra casa de Bagur. Mi señora ha aceptado encantada. ¿Sabes cuántas señoras leen *Casa y Moda*? ¿Y sabes qué significa eso? A veces pienso que me tomas por tonto, Guillermo. Y si este discurso es *El principito*, será *El principito*, pero también será el discurso que lea esta tarde.

Se hizo un silencio. Me imaginaba a un Ballesta abrumado paseando por la habitación. Aún me costaba concebir lo racional, en su estilo, de la perorata de Carlos del Escudo.

—Bien, entonces que lea este otro discurso Vilabrafim —dijo un Ballesta resignado.

—A mí, plim.

Se abrió la puerta. Pregunté si podía ducharme. Ballesta, sin decir una palabra, me dio la llave de su habitación. De vuelta al vestíbulo, vi cómo Ballesta le extendía un paquete finamente envuelto a un sorprendido Vilabrafim. Vilabrafim desenvolvió el paquete sorprendido. Eran unas gafas con montura de oro. Vilabrafim se las probó. Volvió la cabeza en todas direcciones para comprobar la bondad de la óptica. Cuando llegué hasta ellos, escuché:

—Me ha costado Dios y ayuda conseguir que estuviesen listas. Pero te las merecías. Ayer me comporté como un animal.

Vilabrafim y Ballesta se abrazaron. Vilabrafim le dio a Ballesta un beso en la mejilla.

—No se lo digas a nadie —agregó.

—Ni tú tampoco —le dijo Ballesta, mientras le extendía el papel del discurso.

Vilabrafim lo guardó sin más comentarios y una amplia sonrisa. Fue una lástima que se acabara de emborrachar de mala manera en la comida que mantuvimos con unos empresarios de nuestra ciudad residentes en la capital. Aún medio sobrio, en el vestíbulo del Ritz, ya en su papel de socio político, preguntó a Ballesta:

—¿Y Tomás?

—He hablado con Del Yelmo. Ha vuelto a Barcelona. Ha cogido el primer avión de la mañana y ahora está en el banco. Parece que hay arreglo. Ahora comemos con unos empresarios: sector eléctrico, transporte, comercio, publicidad... Nosotros comeremos en José Luis. Ellos comerán en nuestra mano.

Vilabrafim rió. En el almuerzo, cuando se desplomó y todos en el reservado fingieron no darse cuenta, Vilabrafim también nos dirigió una sonrisa desde el suelo, pero ya era de ultratumba. Entre uno de los camareros y yo le llevamos a un taxi por la puerta de la cocina. En el hotel, me ayudaron a subirle a su habitación. Ballesta llamó y me ordenó que le duchase. Las marcas de la noche, uña y látigo, destacaban en una blancuzca, fofa y pecosa espalda.

—No se lo digas a nadie —farfulló debajo del chorro.

Ballesta llegó al poco. Le acompañaban un médico y un empleado del hotel. Ballesta me recitó las instrucciones de manejo de un Vilabrafim desfondado y partió al Club Bajo Cero para organizar la conferencia. El médico reconoció al desfallecido. Le inyectó valium, le hicimos dormir hora y media, nos sentamos a contemplar su descanso, llamamos al sastre del rey, despertamos a Vilabrafim, le dimos estimulantes, le peinamos, le enfundamos en el traje recién comprado. Al cabo de tres horas, Vilabrafim estaba leyendo el discurso escrito por Ballesta que ni Cicerón. Entre susurros, alguno de los asistentes comentaba la entereza de ese hombre. El miocardio le había dado un aviso unas horas antes, y al cabo de nada, ahí lo tenías, a pie de obra.

Comentario de texto. Hoy: el discurso de Vilabrafim. Autor: Guillermo Ballesta. Tema: dos niños con ojos limpios desean con todas sus fuerzas que el poder siga en manos de quien lo ejerce. ¡El poeta anarquista! ¡El poeta ladrón! ¡Y tan ladrón! De Boris a Ballesta en unas horas. A la mañana siguiente, Jaime de Vilabrafim dormía como un bebé en el avión de vuelta a casa, mientras Ballesta me decía:

—No me lo tienes en cuenta, ¿verdad?

Luego me halagaba un poco, añadía sus nada sutiles amenazas y se dormía. Explícame tu magnífica relación con la policía, Boris. Explícame despacio cómo eres capaz de cambiar de un día para otro, traicionar a alguien sin que te tiemble el pulso. Tú fuiste Judas, Boris, y algunos lo saben. Lo que te desespera es haber sido Boris, ser Ballesta. Y no te ha costado nada venderme como compras y vendes a los demás.

Todos dormían, y mi obligación era manifestar felicidad por encontrarme donde estaba. Hasta me habían hecho viajar en primera clase. «¿No me lo tienes en cuenta, verdad?». No se lo iba a perdonar mientras viviese. Tenía un secreto tan inútil como una bomba almacenada, pero era un secreto. Unos te utilizan, Boris, como tú utilizas a los demás. Alguien te engaña, Ballesta, ¿se lo vas a tener en cuenta cuando te enteres? Tú me tienes en un puño, pero en ese puño también está encerrado mi secreto.

«La política de altura llega a este país», «Adversarios admirables», «Chaqueteros, pero listos», «Vilabrafim y Del Escudo crean una incógnita en la coalición de centro». Ésos eran los titulares de las mentiras que dejábamos atrás. Y de los rumores, rumores que nacían, se expandían y morían, y no fueron los únicos en aquel año del setenta y siete: bombas que nunca explotaron, atentados contra Suárez cada semana, raptos al propio Suárez, vacunas del espionaje o simples ocurrencias de cafetería. Cerré los periódicos. Di un sorbo a mi copa. Era el único que seguía despierto y bebiendo. «No me lo tienes en cuenta, ¿verdad?». El ángel caído, el espíritu violento, lleno de cultura, de ansiosa voracidad, de incertidumbre, no era más que un rastrero. La justa medida de los rastreiros más capaces. Había destrozado mi día del Watusi. Primero poco a poco. Luego de golpe. Así actúan los rastreiros. Pero

no sabía qué había hecho. No sabía que la transfusión de conocimientos era mestiza, y tan cruel como su contenido. Si me empeñaba, yo podía ser un eslabón decisivo en esa farsa grotesca. El olor de esa ciudad muerta que abandonábamos se dejaría sentir en el espeso ambiente del avión hasta que se olfatearan los cadáveres semienterrados de nuestra ciudad al cabo de una hora, el avión diera un giro y viese mi montaña, las nubes sobre los mármoles sin brillo del cementerio, el castillo abandonado. Aquello no iba a significar nada nunca más. Enterradores. A mí también me habían enterrado. Ese hombre había enterrado el 15 de agosto de 1971. Fernando Atienza ya era un monigote, una mierda herida con un secreto.



Los altavoces blancos bombeaban una línea de bajo idéntica a la que seis años antes había salido de la boca de Pepito el Yeyé, mientras su ortopedia oblonga perforaba el suelo a compás en los jardines de la Exposición, y a compás apisonaba una colilla de 46, un brote de malas hierbas, las manos cruzando el ritmo con ritmo legal. Del choque de las palmas surgía un hilo de polvo; de su boca, un idioma imposible; de la escena, latidos de gracia y desolación. En el níveo, casi futurista, apartamento de Tina, sentado en el sofá curvo, fumando un cigarro, miraba cómo daba vueltas el vinilo y fragmentos de luz indirecta se proyectaban, filtraban y rebotaban en lámparas, pantallas y paredes blancas para acabar reflejados en una sección ondulante del disco fundamental. Por fin estaba escuchando «El Watusi». El Lector me supondrá contento. ¿Lo estaba? No.

Tina pululaba por los distintos niveles de su apartamento con un decorador detrás. Al volver la cabeza por si se acercaban, distinguía un doble retrato de mi anfitriona, alumna, breve amante y ahora objeto de espionaje. Joyería Robbe-Grillet. Un primer plano y un plano medio contiguos en los que Tina mostraba unos pendientes, una cadena con el corazón de oro que no tenía y unos anillos, mientras las uñas nacaradas recogían el pelo en un gesto que su dueña, la mía, jamás hubiera empleado en el mundo real. Ése era el primer plano. En el plano medio, adoptaba una forzada posición de boxeador en guardia para que sus falanges mostrasen una nueva gama de anillos. El pelo no era tan rubio como ahora, lencería insinuante, más pálida la piel pecosa, cejas oblicuas, labios «la función hace el órgano» perfectos de los que asomaba, como siempre, la punta de la lengua. El sello que Tina lucía en el cartel estaba ahora en su mano.

Tina y su decorador no llegaban a acercarse, no se hacían necesarias las presentaciones y yo podía volver a mis asuntos. El decorador estudiaba un plano a menudo, y a menudo pronunciaba el adverbio «divinamente». Susurraban los dos, cerca y lejos, y sentía su mirada en mi nuca, mientras yo repasaba otra vez la portada del disco: un tipo con gafas de concha como distintivo facial y traje cruzado, no muy diferente su aspecto al del vendedor a domicilio. El tipo, sentado en una conga donde se leía «Ray», nada extraño ya que el mozo se hacía llamar, entre otros apodos, Ray Barretto, mostraba la palma de una mano. Watusi Man era otro de los sobrenombres del músico a quien estaba culpando del mayor de los malentendidos. A mi espalda volvía a escuchar la risa ronca de Tina (en traje sastre color rojo) y de su decorador (con jersey de pico y pajarita amarillos, pana ocre en el pantalón, mocasín reluciente: un alfeñique). La primera disculpaba el desvarío de su invitado, yo, al tiempo que el experto en interiores imponía al mundo el neologismo «divertidísimamente».

Con mi débil francés, pude descifrar el texto redactado por un sabio en la carpeta

de cartón: «Aquel que haya visto *West Side Story* sabe que en el East Harlem (Spanish Harlem) y sus calles calientes, en “El Barrio”, palpita un corazón de sístole cubana y diástole puertorriqueña. Un gueto salvaje, triste y alegre, de colores chillones, guirnaldas que envuelven retratos de estrellas del cine y de la canción latinas, vírgenes y santos. Allí, la segunda generación de emigrantes de las dos islas y de algún otro punto del Caribe, mezcla los sonidos tradicionales de la guaracha, el son montuno y el cha-cha-chá con la moda de los bailes sueltos, el jazz, el soul y el rock & roll. Ray Barretto, formado en la orquesta de Tito Puente, consigue un gran éxito en el año sesenta y uno con el tema “El Watusi”, que aquí les presentamos, e impone en Estados Unidos un nuevo ritmo... ¡el Boogaloo! Disfrútenlo». Jacques Tutupá.

Recapitulé, mientras escuchaba la canción por décima vez. Un gran éxito en Estados Unidos. Un marino negro, un nativo del dichoso Spanish Harlem, supuse, le enseña la canción a un muchacho en el puerto de Barcelona. El muchacho entusiasmado no deja de cantar y de bailar esa canción. Unos amigos y compañeros de farra y delincuencia que dan en llamar Watusi al chaval. El Watusi se convierte en asesino. Todos dicen que es listo, guapo, feroz, que piensa y dice cosas extrañas. Yo que, envuelto en una ceremoniosa intensidad, me lo creo. Todo lo que concierne a ese fragmento de música se convierte de algún modo en lo que dota a mi vida de un sentido completo, la posible bisagra entre la maravilla y los accidentes de la realidad. Pero la canción no se refiere a nada de todo eso; ni de lo que me habían dicho, ni de lo que había alcanzado a imaginar.

¿Cómo resumir la canción? No la transcribiré. El verdadero gancho es el ritmo contagioso, la alegría musical. Pero eso ya lo conocía. Lo inquietante, por ridículo, era el contenido, las frases que yo había estado buscando durante tantos años esperando un complemento, palabras para algo que sentía. Organizando la información que se nos brinda, diré que el Watusi, el de la canción, es un mulato que mide «siete pies» y pesa «ciento sesenta y nueve libras». Es un matón y muy tonto. Una especie de Superman, el de mi barrio. Durante toda la canción, el narrador pretende que no le tengamos miedo al Watusi, porque mucho tipo y mucho cuento, pero se encoge a la que uno le planta cara. Ése, desde luego, no era mi Watusi. Eso no era nada. ¿Cómo era posible que alguien como el Watusi barcelonés, muy superior al Watusi de la canción, se hiciera llamar así? Las W, las frases, la locura del baile, el conocimiento... «Cuando un muerto te mira a los ojos, te miran todos los muertos del mundo», «Te tienes que empatar con tanta sangre, porque un ansia te pilla como el imán pilla al hierro», «El animal que ve la muerte», «El límite, separar la luz de lo oscuro, la muerte de la vida, las aguas vivas de las aguas muertas, radiante, radiante, radiante». ¿Dónde estaba todo eso? Por fin comprendía, todo era muy tonto salvo la sangre, la crónica de sucesos no escrita, el engaño, la verdad como un momento de la

mentira, mi madre y yo caminando en la oscuridad, el cuerpo flotando en el agua. Pese a asumir la tontería, no podía dejar de programar la canción una y otra vez, como si en una próxima escucha la letra fuera a cambiar y la definitiva revelación, no sus amagos, no las intenciones, fuera a tener lugar. Pero las canciones no cambian de contenido. No, al menos, en el mismo trozo de plástico. Y si me tuviera que guiar por las canciones, porque persistí en mi búsqueda, llegué a avergonzarme al escuchar una versión en que el Watusi, siempre ridículo, es fichado para ir a la Luna. Y en otra, como es tan grande («ese niche grande y feo que decía “yo me la cojo” y se enteró de que el boogaloo estaba en algo en Nueva York y quiso coger un *jet*») no cabe en «el jet» que tiene que transportarlo y hace el viaje montado a caballito sobre el avión «y ya tienen a Watusi bailando boogaloo. ¡Venga, Watusi!». Y encima remataban la canción con un despectivo: «Bad vibe, man...». Eso era «Watusi bogaloo» de Willie Rosario. Y en otra, «Watusi comilón», el Watusi, invitado a una boda, en vez de convertir el agua en vino como debiera, se come diez kilos de frijoles y luego no puede bailar: «Watusi, ya tú no estás, que pesas cien libras más». Y escuché el «Wah-Watusi» de Chubby Checker, y el «Watusi» instrumental de The Ventures. Y el «Watu-wa-zui» de Charles Kynard. Y «La canción difícil» de los Persuasores, aunque eso ya sea otra historia. Me enteré también de que la frase «No le tenga miedo al Watusi, caballero» se empleó en Sudamérica durante los años sesenta para animar a enfrentarse a un obstáculo insalvable sólo en apariencia. El hecho de que Ballesta hubiera empleado mi historia, mi vida, para una farsa no tenía que resultarme una traición, una manipulación: no me han faltado motivos para sentirme un garabato ridículo una y otra vez; lo cierto, es que del mismo modo que al derramar un vaso cada uno de los regueros obedece a su modo las leyes de la física, lo que mi inocencia engendró, lo que el engaño provocó, lo que el azar y el destino perpetraron, el día del Watusi siguió más allá de mis convicciones, como un eco alto unas veces, como un murmullo simplón la mayoría. No podía dominarlo y hasta me divertía con ello. Por eso el día del Watusi sigue teniendo importancia para mí después de tanto tiempo. Por eso escribo este Informe.

Para que se vaya inquietando, Lector: el resto no es silencio.

Aunque sí lo era aquella tarde en casa de Tina cuando la aguja se deslizaba por el leve tobogán del último surco una y otra vez. El brazo del tocadiscos se negaba a volver a su apoyo. Un piloto rojo brillaba en el amplificador. Se habían acabado los ensueños de azotea.

Tina apareció ante mí, cogió el disco y lo guardó. El mensaje era que no diese más la tabarra. Escuché dos sonoros besos en el pasillo y una nueva creación lingüística del decorador: «Deliciosamente».

Ahí estaba ella otra vez. Una sonrisa mecánica y un golpe de la palma en el nacimiento del muslo, la común llamada a un perro, requerían mi marcha cuando yo

insinuaba con brillo en los ojos el pecado de la carne. Esa mañana habíamos reanudado nuestras clases y ni profesor ni alumna encontrábamos sentido a la instrucción obligatoria. Aún no tenía decidido si iba a informar a Tomás del Yelmo sobre las actividades de su protegida, pero era evidente que mi obligación era simular interés. Tampoco estaba convencido de si era útil confesar mi nueva misión para que Tina pusiese en marcha una red de contraespionaje. En ese momento, ella empezó a desnudarse por mis alrededores y se fue caminando hacia su alcoba sin el mínimo indicio de pudor, aunque tampoco de invitación. Si le decía lo de don Tomás, sus celos, las sospechas, a lo mejor se enfadaba con él, con el mundo, conmigo, como lo había hecho esa mañana cuando, medio en broma, y con la suposición de que ya no había distancia entre nosotros, le había comentado que los adhesivos circulares de estaciones de esquí en Suiza pegados al parabrisas eran, por lo menos, redundantes. Su enfado solía dirigirse más contra ella misma, por haber quedado en evidencia, que contra la persona que recibía su enojo; pero desde luego generaba enorme desasosiego en quien durante los días anteriores la había estado viendo en casi todas las mujeres sin llegar a verla del todo en ninguna. Le conté, eso sí, nuestras aventuras matritenses con el propósito de que ella dejara deslizar la hora en que su amante había llegado al nido de amor, y así se confirmara el hecho de que nunca había existido una reunión con las altas esferas del Banco de Negocios. «Me vino como una cuba a las diez de la noche. Parece que agota tanta reunión. A ver si me lo cuidas».

Tomás del Yelmo no había ido a la reunión. Nos estaba engañando a todos, aunque a mí algo menos. En aquel laberinto, yo era un invitado. Lo absurdo es que cuando veía a Tina eso dejaba de importarme. Me humillaba pensando que me hubiera gustado que, como tantas entretenidas, padeciese la afección pulmonar germen de tanta literatura barata. O que esa zorra pudiera esgrimir una infancia o adolescencia traumáticas: un padre borracho y violador, un hijo tonto escondido en el pueblo, la pasión viciosa, obsesiva, por un macarra al que hubiese conocido de niña, fea como un pecado, y desde entonces se hubiera convertido en su única debilidad, que ese sádico burlón viviera a costa de ella en un chalet de las afueras. Hasta me hubiese conformado con que no hubiera perdido tan gratamente la inocencia. Anhelaba sensiblería, cualquier excusa que me ahorrara comprender lo que era ambición sistemática, ausencia de cualquier oscuridad, de cualquier vergüenza.

De vuelta a la habitación que me estaba vedada, vistiéndose la túnica de andar por casa, sin disimulo ni coquetería, veía en esa chica de ahí enfrente a la verdadera Tina, inferior a su ideal, con el que había logrado un polvo perfecto como una esfera. Me olvidaba del Watusi, de los enredos profesionales, de las coartadas, para repetir la experiencia aunque tuviera que arrastrarme bajo la alambreada de la humillación. En una de esas transferencias repentinas, deduje que era en cada curva, en cada gruta, en cada poro de aquel cuerpo donde se debían ahogar, como mal menor, mis antiguas,

supuestas, inmanencias. Diez mil revolcones lograrían que los diamantes del pasado, vueltos humo de carbón, se reconvirtieran en altares elevados a la impureza.

—¿Ya te vas? —me preguntaba ella ahora, cuando no había hecho ni el menor amago de moverme del sofá, pasmado de sus idas y venidas, odiando las continuas consultas a esa agenda que era mi enemiga. Debió de comprender algo en mi expresión, era su trabajo, porque preguntó:

—¿No me dices nada del regalo? Me lo encontraron enseguida. En París lo encuentras todo. Pero, chico, entiende... Estaba Sigfrido aquí... —el decorador enclenque y algo filólogo— y no había necesidad de escuchar treinta veces la cancioncita.

—A lo mejor es que me gusta repetir las cosas... —Era una insinuación, pero ante lo impasible de su actitud, no pude evitar abrirle la puerta al rencor—. Por ejemplo, la de veces que te repito las cosas cuando conduces. Tú lo haces mal siempre y, ya ves, repito cómo hacerlo bien y no me enfado... —No sé cómo, el rencor había dado paso a la furia—. Y ahora no digas lo que estás pensando. Ya lo sé, tú también me has enseñado cosas... Pero esa manera de enseñar cosas tiene un nombre. Joder, si lo tiene.

—Sal de mi casa, anda.

Tiré la funda del disco sobre el sofá y me marché. Un túnel poco sentimental en el que no hay muchachos tristes en las incesantes avenidas bajo luz cenital, ni piedad en las miradas amargas que me sirven un bocadillo y una botella de vino como todo almuerzo, me lleva a una habitación de cuyas paredes cuelgan banderines sin sentido. Una cama. Un cuerpo yacente. El placer solitario castiga a Tina de diversas formas hasta que me corro con la evidencia de que no tengo suficiente imaginación para humillar a esa hetaira en su terreno. Ni siquiera pienso en el embrollo donde estoy metido. Desconozco las reglas del juego y no sé si vamos perdiendo o ganando. Yo gano, seguro, porque siempre gano. Desde el regreso de Madrid, un Ballesta siempre malhumorado y activo, pero respetuoso, está planeando mi futuro:

—Cuando acabe todo este follón, debes estudiar una carrera. Es imprescindible una formación, Fernando. Acabar de pulir ciertas maneras. Cubrirse con un empaque. Una carrera, idiomas. Serán cinco años de lucha. Además, te encargarás de aprender cosas nuevas para luego asesorarnos a nosotros. Te apoyaremos en todo. Un curso en una universidad americana. Eso, seguro. Si los contactos se mantienen, podrás entrar en la lista de la coalición para las próximas elecciones y simultanearlo con pequeños trabajos en la asesoría jurídica del banco. Según mis cálculos, en mil novecientos ochenta y uno, serás el diputado más joven de la historia. El general más joven de Europa. Te lo dije. Me sentiré tan orgulloso como un padre.

¿Se podía pedir más? A lo mejor, un trago.

¿Un traguito, Fernando? Por supuesto. Un nuevo descubrimiento farmacéutico, la

medicina «Sosegón», me insinúa que me deje llevar y confíe en mi capacidad. Que no se puede caer más bajo de donde salí, que la vida que vivo es un regalo, que confíe en mis reflejos. Cuando llamaron a la puerta a lo mejor me había dormido, arrullado por el eco lejano de una manifestación o por la lluvia. Me incorporé. Levanté la rodilla derecha hasta la altura del tronco y con la palma extendida, y de modo simultáneo, toqué con el pulgar la punta de la nariz y la rótula con el meñique. El equilibrio era estable. Fui a abrir.

Tina, estampada de flores, ceñido y escotado vestido bajo las pieles de fulana, me extendía el zorro deshollado, un paraguas goteante y una excusa boba. Se había olvidado el disco. La generosa iniciativa de abandonar para siempre el yugo del sujetador era tan firme y combativa como la manifestación en la calle y la tormenta de la que Tina no dejaba de hablar para aligerar la pesadez del aire.

—¿Nunca abres?

—¿Para qué?

—¿Me enseñas tu habitación?

—¿Para qué?

—No sé...

No poco. ¿Y ese repentino deseo?

—Puede venir alguien, Tina.

—Tomás está no sé dónde en Francia. ¿Ginebra está en Francia? Se ve que alguien del banco está muy enfermo. —Ah, ¿sí?—. Del Escudo y Vilabrafim están en la manifestación esa que se oye. —Ah, ¿sí?—. Y Guillermo, si se entera, no dirá nada.

¡Ah, ¿sí?!

—¿Por qué?

Tina, muy segura de sí misma, ni me contestó, se limitó a alzar las cejas como diciendo «Adivina». No me sorprendía. Hasta encontré un acto piadoso el que Ballesta me hubiera dicho que nunca se la había tirado. Su única impaciencia, y seguía sin saber por qué, era que me rindiese otra vez a sus encantos. Mi boca, como al parecer la de Ballesta, también estaba cerrada con nuestro episodio «piscina-vestuario-hotel-no se lo digas a nadie».

—No —dije, y la solté.

—¿Que no qué?

—Que no vamos a hacer nada.

—Fernando, yo soy muy burra. No sé decir las cosas de otra manera.

—No me apetece. Es eso.

Ella se volvió a apretar contra mí. No me miraba. Sus manos cumplían con éxito misiones precisas a las que mi ardor juvenil respondía sin esfuerzo ni consulta al cerebro. Era como si Tina acabase de ver una película de lo que yo, una hora antes,

había imaginado que hacía con ella. Ese talento me admiraba. La empecé a arrastrar a mi habitación. Me daba igual que nos sorprendieran. ¿Qué imagina el Lector que hace una mujer de verdadero genio erótico en una situación como ésta? Hablo de una nueva Cleopatra cuando uno ya ha decidido que Roma se hunda en el Tíber, que los imperios no son nada.

—Espera, espera, Fernando, cariño. Mejor no. Este sitio no me gusta. Y es verdad, pueden venir. ¿Qué hace la gente después de las manifestaciones? ¿Tú lo sabes? Yo no.

Tendrían que haber visto mi cara. Esos meses, el Lector lo habrá percibido, me asaltaba una y otra vez la convicción de que mi aprendizaje estaba concluyendo, pobre idiota. Quizá por eso, después de un largo silencio, más delator que una genuflexión frente a ella y mil ruegos, llegué a pronunciar.

—Entonces nada.

—Vamos a un hotel.

—Que no.

—No digo a un picadero. Ya sé que no te gustan. —Alguien jugaba con la cremallera de mis pantalones—. Vamos a un hotel bueno. Y piensa que soy otra. Ya está. Y te voy a enseñar algo. Bueno, a lo mejor me lo enseñas tú a mí. Coge lápiz y papel. Un cuaderno y folios. Y una maleta, si tienes. Dentro de la maleta metes el lápiz, el cuaderno y los folios... y unos almohadones.

Los hoteles de tu propia ciudad generan nuevas perspectivas de lo cotidiano, visiones inéditas de azoteas y fachadas, originales escorzos de monumentos y edificios oficiales. El vapor se escapaba del baño, donde Tina se mantenía en silencio bajo el chorro de agua, hasta cegar la transparencia de las ventanas y mi pensamiento, también empañado después de haber visto cómo una Tina feliz decidía darse una ducha, sacaba un gorro de goma del abrigo y, desnuda, con ese cuerpo casi metálico, me dejaba ante el panorama sin tormenta con el fondo del sonido del agua, el lejano ulular de sirenas y la certeza de haber sido engañado otra vez.

Limpié la ventana con el puño a través de las listas de la cortina *air-soleil*. Ahí abajo, en el espacio peatonal flanqueado por dos carriles desiertos y árboles pelados y relucientes de lluvia, unos manifestantes con trencas azules volvían la vista atrás, pisaban charcos y se dirigían a la gran avenida retomada por un sol de media tarde, que parecía disolver la urgencia de las sirenas de policía y el simultáneo aullido de perros en balcones. De repente, el paisaje desapareció. Tina, una mano en la cadena, hacía virar las listas de la cortina, agachaba el ceño sin bajar esa mirada lasciva que gusta a todo el mundo. Lector, he decidido ahorrarme el cuadro erótico: sólo diré que Tina esa tarde fue efectivamente «la otra» que había prometido simular. Sabía ser otra de un modo que yo, lego en educación sentimental, pero lleno de soberbia, tomaba por una característica profesional, cuando sólo era una modulación que he visto

después en mujeres enamoradas, en mujeres gozadoras o frías, interesadas o egoístas, con tonos pasionales, patéticos o árticos. Fuego y abandono, tenacidad en demostrar hasta dónde pueden acompañarle a uno, hasta el lugar donde quieren llevarte. Supervivencia carnal. Tina se insultó, se redujo a la sumisión como aquella falsa Tina de Madrid siendo Tina la Falsa en persona, fingió un semidesmayo cuando empecé a dar síntomas de agotamiento. Se dilató el tiempo, el espacio se redujo a aquella cama y yo no podía pedir más.

Ella sí.

Después de encargar al servicio de habitaciones una cena de campeones para las diez, Tina saltó de la cama con una agilidad ignorante del castigo que el porvenir depara a las mujeres malas, a su promiscuidad. En la recepción del hotel habíamos fingido ser una pareja de recién casados. Tina había descrito una dicha inmensa al recepcionista con todo el descaro, mientras yo depositaba la mirada en la puntera de mis zapatos y rehuía a un solícito botones que pugnaba por hacerse con mi maleta. Esa maleta que, después de ser vaciada por Tina, yació toda la noche, abandonada y boquiabierta, sobre la moqueta azul.

Ya estaba otra vez en la cama con un lápiz, los folios, el cuaderno, su agenda y sus gafas. Tina dibujó unas flechas en el cuaderno. El mismo impulso que llevaba a desearle una enfermedad incurable que me inspirara cierto cariño frente a la obsesión, me empujaba también a presumirle un trazo torpe. Me equivocaba. Tina interrumpió su esquema para mirarme por encima de las gafas:

—Antes o después, Tomás acabará preguntándote algo...

—¿Sobre qué?

—Sobre mí, hombre. No disimules, que estás disimulando... —Y se puso a hacerme cosquillas, mientras yo trataba de permanecer confuso e inalterable a un tiempo—. Te preguntará si me has visto con alguien, que cómo era, que dónde estábamos...

—¿Y qué le contesto?

—No sé. Ya veremos. Ahora escucha...

Era suyo. Escuché:

—A lo mejor me sale un trabajo. En lo mío, en publicidad. —Para acompañar su discurso trazó una P mayúscula en el enigmático esquema—. Es una especie de prueba de esas que sólo se presentan una vez en la vida. Y yo agarro ese tren. Vaya si lo agarro...

Como me estaba imaginando por dónde iba a agarrar ese tren y ella dibujaba morosamente una locomotora de vapor en ese fútil encuentro de vaciedades gráficas, me aventuré a por el tesoro de mi perdición. Ella cerró las piernas sin inmutarse, pero detuvo el esbozo ferroviario a media columna de humo.

—Ahora no. Deja que te explique. Una multinacional de productos de limpieza



americanos, Clean & Sober, apostó hace unos años por los mercados español y portugués. Ahora se creen que con la democracia vamos a volvernos más guarros. Claro, miran a esos melenudos que corren por ahí, que son un montón, y piensan: «Chico, se acabó el negocio». Es broma. Dicen que no tienen éxito. Que sus vendedores no saben imponer un producto en el mercado. Y los vendedores les dicen a ellos que hay mercados y mercados y que aquí la gente no es tonta, sino conservadora en sus compras. Así que los americanos deciden que si la gente es tan lista que puede pasar sin sus jabones y detergentes, si el gobierno no da facilidades de inversión, si la crisis no se resuelve pronto, cierran las fábricas y las delegaciones, ellos se vuelven a América y los demás se van al paro. Así que la gente se ha acojonado y pretenden demostrar que con una buena campaña publicitaria pueden relanzar sus productos.

—Caray... —En serio me sorprendían esas intimidaciones mercantiles que hasta ahora me había negado mi pupila circulatoria y maestra amatoria; y, aún peor, era enternecido por el modo en que movía el puente de las gafas por su pequeña nariz hacia el amplio entrecejo, un cambio de personalidad natural, el balanceo de la cabeza a la derecha, a la izquierda, el lápiz perdiéndose entre los rizos.

—Te cuento. Estas empresas suelen lanzar el mismo producto a la vez con varias marcas. El material, jabón, detergente, champú, es idéntico, ya te digo. Las marcas se hacen la competencia unas a otras, pero la intención última es copar el mercado. ¿Quieres estarte quieto?

—Pues deja de dibujar flechas, trenes y paquetes de detergente, que te entretienes y tardas dos horas en contarme lo que me tienes que contar.

—En clase nos recomiendan que es imprescindible visualizar las ideas.

—Pero hay ideas e ideas, Tina... Que nos tiramos aquí una semana —argumenté, y en vez de suspirar ante la deliciosa expectativa, me empeñé en refrescar su memoria —: Se hacen la competencia ¿y?

—Pues que de momento han lanzado dos detergentes. Ulan y Bator. A mano o a máquina, biodegradables, etcétera, etcétera, etcétera. Son las mismas marcas que en Estados Unidos, Sudamérica, Europa, bla, bla, bla... Los nombres son limpios, memorables... Como lavar con ellos, vamos... Se nota que me he aprendido el *briefing* de memoria. —No me dio tiempo a preguntar, porque ella ya intuía que pronunciar una palabra era mero pretexto para acercar mi cabeza a la suya—. El *briefing* es un informe que la empresa da a la agencia de publicidad.

La Tina publicista quería ser tan eficaz y minuciosa como la otra, pero creo que me gustaba menos. Cuando alguien que conoces deja de utilizar el habla que emplea contigo para hacerlo en el de otra persona, otro ambiente u otro asunto que te es ajeno, y en esas circunstancias, antipático, suele rompernos los nervios. Esa persona nos parece falsa. Nos sentimos celosos injustamente. En realidad, esa persona quiere

hacer feliz a todo el mundo.

—... se han lanzado campañas con regalos para los niños, para que mareen a sus madres a la hora de comprar. Pero ¿qué pasa? Según los americanos, el rendimiento en el mercado es muy bajo, porque en este país está muy arraigada la costumbre de llamar al detergente, a los productos de limpieza en general, con el nombre de marcas, de *classic customs*.

«Ya te vale», pensé. Pero dije:

—¿Qué quieres decir? ¿Que los americanos van a quebrar porque mi madre le llame Tu-tú al detergente?

—Y la mía Lagarto. Sea el que sea. Ése es el problema. Los americanos se quejan de que la publicidad está siendo poco agresiva, poco creativa y que, desde luego, no concuerda con la importancia de la empresa. Que están haciendo el ridículo, vamos. Han despedido a la agencia de publicidad que tenían contratada y tienen la cuenta pendiente de concurso. Bueno, concurso, concurso... Más o menos. Reunieron a las principales agencias. De una puerta salió un americano de esos que llega, los mata y vuelve. El americano dio las coordenadas de la estrategia de campaña. Punto primero: hay que centrarse en la publicidad de los detergentes. El detergente es la locomotora —Tina encuadró la que ya tenía dibujada— del resto de los productos de limpieza y de aseo. En consecuencia, punto segundo: el departamento de marketing, que no el de investigación, ya está creando una marca nueva para competir con Ulan y Bator. Muy barata y de peor calidad, que debe ser inmensamente publicitada. Cuando tenga éxito, se sube el precio y supera el de Ulan y Bator. Entonces las amas de casa descubren que Ulan y Bator son mejores y más baratos. Punto tercero: para el nuevo detergente, por motivos de imagen, se hace indispensable una campaña de lanzamiento novedosa. Punto cuarto: campañas sucesivas de implantación, expansión y diversificación. Punto quinto... ¿Te canso?

Negué con la cabeza. El anochecer caía sobre la ciudad como un telón roto y no importaba.

—Punto quinto. El americano, y ahí dejó fuera de juego a todo el mundo, se empeña en que se hagan anuncios partidos. *Frenzy Spots*. En un informe le dijeron que en España aún no se había hecho ninguno. Muy bien. Así la novedad iba a ayudar. Hizo firmar un papel a los representantes de las agencias conforme al cual si cualquiera de ellos hacía uno de esos *Frenzy Spots* en los próximos seis meses para otra empresa, Clean & Sober iba a demandarlos. Que menos pasarse el día hablando de condiciones económicas, descuentos, riesgos e impagados y que más dedicarse a la creación de buenos anuncios. Porque los encargados de los departamentos de publicidad de las multinacionales solían comer juntos y, si alguna vez, por casualidad, que sería mucha, salía la palabra España en uno de esos almuerzos y él contaba lo que había visto, todos ellos se iban a quedar sin trabajo por enanos y por incompetentes.

¿Qué te parece el americano?

—Pues un hijo puta. Pero me imagino que me tiene que parecer algo más. Así que si no me explicas qué significa *Frenzy Spots*...

—Son anuncios en varios capítulos. «Anuncios Frenesí». En el primero, en el primer lanzamiento, no se sabe de qué se está hablando. Creas expectativas. Depende de tu habilidad, claro, de la idea que hayas tenido. En el segundo, anuncias el tipo de producto que estás anunciando, o insistes en el suspense aún más. En el tercero ya anuncias. Punto sexto, que el americano no ha terminado: una vez estudiadas todas las posibilidades, la empresa quiere que el anuncio del nuevo detergente sea al mismo tiempo un paso del blanco y negro al color. Como cada vez «en este pequeño país» hay más teles en color, pues eso... «Ésa es la idea», dijo el americano. Y se fue, que perdía el avión. Todos se quedaron con la boca abierta. Un profesor mío, que trabaja en una agencia de éstas y que estaba allí, nos ha planteado ese problema a algunos alumnos. Ha prometido interesarse por el futuro inmediato del que le parezca mejor.

—No sé para qué quieres trabajar...

—Con lo guapo que estás sin confianza y calladito... ¿Qué? ¿Me ayudas?

—¿A qué?

—A hacer un *brainstorming*.

Me excité aventurando las posibilidades del barbarismo, pero ella seguía hablando.

—*Brainstorming* significa «tormenta de cerebros». Es una reunión donde se dan ideas y se juega con ellas hasta que sale algo. Se hace con gente. Pero yo no tengo a nadie con quien hacer eso. Estoy sola. Por Dios, Fernando, tapa eso... Si me quisieras ayudar...

Sin esperar respuesta, abrió la agenda que tanto me mortificaba. Volvió páginas pautadas llenas de nombres y números. Y estaba sola, pobre... Llegó a una hoja con una columna de palabras escritas en una delicada caligrafía.

—Mira, te voy a leer una serie de palabras que, según mi profesor, son vitales en el mundo moderno. Tenemos que jugar con ellas hasta que demos con algo. Ese algo se trabaja y entonces ya le podemos decir a los americanos que qué pasa con ellos.

Tina empezó a leer las dichas palabras sin hacer caso de mi mano, que jugaba entre sus dedos. Olvidé su voz y las leí yo mismo: «Frívolo. Idealismo. Cualquier tiempo pasado fue mejor. Gusto. Agudeza. Singularidad. Clase que se adquiere. Lo que se gasta. Banalidad. Individuo. Juego. Derroche. Brummel. Inglaterra. Opinión. Vestido. Lo accesorio. La forma de gastar. Indiferencia. Oscar Wilde. Yo. Alcohol. Estética. Suicidio. Autobiografía. Desorden. Sexo».

Cuando Tina finalizó el recitado de sus palabras de oro, yo las había olvidado después de no ver sentido alguno a cualquier intento de relación. En mi reciente visita a Madrid había visto muchos malabarismos de estafadores intelectuales y me era

posible decir: «Sí, hombres y mujeres, ciudadanos, ahí tenéis a uno» en cuanto acechaban con sus boberías; de modo que estaba aprendiendo a mirar a otro lado sin tensión a la que olfateaba olor de perfume barato.

Una mano cogió la mía como si fuera una langosta viva para abandonarla después en una suave hondonada.

—¿Qué me cuentas?

—Yo qué sé. ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué tiene que ver todo eso con un detergente?

—Eso es la creatividad. Un juego. Hombre, todas las palabras no tendrán que ver. Pero a partir de esta lista podemos empezar a pensar. Si te parece, tachamos y pensamos. A eso se le llama *brainstorming*. A ver, por ejemplo, yo «Brummel», no sé qué significa. Además, hay una colonia que se llama así. «Alcohol», la tacho también. Y «derroche». ¡Sólo faltaría! Y «cualquier tiempo pasado fue mejor». Y «autobiografía»...

Ahora sólo la veía mover los labios, tachar, puntear el papel con el lápiz. ¿«Lo que eres me distrae de lo que dices»? Puede... Y la acariciaba de otra manera para que ella me apartase también de otra manera, mientras me sentía aún más confuso y un sentimiento reflejo, una defensa, iniciaba una corriente de preocupación. Recordaba que, pese a lo ridículo de mis historias de suburbio, ella me había regalado el disco sólo porque yo había insistido de modo infantil una mañana de locura en que era cuestión de vida o muerte el poder escuchar esa canción. Ésa era su manera de distribuir felicidad, ya lo he dicho, de ser radiante. Al fin y al cabo, y eso lo aprendí en esa cama, ese día, y a lo mejor es verdad, cada uno hace lo que puede.

Entonces me asaltó la idea que el Lector ya debe estar imaginando. Watusi, ¿por qué no? En honor a ella. Si ese peregrino concurso salía bien, a lo mejor la idea iba a ser un vínculo que nos uniría en el tiempo.

—¿Qué te parece «Watusi»?

Ella me lanzó una mirada de reproche por encima de sus gafas.

—Como nombre... No sé, se me ha ocurrido... —me defendí.

—A ti, hijo, de la parroquia no hay quien te saque. Un pelín pesado sí que eres, no me vayas a decir ahora que exagero.

—Es sonoro. «¡Lave con Watusi!».

—Los watusis, que yo sepa, son negros del África. Y feos. O eso decía la canción. Porque no sé si sabes que este mediodía he oído la canción unas cuantas veces... —Y suspiró para contrarrestar con su aliento el peso del mundo—: ¿Qué? ¿Tacho singularidad?

—Tacha, tacha...

—¿Y «banalidad»?

—No me dice nada, no.

—¡Ya lo tengo! —se incorporó en un espasmo. Uno de sus muslos se pegó al mío y casi me quema—: ¡«Singular»!

—¿«Singular»? ¿«Lave con Singular»? ¿«Compre Singular»??

Tina insistía en su absurdo.

—Quiero decir algo así como exclusivo. ¿«Exclusivo»??

—¿«Watusi, el exclusivo»? —entonces la recordé a ella en una piscina. Lave con «Superman». ¡Lavaman! A mano o a máquina. ¿No es eso lo que se dice?

—Mira, no te hago ni caso. Me conformo con que no molestes. Esto lo tengo que tener listo mañana.

—¿Te he contado que el Superman estaba en la piscina donde había claraboyas y se movían unas extranjeras? ¿Que me dije que una vez vería igual a la chica más guapa del mundo?

—Supongo que me lo has contado a mí y a media España —replicó, sin dejar de mirar sus garabatos, la que no era la chica más guapa del mundo, pero era mucho más de lo que yo hubiera podido imaginar de haber sido algo más cuerdo.

—No tanto, no tanto... ¿Qué pasó con Ballesta?

—¿A qué viene eso ahora?

—Me ha venido a la cabeza. La historia del Watusi sólo os la he contado a ti y a él, y como antes me has dado a entender...

—Bah, era mentira. Para meterte el miedo en el cuerpo. Y no será porque no me guste...

—No, si ya...

—¿«Excavadora», «Espléndido»??

—Es un coñac. A Ballesta le conté la historia del Watusi. Entonces él la transformó y se inventó un discurso que leyó Vilabrafim. —«Y le guardo rencor», estuve a punto de decir, pero ya no me importaba demasiado.

—¿Pero Vilabrafim no se había caído borracho en la comida?

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Me lo habrá contado Tomás... —musitó despacio, pensando en otra cosa.

Dejé de lado esa parte del asunto.

—Lo que quiero decir es que podemos hacer lo mismo que Ballesta con mi historia. Eso también es un *brainstorming*, ¿no? Y mi historia tiene argumento. Así de paso, me libro de eso de una vez...

—Hijo, cuando te pones de niñato subido les ganas a todos. Y para que el niño pierda el miedo vamos a un concurso por una cuenta de publicidad de esas que te ponen en tu casa, y cuando digo tu casa, digo un chalet de dos plantas en las afueras, con la idea de un detergente con un cuerpo flotando, un mafioso borracho, no sé qué de peleas, que no me creo yo que hubiera esas peleas hace años... ¿Cómo llamamos al detergente? ¿Matanza? ¿O cómo era aquello que decía la drogadicta? ¿El Templo

del Gato?

—Del Perro...

—Me estoy poniendo a tu altura, Fernando. Es muy peligroso entrar en el juego de otro, mucho... Si me quieres ayudar, busca un nombre.

—Lavaman. Superman, pero en detergente.

—Calla...

—No, no, escucha tú. Un tipo, un tipo normal. Con mujer y tres hijos. Hay un tipo en el barrio que es como la suciedad. El Sucio. Todo el mundo le tiene miedo. El tipo normal se convierte en Lavaman y echa al Sucio del barrio. Es como Superman, el de verdad, el de los tebeos, que tiene dos personalidades...

—Me dejo enredar. ¿No tendría que ser la mujer, el ama de casa...?

—No, ésa es la gracia. Las señoras que vean el anuncio tendrán sentido del humor para captar el chiste. La mujer, en secreto, está enamorada de Lavaman, que puede ser una especie de paquete de detergente con una cabeza. Un tío, así, cuadrado. El Sucio es un gamberro, un quinqui, con una cazadora de delincuente juvenil, de esas de béisbol. Eso, los americanos lo entenderán. El Sucio por donde pasa lo deja todo hecho una porquería. La mujer conoce a Lavaman y lo mete en casa sin que se entere el marido. Pero, claro, Lavaman es el marido. La mujer, cuando hace una lavadora, engaña al marido con Lavaman. Eso pone cachondo, no me digas que no. Y no creo que nadie pueda decir nada de que una mujer engañe a su marido con un paquete de detergente.

Tina ladeó la cabeza. Se lo crea el Lector o no, estaba anotando todo. Yo podía seguir improvisando hasta que el sol volviera a salir.

—El marido hace como que no se entera. Tampoco parece enterarse de que en casa todo está limpiísimo. O sea, que es el típico marido. Ella quiere a su marido, pero también quiere que vea la limpieza. Pero como él finge que no la ve, ella se enamora cada vez más de Lavaman. Esto no tiene que salir en el anuncio. Hablo para dar ideas...

—El *brainstorming*, el *brainstorming*... —y de pronto, después de meditar un instante sobre todo lo que había anotado, Tina levantó la cabeza y me miró—. Aunque todo eso me parece muy atrevido. Muy raro. Y nada sencillo. El mensaje tiene que ser claro, directo...

—Ya te digo que hablo por hablar. Y depende de cómo se haga. Mira, primer anuncio. Blanco y negro. ¿No quieren cambio? El Sucio va por la calle ensuciándolo todo. Es como un torbellino de suciedad. Y de maldad, para confundir. Vuelca el helado de un niño sobre su camisa. Le saca el bastón a una vieja y la vieja se cae en un charco. Entra en un bar y le tira un café por los pantalones a un señor. Un camarero se pega un trompazo con una bandeja y todo queda hecho un asco. El cocinero sale de su cocina con un delantal de esos que cortan la digestión...

—Calla, calla...

—Todos huyen del bar despavoridos. Una señora, que tiene que ser un ama de casa con una cara que se nos quede, una actriz conocida, no sé, lo digo para crear intriga, mira al espectador y dice la frase. Porque en estas cosas siempre hay una frase fuerte. Un eslogan. O un lema, como dice Ballesta. No sé... «¿Quién va a parar todo esto?». Es un poco cómo está la cosa ahora... La situación... Que nadie entiende nada. No, la mujer dice: «Yo sé cómo parar todo esto».

—La frase no me gusta. No es... publicitaria. No tiene gancho.

—Bueno... La señora dice: «No tenga miedo. Déjemelo a mí». —Entonces me acordé de la canción que afortunadamente ya no era mía—. «No le tenga miedo al Sucio, señora».

—¿Y por qué no le llamamos «Watusi» directamente?

—Sí, eso... —¿Y por qué no?—. Es verdad, ¿por qué no?

—La mujer dice: «Amiga, no le tenga miedo al Watusi».

—Ése es el final del primer anuncio. La gente se preguntará: «¿Qué es lo que pasa?». Porque nunca tiene que quedar claro que hablamos de suciedad. Es como si el Watusi fuera un terrorista, pero sólo es un gamberro. La gente hasta podrá preguntarse: «¿Tiene esto algo que ver con la situación?». La calle tiene que estar llena de gente pobre, como de cosa mala, de mala época...

Tina apuntaba frenética.

—¿Y el segundo?

—También en blanco y negro. La señora, que está claro que tiene que ser una actriz popular, entra en su casa. Los niños se cuelgan de las lámparas, el abuelo se caga encima, no sé, es una idea, el marido lee el periódico, mientras en la tele estallan bombas nucleares, lo peor. En la calle se escuchan sirenas de policía. El desorden. La mujer mira a la pantalla y se encoge de hombros como diciendo: «No me importa». Se va... Entonces el marido, que parecía que estaba idiotizado mirando el periódico, levanta la vista como para comprobar que su mujer se ha ido, mira la pantalla y dice: «Amigo, no le tenga miedo al Watusi».

—Me parece, Fernando... —Tina estaba excitada, pero no por mí, sino por mis palabras—:... que eso es una buena idea. Hay que echarle cara al asunto. Eso es lo que vale.

Estaba teniendo buenos maestros.

—Tercer anuncio. Una breve panorámica de la calle. Un caos. De las casas. Otro caos. De la casa de nuestros protagonistas. El Watusi haciendo de las suyas. Entonces una voz de esas fuertes que no se ve la cara del que está hablando dice: «No le tenga miedo al Watusi». Esto tiene que ser muy rápido. Vemos al señor levantarse del sillón, salir de su casa y luego de una cabina convertido en... Lavaman. El señor se enfrenta con el Watusi. Le da un mamporro. Y de pronto, la ciudad se ha vuelto

limpia. ¡Y el anuncio en color! Entonces vemos a la señora, que echa detergente Lavaman, a mano o a máquina, a su lavadora. Vuelve al comedor y todo está en orden, los niños riendo con el abuelo, la tele con imágenes de campos de fresas, el marido leyendo el periódico. La señora mira a cámara y se abraza al paquete de Lavaman. Suspira. El señor se encoge de hombros y sonríe. Una imagen del paquete y un rótulo: «No le tenga miedo al Watusi». Y la voz esa otra vez: «Lavaman. A mano o a máquina».

Tina se sacó las gafas y bizqueó en mi dirección.

—Fernando, ¿tú has pensado en dedicarte a esto?

Era la primera vez que alguien me decía una cosa así:

—No, ¿para qué? —Me estaba ruborizando—. Ya tengo trabajo. Además, si lo miras bien, no invento nada. La sociedad está ahí. —Tampoco me costaba un gran esfuerzo ponerme estupendo—. Es la historia del Watusi, más o menos. Mi madre aún piensa que me salvó la vida cuando me parece que se la salvé yo a ella. Y creo, aunque eso no tiene nada que ver con el anuncio, que el Watusi nos la salvó a los dos.

—¡Qué partido le sacas a las cosas! —Tina miró el reloj—. Falta una hora para que suban la cena.

Luego levantó los brazos en señal de bienvenida. Me subí encima, y ella me miraba traviesa, mientras se giraba con cuidado hasta el decúbito prono.

—Prueba, ya verás... —me dijo en un susurro—. Es que por allí me escuece.

Mentirosa sin parecerlo, con movimientos ondulantes, me ayudó a encajar para después de retirarse el pelo, mover levemente la grupa invitadora. Hasta que no me corrí y ella suspiró recibiendo, no caí en la cuenta de que esa postura le permitía seguir pensando sin disimulo, mientras yo me iba derritiendo sobre su espalda. Ni un quejido. Esperó a que saliese. Amagó una caricia, una promesa.

—Vamos a llamar para que suban la cena de una vez. Y luego seguimos trabajando. Esto está muy bien, pero hay que trabajar mucho. Estudiar las posibilidades. Elegir a los protagonistas. Cuanto más haga, mejor. Ya sabía yo que no me ibas a fallar. Si aceptasen la idea, te daré lo que te corresponda.

Alcé una ceja burlona.

—Dinero, quiero decir.

El Lector ya sabe qué pasó con el anuncio. A lo mejor más adelante le refresco la memoria porque le supongo escéptico y, por supuesto, no ve la relación entre su caso, la verdadera tarea, y esas menudencias de la *petite histoire* que, en apariencia, no tienen nada que ver con ella. Es posible que el Lector dude también de si percibí o no el dinero prometido. Ya hablaremos de eso más adelante. De momento diré, por si alguien ha llegado tarde, que me estaba fundiendo en aquella carne y deseaba volver a penetrarla una y otra vez porque era allí donde me olvidaba de su crueldad accidental, de ser capaz de haber inutilizado mi vida anterior del modo en que lo



había hecho.

Tina me estaba mirando con la boca abierta, en suspenso.

—Sigfrido.

—¿Qué?

—Sigfrido, el decorador... Si te pregunta, le dices a Tomás que me has visto con Sigfrido. Que quiero hacer reformas en el piso. Y no dices ninguna mentira. Quería darle una sorpresa, pero como es tan desconfiado me haré un poco la tonta. Y con Verónica. Con Vero. Esta tarde, íbamos en coche y vimos a una chica caminando por la calle. La llamé y te dije que te fueras a casa. Eso no es verdad, pero si se lo cuentas, podemos pasar la noche juntos. Y la cena ya está subiendo.

Iba a decir lo que fuese ante la promesa de tocar de nuevo esos acordes casanovianos. Cenamos y reímos. Aún se oyeron sirenas durante la noche. Recibí un torrente adulador para que ofreciese una rendición sin condiciones. La obtuvo.

A la mañana siguiente, Tina, mientras se vestía a toda prisa, iba pronunciando mi nombre hasta que logró sacarlo de un sueño ideal y reintegrar toda mi persona a una realidad en suspenso, a mi papel de amante celoso. Y espía. Le preguntaba si hoy iba a haber clase de conducción y deduje, ante el esplendor de su vestido, a sus gestos y vaivenes ante el espejo, que ella no se había cambiado el día anterior para mí. Todo, el vestido, el gorro de ducha, la generosa entrega, la adulación, formaba parte de un plan, y ella sabía desde el principio que esa mañana tendría que cambiarse de ropa para otro. Desde la ducha me decía que nada de clases esa mañana. Tenía que ir a buscar a Del Yelmo al aeropuerto.

—Espérame abajo. Tengo que hacer unas llamadas...

Me dejó con mi maleta en la parada de taxis de la esquina, mientras los taxistas se peleaban por llevarla. Cogí otro taxi y con voz decidida ordené al chófer que siguiera a su compañero.

—Nos va a reconocer... —me informó el del volante—. Es mi primo. Es un salido. Le estará preguntando de todo.

Le di una buena propina al taxista como si ésta pudiera comprar la voluntad y discreción de su primo, y avancé a una prudente distancia de mi amada y de las cabezas que se volvían a su paso. No llevábamos allí ni cinco minutos cuando un tropel de personas apareció en la puerta de «Llegadas». Ninguna era Del Yelmo. Tina besó los labios retraídos y cautos de un individuo cuyo aspecto no me era desconocido: muy alto y delgado, algo desgarbado en su traje muy caro, una barba rubia cubriendo lo que imaginaba un mentón hundido. Solicitando la mínima discreción, el hombre se apartaba de Tina, que parecía la persona más enamorada del mundo, más abandonada a su sentimiento. Entre espasmos de autocompasión reconocí la cara. Ese individuo había estado en la comida en que Vilabrafim se había despeñado de una silla. Por eso Tina sabía lo de Vilabrafim, no porque se lo hubiera

dicho don Tomás. Aunque igual se lo habían contado los dos. El hombre era publicista, cómo no, un seguro candidato a una relación. Y hasta recordaba, esos datos que se olvidan y vuelven como una basca de entre un recuerdo confuso y vergonzante, una descripción de Ballesta en la que lo presentaba como un individuo sin ideas, pero capaz de venderle un polo a un esquimal en las reuniones con los clientes. «Vender una perla que no tienes a alguien que no la quiere, eso es hacer negocios». Seguramente sería su agencia la encargada de hacer la publicidad de la campaña de la coalición en la que nos pretendíamos integrar.

Casi podía oír la voz de Tina después de un segundo beso, la cabeza levantada con arrobo hacia las alturas del publicista, musitando entre una sonrisa de absoluta entrega que se le había ocurrido una idea estupenda. Desde luego, tenía buenas ideas. Y yo, dos secretos.

La utilidad de mis dos secretos iba a ser muy poca tras la muerte de Pompeyo Llansá de Tramontana y de Ampurias, segundo marqués de Tramontana y presidente del Banco Ciudadano. No los vi disolverse en las notas necrológicas pagadas por el Círculo Ecuéstre, el Círculo de Amigos del Liceo, Industrias Cárnicas Muuu «tus compañeros del Consejo de Administración no te olvidan», Laboratorios Matraz «ídem», Fosfatos del Aaiún «ídem», Gadirsa, Chaletsa, Costa-Bravasa, Urbacatsa, Universidad de Barcelona «la Facultad de Derecho no te olvida», Maestranza de Zaragoza, Ayuntamiento de Barcelona, Club de Tiro Donostiarra, Automóvil Club, Dancing Club, Barcelona Fútbol Club, Familia Pérez Llansá, Banco de Negocios y, por supuesto, y a media página, Banco Comercial Ciudadano. Tampoco hubo indicio del nulo valor de mis secretos en los elogios a la tarea del fallecido en los periódicos más conservadores, ni en la voluntad de ignorar el deceso en los cónclaves progresistas. Mi fracaso como intrigante hay que buscarlo en las consecuencias hasta cierto punto divertidas, el efecto dominó, a que el óbito del presidente dio lugar, si se da un carácter balsámico al tiempo y la peor parte de uno mismo no nos instiga a pensar en lo que pudo haber sido.

Ballesta llamó una madrugada para decir que me fuera preparando a encarnar de nuevo el papel de chófer. Alegué que esa tarde se iba a celebrar el bautizo de mi nuevo hermano, argumento al que respondió con un «¡Y a mí qué me cuentas!» que me dejó algo tembloroso. A las nueve de la mañana fui a buscarle a la sede central del banco y esperé a que un Ballesta contenido en su dolor recibiera, diese, correspondiese, al pésame y a las inquietudes por el futuro de empleados y distinguidos accionistas que se unieron a nosotros para dar el último adiós al prohombre. «Una destacada personalidad en el ámbito cívico y financiero, de una discreción y diplomacia excepcionales. Afectuoso en el trato personal, delicioso en el *small talk*. Oculta siempre la compleja personalidad, pero sin malicia. Firme en sus convicciones, pero también en sus dudas. Acertado en los períodos difíciles y con un sexto sentido para delegar en el momento adecuado. La historia financiera de este país sabrá incluir a Pompeyo Llansá en la columna de *Haber* de una época que termina». Eso había escrito un famoso economista en su panegírico con el remoto afán, tal como informó Ballesta de camino al lugar del sepelio, de apuntalar su butaca en el Consejo de Administración del Banco Ciudadano, ahora que el hecho de haber ejercido cargos públicos durante el franquismo arcaico a lo mejor velaba cierta notoriedad mundana.

—Chico, la excusa es siempre la misma. Van a acabar gastando la coartada. Que si no hubieran mandado ellos, habrían puesto a mandar a otro peor. Se han sacrificado por nosotros y se han expuesto a esa falsa imagen de fascistas por el bien común. Me

muero de risa. Aún vamos a tener que darles las gracias por habernos evitado una segunda masacre.

—Sí, sí, muy bien visto... —dijo entusiasmado su acompañante en el asiento de atrás, un antiguo pescador de la Costa Brava de tez arábiga, que no entendía nada, pero intuía mucho.

—¿Cómo? ¿Está de acuerdo con la peregrina idea de que el señor Llansá no ha dejado ni un momento de prestar un servicio impagable a... al mundo entero? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Yo no estoy diciendo nada. ¿Cómo ha podido pensar que... pienso?

El entierro se iba a celebrar en Villa Considerable, un nombre que decía mucho de la complejidad íntima del banquero Llansá o de uno de sus antepasados. Villa Considerable, «mi *locus amoenus*, mi verdadera amante, mi única amante...», según palabras del difunto, se hallaba a unos veinte kilómetros de la ciudad, en las afueras de un pueblo donde también se ubican otras selectas mansiones, rodeada de una carretera comarcal, una verja de hierro, una fila de cipreses, otra hilera de olmos y un foso. En el trayecto, las consideraciones de Ballesta sobre la nueva máscara de políticos y financieros franquistas, y su malicia posterior, dieron lugar a un defensivo torrente de elogios a quien fuera por parte del hombre que nos acompañaba, un subdirector del banco, el antiguo pescador. Enseguida, el hombrecillo, que ostentaba altos cargos desde la época en la que el difunto era director general gracias a la potencia de su adulación, intentó sonsacar a Ballesta, mediante ambiguo lamento, los previsibles cambios en el organigrama. Éste, rebosante de placer sádico en el puesto de influencia que el pelota le asignaba, dejó caer que el *statu quo* que había mantenido en sus cargos al insufrible marqués y a alguno de sus protegidos iba a ser replanteado con severidad. El subdirector no entendió, pero intuyó mucho, y durante el resto del camino estuvo volviendo la cabeza en cuanto un automóvil de lujo nos adelantaba, por ver si descubría entre los asistentes al entierro a su boya de salvación o a su verdugo. Ballesta, que no estaba tan sereno ante los acontecimientos como quería dar a entender, se dedicó a contemplar el anodino paisaje de márgenes, zarzas, lagartos y perros, alcores, viñedos, masías abandonadas y subarriendos.

La cancela de entrada a Villa Considerable era un tumulto desordenado de plañideros, y eso fue cuanto el subdirector, a quien restaba una semana en el cargo, y yo pudimos presenciar de la ceremonia. A veces, los sobrinos y herederos del marqués de Tramontana se asomaban a la entrada de la finca escandalizados de que una simple muerte provocara tal revolución. Eran unos cincuentones pálidos y asexuados de anacrónica indumentaria y dudosa higiene a quienes era fácil imaginar ocultos del pecado y del progreso en algún lugar decadente y mezquino. Según los rumores, los sobrinos dieron orden a la servidumbre para que el jardín recién heredado y el cementerio familiar no fueran dañados por la plebe. Según esos mismos

rumores que iban y venían con aire de alarma, era muy original el criterio de selección de los accidentales anfitriones, un mayordomo octogenario, una tata centenaria y un jardinero que llegó a ser retratado por Goya: muchos de los que se habían desplazado hasta allí aseguraban no estar dispuestos a pagar entrada por asistir a las honras fúnebres, ni a tentar la posibilidad de que el servicio azuzara contra ellos una jauría de mastines. A esa algarabía era preciso añadir una manifestación del Sindicato de Payeses que, enfurecidos, solicitaban desde el otro lado de la carretera la desamortización de unas hectáreas y el amor libre.

Como buen chófer esperé a que el acto finalizara sentado en el morro de mi coche junto a colegas mejor informados que yo del Quién es quién bancario. En la lejanía, tras un declive del césped y junto a los olmos más grandes que haya visto nunca, vislumbré la evidencia de que en las mañanas soleadas brillan los arcángeles de mármol, el lustroso nogal del ataúd y el acero y el oro de los relojes; la luz y el suave balanceo de la vegetación fuerzan la dignidad del difunto por más que los merodeadores de la tumba sigan con su vanidad y su atrapar vientos. Frente a mí, en la carretera, un cordón policial rodeó a los campesinos. A mi lado, se iba conteniendo la protesta de aquellos a quienes se había negado el paso, unidos ahora a un grupo ingenuo que daba por buena la información sobre el pago de entrada y, entre mohines ridículos, pedía dinero a los chóferes, a la guardia civil o a los campesinos. Los postulantes eran todos figuras insignes del mundo financiero, pero sólo usaban el bolsillo para aliviar los tormentos del escroto.

Algunos señores con barba gris y polo de cuello alto paseaban junto a la cuneta, cabizbajos y con las manos en la espalda, el aire común de estar tramando algo importante que sin duda acabará mal. De tanto en tanto reprendían el porrazo de la Guardia Civil a un campesino. Alzaron la cabeza al unísono, dieron media vuelta y se felicitaron en cuanto llegó un Mercedes «tan bonito como el nuestro», por usar la jerga de Villa Considerable, y del automóvil se apeó un señor pequeño que daba consejos sin parar a un corro faldero que le perseguía y jaleaba cada una de sus intrincadas frases. El señor pequeño parecía un autómatas con la velocidad exagerada por algún error mecánico. Esa aceleración gestual se hacía evidente en el rostro, minado por la excesiva diligencia de los músculos faciales. Un chófer, en tono más compasivo que satírico, dio con el parecido cierto de aquel rostro y un balón de reglamento desinflado. El señor bajito se vio en la necesidad de hablarle al mayordomo octogenario. Cerró los ojos un instante, los párpados contritos por el peso de sus obligaciones trascendentes, de sus visiones, para abrirlos enseguida con una mirada partícipe de una voluntad retórica con suficiente confianza en sí misma para rendir a lo que se pusiera por delante, fuera cual fuese su rango, daba lo mismo un alto dignatario que una pared que el mayordomo:

—Yo, creerme que hay que pagar, no me lo he creído nunca, amigo criado. Debo

insistirle, no obstante, no obstante, que Cataluña no puede permitir un trato semejante en tan dolorosas circunstancias, circunstancias difíciles para todos, como ya anuncié en su día, hoy. Y sepa usted, le insisto, insisto en este punto porque me parece de importancia para Cataluña, que a Cataluña le insulta el trato despectivo, secular, milenario, cósmico, infinito, que usted inflige a Cataluña. Dígale a quien corresponda, que Cataluña se distingue no sólo por su sensatez, sino también por su empuje, su rabia, su coraje. Cataluña. Y dígale también que si Cataluña ha venido aquí hoy ha sido por respeto y porque yo dirijo y no dirijo Banca Catalana y Cataluña. En la sombra y al sol, pero ante todo en la sombra, eso es verdad, hasta que los catalanes digan «Cataluña, Cataluña». Con astucia, Cataluña. Pero con buen juicio, Cataluña. Por eso ha venido, Cataluña, aquí, no por amistad ni por compartir las ideas de ese hombre, que pese a haber nacido en Cataluña, y vivir en Cataluña con los beneficios del dinero de Cataluña, no amaba a Cataluña. ¿Me ha entendido?

El mayordomo huía hacia la mansión, una ruina modernista, aullando «¡Cataluña, Cataluña...!». Los mastines se revolcaban en el césped y ladraban «Cataluña, Cataluña...». Libre la entrada, la comitiva del señor pequeño y persuasivo se fue aproximando al cementerio a buen paso bajo la sombra de los olmos y de la nube fonética «Cataluña, Cataluña, Cataluña...», y al cabo de un solo segundo reapareció entre los rieles del punto de fuga, el volumen de la conversación en aumento, «Cataluña, Cataluña, Cataluña». La comitiva subió al Mercedes y cuando estaba a punto de arrancar, el señor bajito creyó necesario decirles a los guardias civiles «Cataluña, Cataluña, Cataluña...». Adiós, polvo de la cuneta. Enseguida salió el resto de asistentes, que se cruzaban miradas de reojo, estrechaban sus manos, fingían no sorprenderse de nada, decidían quién era aún individuo, quién era ya peligro, quién mero estorbo. Por último, empecé a ver caras conocidas.

Jaime de Vilabrafim empujaba sin ningún pudor y hasta con entusiasmo la silla de ruedas de Carlos del Escudo y de la Lanza, su compañero en el gobierno de nuestro partido. Los dos políticos, en esos días de frenesí cívico y voluntad democrática, habían coincidido en abandonar las preposiciones de sus apellidos. Por ello, sus historiados nombres habían quedado reducidos a unos escuetos Jaime Vilabrafim y Carlos Escudo. Este último quiso ir un paso más allá en su poda patronímica y que el futuro electorado le conociera tan sólo por Carlos. Le convenció de lo contrario el argumento de que un peligroso terrorista, amén de poner bombas y comer fetos con aliño de pimienta, insistía en llamarse del mismo modo.

—¿Y Carles? —preguntaba—: Carles es moderno y catalán.

—Ya veremos, ya veremos... —le respondían.

Contra mis bien fundadas sospechas, la relación de la pareja Escudo-Vilabrafim, no sólo con la maleable y sobornable opinión pública, sino también con sus rivales políticos, era más que buena: los últimos pensaban que eran inofensivos, y la primera

sentía una mezcla de lástima y admiración por el pundonor con que aquellos hombres enfermos se enfrentaban al futuro. El desmayo ético de Vilabrafim en Madrid se había convertido en un amago de infarto y, por fin, una leyenda de tortura y heroísmo en sótanos húmedos envolvía con un aura la invalidez de Carlos Escudo. La actividad de los aliados era frenética. Los periódicos les retrataron junto a otros importantes políticos en la Fiesta de la Cebolla, un rito prohibido durante cuarenta años de dictadura. La Fiesta de la Cebolla, cuyo origen se remonta al origen de los tiempos y fue adoptado por la Iglesia católica en una de sus audaces operaciones de sincretismo, marca el inicio de la Cuaresma. En la localidad tarraconense de Ceporrns, un mozo (el demonio) con una cebolla en la mano (el Mal) persigue a una moza (la Virgen). Cuando el demonio ha capturado a la Virgen y se revuelca con ella sobre el heno, el resto de mozos y mozas les rodean, y si no se entretienen en proferir berridos atávicos en torno al revolcón pastoril, lanzan hortalizas, o intervienen en la desigual disputa. Por fin, entre todos, hacen comerse al demonio o «Eixit» (salido, caliente) su cebolla y alguna piedra. Todas las fuerzas políticas asistentes al acto coincidieron en que era necesario no coartar esas manifestaciones que tanto goce proporcionan al pueblo. Eso era sin duda la democracia: un correr tras las mozas y un engullir cebollas. Vilabrafim y Escudo también se encadenaron en una plaza céntrica con Los amigos colombófilos y otras fuerzas sociales en auge para que las palomas que adornan la ciudad, y cuyo excedente es sacrificado cada cierto tiempo en aras de evitar la superpoblación, el contagio de enfermedades y la fealdad urbana, fueran liberadas de ese trato inhumano. «Si son palomas el trato no puede ser inhumano, ni humano, ni casi nada», argumentó el inevitable burócrata. Un símbolo de la paz no podía ser pulverizado en los nuevos tiempos de ninguna de las maneras, se dijo. Y se repitió: «¡Libertad para las palomas! ¡Asesinos, no!». Fue suficiente. El Ayuntamiento cedió y ese año del setenta y siete la población de palomas se fue multiplicando hasta que las más viejas de entre ellas decidieron autoinmolarse en la boca de una cloaca que desemboca en el azulado mar Mediterráneo. Vilabrafim y Escudo firmaron adhesiones, se manifestaron con asociaciones de vecinos, solicitaron libertad, amnistía y el estatuto de autonomía, besaron manos de obispos, visitaron barrios obreros, dieron la razón a huelguistas y acercaron posiciones con la patronal. Me ordenaban enviar recortes de prensa a todos aquellos que iban a intervenir en la coalición que no acababan de decidirse, y en público y en privado se declararon optimistas, catalanistas, un poco de centro-izquierda y explicaron que las decisiones importantes, los cambios profundos, la innovación, llegarían en cuanto se hubiesen legalizado las nuevas instituciones y ellos contribuyeran a su funcionamiento con un bagaje democrático de años. Ahora, en el entierro, saludaban a los prebostes financieros, con quienes intercambiaban chistes privados del bachillerato. Parecían felices.

El que no parecía tan feliz era don Tomás del Yelmo, quien no había creído

pertinente suprimir ninguna preposición en sus apellidos, ni colocarse ante el objetivo de ninguna cámara. Había visitado en secreto al difunto en la clínica suiza para luego desaparecer entre los brazos de su amante. La muerte y el traslado de los restos lo habían cogido desprevenido y había llegado al entierro en el descapotable de Tina después de haber arrancado cualquier adhesivo que le vinculara con el país suizo o sus estaciones de esquí. Aún se notaban las marcas circulares en el parabrisas. En cuanto traspasó el umbral de Villa Considerable, una cohorte de aduladores empezó a deshacerse en elogios de su persona. Algunos hasta le dieron la enhorabuena. Él respondía con ausencia ultraterrena, mientras dirigía la mirada en todas direcciones para dar órdenes, recados y avisos a la persona indicada. Ya ni me chocaba que fingiera no conocer a Vilabrafim y a Escudo, o que una excesiva familiaridad en el trato le permitiera ignorarlos, ni que tampoco fijara su atención en Ballesta, muy entretenido y gesticulador a pie de olmo con dos individuos gris marengo cuyos rostros poco se diferenciaban del párroco que había oficiado el sepelio y ahora también reivindicaba no se sabe qué al administrador de don Pompeyo elevando un porrón imaginario y frotándose el estómago. Don Tomás parecía buscar con la mirada a esos empleados del banco cuyo conocimiento me había sido negado por las circunstancias. Subdirectores, adjuntos, jefes de sección, asesores, acólitos financieros, hombres bancarios, en suma, que formaban un aspecto más de la poliédrica existencia de nuestro director general. Y es hora de que me refiera por última vez a don Tomás del Yelmo como director general. Porque ya empezaba a ir de boca en boca, de pasmo en pasmo y de suficiencia en suficiencia, que al referirnos a Del Yelmo estábamos hablando del nuevo presidente del Banco Ciudadano. Sin embargo, pese al inminente nombramiento, en aquella expresión faltaba alegría. Ni las anécdotas que he ido fijando en este Informe ni los sucesos que han de sobrevenir permiten que pueda pasar por un muchacho intuitivo, pero algo me decía que era mi obligación estar avisado de cualquier movimiento por leve que fuera, ya que podía tener consecuencias imprevisibles. De pronto, la mirada de don Tomás se posó en la mía, me mostró las llaves de su coche y, tras mover la cola y mostrar la lengua, fui a buscarlas y dejé el vehículo en la carretera dispuesto para una salida inmediata. Cuando le abrí la puerta y me incliné en una reverencia, susurró:

—¿Qué me tienes que contar?

—Nada anormal, salvo la semana pasada... —preparé el suspense con un silencio y recité lo que Tina me había ordenado decir—: Una tarde se fue con una tal Vero, de Verónica, y otra con un hombre.

—¿Qué hombre?

—Se llama Sigfrido y lleva pajarita. Me parece que es decorador de interiores. El rostro de don Tomás se mantenía impávido.

—Dile a Ballesta que el lunes me voy a Madrid. Que ya lo llamaré.



Eso fue todo. No recibí una muestra de agradecimiento por mis mentiras y fingí desolación antes de fingir estupidez y contestar a una nueva llamada. Esta vez era Ballesta, agitando otras llaves:

—Prepara el coche.

Y preparé el coche, y en el asiento de atrás se acomodaron Ballesta y los dos individuos con lejano aspecto de enterradores. Aquellos señores, sólo entrar en el vehículo, lanzaron suspiros de satisfacción. Quizá los días de duelo exaltaban su ánimo. Ambos declinaron al unísono una invitación de Ballesta para almorzar. El primero, será nombrado «Hotel», tenía una reunión en su hotel. El segundo, al que por supuesto acompañaríamos al aeropuerto, será apodado «Puente Aéreo».

Hotel: Bueno, Ballesta, amigo. No hay nada como poder decir «Calla y que tus obras confirmen tu misión». El Partido Liberal Ciudadano es una obra sólida. No puedo sino felicitarme de que hayamos depositado nuestra confianza en gente como vosotros. Ahora sólo hay que esperar noticias. Las mejores. Y no dejarse dominar por la incertidumbre. Tantos muertos, tantas huelgas... Pero nosotros a lo nuestro, ¿no es verdad?

Ballesta, entre «Hotel» y «Puente Aéreo», se mantenía en silencio. La pose de Ballesta, su actitud, era muy extraña. Más que estar encajonado entre dos alfeñiques, parecía sucumbir a la fuerza de dos titanes, así era la presión invisible que de pronto aquellos enviados de las altas instancias parecían ejercer sobre su figura.

Hotel: Y es ese caminar en línea recta, con el ánimo seguro, alerta, pero valiente, lo que también aconseja prudencia. Supongo, Guillermo, que la política, la acción política democrática, invita a extremar la prudencia. Y que la generosidad debe ser recompensada. A la hora de dar limosnas, nuestra mano izquierda no debe saber lo que hace la derecha... hasta cierto punto. O no debe saberlo nunca.

Ballesta: ¿En qué quedamos?

Hotel: En que no debe saberlo nunca... hasta cierto punto.

Ballesta: ¿Estáis intentando hacer un trato?

Hotel: Los tratos ya están hechos, Ballesta. Tenemos un pacto, hemos tendido puentes. Y tú parece que has sido nuestro interlocutor. Muy bien, muy bien... Hasta ahí está todo muy claro... (Y señalándome con el mentón). ¿El muchacho es de confianza?

Ballesta: Según para qué.

Hotel: No seas humorista, Guillermo, no seas humorista.

Después de comprobar mi grado de confianza, Hotel elogió la actividad vitivinícola catalana y rió, humorista él también, al recordar el refrán «Los catalanes, de las piedras hacen panes». (Suspiro). Confesó que el mar era su gran pasión y que en cuanto sus once hijos estuvieran bien colocados iba a retirarse a una villa de la costa para reconciliarse diariamente con Dios, fija la vista en la intersección del mar y

el cielo, él orando. (Suspiro). Admiró la industria cementera. Alabó la Sagrada Familia. Glosó la figura de Antonio Gaudí y enalteció su devoción de buen católico, su misticismo aplicado. Calificó al arquitecto de santo laico. Y de beato en ciernes, si por él dependiera, al urbanista que hizo un trazado tan racional de calles y avenidas. (Suspiro largo). Añadió que una ciudad se hace con el esfuerzo y el amor de sus gentes en épocas determinadas. La que ahora preparábamos entre todos los españoles estaba destinada a ser una de ellas. No tenía la menor duda. Lo local, añadió, es la llave de lo universal. Y la personalidad característica de un pueblo es la llave del arte. (Suspiro y pregunta retórica).

Hotel: ¿Sabes, Guillermo, que soy, vamos, somos mi mujer y yo unos entusiastas del arte?

Ballesta (apesadumbrado): Ni idea.

Hotel: Marichila se pirra por los cálices. Aunque ahora la colección pasa por mal momento. Por un momento de incertidumbre, como todo. (Una risa, un suspiro). Los curas de pueblo. Igual quieren dejar la sotana, pero se agarran a los objetos de valor como nunca. Será para hacer regalos a las mozas. Es aquí, sí...

Hotel se despidió diciendo que muy pronto volverían a tener el placer de encontrarse. O se hablarían por teléfono, en cuanto la necesidad de elaborar listas para el senado y el parlamento hicieran pertinentes consultas y reuniones. Hotel desapareció tras una puerta giratoria.

Ballesta (a mí): Arranca. Al aeropuerto. (Y a Puente Aéreo): ¿Estás seguro de que no quieres que almorcemos?

Puente Aéreo: No, Guillermo, muchas gracias.

Silencio en el interior del Mercedes. A falta de diálogo que oír, comprobé el carisma que Hotel veía a mi ciudad en un tímido intento de mirarla con otros ojos. Entonces, es cierto, Lector, vi una W en la pared. Aunque antes, en un semáforo, un hombre mayor, la espalda hundida y en la mano una cartera escolar cubierta por un plástico, cruzó ante el automóvil con paso de tortuga. Niños salían de los colegios. Una ambulancia en una puerta. Ballesta volvía a sus asuntos:

Ballesta: Yo estoy oliendo una negociación, al menos una lista de condiciones. Pero, la verdad, si no me echáis una mano, no sé cómo vamos a empezar. A lo mejor no es cierto que os parezca un interlocutor válido. En ese caso...

Puente Aéreo: No es eso. Absolutamente, no. Sólo es necesario que confirmes o niegues alguna de nuestras apreciaciones.

Ballesta: Pues empieza.

Puente Aéreo (señalándome con el dedo): ¿De verdad es de fiar?

Ballesta: Sí. Empieza, por favor.

Puente Aéreo: Empiezo. Por un lado, la figura de Carlos del Escudo está demasiado vinculada en lo afectivo y lo no tan afectivo al que, salvo desmentido de

última hora, será nuevo presidente del Banco Ciudadano. ¿Me equivoco? Y también le unen lazos familiares con Enrique y Álvaro de la Lanza, que son sus primos, y consejeros del Banco de Negocios. ¿Me equivoco?

Ballesta no dijo ni que sí ni que no, pero el feroz brillo que de tanto en tanto restallaba en sus ojos hizo acto de presencia.

Puente Aéreo: Veo que no me equivoco. Que no nos equivocamos. Que nuestras indagaciones han resultado acertadas. Una formación política, sea del signo que sea, no puede tener lazos tan fuertes con la oligarquía financiera. Con los de siempre.

Ballesta: Pero tú sabes que el Banco Ciudadano no es oligarquía ni es nada. La presidencia es casi un cargo honorífico. A don Tomás le han dado poco menos que la jubilación. Y en cuanto a lo del Banco de Negocios, la familia de don Carlos... (Y tras una pausa, una mirada a través del cristal, una mujer arrastrando una bolsa de la compra, un fulano pidiendo en una boca del metro). ¡Venga, hombre, menos coña! No sé ni por qué hablo... Ésa es la excusa más peregrina que he oído nunca. Vosotros, quiero decir, alguno de los partidos en nuestra órbita, en la órbita de todos nosotros, también tiene vínculos con la Banca. Ahí tienes a gente en Banesto, en el Exterior, en el Hispano, en las empresas participadas. ¡Joder! ¿Te hago una lista? Si lo que estás tratando de insinuar es que nuestras vinculaciones son sospechosas, que hay algo que os escama, se habla. Uno se ofende, pero se habla. Pero dudo de que hayáis recibido un apoyo tan seguro de muchos de éstos, que hablan poco, no dicen nada y gestionan como yo me sé. Además, nosotros estamos aquí, no sólo como una teta a la que ordeñar, os vamos a defender de la gente de esta bella ciudad. Tú no sabes cómo son. El problema catalán. Esto puede alcanzar el punto de ebullición en cualquier momento. Y ya me dirás tú quién dialoga con ellos. Ya has visto a Pujol en el entierro. Al dejar el banco, dejó también un boquete en las cuentas como la fosa de las Marianas. No creo que llegue a nada, pero sin duda tiene un tirón coyuntural. La gente le quiere. Y sus primos, los socialistas, que son todos primos. Y los comunistas. La futura clase política, si se llega a formar, es de esta ciudad. Son una casta. Si no sale uno, saldrá otro. (Y levantando la voz): ¡Y vosotros hablándonos de parentela! ¡A nosotros! ¡A los de primera línea de fuego!

Puente Aéreo: Te defiendes bien, como un jabato. Con tu vocabulario moderno, pero como un jabato. A todos nos gusta tu competencia. Pero tú sabes muy bien que hay relaciones y relaciones. Que no es lo mismo. Sobre todo, porque eso sería lo de menos si no fuera por la posibilidad de escándalo. La verdadera posibilidad de escándalo, ya me entiendes.

Se hizo un silencio agrio, espinoso. Me fijé en un anuncio de vaqueros. Tina y su anuncio. La poderosa Tina. Pensé en las horas de los tiburones, en los regalos, en el derroche económico y sexual, en las reputaciones, en las indiscreciones. Intenté calibrar sus fronteras. Pensé en lo que me había sido dicho, en el misterioso Sagunto,

en los negocios turbios. En esos meses había oído de todo sobre todos. ¿Tanta importancia tenía? Una señora aguantaba a una niña que orinaba en el hueco de un árbol. Vi otra W. Unos tipos con melena se apoyaban en una esquina y miraban en todas direcciones. La ciudad era sucia. Definitivamente, Hotel era de esos hombres que inventan teorías fútiles y pintan hermosos paisajes, cualquier cosa con tal de no ir al fondo del asunto o de tensar la paciencia del contrario. Ahora, Puente Aéreo estaba rematando la faena.

Ballesta: Estoy pensando todo lo que puedo y no sé a qué te refieres.

Puente Aéreo: Me alegro de que no lo sepas, aunque debieras. Según mis informes tú también tienes un pasado. Y la gente con pasado piensa mucho en el pasado de los demás.

Ballesta: Es verdad. A lo mejor tengo un pasado. Y a lo mejor pienso mucho en el pasado de los demás. Y, por lo tanto, también tengo informes. Muchos.

Puente Aéreo: Vamos, vamos, Guillermo, no te alteres. Empezar a descalificarse, a amenazarse, sería volver a empezar el juego. Todos trabajamos con la fuerza que Nuestro Señor nos ha concedido para que nuestros superiores no se inquieten o no se enteren de ciertos detalles. Por lo menos, hasta que los efectos de algunas acciones sean agua pasada. Ellos quieren saber el resultado de la batalla, no que se la expliquemos. Ése es nuestro trabajo, Guillermo. Y sé que es un trabajo duro y que lo haces muy bien. Por eso te admiro. Dicho esto, queda claro que todos tenemos informes y que un alboroto, una lucha fratricida, déjamelos decir así, porque lo pienso de corazón, no haría sino levantar polvareda. Y perjudicar a todos. Cualquier tonto puede quemar un pajar, Ballesta. Supongo que ya lo sabes, pero si no te lo voy a aclarar yo, porque ésa va a ser la imagen, si no pública, sí, cómo te diría, correcta, correcta es la palabra, entre la gente de prestigio y poder de decisión. Por un lado, la situación del Banco Ciudadano queda a partir de ahora como sigue. Don Tomás del Yelmo pasa a figurón, tú lo has dicho antes que yo. El nuevo director general, muy amigo, por cierto, y cuyo nombre también te sonará en cuanto se haga público, es alguien muy vinculado a la clase bancaria y a la sociedad tradicional de esta ciudad, que por fin va a establecerse en un punto, el Banco Ciudadano, que hasta ahora le había sido vedado y cuya situación, en todos los aspectos, no estaba nada clara. El nuevo director general, como es obvio, traerá, de acuerdo con el Banco de Grandes Negocios, al que más le vale no abrir la boca hasta que las aguas estén tranquilas, a su gente de confianza, y todos juntos, como un solo hombre, juzgarán la gestión de los antiguos responsables asiento por asiento y balance por balance para salvar como puedan la situación de la entidad. Desgraciadamente para los que se dedican a eso, en banca no se puede empezar desde cero. Pero nosotros, aquí mismo, sí podemos. Y ésa es la segunda cuestión. Empecémosla desde el principio, pues. En este juego tenemos, por decirlo así, demasiados ceros a la izquierda y por ello hay gente que

quiere que nuestro hombre aquí, en esta ciudad, sea, tal como vosotros habíais propuesto, por otra parte, Jaime de Vilabrafim.

Ballesta: Hablas mucho, todo lo que dices tiene mucho contenido y es difícil seguirte. ¿Estoy entendiendo que vais a coger a Vilabrafim, a captarlo, porque eso es lo que hacéis, y los demás nos vamos a la mierda? ¿Que la reunión que ése (se refería a Hotel) tenía ahora mismo era con Vilabrafim? ¿El mismo del que yo me ocupé en Madrid cuando se desmayó de la borrachera que llevaba encima?

Puente Aéreo (chasquido de lengua por la supuesta impertinencia): Fue un infarto, Guillermo, no hagas caso de las malas lenguas.

Ballesta: Pero ¿no te estoy diciendo que fui yo mismo el que...?

Puente Aéreo (zanjando el asunto): Quieren que sea Vilabrafim. Sus maneras gustan. Su reputación gusta. Sus amistades gustan. Sus discursos gustan. Su pasado, el reciente y el remoto, gusta, Guillermo. Es alguien con, como se dice ahora, imagen. Alguien con el que se puede contar.

Ballesta: Estoy soñando. ¿Vilabrafim? ¿Solo? ¿Si hasta sus discursos se los escribo yo? Menos el de las palomas, claro, menos casi siempre que mete la pata.

Puente Aéreo (riendo): Eso es lo de menos, Guillermo. No seas presumido. Si no escribes tú los discursos, se los escribirá otro. O él mismo. Es un hombre cultísimo.

Miré por el retrovisor y vi a Ballesta como no lo había visto nunca. En verdad me sentí como un niño que observa cómo un desconocido maltrata a su padre. Miraba a su oponente, que se esforzaba en no mirarle. La cara de Ballesta pedía clemencia, una frase, una corriente de aire. «Que corra el aire». Estaba asustado del mismo modo en que antes de conocerle yo sabía y sentía que se asustaban las personas.

Puente Aéreo: ¿Este olor es de alguna ganadería?

El tradicional hedor que le asaltaba a uno cuando se acercaba al aeropuerto invadía el olfato como un símbolo.

Ballesta (hundido): Es una fábrica... Textil... Tergal...

Puente Aéreo miró a Ballesta, y como si percibiera su melancolía, le palmeó una rodilla y fingió que se acababa el suplicio:

Puente Aéreo: Pero tú no has de preocuparte, hombre. (Y un gesto de prestidigitador, y una risa). ¡No me has entendido! ¡No me he explicado bien! No, hombre, no. Para ti tenemos planes. Si tú quieres venirte con nosotros, claro está. Acaba con este trabajo. Salva a tu patrón, sea el que sea. Salva tu alma, Guillermo, y el futuro es tuyo. Ábrete una puerta, chico. Una puerta grande con un pasillo muy largo. Sin esos agobios y esa comezón que seguro que estás pasando. Borrón y cuenta nueva. Te lo leo en los ojos, tienes ganas de salvarte. Y tú, que eres un hombre muy inteligente, Guillermo, sabes que cuando están cambiando los tiempos, la salvación cuesta muy cara y se ha de renacer libre del pecado original. Que se preocupen los demás, que se lancen dossiers... ¡Hala! «Tú eres esto, yo soy lo otro, tú eres impuro y

yo no». Sólo hay un poder, Guillermo. Y tiene tantas caras como tú quieras verle. A la figura «Vilabrafim», entre comillas, le vamos a dar la absolución sin tener que pasar por el confesonario. Si se lavan los trapos sucios en casa, él se salvará. Y lo que él representa. El sábado que viene un rotativo empezará a publicar una serie: «Cien españoles para la democracia». Ahí estará Vilabrafim. Una rampa de despegue. Nuestro hombre en esta ciudad. Entre muchos. Que conste, entre muchos. Pero, por favor, nada de escándalos...

El aeropuerto ya se divisaba.

Ballesta: Mi salvación... ¿Es algo firme, o un truco del momento?

Puente Aéreo: Claro que es firme. De hecho, el Partido Liberal Ciudadano se une a la coalición electoral. Y de ahí surgirá un partido. Y en ese partido, bueno, Guillermo... ¿Qué te voy a contar? Eso es en lo que llevamos trabajando desde hace tanto tiempo. ¿No es así?

Ballesta: Desde luego, sí...

Puente Aéreo: Bien, ya que somos amigos, ya que todo está claro, aclaremos la última cosa. Hemos hablado con los de Grandes Negocios.

Ballesta: ¿Y?

Puente Aéreo: Que vosotros también, ¿verdad?

Ballesta: Claro...

Puente Aéreo: Pues no es exactamente eso lo que dicen... No, no digas nada, Guillermo, escúchame. Hoy es sábado. El lunes por la tarde, la situación estará limpia de malos pensamientos y ya no tendremos que ocuparnos de eso nunca más. No tendremos que ocuparnos de casi nada.

Puente Aéreo salió del coche, insistió en que todo estaba hablado y desapareció tras otra puerta giratoria. Ballesta encendió un cigarro y se puso a pensar. Fue entonces cuando me dijo:

—Sal del coche.

Obedecí. Cuando me afiancé sobre el terreno, ya tenía frente a mí ese brillo salvaje, la mirada asesina.

—¿Qué te ha dicho Del Yelmo esta mañana?

—Es que me ha mandado que le diga todo lo que hace Tina.

—¿Y qué hace? ¿Le engaña?

—Sí...

—¿Sabes si es posible que Del Yelmo no llegara a hablar con los del Banco de Negocios cuando estuvimos en Madrid? ¿Entiendes lo que te digo? ¿Que no fuera a la reunión a la que dijo que iba a ir?

—Yo deduzco que no.

—¿Por qué?

—Salió del hotel bastante borracho antes de la otra cena, la del Ritz. Una hora

antes, más o menos. Luego a Tina se le escapó que esa misma noche estaba allí. Quiero decir aquí. Con ella. Y más borracho aún. Me lo dijo hace poco y yo pensé...

—Tú no piensas. Tú contestas.

—Yo no sé si hubo reunión. Pero a mí me parece que no.

Un nuevo destello de aquella mirada fue suficiente. Ballesta entró en el Mercedes sin decir nada y arrancó. La explanada del aeropuerto se me apareció como una porción devastada del planeta. Por fin, y por primera vez, y de verdad, la naturaleza estaba allí y yo aquí. Me invadió el sentimiento, quizá pasajero, de no pertenecer a nada. Busqué un tranquilizante en el bolsillo. Ya me había dejado de hacer preguntas sobre lo que veía u oía. Quería respirar hondo con unos pulmones como los silos que divisaba a lo lejos, entregarme a un culto acogedor que no me hiciese pensar, ahora que mi familia no existía, que el Watusi y lo que significaba se habían convertido en algo ridículo, ahora que el coño de Tina, aunque aún me pudiera deparar algún inesperado placer, estaba muy lejos después de aquella confesión a Ballesta. Casi podía oler el sedimento de basura, capas sobre capas, lodo y cemento que se habían convertido en esa superficie dura que estaba pisando, la explanada. Se habían trazado las líneas de la pista de aterrizaje, las de los aparcamientos, las de la carretera. Las personas caminaban, los coches circulaban, los aviones subían y bajaban. Allí, allí, no sé dónde.

Tenía que ir a un bautizo.

Compré regalos en unos grandes almacenes. Informé de la edad ínfima del bautizado y me entregaron un lote de sonajeros, ositos y pelotas. Compré unas cucharillas de plata. Compré peúcos, baberos, faldones, petos, babis.

—La gente muy bien compra chupetes de plata.

—Pues venga a la bolsa ese chupete de plata.

Compré una medalla de oro donde me grabaron, en vez de aquel día o de la del nacimiento de Francisco José, la fecha «15 de agosto de 1971» en un claro indicio de que mis escepticismos tenían reversos de superstición. Cargado como Papá Noel, llamé desde una cabina al hogar de mi madre, y una voz absolutamente desconocida me informó con mucha cordialidad de que se había quedado al cargo de la niña y en espera de una llamada del ingrato hijo mayor, fruto de una relación anterior, ilícita, de Flora, la *esthéticienne*, que ese dato lo había oído ella de muy buena fuente. Algo sabía de la información, repliqué, todo me era desconocido del nuevo oficio estético de Flora. La ceremonia ya había tenido lugar y ahora todos los invitados menos servidora y el hijo bastardo se lo estaban pasando la mar de bien en un restaurante especializado en dar banquetes a la honrada clase media. Me personé en las señas que me dio la amplia informadora y causó sensación mi entrada en el salón decorado con motivos labriegos donde un montón de desconocidos, hablando en tres de los cuatro idiomas peninsulares, celebraba el bautizo de mi hermano. Me presenté o fui

presentado por la *esthéticienne*, Flora, mi madre, que ahora me tomaba de confidente:

—Sí, hijo, me dieron el diploma la semana pasada. Cuando los dos niños vayan a la guardería, voy a trabajar y todo. Ahora trabajo en casa, pero echo de menos trabajar fuera. Se me cae la casa encima. Tú no le digas nada a Carmelo. De lo de la casa encima, quiero decir. Diviértete, hijo, que tienes muy mala cara de tanto trajín.

Le hice unas cuantas carantoñas al tal Francisco José, mi hermano. Besé mucho y fui besado, jaleado, ovacionado. «Es el del banco, el hijo que está en la política, de derechas, de derechas, de esos chaqueteros, un rojo, un socialista, me parece, un talento, de esos que cortan el bacalao, va para ministro». Nadie hubo de recordarme, como a los antiguos generales romanos en el desfile de la victoria, que era mortal, porque estaba empezando a no encontrarme muy bien. Y no sólo era la bajada de dos minilips que había tomado para enardecerme en sociedad, sino el gesto avinagrado de algún sabio próximo a la familia, esos nombres que sugerían nuevas amistades y a mí me fueron francamente indiferentes al ser pronunciados, que ahora, bajo el bigote mascullaba el comentario envidioso, balsámico por su simplicidad, llaneza roedora que criticaba la prepotencia y la vanidad en esos tiempos inseguros, atolondrados. Muchos pensaban así. La supuesta gente de bien se sentía infeliz por lo que estaba empezando a saber que había sido su vida, su única juventud, y por lo que le esperaba en el negro futuro. Un segundo nivel de críticos, el de los empleados, intuía, sin dar las vueltas que yo había dado, el idilio entre la banca y la incipiente política, y deducía que si el último mono, la gallina ciega de aquel baile, el supuesto vástago ilegítimo de Flora, podía permitirse el tren de vida que aparentaban su traje, los regalos y la impuntualidad, mis jerarcas estarían edificando un palacio tras otro y fornicarían concubinas sobre montones de oro a costa del sudor de aquellos que en la disposición y sabor de los entremeses variados sentían una súbita nostalgia de su pueblo. A lo mejor era un personaje como yo el que aliviaba su miedo al comunismo, o lo exigía, o colaboraba de modo definitivo a la vuelta de los desastres de la guerra y era necesario un nuevo caudillo para escarmiento de oportunistas. Y todos, menestrales y empleados, acababan apurando el licor y mascando el habano y el mal augurio y la hiel que les iban a proporcionar una subida de tensión gratuita. Yo, entretanto, bailaba con mis contemporáneas y con alguna de sus madres, y prometía a Flora que muy pronto iba a acompañar a la familia a las obras del chalet que se construía en el lugar que antaño fue conocido como terreno. Quise consolarme de la tensión de la jornada y de las malas lenguas con una de aquellas contemporáneas, recomendada en susurro malicioso por mi madre. La muchacha me planteó en relajado aparte su vocación médica y casi me hace vomitar ante la descripción de una de esas heridas a las que era tan aficionada. Abandonamos el banquete entre sonrisas de complicidad. La boca de la contemporánea recomendada fue penetrada por mi lengua en una sombra del parque donde otra chica, años después, me contaría



historias en largos amaneceres, y una tercera chica, muy importante para el Lector de este Informe, tuvo un paro cardíaco en Navidad. De la experiencia, además de la vida, pudo rescatar estos versos: «Mastica lenta muérdago y acebo / trepa la cancela, huye del temblor / ¿Qué me has dado, hipodérmico horizonte? / Humo de resina, duda del párpado / Hablas sola en los bancos de los parques». No es el mejor resultado del aliento poético de aquella chica, pero cito por la coincidencia y para que usted, Lector, siga leyendo. Esa primera chica del parque, la de la tarde del bautizo, pese a su afición médica y al orgullo de un primer curso aprobado, era reacia a un profundo examen de su anatomía. Sólo se dejaba acariciar «por fuera», según propia declaración. Aun así, me sorprendí al enfrentarme por primera vez a una entrega efectivamente pasiva y quizá sincera. Pero ella estaba en el mundo de un modo tan real que era misteriosa, inalcanzable. Era otra vez «allá», y no me pertenecía, ni yo pertenecía. Ésa es la explicación de que haya olvidado su rostro y no la mínima ondulación en el pecho de su blusa a cuadros. Por eso la abandoné pretextando una urgencia olvidada.

En el no muy lejano barrio de Tina reinaba el silencio que el dinero y la influencia preparan los sábados por la noche, la confianza del aroma de jazmín, el espaciado y majestuoso paso de automóviles de lujo. Me acerqué al portal y me asombró la silueta de un oculto Ballesta, atento a cualquier movimiento, a cualquier cambio de luz en el piso de la cortesana. Me escondí tras unas enormes macetas con el corazón al galope. Consultaba la hora, fumaba, se desesperaba. Se fue y me fui. Me obligué a no especular hasta el día siguiente sobre lo que mi protector estaba haciendo allí. En el buzón de nuestra sede política, de mi hogar, descubrí un sobre con la primera solicitud de ingreso en nuestro partido. Era una jubilada que nos había escrito: «Los dos señores son muy guapos y parecen los más listos de los que salen en las revistas. Yo también estoy enferma. La reuma. Muy dolorosa. Hijos. También tengo el corazón malo como el señor Brafín, que lo sé del *Interviú*. Puedo pegar sobres y escribir direcciones. Me han dicho que en los partidos eso se hace mucho y pagan. La letra es buena como pueden ver».

Luego daba sus señas, por si habíamos tirado el sobre.

Mis dos secretos desvanecidos dieron paso a igual número de coincidencias. Quizá éstas no revistieran importancia en la fogosa dinámica de los acontecimientos, pero me ayudaron a tomar la decisión.

Esto fue lo que ocurrió:

El día siguiente al entierro de don Pompeyo fue domingo. De madrugada, una llamada a deshora que ya empezaba a ser mera rutina sobresaltó la vaciedad de farsa y polvo sobre muebles y cuadros alegóricos de nuestra sede política. El único habitante del recinto contestó el teléfono. Al otro lado de la línea no estaba Ballesta, sino el ahora nombrado Carlos Escudo:

—Fernando, hazme el favor. La familia de Tomás está muy alarmada. Se ve que el muy tuno no se ha presentado a dormir desde hace dos días. Tampoco ha dado señales de vida. Aunque ayer estaba en el entierro, ¿no?

—Estaba.

—Eso es lo que yo les he dicho, que no se preocupen. A Ballesta no sé dónde localizarle... Francamente, Fernando, prefiero no saber nada de las correrías de ese vivalavirgen, ni de sus costumbres. Se trata de que Tomás llegue a misa de una en San Gregorio. Como siempre. ¡Y que luzca el cargo! En tus manos lo dejo. Esa gente es capaz de pensar que le ha pasado algo y llamar a los hospitales o qué sé yo...

El escándalo, vamos. No sabía hasta qué punto Carlos Escudo estaba enterado de la marcha de los acontecimientos, ni lo que podían afectarle. Las paradojas, cuando no el absurdo, influían en la conclusión de un suceso cualquiera de modo tan radical que uno, expulsado del Edén, ya no se atrevía a deducir nada. La única posibilidad era acercarse hasta el famoso inmueble en torno al cual la noche anterior merodeábamos Ballesta y yo. El camino en taxi a través de un clima de acomodado sosiego matinal se me fue en la búsqueda de fórmulas que dotaran de conveniencia a mi ridícula misión: «Señor Del Yelmo, Dios le está esperando». Antes de acercarme a los apartamentos Plutón eché un vistazo a los alrededores por si Ballesta seguía al acecho. No vi a nadie. Llamé al portero automático y nadie contestó. Me dirigí al aparcamiento para congraciarme con el vigilante al que no caía nada bien. Un suplente afirmó ignorarlo todo sobre cualquier asunto. Un repaso fugaz a los coches estacionados en el recinto me hizo comprobar que el Jaguar amarillo no estaba.

Era demasiado temprano para que hubieran abierto los lugares frecuentados por Del Yelmo. Por la calle caminaban las viejas indistintas que a primera hora del domingo pululan por la ciudad hacia misiones secretas. Las de ese barrio solían ir acompañadas por una criada exótica o un hijo tonto. «¡Al bingo! ¡Al bingo!», decía entusiasmado uno de esos hijos. Probé la llamada al número de Tina: quizá no contestase a la puerta, pero sí al teléfono. No sin placer, especulé con la idea de que el

inminente máximo cargo del Banco Ciudadano se hubiese quedado tieso en pleno goce y Tina estuviera asustada y sin saber qué hacer. Esa dulce forma de mortalidad era una de las anécdotas preferidas de los calaveras espesos que había tenido la oportunidad de tratar. Así, de infarto, han ido cayendo más industriales, banqueros, diplomáticos y monarcas que en cien revoluciones. ¿Me paga el Lector por un pensamiento imbécil? No. Nadie descolgaba el teléfono.

Decidí presentarme en la iglesia que Carlos Escudo me había indicado, una construcción cilíndrica en medio de una plaza de gran lujo. Esperaría a la llegada de la familia Del Yelmo y me uniría a su desasosiego. Yo mismo llamaría a los hospitales, yo mismo, por qué no, me convertiría en el héroe de sus ocho hijas.

De camino al recinto eclesiástico surgió la primera de las coincidencias que he mencionado arriba.

En otra plaza, junto a una avenida de tráfico denso, abundaba, al amparo de la nocturnidad, el neón rojo que proclama descorche y terapia sexual para el ciudadano pudiente. A las ocho de la mañana los letreros en torno al lugar estaban apagados, y en la arena del centro, a la sombra de edificios de oficinas vacíos como sepulcros, dos viejos dirimían cuestiones deportivas, mientras sus perros se olfateaban. Frente a uno de esos neones apagados, estacionado en doble fila, el Jaguar amarillo era vigilado por un elemento del sector servicios. Apoyado de modo indolente en la fachada, el individuo, camisa negra, zapatos de cocodrilo, jugueteaba con una de las diez cadenas doradas que colgaban de su cuello. Para él que me fui. Anuncié, señalando el coche, que andaba buscando a don Tomás del Yelmo. La mandíbula inferior del tipo paseaba un chicle por la boca, un globo estalló. Le hice ver que era muy importante que hablara con el dueño del Jaguar. Aporté una descripción física de don Tomás y la noticia de su afición al relato de pequeños cuentos cómicos llamados chistes. Añadí que no me movía ningún propósito de censura moral, chantaje o exhortación a la penitencia. Que yo, ahí donde me veía, era tan aficionado al puterío como don Tomás del Yelmo. El empleado, harto de mí, llamó a un timbre blanco en un costado de la entrada del club Avida Dollars. Una puerta en la persiana metálica se abrió e hizo su aparición una cabeza femenina con moño y rosa en el pelo.

—Éste, que dice que es amigo del flamenco —así me anunció el macarra.

De un sótano llegaba el sonido distorsionado de viejas grabaciones de Manolo Caracol. Emboqué unas escaleras tras el redoble de los tacones de la muchacha, quien, conforme bajaba, se deshacía de una breve chaqueta de punto. Un salón a oscuras con sillones, una barra. La espalda desnuda ante mí fue a integrarse al escenario que describiré más adelante, el único punto iluminado. En medio de la penumbra, oí:

—Venga, tumbate... Más recta. Y el brazo derecho lo dejas encima de la cadera. Relajado. Así. Y te imaginas que tienes un abanico en la mano. ¡Pero no te abaniques,

chiquilla, que eso es echarle demasiada imaginación!

Dirigí la vista hacia la fuente de la voz y vislumbré la silueta de mi presidente en un lugar principal frente al escenario. Pegadas a él, una en cada flanco, dos jovencitas le hacían cosquillas. Las chicas practicaban lo que por esos años empezaba a denominarse, con voz inglesa, *topless*.

—Coño, paletillo. Me daba en la nariz que eras tú. Anda, siéntate en un rincón del sofá. Bueno, está bien. Anda, guapa, hazle compañía a este amigo mío.

Una putilla se abrazó al paletillo. Los movimientos de esa mujer eran de un fingimiento muy torpe. «Falsa, que eres una falsa», estuve a punto de decirle, pero bastante trabajo tenía con cerrar la bragueta que ella se empeñaba en abrir, mientras tentaba el modo de convencer a don Tomás para que se fuera a misa.

—Don Tomás. ¿Podemos...?

—No, no podemos. Anda, mira el cuadro. Y tú, chata, cambias el ritmo cuando yo te diga. ¿A que no sabes qué es eso del escenario, Francisco?

—Fernando. Francisco es mi hermano.

—¿Conozco yo a tu hermano?

—No creo. Tiene un mes. O dos.

Del Yelmo fue arrojado del pleroma para que me hostigara un instante con su metálica mirada azul. Su putilla había empezado a practicarle una felación; de ahí la referencia al ritmo que en cualquier momento la muchacha habría de acelerar. De tanto en tanto, la putilla de don Tomás miraba de reojo hacia arriba, más allá del abultado estómago del banquero, y se sacaba un pelo de la boca. Decidí concentrarme en el escenario. Una muchacha muy parecida a la que me había abierto la puerta estaba tumbada de lado en un sofá de cuatro plazas. Intentaba mirarnos con profundo desafío erótico. Apoyaba la cabeza, con moño y rosa en el pelo, en la mano derecha, y el brazo izquierdo se deslizaba a través del tronco, según la orden que yo mismo había escuchado de labios de don Tomás. A su alrededor, otras tres modelos, a falta de una orden precisa del director de escena, se entretenían en ademanes entre arabescos y sensuales en torno a la figura yacente. El conjunto era patético.

—¿Sabes lo que es eso, Fernando? Un cuadro. Un cuadro de pintura, quiero decir. *La nieta de la Trini* de don Julio Romero de Torres. —Y don Tomás se puso a cantar—: «Julio Romero de Torres pintó a la mujer morena, con misterio en la mirada y el alma llena de pena...». —Y luego animó a la felatriz—: Tú no te preocupes, hija, que si no tira, ya tirará. —Y luego me preguntó—: ¿Sabes de qué te hablo?

—Del de los billetes de cien.

—De ese mismo. Yo, de chaval, en Córdoba, yo y otros, nos colábamos en el jardín de don Julio, allá en la plaza del Potro. Luego nos subíamos a los naranjos a ver cómo pintaba desnudas a las chicas. Yo conocía a la nieta de la Trini. Vaya si la conocía. No me habré hecho yo...

Del Yelmo habló durante un rato sobre el fondo de música flamenca. Se refirió, sin que yo atendiera mucho, a callejones, a ventanas con rejas de las que cuelgan flores, a un tal Maimónides y a torneos amorosos a la vera del río. No sólo me urgía cumplir la misión de rescate y que todas las partes implicadas resultaran satisfechas, sino que sentía una viva curiosidad por conocer qué podría haber pasado entre Tina y el viejo sátiro. Además, debía atender otras tareas: convencer de mi falta de ánimo a la individua que me achuchaba y soportar sin frotarme los ojos la visión dantesca en el escenario. Las profesionales del *topless* danzaban alrededor de la falsa nieta de la Trini. Yo había hecho lo mismo con una falsa Tina en Madrid, con una falsa señora Berta en Mallorca... Aunque me costase reconocerlo, Del Yelmo y yo nos parecíamos en eso. Eramos unos trepadores sin escrúpulos, incapaces en nuestro opaco egotismo de una verdadera armonía sentimental con nuestras semejantes y nos gustaba reproducir de la manera más burda, como si nos vengáramos, lo que ya se había escapado o era imposible conseguir. Aunque a veces la vida te devuelve por un momento un reflejo de lo que puede ser deseo satisfecho. Para mi disimulada estupefacción, entre las muchachas del coro había descubierto a Dora, la de mi antiguo barrio, la amiga de Julia. La única persona que era incapaz de negar la verdadera tragedia el día del Watusi. La hija del perista se había vuelto puta. Ahí estaba, el pelo de india recogido en el moño reglamentario, su cuerpazo. Ella y una compañera se miraban y no podían aguantar la risa.

Ésa fue la segunda coincidencia de aquel día.

Mi desorientación en esa época me llevó a sentir un lamentable sentimiento de pena hacia Dora, como si yo, mamporrero juvenil, valorase su actuación desde el podio de mi éxito. Cretino. Fue anotada en mi agenda mental la idea de volver a ese club en cuanto lo permitiesen mis obligaciones para hacer realidad la fantasía. En seguida mi sentido del deber me hizo regresar a las urgencias del momento. Miré a don Tomás y le descubrí algún espasmo facial, mientras las manos deshacían el moño de su sierva. Ella había aumentado la cadencia de su labor y la antigua sexualidad del amo, los ojos perdidos en las lámparas apagadas del techo, iba hacia la probable..., ¿carcajada? Carcajada, sí. Ése era el modo en que el último presidente del Banco Ciudadano manifestaba la culminación de sus ardores. En público, al menos.

—Gracias, bonita. Di a las otras que se acerquen.

—Don Tomás... —avisaba yo.

Mientras intentaba recomponer su indumentaria y decidía, tras vacilar un segundo, que ya se recompondría más tarde, don Tomás apuró su vaso y, al llenarlo de nuevo, me preguntaba:

—¿Llevas un tranquilizante ahí?

—¿Valium? ¿Librium? ¿Tranxilium?

O había alcanzado un nuevo orgasmo o era su risa natural. Yo también me reí,

mucho, al tiempo que le alcanzaba una pastilla. Las chicas ya estaban sentadas delante de nosotros a la espera de una nueva ocurrencia del pagano. Miré a Dora por ver si me reconocía. Me devolvió la mirada, y la sostuvo, pero la punta de lengua que asomaba de su boca y se agitaba como la de una serpiente, no era síntoma de arrebató anagnórico, sino de codicia.

—Valium, librium, tranxilium... Parece que hables en latín, jodido. Siempre pasa lo mismo con los subordinados. Me refiero al niño, no a vosotras, guapísimas. Uno nunca sabe si estos lameculos son de esa raza perruna de los dóciles agradecidos que harían cualquier cosa por ti, o de los aduladores a los que hay que vigilar. —Se tragó la pastilla. Me tragué la nuez de Adán—: Lo mejor es poner a prueba su lealtad antes de que sea demasiado tarde. Ese consejo me lo dio un señor al que enterramos ayer. Era algo que le había dicho su padre. Lo único que sabía. Me estoy mareando...

—¡Lacayo! —me gritaba cuando le acompañaba al baño con la ayuda de las chicas—: ¡Alfombrilla!

Acercamos un taburete al lavabo. Le aflojé la corbata. Evité que Del Yelmo contemplara su palidez en el espejo.

—¡Gañán! ¡Chino! ¡Paniaguado!

Reconocí para mis adentros, recordando a Vilabrafim y una escena idéntica, mi sumisa condición.

Una de las putas vio la ofensa en mis mejillas escarlatas:

—Déjame a mí, anda...

—Llama al Paco —dijo otra. Un movimiento del brazo como el del autoestopista, me hizo entender que una puta sin entrañas se refería al vigilante de la puerta.

—No, pobre hombre, si no es nada... Y, además... —La que parecía clemente, se frotó dos dedos significando que don Tomás era un filón que no convenía cegar.

Refrescado, don Tomás se miraba en el espejo. Fuera, calló la música y empezó a escucharse movimiento de muebles, sonido de cierre. En el baño sólo quedaba una de las chicas. Era Dora. Se había puesto una camiseta con las siglas «UCLA». Don Tomás, harto de mirarse, quiso entrar en el váter. Le rogué que no ajustara el pestillo.

—¡Pidepán! ¡Ganapán! ¡Capaparda! —me gritó desde el cubículo para retomar enseguida el pasodoble «Julio Romero de Torres». No cantaba mal. La voz encontró una acústica propicia en la desnudez mobiliaria del baño. La ejecución *a cappella* de ese tema se interrumpía a veces para que el solista voceara enardecido: «¡Conmigo no podrán!».

—Bueno, si me necesitan... —me dijo Dora, dispuesta a irse.

—Dora...

Tras un respingo, me miró con mal disimulado asombro. Me buscaba en su fichero interior tal como yo la subrayaba en mi agenda al verla cruzar lenta sus piernas desnudas.

—Me llamo Vanessa —rectificó, mientras me miraba con una curiosidad algo atemorizada, pero aguda. Agradecí estar acompañando a alguien importante, porque si no, me lo decía esa mirada, el tal Paco iba a administrarme una paliza que recompondría mi memoria hasta borrar de ella el nombre Dora. O quizá eso sean miedos actuales, porque si no no hubiera dicho:

—Te conozco de las Casitas. Soy el hijo de la viuda. El de cuando lo de la Julia...

—Ya... —dijo escuetamente. Y se quiso marchar, pero la cogí del brazo. Me advirtió—: Mira que llamo al de la puerta...

La referencia explícita al buen Paco me hizo refugiarme en el pragmatismo. Me puse a silbar, mientras me adecentaba en el espejo. Antes de irse, no del todo corrompida, se acercó y me dijo:

—No es por nada, pero es que no quiero ni acordarme de eso... Por no acordarme, ya ves, ni me acuerdo de ti. Después de lo de la Julia...

—Y de lo del Watusi...

Sonrió. Tomé esa sonrisa como un gesto cómplice.

—Después de todo eso, pasaron cosas aún más raras.

Por un instante, yo entonces no lo recordaba, me vino a la memoria la imagen fugaz de su padre, el perista, saliendo del parque de atracciones con una caja de herramientas en la mano, envejecido... Yo había robado un coche y estaba en el barrio, le vi viejo y cansado y supuse que ése había sido el destino de todos ellos, fatigarse en un lugar cualquiera. Siempre he tenido problemas con la evolución del resto de la gente en la supuesta normalidad. A Dora la veía un poco más baja que yo, algo más llena, engolfada y, quizá fueran el acoso y la luz cruda de aquel baño, mucho más tensa.

—Aún más raras... —fue todo lo que alcancé a decir.

—Muy raras, sí. Se fueron y nos dejaron sin nada. ¿Tú sabes algo? Pues yo tampoco. Oye, ya está... Me alegro de que te vaya bien. Dile a ese hombre que no se le olvide pagar. No es que no nos fiemos. Por si acaso... El Paco tiene muy mala leche. Y su maromo vive arriba.

No sabía de qué estaba hablando, pero deduje que Dora siempre había sido estúpida. Al caer ante mis ojos la fama de seducción y peligro que yo mismo había formado, sólo se mantenía una temerosa astucia: avisar de lo evidente, olfatear el aire, mirar en todas direcciones para luego salir huyendo hacia el que te persigue. El sonido de los tacones fue apagándose hasta que desapareció tras el batir de una puerta. Años después, cuando Julio Romero de Torres fue reivindicado por algunos esnobs y un catálogo de su obra llegó a mis manos, vi un cartel del pintor que se llamaba *Dora, la Cordobesita*. Me reí mucho y mis allegados de entonces, acostumbrados a mis ataques de risa como si fueran ataques de epilepsia, se limitaron a mirar a otro lado. A la Dora de verdad volví a verla antes que a la reproducción del

cartel. Llevaba puesta la misma camiseta y le faltaban algunos kilos.

—¿Sabes el chiste del catedrático de Lepe? —Tomás del Yelmo no sólo había abonado la cuenta, sino que recibió una ovación por la propina. Hasta el legendario Paco dobló reverente el espinazo cuando nos fuimos.

—¿Dónde le llevo? Le tendría que llevar a su casa. Le han echado en falta. Y hoy tiene que ir a misa de una.

—Hay tiempo. Arranca. Tomo el aire. Te cuento el chiste. Todo a la vez. Me llevas a misa. Me das otra pastilla de ésas... De anfetamina, de las que ponen cachondo. Me gustan.

Conduje el descapotable hacia zonas retiradas en las que mi jefe no pudiera ser reconocido. La inercia me guió hacia el mar. A don Tomás del Yelmo no sólo le gustaban las anfetaminas, o la música sacra de una misa de calentamiento que emitía la radio del coche, sino también el mar. Me ordenó que siguiera el camino de la costa hacia el sur. Oí como llamaba palurdos a los miembros de una asociación de vecinos que extendían una pancarta de balcón a balcón, terroristas a unos niños que pintaban una W junto a una vía muerta y domingueros a los ocupantes de automóviles que dejábamos atrás. Escuché el chiste del catedrático de Lepe en tres ocasiones. Ésta fue la tercera:

—A ver si te enteras, Fernandico. Fernandico Atienza Picazo. Nacido en Barcelona, el diez de enero del cincuenta y ocho. ¿Ves qué memoria? Antes te he llamado Francisco. Eso no me puede pasar nunca. ¿Me entiendes? Y sé más cosas. Tus padres son de Cuenca. Espera... El Llano del Duque. ¿Sabes que en Cuenca, por no haber, no hay ni un cuartel del ejército? ¿Te gusta Cuenca?

—No he estado nunca —me atemorizaba tanta precisión.

—Pues esto es un festival de marionetas. Los muñecos esos...

—Ya me ha contado el chiste. Es muy gracioso.

—Y te lo repetiré hasta que te lo aprendas, Cuenca, Cuenquillo, Cuenquín. No pretenderás decirme que se me ha olvidado. Que se me ha olvidado que te lo he contado, quiero decir, no el chiste en sí mismo. Esto es una gente que está en un festival de marionetas. Niños y grandes. Globos y nubes de algodón. Yo he llevado a mis hijas a ver marionetas. Hace años. ¿Sabes que tengo ocho hijas? No lo vas a saber... Lo sabe todo el mundo. Antonia, como su madre, Concha, Lourdes, Fátima, Teresa, Manuela, Patricia y Sonia. Ocho hijas. Un tío con dos cojones. Ése soy yo. De las ocho, cinco me han salido buenas, dos regulares y una mala, mala. Siete guapas y una fea. Seis listas y dos tontas. No, tres. Cinco listas y tres tontas. Panene se me ha hecho hippy y esas cosas raras. Tonta. Cuatro me han salido con voluntad y cuatro holgazanas como ellas solas. Pero, amigo, las virtudes no coinciden. Jódete. Lo hacen para fastidiarte. Ha sido su madre. Debe de ser algo mental. De las mujeres. Del embarazo. Qué se yo... Hijas. Y el apellido a tomar por culo. En fin... Yo no sé más



que salen las marionetas en la caja esa. La princesa y el príncipe van de la mano. El príncipe le dice a la princesa «Cuán bella sois...». Y la princesa le contesta: «Pues vos, alteza, tampoco estáis mal...». Y en esas que el ogro aparece por el otro lado: «Ja, ja, ja... Os voy a comer». La princesa grita: «¡Ah! Estoy muy espantada...». Pero el príncipe, que también se ríe, contesta: «No temáis, que este ogro no hace nada. Como que es de Lepe». Los de Lepe tienen fama de tontos...

—Me consta.

—Listillo. Te prefiero baboso. Sigo. En esas que cuando el príncipe dice eso, todos se echan a reír. Ja, ja, ja... Ja, ja, ja... Y, de repente, entre el público sale un señor muy bien vestido, con muy buena pinta. «¡Alto!», dice: «¡Un momento!». Los niños se callan, los mayores se callan, se calla todo el mundo. «Me ven, ¿verdad? ¿Me conocen?», pregunta. Nadie contesta. El silencio es absoluto. «¡Pues muy bien, como me ven, pero no me conocen, es mi obligación decirles que soy de Lepe! Sí, señoras y señores, queridos niños y, sobre todo, los de ahí abajo. Soy de Lepe y me gradué en ciencias exactas y físicas y en filosofía pura. Y me doctoré en las tres carreras. Me fui a Yale, Estados Unidos, a ampliar mis estudios. Allí estudié ingeniería espacial. Enseguida me contrataron para trabajar en la NASA donde he sido jefe del proyecto Apolo durante años. Ahora ejerzo la docencia como catedrático en la Universidad de Harvard. ¡Soy catedrático! ¡Y soy de Lepe!».

Los ojos de Del Yelmo estaban arrasados de lágrimas. La velocidad, el viento y su entusiasmo por mejorar su narración hacían que pasara las lágrimas por los pómulos y las mejillas y le brillase toda la cara.

—... «Joder», piensan todos. Y siguen callados. En esas que el hombre que maneja las marionetas, el titiritero, muy avergonzado, sale de detrás de la caja y se explica: «Caballero, yo no sabía...». El señor de Lepe, aún más enfadado, se pone a gritar: «¡No estoy hablando con usted! ¡Hablo con el príncipe y la princesa!».

Yo me reía mucho, desde luego, y mi risa se unía a la de don Tomás en alegre contrapunto. Pero el motivo de mi efusión era la melodía de glucosa que, una vez acabada la misa, sonaba por la radio. «Hay algo en el aire esta noche. Las estrellas brillan, Fernando». La música idiota conseguía que ella, Tina, estuviera allí, entre nosotros dos. Con la uña, Del Yelmo rascaba los restos de adhesivo de las estaciones de esquí en el parabrisas y, atento a la música, se atrevió a decirme: «Mira, el de la canción también se llama Fernando». Un traperero se asomó a la carretera. Arrastraba un carro por un camino enfangado entre dos almacenes. Un muchacho y un viejo muertos de risa a bordo de un Jaguar daban una idea errónea de lo que podría ser la verdad. Y el traperero no sabía que Del Yelmo, otra vez, se veía en la obligación de explicar su chiste:

—El tío no sabía que alguien manejaba los hilos. Se creía que eran entes autónomos. Eso mismo, entes autónomos. El de Lepe me recuerda al pobre Carlos.

—Ha sido él el que me ha mandado que viniera a buscarle.

Y se reía, don Tomás, y yo me reía. Y callaba don Tomás, y yo me concentraba en la carretera.

—Carlos es idiota. Podría haberse inventado cualquier excusa. Con lo que yo viajo... ¡Qué falta de reflejos! Al tío le ha entrado un gusto excesivo por la apariencia. Y es peligroso, como siempre que a Carlos le gusta algo. No le importa que los demás quedemos como unos golfos.

A mí también me lloraban los ojos. El viento. En el lado de montaña, los sucesivos pinares ocultaban edificios color pastel con las persianas cerradas, columpios desiertos, un minigolf y una pista de cars en ruinas. Una pareja paseaba el coche de un bebé. Unos niños en bicicleta cruzan la carretera. Apartamentos vacíos, calles solitarias, campings cerrados, la playa desierta, abandonada, charcos y basura, huellas de neumáticos, audaces excursiones nocturnas sobre ingenuas meriendas. En el mar, las boyas bailan ante los destellos de un sol bajo. Era un camino simétrico al que, en ese mismo automóvil, Tina y yo habíamos seguido tras la hija de don Tomás (Panene, la hippy, casi seguro) y nos llevó hasta una mansión que enseguida se llenó de más hippies. El trayecto interior, allí placer, aquí patetismo, allí ilusión, aquí desolación, eran también simétricos. La sombra a por ti, la sombra ante ti. Ahora patetismo y desolación se ondulaban como la barra que entra en el agua, en ese mar, luz y sensaciones refractadas. Del Yelmo llevaba un tiempo callado. Le miré. Tenía la barbilla hundida en el pecho, la camisa abierta, y murmuraba expresiones ininteligibles. De pronto, sus ojos saltaron hacia mí y dijo:

—Dame otra pastilla. De las buenas. Y luego tiras todo seguido hasta Valencia. Hacia África. Hacia el continente negro...

Aquella mirada y aquellas órdenes eran las de un chiflado. Tenía que actuar. Aminoré la marcha, mientras ponía el intermitente. Se dio cuenta enseguida.

—¿Qué haces?

—Tiene que volver a su casa. Si no quiere ir a misa, no vaya. Pero a su casa tiene que volver. Y mañana tiene que estar en Madrid.

Empecé a virar.

—Pero ¿me vas a dar órdenes tú también, monaguillo?

Y al formular la pregunta se abalanzó sobre el volante en el momento que el coche dibujaba el giro. Antes de que el Jaguar respondiera al súbito impulso y nos precipitássemos al ancho mar Mediterráneo, di un golpe de volante al que Del Yelmo respondió con otro. La entrada a un puerto deportivo, una acusada pendiente, nos acogió un instante y, mientras intentaba dejar el coche en punto muerto el loco que tenía al lado pisó el acelerador. Una pared de cemento con el cartel «Camping La Tortuga Ligera 10 Km» nos recibió en su seno. Una tortuga verde nos sonreía sobre dos patas. Los cristales del parabrisas se deslizaban por el morro destrozado del

coche. Parecía que Del Yelmo, encogido sobre sí mismo en su asiento, se hubiera echado a llorar.

—¿Le pasa algo?

No contestaba.

—¿Le pasa algo, señor Del Yelmo?

De pronto, se enderezó como el muñeco de resorte que aparece al abrir una caja y le dio por formular una contundente reclamación:

—¿Que si me pasa? ¿Que si me pasa, Fernando? ¿Que qué es lo que me pasa? Pasa que quiero follarme a esa chica. —Y lo gritó—: ¡Quiero follarme a esa chica otra vez! ¡Quiero follarme a esa chica otra vez! ¡Quiero follarme a esa chica otra vez!

Las personas que se habían acercado a interesarse por nosotros pensaban ahora en la retirada, temiendo, supongo, ser víctimas del frenesí del banquero si la mencionada chica no hacía acto de presencia. Salí como pude del coche. Un hombre que parecía un lobo de mar y resultó ser fotógrafo ambulante me ayudó a sacar a Del Yelmo, que no dejaba de aullar:

—¡Quiero follarme a esa chica otra vez!

Las cabezas, las figuras, un camarero, un ciclista, un padre que tapaba los oídos de su hijo, unas chicas vestidas de tenis que ocultaban su risa con la mano y se miraban, cómplices e inocentes, buscaban por todos lados al objeto del frenético deseo. Después de encogerme de hombros cuanto pude, le di una propina al fotógrafo para que nos vigilara el coche, pregunté por un teléfono y varios índices apuntaron al bar del Club Náutico. Allí, después de cumplir con mis obligaciones, intentaría averiguar mediante rodeos lo que estaba ocurriendo. De momento:

—Tranquilo, don Tomás, si quiere, antes o después de misa le llevo a verla.

—¿Tú sabes dónde está? ¿Lo sabes?

No lo sabía, no. En el bar, ante la vidriera que mostraba en todas direcciones el azul del mar, la lentitud de algún velero, hice una llamada a un taller de automóviles de lujo. Era domingo, nadie contestaba. Opté por la grúa de aquel municipio. No tardarían. La mujer del taxista oficial me informó que su marido estaba llevando a alguien a la ciudad. En una hora estaría allí. Como era habitual, prometí compensaciones varias. Del Yelmo estaba sentado en una mesa pegada a la vidriera ante un café y un whisky, y algunos marinos de domingo que navegaban la calma de un vermut sostribados en la barra, se entretenían especulando sobre su identidad. Uno parecía conocerle. Ahora, todos murmuraban, no de su café, sino del whisky, del abandono y de la pose melancólica. Me senté frente a él. Me miró. Comprendí:

—Si quiere, espero fuera. Vigilo el coche...

No contestó. Me levanté y me dirigí hacia la salida.

—¿Adónde vas? Haz el favor... —Tenso, me señalaba una silla. El murmullo fue en aumento. «José Bódalo, el actor», decía uno.

Tomás del Yelmo bebió un sorbo de su whisky, hizo un gesto de repugnancia y se quedó mirando el vaso.

—Últimamente, llevo una vida desordenada. Necesito descansar. —Y la mirada empezó a seguir la trayectoria de un velero—: He dedicado buena parte de mi vida a la coordinación de recursos financieros, al bienestar y al fomento. He acabado sin saber dónde está el techo y dónde el suelo. Son temporadas. Necesito... ¿Sabes, Fernando? Esto... ¿cuánto va a tardar el taxi? ¿Y la grúa? ¿Has llamado al taller que te he dicho?

—El taxi, una hora. La grúa, no lo sé.

No pareció atender al dato, porque una silenciosa evocación visitaba una estancia muy agradable de su mente. Como volviera a invocar su deseo perentorio, yo iba a salir zumbando de allí en busca de Tina o de un psiquiatra.

—Vals. Se llama Vals. Como *El Danubio azul*. Es un balneario. Chico, un balneario es lo que necesito. Paz. Su piscina, sus aguas, su baño de burbujas, sus masajitos. El agua cae, resbala por los mármoles, sigue cayendo, suena... Ya he ido alguna vez, pero sólo a pasar una noche, dos... Perdona por lo de antes. Te he insultado. Quería hacer broma y me he pasado. Eso no está bien... —Iba a decir: «No tiene importancia», pero no me dejó—: Vals, como su nombre indica, está en un valle. Parece el dibujo ese de los estuches de lapiceros. Imponente, chico. Las montañas, la naturaleza, los Alpes suizos. Quiero pasar una buena temporada, tomarme unas vacaciones, cuando se aclare lo de la presidencia. Al fin y al cabo, me jubilan *de facto*. La niña, por lo visto, no es de la misma opinión. En lo de venirse a Vals conmigo, quiero decir.

Ahora los dos seguíamos el curso de un velero. Cada uno el suyo. Me tenía que hacer a la idea de que la imagen de Tina besando al publicista en el aeropuerto iba a ser mi último recuerdo de ella. Cuando fuera alguien con una posición sólida, contundente, mi ascenso convertido en algo firme y no fuera sólo amagos y espejismos, ella se pondría de rodillas ante mí dondequiera que estuviese. Pero yo ya habría conocido a otras, aquí, allá, en mis viajes. Mi deber era compadecerme de mi camarada Del Yelmo. Él sí que lo tenía claro, ahí, hablando de esto y de lo otro sin que yo le concediera la mínima atención hasta que tuvo que decirme:

—¿Me escuchas o no? ¿Por qué no me escuchas? ¿Te parezco tonto? Yo creo que sí te parezco tonto. Sabes algo que yo no sé, lo noto. Y te parezco tonto. Viejo y tonto. ¿Sabes una cosa? Cuanto mayor te haces, menos ganas tienes de convencer a los otros de que eres listo, de que das miedo, o de cualquier otra cosa, pero luego sientes mucho más no haberles convencido. Te duele. Cuanto mayor, más duele. Y sabes que cuando dejes de pensar en ese dolor ya estás jodido, ya eres un viejo sin remedio. Yo aún tengo reflejos, ideas, memoria. Agustina Pérez Alarcón, nacida en Tomelloso el quince de abril de mil novecientos cincuenta y dos. Sin bachillerato, la

primaria nada más. Ella dice que estudió secretariado. El famoso secretariado de Tomelloso. Como ahora, la pobre, que se cree una experta en publicidad. De lo que sí que me he llegado a enterar es de que en su pueblo se hizo famosa porque en verano, un niño bien, bueno, bien, figúrate, Tomelloso, el chaval ese y unos amiguetes se la llevaban cada tarde en una furgoneta y se la hacían por turnos. La furgoneta iba dando vueltas por el pueblo y ellos dale que te pego. Se lo contó a Carlos uno de los camareros de Les Feuilles Mortes, que es del pueblo de al lado. De película, chico. La puta oficial. Pero esa niña es tan simple, tan ingenua, que olvida. Pasa página y a otra cosa. Igual quiere pasar página ahora. Y le va a resultar muy fácil, aunque ella no lo sepa, porque si yo hago un movimiento cualquiera me expongo a quedar en ridículo aún más. Esas cosas la niña no las sabe. Eso no lo enseñan en las furgonetas.

Se llamaba Agustina. Era de Tomelloso. Del Yelmo la quería.

Sonó un claxon en la carretera. La grúa estaba allí. Recibí una multa por deterioro de equipamiento municipal. Despedía al fotógrafo y contemplé cómo la grúa levantaba el Jaguar y se lo llevaba. La seguí un trecho acariciando la carrocería. El Jaguar, con el morro herido levantado, también estaba triste y también me hablaba. Unas horas antes, sin que yo me diera cuenta, me había llamado en el tibio silencio dominical. Ahora se iba. Era injusto: esa hermosa máquina no me había hecho, no podía hacerme, ningún daño. Era, en verdad, lo único inocente en mi vida. Volví al bar. Del Yelmo estaba ante su segundo whisky.

—No me mires así, beato. No me va a pasar nada. Piensas que he trasnochado y no es verdad. Me he levantado muy temprano. ¿Qué iba a hacer solo en aquella casa? He esperado que volviese hasta que, al amanecer, me he dado cuenta de que se había llevado unas fotos que tiene colgadas por las paredes. La chica es honrada, claro, sólo se ha llevado sus fotos. Una cosa, ¿Ballesta te ha preguntado sobre mí últimamente?

—¿A qué se refiere?

—No empieces. Me refiero a una pregunta, no sé, decisiva. Piensa en lo que podías decirle que él no supiera.

—Ayer usted me dijo que el lunes se iba a Madrid. Se lo dije.

Volvió la cabeza, mientras negaba. Me dejaba por imposible. Luego, como un rayo, me clavó la vista, mientras me estudiaba con mucho cuidado. No relajó la expresión al preguntarme:

—Te cae bien Ballesta, ¿eh?

—Es mi jefe.

—Tu jefe soy yo, idiota. ¿O es que no has entendido nada? Acuérdate... —se llevó un dedo a la sien, empezó a hacer el tonto con las manos, los de la barra certificaron que era José Bódalo—. El que maneja los hilos, como en el chiste que te he contado tres veces. ¿Te crees que porque voy contando chistes y porque me has visto hacer el ridículo con esa chica soy un imbécil? ¿Te crees que porque de buena

mañana me divierto un poco, porque quiero distraerme, no sé lo que hago? Soy cruel, malo, despreciable. Ya... Me defiendo, chico, y nada más. Mis hijas me consideran un cabrón. Las ocho. Aquí no hay diferencias. No han trabajado en su vida. Los mejores colegios. Aquí y en Inglaterra. La mejor formación, las mejores amistades, posición, influencia, posibles. Señoritas limpias de cualquier pecado. Limpias, porque el cabrón soy yo. El viejo. Panene, la hippy, cuando se refiere a mí dice «el viejo». Es muy fácil echarle las culpas al viejo. Además, como últimamente soy un personaje ridículo, que se tiñe el pelo, se compra camisas modernas y no se da cuenta de nada, pues más a su favor. Pues no, señoritas. A mí nadie me toma el pelo. Que yo quiera follarme a esa chica, que me deje llevar por mis pasiones viriles, no quiere decir que esté acabado. Yo creo que significa precisamente lo contrario. Pero, por lo visto, hay que explicarlo. A los tontos hay que darles explicaciones. Yo soy listo. Los demás murmuran. Obedecen, sí, pero se consideran imprescindibles. Y los niños les admiran. Y si bajo la guardia van a estar a la que salta. O eso creen ellos. No, ya no lo creen. Comen en mi mano. Te voy a contar algo. Luego tú sacas tus conclusiones...

¿Cuántos monólogos desquiciados había oído en los últimos meses? Incluyo en el recuento mis propios monólogos interiores, mi vagabundeo mental. Pero los otros... ¿Cuántas falsas confesiones, cuántos discursos huecos? ¿Cuántas mentiras había leído, oído, habían pasado ante mí?

—¿Me escuchas o no? Eres un poco... Te conviene saber lo que te voy a contar. Conviene saber cosas. Ernesto Montereau Montereau. La repetición del apellido ya resulta sospechosa. ¿Un hijo de soltera? Sí. La madre es francesa, del sur de Francia. El padre un jesuita. Del norte de España... —se puso a reír un rato. Y yo también—: Es una historia fuerte, ahora que lo pienso. De esas que las revistas sacan ahora. El hijo de la soltera es muy listo. Estudia en Francia y luego en un seminario español. Nadie debe saber quién es. Ya de pequeño marcaron su destino. No eres el que eres. El seminario. El chaval es muy devoto. Pero no se puede hacer cura, porque si alguna vez se sabe la verdad, la burla está asegurada. Porque los curas también se burlan, no sé si lo sabes. Deja el seminario y entra en la Academia Militar de Zaragoza. Número uno de su promoción. Iba para ministro del ejército. Ya de teniente, el deber le llama. El Alto Estado Mayor está buscando a valientes que sepan francés, que tengan cierto aire gabacho, que sean audaces, que soporten vivir una doble personalidad. ¿Se te ocurre alguien? —Rió, reí—: Lo que tienen que hacer es infiltrarse en los movimientos esos que campan a sus anchas en el sur de Francia. A Montereau bis lo quieren meter en un grupo anarquista. El tío se prepara. Aprende tácticas, códigos, kung-fu de ese y le enseñan un oficio que le pueda servir de tapadera. Lo meten en Francia. Se hace del grupo anarquista. Llega a atracar bancos. Y el tío envía en clave lo que van a hacer, cuántos son, dónde están. ¿Sabes cómo lo hace? Envían a la policía, como para burlarse, un tebeo con insultos que hacen ellos. Pero los insultos

también forman una clave que avisa y delata. Es genial. Yo le admiro. Sus superiores también, me consta. Pero el gobierno, la policía, quien sea, quiere hacer que el grupo anarquista ese parezca mucho más grande de lo que es. Así, cuando los cacen, se pueden apuntar un éxito mucho mayor de lo que es en realidad. Así que esperan que la cosa se ponga muy tensa y que la prensa tome a cuatro chorizos, que no eran otra cosa, por, no sé, por la Mafia. Al final, los detienen. Pero con tan mala pata que a Montereau Montereau, que ya estaba convencido de que sus superiores se habían olvidado de él, no lo cogen. No sé cómo, se escapa. Y se carga el muerto de ser el confidente por una extraña vía. Pero ¿tú sabes por qué se había escapado? Porque al final el tío se había vuelto anarquista de verdad. Se lo había creído. Le había gustado, chico. Y se queda solo. Y se vuelve loco cuando ejecutan a uno de los ladrones que iban con él, que a su vez, angelito, se habrá cargado a un policía. Loco, pero loco. De encerrar. Total que lo ingresan en una clínica, por decir algo, y los militares lo dejan caer así...

El vaso que estaba en la mano de Del Yelmo se hizo añicos contra el suelo. Era tal la intensidad de sus palabras y de mi atención, nuestro misterio, que el camarero vino a limpiar el estropicio y, no sólo no dijo nada, sino que enseguida sirvió un nuevo whisky a Del Yelmo. Cortesía de la casa.

—La madre Montereau se había muerto. Entonces el jesuita, el padre, que vive en Barcelona, toma cartas en el asunto. Ese señor era muy amigo mío. Es, que aún vive. —Y vi a un cura de sotana ajada correteando como un pingüino, mientras Ballesta gritaba «¡Pollaloca!»—. Y yo soy muy amigo de mis amigos. Hablé con gente y conseguí que al muchacho le cambiaran el nombre. Y lo puse a trabajar a mi lado. El muchacho valía y enseguida lo promocioné. Me salté algunas convenciones, pero le convertí en alguien de influencia. Eso es lo mismo que él quiere hacer contigo ahora. Ballesta no ha inventado nada. Nada de nada. O sea, que si algún día te hace una putada, tampoco inventa nada. Yo, hace un tiempo, cuando Carlos se empeñó en meterse en política y Ballesta estaba entusiasmado con la idea, tuve que hacer correr rumores. No sé si me entiendes. Sólo un poco. Aquí y allá. Antes sólo sabían algo la policía y los militares, no fuera a ser que alguien le reconociese y pasara algo. Ahora le tengo bien agarrado por los cojones. El viejo no es idiota. Pero el viejo no hace las cosas porque sí. Cuando le ayudan, ayuda. Cuando le joden, jode.

Bebió un sorbo de su whisky. Lo encontró de su gusto. Me guiñó un ojo. Tomás del Yelmo me quería mostrar la cortesía íntima de los farsantes.

—Hace tiempo que no hablaba tanto. A ti, la gente te cuenta su vida, ¿no es verdad? A veces, no escuchas. Es normal, eres muy joven, los sueños, las nubes. Pero cuando escuchas, Fernando, pones toda tu atención. Eso la gente lo agradece, porque no se da con frecuencia. ¿Te cuentan cosas o no?

Estaba seguro de que ahora me tocaba a mí. Mis secretos. Muy bien, tenía ganas

de contárselos. Pero una figura se interpuso entre nuestras confianzas.

—¿Y usted qué quiere? —preguntó Del Yelmo.

—Soy el taxista.

—Voy a asearme, pues.

No dijo casi nada en todo el trayecto de vuelta. Bueno, me contó un chiste:

—Una iglesia. Justo la iglesia a la que vamos ahora. Una iglesia donde va la gente bien. Una misa de esas de ocho con cuatro beatas. Pero beatas con posibles, con crema... Futuras donantes de alguna herencia. El cura les está sermoneando, les dice: «Y, sobre todo, recordad, hijas, que aunque Dios nos haya otorgado bienes materiales, a sus ojos no somos nada». En ésas, el sacristán, que anda por allí limpiando santos, al oír al cura lo entiende todo, entra como en éxtasis y empieza a gritar: «¡Es verdad! ¡No somos nada!». El cura interrumpe el sermón, le mira, mira a las beatas y les dice: «Pobrecillo, se cree que es nada...».

Reí hasta la asfixia, pero también reflexioné un poco. Cuando entramos en la ciudad, Del Yelmo empezó a acicalarse y a preguntarme si tenía buena cara, si no tenía los ojos demasiado rojos, si olía bien. Me dijo que no me preocupara por más cosas raras que viese. Insistió en que yo era muy joven. Que a lo largo de mi vida tendría que soportar cómo la gente se volvía aún más loca de lo que estaba, el regreso de la anarquía, las bombas cayendo del cielo. Que me cambiara de ciudad, porque en esa ciudad no aprendían. Tenía que espabilarme y estar en el lugar correcto, en el bando adecuado, cuando volviera a reír la primavera. Nos acercábamos a la iglesia. No había nadie por los alrededores. La misa ya había empezado.

—Mi segunda entrada triunfal. Muy bien, majo, paga el taxi. Me he quedado sin líquido. A cambio, te diré algo. Pregúntate lo que yo me preguntaba cuando era joven, lo que hay que preguntarse siempre: «Si existo para ellos, ¿quién soy?».

Del Yelmo subió la escalinata que llevaba a la iglesia. Unas palomas echaron a volar sólo verle. Le dio limosna a un mendigo. En la puerta, algunas cejas se arquearon a su paso.



Si existo para ellos. ¿Quién soy?

Abandonado del mundo, pero ducho en la ciencia acrobática, hubiera podido responder: el que sabe de metamorfosis y aniquila secretos, el que descubre el silbido del tiempo en el edificio que cae.

«Pobrecillo, se cree que es nada».

En aquella Semana Santa del setenta y siete, no era el único ser al que el mundo no hacía demasiado caso: Carlos Escudo era mi socio en la oscura deriva por la sede de un partido inventado. La diferencia entre los dos estribaba en que él fingía ignorar su condición de cadáver político, o la disimulaba muy bien. Rodaba y rodaba, se consumía en la acción inútil. Sólo dos acontecimientos alteraron la disciplina para organizar la puesta de largo del PLC en su ciudad natal: la legalización del Partido Comunista y las declaraciones de Jaime Vilabrafim en un rotativo madrileño dentro de la serie «Cien Españoles para la Democracia». La legalización del Partido Comunista hizo aflorar en Carlos Escudo el atrevido supuesto de que una epístola suya enviada al Presidente Suárez había ayudado a que el mandatario acabara por enfrentarse a otra de las exigencias de la calle. El artículo dedicado a Vilabrafim le entregó al ejercicio de la frotación de manos. La incertidumbre, o quizá la envidia, pero nunca la lucidez.

Un extracto de las declaraciones de Jaime Vilabrafim:

Apunto y disparo, amigo periodista. Adolfo Suárez ha manifestado a los miembros principales del Centro Democrático que lo más cercano a su idea es la opción que hemos formado entre varios políticos y sus respectivas bases sociales. Según palabras de Adolfo, vertidas en mi oído mediante susurro de súplica, atiende bien a la fuente, joven, a él le gustaría potenciar ese Centro para lanzarse desde ahí a la palestra electoral. Yo, yo mismo, *myself*, que diría Shakespeare, expuse en febrero esa idea en una charla en el Club Bajo Cero. Me llamaron loco, ¿quiere usted creerlo? En aquellos momentos difíciles, con los sucesos de enero en la trastienda, mi plan era potenciar una toma de verdadera conciencia democrática, una cierta mentalidad de salvación nacional. El torbellino sigue, pero parece que la tensión ha disminuido algo, o al menos nos hemos acostumbrado y seguimos trabajando por el bien de los españoles. Si el presidente del gobierno quiere ponerse al mando, tendrá que discutir mucho con nosotros, los elementos más destacados del Centro Democrático, para evitar cualquier promesa adulterada tras la que se pueda ocultar la continuidad de la corrupción franquista. Y punto. Como advirtió Chateaubriand: «El silencio es grande. Lo demás, flaqueza».

Y llegó la acrobacia.

—Sí, amigos, no quedó más remedio que reconocerlo. El esfuerzo de los dos niños había sido vano. Después de recorrer la ciudad, de intentar salvar a las mujeres, a la representación de la madre, de la nación, las fuerzas verdaderas siguieron siendo las mismas, y el cadáver de lo que algunos anhelaron que fuera la democracia, de la utopía, de la ilusión, flotaba en las sucias aguas del puerto en otro día lluvioso. Nadie supo con qué intención se urdió el engaño, aunque todos podían imaginarlo. La esperanza murió por no hacer caso de la persona adecuada, por la mentira y el miedo.

Uno de los niños ya ha crecido, y a veces se encuentra con alguien que fue testigo de los acontecimientos. Nadie quiere hablar, pero la expresión de sus caras lo dice todo. Quisieron cambiar la apariencia para que todo siguiera igual. Y fue a peor. El niño aquel, convertido en hombre, silencioso también, da media vuelta y camina. Su silueta recortada se pierde en el crepúsculo, mientras intenta olvidar por qué ha muerto el bailarín y teme que en el futuro, otro niño, su hijo, le pregunte: «¿Por qué nunca hablas de ese día?». No sabrá qué contestarle.

El escenario desnudo, sin logotipos, sin carteles, sin adornos. Sólo una delicada luz destacaba a Carlos del Escudo de las tinieblas. Carlos del Escudo, sin levantar la vista del papel, oyó los aplausos de su familia. Y los míos. Y los de un periodista que desfiló con larga zancada hacia la salida de uno de los teatros con mayor aforo de la ciudad en cuanto percibió que había cumplido un expediente innecesario. Y no se oyó nada más durante un buen rato en la platea vacía. La noche anterior, cuando hasta yo me había contagiado de su nula intuición ante la evidencia que nos brindaba la falta de noticias, como si en verdad estuviese muy ocupado y media Barcelona no hubiera argumentado la más peregrina de las excusas con tal de no cenar con él, Del Escudo me pidió que redactase unas notas complementarias para leerlas en el mitin junto con su discurso y el de Vilabrafim. Su discurso no existía. El de Vilabrafim tampoco. Vilabrafim ni siquiera apareció. Ni Ballesta. Ni Del Yelmo. Nadie. Las excusas sobre el mucho trabajo, la necesidad de serenar los ánimos ante los inminentes cambios en el banco, se habían convertido en una fuga. Sólo la solidaria familia del que a partir de entonces volvió a llamarse Carlos del Escudo apoyó con discreción la ponencia en las dos primeras filas de aquel cementerio. Durante aquella semana, habíamos editado una propuesta de programa electoral para la coalición, anunciamos el acto en los periódicos, enviamos mil invitaciones a los miembros más destacados de la sociedad civil, alquilamos ese teatro cuyas paredes, butacas y rasos parecían asistir ahora al íntimo ensayo de un drama patético, tramitamos la autorización gubernamental, intentamos contratar en vano a la cantante Karina para que interpretase ante lo que suponíamos sala abarrotada su tema «Buscando en el baúl de los recuerdos», un ejemplo inmejorable de que no hemos de buscar la felicidad en el tiempo pasado, sino coger la flor del día sin dejar de lado un prudente vistazo al futuro.

Los guardaespaldas, que tanta apariencia habían aportado a la figura de Del Escudo en esos meses de vorágine, subieron al escenario cuando el silencio hizo elocuente el embarazo. Cuando el político levantó una mano antes de desaparecer entre bastidores, la familia volvió a aplaudir. Desde la última fila de platea creí que era mi deber preguntarle a Del Escudo si necesitaba algo más, antes de salir corriendo a la calle para que toda la ciudad se permitiera reprocharme un alarido desesperado. Próximo al grupo de unas diez personas que en ese momento soportaban el ninguneo de sus conciudadanos y entrechocaban los collares de perlas al agacharse a recoger

sus bolsos y abrigos, percibí la triste sonrisa de la señora Del Escudo cuando caminaba a mi encuentro, la mano extendida, los ojos azules, la boca ancha, el pelo recogido, la figura patricia, el traje siena. Me envuelve la suavidad de su perfume, se cortan los alientos, redoblan los timbales. Iba a deslizar un humorismo priápico con el fin de aliviar la tristeza del momento, pero la evocación de Sisita Ponce-Caballero del Escudo no autoriza la obscenidad, ni preguntarse qué golpea el timbal si han robado las baquetas:

—Creo que eres Fernando, ¿verdad? Isabel, la mujer de Carlos, encantada. Aunque no haya habido mucha suerte, tengo que felicitarte, has hecho un gran trabajo. Y el discurso es magnífico. La imagen de las naciones europeas modernas buceando tras una mampara de cristal y los españoles sin poder tocarlas mientras les hablan de guerras y de muerte es magnífica. Y lo de la democracia flotando en las aguas del puerto después de bailar un zapateado en la oscuridad que sólo escuchan las mujeres y los niños... *Chapeau!*... No te vayas, por favor, Carlos quiere decirte algo. —Entonces la hermosa cabeza se volvió al grupo donde musitaban varias ancianas, reía la tía soltera que nunca falla y bostezaba un hippy, anómalamente trajeado, al que el disfraz de hombre de bien le sentaba como un tiro—: ¡Carlos!

—Está ahí dentro —dije.

—No, mi marido, no, mi hijo. Los Carlos abundan por aquí, ¿sabes? —Sisita me dirigió un guiño de complicidad—: Si aterriza, te lo presento...

En efecto, la cara del bueno de Carlos del Escudo Jr. anunciaba la convicción de vivir feliz, allá, en el hiperespacio. Fue la expresión de su rostro al aparentar el pensamiento «¿Dónde he visto yo esa cara?» lo que provocó que yo me hiciera la misma pregunta. Así, mientras le estrechaba la mano, me interesaba por lo que tenía que contar y su madre (que parecía su hermana) aclaraba que no era ese Carlos el que tenía que decirme algo, sino su marido, le puse a esa cara lunática un bigote de bandido y alargué su melena. De pronto, me encontré ante el novio de Panene del Yelmo, la hija hippy de don Tomás del Yelmo. Tina, Agustina y yo les habíamos seguido hasta una urbanización exclusiva de la localidad de Bagur. Tina, Agustina, había dicho: «Desde luego, Dios los cría...». No sabía qué hacer con ese dato, pero era un dato. Sisita, Isabel, susurraba algo a su marido, al que conducía uno de los guardaespaldas. La expresión del rostro de Del Escudo fingía introspección y cierto desasimiento. En verdad, los presentes eran expertos en simular la mayor normalidad en medio del desastre patente. Del Escudo me miró, impulsó la silla hacia mí. Yo no sabía qué cara poner y opté por babearle a la deliciosa sonrisa de Sisita y esperar a que de un momento a otro el teatro se derrumbara y todos siguieran mirando a otro lado.

—Fernando, hijo. No sé cómo expresarte mi gratitud. Estos días hemos trabajado tú y yo codo con codo. Espero que la experiencia se repita... —Del Escudo buscaba

las palabras. Carraspeó Sisita. Carraspeamos todos. Me atreví a dar las gracias—: La cosa no ha hecho más que empezar, no te fíes de las apariencias. ¿Sabes de qué diario era el periodista?

Mentí nombrando un gran noticiario y eché a correr, sorprendido hasta cierto punto de que Carlos del Escudo se fingiera estoico con la misma precisión que energúmeno. En la áspera vía pública, la retórica política, esa moda infame, me empujó a la pregunta «¿Qué hacer?». Decidí volver a la sede y, muchacho sofocado por la primavera, olvidarme del mundo aquella tarde con las fantasías de una Sisita Ponce-Caballero que me llama a su residencia de Bagur para hacer un encargo, y una vez solos, el uno frente al otro, olvida la suave frialdad de sus maneras y me susurra ronca: «Haz conmigo lo que quieras, hijo puta». Por la noche, según costumbre de esos días, me andaría hasta los apartamentos Plutón para dejarme hipnotizar por el parpadeo de los televisores que rodeaban la oscuridad del piso de Tina. Después le aullaría a la luna, que esa noche empezaba a menguar. Al día siguiente, sin decirle nada a nadie, volvería al archivo del banco y me ajustaría entre otros legajos caducos hasta que llegase el fin del Tiempo, una glaciación, las aguas de otro diluvio, los arqueólogos de la nueva era, tan interesados que les veo ante mi sonrisa hierática.

La gente no tardó mucho en formar un corro a mi alrededor.

En realidad, no había esperado la caída de la tarde, ni la proximidad de la casa de Tina para empezar a aullar. Algún viandante reía, alguna bocina entonaba «La cucaracha», algún perro se hermanaba a mi lamento. Un guardia me aconsejó que me esfumase.

El buzón de la sede sólo me podía deparar una nueva carta de alguien con un futuro tan deplorable como el mío que esperaba cuatro duros por rellenar sobres. Pero la realidad fue que empecé a dar saltos cuando, en un folio doblado, leí: «¿Ya no te acuerdas de mí? Apartamentos Plutón».

La tarde iluminada, el zumbido del portero automático, una mudanza en el portal, los muebles blancos desfilan hacia un camión, el ascensor está ocupado. En la escalera que pateo con entusiasmo saco deducciones a la misma velocidad con la que subo. Desde aquel domingo en el que Del Yelmo me notificó la desaparición de Tina, Agustina, cobijé la esperanza de que ella aún diera señales de vida, de que me las diera a mí. Si mis intuiciones eran ciertas, la cortesana iba a yacer a partir de ahora bajo la sombra protectora de Arturo Campanero, de la agencia publicitaria Campanero, Fusté, Rebollo y Smith (CFRS). La empresa estaba ubicada en Madrid, Campanero iba y venía. A lo mejor Tina ofrecía a partir de entonces su carne hospitalaria en un punto desconocido de la ciudad, lo que estaría muy bien, o, en el peor de los casos, se sometería en la capital a las fantasías del publicista. Su nueva interpretación: la muchacha ávida y perspicaz, pero con un corazón de oro y muchas ganas de aprender, la compañera que exige un trato de igualdad, aunque sepa que

nunca va a alcanzarlo, tal es el deslumbramiento por el macho, el fornicador que la ha fornicado como nadie lo hizo antes. «No te sonrojes, te digo la pura verdad, eres una fiera». El vanidoso publicista era soltero, además: un mirlo blanco. Había visto su foto y unas notas biográficas en un memorándum de los muchos que Del Escudo apilaba en su despacho. Tenía treinta y tres años y había fundado la agencia CFRS tras sus victorias creativas en Flash-Spot y Pepín, Popoff y asociados. Con ese currículum parece que todo esté dicho, pero Campanero no sólo galonaba trayectoria. De su mente privilegiada habían surgido eslóganes tan famosos, y que aún arrancan una sonrisa evocadora hoy en día, como «Ni un minuto siendo un bruto» para la Dirección General del Libro, o «Abril no es el más cruel si brindas con Rondel» para una marca de espumoso. Repito su estado civil: soltero. La agencia por él fundada junto a Fusté, Rebollo y Smith era pionera en el imaginativo uso de los argumentos y el color en los nuevos spots televisivos. Su filosofía: «La publicidad no es un espejo de la vida, la construye». Impartía clases de publicidad en el máster de creatividad y empresa de una conocida universidad privada. Me saco el sombrero, campeón, pero durante esta tarde, que tan desolada parecía, Tina me pertenece. Ya estoy en el rellano, la puerta entreabierta, ya quiero sacarme los pantalones, un tipo con bigote me mira, el pasillo, el salón desnudo, definitivamente blanco, otro tipo con bigote, la carcajada de Ballesta, el bigote de Ballesta se mueve.

—¡Qué cara de imbécil! ¡Qué pasmo! ¿Ya no te acuerdas de mí? Siéntate en el suelo, aunque sea. Te va a dar algo.

Obedezco. Él sigue de pie y su figura se vuelve amenaza hasta que se aproxima a la ventana y contempla el paisaje. Sin mirarme, me pregunta:

—¿Cómo ha ido todo? ¿Del Escudo nos ha echado de menos?

—Ha sido un poco irreal.

—Sí, a la impunidad por la irrealidad. A la felicidad por la electrónica. Pero, Fernando, haz el favor... Abandona la irrealidad, eres demasiado joven para vivir ahí. Dame datos, sé objetivo, evita sacar conclusiones. Las conclusiones me pertenecen.

Se lo cuento. Soy objetivo. Evito sacar conclusiones, mientras espero que Ballesta me dé una explicación, no sobre el desamparo en que me ha dejado esos días, eso ya lo imaginaba, sino sobre mi porvenir. Ballesta camina hasta el ventanal, se lleva las manos a la espalda, me mira de reojo, empieza a balancearse, levanta las puntas de los zapatos, los talones, las puntas, los talones...

—Desde aquí se ve la casa de Del Escudo. —A ese comentario le podríamos llamar Concepto 1—: No me acaban de convencer estos atardeceres, los de esta ciudad quiero decir. —Concepto 2—: No hay rojos, ni magentas, ni rayos trazadores, ni azules desgarrados. No hay sinfonía... —Adornos del Concepto 2—: La zorrilla Alarcón ha hecho bien en irse. —Concepto 3—: Se ha hecho un bien ella, y nos ha beneficiado a ti y a mí. Porque si don Tomás se llega a enterar de que estabais liados

no lo cuentas tú, ni lo cuento yo. Y mejor será que no se entere en el futuro.

Dispersa esa sucesión de conceptos en presagios y escalofríos, Ballesta dejó de balancearse. Se acercó hasta mí:

—Levántate.

Me levanté. Me miró. Un movimiento de su brazo. Me eché a un lado, me cubrí la cara.

—Pero ¿se puede saber qué haces? Ven. Deja que te ponga la mano en el hombro. Te tengo que decir algo importante. Si empiezas a dar saltos como una mona, no puedo decirte nada serio. Venga, venga... No me jodas tú ahora con el llanto.

—Soy muy llorón...

—Ya veo. Y es que te metes las pastillas sin contarlas. Eso no es nada bueno para el equilibrio emocional. Escucha. ¿Te interesan los muebles? Los van a meter en un Guarda-Todo. Por lo visto, esa chica se ha ido a Madrid. Asunto concluido, como tantos otros. Ahora lo importante es que no se sepa nada, ni me ocultes nada a partir de ahora. ¿Estamos? Claro que estamos. Ven, acompáñame al aparcamiento.

Ahora circulábamos por la ciudad a bordo del Jaguar. Se suponía que debía estar atento a los sonidos del motor por si algún ruido delataba una chapuza del taller donde habían reparado el coche. El sonido era dulce como el ronroneo de un gato. Sin embargo, habían dejado el morro sin pintar, el acero de la chapa a la intemperie como una costra metálica.

—Tampoco han tocado la parrilla. Está hundida —informé.

—Olvídate de eso... Vamos a Les Feuilles Mortes. Tenemos que hablar, planificar lo que vamos a hacer a partir de ahora.

Si existo para ellos, ¿quién soy?

«Pobrecillo, se cree que es nada».

Les Feuilles Mortes estaba cerrado. Ballesta consultó el reloj, preguntó el día que era, se extrañó un montón, maldijo la W pintada en la pared antes de echarse a reír.

—Bueno, hablaremos aquí. Queda cerca del sitio al que voy después. ¿Cómo empezar? Bueno. Supongo, Fernando, que estos días te habrás hecho muchas preguntas. Afirmativo. Bien. Es lógico. Te voy a explicar cómo está la situación en este momento. Aunque sería mejor que antes hiciésemos un poco de historia. ¿Quieres un cigarro? La cosa va a ir del «Érase una vez» al «Si yo te contara». Una de las ideas que tienes que sacar de todo lo que te voy a decir, que no es básica, pero sí fundamental, es que el «Si yo te contara» significa que no se puede contar.

Y me contó lo que tenía que contar, otro manejo revestido de honda transacción humana, mientras con la luz disminuía también la densidad del tráfico, se iluminaban las farolas, y desde la acera empezaba a llegar de modo más nítido el sonido de los pasos de los peatones. «Érase una vez» un alto ejecutivo de un banco de la ciudad cuyo único mérito durante mucho tiempo fue extender la idea de que se llevaba muy

mal con sus primos (quienes dominaban las decisiones del banco matriz) y disimular una tremenda actividad bajo cuerda en las altas operaciones de la empresa que dirigía. Depósitos obtenidos a fuerza de mucho riesgo que en los balances lucen como beneficios, con impecable rentabilidad, inversiones acertadas. No se gana dimensión, no se crece, no se aparenta, pero se mantiene el tipo y hay gente que cobra comisiones. Se gana dinero y la fachada sigue en pie. Se va más allá y se sigue manteniendo el tipo, aún se da un paso más, o no hay más remedio que darlo, y continúan las ganas de jugarse el todo por el todo. Y ahí están los negocios aparentemente ruinosos, las letras falsas, el malabarismo con divisas, las sociedades fantasma que no pagan sus créditos, unos créditos sin garantía y mal documentados, los favores que no se pueden explicar, el lujo, el interés altísimo, los favores no devueltos, el chantaje, las fulanas, las contabilidades para todos los gustos, comisiones, tratos bajo mano, abismos y risas. ¿Por qué? Se pregunta uno y busca motivos racionales, una explicación, un argumento. No lo hay, sólo hay indicios. Las manos de los jugadores tiemblan hasta que olvidan el problema principal por el método más delirante: el problema no existe. Y cuando uno decide que el problema no existe, parece que en verdad no exista, sino sólo posibilidades para la gimnasia mental, la creciente satisfacción, el espasmo de placer ante cada acto que queda impune. No hay mejor estimulante que comprobar la certeza de nuestras intuiciones si nos convertimos en el ganador, en el protagonista activo de nuestros presagios y vencemos en el resultado de otro negocio sucio que a los demás les pasa por alto. La convicción de que ellos, todos los demás, también querían hacerlo y se han enterado de los hábiles manejos bajo cuerda y no se atreven a hacer nada, hasta lo aplauden. Bienvenido al club de los sobrentendidos, de que una llamada de recomendación funciona, de que un favor es agradecido, que a una palabra nuestra sigue un silencio de reflexión y un «Como tú digas», de que se pasan por alto tus travesuras por ser vos quien sois, la sensación de que se está mandando, de que el sueño del poder y el dinero es esto, las copas satisfechas antes de la cena, la adulación a nuestro alrededor, la codicia sin paranoia, que siempre ha sido así y así será y está muy bien. Esa actividad fraudulenta implica un vaciado general, el vampirismo absoluto y también la más absoluta discreción en el método, que hasta algún idiota le convenga pensar que todo es legal y tú un genio. Sólo dos o tres personas bien instaladas deben saber qué se está haciendo y ninguna de ellas debe tener por separado una idea completa ni de las dimensiones de la estafa, ni de su conjunto. «Si yo te contara...». Y un día nos caemos del caballo y una demolición física da paso a una mental, y ciertamente las palabras que salen de la boca de Del Escudo preocupan a sus socios, a sus brazos derechos. Y sólo una persona puede convencerle de que deposite en él su confianza, el director del departamento jurídico, Tomás del Yelmo, el que hasta hace poco ha sido su pobre imitador. Y su pobre imitador le promete que arreglará las cosas poco a

poco, nada espectacular, manteniendo las apariencias. Pero cuando se empieza a tener una idea de cuál es el argumento, de que a «Chico conoce chica» le sigue «Chico ama a chica» y luego «Chico pierde chica» y así hasta el beso del final, y uno toma a partir de ese momento las decisiones importantes, sabe lo que está haciendo, no suda frío y ve que la única persona que puede decirle algo está sumida en una depresión, entonces se divide como una ameba y mantiene una cara para la sociedad, otra para su antiguo protector y la de verdad. La cara de verdad dice que nada se debería hacer si no se sabe qué va a resultar. Ésa ha sido siempre la gran fórmula financiera. No es muy divertida, pero uno le puede encontrar emoción a su propia persistencia en el aburrimiento.

—No sé... —me decía Ballesta, mientras fumaba su cigarro y, de cuando en cuando, fijaba la vista en el espejo retrovisor. Yo intuía que ese relato obedecía a una petición. Una vez más, iba a echar de menos la historia completa—: Además, Del Yelmo, aunque te parezca mentira, siempre ha sido mucho más metepatas, mucho peor negociante que Del Escudo. Por lo menos, durante un tiempo. Asombroso, ¿verdad? Tomás del Yelmo, eso lo sabemos los dos, es un patán malicioso con debilidad senil por las jovencitas, un capataz astuto con el cerebro lleno de semen rancio. Cuesta encontrar un hombre de su posición con menos cualidades que puedan compensar tantos defectos. Y aunque cueste creerlo también, Del Escudo fue antes de quedarse parálítico y hundirse en la idea de un castigo de Dios o vete a saber qué, una persona inteligente, o una persona con la suficiente educación para pasar por inteligente. Lo suficiente como para casarse con una mujer aún más juiciosa que él y preocupada por sus asuntos sin llegar a entrometerse. Pero resulta una mala influencia esa mujer. La influencia de los escrúpulos, el honor de los Ponce-Caballero. No es que sea gran cosa, pero el lema heráldico de esa familia dice: «Sobre todo, las formas». Y eso nos lleva a la entrada en política. Se trata tanto de mantener la impunidad como, si la entrada en política tiene éxito, dar una idea de los asuntos pasados como de un imperativo del momento. No había más remedio que actuar así, dirían, eran los tiempos. Yo ahora, ya lo veis, soy un diputado, trabajo por la gente que me ha confiado su voto. El padre de los Kennedy era traficante de licores, algunos en esta ciudad tienen que soportar la figura de un abuelo esclavista. No hay fortuna, no hay influencia, que pueda presentarse limpia a una auditoría moral. Vosotros, vuestros padres, tuvieron un momento turbio, yo, a lo mejor, tuve el mío, aunque fue hace tanto tiempo que no me acuerdo de los detalles. Mi hijo, mi mujer, mis allegados, tienen derecho a un prestigio. Otra manera de llamar esa operación es «chantaje». Si alguien está metido en las nuevas estructuras democráticas y es un ladrón significa que la nueva estructura ha nacido podrida y está llena de ladrones. Nadie le denunciará.

—¿Y por qué no ha funcionado? —pregunté, mientras me empezaba a interesar



tanta curiosidad por lo que el retrovisor pudiera reflejar.

—Por la muerte de Tramontana. La razón más tonta y más imprevisible del mundo. Hasta Del Yelmo hubiera tenido tiempo para maniobrar. A partir de las elecciones, sólo con que Del Escudo hubiera estado en las listas de la coalición de centro, o en otra cualquiera, todos hubiéramos dependido de todos. Los de fuera de los de dentro y los de dentro de nosotros mismos. La muerte del viejo subnormal fue la excusa para que los del Banco de Negocios dijeran basta y Del Yelmo se subiera a la parra. Gracias a Dios que he podido hablar con él y hacerle entrar en razón. Se tomará unas vacaciones y luego dimitirá. Alegará problemas de salud. Antes de que Tramontana muriese, le hizo firmar los poderes justos para que los mamoneos principales tarden años en saberse. Eso sí, Del Yelmo ha perdido cualquier influencia que pudiera tener. Y tenía a su alcance mucha.

—Pero él no entregó el dinero —me atreví a decir.

—¿De qué dinero hablas?

—El dinero que prometimos cuando estuvimos en Madrid. La reunión a la que Del Yelmo no se presentó. Todo lo que hemos hecho. Si Del Yelmo no acudió a la reunión es que nunca pretendió que la historia fuera a más. Sólo quería ganar tiempo.

—No sé de qué dinero hablas. No hay ningún dinero. Nada dependía del dinero.

El concepto «dinero por favores» había desaparecido, y Ballesta se había atrevido, no sólo a contestarme, sino a mentirme de forma descarada. O no quería reconocer que había sido engañado y se tenía que aguantar, o me estaba preparando alguna encerrona.

El Jaguar estaba allí, sí. Ballesta había hablado con Del Yelmo, pero ahora él sabía que Del Yelmo había pretendido engañarlo. «Si existo para ellos, ¿quién soy?».

—Pensarás que también soy un chapucero. En nuestro proyecto, en lo de la política. Al final, sólo has dado la cara tú... Y ahora debes de pensar...

—No, qué va... —«Si existo para ellos, ¿quién soy?».

—Hice lo debido. Que mi estrategia no funcionara no dependía de mí, ni de casi nadie. Había demasiadas circunstancias —Ballesta volvió a mirar por el espejo retrovisor—: Tú también hiciste lo debido. Negándome información, quiero decir. Si piensas que he estado enfadado contigo, que la semana pasada te dejé que sufrieras con Del Escudo, a su lado, no te preocupes, no tiene nada que ver. A partir de ahora, trabajaremos para Vilabrafim, tú seguirás cobrando tu sueldo del banco y, si las cosas se ponen muy feas, te pondremos en nómina de la coalición. ¿Leiste la entrevista con Vilabrafim? ¿Lo de «Cien españoles para la democracia»? ¿No me descubriste detrás...? ¿El talento en la sombra?

La verdad es que no. A esas alturas, todos los talentos, en la sombra o no, me parecían iguales. Ballesta se dio cuenta de mi escepticismo.

—Mira, Fernando. Voy a darte una lección muy importante. Para la política, para

la vida, para todo. Los movimientos tácticos no pueden calificarse a tenor de los resultados. Uno, en su intimidad, no puede hacer balance de sus propios actos de ese modo, ni para bien ni para mal. Te pondré un ejemplo. ¿Hizo bien Suárez al convocar en diciembre un referéndum para la reforma política? Ahora pensamos que estuvo bien, porque ganó el gobierno, que era quien tenía que ganar, y el proceso democrático sigue adelante más o menos. Pero dentro de unos años, si vuelve a haber fusilamientos en los descampados, si los moros después de saquear ciudades llevan en los macutos de campaña una cabeza podrida para sacarle las muelas de oro a la menor oportunidad, el referéndum, la legalización de los partidos, la coalición esa donde sólo quieren a los ladrones buenos, lo poco que se haga a partir de ahora y hasta que los verdaderamente poderosos se cansen y sus peces piloto empiecen a decir «No era eso, no era eso...», Suárez, nosotros mismos, la gente que ha creído en los cambios y los ha apoyado, quedarán como fantoches, o, en el mejor de los casos, como débiles. Si las cosas acaban bien, todo fue inteligente, decisivo. Si acaban mal, no faltará el que se ponga la gorra de pensar y diga que no se hizo más que cometer torpezas. Supongo que nuestras burdas actividades se olvidarán. Para que lo nuestro se olvide no hará falta mucho esfuerzo. Pero me gustaría que si alguien, con el tiempo, se ocupa de nosotros practique la compasión. Te estoy diciendo la verdad.

Los faros que parpadeaban una manzana más abajo tuvieron que hacerlo tres veces para que Ballesta se diese cuenta y disimulara. Para que disimuláramos los dos.

—Cuando yo sea un viejo, ¿practicarás la compasión? Te estás enterando de demasiadas cosas. Y de más que te vas a enterar. Pero yo creo que, a nuestra extraña manera, ahora ya formamos parte de la normalidad. De la nueva normalidad. Me han dicho que las elecciones serán en junio.

Ballesta encendió un cigarro, miró de reojo al retrovisor. Los faros de un coche blanco ya no parpadeaban, pero el coche seguía ahí, aparcado en doble fila.

—Me tienes que hacer un favor, Fernando. Es un favor que yo le devuelvo a Del Yelmo. A partir de ahora ya no le deberé nada y cada uno irá por libre. Tú y yo ya hemos salvado el pellejo y por muy asqueroso que sea el viejo yo creo que se lo debemos.

Uno lo sabe, conoce el momento verdadero, un silbido en el aire, el silbido del tiempo, la encerrona. Si existo para ellos. ¿Quién soy?

—¿Me escuchas, Fernando? Resulta que Del Yelmo ha recibido una amenaza de un grupo anarquista. Corre la voz de que van a atentar contra importantes empresarios. Como Del Yelmo no tiene nada que hacer hasta que se convoque la junta de accionistas y presente la dimisión, ha decidido tomarse unas vacaciones en el extranjero. Además, está muy cansado y herido por lo de la chica. También ha vuelto a la normalidad, no sé si definitivamente, pero está con su mujer y su hija pequeña en Niza.

Del Yelmo no tiene nada que hacer. Del Yelmo está de vacaciones. Existo para ellos. ¿Quién soy? ¿Por qué Del Yelmo me dio una pista tan clara? ¿Qué estaba pasando ahora mismo?

—Tienes que llevarle el coche a Francia. A esta dirección... —Ballesta buscó en el interior de su americana y fingió que dudaba si leía el papel correcto hasta que me lo pasó. Está en la misma Niza. Es un aparcamiento privado. Igual te encuentras a don Tomás en persona, o algún recado para encontrarte con él. Dale recuerdos y dile que no hay novedades. ¿Tienes dinero? Te daría algo, pero estoy sin un duro hasta mañana.

—No hay problema.

—Búscate un hotel. Si quieres, mañana pasa el día por ahí. Date una vuelta. Vas en taxi hasta la frontera y, de ahí, vuelves en tren. ¿Llevas el pasaporte?

—Está en la sede.

—Está en la sede, claro. Bueno, ve a buscarlo y sal para allí. Pasado mañana te llamaré. ¿De acuerdo? La semana que viene tenemos una comida con posibles candidatos para las listas del Centro Democrático. Te conviene conocerlos y tener muy clara una cosa: Del Escudo era un lastre y esto es el mundo real. Nadie te va a pedir cuentas por eso.

Ballesta tenía una habilidad única para pasar de una disposición escénica a otra sin aparentar movimiento. Ahora estaba de pie, cerrando muy despacio la portezuela del coche.

—Ten cuidado. Con el tráfico, quiero decir...

Arranqué y subí la calle. Al doblar la esquina para desviarme a la derecha, vi cómo Ballesta pedía precaución con la mano a un Seat 1430 blanco que se acercaba hasta él. Los edificios, las farolas encorvadas, me prestaban atención. Alguien se había olvidado en algún bolsillo la llave del maletero, que solía pender del contacto como un ahorcado y entrechocar con el distintivo de Jaguar. Los semáforos me permitían el paso. Al derribarse sobre mí de tanto atenderme, los edificios, las farolas, silbaban el silbido del tiempo.

«Los sueños se convierten en realidad cuando el deseo los transforma en acción concreta. Pida a la vida grandes dones y anime a la vida a que se los entregue a usted». Estaba tumbado en la cama de la sede. Nada más subir, había cogido el pasaporte, el dinero que guardaba en una lata de galletas y, como si fueran cheques de viaje, o un salvoconducto para el país de Nunca Jamás, todos los recetarios médicos que había logrado acumular en los últimos meses. Intenté estimularme con una anfetamina, o mejor dos, no, tres, y después decidí sedarme, y acabar de paso, no me iba a hacer ningún mal, con la botella de Armagnac que había resistido a la fiebre preelectoral. La taquicardia fue de órdago. Hasta que los sedantes surtieron efecto, el techo de mi cuarto y los banderines amorfos que me habían acompañado hasta allí iniciaron una burlona coreografía que intenté remitir con imágenes eróticas de mucho tiempo atrás. Fue inútil. Sólo venía a mi cabeza, como una siembra de pesadilla que condujera a otra, las dos frases de mi antiguo libro *Piense y prospere*. Una carcajada del destino convertía mis sueños en realidad y, como si bebiera del sucio desagüe de los deseos cumplidos, los grandes dones que había pedido a la vida me iban a ser entregados. El techo de la sede me devolvió a una época aún más antigua en la que mi Día de Mañana era pasear con un descapotable a la luz de la luna. En ese momento, abajo, aparcado en doble fila, estaba el descapotable, y en el cielo, una luna que empezaba a menguar. Me habían acompañado hasta allí edificios que hablaban de que en algún lugar quizá existiera una disposición que protegiera del fango a la belleza, al sentido de las proporciones, manos y mentes empleadas en estímulos comerciales que no pasaran por la humillación. La seriedad y la competencia, una dignidad responsable, o un sistema bien planteado a prueba de sus muchos errores, aferrado aunque fuese tan sólo a una acomodaticia doble moral y a beneficios periódicos sin excesivo cargo de conciencia, sin una delirante pantomima. Edificios en perspectiva atentos a mi degradación, a mis dudas, a un lamento profundo del que se siente traicionado y aún no sabe cuál es la traición. El que decide que no existen ni la lealtad ni el orden y atiende a otra voluntad: liberarse, disolverse en el miedo.

La angustia adquirida de que Ballesta habitaba mi vida antes de que le conociera físicamente. Él era mi Día de Mañana, el que ejercía poder sobre mi persona, el que movía los hilos. Suya había sido la idea de que yo imaginara un descapotable bajo la luna, esperar serenamente a la chica más guapa del mundo en ese mismo descapotable, verla nadar en una piscina solitaria a través del cristal de un subterráneo. Su actitud burlona «¿Eso quieres? Toma. ¿Algo más?». Me podía imaginar a Ballesta de seminarista beato, el pecho encendido por el ansia de purificación, de lavar el pecado original. Lo veía en el sacrificio de las armas, en el

túnel vertiginoso de otra personalidad, del triple, del cuádruple fingimiento, imposturas como saltos mortales. Monterau-Montcorbier-Ballesta. El reo de muerte lo maldice en la sala de espera que conduce al patio, al garrote vil: «Te deben haber pagado bien, ¿eh?». Me lo imagino como el loco que finge ser un loco arrancado del manicomio y en cada una de las sutiles maniobras esa locura de la locura termina simulando buen juicio, dinamismo, sagacidad, capacidad de trabajo, necesidad de alterar situaciones, deriva, dandismo, nihilismo feroz. Acordes disonantes que se enfrentan al mundo, que insisten en conocerlo y embaucarlo. Buscar explicaciones estupendas a una bronca agresión, a su corrosión. Afianzarse en lo grotesco. Era como los superiores a los que despreciaba, y lo sabía. «Te quedarías asombrado, hijo mío, si supieras con qué tonterías se gobierna el mundo». Yo ahora necesitaba pruebas de que el 15 de agosto de 1971 ya había sido salvado de todo eso. Pero no había pruebas, sólo frases que laceraban mi soledad y la mitad más sucia de mi existencia: «Los sueños se convierten en realidad cuando el deseo los transforma en acción concreta. Pida a la vida grandes dones y anime a la vida a que se los entregue a usted».

¿Quién conducía el coche blanco? ¿Por qué no estaba la llave del maletero? ¿Era yo el que debía traicionar, o era aquel que debía ser traicionado? Existía para ellos, de acuerdo, pero seguía sin saber quién era. Era el que tenía miedo. El ser dominado por la rabia.

Instrumentos de la rabia. Yo aún no conocía a Gaspar Pérez, autor del opúsculo *La sociedad impalpable*. En ese libro, Gaspar Pérez cuenta su experiencia, cómo le perseguía una mafia psíquica que se apodera de la gente con el fin de extorsionarla, y emite sus mensajes encubiertos a través del cine, de la televisión y la radio, de las canciones pop, de acrósticos y mensajes subliminales en los discursos políticos y en los chistes de los payasos de la televisión. Esos mensajes no eran pistas, no eran ayudas, eran instrumentos de la rabia, fauces efervescentes de lobo. Empecé a descolgar los banderines y a meterlos en una cartera con los blocs de recetas. Los banderines hablaban del Hércules Club de Fútbol, del Recreativo de Huelva. «Demasiadas haches», llegué a pensar. Metí en la cartera un bolígrafo de Del Escudo que él no echaría de menos, el memorándum publicitario donde estaban los datos biográficos de Campanero, mi carnet de afiliado al Partido Liberal Ciudadano, algunas tarjetas. Mientras bajaba a la calle, recé por que no estuviera el coche blanco que nos hacía luces, mientras Ballesta urdía otra de sus tramas y enquistaba la mentira en la acción, y empezaba la acción sustantiva, muy deprisa, y el adjetivo de la acción volvía cada movimiento lento, y el adverbio de la acción nos decía que todo era mentira, que en última instancia la apariencia de acción respondía a su correspondiente, eterna, quietud en las sombras, a la carcajada del destino.

Eran dos los coches blancos. Idénticos. Cada uno en un lado de la calle, a unos

veinte metros detrás de mí.

¿Qué sabían? Sabían que iba a coger la autopista hasta Francia.

¿Cuál era su objetivo? ¿Deshacerse de mí? ¿Por qué? ¿Hacerse con lo que había en el maletero? ¿Por qué?

Salté al Jaguar. Encendí la radio. Compuse la figura del que no teme a nada. Ya en las afueras, la radio empezó a emitir una canción: «Hay algo en el aire esta noche. Las estrellas brillan, Fernando». No sabía si reír o llorar. Demasiado mundo concentrado en mí. Apagué la radio.

Inicié mi primera maniobra de evasión. Me desvié hacia la costa en la primera salida de la autopista. Uno de los coches blancos me siguió. Otro continuó a gran velocidad por el camino de luces naranjas. Aunque hacía frío, descapoté el Jaguar. Desde luego, había algo en el aire esa noche, aunque las estrellas no brillasen demasiado y la luna empezara a menguar. Fernando.

En la carretera los pueblos anunciaban lo triste de la vida rural, aunque fuese costera. Los rótulos con anuncios de cerveza y refrescos se iban apagando a mi paso. Hasta allí había llegado la moda de las W en las paredes. W de largos brazos, aristocráticos, que me obligaban a presentir. Ellos tenían sus coches blancos, tenían la con jura y el engaño, el sálvese quien pueda y su chivo expiatorio que respira algo en el aire esa noche, porque las estrellas brillan, Fernando. Y brillan los polígonos industriales y los carteles que anuncian proximidad, Francia 60, Francia 55, Francia 50, la frontera roja, azul y blanca, la W en los carteles, estaba absolutamente solo, necesitaba la música, necesitaba despertar al mundo, necesitaba que el mundo volviera a concentrarse en mí. Encendí la radio y empezó a suceder con las noticias.

«El gobernador civil de Barcelona, Salvador Sánchez-Terán, decidió dimitir ayer lunes de su cargo para presentarse a las próximas elecciones. La avalancha de dimisiones entre altos cargos de la administración para presentarse como candidatos a las listas de distintas formaciones políticas empieza a ser amplia: José Miguel Ortí Bordas, José Luis Meilán Gil, Luis Gamir, José María Martí Oviedo, Quintiliano Pérez y Pérez... Marcelino Camacho, secretario general de Comisiones Obreras, ha declarado a nuestra emisora esta mañana: “Sería un fariseísmo por nuestra parte en estos momentos echarnos las manos a la cabeza si el presidente Suárez se presenta a las próximas elecciones”. Fuentes bien informadas señalan como fecha segura para las próximas elecciones el próximo quince de junio. Se ha iniciado el proceso contra los siete acusados de la masacre de Atocha. Ciento veintisiete muertos en la carreteras españolas durante las vacaciones de Semana Santa. Un buitre surca los cielos barceloneses. Un grupo de vecinos del barrio de Sants no ha podido ocultar su vena humorística y, en armonía con los últimos sucesos políticos, han decidido llamar *Lenin* al ave: “Dicen que es inofensiva, pero nunca se sabe”. La moda Adlib se impondrá definitivamente este verano. Las señoras deben prepararse para los vestidos

playeros con cintas y rasos. Valerio Lazarov y Augusto Algueró han realizado un spot para la inmediata campaña de TV de Titanlux empleando por primera vez en España un ordenador electrónico, técnica inédita de sorprendentes resultados en la composición de una variada gama de formas y colores. Arturo Campanero, productor ejecutivo de la campaña, señaló durante la grabación la inminente revolución en la publicidad española. Él ha sido también el inventor del simpático anuncio que intriga desde el domingo a los radioyentes españoles».

Y sucedió.

Se oyó el bajo. Y el piano. Y la palmada. Se oyeron el bajo, el piano y las palmadas y nuevas palmas sacudieron palmas en contrapunto. Parecía que el sonido fluyese del corazón del motor de mi amigo coche. El Jaguar era en verdad la única bestia con ritmo de entre todas las bestias salvajes que había conocido. Campanero había destrozado la canción, sonaba con menos fuerza, nada barriobajera, tenía la cursi limpieza de todas las melodías publicitarias, la corrupción tenía que ser general o no ser, pero era la canción del Watusi.

—Amiga, no le tenga miedo al Watusi.

Y se acababa.

Hasta pude prescindir de lo emotivo del mensaje, uno más de los mensajes, la verdadera victoria de Tina en aquella batalla de la historia de la mediocridad. No podía guardarle rencor, ese cuerpo era algo sublime, buscaría siempre a una Falsa Tina, pero era mi deber expulsarla de mi pensamiento. Fuera, Tina. Fuera, el mundo. Ahora era yo quien se anticipaba. A lo mejor eran las pastillas, el delirio. Pero reconocía mi delirio. Era mío. Era mi situación. El mundo, a esa velocidad, en esa crispación de todo, se había hecho para mí, el mundo, el país, cambiaban a mi antojo cuando yo tenía ritmo, cuando respiraba ritmo. Durante el día del Watusi, Él había estado en las caras, en mis heridas, en el brillo de las cosas. Creía que Él había muerto por nosotros, pero Él no moría, su transformación iba más allá de las aguas sucias del puerto, de los recuerdos, de las percepciones. Él era las W en las paredes y las notas de un anuncio de detergente que aún oculta su nombre por una estúpida estrategia publicitaria. Él era el giro de las ruedas como vueltas de mi vida hacia transacciones catárticas. Él no iba a ser la mano de Gaspar Pérez, el autor de *La sociedad impalpable*, que el 10 de febrero de 1981 agredió a Justo Carmona, el actor, protagonista de la serie *No le tengas miedo a nada*, por considerarlo uno de los principales focos de extorsión de la mafia telepática, ni lo volvió a ser el 8 de agosto de 1988 cuando acabó definitivamente con la vida de Carmona tras el estreno de la película *No tengas miedo*, basada en la serie de televisión. Desde el psiquiátrico donde le habían ingresado con un cuadro psicótico delirante crónico no advirtieron, al denunciar su fuga, de las continuas amenazas de Pérez a Carmona frente a la televisión de una de las salas recreativas del centro. Después del juicio, Gaspar Pérez

aún pudo escribir su obra en el manicomio penitenciario y entregarla a un editor burlando una vez más la vigilancia de los guardas. El libro tiene setecientas cuarenta páginas.

A mí me salvaba de la Historia, en las vueltas del compás de la canción, en el mensaje reiterado que yo mismo había inventado: «Amiga, no le tenga miedo al Watusi». Agustina Alarcón, la guarra de todos nosotros, nuestro coño, nuestra Tina, se había salido con la suya, pero ni un segundo pensé en que estaba siendo ella la que me salvaba, sino el reconocimiento de mi cíclica existencia, de que la vida inventada era lo otro y que yo había visto al Watusi y a su sombra. La salvación eran las aguas del puerto en mi saliva, que la cabeza del muerto emergiera y la suciedad de esas aguas benditas fueran lágrimas arrancadas por la velocidad en la carretera donde se cruzaban camiones y el coche blanco me seguía. «No le tengas miedo al Watusi». Empieza a pensar. Vuelve a salvarte. Sal de la Historia.

Los coches blancos sabían dónde iba. A Francia. Un puesto fronterizo. Un paso obligado. No daría rodeos. Ellos sabían que mi coche era mucho más rápido que el suyo, aunque después del accidente con Del Yelmo, una posible manipulación, no corriera como antes. Ellos, u otros, me esperaban en el puesto fronterizo. Eso era algo que yo deducía. Una cualidad que Ballesta había menospreciado. Se lo iba a tener en cuenta. Él cruzaba la frontera con la vergüenza de la traición. Yo iba a cruzarla puro. Puro. Tan puro que trazaría mi propia frontera. Gaspar Pérez había enviado fragmentos de su obra en marcha a los sucesivos presidentes Suárez, Calvo Sotelo y González. Un tarjetón avisaba: «No sigo a líderes, pero vigilo el discurso y los juegos de los niños».

Volví a la autopista en cuanto tuve oportunidad. El coche blanco se perdió en las tinieblas de la carretera general. Pero quizá se avisaban entre sí, porque el otro coche blanco me esperaba en el peaje de la autopista. Durante un instante pensé que ahí se acababa mi viaje. Sobre todo, cuando las luces amarillas, entre el reflejo del parabrisas, me aproximaron la imagen de uno de los policías que solía ir a informar a Ballesta a Les Feuilles Mortes. La policía me iba a detener, pero aún no. La policía quería detenerme en la frontera. Todo el mundo estaba seguro de que iría al matadero con la mansedumbre del borrego condenado. No me conocían, no sabían que yo les había estado engañando. No, no les engañaba. Yo le había contado a Ballesta que seguía viviendo en ese Día. Para mí lo importante no eran ellos, ni su riqueza, ni sus posibilidades, para mí la verdad era seguir siendo en ese Día, frente a las aguas del puerto. La radio, la lluvia que empezaba a caer, el aromático abrazo de los pinos al volver a salir de la autopista me daban la razón. Transportaba algo inculpatario en el portamaletas. Iba a ser detenido en la frontera. Nadie me iba a creer cuando empezara a dar nombres. ¡Y lo más importante! A lo mejor, Guillermo Ballesta no existía. No se llamaba así. Se llamaba Boris. Se llamaba de mil formas. Y ya le había conocido



en formas anteriores. «El mensaje se divide en variantes, se disfraza, se niega, pero el método de variar, disfrazarse y negar es idéntico. El mensaje habla en parábolas, acompaña a la música. Se trata de escuchar, de saber que estamos siendo utilizados por él», había escrito Gaspar Pérez en *La sociedad impalpable*. Un comentarista político que se anuncia como bien relacionado con los medios militares afirmó en su libro *La memoria del elefante* que el golpe de estado del 23 de febrero de 1981 había sido un simulacro, una vacuna, una puesta en escena para acabar con todas las conjuras antidemocráticas y alguna de las democráticas y ensalzar la figura del rey como un nuevo Dios, revestirlo de luz. El periodista apunta como dato curioso que Gaspar Pérez, el pintoresco demente que agredió y luego asesinó al protagonista de *No le tengas miedo a nada*, al ser detenido exhibió, entre otros carnets que se esfumaron a lo largo de la investigación (un mero trámite), un permiso de armas en toda regla. Gaspar Pérez declaró una y otra vez que su primera agresión (trece días antes del supuesto golpe militar) había sido la primera de las vacunas para acabar con *La sociedad impalpable*, que él sabía mucho, que ésa era la primera, sólo la primera, que tenía una misión que él mismo se había adjudicado.

Me detuve a la entrada de la población de Bagur. Nadie me seguía. La crucé a gran velocidad, como si quisiera borrarla de mi mente. En cuanto empezó a desplegarse a mi alrededor el escueto suburbio, frené en seco y apagué las luces. Esperé a que pasara un coche, dos. Nadie me seguía. Volví a la carretera y repetí la operación, esta vez ante el camino que se desviaba al chalet de Del Escudo. Me deslicé sin luces en el bosque. Los perros avisaron de mi llegada a una ventana que terminó encendiéndose. Para acallar las palpitaciones de mi corazón, eché mano a las pastillas imaginando por primera vez el pánico que iba a sobrevenirme en cuanto todo acabara. Resaca y temblor. De pastillas y de Historia. Me deslicé en punto muerto sobre lo que creía era la entrada del chalet de Del Escudo. El Jaguar chocó con la barrera de hierro muy despacio, como si la penetrara, los faros se rompieron.

Bajé del coche y busqué la llave bajo una piedra cúbica como le había visto hacer al hijo de Del Escudo cuando Tina y yo le estábamos espiando. Noté la frialdad de la llave con el júbilo del que tiene todo a favor. Levanté la barrera. Decidí que nadie iba a sospechar de mí: ni los que me perseguían, ni los vecinos. Nadie roba con un Jaguar. Recorrí un camino hasta que un suelo de losas me anunció que ya estaba en las inmediaciones de la casa. No podía dormirme, tenía que hacer mi trabajo con el amanecer y seguir moviéndome. Entonces ya todos sabrían que no iba a cruzar la frontera y me estarían buscando para exigirme explicaciones. En la playa, un resplandor envolvía la silueta de unos pescadores. Puse la radio esperando oír más mensajes. Durante varias horas la música clásica ilustró la luna menguante. Gaspar Pérez llegó a detectar mensajes en clave en los saludos de los payasos de la tele y creyó que era su deber comunicárselo a los sucesivos presidentes del gobierno.

El frío del amanecer consoló algunas reflexiones. Del Escudo había sido vendido por Ballesta, Del Yelmo y Vilabrafim, en distinto grado y según distintos intereses. Ahora yo estaba refugiado en los alrededores de su mansión, junto a lo que parecía una piscina vacía. Lancé una piedra y a un primer rebote con eco se añadió un rodar por el cemento del fondo y el movimiento de un animal ofendido. A veces el sonido del mar se mezclaba con espaciadas ráfagas que llegaban de la carretera, sentía el aliento de las sombras, el juego de las sombras se iba detallando y era tan dinámico en la oscuridad como los juegos de los niños. En *La sociedad impalpable*, Gaspar Pérez escribe hasta la extenuación de los lectores de «sombras como el tintineo de antiguas cajas registradoras», «dinero invisible que se invierte desde la Logia Royal Alfa, la Trilateral, el Club Bildeberg, el Club de Roma». Se apagaron las luces en la playa. Un fragmento de luz se posó sobre las tejas y el ladrillo rojos, los cuerpos de la casa se iban diferenciando y el cristal de una claraboya emitió un destello como el diente de oro en una boca abierta. En el jardín había estatuas, una mesa de ping-pong de cemento y los restos de una barbacoa. Seguramente Carlos del Escudo Ponce-Caballero («Junior» en mi mente) era el rey de la casa en aquellos inviernos y no se molestaba en limpiar entre incursión e incursión. El Jaguar me miraba con sus ojos rotos, el morro semidestrozado. Muy pronto íbamos a separarnos para siempre y con ese juguete se iba a ir la evidencia de una cintura elástica, los labios húmedos, el suelo húmedo. Entre las ruedas del coche una rata me miraba. Me moví con brusquedad, mientras me empeñaba en pensar como un iluminado y deducía que ésa era la rata del aceite, la enorme rata de la alcantarilla única de la que me había hablado Ballesta, y yo tenía que enfrentar a esa presencia el espíritu de aquel que me había salvado. «Los instrumentos de la política sumergida son un fenómeno alterado del juego de los niños. Esa política es la política del aburrimiento, mientras el hombre medio babea frente a la tele. Me opongo a eso con cualquier arma. No me resigno», escribió Gaspar Pérez.

Yo aún pude darme cuenta de que la presunta rata era una ardilla. El animal saltó a la trasera del coche, olisqueó el cuero del asiento y se perdió en la rama de un pino. ¿Qué había en el maletero?

Me senté y puse la radio. Dimite el almirante Pita da Veiga, ministro de Marina, en protesta por la legalización del partido comunista. Manifestación de la ultraderecha frente al Palacio del Pardo. Cuatro excarcelados recibidos con entusiasmo en Eibar, Rentería y Recalde. El poeta Rafael Alberti regresa a España el lunes. Presionan al presidente Suárez para que se presente a las elecciones. El presidente Suárez vendrá a Barcelona el 23 de abril, festividad de Sant Jordi, a que le sea impuesta la medalla de oro de la provincia. Probable y notoria ampliación del Centro Democrático. A finales de semana estarán hechas las listas de candidatos. Jaime Vilabrafim posible número uno por la Ciudad Condal. Hoy, 13 de abril, entra

en vigor la ley sobre libertad de expresión. La huelga de la construcción sigue en Barcelona. Divisé a mi alrededor con la mano en visera. Ni en el bosque, ni en el escorzo de las casas, ni en la playa se veía a nadie. Me sacudí un relente pegajoso y accioné la llave de contacto. El gatito ronroneó durante un par de minutos y, mientras me bajaba del coche y con la puerta abierta guiaba el Jaguar hasta la piscina, me puse a llorar. Apreté el acelerador y, antes del estruendo, me refugié bajo el porche de la casa. Una explosión de agua estancada se alzó en el aire del amanecer y salpicó las losas de agua verde. Movimientos de ardillas en los árboles, cayeron dos piñas, los perros avisaron, nadie parecía oírles. Tenía poco tiempo. Las ruedas delanteras del Jaguar se habían hundido en el fondo verde del agua de lluvia. Estaba más que nunca en las aguas verdes. Apagué el contacto y besé el salpicadero. Conforme a mis previsiones, el golpe había abierto el maletero. Dentro, dos carteras de mano me miraban desde sus hebillas. Tomé la mía del asiento semisumergido del Jaguar y con las tres en la mano, salí al camino, a la carretera, me refugié en un café del pueblo y soporté las miradas de los lugareños, mientras revisaba el contenido de mi hallazgo.

Aquello era el mapa del tesoro. Una antología de pruebas contra la gestión de Tomás del Yelmo, Carlos del Escudo y Pompeyo Llansá. Unos poderes firmados por la mano temblorosa de Pompeyo Llansá a favor de Tomás del Yelmo para que gestionara sus cuentas en diversos bancos suizos. Una carta de 1973 de Carlos del Escudo a un alto miembro de la Administración Central acerca de unas prebendas a favor de la recalificación de unos terrenos en varias poblaciones de la Costa Brava. Se acompañaban las fotografías de una casa y unos datos: «Superficie: 7. 000 metros cuadrados en forma rectangular, topográficamente plano con un ligero desnivel del 5 por ciento. Edificación: 1.740 metros cuadrados construidos en ladrillos de color tostado con cubierta de teja plana del mismo color. Carpintería exterior de aluminio pintada de esmalte blanco». Sin cortarme una peseta, enseñé las fotos a los lugareños. Aquellos hombres, no sin desconfianza, se orientaron por una colina que asomaba detrás de la casa, adivinaron la ubicación de la villa y dieron un nombre (el alto cargo de la administración), luego otro (un conocido político de aquellos días), y les dejé discutiendo sobre la identidad del nuevo propietario (un banquero también muy solicitado en ese tiempo o un futuro senador). Más. Fotocopias de cargos contables contra una cuenta del Tesoro Público. El ingreso de las mismas cantidades, el mismo día, en otra cuenta a nombre de Tomás del Yelmo. Los resguardos de su conversión en divisas. El ingreso de esas cantidades en dos cuentas (Del Yelmo y Del Escudo) de un banco suizo. El extracto de esas dos cuentas y las respectivas anotaciones de los cargos. Compra de valores a nombre de Tramontana, Del Yelmo y Del Escudo con cargo a una cuenta administrativa del banco. Pruebas, pruebas, pruebas... Ballesta se había sentido traicionado y quería acabar con ellos. Había hecho un pacto con alguien y quería acabar con ellos. Si a mí me hubieran detenido en la frontera, habría acabado

con ellos y conmigo. Eso era todo. Ése era el silbido del tiempo. El tétrico balido en el futuro del chivo expiatorio. «Para lo que hay que hacer, el niño ya me sirve».

Compré una caja, pregunté la dirección del chalet de Del Escudo y envié el paquete a esa dirección. En la misma estafeta, un empleado que me tomó por muy tonto me avisó que no sería entregada la caja hasta que no viniera el señor Del Escudo en persona. Y el señor Del Escudo sólo venía en verano. Dije que ésa era precisamente mi intención.

Tomé un autobús a Gerona. Allí me dirigí a una sucursal del Banco Comercial Ciudadano. Pedí cancelar mi cuenta. Me dijeron que había una orden de retención por la cual no podía sacar dinero. Solicité un extracto. Me lo hicieron. El último ingreso era una transferencia hecha desde un banco de Madrid por Agustina Alarcón. Mil pesetas. Ésa era la cantidad que aquella ramera consideraba justa por haberse hecho con una idea mía que le iba a reportar posición y fama en el mundo publicitario. Una burla. «Dime qué puedo hacer por ti».

Aquella tarde, en la Casa de Aragón de Gerona, tomé un autobús con destino a Zaragoza. Me quedé en Lérida y allí cogí un tren hacia Barcelona. Dos o tres paradas antes de llegar a la estación central decidí apearme en una estación plagada de W en los muros que ocultaban un pueblo sin color, cogí un taxi que me dejó en el casco antiguo de Barcelona. Después de pagar un mes por adelantado en la pensión de catadura menos espesa que pude encontrar, revisé el dinero que me quedaba en el bolsillo. Con lo que había guardado en la lata de galletas que ocultaba en mi habitación de la sede, pequeñas comisiones que me sisaba a mí mismo de los gastos de representación, tenía para vivir unos seis meses en aquella nueva y extraña vida que preveía fuera de la Historia. Volvería a ser pobre, a contar cada peseta. Colgué los banderines en las paredes. Bajé a la calle y me recibió una dinámica noche en las Ramblas. Me bañaron la luz irregular y las sombras furtivas. Policías con pañuelos en el cuello vigilaban a grupos de mirada esquiva que se alegraban de la legalización del partido comunista. Entré en un bar y llamé por teléfono a mi madre. Cuando contestó, me limité a escuchar su voz. Al cabo de cinco minutos, repetí la operación. Con tono asustado, llegó a decir: «Fernando, hijo, ¿eres tú?».

Busqué las farmacias próximas. Anoté las direcciones en un papel. Me iba preparando para ser un fantasma legal.

En la pensión, rechacé una invitación de la patrona para ver «en la salita TV Pal Color» la serie *Hombre rico, hombre pobre*. De vuelta a mi habitación, empecé a sudar frío con el pensamiento de que ese *Hombre rico, hombre pobre* fuera una sugerencia maligna, que ya hubiera sido localizado y empezaran a estudiar mis movimientos. Descolgué el traje y pensé que ésa era mi única ropa, que también iba a necesitar dinero para vestir. Ingerí dos valiums y volví a revisar el extracto de cuenta bancaria a la que ya no tendría acceso. En los cargos contables adiviné con dolor la

futura evocación de lo que acababa de abandonar. La ropa cortada a mano, los platos más caros de la carta dejados a medias, una bandeja con una botella de champán fluctuando hacia el sofá donde ellas esperan, los esquís que duermen en la recepción del Palace, comprar sin tasa regalos para mi hermano en unos grandes almacenes, no pensar ni por un momento en el dinero, en la posibilidad de perderlo, las fiestas, las copas, los atardeceres, el dinero había sido el aroma de la saturación, pero fue futuro, significaba mucho futuro y, ahora, su falta iba a significar un abismo que sólo iba a llenar la mala conciencia. Eso lo sabía.

Las paredes empezaron a temblar. Se oyeron gritos en el sucio patio de vecinos al que habría de acostumbrarme. Se oyó música en la calle para luego disolverse. Se oyó un coro de borrachos. A través del mismo sucio verdoso patio de vecinos por el que podría precipitarme en uno de mis días más desesperados, se oyó una radio y más noticias, demasiadas noticias. Me tapé los oídos con la almohada; pero no hubo llanto, ya no habría llanto en años. Durante el tiempo que iba a permanecer en aquella habitación, la radio sería conectada a la misma hora en la misma tierra de nadie de la madrugada. Dios se entretiene con nosotros. Se empezaba a reír de mí. Lo hacía como si no pudiera aguantar la risa. Gaspar Pérez declaró en su juicio por el asesinato del actor Carmona: «Carmona era el candidato manchú. Cada estúpida frase suya tenía un claro objetivo y eso nos convertía a todos en meros comparsas. Veíamos, no hacíamos».

Fue en esa radio solitaria en el patio de vecinos o fue en cualquier otro lado. Siempre de casualidad, casi sin importarme, como una vaga vibración del mundo y de la Historia en la habitación de al lado. Jaime de Vilabrafim se cayó a última hora de las listas electorales de 1977, acusado de crear una quinta columna antisuarista dentro de la coalición de centro y de rodearse de un exceso de intelectuales, y en su lugar nombraron al antiguo secretario de uno de los fundadores de Falange. En octubre de 1982, poco después de ser elegido diputado de Convergencia i Unió por Girona, Jaume de Vilabrafim murió de un infarto de miocardio. Si hubo esquelas y artículos, yo no los leí. Tampoco me sorprendió hasta qué punto puede llegar uno a ser fiel a su propia mentira. La verdad es que hice un chiste con eso y me reí como Dios se estaba riendo de mí. En esa radio, o en cualquier parte, escuché el nombramiento de Carlos del Escudo como decano de la facultad de derecho de una universidad privada y supe del enlace de Patricia del Yelmo Granulosa con el empresario mexicano-libanés Porfirio Hayek. En la boda ofició de padrino el padre de la novia, el también empresario Tomás del Yelmo, progenitor a su vez de una alto cargo del Departament d'Economia i Finances, y de la directora de un centro cultural con muchas iniciales. De Agustina Alarcón o Guillermo Ballesta, por llamar a esos cabrones de algún modo, sólo tuve una fantasmal intuición de su presencia. A veces me he dejado tentar por la idea de que no debía odiarles, de que sólo les conocí en un momento muy

pequeño de sus vidas. En vano.

El Banco Comercial Ciudadano desapareció como tal a principios del año ochenta, y su central y sucursales pasaron a denominarse con el nombre del banco matriz, Banco de los Grandes Negocios, que a principios de los años noventa se fusionaría con el Gran Banco Industrial y, más adelante, con el Enorme Banco Ibérico. Jamás oí un rumor sobre escándalos financieros que afectasen a alguna de esas sociedades. En esa radio o en cualquier otra parte escuché un discurso de Adolfo Suárez en que hablaba de dos muchachos que velan por el futuro de España y no quieren ver a la nación ahogada en las sucias aguas del pasado. Y un discurso de Navidad del Rey: «Para deseáros paz, libertad y prosperidad, en mi nombre y en el de mi familia, me he permitido entrar por un momento en vuestros hogares. Ojalá nuestro saludo pueda llegar a los que viven en los últimos confines de la Patria y a quienes, aún fuera de ella, tienen en España su pensamiento y su corazón. A los españoles de tierra adentro, de las montañas y de la meseta, de la ribera y de las islas. A los que trabajan en la mar. A los que sufren en la enfermedad. A las mujeres, que iluminan y empujan nuestros hogares. A los niños que buscan la felicidad y muchas veces la encuentran muerta en la misma ribera donde flotan, como manchas de petróleo, el bien y el mal...».

¿Quién se sorprendía?

Pasaron los años y vi carteles de un partido reorganizado con el logotipo de una gaviota en vuelo, una W deshecha ya en tiempos del Partido Liberal Ciudadano. Pero no me sorprendía. Las otras W seguían en las paredes. Y habían sido disueltos durante ese tiempo los comandos anarquistas conocidos como «Grupos Libertarios Watteau». Hubo una sombra en el caso «Clave W» de financiación ilegal de los partidos políticos. ¿Quién se sorprendía cuando el anuncio, primero en radio, luego en televisión, del detergente Lavaman fue un éxito rotundo? El Lector lo recuerda, claro. Aún se emite a veces en esos programas de televisión que se pretenden nostálgicos y sólo transmiten una súbita repugnancia por el pasado. Y los muñecos Lavaman, con su W en el pecho. Y a un humorista diciendo «¿Quién le tiene miedo al Watusi?» en la subasta de un famoso concurso. Y al actor publicitario que interpretó al Watusi, Antonio Paredes. Y a la actriz Concha Luna, que era el ama de casa del anuncio. Y a Justo Carmona, «Lavaman en persona», como se presentaba en un anuncio de café donde el personaje de Lavaman, intentando volver blanco el grano tostado, fracasaba por primera vez. Y la serie de televisión *No le tengas miedo a nadie*, que estuvo cuatro temporadas en antena, cuyo cambio de nombre respecto al del anuncio fue debido a las repetidas quejas de la embajada de Ruanda por el trato que se le daba al personaje del Watusi, y donde Concha Luna fue sustituida por la más atractiva Silvia Basanta. Y la película *No tengas miedo*. Y las dos agresiones, la segunda fatal, que sufrió Justo Carmona a manos del demente Gaspar Pérez, un

licenciado en físicas, profesor nocturno en una academia, que en 1992 publicó a sus expensas el panfleto *La sociedad impalpable*. En la introducción de ese libro uno podía leer: «Lo que nos hace inteligentes es la capacidad de relación. Lo que nos mantiene vivos es una continua y siempre estimulada capacidad de relación. La inteligencia viva es un continuo desafío al poder telepático, subliminal. En esta obra existen datos y relaciones, en apariencia absurdos, pero que demuestran cómo conviven y conspiran, cómo trabajan a nuestro alrededor para alienarnos personajes tan dispares como el payaso Fofó, Manuel Fraga Iribarne, Eleuterio Sánchez el Lute, el cantante Carlos Aguirre del grupo Los Persuasores, el cantante (*sic*) Fernando Atienza de AvantPop, los feriantes de las tómbolas, el traficante de armas Munzer Al-Kassar, el actor Justo Carmona y el playboy José Felipe Neyra. Hay un complot en marcha».

Con la mención del sujeto, doy por terminada, en una bulliciosa noche de abril de 1977, mientras Dios, cualquier Dios, ya se reía de mí sin disimulo, la segunda parte de mi Informe sobre José Felipe Neyra.

1995



## Hay que reconocer en Gaspar Pérez a un entusiasta de la Teoría de la Conspiración:

En el marco de un mundo que no ha sido transformado esencialmente, el surrealismo ha alcanzado el éxito; un éxito chato y convencional, inmenso y peligroso. Si el espectáculo es el opio del pueblo, el espectáculo surrealista por antonomasia, el ocio infantil y juvenil, los juegos de los niños, se convierte en el más peligroso estupefaciente. No se trata de lavar cerebros, que se lavan, ni tampoco de lanzar consignas, que se lanzan; sino de alterar los arquetipos junguianos, corromper el inconsciente colectivo, modificarlo, eliminar la «preferencia humana» en nuestra conducta y sustituirla por docilidad, una nueva mansedumbre. Quieren sombras bañadas por la luz de los televisores. Quieren que dejemos de actuar y obedezcamos el MENSAJE. ¿Quién es el culpable? ¿O quiénes? ¿Cuántos? ¿Cómo?

Primero fueron los masones. Aún aletean. Los hermanos Grimm, Collodi, Mozart y Rudyard Kipling eran masones. Aún puedo recordar *Los dioses de los encabezamientos del cuaderno de ejercicios*, una obra de este último: «Así como será en el futuro, fue el nacimiento del hombre; sólo cuatro cosas ciertas hay desde el comienzo del Progreso Social: que regresa el Perro a su Vómito y la Cerda a su Lodazal, y que el dedo vendado del Estúpido que se ha quemado va de nuevo al Fuego». El ingenuo refrán didáctico oculta claves que sólo unos cuantos podemos desvelar. Ahora no tengo tiempo para ello, porque me interesa más señalar la pertenencia a la secta del crionizado Walt Disney y de Mario Moreno «Cantinflas».

Todas las producciones de Walt Disney encierran un doble lenguaje. Y *Fantasia*, triple. ¿Por qué se llaman como se llaman los enanitos de Blancanieves? Gruñón, Mudito y los demás. Ja, ja, ja... Así me río yo. ¿*El hombre ha entrado en el bosque* es un mero enunciado ecológico y ternurista y sádico o AVISA? Cuando Cantinflas en *Conserje para todo* traza la resolución de un tres en raya con un asturiano (también es significativo que en las películas de Cantinflas todos los bobos sean asturianos), ¿no está marcando un camino simbólico, una senda? Nadie se ha preocupado por desvelar estos mensajes que están ahí, casi sin codificar, menos oscuros que algunas bobadas políticas o sexuales que se censuran o critican en otras películas destinadas al público adulto.

Ahora, mi pregunta es: ¿Son masones Gaby, Fofó, Miliki y Fofito, una agrupación de lúdica apariencia también conocida como Los Payasos de la Tele? ¿Son masones los creadores del anuncio de Lavaman y de la horrenda serie televisiva a la que ha dado lugar?

No, ni hablar. Son otra cosa.

Procedentes de Estados Unidos o de alguna de sus colonias, Los Payasos de la Tele se hacen públicos en nuestro país en el año 1973. El mismo año en que asesinan a Carrero Blanco y los medios informativos nos hacen creer que ha sido ETA la ejecutora del atentado. O la CIA, para los perspicaces.

Antes de escribir este libro, mis investigaciones se centraban exclusivamente en La Operación Ogro (un nombre de cuento infantil), como fue conocido el plan de asesinato del jefe de gobierno español, y su relación con los diversos instrumentos de la criptohistoria. Llevaba mucho tiempo relacionando con cierto éxito el contenido de los programas anteriores al suceso de «El gran circo de TVE» (como se llamaba entonces el espacio ocupado por los payasos). La canción que dice «Hola don Pepito, hola don José, pasó usted ya por casa, por su casa yo pasé, y vio usted a mi abuela, a su abuela yo la vi, adiós don Pepito, adiós don José», cuya letra esconde sin duda una clave de actuación<sup>[1]</sup>, es cantada por el payaso llamado Fofó los días antes del suceso Y SE DEJA DE CANTAR el día anterior al atentado. Curioso ¿verdad? En aquel tiempo no tenía ninguna duda sobre el motivo de la reiteración, primero, y luego desaparición del cantable: era una orden. Cuando fallece el payaso Fofó en misteriosas circunstancias y las autoridades magnifican su fama con el fin de torturar a la población infantil, no sólo le dedican una calle en la capital, Avenida del Payaso Fofó, sino que levantan una estatua. Mi obligación era investigar, y la noche en que se descubrió el monumento me dirigí hasta aquel peligroso paraje.

Y vi sonámbulos, sombras en los portales, sombras en los automóviles que circulaban por allí MUY DESPACIO. Pero lo que me extrañó, por lo descarado, es que ese mismo día, una W había sido trazada en el pedestal con un aerosol de pintura roja. No hace falta que explique que la W es un signo rosacruz que remite a la danza ritual y el fuego místico. Una señal que ha estado ocupando muros y fachadas durante los últimos años ante la apatía de las autoridades, que hacen la vista gorda una vez más ante lo evidente, o son sus cómplices.

Estaba muy sorprendido. Pero, de momento, lo dejé estar. Lo dejé ahí. Latente. Durmiente. Quizá eran sectas perseguidas por Franco que, ante la presunta nueva libertad, deseaban reorganizarse y se lanzaban, como los partidos políticos, a un frenesí alfabético. Quizá. Pero era necesario seguir alerta. Por eso, cuando vi

el anuncio de Lavaman, y vi la serie de televisión, y a ese personaje grotesco, el Watusi, utilicé mi inteligencia. Yo no sé la de ustedes, pero mi inteligencia pide relaciones. Mi obligación era relacionar, unir los puntos de la conspiración, trazar el plano escondido para luego revelarlo. Para desenmascararles.

Que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas me negara una beca para llevar a cabo mis estudios con tranquilidad, haciendo caso omiso de las pruebas que les presenté, del aparato erudito, ya me dio una idea de que ALGUIEN quería que lo oculto siguiera siendo oculto.

Otro alguien dijo una vez que la verdad se encuentra en aguas encrespadas y profundas. El hombre ético y el artista nadan en ellas; el loco se ahoga. Yo tengo mi explicación de los toques, los signos, los golpes, las palabras, la retórica y el protocolo. Reconozco mi desequilibrio, alimentado por años de excesos.

Cierro ese extraño libro, *La sociedad impalpable*, me levanto para comprobar que mi madre sigue durmiendo y su aliento es aún materia, presente. El rostro está desdibujado; no hay arrugas nuevas, sino una disposición más profunda de las existentes, un olor nuevo, una quiebra de la serie habitual de gestos y pensamientos: la fugaz condición humana puesta en evidencia; un impudor que sólo se perdona en estas clínicas de lujo. No es ella la que está ahí detrás, sus células invadidas por la nostalgia de corrupción, por la sed de muerte, por la fría convicción de la derrota en una lucha desigual. El mal se extiende y ella también va a morir sin dignidad; somos los demás quienes debemos restituirla, construir una campana de explicaciones y consuelo.

El hecho de ser un extraño en esa familia me ha impedido preguntar, durante el mes que mi madre lleva ingresada, cuánto tiempo va a durar la situación. Me parece que ella estaría mucho mejor en casa, lejos de esta suntuosa asepsia, con una llama de esperanza que no fueran las evasivas sonrientes de médicos y enfermeras cómplices, o, por lo menos, con tiempo por delante para despedirse del resultado de su esfuerzo en la Tierra, de su noble, feroz, ausencia de resignación. Pero ella sigue ingresada y no me atrevo a preguntar, porque soy una partícula molesta en la ecuación que ella ha construido y luego abandonado para irse con su enfermedad a parajes de inalcanzable sufrimiento. No puedo decir a Carmelo, a Gracia, a Francisco José, ni siquiera a Marta, lo que pienso sobre el derecho que tiene mi madre de volver a casa, porque sospecho que ellos iban a entender mi propuesta como un «Apañaos con ella» que está muy lejos de mi pensamiento y cerca de mi sospecha sobre la idea que tienen de mi capacidad de amor. Sólo me han dejado velarla alguna noche, como si cuidar de un enfermo fuese un privilegio de los que la han soportado durante los últimos años (porque me temo que la soportaban) y ahora, muy pronto, desean recibir íntegro el beneficio de las fatigas y silencios que significaban vivir al lado de esa mujer impulsiva y cabezota, quizá muy egoísta. O reservada, o inconsciente, o angustiada, o valiente, muy egoísta en cualquier caso. No quiero ser mezquino suponiendo en los demás una avaricia que han estado muy lejos de aparentar. Es la involuntaria, infeliz, mascarada que construyen. Es el patetismo con las mejores intenciones, celadas de

sentimiento familiar. Son los chantajes de los que me he ido librando a lo largo de la vida.

Flora, mi madre, no se cree la mentira absurda que ellos han urdido con la ayuda del personal sanitario. Ella sabe que no tiene esa falsa diabetes aguda que, de momento, requiere una continua vigilancia. Los otros, Carmelo, mis hermanos, saben que no se lo cree. Ella, agradeciendo su esfuerzo, les sigue la corriente para no herirles. Los otros saben que ella les sigue la corriente y no dicen nada para no herirla. Todos son admirables, pero la tensión crece y un momento de nerviosismo puede dar lugar a que se rompa el velo de sobrentendidos y surja la perfecta escena dramática para lucimiento desahogado de todos los actores. A ver quién padece más.

Ganaría mi hermana Gracia. No sólo manifiesta su dolor a la menor oportunidad; también anima a los demás para que entren en un siniestro juego de lágrimas en el pasillo, maratónicas llamadas telefónicas donde un repentino ahogo o sólo una frase descarnada de mi madre (de las que solía decir cada minuto cuando estaba pletórica de salud) se convierten en el aviso de la recta final y ella, Gracia, manifiesta tener la culpa de todo y yo, o quien sea, debemos sacarla de esa sospecha idiota, padecer en equipo. O esa preocupación, quizá razonable, por el declive en su léxico hacia lo muy soez que mi madre exhibe desde que la enfermedad se ha hecho patente. En verdad, Flora se ha vuelto muy deslenguada. Luego están las tiernas historias infantiles de Gracia, cuando mi madre la llevaba al parque u organizaba sus fiestas de cumpleaños desviviéndose por cada detalle («se desvivía por cada detalle siempre, Gracia») y la confirmación, entre vagos pensamientos incestuosos del calibre más vulgar, que interrumpe su llevarse una medalla de oro a sus dientes blanquísimos y lo que tardo en reconocer ese gesto como mío, como algo familiar, de que Gracia desconoce nuestro pasado, nadie le ha contado que vivimos entre chabolas, o en una portería, ni sospecha el pasado de su madre, no quiere saberlo, no le importa. Le importa su madre con ella. En realidad, ella con su madre. La conclusión que uno extrae de esa actitud es que Gracia no sabe que su madre se está muriendo de verdad. En su absoluta inmadurez, con atuendo de joven ejecutiva de veraneo, no concibe la idea de la enfermedad sino como extraño ejercicio psicodramático. Tu madre, Gracia, se está muriendo en serio y tu poca capacidad para reconocer el verdadero sufrimiento y ese modo de divulgarlo nos está matando un poco a todos.

El hecho cierto es que, como Gracia está de vacaciones (estudia empresariales en una universidad privada), insiste en pasar las noches con nuestra madre. Una noche tras otra. Y su padre, Carmelo, no sabe negarle nada, ni la desazón. El otro día Gracia se desmayó en la cafetería y le han diagnosticado un principio de anemia. La tuve que coger de los hombros y, contagiado del espíritu «pasiones a flor de piel», casi gritarle que nadie la engaña, que el cáncer no es contagioso, un principio de anemia es sólo eso. A ella, desde luego, le han enseñado muy bien que soy un pobre sinsustancia con

el rumbo de su vida perdido desde hace años y no hay que creer nada de lo que diga. Luego vi a Carmelo, hermético, ahí, sentado en el sofá, y pensé en aquella familia, quizá en todos nosotros, como una pequeña sociedad sin mando. Ese desgobierno da lugar a la manifestación espontánea de las pasiones más ridículas, los sentimientos más nimios aspiran al arrebató, los pequeños regalos que nos da la Naturaleza para que explotemos nuestra juventud convertidos en extrañas recetas espirituales: enamorarse del amor, sufrir de sufrimiento, amagos de tragedia, vaivenes psiquiátricos, *stripteases* emocionales, gritos y besos en las calles, violencia, rollo duro. Esa familia a la que no soy tan ajeno me recuerda, Lector, a España, a mi ciudad, a mi vida, entre los años 75 y 85.

Un momento, Lector. Yo también me eché a reír cuando encontré en mi cabeza ese pensamiento trascendente, esa relación. Yo aún no soy como Gaspar Pérez, el autor de *La sociedad impalpable*. Creo que nado. Y por eso me río. Porque soy un frívolo, aunque durante un tiempo fuera un frívolo desesperado.

Olvidemos eso, de momento.

La obstinación de mi hermana Gracia por cuidar de mi madre me ha permitido escribir a cierta velocidad la segunda parte de este Informe. Para llegar hasta aquí, Lector, no has tenido más remedio que leerla. Ahora, de vuelta al sofá, mientras espero que amanezca, y una enfermera pase a preguntarme, por cortesía, cómo ha pasado mi madre la noche, tengo mi trabajo sobre las rodillas junto a fotocopias encuadernadas del panfleto *La sociedad impalpable*. Los dos contamos nuestra verdad. Yo nado. Él se ahoga. Es posible.

He encontrado una extraña placidez en salir a fumar un cigarro por los jardines de esta moderna clínica antes de que amanezca. Mientras oigo el eco de mis pasos en un silencio sereno, echo en falta una circunstancia menos dramática para el paseo y evito las miradas que me llegan desde los bancos ocultos por ramas de pino donde se agazapan sombras y bultos, brasas de cigarro como luciérnagas que manifiestan la satisfacción del deber cumplido ante un compromiso inevitable, impaciencia, rencor hacia Dios y el mundo, resignación, furia, tristeza. También hay miradas como la de Carmelo que uno se obstina en interpretar: quizá sabe mucho, lo intuía, está habituado desde siempre a sufrir. Quizá no sepa nada, no lo esperaba, está habituado desde siempre a disimular su incompetencia ante el discurrir de la vida o, al menos, convencido de ello. Sabe que a partir de ahora se enfrenta a una nueva etapa que no desea, pero tampoco desea compasión y por eso se mantiene hermético.

Me siento, fumo, el aroma de los pinos fuerza el último aliento de la noche. Amanece, trinan los pájaros, lentos automóviles transportan al turno de día. Dentro de poco, cuando salga de aquí, a lo mejor me pierdo entre el humo de uno de esos garitos que reconocen este momento del día como una hora infame. A lo mejor, tras descansar un poco, inicio la tercera parte de este Informe.

Mis paseos por el mundo canalla, mi furor por la simetría, pero también por el caos, mi plan, fructifican, ya lo creo. Muy pronto, Lector, obtendré resultados serios. Porque soy un espía de muy baja catadura, un habitante de la cloaca, pero no me resigno. Quizá sea la influencia de mi madre, su enfermedad, las circunstancias. Puede que ese recordar contra todos, contra el balsámico y necesario esfuerzo de olvidar y mirar a otro lado para sobrevivir, el que tras muchas contabilidades, punteando recuerdo a recuerdo, me haya hecho llegar a un balance nefasto sobre el discurso de mi vida. Y, desde luego, mi carácter no está dotado para una espiritualidad redentora, ni para, como Gaspar Pérez, llevar el furor simétrico, la paranoia y la lógica hasta las últimas consecuencias.

Estoy seguro de que a estas alturas del Informe el Lector piensa que en un afán de patético exhibicionismo me supongo un agente de la Historia y soy sólo un fracasado que mitifica sus vulgares conflictos internos, sus meteduras de pata. Alguien, ya fallecido, me dijo una vez que «a los raros nos pasan cosas raras». Sí, Elsa, y ahora puedo añadir: «Los raros se reconocen entre ellos a simple vista, como los enanos». Ella sigue conversando conmigo desde el pasado y ahora encuentro otra frase suya, dos, en el recuerdo: «Soy feliz en el desastre. El desastre me convierte en invencible».

Sabes, Elsa, que eso no era del todo cierto, que uno no puede seguir siempre con esa idea en la cabeza. El tiempo nos hace cambiar y nuestras ideas, por muy verdaderas que sean, deben cambiar también. Pero si hay algo, no de verdad, sino de auténtico en todo esto es que, contra la convencional versión de los sucesos propuesta por la sociedad, esa cosa tan muerta como tú, y contra la enferma paranoia de Gaspar Pérez y sus secuaces, está el caos, nuestro caos, tuyo y mío, Elsa, el desastre, lo cómico, la risa y lo paradójico, el grito ululado como extraño resultado de nuestras vidas. No creo, Elsa, que durante los últimos días te echases atrás, que temblando juntases las palmas y mirases al techo. Tú no. Te voy a contar algo, aunque no queda más remedio que el Lector se entere un poco de la buena marcha de mis maniobras.

Ya me han dicho tres personas que una vez conocieron a José Felipe Neyra. Y me han contado lindas historias de policías corruptos, soplones desaparecidos, financieros, diplomáticos, húngaros, marseleses, bancos suizos, Sudáfrica. Los personajes y ambientes de costumbre. El cine le debe mucho al mundo del hampa; pero el hampa se ha visto embellecida en el cine y tiende a imitar sus invenciones de un modo fanático. Se gustan más cuando los impulsos tienen una explicación, cuando los negocios son brillantes, cuando se obra en sentido único. El resultado de mis pesquisas es que ahora me sigue más gente. Secuaces de otros grupos que se incomodan al oír el nombre Neyra y no sólo la lista de pintorescos e incompetentes tipos que el Lector o alguien de su desconocida organización, lobby, corporación o reunión tiene a sueldo y recitarán confundidos extrañas versiones de mi

comportamiento ante la incapacidad de dibujar en un papel los signos del alfabeto en grupos que imitan al lenguaje humano y poseen un sentido para la comunidad.

Me han dejado de ingresar el soborno mensual por mi trabajo. ¿Ya no te intereso, Lector? ¿Debo tener miedo? Sé desde hace tiempo que «Neyra» tiene cinco letras. Y que eso es todo.

Como Elsa decía: «El cinco es bastante perfecto, pero no me cae bien». A mí tampoco, Elsa. Ahora veo la palabra NEYRA escrita sobre tierra mojada el 15 de agosto de 1971. Sólo descubrirla, una bota ortopédica con un fris-fras continuo, sucesivo, rítmico, idéntico, sucesivo, exacto, sucesivo, restriega el suelo y trastorna la superficie NEYR, aproxima hasta el centro de mi campo de visión una colilla de 46 y un brote arrancado de malas hierbas, las manos cruzan el ritmo con ritmo legal y la lengua chasquea dentro de la boca, una tercera, sublime, percusión, hasta que la lengua se detiene y la boca dice: «El Watusi es un baile. El mejor baile suelto...». Y fris-fras, el pie deforme, fris-fras. NEY. Bailarines en perfecta formación. El primero inicia una onda con un brazo y lo sacude como si transmitiera corriente eléctrica hasta el otro brazo, y el brazo del segundo bailarín lo recoge y, tras una pausa, y a ritmo, idéntico y sucesivo, llega a un tercero la esencia de lo invisible, o el susurro del mal, o el polvo de la transformación, cenefas mutantes en la zona eléctrica. Una voz canta en un idioma que ni el cantante ni yo entendemos. Las palabras y los sentidos cambian, pero la canción es eterna, o al menos la oigo bajo la apariencia de eternidad. Las confusas palabras son una clave turbia que oculta la verdad que hay debajo; un escondite para la luz allí donde amenazan las tinieblas de este mundo. Tinieblas. Me vendieron a principios del 77 como cabeza de turco adiestrado con mil mentiras para la lealtad extrema, sucesivo, idéntico, utilizado desde el principio; una víctima propiciatoria a mano por si los asuntos se torcían. Fris-fras, NE. Ballesta entregaba las pruebas del fiasco bancario a cambio de un futuro, fris-fras. La policía gana al detener a un escamoteador de pruebas al que aderezarían de modo conveniente con los cargos que les viniera en gana, fris-fras. Sólo la puta supo desaparecer, sucesiva, idéntica, N. La sensación amarga de años desperdiciados, fris-fras. Continuos, sucesivos, rítmicos, idénticos, sucesivos, exactos, sucesivos, allá, alrededor de NADA, que no es una palabra de cuatro letras, sino de cinco: NEYRA. Y José Felipe Neyra flota en las aguas del puerto, o lo está viendo todo. Fris-fras.

Vuelvo a la habitación de mi madre y, antes de abrir la puerta, me sorprendo ante un quejido, el paso arrastrado de unas zapatillas. Viene o va. Espero tras la puerta hasta que se vuelve a meter en la cama. Me doy cuenta de que ya no reconozco esos sonidos en el esfuerzo que hago por identificarlos. Los pasos de mi madre eran un ágil chancleteo y sus ruidos un suspirar que ahora, oído alguno de sus sueños, asocio a una vaga ansiedad erótica, o la voz que arrancaba a hablar como una metralleta desde un punto de la casa donde sus palabras eran del todo inaudibles y te obligaban

con rabia a acercarte a ella si querías oír lo que estaba diciendo. Ahora ya no hay nada de todo eso. Abro la puerta.

Mi madre está hojeando el Informe. Quizá aprovecha las salidas a fumar un cigarro para enterarse de mis tareas.

—¿Qué es este montón de mierda seca? —Excuse el Lector su lenguaje. Los doctores hablan de pasajeras desinhibiciones producidas por la medicación.

—Escribo una novela.

—¡Y un huevo...! —Se saca las gafas, y con un gesto fingido de fracaso y desolación se vuelve sobre su costado y mira la ventana.

Recojo el manuscrito esparcido por la colcha. Supongo que ha leído cosas, o intuido asuntos, que no le hubiera gustado saber. Sin mirarme, vuelve a hablar:

—Estuviste todo el tiempo aquí, en Barcelona, aquellos años, ¿verdad?

No digo nada. Me siento. Cuando se despierta, empiezan los dolores y, poco a poco, aumentan hasta lo insoportable. Es entonces cuando la enfermera que llega a los ocho con su inyección se me antoja un ángel.

—No te jode... Tengo que contarte algo, porque no te has enterado de la misa la media.

Me revuelvo en el sofá, me incomodo. Falta muy poco para que llegue la enfermera. Pero mi madre calla justo cuando esperaba que volviese con alguna historia delirante como un puente entre dos sueños, las anécdotas deformadas que he estado oyendo en los últimos días, relatadas con voz de niña o de furcia barata. Si uno no supiera que el dolor es inaguantable, diría que ha vuelto a zambullirse en ese vacío en el que, me doy cuenta, se va preparando a entrar.

Pero habla, por fin. Y cada vez que habla me duele. Me duele por arriba, la solemnidad funeraria. Y me duele por abajo, la vergüenza ajena.

—No puedo diñarla sin contártelo.

—Mamá, no te vas a morir.

Se gira un momento, con una mueca de dolor en la boca.

—Me tendré que morir algún día, digo yo... No vengas tú ahora a tocarme los ovarios con gilipolleces. Y por eso quiero que te enteres de una cosa. Eso que he leído al final. Me imaginaba que te había pasado algo así. O me vino luego.

—Me traicionaron. No eran trigo limpio.

—Míralo, el enterado, el bobo de Coria. Yo, de joven, que era una palurda pringada, veía a esa gente y pensaba que estaban por encima del bien y del mal. Pero por encima de eso no está nadie. ¿Verdad, mamón? No sé por qué nos empeñamos en echarnos la culpa de todo.

—Algo de eso hay, sí.

—Yo no sé qué habré hecho para que mis hijos sean así de repelentes.

—No te echas la culpa de todo.

Quiere reír, pero tose. No me muevo. No le gusta que nadie se acerque a ella cuando tose, o tiene un espasmo de dolor. El que lo hace, suele quedar sepultado por un alud de insultos y blasfemias. Ella, aunque no lo manifieste, sólo desea que haya alguien cerca, no estar sola.

—Conozco a la puta esa. A la mujer del mariconazo. A la Del Escudo. Al poco de que tú desaparecieras me presenté a hablar con ella.

Me pasmo.

—¿Y?

—«¿Y?», pregunta el hijoputa. Y nada, coño, nada. Fui un poco en plan gitana. Llevaba a la niña en brazos y al apampao de tu hermano Francisco José en el cochecito. Sólo me faltaba una ristra de ajos. Esa gente... Vaya mierda... Le digo al imbécil que me abre la puerta que necesito ver a Sisita Ponce-Caballero. Llevé una tarjeta que tenía de su marido de cuando me mandó flores una vez, cuando te fuiste a vivir con ellos, y le dije que era tu madre. Entonces va el mayordomo o quien fuera el sarasa de monte aquel y me dice que la señora no está en casa. Cabrón...

—Te sigo.

—Mamón. Pasa el tiempo. Tú seguías haciendo aquellas llamadas de mierda. Supe desde el principio que eras tú, gilipollas. Sabía que estabas vivo. Sólo tenía ganas de encontrarte para matarte con mis propias manos. Habíamos ido con el idiota de Carmelo a la policía para preguntarles que dónde estabas, que eras menor de edad, que te buscaran, y los tíos maricones nos dicen que de qué. Que estaba de moda irse de casa. Yo pensé: «Mientras el hijo de la gran puta ese siga llamando quiere decir que está vivo...». Y como siempre he sido una gilipollas, con eso me conformé. Y aún me conformé más cuando la misma policía vino a casa a interesarse por tu caso. Un par de ellos. Y yo les invité a café y les di las gracias. Me dijeron que si había algo que se lo dijera enseguida, que era una pena que un chico tan formal como tú se viera metido en algún lío. Yo, claro, me mosqueé, porque una va a comisaría y los policías te dicen que ellos no buscan ni al chulo de su madre, y luego otros vienen a casa y hacen como que tienen servicio a domicilio... Muy raro. Y cuando volvieron, porque volvieron, ya me mosqueé del todo. Les dije, haciéndome la tonta, la llorona, que habías llamado desde Londres. Se me ocurrió Londres. Que no querías saber nada de nosotros. ¡Que les dieran mucho por culo! Y me quedé hecha una mierda sin saber qué habías hecho, por qué te buscaban y por qué no me decían a la cara que te estaban buscando. En esos tiempos, que cada día pasaba algo... Que una vez ya te habías salvado por los pelos, pero que ahora la cosa estaba muy negra, que no era el Celso aquel, ni las chabolas, ni aquellos cuatro desgraciados, que ésa era otra gente...

—Pero llegó el verano.

—¿A que me levanto y te estampo dos hostias en toda la cara? ¿Cómo lo sabes?

—Les dejé un recado en su casa de Bagur.



—Hasta en eso eres repelente. ¡Necio! Pues me llama la zorra de Sisita, la mujer. Bien que se había guardado el teléfono y la dirección, no se olvidan ni de un detalle, los cabrones, no. Quedamos en una cafetería. Que vaya desgracia, me dice. Que estábamos juntas las dos en la pena tremenda, porque su único hijo también había desaparecido. Que durante esos días había pensado mucho en ti. Que dónde estarías, pobre. Que eran tiempos muy revueltos y su marido se había asociado sin querer con gente que no era buena, el hogar encendido, cada uno por su lado, sin norte. La chorrada típica. Se pensaba que me chupaba el dedo... Que si necesito dinero, me dice entonces. Y yo le digo que se meta el dinero por el culo, que te quiero a ti, que dónde estás. Y se me echa a llorar, la zorrita. Y quería como darme pena. ¡Y un huevo me iba a dar pena ahí, con esa boca y esas tetas, y un vestuario todo fino y ceñido que se gastaba la hija de puta, que me ponía a cien!

—¡Mamá!

—Yo, en recatada, le cuento mi vida. Lo que yo he luchado, que soy esteticien, que estudio para perfumista, que si esto, que si lo otro. Y ella me suelta que arreglar lo que no tiene arreglo es imposible, pero que tenía que hacer algo. A los dos meses estoy trabajando en Productos Barnabooth-España. Y a los ocho años ya era Subdirectora de Ventas. Tú no sabes, borrico, lo fácil que es subir cuando se tienen padrinos.

—Sí lo sé, sí.

—Y un coño sabes. Mírate, pánfilo, desgraciado. Con Sisita quedábamos a veces a tomar el té. Le hacía como gracia y en vez de irse al Zoo a ver los monos, pues quedaba conmigo. Se creería mejor, la tonta del bote. Y yo, eso sí, le pedía consejo sobre todo. Hasta me saqué años para que me diera más consejos. Me convertí en la obra social de ese putón verbenero hasta que se volvió a Madrid cuando el marido entre la invalidez, las chapuzas y las estafas y una embolia que le da cuando se muere el niño pijo, que a mí, plim..., pero que yo pensaba en ti, si con lo tonto que eres y lo que te dejas arrastrar no seguirías también ese camino de la droga. Entretanto, Sisita me dio todos los consejos del mundo. Y me presentó a gente. Las influencias. Yo pasaba por paleta, pero sí, sí, por aquí. Iba haciendo, ¿sabes? Toda la facilidad del mundo para encontrar otro piso. Facilidad para que el tonto de Carmelo se jubilara muy pronto y con el sueldo íntegro. Facilidades para todo. Y yo, que soy imbécil, pensando todo el rato que, eso que hacía, lo hacía a costa tuya, que sabe Dios dónde mierda estarías metido. Que a lo mejor también estabas muerto y me llamabas por teléfono desde el cielo. O habías estado muerto todo el tiempo y la que llamaba era otra persona. Por eso no dije muchas cosas que sabía.

Vuelven las toses y los quejidos. No puedo creerme lo que acabo de oír, aunque está claro que ese ascenso social obliga a una explicación más convincente que el ahorro, la abnegación y el esfuerzo. De modo inexplicable, ante los dolores y

espasmos de mi madre, tenía ganas de echarme a reír. Y cuando la enfermera entra y dice: «¿Cómo está hoy la niña de El Exorcista?» ya me río con desenfreno. Feliz en el desastre.

—Eres un hijo de zorra mala de mala madre...

Y yo me río aún más. Parecemos un par de orates. La enfermedad no entiende nada.

—Te quieres callar, so cabrón, que me río yo también y me duele más. ¡Y me meo!

Tengo ganas de vomitar de tanto reír. Se me cae de las rodillas el manuscrito del Informe, se esparce por el suelo en un desorden absoluto.

—¡Eso, ahí, de rodillas, a ver si te dan por culo, mariquita! —grita mi madre, mientras la enfermera, muda, intenta inyectarle.

Mi hermana Gracia, el relevo, me sorprende tumbado en el suelo, riendo.

—¡La estrecha de Gibraltar! —grita mi madre.

Me levanto, le doy dos besos al pasmarote en que se ha convertido mi hermana y me deslizo por el pasillo en dirección a los garitos más infectos.

# El idioma imposible

... aprende  
a olvidar porque cantaste. Todo eso pasa.  
En verdad el cantar es un soplo distinto.  
Un soplo por nada, una onda en el dios. Un viento.

R. M. RILKE, *Sonetos a Orfeo*

El bailarín siempre tiene razón.

NIETZSCHE

Soy el juez, pero sé bailar.

PRINCE BUSTER

A veces llueve, y a veces el viento arrastra papeles en calles protegidas, se apagan luces y tiemblan sombras. La radio ronronea inagotable noticias, melodías solicitadas y bobos anuncios de Lavaman en el húmedo patio de la pensión. La línea. «No la cruces nunca», me decía Ballesta. «En el otro lado de la línea te equivocas, elijas el sentido que elijas», insistía Ballesta. «La tarea no consiste ya en no equivocarse, sino en ocultarte», aconsejaba Ballesta. La línea. Es abril de 1977 y me hallo al otro lado de la línea, el incierto lugar donde me ha empujado la sombría tutela de los justos, Ballesta. Ahora todo está al revés y debo disponer un espejo frente al espejo para huir en la dirección adecuada. Ocultarme. Sustituirme. Las noticias de intriga política son campanas a lo lejos y anuncio de tormenta los lemas rimados por la masa en una calle principal. A veces llueve, a veces se humedece el pavimento, a veces se va la luz y los vecinos se asoman por el hueco de la escalera. En los balcones aúllan los perros cuando suena una sirena. El grito de un hombre. El alarido interminable. Porque en la noche hay gritos y solicitudes. El fantasma está allí para apaciguar y ocultar al fantasma de la noche. Yo vi la inicial y la sombra y pago por ello.

Al verme pulverizado y tentando el vacío, mis nervios no se conmovieron ante el afán de venganza o el esperado derrumbe. Mi efervescente Día de Mañana era un chiste malo, el día del Watusi una simpleza patética y el Día a Día la vigilancia macabra, la alarma constante del nadador sin orillas; pero bajo la hojarasca del proyecto de vida mal concebido y peor ejecutado, seguían palpitando mis auténticos rasgos de carácter: la ilusión, el exasperado instinto de supervivencia y una cobardía a prueba de bomba. Conforme a eso, durante los años siguientes, quizá fui perezoso y desde luego fui insensible. Aunque hubo algo más.

Indolencia es la palabra.

Necesito explicar cómo, lleno del anhelo de furiosa actividad, pero sin manifestarlo nunca, mi modelo ético y estético fue el Indolente.

Indolente contra la acción que me hicieron soportar los aniquiladores de mi destino. Indolente contra verdades tajantes deshechas en acción absurda de renegados.

Distancia era la Idea. La abigarrada disolución de sórdida intensidad y clima hostil en un zoco de sombra perpetua que era necesario volver aroma de naranja y niebla fresca.

Intuición era la Idea. Y quedaron palabras sueltas: cantar un soplo distinto, un soplo por nada en un idioma imposible.

Celebración era la Idea. Lo atesorado y presentido, revelado al levantar amaneceres. Ni el moho de los sepulcros de los reyes, ni la sombra que de los dioses cae ponen en duda el acto de celebrar. El júbilo conoce, la nostalgia confiesa, sólo la

queja aprende aún: unas manos de niña cuentan durante la noche los antiguos males.

Transformación era la Idea. Niños sin padre arrancando Eurídice del Templo del Perro. Un espejo frente al espejo. Sé siempre muerto en Eurídice.

Las circunstancias me pedían Distancia. Quizá Ballesta iba en mi busca, o alguna de sus proyecciones, máscaras de sus nuevos aliados, de su íntima policía; o todos se agazapaban en la confusión, a la espera de un paso en falso. Sabía de otras ciudades y otros países, y alguna bandera de la Legión me esperaba con los brazos abiertos para que la cabeza de un funcionario repasara los listados de reclutamiento bajo el calor de un flexo humeante y efectuase una llamada. La posibilidad del viaje se convertía en una montaña insalvable para un chaval sin otra iniciativa que la rara decisión táctica y, además, y con dolor, sin oficio ni beneficio. De todos modos, en mis primeras semanas de exilio interior, el miedo, el odio y la rabia porque me hubiera sido arrebatado cierto instinto espiritual y, eso importaba más, verme arrojado así de un mundo de promesa y fortuna, se vieron apaciguados por el resultado de mi primera reacción al cortar con mi familia, al no envolverla en mis actos y decidir que hasta se me hubiera reprochado no dejarme capturar mansamente por el buen y viejo Orden Público. Enseguida supe que la realidad es un examinador menos temible que la posibilidad y la angustia, y me sentí libre entre cuatro paredes y un suelo desigual, una ventana con vistas a un patio interior, un armario sin escondites y un baño casi siempre ocupado en el pasillo. La inocencia ensayó un nuevo tipo de hombre. De noche, entre el lamento de camas chirriantes más allá del tabique, el sabio adolescente que ya me decía adiós susurraba: «Es que no tienes adónde ir...». Por eso me quedé y me hice fanático de la Distancia. Fui Indolente.

¿Cuál era la Idea que el muchacho Indolente debía encarnar? Porque a partir de ahora iba a depender sólo de mi conducta. ¿Cuáles iban a ser mis piscinas, mis salpicaduras de luz, los senderos del *flâneur*, mis calles ajenas? Las mismas calles vistas de otro modo. La armonía indispensable hacía año y medio, dedicado a robar automóviles, forzado a entender, se convertía ahora en un modo ajeno y turbio que iba a ocupar con sana introspección. Era un joven dormido que, al despertarse, adhería una fosforescencia de sueño a la Barcelona de 1977.

Un corro de desocupados en una esquina, con barras de pan y periódicos bajo el brazo, quinielas asomando del bolsillo de la chaqueta, aplaudían o relacionaban con su pena el movimiento de lentos funcionarios que sustituían la placa de una calle con nombre de borrosa memoria por otro de memoria borrosa. Echaban por tierra estatuas, se sustituían los símbolos, se confundían las marcas, y yo pasaba por allí silbante y con sigilo de camino a una farmacia para comprar todas las anfetaminas que pudiera antes de que caducasen los blocs de recetas que había sal vado del naufragio: una musa comercial me decía que aquélla iba a ser una fuente de ingresos en cuanto supiera cómo manejarla, ya encontraría las pistas; además, una de mis pocas distracciones era ir de una farmacia a otra y poner cara de bueno, mientras un

señor con bata blanca estudiaba mi expresión. Escuetos paseos entre adquisiciones farmacéuticas me llevaron también a puntos que visité durante el día del Watusi y ahora formaban parte de mi paisaje cercano: Boston's, el baile de americanos con burdel, era sólo una gran puerta tapiada bajo un rótulo con una letra abandonada y ganchos retorcidos; también descubrí, pues se había adherido a mi memoria como una absurda espora de verdad, la evidencia en las fantasías del Yeyé: ni los aparcamientos subterráneos conectan calles muy alejadas, ni las señales de tráfico indican más que lo estipulado en el código de circulación. Algunas marcas seguían en las paredes, aunque quizá no orientasen ya a los mismos ladrones. Supe que en las Ramblas se vendían rosas, siempre, a todo el mundo, y su aroma, como las mentiras, llenó mis pulmones de una astucia discutible.

En la pensión relaté mi nueva biografía con cuentagotas y sólo en defensa propia. Mi único objetivo era que un dedo cualquiera no subrayase mi nombre en el libro de registro. Como en tantas otras cosas, me aferraba a la vaga intuición de que el último lugar donde iban a buscarme mis perseguidores era el centro de la misma ciudad donde me reclamaban. Pero estaban los controles de rutina, la desazón del momento, el ansia, el veneno del ansia... Y las preguntas de mis vecinos llegaban muy espaciadas, con la destreza del que sabe tratar con gente a la que no hace demasiada gracia que mencionen su pasado. En la sala Pal Color desfilaban concursos y series al atardecer, y yo leía en una esquina, ajeno a los turbios apartes sociales que formaban la compañía estable de aquel lugar, menos limpio de lo que anunciaba la patrona, tal como su pasado dinámico y promiscuo, según me fueron anunciando algunos susurradores con ojos maliciosos. Aquella mujer, que ignoraba por sistema a un marido danés de bigote frondoso y a un hijo obeso encargado del turno de noche, me tendía su mejor sonrisa hasta que yo alzaba la vista del libro (*Rojo y Negro*, por ejemplo) y fingía reparar en ella. Entonces, la patrona, las manos sobre los muslos, adelantaba el tronco y su morbosa madurez, chirriaba el sillón, revoloteaban las miradas un momento hasta que se volvían a posar mansamente en la pantalla.

—El Chavalín siempre estudiando. Se va a quemar los ojos.

Y fui el Chavalín durante el tiempo en que estuve viviendo en aquella casa, mientras en un silencioso pasar iba urdiendo la ficción de mi existencia en conversaciones esporádicas con mucho fruncir de ceño, un balbuceo triste y paseos de la mirada por un paisaje al óleo con río, lavandera y verde exuberancia forestal que aumentaba el rabioso cromatismo de la sala Pal Color.

El retrato biográfico quedó de este modo: nacido en Barcelona, aquí permanezco hasta los trece años, cuando ascienden y trasladan a mi padre, guardia civil, a un puesto de mando en una vaga ciudad de provincias como premio a su intervención en la batida que terminó con el famoso criminal Watusi, nada que ver con ese monstruo ridículo que sale en el anuncio de la tele.

—Ya, ya, ya... ¡Vaya elemento, el Watusi ese! Lo tenía yo visto... —decía uno de mis vecinos que, según él, se dedicaba a la venta a domicilio, aunque no tardé en saber que le llamaban el Exacto y falsificaba carnets de identidad y otros documentos en la paciente soledad de su habitación.

—No, mi padre no fue el que disparó... —me interesaba aclarar, dando a entender que mi familia me había inculcado la versión «Cuanto menos, mejor».

Una gran carrera, la de mi padre, si no hubiese acabado de forma tan oscura. Aquella misión secreta, quizá en el País Vasco. Cuando nos cansamos de no recibir noticias, mi madre, con mi triste figurita de la mano, preguntaba y preguntaba en los despachos oficiales, y en ningún sitio nos dieron razón de aquel destino secreto. Esa improvisación biográfica no surgió tanto de combinar experiencias oídas como del capítulo de una tele serie americana que terminaba cuando me hicieron la pregunta. En verdad, Lector, ansiaba que me descubriesen.

—Mi madre empezó a tomar pastillas, a no hablar con nadie... ¿Mi familia? No hay familia. La guerra... Menos mal que mis estudios de Ingeniería Atómica me mantienen alejado de esos pesares.

Como era un buen chico, hijo de guardia civil y respetaba a todo el mundo («Corrección», «Respeto», las voces de la montaña volvían), nadie se metió conmigo y pude seguir leyendo.

*Bel-Ami, Rojo y Negro, El gran Gatsby, Últimas tardes con Teresa, Memorias y aventuras de Barry Lyndon, Las jóvenes, Memorias de Casanova...* El librero de viejo me caló enseguida. Sin embargo, con el tiempo y una leve confianza, aquel anciano, cuyo origen y maneras hacían suponer un rizo social parecido al mío e igual de catastrófico, fue ampliando los límites de lo que convenía saber más allá del arribismo. Sólo me dedicaba a la lectura y a registrar con un breve comentario («Este Giacomo es un fantasma...») los ochocientos sesenta y dos libros que devoré entre los años 77 y 79. Durante las primeras semanas en la pensión, tras los nervios, la confusión y la paranoia me di cuenta de que el anhelo por mantener la mente clara desintoxicaba de la combinación de alcohol y pastillas que me había atenazado los últimos meses. Ignoraba que el agotamiento persistente y el sudor frío se debían a un gemido del sistema nervioso por la carencia. También reparé en que mis gastos no eran muchos; los ahorros y sisas que había guardado en una caja de galletas iban a durar bastante si los ocultaba del ánimo rapaz que suponía a mis vecinos. Acabé, con todo su riesgo, llevando el dinero encima de mi único traje Savile Row Diplomat: talle ceñido, hombros bajos, faldón largo, yo aún creciendo, mira qué calcetines asoman. Otras actividades, propias del estudiante con pocos recursos, como vender golosinas los domingos en los partidos de fútbol, trabajo ocasional que me proporcionó uno de los fijos de la pensión, me ayudaron a completar mis ingresos entre restallar de banderas y aullidos en las gradas. Los únicos extras los hice



comprando una maleta para guardar mis posesiones, fumando como un descosido y acaparando pastillas con las recetas. El librero, conocedor de que no sólo de alta literatura se alimenta el espíritu juvenil, me vendía también muy baratas publicaciones que él llamaba «golfas» y luego resultaron «underground». En una de ellas leí:

«La luz blanca y el calor blanco no son productos naturales. Pero dan flash, colegas. En los viejos tiempos de la Factory, Lou, Nico, Andy y sus amigos, el *speed* corría a raudales, y los *speedfreaks* o *motorheads* se desayunaban con las selectas marcas que proporcionaban las empresas farmacéuticas. Los cabrones capitalistas consiguieron que, a principios de siglo, se prohibiera la cocaína y la sustituyesen las dichas pastillitas, que tampoco están mal, hay que reconocerlo. América se puso en marcha ¡y cómo! Una amiga mía, modelo, estando en Nueva York, recuerda haberse deslizado por una montaña rusa de subidas de dexamyl y bajadas de valium no se sabe cuántos días. Sólo consigue acordarse de que se folló a otra tía en un lavabo y que un negro se le meó en la boca. Luz blanca, calor blanco. Es total».

Y una mañana, sentado en un patio gótico donde leía durante horas, una voz me susurró:

—Hachís, bustaid, rulitas...

Tras mirar en todas direcciones, el homínido extendió ante mí su palma callosa y obtuve una premonición quiromántica: sobre las agrestes líneas de la M, W desde mi fatal punto de vista, saltaban unas pastillas muy familiares. Negué la oferta para ingeniar enseguida un plan que siempre había estado ahí, pues aún vivía contagiado de los rescoldos de la extravagante iniciativa empresarial de ballestas y de yelmos. Los fantasmas que dejaba atrás me enseñaron también que aunque todo pudiese estallar en el momento menos pensado, al doblar una esquina, al cruzar una mirada en las gradas de un estadio de fútbol con alguien ansioso de garrapiñadas, el problema no existía.

El problema no existe. Se pierde en laberintos de un sueño financiero torturado, de cualquier enfermedad de la conciencia. Poco a poco creo distancia y vivo en cualquier país menos éste, en cualquier tiempo menos aquél. El más indolente de todos, el que no es. Una actitud que no siempre resulta fácil.

Las Ramblas como Cloaca Máxima, la Puerta de la Paz, el zócalo, los tinglados y muelles ruinosos flotando en el mar, vidas como pontones, esa parte de la ciudad que durante un tiempo se convertirá en mi foro de actuación, vive una existencia múltiple bajo la cúpula de un llevadero estado de sitio y la clave rítmica del pulir de los limpiabotas, del murmullo de los confidentes. Por un lado, el hampa, putas y ladrones, que parecen esculpidos en la misma piedra color elefante de las fachadas, barnizados con el fulgor rojo y blanco de los letreros, envejecidos por las emanaciones de los tubos de escape. Este sector observa con burlona extrañeza al

segundo grupo: personal muy comprometido en los asuntos de la hora, entonadores de pegadizos lemas, repartidores de volantes, mesas con manifiestos y banderas que recorren sueños triunfales hacia las elecciones de junio del 77, y más allá, la disolución y el olvido. Ahora, los políticos radicales advierten la provocación de los fascistas, quienes, en pequeño comité, se ajustan en el ceño las gafas de sol y en la muñeca los guantes de cuero, mientras negocian la violencia con un amigo policía. El tercer grupo ramblero, más colorista, lo forma una especie de lectura entre líneas de los grupos anteriores; y si no fuera porque a veces también reciben estopa, uno diría que han venido de su pueblo, no en busca de prosperidad, como era costumbre hasta ahora, sino a pasar el rato lo mejor posible. Vestidos de bailaoras o a punto de hacerlo, se identifican mediante la abstracción indumentaria con otros cuya dicción nasal, pañuelo carmesí y esmerada melena transmiten la difuminada intuición de que viven en otra ciudad y otro mundo del cual este que pisan es caricatura, y aquellas algaradas, las hostias, las carreras, sólo bastidores que sujetan la fiesta novedosa, la perfecta juventud. Mi honra es pertenecer a un cuarto estamento del que he hecho socios a otros seres estafalarios y, por supuesto, a los marineros americanos quienes vestidos de primera comunión parecen también muchachos a los que el traje se les ha quedado pequeño y no saben a ciencia cierta dónde están. Así que mantengo la Distancia; obvio la barra del Drugstore del Liceo donde se amontonan los cuatro grupos bajo la infecta luz verde, y estudio, pura simpatía por el fracaso, las colas ante las casas de empeño, donde figuras encogidas, llegadas de otros puntos de la ciudad, se alinean todas las mañanas con un exagerado capital de desdicha y disimulo en el rostro. Y no hay más remedio que correr, y veloz, cuando te indican a empujones que otra reyerta está en marcha, la policía avanza en formación tras sus escudos, y se cierran las porterías, las tiendas y los balcones, una trinchera de orden que comerciantes y vecinos abren bajo el caos programado, cuando las amnistías deben ser totales o no ser, el aire se vicia de capas de silencio que ni los pájaros se atreven a cruzar y el escenario estalla: gritos y bocinas, golpes de cuerpos y pies salvando automóviles ante el humo de los cócteles molotov. Se impone el temor de que si soy conducido a comisaría ya no saldré de sus sótanos.

En otro tiempo he visto esas algaradas desde los terrados; después las oí a lo lejos, cuando, ahí va el chiste, era una especie de político. Ahora pretenden arrollarme. Durante mucho tiempo no frecuento la noche. Ni la tarde. Las mañanas de estudio y espera acaban con el almuerzo y una llamada desde una cabina telefónica.

—¿Dígame?

—(Silencio).

—Fernando, hijo, si eres tú. Tienes que ser tú. ¿Por qué no dices nada? ¿Qué te pasa? ¡Me estás volviendo loca!

Y sigue el silencio durante varios minutos hasta que cuelga uno de los dos.

Tardé mucho en sentirme responsable de mis actos como tardé en reconocer las marcas en las paredes de las calles estrechas, los mensajes en los rostros y algunas actitudes. No hice caso de la música que exhalaban los bares, ni de las palabras de mi boca tras un sueño de cuerpos y automóviles flotando y miradas asustadas en la noche: piernas inmóviles, jadeo aplazado.

La radio en el patio, el anónimo personaje que vuelve de un trabajo nocturno o se despierta a esa hora, se empeña en transmitir informaciones que nadie le pide: muertos de un tiro en la nuca, ráfagas de metralleta en los controles, más tiros en la nuca, el muerto ¿era civil o militar?, ruido de sables, improvisación, cambalache, apretarse el cinturón ante la crisis económica, miedo. Y yo me aferro a la Idea para en su momento, cómo no, corromperla alegremente.

Ya he dicho que entre los años 77 y 79 leí ochocientos sesenta y dos libros. Literatura, Arte, Filosofía, Autoayuda, Historia, Ufología, Ciencias, Aviación. Nada de lo humano me era ajeno salvo la humanidad misma. Muchas novelas: desde la gorra de Charles al hígado de Yossarian, la cosa empezó así, nunca había dicho nada, nada, y ésta es la única inmortalidad que tú y yo podemos compartir, Lolita. Una cita curiosa en este último libro: «Una gran W hecha con piedras blancas sobre un talud empinado, en la alejada perspectiva de una calle diagonal, le pareció la inicial de Woe». Woe, Lector, significa aflicción. Una aflicción tan unida a la alegría, el placer y el delirio que no se iba a parecer a ninguna otra.

En enero de 1979, era poseedor de la llave de una caseta del Guarda-Todo de la calle Lérica donde frascos con el producto que diversos médicos imaginarios habían recetado al menos imaginario enfermo se escondían api lados tras los libros que formaban mi digna biblioteca. Los ahorros se terminaban y se hacía necesario buscar un modo de vida. Vago conocedor de los hábitos juveniles, en cafés pintados de lila, oculto tras el humo como si fuera un chivato más, había ido anotando los sonoros nombres de pubs, que entonces se decía, frecuentados por depósitos de gestos y energía nerviosa que trazaban grandes planes en sus monólogos, o manifestaban en un murmullo asmático, no su abulia emocional, sino la del mundo, detestaban el plano de una ciudad menor. Luego, en las revistas golfas que me proporcionaba mi librero, buscaba la situación de los pubs que había ido registrando. Mi plan era vender pastillas a esos chicos para que dibujaran mejores castillos en el aire antes de su desmoralización; o se animasen niños que no querían saber nada, salvo esperar eternamente cosas vacías. Lo había visto hacer y no sería difícil imitarlo.

Regresé con mucha precaución a la zona alta. Cada tarde me esperaba una ronda de ida y vuelta por los cuatro bares con cierto pedigrí *underground* donde se juntaban todos los chicos y chicas. Así empezó la cadena de rostros que emanaban falso afecto, una imprudencia que era necesario dominar y, a menudo, un interés desmesurado por mi origen. En esos establecimientos, revestidos de falso peligro y una dudosa emoción, chicas y chicos con todas las cualidades, pero sin causa ni impulso, se juntaban con chicas y chicos que tampoco sabían de la causa o el impulso y, además, carecían de cualidades; sin embargo, todos se entendían bajo ese manto de música y vago desasosiego, y pasaban tardes y noches frente a una diana, un cubilete y varias cervezas aplazando la manifestación de una avidez inagotable, el momento oblicuo en que se lanzarían a ser cobayas de sí mismos con una jeringa en la mano y un susurro en la boca. Sus maneras, los saludos, la reacción correcta ante algunas canciones, obedecían a un ritual desconocido; no era sólo el misterio con que se camuflan los adolescentes ante un cuerpo extraño: uno se daba cuenta enseguida de

que la música moderna y el vestuario envolvían típicas relaciones de poder disfrazado de amistades eternas y amores lacerados. O de sectarismo; en los años siguientes, muchos se hicieron yonquis o maricas por idéntico motivo que sus abuelos ingresaron en la masonería, para hacer señas y apartes. Eran los primeros vástagos de separaciones matrimoniales en masa, testigos de una segunda vida del padre o de la madre, o del hundimiento de uno de ellos, o de ambos, tan alocados y sin vigilancia como sus hijos. Luego estaba el vértigo provinciano: todos los chicos y chicas de los bares de la zona alta eran en su mayoría una cosa, lechuguinos; fingían ser otra, príncipes y princesas en un vago país de sexo, drogas y rocanrol; y el resultado era la apariencia de una tercera, erigirse en los modernos del pueblo, señoritos que esperan su herencia, mientras la empeñan con pasatiempos intrincados y banales. ¿La idea que ellos tenían de mí? Podían ser crueles, pero como no necesitaban ser demasiado sagaces no lo eran; y aunque yo sabía que ellos sabían que el traje me venía estrecho, y percibía que percibían que mis maneras eran indignas en su mundo, no podían catalogarme en ninguna de las casillas donde se ubica con mueca desdeñosa a los individuos lamentables. Además, ya lo verá el Lector, dije alguna mentirijilla preventiva sin saber que mi traje corto y ceñido, la agónica moda Ballesta, coincidía con la última y más rabiosa tendencia de Londres y bastaba para que me pudiese asomar a su círculo al menos un minuto. Así, cuando saludaba con el impropio ademán de alzar la copa, las chicas me miraban raro y, después de valorar que ese bobo no hacía peligrar la identidad y el destino del grupo, se sonreían unas a otras con una ironía que me empeñaba en interpretar del modo más optimista. Ellos, tras un murmullo, se acercaban hasta el rincón de la barra donde les estaba esperando. Cuando tenía a los saltarines muchachos junto a mí, trababa una disimulada conversación: siempre me sentía recién impresionado por los discos de Elvis Costello, Talking Heads o B-52's que acababa de escuchar, conjuntos musicales que, al parecer, combinaban con mi traje, enseguida empavesado en las solapas con insignias que celebraban esos nombres extraños cuya música no distinguía de una marcha militar. Y les decía: «Mi historia es triste, siendo como soy nieto del famoso pintor Picasso». Un par de datos sobre Notre Dame de Vie, último domicilio del artista, me prestigiaba ante las cejas enarcadas. Cuando la impaciencia de mis nuevos amigos se hacía patente, les comunicaba la buena nueva: sabía dónde conseguir anfetaminas y otras chispas farmacéuticas a buen precio. Hecho el contacto, repetía la maniobra en el resto de locales. Terminada la última negociación, volvía al primer bar, relataba mi epopeya para conseguir los estimulantes, los sacaba del bolsillo donde siempre habían estado y cobraba. Por supuesto, el público era el mismo en todos los lugares, y enseguida unas voces se dijeron a otras que mi modesta contribución a la euforia general poseía un interés económico y la supuesta búsqueda era una farsa. También más de uno descubrió algo sospechoso: para ser nieto del

famoso pintor no conocía ninguno de los idiomas por los que se distingue a los muchachos criados en los mejores centros educativos del extranjero. No había más que oírme nombrar Elvis Costello o Talking Heads para percibir mi escaso dominio del inglés. No resultaba sencillo hacerse el loco delante de aquella gente; aunque todos pareciesen creerme, o al menos sonrieran, cuando relataba un par de veces con léxico majareta la historia del delincuente francés, Le Watusi (ninguna relación, por descontado, con su necio homónimo del anuncio de Lavaman), en cuya captura parisina tuve algo que ver. La necesidad de refugiarme en un punto indeterminado de la región andaluza, el trauma del que fui víctima, me imposibilitó para el aprendizaje de idiomas y me indujo a olvidar el francés de mi añorada infancia y el inglés de mi institutriz. ¡Y qué más da! Fuera cual fuese mi desorden mental, era el tío de las anfetetas, el Doctor Feelgood, y a todos aquellos no les fue difícil aceptar las sombras de mi recóndito pasado. En adecuado paralelismo con el sentido práctico de sus ancestros, ellos me iban a seguir sonriendo y pagando, mientras midiera la confianza y les trajese la mercancía. Un problema muy distinto era que no me delatasen llegado el caso; o que lo hicieran los tipos con cara de piedra y mirada fija que aparecían a veces en esos establecimientos para instalarse en el fondo de la barra: la libre comparecencia de indiscutibles ex presidiarios sólo podía responder a que alguien les había otorgado el grado de agente doble a cambio de una ínfima cuota del mercado clandestino de estupefacientes. Para evitar problemas, a las doce desaparecía con mi calabaza a cuestas.

En el 79 abandoné la pensión para tristeza de mi patrona. En el patio gótico donde me dedicaba a leer por las mañanas, la seguridad se había vuelto muy azarosa. El atraco en pandilla estaba pasando a la historia y lo sustituían desgarradas peleas y la operación individual o en dúo sin reparar en el daño físico. Supuse que la desazón de los tiempos había alcanzado también a la clase criminal y me refugié en un café muy vetusto donde el afán por cultivarse de un chico como yo era bien recibido. Siento no detenerme en aquellas fugaces muestras de cariño, lo único en verdad importante. Una de esas mañanas, oí que un anciano deseaba alquilar a alguien fiable lo que él llamaba sin cariño «la porqueriza». «La porqueriza» resultó ser una caseta levantada ilegalmente en una de las azoteas de la plaza Real. El pomposo nombre del enclave sólo esconde un patio neoclásico de galerías porticadas con fama de canalleo internacional.

La despedida en privado con la patrona, vestida de lujo para tan alta ocasión, un broche de oro prendido junto a un escote de instinto asesino, tuvo un rebosar íntimo que aún me avergüenza tanto como sus palabras: «Granuja, falsario, ¿de dónde habrás salido?». Y se moría el labio inferior para mancharse los dientes de carmín. También me despedí del Exacto, supuesto vendedor a domicilio y verdadero falsificador, que me invitó a una copa en su habitación la última noche. Una vez

dentro, alzó su vaso con unas manos de dedos largos y finos y su voz ronca brindó. Mientras chocaban nuestras copas, me dijo:

—Chaval, no sé lo que habrás hecho, pero espero que no te pillen.

Aún se abría su sonrisa de viejo zorro cuando metí una mano en el bolsillo para extenderle unas fotografías de tamaño carnet. Y dije:

—Y no me pillarán si me ayuda. Me gustaría que uno de los dos apellidos fuera extranjero. Voy por ahí diciendo que soy nieto de Picasso.

El Exacto ni siquiera se preocupó en borrar la sonrisa de su cara. Al ajustarse las gafas con mil dioptrías, aumentaron sus ojos perspicaces. Estudió las fotos y afirmó con la cabeza.

—Si dices que eres nieto de Picasso, lo tuyo es que te llames Ruiz. Y por experiencia te digo que lo mejor es que conserves tu nombre de pila. ¿Es el mismo? Vale. ¿Profesión «Estudiante»? Muy bien. ¿Vas a querer pasaporte? Da igual. De todas maneras te va a costar un pico. Y como te pillen y hables, no hace falta que te diga lo que te puede pasar... Los nombres los cogemos del acta de defunción de niños muertos. Eso quiere decir que hay gente seria que tiene que ver en el asunto. Y la gente seria es la más mangui, no sé si te das cuenta.

Me daba cuenta. Al cabo de una semana ya era Fernando Ruiz McDonald y había nacido tres años antes en la misma ciudad. Dado lo oneroso del encargo, aquel buen profesional añadió como obsequio una libreta de ahorro con mi nuevo nombre. Cuando volviese a tener dinero ya podría ir haciendo un rinconcito.

El nuevo piso era un auténtico nicho en la azotea que reproducía con exactitud mi antigua habitación, sin su limpieza y, tuve que reconocerlo, el calor que a veces proporciona hasta la compañía más estrafalaria; sólo una ventana con vistas a la plaza aliviaba la sordidez de unos vecinos golpeadores y vocingleros y unas vecinas convulsionarias que se entregaban al fornicio de pago con sorprendente frecuencia. Así, el nuevo domicilio sólo fue utilizado, de momento, para guardar mi exiguo vestuario y los efectos indispensables para que cierto aseo personal impidiera ser detenido sólo pisar la calle. Lo ajustado de mi programa, ese orden dentro del libertinaje, me hizo salir por las noches, convertirme en un personaje familiar para los habituales que se congregaban en las terrazas y junto a paredes seculares llenas de pasquines, brazos colgando de los barrotes de cancelas cerradas, cuerpos tumbados en los parterres, negociaciones y risas bajo las arcadas, sobre la tierra batida y entre humo de hachís. En ese año del 79, se hablaba de que salía menos gente y había menos entusiasmo que durante los dos años anteriores, cuando Barcelona pareció vivir, sin que yo me enterase, una nueva aurora anarquista en versión dicharachera. Sólo pude entender que todos se desnudaron mucho, o corrieron desnudos por la calle, o formaron torres humanas y desnudas, o bailaron desnudos la sardana. Y aquellos jóvenes de mucha melena se concentraban en sentir nostalgia del año

pasado, cuando les salían cohetes por los ojos y confeti de la boca, y de sus oídos chorreaban consignas libertarias. Pude comprobar que de nada valían los viajes a Ibiza, a Nepal, a Amsterdam o a Londres para sentir, en el momento de un momento, nostalgia por un lugar donde no se ha estado, ni toda la experiencia de que carecían para empaparse de un tiempo no vivido.

Yo, a esas nostalgias, unía las del peligro y del placer; un peligro y un placer distintos. Cada jornada tendría un sabor diferente y, en la noche rigurosa, junto a una de aquellas chicas extremas a las que no tardaré en referirme, celebraría que uno ha sido a su manera un buen guerrero estético, ha salvado las trampas gigantes y los obstáculos mínimos con elegancia, con elevación, con entusiasmo. Ése era mi afán cada mañana. Si se habían terminado mis reservas de anfetamina, me acercaba hasta el Guarda-Todo, iba a lo mío y desaparecía. Almorzaba luego con vino abundante en una antigua casa de comidas, mientras seguía las peripecias de Fabrizio del Dongo, de Thomas de Quincey, de Frédéric Moreau, de los registros y cacheos en algunos bares cercanos, de la seguridad que tenía un bocazas de haber visto en el pasado con uniforme gris a uno de los agitadores más activos de la sede de la CNT. Después, para completar mi formación autodidacta, iba a la filmoteca y a cines de repertorio para ver sin creer una W en la pared de un bloque de viviendas baratas, mientras Marcello Mastroianni y Anouk Aimée caminan hipnotizados hacia su deportivo, y otra cuando la Gestapo acosa a unos partisanos entre callejuelas del Trastevere. Pensé que Dios me seguía tomando el pelo hasta que, mucho tiempo después, un italiano zumbón me contó que la W es el signo con el que en su país se abrevia la admiración «¡Viva!». O sea que el Watusi, o Pepito, o las voces del antiguo barrio o yo mismo no habíamos inventado nada. Pasado el respingo inicial, no importó demasiado ver las W entre la oscuridad, pintadas en las paredes de la misma sala, y ya me asusté menos ante *M, el vampiro de Düsseldorf*. Después de la sesión cinematográfica, visitaba a mi librero, que durante unos meses anduvo sorprendido por mi interés en las biografías de Picasso. A medio camino de la zona alta, hacía una llamada muda a mi madre y, después de mi patrulla comercial, volvía al centro entre el encanto y la soledad de una noche que ya empezaba a ver de modo distinto sin que en realidad hubiera ocurrido nada nuevo. Cruzaba calles vacías con farolas amarillentas que abandonaba con la pequeña desazón del que se deja encendida una luz al salir de casa, y ya estaba enfermo de intensidad sólo cruzar la plaza Real con mis colegas en la venta de estupefacientes adheridos a mis pasos y susurrándome nombres de drogas a las que nada se parecía el fiasco que pasaban. Esa turbulencia hacía que me sentase en una mesa cualquiera junto a gente que conocía de vista y no había hecho ademán alguno para que me instalara en mitad de su conversación y la dinamitase. A muchos les disgustaba mi talante. A otros, muy pocos, les hacía gracia.

Yo éramos tres. El que hacía de payaso molesto y desesperado, uno; el que desde



la distancia observaba, se reía, calculaba y corregía la actuación, dos; y, cómo no, tres, el que frenético miraba en todas direcciones, anotaba, rastreaba, sospechaba. No puedo decir, Lector, que dejaran de importarme la cautela, la mucha policía, lo largas que serían las explicaciones con las que mi actitud debería justificarse ante mi nuevo ideario y las traiciones morales y efectivas que sólo yo presentía, porque Ballesta me las había anticipado en semblanzas de pioneros moldeados con engañosa materia. Si mis irrupciones tenían éxito, me daba por la narración y, como en realidad no tenía nada que contar, bajo los arcos y el rumor y las fa rolas de Gaudí, frente a las cervezas y las miradas de reojo, volvía a mi 15 de agosto de 1971. Mientras caía la lluvia que iba disolviendo al Watusi en un fango de fantasía, me daba cuenta de cómo la belleza de aquella jornada no se podía adulterar, ni modificar, ni, por su puesto, eliminar, porque había nacido en la memoria de modo simultáneo al mero registro de los hechos. Lo puro, lo hermoso, no era único, no era correcto, no estaba normalizado por leyes burguesas, o hippies, o delincuentes como las de aquéllos. Era variado y continuo, y sólo quien tuviera la Idea y la Distancia podía burlar las trampas gigantes, los pequeños obstáculos, al enfrentarse al peligro de la luz:

—Escuchadme, buena gente, porque sólo voy a repetir mi historia una vez. Tengo la boca seca y no hay manera de que me invitéis al dichoso cubalibre. Es una historia loca, muy loca, tan loca que no veo a nadie en toda la plaza con ánimo de inventarse nada igual. ¿Molesto? Porque si molesto me voy. Pues, bueno, me quedo como me he quedado siempre. Aquí, en esta ciudad, ha sido donde yo me he quedado. Para escuchar historias que luego debo transmitir. Elegiré una. No va de paz, no va de violencia, no va de gasolina en botellas de Coca-Cola tapadas por trapos empapados, esos cócteles molotov sin *bouquet* ninguno que tanto dañan el aroma a perro muerto de nuestros callejones. Coca-Cola, la chispa de la vida, indispensable para el perfecto cubalibre. No quiero violencia en mi historia, no quiero tiros. Pero tampoco quiero amor. Demasiado hippy es lo que hay; luego se rebotan y se vuelven pesadillas de hippy. O sea, monstruos. Ya he visto a unos cuantos. Empiezo con mi historia. Ahí abajo, más allá de los negros edificios apelonados que forman el perro muerto, del puerto que forma el pescado podrido, está, si no se la han llevado esta tarde, el agua infecta. Y la sucia playa. Os voy a hablar de los años sesenta. Ahora, según dicen, vuelven los sesenta. Ya veremos... Desde luego, la historia que os cuento sucedió entonces. El Lío Grande de la Playa...

—Qué fuerte vas, tío... —una voz sobresalía de entre la perplejidad de mi público.

—Sí, peludo, ya sé que la historia suena a torneo medieval. Muy hippy, la Edad Media. En cambio, en esos sesenta a los que me refiero ya se había inventado la Coca-Cola, refrescante gaseosa nada hippy. Y, cómo no, el cubalibre. En la playa, en esa playa de ahí abajo, se dirimían los tiras y aflojas entre las bandas, o pandillas

callejeras. Peleas, puñetazos, navajazos, cadenazos y lo que podríamos denominar gilletazos, pues alguno de entre ellos disponía cuchillas de afeitar en la punta de sus botas para, digamos, joder vivo al que recibiese una de sus patadas. Lo de siempre, vamos. Más que violencia, folclore. Cuando se hallaban concentradas en la arena las dos pandillas frente a frente, a punto de romperse la cara unos a otros, siempre según la mejor tradición gamberra del curro legal, uno de ellos, que era de la montaña que está junto al mar y se llamaba Watusi, el tipo, no la montaña, y ahora no me preguntéis si tiene algo que ver ese Watusi con el del anuncio de Lavaman, porque os contestaré «No, definitivamente no, y dejadme en paz», este Watusi, digo, dio un paso adelante, mientras los dos grupos se gruñían. Lo de que tengo sed va en serio. «Bien —dijo el Watusi—, parece que aquí estamos a punto de rompernos la cara sin objeto. Es hora de que actuemos, no como los indios, que enfrentaban a sus jefes, no como los jefes, que rehúyen el combate para que uno de sus servidores aseste una puñalada al enemigo en cuanto muestre su espalda, sino como seres que sin saber apenas de dónde venimos, ni quiénes somos, ni qué va a ser de nuestra vida, tenemos ideas y somos radiantes». Así mismo dijo: «Radiantes». De pronto, sobre la arena, todos se miraban, todos murmuraban, todos dudaban. Como en el mismo borde o límite de la playa había unas viejas espiando como esa que está en ese banco sentada, que por la tarde da de comer a las palomas y por la noche las engulle tras descabezarlas, porque decidme sino dónde llevan al sobrante urbano de palomas, las viejas, digo, oyeron que el Watusi las llamaba y les ordenaba que trajesen hasta ese borde o límite, un tocadiscos portátil Cosmos, que funciona también a pilas, y programasen una y otra vez el disco «Black is black». Luego habló a los contendientes de uno y otro bando y dijo: «Jesús murió por los pecados de alguien, pero no por los míos. No seré un chivo expiatorio, aunque suene bien. Nadie podrá tasarme jamás en el mercado de carne de cañón. Las viejas programarán el indiscutible éxito de Los Bravos “Black is black” una y otra vez y nosotros bailaremos. Cuando se acaben las pilas y ya no se pueda seguir escuchando música, las viejas votarán y quien gane será... el vencedor. Porque nosotros hemos venido aquí a pelear por nada. Entonces ¿por qué no bailar por nada? Se permiten todas las variantes del jerk o baile suelto: el madison, el patín de Filadelfia, el autostopista, la mosca, el perro, el mono, el pájaro, la rana, el poni, el conejo, el popeye, el swim o nadador, el interesante mash-potatoe, el ridículo hully-gully, el block, el waddle, el sanctification, el beulah wig, y quien se sepa menear que ensaye el inspirado funky Broadway. Pero nunca el Watusi, que es cosa mía. ¿Estamos? Pues cuando queráis». Entonces, amigos míos, todos en la playa, auténticas fieras de la lucha hasta el momento, sanguinarios gladiadores, gritaron al unísono «¡Party!» y empezó la música y el meneo.

—Qué fuerte... —decía la misma voz y pasaba el porro.

—Fortísimo, como tu variedad léxica. Pero lo que el Watusi no había dispuesto era el error humano. Las ancianas, en lugar de poner pilas al tocadiscos Cosmos, lo conectaron a la red eléctrica mediante sucesivos empalmes. Programaron el hit-single «Black is black» y todos se pusieron a bailar. Y bailaron toda la tarde, y toda la noche, y toda la mañana del día siguiente esperando quizá que las pilas se acabasen de una vez, y con ellas la música. Pero, claro, aquello era una melodía sin fin, y los muchachos el *perpetuum mobile*. Eran tantos y tanto bailaron, que con el continuo movimiento de los pies empezaron a desplazar arena, ya sabéis, como los perros cuando escarban y escarban para buscar eso que deben estar siempre buscando y no encuentran, solos ante su hocico la estupefacción y el agujero. Así que ante el pasmo de las viejas, primero, y después de todo aquel que iba a la playa, bien a pasear, bien a broncearse, porque a bañarse no iba nadie de la mierda verde que había, hay y habrá en el agua, lodos los mirones, digo, contemplaron en un estupor de fiebre cómo se iban abriendo dos enormes agujeros, uno por cada bando, y que por los agujeros salía un murmullo que parecía venir directamente del infierno, que decía algo así como:

»—Blacisblac-auanmabeibisbá...

»Que eran los pandilleros cantando con entusiasmo, sí, pero sin una dicción precisa, el tema “Black is black”. La adaptaban al charnego o quinqui, digamos. Los agujeros se hicieron tan profundos y tan profundas las murmuraciones en ese idioma imposible, que las viejas desconectaron el tocadiscos, porque ya era muy difícil que los bailarines escuchasen nada. Pero seguían ahí, porque como un eco volcánico se oía:

»—Isgreinisgrein-aunajirtustei...

»Llegaron reporteros de las emisoras radiofónicas, pero no emitieron nada de lo boquiabiertos que estaban, y llegaron los de “Misión rescate”, que nada rescataron, tan peligrosa era la aventura de adentrarse en aquellos abismos simétricos. Y llegó el gobernador civil y se asomó a uno de los grandes pozos y comentó: “Se vislumbra que los muy goliardos chapotean en el Leteo y vuelcan la nave de Caronte. ¡Eso, sin abandonar la danza! Y oíd, oíd...”. Y los pelotas de siempre se acercaron a oír cómo un rumor infernal llegaba hasta la superficie:

»—Blacisblac-auanmabeibisbá...

»Era demasiado tarde. Nadie podía hacer nada, o ése fue el pretexto. Decidieron llamar a las excavadoras y tapar los hoyos. Los diarios no comentaron la noticia. Algunos no creyeron lo que otros narraban con asombro, paroxismo y terror. La historia se fue olvidando o alcanzó ribetes de leyenda para que se confundiera con una ficción, la brisa marina que alguna tarde de verano trae desde el mar un sonido de idioma imposible. Lo importante ahora, amigos, es bailar y bailar sin que nadie nos tape nunca los hoyos. O bailar yo solo. Para ser sincero, lo que hagáis vosotros me importa más bien poco. Fin.

—Pero ¡qué fuerte, tío! ¡Es realismo mágico, tío!

—Y tú eres un puto hippy que cuelga de un capazo y me va a invitar a un cubalibre a la voz de ya mismo.

Sí, lo estaba empezando a entender, mientras aquellos landrús disfrazados de buhoneros se impacientaban o me seguían la corriente, y yo, alzando la voz más de lo debido, mentía sobre el por qué de mi traje cuyos pantalones apenas me llegaban a los tobillos, sobre mi corbata estrecha, mi rostro desencajado, sobre el abuso de esas pastillas que, si me esperaban una media hora, podía conseguirles a bajo precio, ya que tenía un conocido que vivía no muy lejos... Se reavivaba el punto muerto de mi retina mental para ver que no se trataba de adorar mi propia invención, ese día del pasado remoto, sino compartir la actitud y hacer algo con ella. El burro, de momento. De momento.

No se me olvida mencionar los tratos sexuales. Tienen su importancia. Con las chicas, hay que reconocerlo, no guardaba el rigor sobre situaciones y conceptos que me volvían tan gamberro con sus amigos, con sus novios. Me beneficié de una época liberal, pero debería puntualizar. La forma, «estoy follando en este momento con alguien que me gusta que me guste», primaba sobre el fondo, «¡AAARRGG!». En alguna de ellas, tras la promiscuidad, el «¿te apetece follar?» emitido a la ligera, se encerraba una especie de regla que era necesario cumplir, devota y entregada, como unos años antes había guardado otras normas en la mesa que papá presidía, o en la capilla del colegio de pago, o tras esos visillos que con gusto hubiese quemado en el mismo fuego donde se cocía la verdura. No se contesta al teléfono mientras se cena, no somos gitanos; nunca niego un revolcón con la persona adecuada, no soy una antigua. Muchas veces, sólo era una precoz manía por las listas: «Ayer me lo hice con fulanito y sólo me falta menganito para haberme acostado con toda la redacción de la revista *Ajotopo*». Yo, al tanto de mi sólida reputación de imbécil, que consolidaba la diaria presencia por las terrazas, el poderoso recuerdo que esa presencia dejaba en los habituales, me sorprendía de mi éxito. Tanto alarde sembrará en el Lector la duda sobre si me creí alguna vez «el capricho de las nenas». No, sólo tenía todo el tiempo del mundo, paciencia y ganas y, en esos primeros años, me fue amparando una modestísima fama de amante solícito en cuanto acumulé algo de experiencia; aunque en honor a la verdad, confieso que también adquirí fama de lo contrario dado mi temple irregular en alguna noche de más vino que rosas. Y no olvidemos la consigna secreta que esconde todo recuento de libertino: «Dos al mes son veinticuatro al año». O el epitafio del libertino sincero: «Siempre me acosté con guapas; muchas veces desperté con feas». Y la ley inalterable: cuando echabas un polvo de esos que te hacen ponerte de rodillas y agradecer al del Sobreático los dones recibidos, las virguerías, y lo has hecho con una chica que, además, da gusto verla, siempre tiene novio y sólo se ha ido contigo para darle celos o vengar unos cuernos. Y ya la has

visto bastante.

Conocía a mis fugaces compañeras ensayando la paciencia en los lugares de la noche donde pudiera saludar a unos y a otros sin parecer un novato o el temible pelmazo que muchos deducían de mi faceta más extrovertida. Ponía cara de buen hombre, sin embargo interesante, cuando ellas, si no las había embrujado con su charla algún esotérico bocazas, se aproximaban entusiasmadas por su propio frenesí hasta el campo de actuación de mi buen tipo, que fingía entonces desenvoltura que no veas en dudosa sintonía con la música. Les daba conversación y una pastilla, les comunicaba en tono relajado que vivía muy cerca y, antes de que pudieran darse cuenta, un roce, una caricia, y me precipitaba sobre ellas como si fuesen una colchoneta. Y ellas, o salían corriendo a vacunarse, o, ya en mi casa, durante unas horas (o cinco minutos, o casi nada), comprobaban qué fácil era ajustarse al compás que marcaban mis vecinas putas al liquidar de cuatro culadas a los clientes rezagados. Pechos y espaldas y melenas en continuo vaivén, mientras pensaba en Tina, la única excepción que no refrendaba el sexo como mero ejercicio de autoestima.

No fue una mala temporada, ni mucho menos. Gemidos y gemidos, Lector. O letanías, o suspiros, o reproches, o silencios exánimes, o delatores fingimientos, o gritos que instaban a saltar del lecho y precipitarse ventana abajo para salvarse con la muerte del contagio maligno de la posesa. El grupo más nutrido de mis *partners* lo componían, generosas y curiosas, muchachitas a las que visitar aquel entorno barriobajero les parecía poco menos que un safari en busca de tensión frecuente combinada con los más delicados placeres; locas cabecitas que deseaban conocer gente o echar el ancla en mi privilegiado aunque exiguo habitáculo. Por eso empezaron a olvidar efectos personales; o a abandonarlos con disimulo. Un bote que había contenido cien cigarrillos Ducados empezó a llenarse de collares hippies con cuentas de piedras de río, cristal de playa, huesos de frutas del bosque, maderas exóticas. Y de pulseras de cuero trenzado. Y de gafas de sol. Y de diminutos broches-máscara a favor de la libertad de expresión. Y de broches amarillos contra la energía nuclear. Y de pendientes con forma de fresa, de ciruela, de cono u otras figuras geométricas. O que representaban una calavera, un globo terráqueo, aros de gitana op-art. No ver en aquel bote rebosante una conmoción en el mundo de la bisutería era ser ciego.

A la hora del desayuno, ojos soñadores, párpados pesados, llega el momento de establecer una barrera cuando una mano viaja al lóbulo de la oreja y la vista se entretiene en torno a la silla. Entonces me sumerjo en el monólogo más aburrido por negarme a formular ese «¿Buscas algo?» en el que mi vanidad hipertrofiada ve una invitación a prolongar el idilio. A lo largo del día era varias personas y, aunque los tiempos se mostraban tolerantes con los individuos misteriosos, no podía dejar que nadie penetrara en mis secretos y aún menos una de aquellas chicas con gran

facilidad para saltar de casa en casa con el propósito de buscar enseguida un rincón en la pared donde clavar un póster de su amado David Bowie y acto seguido a su anfitrión, yo mismo. Locas de la vida, tendían a hacerte la vida complicada. Pero sin duda aquella forma de escape era, de las muchas que había ensayado, la que aliviaba mi soledad de modo más agradable. Era la primera vez que a cambio de casi nada recibía amor, ganas de agradar o, al menos, una leve demostración gimnástica. Una entrega torpe, una conciencia terrible de la situación, una temerosa mirada de niña, un rastro de perfume tras la oreja, unos pies o unas manos demasiado pequeños podían enternecerme hasta las lágrimas. Y eso, para el tonto, era enternecerse demasiado.

Ahora, débil, siento a veces un cariño por mis semejantes que no hace excepciones, y cuando paseo por la calle, aún reconozco un perfil, un movimiento de caderas, unas piernas y unos brazos cruzándose con vaga familiaridad. Enseguida dirijo la vista a unos ojos que no es la primera vez que me miran y descubro a una madre amnésica. No importa: sé que en el fondo no teníamos nada en común, pero compartimos una noche o dos nuestros espejismos del mundo y del placer en la época en que la gente reía y lloraba en exceso y le echaba la culpa de todo a algo que se llamaba vida y mundo y familia y circunstancia, y no tiempo, no el Tiempo, a la certeza de querer vivir en cualquier país menos aquél. Buscábamos los unos en los otros alguien con quien compartir algo más que un momento de ese destino que suponíamos variado.

Y ahora, Lector, te abandono un instante. O quizá dejemos entrar a alguien más en el otro lado del Informe. No hace falta que saludes. Sin cortesía, sin compromiso. Voy a relatar extrañas escenas.

Regreso aparente a este verano de 1995. Y a veces llueve, y a veces el viento arrastra papeles en calles protegidas, se apagan luces, tiemblan sombras. La masa nacional descubre el efecto dominó y, como un niño que vuelca soldaditos de plomo, se entusiasma con la corrupción, el desfalco y la guerra sucia al mirar las llagas que la arrogancia se hace a sí misma. Se indigna al tener de nuevo conciencia de que no ha vivido la vida que le contaban, que viscosas mutaciones de la franqueza y de la vocación de servicio y del sentido del Estado serpentean en la atmósfera de secreto. Y se contagia la masa nacional de esa arrogancia desbordada al intuir un realismo superior, de mayor reputación, aunque gaste la joroba del sensacionalismo, del odio y del miedo. Los asesinos oficiales de terroristas entran y salen de la cárcel: muñecas rusas que se abren para descubrir en su seno a un superior sonriente y con los hombros encogidos, y a otro, y otro, hacia el interior de la cadena de mando, que es lo más alto. Ha dimitido el vicepresidente de pie pequeño y oscuro, el lánguido pianista. Las manos se retiran de un teclado que abrasa. Entraban en un bar y disparaban, se les morían y los calcinaban. El alarido aquella noche interminable de ruegos y solicitudes. El fantasma está allá para apaciguar y ocultar el fantasma de la noche. La línea que nunca hay que cruzar. La tarea no consiste ya en no equivocarse, sino en ocultarte. Todo está al revés, loco. Y lo que hay de locura en este mundo, Dios lo ha escogido para confundir a los sabios. No hay mártir sin una religión enfrentada a otra religión, sin un querer poder enfrentado a un poder. Nadie sabe nunca la verdad.

Y otra vez el alarido en la noche, el portazo metálico, las luces largas, los neumáticos aplastan la grava crujiente del desmonte. Un ex espía oficial, el tal Perote, recibe amenazas de un espía oficioso, el tal Paesa. Los secretos de Estado revolotean en el aire caliente de las calles protegidas, tiemblan sombras cuando papeles perdidos doblan esquinas vacías y se elevan con movimiento de halcón, y bailan con la estraza y las servilletas y buscan el cartón del vagabundo, que los arruga para que calienten el pecho o los aleja de un manotazo. Y los secretos de Estado siguen su camino de ascenso: más alto que las cornisas están ya, más alto que las nubes. El ex espía oficial, el tal Perote, abre el fuego de la amenaza y habla de muchas cosas, quizá insinúe pronto informaciones sobre el «Caso Amparito», y sonría al mencionar a un tal Neyra para enseguida pasarlo por alto. Aún. Mi madre se muere. El reconocimiento de sombras más largas que las sombras. El gobierno secreto, la doble contabilidad o la doble dominación, excita el ansia de nihilismo de la masa, prepara su cinismo. Crean en espirales, los que creen, la impunidad genera ruina en su dinámica de hélice. Sin embargo, deben reconocerlo y suspiran aliviados, la mayoría piensa sólo en el sol, lo mismo en lo que ha pensado siempre, y desprecia a la turba política sin hacerle demasiado caso. Sólo falta una buena crisis que rompa las piernas

y el sol se apague y la masa pida orden y todos deseen como locos sin párpados destruir y pulverizar la ruina.

Mi madre se muere, mientras un reservado de escalofrío me acoge de los dolores ajenos, de sus trampas. Una gruta de moqueta quemada, rebosante de seres ojerosos, chicas y chicos sencillos equilibran con su entrega la balanza de pagos de Colombia en el aire lleno de humo. En otra sala, como en otra vida, entrechocan bolas de billar y vasos, se habla a gritos, y desde la barra llegan la música *spaghetti-disco* y el tintineo de una máquina tragaperras. Allí me esperan, para luego seguir mis andanzas con ánimo profesional, el tatuado de siempre, al que ahora se suma, sin que exista relación entre ellos, uno de esos guardias civiles jubilados a quienes las empresas de seguridad utilizan por su capacidad mimética. Como si esto fuera poco, alguien cree conocer mi punto flaco, una vampiresa, muy incómoda en este ambiente de pre y ex convictos que no disimulan ni un encendido repaso visual, ni un comentario obsceno ante los muslos apenas ocultos por una minifalda, se contonea de tanto en tanto hasta aquí a ver qué hago, por si me liga. Y esa Mata-Hari desespera, porque tú, Olga, que en realidad te llamas Paca, no dejas de hablar a la funda de mi calavera, a mi mueca de falsa atención.

La noche siempre acaba, y hoy también, deprisa, mientras hablas y hablas, Olga. Y no te conozco de nada, ni quiero nada de ti. Antes de que la enfermedad de mi madre acabara de secar mi corazón y la redacción de este Informe paralizase mis instintos, saciaba mis apetencias naturales con el automatismo del burócrata Victoriano: siempre entraba en el burdel donde tenía mi casa con el mismo poema, hecho canción, en los labios, y salía siempre con la misma indiferencia y la convicción de que todo lo que viene se va a las putas y los bares. No sé si me explico, Olga-Paca, pero no esperes como colofón a tu interminable monólogo una ternura macabra de película barata; aunque en razón de lo mucho que narras y lo poco que entiendo, ahora te ame con la hermandad de la mutua desesperación y finja interesarme por tu completo existir y espere, me gustaría, es pura vanidad, lo sé, que al salir de esta caverna anduvieras por una calle nueva iluminada de olvido, te cayese dinero del cielo y esa luz y esa lluvia te hicieran sentir mejor. Saca la mano de mi rodilla, Olga, porque sólo espero a que concluyan tus penas para incorporarme con lo que me resta de cuerpo y hendir la excesiva claridad de un mediodía cualquiera, ya por siempre corrupto, en una ciudad demasiado conocida. Decir «Bueno, está bien, ganáis de nuevo» y pasarme un día postrado en la cama mascullando «Nunca más, nunca más...», visitar a mi madre, seguir con mi Informe. Si sólo interrumpieras un segundo tu monólogo, Olga, te diría, quizá insistiendo en que no te conozco de nada, lo que Stendhal afirmó una vez: «Es necio dar cuenta de las pasiones extremas». Pero no te puedo decir eso, porque iba a caer mal a tus amigos, o quien sea la fauna salvaje que rodea la mesa, se restriega la nariz y, a buen seguro, desconfía de las citas.



Además, soy el primero que lleva desde hace tiempo un registro de esas mismas pasiones, o de su vocación, cuando le han pedido un Informe sobre las actividades en mi ciudad, las sombras y los comentarios, de José Felipe Neyra, el espía, el intermediario político, el amigo de los árabes, de los suizos y de otra gente, que desentierre unos hechos confusos, quizá importantes. No puedo ordenarte callar, porque hace demasiado tiempo, Olga, antes Paca, que atravesaste en tu relato el umbral de lo prudente para que yo pudiera cambiar de conversación sin ser grosero. Tu marido, Paco, se murió por yonqui, tú casi te vas también si no llegas a separarte, que el hermano al que más querías, Paco también, falleció después de caerse de una moto y de que en el centro médico donde había acudido no le diagnosticaran el derrame cerebral por donde se le fugaba la vida, que odias a tu madre, también Paca, que odias donde yo sólo veo envidia y resentimiento (los defectos preferidos de la madurez, o como se llame esto nuestro) a tu otro hermano, Manolo, que acaba de comprar un juguete demasiado caro a su hija, Vanessa, cuando tú no puedes costearle nada igual a tu niño, Paquito. Y sigues hablando de las maravillas electrónicas que tu hijo sólo conocerá cuando se las pida sólo un rato, venga, porfa, a tu sobrina, mientras pienso qué demonios ha sido de mi noche libre una vez cumplida la misión de enfrentar mi sordidez y mi dolor a lo razonable que le quede al mundo, y acabar perseguido por unos espectros a sueldo en el peor de los lugares imposibles a las seis de la mañana.

Y eso fue hace mucho. Cuando he entrado en el local, estabas contando una historia que ocurría en una discoteca a la orilla del mar durante esa bola confusa de tiempo a la que podríamos llamar «antes de que pasara todo y mucho antes de que empezase a pasar nada». No me acuerdo a quién se lo contabas, pero ya entonces aquel quien fuese estaba harto, y he tenido la idea absurda, porque me estoy refiriendo a esos años en mi Informe y por caer bien, de confesar que conocí ese lugar esa misma noche, que había estado en la fiesta, bajo las palmeras, en la espléndida terraza. Sí, Olga, sabía muy bien de qué estabas hablando; eran fiestas itinerantes, este jueves aquí, el otro jueves allá, todo el mundo, claro, porque entonces todo el mundo no eran muchos. Te enterabas por correo o preguntando. Eran *raves* antes de que se llamaran *raves*. ¿En qué debería estar yo pensando, Olga, para decir: «Vaya, qué casualidad, ya habíamos estado antes la misma noche en el mismo sitio»? Y para añadir que era Jueves Santo.

—¡Qué pasote! Nunca en toda mi vida he visto junta tanta gente ciega. Pero mucha gente muy ciega mucho rato, ¿no?

—Sí.

—Me llamo Olga. Bueno, Paca. Pero mi familia está llena de Pacos por todas partes y yo, si me llaman Paca, parezco una especie de fallo, ¿no? Y tú, ¿cómo te llamas?

—Te estás cayendo del taburete, Olga. En el reservado no hay nadie. ¿Quieres que nos sentemos ahí?

Y en el reservado has empezado a hablar de tu desgracia, sin pausa, todo el tiempo, y despejabas cualquier duda sobre lo bobo de mi primer impulso. Y, mientras hablabas, me he dejado llevar por el recuerdo de aquella fiesta de Jueves Santo del año 85. En verdad, tendría que pensar mucho para acordarme de cosa igual. Durante esa semana abundaron micropuntos para todos aquellos que habían decidido pasar las vacaciones en Barcelona; algún camello aficionado debió de engancharse en un negocio y fue repartiendo los ácidos, casi regalados, por toda la ciudad. Aquella noche, los desconocidos, exaltados ante la afortunada coincidencia, se reconocían en su delirio como si compartieran el secreto de una magia antigua entre sintéticos resplandores celestiales, se sonreían hasta el desprendimiento dental, y si hubieran podido quedarse quietos más de un segundo, se hubieran besado. Y eso es lo único que recuerdo, Olga. También fue ésa la noche en que gracias a una señal emergí del baño de autocompasión donde buceaba. Y de que más tarde, cerrada ya la discoteca y en espera del amanecer, acabé frente al mar, aprisionado en el asiento de atrás de un coche ínfimo, con unos amigos a los que me unía un vínculo tan superficial como para no tener que verlos más, aunque no tan leve como para no ir sabiendo de ellos.

Estábamos junto a la playa, amontonados, aún era de noche y se mantenía la distorsión de formas y colores, reflexiones y respuestas sobre uno mismo y sobre el mundo. Fue entonces cuando alguien entrevió en la arena unos cilindros negros ordenados de modo equidistante a lo largo de la playa y dijo: «Ya están aquí...». Sólo dijo eso: «Ya están aquí...». Todos los del coche, al ver los cilindros a la luz de la luna (siempre hay luna llena en Semana Santa), irreales en su inquietante formación como un cuadro de De Chirico, llegamos a la misma evidencia y vociferamos un «¡Aaahh!» con el espanto y el asombro de seres inferiores en presencia de lo fabuloso. Y pensé, sin llegar a emitir en voz alta mi pensamiento para no romper el hechizo, porque al fin y al cabo también veía la muda invasión galáctica, que no era la primera vez que me enfrentaba a una situación semejante. El tiempo dibujaba una espiral; me pasaba lo mismo que en otro amanecer distinto al que ilustras, Olga, con la minuciosa relación de tus zozobras biográficas.

Era el año 81. No sé si fue esa noche cuando vi a Elsa por primera vez. Seguro que sabía quién era. Por aquel entonces todos nos conocíamos de vista, todos sabíamos de todos, y como es lógico, poseíamos unos de otros una idea equivocada. En ese otro amanecer del 81, a alguien se le ocurrió ir hasta el Rompeolas. El plan era seguir bailando, me parece. Van llegando los recuerdos: los dueños de los tres coches descubrieron que tenían la misma cinta de un grupo musical muy de moda por aquel entonces, y otro alguien pensó que estaría bien ponerlos de modo simultáneo y a todo volumen al final del espigón, las puertas de los coches abiertas, un extraño equipo

estéreo. Era una iniciativa absurda, pero original, y en los amaneceres de aquellos años se agradecía un toque brillante: entonces no existían locales para insomnes, ni para aventureros sin aventura, ni para consumidores compulsivos de ciertas sustancias (de las cuales yo aún era diligente proveedor) que le piden a la noche una cantidad de tiempo que la noche no puede dar. Emocionados, supongo, atravesamos el brazo de piedra; digo emocionados, porque reinaba el silencio que requiere un cierto grado de intimidad (y de juventud) para situar las imágenes en la memoria, nutrir la fantasía: enormes grúas y las torres del transbordador se elevaban fantasmales sobre la reverberación de las luces del puerto en el agua. Sigo recordando. En nuestro coche, todo el mundo callaba. El segundo automóvil, que nos adelantó con rechifla de bocinazos, era una olla de grillos cantores. El tercer vehículo tardó en llegar porque había ido no sé dónde a comprar bebida. No suele haber una comunión ni de intenciones ni de emociones en momentos así, ni en un año bastardo como aquel 1981, cuando mucha gente se esforzaba en hacer amigos por afinidades tan leves como una indumentaria semejante, o el gusto por un disco o una droga en particular. La dispersión de objetivos para un proyecto de amanecer se hizo evidente en cuanto llegamos a nuestro destino. Enseguida se establecieron pequeñas jerarquías de poder, silenciadas en los comentarios épicos de las salidas nocturnas, o sólo mencionadas maliciosamente por quien fomenta esa misma situación, que en un calco desquiciado de la vida orienta el provecho de las acciones del grupo hacia el más astuto, al que se empeña en no perder el sentido de la realidad porque teme lo que pueda encontrar allí detrás. Lo que se llama persona práctica: el que utiliza la generosidad de los demás en beneficio propio y luego les llama tontos. Es muy difícil llegar a la armonía en esos amaneceres, y lo probable es que vuelvan, si se fueron, la víctima y el verdugo, el fascinador y el fascinado, el público que ríe con generosidad o de manera forzada.

Dejemos la teoría. Hace ya tiempo que la música suena inarmónica en el Rompeolas y amanece. Una pareja ha hecho suyo uno de los coches y, no sin exhibicionismo, retoza en el asiento de atrás entre gemidos que no logra ocultar la música, el fuego cruzado de los casetes retumbando a todo volumen en los tres vehículos. Otros han bajado hasta el mar a por moluscos siguiendo la dudosa hipótesis gastronómica del que se ha convertido en su líder: terminarán convenciendo a un pescador de que les regale una captura y el pobre bicho va a ser el balón de un improvisado partidillo de fútbol. Otros no gozarán del deporte al aire libre: la convulsión de la danza precipitada les ha llevado al espasmo y ahora vomitan al sol naciente en la escollera. Una chica sigue bailando solitaria, en un frenesí de exhibicionismo y estricto amor propio, y dos chicos la miran para que ella cumpla de modo óptimo el objetivo que se ha marcado. Yo quizá la mire también, sentado en el morro de uno de los coches. Sin embargo, percibir la situación de modo equivocado

como siempre, y un sentido del ambiente excesivo desde que moderé mis prácticas de chalado sin futuro, le pueden al disfrute: no me convence ser otra víctima de esa calentapollas. Así que a mi manera hermética me exhibo también, me hago el «contemplador» y hago míos el vuelo de las gaviotas, y la fantasmal quietud de las grúas y los barcos... Los tonos adquieren vivacidad con una luz tan baja; en fuertes contrastes, todo se vuelve exceso de rojo, exceso de verde, nítidas siluetas enfrentadas a la monotonía gris azulada en que se va convirtiendo el día. Aún contemplo más cosas: el silencio unánime de la ciudad ahí al fondo, en verdad un silencio sólido, y el modo en que alguien hace señas a mi lado y musita la necesidad de meterse algo para atenuar la bajada de lo que les ha subido antes, y que se metieron a su vez para paliar una bajada remota. Ese alguno y otro más se cuelan en uno de los coches donde otra chica (la debía de conocer de vista, seguro), la rubia que siempre va vestida de secretaria, como recién salida de la peluquería, y de esa guisa frecuente como si nada los antros más turbios, sentada de lado en el asiento del copiloto, las piernas (bonitas) colgando hacia fuera, se aparta para dejarlos pasar. Ellos van a lo suyo al fondo del automóvil y la chica regresa a su asiento y sigue mirando la ciudad o el vacío. Lo extraño es que sonrío. A su lado, una botella de whisky mediada. Dicen, pienso, que en la guerra como en la guerra, así que preparo sin mucho ánimo una estrategia. Me acerco, cojo la botella y le doy un trago. Ella me mira sin variar la expresión de aquellos ojos algo saltones, enormes, desproporcionados, de pupilas minúsculas, a veces verdes y otras azules. No eran unos ojos bonitos, que arrebatasen, era lo que hacía con ellos. Siempre los tenía muy abiertos, ávidos, como si después de presenciar algo fantástico lo rastrease en el aire, unos ojos que podrían despertar una ternura infinita o avisar de que la chica estaba algo idiotizada. Después de mirarme como diciendo «Me lo estoy pasando fenómeno», la chica vuelve a su enigmático asunto, a la nada, a la ciudad, o más allá de la ciudad. Ahora, Olga, Paca, la del verbo torrencial, fíjate bien, porque si pudieras callar por un momento y dejar de contar que tu madre te maltrata sin querer darse cuenta del mucho dolor que has superado y del mucho que intentas superar, la inquina materna sólo venganza por el daño que hiciste hace tiempo (aquellos robos, una medalla de oro, unos pendientes, no podías evitarlo, el nacimiento del niño siendo tú una yonqui demasiado vulnerable, la muerte de tu marido), sin detenerse a pensar que el dolor es algo adictivo como tantas otras cosas y no se mide, porque llegado un límite ya no puede haber más dolor, pero uno se ha acostumbrado y el dolor se refleja en todo, y todo, transformado en más dolor, se clava con el aguijón de la paranoia, si dejases, Olga, de contarme eso, yo podría caminar por ese arco de tiempo, el puente que he levantado esta madrugada, y detenerme de nuevo en el año 85 y explicar qué pasó la noche de fin de fiesta junto a la playa, esa fiesta en la que estuvimos los dos, tú y yo, Olga, pero Elsa no estaba, y la noche que ya era de día del

año 81 en el Rompeolas, contarte lo que yo le pregunté a Elsa y lo que Elsa me contestó. Ella miraba alucinada al vacío, a la ciudad, o más allá de la ciudad. Por eso le pregunté:

—¿Te pasa algo? —Que fuera un estrategia de cierto éxito no implicaba que mis aproximaciones resultasen magníficas.

—¿A mí? Nada...

—Como miras hacia allí... —Señalé la ciudad, y entonces me di cuenta. Lo que mi dedo indicaba, lo que ella estaba mirando, era la carretera del Rompeolas, no la misma ciudad.

—Me estoy imaginando que el Rompeolas se ha roto. Lo parece. Y cuanto más miro, más me doy cuenta de que la ciudad se hace pequeña. Nos estamos yendo.

Gran interés. Me senté a su lado pensando «Sí, hija, sí», como ahora, Olga, cuando no dejas de hablar. Me acomodé contra la puerta abierta del coche. Ahí dentro, uno de los que se pinchaba para rematar la sucesión de subidas-bajadas ya cabeceaba. El otro se ataba una goma alrededor del brazo desnudo. Fingí entonces que miraba el punto donde el Rompeolas se había abierto, la brecha que nos iba separando de la ciudad.

—¿Lo ves?

Si uno era miope a lo mejor veía una franja de luz como una brecha y no distinguía los perfiles. Sí, uno podía hacerse una idea muy vaga de que el Rompeolas se separaba de tierra firme y de que se iba, nos íbamos, a la deriva, adentrándonos en el mar hacia el sol. Pero se suponía que yo era entonces un tipo moderno que se reía de ciertos paisajes y de las conclusiones que esos paisajes ofrecen a las retinas lánguidas. Yo era punzante, mostraba el ridículo de esas situaciones y de esas actitudes, les daba la vuelta.

—Es una tontería —dijo entonces ella y respiré aliviado—: Eso no es lo que estaba pensando de verdad. Lo que estaba pensando es que, si se diera el caso, me daría igual. Que nos separásemos de la ciudad, o que nos hundiéramos. Mejor, que se hundiera la puñetera ciudad y nosotros aquí, locos. Estaba pensando que el desastre me convierte en invencible.

«Sí, niña, sí», pensé como un bobo.

—Aunque de verdad, de verdad, tampoco era eso lo que pensaba. Estaba pensando en que una vez, cuando era pequeña, subí con mi familia al terrado. A ver, no tan pequeña. Sería una verbena de San Juan o así. Subimos y empezamos a ver fuegos artificiales, las luces, las chispas de colores, las explosiones... Pero a eso atendí sólo un momento, porque enseguida me di cuenta de que los vecinos, que también estaban en el terrado, eran diferentes a como los veías cada día en la escalera o cuando te cruzabas con ellos en el portal. Se comportaban distinto: ése tendía la copa y ese otro vaciaba la botella, y se cogían del brazo, y se sofocaban, y gritaban

mucho y se daban besos. Los gestos, las miradas, todo era diferente. Y más que los fuegos artificiales veía las zonas oscuras que de pronto dejaban de ser oscuras cuando las iluminaba la luz que se abría en el cielo, y con el resplandor veía una casa en la montaña en la que nunca me había fijado y una fila de coches con gente mirando hacia arriba. Luego dejaba de verlos, desaparecían como si cayese un telón. Me iba entonces al otro extremo del terrado, como para estar sola, y me daba cuenta de lo grande que era la ciudad. La gente hablaba, gritaba, se sofocaba y se besaba, mientras yo iba abrazando la ciudad con la vista. Era de noche. Una tontería, ya, pero fue lo que pensé: «Es de noche». Y también pensé: «No quiero dormir, no quiero dormir nunca más. Quiero salir de noche siempre». Había oído la expresión: «Salir de noche». La gente salía de noche. Mis vecinos, los que ponían discos a todas horas, salían de noche. Yo pegaba la oreja a la pared y escuchaba las canciones que mis vecinos hacían sonar en el tocadiscos. Les oía decir, casi cantando: «¡Esta noche salimos!». Y yo pensaba que, si saliese de noche, me encontraría con mis vecinos y escucharía esas canciones. Por eso, la noche en que me dejaron subir al terrado a ver los fuegos artificiales, me hice una idea muy clara de lo que podría ser salir de noche, de lo que yo haría si saliese de noche. Empezaría a caminar por la calle oyendo las canciones que solía escuchar a través de la pared. Entonces, mientras caminara y oyese las canciones, me iría encontrando con mis vecinos y más gente que conociese y otra que pudiera conocer. Saludaría: «¡Hola! ¿Estáis saliendo de noche?». Y seguiría caminando. Caminaría mucho, escucharía muchas canciones y saludaría a todo el mundo con la mano, moviéndola de lado, como la reina de Inglaterra, mientras les preguntaba a uno y a otro si es que estaban saliendo de noche. Haría todo eso hasta llegar a un sitio, muy lejos, en que ya no fuera de noche. El sitio en que la noche acaba. Eso era salir de noche y así es como sigue siendo. Y más cuando aquella verbena de San Juan acabó a golpes. Algún borracho quiso meterle mano a mi madre. O eso le pareció a mi padre. Mi padre ha sido mago y a veces ve manos donde no las hay. Se las imagina. Otras veces, no quiere verlas. ¿Por qué te cuento esto? ¿Cómo dices que te llamas?

Desde aquel amanecer del Rompeolas, cuando me dijo que sería feliz en el desastre y me dijo su nombre y yo le dije el mío, llegué muchas veces con Elsa al sitio en que ya no era de noche, el raro lugar donde termina.

¿Quién era Elsa?

Puedo dar a la fase más intensa de nuestras relaciones un principio y un fin, una cronología decisiva, un enlace con la engañosa serpiente de la Historia.

Cuando empecé a beberme amaneceres como aquel del Rompeolas para terminar yacente en mi cama en la posición de un Cristo desplomado de la cruz, me pasaba un día o dos tumbado entre las sábanas, gimoteando y diciéndole a nadie: «¡Nunca más, nunca más!». Una vez, tras una juerga con alguno de los forofos del producto que vendía, la jornada de penitencia, todas las miserias, fueron acunadas en el altillo de soltero por un afable silencio. Y ese silencio era una rara circunstancia, porque la cháchara y el ruidoso cancanear de los habituales de la plaza solían flotar en el aire toda la noche. Cuando bajé a la calle al atardecer siguiente, Elsa, sentada en un banco, charlaba con una de las viejas que entretenían el tiempo dando de comer a las palomas. Interesado en comprobar que se hacía a menudo la contradicha y que eso me gustaba, nunca supe de qué hablaba en aquellas tertulias con la tercera edad. Elsa me vio y una sonrisa de fingida sorpresa se abrió en su cara. Cuando estuve delante de ella, entre un profundo bostezo, manifesté:

—He dormido como un tronco. ¡Qué paz! Por lo visto ya nadie viene por la noche.

Elsa se echó a reír. Un minuto, dos. La vieja sentada a su lado me miraba con apatía de moscardón.

Durante mi patrulla por los bares de la zona alta, a la que Elsa solía acompañarme sin pedir nunca nada («Las anfetaminas no son lo mío»), se dedicó a estudiar el avance de mi perplejidad ante los comentarios de la gente que se acercaba a comprarme pastillas: «Yo es que me voy a Londres en cuanto pueda» o «Yo si hay que coger las armas, las cojo, que los tengo cuadrados...» o «A mí, mientras no cierren esto, me da igual todo». Cuando los comentaristas se iban, le explicaba a Elsa que hacía muy bien en no empezar a tomar anfetaminas, porque son más peligrosas de lo que dicen, y si uno no sabe racionar los estados de ebriedad, la paranoia, las euforias y las depresiones, entontece y acuña barbaridades como las que acabábamos de oír.

A ella le brillaban los ojos.

De vuelta a casa, bajo la lluvia que espaciaba nuestra marcha en los claros de las marquesinas, ante el paso de una de tantas manifestaciones con las que Elsa y yo nos encontramos en nuestras travesías por la ciudad, protesté ante el brillo de sus ojos por el capricho que tenía la gente de ocupar la calzada. Era como un vicio; desde que le

habían encontrado gracia a ese juego, cualquier excusa era buena.

Cuando la acompañé hasta la callejuela donde vivía, porque siempre la acompañaba a su casa y, avergonzados los dos, me despedía de ella con un beso en la mejilla, Elsa se atrevió a informar del golpe de estado que había tenido lugar el día anterior. Con el país paralizado, el ejército no salió a la calle en ningún lugar, salvo Valencia, que se llenó de tanques enormes. Hasta que pasó el peligro, no hubo quien no manifestara un plan sobre qué hacer en caso de que los sediciosos tuvieran éxito. Por fortuna, todo había acabado y los más airados no tuvieron que demostrar las agallas que exhibían.

—Si llegan a ganar y sale el ejército, la cara que hubieras puesto. Con la fantasía y el despiste que gastas... Hubieras sido el primer desaparecido.

—Hasta me hubieran escrito una biografía digna. El joven mártir que fue a venderle anfetetas al sargento loco...

Estuvimos riendo hasta que algún insomne neurasténico nos echó un cubo de agua desde una de las oscuras ventanas de la calleja.

Tardaría mucho en explicarme, y lo hice sólo cuando no tuve más remedio: el azar y la fragilidad que mi experiencia suponía a cualquier avatar político, sólo era comparable a mi propia inestabilidad como ente civil. Un golpe de estado, su parodia, un registro, una redada y el lógico aviso a Ballesta eran mi perdición, aunque me hubiera empeñado en olvidarlo con la mente ocupada en dudosas recreaciones. Una Elsa demasiado ideal, por ejemplo.

Ahora ha pasado casi un año y estamos en octubre del 82. Bajo de los bares de la zona alta acompañado por unos conocidos. Más instalado en ese ambiente, he dejado por fin el comercio de pastillas para sustituirlo por trabajos esporádicos de los que ya hablaré. Que ya no necesite mantener la cabeza fresca durante las horas en que antes realizaba mis transacciones me libera de la obligación de cierta sobriedad, y muy pronto la relevo entusiasmado por ninguna sobriedad. Así, los conocidos y yo bajamos la calle, dando traspiés y perfeccionando entre risas beodas una broma de mucha malicia. Durante aquella jornada han tenido lugar unas elecciones y, con el fin de enterarnos sobre su naturaleza, nos detenemos ante los colegios electorales que se van cruzando en nuestro camino para deducir a quién se ha votado y por qué. No sé si lo entendemos demasiado: en aquellos folios pegados en jambas y en persianas bajadas sólo hay una relación de los diferentes partidos y coaliciones y el número de votos que han recibido en aquel colegio. Alguien percibe que a ciertos partidos casi folclóricos, muy extremos y muy pintorescos, o no les ha votado nadie o sólo han recibido un ridículo voto. Nos intriga la naturaleza del héroe solitario que, contra viento y marea, delega su minúsculo derecho a la soberanía en uno de esos grupos que, sea cual sea su contribución ideológica al panorama político, acaban figurando en el resultado final con el nombre de «Otros».



—¡El cabrón de Fuerza Nueva, que se asome a la ventana! —gritábamos, por ejemplo. No es que tuviéramos nada a favor o en contra del fascista. Sólo ocurría que en ese colegio electoral la formación con un solo voto era la que correspondía a Fuerza Nueva, o como se llamase entonces su coalición con falangistas y ultramontanos.

—¡Oye, cabrón! ¡Da la cara si hay cojones, cabrón! ¡Somos tus amigos, cabrón! —y uno de mis acompañantes, que había sido guerrillero de Cristo Rey unos años antes, nos apuntaba la fervorosa letra de «Cara al sol». Otro, que había cumplido un tiempo de condena por pertenecer al grupo de agitación Kropotkin le discutía, no el contenido del himno, sino el tono en que debía empezar el verso «Volverán banderas victoriosas...». Un tercero y un cuarto, si habían tenido alguna vinculación juvenil con la política, ahora la callaban, limitada su capacidad por el alcohol, la broma villana y la mucha risa.

Por fin, alguien salía al balcón, no a presentarse como único votante del partido de sus amores, sino para elevar una queja de la bronca nocturna. Entonces...

—¡Oye, cabrón! ¡Saluda a la romana, cabrón! ¡Eres un valiente, cabrón!

Y cuando el ruido hacía asomar al resto de vecinos, todos señalábamos al señor con bata y cara de sueño:

—¡Ese hombre no se arredra! ¡Ese hombre es un español! ¡Saluden todos a ese modelo de la Una, Grande y Libre! ¡Queremos un hijo tuyo, cabrón!

Y nos íbamos corriendo, mientras el señor de la bata negaba todo a unos vecinos que ya empezaban a explicarse ciertas conductas de ese hombre, a veces colérico en extremo, otras veces taciturno, siempre con golosinas en el bolsillo.

Unas calles más abajo, cuando descubríamos en un par de ancianas ojeras del barrio burgués por excelencia a las musas de la Organización Revolucionaria de los Trabajadores y cantábamos la «Internacional» con mucho desgañite, un coche se detuvo a mi lado. Y me sobresalté, porque cuando todos habían callado ante la repentina aparición del automóvil, yo, de espaldas al sentido circulatorio de los coches, aún seguía gritando «¡Viva la madre que parió a las vírgenes rojas! ¡Viva la memoria de vuestra sangre menstrual! ¡Y viva Pekín y Cantón!». Hacía demasiado tiempo que Fernando Ruiz McDonald se paseaba por una ciudad bajo vigilancia con un descarado retador: documentación falsa, una mili sin cumplir y las ganas que me tenían los Ballestas de este mundo adheridos con su baba viscosa a los pliegues del poder. Los días del asalto al Banco Central ya habían sido una muestra del miedo que uno puede supurar cuando se enfrenta con las torpezas aún activas de su pasado. Resulta que...

No, Lector, no quiero que disfrute al saber lo que sentí durante esos días del asalto al Banco Central.

Seguimos, por tanto, en octubre del 82, la noche en que las urnas dieron la

mayoría absoluta al partido socialista y los progres saltaron y cantaron. Para mi alivio, el automóvil que había parado no era de la policía. Fue Elsa quien asomó por la ventanilla, la cabeza cubierta por un sombrero Borsalino con cinta roja. El uso del sombrero había marcado un antes y un después en nuestras relaciones: al principio pensé que era un modo de ocultar una melena descuidada o unas pupilas diminutas; enseguida supe que era mero cobijo contra el reproche. Uno de los tipos que la acompañaban se abrazaba nervioso a sí mismo bandeando en el asiento de atrás. El hecho de que casi fuera un cadáver no me impidió reconocer a Carlos del Escudo Jr.: las ojeras encendidas, la cara muy pálida, cada célula de su cuerpo entregada al temblor. Esos reencuentros no eran una pirueta del azar, ni iban a ser infrecuentes: cuando uno empieza a moverse sin cautela termina dando con las sombras más temidas (como bien supe, aunque no lo cuente, el día del asalto al Banco Central). El mercado de heroína creaba nuevas sociedades, nuevas amistades, muchos conocimientos esporádicos. Se hablaba un poco, se unían fuerzas, se reutilizaba la información. Elsa, en su postulado por adquirir la sustancia de sus desvelos, era inigualable en el trato con las más surtidas conexiones: hoy era Carlos del Escudo Jr. convertido en un pingajo y mañana iba a ser cualquier voluble con ganas de pedir una explicación a hostias.

—¿Me puedes dejar algo de dinero?

—Que te lo deje el papá del nene que llevas ahí detrás.

El pingajo no me había reconocido y ni siquiera miró cuando mencioné a su padre. Elsa, que tampoco sabía de qué hablaba y estaba bastante nerviosa, se bajó del coche, sus botines de piel de serpiente tropezaron en el asfalto, me abrazó abandonando la cabeza en mi pecho, y mientras se echaba el sombrero hacia atrás para que nuestras miradas se cruzasen y me rindiera a su patetismo, rogaba por su madre, por mi madre, por Dios y por la madre de Dios. El cuento de siempre. Le dejé el dinero que me devolvería al día siguiente, que se muriera si no allí mismo, en la vía pública. Cuando el automóvil arrancó hacia un tenebroso paradero, dije a los amigos, tan amigos míos como eran suyos los de Elsa:

—Hace unos años, por poco hago diputado al padre de ese idiota. Del que iba detrás. A su padre. Os lo juro.

Y todos rieron. Viniendo de alguien que hasta hace poco iba diciendo por ahí que era el nieto de Picasso, esa información, suministrada ese día y en esa circunstancia, se tomaba como una de tantas bromas del que llamamos charlatán, o del tío primo que justifica como puede su flaqueza ante el sablazo de una rubia.

Al día siguiente, Elsa no aparecía. Ni al otro. Y al cabo del tiempo, cuando me la encontraba, limpia y guapa, y lo que resultaba ya un disparate, alegre, los dos nos olvidábamos tanto de la deuda como de la escena que la generó. Ya no se hacían preguntas; el interés mutuo era un hilo de amor con el que evitábamos el extraña

miento.

Pero ¿quién era Elsa?

Desde el primer amanecer en el Rompeolas supimos que nos comprendíamos, y ese entendimiento no abundaba al margen de la identidad que unía a la gente en una retórica de momentos. Quizá nos gustáramos y, desde luego, teníamos cierta experiencia en locos abordajes y compartíamos una imprecisa saturación de muchos cuerpos. Ella tenía su fama y yo la mía: entonces un polvo era la actividad menos amorosa que se nos hubiera ocurrido. Con la intensidad se pierde el tacto, y mi anhelo juvenil creía necesario recuperarlo antes de dar el paso siguiente. El suplicio del cortejo, lento y delicioso: contarnos nuestras vidas, nuestros objetivos, lo que deseábamos hacer, lo que podíamos hacer y, mucho más importante, lo que no íbamos a hacer por nada del mundo. A mí me parecía que ella era de mi opinión: si nos acostábamos en seguida algo se iba a estropear, no sería lo mismo. Por eso nos buscábamos por las tardes, por las noches, hablábamos mucho, nos reíamos. El absoluto placer de reírse con una chica por primera vez, degustar los entusiasmos: ésa era felicidad suficiente, y suficiente ilusión la de buscar el momento perfecto en el desastre.

Supe que Elsa había empezado la carrera de Arquitectura, pero colgó en seguida sus estudios tras huir de la familia y del plan de vida que trazaron para ella. Desde entonces, trabajaba por las mañanas en una agencia de viajes, y aunque no hubiese dormido la noche anterior, que había gastado patrullando de bar en bar entre el estruendo de altavoces y cogorzas, a la mañana siguiente, vestida «de romana», como solía decir, se encontraba frente a billetes de avión y sellos de goma en un edificio del centro. Ese vestirse «de romana», traje sastre, medias y zapatos altos, combinado con una ilusión irreprimitible por encontrar de nuevo las calles conocidas, era el motivo de que muy pocas veces pasara por casa a cambiarse de atuendo y su porte oficinista se prolongase a través de la jornada hasta garitos cuyo ambiente la volvían una perfecta marciana y un seguro objeto de deseo.

Cuando la conocí aún no tenía veinte años. Era de una precocidad imparable. Quizá por eso el tiempo era su único descuido, su enemigo declarado. Todo el tiempo. Una vez me dijo: «De los cinco sentidos, yo sólo tengo el sexto». En todo lo demás, si importa algo, era muy meticulosa: su porte, cada movimiento, el estuche de metal donde guardaba su jeringa, la goma, la cucharilla y la lista con actividades de la jornada, de sus discos y preferencias escritos con una letra redonda, perfectamente alineada. No cruzaba los sietes. Y otra vez me dijo: «El 1 es viejo, el 2 no me gusta, el 3 es orondo y simpático, el 4 es apacible, el 5 bastante perfecto (pero no me cae bien), el 6 es mi preferido, porque los otros números quieren competir con él, y él tan contento, el 7 es un pelota, pero no lo cruzo, porque le mato, el 8 es arribista, el 9 es muy creído y el cero pasa desapercibido». ¿Y el cero pasa desapercibido? No en el

sistema decimal, Elsa. La diosa Razón está orgullosa de sus diez dedos. Así te salían las cuentas del dolor antiguo cuando era noche cerrada.

Mira, Lector, Olga, mirad, no puedo evitar contarme otra vez, contaros, el asunto del Banco Central.

Sábado. Una espléndida mañana de mayo del 81, aunque no para mí. No del todo, al menos. Estoy en la calle, bajo los arcos, ansioso porque me devuelva al hogar el tacto del pasamanos de nogal gastado por mil inquilinos morosos. Entretanto, me despido con balbuceos de resaca de la morena algo punk que ha sido mi pareja esa noche. Mientras contesto «Ya, ya...» a no sé muy bien qué, asumo pasmado que la muchacha no llega al metro veinte. Esa madrugada, poco después de la apertura súbita y confusa del ojo, olvidando que la chica algo punk existe y se esconde bajo las sábanas para amortiguar con ellas el ruido que sube de la plaza, he dudado del carácter humano del bulto de área mínima que estaba a mi lado para concluir que durante la nocturna turbulencia me he iniciado en la zoofilia. La chica, cubierta y ovillada, parecía un perro pequeño o un gato grande. Luego, he recordado una mano impaciente guiando hasta un clítoris otra mía, muerta, para imponer la frecuencia de roce del que abrillanta una moneda con el puño de la camisa antes de echarle el aliento. Mi cabeza ha generado también el maltrecho recuerdo de verse a sí misma asomada a la ventana con ganas de fumar frente a la tímida claridad del nuevo día, y el nuevo día era sólo el acostumbrado vuelo de sillas de tijera y el cruce habitual de amenazas de muerte. Y les he vomitado encima.

—Uf, colega, ya me he dejado la pulsera... Ya ves, ya me la darás... Me abro ya...

—Ya...

Debe ser tan pequeña la simpática y desmaquillada ninfa semipunk que, al alejarse por el sol y sombra de los soportales, aún no ha caminado dos metros y la he dejado de ver.

—¡Pederasta! ¡Que te gustan las niñas! ¡Baboso! ¡Antiguo! ¡Él es el culpable! ¡El golpista! ¡Guardia civil! ¡Picoletto! ¡Contumare! ¡Bujarra! ¡Follaniños!

No es necesario ni conveniente que me vuelva en dirección a las voces; son las locas de la plaza que, en trasnoches volcados sobre la mañana, gafas de sol y faralaes, se erigen en coro griego de las pequeñas incidencias de aquel ámbito. Ahora la toman conmigo; les ignoro y entro en el primer bar para que un café apuntale mi taquicardia, un valium la relaje y me enfrente a mis contradicciones. Vuelco todo mi peso sobre la barra y miro de reajo; ahí fuera, en el respaldo de un banco de madera, en el suelo alrededor del banco y, aunque parezca mentira, sobre el mismo banco, la amenaza sodomita de la VI Flota lanza alaridos a través de una barba de días, del rímel corrido, la carrera de magisterio sin ejercer, no del todo olvidados los golpes y las burlas que recibieran en su pueblo. Las locas *underground* me tienen en el punto de

mira de su sarcasmo hidrofóbico:

—¡Estirado! ¡Pichafría! ¡Annnnaaaal! ¡Que te esperan los golpistas! ¡Que llegas tarde! —Agradezco que uno de ellos me ignore, aunque, en contrapartida, se acerque a una palmera y se ponga a imitar a Carmen Miranda.

—¿Qué golpistas? —le pregunto al camarero, mientras otra mirada de soslayo me confirma, por la ausencia en la plaza de cualquier paseante o merodeador que no fuera el equipo de rugby del planeta Mariconazo, la posibilidad de que haya amanecido otro día de esos en los que las buenas gentes murmuran «Ay, ay, ay...» antes de salir como balas hacia un lugar seguro.

—No está claro, pero parece que ha habido otro golpe de estado... —me confirma el camarero.

—Ay, ay, ay...

—No sé, lo están diciendo en la radio... Unos golpistas han entrado en el Banco Central, aquí, en la plaza Cataluña.

—¡Pedorrrrrro! ¡Que no sabes lo que tienes! ¡Que estás ciego! ¡Que ella es divina! —oigo que brama el coro, mientras me aproximo a un aparato de radio sobre el mármol de una de las mesas, flanqueada por dos vendedores de lotería. Los hombres, la cabeza apoyada en la palma de la mano, evocan sin nostalgia el preámbulo de la guerra civil. Escucho un momento y no me entero de nada. De casi nada. ¿Quién está ciego? ¿Quién es divina?

Vuelvo la cabeza y entre la selva de hombros que tensan costuras, de los topos, de los volantes, de los pechos velludos, zarandeada por manos que se empeñan en desenfilarse su ocultación, la sonrisa de Elsa. Cuando salgo del bar avergonzado para desaparecer por la primera calleja, se acerca dando saltitos y me coge del brazo:

—¡Venga! ¡Cómetelo! ¡Y tú, cobarde! ¡Procede!

—¿Nos acercamos hasta la plaza Cataluña a ver qué pasa? —me pregunta.

—¿También eres amiga de éstos? —le pregunto a mi vez.

—Venga, no te enfades, que están de guasa. Va a ser emocionante. Emoción matinal. Y fíjate que no he hecho ni un comentario de la enana pechugona... Ni de lo des mejorado que estás...

En las Ramblas, la multitud impide cualquier aproximación más allá del cambio de sentido; el pavimento de olas rosadas sostiene una variedad de figuras orientadas hacia el norte, desde el laborioso menestral al lógico carterista penetrando bolsillo extranjero. Y los extranjeros cruzan miradas de inteligencia o de estupor convencidos de hallarse en el tiempo que luego la memoria recuperará como aquel en que vivieron peligrosamente. Elsa y yo nos dirigimos entonces al Barrio Chino para enfrentarnos a la fachada del banco tras dar un rodeo por las callejas. Una quiosquera nos acaba de informar de modo sucinto que, a eso de las nueve, unos militares han tomado la sede del banco a tiro limpio, que ni en la radio ni en la tele dicen nada de los cadáveres

que han retirado, ni del estruendo como de cañonazo que ha oído gracias a la oreja que nos acaba de señalar con uña carmesí.

Sólo doblar una esquina, Elsa levanta una mano hacia alguien que no le devuelve el saludo. El sujeto, paso rápido, empapado de sudor, los ojos desorbitados, lleva bajo el brazo un jamón de buen tamaño envuelto en hojas de periódico.

En la calle que da a la parte alta de las Ramblas, el cordón policial, la misma policía que luce desde hace poco un coqueto uniforme mostaza en lugar del emblemático gris, ha hecho desaparecer la afluencia de curiosos; sólo los comerciantes y camareros, a la puerta de tiendas y bares, se dedican a mirar más allá de la cenefa de maderos que obstruye la visión del espectáculo. Que no es mucho: la fachada de un contundente edificio en una esquina principal; en las ventanas, como escudo humano, permanecen siluetas rígidas. Frente al banco, se han levantado parapetos tras los que se divisan cañones de fusil; números policiales y militares, y tipos con gafas de sol y aspecto de llevar funda sobaquera entran y salen de las instalaciones de otro edificio bancario, y en su camino sorteando ambulancias, coches oficiales y furgonetas de ventanillas enrejadas. En los balcones de las Ramblas, fotógrafos, cámaras de televisión y reporteros radiofónicos, y en el mismo paseo, más allá de las sillas vacías y de los quioscos cerrados, la multitud. Y en la multitud, como perro rabioso entre cañas, un tipo parecido al que nos hemos cruzado en la esquina mira anonadado en todas direcciones lo que a duras penas le transmiten unos ojos de vidrio pisoteado. De su axila asoma una negra pata de cerdo. Le explico la coincidencia a Elsa, y ella se encoge de hombros mientras cruza una mirada que no me gusta nada con un sonriente pelirrojo apoyado en la baranda de un balcón.

Nos instalamos en un bar desde cuya puerta se obtiene un escorzo de la fachada. Al cabo de un par de horas, mientras mis toboganes físicos desayunan, toman el aperitivo y almuerzan con cerveza y pastillas, Elsa sorbe una Fanta inagotable mientras va y viene. Entre la televisión, la radio y el rumor callejero, nos hacemos con una información de apariencia sólida: alguien ha entrado en la entidad financiera y ha hecho rehenes a todos los que allí se encontraban, unas doscientas personas, ninguno de ellos alto ejecutivo, ya que la dirección de la entidad trasladó hace poco sus despachos a lo que fue antigua sede del extinto Banco Ciudadano. Mira tú, qué cosas... El comando exige la liberación, antes de setenta y dos horas, de alguno de los militares y guardias civiles que hace tres meses justos dieron el golpe de estado que viví en brazos de Morfeo. Fuentes próximas a los militares y guardias civiles implicados niegan cualquier relación con unos saltamostradores. Hace nada han sacado a uno de los empleados con un tiro en la pierna; de camino al hospital, el herido ha manifestado que los asaltantes son unos veinte, que el cabecilla utiliza la jerga militar para dar órdenes a sus compañeros, y que gritan mucho «¡Viva España!» como si fueran alemanes en chiringuito playero. Cuando liberan a unos cuantos

rehenes, la multitud de mirones lanza al cielo una exclamación ahogada y, como si le impulsase esa voz popular, entra en nuestro bar con una caja de cartón en los brazos un tipo escuálido que habla solo y echa mecánicas miradas a un perseguidor invisible. Le conozco: una vez tuve oportunidad de cruzar con él un par de frases cuando se empeñó en que fuera el bajista de un grupo musical que estaba formando. Al aclararle que no tenía ni idea de tocar el bajo, argumentó que «mi cara de bajo», impasible, lunática, de dudosa vivacidad intelectual, era suficiente garantía para mi futura competencia. El tipo escuálido se sienta frente a nosotros y deja la caja sobre la silla vacía. Hace un breve comentario del follón, levanta con cierto misterio una de las tapas de su caja y tantea a Elsa, a quien parece conocer mejor que a mí:

—A lo mejor a tu amigo le interesa esto... —Ese pamplinas, al parecer, no recuerda «mi cara de bajo». Elsa adelanta la cabeza a través de la mesa, estudia el contenido y empieza a reír. El pamplinas, prudente, le pide que se calle, mientras sigue mirando con temor en todas direcciones:

—¿A que no sabes qué hay dentro? —me pregunta Elsa.

Reflexioné un instante:

—Un jamón —propuse.

Las risas de Elsa vuelven, doblada ya sobre la mesa, mientras niega con el dedo. Entre sacudidas, el dedo que niega se convierte en dos.

—¿Dos jamones?

Y Elsa afirma como si picoteara la mesa.

El muchacho, el índice en los labios, nos explica que él, a diferencia de otros vendedores de jamón con los que a buen seguro nos habremos cruzado, no tiene urgencia por vender el material porcino, ya que compró su dosis de heroína el día anterior siguiendo una prevención que es marca de carácter. De ese modo, instruye, si el mono le asalta, nunca se prolonga. Esa virtud suya de la prudencia le avisó también de que sería bueno participar, con el fin de establecer un fondo de maniobra, en una incursión delictiva que tuvo lugar la noche pasada, sin mayores sobresaltos, en uno de los puestos charcuteros del Mercado de la Boquería. Ahí mismo. El cerebro del golpe ha sido el hijo del charcutero en persona, que «Anda pillao del lodo. Lo mío sólo es un poco de vicio...». El adicto, informado por los sentidos de la vista, el tacto y el olfato, de la llegada de una remesa masiva de jamones pata negra al puesto de su padre, y necesitado de líquido para mantener el gasto que provoca su vertiginosa afición, ha estado reclutando, durante la semana que finaliza, a varios conocidos a los que le une parecida vinculación con el estupefaciente y muchos silencios compartidos a la puerta de La Quijada de Sansón, establecimiento donde se acuerdan las operaciones de compra-venta de la sustancia, no siempre al instante, como bien reclama el que a partir de ahora llamaré don Prudencio. Don Prudencio está soltando una movida que no veas por la misma boca que proclama su discreción. Esta

madrugada, con los jamones fuera del establecimiento, el exitoso «gang» ha hecho una división del botín de acuerdo al grado de compromiso en el diseño y ejecución del golpe, y, sin rencor, ha puesto punto final a su asociación para activar la venta individual del producto, según el talento de cada cual para el marketing callejero. La mayoría ha malvendido sus piezas, no a probables consumidores, sino a otros yonquis mediante un apaño instrumental cuyos no redactados estatutos ordenan una nueva división de las ganancias en cuanto se logre la venta. El efecto de esta cadena, sin ser notorio en exceso, confunde a la ciudadanía, porque unos cien yonquis con el mono auestas se andan paseando por el casco antiguo con un jamón bajo el brazo. Y no pueden alejarse demasiado, porque necesitan ir corriendo a su camello de cabecera en cuanto vendan la mercancía, en la incertidumbre de si el camello, atento a las circunstancias políticas, que suelen ser policiales, no habrá abierto por una buena temporada cierta distancia entre su persona y el núcleo del conflicto. La bobada esa de los golpistas, siempre según don Prudencio, está arruinando cualquier posibilidad mercantil; las calles están cortadas y la policía y el ejército en plena intervención. En los antros más turbios de los más exiguos callejones desmienten la profesión militar de los asaltantes y juran por sus antepasados, al tiempo que interrogan retóricamente, que quién es uno de ellos sino el Rubio. No un «el Rubio» más, no, que el hampa es generosa en titular con ese mote a cualquiera que no tenga pinta de deshollinador, sino «el Rubio» el Rubio. Y el Rubio es un soplón. De la mafia de Perpignan (y yo pensé «¡qué tiempos estos en los que la mala hierba crece en cualquier parte...!»). Y como si los soplonos formasen gremio o sindicato y tuvieran local social, la policía investiga entre ellos por estirar un hilo que es laberíntico, a juzgar por la cara de un par de secretas con los que don Prudencio se ha cruzado. Aunque don Prudencio sabe que el interés informativo del submundo durante las últimas semanas se ha centrado en la llegada a la ciudad de varios italianos a quienes no se veía, lo menos, desde el 77. Los italianos han estado reclutando gente para un lío que llevan entre manos. Y que esa misma mañana le han asegurado que el Macaco, un colega, estaba dentro del banco. Y el Macaco trabaja mucho con los italianos. Don Prudencio, que unos meses antes deseaba formar un inocente grupo pop, ahora se codea con lo más rudo del hampa. El que inventó la palabra *imbécil* pensaba en alguien como don Prudencio.

—Ya sabes, cuando digo italianos, quiero decir italianos de esos fachas, fachas. Porque más fachas que éstos, ninguno. Algunos dicen que si son fachas es que han venido al congreso de Fuerza Nueva, que es este fin de semana. Pero yo no creo que... Si uno es un tipo sospechoso y viene a un congreso no se pasea por el Chino y habla con unos y con otros... Lo que sí es verdad es que a lo mejor los de Fuerza Nueva estaban al tanto de...

—Si me acompañas a un sitio, te digo dónde puedes vender eso... —Elsa se levanta y palpa uno de sus bolsillos delanteros buscando una caja metálica. Le



comunica a mi pasmo que ya nos veremos.

Un poco después, algo achispado y sin cometido en la vida, salgo a la calle, donde me envuelven la irrealidad de una luz excesiva y el sonido creciente de un batallón de ambulancias. Me acerco hasta el cordón policial y oigo cómo un par de números comenta con amargura que faltan cetmes en uno de los cuarteles de la Guardia Civil. Desde un entresuelo, sentada en el balcón, la labor en el regazo, una comadre asusta mucho a una pareja en la edad madura que llega del mercado con un carro de tela escocesa cargado de aceite y azúcar. Este mes, explica la matrona en un recuento siniestro, han disparado contra el Papa, la ETA ha matado como nunca y, para colmo, quienes sean esos que están ahí encerrados ya no se conforman con atracar diez y hasta quince sucursales bancarias en un día; ahora van directamente a la oficina principal. Y dice que dicen que están envenenando el aceite, mientras señala con la aguja de hacer punto una botella verde que asoma del carrito de la pareja, junto a la pezuña negra de un cerdo extremeño.

—¡Y se ha muerto Bob Marley...! —añado al pasar llevándome las manos a la cabeza en clamor de apocalipsis, antes de que los silencios y los suspiros concluyan en una hecatombe menor.

Me dirijo hacia las amplias avenidas del centro por si Elsa ha acabado sus gestiones y me la vuelvo a encontrar. He olvidado que cada fin de semana cumple con el ritual de comprar un octavo de gramo de caballo para dejar luego que los efectos la lleven a una plácida deriva a través de ambientes diversos que acaba varándose durante horas en una de las terrazas de nuestra plaza. Está muy guapa cuando se pica, excitante, no quiero perder la oportunidad si se presenta. Aunque me temo que esa sensual excitación no es por mí, ni mucho menos; parece que la heroína la haga consciente sábado y domingo de algo que ignora el resto de la semana, cuando me busca por los bares y subimos hasta la zona alta y patrullamos y reímos y nos morimos de vergüenza. Porque el ansia que hace buscarnos y acompañarnos y reírnos no parece tener origen en el instinto; los gestos y las caricias fugaces no resuelven un ímpetu. Yo, desde luego, ignoro la posibilidad de que jamás se extienda sobre la cama una sábana de armonía, y que a través de ella la luz del sol, filtrada, acaricie a los amantes; pero el hecho es que tras unos meses en los que uno ha estado esperando del otro un avance, ella ha vuelto a irse con sus amiguitos y yo me voy con mis amiguitas. Mucha risa, sí, y algunas indirectas, pero en broma, en broma...

Me sobrepasan a la carrera unos niños que dan voces por toda la calle: «¡Han llegado los GEO! ¡Han llegado los GEO!»». Es una distracción. Por eso les sigo a buen paso. Ellos dan exageradas zancadas imaginando una carrera, o una persecución; y yo pienso que sí, que los niños son felices en el desastre, y el miedo de los adultos sólo confunde y exaspera esa alegría, una pura sensación de urgencia infectada de la urgencia múltiple de los otros. Mientras se pierden en la perspectiva de la calle, los

niños saben que siempre les va a proteger la mano de un dios amable, cuando es querido, o terrible, cuando es despreciado.

Llego hasta la travesía de una avenida con grandes almacenes en franca decadencia. En la esquina, los niños espían a los miembros del Grupo Especial de Operaciones: tipos enormes y demasiado conscientes de su halo legendario tras carrocerías blindadas. A su alrededor, y por toda la calle Pelayo, una jauría heterogénea de los cuerpos de sanidad y seguridad corre de un lado a otro en una perfecta simulación de diligencia; o se apoya en los vehículos a través de un llevadero matar el tiempo. Eso sí, todos miran de cuando en cuando el edificio del banco con ojos retadores, mientras siguen corriendo o comen bocadillos o dan largas caladas a su cigarro. Y la fachada del banco pasa de lo ceniciento a lo fosforescente con sus cúpulas y sus anuncios a los lados y sus rehenes en las ventanas. Enseguida me sobresalto, porque distingo entre el marasmo oficial a los dos secretas que solían cumplir las órdenes de Ballesta y me persiguieron por la autopista una noche de abril de 1977; otro éxito, por cierto, en sus brillantes carreras. Me sorprende emocionado por reencontrar a personajes de mi pasado siempre discontinuo, aunque sean secundarios, aunque sean de los malos. Los secretas tienen un aspecto estupendo: caminan hacia mí con el gesto retador que saquean de los telefilmes, desprecian a guardias de tráfico, guardias civiles, policías y hasta geos, como si su misión, además de secreta, fuese sagrada. Los muy canallas se detienen ante un 131 oficial con matrícula de Madrid sin percibir mi presencia, porque están a unos cincuenta metros y no creo que los cambios de mi aspecto o indumentaria les hayan inducido a sospechar que ese tipo flaco de la esquina, pelo a cepillo, camiseta de los Ramones, pantalones negros, todo yo, sea el mismo que una vez diese al traste con un plan que, de tener éxito, hubiera reforzado la noción de eficiencia extrema supuesta por el ciudadano. Cuando los policías están a punto de abordar el 131 por una ventanilla del asiento trasero, mudan su rostro de dureza por una mueca servil, y sus dos cabezas pugnan por escrutar más allá de los cristales ahumados como reses en un abrevadero. La ventanilla desciende, uno de ellos empieza a informar y, de pronto, como si alguien les hubiera pinchado el culo, ambos se incorporan, miran en mi dirección con gesto fiero y descubro entonces un espejo retrovisor que enmarca el ceño que quizá me ha estado estudiando todo el rato. Como los policías no parecen moverse, aún me entretengo un segundo en confirmar si ese ceño es de Ballesta. Menos de un segundo.

Quizá, Lector, Olga, me esté inventando lo del segundo.

Porque galopo a toda mecha hacia el interior del Barrio Chino con alguien pisándome los talones. Vuelvo la cabeza y son los niños, que me adelantan y, tras el avance, y antes de volver la esquina, empiezan a imitar una llegada atlética a cámara lenta, mientras alzan los brazos de modo simultáneo antes de discutir quién ha sido el ganador y empezar a golpearse con no pocas ganas. Me aconsejo andar de forma

despreocupada, y pienso si cuatro años será tiempo suficiente para que me hayan olvidado. No, quienes piensan que ser condescendiente con el enemigo es cavar tu propia fosa, recuerdan. El sol se despreocupa de mi destino.

He decidido no subir esa tarde a la zona alta, hoy no vendo pastillas, no me expongo; por eso estoy en la cama tomando un valium tras otro al ritmo que marca un pensamiento articulado en historias de variado discurrir pero con final idéntico: soy detenido y en mi casa encuentran unos papeles comprometedores que demuestran mi implicación en el asalto al banco. Ahí abajo, la plaza ha recuperado su rutina; eso me impide distinguir el movimiento que presiento en mi puerta, o en el techo, o bajo mi cama, o en la ventana, cuando un geo patee el cristal y entre tarzanesamente colgado de una liana y la puerta reviente, y Ballesta, rodeado de un humo rojizo, lacrimógeno, camine hasta el pie de mi cama y diga:

«—Vaya, vaya, vaya... Nos volvemos a encontrar en circunstancias poco afortunadas para usted, señor Atienza Picazo ¿o debo llamarle Ruiz McDonald? ¿A quién se le ocurre ponerse el nombre de la hamburguesería de las Ramblas que los independentistas violentan a la menor oportunidad?».

¡Aaaaaaaaaah!

Al menos me reconforta, magra consolación, no recordar apenas el rostro de Ballesta. El bigote de gaviota, de W, sí, y las palabras...

Caigo en la cuenta de que si oigo voces en la plaza, es que los GEO deben de seguir allí, en la calle Vergara; o si empiezo a oírlas, porque esta mañana la plaza era un salón vacío, perdido en sus geometrías, las columnas, los rincones mohosos cuchicheando la sospecha de que la mecánica del poder puede cambiar de manos, pero no el poder mismo, y que esos movimientos bruscos son amagos para ajustar la nueva mecánica de ese poder de siempre. O todo lo contrario... Que Ballesta no era Ballesta, y que si lo era, le importo ya muy poco, porque está demasiado entretenido en seguir arrastrando muebles, en enterrar cadáveres, en alimentar a la gran rata empapada de aceite con púas como punzones. Me calmo sólo unos minutos; porque justo antes de anochecer, sobrevuela mi edificio un ventilador enorme que parece limpiar la ciudad de lo único que se resiste al miedo tremendo. Busco la maleta. De un forro descosido saco el carnet de identidad, el pasaporte y el permiso de conducir con mi verdadero nombre. Los hago pedazos, los echo al váter, y mi cara troceada da vueltas en espiral. Me asomo a la ventana y ahí están, encima mío, para llevarme con ellos. Y después más lejos, para disimular. Y aún más lejos, y dan vueltas. Miro hacia abajo, al centro de la plaza, y compruebo agotado que las Tres Gracias en piedra y sus circunvaladores en masa de carne atrofiada ignoran el significado de los helicópteros que muy pronto... Alto, alto, alto, Fernando... Hay cerca una asonada que quizá requiera mayor atención que tu persona.

Decido salir a la calle, seguro de que Ballesta (si era él, si ahora utiliza ese

nombre) y sus amigos policías se han olvidado de mí en estos años y ya sólo soy una anécdota olvidada. Seguro, Fernando. Pero los policías se han incorporado como si les hubieran pinchado el culo y me han lanzado una mirada envenenada de curare. No, Fernando, si hubieran ido a por ti, si el del coche es Ballesta (que no lo era), habrían obrado con disimulo, dando un rodeo por las calles laterales hasta situarse a tu espalda y acorralarte entre ellos y el cordón policial. No hubieran dado ese bote, Fernando, no te hubieran mirado de ese modo, un poco de farol. Aunque olvidas, Fernando, lo ineficaces que eran. Ten un poco más de miedo, Fernando.

Por cierto, si Ballesta era Ballesta, si aún se llama así, y no ha añadido otro apellido inventado a su ya larga lista de identidades falsas, las cosas parecen irle bien: coche oficial, cristales ahumados, interiores insondables con mucha electricidad estática. Si Ballesta es Ballesta ha venido desde Madrid para dirigir algún tipo de operación contra los asaltantes del Banco Central. O más bien para confundir sobre su identidad; para crear ficciones más o menos verosímiles con los materiales que van cayendo en sus manos: unos personajes y un argumento, una trampa y varias salidas, una subtrama que en un momento pueda pasar a dominar el argumento en marcha. Es necesario que entiendas por tu bien que tiene en la cabeza asuntos demasiado importantes como para ocuparse de ti.

Cruzo terrazas, plazas de ayuntamiento vacías, modestas ruinas romanas, medievales, modernas, contemporáneas...

—¿Éste también te lo apunto en la cuenta?

—También... —Y le doy un par de anfetaminas a ese camarero para que calle. Le digo que son de una tía abuela, que se ha empeñado en adelgazar.

El camarero desaparece en un cubículo. A mi espalda, un banco de cemento ocupa toda la pared que discurre paralela a la barra. Almohadones, viejas cafeteras de cobre, carteles modernistas, antiguallas, ese punto *camp* que dura y dura. Y esos progres adocenados que no quieren desaparecer con sus conversaciones idiotas con tono trascendental, sus idilios tan previsibles. ¿Por qué vengo a este sitio? Porque el camarero me fía: razón suficiente para la tolerancia.

—¿Quieres? —El camarero sale de una pequeña cocina con un plato de jamón—: Esta tarde he comprado un pata negra a un precio que no te lo crees. Oye, tú no tienes buena cara...

—Me trastorna la situación política.

—Venga ya... Pero si vives en tu mundo. El otro día no sabías ni quién era el presidente del gobierno...

—Claro que lo sé. Un tipo con nombre de plaza. Uno que tiene una cara así como de estatua de la Isla de Pascua... Además, no hace falta dar nombres. Es la electricidad estática. Hoy he visto gente muy gafe. Pero de esos gafes que le sacan partido al mal rollo con que van a todas partes. Y me están buscando para vengarse

de algo que les hice una vez. Iban a por importantes prohombres de esta ciudad, les querían comprometer con unos papeles, y yo pude ocultar las pruebas que ponían a salvo su prestigio. El prestigio era un camelo, porque los tipos en cuestión eran unos chacales. Aun así...

El camarero se ríe, mientras abre una cerveza y se lleva a la boca una loncha de jamón. Luego se encoge de hombros, recoge mi vaso vacío, limpia con un trapo el mostrador y, sin declararlo, da por terminada la audiencia no se me vaya a ocurrir aumentar la cuenta y el producto oral de mi delirante cogorza.

Braceo hacia la salida entre el humo y el incienso. Callejuelas de la zona portuaria, del Borne, y de pronto el miedo vuelve a estar lejos con sólo beber un poco, y tomar algunas pastillas, sortear unas calles, no oír a nadie y no ser tú. En el aire aprisionado, todo lo que aprendí. A defenderme. A enseñar los dientes. No, a salir corriendo.

Llego hasta un local vacío donde actúa un grupo que Elsa seguramente vendrá a ver. O no. El grupo empieza a tocar ante un público compuesto por cuatro amigos y la desidia infinita de los camareros. Me acerco al pie del escenario y, como un amigo más, me pongo a dar botes. Enseguida me doy cuenta de que hasta los músicos me miran mal. Además, me he equivocado de grupo, de local, de barrio. Un túnel de ambientador y miradas perdidas me hacen salir a una calle equivocada; bailan el pogo las fachadas, el pavimento, el cielo, y yo medito en la verdad del efecto paradójico rumbo a la esquina: sedantes hasta desquiciarse y convencerse de que todos los rostros que se cruzan en mi camino, más bien acobardados por mi tambalear, son espías que vienen y van, murmullos, confesiones, un laberinto de bailes confidenciales que llevan a una caverna donde rugen el monstruo del rumor. Y el monstruo tiene bocas donde deberían estar los ojos, y bocas donde las orejas.

¡SPLASH!

El agua me cae encima y quienes cantaban en mi sueño también lo hacen, y mojados, en la cosa esa de la realidad, insultan a las ventanas. En extranjero. En portugués. Me ayudan a levantarme y me preguntan qué me pasa con brasileñas inflexiones. Todos se llaman, lo declara la gorra, S. S. Pernambuco. Les digo que tengo la tensión baja, me invitan a un café, me eligen como guía. Les llevo a un tugurio con octogenarias recién salidas del sepulcro donde al parecer no soy bien recibido, o no del todo bien hallado en cuanto una de las viejas comprueba en el lavabo mis subversiones digestivas.

—Tienes la cara muy blanca...

Y estoy en mi casa, en mi cama. Es de día. Bastante por la mañana. Tan por la mañana que es por la tarde. O no. Me ducho un poco y salgo a la calle. La plaza ha recuperado la normalidad de cualquier domingo. Vendedores de sellos y monedas, tanques de cerveza. Hasta niños, y padres y madres. Familias enteras. Y sol. Aún no

se ha declarado el estado de excepción. Ayer actuarían todos los grupos (uno o dos), se bailarían (torpemente) todos los bailes y el rumor rugiría irritante.

—¿Quieres un plato de jabugo, Fernando? Te lo puedo dejar bien. He pillado un par de piezas a un precio cojonudo. Y están...

—No, garbanzos. Y vino.

—La gente, o es muy lista o es muy tonta... —me dice el camarero del restaurante musical, llamado así porque una máquina de discos desenchufada yace en un rincón. Mientras el camarero me habla de la actitud ciudadana, decido que a partir de ahora debo ampliar mis relaciones sociales al trato con otros oficios—: La mayoría se pasa el fin de semana en la playa tranquilamente, con una pachorra como si esto fuera, yo qué sé, Suecia.

—En Suecia vas a la playa ahora y te congelas...

El camarero deduce que soy otro de los que reaccionan de modo irresponsable ante la fragilidad del estado de derecho; como los que han ido a la playa, me importa poco lo que pase, mientras siga teniendo delante vino y garbanzos. En consecuencia, anota el pedido y me transmite la escueta información de que los asaltantes y los rehenes siguen encerrados. Y que esa noche llegaba desde el interior del banco ruido de martillazos, que a lo mejor están excavando un túnel. Y que han empezado a tirar cadáveres por las ventanas. Que nadie ha dicho nada, pero él tiene un cuñado que conoce a un tío que...

—O están intentando abrir la caja. ¿No puede ser que no sean más que ladrones? A lo mejor el rollo del golpe de estado y de los fascistas y todo eso es no más que un cebo —dudo, pregunto y afirmo, exprimiendo todas mis armas retóricas, y concluyo—: Todo habrá sido tal como Ballesta lo cuente.

Miro al camarero, a ver si he despertado su curiosidad y puedo desahogarme al fin hablando de Ballesta. O al menos dejar una pista, un hilo del que alguien pueda tirar (o cortar, Fernando) si me pasa lo que he imaginado en treinta mil versiones distintas con idéntico final. Pero el camarero ha desaparecido. Almuerzo de pena. Bebo mucho. Le encargo una copa, que deja en mi mesa como si hubiera dejado una bomba, porque sale corriendo hacia el mostrador. Y no le puedo explicar que mi teoría anterior sobre la naturaleza exclusivamente ladrona de los asaltantes ha sido rebatida por mí mismo con un contundente argumento: en España abunda la estupidez, y la delincuencia, reflejo deformado de la sociedad civil, no va a ser una excepción. Pero aun así ¿existe en todo el país un solo chorizo tan imbécil como para planear el asalto con rehenes a un edificio bancario sin otra salida que un chantaje público al gobierno? Me imagino que Ballesta sigue ahí, frente al edificio, que ocupa un cargo importante, pero fantasmal, y que su misión es la que le sospecho. Ficción al servicio del poder; fuerzas y peripecias que levanten un monstruo de humo, con boca donde los ojos, con boca donde los oídos, tras el que corre a ocultarse para siempre la

verdad. Las razones secretas son las causas olvidadas. A lo mejor alguien intenta venderle un jamón a Ballesta y le cuenta lo de los italianos, lo de los fascistas, lo del Rubio, el Macaco y lo del aceite... Necesita elementos... Pero es mejor que Ballesta no esté. Y, sobre todo, es mejor que no esté buscándome. Ésta es la última versión que he imaginado, completa, con detalles. Han matado a varios rehenes y los manifestantes salen a la calle, y también el ejército. Ballesta, otra victoria de su método caótico, corre al aeropuerto para que un avión le lleve pronto al lugar donde se hacen reverencias y se da la socorrida explicación de que el éxito o el fracaso no dependen de una táctica. Él ha hecho lo que ha podido y es el destino irracional quien decide. En la memoria sólo queda una sonrisa si todo ha salido bien, o una mueca de reproche y alguien que se queda sin postre si las cosas han ido mal. Luego habla con los policías y les dice: «Por cierto, ese crío Fernando tiene que estar por el Chino, o por la plaza Real o algo así. Quiero su cabeza. El caos de los sucesos trágicos que están a punto de estallar hará más fácil su captura furtiva». Y mi cabeza rueda dentro de una cesta de paja en el nuevo viaje de un Boeing, sobre las nubes, una línea pura de sol en el ala de plata... Pero lo que yo aprendo ese día, a fuerza de reflexiones que dominan mi conducta paranoide, es que los hechos, al ser protagonizados por el hombre, por su inconsciencia, por su fantasía, por su incompetencia, llevan en su naturaleza dividirse en un torrente de nuevos hechos, espontáneos, inconexos. No puede haber un serio control de poderosos estrategas que impongan planes con sus posibilidades cubiertas. No son tan listos. Sólo lo son quienes se aprovechan de las consecuencias del delirio y del azar.

Tiempo después, el presidente del gobierno con cara de estatua de la Isla de Pascua escribiría unas memorias. En ellas contaba que, cuando tomó posesión del cargo y entró en el despacho que su predecesor había abandonado unos días antes, con golpes de estado y conspiraciones de por medio, presumió que en la imponente caja fuerte tras su mesa estaban encerrados todos los secretos de estado. Buscó la combinación de la caja y no la encontró. Preguntó por ella en todo el palacio presidencial y nadie le supo dar una respuesta. Llamó a expertos empleados de arcas y básculas para que intentaran forzar el nicho blindado. Lo hicieron y luego le dejaron a solas con los secretos del poder. La estatua de la Isla de Pascua cuenta que dentro de la caja fuerte del despacho del presidente del gobierno sólo había un pequeño papel. Y en el papel, el número de la combinación de la propia caja. Estoy tentado, condenado, a creerle.

El camarero me despierta y me recomienda con sus últimas buenas palabras que pague y vuelva a casa despacito.

Como un toro de Miura, a las cinco en punto de la tarde exactamente, vuelvo a salir de mi casa para darme cuenta al preguntar la hora de que son las siete. Llego a las Ramblas, saludo un poco, decido que las anfetaminas engañan menos que los

sedantes. Voy a buscar a Elsa Llamo a su casa y nadie contesta. Distingo a Elsa a lo lejos, como volviendo al hogar, entre transeúntes que se cruzan en las callejas del Chino un domingo por la tarde con la frase «Hoy folio» grabada en la cara, malformación de una hilera de hormigas puteras que un cabrón ha pisado y ahora pugnan por reorganizarse, algunos detenidos, otros husmeando los portales, otros caminando despacio, y más aprisa otros, cortándose el paso. Del brazo de Elsa va el mismo tipo pelirrojo que ayer la admiraba desde un balcón. Se detienen, se besan y Elsa levanta una pierna como si fuera un flamenco rosa. Estoy a punto de aplaudir, cuando el tipo se separa y empieza a gesticular señalando con un dedo la esfera de su reloj. O es guiri o sordomudo. Alguien pasa por delante de la pareja, se acerca, me da en el hombro con su hombro. Le estudio, lleva un jamón bajo el brazo. Le sigo. De hecho, por si Elsa y el pelirrojo me descubren, he estado poniendo cara de sentir un gran interés por el fenómeno *jamonaico*, que lo estudio sobre el terreno, que estoy allí sin saber que estoy allí.

Y estoy sin saber que estoy en la misma bocacalle que da a Pelayo, a los policías y los camilleros. Y, más allá, en Vergara, a los GEO. Y entre unos y otros, si voy hasta la esquina y lo compruebo, el coche oficial del que puede ser Ballesta o no. Por el camino, mientras el del jamón se ha detenido para intentar vender su mercancía a tipos con cara de comprar jamones que se sobresaltan al ser abordados por el del jamón, nos hemos cruzado con otros tipos con jamones bajo el brazo. Y yo calculaba el número de jamones que se pueden almacenar en una parada del mercado para que haya tal profusión de jamones a los que, puedo jurarlo, la facultad de crecer y multiplicarse en muy poco tiempo, lo que sería una explicación del fenómeno, aunque no óptima, les resulta indiferente. Por el camino, he oído nuevas sobre el asalto: que si son argentinos, que si alguno de los asaltantes ya ha escapado, que si dicen que son delincuentes comunes, pero que el general de la Guardia Civil que ha negociado con ellos se hubiera dado cuenta, y ésa y no otra, la que ha dicho, hubiera sido su primera declaración para limpiar el buen nombre del cuerpo, pero que no ha dicho nada más que lo que ha dicho, y que cuando el río suena es que agua lleva y piensa mal y acertarás y los árboles no nos dejan ver el bosque y que el que con niños se acuesta no hay derecho. Un macarra ha vuelto a sacar once en la quiniela. Y es la tercera semana seguida, tío.

En la bocacalle que da a Pelayo, el juego de acontecimientos se entretiene con las simetrías. Veo cómo una vieja recibe dinero de un pasma, da cuatro pasos calle abajo y se detiene en un portal. Entra. Enseguida, alguien sale de allí con cara de no gustarle a mamá como yerno. Y la vieja detrás de él, pero en sentido contrario, con un jamón bajo el brazo que acaba entregando en el cordón policial a un camillero que la espera con unos billetes en la mano, junto a dos números con las armas terciadas sobre el pecho. La vieja vuelve al portal y enseguida sale de allí otro yonqui contando



dinero. Me aproximo hasta que mi curiosidad consigue una vista del interior. En el umbral, nerviosos, moqueando, dos yonquis con un jamón terciado sobre el pecho como si parodiaran a los policías que están casi a su lado. La vieja regresa, me mira mal y dice: «Agüita, capullo». Y estoy descubriendo que el coche oficial de Ballesta (si era Ballesta) ha desaparecido cuando empiezan los disparos y las explosiones. Me esfumo y llego hasta una plaza con convento donde la gente mira el cielo como si el ruido de tiroteo fuese el de cohetes lanzados al atardecer. Entro en un bar para tomarme algo-todo que aplaque la ansiedad y el temblor de piernas. Y el pueblo mira la televisión, y se mira y oye la radio y habla por los codos, y se presumen datos en el aire torturado del domingo por la tarde. Pasa el tiempo y llega el silencio. Y en las calles empiezan los aplausos y las ovaciones como si el equipo local hubiese ganado, por fin, la liga. Los rehenes han salido del banco, los asaltantes han sido detenidos. El pueblo sonríe, el pueblo se abraza, el pueblo pide otra copa.

Se hace de noche y en el bar de al lado de casa me invitan a jamón, una oferta estupenda. Y bajo las escaleras del mismo establecimiento que llevan a otra barra y a una pista de baile, y el público entero parece disfrutar de permiso militar, manicomial o carcelario. Una enanita que no llega al metro veinte se acerca a mí con un tipo que no sé cómo puede cogerle la cintura sin caminar de rodillas. La enanita me saluda, me da un beso y cuando finge que me da el segundo murmura en mi oído que ya le daré otro día la pulsera que se ha dejado en casa. Me acomodo en la barra a esperar a Elsa. Desde que la conozco, viene por aquí cada domingo por la noche. Alguien se acerca y me dice que parece que han sido delincuentes comunes, que lo del golpe de estado era un truco para ganar tiempo. Se acerca alguien y me dice que todos los rehenes que iban saliendo decían que los asaltantes eran veinte o más. Y que sólo han salido once. O diez. O nueve. Y que han matado a uno. No, a diez. Y a cinco rehenes, pero que no lo dicen. Yo he visto a un tío loco corriendo por la calle. Y yo. Y yo. Se ve que han salido mezclados con los rehenes. Llevaban jamones para distinguirse de los otros y reagruparse en un lugar decidido de antemano. A las cinco cierran y Elsa no ha venido.

Nos volvemos a encontrar al cabo de dos o tres días y ninguno de los dos hace un comentario sobre el fin de semana. Todo sigue más o menos igual hasta que, al cabo de un tiempo, entro en mi casa y veo un paquete sobre los buzones. El paquete va a nombre de Fernando Ruiz McDonald. Sin ninguna duda, Ballesta sabe dónde vivo y cómo me hago llamar. Tras mucha duda y divagación abro el paquete y hallo dentro una cinta de vídeo. Necesito conocer a alguien que tenga uno de esos modernos aparatos y que me deje ver esa grabación. Luego ya puedo morirme, porque Ballesta lo sabe todo. Cuando veo a Elsa, le pregunto. Y lo siente mucho, pero ella no conoce a nadie. Y eso parece hacerle mucha gracia. Sigo preguntando y fracaso. Al final, alguien me dice que en el sex-shop de las Ramblas están preparados para la vida

moderna. Negocio con el dependiente, que se conforma con diez minilips si veo el material antes de que llegue el jefe. Le cedo la posibilidad de hacer copias pirata si le gusta lo que ve y decide que puede tener buena salida comercial. Cruzamos pasillos desiertos entre estantes con abundante parafernalia y llegamos a una salita. El dependiente conecta el vídeo mientras tiemblo. En la pantalla, un telediario de la BBC. Una presentadora narra noticias de Margaret Thatcher, de esto y de aquello. De pronto, tras ella aparece un mapa de España; y en el mapa, un punto sobre Valencia que reza «Barcelona». Conectan con el supuesto enviado especial, un pelirrojo cuya cara no me es del todo desconocida. El pelirrojo está en un balcón y, detrás suyo, el Banco Central.

—Está diciendo que acaban de intervenir fuerzas especiales de la policía... Que la situación se ha calmado... Que es bastante dudosa la versión del gobierno sobre una banda de delincuentes comunes encabezados por un tal José Juan Martínez, alias el Rubio, que ha aprovechado la inestable situación política para ganar tiempo... —don Prudencio sabía de lo que se hablaba—: Que los ciudadanos barceloneses que, como todo el mundo sabe, quieren declarar la independencia del gobierno de Madrid y han prohibido los toros y el flamenco, temen que todo haya sido un aviso para justificar una represión... Que ahora oiremos algunas opiniones de altos mandatarios y gente de la calle... —El dependiente ve necesario aclarar—: Estoy doctorado en filología inglesa... Aquí se necesita saber idiomas por los guiris y eso...

—Ah... —digo, y el dependiente se encoge de hombros. En la pantalla, aparece Jordi Pujol, con la traducción de sus palabras subtitulada en inglés. Sostiene Pujol que la situación en Cataluña está controlada y que Cataluña debe seguir luchando por Cataluña para asentar la democracia en Cataluña y fuera de Cataluña y, en ella, la soberanía de Cataluña. Cataluña. Aparece Narcís Serra y explica que todo marcha bien, que los asaltantes eran anarquistas, chorizos y macarras, como bien dijo un general de la Guardia Civil, que pasaba por allí de camino a la compra de unos langostinos en la Boquería y al que invitaron a observar la maniobra de reducción de los asaltantes, que, eso es cierto, se ha alargado un poco. Una pareja en la mediana edad se extraña mucho de lo que le cuentan y dice que ellos vienen de la playa. Y un viejo dice que, por menos de eso, Franco habría armado la de Dios es Cristo («*God is Jesuchrist*»), según los subtítulos). Un yonqui con un jamón bajo el brazo afirma que duda de la competencia del gobierno y que no era inédita la prueba de la noción marxista de que la historia se repite siempre como farsa y que la policía es el único baluarte que sostiene el saqueo constante del capitalismo. Un progre, que esto no pasaría si Cataluña fuera independiente o, al menos, lo fuese la comarca de Osona. Elsa dice que me pide perdón, pero que nunca me ha prometido un jardín de rosas, y que no se refiere a mí, Fernando, sino al pelirrojo con el que la he visto en la puerta de casa. Que no ha pasado casi nada, y que le va a decir cantando en «guachi-

guachi», después de asegurarse que enviará una cinta del telediario. Y empieza a cantar algo indescifrable que acaba en «rousgarden...», mientras las locas de la plaza aparecen detrás suyo como teleñecos cantando «Y un relicario y un relicario te voy dar...». El dependiente del sex-shop se echa a reír:

—Según los subtítulos, la nena está diciendo que la juventud española se encuentra preocupada por los sucesos, pero confía en una pronta estabilidad política para dedicarse a actividades culturales y lúdicas propias de su edad...

El enviado especial pelirrojo, al que Elsa nunca prometió un jardín de rosas, aparece en la pantalla y dice con toda la ironía que puede recoger su cara pecosa: «*Spain is different*». Y tras una pausa: «Reginald McAllister. BBC. Barcelona». Elsa y las locas bailan a su alrededor, las melodías mezcladas.

Cuando estoy a punto de salir, el dependiente, que no ha mostrado el mínimo interés por copiar la cinta, me dice:

—La nena esa viene bastante por aquí...

—¿Y qué compra? ¿Qué vende?

—Secreto profesional...

Elsa era una verdadera experta en música pop. Con un aire pizpireto que auguraba deliciosas recompensas, seducía, con el fin de que le grabasen discos raros, a seres juveniles que pasaban las horas muertas en un rincón de cualquier tugurio entre altavoces saturados de volumen, mientras fingían tocar una guitarra, o efectivamente creían tocarla y alguien la había robado sin que se enterasen. Su charla a gritos rondaba siempre el mismo asunto: novedades discográficas, biografías ejemplares, legendarias marcas de instrumentos, una mecánica segura para subirse a un escenario y liarla.

Quizá sólo fuera un modo de molestar los designios familiares; porque los sujetos eran o el hijo listo del que se aguardan enormes logros, o el hijo tonto al que, sin embargo, todo el mundo quiere, o vástagos dejados de la mano de Dios. Lo cierto es que un poco antes y, sobre todo, después de aquel año 81, miles de jóvenes de toda España se precipitaron a recuperar un tiempo que ellos no habían perdido. Era el modo de vivir, con métodos bastardos, el instante de la sensación verdadera; la intuición de que nadie puede aguantar una existencia más allá de la música. Un trabajo sucio, en efecto, pero alguien tenía que hacerlo. Por eso los muchachos siguieron el cauce de ese canal de aguas residuales donde flotan las anémonas, los detritos y los mosquitos zapateros de la cultura popular ajena, convertida en piscina probática a fuerza de voluntad y delirio. Al amparo de la noche, fueron a husmear en la basura del imperio, que llegaba en forma de revistas, discos, películas, en hiperbólico relato de algún viajero y, desde luego, como leyenda; y no sólo una leyenda de gestas y gestos, sino una verdadera propensión al mito. Por ejemplo, Elsa, y ése es mi mejor ejemplo, mencionaba las actividades de algunos grupos ingleses o americanos con un exagerado entusiasmo en el que una anécdota casi siempre trivial, más allá del arrebató de una canción o la belleza de un cantante, se convertía en hito de un mundo paralelo. Y volvía a ser la Edad de Oro «1977», en «Nueva York», en el «CBGB». Eran esas comillas, esas fotos de mujeres seductoras y tipos con aura en portadas de cartón, las que, evaporadas de los surcos del disco, de la cinta del casete, se volvían fuente de espirales que se desarrollaban en hélices y una nueva vida. Si muchos pensaban igual, no es extraño que los grupos musicales brotaran como hongos en ese inmenso vertedero de felicidad posible. Todo el mundo quería formar un grupo, cruzar el límite de ese tiempo y espacio peculiares. Los sótanos se llenaron de ilusos haciendo ruido; los chicos y chicas corrieron por la calle cuando su maqueta o su primer y único single sonaron en la radio por primera y última vez. A Elsa, que era una de las pocas chicas a las que de verdad entusiasmaba la música, y encima no era fea, le preguntaron diecisiete veces si que ría ser cantante, ajenos por completo los encuestadores a sus virtudes vocales. La antigua profesión de los padres de Elsa,

un dúo patético formado por mago y ayudante que duró apenas unos años hasta que su padre encontró un trabajo como vendedor de pisos, sufrir la evocación del resentimiento, de la inseguridad, procuraban cierta aversión a subirse a un escenario y adoptar una actitud profesional, aunque sólo fuese de manera remota. Por ello, solía responder a las ofertas diciendo que alguien tenía que ser el público; que eso, también un trabajo sucio, era lo que estaba dispuesta a hacer. Yo imité su fórmula de negativa las tres veces que me hicieron semejante propuesta; y las tres, por cierto, para que tocara el bajo. De cualquier modo, nuestras negativas no decepcionaron a los músicos pop en ciernes; estaban muy ocupados soñando el saqueo de lo imposible, el almacén de todas las imágenes y emociones, objetos y metáforas que habían sido vedadas en un país donde el periódico llegaba a los pueblos con días de retraso y la televisión era seis horas de mugre gazmoña. La mayoría de los posibles artistas se reunían en las mismas habitaciones donde sus hermanos mayores o sus tíos arreglaban el mundo unos años antes sin saber que lo de mandar iba en serio, que les tocaba a ellos. No quedaba más remedio, pues, que ceder a los taxistas la intención de reforma mundial y el cuarto de los juegos leninista-católico a hermanos menores y sobrinos para que lo convirtiesen en local de ensayo. Ahora, en esas habitaciones se discutía el número de integrantes del futuro grupo, el tipo de música que deseaban hacer, la maravilla en que estaban a punto de convertirse: una posibilidad que no tenía nada que ver con el éxito, ni mucho menos con vivir de aquello, ni con casi nada que no fuera la posibilidad de vanidad o frenesí o neblina. Luego se pensaba mucho en las circunstancias del grupo, sobre todo en el nombre, su aval primero; y casi siempre, los hipotéticos miembros de la no consumada formación, después de emborracharse juntos un par de noches, se separaban entre insultos o evasivas, tras haber paladeado como buenos artistas decadentes la cerveza en cuya espuma se traza ese viaje imaginario que supera una perspectiva real, que nunca podrá ser tan diáfana y completa como la inventada, y además da mucha pereza y mucho *ennui*. Y el nombre («¡Nos llamaremos Los Tontainas!») se mantenía como fachada decorativa de algo que no existió nunca; un recuerdo que, por lo general, era más placentero cuanto más hueco fuese. Un solo nombre («¿Y Los Requetetontainas?») sin los desengaños de haber perdido la mejor edad en un desvarío, o en el doloroso conocimiento de que «el negocio del espectáculo», si no fuera eso mismo, un negocio con sus miserias y miserables, se llamaría «la juerga del espectáculo». Es muy significativo que en los perseverantes, muchos pese a todo, los nombres de sus grupos fueran mejores que las canciones, por no mencionar la ejecución con arbitrario talento de esas mismas canciones. Ahora pienso que titularse con extravagancia era un modo de preguntar por qué no era concedido ese nuevo y absurdo deseo. ¿Que qué deseo? ¿No estoy diciendo, Lector, que era absurdo, que era algo totalmente nuevo en este amargo país? Sólo sé que casi todos eran de mi edad, y que algunos, al menos una tarde,

debieron de sentir lo mismo que Elsa y yo sentimos juntos al menos quince días. Fueron esas metafísicas fugaces, esas intuiciones, las que se perdieron en amaneceres estremecidos.

Los nombres de los grupos eran manifiestos de una personalidad quimérica: Rebeldes, Negativos, Secretos, Canguros, Zombis, Ilegales, Enemigos, Burros, Mestizos, Ratonés, Especialistas, Novios, Vulpes, Rápidos, Decibelios, Coyotes, Nikis... O eran cinematográficos, o televisivos: Alphaville, Polansky y el Ardor, La Frontera, Gabinete Caligari, Los Intocables, Los Persuasores, Melodrama, Dinarama. O eran una llamada a lo primitivo: Trogloditas, Hombre de Pekín. O eran acrónimos, o su remedo, iniciales sin las cuales no hay quien pueda declarar una guerra sucia: UA, TNT, PVP, KK de Luxe, PP Tan Sólo. O eran futuristas: Oviformia, Sci, La Fundación, Radio Futura, New Buildings, Esplendor Geométrico, Aviador Dro y sus Obreros Especializados. O restablecían paraísos perdidos: Berlín, Objetivo Birmania, Brighton 64, Minuit Polonia. O explotaban las técnicas de un desquiciado apetito humano: Kamenbert, Mermelada, Glutamato Yeyé, Ultratrúita, Semen-Up. Y en esa línea irracional, otros abogaban, tal que una amiga mía, por ser invencibles en el desastre: Johnny Juerga y los que remontan el Pisuerga, Psicópatas del Norte, Claustrofobia, Kakao p' al Mono, Dios, Danza Invisible, Un pingüino en mi ascensor, 091, Toreros Muertos. O, finalmente, con ayuda del cutrerío empresarial, de la frase hecha, o del ingenio dopado, buscaban una utópica empresa binaria: Derribos Arias, Siniestro Total, Golpes Bajos, Parálisis Permanente, Ejecutivos Agresivos, Gatos Locos, Nervios Rotos, Delincuencia Sonora, Seres Vacíos, Nacha Pop, Liquid Car, Último Resorte, Peor Imposible, Sindicato Malone, Aerolíneas Federales, Disciplina Inglesa, Quinto Congreso... Cuando a partir de la noche de octubre del 82 en que Elsa me pidió dinero por enésima vez, mientras, en el interior de un coche, el hijo de Carlos del Escudo aguantaba el mono como podía, los progres (los tíos de los sobrinos) empezaron a mandar, vieron que necesitaban un barniz moderno para paliar la irritante turbación del que no está en la onda. El poderoso envejece aunque mande, y por eso rumia el argumento banal que le conviene para invocar enseguida su desdén en la capacidad para rebatir ese mismo argumento, que ha existido sólo en su razón corrupta. Ése fue el motivo de que algunos animadores culturales en todos los grados de la escala administrativa fingieran tomarse en serio lo que esos grupos y su entorno estaban haciendo, ya que la ética de la responsabilidad a la que se aferraban permitía ciertas alegrías, además de la buena mesa y la puta cara. Cuando decidieron que cierta actitud podía ser manipulable y provechosa, quizá no se desvaneció toda la música, pero sí los ecos perfectos en las covachas, y en apariencia se disolvió esa nueva ética del disparate, para ser sustituida por la frivolidad y el lechuguinismo en los que se confundían sus elementos más incapaces. Los verdaderos amos del desastre se tomaron en serio los juegos de los niños, los ensalzaron con la tentación

de que si ellos, los izquierdistas indomables, eran de rebeldía fungible, también lo iba a ser la de esos mocosos, a quienes sólo ellos podían ver como rebeldes. Luego los ridiculizaron hablando del asunto y los destruyeron como si el crear un enemigo o un tonto útil para enseguida acabar con él en una periodística, escolástica y nula demostración circense signifique que se ha entendido algo.

Y por entender, a esos nuevos grupos se les entendía poco, sobre todo en directo, pero se les entendía. Tomemos la canción preferida de Elsa en aquella época:

Branquias bajo el agua  
Es el baile de actualidad  
Branquias bajo el agua  
Ideales go-gós

Siente la tentación  
De arrojarte de una vez en tu pecera

¡Cielos!, los peces asustados  
Algas cianofíceas  
Algas verdeazuladas  
Danzando entre las algas  
Branquiando entre las algas

Inmersión en la pecera  
Inmersión en mi pecera  
Inmersión en tu pecera  
¡Listos para la inmersión!

«No estamos en la superficie más que para hacer una inspiración profunda que nos permita regresar al fondo Nostalgia de las branquias». Eso dijeron Valente y Montale, Lector. «¡Éstos son los míos!», dije yo. Aun así, en aquel entonces, si alguien entendía algo, entendía demasiado. Elsa y yo, ése era el dictado de nuestro radical devaneo, preferíamos intuir a comprender. Y no saber idiomas ofrecía un inmenso terreno para la especulación evocativa sobre los temas de la música popular de la segunda mitad del siglo xx. Por fin, pude oír a todos los grupos sobre los que había hablado sin tener ni idea en mi labor de relaciones públicas para la venta de anfetaminas, inventé todas las posibles historias que supuestamente contaban las canciones. Deliciosos golpes de luz en mi cabeza.

En esas tardes que variaban muy poco entre sí, y eran iguales en su final y anochecida plenitud, mientras esperábamos la hora de empezar mi patrulla por los bares de la zona alta, Elsa comentaba sus entusiasmos y ensayaba una vaga estética bajo las canciones. El fervor didáctico tropezaba a veces con mi grosería:

—¿Tienes alguna canción favorita? Pero favorita total...

—Rotundamente, no. —Y quería olvidar la sintonía del anuncio de Lavaman; pero también un disco olvidado en la casa de Tina, un ritmo en los pies desiguales de Pepito el Yeyé.

Elsa se me quedaba mirando, cortada, presintiendo algo acerca de lo cual una

pregunta tan inocente como «¿Tienes una canción favorita?» no podía aportar demasiadas pistas. Y los dos nos ruborizábamos. Y el rubor llevaba a la risa:

—Bueno, hombre, no hace falta que te pongas así. Mucha gente tiene una canción preferida. O un artista. Serán locos, si tú quieres...

Y en la expresión de sus ojos leía una curiosidad que iba más allá de la curiosidad. Es estúpido, lo sé, pero me sentía orgulloso de ser un misterio para alguien por primera vez. Por eso tardé en decirle que mi nombre no era mi nombre, que mi vida no era mía.

Las preferencias musicales de Elsa eran muy eclécticas: no se estancaban en un solo estilo musical, sino que escogía y apuraba lo bueno que hubiera en cada uno de ellos, aunque a veces supusiera ir contracorriente y alabase a grupos, músicos e intérpretes que en teoría no «procedían», según la expresión del momento, o estaban muy pasados de moda. Una de sus debilidades era la música que ella (y sólo ella) denominaba «penita»: cantantes, porque sobre todo eran cantantes, que tenían un gusto que iba más allá del «gusto»:

—Porque se puede no tener talento, pero el gusto... El gusto es lo único que importa. Pero no ese «gusto», como «buen gusto» de todo el mundo en un sitio y un año, sino algo más que el gusto. Por lo menos hoy. Mañana seguramente pienso, o no pienso, porque siempre pienso lo mismo, sino que digo de otra manera lo que quiero decir, y no sé, pienso, me parece, que lo único importante es el talento. Por lo menos talento para que el gusto se convierta en el Gusto, con mayúscula. Algo Especial...

—¿«Especial» también va con mayúscula? —Al principio yo no entendía nada.

Sus decisiones sobre quién tenía gusto y quién no, convertían a Elsa, como a casi todos los entusiastas, en una pequeña tirana que no explicaba demasiado los motivos de que alguien fuese Especial o «penita». De todos modos, la experiencia me hizo dilucidar que «los más penita» eran los intérpretes con más o menos dotes (aunque impresionaban más los que menos tenían) probando transmitir el genio, o al menos el pecado de angelismo, que con muy buena voluntad uno podía intuirles. Nombres olvidados como P. J. Proby, un jamaicano llamado Yellowman (pero sólo en su faceta de bluesman), los últimos discos de Elvis, Dion Di Mucci, Wreckless Eric, Ian Dury (era obvio), el cantante de los Monochrome Set, Brian Wilson... Artistas que exhibían sin empacho la incompetencia extrema sobre todo lo que no fuera el absoluto. Pero todo, todo... Algunos atraían la admiración de Elsa porque cantaban como si estuviesen a punto de estallar como una copa de cristal; otros hacían dudar al oyente del significado del verbo «interpretar», invocando a los monstruos bajo la tierra con aullidos que helaban el alma. Arrebatos más grandes que la vida emitidos con voz de quien acaba de tragarse un tapón. Arreglos orquestales que dejaban como maestra de la armonía y el don de la oportunidad a la más siniestra orquesta del pueblo más montaraz. Biografías en verdad horribles en las que la expresión «Estuvo



a punto de...» se repetía a menudo. De hecho, todos eran muy parecidos a los nuevos artistas nacionales que se reproducían como conejos, pero con el sugestivo añadido de que además lo hacían en inglés, el idioma del éxito, y no se les entendía nada. Todos ellos tenían un empleo bien remunerado en el Departamento de Admiración Compasiva del espíritu de Elsa.

«El rey de los penitas», alguien con Gusto, talento y un dominio excepcional sobre la materia, pero empeñado en «ser una penita de la manera más rara» era un cantante americano que parecía inglés y se llamaba Scott Walker:

—Tiene algo que te está diciendo, podría hacer canciones redondas, podría ser maravilloso, pero no quiero. Que haga falta mucha paciencia para entenderme...

El tal Scott Walker, el ídolo incontestable de Elsa, se llamaba en realidad Scott Engel y había pertenecido a un grupo para «fans» de gran éxito, los Walker Brothers, pero, siempre según Elsa, también muy buenos.

—Luego lo dejó todo para hacer esos discos tan raros. Tan especiales... Yo al principio decía: «Mira, Scott, está muy bien lo que haces a la trigésima vez que lo oyes. Pero no sé por qué te empeñas en ser otra cosa. Una cosa muy triste, además. Yo creo que esa penita es inventada. Y hay que alegrarse un poco, hombre...».

—¿Y te contesta?

—¿Por qué te empeñas siempre en hacerte el cínico?

—A veces, la línea entre el Zynismus, que detesto, y el Kinismus, al que admiro, es demasiado fina. —Yo seguía leyendo cuando las resacas lo permitían, y ensayaba explicaciones de mi conducta de acuerdo a una instrucción autodidacta; pero nadie, ni la misma Elsa, me hacía caso. Era un erudito «penita» que debía aflojar la tensión de sus conversaciones y acelerar el proceso en cuyo final nos poníamos a berrear entusiasmados una imitación sugestiva de esas palabras, descubriendo el poder, la excitación y el consuelo del azar sonoro contenido en emisiones vocales que nada significaban, pero mostraban mucho más que la retórica hueca, el vicio del discurso, que había conocido en el mundo de la política. Aproximaciones fonéticas que buscaban con fuerza la belleza y la verdad contra las voces, no menos absurdas, del lenguaje de dominio y sumisión. Entretanto, el mínimo piso, tan rendido al misterio como nosotros, iba quedándose a oscuras, y ocultaba pilas de discos y cintas, una botella de ginebra consumida y el sonido de botellas de Coca-Cola que rodaban por el suelo. Y yo aún no me atrevía a tocar a Elsa. Sentía cómo el Watusi volvía de la manera más cruel y obsesiva y una fuerza invisible amenazaba cancelar cualquier emoción, o se disipase en gestos poco espontáneos y diversión forzada, si lo hacía o sólo mantenía ese pensamiento en la cabeza. Él era el bailarín asesino. Y para mí, follar era una forma figurada de bailar y asesinar. Y yo sólo quería bailar con Elsa. En su piso. Lo demás ya vendría, esa plenitud en el amor, esa compenetración de cuerpo y alma de la que todos hablan y yo he visto sólo en alguna película.

El piso de Elsa, la Madre Teresa del mobiliario de trapería y basurero. *Objets trouvés* que, a falta de una severa restauración, seguían pareciendo *perdus*: mesa-riñón, sillones-cuenco, vasos-tulipán, lámpara-bolsa, jarrones-maniquí y ceniceros curvos. La vivacidad cromática lograba el efecto de un infatigable combate visual que dañaba a una sola víctima, el ojo. Pero ese «estilo penita» debía valorarse según la Idea, desde luego, y su voluntad de superación. Su dueña (sería mejor decir su «protectora») no veía la «penita» por ningún lado y se mostraba orgullosa de cada uno de sus hallazgos:

—A veces, voy por la calle y siento que me hablan. Me llaman.

—¿Oyes voces?

—No seas idiota. Es como si brillaran. Los muebles. Tuvieran vida propia.

—El fuego fatuo de los basureros.

—¿El fuego fatuo? Me gusta eso...

—Es una luz que sale de todo... —a ella le brillaban los ojos—: Lo que se pudre.

—La maldad no tiene arreglo. Estropeándolo todo no te haces mejor, ni haces nada... Es amargar por amargar. Te parece a...

Nunca supe a quién me parecía. Lo de la moda (los trapos) alcanzaba cimas de locura: Elsa había mantenido en secreto su canon indumentario hasta conocer a alguien que supiese valorarlo. La tragedia del moderno es la soledad, el aislamiento, no poder discutir las innovaciones; quizá yo no era la persona adecuada para asimilar, y alegrarme por ello, la riada de conceptos, formas y colores que surgieron en cuanto se rompió el dique de la introspección:

—Balenciaga no pudo existir. Es el Scott Walker de la moda. Dramático. Mira... —y me enseñaba a una extraña e inalcanzable mujer en blanco y negro con un vestido con dos faldas, un sombrerito y un paraguas. Uno tenía siempre la tendencia a fijarse en la chica y no en su ropa, pero me convenía no ser demasiado ácido ante esa pasión desatada—:... puedes estar mirándolos horas, pero imaginar ponértelos, eso o cosa parecida, bueno, imposible. Pero ¿y si lo fuera? Tengo una etiqueta... —abrió una caja en el último estante de su nutrida discoteca y me enseñó algo: «Balenciaga. 10, Avenue Georges V. Paris»—. ¡Es de la tienda de París!

Como tienen cierta importancia en el relato, puedo recrearme en esas preferencias:

Por este orden, los momentos estelares de la historia de la humanidad fueron: los peinados de la modelo Jean Shrimpton (alias La Gamba), la colección «Robin des Bois» de Yves Saint Laurent, las colecciones del 66 del mismo modisto (y, entre ellas, su vestido Mondrian) y la colección primavera-verano del 65 de Courrèges, que según Elsa, no sólo era el genio que diseñó el abrigo blanco Couture Future del 69, el canto de cisne de lo bello, sino el verdadero inventor de la minifalda «y no la patata copiona de Mary Quant».

—Bueno, y luego están las chaquetas de Ventrillon. Pero eso ya no existe. No es que no haya existido nunca, como Balenciaga, no, sino que existió y se fue. Cerraron, vaya. Quebraron.

—¿Y para mí?

—¿Para ti?

—Sí, que qué me pongo.

—¡Mira a tu Dios! —Y me enseñaba un cartel (roto) de la película *Alfie*—: Muy *cool*. ¿No hablas tú de un cinismo que no es cinismo? —Elsa escuchaba cuando no lo parecía—: Pues eso es lo *cool*. Traje negro, camisa blanca. Sencillo, pero complejo. Distinguido... Si no abres la boca...

Así que nos empezamos a vestir según el dictado de su imaginación. Alguna mañana, íbamos a buscar ropa de los años 60 para ella a los lugares más insospechados, poblados mercadillos o almacenes donde se apilaban saldos de boutiques cerradas. Para cubrir al tipo *cool* no hicieron falta esas intensas operaciones de rastreo. Visitamos a un anciano sastre en lo más hondo del barrio viejo, le fue mostrada una foto del actor Michael Caine, protagonista de *Alfie*, y lágrimas de nostalgia rodaron por las arrugadas mejillas de aquel hombre bueno. Mientras Elsa elegía la tela y yo me resignaba a todo con tal de ser *cool*, el sastre se secaba los ojos con la cinta métrica que colgaba de su cuello.

Un día, en uno de aquellos almacenes, generalmente portuarios, que me recordaban antiguas excursiones sabáticas con mi madre y por ello me impacientaban, Elsa palideció de repente:

—Fernando... —Se llevaba la mano al pecho.

—¿Te encuentras bien?

Elsa me enseñó la etiqueta de una chaqueta de terciopelo rojo: «Ventrillon. Paris».

—Si cerraron hace muchísimo tiempo... Es absolutamente...

Durante unas semanas, Elsa, que ya no lucía sus trajes de «romana» ni en el trabajo, fue a todas las fiestas que pudo con su flamante (por adjetivarla) chaqueta, que combinó con todas las posibilidades: suéteres negros con círculos rojos en el pecho, faldas de tubo azules, minifaldas rosas, leotardos negros, cuadros Vichy, bailarinas y botas de charol altas y planas. Suplía con inventiva lo que fueron o podían ser las últimas tendencias de París, Londres o Nueva York, las entrecomillaba, para luego, orgullosa (orgullosos, porque la acompañé a alguna de esas fiestas, a esos conciertos vueltos pequeños acontecimientos de la aristocracia juvenil), despreciar estéticamente a nuestros anodinos semejantes. Era pura inventiva, exceso de ropa ajada, una elegancia bufonesca, aberrante, una parodia y una paradoja: «¿A que nunca pensasteis en la posibilidad de tener que soportar a tipos como nosotros?». Nos tomábamos muy en serio nuestra frivolidad y el desafío era sutil. De modo ingenuo, pero eficaz, Elsa consiguió que no sólo me sintiera un tipo con misterio, sino

superior, orgulloso de mi presente. Y además puro; algo que no estuvo a mi alcance ni cuando conducía un Jaguar con Tina a mi lado. Era como un viaje a un país adolescente donde nunca había estado; pero allí me sentía como un príncipe, respiraba litros del mejor aire, una suerte de vanidosa bondad, una superioridad espiritual que no necesitaba el reconocimiento de nadie, más que de Elsa. Para colmo de un orgullo saturado, me di cuenta de que ella empezaba a imitar alguno de mis gestos, de los desplantes que me habían hecho famoso (y vuelto un apestado) en la plaza Real, mis peroratas, una manera de canalizar el odio hacia uno mismo, a nuestra verdadera situación en el mundo. Yo, por otra parte, supe imitar esa verdadera Distancia que había estado buscando y que en Elsa se daba de forma natural: un no hacer caso de ese constante vibrar hacia ningún sitio de los que nunca se iban a enterar de nada.

Fue al año siguiente, cuando en uno de mis diarios viajes a la zona alta, ya solitarios, vi la chaqueta Ventrillon de Elsa cubriendo un tórax de madera en el centro de un escaparate. Era una tienda muy exclusiva, y pensé que Elsa se alegraría de que alguien, alguna vez, se hubiese fijado en ella y en su porte. Su estilo había creado escuela a pesar de todo y era alimento de los prestigiosos. Sus historias, sus ideas y su ilusión ascendían como el mejor humo y no se le disipaban como a mí en las direcciones más inverosímiles y ordinarias (la serie basada en el anuncio de Lavaman ya era un clásico de la televisión española). Las cosas entre nosotros habían cambiado mucho, pero al día siguiente encontré a Elsa bajo las arcadas de la plaza, en un lento deambular, y por el tamaño de sus pupilas comprendí que, al menos ese día, sus vísceras estaban a salvo de la congelación y el dolor. Aceptó acompañarme a la tienda y, una vez allí, estuvo mirando el escaparate un minuto, dos, diez, mientras su cuerpo oscilaba, y caía y rodaba por el suelo su sombrero de gángster azul marino. ¿Qué miraba? Una chaqueta roja de terciopelo con el cuello vuelto. Nada más. La sustancia de la que era dependiente inducía a estados contemplativos; pero era excesivo el tiempo entregado a rasgar el velo que ocultaba los enigmas místicos de aquella chaqueta que fue Ventrillon, luego Elsa y ahora reputaba a una costurera con ínfulas. Además, elegantes sombras se inquietaban más allá de los cristales, tras los biombos.

—Elsa, vamos... —le dije, mientras le ponía el sombrero.

—Es una putada.

Y no dijo nada más durante un buen rato, mientras la pendiente nos devolvía a la plaza. Creí entender que, dado el cariz que había tomado la situación, se lamentaba en silencio de no haber aprovechado sus intuiciones para alcanzar un provecho material y cubrirse ante el futuro que se cernía sobre nosotros. Mi criterio de entonces ya empezaba a decirme que una sucesión de días nublados siempre era mejor que la tormenta infinita y sin esperanza a la que Elsa se había abocado.

Entonces empezó a hablar con su nueva verborrea vacilante:

—Es una putada. Un puto chiste... Parodia... Te juro que nunca le dije a nadie la marca de esa chaqueta porque sabía que no sabían... Era un chiste también, pero para mí. Me lo contaba yo a mí... Parodia... Pero no es lo mismo una copia rescatada... Lo vivo entre lo muerto. Eso no existía y yo hice que volviera a la vida. Estaba vivo porque yo me fijé. No era una primera copia. Era una idea que yo tuve. Y ellos se lo han copiado de mí. Una primera copia es patata. Y eso no tiene gracia. Ha vuelto a morir. Es una putada.

Seguimos caminando entre ángulos cambiantes de farolas encendidas y siluetas. Creía entenderla, pero también pensaba que sus frases entrecortadas, el yo-yo-yo, mientras avanzaba con la mirada en el suelo y el paso corrido de sus botines gastados, me daban la razón sobre su amargura. La tormenta seguía y la campana de cielo y cemento avisaba otra noche que sólo era anuncio de que mañana iban a volver el dolor y el hielo.

Pero el desaliento y ese caminar nada sutil con rumbo demasiado fijo sobrevinieron a partir del año siguiente, Olga-Paca, Lector. Antes de que Elsa se precipitase por el tobogán de su sinvivir, ya no fuera feliz en el desastre, no le importase, y todos comprobáramos que, como dijo alguien, «la angustia es blanca» (y a veces del color del azúcar moreno), ella y yo urdimos tramas, dibujamos caricaturas, parodiamos, para encontrar algo de vida entre los muertos. Cantamos en un idioma que ignorábamos, y dos o tres palabras y toda la melodía y el ritmo y la intensidad nos suministraron historias mucho mejores que la original, casi siempre distintas, pero no equivocadas; intuíamos la canción, y las palabras contenían legendarias resonancias, parecían estar dichas para uno. Eramos minúsculos, provincianos, pero también adivinos. El idioma imposible era la negación del vulgar dialecto de la vida, añadir más música a la música: invención, una sombra más verdadera que la luz; formas de vigor que, en mi caso, ascendían de Pepito el Yeyé, y su derramar ficciones urgentes sobre mágicas salas de baile en una Nueva York figuración idílica de su barrio. En ese cielo de parquet la muchedumbre alborotada perdía de vista las miserias del mundo hasta el límite, hasta lo radiante. Pepito y Elsa, cada uno a su modo, tendían a que sus historias fueran agradables, pero también importantes, como una revelación, la Idea misma, divinamente inútil. Quisimos ser ingenuos por segunda vez, para perdonar y perdonarnos, y eso nos partió por la mitad, estampados contra la roca de los tiempos, mientras en el aire brillan cristales marinos.

La culpa de todo la tuvo el final del año 81, los mismos estados alterados que nos unían se encontraban siendo infieles al sentimiento no expresado con quien estuviera delante en el momento oportuno. Y el suspense duraba: Elsa y yo habíamos cruzado una raya y pisábamos un terreno en el que el enamoramiento se marchita por falta de uso. Los dos empezamos a tener muy claro que la atracción debe culminar en la cama, y en la cama la comunión de los cuerpos ascender de modo natural hasta el orgasmo, y en un único orgasmo no saciarse; lo difícil era encontrar a esas alturas una lógica del momento que no quebrase la armonía de nuestro vínculo, un espontáneo discurrir. A mí me gustaban mucho sus piernas, y su cuello, y sus andares con aquellos botines verdes de piel de serpiente que compró por una fortuna en otra de esas extrañas tiendas de ropa usada. Pero, después de tanta ilusión no definida, una chica no puede gustarte a trozos y con la mirada fría.

Para según qué cosas había que olvidarse de la Idea, del estilo y de la Distancia. De la Distancia había que olvidarse ya.

Nos acostamos por primera vez en mi casa. Me abalancé sobre ella, mientras me hablaba entusiasmada de un disco de Los Rezillos. Tras el sobresalto que produce un ataque por la espalda sin previa declaración de intenciones, ya fuera por gestos, emanación de ondas eróticas o múltiple arqueado de ceja, volvió la cabeza con media sonrisa como diciendo «Bueno, por fin...». Hicimos lo que pudimos, desplegamos toda nuestra técnica. No sé en lo que ella estaría pensando (que algo pensaba y en ese pensamiento se entretenía), pero yo evité acordarme de Tina. ¿Valía la pena estar ahí? Hasta cierto punto: el corazón ordenaba, la mente dictaba, pero la combustión final abusaba del artificio y la mente seguía dictando y valorando. Después de aquella especie de kata de arte marcial del Lejano Oriente en que incurrimos, donde una pose sustituía a otra con la misma ineficacia, volqué por fin la esencia de mi virilidad en una Elsa que seguía sonriendo. Esta vez como a quien le han contado un chiste muy poco gracioso y disimula. Llegaba el rumor de la plaza al anochecer y, sobre el rumor, la voz de un hippy cantando «Mr. Tambourine Man».

—Es «Mr. Tambourine Man»... —dijo Elsa.

—Ya...

—Cuando la escucho siempre me imagino un camino sin asfaltar y un sol de esos de justicia. Entonces llegamos, porque llegamos tú y yo, a una gasolinera antigua con un cobertizo de adobe. Un sitio muy fresco. Con una cortina de esas de tiras de canutillo en la puerta que hacen ese sonido como de arpa... En cambio, la verdadera canción me parece que va de un tío que le pide a otro que toque la pandereta... No sé, hay que descifrarla... —aleccionó Elsa, mientras volviéndose sobre las sábanas, me mostraba las pecas de sus hombros, encendía un cigarro y se secaba con disimulo el

vello púbico con el dorso de la mano.

Al volver de la ducha, ya vestida, concluyó.

—Eres un sol, Fernando.

Un sol de justicia.

De alguna manera, y no hacían falta palabras, del idioma imposible, o del mismo de siempre, los dos supimos que eso era todo lo que sobre esa cama éramos capaces de hacer el uno por el otro. Una voz en el aire me susurraba que las expectativas habían sido demasiadas, y sus ojos, mientras se vestía y me hablaba de la maravillosa foto de la carpeta de «Bringing It All Back Home» con Bob Dylan y la hermosa Sally Grossman, a lo mejor opinaban que la culpa era de cierta languidez mía. Enseguida contesté a lo que quizá ella imaginase, y mi mirada dijo: «Tú no necesitas una polla, sino un martillo neumático. O no, nada de eso, que a mí me sobra de lo que necesitas, pero te tengo demasiado cariño para dejarme llevar por mi instinto más selvático. Pregunta por ahí si no me crees». Era casi obsceno forzar una moderada esquizofrenia en todos mis asuntos menos ése, pero no lo podía evitar. Uno, a veces, se siente seguro en la piel de un memo prepotente y con Elsa se desmoronaban mis intuiciones sobre el sexo para volverse espectrales y punzantes sensaciones anafrodisíacas.

Estuvimos una semana sin vernos y sufrí por una distancia que no era Distancia. Por si acaso, inseguro, ensayé mi eficiencia y durante una semana creí que todo el sexo femenino conspiraba para procurarme una deflagración sanguínea; así que tuve un éxito objetivo sobre (y bajo y cabe) una gemidora de melena prerrafaelita con leve olor a jena y labios finos, encantada de haberme conocido, brillantes los ojos como faros con las luces largas por encanallarse a lo loco con *swinging* Fernando, llorando de alegría por sentir dentro al renombrado Doctor Feelgood en persona, aquí y ahora, en la hora de esta pequeña muerte. Ese chico moderno, de labia excéntrica, labios expertos y una polla dotada de casi, lo digo bien alto, vida propia. Ni un rincón de tu cuerpo, guarra, quedará sin explorar, tendrás sensaciones que sólo podrán repetirse si te vuelves antropóloga y en Senegal te rodea una tribu mandinga, mientras yo pienso en el óvalo abierto de la boca de Tina. Ella, ellas, todas, Tina de nuevo, buscan la tela de la almohada blanca en un lado de la cabeza, en el otro, cada vez más deprisa, como un diapasón enloquecido, mientras con artes mágicas, la pelvis modela en perpendicular los movimientos precisos de aquel guante que era tu coño, Tina, capaz de ensayar con mi glande una sucesión de nudos marinos hasta el punto de provocar corrientes eléctricas que jugando con la intensidad del placer se enroscaban, estrangulando dulce, ácido y dulce, algo doloroso y dulce, y pidiendo más, salado y licuante, en puntos de mi anatomía sólo conocidos por la medicina oriental, esta vez sí, muy dulce y salado y muy bien.

Pero fue Elsa la que volvió de visita, una gorra de cuadros Vichy y el pelo

recogido en dos trenzas. Fue Elsa la que dijo:

—¿Te has enterado? Debajo de tu chamizo se alquila una casa. El dueño me conoce. Es barata.

—¿Y?

—Que podríamos probar. ¿Te gusta? —Y se sacó la gorra para mover las coletas como hélices. Se refería al peinado semiinfantil, y también a vivir juntos.

Compartimos una casa y nos gastamos todo lo que pudimos en decorarla con el frontal de un juego de millón («Beach Party», se llamaba), con fotos de Michael Caine y Brigitte Bardot, con un cartel gigante de *¡Qué noche la de aquel día!* Ensayamos bastante nuestro repertorio sexual; sin embargo, la mera gimnasia, y leve, nos desolaba en silencio, cada uno en su lado de la cama sin alcanzar nunca los objetivos de la ilusión. De haber sido un poco más o un poco menos expertos, la paciencia en esa materia hubiera sido nuestra divisa, llegar sin esfuerzo a concluir que la falta de pasión o de un temple parecido, la exclusiva identidad espiritual que levantaba una barrera para el cuerpo a cuerpo, podían pasar a segundo término. Antes o después, la convivencia haría odiarnos un poco y, en consecuencia, nos odiaríamos felizmente en la cama. Ella era invencible pese a que cada día necesitaba más heroína y conseguirla monopolizaba su pensamiento y su tiempo. La habían echado del trabajo (nunca supe el motivo, pero lo imagino) y ahora se ganaba la vida vendiendo mis pastillas, mientras yo me dedicaba a trabajar en una tienda de discos por las mañanas, en un pub por las tardes y a pegar anuncios de conciertos algunas noches sobre muros donde agonizaban antiguas W.

Pero el buscarse la vida de Elsa, lo sabía bien, no era sólo el ir tras la heroína. Llevábamos un mes viviendo juntos cuando percibí que, nada más verme, la gente de la plaza, algún mamón en cualquier bar, sonreía desde lejos y comentaba lo mucho que me preocupaban la vestimenta, los discos... ¿Y ese vocabulario alambicado, esa precisión en la réplica? Cuán sospechoso era el conjunto. Qué risa.

Elsa se fue a dormir a otra habitación. Una tarde escuché sus gemidos. Y otra. Así que una noche subí con una impertinente toda rizos y tetas que había pronunciado unas mil veces la expresión «Anda, venga, no me jodas, tío...» hasta hacerme dudar de si hablaba en sentido recto, y deseándolo; aunque deseando también el cuerpo cuya dueña me repelía. En un extremo del pasillo, Elsa y sus lascivas onomatopeyas. En el otro, mi habitación. Hice pasar a la chica y, mientras ella se desnudaba, fingí otras tareas y conecté un micrófono al equipo musical. Puse el micrófono cerca de mi cama y dejé los altavoces en el pasillo con el volumen al máximo. El efecto fue contundente. ¡Qué rápido se desdijo aquella chica, hoy olvidada, de su «No me jodas, tío...»! Hasta el impasible Cristóbal Colón, allá en lo alto de su estatua, volvió la cabeza y sacudió la mano del dedo que nunca señala América. ¡Así ama, infame Elsa, tu loco Fernando!



La respuesta tuvo lugar la noche siguiente: mi compañera de piso, mi amiga, mi amor, se subió dos tíos a casa. Individuos de toda edad y condición empezaron a llegar a todas horas, y el compás de la cama, el tempo, la duración de la estancia del pollo, el pollo mismo, ya fueron muy similares a los de nuestras vecinas putas. Pero eso era lo de menos. Las horas libres de mi novia chopera habían convertido ese piso en un conciliábulo de yonquis. Todos, por un motivo u otro, hacíamos cola ante el lavabo para vomitar. Un día desapareció el equipo de música.

—Tenemos que hablar, Elsa.

—Está bien. Déjame algo hasta que encuentre piso y te quedas con éste.

Esta vez ya tardamos semanas en volver a vernos y fingir que no había pasado nada. Pero de nuevo esa distancia minúscula nos dolía y en el afán de compartir lo que fuera acompañaba a Elsa en ese extraño safari que la llevaba de un bar a otro, a olfatear (ahora sí necesitaba toda su intuición) dónde estaba el turco poco simpático, el libanés legal, el moro histérico, por qué esa cola tan extraña formada de pronto en el cruce de un barrio remoto, dónde iba tan apresurado el tipo con ademanes nerviosos, cara chupada y pupilas casi invisibles. Esperé con ella a que se encendiese y se apagase tres veces la luz tras unos postigos, recorrimos estaciones de metro en persecución de un camello suburbano. Nos sentamos bajo estatuas horas y horas, caminamos hasta lugares donde se oían nítidas las campanas dando la hora una vez y enseguida otra vez, y varias veces, márgenes donde gallinas escarban el limo y perros sin amo persiguen coches listos para el desguace. O nos acomodábamos en las escaleras que llevan a la montaña de mi infancia, junto a una parroquia donde se oía el constante chapoteo de una pelota de ping-pong, en la pala, en la mesa, en la pala, y alguien contaba los puntos, y esa misma voz se despedía, y Elsa estiraba las piernas enfundadas aún en pantalones Capri y alargaba el ala de su sombrero cordobés haciendo visera con la mano, porque el sol de media tarde daba justo en la puerta de la parroquia donde una figura se despedía y empezaba a caminar. Elsa seguía a la figura y yo me quedaba sentado en la escalera. Pensaba que el talento de Elsa dedicado a lograr heroína, le hubiera sobrado para salir de esa situación y desarrollar con éxito cualquier otra actividad. Nunca parecía tener miedo, pero nunca era temeraria. Nunca la vi con golpes, maltratada por alguna de las bestias que poblaban sus rutas de abastecimiento. Cuando el sonido de las campanas era tan familiar como los latidos de mi corazón, ella volvía con un tambaleo inevitable y se echaba a mi lado para olvidarse otra vez de las horas y encontrar un delicioso frescor, casi una sorpresa en la palpable mudanza de una luz desnuda por fin de tiempo. Y me hablaba con un humor que sólo puedo calificar de líquido, azul, subacuático, en alta mar, con calma chicha.

—¿Sabes por qué me fui de casa de mis padres, Fernando? Yo tenía una especie de novio. Un compañero del COU. A mí no me gustaban ni la carrera, ni el novio, ni

mi trabajo, ni nada. A mí me gustaban la música y el agosto. Agosto total, agosto siempre, agosto con lo que fuera. Pero hay gente muy cabrona que se cree que te educa y te impone responsabilidades que ellos no han soñado asumir en su puta vida. Pero eso tú no lo sabes o no quieres saberlo, y te atan con el cuento de que no puedes defraudarles, de que se morirán de pena si les defraudas. Me encontré a mi madre con aquel chico. Con la especie de novio. En la cama. Se pensaba que aún era la ayudante del mago...

—No me lo creo, Elsa. —Podía detectar sus mentiras y las invenciones que justificaban su estado sólo rozarla y percibir un extraño cambio de temperatura en su cuerpo. Definitivamente no deseaba su persona, pero sí que su proximidad me devolviera el recuerdo perfecto de su compañía. Le tocaba el codo, la cogía de las manos, picoteaba su rodilla con el índice—: No me lo creo...

—Bueno, vale. Estaban a punto de irse a la cama.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso se sabe.

—No lo puedes saber si no...

—Estaban nerviosos y se reían allí de pie. No sabían si ir con Oxford o con Cambridge. Había dos vasos casi vacíos al lado de un sofá, lejos de ellos. No me cuadraba la escena. Pero eso sólo son pruebas. Lo importante es que lo intuyes. El puntazo del momento. ¿No me has dicho tú que mi fuerte es la intuición? Tú sabes que la tengo.

Alegaba cualquier excusa y me iba, mientras renegaba de los motivos que me habían llevado hasta allí. ¿Para que de una vez pasara algo entre los dos que fuera efectivo, denso? Ya no... ¿Para que yo también me atreviera a pincharme y entonces poder revolcarme con ella en la pendiente de aquella montaña, bajo los árboles, y acabar siendo una de esas parejas que nunca cruzaban una mirada que no fuese de advertencia sobre la proximidad de un camello, siameses que han dejado de follar hace mucho congelados en la plaza Real, en el Arco del Teatro? Imposible, y además no creo que ella, aunque parecía tener mucha casta, estuviera por la labor. Tenía que reconocerlo. Elsa, su mundo, su ímpetu, eran demasiado para mí. Me daban miedo. Todo el miedo. Y aquel estúpido (entonces, Lector, ahora algo más sensato) instinto de supervivencia, ese creer que detrás de todo se escondía una trampa que iba a engullirme, era lo que ni siquiera me había hecho sentir celos, sino miedo, miedo a cualquier esperanza verdaderamente amorosa. Me daba escalofríos bajar por las calles de Pueblo Seco, la falda edificada de mi montaña, como lo había hecho tantas veces en el pasado sin tener más problemas que los del ansia de aventura o los del Día de Mañana. En aquellas plazas, grupos violentos tenían la misma cara chupada de Elsa, solitaria ahora en lo alto de las escaleras, semidesfallecida, abandonada. Aquéllos ya sentían el mismo frío, la glaciación de las vísceras, la más salvaje de las

desesperaciones. Te estudiaban un momento, se aproximaban formando un corro, te insultaban, no te pares, preparaban la treta, no te pares, iban a por ti. Corrías.

Por la noche, esa noche, otra noche, cualquiera, es lo mismo, Elsa volvía a casa, el rostro crispado:

—Yo te quiero más que a nadie en el mundo, Fernando. Eres muy especial. Pero por favor, por favor, tú no sabes qué es esto, no te puedes hacer idea. ¿Te importa que me dé un ñaca aquí? Es que en casa tengo a una gente que no quiero que se entere que...

—De verdad, Elsa... Vuelves aquí para eso y no te hablo más. Ya sabes cómo están las cosas.

Las «cosas» estaban así. En unos meses, la policía había dejado de ser tonta respecto a la vigilancia y detección de ciertas sustancias. Yo tenía fama de camello, aunque de hecho ya no lo era, y la franquicia que había cedido a Elsa no me reportaba ningún beneficio. Al principio ella esbozó alguna peregrina explicación sobre la ausencia de beneficios en nuestro negocio común. Luego ya no se molestó: todo iba a la jeringa y a las venas. Pese a todo, una fama es una fama y cualquier día iba a tener un disgusto, porque si eres camello y nadie te coge, eso sólo significa que te has hecho confidente para los ojos y los oídos y las bocas necias. La discreción volvía a ser mi divisa y, además, empezaba a ganar algún dinero comerciando con discos de segunda mano y, me parecía justo, copiaba las cintas de Elsa para venderlas por los bares donde ponía música los fines de semana. Escribía guiones para un dibujante de historietas sobre contiendas de bandas en los años 60 en una ciudad imprecisa, y hasta me permitía rechazar la oferta para escribir historias porno, o como mínimo «fuertes», hecha por un agente, según se presentó el tal Toni Tortosa, que me perseguía entusiasmado sólo verme. Según sus palabras, iba a poner mi imaginación desbocada al «servicio de un público internacional». Quería creer una pequeña ilusión que se me antojaba remota, usada, y, desde luego, poco productiva, pero fuera de ese círculo vicioso de paseo, vigilancia y temblores. Me lo pasaba bien, tenía pocos gastos y no quería complicaciones. Lejos de los yonquis, lejos de un delirio picaresco como ese que empezaba a brotar de la boca de Elsa:

—¿Te quieres casar conmigo?

—Claro... ¿Qué tal mañana?

—Hablo en serio, Fernando. No sé si te lo dije, pero mis padres se han separado. La puta de mi madre no sé cómo está, pero a mi padre la separación le ha sentado muy bien. Y últimamente me adora.

—¿No se da cuenta de nada?

—¿De qué se tiene que dar cuenta?

—De nada.

—Por lo visto, en los últimos años ha ganado mucho dinero. Le han hecho socio

de la inmobiliaria y hasta ha colocado a mi hermano a trabajar con él. Ha comprado pisos. Y a mi hermano y a mí nos ha prometido un piso para cuando nos casemos. Quiere restregárselo por la cara a mi madre. Y con razón.

—Como tiene que ser...

Elsa se echaba uno de sus sombreros hacia atrás para mirarme con una curiosidad que aún me alimentaba:

—Nunca me has hablado tú de tus padres...

—Ni tú me has preguntado.

—Sí que te he preguntado, sí. No seas tan listo. Lo que pasa es que tú te haces el loco muy bien. Siempre sales con inventos... Pero no digo esto para meterme en tu vida. Es que tendrían que venir a la boda. Tus padres, digo.

—O sea, que la boda es cosa hecha. —Y como veía que continuaba mirándome sin reaccionar...—: Pero, por favor... ¿Qué boda, Elsa? ¿De qué boda me estás hablando?

—La nuestra, hijo. Nos casamos, vendemos el piso en cuanto mi padre nos lo dé y nos partimos el dinero. Mitad y mitad no, ¿eh? Pero te llevas un buen pico. Es que necesito ese dinero, Fernando...

Ella no lloraba nunca. Sólo repetía letanías con voz muy baja: «Por favor, por favor, Dios mío, Dios santo, por lo que más quieras...».

—No puedo, Elsa.

—Pero ¿por qué? Yo te quiero, tú me quieres...

—... nosotros nos queremos, vosotros os queréis, ellos se quieren.

—Ya sé que suena igual que una boda de verdad, pero con ese dinero salimos a flote. He pensado en ti porque te quiero. Quiero que te vayan bien las cosas. Y tú supongo que quieres lo mismo para mí. ¿Tú te vas a casar con alguna? ¿Con la pija patata esa con la que te vi subir el otro día? ¿Qué problema hay entonces?

—Pues que no puedo.

—Dame una buena razón. Y no me sermonees, ni me vengas con historias raras. Ahora es la hora de la verdad, ahora es cuando tenemos que ser alguien aparte...

No hacía falta ser un campeón de la dialéctica para discutir eso último, pero me limité a ser sincero.

—Soy un indocumentado. No me llamo Fernando Ruiz McDonald, Elsa. Me llamo Fernando Atienza Picazo. No puedo renovar el carnet de identidad. Soy prófugo de la mili. Gente importante puede estar buscándome por cosas que no vienen a cuento. O a lo mejor ya no me buscan, pero tengo miedo igual.

En ese momento, sentí que la curiosidad de Elsa hacia mi persona o al menos lo que representó una vez se había acabado, me miró como si la acabase de pegar:

—¡Vete a la mierda, hijo de puta!

Se fue dando un portazo. A finales del 82 se casó con un tipo que se parecía a mí

de modo endiablado. Por la plaza y sus alrededores era conocido como Picassín 2. De acuerdo a lo pactado, después de la boda, a la que no se me invitó, Elsa y Picassín 2 vendieron a precio ridículo un magnífico piso en una zona residencial. Parece que Picassín 2, que a veces iba vestido con ropa que yo había echado de menos un tiempo antes, convertido a la fe del chute con el fanatismo de los imbéciles, desapareció muy pronto del mapa, las alforjas llenas de un porcentaje sobre la venta inmobiliaria mucho mayor del que le correspondía. A lo mejor Elsa se compró algún sombrero; por lo demás, todo siguió igual: rondas, la cola, las esperas, ventanas abiertas y postigos cerrados en calles de un barrio periférico, esperas, muchas esperas y, a veces, viajes extraños con gente aún más extraña que le proporcionaba una información que no me gustaba demasiado compartir. Podría ser palabrería de yonqui, un reflejo del peligro que segregaban sus nuevas amistades, o la verdad. Para el tierno corazón de Elsa y sus necesidades éticas, eran por descontado evidencias al rojo vivo que justificaban su conducta y su horror:

Noticia rara de Elsa 1: —Cuando en televisión o en los periódicos anuncian un golpe al narcotráfico, hay que esperar quince días. Durante esos quince días empiezan y acaban las redadas. Nervios para todos y un pasar muy duro para los yonquis y los camellos cutres. Pero a partir de esos quince días, la calle se llena de heroína. La ciudad se vuelve blanca.

Noticia rara de Elsa 2: —La gente que vende armas, también pasa caballo. Llegan unos etarras, por ejemplo, y el pavo les dice: «Te voy a vender cincuenta pistolas, pero tú, a cambio, me tienes que comprar un kilo de jaco». Los etarras saben que hay muchos de los suyos que ven pero que muy mal lo de pasar caballo. Pero como están en guerra y eso y lo importante son las armas, pues también acaban comprando el caballo. Lo que no saben es que el vendedor está de acuerdo con la policía de aquí. Cuando empiezan a mover el jaco, los ligan por camellos, no por terroristas, y pueden hacer que otros etarras se los carguen. Si el etarra que ha pringado se acojona, la policía le da la vuelta y hace que trabaje para ellos.

Noticia rara de Elsa 3: —¿Te acuerdas de David el Limpio, uno que venía por aquí por casa, así, alto, el que tú llamabas don Prudencio? ¿Sabes qué me han contado? Que la historia que pasaba se la daba un comisario. Y que David empezó a deberle dinero. Y que pensaba que al ser pasma no le iba a hacer nada. Pues el otro día le vieron subir a un coche. Y no se ha vuelto a saber de él...

Una vez, tras desaparecer una semana, volvió con un gran paquete:

—Esto es para ti.

Y el paquete contenía varias cajas con productos farmacéuticos.

—He estado en Francia. No me preguntes mucho. Íbamos a un sitio, pero luego fuimos a otro... Y esto te lo debía.

Las cajas estaban llenas de anfetaminas y sedantes. Enseguida pensé lo peor: Elsa

me quería ver envuelto de nuevo en negocios turbios, o al menos, con cierta dependencia de algo que en una conexión de adicciones me pudiera llevar hasta ella; meter la mano en el bolsillo donde está el frasco en cuanto intuyera la sombra de una amenaza y deseando intuirlo, capitular ante sombras cada vez mayores. Yo, a esas alturas, sabía que no podía ofrecer un equivalente espiritual que amortiguara el exceso, pero sabía también, y no me importaba, que Elsa era consciente de algo horrible: había perdido lo que la hacía distinta y mejor.

—Me han propuesto un viaje a Córcega. Voy allí de turista con un pavo rico que si le vieras... Dice que tengo estilo. Yo voy con ése. Y Elena, la guapa, la poetisa, va con un húngaro.

No preguntabas quién era Elena, la guapa, la poetisa, su acompañante corsa. Ni María la de los Caníbales, que decían que había desaparecido con todo el caballo del Málaga. No sabías tampoco quién era el Málaga, ni Rashid, ni los hermanos Velasco, que uno era policía y otro camello de altura, pero nadie sabía cuál era cuál, ni te interesaban las conexiones de la Hermandad de la Heroína con sus explotadores de las altas esferas: una posible salida para una chica lista que tuviera agallas para usar su información, un problema para un chico lúcido que no quería saber nada.

—¿A que no sabes de dónde vengo? De Ibiza. No veas qué movida rara...

—Oye, tengo prisa...

Pero me olvido de los últimos muros de la noche. En los muchos amaneceres en los que hablamos, antes y después, de como dices tú, Paca-Olga, como has leído tú, Lector, de que pasara todo y empezase a no pasar nada.

Porque hay que pintar de verdad todas las caras del recuerdo. Necesito explicar que Elsa y yo aún nos quedamos muchas veces solos para hablar como un matrimonio muy viejo que comenta sin mucho entusiasmo, pero sin mucha amargura, lo que ha sido su vida. Y para no herir suspicacias, ni caer en un fuego cruzado de rencorosos lugares comunes, sólo considerábamos dignas de evaluación las horas que acababan de pasar. Las opiáceas cadencias de Elsa contagiaban. Recuerdo una vez en que nos quedamos hablando despistados, supongo que durante mucho tiempo, aunque pudo ser muy poco, en las escaleras de una galería oscura, cuando de pronto las escaleras empezaron a moverse, y nosotros a ascender y a mirarnos como bobos. Las escaleras eran mecánicas y la galería ya no era una red de pasillos oscuros, sino una serie de escaparates luminosos, aroma a café con leche, el frenazo de viejo acatarrado de un autobús en la parada cercana, rostros muy pintados de dependientas de galería comercial, hormigueo de ciudadanos silenciosos recién levantados con los que cruzábamos una mirada esquiva. Elsa y yo volvíamos al Origen, a la Idea (más bien a su Idea, que a la mía): estábamos sucios y fuera de lugar en aquellas escaleras mecánicas que no dejaban de subir, éramos ridículos, pero sobre todo éramos invencibles en el desastre.

Y recuerdo otro sitio donde acabó la noche.

Si después de algún periplo nostálgico por la zona alta decidíamos quedarnos por allí, entre bloques de lujo con portería de mármol y cuero, y altas terrazas balcón donde murmuraba lejano el lado más brillante del espectro humano, y pinzas de plata revolvían el hielo en cubiteras, al final de la noche nos colábamos en un parque público que resultaba un sitio dentro de otro sitio, fantasmagoría lunar entre ondulantes senderos, estatuas ocultas, robles de altas copas y estanques con nenúfares. Dentro del parque, al que no había vuelto desde mi estancia con una chica demasiado decente el día del bautizo de mi hermano Francisco José, poco antes de que se fundieran mis esperanzas de ser un lobo empresarial o político, el mismo parque que inspiró a otra chica los versos «Mastica lenta muérdago y acebo/trepa la cancela, huye del temblor» que leería dentro de unos años, Elsa y yo descubrimos un seto que, al saltarlo, conducía a un pequeño teatro: un sitio dentro de otro sitio dentro de otro sitio. Ella o yo, daba igual, el que tuviera más ánimo, se subía al escenario y contaba un chiste o parodiaba la actitud de alguien a quien hubiéramos conocido durante la noche recién liquidada. Una noche, su voz de mucho sueño me contó lo que se aprendía a la salida de un concierto:

—Si no entras, y no entras, porque no tienes dinero, pues llegas a ver cosas muy, muy raras. Te sientas en el portal de enfrente y vas oyendo el chunda-chunda que llega de dentro. La basca viene y va, sale a sus negocios, charla contigo. Una tía sale y desaparece en el bar de al lado, y luego sale otro tipo y se va hasta una cabina y enseguida sale el que parece el novio de la chica comido de celos y con un mosqueo del dos largo porque cree que su novia y el pobre que está llamando por teléfono se han ido juntos. Tú no le dices nada. Tú te ríes de ese imbécil. Y luego alucinas. Un cochazo aparca en una esquina. El chófer que sale con su uniforme y se mete en Zeleste. Los porteros que miran al tipo con una cara rarísima. El chófer que les dice algo y entra. El chófer que sale. El coche que se va. Al cabo de cinco minutos, sale también Elena, la guapa, y mira en todas direcciones. Yo que me escondo dentro del portal para que no me vea. Elena que se va en la dirección que ha salido el coche. Yo, que la sigo...

—Pero ¿no erais amigas?

—En este rollo no hay amigos.

—Qué peliculera... Casi vaquera...

—Todo lo peliculera y vaquera que tú quieras, pero es la verdad. Lo que te decía. Sigo a Elena. Camina hasta el Parque de la Ciudadela. La está esperando el cochazo. Se abre la puerta. Y te juro, tío, que era un jeque lo que vi... La Elena con un jeque. Punto raro, ¿no?

—No sé quién es ésa.

—Pero el punto es igual de raro, tío...

Y otra noche, cuando casi me desmayaba al ver la jeringa llenándose de sangre diluida, mientras ella se daba un chute, el único modo, por otra parte, en que se me permitió ver el éxtasis aflorando en su cara, por hablar de algo, le decía:

—Desde que estuve en la Alameda nunca me había parecido tan de otro mundo el vicio.

—¿Qué es la Alameda?

—En el año 71 había un sitio en el Tibidabo, o por Vallvidrera, no estoy seguro. La gente iba allí a meterse. Yo estuve allí una vez buscando a alguien. Yo buscaba a una persona, pero me encontré con otra. Bueno, más o menos. Lo que me encontré fue una yonqui. Pero como yo no sabía lo que era una yonqui, pensaba que era una especie de loca.

—¿Eso fue antes o después de conocer a tu abuelo Picasso?

—¿Te cuento algo, Elsa? ¿Estás dispuesta a oírlo todo?

No, no estaba dispuesta, pero yo se lo expliqué de todos modos. Una versión que se parecía bastante a la verdad. Las palabras y la brisa que agitaba los robles. Las sombras se reanimaban, la cofradía del bosque, florestas y claros encantados, los cazadores y los bandidos, mientras Pepito y yo sufríamos amenazas, visitábamos piscinas, el parque zoológico, éramos atrapados por una banda de secuestradores, pateábamos el pavimento encharcado y me corría en la boca de una putilla. Huíamos, mientras me dejaba engañar, y vi la sombra, la W, la misma W de las paredes y tuve que desaparecer y nunca pude vanagloriarme de haber visto muerto al bailarín asesino. Ella estaba atenta, porque iba preguntando:

—¿Se llamaba Watusi como el del anuncio del detergente?

—Sí.

—¿Y la canción del Watusi no es la canción del anuncio?

—Más o menos.

—¿Y no hay una serie en la tele que se llama «No le tengas miedo a nada» o algo así?

—La hay. Y no hay relación. Bueno, la hay, pero no la hay.

—Y el muerto que flotaba, ¿se quedó ahí flotando? Cuando los tiran al mar ¿los dejan ahí, al lado de la orilla?

—Eso es lo que vi.

—¿Y tenías quince años?

—Trece.

—¿Y has vuelto a ver a ese Yeyé? ¿O a la Cupé? ¿O a la putilla esa que te la chupó?

—Ni ganas. Bueno, a la putilla...

—¿Te importa que no te crea?

—Ya no me lo creo ni yo.



—¿Sabes por qué no me lo creo? —Un cabeceo y Elsa seguía su razonamiento con el mentón en el pecho. Cabeceaba y las palabras salían de su boca muy despacio, pero no dejaba de sorprenderme que, pese a la desfallecida apariencia física, su mente funcionara bastante bien—: Aunque a los raros siempre nos pasan cosas raras, y tú eres bastante raro, que nunca me has contado nada de tu vida, con una tremenda falta de confianza, todo hay que decirlo, y ahora te inventas esta historia... Aunque a los raros nos pasan cosas raras, insisto, cada vez que yo te he intentado contar una de mis historias raras, lo de Córcega y así, me has puesto cara de no creerte nada. Según tú, yo no me he movido de cuatro calles. Pero eso no es importante. Es importante, por ejemplo, que la pasma y el caballo nunca puedan relacionarse. Que no haya tipos importantes detrás de todo eso a los que les interesa que todo siga fatal. Cuando yo digo que el Estado nos está jodiendo, tú que no...

—Es que suena vaquero, Elsa...

«Vaquero», jerga inútil y caduca. Lo que le hubiera tenido que decir es que tanto ella como yo éramos ingenuos, y que un ingenuo debe tener la suficiente cautela para saber que a lo mejor nunca deja de serlo. Y a mí me daba la impresión de que ella empezaba a pensar en sí misma como una lagarta astuta, porque no tenía otro remedio. Y eso era fatal en el mundo en que se movía. Eso es lo que le tenía que haber dicho de apreciarla sincera mente y no «Es que suena vaquero...».

—Es lo mismo que cuando tú dices que en las chabolas de Montjuïc había un tío que asesinaba para la mafia de Marsella. Y que era bailarín. El Travolta, por lo menos. Y que violó, o no, o asesinó, o tampoco, a la hija de otro que le encargaba matar a gente y por lo visto era de la French Connection. Y todo eso con dos polis comprados, en un sitio donde se picaba la gente y secuestradoras glam, lolitas putas y el Templo del Perro y su puta madre. Y el gitanillo folclórico. Y el chulo piscinas. Y una francesa que parece la hermana de El Padrino. La Francesa me ha caído bien, es todo un personaje... —Se rió un poco—: Y si todo eso es una adivinanza, o un cuento así como de Sherlock Holmes que has leído por ahí y ahora quieres hacerme pasar por yo qué sé qué tirada de rollo, tengo la solución.

—Pero si no hay solución...

—¿Cómo que no? Mira... Se quieren cargar al Watusi ese... Muy bien. Como son unos bestias, fingen, fíjate bien en lo que te digo, fingen que se han cargado a la Julia esa que te gustaba, pero no te atrevías, caguetas, que caguetas lo eres un rato, ni a hacerte pajas con ella.

—Pero yo la vi muerta...

—Dejemos lo de «yo la vi...». El que la viera ¿estaba seguro de que estaba muerta? El cojo yeyé ese ¿no decía mentiras todo el rato? Pues a lo mejor tampoco la vio muerta en el velatorio. Se querían cargar al Watusi y buscaron un pretexto fuerte, por así decirlo. Y la niña esa calientapollas, la Julia, al día siguiente estaba tan

contenta. A lo mejor es que se tenía que ir de viaje y aprovecharon...

—Sí, sí, Elsa, todo perfecto. Nos engañaron a todos como a chinos. No pasó nada. Pero tú has conocido a ese tipo de gente. Si se querían cargar al Watusi, iban y se lo cargaban. Y yo vi a demasiada gente aquel día y todos decían que la Julia estaba muerta. Y eran muy convincentes.

—Pero ¡tú qué vas a ver! ¿Cómo vienes tú y me dices en la cara que todo eso pasaba con Franco vivo? ¿Qué era esto? ¿El fabuloso reino del crimen de Disneylandia? Cuando inventes, no me copies. Y, por lo menos, ten la educación de inventarte cosas que tú pudieras creer si te las contaran. Nosotros, tú y yo, aunque tú menos porque eres un cagueta, vivimos en el desastre, pero en el fondo pensamos en lo normal. Y lo normal es lo normal. Así que no me vengas con cuentos...

Tenía razón. Me había empeñado en olvidar que ese día del Watusi no aprendí la esencia. Ni después. Había una «realidad», una «normalidad», dulce y cómoda, o áspera y rutinaria o infeliz o depresiva o discreta, de jardines con magnolias y crucigramas y partidas de dominó y canchas de tenis y mesa camilla. «Mira qué día más bueno hace». «Hoy nos lo hemos pasado bien ¿verdad?». Y sólo han estado cenando. Han ingerido su cena. Negocios y aptitudes en competencia, vacaciones, tomillo y carnet de socio y números de la seguridad social. Bebés recién bañados. Revisión de facturas dándole la espalda a las bagatelas de la televisión. Esa «realidad» no era la que vi el 15 de agosto de 1971, donde me salvé, ni en los primeros meses del año 77, donde fui condenado; lo mío era adicción a una epifanía acrobática. Pero la «realidad» existía para las personas como mi madre, para toda esa gente que pasaba con sus automóviles cuando yo esperaba en un semáforo, y se embotellaba en largas caravanas en la autopista los domingos, que se asomaba a las ventanas, que se cruzaba conmigo por la calle. Yo, pese a mis tribulaciones, pese a las evidencias y mis juguetes espirituales, seguía creyendo en el Día de Mañana, en la prosperidad que representaban, en las tenues desgracias o en los fatales pasos de la vida. Quise decir algo a Elsa antes de que se durmiera:

—Entonces no te cuento que fundé un partido político con unos banqueros y uno que había sido un atracador anarquista, pero era militar y, dejando aparte que era un cabrón, estaba loco. Y que el hijo de uno de los banqueros, que ya no era banquero cuando le conocí, era un tal Carlos que iba contigo una vez. Y que me acosté con la tía que luego se fue con el que hizo el anuncio del Watusi. Porque la idea del anuncio fue mía. Y que me traicionaron todos... Por eso vivo con un nombre falso.

—Exacto. Lo has cogido. Eso es lo que no tienes que contar. Iré puesta, pero aún no soy del todo boba... Y no me cuentes más cosas de éstas, que sacas una faceta de tu persona que me da yuyu. Un poquito de grima, Fernando, como si fueras una especie de maníaco... Tú, mejor, calladito...

Ése ha sido un recuerdo de los lugares donde acaba la noche. Los regresos de Elsa

se fueron espaciando, tanto los por favor, por favor, como los a que no sabes qué. Nos veíamos poco. Habían pasado muchas cosas, y ahora, durante semanas, sólo pasaba una. Por eso preferíamos mantener un lejano cariño, aislados en nuestros respectivos desastres, donde, ahí sí, pretendíamos ser invencibles cada uno a nuestro modo, aunque nos resultase difícil explicar una hegemonía completa sobre nosotros mismos. Pero una noche no tuve más remedio que recurrir a ella para que me explicase otra vez cuál es el lugar donde acaba la noche. Y ya que, Paca-Olga, sigues hablando y diriges ahora tus críticas severas contra la evidente discriminación en las escuelas privadas, y oigo desde aquí, Lector, tu rechinar de dientes, porque parece que me burlo de ti y eludo cualquier dato útil en lo que pretendía ser el Informe sobre José Felipe Neyra, dejadme los dos que os explique, o imaginarme que os explico, la última vez que Elsa me enseñó ese lugar, antes de que en la fiesta junto a la playa viera con otros una invasión galáctica en nuestro litoral y percibiese que ella no estaba, pero habría de verla aún durante mucho tiempo, o por lo menos aún la estaba viendo, pero que todo iba a ser de otro modo, sin esquirlas de autocompasión, de culpa inmensa.

Voy a por ese relato, Paca-Olga, Lector.

Una noche del 83 conocí a una de esas mujeres que pasada la treintena asesinaría por seguir teniendo pinta de mocosa descarada. No sabíamos el uno del otro más que el poder seductor de nuestras miradas en un encuentro casual: la suya, con un encantador bizqueo; la mía, con una profundidad varonil, algo así como la de un buey, que sin mucho esfuerzo ni ejercicio donan el estrago y el insomnio. La perfecta ubicación de mi domicilio junto al bar que ella solía frecuentar y mi famosa Indolencia, que a veces ciertas libertinas confundían con docilidad y poca inclinación a tenebrosos equívocos sentimentales, permitieron que nos acostáramos juntos en un santiamén. La primera vez, aquella chica dejó que folláramos como a mí me apetecía (y por lo visto a nadie más); es decir, con la actitud del que sabe que son las tres de la madrugada, ha estado dando vueltas todo el día y no es atleta. La segunda vez que coincidimos fue la noche siguiente, porque ella volvió a aquel bar y a por mi eficaz diligencia, y más segura de sí y del entorno, intentó derivar la práctica amorosa hacia el salvajismo. Con éxito, porque la muchacha me importaba un pito (esto lo aclaro por si alguien ha llegado tarde). Nada que objetar a su empeño, salvo los arañazos y la humorada y el disimulo que conllevan responder con imperturbable ademán apache a expresiones del tipo «¡Y ahora, mátame, viejo verde!». Hubo una tercera ocasión, y en ésta, la muchacha sencilla me atacó en el negro corredor sólo cerrarse la puerta. Tras derribarme, exigió que la matase ahora, viejo verde, y yo hice lo que pude. Investido del rijo del quizá iniciático anciano, reproduje gruñidos de especies ya extinguidas, preparé mi solo, mientras me frotaba contra su cuerpo e improvisaba variantes, tomaba el mando, y ella, toda competencia, seguía mi ritmo musitando «Amén, amén...». A través de la armonía de onomatopeyas y en plena oscuridad, escuché un tintineo metálico, un crujido, y entre ella y yo apareció, frío y simétrico, el par de esposas, una fuente de inhibiciones sin cuento para un sujeto con la documentación falsa, prófugo, sin oficio ni beneficio. «Pónmelas, átame y clavámela» fueron los sucesivos imperativos que formaron la orden del día en la improvisada cueva del sado. Aprehendí las esposas por su brillo y, más con fastidio que con odio o furor, pero sin duda enardecido, me propuse obedecer al pie de la letra el mandato de aquella fulana.

La desnudé a tirones para empujarla enseguida contra la pared al grito de «¡Déjate los zapatos puestos, zorra!». Grito que fue susurro: el vecindario no profesional hubiera exigido una colaboración activa en el espectáculo. La chica se postró genuflexa en el suelo, la grupa en idónea situación receptiva. La obligué a alzar los brazos y deslicé la cadena de las esposas por detrás de una tubería que ascendía por la pared, mientras cerraba la presa con un gemido pánido que hubiera desatado la

hilaridad de cualquiera. Retrocedí para comprobar si mi diseño ornamental poseía talento plástico: la indudable aportación de la modelo y el auxilio con que la escasa luz disimulaba los estragos del tiempo en aquella carne estremecida cumplían con fidelidad la ortodoxia de esas prácticas en las que el apego a la norma no es antojo. Acometí, pues, mientras la llamaba de todo, y comprobé en el margen de atención que permitía un regocijo mutuo y evidente en aquel juego, cómo la piel de la chica adoptaba texturas inauditas, ya fuera por la electricidad de mis briosas sacudidas, o por la exposición a la ventilada intemperie del pasillo. Tras un lapso que no confieso, me retiré con la satisfacción del deber cumplido al oírle susurrar las barbaridades de rigor y con la extenuada esperanza de que la puesta a punto de la muchacha hubiese resultado satisfactoria. Enseguida bajaríamos a la plaza a tomar una copa y ella iba a ofrecerme una faceta menos cruda de su compleja personalidad. Luego, a casita, mona de cara.

Mientras yo planeaba una tregua, la chica ondulaba el cuerpo, amagaba estertores y subía y bajaba los brazos a lo largo de la tubería, un frotar mimesis, no del acto recién finalizado, sino de un anhelo utópico (era una magnífica tubería) al que se suelen referir los psiquiatras sin mundo. Un roce que espoleaba la irritación de los vecinos, quienes deducían en ese constante sonido de serrucho, no enfermizas prácticas sexuales (a las que estaban acostumbrados), sino un constante empeño en descuartizar cadáveres (práctica menos habitual en la finca). La chica reclinaba la cabeza en la pared con una sensualidad dolorosa y musitaba expresiones autoinculporatorias que hubieran ganado el aplauso de nuestros grandes místicos. Sentado en el suelo contra la pared frontera, yo fumaba un cigarro del paquete que había caído del bolso con tanto ajetreo y tenía muy claro que no me concernía ese ejercicio expiatorio.

—Ya que se te da bien coger cosas del bolso, alcánzame la llave de las esposas — me dijo la chica asomando por encima del hombro el rostro casi oculto por la media melena.

—¿Dónde dices que están las llaves? —pregunté, mientras encendía la luz del pasillo y rasgaba del todo la magia del momento.

—En una cajita azul de Vasari.

—¿De quién?

—Una caja de joyería. Pequeña. Cuadrada. ¡Y apaga la luz!

Obedecí y llevé el bolso a mi cuarto, mientras ella se quedaba de rodillas en el suelo, sola y a oscuras, no pareciéndole ya tan baratos los martirios por los que las santas pasan y con los que compran el goce de Dios. Volqué sobre la cama el contenido del bolso: una caja de pañuelos de papel, un espejo pequeño, una barra de protector labial, una caja de analgésicos franceses, la gama toda de productos Chanel (pensé), dos entradas para el teatro con fecha del día siguiente, una caja con unas

medias nuevas, unas medias desgarradas («¡Qué jodida! —exclamé—, ésa se martiriza esquina sí, esquina no»), un llavero con la cabeza de Mickey Mouse que se iluminaba al presionar una de las orejas, un mechero Dupont y cuatro mecheros normales, un rotulador, una agenda Filofax abultadísima, otra agenda más grande titulada BODEGONES en la que, junto a calabazas y perdices, una mano diestra había dibujado cientos de veces, y en distintas actitudes, un pollito amarillo con grandes ojos inocentes, una caja de lápices Caran d'Ache, una libreta con espiral y más dibujos de pollos, una funda de gafas llena de bolígrafos, otra funda con unas gafas graduadas (ese encantador bizqueo), una tercera funda con unas gafas de sol y una cajita (un instante de esperanza) con una piedra de hachís, un librito de papel y dos váliums (de nuevo ese encantador bizqueo), un monedero, una billetera con tarjetas de crédito y un retrato no muy antiguo de una chica bizca hasta el encantamiento y aire hippioso con el brazo de un individuo parecido a John Lennon ciñendo su cintura. El fondo de la fotografía era una montaña con el pico nevado y, más allá, en lo que podía ser un valle, un templo budista. Hasta mi habitación llegó el canto de los ruiseñores, la voz serena: «Niebla del monte / guardas del templo tocan / sus caracolas». De joven se dispersa uno.

—Oye, ¿seguro que está en una cajita azul?

—No me digas que no la encuentras... —el tono había dejado de ser desgarrado, postcoital: ahora parecía dominado por la alarma, aunque sostenido en el límite de la educación: «No me digas que hemos vuelto a pagar cincuenta mil de teléfono...». Algo así.

Volví a mi cuarto. Hurgué de nuevo en monederos, fundas, agendas y en todos los bolsillos y orificios de aquel bolso intrincado. Nada. Examiné el juego de llaves y ninguna era tan pequeña como para caber en la cerradura de unas esposas. Me dediqué a estudiar sin provecho el anárquico panorama que se extendía sobre la colcha, consciente de que antes o después tendría que regresar al pasillo. Abrí el armario y busqué una manta. Respiré hondo.

La maniatada empezó a llorar sin disimulo sólo comprender por qué la cubría en silencio. Pateó y desistí de mi empeño. Y siguió sollozando, mientras yo hurgaba en la cerradura de las esposas con un alambre sin dejar de pedir calma. Quise sosegarla con la noticia de que tenía mucha experiencia abriendo cerraduras, ya que en mi mocedad había sido un consumado ladrón de coches. Ella empezó a removerse, a mirar cualquier punto que no fuese mi rostro, a la espera del gesto que la protegiese de esa vecindad con un delincuente.

—¿En serio que no has encontrado la llave?

—Oye, que lo de los coches fue hace mucho. Y ya ves —arrojé el alambre por encima de mi hombro—: Ya ni me acuerdo de abrir esta mierda.

—Es que son muy buenas —musitaba ella, mientras volvían los sollozos—: Son

de la policía inglesa.

—Qué bien... Pues para el uso que les das, creo que no hacía falta recurrir a tan cualificados modelos de importación.

De pronto, me cayó encima un alud de insultos que no sólo iban dirigidos contra mí y el delincuente marrullero que ya me suponía, sino contra sí misma, la vida en general y su trágico discurrir. Yo no decía nada esperando que la cautiva comprendiese que mi ayuda era indispensable, aquel mi hogar y nuestra causa común. Entre hipidos, la chica intentó aportar soluciones para que me correspondiese la ingrata tarea de rechazarlas. Serrar la tubería, Chica de Nombre Olvidado, era un riesgo. Encargar esa misión a un cerrajero experto, ahí coincidimos los dos, humillante. Ella se fue sincerando:

—Tengo la caja guardada en casa. En el estudio. Con las acuarelas. ¡Hay que ser imbécil!

Miré el llavero del ratón Mickey.

—Pues voy a tu casa y te las traigo.

—Ni hablar. Mi marido puede llegar en cualquier momento.

—¿Y si se lo explico?

—¡No seas gilipollas...! —Y tras demorarse en el paladeo del insulto—: No es que él no sepa según qué, pero eso es... Yo ya le he avisado de que no iba a dormir, a veces lo hacemos, pero...

Ahí se detuvo. Luego se puso a gimotear hasta que de nuevo reparó en que lo ridículo de la situación no se arreglaba con desplantes histéricos.

—Pues no habrá más remedio que llamar al cerrajero mañana —dije y casi suspiré—: Voy a buscarte algo para que pases la noche cómoda.

—¡Pero qué dices! Todo esto te hace gracia ¿verdad? O eso, o es que eres mongólico.

Me vi galopando en un recio caballo en pos de Taras Bulba. Me vi contando con los dedos. Me vi en el pasillo de mi casa con una ex niña bien, ex hippy y, apostaría algo, ex masoquista, esposada a una tubería.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—La una y media.

—Mi marido aún estará en el Billy's. Tenía una cena y luego se iba a ligar. Así mismo me ha dicho. A ligar. El muy hijo de puta...

Mientras ella se unía a su amado en la distancia, tuve una idea. La llevaría a cabo sin consultar con la víctima (no se lo merecía) y por mi bien. En cualquier caso, si ese plan fallaba, me iba a presentar con el cerrajero y los habituales de la plaza que se avinieran a pagar entrada por tan curioso espectáculo.

—Voy a salir un momento.

—No vayas a mi casa. Te lo pido por favor.

Cogí el juego de llaves, lo hice tintinear ante sus ojos para luego dejarlo caer entre su cuerpo y la pared. La cabeza del ratón Mickey, éstos son detalles absurdos que luego recuerda uno, se quedó encendida.

—Nada de eso —mentí—. Seguro que no somos las primeras personas a quienes les ocurre este embarazoso percance. Voy a ver si encuentro a un amigo muy ducho en estos temas. Le relataré la situación como si ya fuese pasado y le hubiera ocurrido a otra persona. Así, cuando le pregunte «¿A que no sabes cómo lo solucionaron?», el me irá dando respuestas. Yo lo negaré todo, y él me dará más respuestas. Entre todas las respuestas seguro que encontramos una de fácil aplicación. Ahora vengo.

En el rellano escuché un largo sollozo y más insultos.

La primera parte de mi verdadero plan consistía en encontrar a Elsa. La última vez que la vi estaba tumbada en un banco y cuando pude hacer que reaccionara me dijo: «No te lo creerás, pero acabo de morirme». Quise llevarla al hospital, pero ella sólo aceptó que le diera un par de pastillas y la acompañara por ahí. Durante la noche, esa constancia en el «aquí no pasa nada» hizo que acabase enfadado. Pero nuestra mutua capacidad de perdón, al parecer, no conocía límites. Estaba seguro de que, si la encontraba, me iba a ayudar. Salí a la plaza y, nada más pisarla, ya estaba convencido de que el plan que consideraba verdadero aún ganaba en idiotéz al que le había planteado a la maniatada; sin embargo, a la muy remota posibilidad de éxito se oponía el alivio de no compartir la agónica arrogancia de mi huésped accidental y, sobre todo, cierta divertida emoción, algo que ya empezaba a echar en falta en aquellas noches idénticas y rutinarias en su desapego.

Elsa no estaba bajo las altas palmeras que de noche parecían de piedra. Tampoco había dedicado la jornada a recorrer las terrazas en busca de algún ocioso despistado, caliente y con dinero. Ensayé con otra plaza, más lúgubre. Había tenido demasiado tiempo para aprender que los recorridos de Elsa escondían bajo su caos aparente una estricta rutina impuesta por los avatares comerciales. En la segunda plaza, descubrí a sus conocidos a los que quizá sería mejor llamar semisocios. Alguno de ellos también había compartido conmigo alguna de esas noches demasiado breves, algún sublime acontecimiento callejero; pero en aquel tiempo eran personajes a evitar. Elsa no estaba. Caminé entre callejuelas y gritos de borrachos de sábado que arrastraban en las botas militares serrín de tascas baratas. Al volver a la plaza Real, cuando ya estaba convencido de que mi plan había fracasado, la vi en compañía de una de aquellas viejas indistintas con las que solía pasar horas de charla. Me acerqué hasta ella pensando en los actos, tan habituales durante la última temporada, que seguían al momento en que me divisaba. Primero reconocía a fondo mi expresión con la astucia que nunca tuvo y, si le sonreía de un modo natural, se acercaba hasta mí casi a saltos, el trotar sincopado de sus tacones, para que yo viese que jugaba aún en calles imposibles con sus botines de piel de serpiente; enseguida, me pedía dinero que por



su madre me iba a devolver al día siguiente, o un tranquilizante, una calma cualquiera que yo no había sabido darle nunca en ninguna de sus formas. Cuando por fin me vio, le sonreí. Y le sonreí porque la necesitaba. Se levantó del banco, mientras se ajustaba un sombrero de ala corta, y se acercó con su carrerita habitual de niña consentida que va al encuentro de papi, la barbilla alzada y los brazos extendidos. Me besó en los labios y estudié a fondo su aspecto. El balance fue positivo: la delgadez extrema, si no iba muy colocada, la hacía más atractiva y, como siempre, iba limpiísima y a la última hasta convencer a cualquiera de que nada sucedía en realidad.

—Si vas a tomar algo te acompaño —no era una decisión, era un ruego. Se había acostumbrado a rogar.

—Oye, necesito que me hagas un favor...

—Lo que quieras, ya lo sabes.

—Vamos yendo al Billy's y te explico.

Sin mucha cautela le expuse la segunda parte de mi plan. Y la tercera. Luego todo era cosa suya. Elsa no se asombró en ningún momento: ni cuando le expliqué lo que necesitaba, ni cuando compré el paquete de chicle necesario para la misión y se lo puse en el bolsillo de la blusa como si fuera un salvoconducto. Era tal su delirio, mi delirio, nuestro desastre, que no sólo accedió divertida a lo que le proponía, sino que se apresuró a confesarme el motivo de tanta disponibilidad:

—He pillado una onda de jaco buenísima. Tú no se lo digas a nadie, que no se te escape. Que hay mucho preguntón por ahí y alguno aún se piensa que eres mi novio. Tú, si preguntan por mí, que ni idea.

«Ni idea». Era exactamente eso lo que decía, Elsa, cuando me preguntaban por ti y, de paso, era informado de la clase de gente con la que te juntabas.

Llegamos al Billy's, uno de los pocos bares que en esos meses recibía público que no era del barrio. La fama del Billy's, la razón por la que acudía gente de toda la ciudad era, en la sana teoría, la calidad de su música, y en la práctica, lo fácil que allí se ligaba; un rumor que alcanzó ecos de leyenda el año escaso en que Billy's estuvo abierto. Por un azar urbano, allí se había juntado lo mejor de cada casa y sólo una mirada era suficiente. No podía durar, claro, pero, entretanto, los llenos como el de aquella noche eran diarios.

—¿Qué? ¿Le ves?

Me puse de puntillas en un extremo del local.

—Espera. Es que tengo que imaginármelo. Sólo le conozco de foto. Y en la foto iba de hippy.

—¿Es un hippy?

—Reciclado... Espero. No sé.

—Oye —la boca de Elsa se acercó a mi oreja entre el murmullo de la multitud—: Ya sé que te debo muchos favores y esto que tengo que hacer lo hago igual. Por ahí,

ningún problema. Aunque no me contestes. Pero ¿para qué quieres que me ligue a un reciclado y todo lo demás? No te habrás metido en un marrón...

Conté mi historia y Elsa casi se cae al suelo de risa.

—¿Y la tienes en casa? —preguntaba. Y yo veía estallar una de sus carcajadas por primera vez en mucho tiempo. Casi se le atraganta el chicle que, muy profesional, había empezado a masticar.

Seguí aupado para ver entre aquel torbellino cuando alguien me golpeó en un hombro y enseguida me pidió perdón. Llevaba el pelo muy corto y lo tenía casi blanco. Sus facciones parecían más duras que en el retrato budista del valle nepalí y la montura de las gafas ya no era redonda, sino de concha negra. Me bastó un gesto de la cabeza para que Elsa comprendiera y se situase con habilidad en la estela de nuestro objetivo, el ex sosias de John Lennon, que se abría paso entre el público cruzando el local y lanzaba aquí y allá miradas de reclamo y seducción. Pedí una copa y busqué un punto que me sirviera de observatorio.

Sus mañas de gata maula (esa elocuente y extrema sonrisa femenina que casi puede echar a andar) y las prisas del casanova facilitaron el paso a la siguiente parte del plan. En el exterior, a través de los estrechos callejones que llevaban a mi plaza, vi como Elsa, antes y después de la explosión de un rosado globo en su boca, se negaba con argumentos de imposible recato a ir a otro lugar que no fuese la casa del tío primo. El muchacho consultaba nervioso su reloj, a los astros, calculaba, mientras Elsa mariposeaba en torno a su figura con movimientos que me resultaban inéditos y me hicieron sentir celos instantáneos; porque o yo no la conocía lo suficiente (y la conocía) o el chico le gustaba como nunca le había gustado yo. En fin, que cogieron un taxi, y detuve otro con el temor de que ella se hubiera desentendido del compromiso que tenía conmigo y ya le estuviera pidiendo dinero al figurín, o hubiese contabilizado lo que llevaba en la cartera y no fueran a su casa, sino a un meublé.

Pero no, fueron a la casa. No hay nada como los pactos entre las parejas abiertas, las mentiras piadosas, el cariño que dan los años...

El chicle, según lo previsto, estaba pegado a la cerradura de la puerta de la calle. Y entreabierta la puerta del piso que, si el Lector tiene afición inmobiliaria, diré que ocupaba un rellano entero. Elsa estaba cumpliendo las indicaciones al pie de la letra. Esperé a que las luces se fueran apagando y llegasen hasta mí las primeras voces de placer. «Exagero en plan sucia, ¿no?», me había dicho Elsa, muy puesta en su cometido. Entré. Por suerte, lo que parecía un estudio, estaba junto a la puerta y la batalla erótica se entablaba a lo lejos. En el estudio, iluminado por la luz de las farolas, un kilométrico sofá se enfrentaba a una larga mesa dividida en dos parcelas de trabajo. En una de ellas campaba la pantalla gigante de un ordenador, cuando casi nadie tenía ordenador, bajo unas estanterías que conformaban una pequeña biblioteca de libros de arquitectura sostenida, como al desgaire, por algunos premios

internacionales. En todo ese tramo, desordenados, yacían bocetos de algo parecido a casas, a muebles, a lámparas. La zona de ella era el pequeño mundo de Severino Pío-Pío. Libros infantiles protagonizados por un pollo, el tal Severino, recortables de Severino Pío-Pío y sus amigos: el Conejo Tan-Tan, el Pato Cuo-Cuo y el Cerdo Oinc-Oinc. Mientras buscaba la caja de acuarelas a la luz de un mechero no tuve más remedio que observar la vuelta al mundo de la pareja en diversas fotos clavadas en las estanterías, su progresión de la sonriente bonhomía hippy de antaño a la eficiencia y profesionalidad en el gesto de hoy, y más fotos de la chica que ahora sollozaba en mi casa, rodeada en una de lo que parecían diversos compañeros de trabajo, recibiendo en otra un premio de una anciana enojada, abrazando en un cartel la reproducción gigante de Severino Pío-Pío.

Dentro de la caja de acuarelas, el vacío dejado por una pastilla de amarillo limón (el amarillo Severino) contenía otra caja con una llave de plomo. Pensé en la chica tirada en el pasillo de mi casa y en la esforzada construcción de un mundo que oculta una vía de escape. Nada nuevo sobre lo que había visto en los lobos bancarios; salvo que la naturaleza moral del paisaje que ocultaba la rabia del lado oscuro, o el sentido que para mí poseía todo aquello entonces, me exasperaba aún más que la mera hipocresía de tinas, escudos, ballestas y yelmos. Me asqueaba, pero, sobre todo, y no podía evitarlo, me conmovía.

Me debí de sentir conmovido unos cinco segundos. Luego seguí con mi plan.

Introduje en el bolsillo la llave de las esposas, cogí papel y lápiz y escribí: «¿Hay placer sin dolor? Somos invencibles en el desastre, porque nos hemos dado algo secreto. Y a lo mejor nos lo seguimos dando. Sabemos jugar y olvidar». Releí lo escrito. No me pareció mal. Aunque en esa nota fingiera, la solemnidad es una cosa muy mía. Rememoré de nuevo los insultos de aquella farisea encadenada y pegué la nota con celo en la superpantalla del superordenador de su marido. Como no tenía suficiente, salí de la casa dando un portazo con el fin de que el exitoso arquitecto muriera de un infarto.

Cuando llegué a mi hogar, la señora del arquitecto follador me recibió con un «¡Apaga la luz por lo que más quieras!». Un instante de iluminación había bastado para descubrir el charco de orines. Le abrí las esposas mientras, por despistar, afirmé que un amigo era muy aficionado a la disciplina inglesa y poseía un arsenal de llaves como aquella, además de otras manufacturas en cuero y acero que a lo mejor eran de su interés, que nadie se había apercebido de nada y que su honor estaba a salvo. Ella no me dio ni las gracias. Ya en mi habitación, oí el chorro de la ducha. La chica no tardó mucho en entrar donde yo estaba:

—Te he cogido el albornoz.

Se acercó a la cama, introdujo sus cosas en el bolso a toda prisa y volvió a salir. Escuché la puerta de la calle. La creadora del pollito Severino había decidido no

despedirse, ni limpiar el rastro de su estancia en el pasillo.

Tardé un poco en ponerme en marcha y repasar los acontecimientos. La ex cautiva, fugitiva ahora, se daría cuenta al llegar a casa de que la llave con la que había sido liberada era suya. Me entró cierto pánico al pensar en que Elsa, deslumbrada por el lujo de los jóvenes profesionales, hubiese robado algo y yo cargara con la culpa. Al día siguiente, debería ir a buscarla y hacerle unas preguntas. En el poco probable caso de que Elsa no se hubiera sentido tentada por el hurto, en cuanto el marido hubiese descubierto la nota adherida a la pantalla de su ordenador, iba a ser una lástima perderse el cruce de explicaciones que se tendrían que dar aquellos dos. «El límite de las parejas abiertas es la pus de las heridas abiertas», pensé, y, envuelto en ese clima moral, cogí la fregona y llené un cubo de agua. Las esposas y la llave estaban abandonadas junto al charco. *Adiós a las armas*. Acababa de eliminar el producto de la tensa espera de mi invitada cuando llamaron al timbre. Era Elsa. Y sonriente.

—Si me dejas que me meta algo, te lo cuento.

Hacía tiempo que no le dejaba pincharse en casa; sin embargo, ella sabía que esa noche le iba a dejar hacer, porque al fin y al cabo me había hecho un favor, y la pequeña aventura nos había unido otra vez. Cuando acabé la limpieza y entré en la habitación, ella, tumbada en la cama, sonreía con una revista de música en la mano.

—¿Tú qué opinas del rock torero? A mí me parece un poco rollo fantasma ¿no?

—Déjate de toreros, Elsa —dije y me senté en el sillón que, unos años antes, habíamos porteado juntos desde la zona alta. «Es un Nancy Robbins. Ya verás qué bien queda al lado de la cama».

—Te juro que me tendrían que dar un premio. No por el tío... Estaba bien, ¿no? Un tío muy amable. Y guapo. Cantidad de educado y bastante bien en la cama dadas las circunstancias. Lo malo venía cuando me acordaba en medio del fregado de por qué estaba allí. Es que me moría de risa. El chaval me preguntaba que qué me pasaba. Y yo, pues que nada, que me reía por la diversión. Y, niño, lo del portazo ha sido un poco fuerte. ¡Vaya salto ha pegado! Casi se muere. Y cortarle el rollo, se lo has cortado.

—Era la intención. ¿Le has cogido algo?

—¿Qué quieres decir?

Mis dedos se movieron en un gesto significativo.

—No. De verdad. Bueno, te cuento la verdad, verdad. Iba a pillarle el reloj. Se lo pillé cuando fue a mirar lo del portazo. Pero entonces él volvió y me dio esto. —Elsa empezó a buscar algo en el bolsillo—. Me dio tanta cosita que, a la que se giró, dejé el reloj en su sitio.

Elsa me extendió el papel. Leí: «¿Hay placer sin dolor? Somos invencibles en el desastre, porque nos hemos dado algo secreto...». Mi letra seguía explicando memeces un par de frases más. Devolví el papel a Elsa, tanta ilusión que le hacía,

admirando el desparpajo, capacidad de improvisación y rapidez de reflejos del exitoso arquitecto. Elsa dobló el papel con cuidado y se lo metió en el bolsillo. Quizá no sucediera, pero creo que oí un suspiro amoroso.

—«Invencibles en el desastre...». —Elsa estiró los brazos, desperezándose—: El chico no parecía muy ingenioso. Era algo así como tú... No es que tú no lo seas. Cuando te pones a hacerte el raro, el nibelungo flasheado, estás bien. Pero de normal, así de buenas a primeras... Él tampoco. Por eso escribiría esto. Hay algunos que de viva voz... Luego hemos hablado de arquitectura. Era arquitecto. Y yo casi...

—Casi, casi...

Se le cerraban los ojos. Sentado allí, frente a la cama, me sobrevino todo el asco verdadero de la situación, empañado en la indiferencia de días y noches más o menos idénticos. No éramos invencibles en el desastre, Elsa: el desastre dura mucho, es muy paciente, y los dos nos engañamos pintándolo con excusas de todos los colores. La veía ahí tumbada y me hubiera gustado cogerla por los hombros y gritarle: «¿Sabes quién ha escrito eso, yonqui? ¡Lo he escrito yo! ¡Y me lo enseñaste tú! ¡Tú empañaste mi Idea y mi Distancia con el encanto del desastre! ¡Y aquí estamos!».

Me limité a descalzarla y ella siguió durmiendo, mientras yo, en el sillón, me dedicaba a jugar con su sombrero.

Y ahora, Paca-Olga, cuando doce años después de que sucediera lo que no te voy a contar, me explicas lo mala pécora que es tu jefe, quien no sólo no comprende, sino que ignora con desprecio evidente tu condición de viuda y madre, sin preguntarme ni por un momento si me aburro o si me importa algo de lo que dices, o tan sólo si me angustias o me irritas, deja que te acabe de explicar lo que pasó ese último amanecer en el que Elsa me enseñó dónde acaba la noche, y lo que pasó un año y medio después, en aquella fiesta junto a la playa, cuando encerrado y amontonado en aquel automóvil, creí descubrir con otros que las señales en el cielo ya no estaban allí, sino aquí al lado, en la arena, junto al mar, en forma de monolitos equidistantes.

No sé el tiempo que pasé contemplando a Elsa. Ella musitaba entre sueños palabras inconexas y sonreía, mientras yo me encontraba tan fatigado que ni siquiera me apetecía dormir. Empezó a clarear y la luz sucia entre el vuelo rasante de las gaviotas, de los edificios mayores, se entreveraba con la oscuridad de los muebles, de los cuerpos: el hueco en la pared del equipo de música robado como una clara mancha rectangular, el perchero vacío donde estuvieron sus vestidos, el cartel de *Vacaciones en Roma*, el pequeño mobiliario de contenedor, la recuperación de mensajes efímeros, estrafalarias reliquias; mucho de lo que había sido la vida de Elsa, una dulce Z sobre la cama, y ahora me pertenecía sin ningún derecho. Las gaviotas empezaron a dar señales de vida; en aquel piso, el trino de los pájaros era cualquier cosa menos una vaga sonoridad bucólica. Por fin, vi cómo Elsa abría los ojos y dudaba sobre el lugar en el que se hallaba.

—¿Estás durmiendo, Fernando?

Al contestar que no, empezó a reír. Y yo a molestarme, no sé muy bien por qué.

—He dormido como no dormía en años. Y hasta he soñado. Debe de ser porque estos días estoy más tranquila.

—Debe de ser...

—No estés enfadado, que en el sueño salías tú. ¿Te acuerdas del día del Rompeolas, la primera vez que hablamos?

—Más o menos —le dije. Estaba bastante claro que quien no se acordaba era ella.

—Pues no sé si te acuerdas de lo que me estaba pasando. Me habría tomado Dios sabe qué... Y, pam, de repente tuve la sensación de que el Rompeolas se rompía y nos separábamos de tierra firme. Eso mismo pasaba en el sueño. Oye, igual que un barco muy grande. Una plataforma flotante con una pista como encerada en medio. El sol empieza a salir, pero nos iluminan antorchas que alumbran sobre columnas de mármol. Todo huele a romero quemado. La ciudad está cada vez más lejos. Los edificios más altos, enormes, más como romanos. Antiguos, imposibles. Increíble. Tampoco era la misma gente. Tú sí que estabas, claro. Tú eres especial. Y creo que estaba mi hermano y más gente, todos guapísimos. Había también un grupo vocal, algo así como los Impressions, negros, perfectos, misteriosos, que cantaban la canción más bonita que te puedas imaginar. *A cappella*, a palo seco, sólo sus voces, casi podías palparlas en el aire. Verlas. ¡Hey, espera! Lo que cantaban los negros era «guachi-guachi», y yo no entendía nada, por supuesto, pero de pronto empezaba a entender. Y lo que entendía era... Espera. Decían: «¿Por qué le llaman oscuro si es una esfera en el agua marina?». Sí. «... es una esfera en el agua marina». Así, mal. Mal, pero bien. Todo junto, todo raro, pero muy bien. Y luego seguía el «guachi-guachi». Y el baile, porque los negros también bailaban, con mucha precisión, dominando el sonido en el aire. Y daban vueltas. Y palmadas. Una vuelta sobre sí mismos y, chas, una palmada. Y en una de las vueltas el ojo del sueño se da cuenta de que en la orilla, porque había un sendero con antorchas a los lados que daba al mar, en la orilla, digo, estaban Scott y Jean, elegantes, guapísimos...

La maldita costumbre de llamar a los personajes famosos por sus nombres de pila como si almorzase con ellos día sí, día no. Supuse que Scott era Scott Walker, el cantante. Y Jean, Jean Shrimpton, la modelo. O no. Daba igual. Estaba muy cansado.

—... Scott le decía algo a Jean y Jean se reía. Iban muy puestos, pero sin mucho punto pasote. Como de primeras veces. Ideales... Sé que Jean tiene sal en la boca y está a punto de llorar de alegría. Los dos se abrazan y así, de pronto, no sé cómo, están y no están. En el agua se aleja una estela y, a lo lejos, aparece un remolino. Y la música de los cantantes sube con el ojo del sueño y con el humo de las antorchas y se mezclan con la luz nueva. Yo creo que Jean acepta que Scott se la lleve dentro del agua para que amanezca. Lo importante es que amanezca. O no. Bueno, es una

tontería. A lo mejor no era nada de eso. Pero la sensación del sueño es que ellos eran felices y los demás también. Mucho. La hostia de felices. Felices que ni te lo cuento.

—Pues casi que no me lo cuentes.

—No te hace mucha gracia.

Me levanté del sillón.

—Ahora no, Elsa.

En verdad, a nadie le hace demasiada gracia que otro cuente sus sueños. Como en tantos de nuestros últimos encuentros, Elsa apenas dijo nada más. Se levantó de la cama, se calzó. Sintió un vago mareo al ponerse en pie y balbuceó un «Ya es hora de irse a casa» después de besarme en los labios. Su «Hasta luego» daba a entender que íbamos a vernos dentro de un rato.

Pero no se marchó. Antes de salir, volvió a asomarse a la puerta de la habitación y preguntó:

—¿Y la tenías esposada en el pasillo?

—Sí...

—Tú también...

Y por fin se fue, riendo.

Cuando la volví a ver estaba muerta.

Y ahora, Olga-Paca, Lector, dejadme ahora que os cuente el amanecer en el que Elsa ya no estaba, pero tú, Olga-Paca, sí estuviste en la discoteca junto a la playa, en la Semana Santa de 1985, antes de que pasara todo y mucho antes de que pasara o no pasara nada. Encerrado con aquellos amigos en el coche, víctimas todos de una alucinación colectiva, inmóviles durante horas o quizá unos pocos minutos, extasiados ante aquellas formaciones cilíndricas, equidistantes con preciso cálculo extraterrestre, seres de otra galaxia que habían aprovechado aquel punto del litoral mediterráneo para enviar el mensaje definitivo a criaturas inferiores. Las criaturas, dentro del utilitario, mientras duró la oscuridad, no cesaban de repetir: «Dios...», «Qué maravilla...», «Cuánto esplendor espectral» (éste era de ciencias), «No puedo creerlo...», para irnos callando en cuanto la luz del día descubrió que los enigmáticos monolitos no eran más que bidones de basura alineados por toda la playa.

El típico viejo, nudoso y bronceado, el veterano nadador de cuero que se lanza a las aguas matinales cualquier día del año, nos miraba más allá del parabrisas con expresión de exigir para nosotros la condenación. Mis compañeros (que me evitaron a partir de entonces) seguían mudos. Yo sólo dije una frase:

—¿Por qué le llaman oscuro, si es una esfera en el agua marina?

Y me puse a reír como no he reído en mi vida, y eso que he reído mucho. Y los que me evitaron sin disimulo a partir de entonces bajaron del coche con la excusa de estirar las piernas, o de fumar, o de planear un asesinato. Yo, mientras reía, aún tuve tiempo de recordar que unas semanas antes había leído que en la Luna existen tres

cubos de basura y encontré una relación magnífica, un significado absoluto a todo eso. Y reí más. Reía tanto que ya ni me oía reír: escuchaba la canción más perfecta que he escuchado nunca, una misteriosa armonía negra, una música que se podía ver, un «guachi-guachi» palpable, la corporeidad del idioma imposible. Y me puse a seguir la música que oía, a cantar sin saber qué cantaba; y me daba igual que esas palabras no fueran ni siquiera palabras, porque la canción era eterna. La verdad estaba ahí debajo, y estaba también la luz que nos salva de lo os curo, lo radiante. Que Elsa estaba ahí, en todo, y me decía «Lo sé. Y está bien». Y sólo sabía que era feliz cantando ante la inmensa claridad del nuevo día, de mi luz no usada, pero de siempre, cantando ante la luz que inundaba el coche, mis párpados. Cantando y riendo. Todo para que amaneciese. Era la hostia de feliz, Paca-Olga. Feliz que ni te lo cuento.



Para qué seguir engañándonos. La única tarea que resta es burlarme de ti, Lector. Ya sé que no tomas esta afirmación como una prueba de valentía. Me conoces y sabes que no soy valiente. Pero desde que uno de tus inferiores me encargó el trabajo y, lo podemos decir así, me obsequió con un hermoso adelanto económico, supe que me estabas planteando un ardid. Desde entonces hemos jugado al gato y al ratón en espirales, mientras nos acecha el Temible Perro Verde. Mis extrañas pesquisas por los tugurios más sombríos de la ciudad ya han conseguido que en las claras oficinas tengan distintas versiones de las actividades pasadas y presentes de José Felipe Neyra. Porque a la gente le gusta hablar, y tiene boca donde los ojos, y donde las orejas. Además, y como si mis días tuvieran más horas que los del resto de la gente, voy completando este Informe en el que me he fingido el escritor que nunca pretendí ser ni por lo más remoto. ¡Escritor cómico, además! Cómico, sí. Ríe, Lector. Los hechos dan risa cuando los repaso en sus conclusiones e impongo su verdadera importancia al magma general. Y en los últimos veinticinco años sólo encuentro tartas estrellándose contra estupefacciones, bobos resbalando en una piel de plátano y dentaduras con resorte claqueteando hasta el borde de la mesa. Al menos, ésa es la conclusión que Elsa hubiera extraído de los acontecimientos.

Durante los años 30, unos distribuidores cinematográficos españoles encargaron a un escritor de mucha fama unos guiones que iban a llamarse *Celuloides rancios*. La novedad del cine sonoro se encontraba en pleno auge y de pronto existían kilómetros inútiles de película «muda». A alguien se le ocurrió la idea de rescatar viejos dramones y doblarlos con agudezas del escritor para conseguir un efecto, sí, cómico. De este gracioso modo, *Prisionera del destino*, un despliegue de ridículo histrionismo melodramático, se volvía, con los diálogos añadidos de la banda sonora, en *Remigio tiene un litigio*. Aunque este último dato parezca superfluo, el famoso escritor que ideó el *Celuloides rancios* pasó los últimos días de vida oculto en su hogar, abandonado del éxito y de la ilusión de lo verdaderamente cómico. Se golpeaba una y otra vez, los brazos en cruz, por las paredes en la creencia de ser un ave de tamaño medio que corretea con mucha voluntad de levantar el vuelo sin lograrlo nunca; estaba convencido, además, de que le rodeaban enemigos y conjuras intrincadas. Tomemos nota los dos, tú, Lector, y yo, del penoso final de aquellos que se empeñan en doblar ficciones. *Celuloides rancios* es algo más que el cruel comentario de que hemos acabado majaretas: cierta visión de nuestro pasado cuando ya no podemos sacar de él ningún provecho. Y revoloteo entre mis ficciones con vocación de artefacto sincero, dándome con las frases en las paredes, sin levantar el vuelo, el aire cargado de electricidad por otros hechos quizá verosímiles que lanzas al espacio, Lector. Y doblas. Y yo recojo. Y devuelvo.

Algo muy diferente es acercarse a esos mismos hechos y a un análisis microscópico de cada momento. De ahí que pida perdón por mis solos sentimentales, o por tomarlos prestados: sé lo gastadas que están las palabras, los gestos, los amaneceres, los trucos. Lo gastada que está la muerte. Sólo el que la amapola comió con los muertos, de ella su melodía más imperceptible, ya nunca perderá. Yo tenía que comer una rosa y no lo hice. Por ese motivo, no por dignidad, seré siempre muerto en Elsa.

A veces llueve y otras veces el viento arrastra papeles y avisos en calles resguardadas. A veces hay apagones y las llamas tiemblan entre sombras de cortinas. Pero casi siempre, la luz cruda con polillas en su órbita malilumina callejones de adoquines gastados y esquinas romas, y la costumbre no siente el hedor a basura, ni las marcas de los muros, ni el aviso miccioso de los gatos. Uno camina porque tiene prisa y zumba y sacude el tiempo hecho pedazos.

Un botín de piel de serpiente. Uno va con prisa y no se detiene en uno de esos enormes portales de la ciudad vieja, ideados para estacionar coches de caballos y que ahora sólo guardan oscuridad y el aliento húmedo de lo malogrado. Dentro de uno de esos portales, en el claro tenue que dibuja una farola, se adivina el arranque de la escalera, fragmentos de peldaños de mármol sucio y la lenta inspección que un gato hace de un tacón de aguja. Uno, que tiene prisa, ve la escena y llega a pensar: «La tirada de ahí dentro lleva unos botines como los de Elsa». Y cuando el portal queda atrás, la cabeza se ladea un poco en un amago de regreso y uno cree que piensa: «No puede ser Elsa». Y ya ha abandonado el callejón y enfila otro cuando sus labios musitan: «No es Elsa».

Porque uno se ha endurecido, piensa, y ya no le extraña nada. Elsa estará muy pronto en pie para volver a la noria; a su propia noria, a su desastre, eso que quede bien claro. Antes del encuentro con la dibujante sadomasoquista, un episodio que en ese momento sólo evaluaba como pura anécdota, una tarde de la semana anterior había encontrado a Elsa medio tirada en un banco. Al incorporarla me dijo: «No te lo creerás, pero acabo de morirme». Y tenía los labios morados. «Son los africanos, que la pasan buenísima y hay que ir con cuidado». Esa misma noche, tras la preocupación y la alarma, y el licor y los estimulantes, ella bailaba en un sótano, ahí, justo al lado de casa, su sitio de los domingos. Y bailaba suave, corto, sin ocupar espacio, con ingenio. Así como era ella, era el ritmo. Y estaba loca. Y yo, hirviendo de rencor en la barra, no oía a través de los años las palabras de Pepito el Yeyé, cuando me hablaba sobre el Watusi y el baile, inventando o no, doblando o no ficciones. Ni vi cómo Elsa volaba hasta la empírea esfera, hasta el primer Bien y el primer Perfecto y el primer Justo, cómo desatendía el sentido en círculos vertiginosos. Yo había olvidado y sólo veía a una yonqui aún de buen ver moviendo el culo para que babeara la tropa.

Y la memoria se excusa cuando pasa el portal y cruza calles y batanea boba rutina. «Esta noche pasará lo mismo, porque siempre pasa lo mismo».

Y es a la mañana siguiente, cuando los ojos irritados se desayunan con cerveza y la mano tiembla sujeta al primer cigarro, cuando se acerca alguien, el Xavi, el Matraca, el Polen, caras que son nombres sin una vida detrás, sólo referencias. Se sientan en el taburete de al lado y te lo dicen. La muerte repentina de cualquiera es información corriente en esos tiempos, y uno adopta el estoicismo facial del que ha sobrevivido al mucho dolor y hasta puede llegar a relatar, si la mañana es propicia, que un día, hace muchos años, vio por primera vez un muerto (y hasta dos) y uno de los muertos flotaba en las aguas del puerto y...

Y te lo dicen como si no supieran que la conocías. Que habías vivido con ella como marido y mujer, y cargabas con leve dignidad los cuernos de una situación absurda que todos aquellos presuntos socios del club Amor Libre no tardaban en corromper y tergiversar en cuchicheos y alardes. Con lo sencillo que era follarse a Elsa. Que Elsa te pasase por encima.

—¿Tú conocías a la rubia esa yonqui, la de los sombreritos, la que a veces estaba ahí enfrente de cháchara con las viejas que...?

Y no escuchas.

Finges que no te importa ni el cuándo, ni el porqué, como si de hecho no hubieras sido tú el asesino, y te planteas por primera vez la necesidad de asistir a un entierro porque te obsesiona despedirte de ella, explicarte.

Se supone, desconozco el motivo, que al relatar un entierro lo primero es dar cuenta del tiempo atmosférico. No me acuerdo, la verdad. Sé que no llovía, porque sólo pensaba en lluvia, mientras ascendía mi antigua montaña. En los días de tormenta (como el día del Watusi) siempre corría la voz de que los torrentes precipitaban a la fosa común las chabolas de la Ciudad Sin Ley. Al día siguiente, las chabolas seguían ahí, junto al precipicio, en su sitio. O todo era mentira y los vivos nunca se habían confundido con los muertos, o para burlar las leyes de desalojo, esa misma noche se habían reconstruido las chabolas que el fango y el agua habían derribado durante el día. Al llegar al cementerio, recorrí las calles de nichos, algunos con flores, otros con los nombres y las fechas borrados, en la creencia de que me paseaba con Pepito el Yeyé, esta vez sí, bajo la lluvia, por los pasillos de las casetas de los baños. Al doblar una de las calles, reconocí las caras envejecidas del antiguo mago y de su ayudante, los padres de Elsa, en compañía de cinco o seis personas. Vi a los enterradores ejerciendo su oficio y cómo me miraba un muchacho con un lejano parecido a la difunta. No me dio tiempo ni a sorprenderme cuando casi todo el grupo echó a correr en mi dirección, el puño en alto, emitiendo la inequívoca voz «¡Hijo de puta!».

Mi reacción fue la huida. Serpenteé sin mucha reflexión por calles floridas con

retratos y por calles desnudas de nichos con nombres borrosos hasta llegar a la zona de las tumbas y los mausoleos para sorprenderme, un desahogo en la carrera, al leer de pasada:

Anita Codina (1878-1922)  
Inventora del Corte Rápido Codina

Y mientras los gritos y las carreras se acercaban pensé en que Anita Codina había vivido mucho más que Elsa Basora (1962-1984. Inventora del personaje Scott). Llegué a los góticos panteones, a los ángeles y arcángeles de mármol, convenciéndome poco a poco de la necesidad reparadora de ser culpado y masacrado por una familia vengativa. Ya no podía más y me detuve jadeando. Apoyado en un muro de la eterna vivienda jónica de la familia Caliu-Germanor, me sorprendí de que, al alcanzarme mis perseguidores, el indudable hermano de Elsa gritara:

—¡Espera, papá! ¡Que no es éste! —mientras Pol, antiguo mago, luego vendedor de pisos y ahora especulador inmobiliario, me cogía de las solapas y me atizaba sin que yo ofreciese resistencia.

Yo no era yo.

—¿Tú quién eres? —me preguntaron.

—Un amigo de Elsa. Fernando...

—¿Y por qué corrías?

—El dolor es muy extraño.

Como el dolor es, en efecto, muy extraño, se deshicieron en excusas y hasta me besaron, mientras me acompañaban al nicho que iba a guardar los restos de Elsa. Yo me ajustaba al paso de los que me abrazaban y no dejaban de pedirme perdón, y mi zarandeada cabeza se entretenía en dos pensamientos. El primero era la incomodidad de que un llorón como yo no consiguiese verter una lágrima. El segundo deducía que, por un momento y toda una carrera, había sido confundido con el llamado Picassín 2, yonqui y ladrón, marido oficial de la difunta mediante boda de conveniencia. Allí, en el cementerio, perdidos entre callejones y claros fúnebres, no llegábamos nunca al emplazamiento del nicho. Por eso aún tuve tiempo de explicarles que había trabajado con Elsa en una agencia de viajes que abandoné al poco de que ella se fuera. No, no sabía nada de sus hábitos de vida, de la atrocidad de los tiempos. Quise dar la impresión de ser un discreto enamorado en la distancia.

Llegamos por fin y los enterradores siguieron con su trabajo. Ya he dicho que los dolientes eran cinco o seis y ni se hablaban entre ellos. La madre, mucho menos gorda y fea, menos loro, ésa es la verdad, de como Elsa la había descrito en sus referencias llenas de rencor, escondía la pena tras unas enormes gafas de sol y la cabeza entre los hombros de un anciano, el abuelo gallego, protagonista de un par de relatos de Elsa. Los golpes sucesivos de la noticia y la evidencia de la muerte de su nieta parecían haber asestado la estocada final y aquel hombre ya no se iba a alejar

mucho del presagio fúnebre. Me fui sin despedirme. Mis dedos frotaban una brizna de cemento fresco, y yo pensaba que esa historia, la de su propio entierro, hubiera hecho las delicias de Elsa, era digna de ella. Y de vuelta a casa, le fui contando, en una versión algo suavizada, el malentendido y la persecución, el dolor verdadero que había visto.

Elsa aún tardaría un poco en morirse de verdad, porque Fernando Atienza, sujeto del que era prudente desconfiar, no era el único que guardaba su memoria. Volví al cementerio al día siguiente y no pude acercarme a la tumba porque su abuelo, con una mano apoyada en el mármol y la vista clavada en el suelo, pronunciaba letanías con voz tenue. Mientras esperaba que el viejo se marchase, se me ocurrió una idea macabra. Recordé que vivía con la identidad de un fallecido. El hombre que falsificó mis papeles, el Exacto, compañero de la pensión que fue mi escondite entre los años 77 y 79, me había dicho: «Como te cojan y hables ya sabes lo que te puede pasar. Los nombres los cogemos del acta de defunción de los niños muertos. Eso quiere decir que hay gente seria que tiene que ver en el asunto...». Y tan seria. Fui hasta la entrada y pregunté por mi tumba, que resultó ser un nicho con una lápida que parecía nueva, adornada con flores frescas, después de tanto tiempo:

Fernando Ruiz McDonald  
(1955-1962)  
«Un angelito más»

Los muertos protegen a los muertos. Ella podía seguir contándole a ese angelito los antiguos males con manos de niña; porque la queja ya no aprende y no escucho. Camino por las terrazas vacías de Miramar sin ser nadie. Elsa parece una gota que tiembla en el fleco de un toldo una mañana sin lluvia. Y deja de parecerlo.

Ahí, encima del escenario, gira el cantante que no canta, y ahoga un grito, se pasma y finge trances en un ensayo lascivo de perforar las tablas: pantalón alto gris y suéter gris más oscuro anegados en la luz de colores que un sabio proyecta desde el fondo del recinto: azules de cielo americano, verdes y rojos de carrocerías apiladas en lejanos cementerios de automóviles. El cantante que no canta farfulla de este modo:

—*Je suis la chanson française! Je suis un connaisseur! Je suis la gauche divine! Je suis un cascacouilles! À present, c'est l'heure des cuirasseurs! Colló de mico. Über alles, Romerales. Weltanschauung, chauung, chauung. Honk, honk, saratoga, whroom, whroom, de menta. ¡Demente! Mucha adicción, todo el contagio krash, krash, se ha roto, braka, braka. Perdido. ¡Es un virus! ¡Es un virus!*

A ese pobre muchacho le escoltan un individuo que pulsa y programa el sintetizador, otro que rasga la guitarra, un animoso tercero que golpea una cazuela electrónica (o synare) y la típica gorda del saxo. Sobre sus compañeros se desliza también el fulgor que ahora compone una ampliación de Norman Rockwell, una familia alegre hasta lo inquietante, alabeada por los relieves humanos rojo Coca-Cola y azul y blanco Pan-Am. Torsos y cabezas se asoman a la baranda del piso superior como carroñeros en espera de un tránsito inminente. Frente al grupo, y un metro por debajo, cabezas atentas y menos atentas, bocas que lanzan columnas de humo y emanaciones de indiferencia entre la neblina y el matizado aroma de hachís y cuerpos almacenados. Un sitio de ambiente industrial: bidones, vigas desnudas, obra vista, inexplicable afición de la época por el sector secundario; dura nostalgia de la fábrica y del trabajador: millones de botas avanzan al paso, martillos pilones, maquinaria. El cantante que no canta, según va pensando si todo eso habrá de reportarle beneficio un día, improvisa sobre un ritmo machacón al que el grupo ha llegado entre gargantas cortadas a pico por la incapacidad tras unos devaneos con el estrépito:

—¡Talleres Bermúdez! Skrak-bump-krak. ¡Talleres Bermúdez! Escuela industrial, tum-tum. ¡Viva la basura! ¡Viva el paludismo! Kachung-kachung. Braka-braka-braka. ¡Talleres Bermúdez! ¿Y usted quién es? ¡Yo soy Bermúdez!

Y suena el saxofón como la agonía de una rata, mientras descubro que ese hombre sobre el escenario miente. Él no es Bermúdez, sino Atienza. Yo soy el cantante que no canta del grupo AvantPop.

KGB 14 de abril de 1987

**W** AvantPop presenta:  
Dadaesmipapa

Dadaesmipapa. Brillante. Incluir la W, cómo no, ha sido idea mía. Y mi sutil trabajo me costó seducir a nuestro ideólogo, Martí Oliver, para que incluyese la inicial en el lote estético durante los preparativos de este magno concierto, animado

por la presencia de las cámaras del canal autonómico, fotografiado para los periódicos locales, y registrado en ácidas crónicas por individuos que se achispan en la barra. En esos mismos preparativos, a lo largo de una serie de actuaciones en bares minúsculos, me empeñé en que Martí Oliver recordara la antigua profusión de W en los muros de nuestra ciudad pese a su total ausencia de significado.

—Como aquello de «*Kilroy was here*» de los americanos en la guerra —me dijo con su acostumbrado tono frío y medido, vehículo de una famosa inteligencia—: Ya había pensado en algo así. Pero la W significa algo, por supuesto. ¿Tú sabes qué significa la W? —Y antes de que pudiera mentirle dijo—: Es nuestro *aleph*, nuestro punto de fuga. O a lo mejor la pizarra en blanco donde escribimos nuestro deseo. Nuestro deseo es una inexplicable W, por eso resulta un deseo insatisfecho. Un equilibrio entre el cielo y el infierno. El anhelo de simetría, de no estar solos, de repetir el placer, expresado con una letra doble.

—No se te escapa una, Martí.

Martí Oliver afirmaba conocerme desde mis días más antiguos de la plaza Real; alguna vez vio con un punto socarrón en los ojos cómo me sentaba entre desconocidos para pronunciar un discurso no solicitado. Cuando me abordó a finales del 86 en una de las discotecas de moda, al tiempo que daba por sentado mi alegría por unirme a él en un diálogo cualquiera, se empeñó en actualizar su dudoso expediente sobre mi vida preguntándome de forma nada original a qué me dedicaba.

No era una pregunta tan mala. ¿A qué me dediqué yo durante los dos años y medio que sucedieron a la muerte de Elsa?

Primero fue rastrear huellas de memoria en un piso vacío: carteles desprendidos de la pared, inclinados los vértices superiores en una reverencia humillante, ya sin misión en este mundo; una pulsera o una camiseta que criaba polvo bajo la cama desde hacía años; la funda de un disco con su firma. También detallé en los bares cercanos fugas y desapariciones de los otros por muerte o cambio de costumbres; y esos nuevos hábitos, según pude entender, eran una demolición frívola, por dinero y apariencia, de una bagatela más antigua, indiferentes todos por la Nada que asumían, sin ese compromiso furioso de Elsa con la Nada. Y así Elsa se fue volviendo símbolo, vaguedad, duda, destino, culpa... Ella me susurraba desde algún lugar que fue la intuición viviente (y mortal) de un estado de cosas. Por ello era necesario que me relajase: al trivializar la existencia, se nivelaba el horror. Me habló una vez en la playa, me enseñó dónde acaba por fin la noche, en aquel amanecer de los cubos de basura que fueron naves intergalácticas, y me susurró, cantándome sin sentido, que no había que llamarle oscuro, que no era más que una esfera en el aguamarina. ¿Siguió un sosiego razonable a esa epifanía no muy lúcida? Hubo que esperar. Y esperé tardes y noches absorto en el atónito estudio de mi degradada ingeniería anatómica; una corrupción nada sublime de las vísceras que preguntan a chillidos

sobre la ausencia de abuso, y lo reclaman, y son satisfechas cuando hay algo de dinero. Vuelves a casa, duermes, despiertas, tanteas la cama en busca de tu compañera nocturna, aunque sabes que desde hace mucho no existe ni un fingimiento de sexo que no sea contigo mismo en ridículo monólogo. «Sé tu propio héroe», decían. Pues ya estaba... Te asomas a la ventana temblando y descubres en el duro gradiente de sol y sombra de la primera mañana a las viejas con las que Elsa solía hablar. Las viejas están robando unos zapatos de charol a un travestí yonqui que balbucea «Háblame del mar, marinero», mientras severos urbanistas en chaqueta burdeos estudian el ámbito con planos bajo el brazo y lentos camareros montan las terrazas. Una de esas tardes, bajo las palmeras de la plaza en obras, volví a ver a Toni Tortosa, el alocado individuo que se presentaba unas veces como agente y, otras, más tarde ya en la noche, como artista de artistas. Gran desparpajo, mucha moto, invitaciones mil, que no falte de nada... Tortosa había visto alguno de los guiones de tebeos que yo había escrito para los dibujantes del antiguo *underground* y deseaba que ahora escribiera historias eróticas para él. Ya le había dicho una vez que no, pero ahora insistía, mientras visitábamos los estudios de dibujantes que aplazaban la entrega de sus páginas hasta última hora, divagaban sobre el parecido entre *Las joyas de la Castafiore* y *La regla del juego* y aceptaban educadamente cualquier aperitivo narcótico que apareciera bajo sus narices. Entretanto, Tortosa me decía que podía ganar algo de dinero; él se encargaría de que me llegase de forma periódica. Los mismos dibujantes que ahora inhalaban su cocaína podían avalar la solidez de sus relaciones. Éstas iban más allá del mundo editorial español, se abrían en redes de agencias internacionales, reptaban bajo leyes arancelarias y fiscales, regateaban códigos secretos de prestigio y fama, saltaban cuando convenía a otros ámbitos culturales: no en vano Tortosa había producido en los setenta cortos pornográficos (cuando ésa era una actividad artística, al parecer), libros de fotografía algo pornográficos también (y también artísticos), obras en facetas del arte contemporáneo, quizá no muy valoradas, pero sin duda rentables. Toni Tortosa era un tipo legal, con biografía, y su sola palabra servía para cerrar un trato.

Ése fue el modo en que fui tentado para escribir la historia de la aparente violación y asesinato de la hija de un jerarca de barrio por un asesino a sueldo que es, además, un gran bailarín y un místico peculiar, y todo acaba resultando una farsa para eliminar al bailaor-matarife. Luego relaté el delirante ascenso social, a través de la excelencia erótica, de una pueblerina que utiliza de modo endiabrado el fuego de su cuerpo. La tercera historia contaba la desesperación, enmascarada de alegría, de otra chica que se entrega a cualquiera en busca de quimeras que levanta una imaginación demasiado desbocada, un alma herida y un espíritu vigoroso, pero volátil, y de la mano de los opiáceos va más allá de los hombres y el semen, hacia las esferas marinas, a la nostalgia de las branquias. Tortosa me dijo al poco que había vendido



mis torpes renovaciones biográficas a extrañas editoriales de Canadá, Brasil y Hong-Kong. Que no esperase verlas impresas nunca, porque esas editoriales podían revenderlas a su vez en el inmenso mercado de ficción pulp. Pero así, del modo más raro, imprevisto (y en metálico) llegó algo de seguridad económica y otra oferta: ocupar el antiguo apartamento de soltero de mi nuevo jefe en la zona alta, una calle lateral a la sombra de los suntuosos bloques amarillos de Balmes, dominada por clubes de alterne, pequeños comercios en decadencia y nuevas y prósperas oficinas. De noche, la intermitencia azul y escarlata de los neones, el paso de un vestido brillante, seguido por un tipo acosado, la llegada de un lento vehículo, le daban al enclave tintes de ensueño. Toni Tortosa me advirtió que, si su extravagante y siempre oculta gestión empresarial daba resultado, muy pronto iba a ligar un contacto con el grupo editorial japonés Yamamoto Inc. para escribir una larga serie cuya acción culminaría en Barcelona. En Japón, los tebeos eran una industria muy poderosa, y sus editores se interesaban además en otros campos empresariales. Si se concedían las olimpiadas a nuestra ciudad, Yamamoto Inc. deseaba que desde unos años antes, y gracias a los tebeos, la ciudad adquiriera un halo de leyenda para los hijos del Sol Naciente, grandes consumidores de ese medio de expresión y también grandes turistas. Allá en Japón, los guionistas de «manga», como le oí decir, necesitaban historias originales sobre las que elaborar sus argumentos y la colaboración de alguien imaginativo. Si Tortosa firmaba el contrato, nos aseguraríamos una vida regalada hasta la cita olímpica del 92.

Por fin abandonaba la tristeza de unos nuevos años fracasados; aunque estaba convencido de haber perdido mucho más esta vez que en las lejanas piruetas financieras y políticas de los que, o erraba mucho, o ya no eran poderosos, aunque no hubiesen dejado de ser idénticos a sí mismos, y alguno, y me refiero a Ballesta, fuese influyente y peligroso. Todos menos sagaces en su mutación que el antiguo falangista cuya voz iba a elevarse muy pronto una octava sobre sus habituales tonos gélidos para anunciar «¡Barsalona!» a un auditorio entusiasta donde el borbón se abrazaba al antiguo marxista radical, cumplidos los sueños de la nueva plutocracia, y de la antigua, y de su eterna simbiosis proyectada hacia el futuro.

Pero me engaño. En esa época evitaba los balances. Aún joven, carecía de ese impulso molesto que lleva a situar en perspectiva los hechos de una vida para llegar a la inefable conclusión de que uno ha sido siempre el mayor de los idiotas. Durante un tiempo se me ofrecía la ocasión de mirar el mundo sin cuidado y el mundo iba a ser como yo lo viera. Sobre todo, así, descuidado.

En mis nuevos treinta metros cuadrados (y diez de terraza) pensaba a veces en los fantasmas de mi vida, y no podía distinguir con claridad su condición de vivos o muertos. Cada cierto tiempo, realizaba una llamada muda a mi madre. La señal de supervivencia se había convertido en una de esas rarezas que da un cariz singular a

las familias desgraciadas. Aunque mi madre, que en su afán por la mejora no llegaba a distinguir la malicia que es explicarle a un interlocutor mudo cómo va vestida, o que la gimnasia después de trabajar la mata, pero ayuda a mantener un aspecto juvenil, publicaba de los suyos la felicidad absoluta, su concepto granítico de bienestar: la segura celebración de unas olimpiadas en Barcelona potenciaba el grado de jerarquía en su empresa cosmética; mis hermanos crecían de modo admirable; Carmelo estaba a punto de jubilarse; habían vendido el chalet de «el terreno» y esa venta, y unos ahorros, habían propiciado la compra de la casa que ahora habitaban (cerca de la mía, por cierto). Suculencias gastronómicas, audacias viajeras, benigna alteración de las costumbres. Sí, habían combatido contra las murallas burocráticas de la compañía telefónica para mantener el mismo número y que yo pudiera seguir en contacto con ellos, aunque fuese de ese modo tan extraño. Sí, iban a adoptar a una niña colombiana. Sí, estaban a punto de viajar a ese país. Sí, yo hacía mucho que había salido «excedente de cupo» en el sorteo para el servicio militar, pero ella no me había contado nada, porque se imaginaba que ya lo sabía, y si no lo sabía, ése era el modo de hacerme volver a casa de no ser del todo el imbécil odioso que, efectivamente, parecía ser. Sí, me echaban de menos, aunque no lo creyera. Que dónde estaba. Que qué me había hecho ella, que me había entregado la vida entera y...

Antes de que estallase el drama, uno de los dos colgaba y yo seguía ofreciendo mis divagaciones a lo inmaterial. Por eso coleccionaba en un álbum de tapas azules fotografías y recortes que encontraba en antiguas revistas para fans del cantante Scott Walker. Y me atrevía a hablar sólo en la terraza y a decir, mientras me desprendía pegamento seco de las yemas de los dedos, y en el aire flotaban esporas de polución y de recuerdos cada vez más inútiles:

—Mira, Elsa, tenías razón. Scott Walker se llama en realidad Noel Scott Engel y nació en Hamilton, Ohio, el nueve de enero de 1944. Antes de formar los Walker Brothers, tocó el bajo en dos *hits* americanos, «Let's go», de los Routers, y «Wipe Out», de los Surfaris. Mira este recorte del año 66: «¡Atención, fans! ¡Scott Engel entra en un convento!». Pero no te preocupes, Elsa. Después, uno sigue leyendo y se entera de que Scott sólo va al convento para alejarse un tiempo del mundanal ruido. Y mira lo que dicen de él aquí: «Es odioso y caprichoso, sigue siendo guapo y tiene muchísima imagen. Sólo por eso puedo perdonarle cualquier cosa». ¿Qué te parece? Y en 1983, sin que nosotros nos enteráramos, salió un nuevo álbum del ídolo, *Climate of Hunter*. No me digas qué significa el título, porque eso sería saber demasiado. Porque recuerdo que alguien me dijo una vez: «Hay muchas cosas que no quiero saber: la sabiduría pone límites al conocimiento», y a veces me pregunto si el conocimiento no serán las historias que urde nuestra ignorancia para salvarla, que la luz, lo radiante, está en los recodos de las ficciones sin un final calculado, las viñetas

sin sentido que vienen a la mente cuando bailo contigo, o imagino una de nuestras aventuras en escenarios formidables. O en pistas vacías, Elsa.

Y una addenda muy sabrosa en la colección sobre Scott, aunque todavía no deseaba contarle nada a Elsa, y por eso la hacía desaparecer cuando llegaba el momento de revisarla, eran los breves en las páginas de sucesos, donde un personaje extranjero se volvió sospechoso de una cadena de crímenes infligidos a drogadictas y prostitutas. Según la declaración de algunos testigos, las víctimas conocían al asesino en las barras americanas del final de las Ramblas, le acompañaban de buena fe, y él las mataba, ahogándolas al final del Rompeolas. Todos coincidían en que el asesino, que se hacía llamar Scott, era un perturbado muy peligroso, y que ya había actuado en otras ciudades, Vigo, Marsella, Génova... Los bares de alterne de las Ramblas, del Barrio Chino y los alrededores de la plaza Real quedaron desiertos ante la amenaza de Scott. Afortunadamente, unos meses después, cuando ya no quedaba ni sombra de prostitución ni de tráfico de estupefacientes en aquella zona, las fuerzas del orden lograron acorralar a Scott en el Rompeolas, cuando estaba a punto de cometer un nuevo crimen. Scott, desesperado, se lanzó al mar y desapareció en las aguas. Por lo visto, el tipo se llamaba Waldemar Wajda y era un marino mercante polaco con antecedentes en su país. Desde luego, Lector, en ese momento hubiera podido imaginarlo todo; sin embargo, la insensatez no me procuró otro sentimiento que un vago orgullo. Tenía la convicción de que ese personaje lo había creado Elsa a través de sus soñadoras admiraciones y, quizá, el apoyo de mi relato del día del Watusi. ¿Era posible que un personaje así se convirtiera en una leyenda urbana entre los yonquis, y que la policía hubiese utilizado esa fama para crear una psicosis, porque putas muertas siempre iba a haber, y más en tiempos de sobredosis fulminantes? Ése era el modo en que se despejaba el casco antiguo de elementos indeseables para dotarlo de un aspecto digno en el caso de que la organización de las olimpiadas del 92 recayera en la ciudad.

Porque todo el mundo vivía pendiente de ese día mágico, el de la proclamación olímpica. Ni Toni Tortosa, ni mi madre, ni el comercio, ni los arquitectos, ni los constructores, ni los antiguos rebeldes, ni los nuevos sátrapas, ni los miserables, nadie iba a quedar al margen de la nueva prosperidad. Y ese día llegó en el otoño del 86, el antiguo falangista gritó «¡Barsalona!» y los periódicos salieron a la calle en edición especial con una euforia informativa inédita desde la guerra de Cuba. Entre bocinazos y cohetes, una sinfonía concreta de júbilo civil, me acerqué con Toni Tortosa y dos amigas suyas a la montaña de mi infancia para ver si nos colábamos en una fiesta donde mi jefe podría demostrar por fin la influencia de la que había alardeado al anunciarse como pionero de la publicidad moderna, del diseño moderno, de la fotografía moderna, del cine moderno, de la música moderna y, cómo no, de la moda moderna. Sin embargo, una vez allí, ese prestigio se desvaneció en miradas de

superioridad y vaga tolerancia dirigidas a su persona, cuando no en muecas que traían sedimento de resaca y antigua flaqueza. No nos dejaron entrar en la dichosa fiesta, claro. Sin embargo, estupefacto ante la parranda pública, las voces y los saltos de la misma multitud que hacía nada eran retórica de motín ante el referéndum de la OTAN, y ahora, y quizá siempre, sólo lealtad a la muchedumbre, a no ser nadie, aquel viernes de octubre, bajo bóvedas de pirotecnia, frente a los aros olímpicos encendidos, todos mis años irrumpieron como oleadas de calor entre aquellos benditos y recordé que hubo un tiempo en que me poseía la sensación de que la Historia caminaba conmigo, de que la ciudad, o el país, o el Estado, tenían mi edad. Ahora ese sentimiento me abandonaba, y la separación se hizo molesta cuando entendí que esa quiebra se había llevado a cabo en la plaza Real. Había vuelto por fin del otro lado del espejo, pero todo me seguía pareciendo absurdo. Y áspero, además. A partir de esa jarana quise recomponer mi espíritu para la defensa o el ataque, instruirme sobre lo que de verdad había pasado con el mundo mientras me dedicaba a cantar con muertos en el idioma imposible. La gente, ante el dilema que ofrecía la propaganda de contar votos manipulados, o de cortar cabezas o, como mínimo, libretas de ahorro, elegía sin duda lo primero; que lo posible se hiciera probable y acabase en lo inevitable. Era nítida la preferencia de ser ciudadano ciego en un país imbécil en lugar de posible mártir o mendigo en un país dramático. De ahí deducía que la defensa y el ataque, los márgenes de la supervivencia, pasaban por olvidarme con sencillez de la existencia de un espíritu.

Estaba preparado para hacer lo mismo que los demás. Por lo tanto, no hay superioridad moral cuando uno ve en una pantalla gigante bajo fuentes monumentales un vídeo filisteo de una ciudad ideal entre la suelta de globos y palomas, y ejecutivos de medio pelo y pelo en tero agitan catálogos y presupuestos como si fueran también la bandera estrellada de la patria invisible, y otros negociantes se agachan a coger los tickets de consumición de un frankfurt para engrosar las futuras cuentas de gastos abiertas ya como agujeros de carcoma en las empresas asociadas a la Empresa Superior, las olimpiadas, un destino colectivo entre saltos nada gimnásticos de la masa para una ciudad que ni siquiera acaba de redondear sobre su pasado una mentira coherente.

Y en otras fiestas, para las que no hacía falta invitación rigurosa, descubro a antiguos pobladores de la plaza Real con el pelo más corto, con traje, camisas y corbatas de marca que muy pronto van a formar parte de mi vocabulario sin el ingenuo aire de leyenda, ni ese aislamiento de la Idea, de lo Bello, de lo Inefable, con que Elsa las pronunciaba. Aquellos progres, de haberme visto sólo un año antes, hubieran negado cualquier conocimiento de mi persona; pero ahora, después de alzar una ceja inmediata al descubrirme, la otra no duda en acompañarle hasta la calva incipiente con un ascenso más lento de reconocimiento. ¿Picassín está vivo? Y no

sólo eso. ¿Picassín ya no pasa anfetás? ¿Picassín se lo ha montado? ¡Hola, Picassín! Toma mi mano saludadora. Pero no te acerques mucho si tienes aún la manía de la verborrea y de la falta de sobriedad con que acompañabas el elogio de lo que no habías hecho del modo más absurdo que pueda imaginar mi decente y racional educación. Alardes de tu Nada. Si esa Nada es aún tu industria y estás aquí, entre los escogidos, por mera casualidad o un descuido del portero, aléjate.

Y oigo cómo Toni Tortosa, contraviniendo sus propios consejos, que proclaman ser discreto ante el negocio que muy pronto firmará con los japoneses, se elogia a sí mismo y su óptima gestión ante un individuo alto y rubio que no le hace ni caso. Y cuando por fin el rubio se libra de la fanfarronería impotente de mi mecenas, y pasa por mi lado, caigo en la cuenta de que su rostro no me es desconocido:

—¿Quién es ése? —le pregunto a Tortosa.

—Campanero.

—¿Campanero a tus campanas? —yo hablo así en esa época.

Y Tortosa me explica que trabajó con Campanero durante los setenta en el campo de la publicidad. Que es uno de los muchachos más trabajadores que ha conocido, un talento lleno de ideas. Por lo menos, era así hasta que se le echó encima la arpía que hoy es su señora. Desde entonces, trasladado a la capital de España, sólo se ocupa en medrar.

—La nena sólo tenía una idea, pero ¡vaya idea! Tina Alarcón se llama. Era modelo, y ahora es jefa de una agencia de publicidad, mientras él es socio de una empresa de relaciones públicas. Ya sabes, nen, campañas globales de comunicación, imagen corporativa, actuaciones de lobby, publicidad electoral... El nivelazo máximo. Se dedica a eso y a hacerle el salto a su mujer. Por lo visto, cuando está en Madrid, no le deja ni respirar.

Y el marido de Tina, en la promiscuidad festiva de poderosos, aspirantes y lampantes, habla con una rubia en el mismo recodo de la barra del piso superior de la discoteca de moda donde un mes después yo le voy a contar a Martí Oliver que con la ayuda del efervescente Tortosa me dedico a facilitar historias a los guionistas de tebeos japoneses.

Antes de que me pusiera manos a la obra en mi nueva y curiosa tarea, Tortosa me explicó las preferencias niponas en materia de tebeos. En su particular jerga, Tortosa habló de rollo duro, de que los japoneses gustan de una realidad exagerada. Que les iba mucho la telepatía, dijo también. Y los mundos paralelos. Y Gaudí. Y, sobretodo, insistió en lo que él, con dientes apretados, llamaba «las nenas». Las falditas cortas, las braguitas asomando y el chupachups lamido con toda la lengua. Me sugirió que introdujese elementos de la cultura popular de los Estados Unidos, «puñeta americana, nen», ya que éste era el segundo mercado más importante del manga. Mi obligación era escribir la sinopsis de ochenta futuras entregas, y que a partir de ella

los japoneses me dieran un adelanto para sentarme a escribir. Tortosa recibiría sólo un pequeño porcentaje. Para él aquello era una misión altruista, un conocer gente amena.

Con esos materiales de partida, tan bien definidos por el que, sin sarcasmo, yo llamaba por entonces mi jefe, me puse manos a la obra:

*El Guardián del Límite.*

Así fue como titulé el proyecto, que contra lo que el Lector haya podido oír, es de mi única y absoluta creación. En su argumento original, *El Guardián del Límite* empieza relatando las peripecias de Elsita, una chica de Arizona que pierde a su familia tras el ataque de unos Ángeles del Infierno. Es entonces cuando empieza a vagar por el mundo y descubre que éste es distinto a como lo había imaginado y, por supuesto, hostil, de pesadilla, postnuclear. Todo aquel que se cruza en su camino utiliza una extraña jerga deportiva o política o ambas. En su deambular a través de los cinco continentes de burdel en burdel, lugares a los que la indefensa chiquilla va siempre a parar sin otro fin de que los tortosas japoneses aprieten la dentadura, Elsita descubre que existe la posibilidad de cruzar a un mundo paralelo y mejor, y que el paso hacia esa nueva vida se encuentra en la ciudad de Barcelona, localidad mediterránea diseñada completamente por el arquitecto Gaudí. Es allí, en efecto, donde se halla el Límite para cruzar al otro mundo. Ese mundo paralelo es suave, en todos los parajes susurra una brisa musical, es el lugar donde TODOS tienen la edad del Tiempo, caminan a su Ritmo. Pero ese TODOS, de momento, es NINGUNO, porque el paso hacia el nuevo mundo está bloqueado por MATWAN, el Guardián del Límite. Contra el poder de MATWAN combate la Tropa Shingalín, compuesta por adolescentes como Elsita que han llegado hasta la ciudad de Barcelona en busca de una nueva vida, del Tiempo y del Ritmo. Todos los shingalines comparten una peculiaridad: hablan un extraño idioma que no es lógico-referencial, sino simbólico e imaginativo, un lenguaje que va más allá de la psicología, liberado de la razón, adherido al mito y a un ritual libre. Un idioma en el que la palabra de una canción que todos conocen significa de modo inmediato, mágico, un paisaje idílico o sólo un esbozo de emoción. La segunda palabra de esa canción llena el paisaje con un relato. Pero la tercera palabra estropea el conjunto. Si, por ejemplo, un shingalín dice «Jamin'», el resto entiende: «Sólo en el silencio del baile se puede construir la lluvia». Si añade «Whithyou» (que aquí funciona como una sola palabra) todos comprenden que deben ayudar al segundo Guardián del Límite que combate a MATWAN. Ese otro guardián es WATMAN.

En ese momento se desplaza el protagonismo de la historia y WATMAN focaliza la acción. WATMAN ni siquiera habla el idioma shingalín. Ni siquiera habla, en realidad, porque se comunica en un dialecto shingalín perfecto. Ha mejorado tanto su expresión que todo lo dice bailando: «Allí donde es lógica es ritmo», expresa con el movimiento de su cuerpo: «Allí donde es metafísica es melodía. Allí donde es

conocimiento es actitud». WATMAN, por supuesto, busca la alegría, pero está atormentado por MATWAN, su doble del otro lado. WATMAN advierte la presencia de MATWAN, quien proyecta su tiniebla allí donde el otro quiere ser radiante. MATWAN, el que domina todos los lenguajes de dominio y sumisión, de vacío. MATWAN, el que construye paranoias y conjuras con palabras vanas.

WATMAN, junto con los shingalines, deberá hacer incursiones en el otro lado del Límite, un lugar que también habla su propio idioma, que casi siempre es el idioma del Doble. WATMAN, junto con los shingalines, deberá ganar el territorio del Nuevo País canción a canción, entablado enfrentamientos coreográfico-filosófico-violentos con sus dobles.

Al final, el bien, lo radiante, triunfa. Se ocupa el nuevo territorio. Suena la música y un mundo renovado sigue su ritmo.

—Ésta es una historia de mucho flipar, *nen*. Demasiado profundo, *nen*. No les va a gustar nada, *nen* —me dijo Tortosa después de leer, moviendo mucho los labios, la sinopsis que le presenté.

Y al cabo de un mes, cuando llegó el visto bueno de Yamamoto Inc.:

—Es genial, *nen*. Les ha gustado, *nen* —me dijo Tortosa.

Así fue como recibí el primero de los talones que me iban a permitir llevar una vida más o menos decente hasta el año 92.

—¿Y qué haces ahora?

Ésa fue la sencilla pregunta de Martí Oliver que desató el recuerdo. A él sólo le dije lo de los tebeos japoneses. Contra todo pronóstico, consideró el empleo sofisticado y gracioso. Fue entonces cuando me recordó lo mal que disimulaba vendiendo anfetaminas en su bar preferido, y cómo, por la noche, ya en la plaza Real, no le extrañaba nada verme haciendo de nervioso payaso fluorescente. Me dijo que mis peroratas, aquellas historias sin sentido, tenían algo magnético. Aunque también me dijo:

—Una tontería delicada, sí, señor —y no supe muy bien a qué se refería.

Por su manera de saltar de recuerdo en recuerdo con prudencia, deduje que Martí callaba algo poco honorable sobre mí. Ninguna importancia: yo sólo pensaba en que gracias a esa sucesión de fáciles encuentros en barras de diseño podía acabar capitalizando los años perdidos en la plaza Real. Cierta euforia propiciaba planes que en otro tiempo se antojaban delirantes: muchos compartían la misma sensación de pérdida y ensayaban ganarse la vida con excentricidades que hasta ahora eran patrimonio de tronados que acaban sus días como pasto visual de risueños imbéciles en un garito con eco de bohemia. Y los viajes a Nueva York para tocar las piedras negras del imperio y volver y contarlos. Y la mención en satinada revista extranjera con o sin prestigio que aquí, en la colonia, confirma un talento a los que no tienen otro juicio, y ése les basta, que la fugaz mención foránea.

Martí Oliver, cuando no se daba al concepto, presentaba el habla sosegada y elíptica de quien ha visto mucho mundo, aunque ningún indicio respaldase esa actitud: ni sus estudiadas líneas de diálogo, ni su apariencia, algo demacrada, pero indiferente a una evidencia física de esfuerzo por la redención. Se presentó como músico. Los Persuasores. No había que añadir ni una palabra más. ¿Quién no conocía a Los Persuasores? Pues Fernando Atienza, el mentiroso, sin ir más lejos. Aquellos nombres de grupos que habían surgido en tromba al derrumbarse los diques del aburrimiento eran ahora charcos petrificados por el abandono, la enfermedad o el éxito.

Para explayarse un poco más sobre su importante biografía y la necesidad de que me uniera a la nueva formación (y no en calidad de bajista, circunstancia que me sorprendió), quedamos al cabo de unos días en su local de ensayo, una mazmorra turca guardada por candados en el pasillo de una antigua fábrica donde, en otros cubículos, toda clase de jóvenes se esforzaban en domar las armonías que lanzaban amplificadas a los irritados tímpanos del destino. Martí me dijo que me sentara tras los altavoces y las fundas de instrumentos, y después de conectar la guitarra empezó a cantar:

Niños bien educados  
Saquean puestos de helados  
Y no lo veo  
Hace tiempo que no veo  
Caras manchadas disparan  
Flechas a las manzanas  
No lo veo  
Hace tiempo que no veo  
A gordos tras autobuses  
vagabundos en los cruces  
Sigo sin verlo  
Por la mañana sale el sol  
Y músicos de rocanrol  
Caen al fin de la noche  
Se estrellan ciegos en coche  
No lo veo  
Amanece y tiritó  
La tierra huele a grafito  
Pero no la veo  
Me auparon  
Y me soltaron  
Chaval, el dinero  
Estoy sin monedero  
Porque no veo

Me dedicó una sonrisa al terminar la canción para confesarme, mientras yo pensaba en lo difícil que es reconocer el talento en un individuo de esa arrogancia: «Hasta los veinte años, no hablaba. Le decía las cosas a la gente así, cantando. Y eso se tiene que notar ¿no? Seguro que ésos de ahí al lado hablaban por los codos». La



canción, un medio tempo que parecía burlarse del contenido dramático de la letra, me recordaba algo próximo que sin embargo era incapaz de reconocer más allá de lo obvio. Una buena melodía, la facilidad para tocar y acompañarse como si la guitarra y la voz y la persona formaran parte de una esencia oculta que se asomase al aire con cierta timidez sólo en el momento de ser interpretada.

En un bar próximo a los locales de ensayo, Martí me estuvo contando que unos años antes, si uno iba en serio, era imposible sacar adelante a un grupo en Barcelona. Por eso no había tenido más remedio que irse a Madrid en el 82 para reorganizar a «Los Persuasores». Allí, su ex novia y él habían hecho de todo menos lo que habían ido a hacer. La locura caliente y fría, el placer y luego el horror... En fin, qué me iba a contar a mí, dijo, y en verdad, como casi siempre, no adiviné el sentido de su insinuación. Martí Oliver se separó de aquella loca, se retiró a una casa de su familia en la Costa Brava, y durante un tiempo se entretuvo en leer y componer. Tenía pensado grabar un disco en el futuro, la obra definitiva que iba a cambiar la historia del rocanrol; pero de momento, como todos los grandes logros, ese disco se fraguaba en una lenta maduración. A la espera de ese hito, y vuelto ya de su retiro playero, a Martí se le había ocurrido fundar un grupo *arty* para revolver algo el cotarro, un espectáculo que combinase *performance* y música con el espíritu de las vanguardias históricas. Algo así como Peter Gordon y su Love of Life Orchestra, o The Theoretical Girls, o The Gynecologist. Más rollo neoyorquino que europeo, pues era allá, en ultramar, donde se estaba recuperando el sentido del Cabaret Voltaire. Ajá. Que si yo, Fernando Atienza, quería ser el cantante que no canta. El concepto era sacudir un poco la adormecida conciencia de los burgueses en esos años de euforia y movida y, esto no era menos importante, pillar de paso una subvención de diversas instituciones dado el carácter serio y profesional, artístico, de nuestro proyecto. Como yo recitaría en el inmortal idioma de Hugo Ball, los textos y manifiestos del grupo se redactarían en español, catalán, inglés y alemán. Así la burocracia y la suspicacia de sus agentes darían el visto bueno a lo que no era sino burla, y se ampliaría el habitual cupo de actuaciones de un grupo pop a galerías de arte, centros culturales y demás, sin menospreciar una posibilidad de éxito en la estructura del *show-business*. El grupo lo iban a formar cuatro músicos «que de músicos tienen más bien poco, pero le echan entusiasmo», un futuro director de cine que proyectaría diapositivas y vídeos, y Martí Oliver, el compositor e ideólogo:

—De momento, no quiero actuar en público. Aunque, no te creas, mi trabajo será muy importante. Durante las actuaciones iré hablando con gente influyente, peces gordos y también cantaré —y así se rió—. Les iré cantando las cuarenta.

Un honesto plan, muy acorde con el espíritu rebelde del medio en que trabajábamos: manifiestos, becas, impresos y subvenciones, firma, sello y acuses de recibo. Me daba igual; a lo mejor esa piadosa estafa tenía éxito y la podía combinar

sin dificultad con las historias que escribía para Tortosa y sus amigos japoneses. Mi tarea en AvantPop era recrear con mis ademanes, al parecer peculiares, la demencia de los tiempos modernos. En el primer manifiesto del grupo, al menos en su versión castellana, se entendía a la perfección y de modo definitivo lo que se esperaba de mí, y también por qué Martí Oliver no intervenía en el espectáculo pese a su lógico papel de líder y reputado cantante: «La voz del bufón, del antiguo tonto doméstico, no puede articular un discurso coherente ante la quiebra. Las palabras ya no valen nada. El bobo es el cochino que trisca entre la onomatopeya, la demencia y las manifestaciones más sórdidas de la cultura popular».

—Gárgolas, cornisas, astas de bandera. Ping-ring-scrach-scrach. ¿Quiere usted tener su piso al contado? En Sasi descubrirá algo nuevo. Whud-whud. Sasi se lo da fácil y con seguridad en Barcelona. Clum-clump.

Las palabras ya no valían nada, en efecto. Pero aquello no era mi idioma imposible. Era una cuestión de impulso. Y una cosa era la explotación racional de la Nada irracional como habíamos hecho Elsa y yo, y algo muy distinto la explotación irracional de la Nada racional como el cantante de AvantPop hacía en ese momento y el resto de sus conciudadanos casi siempre.

Así discurría yo entre la música exagerada en su monotonía, agarrado con la punta de los dedos a las cornisas y a las gárgolas y a las astas de bandera como un suicida arrepentido. Los demás hacían lo que estaba en su torpe mano con dos acordes y los arreglos que Martí nos intentaba enseñar en el local, un tema igual a otro en su desvarío. Y a eso le llamaban improvisación. El conjunto era, y no exagero, vomitivo.

Acaba el concierto, se encienden las luces, oyes los aplausos de cortesía y de conveniencia un fin de semana tras otro. Bajo del escenario con la expresión confusa, pero aliviada, de quien es devuelto del cadalso. Pateo vasos de plástico y esquivo palmadas en el hombro hasta llegar a un camerino que es el almacén del local, cajas de cerveza y el zumbido del aparato de ventilación. Las paredes están cubiertas de las inscripciones de otros grupos, de sentencias pueriles y de W, «un equilibrio entre el cielo y el infierno». Mientras me cambio, finjo escuchar el propósito de enmienda del guitarra por sus muchos errores, el comentario del sintetizador sobre algún personaje que ha venido a vernos, las manifestaciones de cansancio y entusiasmo. El álbum de recortes aumenta y florece con talento lo mejor del grupo: el vínculo múltiple con las altas esferas. La saxofonista gorda lleva con orgullo el apellido de un poeta eminente. Lo mismo que el hombre del sintetizador, hijo de un director de periódico y de la hermana de uno de los principales políticos socialistas, prima por parte de padre de uno de los más capaces miembros del politburó ex comunista y sobrina del delfín de Jordi Pujol en aquellos tiempos por parte de madre. El guitarra es primo de un político que domina los temas culturales del PSOE, un hombre de Ferraz. El que percute la perola electrónica a destiempo es nieto de un egregio pedagogo, circunstancia familiar que, por lo visto, mola. Un hermano del guitarra es subdirector en la Conselleria de Obras Públicas, un vínculo menor, aunque nunca se sabe: a lo mejor cualquier día nos da por dormir bajo un puente.

Cuando los amigos de ese grupo nada huérfano ni desarraigado llenan el camerino es el momento de apretar cuatro manos, besar diez mejillas y bajar a la barra mi aureola de «tonto doméstico» para que la gente desarrolle frente a mi hieratismo su capacidad de relación y sus saberes. Cuando recitaba mis historias en la plaza Real todo el mundo me tomaba por idiota; ahora es mucho peor: la totalidad de los raros y no tan raros que se acercan a decirme cosas hablan en serio, aunque su pensamiento sea un híbrido de vanidad y del mutuo deseo de articular gilipolleces privadas y reconocernos así como élite. Ese mes de actuaciones voy a conocer, reconocer y saludar a un grupo muy variado.

Saludé a camellos que en el subsuelo de cisternas me invitaban a la mercancía de alta pureza que guardan para consumo propio, mientras explican con inquietante verborrea sus lecturas experimentales, las películas experimentales que han visto, sus propios experimentos artísticos en la entretenida faceta del collage. Ellos tenían sus inquietudes, ahí donde les veía, moliendo sobre la taza del retrete con una tarjeta de crédito la cocaína que era, decían, pura roca o ala de mosca. Saludé a empleados de discográficas que arrastran el patronímico rural que se hereda como una verruga en la cara. Saludé a críticos musicales que tras presentar sus respetos a Martí Oliver (no

sólo era considerado como una especie de pionero en el renacimiento pop de la ciudad, sino algo mucho mejor: un pionero fracasado) se acercaban para echarme la culpa de dilapidar una idea con el escaso oficio del animador de una feria de ganado, que lo *arty* se hallaba desprestigiado en favor de una vuelta a las fuentes del rocanrol, que a ver si me enteraba. Saludé, cómo no, a un Toni Tortosa orgulloso de mí, presentador de seres irrelevantes que en aluvión de incompetencias habían formado la república de «directores de cine vocacionales que han acabado en la televisión como regidores de concursos», o me presentaba a tipos, también irrelevantes, con frustrada vocación de macarra y centrados ahora en producir espectáculos y pabellones para las olimpiadas o la Exposición Universal de Sevilla, el único modo de sufragar el consumo de aceites y lociones (y ese cuero crujiente) de su predilección. Saludé a una cuarentona regordeta que había tenido cierto nombre como presentadora de programas culturales y ahora disipaba la última espuma de su fama soltando improperios sobre cómo malgastaban las drogas y el oportunismo a tipos que antaño habían tenido talento y el mundo en sus manos en clara referencia a Martí Oliver, sin reparar en que ella y yo nos habíamos conocido en Madrid hacía diez años durante la cena de presentación del Partido Liberal Ciudadano. Ella, corresponsal entonces, flirteaba a través de mi muda presencia con un individuo que ocultaba bajo un traje azul marino su condición de agente de la inteligencia militar. Ella, le seguía recordando, defendía entonces que no le era brindado el merecido reconocimiento porque era inteligente, estaba buena y era la mujer de un nombre y apellido de los que ya no se acordaba nadie. De que había llegado a decir que era la propietaria de unos ovarios como balones. Me contestó que el concierto había terminado y no era necesario insistir en la enumeración de chorradas, que mi sola jeta ya epataba suficiente.

Saludé a un señor de unos cincuenta años y rotunda halitosis que me preguntó si podía explicarle la relación entre el nombre del local, KGB, la W que campaba en carteles y volantes, y si la idea de programar las actuaciones en el cuadragésimo sexto aniversario de la proclamación de la República escondía una segunda intención. Cuadragésimo sexto es cuarenta y seis. Cuarenta y seis suman diez. Diez es uno y cero. Por no hablar de que, escúcheme un momento, seré breve, el Cabaret Voltaire se fundó en Zurich el 5 de febrero del 16. Es decir 71 años y ochenta y ocho días antes que el evento que acababa de celebrarse. Setenta y uno es siete más uno que es ocho. El triple ocho. Triple espiral regeneradora de los cielos. Enseguida acabo, joven. Por un lado tenemos el triple ocho y por otro lado la unidad y la nada...

—¿Me está siguiendo?

Quizá fuera cierto que yo no prestaba la debida atención. Elsa aparecía en esos momentos de tedio para burlarse de mí y de mis interlocutores, y enseguida pasaba a contarme la diferencia entre los conciertos a los que habíamos asistido con ánimo de

absoluta privacidad y ensueño y aquellas groseras muestras de exhibicionismo social. Yo replicaba que me dejase hacer, que los caminos del éxito eran inescrutables. Ella me llamaba arribista. Y yo recordaba:

—El ocho es un número muy arribista, señor. Y el uno es un viejo. Sobre el cero, ni yo ni mi conciencia tenemos opinión.

Pero aquel hombre ya se había ido y otros venían y saludaban. Saludé a un tipo con gafas muy extraño que me dijo si conocía al grupo Throbbing Gristle y se extendió varios minutos en su loor. Saludé a un tipo con gafas muy extraño que me preguntó si conocía al grupo Père Ubu y se extendió horas en su loor. Saludé a un tipo con gafas muy extraño que me preguntó si conocía al grupo The Residents y se extendió días, fases lunares, eones, en su loor. Saludé a un tipo con gafas muy extraño que me invitó a un whisky y me comunicó que tenía mucho ojo para reconocer talentos, que su periódico iba a dedicar varias páginas a la cultura moderna, que si me apetecía escribir. Nos dimos la mano allí mismo. Saludé a una chica algo extraña con gafas de sol, de mediana estatura, muy resultona, quizá con buenas tetas y buen culo, buenas piernas evidentes, de esas que saben sacarse partido, según el lenguaje femenino de una enfurruñada Elsa, que a su vez censuraba mi pensamiento y compartía con los críticos musicales la idea de que yo no poseía más carisma que un animador en concurso de lanzamiento de enanos. Le dije que se fuera para concentrarme en la chica que me saludaba: un suéter verde, minifalda y leotardos negros. Como una colegiala. «Una pija artista y algo patata. ¡Y las gafas de sol aquí dentro!», afirmaba una Elsa que se negaba a volatilizarse aún más. Las gafas de la chica, de cuyas palabras nada entendía, se estaban cayendo de una naricita que no daba para muchos paseos ópticos. Dos tipos con camisas de fantasía y una alegría angelical flanqueaban su evidente borrachera. O se la disputaban, o ella se interponía en su idilio:

—Tú eres el cantante, ¿verdad? Yo a ti te conozco... —La invité a una copa, y por la naturalidad con que aceptaba deduje que la chica era de buena familia. Los dos tipos me sentenciaron a muerte con la mirada. De forma prematura deduje que la alegría angelical sólo era una pincelada lavanda de los tiempos.

La chica cogió un chupito helado de vodka y se lo bajó a la bodega con la decisión de un brigadier legionario. Luego dijo «Uff» y añadió:

—Yo soy Victoria, la hermana de Elena. Pero he venido a ver a mi primo Oriol, el guitarra. No a Martí. A ése, para nada. Aunque por lo que veo, ahora actúa desde la barra. ¿Qué estás haciendo?

Le estaba subiendo las gafas que ya sólo le colgaban de las orejas. Tras un titubeo, sonrió (bonita sonrisa) y siguió hablando (triste discurso):

—Elena es mi hermana.

—Ya me lo has dicho.

—Elena es mi hermana y era la novia de Martí... —Extendió un brazo en la dirección de la barra donde Martí Oliver evitaba al cincuentón cabalista de la halitosis y luego se reía de éste con carcajada mecánica ante un tipo con barba—: ¿Tú vas de John Wayne o algo así? Perdona, perdona... —Apoyó una mano en mi pecho—: Voy borrachísima. Vengo con Daniel y Damián de una comida de esas locas que terminan a las ocho. Fatal. —Me cogió del brazo y me susurró al oído—: Son gays. Daniel y Damián. Lo hacen todo juntos. Pintar, follar... Quieren exponer sus cuadros en la galería. Ratones Mickey como san Sebastián, así, atados y llenos de flechas... La idea, a lo mejor... Pero son horribles. Como de primero de Bellas Artes cuando te dicen «Dedíquese a otra cosa». Van a llevarme de un sitio a otro hasta que les diga que sí, que les expongo. Por eso te miran mal, por si me voy contigo. Pero ¡qué digo! Daniel y Damián son divertidísimos... Empezando por las camisas...

—Aún estoy esperando que una camisa me cuente un chiste.

—Bueno, bueno...

En ese momento, como si nos hubieran oído, los espigados y simétricos Daniel y Damián le comunicaron a Victoria que se iban a un sitio fantástico y muy gay, una idea que para Victoria resultó notable.

—Me voy. Mira, ésta es mi tarjeta... Éste es el teléfono de la galería. Y éste, espera, que te escribo el de mi casa... —Una sonrisa—: Estáis separados, ¿no?

—¿Quiénes?

—¿No te he dicho que soy la hermana de Elena? —me hablaba como a un niño—: Elena y tu mujer. O tu ex mujer. Son muy amigas. Pero ¿no conoces a Elena?

En ese momento, Elsa me susurró al oído «Elena, la guapa» y, mientras yo deducía que la famosa novia loca de Martí Oliver, la mujer que le había paseado por los abismos del vicio, no era otra que la compañera de algunas correrías de Elsa, ella me pidió permiso para cruzar el Leteo y abofetear a la pija que tenía delante.

Permiso denegado.

Elsa se volatilizó. Victoria se volatilizó.

Mi experiencia como cantante que no canta duró muy poco. Tras la tanda de conciertos en aquella sala, las conexiones político-culturales del grupo facilitaron una breve gira por pueblos cuyos ayuntamientos e instituciones nos contrataban a un precio astronómico, según las consignas que llegaban desde los despachos apropiados. Vetustos círculos gremiales donde, en el salón contiguo, chascaban fichas de dominó contra el mármol; descampados barridos por el viento; fiestas de la butifarra, o del caracol; conmemoraciones de mártires en guerras perdidas... Seguimos haciendo nuestro número ante auditorios formados por cuatro personas; y, entre ellas, sólo dos nos hacían un caso relativo: el tonto del pueblo y el colgado por los ácidos que ha ido a refugiarse en casa de su abuela. Un cincuenta por ciento del auditorio, si obramos con el optimismo de algunos encuestadores. Yo me estaba

esforzando por mejorar mi papel de orate, en constatar con mis giros, piruetas y sinsentidos vocales que, como decía Hugo Ball, todo arte viviente iba a ser irracional, primitivo y complejo, hablaría un lenguaje secreto y dejaría a su paso documentos, no de edificación, sino de paradoja. De acuerdo con eso, el tonto del pueblo y el colgado de los ácidos, entusiasmados como quinceañeras ante su ídolo, acababan subiendo al escenario a farfullar conmigo. En alguna barra, un ambigú con mostrador de tabla, Martí Oliver sólo podía seducir dialécticamente a un animador cultural de capacidad gris como perro en fuga, o encajar los sarcasmos de un elemento marchoso de las fuerzas vivas. Al responsable de las imágenes le robaban las diapositivas. Algún gracioso se despedía con una llamada pastoril aún más ininteligible que mis onomatopeyas, pero, al parecer, con más talento cómico. En la furgoneta, de regreso a una civilización con parientes influyentes, sólida, cotidiana, los músicos se comportaban con educado pasmo y emitían los reproches en pequeño comité de los invitados a la boda de una criada de toda la vida que, borracha de anís, hubiera manifestado su verdadero sentir hacia los señores. Trazando un arco de destellos, luces como el ámbar acudían desde el peaje.

Por fin, al memorable grupo AvantPop le surgió la posibilidad de unirse a una compañía teatral como soporte rítmico-melódico-vanguardista de una performance-teatro con resonancias de violencia bacanal. El hecho de que el director (o los directores, porque la compañía era la degeneración empresarial de una especie de comuna hippy) pensase que era mejor idea grabar una cinta con las inolvidables voces de los líderes nazis a soportar mi verborrea y, lo más importante, aunque menos mencionado, la perfecta relación de los teatreros con las instituciones y un cierto éxito de público que la compañía había obtenido con mucho esfuerzo pisoteando chatarra en naves industriales, hicieron mi presencia más que dispensable:

—Habla como un feriante...

—No se lo toma en serio...

—Es hortera que no te lo crees...

—Éste se piensa que la vanguardia es un periódico...

—Oye, Martí, ¿de dónde lo sacaste? A veces te pasas de...

—Escucha, Fernando... —Éste era Martí hablando conmigo en un misterioso aparte a la hora del ensayo. Mientras nos acercábamos a la puerta, la mirada del resto del grupo buscaba decisivos cables en el suelo—: Me cuesta mucho tener que decirte esto, pero...

No me importó nada. Hasta podía pensar, si lo deseaba, que volvía a ser honesto. Y hasta me divertí cuando fui informado al cabo de un mes de que Martí Oliver había tenido serias fricciones sobre la importancia de su papel de promotor y compositor con los miembros de la compañía, que ni se atenían al debido respeto por las leyendas vivas del rock local, ni necesitaban de nadie que no fueran ellos mismos para hacer la

pelota a los popes culturales. Que la fama de Martí Oliver como individuo íntegro y maldito, como verdadero artista, se reforzara después de su expulsión me hizo menos gracia. Pero, mira, yo seguía con mis historias japonesas, y me iba interesando en plasmar impresiones en el diario donde había empezado a colaborar, gracias al inaudito periodista fan que se había presentado en uno de los conciertos de AvantPop, con un seudónimo cargado de futuro: Elsa Basora.

Como había dejado la desesperación encubierta para *El Guardián del Límite*, me empeñé en prolongar la faceta luminosa de Elsa más allá de accidentes triviales. Así que fui escribiendo los artículos que hasta la redacción de este Informe eran mi obra completa:

Artículo primero: «El Selz y la Nada». Aquí Elsa Basora trataba con no poca erudición el tema de la Nada en la frivolidad extrema que, desde luego, no había que confundir con la frivolidad sin más. Esa Nada no era la nada de los místicos, ni la de Unamuno, ni la nada de Heidegger, ni la nada de los existencialistas. Era una reminiscencia de otra vida en la que fuimos Nada y volvía con la música. Sólo lo dadá y lo punk compartían vivienda con mi Selz y mi Nada. Una Nada de alta graduación, en consecuencia.

El director del suplemento me llamó para decirme que en su vida había leído nada tan brillante y que me doblaba el espacio en la página. ¿Que por qué no firmaba con mi verdadero nombre? Porque no sabía cuál era. Ja, ja, ja...

El segundo: «¡Qué desastre interesante!». Elsa Basora explicó el concepto de la felicidad que era necesario alcanzar mientras el mundo se derrumba a nuestro alrededor. Un mundo lleno de angustia vive una guerra no declarada en la que los chicos y chicas provocan su propio desastre para no temerlo más. Hombres y mujeres, casi niños y niñas, mueren en una sociedad que, en vez de celebrarlos como chivos expiatorios en el altar de una nueva era, les denuncia encima por perseguir el placer.

Mi jefe me llamó para decirme que había puesto el dedo en la llaga, que los muertos por la heroína y el sida eran los muertos de la nueva guerra civil que todos habían temido. Que a partir de entonces, así iban a ser las guerras. Confrontación invisible, secreta contienda, muertos reales. ¿Yo he dicho todo eso? Ja, ja, ja...

El tercero: «El Guachi-guachi es muy chachi». Con media página del periódico para llenar, Elsa Basora no tuvo más remedio que extenderse sobre el lenguaje que iba a sustituir a las palabras gastadas y que ella había llamado siempre «Guachi-guachi». Los individuos iban a elegir de ese modo a sus interlocutores, y la precisión del lenguaje iba a extenderse sobre el terreno más amplio de los mitos comunes y siempre latentes y de los paisajes que sugieren.

Mi jefe me prometió llamar a una editorial del mismo grupo que publicaba el periódico para que hiciese una oferta a ese nuevo Jürgen Habermas que él había



descubierto con su ojo clínico.

El cuarto, «Una primera copia es patata», y el quinto, «La música “penita” renueva nuestras almas», excitaron hasta el paroxismo a aquel periodista impulsivo. El sexto: «El día del Watusi y los otros días que no son como el del Watusi», le empujó a llevarme a cenar, a ponerme piso. Quizá exagero, pero el hombre estaba muy contento. Por eso, lamenté publicar el séptimo: «Scott y Scott», en el que hablaba de la impostura, la gente que inventa y el personaje que es inventado. El invento que produce la represión como ficción negativa, el caos, es el negativo de la ficción que ilumina. El teléfono de mi casa sonó una mañana y, en lugar de la entusiasta felicitación de rigor que esperaba oír con más ansia que displicencia, una voz de tío importante me dijo:

—Señor Atienza, yo no sé quién es usted...

—Pues Atienza...

—Ésa es mi duda. Una duda muy razonable en vista de los últimos acontecimientos. Su juegucito ya le ha costado el puesto de trabajo a un periodista muy prometedor, y desde muy arriba están presionando a este periódico con mucha contundencia para que demos nombres y direcciones. Yo lo único que le ruego es que se abstenga en el futuro de cualquier relación con nosotros.

—Pero ¿qué he hecho?

—Que sea o haya sido usted del PAK no le da derecho a burlarse de nosotros...

—Pero ¿qué PAK? ¿El Pakistán?

El que supuse director del periódico ya había colgado. Y yo me iba a colgar muy pronto de un árbol. En mi artículo, ni siquiera había mencionado el empleo que se había hecho del personaje «Scott» para limpiar el Barrio Chino de Barcelona. Sólo lo había citado como una especie de mito entre los yonquis, la forma que, estaba seguro, había adoptado la invención de Elsa.

Ésa fue la primera vez que me siguieron. Porque, al cabo del tiempo, entre caos y paranoias, y cerebros anegados de confusión y datos inútiles, a pesar de ellos, estoy en condiciones de asegurarlo: me siguieron. Y aprendí que los perseguidores, o al menos los agentes de esa turbia organización llamada PAK, no tienen aspecto de policía con cierto grado, discreta remuneración y algún trienio, pelo corto, mirada de reojo a las pesas del gimnasio y una discreta afición por aquello que persiguen sus compañeros de narcóticos. Un conjunto de rasgos que les hace parecer un empleado de caja de ahorros que ha salido a desayunar, se le ha olvidado volver a la oficina porque está harto y vaga por ahí, justo detrás de ti. Aunque pueda también, según los ambientes entre los que deba evolucionar, tener un aspecto hippy-macarra, de mecánico en día de asueto. Y a todos, sea cual sea su misión y su impostada calaña, les delate el acento asturiano. Nada de eso. Los del PAK, si hubo un PAK, podían (pueden) ser ancianos, mujeres bellas o feas, enanos... En este caso fue una

hermosota mamá al final de la veintena, algo entrada en carnes que, por casualidad, empujaba un cochecito de bebé ante mi edificio cada mañana cuando yo salía a dar mi paseo matutino. El problema, y me temo que la solución a ese problema, era que aunque yo saliese a las diez de la mañana, a las doce, a las dos, la mujer y su cochecito seguían ahí...

—Se ha colgado contigo, *nen...* Y tú también estás un poco colgado en general, *nen*. Vete frenando con la farlopa, *nen...*

Ésa fue la explicación al misterio que me dio Toni Tortosa, mi empleador, a quien le expliqué de modo muy vago el asunto de mis artículos, lo de Scott (de modo más vago aún) y la llamada de un gerifalte del periodismo con el esfínter contraído que me transmitiera el ruego de morirme varias veces.

—Las del cochecito son las mejores, *nen*. Después del embarazo, el marido no quiere ni verlas y andan muy calientes y muy bajas de autoestima. Hubo una época en que yo andaba por ahí y me dedicaba a las mamás. Caían como moscas. Te llevaban a su casa, te lo hacías en su cama. Hubo una que iba meciendo la cuna mientras me la follaba. De verdad, *nen*. Ataca, *nen...*

La de Tortosa sería otra época. Y yo decidí que todo podía ser un error y yo, al fin y al cabo, no debía exhibir un miedo exagerado, porque tampoco había tanto que temer. Ya había estado demasiado asustado en los años anteriores y sólo me roía por dentro cierta sensación de haber metido la pata en el mundo del periodismo. Así que brindé mis paseos por la zona alta a mi frescachona matrona, y caminaba por ahí con resacas más leves que las de unos años antes, sin mucha inquietud y un amor propio que se iba acercando al punto de ebullición y me permitía acariciar lugares y personas, quererlas algo. Las famosas horas en terrazas hedonistas. Un placer que lleva a la ontología y a un vago sendero alcohólico en memoria de la ligereza. Intentaba pensar sólo en lo que me gustaba. Y no pensaba mucho. Y aquella chica dejó de seguirme una buena mañana.

—Eres un pichafría, *nen...*

Pese a aquel incidente, vivía tan bien que hasta olvidé el dilema de si recuperar o no a mi familia. Aunque en verdad, en lo que tenía que ver con ese asunto, decidí que podía vencer al señor del miedo, y a su esposa, la vergüenza, pero que no tenía ánimo para sortear la tenaz persecución de su ama de llaves, la rutina. Y sólo me gustaba mi rutina. Compraba libros por el lujo de su edición, los hojeaba sin apenas leerlos, sólo por su tacto y su olor. Y levantaba la vista y buscaba a una chica con minifalda y leotardos negros. O una mirada que se cruzase conmigo, unas gafas de sol en la punta de la pequeña nariz. Estaba buscando a Victoria.

Porque era el recuerdo de Victoria lo que había hecho que esa temporada no sintiera el miedo con su fuerza habitual. Cada día miraba la tarjeta que me había entregado en el ya lejano concierto de AvantPop. Sin embargo, nunca quise llamarla

porque estaba seguro de que se habría olvidado de mí, imaginaba una negativa segura a cualquier propuesta galante, o me molestaba corregir las suaves ideas por paisajes amables que me asaltaban al contemplar el pedazo de cartón verde («NoFun-NoArt/Victoria Llinàs») a las que mi ensueño se había acostumbrado y retenía con avaricia. Necesitaba a mi lado una chica guapa e inteligente y un nuevo destino. El Día de Mañana reaparecido. Bañarme en mi piscina. Mía de mí mismo. Por enlace legal, indestructible, con ella. Y ella en bikini, en la piscina de los dos, oliendo yo, mientras beso su cuello, el aroma del dinero y de la clase. No es que Victoria me hubiera demostrado ser muy inteligente en nuestro breve encuentro. Y, sin ser fea, ni mucho menos, tampoco su belleza me había inmovilizado; no se había abierto el cielo, ni un coro de querubines entonaron «Salve, salve...» sobre una hilera de arpistas de blonda y lisa cabellera. Pero, Lector, fugazmente había pasado ante mí una persona que me alejaba de la rutina y, ay, de un futuro incierto. Una mente y un cuerpo que la intuición me ordenaba conquistar.

Y no me atrevía. Y eso me gustaba más aún.

Preguntaba a veces por ella a quien pudiera conocerla. Mi trato con Martí Oliver se había cerrado de manera muy abrupta y no podía recurrir a él. Además, era su ex cuñado. Según deduje del contenido de la tarjeta y de nuestra conversación, Victoria regentaba, si no poseía, uno de esos locales en los que exponen tipos como Damián y Daniel; en consecuencia, si conocía a algún pintor o pintora, y los conocía, porque abundaban como la seta en otoño, llevaba el diálogo hacia las galerías locales arrancándola de las obsesiones temáticas sobre los prodigios de Nueva York, y de que en Nueva York cualquier bar era idéntico a aquel en el que nos hallábamos, pero con la espontaneidad feroz de la ciudad que nunca duerme, de la dificultad social de Nueva York. Nadie supo decirme gran cosa de Victoria más que un apellido ya conocido, Llinàs, y una relación, «es la hermana de aquella que rompía la pana hace años, hombre, la Elena Llinàs». Y entonces se interrumpía el buen curso de la información ganada para que el informante elevase con su copa un elogio sobre las bondades físicas de la tal Elena, de su carácter más bien fuerte, de que no importaba perderse con tal de poseer ese físico una sola vez, de que ya no se veían mujeres como la tal Elena en un ambiente más poblado cada día de estudiantes, de horteras, de fans de la salsa, de empleados de televisión y otras ramas del servicio público. Yo evitaba mencionar que con una loca de la vida pululando a mi alrededor había tenido bastante, y que historias como la de un putón corriendo hacia el coche de un jeque árabe (si Elsa me había contado la verdad) o un fin de semana en Córcega con tipos que luego aparecían en los telediarios de frente y de perfil, no eran mi idea de un aproximado amor *fou*. La hermanita. Me interesaba la hermanita.

Y así pasaron los meses de terrazas suaves y pensamientos débiles hasta que un día, sentado en un velador a la puerta de una cafetería, vi acercarse a un grupo

anticipado por el torbellino nasal de su conversación sedosa, encantada de conocerse. Dos tipos, tres tipas. Victoria. El pelo recogido hacia atrás en una cola era lo único que podía valorar de su físico: la juguetona obsesión me había ido robando cualquier serenidad que propiciase el erotismo. Sonriente hasta la carcajada por la trivialidad de uno de esos tipos, Victoria no había visto a su príncipe azul con forma de sapo, ahí mismo, sentado y croando. Me concentré en mi vaso a la espera de tiempos mejores y con la seguridad de que iba a romper su tarjeta a la que me levantase y doblara la esquina. Fue entonces cuando una voz sobre mi cabeza dijo:

—Cuando te dan un número de teléfono es para que llames. Si no, una piensa que ha hecho el ridículo.

—¿Cómo está tu hermana? —decidí apelar al único recuerdo verídico sobre las ilusiones y fantasías que había ingeniado en los últimos meses: el uno corriendo hacia el otro, o el típico incendio en casa de Victoria y yo que pasaba por ahí, los cuarenta ladrones que... esas cosas.

—Bien... —El tono seco de su respuesta, que esperó el momento en que decidí levantar la cabeza y mirarla a los ojos, me desencantó de modo profundo—: ¿Y tu mujer?

—También bien, sí...

Nos cruzamos una mirada con indiferencia. Chasco total. Entró a comer y yo me quedé a solas con mi ridículo. La lucidez que había esquivado en los últimos meses apareció ante mí como un carrusel insensato; porque así, en toda su maldad, es como se presentan las realidades ante el muchacho que ha vivido sus primeras epifanías frente a ménades vestidas de Escarlata O'Hara, frente a un muerto flotando, frente a barcos con W en la isla de Mallorca, frente a naves alienígenas que no son más que cubos de basura y aun así uno se empeña en dignificarlos como misterio revelado, mientras oye una canción hecha con palabras idiotas.

Ahora era la ruidosa y ensordecedora orquestación de las obras olímpicas. El paisaje idílico del autoengaño se convertía en desorden de turismos y autobuses en la gran avenida excavada.

Y a mí me dio por pensar que todas aquellas zanjas, las obras municipales rodeándome, hubiesen dotado a Barcelona de un romántico aire de ciudad bombardeada si efectivamente alguien la hubiese bombardeado, y tanta restauración no respondiera a la imperiosa necesidad de cubrir de argamasa y escombros, de hormigón y mentiras, los sedimentos adolescentes de una ciudad, su hedor de años, el material de derribo que formaba el idioma imposible mal enterrado, por el centro y por las afueras, sin que nadie percibiera que la locura provinciana era el único bien de la provincia, que se estaban quedando con lo peor, con la finalidad de las cosas; el tiempo sólo transcurre para demostrar que somos eficientes. Vallas, colinas de cascotes, martillos neumáticos. Ya no había lugar para lo irracional, lo irracional se

extinguía; se acababan los juegos sin fin, tensos, en ciudades olvidadas del mundo con el único pretexto de que alguien pusiera en evidencia que la normalidad era un camelo. No habría fantásticos golpes de estado, ni más helicópteros sobrevolando paranoias, con insaciables plutócratas, con sus leguleyos, imaginando sedientos de poder las atrocidades que ellos mismos procuraban para justificar un poder más vigoroso, indiscutible. Ahora ellos, todos, los unos y los otros, sólo tendríamos enfrente nuestras propias aberraciones, el respeto por la salud y por la convivencia y por el orden. Responder a preguntas. Poseer un criterio tan falaz como nuestras propiedades en la Tierra. Una respuesta para esto y para lo otro. Una respuesta y un criterio para una guerra lejana, para una injusticia cuanto más remota mejor, para el cobro de multas, para la democracia, para la xenofobia, para el postmodernismo, para la soberanía nacional, para los Rolling Stones, para la caída del comunismo, para los terremotos, para los jugadores de fútbol, para los impuestos, para la jardinería, para el Tercer Mundo, para la televisión, para el espionaje, para el automovilismo, para la educación de los niños, para el boxeo, para el racismo, para las expediciones al Everest, para las banderas, un criterio sobre todos los tentáculos del caos menos el caos mismo, algo que decir sobre todas aquellas zanjas y mucho que aplaudir cuando se cubrieran. ¿Y qué tenía eso que ver con la muchacha que almorzaba ahí dentro, en la cafetería, con sus amigos? Pues que ella era eso y yo otra cosa. Que no me podía seguir engañando. No estaba contento con mi nuevo papel por mucho que hubieran salido negativas las pruebas del sida a las que, al final, por no alarmarme, me había sometido. Así supe que sobrevivir no era más que eso, sobrevivir y temer, cuando no hay declaraciones oficiales de guerra, y Victoria se muestra hostil, y luego queda sólo vértigo de normalidad entre calles desventradas.

Y yo allí sentado, encargando a un camarero uniformado un fluido continuo de alcohol, frente a la noble y abierta avenida, haciéndome el interesante con mis altas meditaciones que, tras su aparente incoherencia, no susurraban más que «¡braguetazo!», y volvían a susurrar «¡braguetazo perdido!». En la mano, un volumen de la obra selecta de Jonathan Swift: «El autor de estos *Viajes*, Mr. Lemuel Gulliver, es viejo e íntimo amigo mío; tenemos también cierto parentesco por parte de madre». Eso leía. Y leía: «Por parte de mi íntima y vieja madre, el autor de estos *Viajes* y también cierto Mr. Lemuel Gulliver». Y ensayaba como un niño poses de tormento y de éxtasis mientras me retrepaba una y otra vez en el asiento. De cuando en cuando aprovechaba el reflejo de la puerta batiente del café, cuando alguien entraba o salía, para estudiar al grupo en una de las mesas bajo la marquesina acristalada y esperaba en mi nerviosa ensoñación que hablasen de mí. «Mr. Lemuel Gulliver, el autor de mi madre, íntimo de sus *Viajes* por cierto parentesco». Cuando salieron, ya tarareaba canciones folclóricas del Alto Aragón. Jotas. No sabía a qué había estado esperando o lo sabía de sobra, maldecía mi estúpida educación sentimental, que sólo era útil para

ejercitar signos de falso entendimiento con zorrillas sin sustancia. Que se despidiese al menos de mí, que no siguiera a esa parte del grupo que se había adelantado y ahora cacareaba de placer hacia la esquina:

—Me parece que he metido la pata... —me dijo.

En la vida me lo habían puesto tan fácil. Enseguida resolví, pues, que sólo la humildad me hacía dudar a veces de toda la experiencia acumulada, mi veteranía sexual, la seguridad viril que transmito todo yo. Le dije «siéntate y tómate la tarde conmigo, nena», o algo parecido y aún peor. Ahora sí que me era dado ver las bondades de su figura en negro, mientras ella la volvía un tanto para mirar al grupo. Girando la mano alrededor de su simpática oreja derecha, les daba a entender... En fin, al grano:

—Cote, el alto... —Y señalaba al dichoso grupo, que ahora cruzaba la calle—: Me ha dicho que Elsa...

—Me parece que te confundes, Victoria. A lo mejor la culpa es mía.

Pensaba, claro, en Picassín 2, en nuestro parecido, en la boda blanca o no tan blanca, en pisos vendidos, en fango:

—No, no, estoy enterada de eso. Perdona, si no te apetece... Pau, el que se casó con Elsa, era medio pariente mío...

—Por parte de madre...

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Eludí la frase de Swift retomada al vuelo para mentir mucho:

—Tengo un cierto conocimiento de la sociedad local. Todos sois primos...

—¿Ah, sí? Primera noticia... —Les tenían muy bien enseñados a disimular—: Pero vamos a ver. Tú eres Fernando, ¿no? Mi hermana Elena me contaba cosas de Elsa. La quería mucho. Y eso, en mi hermana... Eran bastante amigas, por lo visto, aunque nunca las vi juntas. Y una de las cosas que me contaba era que, en fin, el tal Fernando era el no va más...

Santa inocencia. Evito al Lector calificar la sonrisa que en ese momento debió de componer mi boca; sería más adecuado describirla en sus fatuas ondulaciones, en sus pomposos pliegues, en la tétrica, equina, prolongada, exposición dental. Ese regalo del cielo seguía hablando:

—Sabía que habíais vivido juntos, pero que ella... Y que tú entonces...

Desde luego, la altura temática no estaba mal para un segundo encuentro. Las medias frases de Victoria componían una admirable versión de lo sucedido. Me impuse cambiar el tono melodramático de la conversación no fuera a ser que, tal como se deducía del pasado de Picassín 2, el de Elena la Guapa también hubiera sido la fosa fría. A qué nos dedicábamos. Ella, a su galería y a acabar una tesis para seguir una sólida trayectoria educativa en la universidad. ¿Y tú? Y me volví a dar cuenta de que, en esos tiempos alegres, escribir historias para el mundo editorial japonés

prestigiaba socialmente más que practicar la neurocirugía en clínica texana. Victoria me preocupaba cada vez que miraba el reloj. Por fin me dijo:

—¿Quieres acompañarme a la galería y te la enseño? Es que tengo que estar a las cinco...

Por el camino le expliqué que ya no estaba en el grupo AvantPop. ¿Las causas?, preguntó Victoria para añadir enseguida que no le importaban demasiado. Conocía a Martí Oliver, y no es que fuera mala persona, pero sus niveles de egoísmo, disfrazados de temperamento artístico, eran muy serios para la salud de los demás. Aunque ella no podía hablar demasiado, porque la última vez que la desatada egofilia de Oliver había bajado la guardia fue para darse de bruces con el no menos contundente narcisismo de Elena, la que, por cierto, estaba en paradero desconocido. Ni una llamada, ni un aviso. Que qué me parecía.

—Terrible, chica, terrible... Un disgusto... —dije sin avergonzarme, mientras pensaba que hacía tiempo que no llamaba a mi madre.

—Te lo juro, Fernando, alucino cómo hablas. ¿De dónde eres?

En esos momentos, Lector, aunque sé que lo sabes, o quizá no lo sabes, porque, como supondrás, sé perfectamente quién eres, y posees una percepción de los matices sentimentales tan grosera como los míos, Lector, te de cía que es en los inicios del idilio cuando se reparten las cartas que luego determinarán el juego amoroso. Si uno es tímido y el otro toma decisiones por ti, ya las tomará siempre. Si es uno el que hace reír y otro el que ríe, el primero terminará fatigado de su propio humor, de su exhibición constante, aunque mucho después que el otro, y seguirá mendigando sus risas. El tema de la impostura, el de la invención de personalidad, me había humillado con la prensa, era la hora de la juguetona venganza. Si uno miente, si uno se permite barnizar la conciencia con los efectos de esa mentira, porque es tímido y el otro invulnerable, porque es malo y el otro no se entera, se hallará siendo eso que imaginaba en sus fantasías más infantiles, sí, pero también más desalmadas. Y sólo eso.

«¿De dónde eres, Fernando?».

Aunque el tiempo invierta las influencias, las situaciones de poder, el fondo, cada uno se obliga a llevar siempre su máscara, su forma. Mis súbitas ficciones me llevaron por las principales capitales de la Península Ibérica de la mano de mi padre, juez de instrucción, y con la presencia en el alma de mi llorada madre, su única evocación sensible un rostro cálido muy cerca de mí, arropándome. Mi padre había muerto hacía unos años. Como vi que tantas muertes y desapariciones estaban volviendo irrespirable la tarde, maticé:

—Su señoría murió en un tablao, no te creas. Pícaro y justiciero hasta el final.

Y como sabía que eso solía gustar, añadí:

—Yo, en cuanto llegué a Barcelona, dije: «Aquí me quedo». Y no me he movido.

—Y para ir cerrando círculos y evitar futuras preguntas, al recordar mi recién renovado carnet de identidad dije—: Es que nací aquí, además... Fue uno de los primeros destinos de mi padre.

La galería, abierta dos años antes tras mil problemas y exasperaciones, estaba ubicada junto al Paseo de Gracia. Ayudé a Victoria a levantar la persiana metálica y ella deslizó su figura bajo el chirrido para encender las luces:

—No te esperes gran cosa. —Yo sólo esperaba que repitiese en el lugar apropiado la pose que acababa de adoptar ante mí—. Es mejor la trastienda, casi... Rebeca, mi socia, no puede venir hoy, y por eso... Aunque con lo que tenemos no está viniendo nadie. Lo típico... Vendimos dos a los familiares el día de la inauguración, otro que compramos nosotras y otro que ha comprado La Caixa... Luego... En cambio, ¿te acuerdas de Daniel y Damián? Inauguramos y a las dos horas ya estaba todo vendido. Los amigos... Fue una fiesta total... Mira...

Una pequeña sala con un mostrador tras el que colgaban carteles de pasadas exposiciones y una estantería, donde se apilaban catálogos y postales en venta, daba a un amplio espacio hexagonal, por utilizar la jerga, de paredes blancas ilustradas con una serie de diez telas idénticas. A la espera de la prometedor y, en mi imaginación, idílica trastienda, me dediqué a pasear ante los lienzos gris, gris ocre, ocre gris, gris, muy gris, que formaban «Aprendiendo de los muros» de Arnau Vilabrafim. El nombre de la exposición era un guiño de *Aprendiendo de Las Vegas*, libro de unos arquitectos que aseguraban que sólo en los lugares horribles, en la práctica y en la necesidad del horror, se manifestaba el verdadero espíritu artístico de una época. O eso fue lo que entendí de las palabras de Victoria:

—A mí me encantan. De verdad —me dijo—: Es una obra que para apreciarla bien, lo primero es acercarse a ella en lugar de alejarse. Y no sólo para disfrutar de la pintura, sino para ver las claves... Cuando ya has descubierto lo que es en realidad, ya puedes alejarte otra vez.

—¿El pintor tiene algo que ver con el llorado político de la Transición?

Victoria rió. Yo le hacía gracia.

—Es su sobrino. Tiene mucho talento. Ven, acércate...

Obedecí y me situé junto a Victoria y frente a *Avinyó-Gutai*.

—Arnau se pasea por la calles de la ciudad...

—«Es el conocimiento, no el dolor, el que corre por mil calles oscuras y salvajes...» —declamé.

—¿De quién es eso?

—Lo solía decir mucho el tío de la criatura... —Y cuando me di cuenta de que esa suposición no encajaba en mi supuesta biografía—: Era muy amigo de mi padre. Iban juntos a aprender sevillanas...

Nuevas risas como diciendo «Anda ya...».



—Te explico. Arnau se pasea por calles que son más o menos emblemáticas de la historia del arte, a veces con un toque irónico...

—Ya me gustaría a mí pasear con un toque irónico... A veces...

No me hizo caso:

—... y busca en las fachadas algo que parezca una pintura. Entonces encuadra lo que le gusta con una tiza, lo fotografía, lo amplía y lo copia en el estilo al que le recuerda lo que el tiempo ha hecho con los muros. Éste, por ejemplo, está situado en la calle de Avinyó, o sea, lo de Picasso y tal... —ésa fue una de las pocas veces ese día en que me mordí la lengua—: Visto, o evocado, por la manera del Grupo Gutai, que eran unos japoneses que combinaban el expresionismo abstracto con el zen, la caligrafía oriental. Jiro Yoshihara y ésos... —Victoria me miró y sonrió levemente—: ¿Ves? Y ahí tienes *Madrazo. Pop Art, Vilabrafim. Drip Painting*. Es que la calle donde vive se llama como él. Sería como un autorretrato, más o menos... En fin... La verdad es que todo es medio expresionismo abstracto, medio zen. Todos se podían haber llamado Gutai. Pero el descontextualizarlos ya me parece bastante ingenioso. Además, sabe pintar. Lo que no se puede decir de la mayoría. Perdón...

—¿Perdón por qué?

—Por lo pedante.

—No, no, la culpa es mía. Por mi trabajo tendría que conocer algo de arte japonés y mira... Además, me interesa mucho lo que dices... —Pasé por detrás de ella, y noté un leve movimiento de su cabeza intuyendo mi movimiento a su espalda, oliéndola. Tenía que hablar—: Se podría decir que el artista de los Vilabrafim no puede negar que, a diferencia de Picasso, no tiene más remedio que buscar primero y luego encontrar...

Carcajada. Supongo que acababa de decir una gran chorrada. Bueno, a ver quién reía el último. Victoria se había acercado a esa obra maestra: *Avinyó-Gutai*:

—Es increíble. Mira aquí... —Y me acerqué yo también—: Se ve un rastro de pintura de un grafiti hecho con plantilla, a lo mejor de cuando la guerra. Y luego un rastro de papel, y la silueta de un perro hecha con una navaja que él ha resuelto muy bien. Cada muesca, una pincelada. Y al lado, dos patos...

—No son dos patos. Son dos doses. Eso significa que en el segundo segunda hay un perro. Mira... —Se me había presentado la oportunidad de transmitir las enseñanzas esotéricas de Pepito el Yeyé—: Y esa gorra, ¿la ves?, y el tres, que están casi borrados, significan que en el tercero vive un guardia. El aviso viene a ser que el perro y el guardia hacen la casa inexpugnable.

Un divertido gesto de interrogación por parte de Victoria. Una muestra de interés más allá de lo evidente hasta llegar otra vez, o eso esperaba, a lo evidente. La cara, los ojos, la boca, brillaban como si ya estuviera desnuda.

—Mi padre, el señor juez, me enseñó a interpretar esos signos. En su trabajo tenía

mucho trato con ladrones. Mi padre decía que los ladrones veían en los signos de las calles como los pastores ven designios atmosféricos en los animales y en el cielo. Ya sabes, si las moscas molestan al burro es que va a haber tormenta. «Cielo aborregao, a los siete días remojao»... Perdón por mi pedantería...

Victoria, sin dejar de reír, preguntaba:

—¿Y te contó tu padre si los ladrones tenían la mano tan larga como tú?

—Es que no sé qué me pasa... —Lo sabía, pero también sabía que aquello que me pasaba me estaba pasando de verdad. Y eso no me gustaba del todo.

—¿Me devuelves la mano? —El tono era divertido.

Le devolví su mano, y muy pronto le aboné los intereses con toda la furia de mi cuerpo encendido. A la pobre no le quedaron demasiadas alternativas. Al cabo de un tiempo considerable, aún de puntillas, me dijo:

—No te creas que hago esto cada día...

Negué mucho con la cabeza. Tampoco yo tenía una erección tan súbita y perentoria desde hacía mucho tiempo.

—Bueno, espera... —añadió.

Y como quien prepara el entorno adecuado para una agradable velada, se fue a bajar la persiana. En el tiempo en que estuve dudando si ir a ayudarla o no, estaba de vuelta y entrábamos en lo que, sin duda, era un lujo de trastienda. Un estudio con algunas adquisiciones de la propietaria en las paredes (un Vilabrafim: celos instantáneos. ¿«No te creas que hago esto cada día»?), una enorme mesa de despacho, unas estanterías con libros del año que pidieras junto a modernos catálogos en todos los idiomas y colecciones de revistas y, lo más importante, un larguísimo sofá al que, transcurrida una semana, yo también llamaba Chester como si hubiésemos compartido el bachillerato.

Pese a la temperatura de su cuerpo, algún movimiento nervioso y cierta falta de convicción en los automatismos eróticos hacían que Victoria aún pareciese más nerviosa que yo. Sólo tener ese pensamiento, ella cogió la mano que subía por sus muslos y manteniéndola entre las suyas me dijo:

—Estoy nerviosa. No sé por qué... No sé... A mí me gustan las cosas un poco serias y me estoy dejando llevar. Salgo de una historia un poco rara y no quiero parecer una de esas que se tira todo lo que se mueve en cuanto...

Saqué la cartera y le enseñé la tarjeta que me había dado la noche en que nos conocimos. Un puntito tierno, como sabrá el Lector.

—¿Cierro y vamos a mi casa?

Tenía que haber chasqueado la lengua. A lo mejor lo hice. En su casa, un pequeño apartamento decorado con todos los atributos modernos («no es gran cosa») y alguno *art-déco* («tonterías de casa de mi padre») nos acostamos sobre una cama cuya superficie apenas nos contenía el uno junto al otro.

—Me parece que te estabas preparando para una temporada monástica.

Y la piel volvió a quemar.

—No tengo más remedio que ponerme encima tuyo.

Ardía.

—Los misioneros no eran tontos...

Reía.

Me discipliné, me esforcé y también disfruté... Cigarros y silencios. Breve excursión al lavabo y examen del piso. La idea latente surgió entre la nube del alcohol consumido al mediodía: no me importaba pasar una buena temporada en aquel ámbito. Me esforcé más: un talento al que no se le notaba el trabajo, puro arte que trascendía el oficio. Gima, gima sin miedo, señorita...

—¿Por qué me miras así? —pregunté.

—Por nada...

Yo sabía bien.

Nos bañamos juntos. Y aunque no entraba en mis planes combinar lo higiénico con lo erótico, chapoteé como un niño hasta apuntalar en Victoria como una estaca (por decir algo) la favorable idea que se había hecho de mí antes de conocerme y que yo ahora desenvolvía como un regalo. Que la idea se hiciese carne y de nuevo idea entre la espuma. Qué tetitas saltarinas. Qué cuartito de baño precioso. Qué espejito mágico. Qué monada de niña. Qué mentiras más bonitas tejía con sabios malabarismos a sus sospechas sobre la tenacidad de mi vida bohemia. Qué ganas tenía de establecerme, pero sin dejar de ser divertido y divertir a los demás, de ser generoso con mi alegre alegría. Sí, era cierto que me picaban los ojos y no podía llevar a buen puerto la filigrana erótica que había iniciado. Yo mismo cogería una toalla en su habitación tropezando con la sobriedad decorativa, cada tontería de Vinçon en su lugar, cada minucia un grito indicando: «¡Aquí sobra clase, gañán!». Abrí el armario y hasta me reí solo como quien está llevando a cabo una broma muy bien planeada que va a culminar enseguida con amigos divertidos con camisas divertidas saliendo de su escondite. Fue entonces cuando aparecieron las toallas en orden. El algodón doblado en una pila formaba una gama de color, y había toallas verde césped, verde pálido, azules, azuladas, grises, blancas... Y olían a limpio más allá del limpio, a un limpio que ni siquiera conocía la idea de suciedad, pureza no vivida, jardines nunca hollados.

—¿Te pasa algo?

Era Victoria, asustada ante los gemidos y la tardanza. Antes de sacar la cabeza de dentro del armario, antes de levantarla de la pila, un rastro de mi cara en la hundida toalla roja, y dejar de llorar todo lo que no había llorado ni cuando Elsa murió, ni cuando mi madre se derrumbó un par de veces al otro lado de la línea telefónica, ni las noches de insomnio y resaca en las que se reflejan sombras como espadas en la

pared, los sutiles movimientos de las pesadillas, de vivir una vida sin sentido, de la impostura y las alucinaciones, balbuceé:

—Es que son de colores...

Y noté que se conmovía de mi gesto y quise decirle que, pese a mentir una vez y otra, no la estaba engañando. Y que también lloraba porque me arrepentía de mis mentiras futuras y de los castigos que nos iban a imponer esas mentiras, y las mentiras de los dos, y las alucinaciones.

Cuatro años de vida común y pensar distinto en el territorio de la carne y la falsedad. Una muy distinta, irreconciliable vaguedad, para calibrar la esperanza de la certidumbre. Sus pasos descalzos, el sonido del agua de la ducha, el olor del café, su olor, cada mañana, su vida. Lector, quiero contar las dos vertientes del caso: lo sucedido REAL y lo sufrido HIPERREAL. Las mentiras también, Lector, las bromas, los engaños, los trucos y las alucinaciones.

Dentro de la casa, la guitarra ensaya un acorde, y un segundo y un tercero, hasta que las manos inagotables forman una rueda de sonido cada vez más limpio. La música llega entonces al jardín entre aroma de pino quemado, porque alguien aviva una hoguera en la propiedad vecina.

La casa de los Llinàs, piedra centenaria acosada por la venta sucesiva de los terrenos que la rodean, entregados sin lágrimas, pero sin júbilo, a los nuevos tiempos de bloques con portero uniformado y guardia de seguridad nocturno que mantienen la calma, pero anulan el ensueño de acordes musicales repetidos, de atardeceres incurables de pino quemado.

En cualquier caso, un suspiro de Octavi Llinàs, el padre de Victoria, descompone el balsámico ambiente y la reflexión de que quien tuvo algo retuvo, y no está mal:

—Echo de menos a los príncipes envenenadores... —afirma el profesor emérito, académico de infinidad de academias, premiado con mil premios, dos veces viudo, mientras admira su obra: el jardín que recrea, según engañosas lecciones, «el sosiego que envuelve la casa a la derecha en el *Descanso de la huida de Egipto* de Joachim Patinir».

En mi primera visita a sus dominios, Octavi Llinàs me explicó, siendo yo novato en la lid de escuchar ese despliegue erudito, el porqué de la exacta ubicación en el terreno del olmo, de los pinos, del nogal... Las atracciones mágicas, divinos vínculos binarios y ternarios. Así que yo seguía con afirmaciones de cabeza el denso relato sobre conexiones entre objeto natural y representación sin caer en la cuenta de que el anciano se burlaba de mí. Porque, sin conocerle, era imposible ver en Octavi Llinàs a un bromista; así de severo era su rostro enteco, profundas arrugas grabadas como un mapa hidrográfico en el rostro de un hombre guapo, tanta era la veneración que envolvía su persona, la prudente solicitud con que su tercera esposa y sus dos hijas menores (Elena no, nunca) velaban por el cuidado de una serenidad voluble: la obligación de acompañarle a misa una vez al mes sólo para escucharle decir a su término lo anticlerical que se había sentido siempre; el interés que despertaba cada uno de sus gestos y palabras durante un almuerzo, más que frugal, miserable; la ridícula abstinencia de fumar que Victoria mantenía ante su persona; la obligación indiscutible de asistir a ceremonias y ritos que demostraban quiénes eran los Llinàs por encima de ideologías, y los modos y el dialecto que cada generación se veía obligada a manejar para la recta supervivencia patricia.

Así que en nuestra primera sobremesa, Octavi Llinàs me dijo lo de Patinir y lo de la huida de Egipto, y también me enseñó dónde alcanzar los saberes necesarios para que en una nueva conversación, después de otro almuerzo infinito, poseyese un fondo de amenidad con que discutirle, en vez de, son sus palabras, «mover la cabeza como

una bestia de tiro a ver si el viejo se calla. Por muerte, si es posible». Al mirarle, sorprendido por la salida de tono, no encontré a un energúmeno agitando un bastón imaginario, ni partículas de saliva dirigidas en aspersion a un césped amarillento. Todo lo contrario: un cándido semblante parecía emerger de repente de un jersey agua sucia como si fuera un puño infantil.

A partir del día siguiente, sin decir una palabra a Victoria, me sumergí en las cristalinas aguas de los paisajes flamencos del tal Patinir (o Patenier, o Patinier), y supe del gremio de Amberes y de la gran cultura que se le suponía a Patinir por su amistad con Durero (o Dürer) y me enteré de Melancolías y Caballeros y Muertes y Diablos. Y llegó la siguiente visita. Un nuevo almuerzo, un nuevo elogio de la pescadilla que se muerde la cola (¡y la misma lección del Ouroboros!) para salir enseguida al velador donde reinaba la botella que no me atrevía a tocar dispuesto a dar la talla sobre arte flamenco. Pero el eximio doctor Llinàs, después de un largo silencio, me miró y dijo:

—Usted, Atienza —me llamaba de usted y Atienza—: ¿Opina que la sangre es más espesa que el agua? —Y otro largo silencio, una pausa en la que se filtraba el rumor de unas obras olímpicas a poca distancia—: Yo no...

Y el silencio definitivo, y no por muerte. Casi una hora. Las copas intactas. Al fin salimos de allí y entonces le pregunté a Victoria por la disposición vegetal en torno a la casa sin posponer ni un instante el relato de mis desvelos con Patinir. Tras mucha risa, y de indicarme con desenfado jamás exhibido ante la figura paterna, que no era necesario hacer caso de todo lo que dijera el sabio, que su discurso era una interminable broma privada, Victoria me explicó que el historiador de arte Llinàs, antes de ser desvinculado de casi todas sus obligaciones académicas, ni se había fijado en que su casa tuviera jardín. Por ello, era muy difícil que hubiese tomado alguna decisión en cuanto a los árboles que deberían ser plantados, en qué disposición y según qué modelos.

Y otra tarde:

—Debe de ser una lástima estar tan lejos de los toros... —una larga pausa—: No alambrar con esmero la dehesa, ni estercolar los establos... —y entonces la mueca compasiva que sin duda me destinaba personalmente se tornó fingimiento de lejanías y placeres intelectuales, y sus pensamientos simulaban volar a Roma, a Florencia, a Venecia, y aún más al noreste, aunque yo sabía que estaban a mi espalda, haciéndome cuchufletas.

Y en la cuarta ocasión:

—¿Cuándo se celebra exactamente la fiesta de la caballada? ¿En qué fecha?

—¿Cómo?

Y el viejo me miró con la expresión del que descubre una impostura, y yo le miré por primera vez con el gesto del que ha sido sorprendido en falta grave, pues mi

difunto progenitor, el juez, ya tenía una biografía completa con sentencias ejemplares a villanos de posguerra como Cantaclaro, El Nudito o El Brasileño, cuyos imaginarios avatares no incluían ninguna «caballada», y menos como festividad.

—Sirva, sírvase un anís... ¿O le llama cazalla?, ¿ojén?, ¿matarratas?

Y cuando empezaba a decirle que la abstinencia era una de mis virtudes...

—Los atencinos salvaron a Alfonso VIII del moro...

—¿Y?

—Lo conmemoran en la caballada. Los atencinos de Atienza. ¿No es usted de Atienza?

—Atienza es mi apellido —y, desde luego, me arrepiento de haberlo dicho tartamudeando.

—¡Acabáramos...! ¡Un converso! —el viejo tosió, la mirada de impostura descubierta se volvió gozosa malicia—: Eugeni D’Ors, el D’Ors bueno, el de cuando vivía aquí, propuso en la segunda década del siglo el establecimiento de un cordón sanitario para evitar que los inmigrantes meridionales echasen a perder la raza catalana.

—¡Qué tío!

—Usted, Atienza, vaya riendo...

Y aunque parezca mentira, y el Lector deduzca que soy una persona sin dignidad, hubo una quinta vez. Aunque esa tarde fui más espabilado. Nos sentamos ante nuestro velador, y el dudoso momento bucólico se vio violentado otra vez por las cercanas obras. El olimpismo abría cinturones periféricos a través de las afueras nobles de la ciudad ante la protesta de los acomodados vecinos. Una serie de martillos neumáticos ofrecía una sinfonía infernal. El viejo la estuvo obviando un rato, pero, de pronto, se levantó y, mientras alzaba los brazos al cielo, invocó:

—Beydelus, Deymemes, Adulex, Metucgayn, Atine, Ffex, Uquizuz, Gadix, Sol. *Veni cito cum tuis spiritibus!*

Y se sentó sin más. Y al cabo de unos minutos, tuvo la gentileza de elevar un tanto la voz para añadir entre el ruido:

—No se asuste de mis maniobras esotéricas... No se arrodille y me confunda con un dios que pronuncia divinas palabras. No sacrifique a mis pies la mejor de sus cabras, Atienza. Lo que acabo de hacer no es más que una vieja invocación del *Picatrix*, un libro de magia negra, asunto en el que no soy lego.

Pero las taladradoras seguían horadando montaña sin hacer caso de las invocaciones. No tuve más remedio que levantarme y trazar unos pasos de ska. Y así, con mi usual falta de compás, pero bien afinado el sentido espiritual del ritmo, desgrané mis sortilegios, mientras en contrapunto promocionaba mi gracioso trasero para nadie y los brazos se cruzaban por arriba y por abajo:

—LetmitelyubautSalibraun LetmitelyubautSalibraun Salibraunisaguelintaun

Donyunoumesaraun... —y alzando la voz con los impulsos fonéticos imprescindibles para entonar el idioma imposible y que el viejo echara a correr—: Kuku, kuku, kuku, kukumakastick, kuku, kuku, kuku, kukumakastick... hityugüizyukukumakastick.

Y me senté. Y enseguida callaron las obras. Un puntito de suerte, no pasa nada por intentarlo. En torno a la mesa del jardín se consolidó un silencio bajo el cual hormigueaba la rabia de un anciano herido en su orgullo mágico. Victoria me rescató al cabo de una hora de mutismo. Entonces, el viejo Llinàs empuñó la botella de anís e informó a su hija:

—Tu amigo domina el inglés como la Armada Invencible dominó a los ingleses.

Luego ascendió por el césped con paso ágil. Sabía que habría una venganza. Y llegaba ahora de la mano de «los príncipes envenenadores». Octavi Llinàs, al parecer, les añoraba:

—Se lo digo muy en serio, Atienza. Les echo de menos...

—¿A los príncipes envenenadores...?

—Mucho...

Y venga silencio... Y la guitarra en la casa: los dedos de la invisible Elena regresan a un acorde, pulsan otro muy despacio y luego un tercero, y vuelta a empezar. Monotonía tras los cristales y, sobre todo, más allá, en el terreno en declive ante la casa de apariencia semirruinosa para despistar a los buitres de la Hacienda Pública, o a nuevos milicianos anarquistas que en el umbral de otra guerra civil vinieran a llevarse por delante a un ricacho argumentando cualquier pretexto para la revolución de los ignorantes, quienes, sobre todo, ignoraban que ese ricacho en concreto no era ya ricacho y, además, profesaba a su muy particular modo el credo socialista.

Yo sigo al acecho de la botella de anís por ver si Octavi se decide a servir una copa de la que hoy no voy a abstenerme. Los príncipes envenenadores... Quizá mi futuro suegro se compare con un Borgia y esa botella de anís contenga arsénico. Así que espero el crepúsculo del final de verano y el relente, calculo la táctica del reproche que proyectaré sobre Victoria, que duerme a mi lado en una tumbona de listas azules, y me da la espalda, como burlándose, en una estudiada conspiración donde ella se encarga de atraer víctimas a ese jardín para que el viejo las devore. Pero uno combina el aroma de pino quemado en la propiedad vecina con la visión de las piernas brillantes de Victoria, lo mejor de su anatomía, y sabe en la dudosa serenidad de la tarde que ese cuerpo y esa respiración mienten. Bajo la manta de cuadros Burberry, la mentira se acompasa a una respiración que proclama hasta en el sueño armonía con el mundo, y es sólo en el sueño donde libera la tensión de lo no dicho. Vuelvo la cabeza y encuentro una mirada reprobatoria de Octavi por admirar a Victoria en su presencia. Y enseguida es él quien, sin hacerme ningún caso, la mira dormir con la profundidad y el amor que las personas sin hijos entendemos



demasiado bien, porque nos parecen nobles esos ojos cargados de ternura hacia uno mismo por estar en el mundo, por seguir aquí, y que la sangre de tu sangre duerma tranquila a tu lado, bajo tu sombra.

La que el año pasado era casi una niña, Silvana, estrena su condición de adolescente cumplida, salta al jardín desde las primeras sombras, besa a su padre, me besa, y deja un rastro de perfume que obliga a seguir, más de reojo que nunca, su flamante femineidad. Mientras Silvana expone su programa para esa tarde, Octavi me mira y se encoge de hombros como si lamentara, y yo comprendiese, que sólo cabe resignarse al ser abandonado por la camada, y sólo ayuda el sarcasmo, cuando esas mismas hijas vuelven de visita con charnegos de la mano. Mientras Silvana habla, sólo puedo imaginar que miente de la forma piadosa en que lo hacen quienes no han aprendido aún a ser falsarios sistemáticos, sino como se miente a una edad determinada, por el bien común; y la envidia porque supongo en sus ojos otro brillo muy pronto, y sé que Silvana, si es sensata, vivirá unas horas la constante turbación de los sentidos. Y admiro, en verdad lo admiro con el afán del huérfano a medias voluntario, que aún exista alguien, por muy cabrón que sea, capaz de decir «No vuelvas tarde», «No cojas frío». Así desearíamos que se resolviera pura la marcha de la vida como anhelamos pureza y música en el movimiento de los astros.

Mi vida, en cambio, es impureza y mentira; pero en ese atardecer de septiembre junto al nostálgico de los príncipes envenenadores, aún se deleita en los campos de la promesa, en la idea de que el mejor destino florece también en terreno espurio. Victoria, atraída por el misterio de la figuración que ha hecho sobre mí, lleva más de un año entregada a la doma y mejora del Buen Salvaje, mientras conoce y paladea la desinhibición en una faceta muy concreta de la vida cuyos canales habían cegado una infancia y una adolescencia al parecer traumáticas: la muerte de su madre cuando ella era una niña; las continuas disputas de su padre con el hijo de su primer matrimonio, Rafael, un poderoso pope cultural socialista criado en Madrid que reniega de Octavi por viejos abandonos, pero ensaya acercamientos a sus hermanas, regalos y promesas con sabor a venganza filial; la extrema belleza, la inteligencia y rebeldía de su hermana mayor, la hosca Elena (una foto me había revelado a una de esas semidiosas rubias, tan extraordinarias, que acobardan por exceso cualquier impulso, al menos en mi persona); la obligación de asumir un papel de mujer responsable para el que dice no sentirse llamada; las dudas ante la vocación, el adecuado mundo que Victoria ha creado en torno suyo y que encierra ahora entre signos de interrogación después de un tercer orgasmo, lleno de tanta dicha, lo cura y gratitud que me avergüenza. El día anterior, yo había llorado de soledad en sus toallas; veinticuatro horas después, ella creyó abrir la misma puerta al desahogo porque me arañaba la espalda y apretaba los dientes, enferma de furia erótica, vengada al fin de horas ridículas en las que hizo lo necesario con una entrega baldía. Me ordenaba seguir follándola con una voz ronca,

autoritaria, que nunca había exhibido ante nadie. Victoria había estado confiando, y ahora se daba cuenta, en la experiencia trivial con intelectuales bien acomodados.

O eso es lo que dijo y no me costó nada creer. Por eso me molestaban los celos que sentía del futuro de Victoria, cuando liberada por fin de su inseguridad se lanzase a probar fortuna sobre un variado surtido de camas ajenas, y el éxito y la boca entreabierta y la refutación del placer hicieran inútil al falso hijo del juez inventado. Un movimiento nuevo de las caderas, un gesto audaz, un volverse en la cama para ensayar una postura inédita sin hablarlo antes con sonrisa picara, no eran interpretados en nuestros asiduos combates amorosos como ampliación de la entrega, ni como ejecución de sus fantasías de pajillera en cama estrecha, ni siquiera, lo más sensato, como la evidencia de un talento para el goce. Yo sospechaba una experiencia paralela con artistas, galeristas, críticos, coleccionistas, inversores, comisarios de exposición, directivos de grandes y medianos museos (y de museos menores y recoletos), políticos y aficionados que pasan por ahí, de antiguos amores con los que no pudo estar a la altura en su momento y a cuyos brazos volvía como una condesa de Montecristo del sexo... En cualquier caso, una desazón que propiciaba más ardor y mayor necesidad de estar con ella a todas horas sobre una cama demasiado estrecha que al cabo de una semana de relación fue sustituida por otra, también pequeña si se la compara con el estadio del Fútbol Club Barcelona.

La satisfacción de una pareja maravillada de su afán para enamorarse de lo que el otro representa nos aisló unos meses del mundo exterior. Planeamos el fin de semana, vamos en su coche (un miserable Panda) hasta el sur de Francia, y diez años después de la trampa de que fui víctima en esa misma ruta, cojo un volante para conducir de nuevo hacia paredes blancas bañadas por el sol de invierno, rótulos déco y un paseo hasta el final del embarcadero que pisara Cézanne, hasta la montaña que pintara Cézanne, comiendo la misma fruta que Cézanne, compartiendo *gitanes* y charla con el nieto de uno de aquellos niños que apedrearon a Cézanne. El espesor de lo sensible, Lector. Y tal que en una de las canciones favoritas de Victoria, graves en apariencia, pero con risa en la mirada, bebemos vino blanco y escandalizamos el ambiente con nuestra efusión en un bistrot especializado en pescado fresco. Porque Victoria sabía qué significaban las canciones; la gracia y la ocurrencia eran placer razonable. Quizá fuera ése todo el problema: no comprender estimula la emoción de la posibilidad.

Mientras yo apenas cultivaba mis superficiales amistades y urdía gansadas para los japoneses, ella decía soportar los problemas de la galería y las notas a pie de página de su tesis («Vicente Huidobro y los pintores. Interrelación asimétrica en las vanguardias históricas»), al tiempo que estudiaba mi capacidad de respuesta y de adecuación a sus nuevos y aún secretos planes. Victoria empezó a enseñarme también una sonrisa recóndita en el lado oscuro de su rostro cuando me entregaba al mucho

whisky, la bastante cocaína y la música demasiado alta. Luego, de momento, el perdón sobre la cama tras el estallido que anuncia la longitud del placer, de la verdadera importancia del sexo cuando se ha disfrutado, de que se puede vivir mucho si hay pasión, y que es muy fácil, cuando él piensa que ella nunca cambiará, y ella está segura de que él cambiará antes o después.

Yo, en verdad, me esforzaba por ser otro, poco a poco. Durante una temporada creí necesario adivinar paraíso en el infierno y darle espacio, aunque ese paraíso no fuera luminoso y me arriesgase a un porrazo en cuanto no recordara quién era de verdad y cuál era mi papel en esa función benéfica.

Aun así, me gustaba que pareciéramos entendernos con la mirada, y que ella facilitase el trato mutuo, la vida cómoda. Victoria anticipaba de modo espontáneo el sesgo de algún asunto que yo procuraba no mencionar. Y se equivocaba mucho, pero se lo agradecía, aunque temiera que esa delicadeza y su opinión sobre mi sombra iban a ser menos cariñosas en cuanto sus intuiciones diesen un paso al frente y supiera la verdad y su contorno. Entretanto, me fascinaba la voluntad de Victoria por ser en el mundo, me intrigaba el pulso, con origen en una relación amor-odio (o quizá ilusión-decepción), que mantenía con su hermana mayor, Elena, ese personaje. Una Victoria acomplejada (aunque cada día menos) libró esa lucha en un frente de voluntad, de simpatía, de esa necesidad de armónica paz que nunca iba a ser del todo suya. Y uno de los modos de vencer a su hermana en esa competición, quizá la última locura de una juventud nada loca, era vivir con el tipo chiflado, rudo y cariñoso, no del todo inculto, despreocupado con su talento y su futuro y magnífico amante. Eso era lo que, al parecer, la difunta Elsa le había contado a Elena sobre mí, una mentira monumental (en la boca de Elsa, Lector, no en otra cualquiera). Supe entonces que competir y exagerar un poco en el tanteo no eran asuntos exclusivos de mozos fanfarrones. Y también supe que el azar y el sinsentido coqueteaban conmigo. Y desde luego sé lo mal que acaba todo cuando Fortuna se fija en mí.

Los hechos, el gesto, los impulsos, la intuición. Victoria nadaba cada día en una piscina próxima, y una mañana fui a verla para darle una sorpresa. Victoria, con su práctico bañador de competición, entre otros nadadores que en disciplinado desorden iban y venían entre boyas, aplicaba una por una todas las instrucciones del manual, constante en el movimiento, y los hermosos brazos y las hermosas piernas buscaban una justa corrección que se resolvía en avance, pero no en una corriente de afecto con el agua. La alta facilidad, el verdadero ritmo, lejos, a distancia.

Cuando quería excitarme, se desnudaba frente al espejo de su cuarto, de espaldas a mí, que estaba tumbado en la cama con ojos de lince o de pazguato. Ella se acerca a su reflejo en el cristal y lo acaricia con los pezones, se besa, y vuelve la cabeza muy despacio en mi dirección. Ese escorzo, que yo suponía estudiado, no hacía sino ofrecermelo lo mejor de su anatomía, y el conjunto me excitaba, y mucho, pero no

como ella podía figurarse. Me enardecía descubrir otra vez sus artificios, su esfuerzo, y lo que significaban esos artificios y ese esfuerzo y su género y su clase y su experiencia. Debía castigarla por sus trucos y por ser quien era.

Entre nuevos enigmas que iban surgiendo en mi vida y que empezaron a tomar forma aquel atardecer de septiembre entre príncipes envenenadores, Victoria me presentó a su socia (y la deseé) y su socia no hizo sino elogiarme, y me presentó a sus amigas (y las deseé) y sus amigas dividieron opiniones, y me presentó a sus amigos y a sus relaciones profesionales y los odié a todos. Cuando llegó el momento de conocer a Giulia, su madrastra italiana, y sobre todo al eminente especialista en Renacimiento, autor de importantes monografías, receptor de todas las distinciones nacionales e internacionales y dilapidador del resto de una fortuna que llegó a sus manos ya muy repartida y mermada, y de la que sólo permanecía humo a pino quemado y a fin de saga una tarde de septiembre ante una casa de apariencia ruinoso, me confesé asustado de ser sólo yo (y eso que yo no era «yo»). Victoria me ayudó a especular seriamente con la posibilidad de que me disfrazara de barbudo y formalista profesor ruso y ensayase mi campechanía cosaca ante Octavi Llinàs. Victoria reía, y mientras reía, avisaba que su amado padre, el mismo al que insultaba en sueños, se hallaba muchas leguas por encima de mí en cuestiones de excentricidad:

—¿Le he dicho ya, Atienza, que echo de menos a los príncipes envenenadores? Aunque ni siquiera fuesen envenenadores. Conque fuesen brutales y despiadados y quisiesen comprar la virtud con el producto del vicio, ya les echaría de menos...

Y yo, en mi sexta velada en el tedio de aquel jardín, deseé por sexta vez, y rabiosamente, haber sido ruso y tañer alegre mi balalaika como toda respuesta a las marrullerías del ex catedrático y al lánguido sonido de la guitarra que llegaba desde la habitación de la estúpida Elena, que no se dignaba a mostrar ante ojos plebeyos su legendaria persona.

—Y desde luego añoro la revoltosa existencia de los insectos ilusionistas. Los insectos ilusionistas se posaban en la nariz de los príncipes envenenadores, pero ellos nunca les dieron un manotazo, les respetaron. Los príncipes mataban a cualquiera que se interpusiese en su camino, pero no a los insectos que iban a hacerles inmortales. Los Chigi, los Orsini, los Rospigliosi, los Barberini, los Corsini, los Rezzonico, los Borghese, los Pazzi, los Bardi, los Strozzi, los Pitti, los Rucellai, los Médicis, los Visconti, los Sforza, los Este, los Montefeltro... Príncipes y Papas... Todos ellos están en nuestra memoria con su gesto altivo y su carga simbólica de poderes celestes y terrenales rodeándoles, mientras sus enemigos caían por la espada, en la hoguera, en la horca, los puñales atravesaban los tapices, el agua de las bañeras se teñía de rojo, los pretendientes se llevaban la mano al cuello agarrotado después de probar el vino, el corazón de los rivales en un pañuelo de seda. Por no mencionar al gran Sigismundo Malatesta, el señor de Rímini, el único humano que junto a Judas

Iscariote está oficialmente en el infierno. Il Lupo, le llamaban. El mismo que sodomizara ante sus tropas, después de maniatarlo con su propio manto, a un enviado papal, quinceañero, todo hay que decirlo, que venía a reprender su conducta. El mismo Sigismundo Malatesta que fue buen cliente del agradecido Alberti, de Agostino di Duccio y de Piero della Francesca... No pongo la botella de anís entre los dos para componer un retrato civilizado, sino para que beba... —entusiasmado al parecer con su divagación, Octavi Llinàs me sirvió una copa de aquel potente y denso líquido—: Brindemos por los príncipes y los insectos.

Y brindamos.

—Bebamos...

«Bebe tú primero, hijo de puta», pensé, mientras sonreía.

—Beba, Atienza, beba. No sea tan respetuoso con las normas de su librito de buenas maneras.

Y la verdad era que ocultaba bajo el colchón un libro de urbanidad escrito por dos lechuguinos asociados. Probé el anís, que a anís sabía. Miré a lo lejos y la distancia no se me hizo borrosa. Me serené.

—Lo que le quiero explicar, amigo Atienza, es que el Renacimiento, y con éste la cultura humanística, que parece concluir ahora con tanta olimpiada y tanto blando y tanto filósofo francés, tiene su origen en diversos mitos. Uno de ellos es el del insecto ilusionista. Y el primer héroe de nuestra historia es un pintor de naturaleza legendaria, como tiene que ser. Giotto era pastor, dicen. Pues bien. Un día estaba el pintor Cimabue paseando por los prados de Bondone cuando vio que un pastor pintaba a sus ovejas en una piedra con una claridad y una finura asombrosas. Enseguida lo puso a trabajar con él de aprendiz. La primera conclusión que podemos sacar de esta historia es que a lo mejor por aquel entonces, le hablo de años, de siglos, Atienza, no crea que todo esto pasó anteayer...

—Ya, ya... —y tras un suspiro que pretendía despertar a Victoria—: Ya.

—Ahora los pintores parecen estrellas de rock. Pero entonces eran un gremio más, artesanos. En cualquier caso, parece que estaban mejor considerados que los pastores. Quizá por ser parte de la *polis*, de la ciudad. Y Giotto ascendió de categoría. Eso es en lo que deseaba concluir. Giotto se llevó el realismo a la ciudad, a Florencia, dejando el rebaño solo. ¡Pobres ovejitas! ¡Beeee!

El demente balido logró interrumpir la monotonía musical que llegaba de la casa y también despertar a Victoria. Algo confundida, algo enfadada, Victoria levantó un poco la cabeza y la volvió hacia nosotros, las marcas de la lona en el rostro, y balbuceó a su padre un soñoliento: «Au, papa, calla...». Octavi me miró como diciendo «Qué rica...». Pero enseguida amargó el gesto como si pensara «Pero si este cerdo se la tira...». Y siguió con su rollo:

—Hemos dejado a Giotto de aprendiz en el taller de Cimabue. Un día que éste se

ausentara para visitar a algún pez gordo, o para ver a su amante, o para lo que fuese, el antiguo pastor, en una travesura típica, por joven y por pastor, pintó una mosca en la nariz de una figura recién acabada por el maestro. Cuando Cimabue volvió al taller y se concentró de nuevo en su obra, lo primero que hizo fue espantar a la mosca, tan vivida era, tan perfecta, así de exacta transmitía la ilusión de realidad. Ya le digo, ilusionista... Lo segundo que hizo fue seguir espantando a la mosca, porque seguía sin enterarse de que estaba pintada. Lo tercero que hizo Cimabue fue soportar la carcajada de sus ayudantes y aprendices. Lo cuarto preguntar sin guasa ninguna quién había pintado aquello. Lo quinto medir con una vara el culo de Giotto, no tanto por la travesura, sino por arrebatarse con su osadía la invención del Renacimiento. Aún faltaba pintar el aire para que la mosca se desarrollara, la perspectiva. Y faltaban los pliegues y el pelo movidos por la fuerza de ese extraño viento, el *spiritus*, y la danza... Y esmerarse en la carne. Y en el Tiempo... Pero el primer paso ya estaba dado... Por supuesto, amigo Atienza, usted habrá oído esta anécdota en la biografía popular de muchos pintores. De hecho, Plinio ya hablaba de un pintor que representaba panes tan magníficos que los pájaros de verdad se lanzaban sobre su tabla para picotearla. Pero luego, tras Giotto, esa historia se hizo ejemplar. Se cuentan anécdotas de Rembrandt en este sentido. Y de Murillo. En mi juventud, Murillo gustaba mucho. ¿Usted no odia a Murillo?

—Nunca he pensado en Murillo en términos tan apasionados.

—Nunca ha pensado en Murillo... Vaya, Atienza, me decepciona usted. Pero, beba, beba... —bebí—: La única virtud de Murillo es que, gracias a su nombre, los gitanos de Sevilla han timado con cuadros falsos a un montón de incautos. El hecho de que esa anécdota se refiera al primer pintor del Renacimiento es muy significativa. Nos está diciendo a gritos que entonces el realismo empezaba a ser apreciado. Que para la gente del Renacimiento el valor supremo del arte era lo que ahora se toma por gusto chabacano: imitar la realidad hasta el punto de que el espectador se confunda. Y el mayor logro de un maestro, para sí mismo, era obtener sin esfuerzo aparente, sin rastro de lucha, la unión de lo pintado con lo real, vencer la dificultad, reconstruirla en sus aspectos sólidos y fugitivos. Todos, pues, estaban de acuerdo en que la representación pictórica debía parecerse a la naturaleza. Por tanto, fue ordenado que todo el gremio se esmerase en lograr insectos ilusionistas. Que las representaciones religiosas, que eran las que entonces imperaban, abandonasen ese aire de pasmarotes, esa *maniera greca*. Y que las personas parecieran personas. Y que los fondos dejaran de ser cataplasmas doradas y se llenasen, en un *paysage moralisé*, aunque no siempre, con casitas, palacios, ciudades enteras, sauces, cabras, gente a caballo y danzas de rústicos como la que usted tuvo a bien mostrarme el otro día, mientras reinventaba el idioma inglés. Y que las escenas no se situasen en el cielo, en el infierno o en el limbo, sino en lugares con cara y ojos. Y al atardecer, a ser posible.

Se habrá fijado que la mayoría de las historias que representan las pinturas del Quattrocento suceden al atardecer. Es la hora mágica, cuando la luz es a un tiempo difusa y diáfana, cuando las cosas se revisten de una identidad más profunda, sentimos la fatiga de la jornada y Virgilio escribe sobre el placer del llanto sin duelo. Ésa es la hora en que se puede ir a la iglesia a ver cómo los arcángeles anuncian la buena nueva... Porque esos frescos y esas tablas, todo eso, amigo Atienza, era educación, información. Y la información fue cada vez más perfecta en su ilusión. Pero a esa ilusión se unió la de los farsantes. Ésos, como veían que la cosa se ponía realista, se sacaron enseguida de la manga a un tal Lentulus que fue un falso gobernador de Judea encargado, nada menos, de dar el primer informe de Jesús ante el senado romano. Imagínese. Primero, los Padres de la Iglesia y sus seguidores intentan destruir todas las referencias documentales respecto a Jesús para adoptar la postura que convenga en cada momento, y luego esos mismos charlatanes inventan a Lentulus... Espere y verá lo que dijo nuestro amigo. Nuestro amigo inventado, no se olvide... Lo que dijo nuestro amigo inventado del personaje, quizá histórico, pero a todas luces inventado también.

El viejo saltó de su crujiente silla de mimbre y salió disparado a través de la difusión diáfana de aquel atardecer mágico en busca de un instrumento de tortura cualquiera. Cuando sus pasos dejaron de pisar hierba y grava y penetraron en la casa, me volví como una centella en dirección a Victoria para despertarla y prometerle lo que fuera con tal de que nos largásemos de allí en ese mismo instante. Pero Victoria no estaba, sólo su manta abandonada sobre el verde comido por las malas hierbas. Volví la vista atrás por si había eruditos en la costa y llené mi copa hasta el borde.

«Demasiada gente inventada...», pensé, mientras me bajaba de un trago el Anís del Mono. Vivía en la sospecha continua de que el viejo descubriese mi identidad. Ya me había ocurrido la tarde de «la caballada». Entonces sólo quería tomarme el pelo, rebajarme un poco, y quizá la cara que puse le hiciese sospechar...

Oí su voz en la casa. Y oí tres voces femeninas entregadas a la risa. Si todos se estaban riendo de mí, no me acababan de salir las cuentas, porque, según Victoria, Elena no se hablaba con su padre. El padre de Victoria no se hablaba con mucha gente, pero en el caso de Elena, la heroinómana, tenía toda la razón en mantener el enfado. Del difícil bolsillo de la eminencia (que muchas veces era el de la propia Victoria) salía el capital necesario para consultar modernos médicos y llevar a su hija mayor hasta modernas clínicas que vencieran la moderna adicción. No hacía mucho que Elena acababa devolver de la última cura, de ahí su presencia furtiva y un mal humor que sólo pedía la amistad de la perezosa guitarra. Pues, aun así, después de tanto esfuerzo, Elena, desagrada, seguía sin comportarse como su padre esperaba; no pedía perdón, no daba explicaciones y seguía sin presentarse a la mesa en las comidas. Cualquier noche volvería a desaparecer para entregarse a oscuras

tribulaciones de las que Victoria no sabía nada, y yo, de querer participar con mis comentarios, sólo hubiera esbozado vagas escenas corsas, o viñetas con un jeque en el asiento de atrás de una limusina. *Paysages pas du tout moralisés*, por burlarme un poco del sabio Llinàs. Callé lo que sabía y limité mis opiniones cuando Victoria trataba de dignificar hasta la apología los avatares biográficos de su hermana, a la que admiraba y despreciaba y, sin duda, quería, como suavizaba los claroscuros de la vida de su padre.

Según ella, antes de la guerra, Octavi Llinàs vivía sólo para los mecanismos históricos y las amenidades plásticas de su Renacimiento natal. La misma guerra le pilló en Roma, donde escribía su tesis, «El descubrimiento del simbolismo pagano y las interpretaciones alegóricas en el Quattrocento», un trabajo de largo aliento que le retuvo fuera de España, entre otras minucias de típico bélico, hasta mediados de los cuarenta. Y fue Madrid la ciudad donde llegó para transmitir algún conocimiento en aquel ambiente enrarecido, mientras se casaba con una madrileña postinera, tenía un hijo y se peleaba con los intelectuales falangistas que más adelante habrían de rectificar sus posiciones totalitarias, pero entonces eran muy, pero que muy fascistas. Todos éstos podían soportar, y aún admirar, a alguien empapado de aquella magna cultura, pero la supervivencia en la selva de las cucañas y los escalafones no les permitía apoyar ese tesón desmedido por transmitir en toda su verdad, con sus luces y sus sombras, un conocimiento cualquiera. Tampoco ayudaron a Octavi los católicos recalcitrantes, impresionados al principio por la noticia de que hubiese vivido la Segunda Guerra Mundial acogido por el Vaticano, pero enseguida fríos ante estudios de enfoque agnóstico como «El manto escarlata: la representación de la casulla papal de Melozzo da Forlì a Velázquez». Los fanáticos pensaban de él que en el fondo era un ateo enmascarado, un catalán oportunista. Por eso, cuando su primera mujer murió atropellada por el tranvía que bajaba Serrano y la familia política secuestró a su hijo Rafael (llamado así por el de Sanzio), Octavi regresó a Barcelona para huir de tanta asfixia, convencido de que debía convertirse en un adalid de la liberalidad y de la nacionalidad, ejercer su magisterio sobre una nueva generación de intelectuales que, además de amar la *terribilità*, amasen también la democracia y a Cataluña. Octavi Llinàs se casó por segunda vez y por segunda vez enviudó. La madre de Elena y de Victoria, la soltera más guapa de su época, nunca había estado muy bien del corazón y murió de un infarto cuando crecieron las tensiones por las amenazas de expulsión de la universidad con la que los malos asediaban a su marido a raíz de su postura heroica en las turbulencias políticas de los sesenta. La tragedia hizo que Octavi cayera en una depresión que logró lo que no consiguieron los siniestros funcionarios del franquismo, retirarle de la universidad. Y esa nueva tragedia casi le lleva al suicidio y, desde luego, le condujo a la ruina y...

—¿Aún está usted ahí? ¿Por dónde íbamos? —Octavi se puso las gafas y miró la



botella de anís—: Sírvase todo el que quiera, siga la tradición castellana de... En fin... Le estaba hablando del insecto ilusionista, del realismo, de la instrucción religiosa y de manipular la información una vez asumido el *Zeitgeist*. Se inventan al tal Lentulus, que cuenta al senado romano cómo es Cristo. Escuche, que es una monada...

Octavi Llinàs abrió las tapas de un libro color chocolate, se ajustó las gafas y leyó:

—«El llamado Jesús es un hombre de altura común o moderada y muy distinguido». ¡Un *gentleman*, Atienza! ¡Un *gentleman* del desierto! Sigo. «Tiene una presencia impresionante y quienes le miran lo aman o le temen. Su cabello es del color de la avellana madura. Cae recto hasta el nivel de las orejas y, desde allí hacia abajo, se curva espesamente y es más abundante y cuelga sobre sus hombros. Al frente, el cabello está partido en dos y con la raya en medio...». Luego sigue con sus guapuras: «Su barba es espesa y similar a la primera barba de un joven...», «Sus ojos son brillantes, móviles, claros, espléndidos...». Y, esto es de gran importancia para las pinturas: «Es terrible cuando amonesta, tranquilo cuando aconseja. Rápido en sus movimientos, conserva siempre la dignidad. Nadie le ha visto nunca reírse, pero se le ha visto llorar...». ¿Usted ha visto un cuadro en el que Jesús se ría? Sería blasfemo, ¿no? Y, por fin, acaba... —y en su histrionismo de catedrático estrella, Octavi Llinàs cerró el libro y se sacó las gafas, mientras citaba—: «Es el más hermoso de los hijos del hombre». Ahí tiene, amigo Atienza, el origen del Jesús de su estampita... O la foto de un primo suyo que to-que la guitarra por los tablaos con mayor destreza que mi hija Elena. Pero no, desde luego, la imagen del hijo de un carpintero judío. Y sí, y desde luego también, la prueba definitiva de un engaño morrocotudo.

Yo me estaba cagando. Un deseo de evacuación súbito y contundente. Bebí para disimular esa urgencia. Cada vez estaba más seguro de que el desocupado Octavi Llinàs había investigado el verdadero origen del pringado que vivía con su hija. Ahora quería darme una lección para luego dársela a ella. Yo era el Lentulus de mí mismo. Octavi Llinàs me daba miedo. Mis intestinos se resentían, mientras él peroraba con un fingimiento de amable disertación:

—Jesucristo se convirtió en el insecto ilusionista de los delirios del cónclave que se inventó su imagen para la adecuada instrucción de la plebe. Pero el realismo seguía. Y seguía con la perspectiva. Y el trampantojo estaba a la vuelta de la esquina, y el orgullo de los pintores muy cerca. Pero en el Quattrocento, la pintura, el significado pictórico, la información, ya era demasiado importante para dejarla en manos de los artistas. Cosme de Médicis, el banquero, encargaba cuadros y ordenaba también la traducción de los clásicos. Cosme, un comerciante, un prestamista que hacía nada estrujaba deudores con su amigo Castrucio Castracani. «Capaperros», que dirían en su tierra. El Cosme que casi inventó una nueva magia tan importante como

el pasmo ante la evidencia de una Tierra redonda y móvil en torno al sol: la angustia del crédito. El mismo Cosme que muy pronto tendría descendientes papas y reinas de Francia. El nombre *médici* indica que habían sido médicos. Primero médicos, luego banqueros y luego gobernantes. ¿Le suena esa curiosa evolución, la coincidencia? ¿Sabe que Pujol, nuestro grosero virrey, está licenciado en medicina?

—Ni idea.

—Pues sí. Primero médico, después banquero y ahora gobernante. ¿Nos hallamos ante otro príncipe del Renacimiento? No ponga esa cara de charnego agradecido, amigo Atienza, que va mal encaminado... Del papel de Pujol como banquero, mejor no hablar, ya que todos han callado. Como gobernante... parece repasar algunas de las asignaturas que suspendió de banquero. Sí, esas lecciones que no enseñan en la universidad. ¿Y si hubiera ejercido la medicina? Sea sincero por una vez en su vida, Atienza. ¿Usted hubiera confiado su salud a los cuidados del doctor Pujol?

No esperó una respuesta, porque estaba tan seguro que no iba a dársela como yo de que, fuese cual fuese, la réplica de Octavi Llinàs iba a ridiculizarme y, quizá, a desenmascaramme por fin:

—Cosme, Lorenzo, los Borgia... Poderosos que acumulan ganancias y pagan el porvenir invertido en el vicio de la explotación y el crimen con la virtud de la sabiduría y el arte. Se engalanan de arte, encargan sabiduría. Y pusieron a traducir a los traductores y a saber a los sabios. Y los sabios leyeron las traducciones y se dedicaron a seguir las enseñanzas de Hermes Trimegisto, el esotérico. Gran tipo, Hermes. Nunca nadie pudo decir de él nada malo, porque, como Lentulus, nunca existió. El *Asclepius* y el *Corpus Hermeticum*, dos libros escritos en el siglo primero después de Cristo, fingían ser obra de un antiquísimo mago egipcio que rendía culto al sol y, entre otras intuiciones y sabidurías, profetizó la llegada de Jesús. ¡Gran profecía estando aún caliente el cadáver del nazareno! Los Padres de la Iglesia, Lactancio y san Agustín, creyeron en su figura, y, muchos siglos después, en la corte de los Médicis, Marsilio Ficino justificó como pudo los saberes del mago egipcio, y de ese modo Hermes pasó a ser aceptado por la Iglesia. Y su magia, un apaño neoplatónico, cargó de teoría los saberes de los humanistas. Los humanistas, pese a lo que podamos creer ahora, no eran individuos que dictasen las normas culturales, estaban alejados de la universidad, de lo académico de aquel entonces. Socialmente, eran poco más que esos adivinos maricones que salen en el *¡Hola!* Pululaban en torno a los poderosos de verdad para adularlos todo lo que se dejaran. Así que los humanistas empezaron a indicar a los pintores cómo debían ser las ventanas por las que el pueblo y los nobles y los burgueses miraran lo sacro y lo profano. Cómo debían ser los cuadros, los muros, las cúpulas... Y nada existía ni había existido salvo los insectos ilusionistas posados en la nariz de los príncipes envenenadores, o asomados en el borde de la copa, o zumbando en el marco dorado. Y la gloria, el

fasto de esa ferocidad creadora que se inspiraba en fraudes estimuló la envidia del Papa. Y Roma se contagió de la exaltación de Florencia. Y Milán, y Ferrara, y Mantua, y Venecia, y todo lugar de Europa donde hubiese poder y veneno... Y se creó un espíritu. Y ese espíritu fue verdad aunque se basó en la impostura, en la mentira, en el saqueo y en la violencia. Una falsa chispa provocó un incendio verdadero. Se hizo realidad colectiva, pública, lo que casi siempre es obsesión particular. Porque, Atienza, yo le concedo que no seríamos nada sin la participación de aquello que no existe, que nuestras mentes languidecerían sin los mitos, sin las fábulas, sin los malentendidos, sin las creencias, sin los monstruos, sin los impostores... Pero esa armonía con lo irreal sucedió sólo en un momento histórico, en el máximo esplendor de la gran mentira. Desde entonces, con una farsa mezquina y algo verdadera, los insectos ilusionistas invirtieron su significado sin dejar de tener el mismo de siempre. Dejaron de ser realismo para convertirse en inquietud. Ángeles de la paradoja: amenaza, peligro, mal agüero... Venganza de la desaparición, un milagro en el truco. Y esas imágenes misteriosas, esos personajes que no tendrían que estar ahí, el polvillo de la uva, el brillo de la plata, lo húmedo, lo graso, la maldita mosca, ese simbolismo invertido, son lo que nos recuerda que hay algo inmutable, que todas las transformaciones se basan en la mentira y que ni mil de ellas podrán borrarlo del lienzo. Los personajes fraudulentos que buscan cambios materiales ven insectos ilusionistas hasta que enloquecen. Son devueltos a la verdad en forma de continua alucinación por las puertas visibles de los misterios invisibles. Los insectos ilusionistas...

—Disculpe... Tengo que ir al baño...

—Pero ¿no le llama retrete? ¿O son meros corrales? ¡Relax entre gallinas! —oí que me gritaba, mientras me iba alejando de su denuncia solapada en busca de aire y urgente evacuación...

Dentro de la casa, busqué el baño como un demente, entre severos antepasados que, colgados a lo largo del pasillo, me vigilaban. Victoria y su madrastra Giulia, desde el salón, me miraban también para mirarse luego entre ellas algo extrañadas. Orientó Victoria desde lejos, entré y no di crédito a mi súbito desarreglo digestivo. Aire contra sudor frío. Me sorprende de que haya aún sofisticadas bañeras con patas. Un aseo ideado cuando nadie tenía aseo y ahora era una caja de baldosas quebradas y cenefas corroídas. Imagino la bañera rebosante de agua ensangrentada. Siempre había llevado muy bien mis pequeñas mentiras, mis identidades más que sospechosas, y ahora temblaba sólo porque un viejo quería jugar conmigo.

—¿Te encuentras bien? —Victoria me esperaba en la puerta del baño—: Tienes mala cara...

No contesto. Camino hasta el jardín, hasta mi silla, para oír las palabras atroces del que habrá de descubrirme...

—Hombre, Atienza... Debe de ser usted un campeón del desahogo fisiológico. Habrá tenido tiempo de sobra para meditar sobre los insectos ilusionistas. O ya habrá visto alguno. No se preocupe. Éstos son tiempos de cambios. Y de fastos. Las olimpiadas, los museos, las memeces... Alguno de esos chicos que mandan y organizan fue alumno mío. Alguno aún me pide consejo. Alguno aún escucha más que habla... Pero no habrá renacimiento porque no hay espíritu. En este país, hace mucho que los poderosos tapiaron de mala manera su concepto del vicio y no creen en el provecho de canjearlo por virtud. Y los insectos ilusionistas se han degradado tanto que sólo los ven quienes viven en la mentira. Pero esa mentira ya no es halo de príncipes envenenadores, sino de pobres arribistas sin escrúpulos. Impostores sin alma descendientes de impostores sin alma. Ha ganado Lentulus, el personaje inventado que a su vez inventó a un Jesús de físico inmejorable que ocultaba dominio, corrupción y tiranía... Se confunde con fervor la avaricia y la sombra de esos cuarenta años abortados, y las mentiras que han lanzado sobre ellos, las que nos lanzamos... Algunos, Atienza, algunos que no se sienten provocados por nada, verán insectos ilusionistas, ángeles malignos, sí, rodeándoles...

El viejo abrió los brazos y me miró con su fingida dulzura como si él fuese también un poco ángel.

—Usted, por ejemplo... ¿A quién pretende engañar? Tebeos japoneses... La gran obra del hijo del honrado juez. No me haga usted reír. Abundan las chispas falsas, pero no prenderán fuegos gloriosos. No habrá una elevación general del espíritu, porque hace mucho que no hay grandeza. Se invita a trabajar a los más prestigiosos escultores, a los arquitectos de mayor postín, se encarga pintar cúpulas de almacenes ruinosos que serán teatros. ¿Para representar qué? Se proyectan fastuosos museos. ¿Para encerrar qué? ¿Para qué? ¿Cómo piensan borrar tanta mentira estéril? No habrá renacimiento, créame. Medite, Atienza, haga examen de conciencia...

Pues muy bien. No habría un renacimiento y a mí me tocaba decirle a Victoria cuanto antes que no era hijo de un juez, sino de un albañil que se había muerto el año en que ella nació y una vendedora de Productos Barnabooth que había sido fregona y portera. Que fui botones. Que, tras la muerte de Franco, me vi involucrado en raros movimientos de «Sálvese quien pueda» de unos desaprensivos que no supieron tener paciencia para esperar el momento adecuado en que pudieran seguir sin castigo el robo y el derroche. Que pude haber sido presidiario, pero fui sólo un fugitivo, un camello de anfetaminas fantasioso y paliza. Que estuve enamorado de la chica que mintió a su hermana sobre mi persona sin estar a la altura de ella en ningún aspecto hasta que la consumió su propia ansiedad por detener el tiempo y elevarlo hasta el olvido de los antiguos males. Que hacía más de diez años que había abandonado a mi familia, cuyo sufrimiento estimulaba con un truco telefónico bajo y melodramático, y que eso me ayudaba a sentirme tranquilo y a dormir plácidamente. Que no sé qué

habría averiguado su padre, pero algo le habrían dicho. Que ya sabía dónde estaba la puerta. Que adiós...

De todos modos, cuando, en el Panda, camino de casa, Victoria me preguntó de qué había estado hablando tanto tiempo con Octavi, me limité a explicar que el sabio me había comunicado la imposibilidad de un nuevo renacimiento. Y, desde luego, y sólo a título anecdótico, pese a mis pinitos creativos, no me veía como la reencarnación de Leonardo... Y que había algo más, y que no podía callármelo por más tiempo. Que ya se lo diría cuando llegáramos a casa.

Y, tras un silencio, y por una vez, y muy nerviosa, Victoria fue directa:

—Te lo he contado mil veces, Fernando... Ha sufrido mucho. La familia de su primera mujer le hizo la vida imposible. Rafael, el de Madrid, se quiere llevar muy bien con nosotras, pero creo que sólo nos ofrece favores para hundirle la moral. Y papá está convencido de que mi madre se murió por su culpa. Y Giulia no cuenta. Para él es la alumna de un curso de verano que se quedó embarazada y a quien debe cuidar. Imagínate, cuidarla él a ella... Ella le adora, pero yo sé que para él no cuenta. Y está lo de Elena. Y está todo lo que hemos pasado... Para él es como si el fantasma de Franco, de España, la guerra, todo lo de después, aún estuviera rondando en el jardín, sobre todo desde que lo jubilaron. A veces me pongo a pensar y me doy cuenta de que algunos antifranquistas parecen tan franquistas como los franquistas. Ya no quieren pelearse con nadie más, porque disfrutaban con eso. O al menos era de ése y de los suyos de quienes se tenían que vengar. Y Franco se ha muerto y los demás se han transformado. Y ahora los héroes están aburridos y sólo ven fantasmas. Y tú le recuerdas esa lucha que ya no existe. No sé, Fernando... No me preguntes cómo ni por qué, pero se lo recuerdas. —Y tuvo que tragar saliva para hacerme la revelación —: A lo mejor porque tu padre fue juez y por lo que pudo representar. Él dice que lo conoció. A tu padre...

—¿A mi padre? —Ésta sí que era buena.

—Sí, en los cincuenta. ¿No estaba tu padre aquí en los cincuenta? Y me dice que si el juez Atienza era esto, que si lo otro...

—¿Qué te dice exactamente? —pregunté, sin malicia, con verdadera curiosidad. Y pese al tono neutro y un poco dubitativo, Victoria se puso nerviosa.

—No mucho... De verdad, Fernando, habla por hablar... Medio en broma, medio en serio, como si le denunciara, como si quisiera ajustar cuentas... Sobre todo, para pasármelo por la cara... Como diciendo «Yo no digo nada, pero mira dónde te has metido, lista...». Los hijos de los franquistas, y perdóname, no pueden ser buenos, no pueden ser inteligentes, tener talento, hacer cosas... Pero ¿de quién es hija casi toda la gente que conozco? ¿De quién soy yo hija? No sé por qué me arrastra todo esto, por qué me empeño en tomarlo en serio. ¡Está senil!

Victoria movía la cabeza a un lado y a otro. Le pasé un brazo por los hombros, la

atraje hacia mí, mientras seguía conduciendo por entre el bullicio ciudadano y acogía en mi mente elevados pensamientos del tipo «Será cabrón, el hijo de puta...».

—Por eso tienes que perdonarle, Fernando... No hacerle ni caso. Por muchas medallas que le den, por muchos homenajes que le organicen, mi padre nunca se sentirá satisfecho. La gente a la que ayudó y que ahora está arriba no piensa en él. Sus antiguos alumnos y eso... Le gustaría intervenir, vengarse a su manera de lo que él debe considerar, yo qué sé... Debió de pensar una tarde que esta época podría ser, si él intervenía, un nuevo renacimiento, una nueva era. Pero como quien puede hacerle intervenir no se acuerda de él, ni de lo que hizo, ni de lo que le costó...

Simulé prestar mucha atención en un cruce y le pedí a Victoria que me encendiera un cigarro. Disolví el pasmo en el silencio. Así que el viejo no tenía ni idea de quién era yo. Simplemente no le gustaba y quería sembrar cizaña con invenciones. O a lo mejor es que no le gustaba nadie, que quería que su hija siguiera siendo lo que él quería que fuese... El silencio y mis conclusiones duraron hasta que, después de aparcar el coche, besé a Victoria muy comprensivo y le sugerí tomar una cerveza en la terraza de al lado de casa. Pisar otro jardín, oír otro monólogo de un miembro de la familia Llinàs. Así que me dispuse a escuchar a Victoria con aproximada devoción, mientras un grupo de artistas o periodistas o aventureros ocupaba la terraza-jardín que habíamos hecho nuestra durante el último verano y unía veladores con entusiasmo para, ya sentados, tratar enseguida, y muy a la ligera, los asuntos de la *rentrée*: la moda en todas sus facetas, los chanchullos olímpicos, la arquitectura, la loca gestión, la disparatada megalomanía, Cobi... Saludaron a Victoria, y Victoria se entretuvo con ellos, porque ya podía estar hundiéndose el mundo que ella tenía que repartir saludos y sonrisas. Cuando la dejaron en paz, volvió hasta mí, mudó el gesto hasta la seriedad absoluta y siguió explicándose:

—Mi padre cree en una edad de oro. Se refugia en lo que pudo haber sido, en el desarrollo lógico de su vida y de sus ideas si no hubiera habido guerra. Y el desarrollo, según él, y hoy, ahora, porque seguro que hace treinta o cuarenta años no pensaba eso, era, primero, una Cataluña sin España, y después, con ese impulso, la nueva Florencia, y enseguida, la gloria. Todo lo que se hace actualmente le parece una mierda, en todos los campos... Como no ocurrió lo que tenía que ocurrir, como todos somos hijos y nietos de la misma degradación y de los mismos engaños que han desviado nuestras prioridades, ahora todo le parece una mierda. Y su única misión en la vida es que todo el mundo se entere. Vale, le parece una mierda lo que haces. Pero también le parece una mierda lo que hago yo. Y lo que hace Elena, la poesía y las canciones, cuando las hace... ¿Te acuerdas el otro día cuando fui a llevarles el cheque? —Victoria, cuando no estaba absolutamente ahogada por las deudas, ayudaba económicamente a su padre. Jamás había asomado el hocico por sus contabilidades, pero a veces me sorprendía lo rápido que se recuperaba de un bache

cuando su padre le pedía ayuda—: Llego y se oye a mi hermana con la guitarra, como esta tarde. Mi padre lee en el salón. Le doy el cheque. Se lo guarda en el bolsillo como si nada. Y cuando me siento, dice: «Si desconoces los efectos de la droga a largo plazo, sólo oír el ruido que tu hermana difunde de manera irresponsable tendrás una prueba palmaria de los últimos grados de la autodestrucción». Así es mi padre... Sin cariño por nada ni por nadie. Y las poesías y las canciones de Elena pueden parecer ridículas, o una cosa como de gente que no acaba de crecer. Pero las historias que nos llegan de mi hermano Rafael son aniquiladas. Y también le parecía mal lo que hacía David... —David Trabal, el antiguo novio de Victoria. Por lo que sabía, un feroz trepador cultural. Aunque la gente, pensaba yo, a veces habla mucho—:... y eso que él a David le tiene afecto, fue alumno suyo... Ya te digo, el sólo piensa en la guerra y en antes de la guerra y en una historia sin guerra y de lo que sufrió...

«Echando moneditas a la Fontana di Trevi...», pensé. Y pensé, en un fugaz momento patético, en los mutilados de mi antiguo barrio, de la montaña. Y en los que no existían. En las historias que nunca se contaron porque no había palabras y sí mucho miedo y muchas ganas de olvidar. Escuché aquel silencio. Pero no quise ir más allá. Me interesaba mucho más comprender a Victoria. Agradecer su nuevo esfuerzo; esta vez porque continuase el plácido momento en que vivíamos, que el hijo del juez no se molestase por las impertinencias que procuraban antiguos pleitos.

Fue entonces cuando miré a Victoria, y pensé que ella estaría unida a la Belleza si la Belleza reconociese una forma de ser, un aspecto físico, la materia y el ardor, unos dedos que juegan con el respunte de su minifalda gris, y retiran el flequillo de los ojos. La barbilla se inclina y medita las palabras para que nadie se ofenda, pero todo el mundo sepa con honestidad cómo están las cosas. Aún que el ansia de serenidad es ansia de respeto. De forma, no de amor. Y responde a ídolos infecundos, no a la esperanza de una Nueva Belleza. Si siguiéramos ese empeño de su padre por un nuevo renacimiento, Victoria nunca podría representarlo, ser su agente, porque si asegurábamos que las circunstancias eran propicias para un tiempo nuevo y mejor, para varios renacimientos, todos abortados, tal como yo imaginaba el mío, y ésa era la Idea, muy distinta a vagas nostalgias o a medianías políticas, Victoria era la forma y la convención, el resultado de modelar cuerpo y carácter. La que había estado en el secreto era Elsa, por muy mínima que hubiera sido su condición y muy torpe su manera de expresarla. Desde luego, si Elsa viviera, sospecho que se hubiera convertido en una ex yonqui agresiva, insatisfecha, envidiosa y resentida, la explosión de lo que también era en parte. Pero Elsa sí había llamado desesperadamente a la puerta de la Belleza para conseguir que se abriera de una vez. Pero no se abrió. Y Elsa estaba muerta y yo vuelvo a escuchar el silencio. Y otros que también intuyeron, esos inútiles anclados en un tiempo antiguo empezaban a tener un aspecto remoto, característico, si no habían cedido a la fuerza de la Forma, de esa

Forma Olímpica que todo lo envolvía, o al menos era la cúpula sobre mi campo de acción. Y sigue el silencio. Y por ello, aunque la razón se enoje, el silencio es más importante que comprender a Victoria.

—El discurso de mi padre está bien claro. Se inventa un pasado ideal. Luego, los demás han cambiado y él no. Él siempre dice la verdad. Y a lo mejor la dice. Su verdad. Es lo único que le queda. Es un viejo, Fernando. Que me ponga de los nervios a mí, vale, que soy su hija. Pero ¿a ti?

Y me daba cuenta también de que los aspectos más audaces de la conducta de Victoria se debían a los gestos y sacrificios anteriores de gente como Elsa o su hermana Elena. No hacía falta que todas se hubiesen hecho yonquis. No me refiero a eso, Lector. Pero la franqueza, la insubordinación, la desenvoltura, actitudes nuevas, pero no cargadas de ideología, sino de la mera búsqueda del placer, el júbilo de ser en la tierra y celebrarlo sin límites, y encontrarlos y mostrar las heridas, fueran el salvoconducto para que señoritas como Dios manda de toda clase social ampliasen un poco sus horizontes. Y fingieran ser libres, o al menos tener acceso a una noción de esa libertad.

Y lo que dije a continuación, puedo ponerme de rodillas, Lector, y jurarlo, no lo hice por maldad o conveniencia. No lo hice sólo por conveniencia, al menos. Comprende también que la confusión de Victoria me ofrecía una salida digna si las cosas llegaban a ir mal alguna vez.

—¿Qué te puedo decir yo? Ni entro ni salgo en esas rencillas antiguas. Pero no me acaba de gustar que tu padre me acuse de delitos que no he cometido. Quiere cargarme con las culpas, que habría que demostrarlas, de lo que hizo una vez una persona que no está entre nosotros para defenderse.

Se quedó callada, pinzándose la minifalda gris que el «Hijo de Franco» arrancaría dentro de una hora para tumbarla en la cama hasta hacerle gritar «¡Arriba España!». Victoria suspiraba sus veintisiete años de infelicidad que por su carácter y su lucha y las circunstancias resultaron en una mujer alegre, sensual, buena y tan conservadora en sus juicios como su madre y abuelas. Y terriblemente ingenua. O demasiado concentrada en sus propios asuntos para ser suspicaz.

Entonces, cuando más seguro estaba de mi instinto y de mi fuerza, vi insectos formando nubes minúsculas bajo los tilos, en torno a los farolillos del bar, en la gravilla de aquella terraza, posándose en el velador. Insectos ilusionistas que salen de los cuadros y revolotean en una espesa danza... Insectos ilusionistas que se vuelven espíritus ocultos, ángeles paradójicos, malignos... Y supe (y sobre todo, sabría) que seríamos muy poca cosa sin la participación de lo que no existe, pero que estaríamos también más tranquilos. Que esos insectos en el farol, en la mesa, bajo los tilos, convertidos en insectos ilusionistas, nunca me dejarían en paz. Que quizá fuera yo el mismo insecto, la ilusión misma.



El Lector convendrá en que no es tarea muy dura volverse «el descanso de la guerrera» a través de mi deriva como hijo de juez a la sombra de una mujer moderna que no se deja avasallar por las chifladuras de su padre. Así que yo era el tipo inexpresivo que deambula por los salones ataviado según el gusto ajeno y sólo está obligado a asegurar refrescantes orgasmos; el simpático acompañante que repite hasta el agotamiento gracias en el fondo ineficaces, pero seguras como ese mismo orgasmo. Sí, yo también pronuncié en todas sus ingeniosas variantes aquello de «Es el conocimiento, no el dolor, el que corre por mil calles oscuras y salvajes». (Y a menudo revolotea también como un insecto, sí). Ahora percibo con nostalgia la ligera facilidad de ese estado; pero cuando hacía de comparsa en los salones, guiado por mi sonrisa leve, mi media taja perpetua y un gusano atormentado hurgando en el cerebro, cuando ignoraba comentarios del tipo «De semental no tiene pinta...», o «Picassín ha encontrado galerista», o «Si espera que Victoria tenga un duro algún día, lo lleva claro...», o «No es la primera vez que hace de macarra ¿te acuerdas de...?», el papel de casi mantenido, pero con un potencial a descubrir, me iba pareciendo ridículo según transcurrían los meses, y nada adecuado a mis muchas aptitudes, de valorar éstas según el engañado punto de vista que la fungible generosidad de Victoria proyectaba sobre mí. Durante los años siguientes, Victoria me animó a afianzar mis actividades laborales más allá de esos misteriosos relatos japoneses que tanto le había divertido que escribiera y ahora (quizá porque conoció a Toni Tortosa) le parecían «pan para hoy, hambre para mañana». Le había dicho, un poco en plan *enfant terrible*, que había iniciado cuatro carreras universitarias para abandonarlas enseguida porque en las cuatro facultades las aulas rebosaban de gente demasiado fea. En consecuencia, y en un tono menos relajado pese a las apariencias, me aconsejó que volviera a clase con unas gafas de plomo. Quiso interesarme en las actividades de la galería. Me presentó a editores. Intentó, en suma, que definiese una actividad de mi agrado. Al principio me conmovía su esfuerzo por hacerme presentable, aunque empecé a sospechar: el deseo de que cambiase era la amenaza de un cambio suyo. Y tanto si accedía a sus propuestas como si no, antes o después iba a encontrarme con otra Victoria, que ya relajada sexualmente, ya cumplida, ya medidas las distancias con un padre al que deseaba contrariar, pero al que era adicta, ya con imperiosas obligaciones profesionales, ya con éxito, con reconocimiento, nunca se hubiera acercado, de conocerlo ahora, a un tipo como Fernando Atienza. Además, ¿cómo podía ampliar mi campo de acción sin delatarme, sin descubrir, en mayor o menor medida, mi verdadera identidad? La adicción de una vida oculta o semioculta... Mi poesía era el reino de las emociones convulsas. El delirio, por muy ordinario que fuese, era lo que me distinguía. ¡Evohé!, por aquí. ¡Evohé!, por allá. Escondido

siempre. Siempre siendo otro. En secreto susurrando: «No es esto aún».

Pasar horas enteras fingiendo que te gusta lo que en realidad te gusta, pero no así, uniformado para lo erótico-bufonesco por una mujer que, establecidas las pautas de la relación, se empeña en dejar de ser la alegre y disparatada y franca (y frágil) saltarina que había conocido en la sala KGB tras la actuación de AvantPop. O la mujer de excelsa madurez sin ninguna tendencia a lo melodramático que sabía agradecer el consuelo al despertar llorando de una pesadilla, y luego murmuraba incoherencias, mientras sus ojos se volvían cada vez más profundos, asustados por volver a la oscuridad y al roce de sus algas. O la compañera de viajes por el sur de Francia, didáctica y cariñosa. O la que se hubiera rendido a mi caprichosa voluntad, cuando el atardecer se hacía noche en la cama y de nuevo amanecer, y hubiera matado por unos celos anómalos, casi divertidos por su fugacidad, ya que su pensamiento volvía enseguida a asuntos más importantes. Llegué a pensar que en Victoria, la paranoia, esa banalidad de burgueses desconfiados, era un elegante toque de perfume tras la oreja.

De contar mi vida a alguien a quien me impresionara impresionarle, mi relato hubiera dejado patente el orgullo que sentía de Victoria, de sus actividades en la galería, de sus recién iniciadas lecciones de profesora universitaria en plena redacción de una tesis, o de las intensas visitas a periódicos eventos artísticos. Pero no tener ningún interlocutor posible me deslizaba por la pendiente de la desgana. Al principio Victoria contaba sus peripecias entusiasmada, o preocupada, o neurótica o astuta, como si la misión fuese común. Luego, fue dejando de contar ante lo pasivo de mis reacciones, o quizá como defensa a ciertas señales mías. Esas señales que por lo visto yo emitía como una bengala, también hicieron que con el tiempo, y alguna sugerencia por parte de terceras personas, Victoria llegase, no a temerme, porque durante la vigilia no conocía el miedo, sino a despreciar mi debilidad, mientras la anhelaba para obrar en consecuencia. Y las señales habían sido tan mal interpretadas como ignoradas las evidencias.

Porque no me preocupaban mucho las excursiones con otros esnobs, que parecían formar una sociedad secreta avivada por anécdotas y bromas privadas, a ciudades como Kassel, Venecia o Lyon. Nombres vagos (salvo uno: David Trabal) y hechos para mí irrelevantes, y tanto más estúpidos cuanto más importancia tuviesen para ellos, sobre quién impulsó la carrera artística de quién y en qué circunstancias, cómo se produjo la vertiginosa ascensión de éste en perjuicio del otro, mucho más capaz, si reconocemos el valor de los tuertos en países de ciegos, pero mucho menos dotado que el de más allá para las relaciones públicas; o lo tierno que resulta quien (con un fideicomiso de aquí a Lima esperándole en el banco cada primero de mes) no acaba de despegar y el éxito le resulta indiferente y nos invita a merendar a su mansión y, en cambio, lo arisco que se ha vuelto Fulanito, ahora que expone en todo el mundo y

gana millones. Se sorprendían del talento, luchaban contra su existencia, porque les confundía aún más que el azar. En ocasiones, siempre en mi papel, iba a esperar a Victoria al aeropuerto, y ella aparecía tras unas puertas automáticas empujando ojeras y maletas por el pavimento acharolado, sin los otros conjurados en la sagrada misión del arte, porque Zutano había aprovechado para ir a Londres y Mengana, en cambio, había decidido prolongar un idilio. Sí, esa cara enfermiza era debida al traspasar horas y horas comentando la jugada en el bar del hotel, la curiosa, supermundana, fiesta que Merengano Merenganetti celebró en el mismo *palazzo* donde se había rodado la *Eva* de Joseph Losey. Pero había que ir olvidando las deliciosas jornadas en Venecia, porque Perico de los Palotes y su «Neo-Neo, Geo-Geo, Ja-Ja» inauguraban la semana que viene y Rebeca, la socia en la galería, era famosa por su incapacidad para rematar una lista de invitados adecuada, al carácter de la exposición, en el mismo grado que no le preocupaba demasiado la falta de un mercado sólido para el tipo de arte en que se habían especializado.

Lo que yo entonces callaba era que la envidiosa Rebeca, sobre los negocios artísticos, tenía mejor disposición para intuir otro estado de cosas; y ésta era que yo leía en sus ojos las ganas de vengarse en lo más oscuro, donde más daño hace, de la humillación a la que era sometida por la habilidad de su socia para una vida coherente. Sí, ése era su pensamiento, el nuestro, aunque nada estuviese más lejos de la voluntad de Victoria que lastimar la fragilidad de la hija de unos amigos de sus padres; una amistad que arrancaba de cuando los mayores iban al monasterio de Montserrat a pasar los fines de semana, menos para rezar que para reforzar su catalanidad y proyectar futuros de continuo soltar palomas en democracia, tan vagos como los que las niñas imaginaban al mismo tiempo celdas afuera, en los jardines invadidos por frailes peripatéticos. De mayores, Victoria y Rebeca serían veterinarias, mujeres astronauta, artistas de talla internacional... Rebeca había tomado a Victoria como modelo en todo, había estudiado y viajado con ella, la había acompañado en sus breves pero intensas temporadas de noctámbula. Esa Rebeca, enamorada de un muchacho distinto cada semana, cada semana con una nueva vocación, pero sometida a copiar la imagen de Victoria, sus proyecciones, más extremada en el vestir, en el maquillaje, más rotunda en la emisión de las opiniones que su socia acababa de transmitirle, una profunda estupidez emocional. Cada uno de sus gestos, la resentida expresión de ficciones pueriles: los ojos buscando con absoluta desesperación a alguien con quien hablar en las inauguraciones, y qué encantada estoy de verte y qué cuadros más simpáticos. La Rebeca que se había convertido en un lastre y a quien, por no querer lastimar, se lastimaba continuamente con la mera proximidad de una vida lúcida creciendo a su lado, mientras ella gira como una peonza en la misma baldosa de confusión y de enfermedades del alma no comprendidas pese a la ayuda de muchos psiquiatras, y todos amigos.

Nada más lejos de mi auténtico deseo, pues, que hacer lo que hice cuando paseaba por las tardes preolímpicas del centro y quemaba esperas sintiendo todo el tedio de la felicidad... ¿Dónde estaba la vida de la emoción? ¿Dónde las puertas entreabiertas? ¿Dónde lo posible? Y uno recuerda la exaltación y no la pena y ya está liada. Decidí pasarme por la galería para averiguar qué pensaba Rebeca del asunto y nos hiciésemos compañía un rato. Galería vacía, Rebeca aburrida. Fui a buscar café, luego unos gin-tonics, me reí un rato con ella, coqueteamos hasta que el coqueteo dio paso al súbito y ardiente compromiso y cerramos la persiana entre los pálidos reflejos de *bidonvilles* africanos que el mismo artista, Rosendo Mobutu, había colgado de las paredes la semana anterior. En la trastienda celebramos una pequeña fiesta furtiva, menos rutilante, pero más explosiva, que el simultáneo *party* en el *palazzo* veneciano, con sus aros de humo deshaciéndose en bandejas que reverberan champán, perlas y *cool jazz*. El mismo sofá de cuero negro donde Victoria había demostrado su nerviosismo tres años antes, cuando iniciamos lo nuestro, fue donde Rebeca y yo reconocimos el papel de secundarios en la vida de la patrona Llinàs, figurantes que protestan entre gemidos del modo más inmundo. De la sumisión al gozo por la vía perversa, y en los ángulos extremos de la mirada, los cuadros en las paredes, las estanterías, la ilusión aniquilada en el movimiento agotado del aire. Y, si lo es alguna, la sexualidad de Rebeca era rastrera. Y lo eran sus sollozos, mientras se vestía dándome la espalda, y de cuando en cuando lanzaba un ojo duro y demente sobre el sillón vacío como si temiera la acusación de una invisible Victoria, y el otro ojo, experto, estudiaba un nuevo cardenal en su brazo: «Ha sido un desahogo, Fernando. De todo esto ni una palabra. Un momento de locura, se me ha ido la cabeza... Ella es muy sensible». Recordé a Tina, y lo que tenían de espontáneo esos momentos de locura: nada. Al menos, a Tina no la dominaba la mera ruindad sin ganancia; disfrutaba con el medio de su manipulación continua, el sexo le gustaba tanto como las ventajas que sacaba de él. La sexualidad ilusoria de unos años antes, fácil para la gente dispuesta, ya caducaba. Y uno percibía entonces lo que quizá fue siempre igual y ahora le arrastraba con dinamismo de regreso. La tragicomedia volvía a ser repugnante; reconocer que ni los más inquietos soportan el exceso de libertad, pero todos requerimos el milagro, el misterio y la autoridad que nos libren del vacío y el pánico, y de la ira de Dios en forma de plagas oportunas, hacía que se remansasen las costumbres y las familias cruzaran de nuevo trivialidades durante la cena sobre lo que decía o no decía la televisión, que las acusaciones de mojigatos, *pescateras* y conserjes sobre adúlteros y dipsómanos volvieran a la boca de los honestos como sólido punto de vista moral. Uno era de nuevo su precio, no su valor, y el adulterio una canallada cuando se podía recurrir a la conveniente hipocresía o al medicinal cinismo. Los teléfonos de las putas echaban humo otra vez. Yo he sido un imbécil toda la vida.

El día de la sucesión de alborotos, otra jornada propicia al desastre jocoso, y que tuvo un leve eco en las páginas de cultura de los periódicos locales como el «Escándalo del Premio Ciudad Condal», coincidió con el regreso de Victoria de la Bienal de Venecia. Desde el aeropuerto a la ciudad, Victoria y yo nos deslizamos entre vallas publicitarias que ocultan al visitante preolímpico la miseria que rodea las afueras: barrios de bloques idénticos, con grietas como un relámpago en las fachadas, portales encharcados, las puertas con candados de los traficantes, una mula asoma la cabeza por la ventana de un sexto piso... Victoria me cuenta el frío que hace en Venecia. Alguna vez tendríamos que ir los dos solos. Ahora no me pide que la acompañe, porque, contra lo que da a entender el relato de las risas y las fiestas, todo aquello tiene mucho de profesional y genera estados de angustia como el que pasa a referir: Caries Guardiola, otro antiguo alumno de su padre, le ha sugerido que lea pronto su tesis doctoral, porque se esperan cambios importantes en el departamento de Historia del Arte; y todos en el ámbito universitario esperan recibir pronto a una Llinàs de los Llinàs, Llinàs. Una Llinàs de los Llinàs, Llinàs, que, sobre su capacidad intelectual, está labrando con sus relaciones una inmejorable trayectoria que puede llevarla muy lejos. Y, mientras Victoria Llinàs me cuenta eso, yo me consuelo y me corrompo, porque imagino que Victoria funciona con impulsos nada emotivos en un campo donde sólo vale la emoción y una inteligencia fértil y generosa; además, imagino un encontronazo paralelo de sofá o de cama entre Victoria y el tal Guardiola sin querer repetirme lo que sé: el estar conmigo es la mejor demostración de que Victoria no necesita de esos avales eróticos para avanzar en su carrera. Pero no me lo repito, y recelo, porque soy así. Y llegamos a la galería sin dejar el equipaje en casa. Victoria interroga a Rebeca sobre las ventas de la exposición («Multiculturalismo en Barcelona: Rosendo Mobutu. Paisajes de mi tierra») cuando ya sabe que la respuesta es: «Habría que ir llamando a Corleone». Eso significa que no ha vendido nada. Y a mí cada día me intriga más ese Corleone, porque cuando termina el plazo de las exposiciones, llega una furgoneta, y un tatuado de la moribunda Europa socialista se lleva todos los cuadros. Victoria ha sido muy vaga al explicarme sus relaciones con Sandor Szavost, el mirlo blanco que compra en lotes piezas de fulgurante posmodernidad y al que Victoria orienta de vez en cuando en inversiones pictóricas de distinta índole y mayor vuelo.

Tras la revisión de las nulas ventas, Victoria se pone a trabajar, y Rebeca y yo nos tratamos de modo natural como si verdaderamente viviésemos para la total admiración del personaje del que dependemos.

Esa tarde aviso a las chicas de que no molesto más, que tengo cena con Toni Tortosa. Victoria oye el nombre de mi jefe y emite un bramido de completo desdén. Victoria ha tenido más que suficiente con ver aparecer a Toni T. una vez por casa, oírle contar entre inspiraciones cocainómanas lo importante que era, el poco caso que

le hacían y lo nada que se quejaba, aguantarle cuatro groserías, simpáticas, eso sí, sobre su culo (de ella). Y ahora Victoria, al evocar a Toni Tortosa, redobla su bramido y me avisa por enésima vez en tres años de la prioridad de librarse de ese chulo putas. Rebeca se ríe y me mira, mientras yo pienso que Toni Tortosa, su conversación idiota y su cocaína son lo único que me alivia de mi vida estupenda y me recuerda quién soy. Los ojos de Rebeca no manifiestan nada, justo lo que yo rogaba que manifestasen, y ahora me molesta que no emitan señales eróticas. Victoria me pide que haga un recado antes de sumergirme en la estupidez del «Universo Tortosa». He de llevar un catálogo al hotel Rívoli y entregárselo a Steve Willard, uno de esos profesores, comisarios o críticos extranjeros que aparecen por la ciudad para saborear la cocina mediterránea, el vino mediterráneo y las mujeres mediterráneas que se dejan, expertos en hablar con admiración de Gaudí y fingir impresionarse por todo, mientras explotan con audacia diversa el complejo de inferioridad de los nativos y su auténtica inferioridad. Luego, sin prometer nada, viajan hacia el sur y repiten elogios entre procesiones de Semana Santa y pasmo ante la saeta. Ese Willard, de la Harvard University, es alguien decisivo en la trayectoria cultural de la ciudad y, sobre todo (y lo sería mucho) en la de Victoria Llinàs. A Willard le van a dar un premio, concedido, en teoría, por un estudio de la obra del arquitecto Josep Lluís Sert; y, en la práctica, por las futuras labores de difusión que promete realizar de artistas descollantes en el panorama local y, lo más importante, de sus inteligentes y dinámicos promotores. Victoria cenará esa noche con él y con David Trabal, su ex novio (de ella). Mi misión recadera es rogarle al tal Willard que hojee el catálogo que Victoria me entrega acompañado de una carta para que después, en la cena a orillas del mar, porque ahora les da por hacer el pobre en los chiringuitos de la Barceloneta, el profesor, crítico y organizador de exposiciones, hechice a los nativos con su opinión. Que no me preocupe: Willard habla español perfectamente y me entenderá muy bien si no me dedico a hacer el quinqui, la diversión favorita del hijo del juez con una excéntrica nostalgia del fango. Que no sabe, me dice, por qué no me pongo a aprender inglés con la de tiempo libre que tengo.

En el taxi hacia el hotel Rívoli, hojee el catálogo: «Julio Romero de Torres. La reinención española». Distraído, sin ningún placer, repaso las ilustraciones que evocan calendarios de cuando el chabolismo, el fango que no es nostalgia de vida no vivida, sino temor auténtico. Descubro que Julio Romero pintó las largas pantorrillas del arroyo y de la clase alta, los ojos profundos, el pómulo felino, el moño acaracolado. Pintó alegorías de un *kitsch* que pone la piel de gallina, pintó mórbidos retratos y pintó a la mujer morena, enajenada por la trementina, mientras la persiguen con intención manifiesta por un estudio que da a un patio con naranjos. Evoqué sin rencor a Tomás del Yelmo en aquel cabaret que había cerrado una mañana a fuerza de oro malversado. Me contaba historias de Córdoba, mientras le gratificaban oralmente;

y las putas, según la dirección del capitoste, y para su deleite, organizaban en la pista una especie de cuadro flamenco-porno en imitación de una obra... ¿Cómo se llamaba? No lo recuerdo. Y distinguí a Dora, la del barrio, la falsa sospechosa del día del Watusi, la que lloraba sin consuelo. Los temores confluyen en un simple catálogo y eso no es posible. Le doy, pues, propiedades de revista erótica para exaltarme con la belleza cordobesa y, entretanto, no soy puro ni siquiera en la impureza, reprocho al pintor señorito su rijo inagotable. Y todos los cuadros me parecen al fin un regreso a esa mañana del 77 con Tomás del Yelmo, poco antes de que entre todos me empujasen a ser lo que soy. Y relaciono esa verdad con otras. La tarde en que asistí a mi primer *vernissage* en la galería de Victoria, convertido ya en novio oficial de la anfitriona, un poco tímido, un poco asqueado con hastío de diseño muy bien encajado en la época, me escondí en su despacho y me puse a hojear una revista de arte. Antes de que Victoria entrase con su elegante y moderno vestido de Sybilla y el murmullo y las risas de los invitados para comunicarme a través de una sonrisa: «Quieren conocerte...», como si alguno de aquéllos no supiese ya quién era y careciese de un concepto definitivo sobre mi persona, había descubierto *El Baño de Diana* del Parmigianino, el mismo que estaba pintado en Fontanellato, Italia, y, sin la habilidad ni la intención del artista, en la pared del piso superior del Boston's, el burdel al que llegué el día del Watusi. Los frescos representaban la metamorfosis de Acteón en ciervo (y en merendola para sus propios perros) castigado por profanar la belleza y la virtud de la diosa Diana; lo mismo que yo le venía haciendo a Victoria con verdadera saña. ¿Por qué me llevó Pepito hasta allí? ¿Para que me encontrase con mi futuro en las paredes pintadas? Cierro los ojos y llego a sospechar que cuando los vuelva a abrir me hallaré de nuevo en ese 15 de agosto de 1971, ante esas pinturas, en esa casa de putas, que el tiempo no ha sido más que una ilusión. ¿Quiero que lo sea?

—¿Qué haces con los ojos cerrados?

La tarde de aquella inauguración (Lluís Salat-Dolç: «*To war or not to war* Mochilas») abrí los ojos y vi a Victoria y a toda su hermosura acercándose a la mesa. Le echó un vistazo a la revista, se sentó en mis rodillas y dijo:

—¿Sabes que mi bisabuelo, el rico, rico, tenía una habitación secreta con pinturas así? Las descubrieron cuando reformaron la casa para hacer pisos y tiraron unos tabiques y levantaron otros. Mi padre estaba visitando la obra con mi abuelo y lo vio todo. Me lo ha contado más de una vez. Las pinturas aparecían como por arte de magia. Los colores muy vivos, preservados de la humedad por el vacío que se había hecho al sellar el cuarto. Y ahí estaban las pinturas. Bueno, y un sofá enorme y otras cosas que mi padre se habrá callado... ¿Qué te parece, mi bisabuelo?

¿Qué tenía que parecerme?

Mientras Victoria me abrazaba para calmar sus nervios, detuve la vista en las hojas blancas del cuaderno Bergamo y luego en el brillo plateado del lápiz Faber-

Castell (durante su noviazgo, Victoria y David Trabal siempre se estaban haciendo ese tipo de regalos por si el hábito hacía al monje). Estuve a punto de escribir: «¿Cuál es el sello de la libertad realizada?». Pero no tenía ganas y me fui de la mano de mi dueña a ignorar las indirectas de lampantes, pelotas y pensadores pijos, mientras me preguntaba quién había dejado esa revista ahí para que YO la viera.

¿Y por qué en uno de sus viajes Victoria me trajo de Londres un catálogo de la National Gallery donde brillaba satinado el *Paisaje en Hampstead Heath* de John Constable, una copia del cual, con el retrato incorporado de Carlos del Escudo y su perro *Winston*, había estado contemplando en meses de curiosa y fraudulenta actividad política?

¿Y lo de Scott? El sucio truco para limpiar un barrio o algo más que eso. ¿Y el susto que me dieron la buena noche en que fui con Victoria al cine y, en la publicidad previa al inicio de la película, unos automóviles, una infinidad de utilitarios, filmados a vista de pájaro evolucionan por una explanada enorme hasta formar una tremenda W? No, Lector, no esperé a que se me anunciara el aniversario de la marca Volkswagen para soltar un alarido que se volvió carcajada en todo el cine, y vergüenza y enigma en el rostro de Victoria. ¿Y el logotipo del Partido Popular? ¿Era ésa la gaviota en vuelo que tan pequeña les parece a los que no saben volar? ¿Quién la había ideado?

Había tenido tiempo y ocasiones para acostumbrarme a esas contingencias. Sólo sentía ansiedad porque esas transformaciones nunca cesaban, esas falsas inminencias. Y para paliar el hormigueo jugueteaba con la idea de que Victoria disfrutase con ir dejando pistas, como su padre, como más tarde haría su hermana Elena, como el mundo hacía conmigo y con gente como el chiflado Gaspar Pérez, el autor de *La sociedad impalpable*, ese libro impagable. Lo que ya no me hizo tanta gracia es que, más adelante, yo mismo me tuviese que preguntar muy en serio si en realidad estaba jugueteando con esa idea, o era cierto que me estaba creyendo maniobras imposibles y alimentaba mi desazón mental.

Ahora estoy en el bar del hotel Rívoli con un sobre vacío en la mano que sustituirá al que acabo de rasgar. El acto de espionaje tiene como único fin enterarme de la naturaleza de la nota que Victoria envía a Willard, no de su contenido. No es que sea celoso, pero me siento incómodo al imaginarme diciendo «Mi mujer se fue con Willard y yo sin saber nada». La nota está redactada en inglés, castellano y catalán. Es un proyecto de macroexposición sobre un siglo de arte español que parte de una teoría singular: la posmodernidad es un invento «peninsular» (de la Península Ibérica):

EL ESPACIO DE LA PREDESOCULTACIÓN:  
LOS ORÍGENES IBÉRICO-MEDITERRÁNEOS  
DE LA POSMODERNIDAD

El objeto de este proyecto es mostrar/demostrar que la explosión tardía de la posmodernidad supone una quiebra/simulacro del momento moderno/crítico suscitado por la Segunda Guerra



Mundial y la Guerra Fría. El límite histórico en que se suele fijar el fin del modernismo como construcción cultural es erróneo. Su origen tuvo lugar en el ámbito mediterráneo de la Península Ibérica (y su zona de influencia) en los años 30. La fuerte inclinación en ese espacio/geografía a descreer de los mitos modernos del progreso y la superioridad facilitan ese paso irónico, ese significado desublimado de una forma desestructurada y no emancipada, que los organizadores de esta muestra llamamos predesocultación. La intervención/simulacro sobre el término heideggeriano quiere establecer un umbral activo al momento previo a la desconstrucción del modernismo, un desdecir la desocultación de lo existente. Lo que fue cosa y se criticó como cosa resurge como obra. Pero ¿son la obra que fueron? ¿Qué era aquel posmodernismo? ¿Resistencia o reacción?

Un texto:

En 1930, Eugeni D'Ors, uno de los más importantes críticos de arte de entreguerras en el ámbito europeo, llega al siguiente planteamiento:

«Antes, la mayor fuerza y la mayor austeridad aconsejaban la práctica de la abstracción; hoy, al contrario, hemos llegado a un punto en que lo que ayer era tenido por audacia se ha vuelto una automática y vulgar rutina, a unos tiempos en que se necesita un gran valor para no ser revolucionario...».

Y una evidencia:

En 1934, Federico de Onís, amigo de Unamuno y Ortega, exiliado después a EE. UU., donde en 1955 funda (Puerto Rico) el Departamento de Estudios Hispánicos, emplea ya el término «posmodernismo» para describir un reflujo conservador dentro del propio modernismo, que ante el formidable desafío lírico de éste se refugiaba en un discreto perfeccionismo del detalle y del humor irónico. Que ese modernismo no sea el POSTERIOR *modernism* y ese posmodernismo quiera significar un puente con un POSTERIOR ultramodernismo, no oculta, ni desoculta, sino que predesoculta, la exacta equivalencia del posmodernismo de Onís y el actual *postmodernism*.

Y un ejemplo:

Estos versos de Antonio Palomero (*Cancionero de Gil Parrondo*) explican/despliegan la uniformidad significativa de las intenciones de la muestra y conforman un vector lúdico artístico:

¡Oh tempora! ¡Oh mores!  
(De los clásicos)

Estos Fabio ¡oh dolor!, que ves ahora  
olvidados rincones,  
nido (sin Casavella) de ratones  
do solamente la tristeza mora,  
en ya pasado día  
fueron centro del vicio,  
altar de la alegría,  
templo de la jarana y el bullicio.

Aquí el Café Imparcial tuvo su asiento,  
con su acompañamiento  
de bravos y palmadas,  
con su corte de chulos... expresivos,  
y sus medias tostadas,  
y sus viejos lascivos,  
y sus aves nocturnas arregladas.

¡Ay! Sobre este tablado,  
que hoy yace polvoriento y olvidado,  
se bailaron las clásicas rondeñas,  
las dulces malagueñas,  
el antiguo y gentil zapateado,  
el polo, las barbianas  
graciosas sevillanas  
y las diznas y nobles seguidillas  
que le sacan a Dios de sus casillas.

La exposición:

Los organizadores hemos concluido que siguiendo un sentido histórico/simulado, debemos integrar en el desarrollo del espacio de la predesocultación tres artistas significativos de la derivada pre/des/desocultación. En consecuencia, la muestra se dividiría en tres espacios más un espacio/muestra envolvente:

Muestra de la obra de Julio Homero de Torres: «*El primer posmodernismo*».

Muestra de la obra postsurrealista de Salvador Dalí: «*Continuidad del primer posmodernismo*».

Muestra del grupo Costus: «*Evidencia de la predesocultación. El posmodernismo hoy*».

Una cuarta muestra de envolvente/simulación sería la del *noucentisme*, verdadero árbitro teórico/práctico de esta hipótesis/muestra.

Victoria Llinàs i Gil-Kaiser  
David Trabal i Pérez

Y en un tarjetón:

Amigo Willard:

Te esperamos a las nueve en Boadas. Y luego, las delicias del Mediterráneo, donde podremos hablar en términos menos disciplinados de esta magnífica idea de mi amiga y colaboradora Victoria Llinàs.

David Trabal. Director...

P. D.: Espero anunciarte el interés y el apoyo de la Junta de Andalucía (Julio Romero), Fundación Gala Dalí y Conselleria de Cultura (Dalí y Noucentisme) y Comunidad de Madrid y Ayuntamiento de Cádiz (Costus). Será una lucha para campeones. Esos burócratas son especialistas en no dejarme hacer nada.

Obviaré mencionar de lo que era director en esa época David Trabal porque sé que el Lector está al tanto. Mi obligación en este Informe es sólo apuntar que, además de asesorar en cuestiones culturales al alcalde y otros altos cargos, David regentaba en la ciudad, como Bogart su Rick's en *Casablanca*, una de esas instituciones con diversa voluntad de perduración en las que nuestro hombre ocupaba cargos de importancia creciente. La conclusión que yo extraía de alguno de los relatos de Victoria sobre el valor estratégico del humano Trabal en las muchas instituciones que se anuncian por siglas era que su permanencia en ellas se dividía en dos fases temporales: a) «Aún estoy aterrizando» y b) «No me dejan hacer nada»; momentos/simulacro (por utilizar su jerga) en los que David Trabal arengaba en almuerzos y cenas de trabajo a diversos burócratas aspirantes y artistas, su volátil materia prima, a quienes luego, por este orden de inefable eficiencia, prometía, seducía, amagaba, esquivaba, eludía y olvidaba. Luego, tras provocar una pelea con un rival de idéntica situación jerárquica por una cuestión de competencias, salía despedido del conflicto hacia arriba o hacia los lados. Aún faltaba un tiempo, no mucho, para que en uno de esos duelos en la cúspide de ese poder tan gracioso, el cultural, el cálculo de Trabal fuese erróneo y cayera como el mismo ángel caído y se empezase a comportar como arcángel sabelotodo de flamígera espada en tertulias de radio y televisión. Una conducta retadora, nada natural en los elementos de su especie, lo cual sea quizá motivo de que hoy hablemos del malogrado David Trabal y sospechemos que el punto final de su vida fue escrito en el episodio conocido como «Caso Amparito», que durante una semana y pico fue el escándalo del todo Madrid y el casi todo Barcelona. Pero esa caída aún tardaría en llegar, como bien sabe el Lector. Lo que yo, en la barra del hotel Rívoli, esa tarde, tras la lectura amarga del tarjetón, sabía de David Trabal era mucho menos de lo que luego supe (No te alteres, Lector, yo mismo me he abofeteado por esa retórica subnormal). Durante cuatro años, el cuarentón David Trabal había sido novio de la veinteañera Victoria Llinàs. La amistad maestro/discípulo con Octavi, la afinidad de gustos, la querencia, la simpatía de siempre, les había dado por confundir (según le explicaría Trabal a Victoria cuatro

años más tarde) la hermandad con el amor, y (según Victoria me explicaría a mí un poco más adelante) «no tengo motivo para decir que no es un tipo estupendo, pero en las distancias cortas da como cosa. No te rías, Fernando, que lo digo muy en serio».

Lo que Victoria no me había dicho ni muy en serio ni de ningún otro modo eran sus aspiraciones americanas; pero ésa ya venía siendo la norma en los últimos tiempos: las historias de su frenético quehacer me resultaban indiferentes cuando me las contaba, y llenas de intrigas y secretos cuando decidía evitarme el relato.

Pero basta de quejas, porque enseguida voy a conocer al látigo de la cultura de la queja.

Cansado ya de contarle a Eddy, el paciente barman, que él no es de los que van por ahí excusándose y diciendo que no tiene nada contra los negros, ni se arrodilla implorando que jamás ha pensado que los negros se conozcan todos, y todos, como un solo negro, se dediquen al mundo del espectáculo, el deporte, o la hostelería, porque es verdad, o al menos es su verdad de heterosexual, blanco, protestante y medio muerto en vida, y porque en definitiva los negros que causan su admiración, o bien deleitan sus expertos oídos con gran música, o bien baten récords que es un contento, o bien le dan de beber, el que ametralla con esas afirmaciones y puede por su aspecto ser calificado con facilidad como Rey del Rodeo (y tampoco voy yo a pedir aquí excusas por abusar del tópico), abandona su perorata y, tras valorarme de un vistazo, pide hojear el catálogo de Julio Romero de Torres. Entretanto, me encamino a recepción y pregunto por el tal Steve Willard.

—Está en el bar —me dicen.

Y al final de mi búsqueda entre turistas que abrevan en los mullidos sillones en torno a un piano que, por fortuna, nadie toca, no me queda más remedio que deducir que Steve Willard y el locuaz Rey del Rodeo son la misma persona. Me aproximo. Willard me devuelve el catálogo.

—Es una puta mierda este pintor de mierda —opina.

—Valga la redundancia, caballero. Lo cual no es óbice para que alabe su dominio del idioma español —distiendo, mientras recuerdo que Victoria me ha sugerido no hacer el quinqui. Y acto seguido, alcanzo a Willard el sobre del cual soy mensajero y digo con aire de que quizá mis palabras le hagan ilusión—: El catálogo es un regalo y complemento a esta carta que me han ordenado traerle.

Mientras rasga el sobre que acabo de cerrar a su lado unos minutos antes, Willard se ve en la obligación de relatarme su vida. Mente privilegiada, lo puede hacer de modo simultáneo a la lectura del proyecto «El espacio de la predesocultación: los orígenes ibérico-mediterráneos de la posmodernidad». Algo en el tono y en el contenido de sus palabras me anuncia que la conducta de Steve Willard conoce momentos de mayor serenidad, porque no está acostumbrado a regular la respiración al modo en que lo hacen los frenéticos habituales y, en consecuencia, jadea mucho,

mientras explica:

—Yo he vivido en España cinco años. En su capital, Madrid. Una puta mierda. Pero alternaba mi estancia con visitas continuas a esta bella ciudad, la suya, supongo, la ciudad ideal, la ciudad. Llegué a España porque me vi envuelto en los asesinatos del Clan Manson. No se sorprenda. Tras terminar mis estudios en Harvard, quise bañarme de contracultura en la dorada California y me hice amigo de un músico que a su vez hospedaba al Clan Manson a cambio de sexo. Me interesó Manson como falsa figura diabólica. Donde todos veían a una especie de gurú, yo sólo veía a un gilipollas, como dicen en Madrid, con mucho rollo patatero, como ya se dice en España entera. Así que me dispuse a escribir un libro acerca de él, de su afán de gloria, de esa retirada como a Rasputín que tenía. Manson era mi tema. La mentira de la espiritualidad en la generación de la televisión, los suburbios acomodados y los centros comerciales. Niños sin defensas engañados por un delincuente común con un exceso de malicia y todo el resentimiento. Yo tenía una formación clásica y, por más que follase como un chino, todo aquello... De algún modo, fui un precursor... — Willard se interrumpe un instante para exclamar al modo de quien acaba de recibir un anónimo vejatorio—: ¿«No oculta, ni desoculta, sino que predesoculta»? ¡Vaya puta mierda!

Sus ojos parecen haber llegado al final de la lectura, pero, quizá por el deseo de seguir comunicándome su biografía en ese modo oblicuo, vuelve a empezar desde el inicio con expresión enojada:

—Cuando los de Manson asesinaron a Sharon Tate y a todos aquéllos en Cielo Drive, no tuve más remedio que poner un océano de por medio porque Manson había puesto precio a mi cabeza. Encontraron una extraña W sobre uno de los cadáveres, y todos parecieron interpretar que se referían a mí, a Willard. Llegué a Madrid y entré en una academia de idiomas a ejercer la enseñanza de mi idioma. Pero como mis conocimientos de arte, literatura, historia y otras humanidades son muy vastos y variados, entré enseguida en contacto con la élite cultural antifranquista. Bonitos chalets con piscina en la sierra, bonitos barcos en la costa... Me volví a Estados Unidos un par de años después de la muerte de Franco. Hubo quien pensó que fui yo quien le había desconectado los cables, quien, como decían ustedes, había propiciado el hecho decisorio, quien movía los hilos de lo que ustedes llaman Transición, ya que encontraron extrañas W pintadas por las paredes que al parecer me delataban... Yo temí que fuera Manson o alguno de sus secuaces, que venían a por mí, y no tuve más remedio que volver a América. Desde el año 79 doy clases en la Universidad de Harvard, organizo exposiciones en uno de sus museos y soy un mandarín de la cultura. Por eso observo que la contracultura que tanto odié, se ha convertido en neopuritanismo o en paranoia, que las dos cosas vienen a ser lo mismo. Querido desconocido, hágame caso. Son los libertinos quienes preparan las revoluciones, pero

las hacen los puritanos. Y el único deseo de los puritanos es volver al statu quo de la represión, de la denuncia, se recrean en la vida invivible. Y, ahora, todos son puritanos. La derecha, la izquierda... Puritanos. Queja o resentimiento o prejuicio. Algunas veces echo de menos a Charles Manson. Hasta he pensado en hacerme de su Club de Fans.

Willard deja por fin los folios sobre la barra:

—Es una puta mierda la mierda esta que me ha dado.

—A mí, como si te operan.

—¿De qué me tienen que operar?

—Sólo soy el chico de los recados.

—El chico de los recados, sí. Pero de una puta mierda. Porque esto es una puta mierda. Y es una puta mierda el premio que me dan mañana. Si he venido a recogerlo es para huir de mis problemas, muchos, muy graves, complicados... Antes, en España daban otros premios ¿no te hacían conde o duque de Alba?

—Los tiempos cambian. La Transición en la que sospechaban de usted por el asunto de las W...

Willard mira los folios sin afecto e interrumpe:

—Me va a costar decirle que no a ese David Trabal. Por lo que sé, él ha sido quien ha hecho que me dieran el premio. No ha tardado mucho, el muy judío, en pedirme un favor a cambio. Con intereses del tres mil por ciento. Se piensa que una estatuita y una cena es lo mismo que una exposición en... Que me chupo el dedo, como dicen en Madrid.

—Aquí también se utiliza la expresión.

—Pues le diré a Trabal que no me chupo el dedo, que muchas gracias por el premio, pero que se va a enfrentar al muro de mi honestidad. La chica, que tampoco parece tener mucho talento, es hermana de un amigo de mis tiempos de Madrid. Era socialista y tenía una casa para él solo donde podían vivir unos seis mil socialistas de Moscú. ¿Conoce a la chica? Dígame ¿está buena?

—Es mi mujer.

—Vaya, vaya... Bien. El chico de los recados se casa con la intelectual. Aquí sí viven en una democracia auténtica. Es cierto que los tiempos cambian. Tome una copa conmigo —eso es lo que me dice Willard, imperturbable, en vez de salir corriendo presa del tremendo respeto que le imponen mis músculos y la mirada que anuncia su potencia. Y añade—: Ameníceme la velada. O deje que le cuente mis penas, ya que el barman parece cansado.

Aún no me he sentado en mi taburete ni solicitado una consumición, cuando Willard me agarra de las solapas para decirme:

—¡No dejen que les ocurra como a ese imperio putrefacto, amigo! Sean ustedes como han sido siempre. Místicos, despiadados, locos... ¡La rosa de fuego!

Anarquistas chiflados bombardeando a industriales más chiflados aún y quemando iglesias con alucinados curas dentro. Desde luego, aquí nadie es víctima de la corrección política. ¿Sabe lo que me ha ocurrido, chico de los recados? ¿Conoce mi drama?

—Si me suelta, dejo que me lo cuente.

—Hará unos quince días estaba en mi cátedra explicando a Velázquez. Y no explicaba lo que tenía que explicar, pero es que me dejo llevar por la cultura... ¡Ay, Velázquez! ¡Qué grandes tiempos aquéllos! ¡La contrarreforma, la Inquisición, el duque de Alba! —Y tras un jadeo y una pausa voluntaria—: ¡El fuego! Mi explicación de la pintura de Velázquez y su relación con la narratología publicitaria era, como siempre, clara y brillante, inteligente, apasionada, elegante, certera, con un algo de encanto que moja sin remisión las braguitas de las muchachas. Y como hablo de Velázquez y la relación de sus retratos con los anuncios de Benetton, me dejo llevar y hablo también de reyes degenerados, de infantes enfermos, de idiotas, de inválidos...

—¿No hablaría de insectos ilusionistas?

—¿Qué es eso? Eso es una puta mierda... Yo les hablaba de bufones que se vestían de príncipes para que los príncipes de verdad rieran y olvidasen por un momento el protocolo, la conjura, el engaño. ¿Cómo no iba a hablar de enanos? Dígame... ¿Es posible hablar de Velázquez y no mencionar los enanos?

—Imposible del todo.

—Pues hablé. Era mi deber docente. Fui valiente y hablé. Llamé enano a uno de los enanos de Velázquez. Y quizá ni siquiera eso. Llamé a don Sebastián de Morra, «cortesano verticalmente desajustado», o «señor bajito», o «persona menguada que está más lejos de lo que nuestro engañado punto de vista nos da a entender» o como cojones haya que decirlo. ¿Y sabe lo que pasó? Ese día, uno de mis alumnos se sentía especialmente sensible porque le habían rechazado una beca que era consecuencia de un rechazo previo en el equipo de básquet de la universidad. Seguro que no daba la talla... —Willard se dio cuenta de su nueva incursión en lo políticamente nefasto y rugió un poco—: Me refiero a la calidad de su juego... La Universidad de Harvard cuenta con un gran equipo y allí no juega cualquiera. Pues bien, ese idiota creía que era por una cuestión de altura. Por enano, sí. Y me ha denunciado. Piensa que yo conocía el dato de su expulsión del equipo que, por lo visto, era la comidilla del campus, y me estaba riendo de él ante toda la clase. El claustro de profesores ha pedido que me retracte y me he negado. Ahora mismo estoy esperando una llamada con la resolución de la comisión encargada del caso. Y yo, aquí, recogiendo un premio de mierda. ¡La corrección política! Aquí no pasan estas cosas...

Sin ninguna compasión de las realidades de Steve Willard, ni de sus ensueños, me dedico por una vez a ser didáctico y realista, porque no tengo nada que hacer hasta la

hora de cenar y porque bichos como Willard no se ven todos los días:

—¿Conoce la mascota olímpica de los Juegos de Barcelona? ¿La tiene presente? ¿Un perro así, como aplastado en la autopista?

—Es original y novedosa. Muy imaginativa. Fruto de una tierra de artistas, de genios, de amantes, de amigos del perro como depredador... No como la de Atlanta 96, que representa el puritanismo y...

—Calle un momento... ¿Estamos de acuerdo en que Cobi, la mascota, no es una puta mierda?

—Nada de lo que se haga en esta tierra de soñadores es una puta mierda, a menos que imiten a ese país de puta mierda del que provengo. O a Baudrillard...

—Hace un par de años, el artista que la ha creado estaba cenando con unos amigos en Valencia, su ciudad natal.

—Una puta mierda... Entierran viva a la gente en Valencia. Se pasan el año haciendo esculturas *kitsch* y luego las queman en Valencia.

—Son tópicos... Bien, pues estaba en una cena con unos amigos y dijo que esta ciudad sería maravillosa si los catalanes se esfumasen todos. Se refería a cierto talante que reina en los círculos oficiales y también en los rurales. Y también dijo, fíjese bien, amigo ultramarino, que Pujol, el hombre que nos gobierna en continuo chanchullo y cambalache con el gobierno central, era un enano. Un enano, dijo. Y quizá el tal Pujol no sea un enano en el sentido estricto, y ni siquiera sea, como le llamaba su antecesor en el cargo de Presidente de la Generalitat de Cataluña, «ese pequeño ser». ¿Me sigue hasta aquí? Bien, pues uno de los amigos de aquella animada cena en la que se dijo esa tontería como se pudieron haber dicho otras muchas, porque al fin y al cabo era una reunión íntima, pues no resultó ser tan amigo y publicó en un periódico los comentarios como si fuesen unas declaraciones en exclusiva. ¿Alguien tuvo en cuenta este dato cuando excitados por los nuevos grupos parafascistas que ha creado el nacionalismo catalán empezaron a proferir amenazas al artista porque había insultado a los pobladores iniciales de una tierra que a buen seguro no es la tierra de los libres, y, sobre todo, al hombre que les gobierna, al tipo que cuando se le insulta o denuncia abandona su condición humana de «pequeño ser» y pasa a asumir una abstracción cognoscible por la fe como si fuera el Espíritu Santo, y así cuando se le insulta o denuncia se insulta o denuncia a Cataluña, sólo porque el «pequeño ser» posee el récord mundial de pronunciar mayor número de veces la palabra Cataluña? ¿Hicieron algo sus amigos socialistas, esos mismos que le han dado el premio, para defender la dignidad del artista amparándose al menos en el modo en que se habían recogido las declaraciones? Se lavaron las manos. Los amigos que le han dado el premio, señor Willard, son expertos en tener las manos limpias. El poder por el poder basa su buena salud en la necesidad de no saber, no sentir la necesidad de darse por enterado. ¿Eso no es puritanismo? ¿O es simple fascismo de

toda la vida, ese invento europeo?

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que lapidaron al artista en la plaza mayor.

—Es usted un bromista.

—Sí, lo soy. Pero el artista no tuvo que retractarse ante un claustro de profesores para mantener su carrera en auge, ni siquiera escribir una nota en un periódico. Tuvo que hacerlo en la televisión. En un programa de variedades, para mayor desconuelo, ante un presentador que no pronuncia las erres y todo lo que dice parece una guasa. Y el otro pidiendo disculpas para que su mascota siguiera siendo su mascota, su carrera siguiera siendo su carrera, y todos siguiéramos comiendo perdices políticamente correctas... El perrito chafado, la alegría de los niños...

—Eso que me cuenta es una puta mierda. Cataluña merece ser independiente. Tremendos anarquistas, tremendos industriales, sangre bohemia... Me han dicho que el nieto de Picasso recorre las calles del Barrio Chino como un vagabundo y todos le dan comida y le tratan con deferencia por ser su abuelo quien fue. Dejan que siga siendo feliz...

—El nieto de Picasso se murió de tristeza hace seis años. Me consta.

En ese punto absurdo de la conversación, llega el botones y extiende a Willard un teléfono inalámbrico. Y tiembla primero su mano, tiembla luego su voz inglesa, tiembla enseguida su barbilla. Las frases que no entiendo se vuelven gelatina. Las expresiones del rostro rubicundo anuncian el terror, la boca abunda en gemidos. El colapso mental provoca que las manos declaren su independencia y bailoteen de aquí para allá en búsqueda vana de la tecla que interrumpe la línea. Las manos me tienden al fin el aparato para que haga algo con él, y mientras pulso donde pone «Off» escucho el prolongado llanto. Willard se abalanza sobre mí:

—¡Que me retracte mucho o me echan todo!

—Pues retráctate, tío. Mira el de la mascota...

—Yo no soy un cobarde. A mí me ha perseguido Charles Manson... —la expresión de Willard se vuelve soñadora, hamletiana, en duro contraste con su aspecto de *cowboy*—: ¿Qué he de hacer ahora? ¿Luchar? ¿Acabar de una vez en un hotel de las Ramblas pintorescas? ¿Acaso son políticamente correctos los golpes y asechanzas de los enanos, el desmán de la lesbiana, la afrenta del pantera negra, los insultos que sufre mi privilegiada inteligencia pudiendo cerrar cuentas uno mismo con un simple puñal?

Formuladas las teatrales cuestiones, Willard cruza los brazos sobre la barra y a continuación hunde la cabeza en el hueco acogedor que de modo tan sencillo, diría que genial, ha formado. Prosigue el llanto. Eddy, el barman, se acerca hasta nosotros y me dice:

—*Deus, qui humane substantiae dignitatem mirabiliter condisti, et mirabilis*



*reformasti...*

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Que tu amigo sólo ha bebido zumo de naranja y mira cómo está.

—Viene así de fábrica, me parece.

Pienso en Victoria, en su educación exquisita, en su talento para que los desconocidos se sientan a gusto en las más penosas circunstancias. Al fin y al cabo, aunque hundido en la depresión y quizá en la miseria, es posible que ese Willard siga siendo importante aún. Y es posible una retractación futura. O que luche y venza. Y agradezca.

Y lo que Willard agradece de momento es el espeso aire de las Ramblas, los puestos de flores nimbados por el azufre de la muchedumbre rodante.

—Quieren destruirme. Pero no a mí como persona. Quieren destruir lo que represento.

—Ahora me recuerda usted a Pujol.

—Yo represento la libertad. La libertad de la alta cultura. La libertad de las élites. Emplearé todos los métodos de rebeldía para que todos aquellos que piensan como yo digan que no de una vez a las zarandajas esas del multiculturalismo de los ofendidos. El genio es proteico. El genio no es políticamente correcto. Mire usted Florencia, las ciudades italianas. La obra de...

—¿Príncipes envenenadores?

—Eso mismo.

—Por no hablar de los insectos ilusionistas...

El velo de confusión cubre de nuevo el rostro ido de Willard, quien corre sobre sí otro de arrogancia para que el conjunto parezca de nuevo el de un loco a punto de culminar la obra de su vida con una colosal catástrofe.

—Mire San Petersburgo. Un estuario cenagoso, insalubre, cerca del Círculo Polar Ártico, convertido en una ciudad maravillosa. Para que luego los puritanos tomen el Palacio de Invierno... Para que nuevos locos, pero nihilistas y puritanos, destruyan lo que han construido locos libres. Pedro I, el Grande. Por eso la Historia le llama el Grande. Por eso los versos de Pushkin cabalgan con él sobre las nevadas rocas de mármol para burla de suecos y fineses. Pedro decidió que todos sus súbditos se volvieran europeos y todos se volvieron europeos. Mire Nueva York. Mire los cadáveres en los cimientos...

—Por no hablar de aquel que sodomizó a un enviado del Papa de quince años.

—¿Quién?

—Sigismundo Malatesta. El mentor de Alberti, de Di Duccio y de Piero della Francesca. El único inquilino oficial del infierno, Judas aparte.

—Eso que me cuenta es una puta mierda.

En definitiva: no hay quien aguante a Steve Willard. Me limito a guiarlo por

plazas y paseos sin escuchar sus palabras, cuando jura que va a crear una nueva conciencia nacional, que se va a producir una ruptura en los medios universitarios a raíz de su expulsión, lo que él ya nombra como «Antecedente Willard», un faro en el mar proceloso por la libertad de expresión, el freno de una inminente caza de brujas, la vuelta de la República en menoscabo del Imperio. Tampoco intervengo cuando se planta ante los objetivos de los turistas japoneses que fotografían la Pedrera. Ni cuando les dice que mientras existan mierdecitas de jardincillos zen, no tienen derecho a robar el espíritu gaudiniano con su técnica robada también, y previamente, mediante espionaje industrial. No le escucho tampoco, por supuesto, cuando me explica las bondades de aquel delirio arquitectónico, los porqués, los cuándoos, todo. Mi atención regresa, al principio adormecida y muy pronto alarmada, cuando pisando ya la calle donde estaba NoFun NoArt, Willard me dice señalando la puerta de la galería:

—Parece que hasta en ese lugar de horrible nombre han llegado los ecos del «Antecedente Willard».

Y en la puerta, Rebeca solloza y se muestra dubitativa. El llanto de Rebeca no es novedad. Tampoco que desconozca en qué emplearse o qué decisión tomar. Lo raro es que lo haga en público y sin disimulo. Imagino sin gozo una discusión con Victoria hasta que Rebeca se abalanza en mis brazos y temo: una confesión dramática a Victoria sobre nuestras actividades eróticas durante su ausencia. Después, el infierno, donde haré compañía a Judas y a Sigismundo Malatesta.

—Ten mucho cuidado, Fernando...

Los ojos llorosos de Rebeca emanan desastre posible. El mío, esta vez, no el suyo. Hasta que en un tono distinto dice «Pero ¿quién es ése?» al ver que Willard entra en la galería con la misma decisión que va a hacerlo muy pronto en la Casa Blanca. Y deduzco que la neurastenia de Rebeca desciende por el tobogán de la locura definitiva que, como todo el mundo sabe, provoca que las palabras adquieran musicalidades distintas a la delirante letra que alimentan.

No tengo más remedio que seguir a Willard y detenerle para que no sea testigo de mi abyección adúltera, ni de la vergüenza de Victoria por traerle hasta allí, cuando al entrar en el espacio de exposición, me quedo estupefacto al ver a un negro tirado en el suelo con los labios partidos chorreando sangre y lienzos rasgados y descompuestos en torno a su cuerpo gemebundo. Willard le habla mucho:

—¿*Happening?* ¿*Body Art?* ¿*Performance?* ¡Tonterías! El hombre negro atacado por el heterosexual, blanco, protestante y medio muerto, que no se conforma con desarraigarlo, esclavizarlo, sino destrozar su cuerpo y su espíritu, representados por estos óleos de putrefacta factura... —Willard levanta un cuadro con ambas manos, se echa hacia atrás para medir la distancia, arruga la nariz, emite un veredicto—: ¡Vaya puta mierda! El impresionista francés de última fila, el hijo tonto del charcutero de

Lille que pinta domingo sí, domingo no, y eso si se acuerda dónde ha dejado los pinceles, tiene más habilidad que usted. ¿Y los motivos? ¿Por qué no pinta directamente caballos abrevando al claro de luna? Perdón, perdón... —Y Willard se pone sarcástico—: Quise decir cebras. Me retracto. Cebra abrevando al claro de la diosa Luna a los pies del dios Kilimanjaro. Y el dios Búho mirando y haciendo «Uhu» como un corista de los Four Tops. Háblame ahora de ablaciones, háblame de danzas tribales, háblame de folclore, háblame, oh, amigo africano, que tengo toda la tarde.

—Imbécil... —acertó a musitar desde el suelo Rosendo Mobutu, el hoy olvidado autor de aquellos «Paisajes de mi tierra».

Y deduzco un atraco ya concluido. Es decir, que siento un alivio profundo e indescriptible. Rebeca llora por la tensión del momento y está en la calle porque espera a la policía. Pero Rebeca está ahora a mi lado, señala la puerta de la trastienda y me ordena: «Ten cuidado». Y vaya si lo tengo, porque voy a decir que Toni Tortosa me está esperando y que ya me contará, cuando veo como Willard maniobra el picaporte y entra. No sin fastidio, le sigo.

Dentro de la trastienda, sin llanto ninguno y muy enojada, Victoria, tras su mesa, debate de modo imprudente con un tipo vestido de Armani que la mira como diciendo: «¡Qué cachondo me pones cuando te enfadas, gatita...!» A su lado, lo que en principio he creído la caja fuerte central de una poderosa entidad financiera, resulta un ser humano en pie y posición de descanso que mira a los recién llegados (Willard, yo mismo) con una de esas expresiones que parecen vacías, pero están inyectadas en un solo y contundente objetivo.

—Tu inversión no te da derecho a hacer lo que haces. Venir a mi casa y tratarme de ese modo. Tú estás demasiado bien acostumbrado y conmigo te equivocas. — Todo eso lo está diciendo Victoria, no John Wayne, y yo estoy a punto de desmayarme. Willard, no. Willard ha debido pensar que es él quien va vestido de John Wayne y es a él a quien corresponde interpretar el papel y salvar a una dama en apuros. O quizá su deducción sea que allí celebran otro *happening*, perpetrado esta vez por artistas de Europa del Este.

Sólo me es dado oír el primero de los golpes que el matón de Sandor Szavost, alias Corleone, o el mismo Sandor, propinan a Willard en aquella caliente recreación de la Guerra Fría.

El hecho de que Victoria no me dirija la palabra en los días siguientes no guarda relación con lo cobarde de mi fuga. Ella piensa que, al fin y al cabo, lo que ha ocurrido con Sandor Szavost es asunto suyo, y yo ya era un inútil antes de la situación. No, Victoria me ha odiado, porque aquella noche no hubo cena junto al mar con Willard y David Trabal para hablar de logros en el mundo del arte, no se discutió la posibilidad de organizar una exposición en la Universidad de Harvard que luego

habría de volverse itinerante por todos los Estados Unidos. Hasta una semana después, cuando recibe un fax de Willard en el que pide excusas por su comportamiento, no comprende que la tarde anterior al «Escándalo del Premio Ciudad Condal» no me he llevado a Steve Willard de vinos y drogas, según las costumbres con las que ya ha marcado mi supuesto carácter, que no soy yo el culpable de la explosión emocional contra lo políticamente correcto del amigo americano. Ni tampoco soy el culpable de que la entrega del Premio Ciudad Condal al mérito de la promoción cultural haya sido entregado en un marco inaudito mediante ceremonia más austera si cabe a lo habitual: el departamento de traumatología del Hospital Clínico. Que no soy yo el que ha aprovechado ciertos rumores sobre el derroche del erario público para acusar de la entrega de premios banales a dudosas autoridades internacionales en no se sabe muy bien qué materia, y cuya competencia (que así se lo ha dicho a papá el hijo de un nacionalista catalán con una de esas becas Fulbright que se entregan de antemano) está bajo vigilancia en su país de origen. Ni soy tampoco el causante de que representantes de fuerzas políticas de distinto credo (es un decir) olviden durante dos días su buena vecindad en el mismo bloque de lujo de su zona residencial para pedirse explicaciones y réplicas sobre la conducta errática y poco correcta políticamente de ese individuo genialoide, irresponsable: David Trabal. Ni que David Trabal amenace muy dignamente con dimitir de sus cargos y que todos unánimemente, y con más fervor que nadie sus valedores, le tomen la palabra. Ni tampoco soy yo el culpable de que su hermana Elena llevase una semana desaparecida cuando Sandor Szavost irrumpió en la galería, porque ese hecho, de modo inexplicable, le había puesto muy nervioso. Ni que al irrumpir en la galería aquella tarde ante la eternamente atónita Rebeca, una Victoria fatigada por el viaje veneciano y un Rosendo Mobutu que recogía su obra no vendida (la totalidad), y al dar Mobutu idénticas muestras de gallardía a las que Willard exhibiera un poco después, el matón de Sandor Szavost hiciese el trabajo por el que le pagan.

No fui yo el culpable, Lector, de que una de las ilusiones de Victoria Llinàs, la que con mayor velocidad se vio cumplida, gobernar su propia galería de arte, se viese truncada, quizá para siempre, en un par de semanas.

Y, sin embargo, Lector, ahora que acabo de recordar los hechos y adivino tu sonrisa, porque la misma situación y sus consecuencias te habrán sido relatadas de muy distinto modo, déjame que te diga que uno no puede sino echar de menos los días finales de la juventud, su arrobó.

Sólo cruzar la entrada, antes de descubrir sus levíticas, pálidas, figuras en torno al velador del jardín, oigo al anciano Llinàs tararear «Prietas las filas», y enseguida la carcajada rastrera de David Trabal. El viejo, con el jersey de siempre y ya un poco borracho, oculta su rostro tras un almohadón estampado como si no fuera su voz la que recuerda en mi presencia himnos fascistas. Su discípulo, que estira y suelta la goma de una carpeta, desea atraer con ese bobo movimiento la atención general. David Trabal luce un aspecto característico que no ha alterado el breve exilio madrileño: vestimenta de cura seglar, sobre la que el labio superior, en permanente erección, ensaya un mohín oxoniano que fracasa en rictus de constante olfateador de mierda; el pelo blanqueado como el sepulcro de su pasado, de sus costumbres premodernas, antes del diseño, mucho antes de los simulacros, cuando se reunía de modo clandestino con un grupo de extremo nacionalismo, exacerbado maoísmo, exuberante semiología y exaltado psicoanálisis y, hartos de repasar las estrategias para conseguir la independencia y hacer la revolución, se repartían las carteras de los ministerios del futuro estado utópico y a él le designaban, por romántico, ministro de marina.

Pero todo eso me importa muy poco, porque desde hace unos días me siento fuerte en la ficción suprema, la auténtica poesía que se desliza en el claroscuro de la falsedad.

En la calle, dentro de un Volvo aparcado en doble fila, sigue la guardia de los matones húngaros. Fuman tabaco mentolado, le dan vueltas a un cubo de Rubik, discuten cada movimiento geométrico y han fingido no entender cuando Victoria les ha increpado por enésima vez, mientras yo me ocultaba tras ella por si acaso: que dejen en paz a su familia, que llamarán a la policía; que si buscan a su hermana, su hermana no está, ni se la espera. Se afianza el aire de amenaza en torno a los Llinàs de la ancha mano del crimen internacional; sin embargo, el viejo Octavi, excitado por el homenaje que va a recibir muy pronto, aún tiene tiempo para lanzar pistas que me ridiculicen, y Trabal, que «he cogido el puente aéreo sólo enterarme, ya sabes, maestro, que me tienes para lo que haga falta», se dedica a reírle las gracias.

—¿A cuántos inocentes has represaliado hoy? Huy, no, me confundo, es que eres la viva estampa de tu padre... —y yo, por aguantar la guasa, el nulo recuerdo de un padre juez que aún sustenta mi necia impostura, me limito a ladear la cabeza. Luego, miro con intención la menguante botella de anís de la que el viejo abusa hasta que cada atardecer, en el imponderable polvo aéreo, en el silencio de la hora mágica, entre Giulia, su mujer, y Silvana, su hija pequeña, transportan el físico aniquilado de Octavi al interior de la vivienda, y en la propiedad vecina un jardinero rastrilla hojas secas, alza la cabeza sobre el seto y pregunta si puede ayudar. Porque sé que, desde la

desaparición de Elena y la figuración ante la casa de los matones húngaros unas semanas después, nadie ha llamado a la policía por no armar un escándalo, la razón primera, y no complicar más la situación de Elena, si ella, efectivamente, está metida en algún lío como última razón. Y sé además que la Elena a la que todo el mundo compadece o insulta es la que ha mantenido con sus oscuros contactos la frágil apariencia económica de su familia al estimular las relaciones de Victoria con Sandor Szavost.

Y eso quizá me importe más, porque estoy de su lado. He tomado partido por la invisible Elena ante esa panda de hipócritas. La quiero porque me ha avisado, aunque aún no sé de qué.

Después del «Escándalo del Premio Ciudad Condal», incapaz de guardar tantos secretos, Victoria me hizo una serie de confesiones, arrepentida por la dureza con que me había tratado los días siguientes a que Willard cogiese un avión revestido de su nueva personalidad de momia faraónica. Para Victoria un secreto era ya media verdad; no se daba el caso de que en su conciencia se llenasen de polvo raros expedientes como que su padre no fuese su padre, o que se hubiese acostado con la socia de su novia. Porque consideraba cierta honestidad un deber ineludible, Victoria me contó que, unos años antes, Elena le había explicado que un amigo deseaba invertir mucho dinero en arte, que quedasen y se explicara. Así que Victoria le planteó al abogado de Szavost la posibilidad de poder hacer de intermediaria en la compra de piezas del modernismo catalán: pintura, muebles, puñetas... La venta inicial fue un retrato de su abuela pintado por Casas que aligeraba por fin la penosa situación económica de su padre, cuya insistencia en no deshacerse de la fantasmal vivienda que habitaba era causa de gastos que no permitían ni su jubilación de la cátedra, ni su ya exigua renta. Así que se vendió el cuadro y no la casa, y no llegaron a enterarse de la transacción ningún anticuario de la ciudad, ningún coleccionista importante, nadie que hubiera podido decir «pobre Llinàs». Silvana iría a estudiar al extranjero en cuanto lo necesitara, Elena a desintoxicarse una, dos y hasta tres veces, y Victoria monta ría una galería con Rebeca. Porque la galería, además, era la segunda parte del trato. Szavost compraría las piezas no vendidas de cada exposición a cambio de un porcentaje de las ventas efectivas. Dando por sentado que el gusto de Victoria era infalible, alguno de los artistas multiplicaría pronto su cotización y la inversión de Szavost sería rentable. Pero muy enfadado tenía que estar Szavost, algo muy gordo tenía que haber hecho la desaparecida Elena, para que el seguro mafioso decidiese romper con sus jóvenes socias alegando que no le resultaba rentable su inversión y lo hiciese de ese modo contundente que no deja lugar a dudas ni debates. Lo que no pude oír la tarde en que irrumpí con Willard en la trastienda, era que Szavost le explicaba a Victoria, por si no se había enterado, que saber en todo momento el paradero de Elena era otra de las condiciones del variable trato que

mantenían. De ahí, el berrinche de Victoria, la explosión de todos contra todos.

Aparte de multiplicar la intensidad de los sentimientos enfrentados por Elena, casi nada había hecho Victoria para localizar a su hermana hasta la oportuna llegada del desterrado David Trabal. La experiencia le dictaba que podía estar en el lugar más inverosímil y, si no ocurría lo peor, antes o después reaparecería con el enganche renovado, su tristeza sideral y la dudosa voluntad de desintoxicarse. Victoria hizo un leve intento de búsqueda al llamar a Martí Oliver, aquel que fuera mi líder en el proyecto AvantPop, el antiguo novio de Elena. Lo único que Martí Oliver conocía de ese asunto era que las noticias de Elena y de su paradero le resultaban ajenas. Infiel, viciosa, loca, mala... Elena se timaba con auténticos indeseables desde que se había juntado con aquella amiga, sí, la de los sombreros, sí, hombre, cómo se llamaba, Elsa, me parece, la que había estado casada (o no) o arrejuntada (o no) con ese que ahora tienes de novio, otro damnificado de esos huracanes femeninos que habían soplado en los ochenta. Eso era lo único que sabía Martí Oliver. Hablando de todo un poco, Martí Oliver acabó refiriéndose como siempre a sí mismo para comunicar la refundación de Los Persuasores, que muy pronto grabarían disco. Una orientación más comercial: era una simpleza desaprovechar el dictado material de esos tiempos fecundos.

El segundo intento de Victoria tenía que ver conmigo. Al parecer, Elena compartía una afición con su padre: resultándole también el mundo sospechosamente sencillo, armaba jeroglíficos con sus pasos y sus movimientos, creaba enigmas de sus incómodas sorpresas. Victoria había localizado en la habitación de la desaparecida una carpeta con alguno de sus poemas y letras para canciones. La carpeta llevaba una nota adherida, «Para Victoria», y la aludida la había encontrado encima de la almohada como si fuese una carta. Victoria me dijo que había leído el manuscrito y nada le decía, salvo lo acostumbrado en Elena: autocompasión en sílabas generalmente mal contadas; y, la verdad, no tenía ganas de resolver misterios idiotas con un único resultado: yonqui inmadura que necesita llamar la atención porque ha malgastado todas las espléndidas, inmejorables, oportunidades de tener un futuro. Así hablaba la misma Victoria que poco antes se excitaba ante cualquier persona que tuviese un lado oculto, vertiginoso. Esa misma mujer que empezaba a ser una desconocida en la rectitud bifronte de su madurez me aseguró que yo, antiguo compañero de la corruptora de su hermana, conocedor de aquel ambiente enrarecido en que se movía, podía desentrañar algún misterio en aquellos textos marginales.

—Además, Elena me tiene dicho que le gustaría que lo leyeras. Siempre me habló muy bien de ti, ya lo sabes... —también sabía lo que expresaban, al hablarme, los ojos de Victoria: su pasión mitigada, la dificultad de soportarme.

—Pues no ha puesto mucho empeño en conocerme —yo hacía como que no me daba cuenta.

—A mí me dijo que no tenía ganas de recordar contigo lo de Elsa. Que se pondría muy triste. Como si su tristeza fuese una especie de conmoción mundial. Ella es así. Para nuestra desgracia.

A mi inspección fueron presentados unos cuantos folios. Lo que aparentaba ser la portada, me produjo una severa urticaria crítica: «El miedo es mi mejor amigo y no morirá antes que yo (como aquel perro)». Una letra picuda, barroca, muy distinta a la limpia belleza física que había tenido esporádica ocasión de ver en alguna fotografía. En otro folio, a máquina, el primer poema:

### **Nacimiento de Scott**

«Del otro lado hay un suburbio fabril donde, al amparo de un caudillo barcelonés, medran los pistoleros».

(Jorge Luis Borges. *La muerte y la brújula*)

Aquí estamos. La víctima imagina  
el vulgar nacimiento de Scott  
en las afueras. Chabolas donde medran  
temibles pistoleros al amparo  
de un loco caudillo barcelonés.

Aprieta los dientes fuera de ti.  
Respira, por favor, aire marino.  
Hila de modo distinto las causas  
de tibia ruina que niegan familias  
de gran dignidad venidas a menos.

El futuro, arder en el futuro.  
Coger su mano y atrapar las calles.  
La mano de Scott. Para inventarse.  
Hacer la cola de la mano de Scott.

No es mucho pedir tu sangre en su cuerpo.  
Y así, ante mis ojos, nace Scott.  
Paseamos más allá del Todo.  
Inventamos la ciudad. Levantamos  
imperios de gran gozo y pura dicha.

Cuánta juventud perdida. La vida  
derramada...

No compartía el disgusto de Victoria (la misma persona que organizaba exposiciones con ratones Mickey asaetados, con mochilas) por las facultades líricas de su hermana. Ese primer poema era un paso más allá de la prosa partida de los abúlicos vates *underground*: un salir a la carretera, por ponerme estupendo, en el largo viaje hacia el endecasílabo blanco. ¿Me importó eso entonces? Claro que no, Lector. El corazón me dio un vuelco, sencillamente. Los indicios se sucedían, uno tras otro, y yo imaginaba que esa cadena de coincidencias tenía que resolverse pronto; una inminencia de salvación. Situarse más allá de las mentiras, de los pasos en falso y, por supuesto, del miedo.



¿Quién, después de tanto tiempo, era el autor de ese proyecto de poema? ¿Elena? ¿Elsa? ¿Yo mismo? ¿Borges? Leí el cuento del argentino que Elena citaba como epígrafe en su «Nacimiento de Scott» por si encerraba alguno de esos indicios enigmáticos que hacían de la familia Llinàs un grupo tan peculiar y de mi vida algo curioso. Y, en efecto, quizá Elena tuviese la intención de transmitirme un mensaje en clave, porque *La muerte y la brújula* cuenta la historia de un hombre que halla la muerte desvelando un enigma.

Éste es el argumento. A Lönnrot le ha tendido una trampa Dandy Red Scharlach. Porque Scharlach sabe o intuye la predisposición de su rival a asombrarse en los misterios, su facilidad para enredarse en ficciones bien urdidas, en lugar de utilizar las tajantes armas del sentido común y la experiencia. La celada se desarrolla en tres crímenes de imaginativa puesta en escena en torno a las oscuridades de la cábala. Que la primera víctima, accidental, se hallara ante la frase «La primera letra del nombre ha sido articulada...», activa los mecanismos mentales de Scharlach, quien empuja a su rival mediante amagos y celadas a ir tras el asesino siguiendo la búsqueda del Nombre Secreto. Y Lönnrot pica el anzuelo en la perfecta insensatez de aferrarse a un misterio candente.

A lo largo del cuento, Lönnrot se alegra de la forma perfecta de sus intuiciones y, contra toda lógica criminal, deduce que habrá un cuarto crimen secundando la expresión de las letras que forman el Nombre Secreto. Es entonces cuando, siguiendo el designio de su hipótesis, se encamina a «una quinta abandonada de Triste-le-Roy».

¿Y dónde está ese lugar? «Al sur de la ciudad de mi cuento fluye un ciego riachuelo de aguas barrosas, infamado de curtiembres y basuras. Del otro lado, hay un suburbio fabril donde, al amparo de un caudillo barcelonés, medran los pistoleros». Lönnrot llega a ese lugar, penetra en la quinta y se sorprende. «Vista de cerca, la casa de la quinta de Triste-le-Roy abundaba en inútiles simetrías y repeticiones maniáticas: a una Diana glacial en un nicho lóbrego correspondía en un segundo nicho otra Diana...».

Yo estaba fascinado. Eran esas simetrías de nuevo. Y esas Dianas repetidas, el hallazgo de mis insectos ilusionistas y sus correspondencias, creí posible que Elena conociese el dibujo de la alfombra de mi vida, y que por tanto, el azar, las casualidades, fueran el último factor que regula la formulación de laberintos. Una Diana en el prostíbulo del Boston's durante el día del Watusi; otra Diana en la revista de arte sobre la mesa del despacho de Victoria como un eje; una tercera Diana apareciendo en su relato y del otro lado de la pared de la antigua casa familiar de los Llinàs en el casco antiguo. Y el barrio. Y el caudillo barcelonés. Y las simetrías, Lector. Y las alucinaciones.

Pero sigo con *La muerte y la brújula*. Lönnrot ha entrado en la casa, se ha sorprendido de su extraña disposición. Sube al segundo piso y la casa le parece

«infinita y creciente». Es entonces cuando Borges utiliza la cursiva y escribe: «*La casa no es tan grande*», pensó. «*La agrandan la penumbra, la simetría, los espejos, los muchos años, mi desconocimiento, la soledad*».

Podría ser mi epitafio, Lector. Y el de Lönnrot, quien a través de una escalera espiral sube al mirador. Allí mismo le apresan dos hombres. Uno de ellos es Red Scharlach. Lönnrot le pregunta:

—Scharlach, ¿usted busca el Nombre Secreto?

Pero no. Lo que busca Scharlach es venganza por una herida y el encarcelamiento de su hermano. Los materiales de la venganza de Scharlach son «un heresiólogo muerto, una brújula, una secta del siglo XVIII, una palabra griega, un puñal, los rombos de la pinturería». Dos crímenes (en el norte y en el este), un simulacro en el oeste y una celada en el sur para que Lönnrot intuya el nombre de Dios, el Tetragramatón, JHVH. Lönnrot ha obedecido a la atracción de la trampa.

Ahora, al final, no sé si para ganar tiempo con la torpe añagaza que las malas películas usan llegadas a ese punto, cuando el héroe, acorralado, pregunta y sus preguntas merecen una prolija explicación del malvado, y ese momento idiota crea una ocasión para que el clímax dé un vuelco a favor del héroe y todo acabe a satisfacción de los memos, Lönnrot, rendido, le sugiere a Scharlach que la próxima vez que lo mate utilice la línea recta, un tipo de laberinto griego donde se han perdido los más grandes filósofos y donde muy bien puede perderse un detective. No, no es ninguna añagaza: Lönnrot, como el creyente más ciego, parece convencido de lo irremediable de su ejecución, y sólo se acoge a la paradoja de Zenón de Elea, una línea recta invisible, incesante, donde Aquiles nunca alcanza a la tortuga. Porque el deseo de Lönnrot es, tortuga inalcanzable, aplazar la muerte para siempre si le es concedida una segunda oportunidad.

Expuesta la solicitud por Lönnrot, Scharlach promete con sarcasmo infinito. Enseguida, dispara.

Convertido en Lönnrot, volví al poema «Nacimiento de Scott». ¿A quién podía dirigirse Elena sino a mí? «Además, Elena me tiene dicho que le gustaría que lo leyeras...». ¿Victoria podía saber algo? Descarté una segunda intención de Victoria. Era lista, pero ingenua. Era franca. Sus líneas rectas ni siquiera eran laberintos, eran autopistas. No tenía nada que ganar compartiendo un misterio. No era un personaje en ese tipo de tramas donde se esgrime una astucia de exhibición. Está bien. Di por sentado que Elena conocía la historia de mi vida, la naturaleza proteica de algunos personajes reales o imaginarios que me habían envuelto a lo largo de los años. Desde luego, ella sabía que yo no era hijo de un juez, sabía de lo atrevido de mi impostura. Y lo había callado. Ahora necesitaba un cómplice para decirle que nadie más debía interpretar su poema. También me comunicaba que mucho cuidado con lo que podía encontrar al final de mi búsqueda.

Estudíé el resto del poema por si encontraba nuevos avisos ocultos. Los adjetivos con los que Elena había modificado en el poema su cita de Borges, no sólo eran utilizados para llegar al exacto cómputo de once sílabas (acentuadas por un leñador, todo hay que decirlo), sino que profundizaban también en el conocimiento que ELLA tenía de MI historia. El «vulgar» nacimiento de Scott, que puede ser una indicación de lo azaroso frente a las tretas de la policía cuando el personaje Scott nació por segunda vez y salió en los periódicos. Las «chabolas» que modifican el paisaje, lo fabril del suburbio. Los «temibles» pistoleros, como si los hubiese simpáticos, aunque, desde luego, uno de ellos superase, mediante el baile y su aura mítica, los rasgos del mero asesino. Y, lo más importante, el «loco caudillo barcelonés». Esa última modificación estaba cargada de sentido: por más que cien historias calificaran de loco a un jefe, el «loco» del poema era, por lo arbitrario del epíteto respecto a la cita, una caja con regalo sorpresa.

¿Y qué me contaba lo demás? La fundación de un mito al que llaman Scott. Por aquel entonces, las fuerzas del orden ya habían detenido al falso Scott, la noticia ya había salido en los periódicos. Pero la fuente del Scott de Elena era el Scott de Elsa. Una de ellas, o las dos, habían hecho correr la voz en los barrios bajos, un policía habría oído el rumor de la existencia de un personaje llamado Scott y, de algún modo, las fuerzas de seguridad, o alguien muy próximo a éstas, habrían armado un relato preventivo de crimen, de pánico, de ascensión y caída. Ésa era la leyenda urbana forjada luego en noticia. Pero las características del Scott de Elsa, el de Elena, no eran obviamente las de un marino que vino en un barco de nombre extranjero, sino las del Watusi. El Watusi que volvió loca a la Cupé. La Cupé, una anticipación de Elsas y Elenas, sólo que estas últimas, o eso pensaba yo entonces, respondían a una quimera de pasión, no a la pasión misma como aquella Cupé, la madre-protégida de Pepito.

Vuelvo al poema, a ese nacimiento. La poeta huye de su destino en la familia venida a menos para un futuro, el suyo, supongo, «de la mano de Scott». Pero también «hace la cola» de la mano de Scott. Y yo sabía que «hacer la cola» era el modo en que los yonquis llamaban a algunas aglomeraciones que solían formarse en las calles del Barrio Chino a la espera de un camello. La cola la formaban todos los que habían venido a este mundo a esperar. Pasaba el tiempo, porque el camello, espantado ante la súbita demanda, no aparecía. Entonces tenía lugar un rito espiral, los yonquis danzando como abejas destruidas en busca de su polen diario. «La cola» era disuelta. Todos fingían ir a comprar en otro lugar, ya que el camello no hacía acto de presencia; pero lo que todos sabían, y callaban, era que el camello iba a aparecer en cuanto la cola se hubiera disuelto y sólo quedasen los perseverantes. Todos fingían y enseguida regresaban. Durante un momento, la esquina, el callejón, los soportales se vaciaban, aunque un aire de tensión seguía recorriendo el lugar. Los yonquis

volvían. La aglomeración se formaba de nuevo. El camello se volvía a asustar. Y así todos los días, con lluvia o sol. Ésa era, pues, la cola donde los que iban a inventar la ciudad, pasear más allá del Todo, levantar imperios de gran gozo y pura dicha (otra cita enmascarada, por cierto), perdieron su juventud y derramaron su vida (otra media cita, y no quiero resultar pesado).

Scott, por tanto, es un mito dual. Nace de la necesidad, presagia el gozo y ocasiona pena y destrucción. De paso, la astuta Elena me descubre.

El siguiente poema parecía sumar nuevos indicios, aunque quizá sólo fueran sombras de una confesión:

### **Mi casa no da estas mujeres**

«Mi vida al menos será muy famosa»,  
me dijo en la playa antes de irse.  
Pero él era Scott. Mi dulce casa  
no da ese tipo de fieras mujeres.

Me quejo con berrido de muñeca  
y vuelvo siempre calma, disfrazada  
a la comida de copas talladas.  
Silencio. Un vago «Aquí no pasa nada».

Papá vendió por fin, dice que bien,  
el cuadro mayor: fina impostura.  
Las manos en el regazo, ella mira  
el fraude bajo el olmo del jardín.

El pintor de los nuestros anulaba  
obesidades. Mujeres esbeltas,  
grandes señoras que daba esta casa:  
resolvían en dos gestos un sistema.

«El mejor retratista de su tiempo.  
Lástima que le diera por París,  
y la absenta, qué quiere que le diga».  
Así fueron señalando a la abuela.

La abuela cuelga ahora en otro sitio.  
El húngaro avaro, o el hombre invisible  
que me folló entre baldosas azules.  
Lenguas sucias, blancas, doblan su precio.

Scott ha desaparecido, porque su vida «al menos será muy famosa» (es decir, la noticia del Scott inventado ya ha salido en los periódicos). La poeta, o su persona je («disfrazada»), derrotadas las dos en cualquier caso, vuelven al lugar del que habían decidido huir. Se relata la venta del cuadro. El autor del retrato de la abuela (Eugenia Salvat de Creixell) fue el artista Ramón Casas, un postimpresionista barcelonés de mucho prestigio, muy vinculado al ambiente cultural de la época y que iba al volante del primer automóvil que circuló por Barcelona.

Como no tuve la fortuna de ver el cuadro cuya venta alivió de modo considerable

las tensiones más evidentes de la familia Llinàs, no puedo hacerme otra idea que la transmitida por la cita de un experto al final de un artículo dedicado al pintor. Después de señalar su innegable talento natural y cierto compromiso con la sociedad y con el arte en los inicios de su carrera, el crítico dice: «Luego vinieron los cuadros de señoras, monótonos, vulgares».

Ése, sin duda, sería uno de ellos. En el poema, los datos objetivos vienen de la mano de reproches morales de clase: «Fina impostura» frente a «las manos en el regazo». O, el para mí notable, pero sintácticamente confuso, «contempla el fraude bajo el olmo del jardín». Hay más. «El pintor de los nuestros anulaba obesidades», por tanto las mujeres tendían a ser falsamente esbeltas además de grandes señoras que «resolvían en dos gestos un sistema». A esa ambigua precisión social o matemática le sigue la captura del comentario filisteo que «los suyos» hacían del artista: un borrachín y un excéntrico (por cierto, el pintor Casas fue el autor de los carteles originales del Anís del Mono, el licor preferido del penúltimo de los Llinàs). La última estrofa, supuse, era la dedicada a brindarme una pista, porque ahora «la abuela cuelga en otro sitio». Y Elena me daba dos opciones: «El húngaro avaro, o el hombre invisible que me folló entre baldosas azules». Dos tipos duros, en cualquier caso. ¿Era el follador invisible quien en última instancia obligaba a que en todo momento se tuviesen noticias de Elena? ¿Un pez gordo, nacional o internacional? ¿La clave? Busqué más datos en un tercer poema:

#### **El pionero mira correr a los Beatles**

Te fuiste a morir, Jack, bajo la falda  
de esa madre y unos cien kilos de olvido,  
ira, resignación y mucha pena.  
Y ahora, cuando en las calles bailan

dementes todos los chicos y chicas,  
felices porque habías existido  
sin saber que sigues existiendo,  
los ojos sin color miran la tele.

Para que haya baile, se necesita  
un primer bailarín, una coartada,  
un suicidio en la pista equivocada:  
Scott, Iván, Jordi, Lucas, Anita

Gonzalo, Sofi, Elsa (pobrecita)  
Cote, Xavi, Quino y Pepe, el Rana  
Bea, Toni, Nacho y Susana

Jack, despierta, mira, mira la tele.  
Empapado de alcohol hasta las cachas.  
Hinchado, vago, gordo, lento, otro  
Jack oye el claro chorro en la pica.

Y mira a los Beatles

La canción de los cacharros y su madre.  
Y, Jack, la perorata inacabable.  
Y, Jack, la ordinaria pared de acantos  
sucesivos, y Jack, el calendario

del almacén de especias de Florida  
de cualquier lugar en cualquier planeta.  
Otro día, otra noche, Jack, se acaban.

Casi se me saltan las lágrimas al leer lo de «Elsa (pobrecita)». No me costó demasiado trabajo averiguar que el poema hacía referencia a Jack Kerouac, el novelista *beat*. Investigué y supe que Kerouac, después de los viajes *beat*, de la aclamación *beat* y del exceso *beat*, se había refugiado en la casa que su madre tenía en St. Petersburg, Florida. La madre (india, mitad mohawk, mitad caughnawaga) poseía también otra cualidad: era el horror. Kerouac murió alcoholizado después de vomitar sangre en el lavabo de la casa que recrea el poema. Porque el poema parece representar una escena cotidiana. En medio de una rutina mezquina, borrachuza, gris, Kerouac está viendo a los Beatles en la tele. Su madre, en la cocina, no para de hablar. Kerouac fue el primero en tomarse las libertades que ahora se toma toda la juventud, y hasta los ídolos de esa juventud le han tomado el nombre: Beatles. Y «Beat-less» es un juego de palabras fonético que también significa «sin ritmo», la verdadera enfermedad que en ese momento afecta a Kerouac (y a Elena, me temo). Como dijo William Burroughs: «En la práctica ha sido Kerouac quien abrió un millón de clubes y vendió un millón de Levi's a chicos de ambos sexos. Woodstock ha nacido de sus páginas». Pero cuando todo eso sucede, Kerouac agoniza entre el vinazo y la cháchara materna. Elena combina esa escena cargada de significado con su propia experiencia personal, a la que añade un dudoso orgullo. ¿Quiénes son los nombres de esa lista? ¿Muertos? ¿Pioneros en el panorama local con un destino implacable? Yo me atrevo a apuntar que sí. La lista la inicia un personaje de ficción Scott, al que conocía, lo que no era el caso de los otros. Salvo Elsa, claro. Y Pepe, el Rana, que ejerció de *disc-jockey* en el Metropol, un bar moderno. De todos modos, la coincidencia era que, salvando las distancias, los recorridos vitales de Elena y Kerouac fueron idénticos. El hijo vuelve a casa para consumirse en una rutina letal. Quiero pensar que Octavi Llinàs ocupa el papel de la madre. Me gusta la cita de «La Bamba» en semifallo.

Y así seguían los poemas de Elena. Eran cincuenta. Quizá esbozos pendientes de perfeccionar, viñetas, alguna letra de canción... Casi todos hablaban de la droga, y de cómo había corrompido una primera y más alta experiencia:

#### **Las canciones**

Entonces las canciones eran nuevas.  
Dulce latido del corazón, Todo.

Piel erizada, salvaje contento  
en las casas, en las calles. En camas  
de humo sudabas las canciones nuevas.

Y las canciones dejaron de ser nuevas.

Temblábamos en puertas de bares,  
bajo cisternas, en lavabos, en poblados  
de gitanos de mirada sagaz.

Confundíamos la sangre ignorante  
vigilando balcones y relojes.

De una fosa, lejos,  
llegaban adormecidos retales  
de canciones que habían sido nuevas.

Alguno se refería de modo escalofriante a la soledad última de la adicción:

#### **Paro cardíaco en Navidad**

Mastica lenta muérdago y acebo,  
trepa la cancela, huye del temblor.  
¿Qué me has dado, hipodérmico horizonte?  
Humo de resina, duda del párpado.  
Hablas sola en los bancos de los parques.

Victoria me había contado ese incidente. Elena, después de una comida de Navidad, de una discusión tensa con su padre, se había refugiado en un parque próximo a su casa, cerrado al público a esas horas y se había inyectado una dosis fulminante. Una pareja de adolescentes, que se había internado en el parque cerrado con un objetivo más sano y optimista, la vieron y pudieron llevarla al hospital. La sobredosis no trascendió. Efectivamente, Lector, el parque era el mismo en que Elsa y yo nos colábamos alguna noche para convertirla en amanecer, el mismo donde le había contado el día del Watusi. El mismo día del Watusi que ella fingió no creerse.

Sigo con los poemas que más me llamaron la atención. Algunos hablaban de una tibia armonía que yo relacioné, sin estar demasiado convencido, con noches en granjas de desintoxicación, con la alegría de encontrarse con una esperanza. O quizá hablaran sólo de un momento de su vida inalcanzable en el punto sin retorno donde se encontraba:

#### **Restitución de las almas**

Dibujo noches blancas de verano.  
Cuerpos en la hierba aceptan secretos.  
Se echan un suéter a los hombros,  
deslizan su mano por mi brazo.  
La naturaleza pide dulce conversación.  
No os confundáis. Me refiero al tópico:

La gama de sombras, el ancho esmalte

de las sonrisas, la luna. Canción  
alegre. Fluye suavemente el silencio  
y la calmada bendición del viento.

En el resto de poemas se intuye la pasión por el Scott hombre, la fascinación por el Scott asesino, una pulsión masoquista: «Violas y saqueas/matas y seduces/y robas y escarneces/jodes y encanallas/a las blancas muchachas de encaje». También me encontré en muchos de ellos con la autocompasión de la que tanto se quejaba Victoria: «Nadie me quiere en los blancos salones/miradas dan en mí para perderse/más allá de nada. Los cuchicheos/son casi siempre voces descaradas».

Pero, ya lo he dicho, aunque casi todos fueran esbozos o merecieran serlo, algunos llamaban mucho la atención por su rara belleza y porque iluminaban un aspecto de la vida de Victoria que ella me había negado:

### **Facturas impagadas**

Ahora jurarían no recordar.

A veces llegaban a media tarde  
Caras iguales y tan apagadas...

Como patéticos encapuchados.

No se encienden las luces de la calle.  
Ni encienden la farola del jardín  
(se mece y alumbra un rincón del muro  
que da a la calle estrecha  
y nos delata).

Nadie se mueve cuando suena el timbre.  
Nadie contesta al teléfono.  
No se oyen la radio, ni el tocadiscos.  
De dinero no se habla.

Llego sofocada del colegio.  
Me tumbo en la cama  
y una respiración agitada  
acompaña el silencio  
que acompaña los timbrazos  
de las facturas impagadas.

Y un hormigueo en los dedos  
aún sin guitarra, como una luz única,  
busca el clítoris al caer la noche  
hasta que un susurro avisa:  
«La sopa...».

Victoria había pasado por alto los aspectos más sórdidos de la decadencia familiar, cuando Octavi Llinàs, después de la muerte de su segunda esposa, siempre enemistado con todos, y dispuesto a echarle a alguien la culpa de su desastroso destino (baja de la universidad, enfermedad, muerte), para evadirse de sus problemas,



se gastaba en continuos viajes a Roma el poco dinero que le daba una fundación de ricos mecenas catalanes. Sin embargo, pese al dolor, a lo patente de la desolación, la mente gaseosa de Octavi siguió rindiendo tributo a la apariencia. Y eso era lo que solía contar Victoria: los regalos que les traía, los libros ilustrados. Pero el carácter de Elena era otro: de ahí esos hombres que, cartera en mano, llamaban al timbre por la tarde (Victoria me habló una vez de que iba a cobrar un cuadro que un moroso no le pagaba con «la tenacidad de un dentista que mi padre odiaba especialmente»). Tuvo Octavi que volver a contraer matrimonio con una alumna de un curso de verano en Bolonia, Giulia, para que una inyección de juventud y buen ánimo impusiera algo de orden en la casa. De todos modos, parece que un monstruo de ansiedad pervivió en los ecos de esas perentorias llamadas al timbre. Ahora pienso que quizá por ser menor que su hermana, Victoria no vivió con igual intensidad y recurrencia esos penosos atardeceres de facturas impagadas. La voz que anuncia «La sopa...» era una tata de Teruel que, víctima primera de los impagos, argumentó la enfermedad de una hermana para desaparecer como un cohete de la vida de los linajudos Llinàs.

#### **Dos o mil o veinte mil días**

«Moriré poco o mucho.  
Con pasión, mas con interés».

Niños bien educados  
revientan puestos de helados.  
Y no lo veo.  
Hace tiempo que no veo.

Caras manchadas disparan  
flechas a las manzanas.  
No lo veo.  
Hace tiempo que no veo  
obesos tras autobuses.  
Modelos huelen a azufre.  
Sigo sin verlo.  
De mañana sale el sol.  
Músicos de rocanrol  
caen al fin de la noche  
se estrellan ciegos en coche.  
No lo veo.  
Amanece y no tiritó  
la tierra huele a grafito.  
Era el lápiz con que erraba  
enteras cuatro semanas.  
Escribiendo el año pasado  
en vez del corriente, un caso  
de juzgado. Me encumbraron  
Y luego me despeñaron.  
Guapa ¿dónde está el dinero?  
«No tengo monedero».  
Porque no veo.

¿Le suena este delirio al Lector? Sí, ésa fue la canción, con la letra algo trastocada, que Martí Oliver un cantó cuando fuimos a conocer el local de ensayo. Ese tema formaba parte del repertorio que guardaba para la reaparición de Los Persuasores. Recuerde que me dijo: «Hasta los veinte años no podía expresarme de otra manera», o algo parecido. ¿No podía expresarse de otra manera hasta que conoció a Elena y pudo saquearle sus ideas? ¿O era Elena la que se aprovechaba de Martí Oliver? «Viciosa, loca, mala...», había dicho él. No había ni un rastro de la existencia de Martí en ninguno de los poemas de Elena que me fueron dados estudiar.

### **Final**

«Es la flaqueza del verano  
—ella sonrió— y entonces  
brotaron sus lágrimas».

Nadie nada ya  
En la playa rota  
Y la arena quema  
Risas vacías  
Ataúdes hinchados.

Tengo que reconocer, Lector, que la primera vez que me enfrenté con «Final» sólo me invadió un sentimiento de alivio: las sorpresas habían entrado dentro de lo razonable y hasta mi vanidad se sentía algo halagada. Porque el poema «Final», Lector, era en verdad el final. Sin embargo, la letra picuda y enrevesada hacía de nuevo acto de aparición en un folio rayado que parecía la contraportada:

### **La canción difícil** (*superhit seguro*)

Sacúdete ya, ya  
La identidad, da  
Disuélvela ya, ya  
La identidad, da.  
Y di: da, da, da...

Neveras y rayados verás  
Con negocios y ratones detrás  
Necios y raposas arriba  
Con negras y rastros encima.

Sacúdete ya, ya  
La identidad, da  
Falséala, la, la  
La identidad, da.  
Y di: da, da, da...

Nerviosos y raras alucinan  
Nerviosas y raros no afinan  
Invéntala, la, la  
Difúndela, la, la  
La identidad, da.

Y di: da, da, da...

La esperanza humana es algo grande; pero cuando se ha perdido cierta perspectiva una niebla de ridículo invade el valle de lágrimas. Ése fue mi pensamiento al encontrarme con ese «*superhit* seguro». Sin ser un experto, me resultaba difícil concebir (una dificultad aún más difícil que «La canción difícil») como lo que parecía una burla entre lo dadá (el de verdad, no lo que hacía yo en AvantPop) y una llamada nihilista a la disolución pudiera escalar una lista de éxitos cualquiera en el improbable caso de que alguien le pusiera música. Mi memoria sólo podía comparar aquello a un bobo twist que me llegaba desde alguna radio en los tiempos del chabolismo con la letra del Teorema de Pitágoras. «Boba das pop para fracasos de hoy en día», pensé. Y el tiempo, muy poco, ha demostrado que no me pude equivocar más.

¿Me paga (o me pagaba) el Lector por ejercitarme en el comentario de texto? No, es evidente. Me pagas por averiguar lo que descifré en los poemas y fragmentos de aquel manuscrito. No era difícil, no hacía falta llamar a un equipo de criptólogos. Ahí supe tu nombre, Lector. Por eso me pagas. Para averiguar tu nombre. El nombre que yo te arrebato en un contagio de muerte. «El hombre que folla entre baldosas azules». «¿Por qué le llaman oscuro si es una esfera en el agua marina?». Eso es. Nuestros nombres, el tuyo y el mío, Lector, entre dos aguas, en los claroscuros de la ficción suprema.

Victoria tardó en preguntarme si había encontrado alguna pista sobre el paradero de su hermana en aquel manuscrito que, sin mucho que hacer, me había acabado sabiendo de memoria. Ella sólo se preocupaba por el daño que pudieran causarle a Octavi Llinàs, más bien a su definitiva inmersión en la irrealidad, la guardia constante frente a su casa de aquellos dos matones. Ella seguía con la tesis que iba a leer muy pronto. Dos de los alumnos de Octavi la ayudaban en la recopilación de fichas y, cada tarde, los tres se sometían en casa a intensas sesiones de relación entre la vida y la obra del poeta chileno Vicente Huidobro y los pintores con los que trató. Victoria se quejaba de que sus puntos de vista no eran nada originales y que su única función en ese caso era salvar el expediente. Hubiera hecho falta una lectura política de esas relaciones, describir la tensión que se producía en París en el período de entreguerras, pero para ello era necesario leer muchos más libros de los que ella estaba dispuesta a hojear, confrontar ideas nuevas que ella no podía tener. Una mañana, Octavi llamó por teléfono. David Trabal estaba en la ciudad dispuesto a solucionar el problema de los húngaros y con posibles noticias del paradero de Elena. Que fuera y, a ser posible, y este ruego era cosa de Trabal, no suya, por supuesto, que se trajera al hijo del fascista.

Así que estamos otra vez en el jardín que años antes cruzaban hombres grises con la insensata misión de ver retribuido el fruto de su trabajo, y ahora vigilaban mafiosos por motivos a buen seguro graves. No estaba mal para una familia que se había deshecho de sus bienes materiales y sólo aspiraba a la perfección espiritual y cultural.

Trabal juguetea con las gomas de su carpeta. Octavi ordena a Victoria que vaya a buscar sillas, y a mí me canta: «Cara al mañana que nos promete patria, justicia y pan». Cuando Giulia y Victoria se unen al grupo, Trabal toma la palabra con esa decisión que le hizo famoso en los 80, cuando se reunía con otros intelectuales y artistas en los altos de un bar de diseño por delegación de la Conselleria de Cultura de la Generalitat con el extraño fin de que se explicaran unos a otros, y luego a algún secuaz de Jordi Pujol, qué cosa era eso de la modernidad. Trabal, que se acababa de comprar su primera americana de tres botones, lo supo explicar como nadie. Porque se explicaba como nadie:

—Si antes me hubierais llamado, antes habríamos resuelto todo. En cuanto lo supe, llamé al alcalde y le pedí como un favor personal que tomase cartas en el asunto. Le expuse la situación con toda la delicadeza que pude: ni conocemos a Sandor Szavost de nada, ni sabemos el porqué de la constante vigilancia de esos hombres. Sólo que estamos asustados... —me encantaba ese plural—: El alcalde me ha comprendido muy bien. Sabe que hay algo, pero se imagina que no hay más que lo que hay. Es un hombre que, en estos tiempos de simulacros, de valores sin forma,

recupera las formas para, de ese modo, determinar mejor los valores. Todas las familias tienen su oveja negra, como ya sabéis, así que la discreción total está asegurada. Pues bien, ya tendría que estar aquí el jefe de la guardia urbana. Quien, por cierto, mide dos metros y parece verdaderamente el jefe, lo cual no le hace un simulacro de jefe, porque tiene la forma de jefe. Vendrá con unos cuantos guardias. Si no puede intervenir, dejará al menos a una pareja de retén en los dos lados de la calle el tiempo que haga falta. Cuando le he expuesto la situación se ha portado de forma exquisita. A ese respecto, no os preocupéis de nada más. Concéntrate en el homenaje, Octavi. Somos muchos los que te tenemos que agradecer todo lo que has hecho por nosotros y de lo que desde tu retiro puedes seguir haciendo. Como un francotirador... ¿Os he dicho lo del museo? No es estrictamente tu campo, pero podemos hacer cosas. De entrada, habrá que limpiar ese patronato de partidismos y politiqueo...

Vi babear a Octavi Llinàs. No creo que lo hiciera por su hija desaparecida.

—En cuanto a Elena... Y, ahora, perdóname, Victoria... No es lo mismo que llames tú a Martí Oliver para pedirle un favor, que le llame yo con una zanahoria atada a un palo. ¡Ay, los roqueros...! Un simulacro de vida peligrosa en la uniformidad sin forma de la degradación occidental. De esto, Octavi, Giulia, sé que quieres mucho a Elena, no os debéis preocupar más de lo normal. A mí me parece... —Trabal buscó con mucho cuidado sus palabras—... que lo único que puede haber empujado a Elena a molestar a ese individuo Szavost es algo altruista. Me han dicho, no os puedo decir más, que está en Barcelona. Es lo de siempre... Ahora me gustaría que Victoria y Fernando...

—... el espíritu imperial... —canturreó Octavi. Giulia y Victoria lanzaron un codazo simultáneo en cada uno de sus flancos...

Cuando Trabal dejó de fingir lo gracioso que le pare cía Octavi Llinàs, y que sólo él podía esbozar la exacta nota de humor, una comicidad irónica y resignada, en medio de una situación dolorosa, continuó hablando:

—Victoria, Fernando... Cuando lleguen los guardias ¿me acompañaréis al Raval? —Así le llamaban ellos ahora al Barrio Chino para borrar la oscura leyenda de pecado y delincuencia que se cernía sobre la zona y revalorizar los bienes raíces que más de uno había adquirido con la debida prudencia unos años antes. Una simulación del lenguaje y las situaciones urbanísticas que Trabal pasaba por alto de forma muy conveniente.

Así que llegaron los guardias, un gigante y dos cabezudos. Saludaron a los rebeldes de antaño, y los rebeldes de antaño se deshicieron en elogios por lo puntual del Gran Guardia, por su gallardía. A mí me asombraba cómo Trabal, que ya no parecía tener influencia alguna en el poder ciudadano, exhibía un verdadero talento para medir su capacidad de dominio. Y señalaba a los matones del coche y se quejaba de los tiempos, y de las formas posmodernas que adquiriría la inseguridad, y de los

peligros que con las nuevas modalidades del crimen corrían los ciudadanos honrados, los esforzados, los héroes que habían sacrificado todo para consolidar la democracia, para traer el olimpismo, para convertir la ciudad en una metrópolis fluorescente, electromagnética.

El jefe de los guardias preguntó si los matones habían dicho o hecho algo, si habían profanado la propiedad privada, si molestaban con algo más que su presencia. La respuesta a todas las preguntas era no. Así que el jefe salió a la calle y preguntó a los matones qué hacían allí. Los húngaros contestaron que su misión saltaba a la vista: alinear, ordenar, ladear, las piezas que formaban aquel cubo de Rubik hasta que cada cara fuera de un color uniforme. Una labor larga y difícil. Los dos guardias cabezudos se situaron entonces a ambos lados de la calle sin añadir una palabra a los del coche. Y los del coche se inmutaron mucho menos por la novedad del paisaje que si hubiéramos decidido distraerles con el espectáculo de unas animadoras que vociferasen entre saltos de oculta picardía: ¡Eme! ¡A! ¡Efe! ¡I! ¡A! ¡M-A-F-I-A! Recordé cómo, en otros tiempos, allá por el 76, 77, bastaba una indicación de Ballesta para que apareciese la policía y se llevara por delante a quien fuese. Y en el nervioso tráfigo de aquel jardín en declive, mientras Trabal desgranaba las citas adecuadas, los apellidos exactos y se bromeaba encima, y mi suegro me cantaba el «Horst Wessel Lied», llegué a creer en la posibilidad de que los resortes de la ley, cierto respeto por las fórmulas democráticas, impidieran que los guardias, o cualquier otro tipo de policía, encerrasen a esos matones sólo por molestar en la más dura de las celdas. Pero ¿qué tontería estaba pensando? Recordé de nuevo a Ballesta, su veneración por lo napoleónico y uno de los famosos dichos del emperador: «El arte de la policía consiste en no ver lo que de nada sirve ver». La única aproximación a la verdad era que había mucho más en el asunto de Elena de lo que mostraban los ojos. Y ahora yo pensaba en Elena como en una amiga, una igual. Hasta me resultaba amena la inaccesible belleza de mi cuñada, me era indiferente su fama de mujer fatal. Aunque esa indiferencia era de menor calidad que la de la mirada que Victoria me ofrecía mientras me señalaba el camino de la puerta, la primera casilla de nuestro descenso al Barrio Chino, una mirada neutra, pero decidida, como un tirón de correa al perro grandote y ya viejo.

Y como si fuera un perro todavía, fui colocado en el asiento de atrás del coche, mientras Victoria y David se daban novedades sobre los muchos asuntos que compartían. Ellos hablaban y hablaban, sí. Y, antes de hablar del motivo de nuestro viaje a los bajos fondos, lo hicieron del poder de Rafael Llinàs, el medio hermano de Victoria y Elena:

—Nada más llegar a Madrid, le llamo y quedamos a almorzar. Ni un problema de fechas, acceso inmediato, Victoria. Tu hermano Rafael es el Hombre, con mayúscula. En la comida me estuvo haciendo unas confianzas bastante espeluznantes sobre

alguna gente, tiras y aflojas del partido: que si el otro día recibí como toda respuesta de un alto cargo a una pregunta suya que la corrupción es el lubricante del sistema. Que si algunos andan borrando como pueden las meteduras de pata que hicieron sólo alcanzar el poder. Que si están preocupados por los presupuestos de los eventos del 92. Que no sólo les puede caer la oposición encima, no sé si me entendéis. Pero, sobre todo, me habló de vosotras, preguntó mucho. Es un sentimental, Rafa... Al cabo de un par de días, me pasé por su casa para dejarle una nota de agradecimiento y llevarles unas chucherías a los niños. Majísimos, los niños, Victoria, y tú aún sin conocerles. No acabo de volver a casa cuando Rafael ya me está llamando para darme las gracias. Me invita a ir con él a una cena en el palacete del conde de Bará, «que se alegra de ver a sus paisanos catalanes». Y otro día me cita en su despacho y me propone lo del museo. Me llena de elogios, vuelve a invitarme a almorzar y, claro, me pregunta por vosotras, pero esta vez en serio, para que le diese respuestas claras y sinceras. De Elena, no tengo más remedio que contarle media verdad. Y yo, sobre todo, le hablo de su potencial artístico, aunque ya no sea ninguna niña para ir hablando de promesas. De ti, claro, había mucho más que decir. El cierre de la galería en estos tiempos de borregos que nada distinguen, lo bien que te va en la universidad y también lo de Willard. ¡Y lo que le dije! Me contó que ya estaba enterado del escándalo del premio, que aquí en Barcelona no se podía hacer nada con esos berzotas nacionalistas envenenando el ambiente. Me contó las juergas que se había corrido con Willard cuando el americano vivía en Madrid, la vida increíble que Willard ha llevado, su temperamento, y que lo suyo de Harvard al final ha quedado en nada. Un pequeño acto de penitencia pública y el poder de Willard ha salido reforzado. Me refiero a su poder hacer cosas, Victoria... Tú, Fernando, le conociste también, ¿verdad?

—Verdad —a través de un amago de giro de su nuca, pude comprobar que una mirada vacía como la de Trabal puede también ser burlona. Si no había entendido mal, Willard, de regreso a su amada universidad, se había desdicho en algún público mea culpa de todas y cada una de las fanfarronadas de las que se jactaba en su paseo por la Ciudad Condal. Y añadí—: ¿Para qué vamos al Chino?

—Ahora os lo cuento, porque tengo mucho que contar... Como te decía, Victoria, fue decirle Willard a tu hermano para que el Hombre, con mayúscula, insisto, se pusiera en marcha. Pero yo no lo sabía. Yo, al principio, la verdad, conociendo a los de Madrid, ni me creía lo del museo, ni el entusiasmo por lo de Willard...

—Pero ¿qué te dijo? —Victoria, casi desentendida del tráfico, empezó a lanzar miradas de ansiedad a la misteriosa carpeta que Trabal abría en ese momento.

—Ahora, ahora te lo digo... Deja primero que te hable un poco de mí. Escucha. Rafa me vuelve a citar. Esta vez me habla de vuestro padre. Por fin se atreve. Le digo lo que sé, que está maravillosamente, pero un poco desocupado... Se queda

pensativo, un poco triste, y casi sin transición me dice entonces que lo mío, lo del museo, será cuestión de tres meses. Tres meses que estoy empleando para escribir una novela. Una especie de memorias morales con un toque posmarxista coincidiendo con el fin de la Historia.

—¡Qué bien...! —Era cierto que Victoria solía interesarse por los demás. Se alegraba de forma sincera cuando alguien tenía éxito, o al menos se sentía cómodo con sus actividades. Eso debo reconocerlo al cabo del tiempo, como tantas otras cosas. Pero el fatuo suspense que Trabal imponía, la empujaba a no indagar en los pinitos narrativos de aquel bocazas que reclamaba la atención sobre su persona, ahora lo veo, desesperada mente. Sólo quería que le quisieran y le perdonaran. Que le quisiera y le perdonara Victoria por lo que estaba haciendo, o lo que estaba a punto de hacer. Lo que no era óbice para que, mientras Victoria se confundía una y otra vez de calle en su errático conducir por el centro de la ciudad, Trabal insistiera en su nada talentoso suspense.

—Y me vuelve a llamar, Victoria...

—Vaya por Dios... —a mí nadie me hacía caso.

—... esta vez para cenar con el ministro. Y llámame simulador, si quieres, pero desde la convocatoria me dediqué a leer todos los libros del ministro, me convertí en un experto en campos de concentración como en el que le habían encerrado, Buchenwald... —y farfulló lo que podría ser un perfecto alemán, o quizá no, para reírse enseguida de un modo que se estaba extendiendo entre todos aquellos peleles de calaña similar a la de Trabal que acababan de redescubrir el cinismo, pero no se atrevían aún a llamarlo por su nombre, sino que lo convertían en el nuevo y lógico paso en el conocimiento de un mundo de laberíntica inteligencia, manteles de hilo, vinos gran reserva y cena con ministro—: De la lucha clandestina no necesitaba instruirme mucho. La mía y la suya fueron diferentes, pero no tan distintas en un plano metafísico, sino... En fin, que fue un doctorado rápido... —hasta Trabal se daba cuenta de cierta desilusión por parte de Victoria, y seguramente percibió también que no era necesario extenderse más en describir tácticas de servilismo elemental como si fueran las maniobras envolventes de un nuevo Fouché—: Así que cenamos con artistas en Lardhy, un toque *camp*. Rafa, un caballero, Victoria, me fue pasando durante toda la cena pelotas fáciles para que me luciera. Los pintores encantados, y el ministro, que tiene fama de mal genio, encantado también, hablando de la necesidad de personajes clave que mantengan el dinamismo necesario entre el centro y la periferia y a la vez sean muy europeos. Que faltan revulsivos para la creación, pero que tampoco hay que ir a buscarlos a nuevas atlántidas, y mientras tanto, como mal menor, hay que mantener un diálogo que pueda llegar a ser fructífero. Ya en la calle, Rafa me toma del brazo con mucho señorío, me aparta del grupo como por casualidad y me dice: «Hablé con Willard anoche y lo tengo en el



bote». Luego me da este fax, y a la mañana siguiente, como de milagro, me llamas para decirme lo de tu hermana. Como estoy cargado de energía, hago las llamadas pertinentes, sin resentimiento. Ahora verás, Victoria. Estoy esperando a la comida, porque os invito a comer, para enseñarte esto...

Y volvió a señalar la carpeta. Medio amnésicos sobre el destino de Elena, nos fuimos a almorzar a un restaurante vasco cuya puerta flanqueaban no hacía mucho las putas en un alto de su mundano trotar, y donde ahora no era infrecuente oír el amplio bostezo de los chóferes, de los escoltas. El contenido de la carpeta misteriosa era un fax por el que Steve Willard comunicaba la aprobación de la primera fase para la organización en el Fogg Art Museum de la Harvard University de la muestra «El espacio de la predesocultación: los orígenes ibérico-mediterráneos de la posmodernidad» (título de gran precisión que de forma misteriosa había mudado su nombre por: «*Spain is different and Barcelona very sexy*»; pero ese detalle, al parecer, no importaba demasiado). La euforia se desataba, corría el champán, la carcajada estallaba, en el mismo restaurante donde solían ir a comer los que hasta hace poco eran compañeros del nuevo *protégé* del Hombre, con mayúscula, y también subordinados, superiores, rivales y antiguos compañeros de un abanico de partidos en declive de radicalidad. Y, sin rencor ninguno, Trabal saludó de lejos a todos aquellos con una sonrisa de oreja a oreja, mientras el tapón saltaba de la botella, y ante la curiosidad que había creado, no tardó en ser clemente y sacar a los funcionarios de su ansiedad para comunicarles su nombramiento como director de un importante museo. Nada era oficial aún, por lo que Trabal, con apaciguador movimiento de manos, reclamaba una discreción que no era sino acuerdo tácito de inmediata divulgación. Y sentado de nuevo a nuestra mesa, eufórico ya, cumplida su pequeña venganza, volvió a dirigirse a Victoria para comentar lo del patronato del otro museo, local este último, donde su padre tendría mucho que decir después de ese homenaje que, debidamente promocionado, le iba a situar de nuevo en el candelero de la política cultural. En el café, su conversación regresó a Elena.

—En cuanto me llamaste, Victoria, cogí el teléfono y me puse a exprimir a Martí. El otro rebelde... Le hablé muy en serio y le dije de vuestra preocupación y que sabía positivamente, porque lo sé, que aunque él lo niegue, se sigue viendo con Elena.

La información pilló algo por sorpresa a Victoria. Yo, desde luego, no creí en un principio nada de lo que Trabal decía, por sistema, por puro odio a ese imbécil. Pero después recordé a Martí, la tensión que se hacía evidente las pocas veces que mencionaba a su ex novia. Y recordé el poema de Elena al que Martí había puesto música y me había cantado. Aún me intrigaba más el hecho de que Trabal conociese toda esa información:

—Se ve, Victoria... —el tono de Trabal se volvió apesadumbrado, algo solemne, siempre dentro de la prudencia—... que Elena ha vuelto a...

—Eso ya me lo imaginaba —dijo Victoria con fastidio y, a mí me parecía, pensando más en el campus de Harvard que en su hermana, o cualquiera que pudiese estar relacionado con ella y su estilo de vida de una forma u otra. Y eso me incluía.

—Martí al principio se hacía el desentendido, el duro casi, pobrecito. Pero fue decirle que estaba en Madrid y tenía buenos contactos en el mundillo musical para que empezase a lanzar pistas. Como siempre, cuando el confidente no quiere verse implicado, te dice algo que básicamente es mentira, pero que si sigues el rastro de esa simulación te lleva a una verdad. No sé si me explico... Y lo que me dijo es que si Elena había vuelto a las andadas, seguiría su ley de siempre, la ley, según palabras de Martí, de los «síperono». Gente que cada día va a comprar droga, porque psicológicamente está convencida de que comprar para varios días, almacenar, es una manera de comprometerse con su adicción. En cambio, si compra cada día lo justo, puede dejarlo mañana mismo. Aunque luego pasa lo que pasa... Así que si Elena, como quizá, y siempre según Martí, no ha tenido tiempo de ligarse a un camello importante, estará en los puntos de venta habituales. Ella, siempre según Martí, iba mucho a la encrucijada de San Pablo y San Jerónimo, en el Raval. Martí da por hecho lo del camello importante... Lo que no sabe y nosotros sí, es que Elena ha irritado al que posiblemente sea un traficante de altura y, perdona, Victoria, pero eso es a lo que se dedica tu húngaro de nombre impronunciabile. Entre otras cosas... Y si Elena está reñida con un camello importante, no se arriesgará a irse con otro. Por lo menos, de momento. Así que todo apunta a que se la pueda encontrar en el Raval. ¿Me he explicado?

—Demasiado bien... —dijo Victoria—. Sólo pensar que pueda estar involucrada con toda esa gentuza. Que busque protección en un gángster para que la libre de otro, todas esas cosas de las que no tenemos ni idea...

Miré a Victoria, y vi cómo se despejaba el flequillo de la frente, cómo pinzaba una servilleta, los mismos gestos que antes manifestaban su hermosura y cierto desamparo inteligente, y que, ahora, desde luego, ocultaban otros pensamientos. Aunque quizá no. Yo no debía juzgar: no era ésa mi familia, ni tenía esa vida, ni siquiera la parte de la que podría reclamar derecho. Pero, sin embargo, sí podía intervenir en aquel silencio embarazoso:

—No hay que olvidar a Sigismundo Malatesta. El que sodomizó a un chaval de quince años que era un enviado del Papa y ahora está en el infierno con Judas Iscariote, Sigismundo, no el enviado. Fue el mecenas de Piero della Francesca y de no sé quién más...

David Trabal y Victoria Llinàs levantaron la vista en mi dirección. Se podía haber oficiado allí mismo el sepelio de sus miradas muertas.

—Me lo contó tu padre. Lo que digo es que no hay que tener mala conciencia porque el húngaro sea un mecenas. Piero della Francesca tampoco hacía preguntas...

Y ahí lo tienes...

Entonces, David Trabal se dirigió a una Victoria ausente sin valorar ni por un instante mis palabras:

—Yo he pensado en Fernando... —Fernando era yo y estaba ahí, hablando, en la misma mesa donde ese comemierda manifestaba haber hecho uso de su pensamiento.

Los dos volvían a mirarme ahora con algo más de chispa en sus pupilas. Hasta que entendí:

—¿Qué queréis? ¿Que la busque?

—Tú eres un hombre que ha vivido mucho, Fernando. Estoy seguro de que conoces esas calles como la palma de tu mano. Los yonquis se amontonan en las aceras, famélicos de droga, irrumpen en la calzada y se echan encima de los coches o se lanzan bajo sus ruedas y, aún desde allí, desde el adoquín que ha partido sus dientes como ellos han partido los dientes del tiempo, miran en todas direcciones por si ven a alguien a quien puedan sacarle dinero. Se mueven en manada, como zombis... Destrozan todo a su paso, defecan en los portales, gimen bajo escaleras mugrientas... Yo iría, yo buscaría, yo hablaría con Elena personalmente, pero...

—Pero aún queda mucho por lamer en...

—David tiene razón, Fernando. Aún no os conocéis, pero ella te tiene aprecio.

Sólo la curiosidad que la cadena de los últimos hallazgos había despertado impidió que vomitase allí mismo la lubina con bogavante. Trabal, para ascender en Madrid, utilizaba la desgracia de Elena, su torpe evolución, las amenazas, para cumplir, estaba seguro, con su nuevo protector. Victoria se desentendía de su hermana como se estaba desentendiendo de mí, porque el futuro estaba en otro lado y con otra disposición. Ella lo había dado todo y no podía más. Tenía razón.

Me despedí de ellos en las Ramblas y, tras verles descender a los abismos de un aparcamiento envueltos en la armadura de su importante cháchara, penetré en las callejas del Barrio Chino.

Era una tarde soleada, sin rastro de manadas de yonquis defecando en los portales o cualquier otra alucinación simuladora del formidable David Trabal. El «sistema Scott», una nutrida presencia policial, el desalojo, las demoliciones y los arrestos habían despejado la zona de la algarabía febril de los últimos años y volvía a reinar la dinámica de siempre: la falta de una misión activa de los residentes, su indiferencia motriz, contra el caminar apresurado de los transeúntes. Descendí por Robadors entre el pasillo formado por las putas a las puertas de los bares frente a mirones y futuros clientes que las valoraban desde la acera de enfrente, a poco más de un metro de distancia. En las calles principales, los comerciantes orientales hacían guardia en la puerta de sus tiendas y los niños, al pasar, se reían de sus turbantes hasta que un adolescente paquistaní les ponía en fuga maldiciendo en perfecto castellano. Las pintorescas, inofensivas, fantasmales ruinas humanas de siempre entraban en esos

bares que parecen vacíos aun estando llenos y rezuman orujo y grasa. Esos humanoides, con cien años a sus espaldas, se iniciaban en la cultura de los laberintos con su fugaz presencia, con su aura. Personajillos que se desintegran al llegar a una gran avenida y se vuelven polvo, y el viento arrastra la ceniza chillona de sus camisas de saldo de vuelta al centro de las callejas, a ese descampado con un mural de dolor, o quizá de esperanza, que Keith Haring había pintado poco antes de morir. «Todos juntos podemos parar el SIDA». No el tuyo, amigo, ni el de casi nadie. Siluetas de tiza que rodean a los cadáveres en el escenario del crimen convertidas en monigotes bailando en la plaza, desierta hasta un nuevo derribo. Los monigotes se dan la mano y bailan los últimos bailes del mundo. A su lado, en la tercera dimensión, las palomas se vuelcan sobre las cenizas indefensas de los vagabundos a los que fulminara la luz del sol, y se amontonan y picotean y disputan entre ellas hasta que en una sacudida emprenden el vuelo porque han llegado las gaviotas. Y las gaviotas dominan el ámbito, aunque sólo por un momento, ya que deben salir también de naja si no quieren acabar como ingrediente fundamental de la sopa de ese nuevo vagabundo, entero aún, que ahora las persigue, las piernas enredándose una y otra vez en la ajada bata de boatiné. El vagabundo desiste y regresa a su carro de la compra oxidado lleno de objetos de calidad simbólica en torno a una locura que niega cualquier fatalidad. Y se aglomeran ante el mural algunas criaturas de pesadilla, algún desastre genético, lo normal en un barrio pobre sin la tensión de una zona dominada por el ir y venir de los yonquis, una tragedia sin urgencia, sin heroína. Allí no quedaba nada del peligro constante de los años anteriores. Sólo la desolación sobre la que muy pronto trabajarán excavadoras y se hundirán pilares en masas de cemento fresco. Entré en un bar, pedí una cerveza y pregunté si tenían teléfono. En ese momento, junto al billar, era fotografiado un escritor con cara de bobo que acababa de publicar una novela sobre el fin del Barrio Chino, escrita en un argot que sólo él conocía. Ni el escritor ni el fotógrafo se daban cuenta de que los ancianos que jugaban al dominó en la mesa del fondo del local habían vivido tiempos mejores y más alocados, pues se ocultaban la cara del modo más barroco en cada fogonazo del flash. Cuando el hedor del lavabo próximo ya me fulminaba contestaron por fin en el otro lado de la línea. Martí Oliver, sorprendido de oírme, inició un relato sobre la inminencia de su éxito, los esfuerzos durante las sesiones de grabación del disco que iba a salir dentro de unos meses cuando terminase las mezclas de sonido en Londres, lo perfectos que eran los temas, aunque en un par de ellos hubiese tenido que abrir la mano a ciertos ritmos en boga. Iba ya a colgarme sin esperar ninguna noticia sobre el motivo de la llamada, mi biografía última, eso desde luego, o sobre ningún otro dato que no concerniese a su carrera, cuando le pedí un favor. Que me dijera si David Trabal, el *cultureta*, se había puesto en contacto con él.

—Pues sí... —me contestó—: Ese hijo de puta no hizo nada de lo que podría

hacer cuando me echaron de AvantPop, de mi propio grupo, del grupo que yo había formado, y la semana pasada me llama para decirme que si alguien me telefoneaba dijera que efectivamente había hablado con él, pero que dijera también que no podía decir nada más. Eso fue todo lo que me dijo, además de prometerme el oro y el moro. Como si ese imbécil me fuera a servir de algo a estas alturas...

Me senté en la barra de cara a la plaza desierta y especulé con la situación. De momento, dejé de lado la flagrante mentira de Trabal y sus porqués y me concentré en Victoria. Necesitaba dar un giro a mi vida si no quería que ella empezara a tratarme como a una especie de criado o de hermanito pequeño y un poco tonto con el que no se sabe qué hacer, otro lastre familiar, el peso muerto del que le iba a resultar más fácil deshacerse. Me sorprendí imaginando a mi persona en la misma situación que los harapientos que se arrastraban ante el mural de Keith Haring y tomaban el sol, intercambiaban hallazgos de los basureros. Si de pronto se acababan las historias japonesas, si me faltaba el amparo de toda esa gente, volvería a la nada. Pero esta vez a una nada absolutamente vacía. Mi deber era concentrarme de una vez en el Día de Mañana, hacer que Victoria me respetase.

A continuación, mi agenda reformista:

No pensar nunca más en que esa plaza desierta que Trabal había llenado de yonquis de cartón piedra era su manifestación posmoderna del simulacro en la que sólo quedaban monigotes pintados por un mártir del sida de quien Trabal explicaría todas las excelencias artísticas si así debía ser, o encontraría todos los defectos e ineptitudes si eso le fuera a servir de algo. Dejar de proponer a Rebeca, la antigua socia, pero aún amiga y confidente de Victoria, la necesidad de acudir juntos a un local de intercambio de parejas y mitigar con desconocidos (ella) y desconocidas (yo) nuestra inanidad vital. Salir corriendo si Rebeca las volvía a aceptar, como así había hecho en anteriores ocasiones. Dejar de buscar esa absurda trascendencia que sólo yo me obstinaba en ver a través de las confesiones, quizá los juegos, de los demás: los insectos ilusionistas del padre de Victoria, o los poemas que Elena, al parecer, me destinaba personalmente. Abandonar las relaciones dementes que sólo llevan a la inquietud y a pronunciar, Lector, nombres vacíos.

Estaba sumergido en esas reflexiones cuando, al otro lado del cristal donde se revolvía un pulpo pintado en albayalde, otra artesanía perdida, los vagabundos amontonados junto al mural de Keith Haring se pusieron en pie al ver a una mujer algo obesa con un recatado vestido de violetas y unas sandalias, el pelo recogido en un moño, gafas de concha. La mujer saludó a los vagabundos y ellos, puestos en fila, la siguieron hasta que el grupo, convertido en una dócil compañía de *boy-scouts*, se internó en la exigua y oscura calle Robadors.

El manto de discreción de la mujer, casi un disfraz para alguien que la hubiese tratado antes, no me impidió reconocerla. Era Dora. La de mi antiguo barrio. La hija

del perista. La principal sospechosa para Pepito el Yeyé durante el día del Watusi. La única que lloró de rabia por aquellos hechos. La que años después había visto ejercer de puta en un cuadro erótico que representaba una estampa de Julio Romero de Torres, el pintor de la mujer morena que en un año o dos colgaría del Fogg Art Museum de la Universidad de Harvard.

La primera letra del Nombre había sido articulada.

Esa misma noche convoqué en torno a la mesa de nuestro salón a una soñolienta Victoria. En el aire flotaba aún el aroma de un nuevo cónclave para tomar decisiones originales sobre el vínculo entre el poeta Vicente Huidobro y los pintores. A través de ese vapor de sabiduría y de los humos combinados de su infusión aromática y mi nervioso cigarro, expliqué a Victoria mi definitivo cambio de vida a partir de ese momento. Tras una reflexión profunda, difícil, pero breve y diáfana, wittgensteiniana, sobre mi rutina vital y mi destino de hombre, había llegado a la conclusión de que mi indolencia, antaño un gesto, una actitud moderna, alcanzaba ahora extremos inaceptables. ¿Recordaba mi relato sobre antiguas colaboraciones en la prensa? Como Victoria recordaba, dije que volvería a intentar que mis palabras se hicieran de nuevo voz pública en algún diario. Llamaría a puertas, me forjaría un porvenir. Se acabó el «pan para hoy, hambre para mañana». Se acabaron la cocaína, el whisky, el exceso, la tentación del desastre, la deriva inepta en esta sociedad consumista que tanto aliena a los débiles de carácter... Iba a esforzarme por merecerla, a ella, a Victoria, a ese ángel que había aparecido en mi vida sombría para iluminarla y al que no había sabido valorar en su ámbito natural: lo sagrado. Estaba muy orgulloso de ella y deseaba que ella lo estuviera también de mí.

—Tenemos que dejarnos de sobrentendidos, Victoria. Tenemos que hablar. A mí me encanta oír tu voz. ¿Vamos a la cama?

Nos dirigimos por una vía casi muerta «es que estoy cansada, Fernando...» a un cuerpo a cuerpo que sellase nuestro alejamiento de la rutina. Las caricias habituales, la segura táctica, la boca entreabierta, un «no pares, no pares...» que se resuelve en un gemido prolongado y una sonrisa veloz, una vuelta en la cama y un rápido «Buenas noches...». Y, si alguna vez ella se había alejado del método, enseguida oía su reclamo: la visita al lavabo y el regreso en pijama, mientras se frotaba las manos embadurnadas de crema. Y un «no fumes en la cama, Fernando, por favor...». Y un murmullo bajo las sábanas:

—A ver si es verdad todo eso que me has dicho —y su voz regresaba al terreno de los sobrentendidos.

—No sólo es verdad, sino que a partir de mañana bajaré cada día al Barrio Chino a buscar a tu hermana. Tengo el presentimiento de que la encontraré, de que puedo convencerla. Lograr que se explique, Victoria.

—¿Había algo interesante en aquello que te di?

—¿En los poemas y eso? Nada. Parecen recuerdos, proyectos vagos. No escribe tan mal, por eso...

—No, no... —Victoria murmuraba—: Sólo que no es constante. Nunca lo fue. Más que en lo suyo...

—Yo sí lo seré. Constante, quiero decir. De mí no tienes que preocuparte. Bajaré cada tarde a esa jungla de asfalto. Exploraré el terreno. Haré preguntas. Quiero que todo sea felicidad a mi alrededor.

Así que cada tarde durante una semana me aposté en el mismo café decrepito para ver cómo los vagabundos se reunían ante el mural de Keith Haring, y la modélica Dora se los llevaba a lo más profundo del laberinto, ajena la procesión de la parada humana frente a los clubes de la calle Robadors, brillo de dentaduras postizas en batería, miradas esquivas y tensos silencios de lujuria.

Durante la segunda semana de mi nueva vida en la que nada había cambiado, ya no fueron necesarias mis labores indagatorias, porque los húngaros habían levantado por fin su guardia frente a la casa de los Llinàs ante el aplauso del orden público en loor de sí mismo por ser eficiente como es y para alivio de familiares y allegados. Sin embargo, porque estaba seguro de que todo lo que nos había contado David Trabal no era más que una mentira interesada, y porque me sentía atraído hacia aquel barrio de modo irresistible, fingí ser uno más de aquellos puteros seniles. Apoyé la planta del pie y la espalda en una de esas fachadas mugrientas frente a los clubes de alterne y vi una y otra vez cómo, en contraste con el paisaje furtivo de bodys transparentes, pechos siliconados y capas de anatomías en distinto estado de auge y decadencia, lo hondo de sofás rojos, el rápido movimiento en un portal, Dora salía de una de aquellas casas y con la mirada baja recorría la poblada y estrecha callejuela hasta alcanzar la plaza y a sus vagabundos y los traía en fila india para introducirlos en lo que era ya vivienda misteriosa.

Seguía intentando confundirme con los mirones jubilados, ancianos babosos que casi nunca contrataban los servicios de una puta, pero que, de algún modo, se convertían en los cronistas de aquel tráfico de carne. Cada uno de aquellos viejos tenía su fulana preferida y, algo enamorados, recogían información sobre las aptitudes de su favorita y vigilaban la frecuencia de sus coitos. Si uno de ellos faltaba una mañana o una tarde, porque le era necesario ir al médico o llevar a sus nietos al cine, otro tomaba nota de los movimientos de la ídolo de su compañero de vigilancia para comunicárselos al día siguiente, o se emparejaba con ella en la forma más extraña de simulacro de adulterio que haya podido ver en mi vida. Ese juego hubiese hecho las delicias de David Trabal, de comentárselo alguna vez, al reabsorberse en aquel trajín lo falso en lo demasiado falso para ser falso, y borrarse lo verdadero en lo demasiado verdadero para ser verdadero. El reino de la simulación. Disolución plena del sentido. Claro que sí, hombre. Pero al que faltaba, lo encabronaban, y luego era motivo de burla verdadera.

Al fin, uno de ellos, tan idéntico, tan gris y tan rijoso como todos, se presentó sin vergüenza como Antoni Tarsans, viudo, no se crea, y fundador de Talleres Tarsans. Hechas las presentaciones (yo fui para él David Trabal, burócrata) el anciano entabló



conversación sobre los diferentes servicios que aquellas hembras ofrecían. Me explicó con detalle la variedad de los servicios: lo que era un francés, un griego, una cubana, una rusa doble, una hawaiana...

—Al final van a tener razón los que dicen que Barcelona es una ciudad muy cosmopolita...

—¿Cómo? —el viejo estaba descolocado, pero tenía ganas de cierta intimidad—: Lo que no entiendo... Siendo usted joven como es... O lo que le pasa es que no se decide, o que también le gusta el trasiego, más que nada...

—Me pone cachondo, sí... Pero lo que más cachondo me pone son las putas que no parecen putas. Como esa que pasa y se lleva a los vagabundos.

—¿La hermana Dorotea? No tiene usted mal ojo, no... Ésa había trabajado en eso, pero le comieron el coco los de una secta. Tienen un despacho, una iglesia, o lo que sea, ahí, en ese portal. Se lleva a los vagabundos, les da de comer y les lee la Biblia, me parece. Pero esos jodidos, con la cera que llevan en los oídos, como si truena... Y todos contentos.

El hombre valoró en mi semblante el impacto de su información. Y, de puntillas, muy cerca de mi oído, susurró:

—Si lo que intenta es la hermana, no se prive, ahí tiene usted la puerta... La que fue puta... Oiga, y, sobretodo, si le va bien diga algo...

—Pero ¿se puede subir sin permiso?

—Claro, pero le van a comer el coco... Disculpe...

Y disculpé al viudo Tarsans porque su puta favorita, una africana obesa de constitución monumental y edad indefinida, había despachado a otro cliente y ahora, mientras fingía subir la cremallera de una de sus botas amarillas, se dejaba admirar por la parroquia bajo el rótulo del bar Tico-tico.

Esperé a que fueran saliendo los vagabundos para entrar en el portal devastado, convencido por el tiempo y la humedad de su naturaleza de agujero. Subí las escaleras a oscuras hasta que se encendió una luz y casi me di de bruces con Dora, que en ese momento salía de una puerta con la placa «Pascualistas del Único Día». Después del susto, le presenté mis excusas y ella me miró como si me conociera de algo. Imaginé que para una mujer con su pasado, ese conocer de algo era síntoma inmediato de desconfianza.

—Hola, ¿es usted la encargada de esto? —le pregunté, mientras inventaba una excusa rápida para convencerla del porqué de mi presencia ante esa puerta. Y, sobre todo, convencerme a mí mismo al cabo de dos semanas de estúpida fascinación por un detalle tangencial de mi pasado.

—Sí, soy la encargada. ¿Qué desea? —sus gestos eran lejanamente beatos, pero su tono era firme, casi tenso.

—Mire, soy periodista. Me llamo David Trabal. Estoy haciendo un reportaje

sobre los focos asistenciales, por llamarlos de alguna manera, que pueden ser trastornados por la reforma radical del antiguo Barrio Chino.

—No queremos nada con periodistas. ¿Me deja pasar?

Estábamos en un rellano minúsculo, sobre un suelo desigual, entre desconchados y una baranda de hierro más bien frágil. Mi impresión era que la negativa de Dora no admitía réplica; sin embargo, la aventura me empezaba a hacer gracia. De momento, no tenía más remedio que dejarle paso. No me moví, imploré:

—Hermana Dorotea... Mi intención es subrayar la caridad, las buenas obras que llevan a cabo algunos cultos minoritarios. ¡El público debe conocer su esfuerzo con esos seres abandonados! Llevo tiempo observando su labor y me he dicho...

Casi en la calle, Dora volvió la cabeza hacia mí:

—Ya le he visto, ya. Ahí, con los lechuzos... —Ése sería un término de argot prostibulario para los mirones—: Pensaba que era usted un descarriado...

—No, hermana, soy un testigo presencial del sufrimiento humano y de la entrega de algunas personas buenas por aliviarlo.

—Mire, tengo que ir a comprar. La puerta está abierta. Coja los folletos que le interesen de encima de la mesa, no toque nada más y váyase.

Me ofrecí a acompañarla, a compartir su carga, pero la luz de la escalera se volvió a apagar, y Dora había desaparecido ya cuando por fin encontré el interruptor y pude asomarme al hueco de la escalera. No me llevó mucho tiempo cruzar aquel rellano diminuto y desigual, ni tampoco empujar la puerta. Un olor profundo evidenciaba la dictadura de un poderoso y necesario ambientador en un piso con escasas posibilidades de ventilación. En el inmediato saloncito, anaqueles donde se amontonaban folletos y carpetas rodeaban una larga mesa con más propaganda dispuesta al modo de una futura e inaudita reunión teológica. En la esquina de la mesa más alejada de mí, una anciana repasaba unos impresos con temple de funcionario avezado. Saludé, fui saludado con una leve interjección, y me senté en la primera silla, mientras intentaba adivinar el resto del ámbito. Frente a mí quedó una cocina donde se amontonaban embutidos en envase industrial, y a mi espalda, una sala más amplia con sillas en corro del que parecía desentenderse un atril sobre una tarima en un rincón oscuro. La penumbra del atardecer, el juego de luces rojas y verdes de los bares que parpadeaban en la calle, impedían dilucidar lo que estaba escrito a rotulador y letra ampulosa en los carteles que colgaban de las paredes. Me levanté a leerlos antes de salir de allí para siempre:

—No se puede pasar ahí, hermano —me dijo la anciana sin levantar la vista del papel, ni restringir el hábil movimiento del bolígrafo arriba y abajo del impreso.

—Sólo quería leer los carteles...

La vieja volvió uno de los impresos y me miró por encima de los lentes:

—Lea la palabra sagrada ahí... —y el bolígrafo en su mano me señalaba los

folletos esparcidos por la mesa—. Léala ahí, que la verdad está en todas partes y siempre es la misma...

Ante la dogmática reprimenda, me volví a preguntar qué estaba haciendo en ese sitio. ¿Quería hablar con Dora, saludarla? ¿De qué tenía que hablar con ella? ¿Del día del Watusi? ¿A estas alturas? ¿De lo que pasó? ¿Para qué? ¿Para tener otro punto de vista, otra especulación, que de nada iban a servirme? ¿Para recordar los viejos tiempos? ¿Para cerciorarme de que yo era yo, al fin y al cabo?

Pues sí, en eso consistía todo.

—¿No lee usted nada? —insistió la anciana con cierto mal genio.

Obediente, me puse a leer los folletos de los Pascualistas del Único Día. Un titular anunciaba: «La hermana Jeanette explicó...». Bajo el titular, el dibujo de una playa tópica. Una muchacha rubia vestida con una túnica mira el mar.

La hermana Jeanette explicó que somos puntos que buscan la luz. Pero la luz terrenal es falsa y maligna. La hermana Jeanette explicó que nada era sin Jesús. Jesús era la búsqueda. Jesús es una luz que lucha dulcemente contra la otra luz. Las dos luces parecen iguales, pero una está en Jesús. A lo mejor, la luz de Jesús se convierte en palabras que no entendemos, pero esas palabras nos salvan. En el pasado nadie entendió lo que explicaba la hermana Jeanette y ella conoció el pecado. Pero una luz poderosa y blanca luchó contra la luz venenosa que parece blanca. La hermana Jeanette fue como tú. Y se salvó...

Volví la página y encontré otra ilustración. La misma sala que tenía a mi espalda; las sillas, ahora vacías, están ocupadas en el dibujo por modélicos individuos de ambos sexos. Las personas que están sentadas dan palmas. La rubia de la túnica y sonrisa de pureza, baila, no sin frenesí, con una pandereta en la mano. A esas alturas, podía apostar ya que esa rubia algo excéntrica era la hermana Jeanette en persona. A su lado, un hombre con barba y una túnica idéntica a la de la rubia protagonista del folleto levanta los brazos y pone cara de estar pasándose el bomba. Recordé las palabras de mi suegro Octavi la tarde en que me habló de los insectos ilusionistas. Mencionó el testimonio de un tal Lentulus, el personaje inventado que describió ante el senado de Roma un Jesús no menos inventado. Pues bien: el muchacho de la barba era el vivo retrato de esa descripción. Jesús en persona. La diferencia, y no era diferencia baladí, estribaba en que, desobedeciendo las instrucciones de Lentulus, al Jesús de ese folleto le daba por bailar y expresar su euforia frente a la chica y para recreo de los felices palmeros que le rodeaban. Una escena en verdad extraña para el ojo cristiano, aunque, como el mío, no hubiese sido adoctrinado en exceso. Sobre esa escena, el titular decía: «La hermana Jeanette explicó que Jesús baila».

La hermana Jeanette explicó que la luz venenosa hace que el mundo parezca distinto, y así nos engañemos al pensar que el tiempo pasa. Pero el tiempo no pasa, sino que men gaa y nos seca. Jesús baila para engañar a la luz que engaña. Jesús baila para que el tiempo avance y nos alimente. Jesús baila para que la luz venenosa dé paso a la Suave Luz. En el Camino de la Elección, la hermana Jeanette vio bailando a Jesús. Regocijaos en el baile. Regocijaos en Jesús.

En la tercera página, la hermana Jeanette vierte una lágrima cuando ve alejarse al

Jesús bailarín por el camino que lleva al eterno punto de fuga. Jesús se va bailando y, en la espalda de su túnica, lleva estampada una J mayúscula y su nombre completo: «JESUCRISTO». Me estaba poniendo muy nervioso. Mis ojos salieron disparados hacia el titular. «La hermana Jeanette explicó que Jesús es inmortal».

La hermana Jeanette explicó que el nombre de Jesús cambia. Desde el principio de la Suave Luz, Jesús nos ama. Nosotros morimos, pero Él sigue amando. Él finge morir, pero vive con otro nombre a través de la Suave Luz. Y la huella de nuestra vida baila en los altos jardines de flores cuando decide amar a Jesús por todos sus nombres, cuando entiende el nuevo idioma en el que habla Jesús. Si no entendemos el nuevo idioma del nuevo nombre de Jesús, estamos en el engaño del tiempo, en la luz venenosa, y no hay amor. Desconsuelo en la caída al no entender el nuevo nombre.

—Ayúdame, Toñi, cariño... —Dora entró con un saco lleno de pan y dos garrafas de agua con los que podía a duras penas. Me levanté para echarle una mano y me volvió a mirar con toda su desconfianza. No hice caso de su rechazo, cogí el saco y lo dejé en la cocina. Luego, volví a mi asiento sin rechistar para fingir cierto interés en las «Explicaciones» de la hermana Jeanette. Sólo cierto interés, Lector, y no el cúmulo de preguntas que me consumían. Una evidencia que, si sólo podían ver mis ojos, era anuncio fatal de que me había vuelto loco de remate.

—Mire, señor David... —Dora se acordaba aún de mi nombre falso—: Yo lo siento mucho, pero no voy a poder ayudarle en el reportaje ese que dice que está haciendo. Ahora mismo tengo que hacer los bocadillos para el reparto de la noche. La hermana Antonia y yo vamos a las estaciones, a las cocheras, a los sitios donde hay necesitados... Eso es lo que el hermano José quisiera que dijeran ustedes y no lo que salió una vez en un periódico. Que explotábamos a los pobres, decían... ¿Cómo? ¿Qué explota ni qué explota, si no hacemos más que ayudarles? Y luego ponía que los explotábamos «mentalmente». Cuando se muere de hambre, éste es el único «mentalmente» que cuenta —Dora enarboló un panecillo ante mis ojos—: Y eso es lo que les damos...

—Este hombre no es así... —dijo entonces para mi sorpresa la tal hermana Toñi—: Este hombre busca la verdad, Dorita. Se lo he notado en la mirada. Quédate con él y habla un momento, que hago yo los bocadillos.

Y ante la confusión de Dora, que no parecía tener ganas de hablar con nadie por ningún motivo, Toñi entró en la cocina, cerró la puerta y empezó a silbar. Y yo sabía lo que silbaba, pero no acababa de creerlo. Me convencí cuando el silbido se transformó en tarareo y allí donde recordaba que la canción original decía «Quiero bailar Watusi, Watusi pa' ti», Toñi cantaba «Quiero salvar mi alma, para dártela a ti»:

—Parece una gran mujer —balbuceé.

Sin ninguna coquetería, Dora se secaba el sudor de las manos en su falda gris. Me miró sin pizca de simpatía. Se echó hacia atrás una cabellera limpia, pero descuidada y llena de canas. Ahí, al fondo de una óptica grosera, unos ojos azules sin expresión. Ausencia de dotes diplomáticas salvo percibir mi nerviosismo. Tenía la suficiente

experiencia en la vida como para saber que yo no era el que decía ser, aunque no supiera el móvil de mi impostura. Me puse a improvisar:

—Lo primero que me gustaría que me dijera es el origen de su confesión, cuáles son sus actividades, qué se ha de hacer si uno quisiera, digamos, unirse a ustedes.

El tono profesional de mis cuestiones tranquilizó a mi antigua vecina, la antigua Escarlata O'Hara, la antigua puta. Dora empujó la montura de sus gruesas gafas contra el entrecejo y esbozó una sonrisa de piadosa profesional para decirme:

—Los pascualistas están extendidos por todo el mundo. No hay un centro, una iglesia, unas, no sé, leyes, órdenes que vengan de un sitio determinado y se las invente un obispo, un Papa, cualquiera de éstos... Como dice el hermano José es una especie de red con nudos. Y las ideas buenas, la caridad, la alegría y el amor por Jesús van de un sitio a otro. En lo demás, somos como cualquier cristiano. Seguimos las enseñanzas de Jesús, su modo de vida... —no era el de Dora un modo de hablar robótico. Más allá de la intención de transmitir las, sentía la necesidad de repetir aquellas palabras para creérselas—: Nos dividimos en Hermano Único, Hermano Pastor y Hermano Obrero. El Hermano Único es el que ha tenido, en un momento de su vida, la visión de la Suave Luz. Antes o después, otro Hermano Único del mundo le encontrará y le entenderá. O los pascualistas sabrán de él a través de un Hermano Pastor, que sabe de la visión de la luz por boca del Hermano Único. Los Hermanos Obreros expiamos nuestra vida anterior, nuestro engaño, y tratamos de entender poco a poco las enseñanzas del Hermano Único a través de las obras del Buen Trabajo. Luego, con las enseñanzas del Hermano Único adivinamos el fulgor de la Suave Luz.

—¿Y cuándo se asciende en el organigrama? ¿Se asciende? ¿Usted será Hermana Pastora o Hermana Única alguna vez?

—Nunca. Siempre seré yo.

Respuesta profunda, aunque incierta.

—Claro... —fue todo lo que pude decir. Hojeé el catálogo. Improvisé—: ¿Los pascualistas de todo el mundo siguen las enseñanzas de la hermana Jeanette? Quiero decir ¿creen que Jesús bailaba y eso?

—¿Usted no toma notas?

—Pues no. La memoria me funciona muy bien.

—Entonces acuérdesse de esto. Cada sede pascualista tiene su camino. El camino que señala su Hermano Único o el Hermano Pastor que ha conocido al Hermano Único. Todo camino es bueno, si es pascualista. Unos pascualistas nos mostramos a otros cuál es nuestro camino y tomamos unos de otros las enseñanzas que nos puedan ayudar. Lo único que en principio nos une es el Día Único. La creencia en un Día de la Revelación. Jesús se revela un día al Hermano Único: en su grandeza, en su esplendor, en sus cambios, en su eternidad. Aquí es el hermano José el que se encarga de mostrar nuestro camino. Fue el hermano José el que conoció a la Hermana Única

Jeanette. Él es el que transmite sus explicaciones. Él fue el que me enseñó que existe una Suave Luz. Que Jesús bailaba porque era la alegría de la luz. Radiante...

Dora, la del perista, lo había dicho diecinueve años después: radiante...

—¿Qué quiere decir? —pregunté, aunque sabía perfectamente cuál era el significado de tanta iluminación. Yo tenía aún entre manos historietas japonesas en las que Watman era radiante también. Y guardaba el límite, y bailaba. Y Matwan era la oscuridad, y también guardaba el límite, y engañaba.

—Yo era una extraviada. Y el hermano José me habló. Y luego me dio la responsabilidad para que lucha se contra el falso tiempo y la luz envenenada aquí, en medio de la calle del engaño. Que ésa era la fuente de mi alegría.

En la cocina, la hermana Toñi seguía silbando y tarareando una canción que no había vuelto a oír desde una lejana mañana del año 77 en el blanco apartamento de Tina, poco antes de que descubriera a la mujer que tenía delante ejerciendo la carrera en un local que se llamaba Avida Dollars. Ahora, la misma mujer me hablaba de redención:

—El hermano José me dijo que ayudase, que ayudase hasta que al menos fuera la que tenía que ser... Mire... Damos de comer a los pobres, arreglamos los papeles de la gente que no sabe ni leer, ni escribir, para que el gobierno les dé ayudas, echamos una mano... —la boca de Dora, que habría viajado a los más recónditos recovecos del cuerpo humano, ensayó por fin una sonrisa natural inmersa ahora en la salvación de sí misma. Lo razonable, lo correcto, era que yo esbozase alguna mentira piadosa y emprendiera una retirada para que esa mujer siguiera con su vida, aunque todo lo escrito en esos folletos resultase familiar hasta el exceso, aunque la mujer de la cocina silbara la canción del Watusi, aunque aquello fuera también parte de mi vida, algo a lo que yo tenía también derecho. Si había subido a aquel piso mugriento para adivinar si yo seguía siendo yo, la respuesta era no. Ni ellos eran ellos, aunque Dora se empeñase en decir «Siempre seré yo». No eran los mismos para mí, dejaría de verlos y dejarían de existir para siempre. Por otra parte, había que dejar las cosas como estaban, porque los profundos surcos en torno a la boca de Dora, sus ojeras, su cuerpo malogrado, me hacían pensar que la dignidad de aquellas palabras inventadas era su única posesión y caminaba de puntillas por un campo minado. Yo, en cambio, no me jugaba nada en una cómoda vida de aburrimiento. Fue entonces cuando Dora tuvo ese impulso de una alegría y admiración que, como la de todos los pascualistas, era radiante. Y tuvo que decirme:

—Gracias a él, al hermano José. Espere...

Dora se levantó, abrió un cajón del aparador que estaba bajo las estanterías y sacó una fotografía enmarcada que sujetaba con ambas manos como si fuese de una fragilidad extrema.

—Ahora viene poco por aquí. Está mucho en Sudamérica. Le gusta que todos los

pascualistas sepan las explicaciones de la hermana Jeanette. Y, bueno... A nosotros nos gusta la idea de que ahora haya muchos pascualistas en Sudamérica que sean pascualistas de la hermana Jeanette. Él les convence para seguir nuestro camino. Es que tiene una labia... Y no sólo a los que hablan español, sino también a los que hablan inglés. Igual que los apóstoles cuando salieron a predicar el evangelio, la palabra de Jesús, que hablaban en un idioma extraño, pero que allí donde fueran todos les entendían como si hablase su propia madre, el hermano José canta y dice palabras raras, pero todos le entienden allá donde vaya. En Boston o en Chicago. Donde sea...

Y me enseñó la fotografía de ese hermano José que tanto la encandilaba. Desde que le conocí, el hermano José no parecía haber crecido mucho, pero había engordado unos cuantos kilos, y lo que fueron las líneas afiladas de su cara, casi siempre cubiertas por aquella melena sucia, se habían convertido en una luna calva. La fidelidad a las camisas horribles era tanta como la que había demostrado años antes a su mentora, la que ya se me antojaba como hermana única Jeanette, alias la Cupé. Ante un micrófono, quizá bailando, quizá soltando un emocionado sermón en el idioma imposible, Pepito el Yeyé me miraba a través del torrente burlón de un tiempo que quizá enflaquecía, o quizá era continuo, o quizá fuera pegajoso y recurrente. La imagen no permitía comprobar si gastaba aún bota ortopédica, aunque suponía que no. Y mi suposición se basaba en que ahora Pepito podía acompañar el cuello mastodóntico de sus fascinantes y radiantes camisas con un colgante de oro en el que hasta un ciego podía leer a kilómetros de distancia la palabra «JESUCRISTO».

—A usted le pasa como a mucha gente. Mira la foto y parece que le conozca...

—Ya... —le devolví la fotografía, mientras sin poder más, calibrando todo el mal que me habían hecho ese gitano y ese día, preguntaba—: Y tú, Dora, la del perista, ¿conoces a Pepito el Yeyé y no me conoces a mí?

La hermana Toñi dejó de silbar en la cocina, Dora me miró y no tuve más remedio que reconocer que el momento de armonía espiritual había desaparecido. Yo tenía que seguir hablando porque intuía que las sucias inmanencias que en los últimos tiempos surgían de mí y de mi pasado para quedarse revoloteando a mi alrededor iban a encontrar su verdadero destino. Y no bromeo, Lector. Ni mi aspecto era tampoco el de un bromista cuando le decía a Dora:

—Porque éste es Pepito el Yeyé. Y la hermana única Jeanette debe de ser la Cupé. Y, si me apuras mucho, Jesús es el Watusi.

La hermana Dorotea, con todo su tiempo encima, con sus kilos de más, se llevó la montura de sus gafas hasta el final del puente de la nariz, donde aguardaba toda la estupefacción de unos ojos miopes, y luego me ordenó:

—Váyase de aquí.

—No, aún no. Acuérdate, Dora. Hace años, nos vimos una vez en un *topless*

donde trabajabas. Yo acompañaba a un ricacho que os hacía posar como si estuvierais en un cuadro de Julio Romero de Torres. El viejo se mareó. Fuimos todos al lavabo a ver si se reponía. Yo ya te pregunté ahí qué pasó aquel día, pero tú no me quisiste contar... Para ti era agua pasada, estabas en otro mundo. Vale... Y ahora me encuentro con esto, que parece... —iba a decir un «chiste», pero no lo dije—: Por eso te pregunto: ¿qué pasó, Dora? ¿Por qué esa señora de la cocina silba la canción del Watusi? ¿Por qué estamos todos locos desde ese día? Desde el día que mataron a tu amiga...

—¡Toñi! ¡Llama a la policía!

La vieja abrió la puerta de la cocina y se quedó mirándome, porque yo seguía hablando, mientras intentaba que mi excitación no se disparase, que no se asustaran:

—Yo también viví ese día, Dora. El quince de agosto de 1971. Durante veinte años me he estado preguntando qué pasó. Yo también he escuchado las palabras del Watusi. Y de la Cupé. Yo los conocí también...

—Tú no sabes lo que dices —me dijo entonces la tal Toñi de camino al teléfono.

—Eran gente excepcional. Me refiero a Pepito y la Cupé. Estoy de acuerdo. Tenían algo que nosotros no teníamos. Y eran buenos. Eso lo sé yo también. Pero yo no me refugio en la mentira de pensar que eran una especie de profetas o de santos. Yo sólo quiero saber la verdad. Yo también he sufrido. Ese día es para mí como una carga. No me lo saco de encima.

Dora había dejado caer la cabeza entre los brazos. Se incorporó con la cara enrojecida, se sacó las gafas y miró a la anciana Toñi, que ya levantaba el tubo del teléfono, para decirle:

—Cuelga, Toñi...

Y Toñi, mientras colgaba, me decía:

—Tú no sabes lo que es sufrir, pijo de mierda. Te paseas un par de días por esta calle y te crees que lo sabes todo. Si supieras la mitad de lo que yo sé de esta mujer, por lo que ha pasado esta criatura...

—Calla, Toñi... —y Dora, poniéndose de nuevo las gafas, me miró por fin—: Tú eres el hijo de la viuda. Os dieron una portería para que os fuerais de allí.

—Sí...

—Tu madre se llamaba...

—Flora.

Contra todo pronóstico, Dora extendió los brazos en mi dirección y abrió las manos para que yo las cogiese con las mías. Pues bueno... Las manos eran ásperas. Dora volvió a llorar y a negar con la cabeza:

—¿Y has estado pensando de verdad en ese día durante todos estos años?

—Cada día he vuelto allí, a la montaña, como si sólo con pensar en eso fuera a enterarme de algo nuevo. Y acabé pensando en otras cosas. Unas buenas, otras



malas... Pero ahora mismo ganan las malas. Ya te lo dije una vez, Dora. Allí, en el Avida Dollars, se llamaba así, me parece. Pero me dijiste que...

Dora cerró los ojos y negó con la cabeza para que no siguiera recordándole su pasado, para que me callase. Y, no sin cierta sobreactuación, me dijo:

—Yo no era yo... —¿En qué quedábamos? ¿Siempre sería ella, o no fue ella durante un tiempo? Ahora parecía quedar claro que ninguno era ninguno—: Yo no fui yo durante mucho tiempo. Pero... No te voy a decir nada...

Dora me soltó las manos. La anciana Toñi se había sentado junto a ella y apoyaba una mano en su hombro. Toñi me miraba insinuando que no siguiera con la tortura del recuerdo de la hermana Dora. Pero mis intuiciones aumentaban, las sombras se alargaban, yo no me iba a ir de allí sin saber... Porque había algo que debía saber y me era negado. Cuando entré en aquel piso, vi cómo la tal Toñi manejaba los impresos con pericia de funcionario, se notaba que bajo esa espiritualidad había una mujer fría con la que era posible negociar, una mente práctica en la que yo iba a instalar de nuevo la semilla de la fabulación interesada:

—Mirad... A mí las cosas me han ido bastante bien en la vida —pensé entonces en el saldo de mi cuenta corriente. Tortosa acababa de pagarme el último plazo de *El Guardián del Límite* y durante las últimas semanas no me había entregado a los excesos que solían aniquilar mi situación económica—: Os invito a cenar y os doy un donativo. El que pueda ahora... Calculo que unas cien mil pesetas... Y prometo volver para ayudar. Supongo que hay más de una persona con dinero que os ayuda...

Ante mi suposición, Dora, algo ausente, afirmó con la cabeza, mientras Toñi me miraba a los ojos como diciendo: «A ti te voy a decir si nos ayudan o no...». Pues ya me lo has dicho, Toñi. Y bajé el volumen de la voz hasta convertirla en susurro:

—Y, desde luego, nadie sabrá nunca nada de todo esto.

—No puede ser... —dijo Dora.

—Di que sí, Dorotea, no seas tonta —la sabia Toñi enmarcaba con su exhortación el retrato que acababa de hacerle, y recamaba el marco a ese retrato con los adornos de su malicia al decirle—: Si se empeña el muchacho... Y hasta que vuelva el hermano José estamos tiesas...

Y ahora Toñi me explicaba sin desearlo que era Pepito el Yeyé quien se encargaba de sacarles dinero a los cuatro pringados que, en vez de irse a la discoteca, se ponían a bailar en la habitación de al lado por el módico precio de toda su fortuna. O quizá no. Pero mi escepticismo tenía que armarse porque me estaban diciendo:

—No te va a gustar... Lo que te cuente, no te va a gustar.

Y cuando abría la puerta de la calle para salir en busca de dinero:

—No te va a gustar nada...

Fui a un cajero automático y volví a la sede de los pascualistas con cien mil pesetas. Le di el dinero a Toñi con sonrisa de fariseo, y ella, sin inmutar la cara de

granito, dio a entender que entendía:

—Yo también voy a cenar. No pienso dejar a ésta sola ni un minuto.

—¿Y Dora?

—Ahora viene. Y se llama Dorotea. Hermana Dorotea.

Dora apareció al fin, ligeramente arreglada para la ocasión, sin gafas, un poco pintada y con un pañuelo de gasa azul adornado con estrellas doradas y lunas de plata que hacía juego con unos ojos que apenas veían. Dora se me antojaba una astróloga en el último grado de la chifladura. Hacía tiempo que no dedicaba ni un segundo a gustar a los hombres, a gustarse ella misma siquiera, si hubiera tenido alguna vez una idea en la cabeza que no fuese la caza interesada que le inculcaron, o la imposición comercial a que le había condenado la vida, o el talante que yo, algo astrólogo también, me había empeñado siempre en adivinarle. Recordé lo que en un tiempo pasaba por sagacidad arrogante entre chabolas. El taconeo, el vaivén de la minifalda. Una carne que estaba hecha para utilizar, no para ser utilizada. Y algo me hacía intuir que el de Dora no era el peor de los destinos.

Bajamos a la calle, evité la mirada desequilibrada de un viudo Tarsans que empezó a arrear codazos a sus compañeros de acampada, y a partir de la primera esquina, buscamos un restaurante decente cerca de las Ramblas. Nos dieron una mesa entre estudiantes, jóvenes noctámbulos y asiduos a los espectáculos del entorno. Como si fuese una cena de negocios, Dora, Toñi y yo aplazamos el momento de la verdad hasta la hora de los cafés. Mientras ellas hablaban de casos de emigrantes a quienes había que acompañar a algún despacho, o de delincuentes redimidos que tenían que ir a sellar la libertad provisional, pero se encontraban en paradero desconocido, me puse a recordar fríamente lo que recordaba del día del Watusi: el cadáver de Julia ante la mirada fría de Emiliano, el baile de Pepito el Yeyé frente a dos policías comprados, el miedo del Superman, la banda del Soplagaitas, el relato del Topoyiyo, el muelle barrido por la lluvia, y otra vez la lluvia, las putas y la lluvia, la Francesa y la lluvia, el arreglo y la lluvia, el sonido del misterioso baile entre las chabolas, la otra cara del ritmo, la W entre las sombras, los gritos en la noche, mi madre y la lluvia. La lluvia. Dos chavales aplastados por la Historia en un basurero de ficciones. Un muerto flotando entre dos aguas. Y otra vez la lluvia. Y, mientras manejaba los cubiertos, y fingía sonreír, y las palabras de aquellas mujeres se alejaban de mí, se cubrían de bruma, y dudaba de que del interior de una de ellas fueran a salir dentro de poco ruidos articulados que fueran a significar los misterios de la memoria y las agonías del anhelo, me aseguraba contra catástrofes y me decía que el día del Watusi no fue más que las conclusiones que yo saqué de su transcurso. Aunque me sorprendieran con cualquier otra verdad, yo aún podría decirme que, como decía el viejo Llinàs hablando del Renacimiento, de chispas imaginarias habían salido llamas verdaderas, para bien y para mal. Que yo era el dueño de mi biografía.

Y me repetí que pertenecía a una raza tosca, pero fuerte, aguda, curiosa, con disposición práctica, con inventiva, rápida para encontrar soluciones, enérgica, nerviosa, individualista, llena de júbilo, de exuberancia. No, no fue lo que pasó, sino cómo se solucionó, lo que aprendí. Me vino a la memoria, no sé muy bien por qué, el vestíbulo del Palace. Yo le tomaba el pelo a un periodista que difundió la noticia de un falso golpe de estado en algún lugar de Centroamérica. Y al ver el horrible pañuelo de Dora, acudió a mi mente el pañuelo de Tina aleteando cuando íbamos en el Jaguar descapotable camino de la Costa Brava tras la estela de los hijos de Del Escudo y Del Yelmo. Recordé a Elsa cantando y a Elsa alisando la hoja de una revista musical que me mostraba con su raro espíritu crítico. Y lo mejor de Victoria cuando estaba desnuda: su cara iluminada. Todo eso era yo y no lo iban a cambiar ahora cuatro modificaciones sobre un día del pasado al que ya había dado demasiada importancia.

Cuando emergí del baño de memoria reflexiva, Dora y Toñi se estaban entusiasmando con las correrías por América del hermano José. Siempre bailando, siempre rezando, siempre arengando a la batalla contra el Mal. Entre cordilleras andinas, bajo techados de paja, caudalosos ríos remontando entre silenciosos nativos y el griterío del exotismo amazónico. En Boston y en Chicago... Mientras hablaban entre ellas, porque a mí me excluyeron de la conversación desde el primer momento, las hermanas del hermano José comían como limas ahí mismo, en la ciudad de siempre. Por fin, después de los postres, atravesaron un par de difíciles minutos que desembocaron en el silencio necesario para la gravedad. Entonces, Dora dijo:

—Necesito un whisky, pero hace mil años que no me tomo uno... —su voz había cambiado del gazmoño entusiasmo con que relataba los éxitos del hermano José a una soltura mundana, ramera, que desentonaba con su nuevo aspecto. Parecía poseída por la que fue, la misma a quien, en imitación de las actividades del hermano José, había arengado para que la ayudase a ganar cien mil pesetas para los pascualistas del Único Día. Temí que hubiera sido una borrachuza, se tomara el whisky y se me cayera de bruces en medio de aquel salón sin haber abierto la boca sobre el asunto del máximo interés. Ése fue el motivo de que, ladeando la cabeza, yo dijera con la boca pequeña:

—Si no te conviene...

—Sí que le conviene, sí. Y a mí también. A ver si te has pensado que somos unas borrachas... —Toñi no me tenía mucho respeto.

—¿Yo? —ni yo mismo me tenía demasiado.

—Lo mío no fue del whisky, criatura... —me dijo Dora al primer, y único sorbo, de su primer, y no único, whisky—: A mí lo que me tumbó fue el caballo.

Como yo estaba rezando en silencio, por retener el espíritu de la velada, me limité a afirmar con la cabeza cuando ellas, alzando el vaso al unísono me pedían el visto

bueno para una nueva solicitud. Un día es un día, claro que sí. O había que amortiguar como fuera el dolor que suponía relatar el día del Watusi desde su punto de vista, o yo era un primo de campeonato. Pero Dora empezó a hablar, y en una entonación que aún arrastraba el empalago del alcohol y se aliviaba de un silencio intolerable de años, sentenció:

—Julita me había contado la verdad mucho antes de que Celso se creyera que la había matado...

La primera en la frente. Ninguna de las especulaciones sobre ese día integraban esa frase en su relato. Aquella misma mañana del 71, Pepito había especulado con la idea de que la misma Dora, por despecho, fuera la asesina de su amiga Julia, la hija de Celso. Luego, en mis íntimas cavilaciones, no encontré más asesino que el propio Watusi, su lado negro, destructor. Con el tiempo hasta llegué a convencerme de lo que Elsa me había sugerido entre cabeceos opiáceos: en realidad, Julia no había muerto ese día; todo era una excusa para acabar con el Watusi. Y ahora, la noticia de que su padre...

—¿Qué quieres decirme? ¿Que Celso asesinó y violó a su hija? ¿O que le hicieron creer eso?

—Él sabía que la había violado. Cómo no iba a saberlo. Se acostaba con ella desde que le apuntaron las tetas... Pero no era su hija. Ni tampoco la mató. Se lo hicieron creer. Por gilipollas...

Dejé que Dora se siguiera explicando por si lograba situarme. Y Dora siguió:

—Mi padre había conocido a Celso en el penal de Ocaña. Mi padre estaba allí por rebotón. Mi abuelo era de la CNT y, después de la guerra, cuando llegaba Navidad, venía la policía y se lo llevaban para adentro, y por lo visto venía fino de la paliza que le habían dado. Y lo mismo cuando llegaba Franco a Barcelona. Los encerraban a todos. Así que no sé qué pasó que cuando mi padre hizo la mili acabó en el penal de Ocaña del rebote que llevaba y de lo quemado que iba. Allí se hizo amigo de Celso, que era una especie de sargento o así de los de Franco, que después de la guerra, ya de civil, se había cargado a alguien. Un cabrón. Pero se hizo amigo de mi padre y quedaron en encontrarse en Barcelona, que mi padre vivía aquí de normal, y aquí, siendo esto lo que era, aún se podía respirar algo en comparación con otros sitios. A Celso lo trasladaron a la cárcel de Valencia, y mi padre, que mucho amigo, y mucho hablar, y mucho rollo, estaba convencido de que ya no le iba a ver más. Pero al cabo del tiempo Celso se plantifica aquí, en la montaña, con algo de dinero y con el rollo de que conoce a unos franceses. Se presenta con la Pilar, que dice que es su hermana, con la niña, el Emiliano y dos o tres más de la parroquia esa. Todos unos hijos de puta. El caso era que Celso, y estas cosas se saben, se acostaba con la Pilar, que a lo mejor era su hermana o a lo mejor no. Hasta que se cansó de ella. Luego empezó con la sobrina, si lo era. Porque Julia era hija de Pilar, no de Celso. Eso me lo dijo la niña,

la Julia. Y Celso estaba encoñado con la Julia como yo no he visto encoñado a ningún hombre. Y mira que habré visto... Hombres que pagando pueden conseguir cualquier cosa... Pero acaban por no encontrarle gusto a eso, no les da vicio. Y miran entonces lo que tienen cerca, miran a las niñas. Y primero piensan... Primero piensan mucho hasta que el pensamiento les sale por la baba de la boca. Y luego ya se vuelven locos como hijos de puta. Julia obedecía. Luego se acercaba a mi casa y se quedaba en un rincón, con el dolor de coño y dolor de presencia de ánimo y dolor de todo, como un pajarillo. Y mi padre sabía, y mi pobre madre, que era sordomuda, me lo decía todo con la mirada. Que Celso mandase todo lo que quisiera, pero que a mí no se me acercara. Y un día Julia me contó todo para pedirme enseguida que le guardara el secreto. Qué infeliz... Eso sí, tenía un genio, un pronto, descargaba en los demás lo que aguantaba en casa... Y con lo cabrona que yo era entonces, una cerda, hacía que de vez en cuando topáramos de mala manera. —Y Dora sonrió como si evocara benéficas nostalgias—: Me acuerdo de una vez...

—Lo de Escarlata O'Hara.

—Eso. ¿Te acuerdas?

—Lo vi. Iba a la escuela y lo vi.

—¿Lo viste? Pues ya sabrás. Con la ilusión que ella tenía, voy y la jodo... Cosas de crías, sí, pero yo sabía lo que sabía... Yo tenía en mente que un día podía pasar cualquier barbaridad... Y mi padre me lo decía también: «Cuanto más lejos, mejor». Y repetía: «Sólo estaremos aquí hasta que cobremos...». Porque ellos nos debían un dineral. Ya te imaginas que éstos tocaban todos los palos. Eran muy malos, sí, pero unos zánganos colmeneros. Con todo lo que sacaban, no tenían más que para juergas y para ir tirando ahí, en el monte, como ratas.

—Pan para hoy, hambre para mañana.

—Eso mismo, filósofo. Pero es que no tenían adónde ir, ni qué hacer. Sólo disimulaban y les dejaban en paz si no daban mucho la nota y se quedaban en su sitio, en la ratonera. Entonces, mi padre, el único que tenía cabeza de verdad, al principio, mitad por miedo, pero mitad también para sacarse una pasta y salir de allí, les dijo cómo irse gastando el dinero para que un día dejaran de robar y todo lo demás de golpe y tuviesen ya para ir tirando sin trabajar. Comprar pisos, abrir libretas. Todo se hacía a nombre de la Pilar, que no tenía antecedentes y firmaba en todo como viuda... En aquellas fechas, cuando pasó lo que pasó, estaban a punto de liquidar todo aquel barrio y nos habían dicho que en cinco o seis meses nos darían el puto dinero y cada uno se iría por su lado... Luego, todo...

Lágrimas. Pañuelo. Limpieza de gafas. Whisky a la bodega:

—Una tontería. Todo fue por una tontería... La Julia se enamoró del Watusi. Le había conocido de niña y luego supo que había vuelto de la misma manera que lo supimos todos. De oídas. Pero a veces ella lo veía de noche. De lejos. De espaldas. Y

esa manera suya de ser que se le estaba haciendo por acostarse con la bestia esa. Visto ahora, es normal. Un chico del que todo el mundo habla, pero que sólo conoce de antes de... Que no la toca. Que es misterioso. Que está ahí, lejos... A mí me lo contaba, y hasta yo, que era también una menda idiota, me enamoré un poco del Watusi. Y la gente hablaba del Watusi aquí, y allá, y que si esto, y que si lo otro. Y hablar, todos hablaban mal, muy mal, pero eso aún le daba más aire al muchacho. El caso, la desgracia, porque yo sentía y me decía: «Va a pasar algo, aquí un día pasa algo», el caso, te decía, es que la Julia se puso romántica, y eso le dio caña para ponerse chula. Y Celso dejó de darle miedo. Y una noche, Celso llegó borracho y se le quiso meter en la cama y ella le dijo que se fuera, que no la tocara. Y volvió otra noche, aún más borracho, y ella le dijo lo mismo. Todo eso contándomelo, y yo guardándole el secreto que no sé cómo no me aviaron también aquellos animales... Los unos y los otros. Hijos de puta y animales. Aunque no hacía falta que a mí me hicieran nada. Lo que te decía. Celso lo intenta una vez y nada, dos veces y lo mismo, y a la tercera noche, la niña erre que erre. Y las hostias a saco de aquella bestia. Así que ella se intenta escapar, y Celso la persigue, la coge y se la lleva hasta El Molino. Y allí se desgracia nuestra vida, la de todos.

Dora dio un manotazo en el muslo de Toñi, y Toñi supo enseguida lo que tenía que hacer. Los camareros se hacían cada vez más los remolones a la hora de servir. Supongo que ellos también, por nuestros gestos, por la mezcla de tensión y desconsuelo, pensarían: «Aquí va a pasar algo».

—Y yo lo vi —decía Dora—: Porque Julita me decía que ya no dejaba que Celso la tocara. Que se estaba limpiando, decía. Decía que iba a ser nueva. Pero también me decía que el viejo venía cada noche y dale que dale... Y yo sabía que iba a pasar algo. Por eso, desde mi cama, vigilaba el momento en que el coche del viejo llegaba y se oían voces fuera. El viejo debía de dar vueltas por ahí, bebiendo y mirando a las fulanas, hasta que le entraban ganas de lo que quería de verdad y tenía en su misma casa. Porque desde mi habitación se veía la habitación de Julia. Y los ruidos se oían si abrías la ventana. Y como era verano... Así fue como vi cada noche a Celso entrar en la casa. Y fue también como le vi entrar aquella noche. Y vi cómo Emiliano, aquel que era el más animal de todos los animales, se quedaba fuera echando un cigarro y diciéndole cuando llegaba Celso que se largara a quien estuviera por allí, si quedaba alguien tomando el fresco o escuchando a medias al cantante que actuaba en el Parque de Atracciones... Entonces vi cómo Julia abría su ventana y saltaba a la calle y cómo Emiliano la perseguía y la cogía. Después vi cómo Celso salía a la calle por la puerta con la Pilar detrás, agarrándolo. Hostia para la Pilar... Celso alcanza a Emiliano y a Julia y dice que se la dé y desaparezca. Luego camina con ella en dirección a El Molino. Y ya había gritos, pero nadie salía a las ventanas. Entonces vi cómo la Pilar le decía a Emiliano que entrase, que no hiciera caso, que hablarían ellos

dos... Yo, que soy idiota, voy y me visto. Salgo de mi casa y me voy acercando hasta donde se oyen las voces, hasta El Molino mismo. Y me asomo y no veo nada y sólo oigo el «Ay, ay, ay...» de la pobre Julita. No eran ayes de gusto, te lo puedo jurar... Celso acaba, y se pone mariquita, como tierno. Le dice a la otra no sé qué... ¡Un guarro! —y Dora gritó, y los camareros empezaron a mirarnos verdaderamente mal—. Julita le dice que la deje. Celso entonces, cómo no, la llama puta. Que si no sabe que le tiene perdido, que si no se da cuenta. Que por eso la Pilar no le habla desde hace mucho. Que le había vuelto loco. Y se va... Y cuando voy a dar la vuelta a El Molino para ayudar a Julia, porque me había contado que el viejo la desgarraba cada vez y le... ¡No pongas esa cara, tú!

—Baja un poco la voz, por favor... —supliqué.

—¿No querías oírlo todo por cien mil pesetas? ¿No querías algo especial? ¿Un numerito? ¿Una guarrada? Pues espera, que estoy en ello... Pues que voy a dar la vuelta decía y veo algo, así, como grande... Un tío muy grande. Y veo que entra, coge una piedra y cuando la otra va caminando a gatas, le mete con la piedra en la cabeza, así, una vez, y toma. Y otra vez... Luego coge y se va...

—¿El Watusi? ¿Y cómo sabía el Watusi que estaban allí? ¿Y por qué tenía que hacer eso?

—¡Qué Watusi ni qué Watusi! ¡Emiliano! Y eso no lo supo nadie más hasta que yo se lo conté a mi padre. Porque Pilar no sabía toda la verdad. Ella había tenido la idea de echarle las culpas al Watusi, pero por otra cosa y después... Eran animales, pero no tanto, y la niña era su hija. Aunque sólo de pensar la sangre fría de esa mujer... Con la jeta que aguantó todo el día. Si hubiera sabido que la idea de matarla fue asunto de Emiliano. De su chulo, pero eso ahora ya qué más da... La idea de Emiliano era quedarse con todo el dinero de todos cuando Julita estuviera muerta, Celso idiotizado del todo y la Pilar a su merced... Y eso ya también da lo mismo.

Dora superó el que yo creía momento más duro del recuerdo. Bebió. Compartió nuestro silencio. Cerró los ojos, y las lágrimas le salían de los ojos cerrados. Yo temía que ella temiera a su vez, como yo tantas veces, que al abrirlos estuviera de nuevo en aquel quince de agosto. Pero Dora volvió, nos reconoció y siguió hablando:

—Luego le echaron la culpa al Watusi y montaron todo aquel carnaval. Que se les complicó porque el pobre hermano José quería encontrar a la pobre hermana Jeanette, porque creía que ella estaría buscando al Watusi para decirle lo que pasaba. El hermano José, el pobre. Un gitanillo abandonado por su madre a la que los suyos no querían ver ni en pintura por puta. Mucha puta, mucha... Un alma santa, el hermano José, que se fue con unos y con otros, como un perrillo. Y desde que podía caminar, y mira que entonces caminaba mal, siempre al loro de la pasma para que no le metieran en el orfanato, ni en la prote. Y al loro de todo el mundo para que no se metieran con él. Y la hermana Jeanette... La Virgen María entre nosotros y nosotros sin darnos

cuenta... Y tú andabas por ahí en medio, también. Y para mí que hubo un momento de aquel día que os querían matar. Que lo pensaron, seguro. Y que lo hablaron. Si no lo hicieron fue porque ya había demasiados marrones y los franceses les mandaron que a ti no te tocaran. No me preguntes por qué... En el barrio se dijo luego que tu madre era chivata, que si se entendía con un policía... Te lo digo para que lo sepas... Ya te dije que no te iba a gustar lo que ibas a oír...

Como decía el viudo Tarsans, allí, frente a los clubes: «La que fue puta...». La pobre víctima de la ley de la calle, Dora la del perista, se creía que a mi honor le importaba mucho a esas alturas que mi madre fuera la confidente de nadie, o se hubiera acostado con cualquiera. Sólo la malicia con que la bendita hermana Dora me había dicho aquello hizo que me intentara explicar:

—La Francesa... Fue la Francesa, que estaba en La Alameda...

—La Francesa, el francés, el gabacho y su puta madre. Yo nunca les vi. Ni mi padre, no te creas. Sólo daban órdenes a Celso. O a la Pilar, recados. Pues le debiste caer muy bien tú a los franceses, porque también fueron ellos los que dijeron lo de la portería. Eran los dueños de un montón de edificios. Por el barrio se dijo que la condición que le pusieron a tu madre fue que siguiera haciendo de chivata. Y se ve que el policía ya estaba harto de quedar con ella no sé dónde...

Pensé en mi madre fregando la escalera con unas rodilleras de futbolista y me anegó el amor filial que me había eludido durante años. Iba a tardar muy poco en llamarla, muy poco. En cuanto a esa puta, si todo lo que me contaba era tan verdad como lo de mi pobre madre, aún iba a conocer una vertiente violenta de mi existencia que había aguardado mucho en distinguirse.

—Les debiste caer tú muy bien, claro... Porque al hermano José y a la hermana Jeanette sí los siguieron buscando una vez hubo pasado la resaca de lo primero. Porque hubo más... Se había muerto la Julia y no hubo más remedio que llevarse por delante al Superman, el pobre. Ése sí que fue el payaso más grande de aquel carnaval. Y, después, enseguida, más payasos que nosotros ninguno.

—¿El Superman? Pero ¿qué pinta aquí? Al que mataron fue al Watusi. Yo lo vi. En el puerto, flotando...

—Tú qué vas a ver... Págame otro whisky y te lo explico...

—Dora, hija... —hasta la silenciosa Toñi se estaba empezando a preocupar.

—Hermana... Has sido tú la que has querido que contara. Vamos a tener dinero para darle a los pobrecitos y para bailar con alegría. Dinero calentito del hijo de la portera chivata...

La buena hermana Dora se estaba poniendo estupenda, definitivamente instalada en la esencia de su ser, pero con el cuerpo deformado. Nunca han tardado tanto en servirme un whisky. Me lo dieron con la cuenta para que nos fuéramos volando. Pagué al momento y dejé una propina descomunal. El camarero aceptó el reto, no sin



bochorno. Pero no sé por qué me acuerdo ahora de eso. Por el color local, por dar ambiente a este Informe Confidencial sobre alguien que no existe.

Dora sorbió y sorbió hasta que al fin dijo:

—El día que mataron a la Julia, nene, el Watusi llevaba muerto por lo menos tres años. No había Watusi. Nunca hubo Watusi. Por lo menos, tal como lo predica el hermano José. La Julia estaba enamorada de alguien que no existía. La hermana Jeanette era yonqui y puta porque esperaba que el Watusi volviese a su lado, alguien que ya estaba muerto. Porque también ella se lo tragó. Por amor, por cuelgue... El hermano José repite como una cotorra...

—¡Dora! —reprendió la anciana Toñi.

—Como una cotorra, que él aún no sabe nada a estas alturas. Que llevo cargando con esto toda la vida. El hermano José repite como una cotorra las palabras de alguien que creyó que había muerto por él. Y si la hermana Jeanette no llega a arrastrarle hasta el consulado de donde era ella, de donde había trabajado su padre, los que flotan en el puerto son ellos. Al lado del Superman...

Podía ser mentira, pero era verdad. Había estado demasiado tiempo en mi cabeza, en mis sentimientos, para que no supiera que me estaban contando la verdad. Y creí saber más cosas:

—Alguien se hacía pasar por el Watusi. Pero ¿por qué?

—Era el Emiliano el que se disfrazaba de Watusi, imbécil. Ese día se cargaron al Superman, porque se parecía, por nada más. Le metieron la cazadora por los tatuajes que tenía, para que la gente no se diera cuenta que era él... Y al agua...

Ése fue el alarido en la noche. Interminable. Y, ahora, enfrente, risas enloquecidas. Y, luego, la perorata:

—La noche del día que mataron a la Julia, mataron también al Superman. Les convenía porque era lo más fácil, porque ese día se enteraron de no sé qué astilla que les estaba haciendo. Se quedaba con dinero. Convencieron a todos de todo, y a Celso de que había matado a la sobrina que se hacía pasar por hija. Y ya lo tenían todo liquidado, todo el dinero en su sitio. Una noche desaparecieron ellos. Yo les vi salir a escape, pero no dije nada... Ya tenía bastante y, además, quién iba a imaginar... Mi padre, que se había quedado sin nada de repente, intentó hablar con los franceses y los franceses se le rieron en la cara. Le avisaron de que si volvía por ahí se lo cargaban. Pero donde fueran Emiliano, Celso y la Pilar, yo ya... Mis hermanos se dedicaron a buscarlos, pero como quien va a buscar setas en agosto... El caso es que mi padre dijo que nos debía una explicación... Entonces fue cuando nos contó, como si le diera vergüenza, que hacía años que los de Marsella trabajaban en Barcelona medio de acuerdo con éste y con el otro y con el de más allá. Eran amigos de los malos, pero también de los buenos, para entendernos... Y nosotros no somos chivatos como tu madre. Y mi padre nunca habló con un policía como aquellos hijos de puta.

—Y Dora dio un trago tan furioso como sus palabras, como sus ojos miopes, como la mirada que Toñi me dirigía por haber destapado ese nido de víboras cuando ellas estaban tan serenas y beatas—: Los franceses le dijeron a Celso que necesitaban un «muñeco». Le llamaban un «muñeco» a alguien que cargara con las culpas de cualquier cosa que se les ocurriera. Alguien con el que la mentira pudiera colar. No ibas a echarle las culpas al cura de la parroquia... Para el «muñeco» lo mejor era estar ya muerto. Era mejor que fuera un muerto, claro... Un muerto que a la gente no le constara que estuviera muerto. Los franceses se cargaban a alguien en Francia y las culpas le caían al «muñeco» de aquí, porque ellos dejaban como señales que distinguían la manera de hacer del «muñeco». Y el «muñeco» fue el Watusi. Mi padre se enteró por casualidad de que se había muerto en América. Estaba de marinero y le cayó una carga encima... O eso, o algo parecido le dijeron un día en el puerto. Ya te digo, por casualidad. «¿No era de aquí uno, así, alto, flaco, el Watusi...?». Así mismo fue. Dicen que era alguien que estaba muy loco, pero yo no sé... El caso es que aquí tenía problemas de droga con la hermana Jeanette y se largó. Fueron los primeros de los primeros. Rollos de Ibiza. El caso es que se fue sin decir nada y dejó a la otra tirada por aquí. Que se fue, pero volvió. Y como la gente decía que había visto al Watusi, como le contaban cosas, pues ella a esperarlo. Así que el Watusi se estaba cargando a alguien en Francia tres años después de morirse él mismo, dejaba las W y todos como imbéciles decían: «Ha sido el Watusi». Y, claro, cuando en Francia se ponían a buscar al Watusi les salía barba. Y si lo buscaban aquí, pues la gente hablaba que le había visto de noche, que si esto, que si aquello... La gente, con tal de decir algo, se inventa lo que sea... Y hay otra gente que con tal de creerse algo escucha lo que haga falta. Y eso hay listos que lo saben de siempre. El Watusi era como un cubo de esos grandes de basura para ir tirando toda la mierda. Un invento. El Emiliano a veces se ponía una cazadora como la que llevaba el Watusi en sus tiempos, que ponía un 65 y no sé qué más, y salía por la noche a dar la nota, pero por lo oscuro. Que alguien le llamaba, ni caso. Resultado: el Watusi ya no se habla con nadie. Estaba muy bien pensada la cosa, la verdad... Hasta le hicieron una especie de casa de mentira en la Barceloneta. Y el Emiliano iba por allí de vez en cuando a hacerse pasar por el Watusi. Y la hermana Jeanette poniendo el coño y diciendo «Mi Watusi, mi Watusi...». Y el gitano cojo diciendo «Que no me peguéis, que soy amigo del Watusi...». Y la gente piando de lo amigos que eran, los imbéciles, y lo amigos que habían sido, los medio tontos... Y la Julita se enamora de él. Y la matan. Y desaparecen. Y nos joden. Y mi padre ya no vuelve a ser el mismo. Y meten a mis dos hermanos en el trullo por entrar en un banco. Y mi madre se muere de pena. Y mi padre ya no es nada. Aún debe de estar cuidando de la noria del Parque de Atracciones. Si vive...

Un hombre envejecido sale del Parque de Atracciones una húmeda noche de

invierno. Su modo de caminar señala que no desea ir a donde va, ni desea salir de donde viene. Yo le veo desde un 1500 robado y soy imperfecto y no sé nada, pero me esfuerzo aún por ser puro. «No quiero ir a donde voy, no quiero venir de donde vengo». Una expresión que su hija había heredado y me mostraba en ese momento.

—Y nos quedamos sin casa. Y me meto a puta, que bien buena estaba. Y hasta estaba contenta de puta cuando empecé a darme caña. Y hasta...

—Supongo que de alguna manera Pepito, el hermano José, te contó la misma historia, lo de aquel día, pero de otra manera. Y tú, sabiendo eso, sabiéndolo todo ¿cómo es posible que...?

Dora se puso en pie casi de un salto, el brazo, la palma, extendidos. Pide silencio, y tras un tambaleo:

—¡El hermano José me explicó lo que quiso y yo entendí lo que me salió de los ovarios! —me espetó como si fuera a tirarme el vaso que apuraba en posición de firmes.

—¿Por qué has venido? ¿Por qué nos has jodido? —me preguntaba la Toñi, mientras tiraba de Dora y la hacía desaparecer para siempre de mi vida.

¿Por qué yo no entendía nada más que el cabeceo del camarero diciéndome que su paciencia ya estaba agotada?

En la calle. Solo. No hubo Watusi. Eso sí era dolor. El único dolor.

Después de diecinueve años, todas las letras del Nombre habían sido articuladas, Aquiles había alcanzado por fin a la tortuga. O la tortuga había sido alcanzada por Aquiles.

Frente a mí, en el estrecho ahogo de la noche, una plaza con iglesia, bancos cagados por palomas, fuentes de guano, en lugar de los manantiales centrales de la melodía, la calma y el pensamiento. Veo cómo Dora y Toñi se alejan con andar torpe y doblan la esquina hacia calles más estrechas aún. A repartir bocadillos y mentiras... Y yo, en la plaza, como un pasmarote, en el mismo lugar desde donde cada Semana Santa sale la procesión más esperpéntica de la geografía española, la más cierta. Putas, travestís y ladrones se arrodillan y hacen penitencia frente a un Cristo que nunca existió, frente a una Virgen que nunca existió. Isis y Osiris, Dioniso y Diana. Pienso en el Templo del Perro, el lugar donde según la Cupé, el Watusi le había contado que se reunían los canallas para rezarle al Dios de la Fidelidad. Y aquella verdad de la memoria se deshace. Una vez iba con Elsa por la calle cuando nos encontramos ante esa procesión. Ella se quedó a verla, cómo no, a deleitarse en la simpatía por la desesperación de aquellos monstruos que nos enseñan que en la desesperación hay que unir las manos y volver los ojos al cielo. Y Elsa se lo creyó. Cómo pude dudar alguna vez de que no lo hiciera, de que como a esa infame Dora le saliese el fondo de beata, aunque no se creyese nada, sólo por el espanto de tener que ver a diario adónde la había llevado su atracción por el desastre. Sellarse los

párpados. Darse golpes en el pecho y seguir creyendo. Y esa noche de infame ruido interior, diecinueve años después, con una verdad más completa en la mano, con un manojito de ortigas en la mano, sólo podía concentrarme en la plaza y recordar saetas esperpénticas emitidas por bocas que sólo contenían la emoción del aguardiente. Como si la borrachera de Dora se me hubiese contagiado en una posible farsa de transubstanciación, porque su mal vino era la única de sus emociones que podía comprender, y había pagado con creces una pausa en la ridícula mentira en la que se había instalado, seguí recordando mi ridícula mentira, mi vida ridícula. Y recordé una pelea de vagabundos en esa misma plaza de los bancos recubiertos de mierda. Los vagabundos se peleaban por un almanaque, y la gente que pasaba por allí se detenía a contemplar la pelea y jaleaba lo que en realidad era un combate inexistente, porque los vagabundos, entre balbuceos de odio, se situaban frente a frente, se abalanzaban el uno contra el otro y, en su borrachera y en su decadencia brutal, en diligente continuación del sentido de su impulso, pasaban de largo y no llegaban a tocarse. Así que, sin mediar un saludo, pero tampoco una bofetada, salían despedidos, eran vencidos por los desórdenes del equilibrio y se rompían «los dientes contra el suelo como antes habían roto los dientes del tiempo». Toda la rabia, pero una pelea inexistente que se agotaba en el frenesí de su pasado. Por un almanaque.

Diecinueve años. El Watusi no existía. Aquel 15 de agosto de 1971, en realidad el 16, yo no le vi flotando en el agua. Sólo oí relatos, algunos con una parte de verdad, otros completamente falsos. Ficciones y escamas de recuerdo que la gente nos sacude. Y se queda más tranquila.

Empecé a caminar sin rumbo por las callejas y durante un instante sereno, el único, pensé que a partir de entonces me quedaba sólo la razón. Y en la respiración del humo de un cigarro, enredado en la bocanada, miraba adelante y atrás sin ver a nadie, y deducía que vivir la vida de un modo inteligente es muy poco emocionante, pero estaba mejor. Llegaría el momento en que con mis pocas fuerzas aplaudiría mi elección por el tedio razonable. Un pensar lógico, sensato, un altar al Dios del sentido común, sin paranoias, sin insectos ilusionistas. Ni buenos ni malos. Sin ángeles. Sin ficciones.

Y ése fue el instante de calma. Lo recordaré cuando muera ahogado y mi vida desfile ante mis ojos por otro instante.

Porque la calma se desvaneció al recordar los azares que me habían llevado a ese vagar sin rumbo. El mero azar. O un azar obligatorio, como el que me hizo oír la música del Watusi, convertida en la sintonía de un anuncio de detergente, mientras huía en un Jaguar una noche de luna apenas menguante. Ese tipo de azar que nos hace creer en una posibilidad superior, en un Gran Ojo, en una Gran Mano. Podía encontrar razones para ese azar seguro en que durante mis años de plaza Real conociese a Elsa y a ninguna otra en la forma en que a ella la conocí, y podía

encontrar razones para que años después fuese a Victoria a quien atrajese, y ella a mí, y que su hermana hubiese sido amiga de Elsa y Elsa le hubiese contado mi historia. Pero Elena no podía saber tanto. Nadie podía saber tanto al cabo de los años. Sólo yo tenía el conflicto, la responsabilidad de haber sido.

Era ya momento de que volviese el miedo.

Porque recordé las infantiles claves de Elena en sus casi infantiles poemas, en su «Canción difícil». El modo libresco en que me presentó sus conocimientos sobre mí en el primer poema, cómo se dio a conocer con los restantes, una presentación sincera, cómo me avisó en el poema «Final»:

N adie nada ya  
E n la playa rota  
Y la arena quema  
R isas vacías  
A taúdes hinchados

Y, después, en «La canción difícil»:

NE veras **Y RA** yados verás  
con **NE** gocios **Y RA** tones detrás  
**NE** cios **Y RA** posas arriba  
con **NE** gras **Y RA** streros encima

En una canción absurda que, si hablaba de algo, lo hacía de identidades inventadas.

Pero ¿quién era Neyra? Por un lado entendía, y ahora lo entendía más que nunca, Neyra era alguien que quizá no existiese. «Sacúdete ya, ya, la identidad, da, da». Alguien «disuelto», «falseado», «inventado» y, sobre todo, «difundido». Por otro lado, según la línea de razonamiento de Elena, en el modo de desplegar sus claves ante mis ojos, entendía que ella me avisaba. Yo tenía que conocer a Neyra del mismo modo que conocía a Scott y sus identidades anteriores y luego transformadas. También estaba «... el hombre invisible que me folló entre baldosas azules...».

La conclusión: yo conocía a Neyra y debía tener cuidado.

Y Neyra, de momento, era un nombre. Un nombre lleno de miedo. Porque estaba oculto, por su misma oscuridad. «¿Por qué llamarlo oscuro si es una esfera en el agua marina?».

Un nombre. Miedo. Tu nombre, Lector. Mi nombre.

Claves. Sistemas ocultos. Personas inventadas. Aquiles alcanza a la tortuga. Todas las letras del Nombre han sido articuladas. Y el Nombre no existe. No hubo Watusi. No hubo Watusi como tal Watusi. Se le cayó algo encima y lo aplastó. En medio del mar. Al bailarín. Ahora sólo hay Neyra. El desconocido. El azar es el último factor que regula la construcción de laberintos.

Y seguí caminando aquella noche, sin nadie atrás, sin nadie ante mí, y perforaba las mil versiones de aquel 15 de agosto de 1971, festividad de una Virgen que no

existe, antigua festividad en adoración de la diosa Diana, que quizá tampoco existiera así, con su arco y sus flechas. Perforaba la memoria, aplastaba generaciones de mentiras como quien pisa rotas hojas rígidas y llegaba al salón de la Alameda, agrandada por la penumbra de la tarde tormentosa, por las simetrías, por los espejos, por los muchos años, por la soledad, y la escasa luz atravesaba los losanges de las ventanas, y figuras se enredaban en el suelo hasta llegar a la mesa donde la Francesa contaba su dinero:

—Si hoy has oído la historia, sabes que el Watusi se fue y luego volvió y luego se volvió a ir y ahora está aquí. Y esta mañana ha matado a la hija de Celso.

Y la Francesa seguía hablando:

—Yo sólo sé una historia del Watusi. Sólo cuatro o cinco personas pueden decir que han visto al Watusi y yo no soy una de ellas. Verlo, no lo veo. No lo veo. No me preguntes si lo he visto, porque no lo he visto...

Porque el Watusi estaba muerto. El Watusi no existía. El Watusi era un «muñeco». El que expía los pecados del mundo. El chivo, el *pharmakos*, el «hombre mágico», el de la vida inmortal, el coronado de hiedra o de espinas, Dioniso sacrificado. Lavarse con la sangre del cordero, mientras la policía busca al Watusi y «le sale barba». El Watusi podía ser cualquiera. La relajación de la no existencia. La resurrección como Idea en la mente de los cándidos.

Y caminaba sin rumbo por las calles más estrechas, sin ganas de volver a casa, a ninguna de ellas. Caminaba bajo los andamios de las obras olímpicas por donde trepan los ladrones, me restregaba por los toldos que ocultan el ascenso de los ladrones. Y caminaba y me sentía ladrón, porque percibía mi camino como un ascenso en espiral, cada peldaño una sorpresa. Y no hay recuerdos. No hay nadie ante mí, nadie corre a mi encuentro. No hay nadie detrás. Sólo te persigue tu nuevo sentido común, tu flamante razón, que piensa:

—Pero yo vi la sombra. Yo vi la W. Yo oí aquel taconeo espectral. Y mi madre también.

Aquel taconeo que se cruzaba ante cada silencio de la noche como si debatiese con todo en contrapunto. Y al ritmo le contestaban espesas orillas de luz, difusos rastros lácteos. El doble golpe, su réplica, la contrarréplica, el cierre y el contracierre. Y el sonido estaba detrás y enseguida a nuestra izquierda y otra vez detrás, y a la derecha. Desde la ventana de mi casa, de aquella casa que construyera mi padre sin permiso de obras, en la ladera ocupada, en la oscuridad flexible del paisaje conocido entonces hasta el menor detalle, y ahora apenas un recuerdo bajo los andamios, ascendiendo en espiral sobre calles mayores y menores, vi cómo la sombra cruzaba un claro. En mi retina estuvo la W, el dorso de su cazadora, el cuerpo ágil. Aquella noche. Antes del grito de un hombre:

—Mamá, Flora, soy Fernando. Tú oíste el taconeo, ¿verdad? Tú viste también la

sombra, ¿verdad? Tú te sentaste toda la noche a vigilar las sombras...

—¡Pero Fernando! ¡Hijo mío! ¿Dónde estás? ¿Qué te pasa? ¡Sigue hablándome, por favor!

Cuelgo. Y diecinueve años después, me reconcilio con el grito, perdido en el laberinto de calles, articulo el nombre:

—¡Watusi!

Y seis años después me reconcilio con la imagen de verla muerta en un portal y no hacer nada:

—¡Scott!

La incompetencia extrema sobre todo lo que no fuera el absoluto. La incompetencia extrema:

—¡Watman! ¡Matwan!

La Suave Luz. Lo Radiante. El restallar de un hilo de sol en la cacerola agujereada de un vagabundo.

—¡Neyra! ¡Neyra!

«¿Por qué le llaman oscuro si es una esfera en el agua marina?».

Y sigo caminando cuando se apagan los ecos y se remansan las simetrías. Miro al frente y no veo a nadie. Miro hacia atrás y descubro que me siguen. Los ladrones, las putas, los travestís. La mentira de sentirse mujer y ser hombre y que por eso te apedreen en tu pueblo. Ven conmigo. Querer detener el tiempo y morir en un portal, derrumbado en un banco. Seas rico o pobre. La verdadera democracia completamente gratis. La jeringa igualitaria. Ven conmigo. Los que no pueden soportar las discusiones de sus padres, sus desapariciones, sus vicios, sus miedos, los que quisieron tener la amistad como un culto, el sexo como un culto, la cultura como un culto, los que abrazan becerros de oro que son personajes sin existencia, en portadas de discos, en la oscuridad de los cines, en los susurros de los barrios extremos cuando cierran las tabernas, en papeles manchados de letras. Venid conmigo. Caminamos todos por el lineal laberinto griego como Aquiles y la tortuga, para romper los dientes del tiempo y de su ansiedad, los que sólo encontramos el denso zumbido, el bailoteo de insectos ilusionistas, los que sólo encontramos nuestras propias caras deformadas en el desprecio ajeno. «Miradas dan en mí para perderse». Venid conmigo. Los que murieron en esas guerras secretas. Venid conmigo. Los que no nacieron con el espíritu destruido, resignados, manejables, avaros. Venid conmigo. Los que deseaban la afinación perfecta con el infinito. Venid conmigo. Los que se revolviéron con la pasividad en un país infame. Venid conmigo. «Es lo que hay». Sí, y lo que habrá. Sube conmigo esta escalera espiral, burlaremos al oscuro Guardián del Límite, saludaremos al Guardián Radiante. Y seremos excéntricos en el otro país. Y seremos Nada.

La Suave Luz. ¿Por qué no? Viajar con la música en torno a las cosas con el aire y

el crepúsculo, sorprender en las sombras y en los fondos transparentes, con palpitantes colores «de primeras veces», que decía Elsa, y amasar con ellos el centro invisible de una canción que es eterna, difícil y, al fin, silenciosa. No es este mundo, sino el otro, los misteriosos intercambios, las transformaciones, fundidos el sonido y las formas, sin sobresaltos, hasta que reine el nuevo espacio. El único lenguaje posible, el idioma imposible.

Todos me siguen al fin en esta noche de inexistencia en busca del nuevo espacio. Llegamos juntos a las Ramblas, a los quioscos abiertos, a los puestos de flores cerrados y a todos los que el diablo se llevará antes o después. Me sitúo en el centro de la avenida para que todos se den cuenta de que no temo a los grandes paseos. Empiezo con el repique. Y soy la W, el misterio revelado. Soy el Watusi, Scott, Watman y Matwan. El golpe doble del taconeo, su réplica en el suelo y sobre el banco y en la carrocería del coche aparcado, la contrarréplica, el cierre y el contracierre. Y las vueltas, claro. Hasta volar con Platón a la Empírea Esfera, hasta el primer Bien y el primer Justo. Los shingalines se materializan ya en torno a mí bajo las luces. Y ríen, porque son hijos de la alegría. Y dos de ellos se acercan para preguntarme:

—Documentación, por favor.

—El Watusi no existe. Su jefe, sí. Mide dos metros o más. Y no es un simulacro de jefe, porque parece un jefe.

—¿Es usted extranjero? —me pregunta el Guardia 1.

—Soy un shingalín. El primero de ellos. Si soy de Shaolín o de Shangrilá, eso ya es preguntar mucho. Pero, sin duda, es éste mi estilo de baile.

Y bailo.

—No hace falta que se burle de nosotros... —me dice el Guardia 1, mientras el Guardia 2 mira a otro lado como diciendo «Tú hoy pillas...».

—Sin emoción, no hay gloria —sentencio.

—Pero a lo mejor te ganas una hostia si no coges el primer taxi y te vas a casa — el Guardia 2 ha declarado por fin la simpatía que le inspiro.

Fue el quinto taxi, porque el resto valoraba mi desajuste indumentario en el debido contexto. Llegué a casa. Subí la escalera, que si no era espiral, lo parecía. En el reloj de la entrada comprobé que eran las seis, pero no di crédito. Y menos al ver iluminado el salón desde el fondo del pasillo. Quizá entonces recordé las paradas en los bares que he obviado y obvio aquí de nuevo por la dichosa tensión narrativa. En el salón, alguien sollozaba, y francamente, no creí que fuese para tanto.

—No hay para tanto, francamente. Creo... —y lo manifesté en voz alta.

¿Qué hacían abrazadas Victoria y Rebeca, su mejor amiga y mi esporádica amante? ¿Y a media luz? ¿A qué tanto llanto ante tanta caricia?

—Elena... —fue lo que dijo Rebeca, porque la otra ni se dignaba mirarme.

—Sí, ya la he visto. Venía detrás de mí bailando y de pronto ha desaparecido.



—¡Hijo de puta! —Victoria, sin mayor represión fonética. Les das un dedo...

Rebeca se levantó para hacer un aparte en una esquina. La esquina del perro grandote y feo.

—La han encontrado muerta en Madrid.

—Me lo imaginaba.

—¡Tú eres un imbécil!

Aunque Victoria no estuviera sumergida en la tragedia, tampoco hubiese percibido la excesiva y sospechosa familiaridad con que Rebeca me trataba.

1995

Es agosto de 1995 y conduzco un automóvil por la ciudad con una niña mulata a mi lado. Soy su hermano mayor, un atributo que sosiega; pero Marta me mira como si mirase a un monstruo. Y no se equivoca.

Alguna de las últimas palabras de nuestra madre, antes de caer para siempre en la inconsciencia, se ha referido a su hijo primogénito y a lo que las visitas han leído sobre él en los periódicos durante los últimos días. «Por eso no podía decir nada. Por eso estuvo tanto tiempo sin decir nada...». Mi madre ya no tenía fuerzas para blasfemar, sólo para justificarse en las mentiras. A tenor de su mentalidad, no ha sido indigno desenlace el que su hijo aparezca en la prensa, aún dentro de esas singulares noticias, amenos avisos de redes invisibles, arañas secretas urdiendo trampas, magos y artistas de la fuga, ungidos de levedad, pero con un sello castizo y una poderosa afición a la chapuza. Uno de los reportajes estaba ilustrado con una foto en la que hablo con un desconocido de rostro desfigurado por la electrónica junto al Parque de Atracciones del Tibidabo. Intenso diálogo con un deforme Caronte en la antesala de ese negativo burlesco del infierno.

Mientras doy vueltas para despistar a los que me siguen, hacer un recado y dejarla finalmente en casa, me gustaría explicar a Marta la verdadera dimensión del monstruo; porque quizá no nos volvamos a ver nunca, porque hay mil motivos para que eso suceda. Pero el monstruo no está para dar muchas explicaciones. Acaban de comunicarle que su madre ha sido desahuciada y se ha encargado de la pequeña para evitarle el absurdo del dolor en el torbellino del instante fatal en una habitación cargada de química frustrada, tensión, ansiedad y quizá alivio. Los dos márgenes de la familia: el hijo del desastre y la niña adoptada. Ignoro qué le habrán dicho a Marta sobre mí, o lo que percibe. Yo podría darle una dimensión anticlimática a la tragedia. Le podría hablar de Edipo Rey. Le relataría el diálogo al final de la obra entre un niño y el corifeo. El niño pregunta qué le pasa a Edipo en los ojos. Y el corifeo responde que es una larga historia, que ya la oirá algún día. El niño insiste y pregunta entonces si Edipo tenía algún enemigo, que él sólo conocía a uno y era la Esfinge de los enigmas. Y Edipo había matado a la Esfinge. Entonces el corifeo se pone misterioso y sugiere que más le hubiera valido a Edipo lo contrario, porque el enigma carecía de solución prevista. El niño no se queda satisfecho y argumenta que Edipo acertó a resolver el enigma que le planteaba la Esfinge, y que salvó a Tebas. Así se lo habían contado. El corifeo, con un escepticismo de rabiosa modernidad, sentencia: «Es peligroso resolver enigmas, aunque haya hombres que nazcan para resolverlos. Es obra de los dioses. Se esconden en enigmas. No nos empeñemos en comprender demasiado».

Y entonces, madre, entonces, Lector, entonces, Elsa, Elena, entonces, Marta, entonces, todos, el niño mira al corifeo y pregunta: «¿POR QUÉ?».

¿Por qué?

En la miserable tragedia de mi vida, Lector, yo soy Edipo, el corifeo y el niño. Y tú, Lector, eres Guillermo Montereau Montereau, alias Boris Montcorbier, alias Guillermo Ballesta. Y tu otro alias, Lector, fue José Felipe Neyra hasta que José Felipe Neyra fui yo.

Eso es lo que me gustaría explicarle a Marta, la que refleja a un monstruo en sus pupilas. Y me gustaría explicarle que en el asiento de atrás, entre un exceso de ramos de flores que hemos recogido en la clínica, llevo un Informe a través del cual he inventado un nuevo arte que une las ideas puras del baile y los alaridos de la geometría. Que cuenta el modelar de monstruos que viajan por todas partes, ascienden y descienden, cambian, se transforman, mutan, pero vuelven siempre al punto de partida. Un extraño número coreográfico. El baile de la metamorfosis.

El peligro excita los sentidos. La ciudad se empeña en abrir sus dimensiones, los edificios muestran su relieve, abandonan ese fondo neutro de dibujos animados que ha sido mi visión del mundo en los últimos tiempos. Doblo por calles estrechas. Me arriesgo en avenidas peatonales. Pero mis perseguidores son tenaces, expertos. Marta se da cuenta de que miro mucho por el retrovisor. Percibe mi nerviosismo. Se ratifica en lo monstruoso. Intento caerle bien:

—¿Tú tienes ritmo, Marta? No te pregunto si ahora mismo tienes en los bolsillos un kilo de ritmo. O cien gramos... Me refiero al sentido del ritmo.

—Ya, ya... El ritmo. ¿Tú cuántos años te crees que tengo?

Marta tiene once o doce años, pero me mira con el gesto grave, muy suyo, de tener la edad del tiempo.

Sé que mi hermana Gracia guarda cierta cinta musical en la guantera. Le pido a Marta que la busque, la meto en el casete y empieza la pachanga:

Sacúdete ya, ya  
La identidad, da  
Disuélvela, ya, ya  
La identidad, da.  
Y di: da, da, da...

Marta mira turbada la boca del casete. No es gran momento para verbenas.

—¿Tú no sientes que mamá esté enferma?

—Mucho, Marta. ¿Conoces esto? —señalo la boca del casete.

—Claro, lo conoce todo el mundo. Es «La canción difícil». Estuvo de moda hace dos años y ahora vuelve.

—¿Sabes cómo se llama el cantante?

—Carlos Aguirre. Es muy guapo...

—El cantante se llama Carlos Aguirre, pero también Martí Oliver. Se cambió de nombre, porque creía que el nuevo iba más con la música que hacía. Además se guarda su nombre de verdad para cuando haga la música que él cree que llegará a hacer alguna vez. Y se equivoca. Ya no hará nada que valga la pena. Carlos Aguirre,

o Martí Oliver, como quieras, es tonto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo conocí. Yo canté en un grupo que él había formado.

—Anda ya...

Y tal como lo dice, empieza a palmea en el salpicadero. Detengo el coche. Marta detiene su movimiento rítmico. Le ruego que siga y siga repicando y nunca pregunte por qué, mientras yo, Lector, salgo de las ideas puras del baile y entro en los alaridos de la geometría. Ellos, a la distancia que marcan prácticas secretas en lugares escondidos, han detenido también su automóvil, un BMW de cierto nivel, y me miran con intenciones demasiado claras.

¿Por qué?

Porque a veces el viento abre ventanas de arrabales y tiemblan sombras en rincones oscurecidos. Ulula la sirena y aúllan los perros. Se asientan la avaricia y el cinismo, se deshacen las oportunidades frente a boquiabiertos de corazón encogido que no conciben, aún, vivir en este mundo. Y los pensamientos se agostan, se callan palabras que antes fueron estímulo, se desvanecen las imágenes violentas, libres, radiantes, del idioma imposible. No hay lenguaje cuando las gaviotas graznan al amanecer y una mano invisible recoge los puntos de luz de las farolas hasta la grisácea y ondulante masa marina. Porque el tiempo mengua y nos seca y nadie baila para engañar a la luz que engaña. Oigo las ovaciones, la felicidad de los rostros, los aplausos y los cantos, y un gigante de metal camina a través de la arena del mismo estadio olímpico que una vez soñara un platón quinqu bajo la luna. El «muñeco» de la mafia se convierte en el muñeco del mundo. Las épocas anodinas aplauden la falsa música de las esferas, desdeñan la vida, y quieren ignorar que al placer sigue el dolor, y sigue como siempre la carcajada, la aniquilación, la transformación como siempre.

En 1992, se publicaron en España 40.324 libros. Una de esas publicaciones llevaba por título *El alma del corazón, el corazón del alma (Simulacro simétrico)*. El desmedido autor fue informado en su día de que cualquier título del género novelístico que contuviese las palabras «corazón» o «alma» vendía mucho más. ¿Por qué frenarse, entonces? A continuación, cito unos párrafos:

No, compañeros, nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos. Ni los cementerios con sus muertos. Ofrendas florales disueltas de sentido. Frialdad en el frío. Frialdad en los rostros de los que han cambiado. Frialdad en la cara del maestro oculta por unas gafas de sol. Delgadez y palidez contra la lividez alcohólica de días menos trágicos. ¿Es la pena de ver muerta a una hija? ¿Ese ataúd reluciente? ¿Esa tumba? D. tiene sus dudas. D. recuerda a O., el maestro, en la vehemencia de sus clases durante los años sesenta. Su tenacidad política, su clamor demócrata, interesada simpatía por los estudiantes, tácticas a largo plazo, astucia...

Otro simulacro.

D. imagina. D. imagina a O. vestido de falangista. D. imagina a O. en su comunión diaria. D. imagina a O. discutiendo sobre la herencia de José Antonio con Laín, con Tovar, con Maravall, con Ridruejo, con Vivanco, con Rosales... Con aquellos que dejaron de ser los mismos para seguir siendo los de siempre en un país lejano del pensamiento, ausente de la belleza. D. imagina a O. borrando las huellas de sus malos pasos, guillotinando, destruyendo en un sótano los pocos ejemplares de su obra *El Caudillo en sus representaciones*

(Editora Nacional, 1947). D. lo sabe. D. sabe también que O. recibió la noticia de la muerte de E. con indiferencia. D. sabe que O. ha sentido mucho más la suspensión del homenaje que la universidad iba a realizarle. O. le ha dicho a D. que no tiene cargo de conciencia por la muerte de su hija. O. hizo lo que pudo. O. le dio una educación a E.

D. se sorprende ante tanto simulacro.

D., con esa indiferencia de la supervivencia, mira a los asistentes al entierro. Es un sueño fugitivo. Los mandatarios, los aspirantes, los de antes, que ya no son los mismos. ¿Pierrots, polichinelas? D. mira. D. sabe. Tiemblan por las siglas de la muerte. Respiran por la herida. Las siglas. ¿RIP? No, ésa no. Ellos piensan que no van a morir nunca. ¿PAK, la Finca? ¡Cuánta basura simétrica! Simulación. D. observa a V., la que fuera su novia, la aspirante a esclava sexual del primer macarra que le dé mala vida. D. recuerda a V. rogándole que no le deje. D. imagina su nueva vida con F. D. sabe que V. no es feliz. V. coge el brazo de F. aunque antes o después vaya a abandonarle. F., el gran farsante. *The great pretender*. F. pretende. ¿Qué pretende? Sus maneras y su habla de chulo barriobajero pretenden, sin conseguirlo, ser ocultación posmoderna, extraña ironía, de una sólida inteligencia y no pueden justificarse con su oficio ridículo: las historias que dice escribir para cómics japoneses. D. tiene la sensación de que F. es demasiado petulante para los jóvenes y demasiado necio para los adultos a quienes pretende atraer, tanto en sus escritos como en su vida, con la sobreevaluación carismática de un escueto macarra que una vez, de niño, sufrió un fabuloso accidente. Se le murió su mamá. Cuando es posible, F. oculta que es el hijo de un juez que dictaba sentencias de muerte. El juez era un bailarín. Mataba por las mañanas y bailaba por las noches. En un tablado. La simulación de la pobreza. D. sabe.

David Trabal sabía. Y casi acierta de tanto saber.

Cualquiera que tenga paciencia para rebuscar en los anaqueles de las librerías de lance averiguará lo que cuenta *El alma del corazón, el corazón del alma (Simulacro simétrico)* en un estilo que se quisiera combinación de *El extranjero* y *Las estrategias fatales*, y acaba siendo el telegráfico ajuste de cuentas de un imbécil inyectado de soberbia. Desde la primera página conocemos al fabuloso D. y su trayectoria: un magnífico estudiante de Filosofía y Letras y Derecho al que le sobra tiempo para enredarse en los aspectos más radicales de la política antifranquista. Luego, durante la democracia, y sólo porque se lo piden, asume algún cargo del que es expulsado por quienes olvidaron sus creencias y actitudes. D., entre polvo y polvo (porque es un casanova), se vuelve un justiciero y logra encarcelar a todos los que fueron sus compañeros y se habían corrompido en el ejercicio del poder hasta ser dominados por esa ciega voluntad. D. no recibe recompensa por su hazaña. Como John Wayne, en *Centauros del desierto*, camina hacia el horizonte del brazo de una jovencita, rodeado por una suave pátina de escepticismo, otra de ironía, una pizca de decadencia. En fin... ¿Y F.? F., ya un vagabundo, canturrea soeces estribillos en el callejón. F. fracasa en su farsa. F. es un pingajo.

Una vez le preguntaron a una nodriza de qué iba *Romeo y Julieta* y ella contestó: «de una nodriza». Es evidente que las referencias al tal F. en la novelucha de David Trabal son sólo anecdóticas y muy puntuales. De todos modos, el Lector habrá visto que la anémica descripción del entierro de Elena eleva su estilo con la exhibición retórica en el dibujo de mi persona y su poca elegante reiteración de «pretensiones». En realidad, yo no fui a ese entierro. Aunque aún no me había mudado de casa, ya no pertenecía, por decirlo de algún modo, a la familia Llinàs. Pese a que la descripción literaria de la ceremonia nos traslade allí mismo de tan vivida, a sus visiones, a sus

olores, a sus resonancias metafísicas, el Lector se sorprenderá al saber que David Trabal tampoco asistió al acto. Desde la muerte de Elena, ese trepador insaciable era un cero a la izquierda. Había sobrepasado el límite de su actuación, había errado en el constante malabarismo de sus simulaciones. Sin embargo, cuando adiviné el veredicto de condena que Rafael Llinàs había dictado sobre su persona por jugar extrañamente a dos barajas en un misterio que nadie se atrevió a mencionar, nunca encontré el momento adecuado para interesarme por el destino del Príncipe de las Simulaciones, para colarlo en la puerta trasera de una conversación. Bastantes problemas tenía con Victoria (bueno, en realidad sólo uno, pero definitivo) para que la ínfima dignidad que los demás me otorgaban se viese mancillada por un rastro de estúpida competencia con Trabal, con la envidia por su persona, con el goce rastrero en la desgracia ajena.

Según la versión, no oficial, pero sí más cercana a la verdad, y ésa fue la que Rafael Llinàs, después de un agreste diálogo con el viejo Octavi, le dio a su media hermana Victoria por vía telefónica, el 10 de mayo de 1991 encontraron a Elena sentada en engañosa actitud de concentración o de reposo, la cabeza hundida entre las rodillas, bajo la pendiente de un vertedero junto al madrileño poblado de La Celsa. Mis dudas surgen cuando la versión de Rafael Llinàs no deja ninguna duda sobre las causas del deceso: sobredosis fulminante autoinducida. Nada en el escenario del crimen, por llamarlo así, daba pie a una sospecha, a que el mal viniese de otro sitio.

El cuerpo sin vida de Elena fue descubierto por la patrulla de la Guardia Civil que suele cruzar como un bólido y mirando a otro lado esos arrabales de honda marginación. Sin embargo, el aire de la figura de Elena, su indumentaria, su pulcritud, la sedosa melena rubia desplegada en abanico sobre brazos y piernas, empujaron a la Guardia Civil a hacer un alto. Percatados de un tránsito posible, los guardias hicieron las gestiones suficientes para llevar el cuerpo a un hospital y verificar si era completa la absoluta indiferencia que mostraba la chica. Allí, al certificar el deceso, uno de los médicos halló los documentos de la difunta en la caña de una bota labrada. Entonces se dio cuenta de que la tal Elena Llinàs Gil-Kaiser compartía primer apellido con un gerifalte del partido político del cual el galeno tenía uno de los primeros carnets expedidos desde su legalización, allá por el 77, antigüedad que si no le había permitido una mayor reputación en esos años de bonanza, sí le daba bula para gritar mucho en mítines y congresos los lemas «¡Hasta dónde hemos llegado!» y «¡La culpa la tienen quienes yo me sé!». Gritos y desplantes que, por otra parte, y de modo paradójico, aseguraban una fidelidad absoluta a los incandescentes líderes que usan sólo nombre de pila. El doctor intuyó, además, un vago parecido con Rafael Llinàs. Acudió entonces al teléfono en fingida actitud de trámite rutinario y realizó un par de llamadas telefónicas que rasgaron de alerta los círculos del poder mientras amanecía en la capital. No era la primera vez que ocurría

un hecho semejante, muchos eran los familiares descarriados, amplio era el margen de tolerancia, pues en todas partes se aguantaba el castigo de la modernidad excesiva. Sin embargo, los tiempos sufrían cambios, involuciones en espiral, el poder estaba hasta la coronilla y la oposición y sus secuaces al acecho. Informado del trágico hallazgo, antes de abandonarse a la pena, Rafael Llinàs rogó al compañero médico que eludiera cualquier asunto de drogas en su informe, llamó por teléfono a David Trabal, amigo y ex cuñado de la difunta, por si tenía que ayudarle a hacer gestiones de tipo personal o ir a buscar cafés, y se personó con él en el centro sanitario. Con reconocimiento anticipado al irresistible modo político, Rafael Llinàs agradeció al doctor que hubiese firmado el certificado de defunción con motivo de un fallo cardíaco por medicación indebida. Se hizo cargo de los efectos personales de Elena y, al examinarlos con tristeza, descubrió varios números de teléfono y la llave de una casa particular. En ese momento, Rafael Llinàs, que era muy Llinàs, prometió la aniquilación de aquel o aquella que hubiese amparado las actividades estupefacientes de su difunta hermana. Las piernas de David Trabal, solícito como un faldero en torno a su protector hasta ese mismo instante, empezaron a temblar. Las rodillas en choque una con otra marcaban la clave de una rumba.

De modo paralelo, otro de los médicos del hospital, hombre político también, relataba por esa boquita lo que había visto y oído a un dinámico prohombre del partido en la oposición. «Hundir a Llinàs» empezó a ser la consigna para esa jornada y las siguientes. Porque Rafael Llinàs ostentaba uno de esos cargos en el partido cuya auténtica importancia no trasciende a la opinión pública, pero de cuya magnitud sí son muy conscientes los del gremio. Miembro de la ejecutiva, señor del área cultural y educativa, Rafael Llinàs nunca había dado el paso a cargos detonantes. Eso sí, al cabo de nueve años en el gobierno, amparado de las luchas internas en el partido, de las ascensiones y caídas, de la purga y combustión, por su habilidad, antigüedad y claridad de ambiciones, Rafael Llinàs tenía un rincón perenne en la sede central, y era él quien según se decía daba las ternas en su área para que el presidente del gobierno valorase y nombrase. Rafael Llinàs era un pez gordo. Y nada podía ilusionar más a la oposición que poner nervioso a un pez gordo, tirar del hilo, capturar la pieza.

Así que la oposición se enteró de cuál era el juez de guardia ese día. La oposición felicitó al juez de guardia por la boda de su séptimo hijo y enseguida dejó caer la bomba: la hermana de Rafael Llinàs estaba de cuerpo presente en un centro médico, y tanto el aludido como un pez piloto catalán que babeaba en torno suyo removían cielo y tierra para falsificar el papeleo. Al oír la noticia, el magistrado clama al mismo cielo que Rafael Llinàs remueve por tanta delincuencia y corrupción, y acto seguido, vislumbrada la posibilidad de convertirse en un juez estrella a la moda, henchido de rectitud, ordena detener al médico abajo firmante y el traslado de los restos de la drogadicta al Instituto Anatómico Forense a fin de que sea practicada la autopsia.



También hace una llamada a su periodista de cabecera, le recomienda vitamina B<sub>12</sub> y Alka-Seltzer, y deja caer lo amplio de su integridad. Como ejemplo de esa virtud tan escasa, cita el asunto que pasa a relatar en el mismo momento que un balbuciente Trabal se confiesa a Rafael Llinàs entre mil explicaciones y la íntima convicción de que será mejor que él mienta un poco antes de que otros averigüen la verdad: la llave encontrada en las ropas de Elena abre la puerta de su casa (de él, de Trabal). Rafael Llinàs deja caer que cuando haya tapado todo lo obturable, absorbido cualquier posible filtración con el paño de la influencia, trasladado a la Ciudad Condal los restos mortales y, el trago más difícil, comunicado a Octavi Llinàs el deceso de Elena, el pedazo más grande de David Trabal cabrá en el hueco de una uña. Avisado de las estratagemas de sus adversarios, las gestiones disuasorias de Rafael Llinàs tardaron casi una semana en surtir efecto. Ni una nota en los periódicos, ni sombra de un escándalo, sólo rumores al paso y una ficha policial abierta para el compañero médico y un «Ya veremos, ya veremos...» ante la queja insistente de que le fuese borrada la mancha penal, que él sólo quería ayudar a los compañeros y encima... Pesado.

Sólo cuando volvió una calma imprecisa, Rafael hizo la llamada al padre con el que no se hablaba desde los años setenta. Le dio la noticia. Según Victoria, el diálogo que siguió al anuncio fue éste:

—¿Me vas a devolver lo que tenía? —preguntó Octavi. Y Rafael no supo muy bien si su padre se refería a la vida de Elena o a todo lo demás. Paciente, le explicó, suavizados, los motivos del esperpéntico retraso.

Octavi replicó:

—Devuélveme lo que tenía.

Rafael intentó comprender. Pero Octavi persistía en la desolación:

—Yo sólo sé que lo que tenía ya no lo tengo —y colgó el auricular.

Cuando volvió del entierro de Elena, Victoria Llinàs me pidió que nos fuéramos a la cama. Tras mi entrega sin límite, me rogó que comprendiera los porqués de la decisión que pasaba a comunicarme. Y la decisión, en giro coloquial, era que me ponía las maletas en la calle. Le rogué que me dejase unos días para encontrar piso. Me los concedió. Le rogué que me dejara ayudarla con su tesis, que así estaríamos juntos unos días más. Me enfrenté a una sonrisa sarcástica. Sin embargo, con esos cambios de humor que todos exhalaban en un círculo infectado de demencia, tuvo ánimo para explicarme su gran hallazgo. El amigo de uno de sus alumnos había localizado en un archivo parisiense transcripciones de poemas de circunstancias que Vicente Huidobro recitaba junto a sus crónicas de la liberación de París para *La Voz de América*. No era mucho y no estaba muy en consonancia con su tesis, pero era una aportación y ya sabría ella atar cabos. Me mostró los poemas. Y fingí leerlos hasta que no tuve más remedio que dejar de fingir:

### **Camarada Claque está mirando el cielo**

André lo supo esta mañana  
entre la confusión del café.  
No son niños las bombas  
y sí guadañas los hombres  
y las calles vacías cuando suena la sirena  
de la muerte.  
La muerte que no recuerda  
el vuelo sincopado sobre cielos de madera  
tango, Cake walk, Black bottom.  
Hablo de Montparnasse hace un milenio.  
Yo amé esos bailes  
yo amé los metálicos pájaros del horizonte  
yo amé la vida una vez, americanos.  
Y ahora sólo admiro a Camarada Claqué  
con su bebé en brazos.  
Está mirando el cielo entre la sangre.  
El cielo y la sangre:  
lo que pudo hacerme humano.

Huidobro se encontraba con su némesis Neruda en la intersección del dolor. El falso padre del Watusi y el bebé me miraban desde la discutible realidad de un verso. Un hombre muerto con otro cadáver en los brazos porque un centinela alemán ha confundido el bulto del crío con una bomba. Miran el cielo, ancho y azul, para que alguien escriba en ellos la Historia, para que todos escribamos nuestras historias, las historias de nuestro miedo. El que no llegó a ser antes del que lo fue de modo equívoco. El inicio de la tremenda cadena de ficciones, desechos y manipulaciones, énfasis y, al fin, ruina, pacotilla. Pero ¿en qué estaba pensando? Comprendí que debía marcharme para vivir un insomnio de vida antes que la vida invivable. Victoria y yo cenamos fuera, bebimos en nuestra terraza y sólo un milagro evitó que cantásemos nuestra canción («Wanda, stai seria con la faccia...»). Victoria pasó la cena evocando con emoción algo chirriante, articulada, sus juegos infantiles con Elena, la ambigüedad con que recibía la noticia de sus premios escolares, cómo le enseñó a atarse los zapatos, cómo la protegía, cómo la despreciaba, ese continuo frenesí que ella nunca pudo comprender... Entretanto, yo pensaba en Camarada Claqué, en la infinidad del cielo, el frío del descampado, en el cuerpo de Elena en posición fetal, en el cuerpo de Elsa en una postura idéntica, en los reconocimientos engañosos. Y pensaba en las enigmáticas frases de Octavi: «Devuélveme lo que tenía», «Sólo sé que lo que tenía ya no lo tengo», y en qué poca cosa es lo que tenemos, en familias destrozadas, extinguidas, en intentos, en actos de amor perdidos, disipados, olvidados. Crece la hierba, siguen creciendo las malas hierbas en el jardín de los Llinàs que no evoca ninguna obra clásica, que no recuerda a casi nada. Las notas graves de un piano me hablan de muerte, lo mismo que el resto de la música que suena a bajo volumen en el restaurante. Una nota de muerte, otra nota de muerte, la

muerte. Miré a Victoria y ella lloraba sobre el carpaccio intacto. Nos servimos vino, nos miramos en los ojos sin amor, sólo para alimentarnos, para evitar la muerte, extrañamente culpables por nuestra vida, secretamente orgullosos de nuestra vida. Y se oían aún los rumores y el roer en el vertedero, el lejano ruido de motores en el descampado, el resplandor de la hoguera en La Celsa, el calor, la llama, quemarse vivo.

Victoria me pidió que fuéramos a la cama para luego comunicarme sin rastro de pena que había cambiado de idea respecto a la duración de mi presencia en su hogar: era preciso que la noche siguiente durmiera en un hotel. Rebeca iría a vivir con ella hasta que los ánimos familiares se remansasen en su dolor. Sí, me dejaba como a un hijo de puta porque era eso lo que me merecía. El veredicto. Ella era la auténtica juez. Menos mal que había avisado a Toni Tortosa y pude volver enseguida a lo que había sido mi apartamento de soltero. Yo pagaría los gastos de la mudanza, claro.

Vaivenes para regresar al mismo sitio y ver caer las hojas de los árboles, verlas renacer. Alguien chilla más allá del tabique, mientras yo aumento el volumen de una pieza musical de mi nueva colección. «El Watusi», «Watusi 65», «Watusi boogaloo», «Watusi comilón», «Wah-Watusi», «Wa-tu-wa-zui»... Canciones con principio y final, con la verdad de la materia, del sonido en el espacio, su duración... Y en la calle el tiempo pasa, quizá. Pero es ese tiempo que no pasa en realidad, el que nos mengua y seca. Y en los claros de la tormenta sigo con las historias de Watman y Matwan, la Tropa Shingalín, lenguajes basados en aproximaciones fonéticas que responden a substratos míticos, a mitos muertos, a Nada.

Y así hasta la semana anterior a la inauguración olímpica, cuando David Trabal reapareció en mi vida. Me avisó por teléfono de que había hecho un gran hallazgo. Le repliqué que bastante hallazgo era localizarme. Me dijo que no me anduviera con tonterías: el asunto que iba a plantear me interesaba en alto grado. Quizá él y yo no habíamos conectado hasta el momento, pero de ningún modo podía eludir la cita para la que me reclamaba de inmediato en un restaurante *haute cuisine*. ¿Había yo oído hablar de la empresa Yamamoto? Y añadió:

—Y ni una palabra a tu amigo ese... Tarragona.

—Tortosa.

—A ése. Nada.

Sólo colgar, llamé a Tortosa para averiguar alguna pista sobre los motivos del sinuoso Trabal. Al repudiado consejero de todo lo aconsejable le encantaba dar órdenes, mover hilos, urdir conspiraciones. Ahora, al parecer, me tocaba a mí, y el azar quiso que no encontrara a Tortosa. Dudé si acudir al almuerzo, pero me intrigaban los matices de la caída de Trabal, el giro de su carismática existencia. Su advertencia y el nombre «Yamamoto» habían hecho girar mis orejas como molinillos. Eso debo reconocerlo. Estaba dispuesto a abrir un paréntesis en el odio que, sin

descanso, me procuraba el humano Trabal.

Y estaba la muerte de Elena. Las huellas de todo lo que me pudiese recordar a Victoria. Esto último, aunque entonces lo hubiese negado, debo reconocerlo también.

El restaurante en el que fui citado era un chalet de paredes de vidrio con una ornamentación hidráulica y vegetal de la que emanaban evocaciones de picnic en invernadero. Trabal, un japonés en traje Hugo Boss y una japonesa con un vestido ultracorto que me recordaba lejanamente a algo, aunque no sabía qué, hacía rato que decidieron no esperar más y ya estaban removiendo cafés con discreto reproche (los japoneses) y manifiesta inquietud (Trabal). Mis maneras no amortiguaron la primera impresión.

Sintetizo ahora lo que me contaron los japoneses en precisa traducción del inglés al castellano de un David Trabal del que el alcohol ingerido me impidió ignorar durante casi toda la charla qué pintaba en todo aquello.

Shido Nakini, alto ejecutivo de Yamamoto Inc., me contó por boca de Trabal que en la localidad costera de Blanes, próxima a Barcelona, vivía desde los primeros ochenta Akio Tojo, reputado guionista de manga y anime (tebeos y dibujos animados). El guionista se había trasladado hasta ese pueblo marineramente desde el Japón para estar cerca de su única hija, ya que ésta había realizado un viaje de estudios a Barcelona para profundizar en su admiración por el arquitecto Gaudí, no para caer en brazos de un individuo de catadura nada clara: Antonio Tortosa. Quizá por la belleza de aquel paraje, el sol de España, por la simpatía innata de Tortosa y también por esa catadura tenebrosa, la cuestión, porque hubo cuestión, y trifulca, se resolvió en que Akio Tojo y su señora decidieron instalarse para siempre en Blanes, aunque al cabo de un año de matrimonio con Tortosa su hija regresase despavorida al imperio del Sol Naciente harta de que el tipo sólo pasase por casa a cambiarse de ropa en intervalos más que irregulares. Pero ahí es donde entra la simpatía de Tortosa, quien, pese al lío conyugal, siguió visitando a su suegro, ora para obsequiarle con una caja de *carquinyolis*, ora para recomendarle a un jardinero de confianza, ora para presentarle a uno de esos dibujantes locales con quienes tanta droga compartía. En su admiración por el señor Tojo, los dibujantes no sólo dominaban el registro completo de las colaboraciones del guionista con los más distinguidos artistas japoneses, sino que sabían además de su comida y colores favoritos. Akio Tojo aceptaba de buen grado esas muestras de atención. Sin embargo, su semblante educado en el dominio de cualquier manifestación excesiva de un sentimiento personal no podía disimular inquietud, mientras regaba las azaleas por ponerse a la sombra y así soportar mejor la perorata de Tortosa sobre lo mucho que había hecho por la vida cultural de la ciudad y lo poco que se lo agradecían.

El motivo de la preocupación de Tojo era el siguiente. Desde hacía tiempo, se empezaba a evaporar su creatividad, tambaleaba la sintonía de siempre con los gustos

del lector medio de las publicaciones de Yamamoto Inc. Ya no gustaban las series que tan famoso le hicieran en el único país donde puede alcanzar fama un guionista de historietas sobre las aventuras de un escritor solo en la gran ciudad, que derivaron luego en saga con sus problemas al contraer matrimonio, educar a una hija demasiado moderna, trasladarse a la ciudad donde había ejercido su amado Gaudí, conocer al idiota de su yerno gorrón y llorón. La crisis de inventiva era patente. Las facturas, muchas. De ahí la sorpresa de Tojo cuando su solícito yerno se presentó, planteándolo a medias como un negocio, con unos relatos de calidad dudosa, pero que daban mucho juego a quien pudiera estructurarlos y reelaborarlos, sobre luchas entre bandas en la zona portuaria, sobre mujeres descarriadas, sobre sexo, música y violencia. Akio Tojo empezó a dar forma de guión a esas historias, las tradujo al japonés y las envió a la editorial como fruto de su ingenio, accidente de la invención que era difícil poner en duda. Yamamoto Inc. respondió al florecer de esa segunda vida creativa de Tojo con un encargo fantástico: escribir una serie que transcurriera en una Barcelona de ensueño. Así lo aconsejaban variados intereses de Yamamoto Inc. en el sector turístico, y la posibilidad, casi seguridad, de la celebración de unas olimpiadas en esa ciudad europea en incesante cambio inmobiliario. A la sede central en Tokio no tardó en llegar una sinopsis de la historia que se había encargado. Gustó mucho. Tampoco se hicieron esperar las primeras entregas. Entusiasmo tras los impávidos semblantes asiáticos. Los dibujantes se afanaron en la ejecución, los promotores en la promoción. Watman, Matwan, la Tropa Shingalín, Elsita, no sólo calaron hondo, y desde el primer momento, en los lectores, sino que se empezó a crear un culto en torno a *El Guardián del Límite*, que así se llamaba la serie. Primero se fundaron numerosos clubes de fans por todo el país. Se llevaron a cabo concentraciones de dobles de Watman que se enfrentaron a los dobles de Matwan en una maratón de baile celebrada en Yokohama. Se editaron discos con las canciones que bailan los shingalines. Se imprimieron libros con los pensamientos de Watman, y el mayor éxito, por inesperado, fue un diccionario de shingalín en el que se recogen todos los mitos y escenas a los que hacen referencia las palabras de lo que se había rebautizado como «El idioma de los rebeldes». Lo de las camisetas no había ni que mencionarlo, ni la moda «Scott Style Back to the 70's», basada en un personaje secundario que aparece en el capítulo «Bailar en la ceniza». En ese momento, Michiko, la japonesa del microvestido, me señalaba un ejemplo de esa tendencia indumentaria al subir un centímetro su ya muy escueta faldita. Luego estaban los muñecos, claro...

Y, mientras hablaban, Michiko, impuesta en su papel de azafata, fue desplegando ante mí números de la historieta *El Guardián del Limite*, discos compactos y camisetas. Y vi una muñeca que respondía al nombre de Elsita y era muy morena, casi mestiza, y no se parecía en nada a Elsa. Y conocí por fin al Watusi en forma de Watman, con su cazadora y su W. Pero entonces no pensé que había sido mi voluntad,

y sólo eso, lo que dio forma a ese pedazo de plástico; concluí en que la invención de un chivo expiatorio nombrado por los marseleses como «muñeco» había mutado por una enorme y asombrosa carcajada del destino en muñeco de verdad. Eso si los términos muñeco y verdad fueran compatibles.

Y mientras recordaba que ya existía el muñeco Lavaman, a raíz del éxito del anuncio que inventé para Tina, y de la fama sucesiva de la serie de televisión y la película, quise convencerme de que la disipación de historias, su corrupción, habían mejorado con el tiempo. Era una lástima ser un descreído, que ese proceso me hubiera ocasionado dolor, que me avergonzara de ese dolor.

Allí, en el restaurante, yo seguía mudo. Ellos seguían hablando, hablándome.

Y me referían, sin que concibieran cómo no podía concebirlo, el éxito astronómico, el boom sociológico y su consecuencia: el interés de la industria americana del ocio. Las editoriales de Estados Unidos estudiaron la posibilidad de hacer una versión de Watman convirtiéndole en el clásico superhéroe. Allí, la serie tardó en arrancar, pero cuando lo hizo, fue de modo imparable. Mientras el que resultó llamarse Shido Nakini me hablaba por boca de Trabal, en un lugar de Norteamérica, George Lucas, el artífice de *La guerra de las galaxias*, compraba los derechos mundiales de adaptación cinematográfica. La intención de Lucas era que nadie pudiera hacer una película sobre *El Guardián del Límite* que oscureciese su creación galáctica. En los mentideros editoriales y cinematográficos no se hablaba de otra cosa, y hasta intelectuales, teóricos de la cultura de masas como Steve Willard, de la Universidad de Harvard, habían publicado artículos loando esa serie de falso contenido popular en los que las aventuras, el suspense y la imaginación camuflaban el planteamiento heideggeriano de que si el lenguaje es la casa del ser, el ser siente nostalgia del ser. Según Willard, la serie ocultaba con astucia encantadora y mediante la representación lingüística más primitiva, el baile, la rebelión de un individuo que percibe en el hombre moderno una máquina dócil, un juguete en una sociedad de formas vacías, un ente servil en un universo de simulacros.

Mientras traducía el embeleso japonés, David Trabal me miró con envidia y, tras percibir mi reacción a ese gesto, se apresuró a enriquecer su semblante con una sonrisa amarga. Me encogí de hombros. Pero yo erraba al valorar las intenciones de aquella mirada. Mucho.

¿Cómo agradecer a Akio Tojo, se planteaba retóricamente el llamado Shido Nakini, la invención de un mundo ficticio y unos personajes que tantos beneficios habían reportado a Yamamoto Inc.? Fácil. La empresa decidió obsequiar a Akio Tojo, el creador de la serie, con una estatua de tamaño natural de Watman. Akio Tojo respondió que el jardín de su casa en Blanes era demasiado pequeño para tanta monumentalidad. Así que cedía gentilmente el donativo al ayuntamiento de su localidad adoptiva. La respuesta del municipio fue dedicar un espacio público al

singular, quizá legendario, vecino. El traslado de la estatua, su instalación en la plaza Guionista Tojo, fue el motivo de que Shido Nakini viajase la semana anterior a Barcelona y Blanes con parte de su séquito. Se brindó con cava catalán, se lanzaron cohetes al cielo, la banda municipal interpretó el tema «Boogaloo y Shingalín», los niños corretearon entre las piernas de la muchedumbre, se levantaron castillos humanos y se escuchó al borracho adoptivo del pueblo, al que llaman Topoyiyo, balbucear, mascullar, bramar, en el margen mismo del delirio, que él había conocido a ese de la estatua veinte o treinta años antes, la cazadora, la W... Que pertenecía a la etnia tutsi, que de buena persona no tenía nada, que daba miedo. Un infeliz, ese Topoyiyo...

Pero uno no viaja sólo para entregar estatuas. Y menos, gente como Shido Nakini. Así que Shido y su séquito hicieron turismo selectivo en reuniones de empresarios ávidos de inversión extranjera una vez se hubieran celebrado las olimpiadas y se hiciese pública la recesión económica que se había estado ocultando para que ninguna queja civil empañase el lógico derroche del magno evento. Los japoneses reanudaron también amistades productivas, sacaron partido a su agenda con múltiples almuerzos de trabajo. Y uno de esos almuerzos fue con el otrora poderoso, y en pleno fingimiento de ese mismo poder, según mi pensamiento, David Trabal. Shido Nakini conocía a Trabal desde que éste organizara la exposición «Utopías/Antiutopías. La estética del simulacro», en la que tuvieron amplia cabida ciertas actividades de ocio japonesas, todas ellas respaldadas por Yamamoto Inc., como crear parques temáticos nacionales donde el visitante y su familia pasan sus momentos de recreo y, sin salir de su ciudad, conocen las esencias, los monumentos y los bailes más arremolinados del país en cuestión. El parque «¡Olé, Gaudí!», dedicado a España, es el ejemplo más conocido. Durante el almuerzo, cuando Trabal oyó el motivo primero de la visita de Nakini a Barcelona, no tuvo más remedio que contar la verdad. Él conocía a la persona que escribía esas historias. Y no era japonés, sino el novio de una de sus antiguas novias.

Tras un silencio lleno de significado me fue formulada la pregunta por la que se me había convocado: ¿Tenía yo firmado algún contrato de colaboración con Akio Tojo?

—No...

Me preguntaron si poseía algún documento que demostrase retribuciones por esa tarea:

—No...

No me preguntaron por qué lloraba, ni yo les puse sobre la pista: imaginaba que podían imaginárselo. Sin embargo, Shido Nakini parecía insistir en hacerme la vida más agradable porque preguntó, si ese punto era cierto, cómo se me había ocurrido la historia.

Entre sollozos, se lo dije. 15 de agosto de 1971. Niños bajo la lluvia. Mitos embozados. Baile. Muerte. Conocimiento de que una inminencia mágica puede ser corrompida. Ocultación. Muerte. Amar a un ángel autodestructivo que se llamaba Elsa. Desolación. Muerte. Tratar con Tortosa. Tedio. Aceptar la escritura de esas historias. Así fui contando mi vida en la versión inglesa de un David Trabal que a veces me lanzaba visajes en reproche por el morro de esa biografía inaudita.

Shido Nakini preguntó entonces cuál era el argumento de las últimas entregas. Aún no estaban dibujadas y era imposible que nadie más que su autor y algunas personas muy selectas en el imperio Yamamoto tuvieran acceso a ellas. El éxito tiene un reverso amargo, y la piratería, las ediciones falsas, el plagio generalizado, eran muchos y había que andarse con cuidado.

Les conté el trágico final que había ideado en la nebulosa de los últimos meses. Elsita descubre que Watman y Matwan son el mismo ente, el Mal. No existe un mundo paralelo más allá de los engañosos golpes de luz que una mafia telepática envía a los ilusos que creen bailar cuando están encerrados y encadenados en la caverna. El imperio de lo falso es el imperio del Todo. Los mitos están muertos y las ilusiones también.

Se acabaron las preguntas. Sobre la mesa se extendieron una serie de documentos por los que Fernando Atienza Picazo demandaba a Akio Tojo, el suegro de Toni Tortosa, por apropiación indebida, por plagio y por una montaña de causas añadidas que envolvían al guionista en una jungla legal donde no tenía opción de lucha frente al tigre, el gabinete jurídico de Yamamoto Inc. Por ese gesto de colaboración yo recibiría cien mil dólares por si alguna vez era llamado a declarar, una probabilidad remota, y también por la cesión automática de los derechos mundiales de la historia y de los personajes una vez se reconociera mi autoría. Ahí, ante mis narices enrojecidas, estaba el cheque. Lo tomé. Nakini firmó la cuenta. Se despidió de Trabal en lo que supuse propuesta de una nueva convocatoria donde el Capitán Simulacro recibiría por su mediación otro cheque de cantidad igual o superior a la mía, por decir una sola verdad en su mezquina existencia. Los beneficios que de ese modo rastrero Yamamoto Inc. se ahorra pagar a Akio Tojo serían incalculables para nadie que no fuese Yamamoto Inc. Michiko, la japonesa, me dedicó una sonrisa de estricta cortesía, y con una reverencia me obsequió con el *merchandising* todo de *El Guardián del Límite*. Luego mudó el gesto mientras caminaba en pos de su jefe y seguro amante, el llamado Shido Nakini. Al llegar a su altura, Michiko dijo algo que hizo reír a Shido. Los dos me dedicaron una lejana mirada cargada de sorna oriental.

—¿Me han llamado borracho? —le pregunté a Trabal.

—No tengo ni idea —me respondió. Cuando le miré, vi cómo me estudiaba con una expresión inédita. La gama de exámenes despectivos que me había dirigido en los últimos años se volvía ahora cautela de afectuosa apariencia—. Eso que has



contado...

Como supuse a qué se refería, como me sentía rico y muy borracho, decidí anticiparme a sus palabras:

—Mentí siempre, David. No soy hijo de juez. Me lo inventé la primera tarde que tuve cierta intimidad con Victoria y... Pero eso ahora no importa.

David Trabal valoró mis palabras con una sonrisa de escepticismo. Ese escepticismo tan suyo, debo aclarar, tan de ellos, que corrompe el recto sentido de la palabra. Era evidente que «Eso que has contado...» no tenía nada que ver con mi origen, mi educación, las fuerzas que forjaron el transcurso de mi vida. Era otro asunto el que le hacía disponer una nueva táctica, mientras solicitaba un nuevo whisky para mí y un brandy de recónditos viñedos para su fino paladar, y yo me desentendía de nuestra intimidad a sabiendas de que muy pronto iba a ser explotada. Por el momento, pensé en Tortosa y en la faena que me había estado haciendo a lo largo de los años. Nunca mencionó su boda japonesa, la existencia de un suegro guionista, ni, por supuesto, el seguro acuerdo que mantenía con él. Todo se iba en bruma de importantes relaciones, de comisiones minúsculas y de «¿Qué, nen?, ¿otra rayita?». Por eso le había visto enriquecerse sin motivo aparente, siempre disponible para la fiesta, siempre mano sobre mano, siempre con la nariz en una fortuna de cocaína. El colega... Enseguida, y no sé aún por qué, me apesadumbró el modo en que le había devuelto los favores de esos últimos años. Que me hubiera facilitado un piso, suministrado una fuente de ingresos regular. Shido Nakini (o quizá había sido un comentario del mismo Trabal) se refirió a los problemas fiscales que iban a asolar al intermediario en esa gestión fantasma entre Akio Tojo y mi persona. Yamamoto Inc. había tenido la necesidad moral de comunicar de antemano su existencia a la Hacienda española. Esos dos pensamientos de explotación hipócrita y venganza me llevaron a una conclusión trivial: era necesario pensar en una nueva mudanza, porque no era probable que Toni Tortosa albergara por más tiempo a su denunciante.

Y entre esos pensamientos grises, el sol de la evidencia. Tengo dinero para vivir con holgura algunos años. Se hace necesaria una vez más la voluntad de reforma y de mesurado disfrute. Y el buen propósito se reviste del gorgoteo acuático entre plantas de interior, el murmullo de conversaciones bajas y el repicar de cubiertos. Más allá de la vegetación, las mujeres secan sus labios con una servilleta de hilo, balancean un zapato de tacón en la punta del pie, ríen, acompañan un rizo hasta la nuca, se disculpan antes de ir al baño. Al caminar, el vestido es ajustado en la cintura, las manos descienden paralelas por la cadera en un inicio de diálogo en lenguaje corporal. Hago una selección de mis favoritas y decido que a partir de ese instante voy a concentrar mi energía en su disfrute. Y bendigo mi borrachera incipiente. Otra más. Esos amables cinco minutos de gloria beoda desean esos cuerpos y sus promesas, enamorarse de ellas y en ellas generar suaves discursos. Y desean sus

mentiras y sus verdades, su carmín y sus rodillas y su lengua, sus negligencias y sus deberes y sus secretos. Pero está ese cansancio nuevo...

—¿Contento? —me preguntó Trabal.

—¿Tú cuánto te llevas de todo esto? —le pregunté a mi vez.

—Desde luego, mucho menos que tu amigo Tortosa. Y que tú. El conocimiento, eso es lo que me llevo... El afán de conocimiento y la curiosidad han sido mis motores. Verlo todo en la vida. Los estratos más bajos y los corredores del poder.

Eso fue lo que me dijo y quizá algo de verdad había en ello. Poca.

—¿Y qué ha sido de esa vida tuya? —le pregunté—. Me dijeron que a raíz de lo de Elena, bueno...

—No pasó nada. No pasó nada porque no estaba en ningún sitio. Habitaba el territorio de la promesa, por así decirlo. Y tampoco pasó nada malo porque sé mucho. De todos ellos. Lo que ya sabía, lo que Elena me contó y lo que he averiguado después...

Hice ver que no tenía más remedio que preguntar:

—¿Por qué fue Elena a Madrid? ¿Qué hacía contigo?

—Tenía miedo. Se dio cuenta de que sabía demasiado y tenía miedo. Tenía más miedo de la naturaleza de lo que sabía que de sus consecuencias. Por eso desapareció de su casa. Fue entonces cuando se enteró de que también debía tener miedo de las consecuencias. Supo que su cabeza peligraba. Que todos aquellos en los que creía confiar eran... lo peor. Y, bueno, esto no se lo he contado a nadie, Fernando... Cuando Victoria y yo teníamos relaciones, entré en una intimidad muy profunda con Elena. Era el verdadero talento de la familia. Extraña, autodestructiva, una hechicera... La comprendía. Por eso nos llevábamos tan bien. Por eso me pidió ayuda...

«Y ahora tú me vas a pedir ayuda a mí para que te devuelva el favor que me acabas de hacer...». Eso fue lo que pensé. La razón era que un individuo como David Trabal no cuenta esas cosas porque sí. Mi deber era acorralarlo, por deporte...

—Así que cuando Elena desapareció y viniste desde Madrid para decirnos que estaba en el Chino y todo eso, en realidad vivía en tu casa. Estaba allí, contigo. Todo era mentira.

—Era una buena jugada. No pensé que a Victoria o a su padre les importase el destino de Elena al margen de las molestias que les pudiera ocasionar el húngaro aquel, o alguna de las piezas del efecto dominó que pudiera producirse si el húngaro se cabreaba. Por otro lado, al llegar allí, al hacer preguntas, al hacerme el tonto, en definitiva, sobre el paradero de Elena, les despistaba. Despistaba a los que tenían verdadero interés en hacer daño a Elena. Porque sabía que había muchos oídos dispuestos a hacer llegar rumores a los despachos adecuados. Aunque te cueste creerlo, fue una maniobra de distracción. Y un acto de sacrificio.

—Un acto de sacrificio para proteger a la hermana de tu valedor.

—Mi valedor, como tú dices, es uno de los de arriba, de los que más interesados estaban en saber el paradero de la que sabía demasiado. Y que ella no mencionase nunca ese excedente de sabiduría.

Si Trabal sabía todo eso ¿por qué se apresuró en confesar que la llave encontrada en los bolsillos de Elena era la de su casa? Era muy difícil creer esa versión. En el menos escéptico de los casos, parecía un disparate para cubrir la vergüenza de una jugada a priori infalible que concluyó finalmente en desastre. Con el pretexto de estar en armonía con Elena, David Trabal iba a comunicarle a Rafael Llinàs que era uno de los suyos, y que lo sería para siempre, que ya podía empezar a promocionarlo. Pero me costaba hallar una cadena lógica, excepción hecha de sus hermanas, que vinculase a Rafael Llinàs, responsable de inocentes áreas culturales y educativas, con aquel Sandor Szavost de tan agrestes maneras y subterráneos negocios.

—Me suena a política ficción, Trabal.

—Política y ficción son sinónimos, Fernando.

—Los simulacros, ya...

—No, Fernando, lo hija de puta que se vuelve la gente. —Trabal se dio cuenta de que se había excedido en hablar al necio en necio. Se retrepó en la silla, carraspeó y le dio un sorbo a su copa. Valoró el brandy con la vista y el olfato, con el gusto. Me dijo—: Sinceramente, no creo que Elena muriese por nada que no fuera una sobredosis. Estaba muy nerviosa. En cambio, tu amiga...

—¿Qué amiga?

Trabal señaló el muñeco de Elsita, que estaba sobre la mesa. Lo puse en pie. Lo agité ante Trabal sin decir nada. Tentado estuve de darle con él en la cabeza por lo que acababa de insinuar: si nombraba a Elsa, yo ardería en pasión de venganza y me iba a convertir en instrumento de la suya, que yo era manipulable, estúpido... En cualquier caso, vernos allí a los dos, jugando a muñecas sin decir nada, era un extraño espectáculo para los comensales que nos observaban desde las otras mesas. Trabal cogió a Elsita y la depositó de nuevo sobre la mesa con un leve ademán de «Ya basta, que aquí me conocen...». Luego continuó su maniobra:

—Es una posibilidad... Durante una época esas dos se metieron en unos líos tremendos. Además, yo no entiendo de drogas, pero Elena siempre decía que Elsa estaba llena de vitalidad. Era insaciable, pero dura. Su problema estribaba en la carencia de defensas que la protegieran de las cosas que sabía.

Era cierto que en el último año de su vida a Elsa le gustaba especular con saberes herméticos sobre el submundo, las cloacas del poder, las intersecciones entre la delincuencia y la honorable clase política. Sin embargo, yo había visto a Elsa en un portal y no hice nada, entre otras cosas, porque ya la había rescatado de un banco unas semanas antes, y tras decirme «Casi me muero» se había ido a bailar con los

labios amoratados. Ésa era mi certeza, como lo era que, en esos años, la muerte había visitado la ciudad con caprichoso criterio. Y en abundancia. Por arriba, por abajo y por los lados. Y si es cierto que el caballo establecía raras conexiones, malévolos contactos, místicas supersticiosas del mal, intervenciones casi mefistofélicas, la verdad simple era que en un momento determinado muchas de las muertes fueron debidas a que los africanos pasaban una heroína de gran pureza. Las sobredosis fulminaron las constituciones de unos yonquis hechos a la estafa local. Hasta que no se tuvo una información precisa, muchos cayeron. Nadie iba a dejar tampoco el cadáver de Elsa en un lugar donde todos la conocían y se fijaban en los movimientos de todos, el lugar donde no había que poner a nadie pistolas en el pecho para que te fuese contada una historia. Elsa estaba harta de sí misma. Elena también. Las dos convirtieron en teatro su amor al gesto, se aficionaron al drama y llevaron la representación hasta las últimas consecuencias. Y ya está. Lo demás, política ficción, fuese eso lo que fuese. Empecé a atender de nuevo a las palabras de Trabal cuando ya llevaba un rato hablando:

—... fue una lástima. Entrego la novela, me la publican. Alguien de arriba la lee y mueve hilos para que no la distribuyan. O apenas... Nadie quiere hacer caso. Lo curioso, Fernando, lo paradójico, es que, pese a ser un *roman à clef* con una notable intención crítica, entonces no sabía lo que sé ahora. Hoy, por ejemplo... Si hubiera sabido lo de hoy...

—¿Qué has sabido hoy?

Trabal no me hacía caso:

—Lo más importante es que en la novela no está lo que sé, pero está lo que debo hacer. Allí. En las páginas de *El alma del corazón, el corazón del alma*. Profetizado.

—Siento no haberla leído —dije por decir algo. Y, en ese momento, Trabal abrió mucho los ojos al recordar, quizá, el trato que le era dispensado a F. en su obra maestra. Enseguida cambió de asunto.

—Sigamos con las confidencias, Fernando. No me gustaría que estas cosas salieran de aquí. Pero debo saber si los demás saben. Y lo que has dicho aquí, en esta mesa, me da a entender que quizá sabes mucho. ¿Elena te contó algo?

—Nunca llegué a hablar con Elena. No la conocí...

En el rostro de Trabal emergió su mueca más trascendente. Era una seriedad de catálogo, de despacho, una seriedad burócrata. Sentí lástima de que un semblante capaz de tanta gravedad se hallase desubicado, desempleado, lejos de su hábitat natural, mientras me preguntaba:

—¿Sabes lo que es el PAK, la Finca...?

—Una vez el jefe de un periódico me acusó de ser del PAK ese. Y creo que me estuvieron siguiendo. Una tía con un coche de niño...

—Fernando, no hace falta que busques un protagonismo que no necesitas. No, al

menos de esa forma. ¿Sabes lo que es el PAK o no?

—Pues no, no...

—Ya, entiendo... —¿Qué era lo que entendía?—. Escúchame bien... Eso es más o menos lo que he ido deduciendo. Durante la Transición, algunos miembros de los servicios secretos de la policía y del ejército crearon un cuerpo paralelo tras una serie de desengaños con los pilares del Estado. En especial, a raíz de cierto descrédito que les causó el 23-F. Según todas las pruebas, el aparente golpe militar fue un montaje de esos mismos servicios, una vacuna para reforzar el poder del rey y hacer creer a la población que el Estado era sólido. Un simulacro, y no te rías. El espionaje, la desinformación es el único arte vigente en la actualidad. Un espionaje en suspenso. Aberración sin consecuencia, contemporánea al suceso sin consecuencia. Pero este punto es desconocido por la masa. Y a la masa le contaron que los servicios secretos fueron incompetentes en los hechos fundamentales de la Transición. La venganza fue terrible. Se creó un sistema de redes encargado de difundir desinformación hasta separarla de la realidad absoluta en los puntos más interesantes. Propaganda negra, o gris o blancuzca. Así, y esto no es ciencia ficción, Fernando, ni siquiera política ficción, muchas de las cosas que han sucedido no han sucedido, gracias a la correcta administración de esa red en la que unos nódulos ignoran a los otros, y sólo son dirigidos por una cúpula, enmascarada ella misma en nódulo. Sucesos como el asalto al Banco Central, no sé si recuerdas el incidente y sus circunstancias, no han sucedido...

—Yo estuve allí y lo vi todo...

—¿Qué es lo que viste, Fernando?

En realidad, nada. Aunque sí sabía a quién había visto.

—Ya sé que no puedo esperar de ti una respuesta, pero ¿Victoria estaba enterada de todo eso?

—¿De qué?

—Está bien... Yo te sigo explicando. Hechos que no han ocurrido. La desarticulación de falsas intentonas de golpes de estado, el secuestro de Melody... El sistema se llama PAK, unas falsas iniciales que no significan nada. Con los años el PAK consiguió cada vez más poder. Quizá ésa sea la causa de que necesite mutar su nombre continuamente. Ahora se llama La Finca... No me preguntes tampoco por qué, aunque quizá tú lo sepas mejor que yo. El caso es que han conseguido un poder superlativo. Y en estos tiempos, con asuntos como el origen del GAL, son ellos los que pueden vincular con pruebas inventadas, pero muy verosímiles, a ciertos miembros del gobierno y sus aledaños con el tráfico de drogas y de armas... Y es posible que eso sea verdad, o puede que no. Ahora, y fíjate bien, mi pregunta es: ¿tú qué tienes que ver con todo eso?

Ese hombre se había vuelto loco. Había que buscarle enseguida un cargo en un

museo. Y que jugara... Las piezas de su cara iban a caerse a trozos si seguía mostrando esa, no del todo insincera, expectación. Contesté con una pregunta:

—¿A ti qué te parece?

—Ay, Fernando, Fernando... Tienes mucha habilidad para eludirme... Pero te he pillado. Yo no sabía el argumento de tus historias japonesas. Y es muy sospechoso. Y también eso que has contado, aquí, hoy mismo. No tienes escapatoria... Me refiero al origen de todo ello.

—Es mi biografía. La de verdad...

—Bueno, bueno... —y Trabal rió, devuelto en apariencia al territorio de la estupidez. Pero habló como si lo que me decía no tuviera importancia—: ¿Sabes quién es Gaspar Pérez?

—No...

—Es un demente. Ha publicado un libro...

—¿También?

—Sí. Es un tipo la mar de curioso que envía compulsivamente un libro que ha editado a sus expensas a todos aquellos que ocupan cargos importantes. O los que él cree que son importantes. De algún modo decide quiénes merecen estar al cabo de la calle, saber la verdad que sólo él ha averiguado a base de mucha relación concreta y abstracta y de mucho fijarse en detalles que para el resto de los mortales pasan desapercibidos. Un paranoico inimaginable. A veces, recibes llamadas de gente que te pregunta riendo si tú también has recibido el libro de Gaspar Pérez. Al fin y al cabo, no deja de ser un elogio que un doctor en físicas entregado a la investigación de una mafia telepática decida que eres importante. Porque Gaspar Pérez es doctor en físicas y está convencido de que nos gobierna una mafia telepática...

—El PAK, no falla.

—Ya llegaremos a eso. Según Gaspar Pérez, la mafia extiende su actividad desde las decisiones del gobierno hasta los aspectos más frívolos de la publicidad, la televisión... Todo eso. Es un hacha en analizar simulacros. Pero está loco. Allá por el 81 se lió a tortas con el protagonista de una serie horrible que echaban en la tele. Pero no por mal actor, que también, sino porque lo consideraba uno de los emisarios más evidentes de esa mafia psíquica. Y espera. A finales de los ochenta, una productora decide llevar la teleserie a la pantalla grande. Y en el estreno, o a los pocos días, Gaspar Pérez mata al actor. Lo liquida. Le pega dos tiros. Argumenta en su defensa lo de la mafia telepática y lo encierran en un manicomio. Allí le sobra tiempo para plasmar sus teorías, entregarle el manuscrito a un impresor y enviar el libro a... —Trabal marcó con ambas manos unas imaginarias comillas en el aire—: «Los importantes». Hice unas llamadas y me contaron la vida de ese hombre. Entonces, ya te digo, me precipité a la basura a tirar el libro, pero fui leyendo por el camino y... Acabé sentado en el suelo de la cocina y no pude detener la lectura hasta el final. Y

eso que el libro es largo. Pero salen facetas de gente conocida y no tan conocida que... Sales tú, por ejemplo.

—¿Yo? —era puro fingimiento, Lector, porque me estaba acostumbrando a la gloria con velocidad.

—Sí, tú. Y mucha gente. El tal Gaspar Pérez es un loco que delira infinitamente. Pero alguno de esos delirios, en su plena apariencia de delirios, son verdad. Y digo que son verdad, porque lo sé. El problema es separar los delirios/mentira de los delirios/verdad. —Al finado David Trabal le hubiese gustado que expresase sus conceptos con esa grafía inclinada—: Uno intenta hacer la criba, pero nunca llega a saber... Y lo de tus tebeos japoneses y alguna de las cosas que has contado hoy están en el libro. Eso de *El Guardián del Límite* está ahí. ¿De qué conoces a ese Pérez?

—Buen intento, Trabal. Pero te juro que no he sabido de él hasta este mismo instante.

Trabal ensayó entonces su mejor cara de intelectual con sentido práctico y siguió con el interrogatorio:

—¿Sabes quién es Neyra?

«NEveras Y RAYados verás con NEgocios Y RAtones detrás».

—No...

—Has puesto cara de conocerle.

—Pues no le conozco.

—En teoría, Neyra, José Felipe Neyra, es un empresario con una biografía inaudita. Pero hay quien dice que no es más que un invento, un chivo expiatorio disponible...

—Un muñeco...

—Esto es un muñeco, Fernando... —y Trabal cogió, precisamente, el muñeco de Watman—: Yo te estoy hablando de algo importante... Yo sé que quien se presenta a veces como Neyra en algunos lugares y hace según qué cosas no es otro que el número 1 del PAK, de La Finca o llámale como quieras. Lo importante es que Elena y su amiga Elsa conocieron al que dijo llamarse Neyra cuando se fueron de vacaciones a Córcega con el tal Sandor Szavost, el amante de Elena, el socio de Victoria, etc. Sandor Szavost es un traficante. Y, posiblemente, Neyra, el verdadero número uno del espionaje español, también lo sea. Los políticos no necesitan enriquecerse con nada ilegal. Ya ganan mucho dinero con las comisiones que les reporta la promulgación de una ley a cuyas posibles consecuencias nadie presta más de cinco minutos de pensamiento útil. Luego está el tráfico de influencias, jubilarse en un lobby... Por lo menos, la mayoría. Y la mayoría, en todo caso, le tiene miedo a las sombras. Porque el principio organizativo de las actividades del PAK se basa en la necesidad de que los mandatarios no se enteren de las actividades que se hacen en su provecho. Los de arriba emiten un deseo como quien suspira, y ese suspiro se

convierte en una cadena de órdenes, en un sistema... Y han suspirado muchos, muchas veces. Y otras veces no han suspirado, pero el mismo tinglado secreto se vuelve en su contra y afirma ahora lo contrario en puntos fatales. Y el pobre Gaspar Pérez se ha enterado, como sin querer, de la anatomía de ese suspiro. Y tú juegas un papel muy importante en todo ello. Mira, Fernando, mañana te haré llegar el libro. Una fotocopia, no quiero deshacerme de mi original bajo ningún concepto. Ya te lo he dicho. No te asustes cuando empieces a leerlo. No te rías demasiado. Te volveré a llamar y, si quieres, me comentas tus impresiones. Me están ofreciendo dinero y nuevas posibilidades por decir según qué cosas. Por cosas que, desde luego, me causa placer decir. Son mucho más fuertes de lo que aparentan. Y mucho más canallas. Pero no van a poder conmigo. Conmigo no podrán. Me han humillado... Y sé que lo importante no es el PAK, o La Finca, o como quieras llamar a ciertas actividades de gente que juega como a soldaditos... Lo importante son los goznes...

—¿Los goznes?

Trabal adelantaba la cabeza, mientras unía de manera nerviosa ambas manos por la punta de los dedos.

—Los goznes, Fernando, los goznes...

La revancha del trepador que reencuentra su dignidad en la caída, de vuelta a la fosa. Victoria me había contado ciertos aspectos del pasado de Trabal. Un padre taxista, una madre convencida de que había dado a luz a un genio. Unos padres entregados a darle todo al hijo único se preocupan por los intereses políticos del niño. Tensiones, discusiones, olvidos... Como otro que yo me sé, Trabal fue programado desde un principio para la noble tarea de la escalada y ensayó ser aquello que veía para olvidarse del origen de ese impulso, su misma sangre. Y, ahora, por raras circunstancias, el poder de otra sangre había hecho que su incalculable confianza en sí mismo pagara los excesos. Y despertaba con la ira del psicópata. Él disimulaba, pero yo sabía. Miento. Entonces no tenía ni idea. Lo supe después, quizá con un escalofrío.

—Cuando leas el libro, me dices qué te parece. Estoy seguro de que te morirás por hablar conmigo y que te cuente más cosas... Posibilidades... Los goznes, Fernando...

Tan seguro podía estar Trabal de eso, como yo de lo contrario. Palpé el cheque en mi bolsillo. El topo tenía alimento para una buena temporada. Y no le importaba nada más.

Casi nada. Discutimos por ver quién pagaba la cuenta. Salimos a la calle. Y no pude evitarlo. Cuando entraba en el taxi, fingí un tema de despedida insustancial y pregunté:

—¿Sabes algo de Victoria?

—¿De Victoria Llinàs?



De la Victoria de Samotracia... Ese tío me tomaba por demasiado tonto. Era peligroso. Le miré con el objetivo de que decidiera que yo también podía serlo. Y, antes de cerrar la puerta del automóvil, me dijo:

—¿Me has preguntado por Victoria Llinàs o por Victoria Willard? —Después de dedicar una sonrisa a mi perplejidad, Trabal bajó la ventanilla del taxi para seguir hablando—: Fue a organizar la exposición, allá, en Harvard, y... La exposición aquella que me inventé. ¿Quieres creer que llamó por si quería colaborar, por si necesitaba algo, para que al menos uno de la familia quedase bien con quien no deseó sino ayudarles? No sé si ella estará al tanto de que había tenido en casa a un genio de la filosofía heideggeriana contada a los niños... Nunca se hubiera dado cuenta, eso seguro. No hace falta que te diga que Victoria no sirve demasiado para la materia a la que tanto se entrega. Otra cosa es su maridito. Ya has visto que él sí ha detectado el profundo significado de tus tebeos. Lo que no sé si comentan esas cosas entre ellos, allá, en Harvard... Pero que no te importe, Fernando. Sobre todo, piensa en los goznes... Arranque, por favor...

Victoria se había alejado del drama. El taxi de Trabal y sus vagas promesas se alejaban también y desde la ventanilla posterior podía ver cómo se giraba, unía las manos por la punta de los dedos. Los goznes... Una mancha negra y amarilla entre trayectorias convergentes y divergentes de otras manchas azules, plateadas, blancas, abismos anaranjados de una tarde de verano, la perspectiva, mis historias escritas en el cielo.

Ha pasado una semana desde el encuentro con Trabal y los japoneses. Me hallo en medio de un ambiente de compromiso donde reina la falsa armonía y graznidos en bocas incapaces de emitir una risa natural, ahogada en la laringe al fin por costras superpuestas de cinismo. Sentado en un sillón frente a un televisor de formato gigantesco, desvíó la mirada para contemplar a través del ventanal un cruce del Ensanche solitario, aletargado por la luz de julio, por la ceremonia de inauguración de las olimpiadas que aparece en la pantalla donde devuelvo la vista. La cita olímpica es también el motivo que ha reunido a los presentes en casa de un famoso modisto heterosexual que, o mucho me equivoco, o va a ser el encargado de lanzar en Europa la línea «Scott Style». Tortosa y el modisto han estado murmurando y se oía «Scott, Scott...». Yo me he hecho el tonto. Además de los mencionados, me acompañan la esposa del modisto, una argentina de nariz ganchuda que es el motivo real de mi presencia allí, pues debo neutralizar su influencia sobre la pintora noruega a quien Tortosa pretende. La artista noruega también nos acompaña y también lo hacen el remordimiento y el asco. Remordimiento por sentir pena cuando Tortosa deja al modisto con la palabra en la boca y se levanta del sofá al descubrir un articulado gigante de acero cruzar el estadio olímpico entre ovaciones, confeti, la excitada sorpresa del mundo entero. El asco sobreviene cuando Tortosa se queja de que él le

contó a alguien del grupo teatral encargado de ese número circense los contenidos de su experiencia japonesa. Y sigue dando giros y revueltas por el salón, enrojecido de ira ante la voz que comenta:

... Tal como recoge Píndaro en sus Odas Olímpicas, el dios Hércules es el fundador de los Juegos. De acuerdo con la tradición, lo es también de la ciudad de Barcelona. Afortunada coincidencia la que provocó el polifacético Hércules. En esos momentos, decenas de figurantes disfrazados de llamas aparecen en mitad del estadio. Y desde el Oriente llega, escuchan la sorpresa del público y los aplausos, una impresionante figura metálica que representa al dios griego, accionada por ciclistas y flanqueada por atletas. Según el grupo teatral responsable de este formidable espectáculo, la figura simboliza: «El triunfo de la luz sobre lo oscuro. Aquello que aparece en el límite para luchar contra el Mal. La danza en torno al sol es su divisa, porque el bailarín siempre tiene razón. La danza convierte al coloso en *El Guardián del Límite*»...

Y Tortosa brama «Hijos de puta...» y dice que todo eso fue idea suya. Otra de las muchas ideas que le han robado a lo largo de los años. Quizá sea un punto de presión para alejar del modisto cualquier tentativa de plagio. De todos modos, Tortosa sigue ignorando, al parecer, mi presencia allí como auténtico padre de la criatura monstruosa que hace las delicias del universo, comunicado hasta la promiscuidad absoluta por satélites, por cables, por redes de estupidez. Está muy acostumbrado a que le siga la corriente cuando llega a ese punto. Y hoy pienso seguirla más que nunca. Porque ya he encontrado piso, ya he leído el libro de Gaspar Pérez que me llegó por mensajero al día siguiente de mi comida con los japoneses, de mi conversación con David Trabal. He leído *La sociedad impalpable* de la primera a la última página, y en una implacable transferencia de paranoia, todo me da miedo, y el mejor modo de evitar represalias, de momento, es estar junto al sujeto que más daño puede hacerme. Por supuesto, Toni Tortosa no sabe nada aún de mi decisión frente a los japoneses. En cambio, Gaspar Pérez lo sabe todo sobre todo.

Ya he dicho que durante 1992 se publicaron en España 40.324 libros. El que había estado leyendo durante la última semana con sentimientos enfrentados no se halla en ese cómputo. Es una edición particular. Es la obra de una vida, el delirio global de un loco que sugiere la existencia de un ente de poder infinito junto a una explicación plausible de su invisibilidad. En otras palabras, exige de modo desesperado la existencia de un dios. Un dios al que llama Mafia Telepática. O Los Que Saben. O Nuestros Amigos. Un dios que se divierte y juega excitando la paranoia de «los que se han dado cuenta». Un dios encantado de desinformar organizando pistas falsas o equívocas. Un dios que, en un momento determinado, soy yo, Fernando Atienza.

El origen de las investigaciones de Gaspar Pérez es la completa demencia. Sus mecanismos mentales son los de un loco incapaz de seleccionar entre esencia, periferia o trivialidad. Todo tiene un valor idéntico y decisivo, todo verifica una hipótesis chiflada. En Gaspar Pérez todos los hallazgos son felices, milagrosos, dado el empeño que la Mafia Telepática tiene por escribir en el aire una historia secreta, una criptohistoria. El autor de *La sociedad impalpable* es incapaz de sistematizar los

argumentos que derivan de modo lógico hacia una conclusión, y por tanto desecha en su discurso la inconveniencia de unos datos que a él se le antojan fundamentales sin excepción. Pérez recoge y dispara, recoge y dispara...

Seré yo el que, de algún modo, intente dar forma a alguno de los desvaríos de Pérez.

En alguno de los apuntes biográficos, Pérez se presenta como alguien que vivió una época de engañoso recogimiento, obligado por su muy católica y muy rica familia. Por las veces en que menciona en el libro la necesidad de ir al banco para adquirir recursos para sus investigaciones y ciertos giros retóricos inimitables, uno deduce que es el hijo desequilibrado de un miembro del Opus Dei al que han metido a cura, ha estudiado ciencias físicas y tras un ataque de ateísmo ha corrido en busca de un dios que le resulte más incómodo, pero más suyo. Sus iluminaciones se inician a raíz del atentado que procuró la muerte del almirante Carrero Blanco, mano derecha y seguro sucesor de Francisco Franco. Pérez empieza a detectar señales en los programas más inofensivos de la televisión o en los periódicos. Su objetivo mayor, el manantial de sus intuiciones son «Los Payasos de la Tele», en quienes descubre a unos agentes que, más allá de los servicios secretos, parecen instrumentos de ese Poder Infalible, el amo o los amos del mundo. Cuando, años después, el ayuntamiento de Madrid levanta una estatua a uno de esos payasos, Fofó, Pérez visita con nocturnidad el lugar de su ubicación. Allí descubre una W que él identifica como una señal mística, para iniciados. Como sabe el Lector, las W abundaron mucho entonces, y no sólo exasperaron al Lector, temeroso entonces de otros acechos. Y Gaspar Pérez empezó a ver W en las paredes, en las siglas de un partido de existencia efímera, en el pecho de una representación de la suciedad en un anuncio de televisión. Las derivaciones de la W se convierten en la espuela de sus investigaciones, en el hilo a seguir.

De algún modo, y no puedo evitar reírme cada vez que lo pienso, el pobre Gaspar Pérez hizo de vuelta el mismo viaje en cuya ida yo he malogrado mi existencia ridícula. Y va tomando nota de los nombres: Fernando Atienza, Guillermo Ballesta, Carlos del Escudo. Y se presenta allí donde hay indicios de W. Descubre que hay unos tebeos japoneses donde la W campa por sus fueros con mensajes muy precisos. Y en los tebeos americanos. Es una conspiración mundial. Y descubre una canción de moda «La canción difícil», que interpreta el grupo Los Persuasores. Y sabe que el cantante de ese grupo se hace llamar Carlos Aguirre, porque el grupo remeda un mariachi mexicano, pero en realidad se llama Martí Oliver. Le da vueltas y descubre los intervalos que forman la palabra Neyra. Y él ya ha oído antes esos dos nombres. Y sabe que Martí Oliver era el ideólogo de un grupo que se llamó AvantPop, donde, mira por dónde, bramaba el tal Fernando Atienza, y el día de su presentación ilustró los carteles del concierto con una magnífica W. Y recordé entonces a un hombre con

halitosis que me estuvo formulando preguntas de intrincada estupidez para luego esfumarse poco antes de que conociese a Victoria. Así que Gaspar Pérez volvió a revisar sus archivos del Partido Liberal Ciudadano, la brevísima formación política que a punto estuvo de integrarse en la UCD, y que contó durante ese tiempo con Guillermo Ballesta como secretario de organización. Y en uno más del torrente de libros que aparecen todos los días sobre todas las materias y, entre ellas, el pasado reciente de nuestro país, Pérez descubre en una nota a pie de página, y sin citar la fuente, lo que durante un tiempo minúsculo fue secreto a voces. En la nota se especula sobre la posible caída de un grupo anarquista que trajo en vilo a la policía franquista a finales de los años sesenta y principios de los setenta, y se cita a un tal Boris Montcorbier como infiltrado del SECED. Los verdaderos nombres del tal Boris pudieran ser Guillermo Montereau Montereau o Guillermo Ballesta.

Y las investigaciones continúan a través de inabarcable documentación en un país donde los secretos son espejismos. En un libro sobre la caída de la Unión de Centro Democrático, un tal comandante Guillermo Montereau figura como el único consejero de Interior durante la presidencia de Leopoldo Calvo Sotelo del que no se tiene noticia de su cese, traslado o confirmación en el cargo cuando los socialistas suben al poder. Y sin embargo se le cita como responsable de la redacción de un documento interno sobre estrategias antiterroristas en los primeros compases del gobierno de aquellos que iban a dejar un país irreconocible hasta por «la madre que lo parió», según espontánea alharaca de uno de sus máximos dirigentes. Sin embargo, señala Pérez, el comandante Montereau no figura en ninguno de los recuentos o versiones del caso GAL. Y eso es muy importante, porque, siempre según Pérez, esas súbitas apariciones y desapariciones, ese no ocupar un cargo determinado, suelen ser prueba de asociación a un organismo más alto al que se recurre de tanto en tanto para recibir orientaciones y bendiciones. Cosas de Gaspar Pérez...

Donde el afán bibliotecario de Pérez alcanza su cenit es en la lectura de uno de esos fugaces libros que ni siquiera buscan el oportunismo, sino que son un ejercicio de estilo en el antiguo arte del apuñalamiento de alguien que necesita sacar a la luz los trapos sucios de otro alguien, o de varios, sin que se note demasiado y sin que, en realidad, importe. El volumen en cuestión se titula *Píos espías*. Su autor es Arturo Campanero, uno de los mayores publicistas de Europa, experto en campañas electorales y actividades de naturaleza confidencial o estratégica para el sector de la Defensa y Seguridad del Estado. En las páginas de *Píos espías*, Campanero relata una aventura algo increíble en el Líbano con el teniente coronel Montereau bajo el padrinazgo del comerciante de armas Munzer Al-Kassar, quien facilitaba la operación para asegurarse la paz de espíritu, el relajó y la no intromisión de la policía española en su residencia marbellí. En el Próximo Oriente, Campanero y Montereau debían mediar entre un líder revolucionario y el gobierno de Francia. El líder mantenía

secuestrados a unos súbditos franceses y los españoles iban a procurar su liberación como estímulo para la lucha antiterrorista en suelo francés, algo lánguida desde que el gobierno español no sólo rebajase su compra de armas al citado país a mediados de los años setenta, sino que se negase encima a aceptar el sistema SECAM de televisión en color. La aventura libanesa en sí no viene a cuento. Lo importante para Pérez (y para mí) es de lo que se habló en las esperas aeroportuarias y durante el trayecto por los polvorientos y agresivos caminos que llevaban a la guarida del revolucionario. Pérez sospecha que Campanero debe de tener pendiente una cuenta muy grave con Montereau para decir lo que dice (yo estoy seguro). Y lo que Campanero dice que Montereau le dijo con el discurso inestable de los genios fue lo siguiente: Montereau había descubierto un sistema ideal de espionaje y contraespionaje gracias a las virtudes del estudio y de la memoria. Un arrepentido de la mafia marsellesa le había confesado en su declaración el arraigo que la organización criminal tenía en España desde finales de los años cincuenta sin que sus actividades trascendiesen jamás a la opinión pública. Consiguieron crear una serie de asesinos eficacísimos e ilocalizables por el mero hecho de su inexistencia. Durante años, la policía francesa, la policía española, la INTERPOL estuvieron buscando a criminales quizá visibles, pero nunca tangibles (insectos ilusionistas, añadiría yo). Lo gracioso, seguía contando el teniente coronel Montereau, es que él había oído hablar años antes de uno de esos asesinos a alguien de cuya palabra no dudaba por su inocencia. Esa voz blanca le aseguró haberse hallado ante su cadáver, verlo flotar en las aguas del puerto barcelonés. Montereau mantuvo en esa línea el interrogatorio al mafioso arrepentido y éste le contó varios casos de «asesino inventado» en Barcelona, en Málaga, en Cádiz, en Palma de Mallorca... Lo curioso es que no existía una definición previa del personaje en cuestión por parte de los marselleses. Sólo se trataba de que se inventara a alguien. O mejor, se resucitase. Alguien del que el corresponsal en cuestión y sólo él tuviese noticia cierta de su muerte. Lo sublime es que todos los perfiles coincidían. Montereau, que se las daba de culto, se puso entonces estupendo y, entre bandazos del rápido jeep que les conducía al encuentro del terrorista que debía agilizar la lucha antiterrorista, en otra de las laberínticas paradojas de la alta política, habló de la metaliteratura como motor de la Historia, citó a Ezra Pound: «A Dioniso sigue Cristo / lo fálico y lo ambrosíaco / dejaron paso a las maceraciones...». Y ya, imparable, inaguantable, se refirió a la invención griega de Dioniso, a la intrahistoria, a la perduración de los mitos y a cómo ese mito dionisiaco se enriquecería con la fusión de elementos del padre asesinado y de la horda fraterna asesina. Era toda la mafia quien mataba, la comunidad, Fuenteovejuna. Pero a la vez, Dioniso es el hermano mayor, el primogénito, el sustituto del padre y el primer liberador, la figura idónea para volverse chivo expiatorio a través de un castigo ejemplar, obra de malvados titanes. Cuenta Pérez que Campanero introduce en este punto una nota cómica al

imaginar que los marseleses, más que herederos de ancestrales ritos mediterráneos, habían visto *Con la muerte en los talones*, donde los malos confunden al personaje que interpreta Cary Grant con un tal Jonathan Kaplan. Cary Grant busca a Kaplan por la geografía estadounidense sin saber que, antes de la confusión, Kaplan era un personaje inexistente, y fue en el momento mismo del equívoco cuando pasó a encarnarlo.

Algo de odio sarraceno se debió de adherir a los labios de Campanero en los refugios libaneses, pues explica que no le sorprendió nada que, tras desaparecer Montereau del organigrama secreto por un cambio en la cúpula, un tal fosé Felipe Neyra fuese relacionado con las actividades de Al-Kassar y de Sandor Szavost en una práctica llamada tráfico si sólo intervienen descastados y comercio cuando las comisiones van a parar a reyes, gobernantes, militares de alta graduación o lobbystas que antes han pertenecido a alguno de los estamentos anteriores. Campanero opina que el teniente coronel Montereau se disolvió en sus propias fantasías mitológicas. Gaspar Pérez disiente: cree que Montereau pertenece a ese estamento superior y de algún modo desinformó al diletante Campanero. Al verdadero Neyra se le busca a través de «La canción difícil».

Y de los poemas de Elena, y de tantas melodías perdidas, gestos inconclusos, de voces efímeras.

NEYRA. Lo que yo creí un personaje vacío, Lector, eras tú. Fuiste tú quien conoció a Elena, «el hombre invisible que me folló entre baldosas azules». Fuiste tú quien de algún modo está en los sótanos de mi vida. Encarnaste la derivación del Watusi y te convertiste en mi sombra. Y yo fui la tuya, de algún modo, desde mi escondite inofensivo. Era amigo de Elsa, te vi en el asalto al Banco Central, encendí alguna alarma al descubrir en un inofensivo artículo el caso Scott, tus anticuadas manipulaciones de la existencia aparente. La franqueza de mi espíritu, debo decirlo, los movimientos aleatorios que formó, instigaron el desequilibrio crónico de las tácticas infalibles. La sociedad cambiaba sin crecer, pero creció la libertad formal, lo espontáneo, lo incontrolable. Desde luego, no eres infalible, nadie lo es. Sólo azares y vaivenes. Sólo decisiones y oportunidades. Me niego, me negué, me negaré a creer en un reino de tinieblas. Sólo hay avaricia, Lector, y desidia y violencia. Comercio. Lo que no quisiste aprender, o lo que olvidaste fue a tener esperanza en la claridad, a vencer al miedo.

El miedo consolidó su victoria sobre mi espíritu cuando leí aquel estúpido libro, *La sociedad impalpable*. Me cambié de piso y las llamadas del no menos estúpido David Trabal para pedirme mis impresiones sobre la obra de Gaspar Pérez y mi confesión sobre mi pertenencia a esos servicios secretos tan secretos debieron de alcanzar a un iracundo Toni Tortosa. Mi antiguo mentor desconocía mi paradero. Sin embargo, según me contaron después, no tuvo tiempo de extrañarse demasiado

porque la reclamación de Hacienda le obligó a abandonar el país. También me contaron que no me dedicó las mejores palabras.

Salía de mi nueva casa, miraba a un lado y a otro y no veía a nadie. Nadie en todos los sentidos. Con miedo y en la más extrema y árida soledad. Y con dinero. Y mi naturaleza.

A principios de 1993 volví a relacionarme con mi familia.

No hubo lágrimas de dicha en la línea telefónica. Con voz neutra, mi madre me invitó a comer un domingo. Y ahí estaban, sin pasión, pero ante una mesa dispuesta para convencerme de todo lo que me había perdido en todos esos años. Mi madre y Carmelo le tenían dicho a los niños, ya adolescentes, que vivía en la Argentina. Yo improvisé el pasado ejercicio de algunos oficios modernos ante el gesto despectivo de una madre que no asimilaba mi regreso con ese aire desenvuelto. El hijo pródigo vuelve con la mirada clavada en el suelo, se arrodilla y pide una magnánima bendición. Tampoco los niños, ya adolescentes, saltaron de entusiasmo. Frente a mi optimista suposición, no habitaba sus corazones como un ser legendario. No me tenían en concepto alguno. Gracia, a la que recordaba sonriéndome y babeando, estudiaba mi vestimenta y callaba sus conclusiones. Francisco José, al que apenas conocí, y al que sigo sin conocer, dado su extraño ensimismamiento, aún llevaba colgando del cuello la medalla que le regalé el día de su bautizo. Le pedí que me dejara verla. Habían grabado la fecha de su nacimiento sobre el 15/8/71 original. El día no existía para ellos. Saludé a mi hermana mulata y se presentó muy educada como Marta Fernanda. Sus padres la fulminaron con la mirada y desde entonces sólo se ha llamado Marta. Carmelo me soltó un «¡Qué hay, hombre!» y lo repitió cada vez que volví de visita. Durante los meses siguientes, busqué esa compañía con asiduidad. En esas silenciosas sesiones, tan distintas a los monólogos frenéticos en mis nefastas llamadas telefónicas, mi madre y yo nos sentábamos ante una merienda improvisada y oíamos la radio o veíamos la tele. Ella, una triunfadora, se dejaba arrastrar por el agresivo flujo de los tiempos. Desencantada del hechizo, del hipnótico abanico de posibilidades que ofrecía la retórica del camelo de nuestros mandatarios, fuesen del signo que fuesen, se declaraba aficionada de esas llamadas tertulias que a todas horas incendiaban los medios de comunicación social. Como ninguno de los dos estábamos dispuestos a referirnos a ningún asunto íntimo, canalizaba el tono de la no pronunciada queja sobre mi conducta a través de las seguras abstracciones del delirio político. Así que me contaba las abominaciones que había oído por la radio antes de irse a trabajar, de camino al trabajo, en su automóvil...

—¿Conduces, Flora?

—Conduzco.

Ni una palabra más que no fueran las corrupciones y los tejemanejes de los poderosos, o el brillo y la capacidad intelectual de los prepotentes contertulios y sus

instigadores al sensacionalismo más bárbaro, sin apuntar ni un ápice de culpa por aplaudir en su momento mi actividad con los estafadores de la hora, los Del Yelmo y los Del Escudo, y la señora Campanero y el, llamémosle proteico, Lector. Mientras hervían las ondas y temblaba la mesita con las pastas de té, reparaba en su rostro envejecido, en la fatiga profunda que la energía de su carácter se empeñaba en desmentir. Toda la frustración de los años de chabolismo, una fuente que aún manaba tenacidad. Quizá mis sentimientos se hallasen demasiado embotados, pero notaba una falta absoluta de ternura hacia mi persona. En eso pensaba...

Una mañana, mi madre se sintió mal en su despacho de Productos Barnabooth, se desmayó de camino al lavabo y sus compañeros le aconsejaron que fuera al médico enseguida. Optó por volver a casa y llamarme para que le hiciese compañía. Le había dicho que trabajaba para una revista de arte italiana y no necesitaba moverme mucho de mi domicilio, que estaba disponible a cualquier hora. Cuando llegué, vi un rostro blanco asomando de una manta. Pero la mirada, fija en la tele y atenta a la radio, lanzaba destellos de excitación:

—¿Te encuentras bien, Flora?

Obvió mi pregunta y me dijo, saturada de información:

—No te imaginas lo que ha pasado. Amparo Lazaga, la del programa que escucho cuando me levanto, no se ha presentado en la emisora esta mañana. Estos días estaban diciendo unas cosas que para qué... Habían empezado a acusar a un montón de gente de tráfico de drogas y de armas... Y va, y no se presenta. Yo esta mañana oía sólo música y pensaba que era Carmelo, que había tocado algo y había jodido el transistor... Pues los de la radio han llamado a su casa y no la han encontrado allí. Y a los hospitales y tampoco. Había desaparecido. Así que se han ido presentando a la emisora todos los tíos importantes: Luis del Olmo, José María García, vamos, todos... Unos decían que si la había secuestrado la ETA, otros que si la había matado alguno de esos traficantes que vive por la costa a cuerpo de rey, otros que si el dinero que tiene, que la tal Amparito gana más de lo que puede contar. Y que si el CESID, que si los servicios secretos de Israel, el MOSSAD ese, porque la tía ha donado dinero a los palestinos. Hasta que los ánimos se han calmado, la gente estaba muy nerviosa, mucho, porque resulta que el Trabal, el David Trabal, el que más sabe de las historias esas del pasado, tampoco aparecía. Se nota que hay miedo... Ha sido llegar a casa y empezar a ver todo eso y pensar que a lo mejor estaban pasando más cosas y la gente se callaba.

—Pero ¿te encuentras bien? —Al impulso de mi madre por sumergirse en el caos de la actualidad, añadía la natural confusión por oír en boca de mi madre el apellido Trabal.

Mi madre, por supuesto, me seguía ignorando. Sólo quería unos oídos a los que relatar el suceso que pasaría a los anales como el «Caso Amparito».



—Decían que si Amparo Lazaga y David Trabal eran víctimas de estos tiempos de locura, de tirar de la manta, de basura bajo las alfombras, del fracaso de una forma de democracia. Pero lo bueno es que cuando ya estaba allí medio gobierno, los directores de periódico, todos, va y aparece Amparito con la policía. Estaba en el hotel de enfrente. Y ha dicho que estaba haciendo una investigación muy importante cuando se ha presentado la policía para detener al entrevistado y no sé qué chorradas más. Se habría puesto de acuerdo con ellos. Porque se anuncia también que David Trabal ha sufrido una angina de pecho esta noche en su casa y se encuentra hospitalizado. Pero ¿quién iba a aguantar esa farsa? Porque, por lo visto, no se han puesto todos los medios de comunicación de acuerdo y enseguida se ha sabido que el tal Trabal ha pasado la noche con Amparito y dicen que se ha muerto haciendo lo que te imaginas... Estaban juntos. Acostados. Y, claro, se ha liado una...

—¡Los goznes, los goznes...! —exclamé—: Los goznes tienen la culpa de todo. La doble moral, la doble personalidad, el pito doble...

—El que no te encuentras demasiado bien eres tú... —mi madre volvió la vista al televisor y afirmó inapelable—: Se lo han cargado. A Trabal. Estaba contando la verdad. Y se lo han cargado...

—Qué va. A ése le ha dado un infarto de verdad. Era un putero. Sólo pensaba en una cosa... —aventuré. Y como necesitaba impresionar a mi madre, prestigiarme ante sus ojos—: Yo conocía a Trabal. Era un gilipollas... —decía yo, mientras elevaba el ruego al dios de Gaspar Pérez de que su muerte hubiera sido debida a un azar cardíaco. Porque si Trabal moría con una sonrisa boba en la cara, fruto de las artes eróticas de la desenfrenada Amparito, Elsa y Elena habían caído en un campo de batalla más honorable. Y ésa era mi única verdad. Aunque dijera—: ¿Qué más quisieran todos esos imbéciles que se han agolpado delante de la emisora para decir la suya que existiese una mano negra, todopoderosa? Así tendrían más alimento para los imbéciles y más oro en su cuenta corriente y más influencia. Y todos seríamos más sabios, claro. Alguien está detrás de todo y, si sigues el hilo, llegarás al Emperador de Marte, quien desde su OVNI fusiforme da órdenes al presidente del gobierno. Créeme, Flora, yo he conocido a todos éstos, y el único secreto que guardan es por qué siendo tan torpes nadie les ha enviado aún a parchear carreteras comarcales.

—¿Tú me has llamado imbécil a mí? —me preguntó Flora entonces.

No creo que nada en el mundo hubiera podido ofenderla más. Además de exhibir mi prepotencia, rompí un supuesto acuerdo tácito sobre lo que debía ser mi pasado. No me volvió a dirigir la palabra hasta que llegó Carmelo y anuncié que me iba. No se despidió. Durante mi siguiente visita argumentó una excusa tonta para ausentarse, un deber ineludible. De repente, al cabo de los años, me sentí rechazado y muy tonto. Enseguida, ofendido y orgulloso. Ajeno a esa gente, a esas presencias volátiles, a esos

verdaderos insectos ilusionistas que te tocan en suerte. Había aprendido con esfuerzo una de las mayores formas de libertad y ahora me empeñaba en humillarme. Pues veríamos... Una noche conocí a una locuela de piernas largas en cuyo cuerpo podría aún engendrar bellos discursos. En una bruma constante de alcohol y cocaína todas las decisiones eran buenas y veloces. Me mudé a su piso y al cabo de tres meses se enamoró de un *disc-jockey* colombiano. Ni me sentí herido, ni descartado, ni desclasado, ni destemplado, porque tenía aún dinero japonés y ésa era la mejor compañía. Me dediqué a vivir de noche como nunca lo había hecho, con una frialdad sin objeto. Habitaba tugurios donde la mañana, ahí fuera, es una aberración y bultos desmadejados rezan porque vuelva a caer la tarde, mientras se intercambian miradas de dureza y de asco por descubrir en los otros su destino. Uno no suele adquirir un gran concepto de sí mismo en la absurda sucesión de esa quiebra del tiempo y del espacio, y menos aún cuando, de vuelta a casa, empieza a oír voces, rebusca bajo la cama y los sillones, tras el radiador, a esa gente escondida en tecnología punta, a esa historia secreta que vuelve. Y se asusta cuando se desploma en las barras de los bares y los camilleros del Hospital Clínico empiezan a referirse a uno por el mote. Y alcanza el grado máximo del espanto cuando, después de tres días de vagar sin sentido, regresa a esa pocilga que tiene como suya y descubre W pintadas en las paredes. Y se va a un hotel para dormir durante otros tres días y repetirse que no ha visto lo que ha visto. Como no tiene otro remedio que volver al lugar del horror es lo que hace. Las W siguen allí. El verano le atrapa con las ventanas y las puertas cerradas, las luces apagadas, y la luz de un mechero alumbrá:

Morir así,  
como un día los vi morir  
a los amigos que relámpagos y miradas  
divinos lanzaron en mi oscura juventud.  
Atrevidos y profundos,  
bailarines en la batalla.

Uno llama por fin a su madre para que ella le pregunte por qué se ha cambiado de piso. Y entonces le dice a su madre, el acto de su vida que mayor arrepentimiento le va a causar, que necesita ayuda, que quiere vivir con ellos. Su madre le contesta que vuelva a llamar cuando sea un hombre. Que no soportaría ver cómo vuelve a destrozar a su familia.

Al principio pensé que la decisión de mi madre había sido justa. No había hecho nada en mi vida que pudiese refrendar con el orgullo de un verdadero ser humano. Nunca debí animarme a la experiencia, ni arriesgarme a cometer errores, debí tener el don de la profecía. Nunca perseguir ambiciones, ni desear cuerpos, ni anhelar absolutos, ni temer. Nada, nunca, jamás a por Nada.

Y sigue el tobogán. Cuesta explicar a nadie que no seas tú, Lector, un nuevo regreso a mi extraño domicilio. Un vecino pica furibundo en la puerta, le acompaña

un guardia urbano. Se sorprenden los dos al verme subir las escaleras. Tras la puerta de mi casa, que sé mucho más deshabitada de lo que ellos puedan nunca imaginar, suena música a todo volumen. «La canción difícil», una y otra vez. No hay compasión en sus miradas cuando llegan las explicaciones. Alguien entra en mi casa y me gasta esas bromas. ¿Y esas W? ¿Y ese desorden? ¿Y esa suciedad? ¿Y usted? ¿Y sus desvaríos? El reconocimiento médico emite conclusiones poco tolerantes con cierto estilo de vida. Preguntas absurdas obtienen respuestas absurdas. Y esas historias... Te dejan suelto al cabo de un mes. Un nuevo cambio de domicilio con propósitos difíciles, pero inmejorables. Sólo instalar el teléfono te llaman y cuelgan, te llaman y cuelgan. Al fin, alguien dice algo. Un representante de Top Security te cita para saludar en persona al conocido financiero Ernesto del Pistacho una mañana de Reyes en el Parque de Atracciones del Tibidabo. Allí, un individuo llamado Javier Trueta te encarga un Informe sobre alguien que no existe. Me van a utilizar sin seriedad, vivimos tragedias sin seriedad. ¿Qué tengo que perder?

Y tenía que perder, Lector. Tenía mucho que perder.

Porque ha sido durante la redacción de este Informe cuando las notas graves del piano que hablaban sólo de muerte empezaron a tocar otra melodía, la lucha por librarme del miedo, de salvar el recuerdo de los que vivieron por mucho que sepa que son olvido y muerte. Aunque en vano se esforzaron los desdichados, su esfuerzo fue su gloria. Amaron y esperaron. Y mi salvación ha sido este Informe. Porque es inevitable, y eso lo hace real. Y me convierte en realidad, Lector. Aunque mi madre vaya a morir muy pronto y se lleve de mí una idea equivocada, en la falta de seriedad que comparte con casi todos, nadie me va a negar que me he reconocido como hombre.

Y también, Lector, me han reconocido como hombre mis tácticas, mis movimientos sutiles.

Porque desde que me encargaste el Informe sobre alguien que no existía si tú no lo encarnabas, empecé a preguntar por ahí, mientras me seguían y preguntaban a su vez. Conocía esos circuitos de la noche, esa fauna repetida de un garito a otro. Y de un garito a un despacho policial y, de allí, a otros gabinetes burocráticos. Fue al dejar de preguntar y comportarme como el supuesto Neyra cuando me confundieron con el mismo Neyra. Meforcé a encarnarlo, a que me encarnaran. Sólo tuve que invitar mucho, preguntar por húngaros a los que hacía tiempo que no veía, alertar a los mismos a quienes antes habían preguntado por mí de que sólo quería contribuir con mis preguntas al anonimato. Meforcé a encarnarlo, meforcé a que me encarnaran. Meforcé a ser responsable de mis muertos. Y las voces regresaron como un rumor a las comisarías y a los despachos y a las redacciones de los periódicos. Y en todas las almas habita la necesidad de la ficción, como bien sabes. Y en todos los archivos se guardan fotografías. Pronto querrán que hable, porque ni tú mismo puedes controlar a

tus propios monstruos.

Por fin salió la noticia en uno de los periódicos que azota sin descanso a los neyras de este mundo:

«JOSÉ F. NEYRA, EL ESLABÓN PERDIDO».

No es un titular elogioso. En la foto, Trueta me cuenta la historia de mi vida y me encarga buscarme. No sé cómo ni cuándo me hicieron la foto, ni si Trueta es aún de los tuyos, o de los otros, o es, o fue. Yo sí soy, y mis historias en crecimiento: ser aprendiz de brujo es el único juego verdadero de la ciudad (si uno sobrevive).

En el texto de la noticia se sospecha de mis andanzas. Se teme por mis movimientos.

A nadie le extraña ya que el lado oscuro del poder haga conmigo lo mismo que quizá hicieron con Elsa, con Elena, con Trabal, o con Gaspar Pérez... Una bonita historia sobre nada por quienes pretenden serlo todo y nada. El alivio es que ya no tengo miedo, que he entendido que la vida es un gran esfuerzo inútil para combatir ese miedo. Que esa lucha puede ser radiante. El gitano cojo sigue bailando ante mí. Marta, mi hermana, me sigue mirando como a un monstruo desde el asiento de al lado. Los del BMW que está aparcado en doble fila cerca de la esquina echan fuego por los ojos. Esto que ahora recuerdo es la confesión final de mi Informe que dejé terminada anoche, mientras en los ojos de mi madre asomaba un resquicio de compasión. Bueno está. Ahora, Marta me acompañará a una estafeta de correos. Enviaremos este paquete y sus copias a varios periódicos y a determinadas editoriales. Luego la acompañaré a casa. Después, como se dice en los cuentos, si no me he muerto es que aún estoy vivo.

—Pero a ver, Marta, ¿tú tienes ritmo o no tienes ritmo?

Marta, para no hacerme demasiado infeliz, vuelve a repicar en el salpicadero. Lo que empieza con desgana, mejora y la absorbe. La clave, el contrapunto, el tempo. Su propio cuerpo la domina y se le escapa. Tiene ritmo.

Arranco el automóvil. Le comunico que antes de ir a casa haremos un recado. De camino, le contaré una historia, algo que me sucedió cuando, más o menos, tenía su edad. Le hablo de dos niños casi adolescentes que pescan en un muelle el 15 de agosto de 1971. Pescan sin esperanza, porque no saben nada, o lo saben todo. Pescan por pescar, igual que se cuentan historias por contarlas. Por no tener, no tienen ni cebo. Los niños van a vivir emocionantes y peligrosas aventuras. Y al final de la jornada, que ya es el amanecer de un día nuevo, pero no tan distinto, volverán al mismo lugar. Allá abajo, como un animal marino, la cadencia de un cuerpo. Le han rapado, le han sacado los zapatos y los pantalones. Pero han dejado la cazadora con el lema Watusi 65 y una W cosidos a la espalda.

Ahora ya tienen cebo. El mejor cebo.

## Agradecimientos

Escribir novelas no parece un trabajo de colaboración. Eso, al menos, opinamos quienes las hacemos. Hablamos de soledad, de intensidad, de inseguridad, de alelamiento. Pero uno vuelve la vista atrás y no le cuesta mucho percibir que sería algo más que ingratitud dejar de nombrar a quienes han hecho que *El día del Watusi* llegue al público.

En primer lugar quisiera dar las gracias a Carina Pons, de la Agencia Carmen Balcells, por haber sido la primera en apoyar lo que entonces parecía la idea de un chiflado hasta para el chiflado en cuestión. Ese reconocimiento se extiende, desde luego, y con la misma importancia, a Javier Martín, a Gloria Gutiérrez, a Carmen Pinilla y a Nuria. Ante la Jefa, me postro genuflexo. No hay otra.

A Silvia Sesé y a María Rodríguez hay que darles de comer aparte. La primera me ha prestado su oceánica inteligencia y su intergaláctica sensibilidad cuando uno, por no tener desafío ni objeto en su existencia, se enfrenta a la gravedad y empieza a escalar paredes. Y esos momentos no han sido pocos, como muy bien sabe la segunda, desde la atalaya de su inmarcesible intelecto e inenarrable sentido literario. Desde aquí, le pido perdón. Eso sí, estás más loca que yo.

Claudio López de Lamadrid es un hombre importante, visto desde diversos ángulos. Elogió cuando debía, puntualizó cuando era menester, y tuvo más paciencia que un selecto equipo de personajes bíblicos durante demasiado tiempo. Muchas gracias. Y muchas gracias también al equipo de Mondadori que me ha ayudado. Gracias a Mónica Carmona, a Carlota del Amo, a Eva Cuenca, a la responsable de la imagen watusiniana de Mondadori, Luz de la Mora, y a todos aquellos a quienes no conozco y hacen muy bien su trabajo.

Me gustaría también dar las gracias a los amigos. Son muchos y, como dicen en los Oscar, temo dejarme a alguno. Nombro a Jaime Escudero y a Pilar Romera, que me sacaron de un pozo, a Jaime Girgado y a Sonia, que me sacaron de otro, a Eduardo Margareto y a Ana Manrique por las molestias y las risas, a Milagros Rodríguez y a Miquel Pahissa por ser tan simpáticos, a Pepe y a Milagros, por un montón de cosas, a Montse por el DVD (para qué vamos a negarlo), a los señores Ragnampiza por desplegar la bandera de Jamaica a media tarde y a Joan Riambau y a Lluïsa Prieto, que pasaban por allí. Vosotros no sabéis la responsabilidad que os ha caído al representar a todos los demás.

Por último, y con el pañuelo fuera del bolsillo, a mis padres y a mi hermano.

Me olvidaba del Watusi. Él, a veces, cuenta historias. Y, es cierto, camina como si bailase...

*Barcelona, 2002*



FRANCISCO CASAVELLA (Barcelona, 1963-2008) es autor de las novelas *El triunfo* (Premio Tigre Juan, 1991), *Quédate*, *Un enano español se suicida en Las Vegas*, *El secreto de las fiestas*, *El día del Watusi* (traducida al inglés, francés, alemán, italiano y holandés) y *Lo que sé de los vampiros* (Premio Nadal, 2008). Sus artículos y ensayos se han reunido póstumamente en *Elevación, elegancia y entusiasmo*, publicado por Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.

# Notas

[1] Y no una conducta integradora en la doble personalidad del reprimido, tal como señala George Rollercoast en sus interesantes «The San Juan appointment: A conspiracy» y «The King and the Clowns: the ridiculous Spanish affair». Rollercoast insiste en su tesis en «My easy life (A memoir)» señalando la coincidencia nada casual de que el mismo año de la muerte de Fofó, John Wayne Gacy o Pogo, el asesino de treinta y tres (sí, dos treses, sí, la edad de Cristo) niños y adolescentes, se hizo payaso. Pogo buscaba y ejecutaba a sus víctimas en ropa de faena. <<